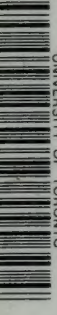


3 1761 01792782 3



UNIVERSITY OF TORONTO

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY



Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

OBRAS DE BRETON

OBRAS

DE

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

TOMO IV



247001
4/10/30.

MADRID

IMPRESA DE MIGUEL GINESTA

calle de Campomanes, núm. 8

1884

TEATRO

IV

UN ENEMIGO OCULTO,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS.

Representada por primera vez en el teatro del Principe el dia 14 de Enero de 1848.



PERSONAS.

CAMILA.

HIGINIA.

D. ANDRES.

D. LUIS.

D. RAMIRO.

FERMIN.

La escena es en Madrid. Sala con puerta en el foro, que por la derecha del actor conduce á la de la escalera, y por la izquierda á otras habitaciones: una ventana en los bastidores de la derecha, y dos puertas en los de la izquierda: la más próxima al proscenio es la del cuarto de D. Andres. Mesa con escribanía, y junto á la ventana un velador, sobre el cual habrá una jaula con un mirlo dentro.



ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. ANDRES.

[*Aparece sentado en una butaca junto á la mesa, y con un periódico en la mano.*]

Siempre lo mismo! Sarcasmos, denuestos, declamaciones, ripios, lugares comunes.... No puedo sufrir á este hombre. Haga en buen hora al Gobierno la oposicion; pero noble, decorosa..... Ya se ve, cuando no hay razon que apoye la censura, con sofismas se concitan las pasiones. — La patria!.... El público bien!.... No se les cae ese nombre de la boca. Por ventura, ¿no es ese el afan, el norte

de los ministros?

[*Leyendo.*]

«Aplausos
en la tribuna. — Rumores.....»
¡El tal don Blas....

[*Leyendo.*]

«El señor
presidente llama al órden
al orador.» — Muy bien hecho. .
¡Tratar de ese modo á un pobre
ministro.... que me ha colmado
de mercedes y de honores!
A los otros...., vaya en gracia....

[*Leyendo.*]

«El déficit es enorme.
El pueblo gime agobiado
de inmensas contribuciones,
y entre tanto á su miseria
insultan en áureo coche

improvisados magnates,
y esa insaciable cohorte
de empleados sanguijuelas.....»

[*Tirando sobre la mesa el periódico.*]

¡Oh, basta, basta.... ¡Qué atroces
injurias!.... Otro será
su lenguaje cuando logre
escalar el ministerio....
Y eso es lo que se propone.
El ministerio de *Hacienda*
es *prebenda*.... Ah! Las dos voces
consueñan.... y *oposición*
y *nación* vienen de molde
con *Sacedon*.... Si yo hiciera,
aunque poeta mediocre,
un epigrama.... Ah! sí. Tomo
la pluma, no se me borre
del magin....

[*Escribe y medita alternativamente.*]

Ya tengo un verso.
Ahora falta que me sople
la musa.... Ya tengo dos!—
Em.... Otro! La pluma corre....
¿Cómo redondeo ahora
el pensamiento.... Ah qué golpe!
Escribamos.—No me cambio
por Calderon ni por Lope.
Soberbio! Abajo mi firma:
«Andres Avelino Gomez.»—
Ya está. ¿A ver cómo me suena
ahora?—Soy el demontre!

[*Leyendo lo que ha escrito.*]

«Para don Blas Sacedon
no hay más ley ni más nación
que el ministerio de *Hacienda*.
Por eso hace *oposición*....
no al ministro; á la *prebenda*.»

ESCENA II.

D. ANDRES. FERMIN.

Fermin. Don Ramiro Bustamante
pregunta....

Andres. [*Levantándose y dejando el papel so-
bre la mesa.*]

¡El mejor amigo
de mi padre!

Fermin. Qué le digo?

Andres. Necio!.... Que pase adelante.

Fermin. [*Saliendo por la puerta del foro.*]

Caballero....

Andres. Mejor es

que yo le salga al encuentro.

Ramiro. [*Asomando por el foro.*]

Es por aquí?

Andres. [*Saliendo á recibirle.*]

Adentro, adentro!

[*Abrazándole.*]

Señor don Ramiro!

Ramiro.

Andres!

ESCENA III.

D. ANDRES. D. RAMIRO.

Andres. Tanta ventura me saca
de....

Ramiro. Mi cariño sincero....

Andres. Por Dios, á un lado el sombrero,

[*Toma el de D. Ramiro y lo pone so-
bre una silla.*]

y honre usted esta butaca.

[*Se sientan.*]

Sin escribirme dos años!

Ramiro. Ausente de mi país,
hoy en Londres, en París
mañana, luego en los baños....
Pero aunque yo no te escriba
y confiese con franqueza
que en esto algo hay de pereza,
tuyo seré mientras viva.

Andres. Mil gracias.

Ramiro. Grata memoria
conservaré siempre yo
de la amistad que me unió
á tu padre, que esté en gloria.
Andres. Con toda sinceridad
prometo mostrarme digno
de igual....

Ramiro. ¡Pobre don Benigno,
muerto en la flor de la edad!

Andres. Ah! usted renueva la herida....

Ramiro. Basta! Ya estamos llorando
los dos.... Mudemos....

Andres. Sí. ¿Cuándo
ha sido la bienvenida?

Ramiro. Ya hace diez dias que estoy
en Madrid, Andres querido.

Andres. Pues ¿cómo....

Ramiro. Mas no he sabido
dónde vives hasta hoy.

Andres. Será usted, es cosa llana,
mi huésped, y yo tendré
sumo gusto....

Ramiro. Para qué?

Me voy pasado mañana.
Andres. Tan presto!
Ramiro. Ya mis negocios
 dejo arreglados.....
Andres. No apruebo.....
Ramiro. Y ántes de ocho dias debo
 reunirme con mis socios.
 Voy yo mismo á dirigir
 la empresa que está en embrion
 sobre la navegacion
 del rio Guadalquivir.
 Es negocio colosal.
 Haré un servicio importante
 al país, y Dios mediante,
 doblaré mi capital.
Andres. Deseo que á usted le asista
 próspera suerte, y me mande.....
Ramiro. Gracias.—¿Y tú.....
Andres. Estoy en grande.
Ramiro. Hola!
Andres. Soy covachuelista.
Ramiro. Bravo! Y en qué ministerio?
Andres. En el de Hacienda.
Ramiro. Mejor!
 Mas tú eres hombre de honor
 y no harás un gatuperio.....
Andres. No, no me tienta el demonio.....
 Mas, como nada hay seguro,
 lícitamente procuro
 aumentar mi patrimonio.—
 Ah! no he dicho todavía
 que daré muy pronto un paso.....
Ramiro. Un ascenso?
Andres. No. Me caso!
Ramiro. ¿Cómo!....
Andres. Con suma alegría.
Ramiro. Pues..., no extrañes mi pregunta,
 ¿tu mujer.....
Andres. Fatalidad!....
 Mi dulce y cara mitad
 ya hace un año que es difunta.
Ramiro. ¿La reemplazas en tu lecho,
 y la llamas dulce y cara!
Andres. Sí, pero..., cosa más rara!....
 La fatalidad lo ha hecho.
 Mi futura benemérita
 adrede nació, es constante,
 para ocupar la vacante
 de mi consorte pretérita.
Ramiro. Paradojal!....
Andres. Es la verdad.
 Me explicaré.....
Ramiro. Es excusado.
 Di que estás enamorado.....
Andres. Cierto. Otra fatalidad!
Ramiro. Es joven?
Andres. Diez y ocho abriles.
Ramiro. Bien nacida?
Andres. Solariega.
Ramiro. Hermosa?
Andres. Más que la griega
 por quien fué célebre Aquiles.
Ramiro. Qué tal lo pasa de dote?

Andres. Tiene en fincas un Perú!
Ramiro. ¿Cómo! ¿Y á eso llamas tú
 fatalidad? (Monigote!)
Andres. Y no sin causa lo digo,
 porque, aunque linda, quizás.....
Ramiro. Ya me la presentarás.
Andres. Sí tal. Vive aquí.....
Ramiro. Contigo!
Andres. Aquí mismo, sí, señor;
 mas sin ofensa.....
Ramiro. Tal cual!
Andres. De la cristiana moral.
 Soy su tío y su tutor.
 Y además, tiene á su lado
 una viuda.....
Ramiro. También tía?
Andres. No. Aunque joven todavía
 al fin es mujer de estado.
 Así con mayor decoro
 puede salir.....
Ramiro. ¿Y te quiere
 la niña?
Andres. Jesus! Se muere
 por mí.
Ramiro. Envidiable tesoro!
Andres. Pero—forzoso es decirlo
 aunque vergüenza me da—
 tengo un rival!
Ramiro. Oiga!.... Ya!
 Algun elegante.....
Andres. Un mirlo!
Ramiro. Cómo.... mirlo?
Andres. [Mostrando la jaula.]
 Aquel.
Ramiro. ¿Qué escucho!
Andres. Qué pasión, divinos cielos!
 qué delirio!
Ramiro. ¿Tienes celos
 de semejante avechucho?
Andres. Sin duda le traje aquí
 algun enemigo oculto.....
Ramiro. Vamos, no seas estulto
 y acaba tu historia.
Andres. Sí.
 Mientras vivia mi Ines,
 sólo en la amable Camila
 veia yo una pupila.....
Ramiro. Se llama Camila?
Andres. Pues.
 Pero el invierno era crudo,
 y desde Pascuas á Ramos.....
 ¡fatalidad!.... nos quedamos
 ella huérfana y yo viudo.
 Entrambos cumplimos.....
Ramiro. Ya!
Andres. Nuestro fúnebre deber;
 yo llorando á mi mujer
 y Camila á su papá.
 Cansados de hacer el buho
 cada cual en su rincon,
 con nuestra mutua aficcion
 hicimos al fin un duo.

Viéndonos llorar así
el rigor de nuestra estrella,
di yo en consolarla á ella
y ella en consolarme á mí;
y tanto luchamos juntos
con mi pena y con la suya,
que se trocó en aleluya
el oficio de difuntos.

Ramiro. Muy bien hecho. Mejor es.....

Andres. ¿Usted aprueba.....

Ramiro. Sí tal.
(¡Vaya que es original
el bueno de don Andres!)

Andres. Ahora bien, ¿es necedad
el decir que me condujo
á nuevo lazo el influjo
de ciega fatalidad?

Ramiro. Ya reconozco su imperio;
mas á llamarte inconstante
no hay miedo que se levante
la que está en el cementerio.

Andres. Desde el Guadiana hasta el Istro
no hay más feliz ciudadano,
pues ella acepta mi mano.....
y me la aprieta el ministro!

Ramiro. Contento con la guirnalda
nupcial, no fíes, Andres,
en el ministro. Ya ves
que la oposicion le balda.

Andres. Eso nada importa.

Ramiro. No?

Andres. El Gabinete alza erguida
la frente.

Ramiro. Pues por su vida
no doy ocho cuartos yo.

Andres. Error! Moverá resortes
que conjuren el nublado,
y en último resultado.....

Ramiro. Qué?

Andres. Disolverá las Cortes.

Ramiro. No se atreverá.....

Andres. Aunque inédito,
quizá ya el decreto esté
firmado..... Y luego, yo sé.....
Qué auge va á tomar el crédito!

Ramiro. Eso se ha dicho mil veces,
mas.....

Andres. Son hombres de prestigio.

Ramiro. ¿Repetirán el prodigio
de los panes y los peces?

Andres. Don Ramiro..... estoy en autos!
Subirán como la espuma
los fondos.

Ramiro. Sí? ¡Pobre pluma
de pajarillos incautos!

Andres. Tan á piés juntos lo creo,
que hoy mismo....., soy yo novel?
voy á emplear en papel
todo el caudal que poseo.

Sí, hoy me va á comprar, á un mes
de plazo, don Luis del Canto,
mi agente de Bolsa.....

Ramiro. Cuánto?

Andres. Quince millones del tres (*).

Ramiro. [Levantándose.]
Tienes tu juicio cabal?

[Se levanta tambien D. Andres.]

¡Jugar en dias de crisis,
cuando amenaza una tísis
al crédito nacional!

Andres. No! Habrá empréstito, y la caja.....

Ramiro. ¡Jugar con ojos serenos
quince millones!.... Si al ménos
los jugases á la baja.....

Andres. Á la baja! ¡Que yo venda
cuando el alza es evidente!
¡Á la baja un dependiente
del ministerio de Hacienda!

Ramiro. Aun es tiempo. Vamos, ven.....
No expongas tu capital.....

Andres. Usted me aconseja mal!
Usted no me quiere bien!

Ramiro. Yo!....

Andres. Si los fondos retiro,
pierdo un fortunon deshecho.

Ramiro. Sí? Pues compra y ¡buen provecho!

Andres. Yo.....

Ramiro. [Tomando su sombrero.]
Basta! Abur.

Andres. [Deteniéndole.] Don Ramiro!

Ramiro. [Desviándole.]
Quita!.... Pagarás el pato.

Andres. Oiga usted.....

Ramiro. No volverás
á verme.

Andres. Pero.....

Ramiro. Jamás!

[Yéndose.]
Mentecato! mentecato!

ESCENA IV.

D. ANDRES.

Nada! No atiende á razones.
Si no mirase á sus canas
venerables, yo..... ¡Llamarme
mentecato! Me ha hecho gracia.
¿Pretenderá don Ramiro
conocer mejor la marcha
de los públicos negocios

(*) Esto es, quince millones (valor nominal) en títulos de la deuda pública consolidada, que ganan anualmente el interés de 3 por 100. Esta explicacion es necesaria para los que, afortunadamente quizá, no están iniciados en las teorías, prácticas y dialecto de la Bolsa comercial.

que yo que sé..... No sé nada.—
 Pero todos los indicios
 son..... Sí, es infalible el alza.—
 Pues si el buen señor calcula
 con la misma perspicacia
 en su empresa, ya está fresco!
 No le arriendo la ganancia.—
 Mas ¡cuánto tarda Camila!

[Canta el mirlo.]

¡Emplear media mañana
 en una visita..... Ah! ¡Voto
 al chápíro!.... Ya olvidaba.....
 Me encargó con mucho empeño
 que hiciese traer pitanza
 y agua fresca para el mirlo....

[Llamando.]

Fermin!

ESCENA V.

D. ANDRES. FERMIN.

Fermin. Señor!
Andres. Carne y agua
 para el pájaro. Volando!
Fermin. Voy por ello sin tardanza.

ESCENA VI.

D. ANDRES.

La tendríamos de hocico
 todo el día si mi falta
 advirtiese.

[Á la puerta del foro.]

Vamos, pronto!

Fermin. [Dentro.]

Ya voy.

Andres. Que juegue á la baja!
 Aunque yo estuviera loco....

ESCENA VII.

D. ANDRES. FERMIN.

Fermin. [Trayendo lo que dice.]
 El picadillo y la jarra.—
 Pondré....

Andres. No. Ten eso ahí
 mientras abro yo la jaula....

[La abre.]

Ya está. Saco el comedero....

[Lo hace dejándose abierta la jaula.]

Á ver? Acerca la taza....

[Vuela el mirlo y desaparece por la
 ventana. Al ruido vuelve D. Andres
 la cabeza.]

Cielos! El mirlo ha volado!

Fermin. Si dejó usted....

Andres. Qué desgracia!

Fermin. Abierta la jaula....

Andres. [Dejando sobre el velador el comedero,
 y lo mismo hace Fermin con la jarra.]

Síguele!

Fermin. Que le siga? Ni una bala
 de cañon....

Andres. Ah, soy perdido!
 Búscale.... Pregunta.... Marcha!

[Vase Fermin corriendo.]

ESCENA VIII.

D. ANDRES.

Desdicha! ¿Qué va á decir
 mi pupila?... Quién le alcanza?

[Asomándose á la ventana.]

Estará en algun tejado?
 Sí! huyó de tan buena gana,
 que en Aranjuez, por lo menos,
 del primer vuelo se planta.
 ¡Algun enemigo oculto
 dejó abierta esta ventana!

[Llegan por el foro Camila é Higinia.]

ESCENA IX.

D. ANDRES. CAMILA. HIGINIA.

Camila. Tío!

Andres. [Volviendo la cabeza.]

(Ah! ya está aquí.) Camila!

Camila. Culpando estaria usted
 nuestra tardanza.

Andres. [Procurando ocultar la jaula con su
 cuerpo.]

No, dulce

bien mio.

Higinia. (Su dulce bien!)

Camila. Yo me estaba deshaciendo,
 pero se empeñó Isabel

en enseñarme sus vistas
de novia.....

Higinia. (Otra novia!)

Camila. Y fué preciso ver y admirar hasta el último alfiler.

Andres. Agradezco esa impaciencia si de tu amorosa fe nacía.

Camila. Es claro. No me hallo sin mi tío don Andres.

Andres. Divina! (No ha echado ménos.... No me pregunta por él....) Mas ¿por qué me llamas tío, bien de mi vida....

Higinia. (Otra vez!)

Andres. Si pronto otro parentesco más inmediato....

Camila. Así es, querido tutor.

Andres. Tutor!.... Tampoco me suena bien ese nombre.

Camila. Pero....

Andres. Llámame tu amante, tu esposo fiel. (Tiemblo!...) No me amas?

Camila. Oh! mucho.

Andres. Pues entónces.... Ea, pues, apéame el tratamiento.

Camila. Me da vergüenza....

Andres. Por qué?

Higinia. (¡Se casa, y yo condenada á perdurable viudez....)

Andres. Callas!

Higinia. Qué necia porfía! Hasta que el cura le dé la bendición....

Andres. No es al cura á quien quiero agradecer esa prueba de cariño.

Camila. Tiene razon.

Higinia. (Qué cordel!)

Camila. Mi corazón lo desea, pero.... no acierto á romper....

Andres. Ánimo!

Higinia. (Si no me voy de aquí, me da....)

Andres. [Tomando una mano á Camila.] ¿Para quién guardas esta linda mano?

[La besa.]

Higinia. (Ah!)

Camila. Para.... ti.

Higinia. [Sin poderse reprimir.] Cielos!

Camila. [Volviendo la cabeza.] Eh?

Qué tienes, Higinia?

Higinia. Nada.... Un vahido....; tirantez

de nervios....

Andres. Quizá tendrá muy apretado el corsé....

Higinia. [De mal temple.] No tal.

Camila. Llamaré si quieres á Juana....

Higinia. No es menester. Ya pasó.

Andres. Quizá el histérico.... Las viudas....

Higinia. Otra sandez!

Camila. Pero....

Higinia. Ya pasó. No es nada. Me voy á mi cuarto....

Camila. Iré contigo....

Higinia. No. (Qué suplicio!) Hasta luego.

[Vase por la izquierda del foro.]

Camila. Hasta despues.

ESCENA X.

CAMILA. D. ANDRES.

Andres. Es dengosa por demas la viudita. Ya se ve, perder á los cinco lustros su marido una mujer.... (No vuelve Fermín!...) Ahora te quitarás tú ese tren....

Camila. No hay prisa.

Andres. (Quisiera echarla de aquí.)

Camila. Mortal palidez noté en su cara.... La envidia quizá....

Andres. Bien pudiera ser....

ESCENA XI.

CAMILA. D. ANDRES. FERMIN.

Andres. [Viendo á Fermín.] (¡Ah, ya vuelve.... Sin el mirlo!)

Fermin. Señor, no parece....

Camila. Quién?

Andres. [Haciendo señas á Fermín.] Nada.... Bien, déjalo estar.

Camila. Qué se ha perdido?

Andres. Un papel....

Camila. (Le hace señas... ¿Qué misterio...)

Andres. Cosa de poco interes....

Camila. Estará sobre la mesa....

Andres. Bien; luego lo buscaré.....

Camila. O acaso bajo la jaula
del mirlo.....

Andres. No. Desde ayer.....
(Perdido soy!)

Camila. ¡ Ah, vacía
la jaula!....

[*Á Fermin.*]

¡Zafio, soez.....

Tú le has dejado escapar.....

Fermin. Yo!.... Juro.....

Camila. ¡ Mal haya, amén,
tu torpeza!

Andres. No es Fermin
el culpado. Lucifer.....

La fatalidad.....

Camila. [*Llorando.*] Gran Dios!
De pena me moriré.

Andres. Vete, Fermin.—No, hija mia,
antes muera yo á tus piés.

ESCENA XII.

CAMILA. D. ANDRES.

Camila. ¿Quién, pues, de mi dulce mirlo
me ha privado?

Andres. Yo le abrí.....
Se fugó.....

Camila. Triste de mí!

Andres. (¡ Quisiera mejor un chirlo....)
Me descuidé, y el ingrato.....

Camila. Oh imperdonable desliz!
¡ Habrá muerto el infeliz
en las uñas de algun gato!

Andres. No; yo le vi en rauda vuelo
hender el aire veloz.

Le llamé, y sordo á mi voz.....

Camila. Ya no hay para mí consuelo!

Andres. Sí. Por eso te acobardas?

No tiene el mirlo tocayos?

Diez te traeré, y guacamayos,
y lechuzas, y avutardas.

Camila. Mi mirlo, mi mirlo quiero!

Andres. (Puede que esté ya en Liorna.)

¿Y qué haremos si no torna
á la jaula el prisionero?

Como él no paga portazgo,
¿quién.....

Camila. Mi mirlo!

Andres. [*Sentándose á la mesa.*]

Anunciaré

su pérdida.

[*Escribe.*]

Ofreceré

cuarenta duros de hallazgo.

Camila. Infamia! traicion! perfidia!....

Andres. Pero, hija mia, ¿quién puede.....

Camila. Usted le ha soltado adrede.

Andres. Yo!

[*Sigue escribiendo.*]

Camila. Porque le tiene envidia.

Andres. Y ¡ qué! ¿no habria motivo,
ya que has soltado esa frase,
para que mi alma envidiase
al pájaro fugitivo?

[*Acaba de escribir y toca la campanilla.*]

Camila. Ay dolor!

Andres. Si yo compulso
su ventura con la mia.....

Camila. Pues sí, es verdad: le queria
más que á usted, tutor insulso.

Andres. [*Levantándose.*]

Camila!

ESCENA XIII.

CAMILA. D. ANDRES. FERMIN.

[*Camila gime y llora mientras hablan D. Andres y Fermin.*]

Fermin. Señor.....

Andres. Corriendo,
al *Diario* este papel.

[*Le toma de sobre la mesa y se le da.*]

Fermin. Bien está.

Andres. Paga por él
lo que te pidan.

Fermin. [*Yéndose.*] Entiendo.

Andres. Oye!

[*Vuelve Fermin.*]

¿Quién tiene cachaza

para esperar á otro día?

Al *Diario* te decia?

No. Llévalo á la *Mostaza*.

Fermin. Ya sé.

Andres. Carácter mayúsculo!

Fermin. Bien.

Andres. Corre!

Fermin. Volando voy.

ESCENA XIV.

CAMILA. D. ANDRES.

Andres. (Gano tiempo. Saldrá hoy
á la hora del crepúsculo.)

¿Conque es verdad que le quieres
más que á mí?

Camila. Sí; ya lo he dicho.

Andres. ¡Yo postergado á aquel bicho

ruin..... Ah mujeres, mujeres!....
Camila. Tan mono!....
Andres. Muy mono, sí,
 pero ¡buen pago te da!
 ¡Por esos aires se va
 sin acordarse de ti!
 Yo también bajo el imperio
 de esas gracias seductoras
 paso á tu lado las horas
 en dichoso cautiverio;
 y aunque injusta me condenas
 por lo que no vale un bledo,
 cautivo fiel, no haya miedo
 que quebrante mis cadenas.
Camila. Calle usted con Belcebú!
 Flores me dice el impío
 despues.... ¡Perdonad, Dios mio,
 que le haya hablado de tú!
Andres. Mas ¿qué quieres que haga yo?
Camila. Quiero mi mirlo, mi mirlo!
 Cómo tengo de decirlo?
Andres. Pero, hija, si ya voló!....
Camila. Se le busca.
Andres. Y cómo? (¡Pícaro
 animal!....) Buenas ó malas,
 dónde tengo yo las alas?
 Yo soy Andres; no soy Ícaro.
 ¿Puedo hacer más en rigor
 que hacer al mundo notoria
 la punible escapatoria
 del ingrato desertor?
 Hoy mismo impreso verás
 en la *Mostaza* el aviso,
 y mañana, si es preciso,
 en diez periódicos más.
 Del mirlo que te embelesa
 otra vez el dulce encanto
 gozarás pronto.... Entre tanto
 te preparo una sorpresa.
Camila. Cuál?
Andres. En el *Circo* esta noche
 un nuevo baile se da,
 y tengo mandado ya
 tomar un palco y un coche.
Camila. Sí, á buena hora! De cierto
 ya no hay nada en el despacho.
Andres. Sí. Cuando mandé al muchacho
 apenas se habria abierto.
 Manuel tiene agilidad....

ESCENA XV.

CAMILA. D. ANDRES. HIGINIA.

Higinia. Ya está de vuelta Manuel.
Andres. Ah! Con el palco?
Higinia. Sin él.
Camila. ¿No dije....
Andres. Fatalidad!....
Higinia. Por más que apretó los codos
 y sudó gotas de pez,

cuando pudo tomar vez
 se habian vendido todos.
Andres. Todos? Hum!.... Lo dificulto.
 Ó Manuel está borracho....
 ó yo tengo en el despacho
 algun enemigo oculto.
Camila. Calle usted, santo varon!
 Sin que á nadie cause espanto
 siempre sucede otro tanto
 cuando se estrena funcion.
Andres. Como es grande aquel teatro....
Camila. Cuando un convite interesa
 se pide el palco á la empresa
 tres dias ántes ó cuatro.
Andres. Sí? No pensé....
Camila. Cuando inflama
 su pecho amor verdadero
 eso hace un buen caballero
 para agradar á su dama.
Andres. No me dijiste, y lo siento,
 que tendrias un placer....
Camila. El que quiere á una mujer
 le adivina el pensamiento.
Andres. ¿Qué quieres! Pensaba yo
 que limitabas tu afan
 al gorjeo charlatan
 del pájaro que emigró.
Camila. Mas si la avecilla esclava
 huyó, de su fuga infiero
 el extraordinario esmero
 con que usted me la guardaba.
Andres. ¡Otra vez el mirlo....
Camila. Y ciento.
Higinia. (Cuánto me halaga esta riña!)
Andres. Ea pues, no seas niña.
 Ya ves mi arrepentimiento.
Camila. De haber dado mi albedrío
 también me arrepiento yo
 al que amante se llamó
 y apenas sabe ser tío.
Andres. ¿Y por un mirlo fugaz—
 maldita sea su casta!—
 he de perder....
Camila. Basta, basta!
 Quiere usted dejarme en paz?
Andres. Oye!....
Camila. ¡Hum... me dará un insulto
 si usted....
Andres. Bien, bien! Se acabó!
 Ya me voy....

[Entrando en su habitacion.]

(Lo dicho, ¡yo
 tengo un enemigo oculto!)

ESCENA XVI.

CAMILA. HIGINIA.

Higinia. ¿Conque el mirlo se escapó,
 y por culpa de tu tío?

Camila. Sí. Ay Dios!....

Higinia. (Metamos cizaña.)

Qué indolencia, qué descuido!
¡Haber dejado volar
el pájaro favorito
de su pupila!

Camila. Y tal vez
de propósito lo hizo.

Higinia. Es muy posible....

Camila. ¡Y ese hombre
quiere casarse conmigo!
Y yo le amaba!

Higinia. Casarse....

Lo creo. Gran sacrificio!
Tú no has cumplido veinte años
y él va á cumplir treinta y cinco.

Camila. No; treinta y uno.

Higinia. Es igual.

Y agregando al atractivo
de tu cara el de tu dote....

Camila. ¿Presumes tú que el mezquino
interes le mueve....

ESCENA XVII.

CAMILA. HIGINIA. FERMIN.

Fermin. Albricias! .

Camila. Qué hay?

Fermin. Ha parecido el mirlo.

Camila. Oh júbilo! ¿Dónde está,
dónde....

Fermin. Don Luis, el vecino
de en frente, es el portador
y está esperando permiso....

Camila. Oh, que éntre!

[Vase Fermin.]

[Á Higinia.]

Pon tú en la jaula
comida.... Qué regocijo!

[Higinia renueva las provisiones de
la jaula.]

ESCENA XVIII.

CAMILA. HIGINIA. D. LUIS.

Luis. [Con el mirlo en la mano.]

Señorita....

Camila. Caballero....

Luis. Tengo un placer....

Camila. [Tomando apresuradamente el mirlo.]

Pobrecito!—

Perdone usted....

Luis. No hay de qué.

Soy sensible y no me admiro....

(No está el tutor. Lo celebro.)

Camila. Le quiero tanto!....

[Besándole.]

Hijo mio!....

Luis. No lo extraño. Es una alhaja.

Camila. Le he criado desde niño. —

Es decir....

Luis. Sí, desde pollo.

Tambien yo tengo delirio
por los animales.

Camila. Sí?

Higinia. (Oiga!.... El don Luis es ladino.)

Camila. [Besando otra vez al mirlo.]

Monísimo!.... Con cañones
me lo trajeron del nido.

Luis. La incuria de algun sirviente
idiota....

Camila. No; de mi tío.

Luis. Ah!....

Camila. Pero él es un ingrato.

Luis. Su tío de usted?

Camila. El mirlo.

¡Sabiendo que es mi delicia,
aprovechar un descuido
para abandonar la jaula
y volar.... Entra aquí, pícaro!

[Introduce el pájaro en la jaula y la
cierra.]

Luis. Excúsele usted, amable
vecinita. El fugitivo
echaria algo de ménos
en la jaula: el bosque umbrío,
el suave arrullo del aura,
y tal vez los dulces trinos
de una amorosa consorte....
de una *mirlo*.... El ciego instinto,
sin la luz de la razon
de que Dios merced nos hizo
á los hombres, no es bastante
para que ese animalito
comprenda el sublime precio
de sus venturosos grillos.

Camila. De veras?

Luis. Oh!....

Camila. [Aparte con Higinia.]

Es muy galante.

Higinia. Y buen mozo!

Camila. ¿Y cómo ha sido
cogerlo....

Luis. Le vi volar;
seguí con la vista el giro
que llevaba; lo mandé
buscar; lo busqué yo mismo....

Camila. (No lo hizo así mi tutor!)

Luis. Mi buena fortuna quiso
que, como no acostumbrado
á poner en ejercicio
sus alas, se introdujese,

ya en la calle del Olivo,
por un balcon. Llamo; cierran
las vidrieras; sudo el quilo
subiendo noventa y siete
escalones.... Cuarto piso! —
Me entregan el desertor,
y cuando ufano y solícito
lo pongo en la bella mano
que da alimento á su pico,
si tan mimado le veo,
no he de envidiarle cautivo?

Camila. Gracias.... Jesus! se habrá usted
cansado.... Siento infinito....

Luis. Eso no vale....

Camila. Es favor
que nunca echaré en olvido.

Luis. Oh! no me abochorne usted,
señorita.... Mas si á título
de hallazgo osara pedir
una gracia....

Camila. Cuál?

Luis. Permiso
para visitar á usted
y dar bizcochos al lindo
prisionero.

Camila. Oh, sí, señor!
Disponga usted á su arbitrio
de esta casa que es muy suya.

Higinia. (Bien va!)

Camila. [Aparte á Higinia viendo salir á don
Andres con sombrero y baston.]
El tutor! Hombre inicuo!
[Á D. Luis.]
Disimule usted....

ESCENA XIX.

CAMILA. HIGINIA. D. LUIS. D. ANDRES.

Andres. (¿Qué veo!)

[Se queda parado á la inmediacion de
la puerta.]

Luis. Señorita....

Camila. Abur, vecino.

[Entra con Higinia por la puerta de
la izquierda más próxima al foro.]

ESCENA XX.

D. ANDRES. D. LUIS.

Luis. (Dejarme tan de repente!....
[Viendo á D. Andres.]
¡Ah.... el tutor....)

Andres. ¡Caballerito....

Luis. Muy servidor....

Andres. (Es don Luis!

¿Qué asunto le habrá traído....)

¿Puedo saber, caballero,
con qué plausible motivo
ha honrado usted esta casa?

Luis. Sí, señor; es muy sencillo....
(No le escamemos.) Voló
desde esa ventana un mirlo;
en mi casa se introdujo
atolondrado; lo pilló
y lo traigo....

Andres. Ah! sí. No habia
mirado.... Allí está el maldito!
Mil gracias, vecino. Usted
me vuelve el alma á su sitio.

Luis. Celebro....

Andres. ¡Si usted supiera
lo que ese diablo de bicho
me ha hecho sufrir con su fuga!
Es el encanto, es el ídolo
de mi sobrina.

Luis. En efecto;
le acogió con un cariño....

Andres. Oh! le quiere más que á mí,
que voy á ser su marido.

Luis. Es posible!

Andres. Sí, señor.
Ella misma me lo ha dicho.
Cuando supo la ocurrencia
tanto se irritó conmigo,
que por poco no me araña.

Luis. ¿Cómo!... (Este hombre es un bendito.)

Andres. Si no acierta á parecer
el pájaro, soy perdido.

Luis. Ciertó?

Andres. Me da calabazas
como dos y tres son cinco.
Ahora espero....

Luis. Voto á sanes!....
Si yo lo hubiera sabido,
no en su mano, en la de usted
hubiera entregado el bípido.

Andres. Mil gracias, vecino.

Luis. (Hagamos
del ladron fiel.) Pero admiro,
en verdad, lo extravagante
que es el sexo femenino.
Fuerza es que esa señorita
tenga un carácter muy frívolo
para preferir un pájaro
feo, negruzco y ridículo
á su novio, á un caballero
tan estimable y tan fino
como usted....

Andres. Favor que usted....
(Qué amable es este individuo!)
Quiso luego mi desgracia
que habiendo enviado al Circo
por un palco para el baile
que está anunciado, se vino
sin él mi criado, y ella
que habia ya consentido....

Luis. (No lo echaré en saco roto.)

Andres. Se puso hecha un basilisco.

Luis. ¿Qué escucho!
Andres. Como llovía sobre mojado.....
Luis. De oírlo se me exaspera la bñlis. Miren qué grave delito! Ah! como tomara usted el consejo que á mi juicio le conviene.....
Andres. Qué consejo?
Luis. Mas no soy entrometido, ni quiero que por mi causa..... (Si cayera en el garlito!....)
Andres. Por qué no? Dígame usted.....
Luis. Si usted lo exige.....
Andres. Lo exijo.— Perdone usted; de mal modo me expliqué. Lo solicito.
Luis. Vamos claros, don Andres; usted le da mucho mimo.
Andres. Sí, señor. Confieso.....
Luis. Malo! Con ese halago excesivo usted fomenta su orgullo.
Andres. Es verdad. (¡Es un prodigio de talento y de cordura este jóven!)
Luis. Es preciso revestirse de carácter cuando da en esos caprichos.
Andres. Sí tal.
Luis. Y de cuándo en cuándo enseñarle los colmillos.
Andres. Cierto.
Luis. Al que se hace de miel se le comen los mosquitos.
Andres. Sin duda. En cada palabra dice usted un aforismo.
Luis. Ya se ve, usted la querrá.....
Andres. La idolatro.
Luis. Desatino!
Andres. Hombre!.... ¿Cómo se remedia.....
Luis. Pues al ménos no decirlo con frecuencia; no mostrarse tan humilde y tan sumiso, y no abusará.....
Andres. En efecto; soy tierno, dócil, asiduo, morigerado.....
Luis. Pobre hombre!
Andres. Algunas veces no asisto á la oficina por ella; por quedarme embebecido.....
Luis. Ay! es usted hombre al agua si no toma otro camino.
Andres. Ya veo.....
Luis. Teson! firmeza! Rostro fiero al enemigo!
Andres. Oh! yo me haré respetar.....
Luis. Y así por via de estímulo, algun episodio.....
Andres. Eh?
Luis. Quiero

decir, algun pecadillo.....
 ¿Usted no le ha dado nunca celos?
Andres. Yo! nunca.
Luis. Pues libro nuevo. Que vea la niña, como dice aquel antiguo proverbio.....
Andres. Sí, las orejas al lobo. Pero.....
Luis. No digo que usted se entregue al escándalo ni se meta en laberintos criminales, sino.....
Andres. Entiendo. Miradas..., gestos..., indicios..... Qué idea! En mi propia casa puedo usar de ese artificio.
Luis. Tanto mejor.
Andres. Con nosotros vive una viuda.....
Luis. Magnífico!
Andres. Le haré la corte.....
Luis. Soberbio! Es probable que al principio coja el cielo con las manos Camila.....
Andres. Oh! si tal consigo, es prueba de que hace efecto la píldora.
Luis. Es positivo; pero blanda como un guante se pondrá despues, de fijo.
Andres. En fin, probaré, y si el éxito es contrario.....
Luis. No hay peligro.
Andres. Tal creo.—Pero podrá sospechar nuestro designio si sale y nos ve.....
Luis. Prudente observacion. Me retiro..... (á proporcionarme un palco aunque me cueste un sentido.) Señor don Andres.....
Andres. [Apretándole la mano.] Adios!
Luis. Téngame usted por su amigo.....
Andres. Algo más. Es usted mi ángel tutelar.
Luis. No; un buen vecino, no más.
Andres. Esta casa.....
Luis. Gracias. Ya sàbe usted dónde vivo para todo lo que guste mandar.....
Andres. [Acompañándole.] Gracias....
Luis. [Deteniendo á D. Andres.] No permito.... Abur! (Á un folletinista recomendaré ese tipo.)

ESCENA XXI.

D. ANDRES.

Guapo mozo, vive Dios!
 Bravo plan!.... Es menester
 seguirlo.... Vamos á hacer
 muy buenas migas los dos.
 Pues ella mueve la riña,
 valor y venza quien venza!
 ¿No es una mala vergüenza
 ser juguete de una niña?
 Sobrinita caprichuda,
 ya que te quejas de vicio....
 ¿Qué haria yo, sin perjuicio
 de requebrar á la viuda....
 ¿Cómo le daré un pesar
 grave, de los que hacen mella....

Ah! me iré al Circo sin ella.
 Lunetas no han de faltar.
 Allí habrá revendedores....
 ¡Cuál será su desconsuelo
 cuando lo sepa!.... Hasta el cielo
 van á llegar los clamores.
 ¡Ahí es un grano de anís....
 Sí, voy ahora mismo.... Y luego
 cómo con mucho sosiego
 en la fonda de París.
 Para remachar el clavo,
 no daré ningun aviso;
 y ella esperará...., preciso!,
 renegará.... Bravo, bravo!
 Oh! conmigo no se juega.
 De aquí á dos dias ó tres
 tengo de verla á mis piés
 mansa como una borrega.

[Vase por la puerta del foro.]

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

D. ANDRES. FERMIN.

[Está anocheciendo. Entra D. Andres por la puerta del foro. Fermin le sigue.]

Fermin. Traigo luces?

Andres. Sí.

Fermin. Y la bata?

Andres. No; no me desnudo ahora.

ESCENA II.

D. ANDRES.

Parece que la sesion
 del Congreso se prolonga.
 Siento no encontrarme en ella.
 Se me olvidó.... con la historia
 del mirlo.... La oposicion
 trabaja, pero no logra
 su objeto. La mayoría,
 aunque no muy numerosa,
 es compacta, y para el caso
 de una improbable derrota,
 al Ministerio le queda
 el recurso de una próroga,
 despues la disolucion
 y nueva convocatoria.

ESCENA III.

D. ANDRES. FERMIN.

Fermin. [Con luces, que deja sobre la mesa.
 Una doncella introduce otras luces en
 la habitacion de la izquierda más
 próxima al foro, vuelve sin ellas y se
 retira.]

Buenas noches.—Querrá usted
 comer. Pediré la sopa.

Andres. No, Fermin: es excusado.
 He comido ya en la fonda.
 Supongo que me estarán
 esperando las señoras.

Ve á decirles....

Fermin. No, señor.
 Poco despues de la hora
 de costumbre se sentaron
 las dos á la mesa....

Andres. Oiga!
 Sin esperarme!....

Fermin. Y ya están
 en los postres.

Andres. (Hola, hola!)
 Bien: anda con Dios.

ESCENA IV.

D. ANDRES.

Transida
 de hambre y en mortal zozobra

pensé encontrarla.—Mi cálculo salió fallido. Me asombra su indiferencia. ¿Quién sabe si se me aguará la boda!... Pero no; su indiferencia es aparente, engañosa. Por orgullo disimula el pesar que la devora, pero lo que está comiendo se le volverá ponzoña. Despues, yo no extrañaré que desahogue su cólera con denuestos.... ó quizá con lágrimas.... Ah! si llora, adios mi valor!—Qué digo? No; firme como una roca me verá miétras no esté seguro de la victoria. Don Luis habló como un libro, y yo no puedo hacer cosa mejor....

ESCENA V.

D. ANDRES. FERMIN.

Fermin. [*Dando un pliego á su amo.*]

De don Luis del Canto,
el agente de la Bolsa.

Andres. Dame.

[*Abriendo el pliego.*]

Veamos. Habrá
realizado la compra.

[*Examinando los papeles que contenia el pliego.*]

Quince millones en títulos del tres por ciento.... ¡Famosa jugada!—Em.... Á treinta días fecha ó voluntad. —La póliza que yo he de firmar es esta para resguardo.... Aquí consta el nombre del vendedor: «Don Pascasio Calahorra.»—No sé quién es, pero basta que el fiel agente responda.... Firmo.

[*Lo hace.*]

Fermin. ¿Manda usted...
Andres. Sí; espera.

[*Dando otra ojeada al papel que acaba de firmar, y haciendo despues lo que indican los versos.*]

Todo está en debida forma.
Ahora una cubierta.... Bien.—
Ahora una oblea de goma....

El sobre.—«Á don Luis del Canto *et cætera*, en mano propia.»—
Perfectamente.

[*Á Fermin.*]

Esta carta
á quien dice el sobre. Toma.

ESCENA VI.

D. ANDRES.

Pongo ahora á buen recaudo
el documento que otorga
el vendedor y la carta
de don Luis.

[*Mete en un cajon de la mesa los papeles, lo cierra y guarda la llave.*]

Bravo! Esto dobla
mis fondos. Segun informes
fidedignos, las reformas
de Hacienda probablemente
verán la luz en la próxima
semana, y es de esperar
una subida y no floja
en los treses. Supongamos,
para hacer cuenta redonda,
que suben un tres por ciento;
gano de una mano á otra
lo ménos veinte mil duros.
Pues ¡ahí es una bicoca!—
Veinte y veinte son cuarenta;
otro tanto de la novia;
mi sueldo además...., y luégo,
si la fortuna me sopla....
Con ménos empezó *Róstechild*
y hoy es el amo de Europa.

ESCENA VII.

D. ANDRES. HIGINIA.

Higinia. Ah, ya estaba usted aquí!

Andres. Cierto. Ha poco que he llegado....

Higinia. Ya estaba yo con cuidado....

Andres. Calle usted! De véras?

Higinia. Sí.

Andres. Mal con eso se concilia,
señora, el comer de priesa
no sentándose á la mesa
el jefe de la familia.

Higinia. Crea usted que yo no tuve
la culpa. Mandó Camila....

Andres. Sí; tufos de mi pupila.
Aun no se pasó la nube.
Enfurecida, hecha una ascua....

Higinia. Al contrario, como ya pareció el pájaro, está contenta como una pascua.

Andres. No, amiga, no está en su centro todavía, y aunque afecta una alegría perfecta, la procesion va por dentro. Quejosa de mi desden y frustrado su deseo de asistir al coliseo.... Qué tal ha comido?

Higinia. Bien.

Se puso un plato de arroz tremendo, y luego hasta el fin....

Andres. Sí; á muchos les da el esplin por comer de un modo atroz.

Higinia. Ella devoraba....

Andres. Pues,

con ira, con despotismo.... Como quien dice: lo mismo haria con don Andres. — Qué hace ahora?

Higinia. En un sillón se embutió despues al lado de la lumbre.... y se ha quedado dormida como un liron.

Andres. Dormida!

Higinia. Con sueño blando; y á no injuriar á mi sexo con un lenguaje.... inconexo, diria que está roncando.

Andres. Dormir! roncar! qué insolencia! Ya me falta el sufrimiento. ¿Ese es todo el sentimiento que le ha causado mi ausencia? ¡Vuela un pajarraco inmundo, y se aflige y desfallece, y segun grita parece que se va á acabar el mundo! ¡Falto yo, tio y galan, y en vez de llorar por dos come sin temor de Dios y duerme como un gañan!

Higinia. Tontuela! (¿Á ver si le birlo el novio?) Poco chirúmen! ¿Conque para ella, en resúmen, vale usted ménos que un mirlo?

Andres. ¿Así, justo Dios, se infringe la ley...., la fe.... (Mas ¡qué necio! Aparente es su desprecio. Ella no duerme: lo finge.)

Higinia. ¡Eso hace con un amante que como á Dios en el templo la adoraba! ¡No hay ejemplo de ingratitud semejante!

Andres. Mucho estimo el interes que se toma usted por mí. Si nace del alma....

Higinia. Ah! sí.

Andres. Gracias.

Higinia. Pobre don Andres!

Andres. Higinia!

Higinia. ¡Tengo ya un odio

á ella y al mirlo....

Andres. Señora....

(No vendria mal ahora aquello del episodio.)

Higinia. Qué decia usted?

Andres. (Es linda. Le diré dos chicoleos.)

Decia que.... (Á mis deseos casi ella propia se brinda.)

Esa necia criatura más orgullosa que bella piensa que sólo está en ella vinculada la hermosura; y más de dos, más de tres la eclipsan con sus reflejos.

Higinia. Quizá....

Andres. Usted, sin ir más léjos.

Higinia. Bah! yo....

Andres. Como soy Andres.

Higinia. No está su juicio en sazón para abrazar un estado tan... Y oiga usted..., no ha pasado todavía el sarampion.

Andres. ¿Qué escucho!

Higinia. No la denigro por eso, pero es la pura verdad....

Andres. Conque su hermosura ¿no está libre de peligro? (Qué taimada es la viudita!)

Higinia. Mujer de juicio, hacendosa, tierna madre y fiel esposa es lo que usted necesita. Se arriesga á un triste renombre quien se casa como un niño con quien parte su cariño entre un pájaro y un hombre, porque mañana....

Andres. Entendido: á la primera ocasion hará igual distribucion entre un galan y un marido. (No es absurdo ese presagio aunque el interes lo inspira.)

Higinia. Antes que te cases mira lo que haces, dice el adagio.

Andres. No; ya despide á Camila mi corazon con enfado. — Mas si un huésped lo ha dejado...., ay! otro huésped lo alquila.

Higinia. Y ¿quién es el inquilino....

Andres. Una viudita muy chusca que lo inflama y lo chamusca con sus ojos.

Higinia. No adivino....

Andres. No adivina usted? Sofisma! Sin que más señas le den, usted misma sabe bien que la viuda es usted misma.

Higinia. No diga usted tal locura si no quiere que zozobre mi razon.... ¡Yo, viuda y pobre, reemplazar á esa hermosura!

Andres. Lo juro por mi salud. —
 Ahora, si usted me desprecia....
Higinia. No, por cierto. (Soy yo necia?)
 Sería una ingratitud. —
 Ni crea usted que hoy comienza
 á arder mi pecho en amor
 por.... usted.... Pero.... el pudor
 de mi sexo...., la vergüenza....
Andres. (Aun se hace la mojigata!)
 Eso la honra á usted sin duda;
 mas ¡qué diablo! viudo y viuda....
Higinia. No presumo de beata;
 mas ántes que en el altar
 nos una el párroco, yo
 no sufriré....
Andres. (¡Ya enseñó
 la horca ántes que el lugar!)
 Castos son mis fines.
Higinia. Sí?
Andres. Fuera de las nupcias, nada.
 (Si me han de dar cencerrada
 no me la darán por ti.)
Higinia. Crea usted que.... mi deseo....
Andres. Ya entre nosotros es ripio
 el usted. Demos principio,
 Higinia, al dulce tuteo.
Higinia. Pero ¿es amor, ó venganza
 lo que dicta esos acentos?
Andres. No; bebo por ti los vientos.
Higinia. Sentiría que una chanza....
Andres. Chanza? Ni Pablo á Virginia,
 ni á Daría quiso tanto
 aquel bendito Crisanto
 como yo te quiero, Higinia.
Higinia. Sea muy en hora buena.
 También mi fe te idolatra
 más que á Antonio Cleopatra
 y más que á París Elena.
Andres. Permítame, si no en vano
 me juras amor eterno,
 que imprima un ósculo tierno
 en esa cándida mano.
Higinia. [Dándole la mano.]
 Vaya.
Andres. [Besándola con entusiasmo.]
 El gozo me aniquila.
Higinia. ¡Basta....
Andres. Oh! no seas avara....
 (¡Qué triunfo si ahora asomara
 por un lado mi pupila!)
 Higinia adorada!
Higinia. Andres!
Andres. (Ella viene. Oigo su voz....
 Voy á darle un trago atroz.)
Higinia. Me amas?
Andres. Lo juro á tus piés....
 [Se arrodilla.]
Higinia. ¡Alce usted....
Andres. [Asido de la mano de Higinia.]
 No, prenda amada.

Higinia. Pero....
 [Asoma por el foro Camila.]
Andres. Ah, no! (Ya la estoy viendo.)
Camila. [Con risa estrepitosa.]
 Ja, ja, ja.... Bravo! estupendo!
Higinia. [Desviándose.]
 Camila!
Andres. [Admirado y levantándose.]
 (Una carcajada!)

ESCENA VIII.

D. ANDRES. HIGINIA. CAMILA.

Higinia. [Turbada.]
 Yo....
Camila. Qué escena tan graciosa!
Andres. (Me anonada su frescura.)
 Yo.... Cuando....
Camila. Que se repita!
Higinia. No me echés á mí la culpa....
Camila. Ni á él ni á ti.
Andres. (Cuando debiera
 ponerse como una furia....)
 Camila!....
Camila. No soy tan boba
 como ustedes se figuran.
 Se han puesto ustedes de acuerdo
 para esta broma....
Andres. (¡Me gusta
 la salida!)
Higinia. No tal. Yo....
Camila. No? Entónces de quien se burla
 es de ti.
Higinia. De mí? No creo
 que tuviese esa segunda
 intencion....
 [Aparte con D. Andres.]
 Pero hable usted!
Andres. No es ocasion oportuna.
 Luégo....
Camila. Picado mi tío
 de la cólera, harto justa,
 con que le hablé esta mañana....
Andres. Quién? Yo picarme!....
Camila. Sí. Busca
 tres piés al gato.
Andres. Sobrina!
Camila. Y por vengarse, sin duda,
 y acaso por darme celos,
 forjó....
Andres. (Esta muchacha es bruja!)
Camila. Eh?
Andres. Nada.
Camila. Forjó esa farsa

inverosímil y absurda.
Higinia. Absurda? Pues.....
Camila. Sí.
Andres. (Está visto.
 Aquí hay una mano oculta.....)
Camila. Pero aunque haya ponderado
 de su corazón la angustia
 prodigándote amoroso
 más flores que riega el Turia,
 no le des crédito, Higinia.
 Todo es mentira, impostura;
 que á mí, sólo á mí me quiere.
 No es verdad, tío?
Andres. Esa es mucha
 presuncion. (Si ahora me rindo,
 para siempre me sojuzga.)
 Yo no puedo estar prendado
 de una monuela que abusa
 de mi bondad, y obstinada
 en su irracional locura,
 prodiga á un mirlo requiebros
 y á mí me abraza con pullas.
Camila. Le oyes? Pues me quiere más
 cuanto más lo disimula.
Andres. [Irritado.]
 Dale! No hay tal: al contrario,
 te aborrezco; me repugnas.
Camila. Bah!.... Sobre que no lo creo!
Andres. ¡Me hará coger con las uñas
 el techo!.... ¿Soy yo tan simple,
 tan baboso, tan recluta,
 que bese humilde la mano
 de quien me ofende y me insulta,
 y no me espera á comer.....
Camila. Calle! Porque usted se atufa
 sin motivo.....
Andres. Sin motivo!
Camila. Y se va á correr la tuna.....
Andres. Eh?
Camila. Y come fuera y no avisa,
 he de estar me yo en ayunas?
Andres. Yo no tengo que dar cuentas
 á nadie de mi conducta.
 Oiga!.... Y á usted, mucho ménos.
 Ni puede aprobar la curia
 que una sobrina rebelde
 eche á su tío pelucas.
Camila. No á título de sobrina,
 que como tal soy muy súbdita
 de usted, pero me parece
 que...., en calidad de futura,
 pudiera estar resentida
 del enojo, de la fuga,
 y sobre todo de aquella
 genuflexion.....
Andres. (Bien! Ya punzan
 los celos.)
Camila. Y en mi derecho
 estaria, sin disputa,
 si obligase....; no á mi tío,
 sino al novio que me jura
 eterno amor, á que elija

entre la moza y la viuda.
Higinia. (Calla tú, Higinia, y espera,
 que es peligrosa la lucha.)
Andres. (Oh gozo!....) No negaré
 que.... quizá en algo se fundan
 tus celos.....
Camila. Yo celos!
Andres. Sí,
 por aquella escena muda.....
Camila. [Riéndose.]
 Ja, ja.... Cosa más grotesca!
Andres. Vuelta á la risa importuna!
Camila. Ja, ja, ja.....
Andres. ¡Mira que ya
 la paciencia se me apura!
Camila. Si no puedo remediarlo!
Andres. (Mas si ahora truena, ella triunfa.
 No, no; finjamos como ella.)
 [Con risa forzada.]
 Ja, ja.... Bien! Siga la chungu.
Camila. [Sin poder reprimir la risa.]
 Ja, ja.....
Andres. Sí, ja, ja.... Veremos
 quién se rie con más bulla.
 Ja, ja, ja.... Tanto me importa
 que rias como que gruñas.
 Me voy al teatro, y pienso
 divertirme como nunca.
Camila. Al teatro!....
Andres. Ja, ja.... Al Circo!
Camila. (Cielos!)
Andres. [Mostrando á Camila un billete de
 teatro.]
 Ves? Fila segunda.
 Ja, ja.... Seis duros me cuesta,
 pero ¿qué importa una suma
 tan pequeña comparada
 con el placer que resulta
 de ver estrenar un baile
 que con tal pompa se anuncia?
 Ja, ja.... Tú lo gozarás....
 por escrito, en las columnas
 de algun periódico.—Adios!
 Para templar tu amargura
 ahí te queda el dulce mirlo....
 (Qué lástima de garduña!)
Camila. (Hombre indigno!....)
Andres. (Ya no rie....
 Buen presagio! Ahora á la viuda
 un piropo....)
 [Á Higinia con mucho halago.]
 Adios, hermosa.
 [Mira un momento á Camila y finge
 una risotada.]
 (La dejo con calentura.)

ESCENA IX.

CAMILA. HIGINIA.

Camila. ¿Hay ultraje más cruel,
Higinia? Trátarme así!
¡No hubo palco para mí,
y hay luneta para él!

Higinia. Con sentimiento lo digo,
Camila; pero ya ves
que está el señor don Andres
resuelto á romper contigo.
Con amoroso trasporte
me habló; mostré desagrado....
Ni por esas! ¡Empeñado
en que ha de ser mi consorte!
Aunque á ninguna mujer
le pesa de ser querida,
te aseguro por mi vida
que afeo su proceder.
Para agravios de esa especie
no hay perdon, y me da pena....

Camila. ¡Que me agravie en hora buena,
pero que no me desprecie!

Higinia. Con reiterados desvíos
defendí tus intereses....;
mas.... si tú no le quisieses....,
miraría por los míos.

Camila. [Sin oír á Higinia.]
¡Herir así el inhumano
mi amor propio!

Higinia. Yo, infeliz,
puedo doblar la cerviz,
mas tú no debes....

Camila. Villano!

Higinia. Sí, eso ya pasa de chanza.

Camila. Al Circo!

Higinia. Segunda fila!

Camila. ¿Tan poco vale Camila
que no teme su venganza?

Higinia. Yo no daría mi brazo
á torcer. Cuando volviera,
echándola de tronera,
ya tendría aquí el reemplazo.
Hermosa, rica....

Camila. Dios mío!

Higinia. ¡Bueno fuera por mi vida
que te vieses reducida
á casarte.... con tu tío!
¿Á quién de tu dulce labio
no haría dichoso un sí?

Camila. Pero entre tanto, ay de mí!
él se divierte y yo rabio.

Higinia. Ahora recuerdo al vecino,
reverso de don Andres;
tan amable, tan cortés....

Camila. Sí, es un muchacho muy fino....

Higinia. Él no te ajaría así
con humillantes sonrojos....
Y si no mienten sus ojos

está penando por ti.
Y qué gentil! Más de cuatro
se alegrarían....

Camila. Concedo.
Don Luis.... Pero ¡yo no puedo
pensar más que en el teatro!
¡Estará tan satisfecho
don Andres de su venganza,
gozando más que en la danza
en mi llanto y mi despecho!—
No! Vamos al Circo, Higinia.
¡Me verá....

Higinia. En este momento
¿cómo....

Camila. Si no hay otro asiento
iremos á la *ignominia* (*).

ESCENA X.

CAMILA. HIGINIA. D. LUIS.

Luis. [Á la puerta.]

¿Dan ustedes su permiso....

Camila. Ah!.. Me hace usted mucho honor,
señor don Luis....

[Se adelanta D. Luis.]

Higinia. Caballero....
(Llega á muy buena ocasion.)

Luis. No está el señor don Andres?

Higinia. No.

Luis. (Ya lo sabía yo.)
Parecerá intempestiva
mi visita....

Camila. No, señor.
Usted puede á todas horas
honrar esta casa.

Luis. Doy
á usted mil gracias, y espero
que me otorgue su perdon
por atreverme á ofrecerle,
como humilde servidor
y vecino suyo,

[Mostrando un billete de teatro.]

un palco
para el Circo.

Camila. (Oh justo Dios!....)
Es para esta noche?

Luis. Sí.

Como es nueva la funcion
y en tales dias no es fácil....

Camila. Gracias por tanto favor.

Luis. Muchos pasos me ha costado
conseguirlo; mas si soy
tan feliz, que usted se digne
de aceptar mi pobre don....

Camila. Con mucho gusto.

Luis. Ah...., Camila!....

(*) Han dado en llamar así á los asientos de galería del teatro del Circo, por ser los más baratos.

Camila. (Se va á quemar mi tutor!)
Luis. Cómodamente en el palco
 estarán ustedes dos.....
 y don Andres.

Camila. ¿Quién le busca
 á estas horas? (¡Qué lección
 voy á darle!) Pero usted,
 despues que nos convidó,
 ¿no verá el baile.....

Luis. Si ustedes
 permiten que..... en un rincon.....

Camila. En un rincon!... Nada de eso.
 Entre nosotras.

Higinia. (¡Estoy
 en mis glorias!) No será
 el vecino tan huron
 que desdeñe nuestro lado.

Camila. Un caballero español
 no es dable que hasta ese punto
 olvide su obligacion.

Luis. Si incurriera en esa falta
 me excusaria el temor.....

Camila. De qué?

Luis. De desagradar
 á ustedes. Como hasta hoy
 no he tenido la fortuna
 de tratarlas.....

Higinia. (Socarron!)

Luis. Y me proponen suplir
 á don Andres.....

Camila. Por qué no?—

Luis. Pero si usted lo rehusa.....
 ¿Rehusar! Ah! mi mayor
 gloria sería el suplirle
 en todo.

Camila. No, no, por Dios!

Luis. Por qué?

Camila. No sea usted tío,
 que se volverá feroz.

Luis. ¿Qué escucho! Pues...

Camila. Se hace tarde...
 [Mirando el reloj que lleva consigo.]

Luis. Son las ocho en mi reloj.
 Hay tiempo.... En cuatro minutos
 nos conducirá veloz
 al Circo la carretela
 que he traído á prevención.

Camila. [Á Higinia en voz baja.]
 Eso más! Oh qué galante!—
 Gracias.....

Luis. No envidiaba yo
 en el señor don Andres
 lo tío ni lo tutor.

Camila. Pues ¿qué?

Luis. El lugar que le ha dado
 Camila en su corazón.

Camila. Quizá.....—Disimule usted;
 tengo que ir al tocador.....

Luis. Otro traje..... Es excusado.

Bella va usted como el sol
 con ese.

Camila. Qué lisonjero!
 ¡Si es tan sencillito.....

Luis. Mejor.
 No es el suntuoso jardín
 ni el cincelado jarron,
 sino su gala nativa
 lo que hace linda á la flor.

Camila. Otra lisonja!

Luis. No tal.

Camila. El alma.....

Camila. Iré..... *sans façon*;
 pero necesito al ménos
 un chal, unos guantes..... Voy.....
 Vamos, Higinia. Un instante.....

Luis. Señorita.....

Higinia. [Entrando con Camila en el cuarto de
 la izquierda inmediato al foro.]
 (La flechó!)

ESCENA XI.

D. LUIS.

Bendigo mi buena estrella.
 Con viento en popa navego.
 Si ahora es tan amable, luego
 que hable tres horas con ella.....
 Si es venturoso mi amor
 como á esperarlo me atrevo,
 á su mirlo se lo debo....,
 y tal vez á su tutor.
 Todo lo que observo aquí
 me persuade y me penetra
 de que usó al pié de la letra
 el consejo que le di.
 Con clara y sentida voz
 me dijo el ídolo mío:
 «por Dios! no sea usted tío,
 que se volverá feroz.»
 Sus mal reprimidas quejas,
 si no las comprendo mal,
 me prueban que mi rival
 se apeó por las orejas.
 No me parece muy ducho
 cuando ha caído en la red.....
 Ya salen.

ESCENA XII.

CAMILA. HIGINIA. D. LUIS.

[Camila é Higinia salen con chales y ponién-
 dose los guantes.]

Camila. No dirá usted,
 don Luis, que he tardado mucho.

Luis. Al contrario.....
 Camila. Vamos?
 Luis. Sí.
 (Cuando su tutor inepto lo sepa....) El brazo.....
 Camila. [Tomándolo.] Sí, acepto.
 Luis. Otro queda.....
 Higinia. [Tomando el otro brazo de D. Luis.]
 Para mí.
 Camila. (Me vengaré. Qué delicia!)
 Luis. (Oh ventura!)
 Higinia. (Bueno va!)
 Camila. Ay! el mirlo..... Me iba ya sin hacerle una caricia.
 [Soltando el brazo de D. Luis y corriendo adonde está la jaula.]

Permita usted.....
 [Hace fiestas al mirlo.]
 Luis. [Imitando á Camila.]
 Yo tambien.....
 Higinia. (Bobada!....)
 Camila. Mono!
 Luis. Monito!
 Camila. Chiquito!
 Luis. Chicorrotito!
 Camila. [Volviendo á tomar el brazo de don Luis.]
 Bendito seas!
 Luis. Amén!
 [Vanse los tres por la puerta del foro.]

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

FERMIN.

[Aparece dormido junto á la mesa con un periódico en la mano. Le despierta un fuerte campanillazo que suena al alzarse el telon, y se levanta azorado dejando el periódico sobre la mesa.]

Qué es esto?... Ah! la campanilla. Será el amo..... Voy corriendo, que segun trazas no viene de buen humor..... Ya han abierto.

ESCENA II.

FERMIN. D. ANDRES.

Andres. [Tirando el sombrero al entrar.] Maldicion!....
 Fermin. [Recogiendo el sombrero y poniéndolo sobre una silla.] ¡Señor....
 Andres. [Sin atender á Fermin.] ¿Hay hombre bajo la capa del cielo más desgraciado que yo?
 Fermin. Viene usted malo?
 Andres. [Paseándose con mucha agitacion.] El infierno se conjura contra mí.
 Fermin. Perdone usted si me atrevo

á preguntarle..... (No me oye.)
 Andres. ¡Por vida del firmamento azul.....
 Fermin. Señor!.... (Está loco?)
 Andres. Tantos reveses á un tiempo!
 Fermin. ¿Quiere usted.....
 Andres. [Contestando á Fermin.] Quiero morirme.—
 Fermin. Quiero matarme! (Esto es hecho!)
 Señor!....
 Andres. Dame una pistola.
 Me voy á saltar los sesos!
 Fermin. Eso no; que mi lealtad sabrá impedirlo. Primero me hará usted trizas.....
 Andres. Fermin!....
 En dia aciago y funesto nació tu amo.
 Fermin. Me hace usted temblar...
 Andres. Qué noche! Ah! no puedo, no puedo más.
 [Se deja caer abatido en la butaca.]
 Fermin. Será fuerza, si usted se siente indispuerto, llamar.....
 Andres. Dale! No estoy malo.— Es decir, sano está el cuerpo, pero el alma....
 Fermin. Si hay salud, lo demas importa un bledo.
 Andres. Un bledo?
 Fermin. Yo....
 Andres. Un bledo has dicho?

Sabes lo que estoy sufriendo?
Fermin. Yo ¿de dónde.....
Andres. Hay quien se arroja al Canal por mucho menos.
Fermin. Ah, señor! Usted me aflige.....
Andres. Tú eres fiel.... Así lo creo.
Fermin. Me haría usted un agravio si dudase.....
Andres. Escucha. Quiero referirte mis pesares para asombrarte con ellos. Por razones que es inútil explicar, muy satisfecho entré en el Circo esta noche. El teatro estaba lleno..., y es natural: los carteles anunciaban baile nuevo. Gozaba yo anticipado el placer de tan soberbio espectáculo; mas pronto se me arrugó el entrecejo al oír la infausta nueva que rápida como el viento circuló de boca en boca. ¡Ha fulminado el Congreso de Diputados un voto de censura al Ministerio!
Fermin. Pero eso ¿qué importa.....
Andres. Bárbaro! Y mi destino? y mi sueldo? Pues ¿no ves que si se cambia el personal del Gobierno me expongo á quedar cesante? Y aún si no fuera más que eso!... Pero la Bolsa..... Si baja la renta del tres por ciento, cuéntame con los difuntos!
Fermin. Señor!....
Andres. Me arruino, me pierdo!— Pero no paran aquí mis infortunios horribles.— Dije yo entre mí: la Reina puede fallar ese pleito en favor del Gabinete, usando de su derecho, y para esperarlo así no me faltan fundamentos. Esta y otras reflexiones tranquilizaron mi pecho por de pronto, y paseando con rostro afable y sereno mis ojos.... Mis ojos, no; mis miradas.....
Fermin. Ya lo entiendo.
Andres. De la *ignominia* á los palcos, de la luneta al proscenio, veo en un palco.... Oh sorpresa! oh furor!....
Fermin. (Ya vuelve aquello.)
Andres. Á mi sobrina, á mi aleva sobrina.... Rayos y truenos!.... Á la que yo imaginaba sumergida en llanto acerbo,

desesperada..... La viuda estaba en el lado opuesto, y en medio se arrellanaba un elegante mancebo..... El vecinito de enfrente! el del mislo!.... ¡mi secreto enemigo! Sí, sí, él es, él es! Ya está descubierto el duende. Él tiene la culpa de todos mis contratiempos y azares...., incluso el voto de censura. Hombre perverso! ¡Con qué fe, con qué candor le confíé mis secretos! ¡Cómo supo revestirse el socarron embustero de la máscara de amigo! Y cuando alevos consejos me daba, con la intencion de un novillo jarameño, ¡pensé yo que los dictaba el oráculo de Delfos!
Fermin. ¿Conque es decir que el vecino.....
Andres. Es mi rival.
Fermin. ¿Y usted mesmo.....
Andres. Le he dado armas contra mí.
Fermin. ¡Fíese usted ni del cuello de su camisa! Ya puede servirle á usted de escarmiento.— Bien dice el proverbio: en boca cerrada no entran.....
Andres. Mastuerzo! cuando estoy para colgarme ¿me vienes tú con proverbios?
Fermin. No se enfade usted. Lo digo con buena.....
Andres. Lo estaba viendo y aún lo dudaba, Fermin. No dando á mis ojos crédito suplico á un colateral que me preste los gemelos; los gradúo, los enfilo al palco.... Horror! Eran ellos! Y qué animado coloquio! y qué miradas de fuego! ¡y cómo se relamía aquel fatuo.... Ira del cielo!.... Tentado estuve, Fermin, por subir y de un boleo tirarle al patio.—No lo hice por no alborotar el pueblo.— Por otra parte, la culpa era mia, lo confieso. Camila estaba irritada con razon. Yo le di celos. Instigado por don Luis dije á la viuda requiebros; me vió Camila á sus piés..... Este punzador recuerdo mitigaba mi coraje; pero tomaba incremento cuando miraba á la inicua pareja.—Turbado, inquieto,

azogado, me subia,
me bajaba del asiento,
fastidiando á todo el mundo
mis contorsiones, mis gestos
de energúmeno..... Por más
que hacía heroicos esfuerzos
para buscar en la escena
distracción á mis tormentos,
no podía conseguirlo:
todo me causaba tedio;
los violines de la orquesta
me parecían cencerros;
la pantomima, estrambótica;
las figurantas, escuerzos.....
¡Á mí que tengo delirio
por el baile!.... En fin, temiendo
que por loco me mandase
la autoridad á un encierro,
sin acabar la función
me salgo del coliseo;
antes de llegar á casa
en diez esquinas tropiezo....,
¡y aquí me tienes, Fermin,
atacado de los nervios,
mohino, desesperado
y ménos vivo que muerto!

Fermin. No me afligiria yo,
si estuviera en el pellejo
de usted, por tan poca cosa.

Andres. Poca cosa!

Fermin. Sí por cierto.
Mujeres hay por castigo.
Si una cerdea, otra al puesto.
Este es mi sistema.

Andres. Ya,
porque tú eres un madero
que ni sientes, ni comparas,
ni racionas.

Fermin. Convengo;
mas tambien así me ahorro
disgustos, y cómo y duermo.....

Andres. Como un bruto.

Fermin. En hora buena:
no hemos de reñir por eso.—
Pero—qué diantre!—la viuda
es bocado.....

Andres. La detesto.

Fermin. Dijo.... nones?

Andres. Al contrario,
aceptó mi galanteo.

Fermin. Toma! y porque dijo amén
¿usted la mira con ceño?
¿Qué haria usted si le hubiese
arañado?

Andres. Majadero,
así me hubiera excusado
el justo resentimiento
de mi pupila. ¡Por ella
me veo como me veo!

Fermin. Pero me parece á mí,
señor, que...., salvo el respeto
debido, esos.... calendarios
no son de ningún provecho;

porque, vamos, ó la cosa
tiene, ó no tiene remedio,
pues! Si lo tiene, al avío;
si no lo tiene, *laus Deo!*

Andres. Bravo! Todo eso discurre?

Fermin. Daré una en el clavo y ciento
en la herradura, es verdad;
pero ¿he de atizar el fuego
en vez de.... Vamos, señor,
no se me eche usted tan presto
en el surco. Es menester
echar afuera ese negro
humor, distraerse un poco.....

Andres. Cómo?....

Fermin. Qué sé yo?.... Leyendo...
La *Mostaza* de esta noche
fuma en pipa. Está soberbio
el artículo de fondo.
Yo me he chupado los dedos.....

Andres. ¿Qué me importa.....

Fermin. [Tomando el periódico que dejó sobre
la mesa.]
Ah! el papelito
que usted me dió viene impreso.....

Andres. [Levantándose y sin hacer caso de
Fermin.]
¡Ingrata, infiel.....

Fermin. [Dando á su amo el periódico.]
Aquí está.....
[Don Andres da un manotazo al pa-
pel; Fermin lo recoge del suelo y
vuelve á ponerlo sobre la mesa.]

Andres. ¡Con mil diablos y el portero,
déjame en paz! La *Mostaza!*
Harta tengo yo en el cuerpo.

[Suená dentro una campanilla.]

Han llamado.... Serán ellas.....
Anda á abrir...

Fermin. Voy...
[Desde el foro.]
Ya lo ha hecho
Juana.

Andres. Con ellas vendrá
el vecinito.....
[Observando desde el foro.]
Sí. Pérfido!
malvado!.... ¡Voto á....

Fermin. [Conteniéndole.] Señor!....

Andres. Si osa entrar aquí, le estrello.

Fermin. No, señor: ya se despide
desde la puerta.

Andres. Me alegro.—
Déjame solo con ellas.

Fermin. ¡Por Dios...

Andres. Sudo... rabio... y tiemblo,

ESCENA III.

D. ANDRES. CAMILA. HIGINIA.

Camila. Felices noches.*Andres.* Amén.*Camila.* Venimos del Circo.....*Andres.* Sí;
ya sé que has estado allí,
mas ¿con permiso de quién?*Camila.* No es tanto crimen el mio.....
Como sobrina obediente
debo seguir puntualmente
el ejemplo de mi tío.*Andres.* Mi ejemplo y mi voluntad
no son una cosa misma.

(Tanto descaro me abisma.)

Higinia. (Aquí va á haber tempestad.)*Andres.* Hum!.... ¡La niña se me sube
á las barbas!*Camila.* Pero.....*Andres.* Sí!*Higinia.* (Mejor es irme de aquí
hasta que pase la nube.)*Camila.* Yo me hubiera estado queda
si usted no hubiera hecho alarde...*Andres.* De qué?*Higinia.* (Nada temo. Es tarde
para que ella retroceda.)

ESCENA IV.

CAMILA. D. ANDRES.

Andres. Habla! De qué?*Camila.* Del desprecio
injusto con que me mira.*Andres.* Pero tú.... Bramo de ira!*Camila.* Por Dios, no hable usted tan recio!—
Comer fuera sin decirlo!*Andres.* ¡Comer, y comer sin tasa
no estando tu tío en casa!....*Camila.* Mas ¿qué importa? Estaba el mirlo!
¡Dejándome sola aquí

irse al Circo..... Accion indigna!

¡Y con chacota maligna

hacer escarnio de mí!

Andres. Pero yo fui solo, y tú,
sin temor al qué dirán,
llevaste, ingrata, un galan.....
Confúndale Belcebú!*Camila.* Ese galan.....*Andres.* Linda maula!*Camila.* Buscó, sin ser nada mio,
el pájaro que mi tío
dejó escapar de la jaula,
y agradecer fué preciso
que me trajera despues
el palco que don Andres
no supo hallar..... ó no quiso.Él, en fin, por serme grato
se afana fino y atento,
miéntras en darme tormento
usted pone su conato.*Andres.* ¿Y qué me dirás si yo
confieso de buena fe
que pequé, pero pequé
porque él me lo aconsejó?*Camila.* ¿Qué sé yo..... Que hizo usted mal,
y que en amor.....*Andres.* (Suerte perra!)*Camila.* Es ardid de buena guerra
engañar á su rival.*Andres.* Yo ignoraba..... Hombre ladino!....*Camila.* Mas para dar en su red
¿qué pruebas tenía usted
de la amistad del vecino?*Andres.* Bien pago mi error grosero.
¡La noche que yo he pasado
se la doy al más pintado!*Camila.* Lo siento en el alma, pero.....*Andres.* Vamos, niña, es menester
que me devuelvas tu amor.....*Camila.* De sobrina, sí, señor;
de novia, no puede ser.*Andres.* ¡Por don Luis.... ¡Vibora impía
que yo abrigaba en mi seno!*Camila.* El supo ganar terreno
miéntras usted lo perdía.*Andres.* No puede quererte, no,
ese fatuo chichisveo
como yo.....*Camila.* Más!*Andres.* No lo creo.*Camila.* Basta que lo crea yo.*Andres.* Ah cruel! Con flecha aguda
me hieres.....*Camila.* Ya lo contemplo;
pero usted me dió el ejemplo
galanteando á la viuda.*Andres.* ¿Qué viuda ni qué demonio.....
¿Haria yo el desatino
de.....*Camila.* En fin, ya he dado al vecino
palabra de matrimonio.*Andres.* No se hará — pesia mi abuela!—
esa boda que me irrita.¿Olvida usted, señorita,
que está bajo mi tutela?*Camila.* Yó sentiré que cruel
nos niegue usted su permiso,
pues será entónces preciso
que nos casemos sin él.*Andres.* Miren la niña novicia!
La del mirlo!*Camila.* Yo.....*Andres.* Qué audacia!*Camila.* Si usted me niega su gracia
las leyes me harán justicia.—
Mas creo que no habrá lid,
pues cuando usted reflexione
que su terquedad le expone
á ser mofa de Madrid.....

Andres. ¿Conque, en fin, mi ruego es vano,
y mis protestas, y mis....
Camila. Mañana vendrá don Luis
á pedir á usted mi mano.

ESCENA V.

D. ANDRES.

¿Hay hombre más desdichado
bajo ese cielo turquí?
Quisiera yo ser ahora
un.... Heródes, un Caín....

[Pasea agitado y gesticula como un
loco.]

ESCENA VI.

D. ANDRES. HIGINIA.

Higinia. (Solo ha quedado y deduzco
de su agitacion febril
que le ha desahuciado ya
la pupila.)

Andres. Ay infeliz!

Higinia. Qué tiene usted?...

Andres. [Sorprendido.] ¿Quién...

Higinia. Soy yo...

Andres. (Bien! La viuda para fin
de fiesta....)

Higinia. ¿Se siente usted
indispuesto?

Andres. No sé.... Sí.

Higinia. Oh, Dios mio! Algun catarro....
Coceremos regaliz....

Andres. Es inútil....

Higinia. Ó los nervios
tal vez.... El aire sutil
de esta noche.... Un pomo de éter
aplicado á la nariz....

Andres. Para qué? Yo....

Higinia. Un baño tibio....

Andres. ¡Señora.... Estoy bien así.

Higinia. Padeciendo?

Andres. Sí, rabiando.

Higinia. Ah! ya comprendo: el esplin....
No me admiro de que usted
se aflija. Ha sido muy vil
la conducta de Camila.
Irse al palco con don Luis!....

Andres. Y si usted lo reprobaba,
por qué fué con ella?

Higinia. Fuí
porque, viéndola resuelta,
era preciso impedir
un escándalo.... Y tambien
porque estaba usted allí....

Andres. ¡Señora....

Higinia. Y mi tierno amor....

Andres. (Por vida de san Crispin!....)
¡Señora....

Higinia. Lo duda usted?

¡Ah, si usted viera latir
mi corazon....

Andres. Bien.... Si yo....

Higinia. Ni los ecos del violin,
ni la gracia peregrina
de la simpática *Gui*
consiguieron que un minuto
separase, Andres gentil,
de tu luneta mis ojos
y mi corazon de ti.

Andres. Gracias....

Higinia. Tú no advertirias....

Andres. Señora, ¡por Jesucris!....

Higinia. No lo extraño. En justa cólera
sentias tu pecho hervir,
testigo de la traicion
de Camila; porque, al fin,
coquetear una niña
es perdonable deslíz,
pero ¡en tu misma presencia
y en la de medio Madrid!....

Andres. Oh! basta. Si ya lo sé....
Excusado es referir....

Higinia. Pero tú debes reírte
de su inconstancia pueril....

Andres. [Con risa sardónica.]

Por supuesto, sí. ¿Quién duda....
Me río....

Higinia. Que un zarramplin
sin mérito ni esperanza
humillase la cerviz,
pase; mas tú, cuya imágen
con inflamado buril
grabó el amor en mi pecho....

Andres. Dejemos ya de fingir,
señora. Ni usted me quiere
como dice....

Higinia. ¿Qué oigo!

Andres. Ni....

Higinia. Don Andres!....

Andres. Ni yo tampoco....

Higinia. ¿Osará usted desmentir
sus propias palabras?

Andres. No,
pero.... aquello.... lo hice sin....
Higinia. ¿No me dijo usted hoy mismo:
«Yo te amo....»

Andres. Creo que sí.

Higinia. ¿Y no me dió usted, hincando
la rodilla en el tapiz,
palabra de casamiento?

Andres. Tal vez...., pero.... no creí
que usted lo tomase al pie
de la letra....

Higinia. Malandrin!

Andres. ¿Quién no conoce que aquello
era una broma...., un ardid....

Higinia. ¿Conque es decir que yo soy para usted un maniquí....
Andres. Nada de eso. Yo....
Higinia. Villano!
 traidor!
Andres. Señora!
Higinia. Hombre ruin!
Andres. ¡Hum.... Mire usted que la mosca se me sube á la nariz.
Higinia. Fementido seductor!....
Andres. ¿Quiere usted callar con mil demonios?
Higinia. Hombre sin fe,
 ¿te negarás á cumplir tu promesa.....
Andres. Oh!.... Sí, señora.
 Primero en un bergantin sirva yo de galeote á un corsario marroquí.
 Sí, señora, ya que usted me hostiga, quiero decir lo que siento, y más que se arme despues la de San Quintín.
 Yo he podido soportar con firmeza varonil los desaires de Camila; pero no puedo sufrir los fingidos arrumacos con que una viuda.... alguacil busca, no mi corazón, sino mis maravedís.
Higinia. Qué insulto!
Andres. Á ella desdeñosa la adoro con frenesí, y á usted gachona y meliflua no la puedo digerir.
Higinia. Ah!.... Porque débil me juzgas ¿me provocas á la lid?
Andres. ¿Qué lid ni qué calabaza.....
Higinia. ¿Me tratas como á un reptil despreciable! Oh! ya veremos.... Si las leyes del país no me amparan, yo sabré....
Andres. Bien; vámonos á dormir....
Higinia. Aun no sabes quién soy yo!
Andres. No acabaremos?

[Llamando.]

Fermin!

Higinia. Mañana será otro día....

Andres. Oh!....

Higinia. Te has de acordar de mí.

[Vase por el foro.]

ESCENA VII.

D. ANDRES. FERMIN.

Andres. ¿Á ver ahora qué registro toca el demonio....

Fermin. [Entrando.] Ha llegado

un portero con recado de Su Excelencia el ministro....

Andres. Y qué quiere Su Excelencia?

Fermin. Que vaya usted sin demora al ministerio.

Andres. ¡Á una hora tan... Tiene ese hombre conciencia?

Mas de buena ó mala gana

iré.... Dichoso hijo de Eva!

¡Despues de un día de prueba una noche toledana!

Fermin. Y en verdad que está muy fria. Traigo el gaban?

Andres. No lo quiero.

Fermin. Pero, señor....

Andres. No. Prefiero coger una pulmonía.

Fermin. (Ya se apeó por la cola!)

¡Buen ánimo, voto á san....

Los tiempos mejorarán.

Deje usted rodar la bola.

Andres. Ah, Fermin!....

Fermin. Vaya, lo traigo?

Andres. Bien, haz lo que quieras. Anda.

ESCENA VIII.

D. ANDRES.

¿Para qué diablos me manda que á media noche.... Ah! ya caigo. Con tanta y tanta amargura, con tanto y tanto pesar no habia vuelto á pensar en el voto de censura.

ESCENA IX.

D. ANDRES. FERMIN.

Fermin. [Trayendo el gaban y en actitud de ponérselo á su amo.]

Cuando usted....

Andres. [Paseándose sin ver á Fermin.]

(El caso es serio,

y la salud del Estado....

¿Estará ya decretado

el cambio de Ministerio?

El alma tengo en un hilo!

Si es así..., suerte traidora!....

cada ministro está ahora

haciendo su codicilo.

Será una calamidad

perder tan buen jefe, sí;—

mas si se acuerda de mí

en su última voluntad....

Pero ¡ah! si pierdo la ganga del destino.....)

Fermin. [*Acercándose otra vez con el gaban.*]

¿Puedo.....

Andres. [*Metiendo el brazo derecho en la manga correspondiente.*]

Bien.

Fermin. (Gracias á Dios!)

Andres. [*Distraído y capiloso.*]

(Pero ¿quién sabe..... Acaso.....)

Fermin. La otra manga!

Andres. Venga.

[*Acaba de ponerse el gaban.*]

Sombrero y baston.
(Si se muda el Gabinete.....)

Fermin. [*Dándole el baston y el sombrero.*]

Quiere usted más?

Andres. Nada. Vete.

Fermin. [*Yéndose por el foro.*]

(¡Pobre..... Me da compasion.)

ESCENA X.

D. ANDRES.

Pero es vana mi inquietud.
La marcha de los negocios
no puede cambiar de manos
sin peligro de un trastorno.
La Reina no negará
su confianza y su apoyo
á tan buenos servidores,
á tan hábiles pilotos.
Así como el Parlamento
tiene sus fueros el Trono.
Prevista estaba la crisis
y no anda el juego entre bobos.
Contra el voto de las Córtes
apelarémos al voto
del país. Tras de esos padres
de la patria vendrán otros.
Justamente en ese artículo
los hijos de España somos
los más felices del mundo.
Nos faltará patrimonio,

pero ¡padres!.... Otra vez
mi confianza recobro.
Se realizarán mis cálculos.....
Sí tal! Doblaré mis fondos.
Los duelos con pan son ménos,
dice el refran.—Vamos pronto.....
Pero ¡perder á Camila!....
Verla en brazos de aquel mono!....

[*Canta el mirlo.*]

Ahora cantas tú, maldito?
Por vida de san Ambrosio!....
¿Me insultas despues que tú
tienes la culpa de todo?—
Me voy; no quiero.....

[*Da algunos pasos, oyendo cantar segunda vez al mirlo se vuelve y da un manoton á la jaula, que cae con estrépito.*]

Otra vez?

Anda con dos mil demonios!

[*Vase D. Andres por el foro; oyese un grito agudo y en seguida sale Camila sobresaltada.*]

ESCENA XI.

CAMILA.

¿Qué ruido.... Cielos! El mirlo....
Ay triste!.... Mi tio.... Monstruo!....

ESCENA XII.

CAMILA. HIGINIA. FERMIN. LA CRIADA.

Higinia. Qué ha sucedido?

Camila. [*Acongojada.*] ¡Esa jaula.....
Tenme. Yo muero!

Higinia. [*Recibiendo en sus brazos á Camila desmayada.*]

Socorro!

[*Acuden los criados á sostener á Camila.*]

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

D. ANDRES.

[*Aparece en bata y gorro sentado junto á la mesa y acabando de tomar chocolate.*]

Por más que hago, ni un momento de mi memoria se aparta la cuestion de Gabinete. Á las tres de la mañana nada se habia resuelto; pero el Ministerio en masa ha presentado á la Reina su dimision; prueba clara de que no puede llevar adelante su programa. Seguian las conferencias de Su Majestad con varias personas de cuenta..... Ya no es dudosa la mudanza de Ministerio.—No obstante, pueden presentarse tantas dificultades..... Lo cierto es que la *Gaceta* calla. Quizá se decida al fin la Reina.... Aún tengo esperanza....

ESCENA II.

D. ANDRES. FERMIN.

Fermin. [*Con un impreso.*]

Señor.....

Andres. Qué papel es ese?

Fermin. [*Dádoselo.*]

La *Gaceta* extraordinaria.

Andres. Cielos!....

[*Leyendo con las interrupciones y en la forma que indica el diálogo.*]

(«Vengo en admitir la dimision.....»—Virgen santa! Cayó el ministro de Estado!—«Em... Vengo...» *Idem* el de Gracia y Justicia... «Em...» Y el de Guerra... Pues! á decreto por barba.—Aquí están los nombramientos de sus sucesores.—¡Vaya por Dios!)

[*Sigue leyendo para sí.*]

Fermin. (Poco le divierte

el papel, segun la cara que pone.)

Andres. [*Levantándose y dejando sobre la mesa la Gaceta.*]

(¡Madre de Cristo, don Blas Sacedon reemplaza á mi jefe!)

Fermin. (Otro arrechucho!)

Andres. (Y yo le hice un epigrama!— Por dicha nadie lo ha visto.... Podré conservar mi plaza.... Le haré la corte.... Es forzoso! ¡Esa maldita muchacha....) *Fermin.* ¡manos besa el hombre que quisiera ver cortadas!

Fermin. Y tanto!—Pero no entiendo....

Andres. Son cosas que.... ¿Por dónde anda mi pupila?

Fermin. Con la viuda creo que está en la otra sala....

Andres. Y.... ¿qué dice?

Fermin. Está furiosa contra usted.

Andres. Qué contumacia!

Fermin. No es milagro.... Usted.... Sin duda, usted derribó la jaula del mirlo....

Andres. Sí, la arrojé en un acceso de rabia, y me fuí echando venablos....

Fermin. Y ¿no oyó usted....

Andres. No oí nada.

Fermin. Pues al sentir el estruendo sale toda atribulada la señorita Camila, grita, llora, se desmaya....

Andres. Sí? Me alegro. Eso me venga.... Mas la maldita alimaña ¿dónde está? Murió del golpe?

Fermin. No, señor. Allá la guarda en su cuarto, temerosa de más sangrienta venganza, la señorita.

Andres. ¿Y tú opinas que si yo solicitara reconciliarme....

Fermin. Imposible! Y más habiendo en campaña otro aspirante. Aquí no hay sino tomarlo con calma....

Andres. Sí, filosóficamente.

Fermin. Y hacer pecho de la espalda y de tripas corazon, porque si usted se amostaza

eso más pierde.
Andres. Es verdad.
 Fuera impotente mi saña,
 ridícula.....
Fermin. Y..... ¡qué demontre!....
 ustedes no congeniaban.....
Andres. No me gusta su carácter;
 pero su dote..... Caramba!....
 Á tres mil duros de renta
 limpios de polvo y de paja
 cualquiera les lleva el genio.
Fermin. Convengo; pero ya.....
Andres. Basta.
 No hablemos más del asunto.
 (¡ Merezco más bofetadas.....)
 Llévate eso y vuelve pronto.
 Me quitarás esta bata.....
 Tengo que ir al ministerio.....
 (Esa es otra que bien baila!)

Fermin. [Recogiendo el servicio de chocolate.]
 Bien está.—Conque, lo dicho:
 mucha flema y.....
Andres. Vete y calla.

ESCENA III.

D. ANDRES.

Bien dice. ¿Qué voy á hacer
 con alborotar la casa?
 Vendrá el celador del barrio
 á preguntarme la causa,
 y ¿qué le diré? ¿Justicia,
 que me han dado calabazas?—
 No puedo más! Tantos golpes
 me abruma y me acobardan.
 Yo sí que puedo decir,
 con más razon que el *Tetrarca*:
 «Si todas cuantas desdichas,
 si todas cuantas desgracias.....

ESCENA IV.

D. ANDRES. FERMIN.

Fermin. Señor.....
Andres. ¿Qué es eso? ¿qué traes?
Fermin. Traigo una triste embajada.
 El señor don Luis desea
 decir á usted dos palabras.
Andres. Don Luis? Lo celebro. Que éntre.
 Le voy á romper el alma!
Fermin. Señor, señor..., qué locura!
 Don Luis no será tan mandria
 que se deje sacudir;
 armar aquí una sanfrancia
 le hará á usted poco favor;
 y además ¿qué se adelanta

IV.

con eso? No se conquista
 el corazon de una dama
 á linternazos.
Andres. Es cierto.
 Si le prefiere lá ingrata,
 ¿qué remedio..... Dónde está?
Fermin. Hablando con ella aguarda
 la respuesta.....
Andres. Por supuesto,
 vendrá á pedirme su blanca
 mano.
Fermin. Así me lo figuro.
 Quedan hablando en voz baja.....
Andres. [Con risa forzada.]
 Si?
Fermin. Ella se sonríe y pone
 una carita de pascua.....
Andres. Pues no se diga que yo
 soy tío de melodrama.
 Si ese es su gusto, tambien
 es el mio.—Ja, ja..... Vaya!....
 Así salgo de cuidados.....
Fermin. Bien, señor! Eso me agrada.
Andres. Necio era yo en afligirme.....
Fermin. Ya se ve!
Andres. Digo, la alhaja!
Fermin. Le digo que éntre?
Andres. Sí tal.

ESCENA V.

D. ANDRES.

Resignarme yo á esta farsa!
 Mas si no lo hago, las gentes
 se me reirán en las barbas,
 me verá en caricatura
 por las calles y las plazas,
 y para vivir en paz
 tendré que emigrar de España.

ESCENA VI.

D. ANDRES. D. LUIS.

Luis. Señor don Andres.....
Andres. Saludo
 á mi vecino y amigo.....
Luis. (El negocio es peliagudo.)
 [Á D. Andres que le ofrece una silla.]
 Gracias..... (Cómo se lo digo?)
 Vengo, señor don Andres.....
 Pero no sé.....
Andres. (Galopin!)

3

Luis. Cómo principiar....

Andres. [Con aparente jovialidad.]
Sí? Pues.....
principie usted por el fin.

Luis. Con acogida tan grata
ya mi labio no vacila....

Andres. Vaya!

Luis. Pues, señor, se trata
de casarme con Camila.

Andres. Sí?

Luis. Confieso mi flaqueza....

Andres. Ya tenía algun indicio....

Luis. Pero es tanta su belleza,
que me ha trastornado el juicio.

Andres. ¿Conque usted... ¡cosa como ella!...
ha caído á su pesar
en el lazo....

Luis. Sí, mi estrella....

Andres. De que me quiso librar?

Luis. Soy incapaz de una intriga.
Yo hablaba de buena fe,
pero.... luégo.... Ah! nadie diga
de esta agua no beberé.—
Usted, sin duda, llevó
la cosa muy adelante....

Andres. Sí.

Luis. Estaba irritada, y yo....
La fatalidad!....

Andres. (Bergante!)

Luis. Hay momentos de... Es tan mona!..
Yo no pude....

Andres. (Fementido!)

Es capaz la picarona
de haberle á usted seducido.

Luis. Tanto como eso.... ¿Quién puede
resistir á tales prendas?
Pero seducirme adrede....;
quiero decir, á sabiendas....

Andres. ¡Eh.... (Verdugo!...)

Luis. Mucho siento
que su respetable tío....

Andres. Bobada!....

Luis. El remordimiento....

Andres. Cada cual busca su avío.

Luis. (Qué dicha! Él mismo me ayuda...)
Yo débil, Camila bella....,
y como dijo la viuda
que se casa usted con ella....

Andres. Eso será lo que tase....

Luis. Cómo! ¿Ella...

Andres. Sí, ella me exhorta..
Pero, en fin, que yo me case
ó no me case ¿qué importa?
Ello es que el dardo de amor
hirió de un golpe á la nena
y á usted....

Luis. ¡Señor.... Sí, señor.

Andres. Pues que sea en hora buena.

Luis. (Rie, aguanta y disimula....
Tanto mejor para mí.)

¿Conque usted nos estimula....

Andres. Pues ¿no he dicho ya que sí?

Luis. Y... ¿aprueba usted que el augusto
vínculo del matrimonio....

Andres. Por qué no? Con mucho gusto....
(Me está llevando el demonio.)
Bendeciré vuestros lazos....

Luis. Oh el más noble de los tíos!
Oh!....

[Abrazándole.]

Venga usted á mis brazos!

Andres. (Y no le ahogo en los míos!)
Ni hago un sacrificio en esto.
Disparate!.... Usted me libra....
He mudado de bisiesto
y obro como hombre de fibra.
Si vuelvo á tomar estado
será con otra cristiana.
Esa chica es demasiado
pajarera y casquivana.

Luis. Qué oigo? Oh placer!...

Andres. (Oh amargura!)

Luis. ¿Conque, en lugar de un perjuicio
voy á tener la ventura
de hacer á usted un servicio?

Andres. Sí tal. (Me obliga la necia
vanidad á ser blasfemo.)

Luis. Mas... cuando usted la desprecia...
Sabe usted que ya la temo?

Andres. (¡Oh si permitiera Dios....)
Es mala pécora!....

Luis. Ay triste!

Andres. Mejor fuera que los dos
la dejásemos alpiste.

Luis. Sí?

Andres. Con esa chica al lado,
si yo he de hablar en conciencia,
será usted....

Luis. Sí, en el pecado
llevaré la penitencia.—
Mas ¡ay!....

Andres. (Ese ay me desloma.)

Luis. Ya me ha prendido en su red
como á inocente paloma....
Ah...., compadézcame usted!

Andres. (Tuno!)

Luis. Á fuer de hombre sencillo,
fío en Dios y... aunque me pierda..
me casaré!

Andres. Pobrecillo!....
(Mala víbora te muerda!)

Luis. Oh! si me castiga el cielo
por mi loco desvarío,
tendré siquiera el consuelo
de que sea usted mi tío.

Andres. (Traidor!..) Yo también me alegro...

Luis. Qué dicha para los dos!
Mi tío.... Casi mi suegro!

Andres. Pues!

Luis. Verdad?

Andres. Sí. (Voto á bríos!....)

Luis. Conque quedamos corrientes?

Andres. Sí.

Luis. El contrato se hará hoy mismo.

Andres. Bien. (Me rechinan los dientes.)

Luis. La mano.....

Andres. [Dándosela.]

Sí. (Un sinapismo!....)

Luis. Adios, señor don Andres.

Andres. Adios..... (Cristo del Calvario!....)

Luis. Adios! Volveré despues
con testigos y notario.

ESCENA VII.

D. ANDRES.

¡Muy bien, señor don Andres,
muy rebien! No cabe más.
Es usted gran diplomático
y comediante especial.
Hombre que acierta á reir
cuando puja por bramar,
y besa humilde la mano
que le zurra el balandran,
es digno..... ¡de que le pongan
una albarda y un ronzal!
Oh angustia! Yo tengo fiebre.....
yo tengo síntomas.....

[*Aparece en el foro D. Ramiro.*]

ESCENA VIII.

D. ANDRES. D. RAMIRO.

Andres. Ah!

Ramiro. Andres!

Andres. [Echándose en sus brazos.]

¡Señor don Ramiro
de mi alma!

Ramiro. Qué tienes?

Andres. Ay!

Ramiro. Juré no volver.....

Andres. Sí, sí,
por la Virgen del Pilar!....
Mi único amigo es usted,
mi ángel bueno.....

Ramiro. Pero ¿qué hay?
Dime.....

Andres. Las plagas de Egipto
en furioso temporal
han llovido sobre mí.
Camila..... Oh fatalidad!
El mirlo... El Circo... La viuda...
La crisis ministerial....
El vecino.....

Ramiro. Si te entiendo
que me lleve Satanás.

Vamos, sosiégate un poco
y ordena con claridad
ese somaten de ideas.

Andres. Probaré.... En primer lugar,
mi pupila, *alias* mi novia.....

Ramiro. Entiendo.

Andres. Se vuelve atras.

Ramiro. No se casa ya contigo?

Andres. No. Calabazas me da!—
Y no es esto lo peor.

Ramiro. Pues ¿qué?

Andres. Que se va á casar
con otro.

Ramiro. Qué dices?

Andres. Sí.

Soy el hombre más fatal!....
De la noche á la mañana
me ha suplantado un galan.
¿Y quién ha sido el autor
de todo esto? Un animal!—
Ya dije á usted que Camila
queria con mucho afan
á un mirlo.....

Ramiro. Sí; eso no tiene
nada de particular.

Andres. Se me escapó de la jaula.....

Ramiro. Diablo!

Andres. Voló.....

Ramiro. Es natural.
Y entónces ¿qué hiciste tú?

Andres. Yo, que no soy gavilan.....

Ramiro. Sin embargo.....

Andres. En un periódico
lo mandé al punto anunciar.
La niña me reprendió
con mucha severidad
mi descuido.

Ramiro. Bien, y entónces....

Andres. Me fui á mi cuarto de mal
talante. Despues, oh cielo!
un vecino perillan
trajo el mirlo..... Yo no sé
adónde lo fué á buscar.

Ramiro. Pero lo buscó.

Andres. En castigo
de su orgullo criminal
me mostré muy desdenoso
con la tal pupila.

Ramiro. Ya.

Andres. Por ver si dándole celos
la hacía capitular,
hice cocos á la viuda
que con nosotros está.
Lo vió, y en vez de irritarse
se rió.

Ramiro. Mala señal.

Andres. Yo tambien ref...., pero iba
por dentro la tempestad.
Ella tenía deseo
de ir al Circo: fúíme allá
dejándola aquí furiosa;
pero, por casualidad,
halló mi vecino un palco

que yo no pude encontrar.
 Voy al Circo, y allí...., oh Dios!....
 mirando como un baúsan
 hacía arriba, me la veo
 con el *quidam*.... Eh? Qué tal?
 ¡La falsa.... Mas ¿para qué
 he de decir lo demás?

Ramiro. Amar á un bicho, sentir
 su fuga.... es culpa venial
 en una niña, y si ciego
 ajaste su vanidad,
 mientras otro la adulaba
 más amable ó más sagaz,
 ¿será mucho, hombre de Dios,
 que prefiera á tu rival?

Andres. ¡Ah, ya me voy convenciendo....
 (Oh necia credulidad!)
 ¡Tan bonita.... diez y ocho años,
 don Ramiro!.... Y qué caudal!—
 Y para colmo de horrores....

Ramiro. Hay otra calamidad?

Andres. La viuda ha tomado al pié
 de la letra mi fugaz
 galanteo, y me amenaza
 con citarme á un tribunal
 si no me caso con ella.

Ramiro. Si fué tu debilidad
 tanta, que diste palabra
 por escrito....

Andres. No; verbal.

Ramiro. Ante testigos?

Andres. Á solas.

Ramiro. Pues entónces duerme en paz.

Andres. Dormir!.... Aún no he referido
 de mis cuitas la mitad.
 Ha caído el Ministerio!

Ramiro. Ya lo sé.

Andres. Y con él su plan
 de gobierno. Hado cruel!

Ramiro. No te lo dije?

Andres. Es verdad!

Ramiro. Mas no quisiste creerme,
 y al consejo paternal
 que te di....

Andres. Suerte enemiga!

Ramiro. Respondiste contumaz:
 «¡justed no me quiere bien;
 usted me aconseja mal!»

Andres. Perdon! Algun enemigo
 oculto.... ¿Cómo estarán
 los treses....

Ramiro. De baja.

Andres. Mucha?

Ay Virgen del Tremedal!

Ramiro. Ahora vengo de la Bolsa.
 Han bajado.... Atroci dad!....
 Dos y medio....

Andres. Soy perdido!

Ramiro. Y han de bajar mucho más.

Andres. Dios mio! Sólo con eso
 me cuesta la torta un pan.
 Le diré á don Luis que venda....
 Dos y medio.... Un dineral!

Ramiro. Por hoy ya es tarde. Mañana....

Andres. Con esto y con que don Blas
 me exonere.... Si tal hace
 habré de irme al hospital.

Ramiro. Exonerar? Nada de eso.

Sobre ese particular
 bien puedes estar tranquilo.

Andres. Del mal el ménos. Quizá
 debo á usted ese favor....

Ramiro. Sí; en prueba de mi amistad
 he presentado al ministro
 tu dimision.

[Dándole un oficio.]

Toma. Ya
 la ha aceptado Su Excelencia.

Andres. [Después de leer rápidamente el oficio.]

Ah!.... Me echa usted un dogal
 al pescuezo; ¡me asesina....

Ramiro. ¿Qué oigo! ¿Serías capaz
 de servir bajo las órdenes
 del mismo que ayer....

Andres. Sí tal.

Yo siempre soy del partido
 del ministro, sea Juan
 ó Pedro.

Ramiro. Eso es compararte
 con la mesa de nogal
 donde escribes.— Pero dime,
 ¿cómo puedes tú esperar
 que el nuevo jefe perdona
 al enemigo mortal
 que acaba de fulminarle
 una sátira mordaz?

Andres. ¿Qué oigo! Yo....

Ramiro. Sí, un epigrama
 con más pimienta que sal.

Andres. ¡Tiemblo... ¿Quién le ha dicho á usted...
 Yo lo compuse, es verdad;
 pero nadie....

Ramiro. En la *Mostaza*
 se ha impreso de pe á pa,
 y con tu firma.

Andres. Jesus!
 Lo que mandé publicar
 es la pérdida del mirlo....

Ramiro. [Tomando de la mesa el periódico.]

Á propósito: aquí está
 la *Mostaza*.

[Después de ojear rápidamente el pe-
 riódico y mostrándole con el dedo lo
 que ha de leer.]

Mira: lee.

Andres. [Lee para sí y exclama.]

St! Periódico infernal!....
 Y con letras como puños!....

[Revolviendo lo que hay en la mesa.]

Sin duda..... Fatalidad!....
Pensé que daba un papel,
y atolondrado.... Cabal!
He aquí el anuncio del mirlo.—
Ese bárbaro, incapaz
de sacramentos.....

[Llamando.]

Fermin!

Ramiro. Pero.....

Andres. Fermin!

[Asoma Fermin por el foro.]

Ven acá.

ESCENA IX.

D. ANDRES. D. RAMIRO. FERMIN.

Fermin. [Con una carta en la mano.]

Esta.....

Andres. ¿Leiste, pazguato,
aquel papel que te di
para la Mostaza.....

Fermin. Sí.

Como iba así..... abintestato.....
Usted perdone la audacia.....

Andres. Pecador! ¿Y no advertiste.....

Fermin. Que tenía mucho chiste
la copla. Me hizo una gracia!....

Andres. Sí? ¡Una tranca...

Ramiro. [Conteniéndole.] Andres!

Andres. Idiota!

Cuando el escrito te di
¿no te hablé del mirlo.....

Fermin. Á mí?

No oí de eso ni una jota.

Andres. Huye de aquí, ó te sepulto!

Fermin. Yo.....

Andres. ¡Por vida de mi nombre.....

Ramiro. Andres!

Andres. Ya no hay duda: ese hombre...

Ese es mi enemigo oculto!

Fermin. ¡Yo enemigo.....

Ramiro. Eh! ya me canso...

¡Siempre el mismo comodín.....

¿Qué culpa tiene Fermin

de que tú seas un ganso?

No le diste tú el papel?

Andres. Sí, señor.

Ramiro. Pues la torpeza
¿de quién ha sido, cabeza
de chorlito? Tuya, ó de él?

Andres. Mia, y con esta van siete;
pero el juicio me abandona....
Perdona, Fermin, perdona!

Fermin. Esta carta.....

Andres. [Tomándola.] Dame y vete.

ESCENA X.

D. RAMIRO. D. ANDRES.

Andres. [Abriendo la carta.]

Con permiso.....

Ramiro. (Desgraciado!)

Andres. [Lee para sí.]

(El infierno está en mi casa.)

Ramiro. (Mas todo lo que le pasa
le está muy bien empleado.)

Andres. ¿Esto más!....

[Acaba de leer para sí brevemente la
carta.]

Bien! Soy el hijo

de la dicha.

Ramiro. Otro infortunio?

Andres. ¡Estoy en el plenilunio
de la gloria! Oh regocijo!....

Un hermano de la viuda,
comandante de escuadron,
con la más fina atencion
cordialmente me saluda,
y me propone, sin hiel,
para obviar una querella,
ó que me case con ella,
ó que me bata con él.

Ramiro. Diab! ¡Cargar con un censo
perpetuo, ó de lo contrario....
Veremos.... Es necesario
transigir....

Andres. Yo? Ni por pienso.

Ramiro. Y ¿qué harás.....

Andres. Me batiré.
Eso alivia, eso consuela.....

[Llamando.]

Muchacho! — Dice en su esquila
que me espera en el café.....

Fermin. [Á la puerta.]

Señor.....

Ramiro. Mira.....

Andres. Entra á vestirme.

Aquí me estoy repudiando.....

No! Acabe esto con estruendo.

Nos cascaremos de firme!

Ramiro. ¿No habrá un medio...

Andres. Es muy probable
que yo caiga.....

Ramiro. Cómo? ¿Y vas.....

Andres. No he manejado jamás
pistola, espada ni sable.
Tanto mejor!

Ramiro. Eso dices!

Andres. Sí, es mejor que me sacuda:
así dejaré á la viuda
con un palmo de narices.

Ramiro. [Deteniéndole.]

Oye! (Es como una pared

maestra.) Atiende á razones.....
Andres. Dale! ¡Suelte usted.....
Ramiro. Te expones...
Andres. ¡Voto á briós!.... Suélteme usted!

[*Se desprende violentamente del brazo de D. Ramiro, y entra en su habitación.*]

ESCENA XI.

D. RAMIRO. CAMILA. HIGINIA.

Ramiro. Llévete el diablo!

Camila. [*Acudiendo presurosa.*]

Qué es esto?

Higinia. [*Lo mismo.*]

Qué sucede?

Ramiro. Nada..... Arranques de don Andres.....

Camila. ¡Cómo...

Ramiro. El pobre

está loco de remate.

No es maravilla. Agobiado de desdichas y pesares.....

Camila. De desdichas!....

Ramiro. Ahí es nada!

Hoy ha quedado cesante.

Higinia. ¿Qué escucho! ¿Será posible.....

Ramiro. Lea usted.

[*Dando á Higinia el oficio que quedó sobre la mesa.*]

Higinia. [*Lee para sí.*]

(*Virgen del Carmen!*)

Camila. ¿Conque es decir que se queda mi pobre tío.....

Ramiro. En la calle!

Higinia. [*Volviendo á dejar el oficio sobre la mesa.*]

Cierto: le admite el ministro su dimision.—Botarate!

Ramiro. El ministro?

Higinia. Don Andres.
 ¡Renunciar tan importante destino!

Ramiro. De todos modos se hubiera quedado *in álbi*.—Y aun lo de ménos sería el destino.....—Otro desastre.....

Camila. ¿Cuál.....

Ramiro. Ha jugado á la Bolsa.....

Higinia. Sí? (Yo tiemblo!)

Ramiro. Pero en grande.
 Ha comprometido al alza una suma exorbitante;
 los fondos bajan de un modo

desusado, formidable.....

Higinia. (Malo!)

Ramiro. En tan recia tormenta es forzoso que naufrague su capital. Á estas horas dudo yo mucho que alcance á pagar.....

Camila. Dios mio!

Higinia. (Ah! ¿Dónde iba yo á meterme..... Zape!)

Ramiro. Y como si tantas cuitas no fuesen ya muy bastantes para acabar con un hombre, siquiera fuese de jaspe, la mujer á quien adora le deja por otro amante.....

Camila. Caballero..... Yo..... La culpa no es mia..... Él ha dado margen...

Ramiro. Pierde á su amada, y le obligan á que con otra se enlace á quien dijo, en un acceso de locura, cuatro frases de mera galantería; ó bien á tener un lance con el presunto cuñado.....

Camila. Higinia!....

Ramiro. Andres no es cobarde; prefiere el reto á la boda.....

Camila. Cielos!....

Ramiro. Correrá la sangre.....
 Por Dios, ayúdenme ustedes á evitar una catástrofe.....

Camila. Ah! sí.....

ESCENA XII.

CAMILA. HIGINIA. D. RAMIRO. FERMIN.

Ramiro. Y tu amo?

Fermin. Va á salir.

Ramiro. Se le ha pasado el coraje?

Fermin. Yo no sé..... Calla..... Medita..... (Pobre amo mio!)

[*Vase por el foro.*]

Camila. Ah! ya sale.

ESCENA XIII.

CAMILA. HIGINIA. D. RAMIRO. D. ANDRES.

Ramiro. Andres!

Camila. Tío!

Higinia. Don Andres!

Andres. Alto! No hay que alborotarse.

Camila. ¡Irse á matar.....

Ramiro. Yo no puedo permitir.....

Andres. Qué disparate!

Resuelto estaba á batirme
con el ciudadano amable
que su afecto de cuñado
deseaba anticiparme,
mas.... lo he pensado mejor.

[*Aparte con D. Ramiro.*]

Exponerme á que me ensarten
por esa alhaja.... Tontuna!
¿No es mejor que yo la mate
á pesadumbres? Me caso!

Ramiro. Demonio! Mira lo que haces....

Andres. [*Encarándose con Higinia.*]

Muy señora mia y dueña:
hoy he pasado á las clases
pasivas, y lo celebro;
una jugada bursátil
me arruina, y me alegro mucho;
pero por estos azares
la que me adoraba ayer
hoy no dejará de amarme;
y pues usted ha exigido
que á mi promesa no falte,
aquí está mi mano.... limpia;
deme usted la suya.... gratis,
y aquí paz y despues.... ¡gloria!,
y al que le pese que rabie.

Higinia. Qué! ¿toma usted seriamente
una broma....

Andres. ¿Cómo!...

Higinia. Al diantre

no se le ocurre salir
por registro semejante....

Andres. ¿Qué oigo! Yo....

Higinia. ¿Á qué recordar
palabras que lleva el aire?
Yo le absuelvo á usted....

Andres. No quiero
absolucion, sino....

Higinia. Dale!

Andres. Yo hablo formal....

Higinia. Pues formal
le digo á usted que no me hable
de ese casorio. (Arruinado!)

Andres. Mas....

Higinia. Lo dicho. Abur. (Cesante!)

ESCENA XIV.

CAMILA. D. RAMIRO. D. ANDRES.

Andres. Lo ve usted? ¡Ni aún ese gusto
depravado, absurdo, infame,
se me cumple!

Ramiro. No te quejes.

¿Qué más feliz desenlace
pudieras apetecer....

Andres. [*Dejándose caer en la butaca con su-
mo abatimiento.*]
(Miserable! miserable!)

Camila. Querido tio....

Andres. Qué es eso?

¿Vienes tú ahora á insultarme....

Camila. Al contrario. Las desgracias
que abruman á usted me parten
el corazon.

Andres. (Cocodrilo!)

Camila. Si á repararlas en parte
puedo yo contribuir,
cuanto tiene, cuanto vale
Camila es de usted.

Andres. [*Con amargura.*] Mil gracias.
No necesito de nadie.

Ramiro. [*Aparte á Camila.*]

Déjele usted, señorita.

No es buena ocasion... Más tarde...

ESCENA XV.

CAMILA. D. RAMIRO. D. ANDRES. FERMIN.

Ramiro. [*Saliendo al encuentro de Fermin y
hablando con él á media voz.*]

Qué hay?

[*Camila se acerca tambien á Fermin.*]

Fermin. Don Luis con los testigos
y el notario....

Andres. (¡Soy un cafre,
un páparo!)

Fermin. Á la otra sala
los he llevado....

Ramiro. Me place.

No conviene....

Fermin. Qué les digo?

Ramiro. Que la novia va al instante.

ESCENA XVI.

CAMILA. D. ANDRES. D. RAMIRO.

Camila. [*Aparte con D. Ramiro.*]

Pero tendrá que asistir,
pues hace veces de padre,
mi tio y firmar....

Ramiro. Lo hará.
Déjeme usted que yo le hable
á solas.

Camila. Mucho me aflige
su situacion, Dios lo sabe.
Casarme con él...., jamás!
Ha hecho mil iniquidades
conmigo.

Ramiro. Sí.

Camila. Sobre todo,
la guerra atroz, implacable

que declaró á un animal
inofensivo..... No obstante,
le tengo ley.....

Ramiro. No lo dudo.

Camila. Y no porque yo me case
con otro.....

Ramiro. Sí, pero.....

Camila. Adios!....
(Pobre tutor! Dios le ampare!)

ESCENA XVII.

D. ANDRES. D. RAMIRO.

Ramiro. Vamos, alza de ese asiento!

Andres. No tengo pudor si vivo
dos dias.

Ramiro. Eh! no hay motivo
para tanto abatimiento.

Andres. Si con echarme una arenga
piensa usted.....

Ramiro. No, voto á san;
mas, como dice el refran,
no hay mal que por bien no venga.

Andres. Pese al diablo!... ¿Es bien ó es mal
perder de un solo bajon.....

Ramiro. Ensancha ese corazon.
Yo he salvado tu caudal.

Andres. [*Levantándose.*]

Qué oigo! ¿Conque usted me ahorra..

Ramiro. Sí.

Andres. ¿Y cómo..... Dudo si estoy
despierto ó sueño.....

Ramiro. [*Sonriéndose.*] Yo soy
don Pascasio Calahorra.

Andres. ¿El que hizo la operacion.....

Ramiro. Pues.

Andres. Válgame san Jerónimo!

Ramiro. Me valí de ese seudónimo
para darte una leccion.
La operacion fué supuesta.
Viendo tu ruina inminente,
de acuerdo con el agente.....

[*Sacando un papel y mostrándolo á
D. Andres.*]

Mira: la póliza es esta.

Andres. [*Despues de reconocer el papel.*]

Cierto.—¡Y yo con irritantes
sospechas..... Ah! soy un trompo,
un.....

Ramiro. No hables de eso. La rompo,

[*Hace pedazos el papel.*]

y tan amigos como ántes.—
Vamos á otra cosa. Hoy cesas
en tu destino.....

Andres. Ay dolor!

Ramiro. Yo te daré otro mejor

en una de mis empresas.

Andres. Oh bondad! oh amigo ilustre!....
Ya en placer trocado el susto.....

Ramiro. Sólo te queda el disgusto
de que la boda se frustre.
Rica es la muchacha y bella,
mas puede ser reemplazada
por otra ménos mirlada
y ménos frívola que ella.

Andres. Es verdad: no me conviene.....

Ramiro. Ahora es necesario.....

Andres. Qué?

Ramiro. Que haga un esfuerzo.....

Andres. Haré

todo lo que usted me ordene.

Ramiro. Pues cederla á tu rival
ya es penitencia precisa,
firma con cara de risa
el contrato conyugal.

Andres. Sí, llévesela el vecino.
Yo prefiero mi reposo.....

Vamos allá. Si es forzoso,
seré tambien su padrino.

Ramiro. No es menester. (Pobre mozo!)
Pronto dejaré esta villa.....
¿Quieres venirte á Sevilla
conmigo?

Andres. Acepto. Qué gozo!

Ramiro. Me alegro. Estarás allí
como un príncipe á mi lado.
Mas te dejo abandonado
si no te enmiendas.....

Andres. Ah! sí.

Ramiro. Es imposible que avances
siendo tan irreflexivo,
tan.....

Andres. Ya no! En lo sucesivo
tendré..... Basta de percances.

Ramiro. Todos te los has buscado.

Andres. Y á lo que era necedad
llamaba fatalidad.
Simple de mí, atolondrado!

Ramiro. Lo confiesas?

Andres. Por qué no?

Ramiro. ¿Luego el enemigo oculto
á quien buscabas el bulto.....

Andres. Era yo, yo mismo, yo!—
Y en prueba de que estoy ya
convencido de mi error
depongo todo rencor
y.....

[*Á la puerta del foro.*]

Don Luis!—Camila!—Acá!

ESCENA ÚLTIMA.

D. ANDRES. D. RAMIRO. CAMILA. D. LUIS.

Camila. Tío!

Andres. El papel de tirano
no me cuadra. Si os quereis,
os llamo para que os deis

en mi presencia la mano.
Luis. Siento.... Si usted se incomoda....
Andres. Nada! Soy moro de paz.
Camila. [Dando su mano á D. Luis.]
Vaya!
Andres. Bravo! Soy capaz
de bailar en vuestra boda.
Camila. ¿De véras! Mucho me admiro
de ver á usted satisfecho
y alegre....
Andres. Conmigo ha hecho
un milagro don Ramiro.
Ciego estaba, y de mis ojos
él ha arrancado la venda;
por él recobro mi hacienda
y me excuso mil sonrojos;
por él....
Luis. Sea en hora buena.

Camila. Tanta bondad!....
Andres. En fin, es
mi númen....
Ramiro. ¡Por Dios, Andres....
Eso no vale la pena.
Camila. ¡Cuánto celebro, Dios mio....
Andres. Gracias, linda criatura.
Camila. Amargaban mi ventura
las desgracias de mi tio.—
Me perdona usted?
Andres. Sin duda.
Luis. Para mí será el encono....
Andres. No; á todo el mundo perdono,
hasta al mirlo, hasta á la viuda.—
Sólo á mi *enemigo oculto*
le rompería el bautismo....;
pero como soy *yo mismo*
me comprendo en el indulto.



MEMORIAS DE JUAN GARCÍA,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Representada por primera vez en el teatro del Principe el dia 16 de Setiembre de 1848 (*).

PERSONAS.

LAURA.	D. PEDRO.
DOÑA GREGORIA.	D. LUIS.
RITA.	D. ZACARÍAS.
PASCUALA.	UN CIRUJANO.
D. JUAN.	UN CONCEJAL.
	UN MÉDICO.

MOZOS DE POSADA Y DE CARGA.—RONDA DE VECINOS HONRADOS.

ACTO PRIMERO.

La escena es en Albacete. Cuarto en un parador de diligencias. Puerta á la derecha del actor y enfrente de ella una chimenea francesa con lumbre. Alcoba en el foro, con puertas vidrieras y cortinillas. Una cama de tijera á la derecha. Mesa con recado de escribir, sillas ordinarias, etc. Es de noche. Una bujía sobre la mesa: otra encima de la chimenea. Sobre una silla un saco de noche muy abultado.

ESCENA I.

D. JUAN.

[Aparece sentado delante de la mesa, con gaban de abrigo, color oscuro, y cubierta la cabeza con una gorra de camino. Al alzarse el telon está contemplando un retrato.]

Hechizo de mis sentidos,
mi bien, mi norte, mi gloria;

permíteme que otra vez
imprima mi amante boca
en estos rasgos que son
imperfecta y muda copia
de tus divinas facciones.

[Besando el retrato.]

Hum!.. Delicia!... Otra vez... Otra...
Aquí que no peco.—¡Oh Dios
que eres uno en tres personas!,
¿merezco yo por ventura

(*) Otro Parecido, y será acaso el centésimo de los que en mayor ó menor escala, y capital ó accesoriamente, han dado á luz los poetas cómicos desde Plauto hasta nuestros días.

¿Hay ó no personas tan semejantes á otras que se las pueda equivocar y confundir por un espacio de tiempo más ó ménos largo? Pocas serán, pero indudablemente las hay, y apelo en testimonio de esta verdad á todos mis lectores. Ninguno, por poco que sea su trato de gentes, dejará de recordar similitudes humanas muy notables; y las que no lo son tanto, pero que al pronto producen más de un gracioso *quid pro quo*, abundan de tal suerte en las grandes poblaciones, que á los que en ellas habitamos nos sucede con frecuencia saludar á un sujeto teniéndole por otro.

tener tan bonita novia?
Ya el dulce anhelado término
de mi ausencia dolorosa
se acerca. Grata sorpresa
será á mi tierna paloma
mi inesperado regreso,
y yo contando las horas,
siglos para mí, que faltan.....
Pero el retrato me emboba
y mirándolo me olvido
de apuntar en mis *Memorias*
las novedades del día.

[Guarda el retrato y toma de sobre la
mesa un abultado manuscrito.]

Material hay ya de sobra
para un tomo. Es muy menuda
la letra, y luégo las notas
y el índice..... Hoy todavía
no ha dado de sí la historia
cosa notable.—Escribamos.

[Lo hace.]

«En Albacete, en la fonda
parador de diligencias.
Á tres de Enero.»—¡Qué roma
está la pluma!—«Á las nueve
y cuarto llegó la góndola
sin novedad.—Hoy ha estado
muy destemplada la atmósfera.—
He venido en la berlina
martirizado, entre un cócora
que se duerme sin temor
de Dios, y patea y ronca....,
fiero mastin!.... y una viuda
obesa, locuaz, jamona,
y al parecer epiléptica.
Tres veces la pecadora
se ha desmayado en mis brazos.»—
Oh Laura mia! perdona.
Aunque llegué á sospechar

que fingía las congojas
y pellizcos merecía
en vez de agua de Colonia,
la flaqueza de su sexo
me movió á misericordia.—
Pero en el resto del viaje
con el mastin se componga,
que yo por librarme de ellos
me tulliré en la rotonda.

ESCENA II.

D. JUAN. PASCUALA.

Pasc. Caballero.....
Juan. Qué hay, muchacha?
Pasc. ¿Se está usted con esa sorna
sin acudir á la cena?
Ya está en la mesa la sopa.
Juan. Es temprano..... Y hoy no quiero
comer en mesa redonda.
Pasc. Ya, pero.....
Juan. (Por no exponerme
á que reincida la gorda.....)
Mira, aquí me servirás,
cueste lo que cueste.
[Sacando un duro.]
Toma
la propina adelantada.
Pasc. [Tomándolo.]
(Un duro! De estas caen pocas.)
Mil gracias.—Á un señorito
que así franquea su bolsa
bien le excusaría yo
la incomodidad forzosa
que vengo á anunciarle.
Juan. Cuál?

Supuesta la gran semejanza y aun aparente identidad entre dos hombres, si no á los ojos de la ciencia, al ménos lo bastante para la verosimilitud teatral, ¿es posible que por fines particulares, y favoreciéndole otras circunstancias además de la indicada, haya quien abuse de ella usurpando en provecho propio la personalidad ajena? Con ménos esfuerzo aún que á la primera se dará á esta pregunta una respuesta afirmativa.

Si todavía hay espectadores nimiamente escrupulosos que en términos absolutos hagan al poeta con alguna repugnancia una ú otra de las dos concesiones referidas, ó las dos juntas, lo cómico de las situaciones que la dualidad unas veces de un solo personaje, y otras por el contrario la unidad á que dos se reducen, han de producir necesariamente en la escena y en la lectura, y los chistes á que tales situaciones se prestan, ¿no bastarán para que el autor obtenga un *bill de indemnidad* por haber empleado un medio dramático que al cabo es ménos persuasivo que otros, porque no procede de la marcha regular de la naturaleza, sino de uno de sus fenómenos poco comunes? La misma repetición del argumento de los *parecidos* en todos los teatros prueba que al público no le pesa de que se excite su interés, ó al ménos su risa, con los enredos y trocatintas y conflictos de que puede ser mina fecunda.

El autor de *Memorias de Juan García* ¿ha sacado tal cual partido de tan manoseado asunto? Así lo entiende, pues es notorio que el público mostró bien á las claras haberse divertido mucho con su comedia: y el autor no aspiraba á otra cosa. Pero hay críticos que no lo creerán si frailes descalzos se lo predicán, y tan imparciales que nunca lo confesarían aunque lo creyesen; críticos que van á la luneta firmemente resueltos á que les parezca detestable todo lo que no es de sus amigos y paniaguados; críticos que, sin entrar de buena fe en el sistema y en las miras del poeta atienden ménos á lo que ha escrito que á lo que ha dejado de escribir; críticos que desde la primera escena van haciendo de memoria otro drama distinto y aun contrario del que dicen que oyen y ven. No hay réplica que valga contra tales censores; pero es lástima por cierto que priven á la escena y á la estampa de esas peregrinas aunque improvisadas elucubraciones. Espera, no obstante, el autor que jueces ménos apasionados tengan en cuenta para absolverle de los defectos en que sin duda ha incurrido, que no sin alguna novedad ha combinado los antecedentes y progresos de la acción; que no carece de originalidad el expediente de las *Memorias*, origen y nudo de la fábula y que algo es haberla llevado sin violencia á su término no habiendo de carearse nunca los *parecidos*, porque para lo contrario habría de ser mucho mayor la condescendencia del auditorio, y sin un confidente que ayude en sus embustes y saque de sus apuros al tronera que alternativamente desempeña dos diferentes individualidades.

- Pasc.* Que haga usted la buena obra de partir su habitacion con otro viajero. Toda la casa está ya atestada..... Usted dormirá en la alcoba, y él en ese catre.
- Juan.* Es jóven?
- Pasc.* Como hay tanta babilonia abajo, no reparé..... Viene de la Corte.....
- Juan.* Ronca?
- Pasc.* Bah! Qué sé yo?... En todo caso la molestia será corta. ¡Es tan poco lo que paran las diligencias ahora!....
- Juan.* Bien, dile á ese caballero...., cómo ha de ser!.... que disponga....
- Pasc.* Cuándo he de servir la cena?
- Juan.* Luégo.—Oigo ruido de bolas....

[*Se levanta.*]

Me voy un rato al billar..... Allí estiraré las corvas un poquito y haré ganas de cenar.

[*Buscando.*]

¿Á ver.... Mi gorra..... Ah! la tengo puesta. (Acaso allí haré alguna curiosa observacion que me sirva para llenar esa hoja....)

[*Entra un mozo con un saco de noche.*]

- Pasc.* ¿Quién.... Ah! el mozo con el saco del otro.

[*Viendo que lo pone sobre el catre de tijera.*]

¡Que ajas la colcha, mostrenco!

[*Indicándole una silla inmediata al catre.*]

Déjalo aquí.

[*El mozo se retira.*]

- Juan.* [*Tomando de una silla una bufanda azul y poniéndosela.*]

Nos taparemos la boca.

- Pasc.* Sí, señor, que hace un remusgo..... Cúidese usted.

- Juan.* [*Tomando el cuaderno.*]

(Las memorias.....)

[*Abriendo el cajon de la mesa.*]

Aquí las guardo.) Adios.—(Laura!)

- Pasc.* Abur.
- Juan.* (Laura encantadora!)

ESCENA III.

PASCUALA.

Guapo mozo!.... Y desprendido como un príncipe, amén de eso. ¡Darme de propina un peso, ántes de haberle servido! Si es así el del otro coche, que tambien vendrá á esta sala, con muy buen sino, Pascuala, te ha amanecido esta noche.— Sólo me choca en su edad, y en esto hay quizá misterio, verle tan formal, tan serio como si fuese un abad. ¿Cenar solo en esta pieza y.... Vamos, tanta pachorra no pega.... ¡Y buscar la gorra teniéndola en la cabeza!.... Y si mal no he reparado, al salir sacó del pecho un suspiro.... Yo sospecho que el pobre está enamorado. Ya sé yo por experiencia.... Cuando entró en la diligencia quizá dejó su querencia en la playa de Valencia.— Pero ¿y aquel cartapacio que ha guardado en el cajon?— Hum!.... me da una tentacion.... Si estuviera más despacio.... Pero el otro pasajero hasta que la cena acabe no subirá, y él no sabe.... De curiosidad me muerdo.— Qué diantre! Á Roma por todo.

[*Saca el cuaderno.*]

Mi fuerte no es la leyenda, pero puede que lo entienda mascullándolo á mi modo.

[*Examinando la portada.*]

No me quedaré con ganas de leer este renglon tan siquiera, porque son las letras como arvellanas.

[*Silabeando.*]

«Me.. memo..» ¿Qué.. «Memo.. ría... S....» Ah! «Memorias.... de Juá.... Juan.. Gracia..» Eh? Gar.. cía..» Yal *Memorias de Juan García.*

[*Entra de pronto D. Pedro, tambien con gaban y gorra de camino, y tapada la boca con una bufanda encarnada.*]

ESCENA IV.

PASCUALA. D. PEDRO.

Pedro. Hace un frio que traspasa.....
Pasc. [*Sorprendida.*]
 (Ay Dios!....)
Pedro. Hola!.... Linda moza!
 Qué ojos!.... Y el talle no es broza.
 Tal pimpollo en esta casa!
Pasc. Señor!....
Pedro. Es un embeleso.
 [*Quitándola el manuscrito.*]
 Qué estás leyendo, hechicera?
Pasc. No!
Pedro. Es cuenta de lavandera?
 Libro de actas, ó proceso?—
 Responde sin embarazo.
Pasc. [*Intentando recobrar el cuaderno.*]
 Venga. Yo no sé lo que es,
 pero.....
Pedro. Es fuerza que me des
 por el rescate un abrazo.
Pasc. [*Defendiéndose.*]
 Atras!.... Ese mamotreto
 no me pertenece á mí.
 Es del otro huésped.....
Pedro. Sí?
 [*Cogiéndola una mano.*]
 ¿Del otro.....
Pasc. [*Desprendiendo su mano de la de don
 Pedro.*]
 Estése usted quieto.
 Aquel.....
 [*Al ir D. Pedro á tomar otra vez la
 mano de Pascuala, ésta le da con ella
 una palmada.*]
 Eh!
Pedro. No seas boba.....
Pasc. Da á las mozas de posada
 la propina adelantada.....
Pedro. Oiga! el otro.....
Pasc. Y no las soba.
Pedro. Humánate, y dadivoso
 no ménos que dulce y tierno.....
Pasc. Vamos, venga ese cuaderno
 y no sea usted curioso.
Pedro. Calle! Y tú ¿por qué lo has sido?
Pasc. Yo..... es diferente.....
Pedro. No veo
 la.....
Pasc. Yo apenas deletreo
 y usted leerá de corrido.
Pedro. Pues bien, por cosa tan corta

no hemos de armar una riña.
 Toma el expediente, niña.

[*Lo toma Pascuala y lo guarda en el
 cajon.*]

Pasc. Maldito lo que me importa.
 Por supuesto; nada vale.....
Pedro. (Vamos, ¡si en viendo yo faldas
 no puedo... Ahora está de espaldas.
 [*Acercándose de puntillas y cogiendo
 por la cintura á Pascuala.*]
 Con tiento.....) Alma mia!
Pasc. [*Volviéndose y dándole un manoton.*]
 Dale!
Pedro. (Es cerril.)
Pasc. [*Corriendo hasta la puerta.*]
 No quiero, ea!
Pedro. [*Siguiéndola.*]
 Sólo un abrazo. Hace un frio
 que.....
Pasc. Frio? Pues, hijo mio,
 allí está la chimenea.

ESCENA V.

D. PEDRO.

Para moza de posada
 es absurdamente esquivia.
 Aquí viene bien aquello
 de ¡oh virtud, dónde te anidas!—
 Mas ¿por qué con tanto ahinco
 el cuaderno defendia?
 [*Lo saca del cajon y se sienta junto á
 la mesa.*]
 Yo he de ver lo que contiene.—
 Friolera! Una baliya
 es menester para..... Á ver?
 [*Leyendo.*]
Memorias de Juan Garcia.—
 Oiga!.... Vamos, por lo visto,
 las bellas letras cultiva
 mi compañero de cuarto.—
 Alguna crónica antigua.....
 [*Hojeando.*]
 No; la escritura es moderna.....
 Á ver el fin?—Todavía
 no concluye aquí la obra
 y aún está fresca la tinta.
 Sin duda es una novela.....
 Veamos cómo principia.
 [*Leyendo.*]
 «Libro primero. —Capítulo

primero. — Mi jerarquía, patria, nacimiento, *et cætera*. — Vamos, ya caigo..... Este *quidam* se ha dedicado á escribir su propia biografía. Notables deben de ser los sucesos de su vida. Pero *Juan García*..... Al mundo ¿qué le importan las desdichas ó los placeres de un hombre que se llama *Juan García*? De *Garcías* y de *Juanes* hay gran cosecha en Castilla. Entre ellos habrá sin duda personas muy distinguidas, mas cuando el autor publique el fruto de sus vigilias, ¿quién al héroe reconoce anunciado en las esquinas, pudiéndoselo apropiár mil y quinientas familias? — Pasemos á otro capítulo á ver si nos ilumina.....

[*Leyendo.*]

«De cómo estando en lactancia me acometió la alfombrilla.» — Famoso descubrimiento!

[*Leyendo más adelante.*]

«Travesuras; golosinas de muchacho. — Entré á estudiar con los escolapios, dia veinte y cuatro de Noviembre.....» Esta importante noticia será una página de oro para la historia. — «Prolija descripción de mi colegio.» — Este hombre no necesita comentarios. — «Estudié con el padre Diego Ariza.....» Pero ¿quién me manda á mí leer estas tonterías?

[*Vuelve á poner el cuaderno en el cajón y se levanta.*]

Y en efecto, el camarada que la suerte me destina para esta noche ¿será el mismo protagonista de esa crónica indigesta? — Fácilmente se averigua. Su saco de noche es este.

[*Examinando el que apareció al alzarse el telón.*]

Tendrá iniciales ó cifra.....

[*Tomando la luz que estaba sobre la chimenea y acercándose al saco.*]

Veamos. Aquí está el rótulo..... No lo dije? *Juan García* con todas sus letras.

[*Dejando otra vez la luz sobre la chimenea y calentándose en ella.*]

¡Alma candorosa y expansiva!.... Ya se ve, tanto ha cundido la contagiosa manía de las memorias autógrafas, que ya cualquier sabandija se da importancia escribiendo las suyas.

[*Bostezando.*]

Esa ridícula lectura ha sido un narcótico para mí. El sueño me hostiga.....

[*Se quita la bufanda y la deja sobre una silla.*]

Bueno será recogerme..... Allí hay una cama exigua..... Á ver aquí?

[*Abre una hoja de las puertas vidrieras.*]

Esa es mejor; y hay vidrieras y cortinas.

[*Quitándose el gaban.*]

La acoto. Para el biógrafo aquella. Sobre esta silla dejo el gaban y, vestido, tiendo la raspa una horita, si ántes no entra el mayoral gritando: ea, al coche; arriba!

[*Entra en la alcoba con la gorra puesta y dejando la puerta entornada. En seguida asoma Pascuala la cabeza por la puerta de la derecha.*]

ESCENA VI.

PASCUALA.

No está por aquí el narciso que quiere hacerme la corte. Entremos y, por si forte, estaremos sobre aviso.

[*Entra y deja sobre una silla, cerca de la mesa, una cesta donde trae lo necesario para servir la cena á don Juan.*]

¿Habrá hecho la picardía ese hombre de Barrabas

de llevarse aquello..... Las.....
Memorias de Juan García?

[*Reconociendo el cajon.*]

No; en el cajon están puestas
como ántes. Vuelvo su honor
al otro.—Pero, Señor!
qué memorias serán estas?

[*Saca de la cesta el servicio y lo va colocando despacio.*]

Todos, más ó ménos fiel,
tenemos una memoria,
pero tantas..... Ya es historia!
Media resma de papel!—
Ah! ya caigo..... Quizá escribe
en su cuaderno don Juan
las memorias que le dan
en las cartas que recibe.

[*Ronquidos en la alcoba hasta el fin de la escena.*]

Quién ronca con tal furor?
El huésped recién venido
será..... Va á estar divertido
el otro pobre señor.
Válgame Dios, qué huracan!

[*Dirigiendo la voz hácia el catre.*]

Señor!.... La hemos hecho buena!
En la alcoba es donde truena.
Qué dirá luego don Juan?
¡Viene el último y se zampa
en la alcoba del primero!
Qué osadía!

[*Acercándose á la alcoba.*]

Caballero!....

[*Suenan cada vez más los ronquidos.*]

Caballerito!.... Ya escampa!—
Entraré..... Pero ¡qué boba!....
Quien la acosaba en la sala
¿qué diría de Pascuala
viéndola entrar en la alcoba?

[*Retirándose.*]

Zape! Es muy avilantado.
Tengo honra; mas mi abuelita
decía bien, que quien quita
la ocasion quita el pecado.

[*Cesan los ronquidos.*]

ESCENA VII.

PASCUALA. D. JUAN.

Juan. [*Entra quitándose la bufanda.*]

Hola, niña!

Pasc. Ah!.... Bien venido.

Ya está aquí el otro viajero.

Juan. [*Buscando con la vista.*]

¿Dónde.....

Pasc. Con mucho salero
hizo en la alcoba su nido.

Juan. Oiga!....

Pasc. Hay gentes tan resueltas...

Á usted le correspondía,
que vino ántes. Picardía!....

Pero me guardó las vueltas.....

Juan. Eh! Cómo ha de ser! Prescindo.....

Pasc. Bondad de usted; mas su audacia
me enrita.—Y tiene otra gracia.

Juan. Cuál?

Pasc. Que ronca y de lo lindo.

Juan. Eso es lo peor.

Pasc. ¡El diantre
del hombre!....

Juan. Yo no le siento.....

Pasc. Ahora..... Pero hace un momento
roncaba como un sochantre.

[*Vuelven á sonar los ronquidos con variaciones, cesando despues y repitiéndose á intervalos.*]

Eh! Oye usted?

Juan. Dios me socorra!

Ahora muda la sonata.

Pasc. Sáquele usted de una pata.....

Juan. No, armaríamos camorra.....

El dirá.....

Pasc. ¡Mal haya, amén.....

Juan. Que adrede nadie estornuda
ni ronca.....

Pasc. [*Oyendo un fuerte ronquido.*]

Aprieta!

Juan. Sin duda

es de tierra de Jaen.

Pasc. Si usted sufre esa porfía.....

Juan. Pche!.. y qué he de hacer?

Pasc. Norabuena.

Puedo ya subir la cena?

Juan. Cuando quieras, hija mia.

ESCENA VIII.

D. JUAN.

[*Sentándose á la chimenea.*]

Pues, señor, gracias á Dios,
nada de particular
me ha ocurrido en el billar.
He perdido tres *chapós*.....

ESCENA IX.

D. JUAN. D. LUIS.

Luis. [Á la puerta.]
Felices noches.
Juan. [Levantándose.] Felices.
Luis. [Avanzando.]
¿Me da usted razon..... (Ah, él es!)
Caballero.....
Juan. Señor mio.....
Luis. Por fin ya tengo el placer
de hallar á usted.....
Juan. Sí? Celebro.....
Luis. Con este son cinco ó seis,
los cuartos que he recorrido.....
Juan. Pero.....
Luis. Me conoce usted?
Juan. No tengo el honor.....
Luis. Yo soy
Luis Ordoñez Esquivel.....
Juan. Muy señor mio.
Luis. Teniente
de reemplazo.....
Juan. Está muy bien.
Luis. Muy mal, digo yo. Han faltado
á la razon y á la ley
declarándome excedente,
cuando hay por lo ménos cien
ménos antiguos que yo
que han obtenido el *relief* (*).
Juan. Será verdad, mas la culpa
no es mia. Eso..... al coronel.....
Luis. Cierto; ustedes los paisanos
no tienen nada que ver.....
Juan. En fin, ¿no sabré el objeto
de.....
Luis. De mi visita?
Juan. Pues.
Luis. Yo jugaba en el billar
una guerra.....
Juan. Ah! sí; ya sé.....
Aun no habia reparado.....
Luis. Mientras usted y otros tres
jugaban en otra mesa
chapós.
Juan. El relato es fiel
hasta ahora; mas no alcanzo.....
Luis. Yo vengo á que usted me dé
sin excusa ni demora.....
Juan. Yo! (Qué quiere este hombre?...)
Luis. A fuer
de caballero, la justa
satisfaccion.....
Juan. Yo ¿de qué?
por qué? sobre qué?
Luis. Silencio!
Juan. Usted se riyó.....
De quién?

Luis. Voto á briós!.... De mí.
Juan. Es verdad
que riendo celebré
los chistes que usted decia,
su marcial desinterés,
sus porvidas, sus tacazos,
sus gestos.....
Luis. Pesia Luzbel!....
Juan. Pero.....
Luis. ¿Acaso tengo yo
en la cara un entremes?
[*Vuelven á sonar los ronquidos.*]
Juan. Hombre!....
Luis. Á mí nadie me insulta.
Juan. Y ¿quién trata.....
Luis. Es menester
que vayamos á batirnos
al instante.
Juan. Por la fe
de hombre honrado juro...
Luis. Nada!....
Juan. Que léjos de.....
Luis. No hay cuartel.
Juan. Pero, señor, por tan frívolo
pretexto es una sandez.....
Voy de viaje..... No he cenado.....
Luis. No importa.
Juan. Es cosa cruel.....
Luis. Cobardía!
Juan. Hum!
Luis. ¡Afligirse,
temblar como una mujer
cuando.....
Juan. Basta!—Al fin me saca
de mis casillas.—Y aquel
pertinaz solfeo..... Eh! vamos,
acabemos de una vez.
Luis. Armas?
Juan. ¿Qué sé yo.....
Luis. Pistolas?
[*Tentándose los bolsillos.*]
Dos llevo cargadas.
Juan. Bien.
Luis. Padrinos?
Juan. Son excusados.
Luis. Á veinte pasos.....
Juan. No; á diez.
Es de noche y.....
Luis. Cierto.
Juan. (Oh Laura!)
La bufanda me pondré.....
[*Lo hace.*]
Luis. ¡Va usted á morir, y teme
que el frio curta su piel!
Juan. Pronto canta usted victoria.

(*) Rehabilitacion en su empleo, colocacion en servicio activo. Es deplorable la plaga de voces francesas de que está infestado nuestro lenguaje militar, tales como la que motiva esta nota, y *detall, retraite, cadete, edecan*, etc., etc.

(Por fin ya puedo poner
en mis memorias biográficas
algo decente. Despues....)

Luis.

Vamos.....

Juan. [*En voz baja viendo entrar á Pascuala.*]

Silencio.

ESCENA X.

D. JUAN. D. LUIS. PASCUALA.

Pasc. [*Trae una sopera, que deja sobre la mesa.*]

La sopa.

Juan. Déjala. Tengo que hacer.
Vuelvo pronto.

Luis. Sí, en un verbo.....

[*Á D. Juan en voz baja.*]

Dando vuelta á la pared
se sale.....

Juan. Hasta luégo. (Oh Laura!)

Luis. Adios, cara de clavel.

ESCENA XI.

PASCUALA.

¿Adónde irá tan de prisa
y á deshora? Esto me asusta.
El otro hombre... Hum! no me gusta
á pesar de su sonrisa.
¿Tan urgente es el asunto
que no le ha dado lugar
siquiera para cenar?
Nada bueno me barrunto.
¿Quién sabe, ay Dios! si le llama
para armar una quimera?
Pero ¿á qué santo?... Si fuera
con el que ronca en la cama....
Hombre que con tal pacencia
sufre..., Virgen del Socorro!....
á semejante abejorro,
con naide tendrá pendencia.—
Ya calla. Gracias á Dios!

[*Dentro un bostezo pronunciado.*]

Ahora creo que bosteza....
Cruje el catre.... Se espereza....

[*Dentro tos.*]

Se ha despertado. La tos.....

No se habrá echado la manta
al tenderse á la bartola,
y ahora.... Siento ruido.... Hola!
Parece que se levanta.
Yo escapo. No estoy tranquila.
Pero si me llama.....
Pedro. [*Dentro.*] Moza!
Pasc. No lo dije?—Si retoza
le casco con la badila.

[*Sale D. Pedro de la alcoba con la gorra puesta, se dirige á la silla donde dejó el gaban, y se lo pone. Pascuala se retira hasta la mesa, y hace como que la arregla.*]

ESCENA XII.

D. PEDRO. PASCUALA.

Pedro. Pronto volverá á rodar
la góndola por la ruta
de Valencia.—Como soy,
que está la noche muy cruda.

[*Al volverse de espaldas á la chimenea, despues de darse un calentón por delante, ve á Pascuala.*]

¡Hola, estás aquí, lucero,
y te llamo, y no me escuchas!
Pasc. Qué manda usted?

Pedro. Un vaso de agua,
si no lo tomas á injuria.

Pasc. [*Sin mirarle.*]

Si me hago la remolona
usted se tiene la culpa.

Pedro. Por qué, huraña de mis ojos?

Pasc. Porque te quiero y me gustas.....
Por eso y por lo demas.

[*Echa agua en un vaso.*]

Pedro. Lo demas! De qué me acusas?
Pasc. De usurpar la hacienda de otro.

Pedro. Niña, mira que me insultas.

Pasc. La cama.....

Pedro. Ah! ya. Buen regalo!

Pasc. Está infestada de pulgas.
Calle! Pues lo que es á usted
no le habrán picado muchas.
Vaya un modo de roncar!

Pedro. Alguna mala postura.....
Soñaba.... El agua, y despues
te contaré mis angustias.

Pasc. [*Mirándole con atencion al presentarle
el vaso de agua en un plato.*]

Jesus mil veces, Jesus!

Pedro. Muchacha! De qué te asustas?
[Toma el vaso, bebe y lo vuelve á poner en el plato.]

Pasc. Estoy soñando, ó despierta?—
 Quién es usted?

Pedro. Yo? ¡Pregunta singular!

Pasc. *[Dejando el plato sobre la mesa.]*
 Ó es usted brujo
 ó no los ha habido nunca.
 Salió usted hace un instante
 por la puerta; no hay más que una...;
 y ahora..... aquí...

Pedro. Si entiendo jota...

Pasc. Pero ¡si yo..... Qué locura!
 Si no me he movido!

Pedro. Acaba.....

Pasc. Vamos, yo pierdo la brújula.....
 ¿Es usté hermano carnal
 del otro? Sí, sí, no hay duda.
 De don Juan García?

Pedro. Pues.

Pedro. Mientras mi madre ó la suya
 no declaren otra cosa
 somos de distinta alcurnia.

Pasc. Pues bien, uno de los dos
 es el demonio en figura
 de..... del otro. No se ha visto
 entre humanas criaturas
 semejanza..... semejante.

Pedro. Qué estás diciendo? Te burlas?

Pasc. No.

Pedro. Tanto nos parecemos?

Pasc. Lo propio que dos lechugas
 de un mismo huerto ó dos gotas
 de agua. En todo; en la estatura,
 en la cara.....; hasta en la voz.

Pedro. De véras? Con eso aguzas
 mi curiosidad de verle.

Pasc. Vamos, si ustedes se juntan
 naide sabrá.....

Pedro. Y en el genio
 ¿tenemos tambien alguna
 semejanza?

Pasc. Ay! eso no;
 porque él parece de azúcar;
 tan amable, tan juicioso....;
 y usted es peor que Júdas.

Pedro. *[Para sí.]*
 Moralmente, yo no puedo
 parecerme á quien ocupa
 sus ocios en escribir
 esas memorias insulsas.

Pasc. Yo no habia reparado.....
 Como entró usted tan de bulla
 y tapado hasta los ojos
 con la bufanda.....

[Dentro pasos y rumor confuso.]

Una voz. Aquí! Alumbra!

ESCENA XIII.

PASCUALA. D. PEDRO. EL CIRUJANO. EL
 CONCEJAL. MOZOS. LA RONDA.

Pasc. Qué es esto?

[Precedidos del Cirujano y de un mozo, que trae una vela encendida, entran otros cuatro conduciendo una camilla cubierta. Los sigue el Concejal con su ronda.]

Cirujano. Adentro!

Pasc. Ay de mí!

Cirujano. No es este el número tres?

Pasc. Sí.

Cirujano. Aquí nos dijo.....

Pasc. Ay, él es!

Cirujano. *[Á los mozos.]*
 Despacio.—Una cama.....

Pasc. *[Indicando la alcoba.]* Allí.

[Abre corriendo las puertas vidrieras y mulle y arregla la cama, que se verá en el fondo de la alcoba, mientras llegan á ella los mozos con la camilla y el que alumbra.]

Pedro. Aquí una camilla! ¿Á quién conducen?

Concejal. Á un forastero.

Pedro. Sin duda mi compañero de cuarto.....

[Los mozos sacan de la camilla á don Juan, que está sin movimiento, y le tienden en la cama. D. Pedro sigue hablando en voz baja con el Concejal.]

Cirujano. *[Junto á la vidriera.]*
 Con tiento!—Bien.—
 Ahora idos con la camilla.

[Salen de la alcoba los mozos con la camilla y se retiran.]

Deja tú sobre esa mesa
 la luz.

[El mozo que alumbraba deja el candelero sobre una mesita de noche que habrá junto á la cama.]

Pasc. *[En la alcoba contemplando á don Juan.]*
 Ay santa Teresa!

Cirujano. *[Cerrando una hoja de la vidriera.]*
 Salte tú tambien, chiquilla.
 Le vamos á desnudar.

[Sale de la alcoba Pascuala.]

Pasc. Qué desgracia! qué traicion!
 No mintió mi corazon

cuando.... Ay Virgen del Pilar!

Cirujano. Eh!.... Calla.

Pasc. Tiene mal gesto
aquel hombre....

Juan. [*Con voz muy débil.*]

Ah!

Cirujano. Ya respira.

Pasc. Bribon! Le tengo una ira....

Cirujano. [*Entrando en la alcoba y acabando de cerrar.*]

Trapos..., vendas..., agua.... Presto!

ESCENA XIV.

D. PEDRO. EL CONCEJAL. LA RONDA.

Concejal. Pues, como digo, iba yo
rondando por esas calles
de Dios, servicio que hacemos
por turno los concejales
con los vecinos honrados
que nombra el señor alcalde.
Oigo dos tiros; acudo,
y entre un arroyo de sangre
encuentro á aquel infeliz
dando lastimeros ayes.
Á su lado una pistola....

Pedro. Suicidio?

Concejal. No muy distante
vimos otra, y esto prueba
que ha sido herido por álguien
en duelo.—Mando llamar
al cirujano al instante.
Por lo que hace al agresor,
á tales horas no es fácil
su captura, ni áun saber
cuál es su nombre, su clase
y su domicilio mientras
el herido no declare.

Pedro. Cierito.

Concejal. Y ya ve usted que ahora....
Voy á practicar, no obstante,
las posibles diligencias....

Pedro. Bien hecho.

Concejal. Ya he dado parte
á la superioridad....

Pedro. Ah! Pues entónces....

Concejal. Más tarde
volveré....

[*Á su ronda.*]

Vamos, señores.—

Y si se salva el cadáver....

Pedro. El cadáver?

Concejal. Es decir,

el que está herido en el catre.

El dirá.... Conque, hasta luégo.

Pedro. Servidor....

Concejal. Que usted descanse.

ESCENA XV.

D. PEDRO. EL CIRUJANO.

Pedro. [*Arrimándose á la chimenea.*]

Es donoso el ciudadano
concejal.

Cirujano. [*Saliendo muy oficioso de la alcoba,
cuya puerta deja entornada, con una
cartera y el retrato que sacó D. Juan
en la escena primera.*]

¿Habrá quien guarde
estos efectos....

[*Á D. Pedro, dejando la cartera y el
retrato sobre la chimenea.*]

Ah! usted

que es compañero de viaje....

Pedro. Yo....

Cirujano. [*Volviendo apresurado hácia la al-
coba.*]

Voy....

Pedro. Cómo está el herido?

Cirujano. Al tiempo de desnudarle
se me ha vuelto á desmayar;
pero no hay cuidado; late
su pulso.... Perdóne usted.

[*Vuelve á entrar en la alcoba.*]

ESCENA XVI.

D. PEDRO.

Pobre hombre! Pero ese lance
nocturno.... es cosa.... Un retrato!

[*Tomándolo.*]

Veamos.

[*Mirándolo.*]

Hermosa imágen!

Qué ojos! qué boca! qué gracia!

[*Sigue contemplando el retrato.*]

ESCENA XVII.

D. PEDRO. PASCUALA. EL CIRUJANO.

Pasc. [*Trayendo lo que dirá.*]

Qué noche, Virgen del Cármen!
Agua y jofaina hay allí,
pero por si no hay bastante
traigo otra, y vendas, toballa....
Está mejor?

Pedro. [*Absorto en la contemplacion del re-
trato.*]

Es un ángel!

Pasc. Yo lo creo. Pobrecito!....

Cirujano. [*Saliendo de la alcoba.*]

A buen tiempo vienes. Dame.....

[*Se oye un débil quejido del paciente.*]

Ahora le haremos la cura.

Entra.

Pasc. Me tiemblan las carnes.

[*Queda la puerta de la alcoba entornada.*]

ESCENA XVIII.

D. PEDRO.

Vuelvo á mi dulce trasporte.

[*Mira un momento el retrato y dirige en seguida una ojeada á la alcoba.*]

¿No es un cargo de conciencia.....
Pero ¿la dejó en Valencia,
ó va á buscarla á la Corte?
Si hablara esta copia muda,
ella diria..... Ah, pardiez!....
Esa cartera tal vez
me sacará de la duda.

[*Toma la cartera y la registra.*]

Dicho y hecho. Un paquetito
de cartas..... Á ver, á ver?

[*Saca una y lee en ella.*]

«Madrid.....» Letra de mujer.—

[*Leyendo á la vuelta.*]

«Laura.»—Hasta el nombre es bonito.—
Qué más prueba? El bello encanto
allí queda....., y medio muerto
aquel hombre..... ¿Será cierto
que se me parece tanto?—
Miremos, por sí ó por nó,
con disimulo.....

[*Mira por entre las dos hojas de la vidriera.*]

Ah! no miente
la muchacha. Es sorprendente
la semejanza. Soy yo!

[*Separándose de la alcoba.*]

Es singular..... Ah! me asalta
una idea....., una diablura.....
La ocasion....., mi travesura.....

[*Volviendo á mirar el medallon.*]

Este retrato me exalta!
Con él y con este lio
de epístolas amorosas.....

Oh! No es nada! Y las memorias!....
Ah!....

[*Sintiendo moverse la vidriera, se pone de espaldas á la chimenea con las manos atras.*]

ESCENA XIX.

D. PEDRO. PASCUALA.

Pedro.

Qué hay? Cómo está?

Pasc.

Dios mio!

Le está curando la herida
el cirujano. Es atroz!
Dice.....—me falta la voz—
que está en peligro su vida.
Pedro. Dónde tiene la lesion?

Pasc.

[*Señalando al morcillo de su brazo.*]

Salvo la parte. Ay! quizá
tendrá que hacerle.....

Pedro.

Qué?

Pasc.

La.....

Eso..... La..... diputacion.

[*Hace ademán de cortarse el brazo.*]

Pedro.

Sí. (Zape!)

Pasc.

Es cosa cruel.....
Me ha dicho que haga llamar
al médico titular
para hacer junta con él.

[*Sollozando.*]

Pobrecito!.... Y no hace extremos
ni..... Yo lloro á todo trapo.
¡Cortar á un mozo tan guapo
uno de los cuatro remos!

ESCENA XX.

D. PEDRO

Lo he resuelto: le suplanto,
y salga el sol..... Estoy solo.....
Al avío! La bufanda.....

[*La toma y se la pone.*]

Bueno es ocultar el rostro.—
No me esperan en Valencia
ni parientes ni negocios.
Viajaba por distraerme,
no más, y pues ya lo logro,
no hago ningun sacrificio
yendo á Madrid de retorno.
Al contrario, si la empresa
sale bien.....

[*Abriendo el cajon y sacando el manuscrito.*]

Ea! me apropio

las consabidas memorias.
El diantre del protocolo!....

[*Doblando el cuaderno y metiéndoselo en uno de los bolsillos del gaban.*]

Fortuna es que mi gaban
tenga bolsillos tan hondos.—
Aquí las cartas.

[*Las guarda en otro bolsillo.*]

Y á ti,
retrato del bien que adoro,

[*Besando el retrato.*]

Laura, hermosa Laura!..., al lado
del corazon te coloco.

[*Guarda el retrato en el bolsillo interior del costado.*]

Aquí, abrigadita!— Oh! ¿quién,
á no tenerlo de corcho,
condenará la locura
á que por ella me arrojo?
Y aunque se parezca á mí
el malhadado biógrafo,
¿merece quien tal escribe
poseer este tesoro?—
Provisto de documentos
tan fehacientes, supongo
que nadie.... Pero, ah! me falta
el más esencial de todos;
el pasaporte.

[*Tomando la cartera de D. Juan.*]

Busquemos....

[*Sacando un papel.*]

Este será. Lo desdoblo....

[*Recorriéndolo con la vista.*]

«Em... Don Juan García...» Bravo!

[*Registrando la cartera.*]

Queda otro papel más corto....

[*Examinándolo.*]

El billete del asiento.—
Berlín.— También lo tomo.

[*Saca su propia cartera y de ella unos papeles, que coloca en la de D. Juan, dejando ésta sobre la mesa.*]

Le dejaré en su lugar,
que si no sería un robo,
mis documentos de viaje,
y aquí los suyos recojo.

[*Traslada á su cartera los papeles que acaba de sacar de la otra y la guarda.*]

Magnífico! Así á lo ménos
dará el pobre testimonio
de ser.... alguien; y si muere

del golpe, será gracioso
que para él sea la tumba
y para mí los responsos.

ESCENA XXI.

D. PEDRO. EL CIRUJANO.

Cirujano. Pascuala!...

Pedro. ¿Qué tal se encuentra...

Cirujano. Está bastante animoso;
pero la herida es terrible,
y me temo que irá al hoyo
si no se le amputa el brazo
á dos pulgadas del hombro.

Pedro. Diab!....

Cirujano. Voy á hacerle ahora
una sangría en el otro.—
Muchacho!

[*Sale el mozo que estaba dentro de la alcoba.*]

Que te den agua
caliente. Corre y ven pronto.

[*Vase el mozo.*]

Pedro. Yo tendria mucho gusto
en asistir á ese prójimo
doliente, pero la góndola
va á partir....

Juan. [*En la alcoba.*] Ay!..

Cirujano. Adios... Le oigo
quejarse....

[*Entra en la alcoba.*]

ESCENA XXII.

D. PEDRO.

Con parecerme
tanto al herido, me azoro
y creo casi que es mio
el brazo que ese antropófago
quiere mutilar.

ESCENA XXIII.

D. PEDRO. PASCUALA.

Pasc. El médico
va á venir. Ay san Antonio!
¿Qué hacen....

Pedro. Le van á sangrar.
Pasc. Aún más sangre? Pobre mozo!

[*Vuelve el que fué á pedir agua, la trae en una cafetera y entra en la alcoba dejando la puerta entornada.*]

Pero ¿qué hace usted aquí
con tanto sosiego?

Pedro. Cómo!....

Pasc. Vivo! Ya están enganchando
las dos góndolas.

Pedro. Demonio!

Y tú sin decirme nada!

Pasc. Ya ve usted, con el trastorno....

Pedro. Maldita!.... El saco de noche.

[*Toma el suyo y vase corriendo y gritando.*]

Ya voy! Esperarse un poco!

ESCENA XXIV.

PASCUALA.

Entraré?... No, no; me asusto
de ver la sangre de un pollo,
cuanto ni más....

[*Mirando por entre las dos hojas de la puerta.*]

Ya le frotan....

Temo que me dé un soponcio
y, no estante, la maldita
curiosidad.... Tanto sobo!....
Ay! Ya saca la lanceta.
Yo sudo.... Yo me acongojo.

ESCENA XXV.

PASCUALA. EL MÉDICO.

Médico. ¿Quién llamaba aquí al doctor....

[*Andando hacia la alcoba.*]

Será allí....

Pasc. Jesus!

[*Se vuelve tambaleando y cae desmayada en los brazos del Médico: al mismo tiempo se oye el ruido de una diligencia que sale del parador al son de las campanillas de las mulas y los gritos del mayoral.*]

Médico.

Socorro!

ACTO SEGUNDO.

La acción de este acto y el siguiente pasa en Madrid, en casa de doña Gregoria. Sala amueblada con elegancia. La puerta principal en el foro, dejando ver una pieza de paso, que por la derecha del actor conduce á la escalera, y por ambos lados á otras habitaciones. En los bastidores de la derecha la puerta de un gabinete: en los de la izquierda un balcon: mesa con escribanía; copa de latón con lumbre.

ESCENA I.

LAURA. DOÑA GREGORIA.

[*Aparecen vestidas como para salir á la calle: Laura está mirando por el balcon.*]

Gregor. Laura!.... Maldito balcon!
Laura!

Laura. [*Separándose del balcon.*]

Voy....

Gregor. Y entra un poleo!....
Por Dios, cierra esa vidriera.

[*La cierra Laura.*]

¡Si no ha de venir más presto
porque te asomes!

Laura. Señor!...,

¿qué hace ese hombre tanto tiempo
en Valencia?

Gregor. Bah! seis meses.

Laura. No tal: seis meses y medio.

Gregor. Para arreglar sus asuntos
no se necesita ménos.

Laura. ¿Qué asuntos ni.... Para un novio
no hay más que un asunto serio;
pensar en la prenda amada
y apresurar el momento
de santificar su amor
en las aras de Himeneo.

Gregor. ¿Y acaso don Juan García
abriga otro pensamiento?
Mas una vez convenido
vuestro consorcio, y resuelto
á fijar su residencia
en Madrid, quiso primero
vender algunas tahullas
de huerta y otros efectos

que allí tiene.....

Laura. Esos asuntos se arreglan por otros medios. Hay agentes, mayordomos.... Con uno y otro pretexto verá usted cómo se queda por allá todo el invierno. Ah! no tiene tanto afán porque se haga el casamiento como.....

Gregor. Como tú?

Laura. Yo? Vaya!.... Aunque en el alma le quiero, el retardo de la boda no me quitaría el sueño si estuviera aquí García; pero á tal distancia..... temo.... Las valencianas, mamá, si no exagera su mérito la fama, son muy bonitas y sagaces en extremo. ¡Ya tendrá agallas el pez que se libre de su anzuelo!

Gregor. Pueril temor. Un muchacho tan honrado y tan sincero no es capaz de una falsía. ¿Tienes algun fundamento para dudar de su fe? No escribe cada correo?

Laura. Oh! sí, por las cuatro caras, y nunca ha estado más tierno, más dulce, más cariñoso que en su última carta; pero.....

Gregor. Vamos, qué?

Laura. No fija el día del suspirado regreso:....

Gregor. Quizá de intento lo calla porque quiere sorprendernos.

Laura. Yo.....

Gregor. No ofendas su memoria con tan injustos celos, y vamos, que se hace tarde y ya sabes que aún tenemos algunas compras que hacer, para que lleves completo tu ajuar de boda. Supongo que, siendo tan caballero y tan rico y tan amante el que aspira á ser mi yerno, te regalará unas vistas magníficas; pero hay ciertos artículos que una novia sólo puede, sin descrédito, recibirlos de su madre. Ropa blanca, por ejemplo..... Una parte de la tuya ya está andadilla, y no debo permitir.....

[*Llamando.*]

Rita!

Rita. [*Dentro.*] Allá voy!

Gregor. [*Á Laura.*]

Va torcido el chal?

Laura. No.

Gregor. ¿Llevo algun fraile?

Laura. No, señora.

[*Llega Rita.*]

Gregor. Nos vamos.

Rita. Bien.

Gregor. Hasta luego.

Si viene la costurera, que nos espere un momento.

ESCENA II.

RITA.

Si van de compras, ya tienen para un buen rato. Primero que encuentren tela á su gusto en color, dibujo y género, correrán todas las tiendas de Madrid. Pobres mancebos! Y luego la interminable machaca del regateo, y una larga discusion hasta ponerse de acuerdo lo que ha sumado la pluma con lo que cuentan los dedos.... Segun los preparativos y la impaciencia que observo en hija y madre, tan pronto como venga el otro sexo se hará la boda. ¡Qué día de alborozo y regodeo! Ay! yo vestiré á la novia, y acá para mis adentros sentiré con alma y vida no seguir tan buen ejemplo. Pero me hará don Juanito un buen regalo, y los duelos, como dice aquel adagio, con pan...

[*Oyendo pasos en el foro.*]

Quién?.. Ah, es él!

Pedro. [*Apareciendo en el foro.*] *Laus Deo.*

ESCENA III.

RITA. D. PEDRO.

Rita. Don Juan!

Pedro. Chica!

Rita. Qué alegría!

Pedro. ¡Voto á.... (Buen principio!) Deja

que te abrace.

[*La abraza.*]

(No es maleja.)

Rita. Vuelve usted guapo, á fe mía.

Pedro. Pche!

Rita. Cuándo ha llegado el coche?

Pedro. [*Sin soltar á Rita.*]

Poco ha.

Rita. [*Separándose, pero hablándole con dulzura.*]

Vamos, eh!.... Ya basta.

Pedro. (No era de tan buena pasta la posadera de anoche.)

Rita. (Es tan amable y tan bueno!)

Pedro. ¿Dónde....

Rita. Viene usted.... Sí....

Pedro. Eh?

Rita. Tan gordo como se fué, pero un poco más moreno.

Pedro. Sí? El sol.... Y mi Laura bella?

Rita. Tan guapa, que es una gloria.

Pedro. ¿Y.... mamá?

Rita. Doña Gregoria?

No pasan dias por ella.

Pedro. Dónde están? Guíame.... Oh Dios!...

Rita. No esperan hoy al marido, y á hacer compras han salido hace un momento las dos.

Mucho es no haberse encontrado....

Pedro. Llevarán rumbo distinto.

Rita. Pues, y es tal el laberinto de este Madrid.... Mal pecado!....

Pedro. Ahora en albricias, chiquilla, del gozo con que me ves,

[*Dándole un napoleon.*]

toma este busto frances
avecindado en Castilla.

Rita. Gracias. (Un napoleon!

Poco es. Yo estaba esperando.... Mas ya echará el resto cuando reciba la bendicion.)

Qué ha hecho usted del equipaje?

Pedro. Ah!.... Me he vestido en la fonda y allí.... (No sé qué responda.)

Hasta que tome hospedaje....

Rita. Pues ¿no está resuelto ya que se venga usted aquí con nosotras....

Pedro. (Qué oigo!) Sí; despues que me case....

Rita. Ba!

Desde hoy.

Pedro. Desde hoy....

Rita. Es notorio.

[*Mostrando la puerta de la derecha.*]

En aquel cuarto. Lo han puesto

muy bonito, aunque modesto.

Pedro. Yo....

Rita. Parece un oratorio.

Yo sé que doña Gregoria dijo á la niña....

Pedro. Se entiende.

Rita. Que escribiera....

Pedro. (¿Quién aprende tantas cartas de memoria?)

Rita. (Viene un si es no es distraído.)

Pedro. Sí, aquel cuarto.... Ya lo sé; pero es abusar....

Rita. Por qué?

En vísperas de marido....

Pues si dice usted que nó, lo van á tomar á mal.

Pedro. Siendo así no diré tal.

(Buen tonto sería yo!)

Rita. El cuarto es independiente, porque tiene otra salida al pasillo.

Pedro. Bien, querida.

Rita. Y hay alfombra, y trasparente....

Si quiere usted que le dé á conocer la vivienda

miéntras vuelven de la tienda....

Pedro. [*Sacando las memorias.*]

Ahora no; gracias.... Ya iré....

[*Sentándose junto á la copa.*]

Aquí, al amor de la lumbre, dar un repaso deseo....

Rita. Ah! las memorias.... Ya veo que sigue aquella costumbre.

Pedro. Sí; este es un solaz moderno á que mis ocios dedico.

Rita. Pues en seis meses y pico ya habrá crecido el cuaderno.

Pedro. Ya ves; nunca falta asunto á un cronista de conciencia, y yo, lo mismo en Valencia que en Madrid, todo lo apunto. Todo?

Rita. Todo.

Rita. Esa no cuela.

Pedro. Cómo!

Rita. Sea usted sincero.

¿No ha quedado en el tintero alguna picardihuela?

Pedro. Ah! no, no. Fálteme el aura vital si un solo momento

ni con un mal pensamiento he sido infiel á mi Laura.

Rita. (Siempre fué un bendito.)

Pedro. [*Leyendo en las memorias.*]

«Dia....»

Rita. Conque, si usted no me manda algo....

Pedro. No, niña.

Rita. Voy....

Pedro. Anda.

Rita. Abur.
Pedro. Adios, hija mia.
Rita. Hija..... Niña... Eso es muy tierno; pero..... ¿ha olvidado usted ya cómo me llamo?
Pedro. No. Quiá!
Rita. Pues.....
Pedro. (No consta en el cuaderno!)
Rita. Así te pruebo mi agrado.
Rita. Bien, pero el nombre no empece. Sin él, qué sé yo?... parece que una no se ha bautizado.
Pedro. [Disimulando su apuro con la aparente lectura de las memorias.]
 Eh! lo mismo da.... (Maldita!.... Oh! al diminutivo acudo y fingiendo un estornudo salgo....) Vaya, adios....,
 [Figurando que estornuda al pronunciar las primeras letras de un nombre propio y articulando distintamente las últimas.]
ita.
Rita. Así me llamo, así.
Pedro. Es claro.
 (Aun no sé....) Yo no soy hombre de olvidar....
Rita. Rita de nombre....
Pedro. Pues.
Rita. [Haciendo una cortesta.]
 Y de apellido, Alfaro.

ESCENA IV.

D. PEDRO.

[Levantándose.]

Me he salvado en una tabla.
 Ya principian los apuros,
 y apenas.... Mas no se diga
 que ántes de luchar sucumbo.
 La criada, *Rita Alfaro*,
 sin vacilar un minuto
 ha confirmado en la mia
 la persona del futuro.
 El primer paso está dado
 y es de favorable anuncio.
 Por el camino he leído
 este cronicon insulso.
 Gracias al pueril candor
 con que lo ajeno y lo suyo
 refiere aquí el individuo
 que á suplantar me aventuro,
 sé ya su vida y milagros,
 sin faltar coma ni punto.
 Fácil me ha sido imitar
 su letra. Al ver estos últimos
 renglones, no dirá nadie

que son de distinto puño.

[Vuelve á guardar las memorias.]

Prudencia, sagacidad,
 valor, y mio es el triunfo.—
 El don Juan es hombre rico;
 de sus memorias lo induzco,
 y acaso esta circunstancia
 ha tenido algun influjo
 en el amor de la niña,
 al paso que mi peculio
 no excede de una modesta
 medianía; pero el único
 objeto de mi ambicion
 es Laura.—Si ya es difunto
 Juan García, en realidad
 la heredo, no se la usurpo:
 si el cuitado sobrevive
 al atentado quirúrgico,
 Laura ganará en el cambio,
 pues al fin yo no soy zurdo
 ni manco.—El pobre mancebo
 rugirá como energúmeno
 si vuelve y ve á su adorada
 en brazos de un sustituto.
 Mas ¿quién le mandaba al necio
 escribir con tal escrúpulo
 el diario de su vida?
 ¿Qué Federico Segundo,
 qué Napoleon es él
 para tener tanto orgullo?
 ¿Qué novio va de camino
 y arriesga en duelo nocturno
 un brazo cuando su amada
 le está esperando en los suyos?
 Abren la puerta.... ¿Será....

[Mirando desde el foro.]

Sí, aquel hermoso dibujo
 es Laura. Linda! Hechicera!
 No la aduló ni con mucho
 el pintor.—Aquella otra....
 Será la mamá.... Seguro!
 Perfecto tipo de suegra!—
 Despiden á un mameluco
 que parece hortera.... Cielos!
 Ya vienen.... Me tiembla el pulso.
 Amor, astucia, ayudadme!
 Soy perdido si me aturdo.

ESCENA V.

D. PEDRO. DOÑA GREGORIA. LAURA.

[Al entrar deja doña Gregoria sobre una silla dos ó tres paquetes ó lios de telas nuevas.]

Pedro. Laura!

[La toma una mano.]

Laura.

Ah!.... Juanito!

Pedro.

Mamá!

Gregor. [*Dándole la mano que él toma sin soltar la de Laura.*]

García!

Laura. Oh sorpresa!

Pedro. Oh gozo!

Mi.....

Gregor. Bien venido, buen mozo!

Pedro. Mi amor!....

Gregor. Lo ves? Aquí está.

Pedro. (¡Si me atreviera....)

Gregor. ¡Qué tibia estás!.... ¿Qué haces tú, pelmazo, que no la das un abrazo?

Pedro. [*Abrazando á Laura.*]

Laura!....

Laura. Juan!...

Gregor. Bien! Eso alivia.

Pedro. (Le daría un beso ó dos, mas no sé si el otro....)

Gregor. Ven.

Abázame á mí tambien.

Pedro. [*Abrazando á doña Gregoria.*]

Sí. (Todo sea por Dios!)

Laura. ¿Por qué no darnos aviso de tu llegada?

Gregor. Á qué santo?

Tiene el placer más encanto cuando viene de improviso.

Pedro. No quise, dulce embeleso, que estuvieras con cuidado si un accidente impensado retardaba mi regreso.

Gregor. Bien dice.

Laura. ¿Ha quedado allí todo arreglado?

Pedro. Sí, prenda.

Gregor. Se vendió toda la hacienda?

Pedro. Sí.

Gregor. Se ha hecho negocio?

Pedro. Oh! sí.

Gregor. Muy bien.—Vienes de Valencia más gordo.

Pedro. Aquel aire....

Laura. No.

Más flaco le encuentro yo.

Pedro. Puede.... El dolor de la ausencia...

ESCENA VI.

LAURA. DOÑA GREGORIA. D. PEDRO. RITA.

Rita. La costurera que manda doña.....

Gregor. Ah! sí. Ya el contrayente ha venido, y es urgente....

[*Á Rita.*]

Coge esas piezas de holanda.

[*Rita toma los paquetes.*]

Aquí te dejo con Juan.....

Pedro. (Bendita sea tu boca!)

Gregor. Pero ¡cuidado!.... (Estoy loca de alegría.) Adios, galán.

ESCENA VII.

LAURA. D. PEDRO.

Pedro. Laura!....

Laura. ¿Vuelves tan amante como el día....

Pedro. Oh! mucho más.

Hasta que valles y montes me han separado, ¡oh crueldad!—del tesoro de tus gracias, no lo he sabido apreciar en lo que vale. Otro abrazo!

Laura. Quietos! Vienes muy marcial.

Pedro. (Se rebela.) Por ventura ¿no es legítimo mi afán despues de tan larga ausencia?

Laura. Sí, pero mi honestidad....

Pedro. Antes me abrazaste....

Laura. Aquel

fué un impulso natural, y además obedecí el mandato de mamá.

Pedro. ¿Deberé yo á tu cariño ménos que á su autoridad?

Laura. La autoridad de mi madre es poco: aún te falta....

Pedro. Cuál?

Laura. La del cura.

Pedro. Ba! Y sin ella

¿no podemos, voto á san....

Laura. Qué oigo! Juras!

Pedro. No. (Es gazmoña.)

Este es un modo adverbial....

Mas creo que sin escándalo, pues sola conmigo estás, podrias anticiparme

un favorcillo venial

como en prenda de la fe

que ha de llevarte al altar.

Laura. Ingrato, injusto!.... Te quejas de mi desden, y quizá si ménos rígida fuese culparas mi liviandad.

Pedro. Ah! no....

Laura. Vamos, no porfies, ó me voy....

Pedro. No, no haré tal!

Laura. Así me gusta. Sentémonos. Tenemos mucho que hablar.

[*Se sientan junto á la lumbre.*]

Pedro. Oh! sí, sí. (Perico, en guardia! Por dónde principiará?)

Laura. Más de seis meses sin vernos, ya ves.... En primer lugar,

qué me traes de Valencia?
Pedro. Yo.... (Contratiempo fatal!)
Laura. Vaya!
Pedro. (En el saco de noche traería el otro galán sin duda....)
Laura. No me contestas?
Pedro. (Necio!.... Yo debí cargar con él.) Vas á incomodarte si te digo la verdad.
Laura. Por qué? No te pido joyas que valgan un dineral....
Pedro. Ya sé....
Laura. Cualquier bagatela en prueba de amor....
Pedro. Pues ya.
Laura. Entre dos que bien se quieren; como nosotros....
Pedro. Cabal.
Laura. Las prendas sólo se estiman por la mano que las da.
Pedro. El caso es que.... no te traigo más que.... un corazón leal.
Laura. ¡Cómo....
Pedro. Viniedo á Madrid no había necesidad.... Todo lo que allí se encuentra es antiguo, ó provincial.... No era cosa de traer melones de Guardamar, ó chufas, ó....
Laura. (Qué lenguaje!)
Pedro. Anduve hecho un azacán en los últimos momentos, porque tuve que arreglar de improviso mi partida y me instaba el mayoral....
Laura. Frívola disculpa es esa, pero la habré de aceptar porque no me califiques de interesada y venal.
Pedro. Yo tal ofensa á mi Laura!
Laura. Ya basta.
Pedro. No soy capaz....
Laura. Yo te perdono el olvido, aunque, por lo regular, cuando falta la memoria no sobra la voluntad.
Pedro. Memoria? Ah! no; de la mía no te separas jamás. De la mía? He dicho poco.
[Sacando el cuaderno y mostrando el título.]
Mira: «Memorias de Juan....»
Atrévete á desmentir á este testigo.... plural.
Laura. No.
Pedro. ¿Puede acaso olvidarte quien con tanta ingenuidad te ofrece en este diario su confesión general?
Laura. Oh! no exijo tanto.... Al fin,

yo no soy tu capellán.
Pedro. No obstante, al buen pagador no le duelen.... Además, dejé á un amigo el encargo de que te comprara un chal y otras cosillas....
Laura. Ah! Gracias.
Pedro. Y el paquetito vendrá con la primer diligencia.
Laura. Perdon!.... Te he juzgado mal....
Pedro. Cruel! (Tiendas hay de sobra. Luégo iré....)
Laura. En signo de paz, toma....
[Le da la mano.]
Pedro. Oh mano peregrina!
[Besándola hasta que Laura la suelta.]
Esto es seda; esto es cristal....
Laura. Quitá!....
Pedro. Nieve.... No, que abrasa.
Laura. Vamos!
Pedro. Marfil, mazapan....
Laura. *[Soltando la mano.]*
Basta! Qué locura es esta?
Pedro. La sueltas! Qué iniquidad!
Laura. Supongo que mi retrato....
Pedro. *[Sacando el del acto primero.]*
Tu retrato? Éccolo qua.
Laura. Bien, esa prueba....
Pedro. Tu busto no se separa jamás de mi corazón.—Y el mío?
Laura. No lo ves?
Pedro. *[Mirando á las paredes.]*
Dónde?
Laura. Bausan, no mires á las paredes. ¿Te había yo de colgar como á un malhechor?
Pedro. *[Reparando en un alfiler con medallón que lleva Laura prendido al pecho.]*
Ah! ¡Oh Dios de Israel y de Isaác!
Tanta dicha! tanta gloria! yo en tan excelso lugar!
Yo.... á manera de *plus ultra*....
Laura. Vamos, calla, que dirás algún dislate....
Pedro. Sí, oh júbilo!
Aquella es mi propia faz, mi *vera effigies*.... Bien haya el venturoso mortal....
(No; el otro sirvió de molde, y debo rectificar diciendo: ¡viva la copia y muera el original!)

- Laura.* ¿Te quedas embebecido viendo tu retrato?
- Pedro.* Bah!
- Bien sabes que no es la imagen, sino el templo celestial lo que yo....
- Laura.* Chito! Jesus!....
- Pedro.* Laura!....
- Laura.* Ya puedes guardar mi retrato.
- Pedro.* Sí, pero ántes....
- [*Besando con entusiasmo la miniatura.*]
- Ay boquita de coral!....
- Laura.* [*En tono de reconvencion.*]
- Juanito!.... ¿Sabes que vienes de Valencia!....
- Pedro.* Hecho un volcan.
- Laura.* ¡Vaya, que....
- Pedro.* Efecto del clima, como dice *Otelo*.
- Laura.* Estás insufrible.
- Pedro.* No te enojés.
- Laura.* ¿Se hizo en aquella ciudad ese chaleco?
- Pedro.* Sí, hermosa.
- Laura.* Qué feo!
- Pedro.* Voto á Caifas!....
- Si hubieras estado allí, tú, cuyo gusto especial, delicado.... Mas no tengas cuidado: no volverás á vérmelo, no. Ahora mismo....
- [*Levantándose y desabrochando el chaleco.*]
- ¿Quieres tirarme del frac....
- Laura.* [*Levantándose también.*]
- Aparta! Abrochate! Quitá!.... Estás dado á Satanás?
- Pedro.* [*Abrochándose.*]
- Quería darte una prueba de sumisión y humildad....
- Laura.* ¿Qué veo!
- Pedro.* (Otra misa sale.)
- Laura.* Horror! horror!
- Pedro.* Qué te da?
- Laura.* Oh atentado! oh sacrilegio!....
- Pedro.* (Tiemblo!..)
- Laura.* Hombre inicuo y falaz!..
- Pedro.* (Soy perdido!)
- Laura.* ¿Así te atreves á venir....
- Pedro.* Yo....
- Laura.* Quitá allá!
- ¿Qué has hecho de las melenas que yo solía peinar?
- Pedro.* Las melenas?... (Otro apuro! No era cosa de esquilár al otro.... Ni yo advertí....) Perdona; una enfermedad aguda, una cefalalgia nerviosa, intensa, mortal, mi rizada cabellera entregó al brazo seglar de un aleve peluquero, cuya tijera rapaz....
- Laura.* No; á propósito lo hiciste sólo por darme pesar.
- Pedro.* Ah! no. Amenazado estaba de congestión cerebral, y aún defendía mis bucles con porfía contumaz; mas se acordó el sacrificio por sufragio universal en una junta compuesta de toda la facultad.
- Laura.* Recuerdo que en una carta te quejabas....
- Pedro.* Ahí verás....
- Laura.* De que te dolía un poco la cabeza....
- Pedro.* Hecha un batán la tuve desde las cejas hasta el hueso occipital.
- Laura.* Y ¿por qué....
- Pedro.* Por no afligirte te oculté la gravedad de mi dolencia.
- Laura.* Hum! Me engañas?
- Pedro.* Si mi labio no es veraz, ¡permítame el cielo....
- Laura.* No jures!
- Pedro.* ¿Qué he de hacer sino jurar cuando tú pones en duda mi buena fe proverbial?
- Laura.* En efecto, siempre has sido la misma sinceridad, pero....
- Pedro.* Qué diantre!... Esa mano,
- [*Se la toma.*]
- y pelillos á la mar. Más vale pelon que muerto; las melenas crecerán....
- Laura.* Sí! ni en medio año....
- Pedro.* Si tienes prisa, peluqueros hay....
- Laura.* [*Volviendo la cabeza. Don Pedro saca entre tanto un cigarro.*]
- Puf! Peluca!.... Me estremezco....
- Pedro.* Cierto, eso hace horripilar....
- [*Encendiendo el cigarro en la copa.*]
- Pero la pomada de oso es un remedio eficaz....
- Laura.* Qué haces?
- Pedro.* Enciendo un cigarro.

Laura. También eso? Ah! ya me dan náuseas....
 [*Abre el balcon.*]
Pedro. (Mal! Mi alter ego no fuma, y yo sin pensar....) Perdonas, bien mío; es flojo.... Yo....
Laura. Maldecida ciudad! Esa gracia traes de allí..., y otras peores quizá.
Pedro. Fumo muy poco....
Laura. Ni mucho, ni poco, ni nada.
Pedro. (Ay, ay!....) Lo hago por remedio. El médico me mandó....
Laura. No mandó tal.
Pedro. Hija.....
Laura. Tira ese cigarro, ó reñimos.
Pedro. [*Tirando por el balcon el cigarro.*]
 Allá va.
 Tu gusto es mi ley..., (qué lástima!) dulce futura mitad.

ESCENA VIII.

LAURA. D. PEDRO. DOÑA GREGORIA.

Gregor. Ya he despachado.... Qué es esto? Por qué estás tan sofocada?
Laura. Mamá!
Gregor. Qué ha habido aquí?
Pedro. Nada.
Gregor. [*Á Laura.*]
 Por qué pones ese gesto?
Laura. Porque viene de Valencia muy otro del que se fué.
Pedro. No tal; mi amorosa fe no se ha entibiado en la ausencia: al contrario....
Laura. Sí, tal vez vuelve más entusiasmado, pero era más de mi agrado en su antigua timidez.
Gregor. Bobada! Eso te incomoda? ¿Cómo quieres que reprima su amor cuando se aproxima el momento de la boda? No te ama con fin honesto?
Pedro. Sí!
Gregor. ¿Y por qué te maravillas si hoy sale de sus casillas aquel amante modesto?
Pedro. (Es una alhaja mi suegra.)
Gregor. ¿Qué esperas tú de un marido que al lado del bien querido

no se entusiasma y se alegra?
 Ó ha habido ó no desacato....
Laura. No.
Pedro. Pura es mi adoración.
Gregor. Pues ¡qué diantre! ya es razón que saque los pies del plato.
Laura. ¿Aprueba usted....
Gregor. Sí, y celebro....
Laura. Pues! déle usted alas....
Gregor. Ba!
Laura. Que el niño....
Gregor. Todo será algún festivo requiebro....
Pedro. Pues.
Laura. Mi queja....
Gregor. Eh! tú te atufas por nada....
Laura. Ahora me enfado con razón. Dejando á un lado los melones y las chufas....
Gregor. Las chufas!....
Pedro. Chanza venial que ha tomado por injuria. Vengo de orillas del Turia y es cosa muy natural....
Gregor. Por chufas ni berengenas ¿quién....
Laura. Si usted le mira bien aprobará mi desden.
Gregor. [*Mirando á D. Pedro.*]
 No sé....
Laura. Viene sin melenas!
Gregor. Calle!.... Es verdad!
Laura. Ah! es nada!
Pedro. Harto sentí el sacrificio; pero lo hice en beneficio de mi salud quebrantada.
Laura. Juzgue usted de mi sorpresa cuando rapado le vi.
Gregor. Qué importa?... Pues mira, así me gusta más: á la inglesa.
Laura. Calle usted! Parece un monje....
Gregor. Bien, pero aunque sea bello, bueno es cortar el cabello para que crezca y se esponje.
Pedro. Si yo....
Laura. Calla! Eres un charro.
Gregor. Oh!....
Laura. Le han perdido en Valencia!
Gregor. ¿Cómo...
Laura. Ha osado en mi presencia...
Gregor. Qué?
Pedro. Yo....
Laura. Encender un cigarro!
Gregor. Ba! Es hombre, y todos...
Laura. Qué peste!
Gregor. [*Á Laura en voz baja.*]
 Necia! Se hartará de ti si le hostigas....
Laura. Pero....
Gregor. [*Como ántes.*] ¿Así

se encuentra un novio como este?

[*Á D. Pedro.*]

Fuma, chico, y de mi cuenta corre.....

Pedro. Si ella no se aviene.....

Laura. Jamás!

Gregor. Hum!....

[*Al oído.*]

¿Sabes que tiene cuatro mil duros de renta?

ESCENA IX.

LAURA. DOÑA GREGORIA. D. PEDRO. RITA.

Rita. [*Á D. Pedro.*]

Por usted pregunta.....

Pedro. Quién?

(Ya vuelven las agonías.)

Rita. El señor don Zacarías....

Gregor. [*Á Laura.*]

Dejémosle solo. Ven.

[*Se retira con Laura por la derecha del foro, regañándola por lo bajo.*]

Pedro. (¿Quién será.... Pero no puedo excusarme.....)

Rita. Qué le digo?

Pedro. Pase adelante ese amigo.

Rita. [*Yéndose por el foro.*]

Éntre usted.

Pedro. (Quién dijo miedo?)

ESCENA X.

D. PEDRO. D. ZACARÍAS.

Zacar. Oh, señor don Juan García!
Sea usted muy bien venido una, dos, cien veces....

Pedro. Gracias.
(Qué querrá este hombre ridículo?)

Zacar. Viene usted bueno?

Pedro. Famoso.

¿Y usted.....

Zacar. Yo con trabajillos.....

Pedro. (Vendrá á pedirme dinero.
Su pelaje.....)

Zacar. Con los frios me descoyunta la tos y me ahoga el romadizo; pero lo que más me aflige es la denticion.

Pedro. (¿Qué ha dicho

este hombre? Ah!....) La dentadura dirá usted.

Zacar. Eso: es lo mismo.

El barrio de las mandíbulas ya apenas tiene vecinos.

Sólo me quedan tres dientes, una muela y dos colmillos.

Pedro. (¿Qué mucho si peina ya tres cuarterones de siglo?)
Tendrá usted que alimentarse de potajes, lactiginios, puches....

Zacar. Ah!

Pedro. Vaya por Dios!—

¿Podré saber el motivo de esta visita....

Zacar. El de siempre.

Unos cuartejos....

Pedro. (No digo?

Por quitármele de encima

habré de darle un auxilio.)

El viaje ha sido costoso....

Zacar. ¿Quién duda.... Yo....

Pedro. Mi bolsillo

viene exhausto....

Zacar. Ya....

Pedro. No obstante, siendo corto el donativo....

[*Metiendo la mano en un bolsillo.*]

¿Cómo cuánto....

Zacar. ¿Qué hace usted, señor don Juan? Yo no pido dinero.

Pedro. Ah! Pues....

Zacar. Al contrario, lo traigo.

Pedro. Eso es muy distinto.

Zacar. Ya sabe usted....

Pedro. Sí.

Zacar. (Parece

que vuelve algo distraído.)

A fuer de administrador

exacto....

Pedro. (Ah!) Ya. (Este individuo me administra.)

Zacar. Traigo pues ocho mil reales y pico, que son, salvo error de pluma ó suma, el producto líquido, en el último trimestre, de las casas edificios que usted posee en la villa de Madrid y yo administro.
Pedro. (Tengo casas en la Corte! Lo habia echado en olvido.)

Zacar. [*Sacando un papel y mostrándoselo á D. Pedro.*]

Del cargo, que es lo cobrado á treinta y dos inquilinos, deduzco en primer lugar

- lo que reza este guarismo
por contribucion de inmuebles.
- Pedro.* [*Sin mirar el papel.*]
- Bien.
- Zacar.* Ítem; lo respectivo
á alumbrado y regalía
de aposento.
- Pedro.* Eh! yo me fio
de usted....
- Zacar.* Ítem más; los censos
que en el régimen antiguo
cobraba la suprimida
comunidad....
- Pedro.* Sí.
- Zacar.* De mínimos
de la Victoria....
- Pedro.* Bien....
- Zacar.* Y hoy,
como propiedad del fisco,
recaudan las oficinas
de la nacional....
- Pedro.* Ya he dicho....
- Zacar.* Caja de amortizacion.—
Ítem....
- Pedro.* Basta. (Qué fastidio!)
- Zacar.* Tres mil seiscientos diez y ocho
reales y veinte y cinco
maravedises vellon
gastados en el metido
de las rejas.—Suma y sigue.—
Ítem; en cal y ladrillos,
y cerrajas y jornales,
y yeso y tejas y vidrios,
cinco mil trece con once.—
Ítem....
- Pedro.* (Oh qué tabardillo!)
- Zacar.* Ítem; por mi comision,
al respecto....
- Pedro.* No examino....
- Zacar.* Del diez por ciento, seis mil....
- Pedro.* Et cætera.
- Zacar.* Y por el giro
y quebranto de moneda
doscientos nueve y cuartillo;
cuyas partidas....
- Pedro.* No más!
- Zacar.* Suman....
- Pedro.* Es mucho martirio!
- ¡Si ya he dicho que no quiero
cansarme....
- Zacar.* Bien. El residuo
que voy á entregar á usted,
como saldo y finiquito
de nuestras cuentas, asciende,
segun factura que exhibo....
- [*Saca otro papel.*]
- Pedro.* Otro dia.... Estoy de prisa....
Me esperan unos amigos....
(El dinero es tentador....
No quiero lo que no es mio.)
- Zacar.* Por Dios!.... ¡Obligarme á hacer
otro viaje, á mí que vivo
en los últimos confines
de Madrid, junto al portillo
de Gilimon!.... Yo pensaba
hacer á usted un servicio
trayéndole este dinero
apénas supe su arribo;
que en vísperas de una boda
hay siempre gastos precisos....
- Pedro.* (Bien dice. No es verosímil
el rehusar en tan críticos
momentos....) Bien, concluyamos.
- Zacar.* [*Poniendo sobre la mesa la factura,
sacando cucuruchos de dinero y desen-
volviéndolos á su tiempo.*]
- Volando.—En cien escuditos
de premio.... Cuento usted....
- Pedro.* Dale!
- Zacar.* Dos mil ciento veinte y cinco.—
En veintin napoleones....
Dos, cuatro....
- Pedro.* Los doy por vistos.
- Zacar.* Trescientos noventa y nueve.—
En columnarias....
- Pedro.* (Maldito!)
- Zacar.* Tres mil.—En una libranza
contra seguros marítimos,
- [*Sacando una letra de cambio.*]
- dos mil quinientos;—y el resto,
- [*Desenvolviendo otro cartucho.*]
- en seis luises y un realillo.
- Pedro.* Bien; pero descuenta usted,
si mal no le he comprendido,
por quebranto de moneda
cierta suma....
- Zacar.* Es positivo.
- Pedro.* Y en toda la que me ha dado
hay fracciones y embolismos....
- Zacar.* Aludo á la calderilla,
ó vellon, que he reducido
á plata....
- Pedro.* Ya!
- Zacar.* Pues!
- Pedro.* Corriente.
- Zacar.* Vaya usted con Dios. (¡Judío!)
- Me ha de perdonar usted,
pero falta....
- Pedro.* Qué?
- Zacar.* El recibo.
- Pedro.* No tengo tiempo.... Esta tarde
lo enviaré.... (Otro conflicto!)
- Zacar.* Pronto echa usted una firma.
- [*Sacando otro papel.*]
- Pedro.* Ya lo traigo yo extendido.
(Imposible! Yo no sé
todavía cómo firmo)

cuando soy don Juan García.)

Zacar. [*Ofreciendo una pluma á D. Pedro.*]

Vaya!

Pedro. (Aquí no hay más arbitrio que darme por agraviado....)

¡Cómo, ladrón, fementido....

Zacar. Gran Dios!....

Pedro. ¿Desconfía usted de mí?

Zacar. No, señor!

Pedro. ¡Un pícaro que, haciéndole mucha gracia, debe morir en presidio!

Zacar. Perdon!....

Pedro. ¡Por una miseria apremiar....

Zacar. No, ya no exijo....

Pedro. ¡Por vida....

Zacar. (Si me despide....

¡pierdo una breva....) Repito....

Pedro. ¡Quítese....

Zacar. Señor don Juan!....

Pedro. ¿Qué apostamos á que tiro por el balcon el dinero?

Zacar. Si usted tiene ese capricho, bien hará.... (Temblando estoy.)

Pedro. Y á usted detras.

Zacar. [*Espantado y retirándose de espaldas, hasta desaparecer por el foro.*]

Jesucristo!

Ya me voy.... Misericordia!

[*Con sonrisa forzada.*]

Ha sido un lápsus.... Ha sido....

Pedro. [*Acosándole.*]

Largo!

Zacar. [*Haciendo reverencias.*]

Humilde servidor....

Pedro. Fuera!

Zacar. (Viene hecho un vestiglo.)

Beso á usted....

Pedro. Jopo!

Zacar. (En Valencia le han destornillado el juicio.)

ESCENA XI.

D. PEDRO.

¡Anda con dos mil demonios, y no vuelvas!.... Vaya un tio!....

Si todas las relaciones

que tiene mi parecido

son de esa laya, mi vida

va á ser de hoy más un suplicio.—

¿Y qué hago de estas monedas, si hay algun valor intrínseco

IV.

en el cáos numismático de sus leyes y sus tipos?

Intactas las guardaré

para su dueño legítimo....

ó quien le herede. Su novia,

no su dinero, codicio.

ESCENA XII.

D. PEDRO. LAURA.

Laura. [*Con una carta en la mano.*]

Juanito!

Pedro. Oh Laura! Á tu vista respira mi alma y se alegra.

¿Pasó ya la nube negra....

Laura. Sí, pero otra....

Pedro. (Dios me asista!)

¿Y cuál, si me haces la gracia de....

Laura. Esta carta....

Pedro. (Ay madre mia!

Si es del otro Juan García, me he lucido!)

Laura. Es mucha audacia!

Pedro. [*Turbado.*]

Cómo?... Pues... ¿Quién... (Santo Cristo!

Desde el lecho de la muerte

quizá...) Explica... (Infausta suerte!

Yo debia haber previsto....)

Acaba.

Laura. Hay hombres tan locos, ó tan necios....

Pedro. Sí.... (Yo muero!)

Quién te escribe?

Laura. Un majadero que ha dado en hacerme cocos.

Pedro. (Respiro!) Hola! Esas tenemos?

Laura. Oh! no te inquietes, bien mio.

Pedro. Es que....

Laura. Me causan hastío sus ridículos extremos.

Pedro. ¿Es aquel mismo galán que dió en rondarte la puerta, y te miraba con cierta devoción....

Laura. El capitan?

Pedro. (Calle! Pues...) Sí. (¡Habia moros en la costa!)

Laura. No es aquel.

Pedro. (Vaya!) ¿Conque otro doncel.... (Sudo por todos los poros.)

Laura. Hubo de verme ese dije seis dias ha en el teatro, y con esta son ya cuatro las cartas que me dirige.

Pedro. Si tú la primera carta no recibieras....

Laura. Te juro

que ignoraba....

Pedro. ¡A buen seguro
que hubiese escrito la cuarta!

Laura. A ninguna le respondo;
mas no sé cómo se ingenia,
que sin darle yo mi venia....

Pedro. Su nombre?

Laura. Magin Redondo.

Pedro. El nombre es característico.
Dame....

[*Laura le da la carta.*]
La letra es gallarda.
[*Leyendo.*]
«Ángel bello de mi guarda;
virgen celestial....» Qué místico!....
«Merezca mi amor notorio
que á mí tu gracia descienda
y sacarás, dulce prenda,
una alma del purgatorio.
Hoy por cuarta vez, aymé!
sin ver tu divino rostro
ante tus aras me postro
con la ofrenda de mi fe,
y en un abismo sin fondo
caeré entre rios de llanto
si no cubres con tu manto
al pobre—Magin Redondo.»

[*Dejando la carta sobre la mesa y
riéndose.*]
Qué epístola tan cristiana!

Laura. Qué escucho! ¿No te molesta....

Pedro. Á esta carta se contesta....

Laura. Cómo?

Pedro. Con una sotana.

Laura. Sí, sí, él merece....

[*Hace con la mano el ademan de zurrar á alguno.*]
Pedro. No tal.
Suelte en buen hora la baba
ese infeliz.... Yo te hablaba
de sotana clerical.

Laura. Mas si no se le escarmienta....

Pedro. Dejarle. Él se cansará.

Laura. Otra carta escribirá....

Pedro. Por mí, que escriba cuarenta.

Laura. ¿Qué dices!

Pedro. Un operario
las encuaderna despues
y para ir á San Gines
ya tienes devocionario.

Laura. Te burlas!

Pedro. Fio de ti.

Laura. Con razon, pero esa flemma....

Pedro. ¿Cómo quieres que yo tema
á un hombre que escribe así?

Laura. No lo he dicho todo.

Pedro. Eh? Cómo!...

Laura. No hay desden que le fatigue.
Á todas partes me sigue.

Pedro. Sí? Pobre diablo!

Laura. Es muy plomo.

Pedro. Á distancia competente,
supongo.

Laura. Si estoy en casa,
á cada momento pasa....

Pedro. Sí, por la acera de enfrente.
Régimen antiguo. Y bien?

Laura. Me espia como un gendarme.

Pedro. Ba!

Laura. Y lo mismo es asomarme,
¡qué muecas y....

Pedro. Está en belen.

Laura. No sé cómo no se aburre....

[*Mirando por el balcon.*]
Eh! Ya está allí.

Pedro. [*Asomándose.*] Á ver su empaque?

Laura. Mira.

Pedro. Es aquel badulaque?

Laura. Sí, aquel.

Pedro. Qué idea me ocurre!
Viendo ocupada la plaza....
Dame esa manita bella.

[*Se la toma.*]
Vea mis labios en ella
y espantaremos la caza.

Laura. Quitá!...

Pedro. [*Besando la mano de Laura muy cerca del balcon.*]
Mi bien!

Laura. Basta ya!

Pedro. Gime....

Laura. Gruñe....

Pedro. Mira al cielo...

Laura. Patea....

Pedro. Se arranca el pelo....

Laura. Brama....

Pedro. Ahulla....

Laura. Y no se va!

Pedro. Vaya un ente!

Laura. Oh! causa tedio.
En vano mamá le ha dicho
que renuncie á ese capricho
y se nos quite de en medio.
Ya se irá el pobre animal.

Pedro. Ríete de él como yo.

Laura. Qué! ¿no tienes celos!....

Pedro. No.

Laura. Ah! tú no me amas.

Pedro. Sí tal.
Mas mientras él se limite
á dar brincos como un potro,
eso y un bramido que otro
¿á quién no se le permite?

Laura. Esa fria indiferencia
justifica mis recelos.
Tú eres ya otro hombre.

Pedro. Yo... (Cielos!)

Laura. No eres el que fué á Valencia.

Pedro. ¿Quién...
 Laura. No eres Juan...
 Pedro. (Dios eterno!)
 Laura. Aquel Juan dócil, sumiso.....
 Pedro. Sí, sí.
 Laura. Que tanto me quiso.....
 Pedro. (Es verdad; soy más moderno.)
 Vuelve en ti, cara consorte.
 Juan soy: mira mi semblante;
 y si no es prueba bastante,
 [Con la mano en el bolsillo.]
 aquí traigo el pasaporte.....
 Laura. No dudo de la persona.
 Pedro. (Pasó el susto.) Pues ¿de qué,
 vida mía?
 Laura. De tu fe.
 Pedro. Pero.....
 Laura. [Yéndose.]
 Pedro. Adios!
 Oye!... Perdona!...

ESCENA XIII.

D. PEDRO.

Se fué!.... Dura es de cogote,
 aunque divina mujer.

¡Que por fuerza he de tener
 celos de aquel tagarote!
 Pero ella lo exige así,
 y mi esperanza da fondo,
 ó es fuerza...

[Desde el balcon.]

Eh! Señor Redondo!—

[Breve pausa.]

Bajo. Espere usted ahí.

[Separándose del balcon.]

Esto se va complicando.
 Ya veo, aunque no me pesa,
 que no es tan fácil empresa
 casarse..... de contrabando.
 Por suplantar al galán
 que reinaba en estos muros
 ya me he visto en diez apuros
 y otros mayores vendrán.....
 ¡Quiera la Virgen María
 que no me sean fatales
 tarde ó temprano las tales
 Memorias de Juan García!

[Vase por el foro.]

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. PEDRO.

[Viene de la calle.]

No ha vuelto de misa Laura.....
 Cuando estoy en su presencia
 tiemblo....., y á despecho mio
 no puedo vivir sin verla.
 Qué suplicio! ¡Todo el día
 inventando estratagemas
 para disculpar descuidos
 ó para enmendar torpezas!
 ¿Qué son los trabajos de Hércules
 comparados con mi empresa?
 ¡Ser yo y ser otro á la vez
 sin duplicar la materia!
 Que al fin por ser quien no soy
 no dejo de ser quien era.
 Y aún si viese yo en la novia
 la buena fe de la suegra.....
 Mas dengosa y suspicaz,
 aunque candorosa y bella,
 tan aburrido me tiene,
 que á no mirar por la negra

honrilla..... No. Pecho al agua!
 No temo que me desmienta
 el verdadero García.
 Tomadas mis providencias
 para interceptar sus cartas,
 sólo una ha llegado, y esa
 triste, lúgubre, alarmante.....
 y escrita de mano ajena.
 Despues ¡nada! Su silencio
 es una evidente prueba
 de que no ha sobrevivido
 á la operacion sangrienta.

ESCENA II.

D. PEDRO. RITA.

Rita. [Saliendo de la habitacion de la derecha
 con un plumero en la mano.]

(Ya dejo aviado el cuarto
 del.....) Ah! ya está usted de vuelta.
 Sí, Rita!

Pedro. Rita.
 Suspira usted!

De qué nace esa tristeza?
Pedro. De los caprichos de Laura.
Rita. Caprichos!
Pedro. Me desespera.
Rita. Cuándo es la boda?
Pedro. No sé.
 Tantos pretextos inventa
 para retardar mi dicha,
 que el momento nunca llega.
 Ya hace diez días mortales
 que regresé de Valencia,
 y aún nos estamos así!
Rita. ¿Qué mucho si, por mi cuenta,
 de los diez días los nueve
 ha reñido usted con ella?
Pedro. Al contrario, ella conmigo.
Rita. Lo mismo da.
Pedro. Tiene temas
 extrañas. El mismo día
 de mi llegada..., te acuerdas?
 tuve un duelo por su causa.
Rita. Ah! sí, con aquel babieca....
Pedro. Pobrete! ¡Ya habrá llovido
 primero que él convalezca
 del sablazo que le di
 por encima de la oreja!
Rita. Cielos! Morirá del golpe?
Pedro. No. Es muy duro de mollera
 el infeliz. Pero siempre
 tendré sobre mi conciencia
 aquel chirlo.
Rita. Bien; y luego
 si ha tenido usted reyertas
 con mi señorita, ha sido
 porque con razón se queja....
Pedro. De qué?
Rita. De que no es usted
 tan fino como debiera....
Pedro. Yo! Pues ¿quien amó en el mundo
 con más fervor, con más ciega
 idolatría? ¿Qué frases
 se han dicho en ninguna lengua
 muerta ni viva más dulces,
 más cariñosas, más tiernas
 que las mías? En mis ojos
 arden las llamas del Etna....
Rita. Mi señorita no gusta
 de esos raptos de demencia
 á que usted no la tenía
 acostumbrada.
Pedro. (Por fuerza,
 el García tiene horchata
 en vez de sangre en las venas.)
Rita. En cambio, le acusa á usted
 de que falta con frecuencia....
Pedro. Yo! á qué?
Rita. Á ciertas atenciones,
 á ciertas delicadezas
 y perfiles.... Por ejemplo,
 ya no le saca usted décimas
 como ántes....
Pedro. (¡También aquel
 desventurado es poeta!

No tiene el diablo por donde
 desecharle.) Sé que aprecia
 mis versos..., pero ¿qué quieres!
 no siempre estamos de vena....
Rita. ¡Negarse á bailar la *polka*
 cuando su novia desea
 que la saque..., y obligarla
 á aceptar otra pareja!
Pedro. (Ay, si no sé!....)
Rita. Y si dijéramos
 que no lo hace usted de perlas....
Pedro. (Otra gracia del biógrafo!)

Rita. Cuando *polka* usted con ella
 parece que una está viendo
 á *Petipá* y la *Gui Stéphan*.
Pedro. No lo hice por desairarla.
Rita. Me dolía la cabeza....
 ¿Y qué novio, en fin, no sabe,
 ú olvida cuándo es la fiesta
 de su novia?
Pedro. Ah! dime tú,
 por Dios, dime.... No quisiera
 caer en falta....

Rita. Ya es tarde.
 Ayer celebró la iglesia
 el natalicio de Laura.
Pedro. (Las memorias no lo rezan!)
 Bien; la octava no ha pasado.
 Diré....
Rita. Lllaman á la puerta....
 Ellas serán. Voy á abrir.
 [Vase corriendo.]

Pedro. (Por eso estuvo tan seria
 todo el día....)

Gregor. [Dentro.] Juan!

Pedro. [Acercándose al foro, por el cual apa-
 recen al mismo tiempo doña Gregoria
 y Laura.]
 Señora!

Laura. [Resistiéndose á entrar.]
 Pero ¡si yo....
Gregor. Vamos, entra.

ESCENA III.

DOÑA GREGORIA. LAURA. D. PEDRO.

Pedro. Yo me iré, si soy testigo
 importuno....
Gregor. Nada de eso.
 Sin más forma de proceso
 pretende rifar contigo;
 mas quiero que en mi presencia
 discutais....
Laura. ¡Mamá, por Dios....
Gregor. Y luego que oiga á los dos
 yo dictaré la sentencia.

Pedro. Ah, mamá!....
Gregor. [A *Laura*.] Vamos, formula tus cargos.
Laura. Harto los sabe.
Pedro. Laura!....
Gregor. ¿Es alguno tan grave que no le alcance la bula?
Laura. No, señora; pero tantos son ya, que es mucho martirio....
Pedro. Usted ve el ciego delirio que me inspiran sus encantos.
Gregor. Pues, y su desden injusto....
Laura. Delirio!.... De boca.
Gregor. Eh?
Laura. Sí.
 ;Mucho delirar por mí y no hace nunca mi gusto!
Gregor. Cuando los gustos son raros....
Laura. Para él no lo eran....
Pedro. No tal.
Laura. Antes del viaje fatal.
Pedro. Ni hoy tampoco.
Gregor. Vamos claros.
 No es gusto raro la *polka*?
Pedro. No, no, eso no! Qué injusticia! Si la *polka* es mi delicia!
 Me entusiasma...., oh! me remolca. (Habré de aprenderla, y presto.)
Gregor. Lo ves?
Pedro. Si no la bailé con *Laura* anteanoche, fué porque estaba algo indispuerto.
Gregor. Lo oyes?
Laura. Diga lo que quiera, su carácter no es ya el mismo....
Gregor. No te ama con fanatismo?
Laura. Sí, pero de otra manera.
Gregor. Válgate el cielo, mujer! Tú harás que me desespere. Cada fiel cristiano quiere como Dios le da á entender.
 [En voz baja.]
 Por Dios, que es hombre de arraigo!
Pedro. Con sus gracias me embeleso, y alguna vez, lo confieso, desvarío, me distraigo....
Laura. Alguna vez? Veinte al día.
Pedro. No es crímen lo que es desgracia.
Gregor. Lo ves?
Pedro. Ayer, verbigracia...., perdóname, vida mía!...., olvidé tu aniversario; y es porque mi vista avara lee en tu divina cara mejor que en el calendario.
Gregor. Si hubiera errado en un mes...; mas por un día de olvido.... Haz cuenta que te he parido veinticuatro horas despues.
Pedro. Confieso, mamá *Gregoria*— á qué negar lo que es cierto?— que algunas veces advierto

que flaquea mi memoria. Ya se ve, curado apenas de la enfermedad cruel en que rescaté la piel á costa de las melenas....
Laura. No me recuerdes tu oprobio!
Pedro. Fuera de eso, ¿qué mortal está en su estado normal tras tantos días de novio?
Gregor. Lo creo; y quizá peligro si tu pecho no se ablanda, su juicio y su....
Laura. Pero él....
Gregor. Anda!....
 Tienes entrañas de tigre.
Laura. Mamá!....
Gregor. Basta de rencillas.
Pedro. Perdon, *Laura*! Si es preciso, y mamá da su permiso, lo pediré de rodillas.
Gregor. [Deteniéndole.]
 No, señor! Ella es, no tú, quien de perdon necesita.
 [Á *Laura* en voz baja.]
 ¡Vamos, habla.... Si se irrita.... (Vale esta vieja un Perú.)
Pedro. Bien, basta que hable en su abono la que me ha dado la vida, aunque no estoy convencida, por esta vez le perdono; mas si reincide....
Pedro. (Ay de mí!)
Laura. [Yéndose.]
 No le doy mi mano.
Gregor. [Deteniéndola.] Espera!....
Laura. [En voz baja.]
 Que no, que no!.... Aunque tuviera las minas del Potosí.

ESCENA IV.

DOÑA GREGORIA. D. PEDRO.

Gregor. ¿Has visto qué criatura tan terca y tan....
Pedro. Sí; ya me hace recelar....
Gregor. Qué! todo nace de su excesiva ternura.
Pedro. ¿Cree usted....
Gregor. Sí.
Pedro. Pues yo temo lo contrario.
Gregor. Qué aprension! Pero es de tal condicion, que.... Vamos, si yo me quemó!—

Aunque, hablando con franqueza,
no dejas tú de dar pié....

Pedro. Yo.....

Gregor. Sí, sí. Á veces no sé
dónde tienes la cabeza.
El contentar á una niña
no es tan difícil empresa.

Pedro. ¡Si por cualquiera futesa
arma conmigo una riña!

Gregor. ¡No haberle escrito una octava
en diez días! ¡Ni una copla....
Qué diantre!.... ¿Ya no te sopla
la musa que te sopla?

Pedro. Sí. (Ay Dios!...)

Gregor. Responde á sus quejas
escribiendo un..... epitafio....

Pedro. Señora!

Gregor. Contra aquel zafio
que te cortó las guedejas.—
No; es mejor dar testimonio
de tu amor en un soneto
muy sentido y muy discreto
al yugo del matrimonio.

Pedro. Con ella será muy blando
para mí; mas si la musa
se rebela....

Gregor. Eh! no hay excusa.
Eso lo haces tú jugando.

ESCENA V.

D. PEDRO.

Jugando! Ni con hurones
encuentro yo un consonante,
y quiere que en un instante....
Laura, en qué apuro me pones!....
Yo haria un epitalamio
discreto, amoroso, lindo....;
mas ¿cómo subir al Pindo
sin escala y sin andamio?
En tanta tribulacion
me ha puesto ya mi perfidia,
que del otro tengo envidia....;
inclusa la amputacion.—
Mas ¿qué digo? Esto me apremia?
Á cualquier café me voy....
¡Hay tantos poetas hoy
en Madrid!.... Oh qué epidemia!
Más pronto que los buñuelos
se hacen los versos ahora.
Voy.... Mi amigo....

Luis. [Apareciendo por la derecha del foro.]

¿Mi señora
doña....

Pedro. ¿Quién....

Luis. Saludo....

[Entrando.] Cielos!

ESCENA VI.

D. PEDRO. D. LUIS.

Luis. Es posible?... Usted!...

Pedro. Eh?

Luis. ¿Cómo...

Dígame usted, y perdone,
si es.... No hay duda, él es!

Pedro. Yo soy...

Luis. Y usted no me reconoce!

Pedro. Sí. (Veámosle venir.)

Pedro. Ya caigo... Usted., qué demontre!..
es....

El de Albacete.

Pedro. Pues!

Luis. En el billar de don Roque
nos conocimos....

Pedro. Sí.

Luis. Y luégo
fuimos á batirnos....

Pedro. (Torpe!
Por qué le he reconocido?)
Sí; no estábamos acordes....
(Mas si me desdigo ahora
soy hombre al agua.)

Luis. Mal lote
le cupo á usted en el lance;
un pistoletazo enorme.

Pedro. Eh! la suerte quiso....

Luis. Pero
permita usted que me asombre
de verle tan rozagante.

Pedro. Pche!....

Luis. Porque yo no erré el golpe,
y á diez pasos de distancia
un balazo....

Pedro. Eso es... conforme...

Luis. Usted cayó....

Pedro. Tropecé;
si no, hubiera estado inmóvil.
La bala pasó raspando....

Luis. De véras?

Pedro. Como usted lo oye.
Apénas interésó
los tegumentos menores;
y además, como yo tengo
encarnadura de bronce....

Luis. Sí? Voto al chápiro!... ¡Y yo
corrí por aquellos montes
como un bandido, creyendo
que estaba usted en el borde
de la tumba!..., hasta que pude
agenciarme un pasaporte
y entrar en el *mare mágnum*
de Madrid, con otro nombre.
Nada sabía de usted,
porque, como usted conoce,
lo primero era salvarme;
pero apénas en la Corte
me veo, escribo á Albacete....

Pedro. (Ay cielos!)
Luis. Pidiendo informes....
Pedro. Ya es inútil....
Luis. Y hoy espero contestacion.
Pedro. (Buenas noches!)
Luis. Mas ¿por qué casualidad venturosa hallo á mi noble adversario en esta casa?
Pedro. Vivo en ella; soy consorte futuro....
Luis. Calle! ¿Es usted el interesante jóven que Laura..... ¿Don Juan García...
Pedro. El mismo.
Luis. ¡Por vida..... Toque usted esos cinco, amado primo y dueño...
Pedro. [*Estrechando la mano de D. Luis.*]
Luis. (Oiga!..) ¿Por dónde...
Pedro. Por afinidad. Soy primo de Laura....
Pedro. Ya!
Luis. Luis Ordoñez, sobrino de su mamá....
Pedro. Pues!
Luis. Doña Gregoria Torres. Ya he venido aquí dos veces, pero en ambas ocasiones usted habia salido.
Pedro. Cierto.
Luis. Y no entraba en el órden de mis ideas.... ¡Voto á.... Si ántes del airado choque me dice usted soy fulano....
Pedro. Yo....
Luis. Por cuanto hay en el orbe no me hubiera yo batido con quien iba á ser el cónyuge de mi prima.—¡Ea, un abrazo y afuera viles rencores!
Pedro. Con mucho gusto.
[Se abrazan.]
Luis. Confieso que yo estuve aquella noche...., qué sé yo?.... fuera de caja. Méenos feliz en amores que usted, oí de mi prenda un nó más frio que el norte. Á falta de otro consuelo, tomo tres vasos de ponche; se me sube á la cabeza; juego; pierdo; juego doble; pierdo: seis guerras seguidas! Reparo en usted entónces; pienso que se está mofando de mí, que nunca fuí molde de tontos; sigo sus huellas; le provocho, y *vélis, nólis*....
Pedro. Eh! olvidemos lo pasado....
Luis. Corriente. No le hay más dócil

que yo cuando.... Pero ¿qué hace mi prima?

[*Llamando.*]

Laura!.... La pobre no sabe.... Obligado estoy á pedirle mil perdones....

Pedro. No! (Maldito!...) Es excusado....

[*Asoma Laura por el foro.*]

(Ya está aquí. Me pierde este hombre!)

ESCENA VII.

LAURA. DOÑA GREGORIA. D. PEDRO. D. LUIS.

Laura. Ah! eras tú....

Luis. Sí, prima bella.

[*Saludando.*]

Tia....

[*Á Laura.*]

Sabes lo que pasa?

¿Sabes que tienes en casa....

Pedro. (Tiemblo!)

Laura. Á quién?

Luis. Cosa como ella!..

Pedro. (Charlatan!.... Me compromete....)

Luis. Ya dije á ustedes....

Pedro. (Oh trance!)

Luis. Que á causa de cierto lance salí huyendo de Albacete.

Gregor. Sí.

Luis. [*Abrazando otra vez á D. Pedro.*]

Pues hoy entre mis brazos, no ya en la Mancha, en Madrid, tengo al valiente adalid con quien anduve á balazos.

Laura. Cielos!....

Pedro. (Si es mudo, revienta.)

Gregor. [*Á D. Pedro.*]

Tú!....

Luis. Yo le hacía en el nicho mortuorio....

Laura. [*Á D. Pedro.*]

¡Y nada me has dicho...

Pedro. Yo....

Laura. De aquella lid sangrienta!

Pedro. Por excusarte un pesar....

Laura. Pero si mal no me acuerdo, fuiste herido....

Luis. Soy yo lerdo?

Laura. Virgen santa del Pilar!

Pedro. (Excito su compasion; bien!) Fué la herida muy leve.

Luis. No he visto cura más breve.

Pedro. Dió el tiro de refilon.

Hasta ayer duró, no obstante,
el dolor del brazo.....

[*Tentándose el derecho.*]

Laura.

Ah!

Pedro.

Sí.

(Puesto que lo toma así,
quiero hacerme interesante.)

Gregor. Ah! ¡Y nosotras tan tranquilas.....

Pedro. Ya nada: está como nuevo.

[*Moviendo el brazo.*]

Ve usted? Sin embargo, áun llevo
por precaucion unas hilas.

Gregor. Pobre Juan!

Pedro. (Amable vieja!)

Laura. Ay Dios! Herido venías!....

Pedro. Mi afan de verte.....

Laura. Y..... ¡diez dias

sin exhalar una queja!

Pedro. Qué mucho? ¡Soy tan feliz
á tu lado!.... (¿Qué haré, oh Dios,
si ahora se empeñan las dos
en verme la cicatriz?)

Gregor. [*Á Laura.*]

Le trataste con mal modo
por un soñado delito.....

Laura. Yo.....

Gregor. Apénas el pobrecito
podria doblar el codo.
Con los dos brazos, no digo....;
pero solo con el zurdo
hubiera sido un absurdo
bailar la *polka* contigo.

Laura. Si hubiera sido más franco
no sufriera mi desvío.—

Mas ¿por qué fué el desafio
que pudo dejarle manco?

Luis. Toda la culpa fué mia,

Laura. Sin saber quién era
yo le insulté.....

Gregor. Calavera!

Luis. No supe lo que me hacía.
Calmar quiso mi furor,
y aceptó el combate rudo
cuando excusarle no pudo
sin ofensa de su honor.

Pedro. No se hable ya.....

Gregor. Picardía!

Pedro. Ya no es nada lo del brazo.

Gregor. [*Á D. Luis.*]

Tú mereciste el balazo,
y lo recibió García!

Luis. Ya le he pedido perdon.

Pedro. [*Dando la mano á D. Luis.*]

Soy ya su amigo más fiel.

Gregor. [*Á Laura.*]

Lo ves? Paloma sin hiel.

Luis. Paloma?....

Gregor. Es decir, pichon.

Luis. Ahora falta que otro lazo
más estrecho, más amante
nos una.....

Gregor. Sí, sí, al instante.

No más tregua, no más plazo.

Laura. (Ay Dios!)

Gregor. [*Á D. Pedro.*]

¿Qué haces, que no sales
á citar cura y notario?
Esta tarde es necesario
que firmeis los esponsales.

Pedro. [*Á Laura.*]

¿Consientes.....

Sí tal; despacha.

Gregor. Qué dices?

Pedro.

Bien, sí. (Tan presto!..)

Luis. [*Aparte con doña Gregoria.*]

Parece que frunce el gesto.....

Gregor. Denguecillos de muchacha.

Pedro. Voy.....

[*Yendo á tomar el sombrero.*]

(No van mal mis asuntos;
mas no hay tiempo que perder.
Sea Laura mi mujer,
que luégo.....)

Luis. [*Tomando su sombrero.*]

Saldremos juntos.

Gregor. [*Á D. Luis.*]

Mira que quiero que estés
presente al acto.

Pedro. [*Á Laura.*]

Adios.

Luis. Sí.

Laura. [*Á D. Pedro.*]

Adios.

Gregor. [*Á D. Luis.*]

Comerás aquí.

Luis. Bien. Abur.

Pedro. Hasta despues.

ESCENA VIII.

DOÑA GREGORIA. LAURA.

Gregor. Por qué estás tan compungida?

Laura. Yo no sé.

[*Llorando.*]

Ay mamá!

Gregor.

¿Ya empiezas

otra vez? Con tus rarezas
me vas á quitar la vida.
¿No se ha sincerado Juan
contigo?

Laura. Sí, mamá, sí.

Gregor. Pues ¿qué te atormenta? Di.
No te gusta ya el galán?

Laura. Sí, señora.

Gregor. Pues ¡demonio!...,
Dios me perdone, ¿á qué tanta
pamema.....

Laura. No sé..... Me espanta
la idea del matrimonio.

Gregor. [*Riéndose.*]

Simple! Eso decia yo
al acercarse mis bodas,
y todas.....

Laura. Sí? ¿Tiemblan todas.....

Gregor. Mas ninguna dice nó.

Laura. Sí, es vana aprension la mia.

Mi vecinita Beatriz
se casó, y es tan feliz!....

Yo lo seré con García.

Quiere usted que suba á verla?

Gregor. Sí, consúltala; concedo,
y perderás ese miedo.

Laura. Bien. Pronto bajo.

Gregor. [*Besándola.*] Adios, perla.

ESCENA IX.

DOÑA GREGORIA.

Merezca, oh Dios! galardón
mi paciencia en la otra vida.....
Por fin ya está decidida
á pasar el Rubicon;
mas su humor atrabiliario
ha llegado á tal extremo,
que todavía me temo
no venga en balde el notario.
¿Y en qué se fundan las quejas
con que tanto me consume?
¿No es hombre, fume ó no fume,
peine ó no peine guedejas?
Por dicha el pobre muchacho
está enamorado, ciego,
que si no, tanto despego
ya le hubiera dado empacho.
¡Tal ansia de que viniera,
tanto afán de ser su esposa,
y luego por cualquier cosa
armarle una pelotera!....
¡Á un novio de honra y provecho...,
cuando hay tantas, san Gonzalo,
que por uno bueno ó malo
se dieran golpes de pecho!

ESCENA X.

DOÑA GREGORIA. RITA.

Rita. [*Sobresaltada.*]

Señora!.... Ay Jesus!.... Señora!....

Gregor. Qué tienes?

Rita. Si no es vision
ó sombra.....

Gregor. Qué?

Rita. Don Juanito.....

Mas ¿cómo si ahora salió.....

Gregor. Muchacha!....

Rita. Herido.....

[*Aparece D. Juan por el foro. Lleva
abierta y atada con cintas la manga
del brazo derecho, que moverá con di-
ficultad. Viene pálido. Al entrar pone
el sombrero sobre una silla y deja ver
una hermosa y bien rizada cabellera.*]

Allí está.

ESCENA XI.

DOÑA GREGORIA. RITA. D. JUAN.

Juan. Señora!

Gregor. Eres tú!

Juan. Yo soy.

Gregor. Mis brazos.....

Ven á los míos.....

[*Retrocediendo.*]

Pero ¿qué transformacion.....

Ese bisoné.....

Juan. Qué escucho?

Gregor. ¿Cómo ha sido tan veloz
el peluquero.....

Juan. Señora!....

Gregor. No, no es posible..... Ilusion.....

Juan. Cómo! ¿Usted...

Gregor. Jesus mil veces!

Rita. (¿Será el mismo, ó serán dos...)

Juan. No me reconoce usted?

Gregor. Sí, hijo mio!.... Es decir, no!

Juan. ¿Será posible, señora.....

¿Tan desconocido estoy.....

Gregor. Casi nada, pero..... temo.....

Me pones en confusion.

¿No saliste hace un instante
de aquí?

Juan. Yo!

Rita. (El rostro..., la voz....)

Juan. Hoy he llegado á Madrid.

Gregor. Qué oigo! Pues entónces..... ¿Hoy

has dicho?
Juan. Habrá media hora,
 si no miente mi reloj.
 Lo que he gastado en lavarme
 y ponerme un pantalon.....
Gregor. Es decir que..... no eres tú.
Juan. Cómo yo no he de ser yo?
Gregor. No sé..... Por arte del diablo.....
Juan. Ah! ya veo con dolor
 que soy víctima.....
Gregor. De qué?
Juan. De una vil sustitucion.
Gregor. Cómo?
Juan. Tengo la desgracia
 de parecerme á un traidor
 con quien partí en Albacete
 el cuarto que me tocó,
 y sin duda en miés ajena
 ha osado meter la hoz.....
Gregor. Ah!.... entiendo. Deseche usted
 tan ridícula invencion.
Juan. ¿Quién... ¡Yo...
Gregor. Usted es el falsario,
 el intruso, el impostor.
Juan. Señora!....
Gregor. Don Juan García
 es hombre de honra y de pro.....
Juan. Cierto.
Gregor. Incapaz de una infamia.....
Juan. Soy de la misma opinion.
Gregor. Ah; bien; si usted reconoce
 su culpa.....
Juan. Culpa!....
Gregor. Me doy
 por satisfecha.
Juan. Sostengo
 que es tan puro como el sol
 el nombre de Juan García,
 porque es el mio.
Gregor. ¿Hay mayor
 descaro?
Rita. Pues yo me inclino.....
Gregor. Á qué?
Rita. Me da el corazon.....
Gregor. Tu corazon es un tonto.
Juan. ¡Por la Virgen de la O,
 señora.....
Gregor. Á ver? Pruebe usted
 que no es.....
Juan. Señora!...
Gregor. Un histrión.
 "Pruebe usted que es Juan García.
Juan. Por desgracia, ahora no estoy
 provisto.....
Gregor. Eh, qué tal?
Rita. Ya veo.....
 Pero creí..... Como son
 tan...
Gregor. ¿Qué entiende ella, la necia...
Rita. Si yo.....
Gregor. Vete!
Rita. Ya me voy.

ESCENA XII.

DOÑA GREGORIA. D. JUAN.

Gregor. Queda usted, pues, convencido
 de que es un enredador,
 ó un loco.
Juan. Las apariencias
 me condenan; pero á Dios
 pongo por testigo.....
Gregor. Dale!
 Es ya mucha obstinacion,
 amiguito. Soy yo boba?
Juan. Oígame usted por favor.
 Yo.....
Gregor. ¿Así se suplanta á un novio
 y se entra de mogollon
 en casa ajena.....
Juan. Al contrario,
 otro ha sido el invasor,
 otro el que.....
Gregor. Delirio!.... Vaya,
 confiese usted, *inter nos*,
 que es un García fingido,
 contrahecho.....
Juan. No.
Gregor. Sí!
Juan. Oh!
 Ya abusa usted demasiado
 de mi blanda condicion
 y de su sagrado título.....
 de suegra.
Gregor. Pero, señor,
 ¿cómo identifica usted
 su persona? ¿En qué crisol
 probaremos.....
Juan. Aquel hombre
 fementido se llevó
 todos mis papeles.....
Gregor. [Con mofa.] Sí?
Juan. Y hasta el retrato, ay dolor!
 de Laura.....
Gregor. Bah!
Juan. Yo ignoraba
 los designios del ladron.....
 Nada sabía de ustedes.....
 Laura no me contestó.....
 Y además, yo no podia
 en mi triste situacion.....
Gregor. Señor mio, de todo esto
 resulta en buen español
 que usted se parece á Juan.....
Juan. No á Juan; á Pedro. Yo soy.....
Gregor. Sí, la semejanza es grande.
 Es decir en lo exterior;
 que aquel tiene más talento,
 más gracia.....
Juan. Dios de Jacob!....
Gregor. Mas bien puede semejar
 á un caballero un bribon.
Juan. Doña Gregoria!.... Usted quiere

que yo me vuelva feroz.....
Gregor. ¡Basta y confúndase usted,
moneda falsa, edicion
fraudulenta!

Juan. Oh ceguedad!
Yo dudo, cielos, si estoy
soñando. ¡Así me reciben
cuando en alas del amor
vengo herido.....

Gregor. [*Riéndose.*] También eso?
Ja, ja..... Bien! Faramallon!
Nada olvida; ni el balazo
que mi yerno recibió,
y finge.....

Juan. ¡Fingir, señora,
y por milagro de Dios
no me amputaron el brazo,
y aún está la herida atroz
abierta!....

[*Presentando el brazo.*]

Desate usted
y verá.....

Gregor. Quite allá! Horror!....
No quiero ver porquerías.

Juan. Señora!....

Gregor. Eh! con un carbon
encendido ó con un cáustico
finge cualquier embaidor
una herida.....

Juan. (¡Es imposible
hacerla entrar en razon!)
Pero ¿dónde está mi Laura?
Júzguenos ella á los dos.
Ella no me acusará
de intruso y usurpador.
Llámela usted.....

Gregor. Ha salido.

Juan. Pues bien, con resignacion
la esperaré.....

Gregor. Nada de eso.

Juan. Qué! ¿usted no permite.....

Gregor. No.

Ya basta de mojiganga.
Se ha visto igual moscardon?
Váyase usted!

Juan. Si yo.....

Gregor. Largo!,

ó llamaré al celador.

Juan. Bien está; yo volveré,
señora, y esta cuestion
se ventilará más pronto
entre mi rival y yo.
Aunque de genio apacible,—
y harto á conocer lo doy,
señora, en este momento,—
no he de sufrir, vive Dios,
que un villano me despoje
de hacienda, vida y honor.

ESCENA XIII.

DOÑA GREGORIA.

Cierto que se ven hoy dia
pillastres de tomo y lomo.
¡Con qué frescura y qué aplomo
sostiene que es Juan García!
Pero presentarse así.....,
sin pruebas, sin un testigo
que abone..... Lo que yo digo:

[*Poniéndose la mano en la frente.*]

está tocado de aquí.
Pensó engañarme..... Qué gracia!
Á alguna tonta; á mí, no.
Gracias á Dios, tengo yo
de sobra la perspicacia.
Sin embargo, el muy truhan
se ha mantenido en sus trece.....
No lo extraño. ¡Si parece
litografiado en don Juan!
Vamos, es cosa estupenda
y el juicio humano se humilla.....
Mas prevendré á la chiquilla
para que no la sorprenda.

[*Con el dedo indice en la frente.*]

Sí; que ella no tiene.....

[*Llamando.*]

Rita!

Jóven sencilla y sin mundo.....

ESCENA XIV.

DOÑA GREGORIA. RITA.

Gregor. Ah! Sube al cuarto segundo
y llama á la señorita.

Rita. Bien.—Ya habrá usted despedido
al.....

Gregor. Sí; al García supuesto.
Es un tuno manifiesto.

• Ya lleva su merecido.

Rita. Tienen la misma figura
los dos...

Gregor. Ba! Observa, compara.....,
y verás que la una es cara
y la otra caricatura.

Rita. Voy..... Cuando sepa esta intriga
la novia.....

Gregor. Eso á mí me toca.....
Tú llámala, y punto en boca
hasta que yo se lo diga.

ESCENA XV.

DOÑA GREGORIA.

No es mi ánimo hacer misterio
de tan extraña aventura;
mas como esa criatura
tiene tan poco criterio.....
Si acierta á venir ese hombre
un día ántes que mi yerno
y le roba, Dios eterno!
los papeles como el nombre.....
Pero Gregoria se aplaude
de que, así y todo, en el acto
hubiera tenido tacto
para descubrir el fraude.

ESCENA XVI.

DOÑA GREGORIA. D. PEDRO.

Pedro. Ya estoy de vuelta.

Gregor. [*Irritada y tomándole por D. Juan.*]

Otra vez?

¡Váyase usted y tengamos
la fiesta en paz!

Pedro. ¿Qué oigo! ¿Á mí....

Gregor. Si usted quiere que haya escándalo...

Pedro. ¡Señora....

Gregor. Lo habrá.

Pedro. ¿Qué es esto,

madre mia? ¿Qué arrebató....

Míreme usted bien: soy yo.

Gregor. [*Mirándole con más atención.*]

Ah! sí; es Juan. El pelo., el brazo...

Pedro. Eh? (Cielos!....)

Gregor. Te confundía....

Pedro. Con quién?

Gregor. Con un perdulario;

un Juan García postizo....

Pedro. Qué dice usted?... (Malo, malo!)

Gregor. Un insigne perillan
que ha venido muy ufano
á invadir tu territorio,

Pedro. Sí?

Gregor. Con el mayor descaro.

Y engañaría á cualquiera,
porque es tu vivo retrato.

Pedro. ¿Será posible.... (Troné!)

Gregor. Yo que soy un lince, un árgos,
al momento conocí
la trampa. Hum! yo no me mamo
el dedo.

Pedro. Usted? Ya, ya! Y... Laura?

¿Cómo ha recibido al falso
Juan García?

Gregor. Aún no le ha visto.

Estaba arriba, en el cuarto

segundo.... Él ha prometido
volver....

Pedro. [*Con risa forzada.*]

Oiga!

Gregor. Es temerario.

Pero yo estoy decidida
á darle cara de palo.

Pedro. No. Qué se diría? Venga
ese Juan de contrabando,
y veremos si sostiene
en mi presencia el engaño.
Además, quisiera ver
cómo recibe al falsario
mi Laura.

Gregor. Bah! con desprecio,
con indignacion; es claro.

Pedro. No obstante, imagine usted
cuánto será mi entusiasmo
teniendo esa prueba más
de su amor.

Gregor. Es excusado....

Pedro. (Ah! si triunfo en esta crisis....)
Yo lo exijo, sin embargo.

Gregor. Bien está, pero es preciso
evitar el sobresalto....
Nada sabe; va á bajar;
le diremos....

Pedro. Ni un vocablo.

Gregor. Pero....

Pedro. Nada, nada! Así
no podrá decir que usamos
de coaccion. Por mi parte,
no despegaré los labios.

Gregor. Alma noble!

Pedro. Así lo exige
mi delicadeza.

Gregor. Bravo!

Pedro. Y en prueba de ello, ahora mismo
voy á encerrarme en mi cuarto.

Gregor. Como gustes.

Pedro. Y saldré
cuando sea necesario.

Gregor. Eh! ¿Así te vas sin decirme
si has hecho ó no aquel encargo?

Pedro. Al anochechar vendrán
testigos, cura y notario.

[*Entra en su habitación.*]

ESCENA XVII.

DOÑA GREGORIA. LAURA.

Gregor. Sí, este es el Juan verdadero:
bien lo prueba con el rasgo
generoso de dejar
libre á su rival el campo.—
Pero bueno es prevenir
á Laura, no tome el rábano

por las hojas..... Aquí está.

Laura. [Entrando.]

Mamá, ¿qué es lo que ha pasado
mientras...

Gregor. (Pues!..., ya se lo ha dicho
la otra mona.) Un lance raro.—

Qué te ha dicho la doncella?

Laura. Ni lo sé. Con mil preámbulos
me ha hablado de otro galán
que solicita mi mano.....

Gregor. Cierto.

Laura. Y que esté prevenida
para un fenómeno extraño.....

Gregor. Es verdad.

Laura. Mas no comprendo.....

Gregor. Yo te lo diré más claro.

En efecto, aquí ha venido
un aventurero, un vago
diciendo que es Juan García.

Laura. ¿Qué tiene de extraordinario
que se llame así también?
Mas como yo no me caso
con el nombre, sino.....

Gregor. Cierto;
mas bien pudiera aquel pájaro
robar el nombre á tu novio,
pues no ha tenido repaño....
En qué?

Laura. En robarle la cara.

Gregor. ¿Cómo..., la cara..... No alcanzo...

Gregor. Se parece mucho á Juan.

Laura. Qué oigo!

Gregor. Aunque no es tan gallardo;
pero así..., á primera vista....
Yo le observé con cuidado
y eché de ver al instante
que es un García bastardo.
Es como la mala copia
que de un excelente cuadro
saca un pintor ignorante:
es como esos mamarrachos
con que pintan los franceses
en las cajas de tabaco
á su emperador difunto.
Todos se parecen algo
á aquel tipo, pero.....

Laura. Y ¿cómo
justifica.....

Gregor. Ahí está el caso.
Le pido pruebas y..... ¡nada!
pretende que le creamos
por su palabra.

Laura. ¡Osadía
singular!

Gregor. Pues el muy sandio
se empeña en verte.....

Laura. Que venga,
y verá que yo no cambio
fácilmente..... Y Juan? Le ha visto?

Gregor. Aun no.

Laura. Dónde está?

Gregor. En su cuarto.

Laura. ¿Y sabe.....

Gregor. Sí. Ya veremos
cuando venga su adversario....
Pero no se atreverá.....

Rita. [Anunciando desde el foro.]

El García duplicado.

Gregor. Eh?

Rita. El don Juan número dos;
aunque no sé cuál de entrambos.....

Laura. Bien; que éntre.

Gregor. [A Rita.] Y lárgate tú!

[Desaparece Rita.]

Alerta, que es muy taimado!

ESCENA XVIII.

LAURA. DOÑA GREGORIA. D. JUAN.

Laura. [Grito involuntario.]

Ah!

Juan. Laura mia!

Laura. [Con los brazos abiertos.]

Juan mio!

Gregor. [Interponiéndose.]

Tente, muchacha! ¿No ves.....

Laura. [Mirando á D. Juan agitada y asustada.]

Oh Dios!... Será desvarío?

No; él es, no me engaño, él es!

[Se precipita en sus brazos.]

Gregor. Muchacha!... ¡Hemos hecho un pan
como unas hostias!

Juan. Oh gloria!

Gregor. Mira que ese no es don Juan!
Lo juro á fe de Gregoria.

Laura. Ah! Sí, sí.

Juan. Laura querida!

Laura. Juan!

Gregor. Esto clama venganza!

Juan. No en vano, bien de mi vida,
puse en tu fe mi esperanza.
De acuerdo una madre ilusa
con el rival que me vende,
me desconoce, me acusa.....

Laura. Pero Laura te defiende.

Gregor. Mas para darle la palma
¿en qué te fundas? Yo rabio!

Laura. En aquel grito del alma
que se escapó de mi labio.

Gregor. ¿No gritaste..... ¡buena es esa!
cuando vino el otro mozo?

Laura. Entónces fué de sorpresa;

ahora es de amor y de gozo.
Gregor. Aquel su nombre acreditado
 con pruebas.....
Juan. Me las robó!
Laura. Es que aquel las necesita,
 madre mía, y éste no.
Gregor. ¿Por qué, si en boca, en narices....,
 en todo son semejantes?
Laura. Sólo ven ciertos matices
 ojos que miran amantes.
 Esos jilguerillos mil,
 unos en forma y colores,
 que entre las galas de Abril
 cantan sus tiernos amores,
 ¿cuándo aprendieron ó dónde
 ora el gozo, ora la queja
 con que cada cual responde
 al trino de su pareja?
Gregor. Aún desmentirá esta loca
 la partida de bautismo.
Laura. [*Contemplando á D. Juan.*]
 Cierto; idéntica es la boca....
 Pero no ríe lo mismo.
Gregor. Qué ridículos antojos!
Juan. Tanto se parece á mí?
Laura. También son negros sus ojos.....
 Pero no miran así.
Juan. Oh dulce fin de mis penas!
Gregor. (¿Qué hace el otro que no acude...)
 [*Se dirige á la puerta de la derecha.*]
Laura. Ah! y las rizadas melenas....
 Mamá, aún quiere usted que dude?
Gregor. [*Sin oír á Laura, y dirigiendo la voz
 á lo interior del gabinete.*]
 No sales?
Laura. Ay! ese brazo....
Juan. No te asustes, alma mía.
Laura. Recuerdo..... Oh Dios! el balazo....
Gregor. [*Como ántes.*]
 Que no es tiempo todavía?
Juan. Ya no hay riesgo....
Gregor. [*Separándose de la puerta.*]
 (Tanta flemma!)

[*Á Laura y D. Juan.*]

Vamos, ya basta. Apartad!
Laura. Pero, mamá, es mucha tema....
Juan. Y muy poca caridad.
Gregor. ¿Tan pronto echas en olvido
 que al otro reconociste?
Laura. Pero á su lado he vivido
 cavilosa, huraña y triste;
 y es que el corazón leal
 de mi engaño me advertía,
 y á la obediencia filial,
 no al amor obedecía.

Temblar me hacía, y no en vano,
 su amante solicitud;
 y ahora estrecho esta mano

[*Tomando la de D. Juan.*]

sin rubor, sin inquietud.
Gregor. Y el otro..... ¡nada! Lo mismo
 que si estuviera en Cracovia....

[*Volviendo á acercarse al gabinete.*]

Ven; deshaz este embolismo,
 ó te birlarán la novia.

Juan. [*Dando algunos pasos.*]

Yo le haré, mal que le pese,
 salir....

Laura. [*Deteniéndole.*]

Tente! ¿Adónde vas....

Juan. Á obligarle á que confiese....

Laura. Por Dios, mira cómo estás!

ESCENA ÚLTIMA.

LAURA. DOÑA GREGORIA. D. JUAN. D. LUIS.

Luis. [*Entrando muy agitado.*]

Tía! Laura!....

Juan. [*Reconociendo á D. Luis.*]

El matasiete!....

Luis. No hay tal novio. Es un abuso....
 Tengo carta de Albacete....

[*Viendo á D. Juan.*]

Aquí está! Afuera el intruso!

Juan. ¿Cómo....

Laura. [*Interrumpiendo á D. Juan.*]

No es este:

[*Señalando á la puerta de la derecha.*]

es aquel....

Luis. Como al parecer están
 vaciados en un troquel,
 no sabe uno, ¡voto á san....
 Cuándo ha venido este?

Gregor. Hoy.

Luis. Sí? Pues el otro es el maula.

Laura. ¿Ve usted....

Gregor. Sospechando voy....

[*Acercándose otra vez al gabinete.*]

No saldrá usted de esa jaula?

Luis. Primo, tu amistad deseo....

Juan. Primo!
 Laura. Mio.
 Luis. Á fe de hidalgo
 juro.....
 Gregor. No está.... No le veo.....

[*Alzando la voz.*]

Juan!... García!—Échale un galgo!
 [*Entra en la habitación de la derecha.*]

Luis. Hace bien en tomar pipa,
 porque si no.....
 [*Ofreciendo la mano á D. Juan.*]
 Mucho siento
 aquel tiro.... Una chiripa:....

Laura. [*Á D. Juan en tono suplicante.*]
 Paz!....

Juan. Si es tu primo, consiento.
 [*Estrecha la mano de D. Luis, y al mismo tiempo vuelve doña Gregoria trayendo lo que dirá.*]

Gregor. Se fué el embustero, el pillo
 que burló mi buena fe.
 Su cuarto sale al pasillo....
 Sin yo arañarle se fué!
 Allí ha dejado el maldito....
 ¡mala centella le parta!
 las memorias de Juanito....

[*Las pone sobre la mesa.*]

tu retrato....

[*El de Laura: lo arrebató D. Juan y lo besa entusiasmado.*]

y esta carta.

Luis. [*Tomándola.*]
 Veamos qué dice en ella,
 si usted me permite...., Sí.

Gregor. Oh! yo seguiré su huella
 y le juro.....

Luis. Dice así:
 [*Leyendo.*]
 «Pidiendo á Laura perdon,
 ya no codicio su mano,
 que darla á Pedro es en vano
 si es de Juan el corazon.
 Fuera mio, y tal regalo
 disputara todavía,
 si no como Juan García
 como Pedro Marchamalo.
 Que yo por nada me arredro;

y en efecto allá se van
 Pedro con cara de Juan
 y Juan con cara de Pedro.
 La restitucion legal
 no rehusó, sin embargo,
 si conforme á data y cargo
 paga y cobra cada cual;
 que mientras dos y uno fui
 purgué mi doble papel
 gozando poco, y por él!
 sufriendo mucho, y por mí!
 Si huyo, no es de cobardía;
 que en la fonda de París,
 vaya solo ó con don Luis,
 me hallará don Juan García.
 Huyó, bien lo sabe Dios,
 porque no sé con qué cara
 ver á Laura...., cosa rara!....
 yo que en una tengo dos.
 Intacto dejó el dinero
 de don Juan que hace ya dias
 me entregó don Zacarías.
 Loco, pero caballero.
 Y á más de haber preparado
 el contrato y el festejo,
 sepa don Juan que le dejó
 un rival descalabrado;
 y el retrato...., ay dura suerte!
 y ese precioso cuaderno;
 rogando al próspero yerno
 que en sus páginas inserte,
 con correcta ortografía,
 este capítulo más;
 ó sea, Apéndice á las....
Memorias de Juan García.»

[*Dejando el papel sobre la mesa.*]

Como soy Luis que me gusta
 su desparpajo.

Gregor. Insolente!
 Juan. Mi cólera....
 Laura. Oh! ya no es justa
 pues se aleja y se arrepiente.
 Juan. Si tardo en venir un dia....,
 horror!.... se casa contigo.
 Laura. Verme en brazos de García
 será su mayor castigo.
 Luis. Eh! no agüemos el placer....
 Juan. Si tú le perdonas....
 Laura. Sí.
 Yo no puedo aborrecer
 á quien se parece á ti.
 Juan. Ángel mio!
 Gregor. Y yo, Juanito,
 que te dije tanto insulto....
 Juan. Bah!
 Gregor. Yo tambien necesito
 que me concedas indulto.
 Juan. [*Abrazándola.*]
 Mamá!
 Gregor. Soy fisonomista,

- pero hay tanta semejanza
entre los dos, que la vista
más penetrante no alcanza....
- Laura.* Y como vino á la Corte
pertrechado de tal modo....
El retrato, el pasaporte,
las memorias sobre todo....
- Juan.* Sí; con ellas aprendió
todos mis antecedentes.
No habia previsto yo
los graves inconvenientes....
- Luis.* Memorias de un muerto, vaya;
pero memorias de un vivo....
- Juan.* Desde hoy hago cruz y raya....
- Luis.* Las quemas?
- Juan.* No; las archivo.
- Luis.* Ah, bien! (Necia vanidad!)
De ese escrito y de otros muchos
hará la posteridad
algún dia.... (cucuruchos.)
- Juan.* [Á *Laura.*]
La pluma, por otra parte,
fuerza es ya que quede ociosa
porque ocupado en amarte,
no sabré hacer otra cosa.
- Laura.* Pero en mi fiel corazon,
á falta de biografía,
leerás siempre este renglon:
[Figurando escribir.]
Memorias de Juan García.



EL INTENDENTE Y EL COMEDIANTE,

COMEDIA EN UN ACTO.

Se estrenó en el teatro del Principe el dia 20 de Octubre de 1848.

PERSONAS.

DOÑA LIBORIA.

MARTA.

D. RICARDO.

D. GINES.

D. DÁMASO.

D. TOMÁS.

EL PORTERO.

La escena pasa en Sevilla. El teatro representa el despacho de un negociante acaudalado.
Puerta en el foro; otra en los bastidores de la derecha; otra en los de la izquierda.

ESCENA I.

DOÑA LIBORIA. D. RICARDO.

[*Aparecen tomando chocolate. Don Ricardo en bata y chinelas.*]

Liboria. Hoy estoy fatal, Ricardo,
y aunque es tan famoso, ay triste!
el médico que me asiste,
poca mejoría aguardo.

Ricardo. El médico no acertó,
¿y quieres que te consuele
un lego.....

Liboria. Ay Dios!

Ricardo. Qué te duele?

Liboria. Los nervios, la.... Qué sé yo?
Mi histérico no se aplaca
ni con agua de azahar
ni con..... Tendré que tomar
los baños de Carratraca.

Ricardo. No espero que de ellos saques,
si he de hablarte con llaneza,
ni consuelo á tu tristeza
ni remedio á tus achaques.

Liboria. ¿Te parece que una junta.....

Ricardo. De médicos? No hará nada.

Liboria. Conque ya estoy desahuciada?

Conque me das por difunta?

Ricardo. Es inútil que te halague.

Los males que te torturan
con médicos no se curan.

Liboria. Ah!

Ricardo. Ni aquí ni en Copenhague.

Liboria. Pues ¿qué síntomas descubres
para dar tan triste fallo?

Ricardo. Esas dos patas de gallo
que anuncian muchos Octubres.
¿Qué doctores lograrán
disminuirte los años
aunque te receten baños
en las aguas del Jordan?
Aunque en ellos tengas fe,
para ti son vanos ya
el sistema de *Le Roi*
y el sistema de *Broussais*.
Pero á falta de magnesia
y demas drogas del arte,
puede un récipe curarte
de la santa madre Iglesia.
Al yugo del matrimonio
dobla tu cuello cuanto ántes
y no á los nervios levantes
tanto falso testimonio.
Sí, sí, es mejor que te zafes
de médicos, y que el pacto
conyugal.....

Liboria. Pero.....

Ricardo. *Ipso facto*
cesarán tus alifafes.

Ó si piensas que es delirio
casarte ya veterana,
ten á lo ménos, hermana,
la paciencia del martirio;
que de otra suerte—yo te háblo
con mi franqueza notoria—
no harás méritos, Liboria,
para Dios ni para el diablo.

Liboria. Sospecho que dices bien.

Ricardo. Pues cástate.

Liboria. Linda frase!
¡Que me case, que me casé....
Y cómo? y cuándo? y con quién?
¿Vendrán aquí los narcisos
á sacarme del pantano?
¿He de pregonar mi mano
en el *Diario de avisos*?
No hago á los novios el bu,
no; pero ¿qué cataratas
les impiden ver las patas
de gallo que has visto tú?

Ricardo. Cuando tu Octubre fué Julio
no faltó quien se prendara,
si no de tu linda cara,
de tu cuantioso peculio;
pero de ciertas doncellas
es tan escaso el chirúmen
que en su vanidad presumen
que no hay vejez para ellas.

Liboria. No me salió por desgracia
un novio digno de mí.
Ya sabes que siempre fui
muy dada á la aristocracia.

Ricardo. Da dónde ese orgullo viene?
Tu padre fué menestral.

Liboria. Por lo mismo. Cada cual
desea lo que no tiene.

Ricardo. Pase para aquellos dias
que no volverán jamás;
pero ahora ya no estás
para pedir gollerías.

Liboria. Tienes mil razones; pero
mi sexo no me permite
aventurar un envite
para escuchar un no quiero.

Ricardo. Si temes sufrir enojos,
suplan la audacia del pico,
con su esgrima el abanico,
con su elocuencia los ojos.
No ha de faltar una treta
que muestre tu llama oculta.
Qué diablos!.... ya tan adulta,
y aún no sabes ser coqueta!

Liboria. Tú que entiendes de negocios
negocia tambien mis bodas.

Ricardo. Cómo!....

Liboria. Á ver si me acomodas
con alguno de tus socios.

Ricardo. Yo! ¿Á quién voy con la hipoteca,
si en tal negocio me meto,
de una hermana.... lazareto
con histérico y jaqueca?
Hombre á quien la renta sóbre

¿cómo quererte? No pidas....

Liboria. No quiero por novio á un Mídas;
ánten le prefiero pobre.—
Ni de ilustre nacimiento
le pido ya....

Ricardo. ¡Bueno fuera....

Liboria. Pero que tenga siquiera
uniforme y tratamiento.

Ricardo. Déjame en paz. Yo no influyo....
Cada cual busque su avío.
Aún no he pensado en el mío;
y he de pensar en el tuyo?

Liboria. ¿Somos iguales, impio,
las hembras y los varones?
Vosotros siempre...., bribones!...,
pero nosotras.... Dios mío!

Ricardo. Basta....

Liboria. ¿Quieres que sucumba
mi virtud?

Ricardo. No.

Liboria. Quitá allá!

Ricardo. No! Pero vete; que es ya
mi cabeza una tarumba.
Me tienen harto aburrido
el Teatro y los Seguros,
sin aumentar mis apuros
negociándote un marido.

Liboria. Así los cielos te den
fortuna en tus dos empresas,
ruégote, hermano....

Ricardo. No cesas?

Liboria. Sé mi empresario tambien!

Ricardo. Si no te vas....

Liboria. [*Levantándose.*] Hum... qué raro!

Ricardo. Me hará daño el chocolate,
ó haré cualquier disparate
que luego me cueste caro.

Liboria. Me voy; pero piensa en mí.

Ricardo. Sí. Adios. En tiempo oportuno....

Liboria. Bien. Adios.

Ricardo. Que venga alguno
á quitar esto de aquí.

[*Vase doña Liboria por la puerta de la derecha.*]

ESCENA II.

D. RICARDO.

Pues ¡dígoles á usted que el buque
es para una expedición!....
¡Y aún querrá ese cronicon
casarse con algun duque!
Aún con todo su caudal
debe bendecir su estrella
si se desposa con ella
cualquier fulano de tal.

ESCENA III.

D. RICARDO. MARTA.

Marta. Señor.....
Ricardo. Hola! Cara nueva....
 y cara muy de recibo.
Marta. Favor que usted.....
Ricardo. (Me desvivo
 por todas las hijas de Eva.)
 Cuándo has venido, mi gloria?
Marta. Hace un mes.
Ricardo. Nunca te he visto.
Marta. No es extraño: sólo asisto....
Ricardo. ¿A quién?
Marta. A doña Liboria.
 Como está malo Moreno....
Ricardo. Si tú me sirves por él,
 permita el Dios de Israel
 que nunca se ponga bueno.
 De mi hermana eres doncella?
 (Lindo garbo! El cútis fresco.....)
 Pues, no obstante el parentesco,
 te quiero á ti más que á ella.
Marta. Eh, señor!....
Ricardo. Deja la jícara.
 No hay prisa....
Marta. Si ella lo sabe....
Ricardo. [Tomándole la mano.]
 No he visto cosa más suave
 para mano de una pícara.
Marta. [Retirando la mano y apartándose de
 la mesa.]
 Pícara yo!
Ricardo. No te enfades.
Marta. Me iré de aquí....
Ricardo. Es una broma....
 Ven aquí....
Marta. Si usted se toma
 conmigo esas libertades.
Ricardo. Acaso mi mano mancha?
 Es lástima que la tuya
 con los zorros se destruya
 ó se tueste con la plancha.
Marta. Bah!
Ricardo. Por tu cara divina
 me echaria en una acequia.
Marta. Bah! Yo sé que usted obsequia
 á una hermosa bailarina.
Ricardo. Quieres reemplazarla tú?
Marta. No, señor; no fuera justo....
Ricardo. Serías cosa de gusto
 pirueteando un *padedú*.
Marta. Deje usted esos extremos;
 que mi habilidad no es tanta....
Ricardo. Empiezas por figuranta,
 y despues... te ascenderemos.
 Por las glorias teatrales
 deja ese estado precario.

¿Qué te paga de salario
 mi hermana?
Marta. Noventa reales.
Ricardo. Miseria humana! Ea pues,
 date al baile, reina mía,
 y ganarás en un día
 lo que hoy ganas en un mes.
Marta. No entiendo....
Ricardo. Lo que interesa
 no es la pericia en el arte,
 sino tener de tu parte
 al director de la empresa.
Marta. No se hizo mi condicion
 para el teatro, á fe mía,
 aunque motivo tendria
 para cobrarle aficion.
Ricardo. Qué motivo?
Marta. No lo puedo
 decir.
Ricardo. Misterios tambien?
 Mas si venzo tu desden
 lo detnas me importa un bledo.
 Dime....
Marta. Señor don Ricardo,
 en otra parte me llama
 mi deber.
Ricardo. Pero....
Marta. Y el ama
 me reprenderá si tardo.
Ricardo. Ama puedes ser aquí.
Marta. Para serlo, lo sería,
 no en casa ajena; en la mia
 como algun tiempo lo fuí.
Ricardo. Tú?
Marta. Piensa usted que es embuste?
Ricardo. No tal. Yo no pongo en duda....
 (Me la echa de linajuda....
 Será más caro el ajuste.)
 En efecto, tus modales,
 aunque hoy reducida á triste
 condicion, muestran que fuiste
 criada en buenos pañales.
 Mas si ahora te acrisola
 destino adverso y tirano,
 yo te doy palabra y mano....
Marta. [Retirando la suya.]
 Basta la palabra sola.
Ricardo. Hay pudor más temerario?
Marta. Mujer que estima su nombre
 sólo da su mano á un hombre
 en presencia del vicario.
Ricardo. (Oiga!...) Sí, la negra honrilla....
 Mas si ha de ser, dulce prenda,
 quien dirima esta contienda
 el vicario de Sevilla....
Marta. No, señor.
Ricardo. Ya ves, los dos....
Marta. Ya veo....
Ricardo. La cosa es grave.
 Quíreme, y luégo... ¿Quién sabe...
 De ménos nos hizo Dios.
 (Me hace reir con su régia

seriedad.) Tierno y sumiso galán.... (Con esta es preciso usar de mucha estrategia.)

Marta. Usted me ha entendido mal. Humilde como mi estado, jamás yo hubiera aspirado á enlace tan desigual; y porque cese el empeño con que usted me ruega en vano, fuerza es decir que esta mano se guarda para otro dueño.

Ricardo. De véras? ¿Se atravesó algún rival poderoso?

Marta. No; que mi futuro esposo es tan pobre como yo.

Ricardo. ¿Con maneras señoriles también?

Marta. Sí.

Ricardo. Vaya por Dios!

Marta. Somos víctimas los dos de las discordias civiles.

Ricardo. Con tanto enemigo bando, hay casas, y de hombres buenos, que suelen venir á menos.... (Esto se va complicando.) Cuál es tu nombre? (Es divina.)

Marta. Marta.

Ricardo. Lindo nombre!

Marta. Qué!....

Ricardo. Menos hechicera fué *Marta la Romarantina.* Di, y el nombre de tu novio ¿cuál es?

Marta. (Le expongo á un fracaso si le nombro.) No hace al caso....

ESCENA IV.

D. RICARDO. MARTA. EL PORTERO.

Portero. Don Gines Perez Borobio.

Marta. (Cielos!)

Ricardo. Que pase adelante.

[*Marta recoge muy despacio lo que ha servido para el desayuno.*]

ESCENA V.

D. RICARDO. MARTA.

Ricardo. (¿Será aquel de Cartagena.... Sí, Perez Borobio.... Suena como á intendente cesante.)

ESCENA VI.

D. RICARDO. MARTA. D. GINES.

Gines. [Á la puerta del foro.]

Si usted me da su licencia....

Ricardo. [Saliendo á recibirle.]

Oh mi amigo don Gines!

Gines. Muy servidor y muy....

Ricardo. (Él es.)
Tengo una reminiscencia....)

[Dándole la mano.]

Adelante!

Gines. Reverencio....

Ricardo. Pronto una silla al señor!

[*Marta acerca una silla á la mesa.*]

Gines. Estoy bien. Tanto favor....

Ricardo. Ruego á usted....

[*Se sienta D. Gines en frente de don Ricardo, que vuelve á ocupar el sillón de despacho.*]

Gines. [En voz baja.] Marta!....

Marta. [Lo mismo.] Silencio!

Gines. Usted bueno?

Ricardo. Sí; hay salud.

Marta. (Quiera Dios que aquí no se arme...)

[*Dobla las servilletas.*]

Ricardo. Vendrá usted á recordarme aquella solicitud....

Gines. Perdone usted la molestia....

Ricardo. Por Dios!....

Gines. Mi mérito escaso....

Ricardo. No tal; por eso no paso.

Gines. (Qué afable está!)

Ricardo. (Qué modestia!)

Gines. Como usted me prometió....

Ricardo. Sí, y con palabras no ambiguas. Qué mucho? Nuestras antiguas relaciones....

Gines. (Cuáles?) Oh!....

En diversas ocasiones he venido, como es justo....

Ricardo. Siento....

Gines. Y no he tenido el gusto de ver á usted.

Ricardo. Mil perdones!

Tanto que hacer estos dias me dan una y otra empresa, que....

Gines. Ya sé.... Sobre la mesa hay cuatro tarjetas mías.

Ricardo. Sí.... Gines Perez....

Gines. Rendido servidor.... Una bicoca pido. Si usted me coloca....

Ricardo. No echaré á usted en olvido.

Gines. Tanta bondad me avasalla.
Mi conducta abonará
medio Sevilla. Ahí está,
sin ir más léjos, quien.....
Marta. [*En voz baja.*] Calla!
Ricardo. És ocioso entre los dos.
Voy á ver..... Si como creo,
no se ha provisto el empleo,
de usted será.
[*Impidiendo á D. Gines que se levante.*]
Vuelvo. Adios.
[*Vase por la puerta de la izquierda.*]

ESCENA VII.

MARTA. D. GINES.

Gines. Lo veo y aún no me atrevo
á creerlo. Qué llaneza!
qué amable! Tanta fineza
sin duda á ti te la debo.
Le habrás hablado por mí.....
Marta. Yo me guardaré muy bien
de hacerlo.
Gines. Pues ¿cómo.... ¿Quién...
Marta. El vestido habló por ti.
Gines. Qué quieres! Es menester
ponerse decente.....
Marta. Ya.
Gines. Me lo ha prestado el que va
de galan á Santander.
Ahora voy á hacer carrera.
Qué bondad en cada frase!
Ah Marta! Si me ajustase
de tercer galan siquiera.....
Pero es raro.... Yo temí
que me hablase con desden.
Marta. De qué te admiras? También
queria ajustarme á mí.
Gines. Á ti!
Marta. Idea estrafalaria!
Á colocarme se inclina.
Gines. Sí? De qué?
Marta. De bailarina.....
con honores de empresaria.
Gines. Qué oigo! Me escamo... Me aflijo....
Marta. Si le hablo yo con afan
te ajustará de galan,....
y de dama, si lo exijo.
Gines. ¿Es decir que te requiere
de amores el don Ricardo?
Marta. Cierto.
Gines. Hombre aleve y bastardo!
Marta. Por estos ojos se muere.
Gines. Y.... ¿le correspondest tú?
Marta. ¡Preferirle á mi Gines
aunque pusiera á mis piés
los tesoros del Perú!
Gines. Y sabe que nos amamos?

Marta. Ah! no. Si supiera tal
te hubiera echado al portal
rodando por esos tramos.
Gines. No importa; haré dimisión,
y aunque haga el camino á pié,
por esos mundos me iré
á ejercer mi profesion.
Marta. Por esos mundos! ¿Qué harás.....
No! Sigue aquí tu manía;
aunque algo mejor sería
abandonarla.
Gines. Jamás!
Grabado tengo en el alma
el instinto teatral
que ciñó lauro inmortal
á un Maiquez, á un Kemble, á un Talma.
La más bella de las artes.....
Marta. Oh qué fatal contumacia!
¿No sé yo que por desgracia
te silban en todas partes?
Gines. Siempre se mira con tedio
al que á la zaga se queda.
¿Qué quieres que me suceda
siendo parte de por medio?
Mas si la mano me dan,
tú verás cómo conquisto
fama y gloria..... Nunca he visto
silbar al primer galan.
Si Dios me abre otro camino
yo dejaré esta carrera,
pero en tanto.....
Marta. Suerte fiera!
Gines. Lucharé contra el destino.
Marta. Pues bien, acepta la plaza.....
Gines. Pero si ese hombre averigua
la tierna amistad antigua
que nuestras almas enlaza.....
Marta. No te dé cuidado ese hombre:
Me iré y, léjos de su hogar,
no se volverá á acordar
ni del santo de mi nombre.
[*Acabando de recoger los platos, jicaras, etc.*]
Pero ocultarle conviene.....
Gines. No temas. Lo que es por mí.....
Marta. Adios; no vuelva y aquí
nos encuentre.

[*Oyendo abrir la puerta de la izquierda.*]

Adios. Ya viene.

[*Vase por la puerta de la derecha.*]

ESCENA VIII.

D. RICARDO. D. GINES.

Ricardo. Dése usted por colocado.
Hay una plaza vacante
de primer representante.....

Gines. (Primer actor! Yo! ¡Un cuitado....)
Con admiracion lo escucho;
que, á la verdad, no soy digno....
Ricardo. Sí tal.
Gines. (Qué hombre tan benigno!)
Ricardo. El trabajo será mucho.
Gines. Ya supongo....
Ricardo. Las funciones....
Gines. Oh! tengo buena memoria,
soy amante de la gloria,
y por lo que hace á pulmones....
Ricardo. (Pobre hombre! Con la alegría
no sabe lo que se pesca.)
Gines. Me levanto con la fresca
y....

ESCENA IX.

D. RICARDO. D. GINES. EL PORTERO.

Portero. Don Dámaso Fonfría.*Ricardo.* [Á D. Gines.]

No desconozco su nombre,
aunque ahora no recuerdo....
Con tanto negocio pierdo
la memoria....

[Al Portero.]

Que éntre ese hombre.

ESCENA X.

D. RICARDO. D. GINES.

Gines. Siempre á mi deber asiduo,
procuraré....*Ricardo.* En eso estoy.

ESCENA XI.

D. RICARDO. D. GINES. D. DÁMASO.

[Algo chapado á la antigua, y pobremente res-
tido, llega D. Dámaso por la puerta de la iz-
quierda.]

Dámaso. Beso á usted la mano.

Ricardo. [Con indiferencia.] Soy
con usted. (Raro individuo!
Yo le he visto y no sé dónde.)

[Habla aparte con D. Gines.]

Dámaso. (¡Por vida de don Bermudo
el Gotoso!.... Le saludo,
y casi no me responde!)
Don Ricardo!.. (No hay aguante....)

Ricardo. Ya le he dicho á usted... (Qué necio!)
Dámaso. (¡Tratar con tanto desprecio
á un intendente cesante!)
Gines. Tan singular beneficio
quedará grabado aquí....

[Pone la mano en el pecho.]

Dámaso. (Pues no me trataba así
cuando estaba en ejercicio.)*Ricardo.* [Aparte con D. Gines.]

No hablemos más del asunto.
Voy á despachar ahora
á ese hombre que me encocora....

Gines. Volveré luego?*Ricardo.* [Dando la mano á D. Gines, que le
hace una profunda reverencia.]

Sí, al punto.

Adios, señor don Gines.

Gines. Soy de usted....*Ricardo.* Gracias...*Gines.* Repito....*Ricardo.* [Acompañándole hasta la puerta del
foro.]

Esta casa....

Gines. Oh! no permito....

Hasta luego.

Ricardo. Hasta despues.

ESCENA XII.

D. RICARDO. D. DÁMASO.

Ricardo. [Apoyándose con gravedad en la mesa
de despacho.]

Vamos, qué hay?

Dámaso. (Cómo me humilla!)
Siento molestar á usted....*Ricardo.* No....*Dámaso.* (¡Me recibe de pié
por no ofrecerme una silla!)*Ricardo.* Hable usted.*Dámaso.* (Esto va mal.)
Yo soy Dámaso Fonfría....*Ricardo.* Ya sé....*Dámaso.* Á recordar venía
aquella instancia....

Ricardo. Sí. Cuál?
Como tengo tanto cúmulo
de negocios y expedientes....

Dámaso. Ya veo....*Ricardo.* Los pretendientes
darán conmigo en el tñmulo.*Dámaso.* La pretension que yo traigo
es análoga al empleo
que he servido.*Ricardo.* Ya.*Dámaso.* Deseo
representar....*Ricardo.* Ah! ya caigo.

Excusado es que pregunte.....

Dámaso. Siempre laborioso y fiel.....

Ricardo. (¿Quién no reconoce en él á un cómico transeunte?)

Dámaso. Me recomendó.....

Ricardo. Ya sé.....

Será usted servido.

Dámaso. (Cómo!....

No esperé ni por asomo.....)

Tantas gracias.....

Ricardo. No hay de qué.

Dámaso. Yo debo.....

Ricardo. Es materia parva.

(Le daremos medio duro

y servirá en un apuro

para la cuerda de barba.)

Dámaso. ¿Conque usted.....

Ricardo. Sí, voto á Crispo!

Dámaso. Yo estimo tanta fineza.....

Ricardo. (Bien sentará en su cabeza

una mitra de arzobispo.)

Doy á usted mi enhorabuena.

Dámaso. Usted ya sabe quién soy.....

Ricardo. Sí.

Dámaso. Y aunque ha dias que estoy retirado de la escena.....

Ricardo. [Interrumpiéndole.]

Sí.

Dámaso. En volviendo al ejercicio (*) de.....

Ricardo. Sí; es claro...

Dámaso. Las funciones...

Ricardo. Sí.

Dámaso. Usted verá en mis acciones.....

Ricardo. Sí. (Qué pesado!)

Dámaso. El servicio.....

Ricardo. Sí, señor, sí. (Son crueles los cómicos de la legua.)

Dámaso. Por lo que.....

Ricardo. Sí. (No da tregua.)

Dámaso. Por lo que hace á los papeles.....

Mi experiencia.....

Ricardo. Sí, sí; cuento

con el desempeño exacto.....

Voy á mandar que en el acto

extiendan el documento.

Vuelva usted luego.....

Dámaso. Bien, bien.

[Retirándose con muchas cortesías.]

Beso.....

Ricardo. [Sin moverse.]

Abur.

Dámaso. (Qué original!)

Soy..... (¡Recibirme tan mal,

y luego....) Salud!

Ricardo. Amén!

ESCENA XIII.

D. RICARDO.

[Toca la campanilla.]

Es molesto por demas el buen hombre. Hum! me da grima. Por quitármele de encima.....

[Al Portero que llega.]

Llame usted á don Tomás. . .

[Entra el Portero en la habitacion de la izquierda.]

¡Qué pronto..... Á primera vista conocí yo de qué pié cojeaba.

ESCENA XIV.

D. RICARDO. D. TOMÁS.

Tomás. Mande usted.....

Ricardo. (Soy yo muy fisonomista.) Oh amigo! Venga usted acá. Acabo de conceder dos gracias, y es menester poner luego.....

Tomás. Usted dirá.

Ricardo. Con méritos muy legítimos el uno, porque interesa, representará á la empresa de los Seguros marítimos.

Tomás. En qué punto?

Ricardo. En Alicante.

Tomás. Con veinte mil reales?

Ricardo. Pues.

Tomás. Su nombre?

Ricardo. Voy.....

[Tomando de la mesa una tarjeta y leyéndola.]

Don Gines

Perez Borobio.

Tomás. [Toma la tarjeta.]

Adelante.

Ricardo. Ascenderá á veinticuatro más tarde si arrima el hombro.

Tomás. Y al otro?

Ricardo. Al otro le nombro racionista del teatro.

Tomás. Sueldo?

Ricardo. Diez reales al día.

Tomás. El nombre del pretendiente?

Ricardo. Oh! ese lo tengo presente.

(*) Es bastante comun entre actores el llamar ellos mismos ejercicio á su profesion.

Es don Dámaso Fonfría.

[*D. Tomás lo apunta.*]

Tomás. Voy....

Ricardo. No. Ahora queda franco el despacho. Aquí...

Tomás. Si hay prisa...

[*Se sienta á la mesa.*]

Ricardo. Ahí están sobre la mesa las escrituras en blanco.

Tomás. Hay más?

Ricardo. Hoy no. (Qué bonita!

Tan bonita como ingrata.)

Voy á quitarme esta bata

y á ponerme una levita.

Vuelvo á firmar al momento.

Extienda usted con premura

para el uno la escritura,

para el otro el nombramiento.

[*Vase por la puerta de la derecha.*]

ESCENA XV.

D. TOMÁS.

Escribamos sin retardo;
primero, la credencial
en estilo comercial....

ESCENA XVI.

D. TOMÁS. D. GINES.

Gines. No está el señor don Ricardo?

Tomás. [*Escribiendo.*]

No.

Gines. Me ha dicho que viniera....

Yo soy el sujeto á quien....

Tomás. Siéntese usted....

Gines. Estoy bien.

Tomás. [*Escribiendo.*]

«Veinte mil».... Como usted quiera.

Gines. (Estudiaré con empeño,
por lo mucho que conviene
el papel con que me estrene.
Saldré con *La vida es sueño*.
Pues toda mi gloria fundo
en este primer trabajo,
ensayaré por lo bajo
el papel de *Segismundo*.)

[*Representando á media voz con ademanes exagerados.*]

«Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratais así,

qué delito cometí
contra vosotros naciendo.»
Tomás. Algun moscon anda aquí
zumbando....

Gines. Soy yo, que estudio...

Tomás. Ah! sí; ya entiendo...

Gines. Un preludeo...

Tomás. Ya. (Este es don Dámaso; sí.)

Gines. «Bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor
porque el delito mayor
del hombre es haber nacido.»

Tomás. (Qué ademanos! Es atroz.)

Gines. «Sólo quisiera saber»....

Tomás. Eh! no me voy á entender
si no baja usted la voz.

Gines. Bien. Ya entre dientes recito....

[*Con voz más apagada.*]

«Para apurar mis desvelos,
dejando á una parte, cielos,
el delito....

[*Corrigiéndose y dando más énfasis á la palabra.*]

No. «El delito....»

[*Continúa su relacion con voz que no deja percibir las palabras, pero gesticulando con vehemencia.*]

Tomás. (Como de una cueva oscura
sale la voz del menguado.

[*Despues de una breve pausa y sin cesar el murmullo de D. Gines.*]

Ya aquel está despachado.
Ahora á estotro la escritura.

[*Despues de escribir algunos renglones.*]

Diez reales de emolumentos....

[*Vuelve á escribir.*]

No tendrá nunca camisa.

[*Escribiendo.*]

«Con obligacion precisa
de hacer acompañamientos.»

[*Sigue escribiendo.*]

Gines. (Bravo! Aquí voy á lucirme.
Mi imaginacion se exalta....)

[*Sigue recitando entre dientes.*]

Tomás. (Ya está todo. Sólo falta
que don Ricardo lo firme.)

Gines. «Nace el bruto, y con la piel....»

[*Viendo llegar á D. Ricardo vuelve á apagar la voz.*]

ESCENA XVII.

D. TOMÁS. D. GINES. D. RICARDO.

Ricardo. [Vestido para salir.]

¿Están corrientes.....

Tomás. Ya están.

Me voy?

Ricardo. Sí.

[Se sienta para firmar.]

Tomás. [Bajo á D. Gines al pasar.]

Bravo galan!

Gines. Gracias.....

ESCENA XVIII.

D. RICARDO. D. GINES.

Gines. [Representando en voz baja.]«.....al docto pincel,
cuando...»*Ricardo.* Firmemos.

[Viendo á D. Gines.]

¿Quién reza...

Ah!.... es usted.....

[Don Gines le hace una salutación
muda y vuelve á su estudio.]

Voy al momento.

[Firmando los dos papeles que ha es-
crito D. Tomás.](Cuál gesticula! El contento
le hará perder la cabeza.)[Se levanta y entrega á D. Gines uno
de los dos papeles que ha firmado.]

Tome usted.

Gines. ¡Tanta bondad.....*Ricardo.* Bagatela![Vuelve á la mesa y toca la cam-
panilla.]*Gines.* (Esto lo pinto:

[Recitando como ántes.]

«¡Y yo con mejor instinto
tengo menos libertad!»)*Ricardo.* Se siente usted malo?*Gines.* ¿Quién?

Yo!

ESCENA XIX.

D. RICARDO. D. GINES. EL PORTERO.

Ricardo. Si vuelve por aquí
aquel don Dámaso.....*Portero.* Sí.*Ricardo.* [Dándole otro papel.]

Déle usted esto.

Portero. Muy bien.

ESCENA XX.

D. RICARDO. D. GINES.

Ricardo. Le irá á usted bien en los muros
de la plaza de Alicante.*Gines.* Cómo!....*Ricardo.* No hay otra vacante
en la empresa de Seguros.*Gines.* Qué oigo! ¿De Seguros!....*Ricardo.* Pues;
contra naufragios.*Gines.* Si yo.....

Leamos.

[Lee para sí el papel.]

Ricardo. [Tomando un cigarro y tirando del
cordon de otra campanilla.](¿Ya le picó
otra mosca á don Gines?)

ESCENA XXI.

D. RICARDO. D. GINES. MARTA.

[Marta llega por la puerta de la derecha.]

Gines. Qué veo! ¡Representante
de la empresa de Seguros,
con el sueldo de....

Mil duros.

Ricardo. (Oh!..)*Marta.* Á mí!*Gines.* Sí.

[Á Marta.]

Lumbre.

Marta. Al instante.

ESCENA XXII.

D. RICARDO. D. GINES.

Ricardo. Qué!.. ¿tendrá usted por oprobio....*Gines.* Al contrario; pero....*Ricardo.* ¿Qué hombre!

¿No es usted.....

Gines. [Mirando el documento.]

Sí, este es mi nombre.

Ricardo. Don.....*Gines.* } Gines Perez Borobio.
Ricardo. }

ESCENA XXIII.

D. RICARDO. D. GINES. MARTA.

Marta. [*Con lumbre en una chufleta.*]

La lumbre.

Gines. Tan alto don
me favorece en extremo;
pero aquí ha habido, lo temo,
alguna equivocacion.
Usted, con tal batahola,
quizá méritos ajenos
me cuelga, y trueca los frenos....

Ricardo. Yo!..

Marta. [*En voz baja y rápidamente.*]

Calla y rueda la bola!

Ricardo. Estoy soñando ó despierto?
Pero usted...., pese á mi raza!....
¿no pretendia una plaza
de representante....

Gines. Cierto.

Representar....

Ricardo. Yo me aburro.

Gines. Era mi único deseo;
mas....Marta. [*En voz baja.*]

Calla!

Gines. En el coliseo....

Ricardo. Ah! Ya caigo de mi burro.
¿Conque usted.... (confuso estoy!)
es cómico....

Gines. Sí, ambulante.

Ricardo. Yo le hacía á usted cesante....

Gines. Y con efecto, lo soy.

Ricardo. Ya, sí.

Gines. Estamos en cuaresma!

Ricardo. (¡Voto á....)

Gines. Con Guzman el Bueno
hice ha dos años mi estreno
en los baños de Ledesma.

Ricardo. [*Á Marta encendiendo el cigarro.*]

Al verle tan elegante
y pulcro como un querube,
pecador de mí! le tuve
por intendente cesante.

[*Deja Marta la chufleta sobre la mesa,
y para no marcharse recoge papeles
del suelo y arregla los muebles.*]

Gines. Quizá serviría yo,
aunque humilde es hoy mi esfera,
tan bien como otro cualquiera
el cargo que usted me dió;
que un día cursé, y no á medias,
en Alcalá, prez de España,
y aquí hay para todo mañana....

Marta. (Méenos para hacer comedias.)

Gines. Mas de un error, ó un descuido
no abusa el hombre leal.
Rompa usted su credencial
y es asunto concluido.

Ricardo. (¡Y el otro que apareció
con aquel triste pelaje
será acaso un personaje....
Bueno ha estado el *quid pro quo!*
Y es mucho que me equivoque?
¿Es cosa de chirinola
con una cabeza sola
ser empresario *in utroque?*)

Marta. (Malo!)

Gines. (Está de mal talante!)

Tome usted su....

Ricardo. No lo tomo.

Quod scripsi scripsi.

Gines. Cómo!

Marta. (Qué oigo!)

Ricardo. Irá usted á Alicante.

Gines. Con los veinte mil del pico?

Ricardo. Ya lo he firmado, y jamás
se vuelve Ricardo atras.

Gines. Mil gracias, pero.... suplico....

Tengo corazon de artista

y sólo en las tablas veo....

Ricardo. ¿Prefiere usted á ese empleo
la plaza de *racionista?*

Si eso hace usted, le excomulgo.

Gines. Me echó encima el Guadarrama!
*Racionista!*Ricardo. Lo que llama
parte de por medio el vulgo.

Gines. Ya lo sé; mas yo creia....

Ricardo. Ese es el empleo pingüe
que he dado en un *lâpsus lingue*
á don Dámaso Fonfría.

¿Á ver si usted le disputa
la prebenda y es tan necio
que, por hacerme un desprécio,
solicita la permuta!

Marta. Oh! no será tan inepto....

Ricardo. Si es tanto su fanatismo
iré á silbarle yo mismo.

Gines. No, señor! Acepto, acepto!
Si no logro los sufragios
del pueblo....

Ricardo. No, por mi fe,

Gines. Prefiero la empresa de....

Ricardo. Seguros contra naufragios.

Gines. Y excusaré á mis oídos
aquel crudo guirigay....Ricardo. Hace usted muy bien, que no hay
seguros contra silbidos.Marta. [*Le abraza.*]

Ah Gines mio!

Ricardo. Qué es esto?

Le abraza!

Gines. ¿Qué haces, mujer!

Marta. No he podido contener
mi gozo.

Ricardo. (Malo me he puesto!)

Marta. Es mi novio!

Ricardo. ¡Cosa rara....

No pensé que este galán....
(¡Por vida.... Hemos hecho un pan
como unas hostias. Me ahorcara!)

Marta. Señor!...

Ricardo. Quita! Voto á briós!....

Como cuatro y dos son seis
para engañarme os habeis
puesto de acuerdo los dos.

Gines. Perdone usted. Yo....

Ricardo. (Qué afrenta!)

Gines. Yo no pude prevenirla....

Marta. Yo....

Ricardo. (¡Después que me la birla
le doy mil duros de renta!)

No irá usted á ese destino.

Gines. Si ella me ama, estoy contento.

Marta. Usté ha dicho....

Ricardo. Me arrepiento.

Marta. Usté ha hecho....

Ricardo. Un desatino.

Marta. Peor para usted.

Ricardo. Peor?

Marta. Pues, ya que en vano porfía,
no salva usted su hidalguía
cuando naufraga su amor.
¡Qué figura tan airosa
hará usted entre la gente
cuando se sepa y comente
esta anécdota curiosa!

Ricardo. ¿Qué dices!.... (¡Sería chanza
pesada....)

Marta. Sea usted franco:
¿qué causa nos hace el blanco
de ruin é injusta venganza?
Ni él ha mentido ni yo.
Cúlpele usted á sí mismo,
que es autor del embolismo,
si le escuece el *quid pro quo*.

Ricardo. Sí. ¡Voto al Apocalípsi....

Marta. Rompa usted su firma bella
si ya se retracta de ella.

Ricardo. No, no! *Quod scripsi scripsi*.

Marta. Ah! Mi eterna gratitud....

Ricardo. Abrazáos....

[Lo hacen.]

Gines. Oh placer!

Ricardo. Casáos. (Esto es hacer
de necesidad virtud.)

Portero. [Dentro.]

Aguárdese usted!

Dámaso. [Dentro.] No aguardo!
Esto es darme un par de coces.

[Aparecen en la puerta del foro don
Dámaso pugnando por entrar y el
Portero deteniéndole.]

ESCENA XXIV.

D. RICARDO. D. GINES. MARTA. D. DÁMASO.
EL PORTERO.

Portero. Señor!....

Ricardo. ¿Qué ruido...

Marta. ¿Qué voces...

Ricardo. Don Dámaso!....

Dámaso. [Furioso.] Don Ricardo!....

Portero. Ha forzado la consigna....

Ricardo. Déjele usted.

ESCENA XXV.

D. RICARDO. D. GINES. MARTA. D. DÁMASO.

Ricardo. (Ahora es ella!)

Dámaso. Así á un hombre se atropella?
Se ha visto aceion más indigna?

Ricardo. Oiga usted....

Dámaso. Inicua farsa!
Usted me escarnece.

Ricardo. No.

Dámaso. Usted me ha insultado. ¡Yo
racionista, yo comparsa!
Un intendente cesante!

Ricardo. (No lo dije?)

Dámaso. ¡Un funcionario
de mi clase!.... ¡Un secretario
de Su Majestad reinante!

Ricardo. Perdone usted.... No sabía....

Dámaso. Sí, señor, con ejercicio!,
y treinta años de servicio,
y la cruz....

Ricardo. Perdone usía.

Dámaso. Hum!....

Ricardo. El nombre se cambió
al extender la escritura.
Como el tiempo nos apura....
Rómpala usted.

Dámaso. [Hace pedazos la escritura.]

No que no!
Pero la enmienda es sencilla.
Si hubo algun error....

Marta. Doy fe.

Dámaso. Y usted no quiere que dé
un escándalo en Sevilla....

Ricardo. No!

Dámaso. Seré representante;
no en el coliseo; allá....

Ricardo. Lo siento mucho; mas ya
se ha provisto la vacante.

Dámaso. ¿Qué escucho! En quién?

Marta. En mi novio,
que puso piés en pared....

Dámaso. Cómo es su gracia de usted?

Marta. Don Gines Perez Borobio.

Dámaso. Su nombre no está en la *Guía*.

Gines. Convengo.
Dámaso. Este es un abuso.
Ricardo. Pero....
Dámaso. Apuesto á que el intruso
no goza de cesantía.
Marta. No. Era actor....
Dámaso. Cielos! Yo rabio.
Suplantarme á mí un....
Marta. Cachaza!
Usted le usurpó su plaza....
y era justo el desagravio.
Dámaso. Usurpar! Pues ¡es brillante
destino....
Ricardo. No haya alboroto.
Quod scripsi scripsi.
Dámaso. ¡Voto....
Ricardo. Veremos más adelante....
Dámaso. Ya se apura mi paciencia.
Aquí se está haciendo mofa
de mí, y hombres de mi estofa....
Ricardo. Yo juzgué por la apariencia;
no crea usted que le embromo;
pero ¿quién imaginara....
Como tiene usted esa cara
tan.... inverosímil....
Dámaso. Cómo!....
Desde la barba á la frente
¿no es esta cara.... la mía?
La de Dámaso Fonfría?
Ricardo. Sí, pero.... no es de intendente.
Dámaso. No es de intendente? Qué insulto!
¡Fuego de Dios... ¡ Ira...
Marta. Es chanza.
Dámaso. Llorará usted mi venganza.
Yo sabré buscarle el bulto.
Ricardo. Oiga! ¿Un desafío....
Dámaso. No,
mas desfogaré mi inmensa
saña en la calle, en la prensa,
en....

ESCENA ÚLTIMA.

D. RICARDO. MARTA. D. GINES. D. DÁMASO.
DOÑA LIBORIA.

Liboria. Qué es esto?
Gines. Un *quid pro quo*.
Dámaso. Aquí dejaré memoria.
Más daño haré que la peste....
Liboria. Cielos, qué veo! ¿No es este
Dámaso....
Dámaso. Calle!.... Liboria!
Liboria. Intendente....
Dámaso. Es cosa clara:
hace veinte años y un mes.
[*Á D. Ricardo.*]
Diga usted ahora que es
inverosímil mi cara.
Ricardo. (Qué idea!....) Tú le conoces?

Liboria. Mucho.
Dámaso. (Ya está hecha un vestiglo.)
Liboria. Hace ya un cuarto de siglo.
Los años corren veloces!
[*Aparte con D. Ricardo.*]
Con fin cristiano y honesto
hizo la corte á tu hermana....
Ricardo. ¿Qué dices!
Liboria. Siendo en la Aduana
oficial décimosesto.
Ricardo. [*Á D. Dámaso.*]
Tiene usted familia?
Dámaso. No.
Soltero soy como un hongo.
Liboria. (Aun me ama!)
Ricardo. (Así no me expongo
á hacer otro *quid pro quo*.)
Marta. [*Aparte á D. Gines.*]
Qué saldrá de este enredijo?
Ricardo. ¿Quiere usted que le indemnice
del agravio que le hice?
Dámaso. Pues ¿no he de querer? Lo exijo.
Ricardo. ¿No hallará usted más ventaja
que en la empresa de Seguros
en tomar treinta mil duros
limpios de polvo y de paja?
Dámaso. Sí. La ventaja es notoria.
Dependiente de una empresa
no es lo mismo que....
Ricardo. Pues esa
es la dote de Liboria.
[*Pasa á hablar en secreto con doña
Liboria mientras D. Dámaso reflexio-
na sobre lo que acaba de oír.*]
Qué te parece el Fonfría?
No hariais mala pareja.
Menguada suerte le aqueja,
pero ¡tiene señoría!
Liboria. Yo no sé qué te conteste.
Ricardo. [*Pasando al lado de D. Dámaso.*]
Usted la amó un dia....
Dámaso. Ya;
pero de entónces acá....
Marta. [*Aparte con D. Gines.*]
Qué tejemaneje es este?
Gines. Á mí cuidados ajenos....
Ricardo. Decidete por san Pablo.
Dámaso. (Es atroz; pero, qué diablo!
los duelos con pan son ménos.)
Ricardo. Mira que si no le cazas,
sabe Dios!....
Liboria. Sí, pero, hermano,
¿cómo le daré mi mano
si ya le di calabazas?
Ricardo. [*Toma la mano de su hermana.*]
Yo se la daré por ti.

Venga esa mano, intendente.

[Se acerca D. Dámaso y da la mano á D. Ricardo.]

La puedo endosar?

Dámaso. Corriente.

Ricardo. [Tomando las manos de D. Dámaso y doña Liboria.]

Aceptas?

Liboria. Sí.

Ricardo. Y usted?

Dámaso. [Reprimiendo un suspiro.]

Sí.

Gines. Calle! Otra boda!

Marta. Qué gozo!

Señorita, yo tambien me caso.

Liboria. Tú?

Marta. Sí.

Liboria. Con quién?

Gines. Conmigo.

Liboria. (Gallardo mozo!) Y ¿quién te proporcionó....

Marta. Dios, que por causas ocultas quiso.... Estas son las resultas de un dichoso *quid pro quo*.

Ricardo. (Aunque víctima soy yo del que tal moza me quita, por salir de esa maldita me alegro del *quid pro quo*.)

Dámaso. (Racionista del teatro, me hubieran silbado, y bien: siendo casado, tambien

me silbarán más de cuatro; pero, aunque el diablo ordenó que dé mi mano á una vieja, el *cumquibus* me aconseja celebrar el *quid pro quo*.)

Liboria. (El más rancio me tocó!

Aunque con él me consuelo, si fuera al reves, ¡ay cielo, qué gloria de *quid pro quo*!)

Ricardo. Ahora quiero que se cante, que se ria, que se coma, y haya fiesta, y baile, y broma....

[Á D. Gines.]

Luégo irá usted á Alicante.

Suspendamos....

Marta. [Aparte y rápidamente á D. Gines.]

Di que no.

Ricardo. Por ahora otros asuntos, y aquí celebremos juntos el dichoso *quid pro quo*.

Gines. No.

Ricardo. Cómo!....

Gines. De ningun modo: me ha hecho usted un beneficio, y emplearme en su servicio es lo primero de todo. Hoy mismo nos vamos....

Ricardo. Oh!....

Gines. Esto importa á mi sosiego. ¡No tengamos aquí luégo....

Ricardo. Qué?

Gines. Nada.... Otro *quid pro quo*!



LA HIPOCRESÍA DEL VICIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro del Principe el dia 15 de Octubre de 1859 (*).

PERSONAS.

FELISA.	D. TORCUATO.
INES.	BENITO.
DOÑA LUPA.	D. MAURICIO.
DOÑA HIGINIA.	D. GINES.
DOÑA POLICARPA.	D. FABIAN.
D. MIGUEL.	FERMIN.

CRIADOS, JUGADORES Y MÁSCARAS DE AMBOS SEXOS.

ACTO PRIMERO.

Sala en una casa de campo inmediata á Madrid. En el foro la puerta principal, dejando ver un pasillo que guia á las habitaciones interiores y á la escalera: en los bastidores de la derecha otra puerta: en los de la izquierda un balcon: muebles elegantes, entre ellos una mesa de bufete con cajones, y sobre ella escribanía, papeles y libros desordenados.

ESCENA I.

D. MIGUEL. BENITO.

Miguel. Sí, libro nuevo. Hasta ahora no he vivido; he vegetado. Desde que me trajo á España cuando aún era yo muchacho mi tío don Claudio Perez—háyle Dios perdonado—¿qué pito he tocado yo en este mundo? ¡Cinco años sujeto á la disciplina

de un colegio, y otros tantos cursando leyes y cánones.... que ya se me han olvidado! Sin más distraccion que oir en paseos solitarios los sempiternos sermones del tío, que esté en descanso, y á la noche ir de tertulia en casa de don Crisanto Peñaredonda, oidor de Manila jubilado....

Benito. Tertulia? Eh! si habia faldas....
Miguel. Sí, tres viejas y un vicario.

(*) En el prólogo con que el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch encabezó la coleccion de mis obras dramáticas dada á la estampa por la Imprenta Nacional en 1850, se lee un catalogo de ellas, y se hace mencion, como inédita, de la intitulada *La hipocresía del vicio*. La nota con que en aquella edicion hice saber algunas noticias referentes á la que leva por título *¿Quién es ella?* contenia este parrafito: «El autor de *¿Quién es ella?* tenia además motivos particulares en aquellas circunstancias, y aún ántes, para desear que siquiera una produccion suya se juzgase por lo poco ó mucho

Benito. Gran dicha fué para usted que se fuese al otro barrio.
Miguel. Para los dos fué la dicha; que él era muy buen cristiano y de fijo está en el cielo como san Pedro y san Pablo.
Benito. Y usted quedó con su muerte tan libre como los pájaros.
Miguel. Y único heredero suyo.
Benito. Buena renta y saneada?
Miguel. Regular: seis mil ducados.
Benito. Sopla!
Miguel. La mitad en fincas, tres mil duros en metálico, y lo restante en acciones del banco de San Fernando.
Benito. Y apenas cumplido el luto, sacó usted los piés del plato. Caballos, carruaje, abono en el Circo..... ¡Es mucho garbo el de usted! Y luégo el viaje á París, á Roma, al Cairo.....

Miguel. Con lo cual he dado fin á las acciones del banco, al cortijo de Lucena, á la dehesa de Mártos.....; y aún esta quinta.....
Benito. Qué! ¿ya no es usted su propietario?
Miguel. Sí tal; pero.....
Benito. Siete meses hace que leal la guardo para mi dueño y padrino, desde que su blanca mano me otorgó la bella Ines dando usted su beneplácito; usted, mi ángel tutelar, que de gorrón me hizo fámulo, y de fámulo.....
Miguel. No hablemos de eso, Benito. Si hice algo por ti y por esa muchacha, lo mereciais entrambos, y espero que no sereis á mi proteccion ingratos.

que intrínsecamente valiera, y sin preocupacion alguna favorable ó adversa respecto del individuo, ni de su escuela, ni de sus antecedentes.» Al fin de la propia obra decia yo lo siguiente: «Aquí da punto el autor á la coleccion de sus obras dramáticas. Si Dios le da vida, salud y humor, podrá ampliarla más adelante con las nuevas composiciones que tiene principiadas ó en proyecto; y acaso entónces verá la luz pública alguna que ahora suprime por razones y circunstancias particulares que así se lo aconsejan.»

Sentados estos preliminares, bien se deja ver que habrian de ser explicados algun dia, so pena de que sobre las reticencias que envuelven, el público amante de la lectura hiciera indefinidamente juicios más ó menos erróneos y aventurados. El insigne poeta D. José de Zorrilla, sin consultar al autor, y llevado sólo de su amistad y compañerismo, fué el primero en hacer público aquel misterio que el interesado, y otros que no podian ignorarlo, prudentemente callaban. Poco despues del suceso á que se referia, dijo Zorrilla bajo su firma, y con su genial desenfado, en un periódico (no recuerdo cuál), que una junta á cuya censura se sometió *La hipocresía del vicio*, comedia de Don Manuel Breton de los Herreros, habia negado el *csequantur* que se necesitaba para ponerla en escena; mostróse admirado, y aún algo más, de que tal fallo se hubiese fulminado contra ella, y á vuelta de encomios que ni entónces creyó ni ahora cree merecer el vate desahuciado, afirmó ser de aquellos á quienes no se puede negar el derecho de ser juzgados por el público. Con semejante revelacion desaparecieron muchas de las razones que me imponian resignacion y silencio; pero sólo de una manera que á mí y al público satisficiese lo podia ya romper; esto es, con el mismo texto del drama reprobado. Ahora bien, solicitar su representacion, con el riesgo de un nuevo desaire, no cumplia á mi decoro; imprimirlo con notas y explicaciones ó sin ellas, era triste cosa no habiendo de representarse; y siempre á los que estimasen justa su prohibicion quedaba el asidero de considerarle peligroso en la escena por un concepto ó por otro, aunque dotado de algun mérito que recomendase su lectura. Guardé pues mi manuscrito para más oportuna ocasion, si es que algun dia habia de tenerla, aunque comunicado colectiva é individualmente á muchas personas con harta suficiencia para juzgarle; ya que no todas, aunque sí la mayor parte elogiaron la obra, al ménos no hubo una sola que franca y lealmente me dijese: «en esto ó estotro flaquea, claudica ó delinque,» ora bajo el aspecto literario, ora con relacion á la moral, ó bien con respecto á las conveniencias teatrales. El reciente anatema llovía sobre mojado, como vulgarmente se dice, porque ántes que la junta aludida por Zorrilla, la habia desdenado una empresa teatral, primera negativa, que acaso pudo influir en la segunda; y estas mismas negativas parecia como que debian animar á ser ingenuas conmigo á las personas inteligentes que, no ignorándolas, y creyéndolas quizá más ó ménos merecidas, fueron consultadas por mí y requeridas á que sin rebozo me expusieran su opinion sobre la asenderada comedia. Su mala estrella entónces, ó más bien la mía, me desalentó bastante. Llegué á recelar si, con efecto, habria yo cometido en ella algun pecado que, por gordo y nefando, ni para concederlo osaban poner en boca amigos ó enemigos pudibundos y timoratos; llegué tambien á sospechar si me habria sucedido á mí lo que á aquel herrero que, machacando, machacando, olvidó el oficio.

Con todo, no sentia yo postradas mis fuerzas físicas é intelectuales hasta el punto de haberlo de dar á mis tareas favoritas, y, poco amigo de holgar, no podia avenirme á ocupar mis ocios en cualquier trabajo manual; en hacer, por ejemplo, jaulas para grillos. Resolví pues continuar siendo aquello á que más inclinacion habia tenido desde mi adolescencia y para lo cual me conceptuaba ménos inepto, poeta dramático; pero no pudiendo ya dudar de que estaba yo luchando sin defensa contra prevenciones poco benévolas, y acaso contra malquerencias declaradas, probé fortuna remitiendo anónima para su estreno en el *Teatro Español* mi ya citada comedia *¿Quién es ella?* He aquí explicado el busilis del párrafo un tanto sibiltico que, copiado de la nota con que la incluí en dicha coleccion, he transcrito al principiar este relato. Fué concausa, y la más determinante, de aquel cauteloso sigilo el desden con que fué tratada *La hipocresía del vicio*. El otro párrafo, relativo á la no publicacion por entónces de la obra rechazada, queda ya suficientemente motivado. Si de mi inocente estratagema salió airoso y si á ella debí consuelos y desagavios que excedian á mis esperanzas, díganlo por mí la extraordinaria concurrencia á aquel espectáculo en muchas representaciones consecutivas, la boga que pronto adquirió en todos los teatros de la Península, sus dominios de Ultramar y los de todas las Américas que fueron españolas. Y aún me reservaba la Providencia otra satisfaccion más grande y más directa... Pero no alteremos el orden cronológico de estos apuntes.

Probado ya que aún no era tiempo de retirarme al cuartel de inválidos, proseguí escribiendo para el teatro, si bien no con tanta frecuencia como anteriormente, y no volví á cometer la crueldad de abandonar en el torno á mis hijas.

Entre tanto yacia nonata en un cajon de mi escritorio la malaventurada *Hipocresía* hasta que, á fines de 1856, mediando mi buen amigo el Excmo. Sr. D. Eugenio de Ochoa, y sin tomar yo para ello la iniciativa, se imprimió en el

Benito. Señor, por usted iría
á Compostela descalzo;
por usted.....

Miguel. Basta. Ya sé
que eres fiel.....

Benito. Como un alano.
Y ahora sin que usted me diga
con qué fin se ha trasladado
á esta quinta deliciosa,
yo creo ya adivinarlo.

Miguel. Sí? dime.....

Benito. Usted, por lo visto,
está ya medio arruinado,
y se propone llevar
con los restos del naufragio
una vida filosófica,
frugal, campestre.....

Miguel. Al contrario.
Antes de los cinco lustros
¿quieres que me haga ermitaño?
Aun me queda de la herencia
para vivir con el fausto
de un príncipe algunos meses.....

Benito. Ya; y si sigue usted cobrando
los mil duritos anuales
que en buenas letras de cambio
libraba desde Manila
aquel señor don Torcuato.....

Miguel. Oh! sí. Ayer cobré el trimestre
que cumplirá en fin de Marzo;
y eso que bien hará ya
nueve....., no, diez meses largos
que no le escribo. ¡Excelente
sujeto, digno del mármol
y el bronce! Nunca le he visto,
que, á fuer de marino y bravo,
pasaba la vida á bordo
y su delicia era el charco.
A poco de yo venirme
á Europa murió en Macao
mi pobre padre: él le amaba
como si fuese un hermano,
y sin ligarle conmigo
otro deber ni otros lazos
que su amistad generosa.....
Te confieso que la pago

Correo de Ultramar, acreditado periódico español que se publica en París, y poco despues se reimprimió en varios números consecutivos de *La Moda*, semanario de Cádiz, cuyo editor me pidió y obtuvo el correspondiente permiso. Aunque estas publicaciones no podían, sin la prueba en el tablado, satisfacer del todo mis deseos; como indefinidamente se difería su entero cumplimiento, ni resistí al de ver tipografiada mi infausta producción, ya que esto no había de costarme dinero, y ántes mi aquiescencia fué decentemente remunerada; ni, por otra parte, creí llegado todavía el caso de decir algo de la peregrina historia que ahora estoy contando.

Pasaron otros dos años, y teniendo parte muy principal en la empresa del malhadado teatro de *Novedades* dos parientes míos muy cercanos, me pidieron, como era natural, mi apoyo, y procuré dárselo poniendo á su disposición todo mi repertorio conocido, y además el estreno de una comedia que fué muy bien recibida. Me decidí luego á darles también *La hipocresía del vicio*, suponiendo que ya nadie se acordaría de los entredichos, que en más de una aduana había sufrido; no sin alguna dificultad, hija sin duda de ingratas reminiscencias, se llegaron á repartir los papeles; pero ántes de ponerse en estudio, sucedió á varias crisis de la empresa una más grave, que paralizó sus laudables esfuerzos, y sólo por breve espacio le permitió prolongar su trabajosa existencia.

Ya desesperé yo, en vista de tantos contratiempos, de que jamás llegase á ser viable la criatura; pero ¡cuál fué mi sorpresa cuando al año siguiente (1859), encargado de la dirección del teatro del *Príncipe* el primer actor D. Manuel Catalina, que ya conocía la comedia en cuestión, y una parte de sus tristes etapas, se me presentó solicitando que le autorizase para ponerla en escena! Con la lealtad de mi carácter nunca desmentida, y resistiendo, aunque agradeciendo en el alma sus instancias, le referí los incidentes de tan prolijo embarazo que él ya sabía y algunos que ignoraba; pero lleno de fe en el arte que con aplauso general cultiva, de deferencia á mí y de confianza en el éxito del drama, insistió en su empeño, y yo que, á pesar de tantos desvíos, nunca llegué á penetrarme de que *La hipocresía del vicio* fuese un abominable engendro literario, me dejé vencer de sus ruegos, y más que de ellos tal vez de mi amor de padre.

Pocos días despues, el 15 de Octubre de 1859, recibida con cariño, estudiada con ardor, ensayada con esmero, desempeñada con celo é inteligencia por todos los actores, se representó por primera vez la comedia á los once años de escrita y á los treinta y cinco de haberse dado á conocer el autor con la primera de las suyas, *A la vejez viruelas*. El parto tan esperado, ó, por mejor decir, tan desesperado, vino derecho, y mi triunfo (permítaseme gloriarme de él despues de tantos sinsabores) fué cumplido y solemne. A los aplausos con que el numeroso público una y otra noche me favorecía y alentaba se unieron los elogios de que la prensa periódica de todos los colores y partidos, con raras excepciones, tuvo á bien colmarme; aplausos y elogios (con convicción lo digo) superiores al mérito de la pieza; y es que algo de sus merecimientos no merecidos hubo de transpirar primero y cundir despues, contribuyendo esto á que obtuviesen la obra y el escritor tan lisonjera acogida.

Y todavía, resarcido de mis pasadas amarguras con tan grata ovacion, al imprimir de mi cuenta la comedia no quise, por consideraciones que otros en iguales circunstancias no hubieran guardado, publicar lo ocurrido con ella, ni decir siquiera que aquella edición era ya la tercera de un drama desaprobado por más de un veto: me limité á dedicarle sencilla pero afectuosamente al por todos conceptos simpático y recomendable actor D. Manuel Catalina, que, padrino de un muerto, como otros lo son de los recién nacidos, obró, Dios se lo premie, la resurrección de una especie de *Lázaro dramático* nominado *La hipocresía del vicio*.

No bastó, sin embargo, mi ejemplar moderación para que, imitándola alguno que otro individuo malévoló y recalci-trante, dejase de hacer en los corrillos versiones ménos verdícas que la mía sobre los trámites y sustancia de este expediente que, con ser tan larga, no hace más que extrañar esta nota, siendo una de las falsedades que se pretendieron esparcir, visto el éxito de la comedia, que no la había yo presentado tal como fué concebida y escrita en 1848, sino muy refundida y alterada. No! Excepto alguna muy somera corrección de tal cual verso ó vocablo (¿y quién está tan pagado de sí mismo que no lime un poco sus escritos siempre que con tiempo pueda hacerlo?), intacta se ha representado la comedia en el propósito moral, en la trama, en los lances, en las pasiones, en los caracteres; en todo. Fácil me sería el probarlo, si con legítimo orgullo no me creyera dispensado de ello, á fuer de hombre de honor y de verdad. Sabedor de semejantes habillitas cuando la obra ya se había impreso en Madrid, me propuse para más adelante desmentirlas y hacer constar (porque en verdad curioso es y campo da para más de una reflexión, aunque yo me abstengo de ellas) todo lo acontecido con la comedia en tres actos y en verso, original de D. Manuel Breton de los Herreros, titulada *La hipocresía del vicio*. Hoy lo verifico sin saña, sin soberbia, sin mentar otros nombres propios que los de mis favorecedores, sin atribuir ruines intentos, sino error de apreciación, como ahora se dice, á mis aristarcos.

muy mal. Ah! ¿por qué no vuelo á estrecharle entre mis brazos en aquel bello país, lleno para mí de gratos recuerdos..... Pero á mis ojos creo que se agolpa el llanto.

[*Con risa forzada.*]

Qué ridícula flaqueza!
Yo llorar!.... Por Dios te encargo que no lo digas á nadie.
Me deshonor, me encanallo si lo saben mis amigos.

Benito. Bien está, pero no alcanzo.....

Miguel. Yo quiero ser calavera en grande, atroz, temerario, execrable, otro don Juan Tenorio, otro Sardanápalo. Lágrimas? Las que yo cause. Ley, razon? Vayan al diablo. El placer sea mi dios y mi elemento el escándalo.

Benito. Habla usted de veras?

Miguel. Sí.

Benito. ¡Usted tan bueno, tan guapo, hecho un monstruo!...

Miguel. Quiero serlo..,

ó al ménos aparentarlo.
Quiero que se hable de mí, quiero dejar algun rastro de mi existencia en el mundo. Yo, que no soy diputado, ni general, ni ministro, ni periodista, ni rábano..., algo he de ser! Mi dinero neciamente malgastado no ha podido darme fama donde hay tanto millonario que me eclipsa, y ni hago versos, ni.... En fin, nadie me hace caso. ¡Y yo conozco en Madrid á más de cien perdularios que hacen más papel que yo porque tienen más descaro! Ya se ve, yo gasto mucho; pero nunca me emborracho; no hay en mi hoja de servicios ni un mal duelo, ni un mal rapto; hablo bien de todo el mundo, socorro al necesitado, no bolseo, no conspiro, y en fin—lo diré muy bajo—oigo misa....; ¡y áun me quejo de ser un adocenado!.... No, no: desde hoy quiero hacer la vida del hombre malo.

Benito. Bien hecho! (¿Quién contradice á un hombre tan campechano?) Se peca ya en este mundo con tan gentil desenfado, que, llevando la contraria á los *tartufos* de antaño, sin la máscara del vicio

no prospera ya un cristiano.

Miguel. Para ganar la patente de tronera consumado tengo un magnífico plan, y para llevarle á cabo cuento contigo.

Benito. Usted me honra; mas.....

Miguel. Tú tienes desparpajo.

Benito. Pche!....

Miguel. Al fin, has sido estudiante, y de la tuna.

Benito. Otro rasgo de hipocresía. En el fondo yo soy un pobre muchacho.

Miguel. Y además, como hace un siglo que ya no andas á mi lado, no te conocen mis nuevos amigos.

Benito. Muy bien. Sepamos.....

Miguel. Tambien cuento con Ines.

Benito. Con mi mujer? *¡Verbum caro!*....

Miguel. No temas. Farsa..., valor entendido.....

Benito. Sin embargo.....

Miguel. Pero cuándo acabará?

[*Acercándose á la puerta del foro.*]

Ines!

Benito. Eh?

Miguel. Se está probando un vestido.

Benito. Muchas gracias.

Miguel. Mientras tú estabas abajo se le di.....

Benito. ¡Tanto favor!....

Miguel. Áun no sabe que es regalo mio. Tú me ayudarás, si en ello pone reparo, á obligarla á que lo acepte. Pero.....

Benito. Ya está aquí.

Miguel. (San Márcos!)

[*Preséntase Ines vestida con lujo y elegancia.*]

ESCENA II.

D. MIGUEL. BENITO. INES.

Ines. Vamos, ya me he puesto el traje...

Miguel. Bravo!

Ines. Y todo lo adherente.

Me está bien?

Miguel. Perfectamente.

Ines. Pareceré un personaje.

[*Se pasea con afectado señorío.*]

Benito. No hay mujer que no se esponje si cuerda á su orgullo dan.

Miguel. Divina! ¡Y luégo dirán que el hábito no hace al monje!

Ines. [Á Benito, pavoneándose y mostrándole los pendientes, pulseras y demas accesorios.]

Mira: es completo el ajuar.
La causa de este capricho,

[Á D. Miguel.]

aunque usted nada me ha dicho, es fácil de adivinar.

Yo no vengo á ser aquí, aunque esta gala me entolde, sino una especie de molde: no es verdad? Un maniquí. No para esta humilde sierva, sino para alguna dama que ese corazon inflama, tanto lujo se reserva.

Miguel. Y si fuese para ti?

Ines. Qué locura!—La verdad: ¿tienta usted mi vanidad para burlarse de mí?

Miguel. No tal.

Ines. ¡Á un pobre arrapiezo tan magnífico equipaje!

Miguel. Bah! dos mil reales el traje y ocho mil el aderezo.

Benito. (Cáspita!)

Ines. Usted me sumerge en un mar de confusiones. ¿Quién ha visto tales dones á la mujer de un conserje?

Miguel. Te confieso, cara Ines, que no es gratuito el regalo.

Ines. Pues ¿á qué título....

Benito. (Malo!)

Miguel. No has comprendido?

Ines. Yo?

Benito. (Pues!)

Miguel. Tengo una dama, en efecto, que vale más que el Perú; pero esa dama.... eres tú.

Benito. Eh?

Ines. ¿Cómo....

Miguel. Oye mi proyecto.
Te juro por mi salud....;

[Á Benito.]

no me mires tú tan sesgo;

[Á Ines.]

que no corre ningun riesgo tu acrisolada virtud.

Ines. Yo dama de usted!

Benito. (Ya empiezo á entender....)

Ines. Y mi marido?

Benito. (¡Dos mil reales el vestido y ocho mil el aderezo!)

Miguel. Dama postiza. Testigos de esta farsa de teatro

serán sólo tres ó cuatro de mis íntimos amigos.
Les doy mañana un almuerzo, y tú serás—qué te cuesta?—la reina de nuestra fiesta.—

[Á Benito.]

Convéncela tú, mastuerzo.

Benito. Tratándose de una farsa que no ha de salir de aquí....

Ines. Pero ¿qué dirán de mí los que entren en la comparsa?

Miguel. Ninguno te vió jamás; tu nombre será supuesto, y puro, cándido, honesto el amor que fingirás.

Ines. Puro amor.... Qué desatinos! ¡Y en traje de archiduquesa me sienta usted á una mesa de jóvenes libertinos!

Miguel. Dios, Benito y tu conciencia te absolverán.

Benito. (Pobre chica!.... Diez mil!....)

Ines. Y ¿cómo se explica mi dudosa procedencia?

Miguel. Les diremos, pues Benito me apoya en el plan que adapto, que soy el héroe de un rapto y tú el cuerpo del delito. Te diré el cómo y el cuándo....

Ines. ¡Y esto lo escucha un marido sin bramar!.... Yo nunca he sido género de contrabando.

Benito. Pero si todo es quimera!.... Haz cuenta, querida Ines, que vamos á hacer los tres una comedia casera.

Miguel. Jóven de ilustre prosapia, tú estabas en las Salesas: vencida de mis promesas me citas, salto la tapia....

Ines. Y dejando el santo rezo me escapo con un querido....

Benito. (¡Dos mil reales el vestido y ocho mil el aderezo!)

Miguel. Mas la esperanza te guía de honesta y plácida union.

Benito. La boda es el pabellon que cubre la mercancía.

Ines. ¿Qué boda, qué pabellon, si ya, en hora que maldigo, me casé, infame, contigo?

Benito. Te pesa?

Ines. Sí, gran....

Benito. Chiton!

Miguel. No serás mañana Ines, sino la hermosa Adelaida, hija de don Pedro Albaida, rico hacendado de Ucles.

Ines. Qué, señor! ¿así se juega por un capricho—qué horror!—con el nombre y el honor

de una casa solariega?
Miguel. No hay tal Ucles ni.... Estás loca?
 No son nombres verdaderos los que oyes; son.... los primeros que me han venido á la boca.
Ines. Yo robada de un colegio!
 Y habrá altar, y un monigote vestido de sacerdote que.... Locura! sacrilegio!
Miguel. ¡Yo, un Tenorio, un Lovelace, resignarme á ser consorte!
 Me silbaria la corte si tal fuese el desenlace.
 No: como novio mañana te hablaré tierno y galan; mas.... los amigos sabrán que pienso llamarme andana.
Ines. ¿Qué dirán luégo....
Miguel. De ti nada dirán.
Benito. Claro está.
Miguel. Si dicen algo, será de Adelaida la de....
Benito. Sí.
Ines. Pero Adelaida ó Lorenza, si yo sus pullas arrostro, mio, señor, será el rostro que se cubra de vergüenza.
 No, no cuente usted conmigo para esa vil mojiganga.
Miguel. No quieres?
Benito. (¡Pierde una ganga....)
Miguel. Desairas así á un amigo?
Benito. Amigo! Oh noble mancebo!
Ines. Mientras conserve la vida me mostraré agradecida á tanto como le debo.
 Huésped de mi humilde casa, de tanto favor indigna, vertió su mano benigna sobre ella dones sin tasa.
 Mi madre enferma del pecho, postrada....
Miguel. Pobre señora!
 ¿Á qué recordar ahora....
Ines. Yo velando el triste lecho....
Miguel. Oh! calla....
Ines. Ningun servicio le podíamos prestar, y no se quiso mudar por hacernos beneficio.
Miguel. Deja esa historia prolija.
Benito. Tambien para mí fué un padre.
Ines. Y nunca humilló á la madre, nunca sonrojó á la hija.
 Cuidó á la pobre doliente con tanto amor como yo, hasta que Dios la llamó á su trono omnipotente; y cuando de tierna edad sola en el mundo quedé, escudo de mi honra fué y amparo de mi orfandad.

Benito. Y te buscó honesto abrigo en casa de Pedro Ayala....
Ines. Sólo hizo una cosa mala.
Miguel. Yo!
Benito. Cuál?
Ines. Casarme contigo.
Benito. Gracias.
Ines. Es mi bienhechor....
Miguel. Basta!...
Ines. Pida, si algo vale, mi sangre, mi hacienda....
Miguel. Dale!
Ines. Todo, ménos el honor.
Miguel. El honor! Me desespero.
 Si todo es vana apariencia ¿á qué viene esa sentencia á lo Francisco Primero?
Ines. Mas sea apariencia ó no, mozelas hay, don Miguel, que harian ese papel mil veces mejor que yo.
Miguel. Darian mi plan al traste con su aire procaz y chusco; y, ya ves, lo que yo busco sobre todo es.... el contraste.
 Se trata de una virtud que ama y gime al pié del ara, y para eso hay en tu cara más verosimilitud.
Ines. ¿Y por qué—yo pierdo el juicio!— quiere usted que contribuya á que cubra usted la suya con la máscara del vicio?
 ¿por qué en esos laberintos, aunque ahora estén en boga, se mete usted? ¿por qué ahoga sus generosos instintos?
 Que mientan virtud los malos, lo explico, aunque lo condeno; más fingirse malo el bueno, gusto es que merece palos.
Benito. [Aparte á Ines.]
 Eso es decirle una fresca.
Ines. Quita, que me das horror!
Benito. Perdonela usted, señor; no sabe lo que se pesca.
Miguel. Tú te inquietas sin motivo; tu tenacidad me aflige; tú no sabes lo que exige la sociedad en que vivo.
Ines. Pero, señor, ¿qué cuidado....
Miguel. Si á mi socorro no acudes, voy á quedar, no lo dudes, comprometido...., afrentado.
 Tengo anunciado el festin que ha de darme tanta fama; y si le falta la dama, qué será del paladin?
 Será preciso que aguante la rechifla universal y seré en la capital un pária, un judío errante.

Oh! quiero ántes un presidio
que tan funesto reves.

Por Dios, Ines!.... ¡Mira, Ines,
que este es caso de suicidio!

Benito. Lo oyes, corazon de hiena?

Ines. Jesus!.... Quisiera morirme!

Miguel. Basta! Adios!....

Benito. [*En voz baja deteniéndole.*]

No, señor. Firme!

Miguel. Por mí se acabó la escena.
Convence tú á la inhumana,

[*En actitud de quien se dispara en la
sien una pistola.*]

ó un tiro.....

Benito. Oiga usted...

Miguel. No quiero.

Tomo el cabriolé, y te espero
en la Fuente Castellana.

[*Vase por el foro.*]

ESCENA III.

INES. BENITO.

Benito. Fiel á la nupcial coyunda,
pero terca como un mazo,
no sé si darte un abrazo
ó sacudirte una tunda.

Ines. Calle! Con esas á mí?
Ni á la tunda me resigno,
ni de mis brazos es digno
un hombre tan baladí.

Benito. Hablemos con calma, Ines;
ten un poco de chirúmen.
Qué nos piden en resúmen?
Que hagamos un entremes.
Tambien con horror y grima
saltaria yo hasta el techo,
cara Ines; si á vias de hecho
pasase la pantomima;
mas ¿qué arriesga entre esos mozos
tu virtud impertinente?
¿Te piden más contingente
que lágrimas y sollozos?
Y sin el menor tropiezo
ganas por de pronto un gaje.....

Ines. Cuál?

Benito. ¡Dos mil reales el traje.....
y ocho mil el aderezo!

Ines. ¿Y por el vil interes,
infame.....

Benito. No hay tal infamia.
Aparente es la bigamia
y Adelaida no es Ines.
¿Cómo á desairar te atreves
á ese mismo cuyo nombre

tanto has bendecido? ¡Á un hombre
á quien todo se lo debes!

Ines. ¡Poner mi cara al servicio
del vicio que le extravía!

Benito. No es vicio, es hipocresía;—
la hipocresía del vicio.

Ines. Mas con tal solicitud
¿por qué abochornarme á mí
que nunca hipócrita fui
de vicio ni de virtud?

Benito. Tu tonillo me da espanto,
porque voy temiendo ya,
que, á ser de véras, quizá
no lo sentirias tanto.

Ines. Claro está.

Benito. ¡Cómo.....

Ines. Pues necio,
si, aunque honrada soy mujer,
¿cómo me puede ofender
el amor más que el desprecio?
Se excusa el amante arrullo,
obtenga ó no galardón,
mas nunca espere perdón
el que hiera nuestro orgullo.
No me ha tentado el demonio
todavía.....

Benito. Ay, san Vicente!
Ni quiera Dios que te tienta.

Siquiera este matrimonio!

Ines. Pero si un dia me tienta,
como á más de tres mujeres,
no pecaré por poderes,
sino de mi riesgo y cuenta.

Benito. ¡Por Dios, querida, no trueques
los frenos! Nadie conspira
contra ti; todo es mentira;
nadie te manda que peques.
Todo es un pueril antojo;
mas si no sale con él
se matará don Miguel:
ahí es nada lo del ojo!....
Y él aguarda tu respuesta,
y he de llevársela yo,
y si se reduce á un nó,
tal vez me será funesta.
El tiene malas cosquillas,
y puede.....

Ines. Eso es lo de ménos.

Benito. ¿Verás con ojos serenos
que me rompa las costillas?

Ines. Sí.

Benito. El corazon me desgarras.
Cuando esperaba regalos.....

Ines. Así harás bondad á palos
como el médico de márras.

Benito. Un nó es tremendo vocablo,
y si he de hablarte de véras,
yo.....

Ines. [*Con despecho y desviándose de Benito.*]

Pues dile lo que quieras
y cargue contigo el diablo.

Benito. ¡Oh mujer fina y constante,

digna de laurel eterno!....

[Acercándose.]

Permite á un esposo tierno.....

[Al tomar la mano de Ines, esta le da un bofetón.]

Ines. Quita allá!
Benito. Jum!

[Tentándose la mejilla y haciendo una contorsión.]

Salvo el guante.

ESCENA IV.

INES.

He aquí un marido!.... Y así de los doce son los diez. Neciamente confiado en que he de guardarle fe, no porque Dios me lo manda; sino por ser él quien es, al borde del precipicio me conduce; y si mi pié resbalase, ¡á mí y á Dios acusaría despues! Ah! quien así comprometo la virtud de una mujer, olvida que frágil barro su primer materia fué. Tentó el diablo á la primera incitándola á comer de aquella fruta vedada: cara le costó, lo sé; mas como tantas la imitan, es natural suponer que, aunque le sentara mal, sin duda le supo bien. Acaso aquella serpiente, ministro de Lucifer, algo nos dejó en herencia de su diabólica piel; y como el cuarto enemigo de nuestra alma suele ser nuestro marido, y él solo trabaja más que los tres, ya el demonio con nosotras no tiene nada que hacer.— Pero quizá mis escrúpulos sobrada importancia den á un chasco de carnaval. Tengo á mi amo tanta ley!.... Ni es empresa tan difícil representar mi papel. He leído las novelas de Federico Soulié.

[Mirándose á un espejo.]

Mi palmito es muy decente,

si esa luna no es infiel, y para tener mi talle gentileza y morbidez jamás ha necesitado suplementos al corsé.

Torc. [Dentro.]

Le esperaré: soy de casa.

Ines. [Sobresaltada y apartándose del espejo.]

Ah! ¿Quién entra...

[Aparecen D. Torcuato y Felisa en traje de camino.]

Cielo! ¿Quién...

ESCENA V.

FELISA. D. TORCUATO. INES.

Felisa. (Qué linda jóven!)

[Saludando.]

Señora.....

Torc. Señora, estoy á los piés....

Ines. [Saludando.]

Señorita.... Caballero....

Felisa. Dispense usted....

Ines. No hay de qué...

Felisa. Que hayamos entrado aquí con tal franqueza. Á saber que habia señora en casa, hubiéramos....

Ines. (Qué diré?)

Felisa. Pedido ántes la debida licencia....

Ines. No es menester.

Torc. Ya se ve, tal confianza nos inspira don Miguel, que usted no debe extrañar....

[Á Felisa aparte.]

Se turba.

Ines. (¡En lindo belén me he metido!)

[Ofreciéndoles sillas.]

Ruego á ustedes... (Cogida estoy en la red.)

Torc. [Aparte con Felisa, sin sentarse ninguno de los dos.]

Hum!... Aquí hay maula.

Felisa. ¿Quién sabe...

Ines. (¿Principiará el entremés desde ahora? Dudo.... Temo...)

Torc. No se maraville usted de ver nuestra cortedad. Mucho tiempo ha que no sé

de Miguelito.... Ignoraba....
 Usted será su mujer?
Ines. (Ay Dios mio!...) No, señor.
Torc. Pues ¡cómo...
Ines. Es decir... Soy...
Torc. Eh?
Felisa. Pues criada, mucho ménos;
 que lo desmiente ese tren.
Ines. Ni uno ni otro.
Torc. Ni uno ni otro?
Ines. Soy..... (Diré alguna sandez.)
Torc. [Tomando del brazo á Felisa.]
 Basta. Vámonos de aquí.
 Harto ha dicho ya quién es.
Ines. (¡Cómo me aflige y me insulta
 con su risita cruel!)
 Respete usted mi silencio
 y no sea descortes.
 Soy quien soy.... y basta.
Torc. [A Felisa llevándosela.] Y sobra.
 Vamos. Aquí no estás bien.
Ines. Ni aquí perdería nada
 aunque fuese hija de un rey,
 ni á mí me importa un ardite
 que se vaya ó que se esté.
 (No diría más la dama
 de *El desden con el desden*.)
Felisa. Con todo....
Torc. No la respondas,
 que es rebajarse....
Ines. Por qué?
 Ya me canso de sufrir
 que un *quidam* sea mi juez.
Torc. Un *quidam*!....
Ines. ¿Con qué derecho,
 preguntaré yo también,
 entra usted en casa ajena
 echando fieros? Á ver?
Torc. ¡Voto á.... Don Torcuato Ruiz
 ¿no podrá....
Ines. ¿Qué ha dicho usted!
 Don Torcuato? el de Manila?
 Justo Dios!....
Torc. El mismo.
Ines. ¡Aquel
 á quien tan justos elogios
 prodigó más de una vez
 don Miguelito!.... Oh sorpresa!
 [A Felisa.]
 ¿Y usted.... Ya caigo... Oh placer!
 Del cielo han bajado ustedes
 á salvarme á mí y á él.
Felisa. ¿Qué oigo!
Torc. ¿Cómo....
Felisa. ¿Qué peligro...
Ines. El lujo que ustedes ven,
 disfraza á la humilde sierva
 de un elegante doncel
 que tiene—lástima grande!—
 la cabeza á componer.
 Afortunado galán

de una dama de alta prez,
 la ha sacado de un convento
 escalando la pared.
Torc. Oyes? Bien temía yo....
Ines. Así se lo hace creer
 á sus cándidos amigos;
 pero de tanto babel,
 no hay más verdad que estos dijes
 y este traje de moaré.
 Esa imaginaria Elena
 que él pondría en un dosel,
 soy yo.... Él me llama Adelaida,
 pero yo me llamo Ines.
Torc. Está visto; es un perverso.
Felisa. No; un tronera, un cascabel.
Ines. Ni aun eso. Tres años ha
 que le conozco, y doy fe
 de sus nobles sentimientos,
 de su alma pura y sin hiel.
 Mas, sin ser hombre vicioso,
 hoy lo quiere parecer;
 vanidad de nuevo género
 que le ha inspirado Luzbel.
 Juro á Dios que he rehusado
 una vez y dos y cien
 de ser su supuesta víctima
 la ilustre ridiculez;
 mas me vi tan hostigada
 y tal su despecho fué,
 que temiendo una catástrofe
 hube de decir amén.
 Ahora que tan dignos huéspedes
 me redimen de este Argel,
 den ustedes su permiso
 á Adelaida la de Ucles
 para trocar estas galas
 por sus trapitos de ayer.

ESCENA VI.

D. TORCUATO. FELISA.

Torc. Lo ves? Al pié de la letra
 se cumplió mi vaticinio.
 Miguel en la última carta
 que tuvo á bien escribirnos
 nos noticiaba la muerte
 del buen don Claudio su tío,
 y que le dejó una renta
 de seis mil ducados limpios
 de polvo y paja. Temiendo
 que, libre, inexperto y rico,
 en la corte se perdiese,
 le rogué con mucho ahínco
 que volviese á Filipinas.
 ¿Se dignó siquiera el pícaro
 de contestarnos? Á mí
 no me sorprendió su inicuo
 proceder; que, veterano
 en el náutico ejercicio,
 sé que sin timon ni brújula

zozobra el mejor navio.

Tú, en la venturosa edad
en que vence al raciocinio
el sentimiento, y extraña
á la corrupcion del siglo,
de su corazon juzgaste,
niña, por el tuyo mismo.
Estará ausente, decias;
las cartas se habrán perdido;
ya le creias enfermo,
ya le llorabas cautivo,
y hasta á rezarle difunto
llegaba tu desvarío.

Por fin, cuando ya era tiempo
de condenarle al olvido,
te empeñaste en arrostrar
del hondo mar los peligros
en busca de un ingrátuelo
de tanta ternura indigno.

Yo que, avaro del tesoro
que me confió un amigo
temblé por primera vez
al contemplar los abismos
del piélago proceloso,
que iba á atravesar contigo,
en vano luché, Felisa,
contra tu loco designio.
Lloraste, y al ver tus lágrimas
lloró tambien como un niño....;
sí, lloró, pese al demonio,
este intrépido marino
que cuenta veinte abordajes
en su hoja de servicios.
Cedí—qué habia de hacer?—
aunque pudiera impedirlo;
pero tan hecho me tienes
á obedecer tus caprichos,
que, más bien que tu tutor,
creo que soy tu pupilo.

Felisa. No será inútil el viaje,
caro tutor, si venimos
á tiempo de corregir
el juvenil extravío
de Miguel y le salvamos
al borde del precipicio.

Torc. ¿Qué caso ha de hacer de mí
un troner, un libertino
sin ley, sin freno.....

Felisa. No tal.
Segun lo que Ines ha dicho,
sólo es malo en la apariencia,
y volverá al buen camino
si uno y otro con blandura,
le exhortamos.....

Torc. No transijo.
No sienta bien en mi rostro
al sol y al aire curtido
la cortesana sonrisa,
ni en los labios de un marino
sonarian bien las pláticas
de un fraile de San Francisco.
Tan luégo como le vea
le diré cuántas son cinco.

Si se enmienda, buen provecho;
serémos buenos amigos:
si mi áspera reprimenda
no le hace mella, desisto:
policia habrá en Madrid
que cumpla con él su oficio.
Sentiré que un mequetrefe
ose mancillar el limpio
nombre que heredó, Felisa;
mas si tal es su destino,
lleve el diablo lo que es suyo;
nada le doy ni le quito.

Felisa. Quien le oyera á usted diria
que es un tigre, un basilisco;
pero yo, que tantas pruebas
de amor, tantos beneficios
le debo desde mi infancia,
formo de usted muy distinto
concepto.

[*Va anocheciendo por grados.*]

Torc. Tú eres un ángel
y Miguel es un perdido;
por eso á Miguel detesto
y á ti te amo con delirio.

Felisa. Pues yo, señor don Torcuato,
tengo sobrados motivos
para interceder por él.

Torc. Cierto, pero.....

Felisa. Y no permito
que siendo á él como á mí
necesario el patrocinio
de usted, él vea un padrastró
en quien yo veo un padrino.
Mal puede quererme á mí
quien odia lo que yo estimo,
y declaro desde ahora
que, si usted sólo conmigo
ha de ser dulce y amable,
le aborrezco y me emancipo.

Torc. Aborrecerme! Tú, ingrata!....
Que no me ames,.... lo concibo.
No inspira tiernos afectos
sino, tal vez, á sus hijos,
si Dios se los da, un cristiano
que se acerca á medio siglo;
pero si fuese verdad
lo que tu labio me ha dicho,
Dios te pediria cuenta
de tan infame delito.

Felisa. (Qué fervor!.... ¿Será posible.....)
No tome usted tan al vivo
palabras sin consecuencia.
¡Yo aborrecer á mi digno
tutor! Jamás.

Torc. Tú lo acabas
de decir.

Felisa. Pues me desdigo.

Torc. Pero hablas de emanciparte,
y al pensarlo me horrorizo.
¿Tan pesado es para ti
el yugo de mi cariño?

Felisa. No, sino grato en extremo;

Torc. (le sondearé) y tan benigno cual lo fuera el de aquel padre que desde el celeste empero nos bendice; pero, al fin, aunque por él no suspiro, llegará, señor, un día en que... (se turba) otros vínculos...
Torc. Basta; lo sé. Ni presumas que por mi necio egoísmo.... de tutor, pudiera yo imponerte un sacrificio doloroso. Bien conozco que sería desatino emparedar en un claustro tan soberanos hechizos. Pero es una pobre gracia que un padre, ó, lo que es lo mismo, un tutor, que por ventura no se ha vaciado en el tipo de los que finge el teatro, tierno, vigilante, asiduo, crie á una linda muchacha para algun barbilampiño casquivano, petulante, afeminado, enfermizo, que con sus manos lavadas y á pretexto de que es lindo se la lleve.... Qué! te ries?
Felisa. Pero, ¡señor.....
Torc. (¡ El suplicio de Tántalo.....)

Felisa. ¿Soy tan loca, que al primer advenedizo piense dar mi corazón?
 No, no; viva usted tranquilo. Á fuer de dócil pupila, nada haré sin el permiso de mi buen tutor....
Torc. Felisa!....
Felisa. En cuanto á Miguel, exijo.....

[*Sonriéndose.*]

Sí, exijo que no apelemos á un rigor mal entendido hasta que infructuosos sean otros medios más pacíficos. Antes que acuda al cauterio, un médico reflexivo aplica al miembro doliente saludables lenitivos; y por valerme de un símil propio del noble ejercicio en que mi amable tutor tantos lauros ha adquirido, pegarle fuego es mal modo de carenar un navío.

Torc. Si á ti te dejan hablar....
 (Me maneja como á un niño.)

Felisa. No digo bien?

Torc. Eh! tal vez....
 Pero sí, sí, ¡vive Cristo que sí!

Felisa. Lo mejor sería

apelar á un artificio inocente....

Sí.

Torc.
Felisa.

Miguel no sabe que hemos venido. Cerrada estaba su casa de Madrid, y á los vecinos que las señas nos han dado de esta quinta no hemos dicho quiénes somos: era yo cuando él á la Europa vino tan niña, que conocerme no podrá; á usted no le ha visto jamás, y los dos de incógnito....

ESCENA VII.

D. TORCUATO. FELISA. INES.

Ines. [*Con traje más modesto.*]
 Depuesto el lujo postizo, vengo á recibir las órdenes de ustedes. El señorito don Miguel come en la fonda, y no hay nada prevenido; pero al instante....

Torc. Es inútil; ya nos ha sacado un suizo de ese cuidado.

Ines. Dos mozos el equipaje han traído....

Felisa. Ah! muy bien.

Ines. De donde infiero que este será el domicilio de ustedes.

Felisa. Si te es posible hospedarnos con sigilo, sin que don Miguel lo sepa, con mucho gusto lo admito.

[*Un criado entra con luces y las deja sobre la mesa.*]

Ines. Fácil es. La casa es grande. Yo respondo de Fabricio....

[*Al criado que se retira.*]

Oye.

[*Le habla aparte.*]

Felisa. [*Á D. Torcuato.*]

Parece muy buena muchacha.

Ines. Lo entiendes? Chito!

[*Vase el criado.*]

Es probable que esta noche ni mi amo ni mi marido duerman aquí.

Felisa. Eres casada?

Ines. Ah! sí, con un fermentido que tambien quiere cubrirse con la careta del vicio.

Torc. Pronto el verdadero rostro no desmentirá al fingido.

Ines. Eso mismo digo yo, señor. El diablo anda listo.....

Felisa. Las dos seremos los ángeles de su guarda, si propicio oye mis votos el cielo.

Ines. En la habitacion del piso segundo estarán ustedes libres de todo registro, porque nunca pone en ella los pies. Miéntas la habilito,

[Abriendo la puerta de la derecha.]

entren ustedes aquí y descansen.

Felisa. Yo te sigo.

Veré la casa.

Ines. Es preciosa, y el jardin, lo más bonito.....

Torc. [Tomando una bujía.]

Yo te esperaré. No tardes, eh? (Me tiene vuelto el juicio.)

[Entra en la habitacion indicada.]

ESCENA VIII.

FELISA. INES.

Felisa. Será muy gallardo mozo, porque ya mostraba indicios de serlo en sus verdes años.

Ines. Oh! mucho. Pero ¿qué miro?

[Se acercan al balcon.]

Un carruaje..... Y viene aquí.....

Será..... Sí, bien lo distingo; es el birlocho de mi amo.

¿Qué diantres le habrá ocurrido.....

Felisa. Subamos.....

Ines. Pára....., se apea.....; mas no le sigue Benito. Pensará volverse luego á Madrid.

Felisa. Yo no resisto á la tentacion de verle.....

Ines. [Indicando la puerta de la derecha.]

Desde allí. Por el pasillo pueden ustedes huir si...

Felisa. Entiendo. Voy... Ah! un capricho..

[Saca una cajita y la pone sobre la mesa.]

Veamos qué juicio forma

de este retrato..... Es el mio. Él no sabe.....

Ines. [Desde el foro, á media voz.]

Ya está arriba!

Corra usted!

[Vase Felisa por la puerta de la derecha y la deja entornada.]

Qué laberinto!

ESCENA IX.

D. MIGUEL. INES.

Miguel. Oh Inesita!—Rectifico.— Oh Adelaida de mi vida! Ya me ha dicho aquel borrico que á todo estás convenida. ¡Gracias, gracias infinitas.....

Ines. Yo.....

Miguel. No te vuelvas atras!— ¿Por qué las galas te quitas..... Pero así me gustas más. Y de ti sola depende, si tu voluntad me capto, que realidad sea el duende y hecho positivo el rapto.

Ines. Bah! no caigo en el garlito; que no me crié en las malvas.

Miguel. Juro.....

Ines. Y eso es, señorito.....

Miguel. Qué?

Ines. Gastar pólvora en salvas. Ser hipócrita en secreto ¿á qué puede conducir?

Miguel. Es que..... Pero te respeto: no te quiero seducir.

Ines. Oiga! ¿Tan fácil empresa presume usted que sería.....

Miguel. No; es chanza.....

Ines. (Ya va á la mesa.)

Miguel. [Abriendo un cajón de la mesa.]

Es mera galantería.....

Oye, Ines; no nos esperes por hoy ni á mí ni á Benito.— Dos, tres.....

Ines. Dinero?

Miguel. Qué quieres!

No llevo el que necesito. En casa de doña Aldonza tenemos máscaras hoy, y es poco lastre una onza.....

Ines. Ya.

Miguel. Allí se juega.....

Ines. Ya estoy.

Miguel. Con otras diez y un billete, tendré lo bastante..... Oh! sí.

Ines. Mire usted dónde se mete;
que cuentan cosas de allí....

Miguel. [Guardando el dinero y cerrando el
cajon.]

Envidias.

Ines. Pero el que juega....

Miguel. Pierde ó gana.

Ines. Algun tahir....

Miguel. Oh! á mí nadie me la pega.
Tengo mundo..... Vaya, abur.

[Al retirarse va á coger el baston que
dejó sobre la mesa, y ve el retrato.]

Pero esta preciosa caja
¿de dónde ha venido aquí....

Ines. No sé....

Miguel. [Abriendo la caja.]

Veamos qué alhaja....

Supongo que es para mí.

Ines. Sin duda....

Miguel. Un hermoso busto!
Quién será el original?
Mírale.

Ines. [Mirando el retrato.]

Es cosa de gusto.

Miguel. Qué cara tan celestial!

[Besando el retrato.]

Oh mi bien!

Ines. (Ya se la apropia!)

Miguel. Qué misterio es este, Ines?
Que aunque me hechiza la copia,
al fin es copia, y ya ves....

Ines. (Fuerza es mentir.) Un lacayo
lo trajo despues de siesta.
Para don Miguel Moncayo,
dijo, y no esperó respuesta.

Miguel. Por más que paso revista
á las bellas de Madrid,
no sé.... Pero esta conquista
deja atras á las del Cid.
Y ¿por qué oculta su nombre,
si su amor tanto declara,
que empeña en manos de un hombre
nada ménos que su cara?

Ines. No soltarla, si no da
por rescate el corazon.

Miguel. Por supuesto, oh! claro está.

Ines. El lance es de Calderon.

Miguel. Al principiar mi carrera
¡tan señalada victoria!
No hay como ser calavera
para cubrirse de gloria.
Guardo el retrato. Oh placer!
Á este paso.... Eh?

Ines. Sí: ya veo....

Miguel. Las muchachas.... Oh! va á ser
esta casa un jubileo.

Adios. Oh delicia! oh gioja!—
Pero no por esto, Ines,
renuncio....

Ines. Á qué?

Miguel. Á la tramoya
de Adelaida la de Ucles.

ESCENA X.

INES. FELISA. D. TORCUATO.

Ines. Vamos, está de remate.

Torc. [Saliendo con Felisa.]

Qué tal?

Felisa. Es todo un buen mozo.

Torc. Un necio, un trasto, un orate.

¡Lástima de calabozo....

Felisa. Insigne crueldad sería....
¿No ha visto usted, don Torcuato...

Torc. Qué?

Felisa. La ciega idolatría
con que besó mi retrato?

Torc. Miren qué cosa tan rara!
(Mala bomba le destruya!)
Besaba una linda cara
sin saber que era la tuya.

Felisa. Cuando me vea á mí propia....
Torc. Dónde?

Felisa. En el baile.

Torc. Eh?

Felisa. Sí tal.

No es de temer que la copia
desaie al original.

Torc. Qué locura!

Felisa. Ines sabrá
dónde vive doña Aldonza.

Ines. Sí, señora.

Torc. Hum! allí habrá
tal bulla y tal jerigonza....

Felisa. No importa. Iremos las dos
con usted.

Torc. Pero....

Ines. Ah! bien, bien.

Un coche y dos dominós
se hallan en un santiamen.

Felisa. Allí sin ser conocida
le observaré.

Ines. Y yo á mi adjunto,
y le juro por mi vida,
si es falso, como barrunto....

Felisa. Se hace tarde. Ven, Ines:
abriremos los baúles.

Torc. ¿Á qué trasnochar los tres
en busca de esos gandules?

Felisa. Otra vez el ceño adusto?

Mire usted que me incomodo.
Torc. No; lo que cumpla á tu gusto
se hará, y á Roma por todo;
y me pondré hecho un narciso
si así lo exiges, muchacha;

y bailaré, si es preciso,
la mazurca y la guaracha.

Felisa. [Á *Ines.*]

Mírale: mejor le sienta
la dulzura que el enfado.

Torc. Sí?

Felisa. Cuando yo estoy contenta
no quiero buhos al lado.

Torc. Si estás contenta.....

Felisa. Ahí es nada!

Ya tengo un amante.....

Torc. Sí?

Felisa. Que sólo me vió pintada,
y ya está loco por mí.

[*Vase con Ines por el foro.*]

ESCENA XI.

D. TORCUATO.

Un amante! ¿Y hasta hoy
no le has tenido, cruel?
Un amante! Y yo ¿qué soy?
Nada, un siervo, un perro fiel!...
Sea. Yo te guardaré
de lobos, pobre cordera,
y tu mano besaré
aunque el corazon me hiera.

[*Éntrase en la habitacion de la derecha.*]

ACTO SEGUNDO.

Sala con tres puertas: una grande en el foro, con pasillo detras, que por la derecha del actor conduce á la escalera, y por la izquierda á un salon de baile: otras dos laterales, una enfrente de otra, las cuales se supone tambien que tienen comunicacion con lo interior de la casa. En medio del escenario habrá una gran mesa con tapete verde, donde se juega al monte. El banquero estará sentado dando frente al público: los puntos, unos sentados, otros de pié, y la mayor parte sin disfraz, se aumentan ó disminuyen segun lo disponga el director de escena, para representar con la posible verosimilitud las vicisitudes de un juego de azar en que todo el que quiera puede tomar parte, y que tiene efecto en una casa donde al mismo tiempo se recibe á multitud de máscaras, que entran, salen, bailan, pasean, forman corrillos, etc., etc. Doña Lupa, doña Higinia y doña Policarpa no se mueven de su asiento miéntras dura el juego. A intervalos se oirá la música, que toca dentro vals, rigodon, etc., y entónces quedará más desembarazado el escenario.

ESCENA I.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.

DOÑA POLICARPA. JUGADORES. MÁSCARAS
DE AMBOS SEXOS.

[*Música dentro.*]

Jug. 2.º Al as.

Jug. 3.º Medio peso al siete.

Lupa. Reniego de mi fortuna.

Higinia. Al siete.

Jug. 4.º Fuera de doble.

Jug. 5.º [*Acercándose á la mesa.*]

Oh señora doña Lupa!

Lupa. Servidora.

Jug. 5.º Y Dorotea?

Lupa. Baila con su primo Urrutia.

Higinia. [*Aparte con el jugador 4.º*]

Mal hecho es llevar las niñas
adonde hay tanta trifulca.
Yo dejo á la mia en casa.

Jug. 4.º Así estará más segura.....
(de que mamá la sorprenda
con el galan que la arrulla.)

Jug. 2.º Á la sota.

Jug. 3.º Case usted
á ese dos.

Jug. 6.º Ahora, ó nunca.

Al dos esa onza.

Jug. 1.º [*Es el que talla.*] Juego.—

Lupa. Siete en puerta. Nada! Ni una le acierto.
Jug. 1.º [*Pagando.*] Casado.
Higinia. Á mí.
Jug. 1.º Cinco duros.
Jug. 4.º Aquí.
Lupa. ¡Es mucha suerte!
Jug. 1.º Tres, y uno á casar.—
 Peseta.
Policar. Á mí.—Es de columnas.
Jug. 1.º Más de un real vale la puerta.
Policar. No lo permito. Qué usura!
 Puerta por esa bicoca!
Jug. 1.º Señora, aquí no circulan pesetas de cinco reales, porque los picos trabucan.....
 Todas pasan por de cuatro.
Policar. Las de cinco se rebuscan para las clases pasivas, y harta desgracia es ser viuda, sin obligarme á perder el quinto de mi pecunia.
Jug. 1.º Oh!.. Á ver? ¿Cuántas columnarias tiene usted?
Policar. Corta es la suma, porque ya he perdido seis.
Jug. 1.º Cuántas?
Policar. Ocho. Suerte dura!
Jug. 1.º Vengan y las cambiaré por de cuatro.—Son diez justas. Para evitar trabacuentas guardaré las del *plus ultra*.

[*Se las mete en el bolsillo.*]

Policar. Pero el real que usted me debe.....
Jug. 1.º [*Dando una peseta.*]
 Tome usted, y no nos pudra.
Policar. (Groserazo!)
Jug. 1.º Juego.
Jug. 6.º Es dos.
Higinia. Un dos contra una figura?
 Es imposible.—Soy sota.

[*Echa una moneda sobre la mesa.*]

Jug. 6.º Usted no entiende esta cúbica. Contrajudía es el juego.
Higinia. Sota! No lo dije?
Jug. 6.º (Bruja!)
Jug. 1.º [*Pagando.*]
 Dos.
Jug. 2.º Dos.
Jug. 1.º Uno.
Higinia. Á mí.
Lupa. (Está visto: ese traidor las enfulla.)

ESCENA II.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.
 DOÑA POLICARPA. DON TORCUATO.
 JUGADORES. MÁSCARAS.

[*Sigue el juego.*]

Torc. (Aquí estaré mientras bailan; que en aquel salon se suda lo temporal y lo eterno. Qué algarabía! qué bulla! qué desórden! ¡Y hay cristiano que prefiere estas angustias al regalo de la cama!—
 Hola! Allí, segun se agrupa la gente, tiran la oreja.
 ¡Y no habrá cárcel ni multa.....

[*Se acerca á la mesa.*]

Mujeres tambien! oh escándalo! así á sus hijos educan! así cuidan de su casa!....)
Lupa. ¡Cuando digo que esta luna es fatal!.... Ya dobló el cinco!
Jug. 2.º (Me encocora esta lechuza.)
Jug. 1.º Entrés.
Lupa. Me retiro en tres.
Jug. 1.º Retírese usted si gusta.—
 Juego.
Jug. 3.º Al cuatro.
Policar. Al rey.
Jug. 2.º Al cuatro.
Jug. 4.º Á ese rey.
Torc. (Cesó la música. Allí esperaré á Felisa.)

[*Se sienta á un extremo del tablado.*]

ESCENA III.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.
 DOÑA POLICARPA. DON TORCUATO.
 D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES.
 JUGADORES. MÁSCARAS.

Maur. Dominó verde? alta? rubia?
Miguel. Sí. Qué donaire! qué brio! Es divina criatura.
Torc. (Es Miguel, y aquí se acerca. Finjo dormir.)
Maur. Y esa chusca ¿no te ha mostrado la cara?
Miguel. No, que á conservarla oculta graves respetos la obligan.
Gines. Ella..... respetos!
Miguel. Lo dudas?

Lupa. El cinco, y me retiré!
Maldicion!....

Gines. ¡Cómo se burla de ti!

Miguel. ¡Burlarse, y me cita para mañana á la una....

Maur. Pobre Miguel! Dios te libre de semejante garduña.

Miguel. Qué! ¿tú sabes.....

Maur. Pues ¡si es más conocida que la ruda!
Al revolver de esta calle vendia horchata de chufas ántes de ser propiedad de un propietario de Murcia, pájaro á quien ya supongo que habrá dejado sin pluma.

Miguel. ¿Qué dices!

Gines. Brava conquista!

Maur. Con esta página ilustras tu biografía galante.

Torc. (Títeres!)

Miguel. Nada de pullas!
Lauros sobran á mi frente, si uno entre tantos se frustra. Ciudad vosotros alguno como mi escena nocturna de las Salesas. Mañana entre rosales y murtas brindaréis Champaña y Rhin por mi consorte.... presunta, y de envidia al contemplarla os vais á morder las uñas.

[*Siguen hablando aparte.*]

Torc. (¡El fatuo.... Hay enfermedades que sólo á palos se curan.)

[*Llegan por el foro Felisa é Ines con dominós y caretas.*]

ESCENA IV.

FELISA. INES. DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.
DOÑA POLICARPA. D. TORCUATO. D. MIGUEL.
D. MAURICIO. D. GINES. JUGADORES.
MÁSCARAS.

Felisa. Le hemos perdido de vista.

Ines. Como tanta gente cruza en confuso remolino, no es mucho que se escabulla.

Felisa. Don Torcuato!

Torc. [*Levantándose y acercándose á Felisa.*]
Allí le tienes,

Felisa.

Felisa. Á quién?

Torc. Al que buscas.

Felisa. Ah!.... No le buscaba á él sólo.

Torc. Pues á quién?

Felisa. Buena pregunta!
Á mi querido tutor.

Torc. Gracias. (El alma me punzan los inocentes halagos que su labio me tributa.)
Llegas á tiempo. Miguel está de vena y de chungu.

Felisa. Sí?

Torc. Refiere á los amigos sus galantes aventuras.

Felisa. Muy animados están.

Torc. Mucho! Acércate y escucha: oirás divinidades.

Ines. [*Acercándose á D. Miguel y sus amigos, que continúan en alegre coloquio.*]
Formemos tambien tertulia los tres, y no advertirán....

Torc. No son hombres que se turban por testigo más ó ménos.

[*Prosigue la conversacion en cada grupo, con independencia del otro.*]

Maur. Pronto hablarán de su fuga los periódicos.

Miguel. ¿Qué importa, mientras nadie me denuncia como raptor?

Felisa. [*A Ines.*] De ti se habla.

Miguel. Cuando empiece á hacerse pública mi anécdota, ya veremos lo que he de hacer con la alumna consabida.

Ines. Á ver? Oigamos.

Miguel. La esconderé en una gruta, ó bien, segundo Teseo de esta Ariadna sin ventura, la dejaré abandonada en alguna isla inculta.

Torc. Qué tal? El niño se explica.

Felisa. Su imaginacion fecunda ha forjado una novela, y es fuerza que la conduzca á un desenlace ruidoso, sin lo cual sería insulsa.

Ines. Lo malo es que la heroína resueltamente rehusa ser la segunda edicion de aquella Ariadna difunta.

Miguel. La policía? Bobada!
Á hombres como yo no asustan agentes ni comisarios: se les casca, ó se les unta la mano.... Ni ese episodio es lo que más preocupa mi imaginacion. Los raptos son ya pecata minuta para mí. No es maravilla que un elegante seduzca á una muchacha inexperta.

En mayor timbre se funda
mi orgullo.

Maur. ¿Será posible!....

Miguel. Damas hay de ilustre cuna
que me requieren de amores.

Maur. Serán feas ó vetustas.

Miguel. No; hermosas.... Oh! celestiales.

[Mostrándoles el retrato del acto pri-
mero.]

Mirad esta miniatura.

Felisa. Ea, ya estoy en campaña!

Oigamos cómo me juzgan.

Maur. Bello busto!

Gines. Lindo rostro!....

Miguel. Oh!

Si el pintor no la adula.

Torc. Eso no!

Felisa. De véras?

Torc. No.

Miguel. Antes diréis que la injuria
cuando viva contempleis
tan peregrina hermosura.

Torc. Dice bien...., en profecía;
pero miente como un Júdas,
porque no te ha visto....

Maur. Y ¿cuándo
cayó en tu red esa trucha?

Torc. Qué lenguaje! Vive Dios!....

Felisa. Quieto!

Miguel. Alto ahí! Tú la insultas....

Felisa. Ve usted? Ya vuelve por mí.

Miguel. Ya la poseo en pintura,
y en más de un tierno coloquio
mayor tesoro me anuncia.

Torc. Pícaro! alevé!....

Felisa. Silencio!

Torc. Su lengua vil te calumnia,
¡y he de sufrir!....

Gines. Oiga! ¿Aspira
al casto yugo?

Miguel. Y si alguna
pudiera, Gines querido,
arrastrarme á esa locura....

Torc. Qué moral!

Miguel. Por ella sola
daria un nuevo recluta
á la mansa cofradía
de que hacemos tanta burla.

Felisa. Al fin, me hace más honor
del que esperaba.

Miguel. Mi industria
triunfará de ese peligro.

Maur. Pero ¿es rica?

Miguel. Oh! más que Fúcar.

Torc. ¿Qué sabe él....

Maur. Pues siendo así,
mal harás si no apechugas
con el santo matrimonio.

Miguel. Y mi libertad?

Maur. Tontuna!
Ya ningun leon la pierde
por la bendicion del cura.

Para ellas, no para todas,
rige sólo esa liturgia
de arras, promesas y velos.

Nosotros tenemos bula
para adoptar en España
las instituciones turcas.

La crónica escandalosa
te dirá, si la consultas,
que en gran parte son casados
los calaveras de punta.

Hay hombre á quien su consorte
brinda con dulce ternura
el legítimo usufructo

de todas las gracias juntas;
y aunque al riesgo se aventure
de represalias mayúsculas,
la venal coquetería

de otra mujer le sojuzga
que no merece el honor
de descalzar á la suya.

Gines. Y faisan todos los días
es dar tormento á la gula:
bueno es variar, aunque sea
con chirivías y alubias.

Miguel. No consiste el atractivo
de una querida en ser rucia
ó rodada, flaca ó gorda,
valenciana ó andaluza,
sino en ser otra.

Felisa. Ve usted?

Ellos son los que le impulsan....

Torc. No lo necesita el mozo.

Ines. Sí, señor; ellos abusan
de su inexperiencia.

Miguel. En fin,
venza yo ó caiga en la lucha,
digna de mí y de vosotros
será mi ulterior conducta.

Torc. Lo creo.

Miguel. La noche es larga
y el baile me descoyunta.
Echemos un par de albures.

Maur. Bien.

Gines. Sí.

[Se acercan á la mesa de juego y to-
man parte en él.]

Torc. Y ahora ¿quién le azuza?

Felisa. Tambien jugador!

Torc. ¡Si digo
que es una alhaja!

Miguel. ¿Se apunta
á la cargada?

Jug. 1.º Sí.

Miguel. [Echando una moneda sobre la mesa.]

Al seis.

Felisa. Vámonos; que me repugnan
los garitos.

[Á D. Torcuato, que la seguía.]

No; usted no.

Torc. Vele usted por él.
Felisa. ¡Me gusta la comision! Qué he de hacer? Tú no querrás que descubra quién soy.
Felisa. Ah! no; no conviene, como no sea en la última extremidad.
Torc. Está bien.
 Me meteré entre esa chusma y obraré como convenga; que aunque ya está mi falúa en puerto de salvamento, algo tambien de su aguja de marear se me alcanza.
Felisa. En la sala de la estufa espero.
Torc. [*Incorporándose á los jugadores.*]
 (Dios me lo tome en descargo de mis culpas.)
Felisa. [*Á Ines.*]
 Ven.....
 [*Aparece por uno de los costados Benito, vestido de elegante ridiculo.*]
Ines. Cielos!
Felisa. De qué te espantas?

ESCENA V.

FELISA. INES. DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.
 DOÑA POLICARPA. D. TORCUATO. D. MIGUEL.
 D. MAURICIO. D. GINES. BENITO. JUGADORES. MÁSCARAS.

Ines. Aquella caricatura es Benito.
Benito. (¡Tiene mi amo las ideas más obtusas.... Pero habré de complacerle, aunque me cueste una zurra la gracia.)
Ines. [*Aparte con Felisa.*]
 Sí, sí, es preciso que yo interpele y confunda á ese pillo.
Felisa. Allí te espero.
 No tardes.
 [*Vase por el foro.*]
Benito. [*Dirigiéndose á la mesa.*]
 Vamos.....
Ines. [*Cogiendo á Benito de la mano, llevándosele á un extremo del teatro y disfrazando la voz.*]
 Escucha.

ESCENA VI.

INES. DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA. DOÑA POLICARPA. D. TORCUATO. D. MIGUEL. DON MAURICIO. D. GINES. BENITO. JUGADORES. MÁSCARAS.

Benito. Mascarita, qué me quieres?
Ines. Decirte que sé quién eres.
Benito. No es milagro.
 ¿Soy yo acaso algun mastuerzo recién venido del Bierzo ó de Almagro?
 Viendo mi cara y mi porte cualquiera sabe en la corte quién soy yo.
Ines. Cualquiera? ¿De qué manera, si tú eres.....
Benito. Quién?
Ines. Un cualquiera.
Benito. (Me caló.)
 Al ménos, no es esta cara figura de una mampara, sino mia.
Ines. Algo tuyo has de llevar.
 ¿Quién le ha prestado ese ajuar al usía?
Benito. (*Mútis*, que esta me conoce.)
 Adios. Ya han dado las doce....
Ines. [*Sujetándole.*]
 Quieto, quieto!
 Ó sé franco, ó te confundo, y ha de saber todo el mundo tu secreto.
Benito. Bien. (Qué diablo de mujer!)
 Escucha: vas á saber mi flaqueza.
 Confieso que la fortuna no me ha dado ilustre cuna ni riqueza.
 No obstante, nobles y ricos, sé yo de muchos borricos...., oh despecho!.... que felices en amores pasan la vida entre flores.
Ines. Es un hecho.
Benito. Y todo lo hace la ropa.
 Hay hombre que anda á la sopa—suerte fea!—y si le refunde un sastre, con el duque de Lancastre se tutea.
 Ahora bien, sin ser hidalgo, yo sé, niña, lo que valgo.
Ines. Qué modesto!
Benito. Y vengo á hacer cabotaje esta noche con el traje que me he puesto.
Ines. Oiga!
Benito. Y llegas muy á punto,

- si eres tal como barrunto,
mascarita,
pues durante esta jarana
pienso hacerte mi sultana
favorita.
- Ines.* (Ah fementido, traidor!)
Mil gracias: de tanto honor
no soy digna;
ni á pescar tan triste barbo
una mujer de mi garbo
se resigna.
- Benito.* Y eres tú carne, ó vigilia?
De ti ni de tu familia
¿qué sé yo?
¿No puede á un diablo mestizo
encubrir ese postizo
dominó?
Tú ves, máscara, mi juego,
yo el tuyo no, y desde luego
digo amén.
Si uno de los dos engaña
al otro en esta maraña,
quién á quién?
- Ines.* Truhan de grueso calibre!....
- Benito.* Niña!....
- Ines.* Acaso eres tú libre?
- Benito.* Libre soy.
- Ines.* Mientes!
- Benito.* Dices bien, sí, acabo
de mentir; pues soy tu esclavo
desde hoy.
- Ines.* ¿Así cumples, gran demonio,
con la ley del matrimonio?
- Benito.* Yo.... Si.... Pues....
- Ines.* No mereces tú la esposa
que tienes.
- Benito.* Pche!.... Poca cosa.
(Pobre Ines!)
- Ines.* Algun día, lo sé yo,
bien linda te pareció
la doncella.
- Benito.* Ya propia, aquí y en Palermo
huele á puchero de enfermo
la más bella.
- Ines.* (¡Que oiga yo tales baldones
sin darle de bofetones!)
Belcebú!....
Si así huelen las mujeres,
marido ruin, ¿á qué quieres
oler tú?
- Benito.* El hombre nunca se gasta:
somos de distinta pasta.
- Ines.* ¡Mal veneno....
- Ines.* Pues, qué! lechuguino charro,
¿no somos todos del barro
damasceno?
- Benito.* Segun te muestras airada,
tú debes de ser casada.....
- Ines.* Por mi mal.
- Benito.* Y tu marido es un bruto....
- Ines.* Sí.
- Benito.* Que infringe el estatuto
conyugal.
- Usa pues de represalias
y pon á su nombre el *álías*
consabido.
- Ines.* Sí?
- Benito.* Arreglémonos los dos.
- Ines.* ¡Eso dice, santo Dios,
un marido!
¡Miráos en este espejo,
mujeres! Si ese consejo
que me das
toma un día tu consorte,
como otras ciento en la corte,
qué dirás?
- Benito.* Ó la mato ó me divorcio,
y así del fatal consorcio
me sacudo.
- Ines.* Eso es obrar como un bey.
- Benito.* Pche!....
- Ines.* Y esa ley.....
- Benito.* Es la ley
del embudo.
- Ines.* (Villano!)
- Benito.* (Mi señorito
no dirá que no le imito.)
- Ines.* (Merecia....)
- Benito.* Mas de ese riesgo se salva
mi mujer.
- Ines.* Sí?
- Benito.* Es una malva.
- Ines.* Sí?
- Benito.* Á fe mia.
Es incapaz de un desliz,
y me adora la infeliz
con delirio.
- Ines.* Sí?
- Benito.* Con apacible calma
sufrirá por mí la palma
del martirio.
- Ines.* (No puedo más.)
[Pellizcándole.] Insolente!
- Benito.* Ay!
- Ines.* Falso! judío!
- Benito.* ¡Tente,
sierpecilla!
- Ines.* Me conoces?
- Benito.* Sí, en lo suave.
Eres....
- Ines.* Bribon!
- Benito.* Ya se sabe;
mi costilla!
- Ines.* Niega ahora tus bastardos
instintos, tus picos pardos,
tus maldades.
- Benito.* Todo ha sido—ten prudencia!—
hipocresía, apariencia....
No te enfades.
Te conocí desde luego,
y haciendo el lindo don Diego....
- Ines.* Mientes, mientes!
- Benito.* Lo juro.
- Ines.* Infiel!
- Benito.* Por Dios, calla!

Ines. Pero ¡uñas tengo, canalla, tengo dientes!

Benito. El amo está allí.... Qué intentas?

Ines. Bien: ya ajustarémos cuentas. Ese fraque....

Benito. Tramoyas de don Miguel. Así me disfrazo aquel badulaque.

Ines. Para qué?

Benito. Ya lo sabrás.

[*Desprendiéndose del brazo de Ines.*]
Ahora no puedo....

Ines. Te vas?

Benito. Es forzoso. Ya nos veremos despues, y no dudes, cara Ines, que tu esposo.... Mas ¡tú en un baile de máscaras! Con qué objeto? con quién? Cáscaras! Me horripilo.

Ines. Sigo tus pasos, aleve.

Benito. La disculpa es llana y breve.

Ines. Cocodrilo!

Benito. Pero es proceder ambiguo el tuyo; y si yo averiguo....

Ines. Me amenazas?

Benito. No, pero....

Ines. ¡Necia de mí, necia!.... ¿Por qué no te di calabazas? Pero siga el regocijo; que despues.... Sólo te exijo, por ahora, que á don Miguel no le digas que me has visto, ni me sigas, ni....

Benito. [*Con ridícula gravedad.*]
Señora!....

Ines. Silencio y no hagas el bu. Tienen más honra que tú mis sandalias; mas si mueves alboroto....

Benito. Qué?

Ines. No echaré en saco roto lo del álías.

[*Vase por el foro.*]

ESCENA VII.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.
DOÑA POLICARPA. DON TORCUATO.
D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. BENITO.
JUGADORES. MÁSCARAS.

Benito. No puedo seguirla ahora, que el amo me espera allí.

Lupa. Maldito siete de bastos!

Hay suerte más infeliz?

Jug. 1.º [*Pagando.*]
Cuatro duros.

Maur. Cuatro.

Jug. 1.º Tres.

Jug. 4.º Mios.

Jug. 1.º Medio peso.

Higinia. Á mí.

Jug. 1.º Ahora, otro talla.

[*Cuenta el dinero.*]

Lupa. [*Al que tenga inmediato.*]
Me alegre; que nunca da uno en el quid con ese hombre.

Jug. 1.º Cuatro, seis, ocho....

Miguel. Yo tallo.

[*Llamando.*]
Fermin!

Lupa. Siempre echa la descargada.

Higinia. Vaya, señor de Solis; no ha hecho usted mal su agostillo.

Lupa. (Que no fuera yo alguacil!)

Jug. 1.º Apénas me he desquitado de lo que anoche perdí.

[*Levantándose y saludando.*]
Señoras mías.... Señores.... (Cuánto primo hay en Madrid!)

[*Vase.*]

Jug. 5.º Tres onzas se me ha llevado!

Jug. 6.º Yo dejo sobre el tapiz un empréstito de cinco: dos pagas, Marzo y Abril.

Jug. 5.º Vámonos, porque si nó, me voy á dejar aquí la cera de los oídos.

[*Vase.*]

Jug. 6.º (Me va á arañar Beatriz. Maldicion!....) Abur, señores.

[*Vase.*]

Miguel. No viene ese galopin?

ESCENA VIII.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.
DOÑA POLICARPA. D. TORCUATO.
D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. BENITO.
FERMIN. JUGADORES.

Fermin. Quién llama?

Miguel. Barajas, que estas hartos han dado ya de sí.

Policar. (Á fe que el nuevo banquero es un mozo muy gentil.)

[Además de los jugadores 1.º, 5.º y 6.º, se levantan algunos de los que no han hablado. D. Miguel ocupa el lugar del banquero, y D. Torcuato se apresura á sentarse á su lado por la derecha.]

Gines. [Rápidamente y al oído á Fermin.] De aquellas.....

Fermin. Ya estoy en autos.
[Vase.]

Maur. [Á D. Torcuato.] Quisiera sentarme ahí, si á usted le es indiferente....

Torc. Ya me he sentado, y ni al Cid en persona cedo yo mi silla.

Maur. (El hombre es cerril.)

Soy punto fuerte, y usted.....

Torc. (Hum! ya te veo venir.) Señor mío, cada cual juega sus maravedís cuando quiere y como quiere.

[Siéntase D. Mauricio á la derecha de D. Torcuato y D. Gines ocupa en la misma direccion la silla inmediata.]

Benito. [Sentándose á la izquierda de D. Miguel.]

(Hay capricho más pueril? Pero, pues así lo quiere, seamos su comodín.)

Fermin. [Volviendo.]

Las barajas.

[Pone un paquete de ellas sobre la mesa.]

Miguel. [Dándole un doblon.]

Casa y luces.
Lo que sobra, para ti.

ESCENA IX.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.

DOÑA POLICARPA. DON TORCUATO.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES.

BENITO. JUGADORES.

Miguel. [Desenvolviendo las barajas.]

¡Ea, á desbancarme pronto, señores!

Benito. Salga á lucir

el fondo, y veré.....

Miguel. Se entiende.

[Sacando dinero.]

Ahí va. ¿Son grano de anís seis onzas?

Benito. Valiente empeño!

¡gran batalla de Austerlitz vamos á ganar! seis onzas!

Miguel. Si usted quiere poner mil, es muy dueño de tallar.

Maur. Vendrá usted del Potosí tal vez.....

Benito. No; de Andalucía.

Soy natural de Guadix.

Miguel. Ya se infiere.....

Benito. En fin, no quiero

la ruina de este país.

Talle usted sus seis oncejas;

pero le debo advertir

que como fiesta de pólvora

se irán, si me hace tilín

una sota.

Miguel. Caballero!....

Lupa. Déjele usted.... Eso es changüí.

Miguel. Otras hay, si estas se pierden.—

Quién corta?

Benito. Yo.

[D. Miguel le acerca la baraja, corta Benito y aquel echa el albur.]

Higinia. (Qué incivil!)

Jug. 2.º Al tres.

Lupa. Á ese cinco.

Maur. Al cinco.

Higinia. Al tres.

Miguel. Juego.

Benito. [Poniendo una moneda.]

Medio luis

de plata al cinco.

Miguel. ¿Es todo ese,

compadre, el tren de batir

con que usted me amenazó?

Yo esperaba un celemin

de onzas.....

Benito. Un poco de flemma.

Yo no me caliento así

como quiera.

Miguel. Buen apunte!

Benito. Protesto del retintín.

Miguel. [Con chunga.]

Va dentro, ó fuera?

Benito. Mitad

y mitad.

Miguel. Ya; *mich* y *mich*.

Benito. Y fuera de doble: estamos?

Lupa. [Á un jugador.]

Hum, qué cócora!

Policar. [Á otro.] Qué ruin!

Miguel. [Echando el gallo.]

Juego.— Dos y rey.

Policar. Al dos.

Jug. 4.º Al rey.

Gines. Al dos.

Benito. [Deteniendo la mano de D. Miguel cuando va á volver la baraja.]

Alto ahí!

El medio luis va de párolí
contra el dos.

Miguel. Sí? ¡Qué feliz
ocurrencia!

Benito. Como mia.

Torc. (No hay fiesta sin arlequin.)

Miguel. Compadre, no bastará
el tratado de Bails
para ajustar esa cuenta.

Benito. El que talla ha de servir
á todo el mundo.

Miguel. El que talla
sería cobárde y vil
si aguantase las sandeces
de cualquier chisgarabis.

Benito. [Incorporándose.]

¿Qué se entiende...

Maur. Eh! para broma
ya basta.

Benito. [Alzando la voz.]

No hay broma ni....
Quiero jugar á mi gusto;
que no es condicion servil
la mia, y....

Policar. Jesus!

Maur. Silencio!

Lupa. ¡Armar la de San Quintín
por nada!...

[Murmullo general.]

Benito. Yo....

Torc. (¿Qué garito
no suele acabar así?)

Miguel. [Imponiendo silencio con sus ademanes y levantándose.]

Hablemos claro. Si hay hambre
y apela usted á ese ardid
para armarse, ahí va un doblon,
y lárguese usted de aquí.

Benito. Usted me insulta!

Miguel. [Cogiendo un candelero.]

¿Le apago
esta vela en la nariz?

Benito. [Cogiendo otro candelero.]

Primero....

[Un jugador sujeta el brazo de Benito y D. Mauricio el de D. Miguel. To-

dos se levantan, ménos D. Torcuato.
Algunas máscaras que llegan de dis-
tintos puntos aumentan el grupo y la
confusion. Las mujeres chillan.]

Higinia.

Ay!

Policar.

Por Dios!

Jugad.º

Señores!

Otros.

Juicio!

Gines.

Prudencia!

Lupa.

[Gritando.]

Fermin!

Maur.

¡Chito, que comprometemos
á doña Aldonza!

Gines.

La lid

se aplace....

Lupa.

Mátense ustedes
donde no suene el violín;
que esto es una incongruencia.

Miguel.

Conformes. Mañana....

Benito.

Sí.

Miguel.

[Dándole una tarjeta.]

Mi nombre y mi casa.

Benito.

Entiendo.

Miguel.

Extramuros....

Benito.

Ya.

Miguel.

Hay jardín....

Benito.

Mejor. Cuando al alba nueva
salude la codorniz,
nuestros plenipotenciarios
arreglarán el festin.

Miguel.

Su gracia de usted?

Benito.

(¿Qué nombre
fingiré yo?) En el dantzik
me he dejado las tarjetas,
que son de hermoso barniz....
(Ah! el de Manila.... No temo
que me venga á desmentir.)
Mas lo diré verbalmente.
Me llamo Torcuato Ruiz.
Torc. (¿Qué oigo! ¡Vive Dios... ¡Un quídam
de tan grotesco perfil
llevar mi nombre!...)

Benito.

[Retirando su puesta.]

Ahora bien,

retiro mi medio luis.

Torc.

(Yo le diré.... Mas guardemos
el incógnito hasta el fin.)

Benito.

Lo dicho.

Miguel.

Lo dicho.

Benito.

Venga
esa mano varonil.

[Se dan las manos.]

Miguel.

Hasta mañana.

Benito.

Mañana

dejará usted de existir.

Miguel.

Bah!

[Se sienta, y asimismo los jugadores
que se habian levantado. Las máscaras
vuelven á su anterior movimiento.]

Benito. [*Yéndose hacia el foro.*]

(No he salido del paso
tan mal como presumí.
Busquemos ahora á Ines;
que tengo el alma en un tris.)

ESCENA X.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.
DOÑA POLICARPA. DON TORCUATO.
D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES.
JUGADORES.

Maur. Hola! pues parece jaque
el hidalgo guadijeño.

Miguel. No es para quitarme el sueño
un hombre de aquel empaque.

Gines. Será en todo fanfarron
como lo es en el dinero.

Miguel. Y si no, mañana espero
darle una buena leccion.

Lupa. Basta!....

Maur. } Al juego!

Gines. }
Miguel. Bien decís.

[*Echando cartas.*]

Juego.

Higinia. Ha sido mucha audacia.....

Miguel. No tal. Á mí me ha hecho gracia
el hombre del medio luis.—
Rey.—Un duro.

Jug. 4.º [*Al de su lado.*] Ves? No falla.—
Á mí.

Maur. Como siempre dás
la descargada.....

Miguel. Ahora el tres,
y redondeo la talla.

Lupa. (Me da cada brinco
el corazon.....)

Jug. 3.º Mucho tarda!

Lupa. Un cinco, ángel de la guarda!

Miguel. El tres.

Lupa. Ya; si iba yo al cinco!

Miguel. Medio.

Jug. 2.º Á mí.

Miguel. Peseta.

Higinia. Mia.

Miguel. [*Recogiéndolo las cartas y barajando.*]

Empezamos con buen pié.
Quién corta?

Gines. Yo cortaré.

Jug. 4.º [*Meditando.*]

Rey contra dos..... La judía!

Miguel. Corta.

Gines. [*Pulsando la baraja.*]

(Si aparece un as,
no estará el otro distante.)

Torc. (Mucho tecleas, tunante!)

Lupa. Otro cinco ó Barrabas!

Jug. 4.º Á la sota.

Jug. 2.º Al cinco.

Miguel. Juego.

Policar. Mi peseta..... No; iré al gallo.

Miguel. Norabuena.—As y caballo.

[*Doña Policarpa apunta al as.*]

Gines. Al as esa onza.

Miguel. Fuego!

Gines. Es mi carta favorita.

Maur. El caballo no es mi fuerte.

[*Poniendo un billete.*]

Juego al as: sigo tu suerte.
Tronemos en comandita.

Miguel. [*Abriendo el billete.*]

Mil?

Maur. Quinientos nada más.

Miguel. Pues los pierdes de seguro.

Lupa. Al caballo medio duro.

Miguel. [*En actitud de levantar la baraja. Don
Torcuato le detiene.*]

Juego.

Torc. Alto!—Copado al as.

[*Saca una cartera y la coloca junto
al naipe.*]

Maur. Buena salida de tono!

Miguel. Copado?

Torc. Pues ¡no que no!

Gines. [*En voz baja á D. Mauricio.*]

Este es más griego que yo.

Miguel. Pues si usted copa, yo abono.

[*Pone en la mesa el resto de su dinero,
que consiste en un billete de banco y
algunas onzas.*]

(Á quedar mondo y lirondo
quizá el orgullo me obliga.)

Torc. Permita usted que le diga
que no me basta ese fondo.

Miguel. Pues cuánto hay en la cartera?

Torc. Tres mil duros.

[*Abre la cartera y muestra los billetes
á los circunstantes.*]

Higinia. (Es un creso!)

Miguel. Bien; no me apuro por eso.
(Ó soy ó no calavera.)

Mas acaso usted no me abra crédito de tal cuantía con la sola garantía de mi nombre y mi palabra.

Torc. Sí. No es usted caballero? No lo son estos señores?

Miguel. (Si pierdo..... Me dan sudores.)

Jug. 3.º Tres mil duros! Ya es dinero!

Gines. Pues señor, con esta fecha me retiro.

[Guarda su onza.]

Maur. [Retirando el billete.]

Tambien sobre yo. Aunque gane, ¿cuándo cobro si copó el de la derecha?

[Aparte con D. Gines.]

Qué culebron!

Gines. Golpe en vago!

Torc. Ponga usted á la contraria, si gusta; la suerte es varia, y yo á todos cobro y pago.

Maur. No hay prisa: jugaré luego.

Jug. 4.º [Poniendo una moneda.]

Al caballo.

Policar. (Por si peta, dejo en el as mi peseta.)

Miguel. (Ea, pecho al agua!) Juego.

[Vuelve la baraja, muestra la carta que está en puerta y la separa muy despacio de las demas brujuleando la pinta.]

Rey en puerta, camaradas.

Torc. Ya tiembla el pulso?

Miguel. Eh! no tal.

(Pesa esta carta un quintal.)

Gines. [Viendo la pinta.]

Espadas.

Miguel. [Acabando de descubrir la segunda carta.]

El as de espadas!

[Con risa forzada.]

He tronado. (Oh cielo!) Abur! (Se me pega la saliva.) Retírense los de arriba:

[Retiran sus puestas los que habian jugado al cinco y á la sota.]

no hay fondo para el albur.

[Á D. Torcuato.]

Liquidemos, y mañana.....

Torc. Sí.

Miguel. (Desbancarme este tio!)

Torc. [Cobrando las puestas del caballo y reuniéndolas al fondo.]

Lo de la contraria es mio.

[Dando su peseta á doña Policarpa.]

Esta peseta no gana.

Policar. (Ruín!)

Lupa. (Rústico!)

Torc. [Contando el dinero y tomando apuntes en su cartera.]

En el tapete hay: onzas,.... diez: tres doblones: seis.... siete napoleones: mil reales en un billete. Sumemos.....

Miguel. (Fatal revers!)

Policar. (Hombre cicatero y vill!)

Torc. Total, reales cuatro mil quinientos setenta y tres. Vea usted.....

Miguel. Estoy conforme.

Torc. Hasta tres mil duros.....

Miguel. Bien.

Torc. Que tengo aquí de reten, hay un déficit enorme.

Miguel. Ya sé.....

Torc. (Le pongo en un brete.)

Miguel. No esperaré al alguacil.....

Torc. Son cincuenta y cinco mil cuatrocientos veintisiete.

[Guarda el dinero y la cartera y se levanta.]

Miguel. [Levantándose y dándole otra tarjeta.]

Basta. Honre usted, le suplico, mi casa mañana.....

Torc. Sí;

allí tendré el gusto.....

Miguel. Allí saldaremos ese pico.

Torc. Adios.

Miguel. Adios.

[Vuelve á sentarse y se queda meditando.]

Torc. (Sin camisa se quedará y sin paredes si el cielo.....) Saludo á ustedes. (Ahora, traslado á Felisa.)

ESCENA XI.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.
DOÑA POLICARPA. D. MIGUEL. D. MAURICIO.
D. GINES. JUGADORES.

Jug. 2.º Qué suerte de hombre!

Lupa. Sí, suerte!

Fullería, trapisonda.

Tiene una cara de cuco!....
Policar. Yo digo que es un idiota.
Lupa. Tres mil duros á una carta!
 ¡y cobrar á una señora
 diez reales!
Policar. ¡Y no doblar
 mi peseta! Ese hombre copa!
Maur. Y desbanca!
Higinia. Eh! vaya al diantre....
 Quién talla? Esto es lo que importa.
 [Un momento de silencio. Algunos
 jugadores se levantan y otros se van
 al salon de baile.]

Nadie se anima?
Lupa. [Tomando una baraja.]
 Si ustedes
 apuntan con parsimonia,
 yo tallaré....
Jug. 2.º [Levantándose.]
 Ya es muy tarde.
Jug. 3.º Y despues de una derrota
 tan atroz ¿quién es el guapo
 que compromete su bolsa?
 [Se levantan las señoras. Quedan sen-
 tados y en conversacion D. Miguel,
 D. Mauricio, D. Gines y otros dos
 jugadores. Otros tres forman de pié
 un corrillo.]

Higinia. Vámonos pues al salon,
 Policarpa.
 [Saludan y hablando entre sí desapa-
 recen por el foro.]

Policar. ¡Media onza
 peseta á peseta!.... Higinia!
 Si hoy no me da una congoja....

Lupa. [Yéndose tambien hácia el foro.]
 (Qué sino, qué sino tengo!
 Me desquitaría ahora;
 lo sé de fijo; ¡y me dejan
 corrida como una mona!)

[Al jugador 5.º que viene del salon.]

Ha visto usted á mi chica?
Jug. 5.º Sí; bailando está la polca
 con Urrutia.

[Se incorpora á los del corrillo.]

Lupa. (¡Ella bailando,
 y yo bramando de cólera!
 No, no; á casa! El arrapiezo!
 la monuela! la mocosa!)

[Se va refunfuñando.]

ESCENA XII.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. JUGA-
 DORES. MÁSCARAS.

Maur. [Aparte con D. Miguel y D. Gines.]
 Qué es eso, Miguel?

Miguel. Mauricio!....

Maur. Así tu ánimo se postra?
 Qué diablo!.... Si pierdes hoy,
 mañana será otra cosa.

Gines. En efecto; y tres mil duros
 son para ti una bicoca.

Miguel. Pues ya!.... (Otro golpe como este,
 y tendré que ir á la sopa.)

Maur. A todo turbio correr,
 apelemos á la boda.....

Miguel. (La boda!....)

Maur. Y sales de apuros
 con el dote de la novia.

Miguel. Veremos....

Maur. Hoy te has portado.

Miguel. Sí?

Gines. Te has colmado de gloria.

Maur. Impertérrito en el juego,
 emprendedor con las mozas,
 duelista.... Dame esos cinco.

[Le aprieta la mano.]

Miguel. Yo celebro....

Maur. (Ni el de Coria!)

Gines. [Apretándole la otra mano.]

Ya eres del gremio.

Miguel. [Con fatuidad.] ¿De veras!
 (Caro me cuesta el diploma!)

Maur. Yo te rindo el pabellon.

Gines. Contigo soy yo una monja.

Miguel. No sonrojeis á un recluta
 que hasta el dia no blasona
 sino de hazañas vulgares.
 Pero, si el númen me sopla,
 quizá.....

Maur. Sepamos tu plan
 para mañana.

[Siguen hablando entre sí, y lo mismo
 los otros dos grupos.]

ESCENA XIII.

FELISA. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES.
 D. TORCUATO. JUGADORES. MÁSCARAS.

Felisa. [Aparte con D. Torcuato.]

Una broma
 ligera. Yo no he tomado

parte activa en esta historia
todavía.

[*Mirando á la mesa.*]

Torc. Cómo! áun juegan!
No es para exponerse á otra
la leccion que ha recibido.

[*Siguen hablando aparte.*]

Miguel. (Qué idea tan luminosa!)

[*En alta voz. Todos prestan atencion.*]

Felisa. Señores!
Él habla. Oigamos.

Miguel. [*Á D. Mauricio y D. Gines.*]

Me vais á tejer coronas
de laurel. De hoy más, mi nombre
será famoso en Europa.

[*Levantándose. Los que están sentados hacen lo mismo, y se acercan á la mesa los que se habian apartado de ella.*]

Dos palabras, caballeros.
Mi señora doña Aldonza
da á palo seco sus bailes,
y esperar aquí la aurora
sin cenar, es bobería.
Ahora bien, si ustedes me honran,
para probar que la pérdida
de esta noche no me agobia,
yo hago el gasto para todos.

Maur. Viva esa firmeza estoica!

Miguel. Mas primero necesito
realizar á toda costa
algunos fondos.

[*Sacando el retrato de Felisa.*]

Señores!....

Rifo esta alhaja.

Jug. 4.º Á ver?... Oiga!

Jug. 2.º Un retrato?

Felisa. [*Acercándose de puntillas y hablando aparte con D. Torcuato.*]

Ay Dios, el mio!

Maur. ¿El de la dama infanzona

que aspira á tu blanca mano!

Felisa. Oh accion indigna, alevosa!....

Torc. Calla.

Gines. ¿Qué haces, temerario!

Jug. 4.º Qué linda!

Maur. ¿Así te divorcias
de un pingüe dote....

Miguel. Pues ¡qué!
¿no es mil veces más preciosa
mi libertad?

Jug. 3.º Es divina!

Maur. Poner en rifa á su novia!
Eres un héroe, y ni César,
ni Pirro, ni Epaminondas
dieron (ah necio!) tan alto
asunto á bronces y trompas.

Miguel. Ea, á dos duros la carta!
Jug. 4.º Y ¿qué hacemos con la copia,
sin original?....

Miguel. El marco—
mirad!—es de oro y aljófár.

[*Siguen examinando el retrato con risa y algazara.*]

Felisa. Infame!.... No puedo más!

Torc. Aquí no estás bien ahora.

Vete. Yo rescataré
la prenda.

ESCENA XIV.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. DON
TORCUATO. JUGADORES. MÁSCARAS.

Miguel. [*Poniendo el retrato sobre la mesa, tomando una baraja y presentándola en forma de abanico.*]

Vamos, ¿quién compra
cartas?

Gines. Vengan cinco.

[*Las toma á su eleccion y pone su importe sobre la mesa.*]

Torc. Vengan
todas las restantes.

[*Toma el resto de la baraja.*]

Maur. Hola!

Miguel. Cómo! ¿es usted....

Torc. Sí, señor.

Miguel. Caballero.... Yo.... Me choca....

Torc. Así será más sencilla
la operacion y más pronta.
Dando una á una las cartas
hay rifa para tres horas.

Miguel. Pero... (Es mi mal genio este hombre.)
Si usted se las lleva todas....

Torc. Yo soy así...., codicioso,
y cuando próspero sopla
el viento de la fortuna,
nunca le vuelvo la proa.

Gines. Acaso este caballero
conocerá á la señora
cuya....

Torc. No lo sé: áun no he visto
el retrato, ni me importa;
pero las rifas me tientan

y las pinturas me arroban.
Ea, tire usted; que es tarde
y se cerrarán las fondas.

Miguel. (Qué haré?)

Torc. Por vida del chápito!....

¡Ocurrirle tan donosa
diablura, y faltarle aliento
para ponerla por obra!

Miguel. Señor mío!....

Maur. [Al oído.] No te piques;
que te hundirás si lo notan.

Torc. O no echarla de tronera,
ó serlo en debida forma:
ó servir á Dios, ó al diablo;
lo demas es ser hipócrita.

Gines. Bien dice! (Este tío.... impone.)

Miguel. Eh! ya basta de parola.
Yo nunca me vuelvo atras,
y si todos se conforman....

Jugad.^s Por qué no?—Sí.

Miguel. [Tomando otra baraja.]

Barajemos.

Torc. Permita usted que ántes ponga
sobre la mesa el dinero.

[Lo hace.]

(Si con cinco cartas solas

[Mostrando á D. Gines.]

se lleva este hombre la alhaja,
será preciso que escoja
ó el oro de esta cartera,

[La guarda.—Tentándose un bolsillo.]

ó el plomo de esta pistola.)

Miguel. Al primer naipe?

Torc. Se entiende.

Á qué gastar ceremonias?

Miguel. Corte usted.

Torc. [Lo hace.] Corto.

Miguel. [Volviendo la baraja, y presentando
la primera carta.]

El seis de oros.

Gines. [Mirando sus cinco cartas.]

No está aquí!

Torc. [Arrebatando el retrato.]

Mia es la joya!

[Guardándolo.]

Buenas noches, caballeros.

[Yéndose.]

(Oh gozo! oh ventura! oh gloria!)

ESCENA XV.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES.

JUGADORES. MÁSCARAS.

Maur. ¡Qué ufano va y qué contento
con su bella miniatura!

Miguel. (Y yo tengo calentura.)

Gines. Qué aire de remordimiento!

Miguel. [Con risa forzada.]

Yo!.... Quiá!

Maur. Damas cuantas quieras
te ha de valer este rasgo.
Amor es un lindo trasgo
que protege á los troneras.

Gines. ¿Conque son mil y seiscientos....

Si se adopta la tarifa,
mañana te pongo en rifa,
iman de mis pensamientos.

Maur. Dejemos ya este episodio,
y á cenar!

Miguel. Dónde?

Gines. En Lardí?

[Siguen hablando bajo. Aparece Felisa
por la derecha.]

ESCENA XVI.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. FELISA.

JUGADORES. MÁSCARAS.

Felisa. (Buen tutor! Todo lo oí.
Me salva! Es mi ángel custodio.
Mas aunque me riña luégo,
yo he de echar mi cuarto á espadas.)

Miguel. Ea, á cenar, camaradas!

Maur. Broma hasta el día!

Felisa. (Yo llego.)

Chit!....

Hola! á quién? á mí?

No.

Maur. Pues ¿á quién?

Felisa. Á don Miguel.

Maur. Lo dije!

Todas á él!

Gines. Otra diosa!....

Miguel. [Con afectada indiferencia.]

Un dominó!

Qué quieres, linda zagala?

Felisa. Hablarte en particular.

Miguel. [Aparte con sus amigos.]

La convidaré á cenar.

Maur. } Sí.

Gines. } Esperadme en esa sala.

Miguel.

[Don Mauricio, D. Gines y los jugadores se retiran por la izquierda.]

ESCENA XVII.

FELISA. D. MIGUEL. MÁSCARAS.

Miguel. Quién eres?*Felisa.* Soy mensajera
de la dama del retrato,
y vengo á ver si rescato
á la pobre prisionera.*Miguel.* (Cielos!) Yo... ¿Quién...*Felisa.* Es crueldad
que una cara no muy fea
por tu ingratitud se vea
en el Monte de Piedad.*Miguel.* Yo... El retrato...*Felisa.* Ah! ¿ya confiesas...*Miguel.* No.—En casa me lo dejé.*Felisa.* ¿Y qué dirá, si lo ve,
la niña de las Salesas?*Miguel.* Cómo!.. (Es bruja?) Tú... ¡Es posible...
Si eres....*Felisa.* Claro está.*Miguel.* (Me abisma!)
Si eres la..... (Sudo!)*Felisa.* La misma.*Miguel.* (Oh rifa infausta y horrible!)
Perdona! Un bárbaro acceso
de incomprensible locura.....*Felisa.* Cinco onzas, y en miniatura!
Pagada está con exceso.*Miguel.* Ah! no con tono burlon
cuando tu piedad aguardo
aguces, mi bien, el dardo
que me rasga el corazón.
Arrepentido, confuso,
desolado.....*Felisa.* (Así te quiero.)*Miguel.* De alevé y mal caballero
ante tus plantas me acuso.*Felisa.* Acusarte! ¿Así desmientes
tu bien adquirida fama?

[Riéndose.]

Ja, ja....

Miguel. [Desconcertado.]

Pero.... esa soflama....

Felisa. Menguado! Ya te arrepientes....*Miguel.* Yo.....*Felisa.* Tronera vergonzante!*Miguel.* Llevas careta, y no sé
cómo.... á quién....*Felisa.* Yo arrancaré
la que cubre tu semblante.
Delante de tus amigos
haré que tu afrenta llores....*Miguel.* Tente!...*Felisa.* Diciendo:

[Esforzando un poco la voz.]

Señores!

sean ustedes testigos.....

Miguel. Por Cristo, baja la voz!
Me pones en un conflicto
si en son de público edicto....
Mascarita, eres atroz!*Felisa.* ¿Qué he de hacer con un proteo
que así provoca mi saña
desmintiendo la alta hazaña
que era mi mayor trofeo?*Miguel.* Luego ¿no eres,—pesia tal!
la del retrato?*Felisa.* Ay de mí!
Pluguiera al cielo que sí!—
Soy víctima..... original.*Miguel.* Pues ¿cuándo... Yo... ¿Qué interes...*Felisa.* ¿No te dice el alma á voces
quién soy? ¿Ya no reconoces
á Adelaida la de Ucles?*Miguel.* (Esta es otra!)*Felisa.* Qué te pasma?*Miguel.* Tú Adelaida?*Felisa.* Yo que te hablo.*Miguel.* (¿Habrás dado cuerpo el diablo
á mi fingido fantasma?)

[Para sí, pero en alta voz.]

Ah! ya caigo.... Sí, ella es.

Felisa. Quién?*Miguel.* La mujer de Benito.*Felisa.* Yo?*Miguel.* Con tu broma estoy frito.

Dios te lo demande, Ines!

Felisa. Yo Ines! yo nombre del vulgo?
yo de un Benito, qué afrenta!
mujer....; mal digo; parienta?
Calla, calla, ó te excomulgo.*Miguel.* Con efecto, eres más alta....
tu voz tiene otro metal....
¿Quién eres, mujer fatal!
Ya la bilis se me exalta.
La mano....*Felisa.* [Quitándose el guante de la mano de-
recha y dándosela.]

Mírala atento.

Con ella te di mi fe
cuando contigo salté
las paredes del convento.*Miguel.* Este anillo....*Felisa.* Un testimonio
de tu amor.*Miguel.* (Hum!) Sí...*Felisa.* El de márras.*Miguel.* Ya.
Felisa. El que tú me diste en arras
del pactado matrimonio.*Miguel.* [Entre dientes.]

Vive Dios!....

Felisa. Eh? Niega pues
que soy....*Miguel.* Serás quien quisieres.

Felisa. [Alzando la voz.]

Caballeros!....

Miguel. Calla! Sí, eres
Adelaida la de Ucles.

Pero ¿á qué vienes aquí?

Felisa. Con un objeto muy santo.

Felisa. Qué objeto?

Saber en cuánto
me vas á rifar á mí.

Miguel. Oh! al fin me haces estallar.

¿Á qué atormentarme así,

si ni tú á mí ni yo á ti

nos podemos engañar?

Acabemos! Yo he de ver

las armas con que me hieres;

yo quiero saber quién eres,

ángel, demonio ó mujer.

Felisa. Una criatura humana

que se interesa por ti.

Miguel. Me amas?

Felisa. Sí.

Miguel. Mucho?

Felisa. Así, así;

como amiga, como hermana.....

Más de lo que tú mereces.

Miguel. Pues bien, á tus piés me postro

y.....

Felisa. [Deteniéndole.]

Tente!

Miguel. Muéstrame el rostro:

te lo ruego una y mil veces.

Felisa. ¿No temes.....

Miguel. Nada me arredra.

Felisa. Sea. Ven hacia esta parte.

[Se le lleva á los bastidores de la derecha, quedando Felisa de espaldas á los de la izquierda.]

Miguel. Alza ya.....

Felisa. Vas á quedarte

como una estatua de piedra.

Nos ven?

Miguel. No; todos se han ido.

Vamos, mi ruego te venza.....

[Felisa se quita la careta.]

Ah!

[Se queda estupefacto.]

Felisa. Muérete de vergüenza,

si alguna vez la has tenido.

Miguel. Muerto soy! Perdon! piedad!....

Maur. [Dentro.]

Miguel!

Felisa. Silencio.

ESCENA XVIII.

FELISA. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES.
JUGADORES. MÁSCARAS.

Gines. ;Aun los dos
aquí!

Miguel. [Á Felisa en voz baja; ella se pone
la careta.]

Tápate por Dios!

Maur. Es mucha morosidad.

Gines. El hambre nos trae aquí.

Maur. Si te ha flechado esa bella,

tráela y cenemos con ella....,

ó cenaremos sin ti.

Felisa. [Aparte con D. Miguel.]

Pagado tengo el escote,
y bien pudiera.....

Miguel. [En tono suplicante.] Ah señora!....

Felisa. Mas no ceno yo á tal hora
ni entre tanto monigote.

Miguel. [Á sus amigos.]

Esta señora no cena:
ya os sigo...., con su permiso.

[En voz baja.]

Perdone usted..... Es preciso.....

Felisa. Vaya usted muy norabuena.

Miguel. Nos veremos? (Pierdo el juicio!)

Felisa. [Desdeñosa y sentándose.]

No sé. Adios.

Miguel. (Tanto desastre!)

Felisa. (Temo que al vicio le arrastre
la hipocresía del vicio.)

Maur. [Aparte con D. Miguel, tomándole del
brazo.]

Qué tienes?

Miguel. (Noche infernal!)

[Con risa forzada.]

Nada!

*Jugad.** Á cenar!

Felisa. (Insensato!)

Miguel. [Siguiendo á los demas.]

(Ay fatídico retrato!

[Volviendo la vista hacia Felisa.]

Ay divino original!)

ESCENA XIX.

FELISA. INES. MÁSCARAS.

Felisa. Pobre Miguel! Él es bueno,
pero el ejempló maldito.....

[*Se quita la careta y se levanta.*]

Ines. [*Llegando por la derecha.*]

Aquí está.

Felisa. Ines! Y Benito?

Ines. Cantó lo suyo y lo ajeno.

Felisa. Pues ¿qué hay? Cuéntame...

Ines. [*Quitándose la careta.*] Mañana
se bate con don Miguel.

Felisa. ¿Cómo.....

Ines. Farsa...

[*Mirando al foro.*]

Ah! ¿no es aquel...

Sí, con una valenciana.....

¡Y me juraba de hinojos.....

Felisa. Ines!.... ¡Oye.....

Ines. Aleve! ingrato!

Vuelo..... Ahí está don Torcuato.—

Le voy á sacar los ojos.

ESCENA XX.

FELISA. D. TORCUATO. MÁSCARAS.

Felisa. Pobre chica!.... ¡Qué bribones
todos!

Torc. Aquí estabas!

Felisa. Sí.

Torc. ¡Y yo de aquí para allí
buscándote en los salones!

Felisa. Le vi, le hablé: estoy vengada.

Torc. Sí?

Felisa. ¡Cuál su tormento fué
cuando viva le mostré
á la que él rifó pintada!

Torc. Sabe ya quién eres?

Felisa. No,
ni lo ha de saber tampoco
hasta que le vuelva loco

la dama del dominó.

Torc. Yo (ay Dios!) que tu bien deseo
más que el mio...

[*Saca el retrato.*]

Felisa. Ah! Don Torcuato!

Torc. Vuelvo el cautivo retrato.....

Felisa. No! Guarde usted su trofeo.

Torc. Ah!.... Se hizo para Miguel,
y yo.....

Felisa. En buena mano está.

¡Usted no me venderá

como me ha vendido él!

Torc. No. Primero el corazón

me arrancarian.....

Felisa. Lo sé.

Torc. Y.... ¿Cómo debe mi fe
interpretar este don?

Felisa. Callar me manda el recato.

Torc. Podrá tan dulce favor

ser de pupila á tutor....

Felisa. Ó de Felisa á Torcuato.

[*La música toca y desaparecen las
máscaras.*]

Torc. Ah! muera á tus piés de gozo
quien.....

Felisa. [*Deteniéndole.*]

Quieto. Oye usted el son?

Bailemos un rigodon.

Torc. Sí, sí. Oh Dios! Hoy me remozo.—

Mas ¡tan linda criatura

con este rudo mastranzo!....

Veinte años ha que no danzo....

No; quita allá! qué locura!—

Con todo, estaré en un potro,

francamente te lo digo,

si tras no bailar conmigo,

te veo bailar con otro.

Felisa. No haré yo tal: Dios me guarde!

Torc. Mi bien!....

Felisa. Busquemos á Ines,

y volvámonos los tres

á la quinta; que ya es tarde.

Allí, si el cielo es propicio,

por el sistema homeopático

curaremos á un maniático

la hipocresía del vicio.

[*Vanse por el foro.*]

ACTO TERCERO.

Jardin en la quinta de D. Miguel. En el foro la fachada interior de la casa, con puerta grande dejando ver una parte del zaguan, á cuya opuesta extremidad se supone estar la puerta principal de la misma posesion. Encima de la que mira al jardin habrá un cuadrante. A la derecha del actor un pabellon, con puerta, que aparece cerrada: á la izquierda árboles: á cada lado un banco de piedra.

ESCENA I.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES.

Miguel. ¿Conque el duelo es á pistola
y á veinte pasos?

[*Hace D. Mauricio una seña afirmativa.*]

Corriente.

Maur. Las armas están allí.

• [*Sobre el banco de la derecha.*]

Mas tu enemigo no viene.
Su padrino y yo acordamos
que os mataseis á las nueve,
y ya el cuarto se aproxima
si aquella muestra no miente.

Gines. Quizá se habrá arrepentido.....

Maur. Por no quebrantar las leyes.....

Miguel. La del honor es primero.

Gines. Pero da un asco la muerte!....

Miguel. Aún vendrá. Siempre hay qué hacer
en momentos tan solemnes.
La última disposicion,
cartas.....

Gines. Y tú ¿no previenes.....

Miguel. Yo? nada. Ó muero ó le mato.
Si ha de ser feliz mi suerte,
excuso perder el tiempo
embadurnando papeles;
si está escrito que una bala
me ha de taladrar la frente,
abur! Tal día hizo un año:
una vez sola se muere.
Quiero hasta el último instante
vivir tranquilo y alegre
y no compungir el alma
cuando el cuerpo no me duele.

Maur. [*Á D. Gines en voz baja.*]

Su serenidad me pasma.

Miguel. En este trance, creedme,
sólo una cosa me aflige.

Gines. ¿No tener aquí parientes

que te lloren.....

Miguel. Nada de eso.

Maur. ¿Que otro las gracias herede
de tu divina Adelaida?

Miguel. Tampoco.

Gines. Pues ¿qué te escuece?

Miguel. El chasco á que os exponeis
si mi adversario me vence.
No es nada! Estar convidados
á un opíparo banquete,
¡y haberlo de conmutar
por una misa de *réquiem*!

Gines. Bravo!

Maur. Feliz ocurrencia!

[*Don Miguel, talareando una cancion,
abre la caja de las pistolas y las re-
conoce con afectada indolencia.*]

Gines. [*Aparte con D. Mauricio.*]

Cáspita! Te digo que este
recluta lleva camino
de ser pronto nuestro jefe.

Maur. [*Á D. Miguel.*]

Celebro tu sangre fria,
tu indiferencia.....

Gines. Alma fuerte!

Maur. Anoche al salir del baile
ibas algo intercadente.....

Miguel. Cavilaciones...., flaquezas....,
dejos del antiguo régimen....
Pero en la cena ya visteis
que me porté como un héroe.

Gines. Cierto.

Miguel. (Ó dame más valor,
conciencia, ó no me atormentes.)

Maur. Pero ¿cuándo nos presentas
á tu ex-colegiala?

Miguel. En breve.

Hícela salir de casa
para que aquí no se encuentre
cuando en singular combate
con aquel hombre.....

[*Asoman por la puerta de la quinta
Benito y D. Fabian.*]

Ahí le tienes.

ESCENA II.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES.
BENITO. D. FABIAN.

Benito. Muy buenos días, señores.

Miguel. Bien venido.

Benito. Usted dispense la tardanza. Tengo un sueño muy pesado.

Maur. [*Aparte con D. Fabian.*]

¡Este hombre duerme en vísperas de batirse!

Fabian. Le digo á usted que es un nene....
Ya, ya!

Maur. Bien. Me felicito de que mi ahijado tropiece con un rival digno de él.

Benito. El señor don Fabian Perez, mi camarada y padrino, me ha puesto en antecedentes. Cárguense pues las pistolas, y al avío!; que se se pierde el tiempo.

[*D. Mauricio y D. Fabian cargan las pistolas.*]

Gines. Yo sobro aquí....

Miguel. Tú á distancia competente observarás.

Gines. Está bien.

[*Se pasea por detras de los otros interlocutores.*]

Benito. [*Aparte con D. Miguel.*]

¿Conque al principio muy terne....

Miguel. Sí.

Benito. Y en el momento crítico....

Miguel. Pues.

Benito. Entono el miserere.

Maur. [*Á Benito, presentando las pistolas.*]

Ya están las armas cargadas.

Tome usted....

Benito. [*Á D. Miguel.*] La que usted deje.

Miguel. [*Tomando una con la cabeza vuelta á otro lado.*]

Cualquiera.

Benito. [*Tomando la otra.*]

Esta yo. No quita lo cortés á lo valiente.
Y para probar á usted que el rencor no tiene albergue en mi noble corazon, si de véras se arrepiente y canta una palinodia capaz de satisfacerme....

Miguel. Palinodia? Voto á briós!....

Benito. Bien, bien. Conque erre que erre? Muy buen provecho.—Le mato como cinco y dos son siete.

Miguel. Eso ¿es caridad...., ó miedo?

Benito. Miedo? Hum!.. Yo...

Torc. [*Apareciendo por la puerta del foro.*]
Dios guarde á ustedes.

ESCENA III.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. DON
TORCUATO. BENITO. D. FABIAN.

Miguel. Quién llega? (Otra vez ese hombre!) Aquí usted! Esta visita....

Torc. Me asombra el que usted se asombre.

¿Ha olvidado usted la cita....

Miguel. Pero á tal hora, no creo que, fuera del aguador, nadie....

Torc. No obstante, yo veo que es usted madrugador.

Miguel. Es que hoy llamándome está un negocio de más bulto.

Torc. Para usted, así será; para mí, lo dificulto.—

Ah! entiendo. Estamos seguros?

Maur. Quieren ventilar á solas....

Torc. Ya, ya: un jardin extramuros...., padrinos...., sendas pistolas....

Benito. Mi noble competidor, franco, galante, espontáneo, me concede el alto honor de hacerle añicos el cráneo.

Torc. ¿Usted.... Ya caigo: el de ayer.

Benito. La vida tiene en un tris.

Torc. Mucho me alegro de ver al hombre del medio luis.

Miguel. Ya ve usted que lo primero es despachar nuestro asunto, porque ningun caballero transige sobre este punto. El honor nos compromete....

Torc. Tambien manda á un hijo de Eva que cumpla lo que promete y que pague lo que deba.

Miguel. Señor mio!

Torc. Si le ofendo, perdone usted; mas su arraigo....

Miguel. Yo nunca me desentiendo de las deudas que contraigo.

Torc. Bien! Sin embargo, de algunas que no llegan á mil reales prescinden por importunas los sujetos principales. Si usted dijese: «Me enfada, siendo caudal tan exiguo, dar cada mes su soldada á un criado fiel y antiguo,

y el precio me pide en vano
de materiales y hechuras
un laborioso artesano
padre de seis criaturas»;
de tan desdenoso olvido
no me admiraría yo;
que eso y más es permitido
á los hombres *comme il faut*.

Miguel. Usted me injuria!

Torc. No á fe:
en la práctica me fundo.
Aquí donde usted me ve,
yo soy un hombre de mundo.
No soy tronera de ayer,
y con los años que cuento
¿podría yo no tener
en la uña el reglamento?

[*Á D. Mauricio.*]

Usted, de cuya alma grande
no dudo...

Maur. Eh!... yo...

Torc. Sin lisonja.

Dígale usted que no se ande
en escrúpulos de monja.
Miguel. Ser tramposo es vicio feo,
y yo jamás....

Torc. [*Á D. Mauricio.*]

Qué pacato!
Lástima me da.

[*Á D. Miguel.*]

Ya veo
que aún es usted muy novato.
Miguel. ¡Cómo....

Torc. Sea usted mi amigo,
cesen nuestras disensiones,
y desde ahora me obligo
á darle algunas lecciones.

Miguel. Entienda usted, caballero,
que yo (de ira me ahogo)
ni para amigo le quiero
ni le sufro pedagogo.

Torc. Bien, por eso no me aflijo.
Mas mi crédito no es chanza....

Miguel. Quién dice tal?

Torc. Y yo exijo
que hoy....

Miguel. Esa desconfianza....

Torc. No va contra la opinion
de usted.

Gines. [*Aparte á D. Mauricio.*]

Le frie!

Miguel. (Yo sudo!)

Torc. Usted habrá hecho intencion
de pagarme; no lo dudo;
pero pendiente le miro
de un duelo, y ante un atleta
capaz de plantar un tiro
en el diurno planeta.

Benito. Yo.... (Qué cara de gendarme!)

Torc. Ahora bien, será un mal rato
para mí que sin pagarme
muera usted *ab intestato*.
Virgen santa! interceded
por su vida hasta que pueda....

Miguel. Gracias. No le pago á usted....

Torc. Cómo!....

Miguel. En la misma moneda.

Torc. Negar deuda tan sagrada....

Miguel. No queria decir eso,
sino que usted se persuada
del odio que le profeso.

Torc. De véras? Vaya por Dios!

Yo celebro la franqueza....

Miguel. Y es preciso que los dos
nos rompamos la cabeza.

Torc. Yo no alcanzo....

Miguel. Usted me amarga
la vida....

Torc. Yo!

Miguel. Sí, señor,
y me fastidia, y me carga.

Torc. [*Á los circunstantes.*]

Es claro: soy su acreedor!

Miguel. No es eso lo que me abrasa,
sino.... (El retrato! oh tormento!)

Á tener fondos en casa
yo pagaría al momento.

Torc. Pues bien, haremos un pacto....

Soy yo algun israelita?
Si usted no puede en el acto
solventar mi cuentecita,
firma usted un pagaré....

Maur. [*Aparte á D. Miguel.*]

Pues te habla con buenos modos,
cede....

Torc. Á treinta dias, eh?....

Ó á ciento, y Cristo con todos.

Miguel. Con tres tengo suficiente.

Torc. Bien: yo soy de buena pasta....

Miguel. (Tiene este hombre un ascendiente
que me exaspera y me aplasta.)

[*Dejando la pistola en el banco.*]

Para que no haya disputa,
diga usted la suma. ¿Son....

Torc. [*Sacando la cartera y arrancando
una hoja.*]

Aquí tengo la minuta.

Miguel. [*Arrebatándosela.*]

Venga.

Torc. Reales de vellon....

Miguel. Bien, basta. Y ¿qué nombre escribo?

Torc. No hace al caso....

Miguel. Eh?

Torc. No, señor.

Extienda usted un recibo
anónimo...; al portador.

Fabian. [*Aparte con Benito.*]
 Calla su nombre!
Benito. Es mal bicho!
Miguel. Voy al punto.....
Torc. (Mentecato!)
Miguel. Y en seguida.....
Torc. Qué?
Miguel. Lo dicho:
 me mata usted, ó le mato.

[*Entra en la quinta.*]

ESCENA IV.

D. TORCUATO. D. MAURICIO. D. GINES.
 BENITO. D. FABIAN.

Torc. Siento haber interrumpido
 la inocente diversion
 que ustedes se proponian;
 mas bien puedo suplir yo
 la ausencia de don Miguel.
Benito. ¿Qué oigo!
Maur. ¡Cómo.....
Torc. Tambien soy
 acreedor de este individuo.
Benito. Mio? Por qué?
Torc. Sí, señor.
Benito. Yo no le debo á usted nada:
 no hay ninguna conexion
 entre nosotros.
Torc. Sí tal.
Benito. ¿Cuándo.....
Torc. Desde anoche á hoy.
Benito. No comprendo...
Torc. Usted me ha herido...
Benito. Yo á usted! ¿Dónde...
Torc. En el honor.
 Anoche nos dijo usted
 con tono de hombre de pro
 que se llamaba.....
Benito. (Ay! yo tiemblo.)
Torc. Torcuato Ruiz.
Benito. (Santo Dios!)
 Sí, yo dije.....
Torc. Y miente usted.
Benito. ¡Cómo.....
Gines. Eh?
Benito. (¿Quién le reveló....)
Torc. Ese nombre no es el suyo.
Benito. Perdone usted.... Mi padron....
 Mi.... Pues. Mi fe de bautismo....
Maur. [*Á D. Fabian.*]
 Ó ese hombre es un impostor,
 ó no debe tolerar
 un insulto tan atroz.
Fabian. Si mi ahijado.....
Maur. Y ya es forzoso

que en esta nueva cuestion
 intervengamos.

Fabian. Es cierto.
Benito. Usted está en un error,
 caballero. ¿En qué se funda
 usted para.....
Torc. Voto á briós!
 En que ese nombre es el mio.
Benito. (El indiano! Muerto soy!)
Maur. [*Aparte con D. Gines.*]
 Aquí hay maraña.
Gines. Sí.
Benito. (Hagamos
 de las tripas corazon.)
 Quiere decir que seremos
 tocayos.
Torc. No.
Benito. Pero.....
Torc. No!
 Yo no puedo ser tocayo,
 ni áun prójimo, de un bribon.
Benito. Bribon! Usted exagera....
Torc. Esta pistola.....
 [*Toma la que dejó D. Miguel.*]
Benito. (Es feroz!)
 Valga la verdad, señores.
 Por razones que no son
 de este lugar, habrá un año
 me refugié en Perigord....
 (Yo no sé lo que me digo.)
 De allí pasé á Dusseldorf....
Torc. Al grano.
Benito. Ayer regresé
 de las márgenes del Po....
Torc. Adelante.
Benito. Y conviniéndome
 hasta mejor ocasion
 ocultar mi propio nombre,
 tomé..... el que ántes me ocurrió.
Torc. Bien está. Tras del bautismo
 viene la confirmacion,
 y esta pistola será....
Benito. (Mi última hora llegó!)
Torc. [*Á los circunstantes.*]
 Me parece que hay motivo....
Maur. Está muy puesto en razon.
Benito. (Y no viene don Miguel!)
Torc. Á diez pasos..... Eh?
Benito. (Qué horror!)
Maur. Contemos....
 [*Empieza á medir pasos de derecha á
 izquierda.*]
Benito. Es excusado.
 Yo no me bato; no estoy
 tan desesperado.
Torc. Infame!....
 (Pobre mozo!)
Benito. Harto veloz

es la muerte sin llamarla
fuera de tiempo y sazón.

[*Deja la pistola sobre un banco.*]

Torc. Cómo! Eso hace un caballero?

Benito. Sabe usted si yo lo soy?

Maur. [*Riéndose.*]

Es graciosa la aventura.

Torc. ¿Y no habrá satisfaccion
á mi injuria! Por lo ménos
una oreja de las dos....

Benito. [*Corriendo.*]

Huyamos....

Torc. Quieto ó disparo!

Benito. [*Cayendo de rodillas.*]

Misericordia! perdon!

Fabian. Que esto haga un ahijado mio!

Me voy, señores, me voy....

(y me ahorraré una paliza.)

Qué vergüenza! qué rubor!

ESCENA V.

D. TORCUATO. D. MAURICIO. D. GINES.
BENITO.

Torc. Habla!

Benito. Yo.... Todo es tramoya.

Una especie de *tableau*....,
una.... Yo soy....

Torc. Desdichado!

Benito. Mi amo....

[*Aparece D. Miguel en la puerta de
la quinta con un papel en la mano.*]

ESCENA VI.

D. TORCUATO. BENITO. D. MAURICIO.
D. GINES. D. MIGUEL.

Miguel. (¡Maldito borron,
que me ha obligado....) ¿Qué veo!

Benito. [*Viendo á su amo y levantándose.*]

Él es! Silencio, por Dios!

[*Huye por la arboleda de la izquierda.*]

ESCENA VII.

D. TORCUATO. D. MAURICIO. D. GINES.
D. MIGUEL.

Miguel. Huye como un foragido!

Gines. [*Con sofama.*]

Bravo!

Miguel. Eh?

Maur. Una palma!

Gines. Un laurel!

IV.

Maur. Victoria por don Miguel!

Miguel. (Aquel tuno me ha vendido.)
Caballeros....

Maur. Vaya un lance!

Gines. Donoso!

Maur. Particular!

Torc. ¡Y digno de figurar
en gacetilla ó romance!

Miguel. Eh! basta. Sus comentarios
sufriré; los de usted, no.

Torc. Mucho sentiria yo
hacer juicios temerarios....

Miguel. Si, por capricho ó por chanza,
á dos íntimos amigos
he querido hacer testigos
de una supuesta venganza,
corazon me sobra y hiel
y brazo y rostro sereno
para hacer con usted bueno
lo que fingí con aquel.

Tome usted pues su recibo,

[*Lo guarda D. Torcuato, y D. Mi-
guel toma la pistola que dejó Benito.*]

y ¡vamos....

Torc. Hombre de Dios!....

Yo....

Miguel. Presto! Uno de los dos
no ha de salir de aquí vivo.

Torc. Qué! ¿no habrá algun protocolo
que nos componga... algun medio...;
que á mí no me causa tedio
la vida.

Miguel. Uno hay, uno sólo.

Volverme la miniatura....

Torc. La de la rifa? Es tan bella!....

Miguel. Y pídame usted por ella
cuanto quisiere.

Torc. Locura!

[*Con la mano sobre el corazon.*]

Aquí está.

Miguel. Cómo!....

Torc. Sí tal;

duplicada.

Miguel. ¿Quién creyera....

Torc. Sí; la imágen por de fuera
y dentro el original.

Miguel. Usted la ama!

Torc. Oh! la idolatro.

Miguel. Tambien mi rival? Oh cielos!
Mi furia inflaman los celos.

Maur. [*Aparte á D. Gines.*]

Habrá aquí tambien.... teatro?

Miguel. Matémonos....

Torc. Qué diablura!

Mire usted....

Miguel. No miro nada.

Torc. Armas?

Miguel. Esa está cargada
y esta tambien.

Torc. Criatura!....

9

¿Ha tirado usted al blanco alguna vez?

Miguel. No, señor;
pero.....

Torc. Yo soy tirador:
se lo advierto á usted.

Gines. Es franco.

Torc. El partido no es igual.
Nadie autorizar querría semejante alevosía.

Maur. De ningún modo.

Gines. No tal.

Miguel. Á tres pasos, á uno quiero dar ó recibir la muerte.

Torc. Pero.....

Miguel. Decida la suerte
quién ha de tirar primero.

Torc. Tan ciega y feroz venganza
nuestro siglo no consiente,
y sólo es buen expediente
para los duelos.... de chanza.

Yo sé que el tiro no yerro
y matar no quiero á un loco,
pero no quiero tampoco
que me maten como á un perro.

Miguel. Pues bien, consiento en batirme
como usted guste, y espero
que aquel será más certero
cuyo pulso esté más firme.

Torc. Al mío ninguno iguala.

[*Mirando á la fachada de la quinta.*]

Un cuadrante en la pared.....

[*Á D. Mauricio.*]

La hora que me diga usted
marcaré con una bala.

Maur. Hola!....

Torc. Diga usted.

Gines. Me admiro.....

Maur. Sea pues.... la una.

Torc. Apunto.

[*Aparece Ines por la puerta de la quinta, con el vestido que se probó en el acto primero.*]

Ines. Voy.....

[*Dispara D. Torcuato, y queda taladrado el número uno del cuadrante.*]

Cielos!

[*Da algunos pasos hasta caer desmayada en el banco más inmediato.*]

Maur. La una en punto!

Ines. Socorro!

Todos. Una dama!

[*Acuden á sostener á Ines.*]

Benito. [*Apareciendo por entre los árboles.*]

Un tiro!

ESCENA VIII.

INES, D. TORCUATO, D. MIGUEL, D. MAURICIO,
D. GINES, BENITO.

Miguel. (Es Ines!)

Torc. Agua!

Gines. Está herida?

Maur. No. El tiro dió en el cuadrante.

Benito. [*Adelantándose un poco.*]

(Una mujer! No distingo.....

¿Será..... oh Dios!)

Maur. [*Tomando el abanico que dejó caer Ines al desmayarse.*]

Le haremos aire.

[*Abanicándola.*]

Señora!....

Gines. Es la colegiala?

Miguel. (¡Mal haya.....) Sí.

Torc. (Botarate!)

Maur. Es deliciosa!

Gines. Divina!

Benito. [*Acercándose más.*]

(Tiemblo... Ella es!)

[*Dando un grito y acercándose al banco.*]

Virgen del Carmen!

Miguel. Quién llega? (Benito!)

Benito. Ines!

Bien mío!

Miguel. (Eh! ya ha dado al traste con todo.)

Maur. [*Á D. Gines con malicia.*]

Ines?

Benito. Dulce esposa!

Gines. [*Soltando la carcajada y tambien don Mauricio.*]

Su esposa!

[*Llega un criado con agua.*]

Miguel. [*Á Benito en voz baja.*]

Traidor! tunante!

Benito. Señor!.... Ver esto, y callar,
no lo hace un caribe, un cafre.
Quién te ha muerto, prenda amada?
Inesita mía!....

Miguel. Apártate!

No está herida.

Ines. Ay!....

Torc. Ya respira.

[*Toma un vaso de los que ha traído el criado, da de beber á Ines, lo vuelve á la bandeja, y el criado, despedido por una seña, se retira.*]

Venga....

Miguel. [Aparte á Benito, dándole un em-
pellon.]

Me has perdido, infame!

Ines. [Incorporándose.]

Dónde estoy?....

Benito. [Entre temeroso y enternecido.]

Ines!

Ines. [Sin reflexionar.] Benito!
(Ah! don Miguel.... Qué percance!
Recobrémonos.)

[Levantándose.]

Señores....,
gracias por tantas bondades.
Aquella explosion.... Los nervios...
Soy delicada, soy frágil....
Mas ya estoy restablecida.

[Mirando á D. Miguel.]

(Hum, qué cara de vinagre!)

Gines. Mucho cerebro, Inesita....

Maur. Inesita? Disparate!
Esta es la linda Adelaida....

Gines. Sí, la de Ucles!

Miguel. (¡Y no se abre
la tierra!....)

Maur. La hija adoptiva
de san Francisco de Sáles.

Gines. Transportada entre los brazos
de otro Tenorio á este valle
de pecados y miserias.

Ines. Caballeros!....

Maur. Y ¿quién sabe
si de otro Comendador
insultó la fria imagen,
y en nuevo festin horrible
como el de márras....

Miguel. Dejádme
en paz.

Maur. Sonará otro coro
de réprobos que le cante:
«¡No hay plazo que no se cumpla
ni deuda que no se pague!»

Miguel. Os he burlado. Esta niña....

Ines. No concluya usted la frase.
Yo explicaré la charada
si estos leones con fraque
me lo permiten.— Señores,
don Miguelito es el diantre.
(Qué dirá?)

Miguel. Por un momento
Ines. ha querido chancearse
con ustedes; pero el chasco
no es, á fe mia, tan grave
como ustedes lo imaginan,
pues su objeto es prepararles
por este inocente medio

una sorpresa agradable.

Gines. ¡Cómo...

(¿Qué dice!)

Benito. (¿Qué intenta!)

Miguel. No está bien que yo me alabe,
Ines. pero creo que esta cara
no es del todo despreciable.

Gines. Qué ha de ser? Hum!...

Benito. (Coquetuela!

Me están temblando las carnes.)

Ines. El nombre no hace á la cara;
verdad?, ni el hábito al fraile.

Maur. Ella en efecto es muy bella,
y que Adelaida se llame
ó Ines ¿qué importa?

Es que yo....

Benito. Cállate tú!

Miguel. Por mi parte,
Gines. la hubiera aceptado á usted
sin vacilar un instante
para reina del banquete.

Ines. Gracias.

Benito. (Cómo se relame!)

Maur. Y yo tambien.

Ines. Muchas gracias:
son ustedes muy galantes.

Maur. Y usted ¿no aprueba....

Torc. Reservó

mi voto. Yo no soy nadie
aquí. El señor don Miguel
no ha querido convidarme....

Miguel. [Entre dientes.]

Con rejalgar!

Torc. ¡Fiero gesto
me pone! Espero, no obstante,
que hemos de ser muy amigos.

Miguel. Hum!.... jamás.

Ines. Ustedes me hacen
un honor que no merezco;
pero tiene más quilates
el gusto de don Miguel.
¿Qué es entre oscuros celajes
tibia luna, comparada
con el astro rutilante
que da fragancia á las flores
y regocijo á las aves?
Precursora soy de un ídolo
más digno de sus altares.

Miguel. [En voz baja.]

Qué dices! ¿De dónde ó cómo....

Ines. Otra, que no yo, es el ángel
de este paraíso. Yo,
tosca piedra en rico engaste;—
que á brazo partido riñen
mi condicion y mi traje,
pues soy portera de oficio
y señorita de lance;—
resignada con mi suerte
y contenta con mi clase,
desciendo del alto trono

á que quisieron alzar me,

[Tomando el brazo á Benito.]

y á mi cochitril me vuelvo
con este mochuelo al márgen.

Benito. Cara Ines!.... Pero el apodo.....

Ines. [En voz baja.]

Peor le mereces, bergante.

[En alta voz y soltando el brazo de Benito.]

Venid pues, señora mía.
¿Cómo amanece tan tarde
la aurora?

[Se siente abrir la puerta del pabellon.]

Mas ya sus dedos
de rosas y nardos abren
el camarín oriental....

[Sale Felisa del pabellon vestida con
riqueza y elegancia y cubierta con un
velo blanco; majestuosamente se dirige
al centro del tablado, quedando á su
derecha D. Torcuato y á su izquierda
D. Miguel.]

Gines. Otra!

Maur. ¿Quién...

Miguel. (¡Cómo...)

Ines. Ella es. Salve!

ESCENA IX.

FELISA. INES. D. TORCUATO. D. MIGUEL.
D. MAURICIO. D. GINES. BENITO.

Felisa. (Conmovida estoy.)

Benito. [A Ines.] Qué es esto?

Gines. Veamos la cara.

Maur. Que hable!

Felisa. Ya que esa jóven amable
quiere que ocupe su puesto,
con harta desconfianza
lo haré; que al suplir la suya,
quizá mi cara destruya
alguna dulce esperanza.

Miguel. (Su voz.... Qué me anuncia el alma?
Temo....)

Felisa. Si soy tan fatal,
que á mi donosa rival
disputo en vano la palma;
si cuando el velo me quite,
quizá para mi mancilla,
el amor propio se humilla
del que en su casa me admite;
si sus amigos, en fin,
burlados en la consigna,
no me consideran digna
de reinar en el festín;
al ménos en la humildad

con que mi sentencia espero,
dar un testimonio quiero
de mi buena voluntad;
al ménos podrá decir
don Miguel: «Buenas ó malas,
porteras ó colegialas,
tengo dos en que elegir»;
y si triunfa otra princesa
y yo quedo destronada,
recogeré resignada
las migajas de la mesa.

Gines. [Aparte á D. Mauricio.]

Tendremos otra engañifa?....

Miguel. Señora!....

Felisa. Alzo pues el velo.

[Se descubre.]

Miguel. Ah!

Gines. La del retrato!

Miguel. Oh cielo!

Benito. [Á Ines.]

¿Quién.....

Ines. Calla!

Maur. La de la rifa!

Miguel. Ángel mio! Yo me postro....
á tus piés....

Felisa. [Deteniéndole.]

No lo permito.

Miguel. El perdón de mi delito
leo en tu divino rostro.

Felisa. Sí, señor; Dios me lo manda;
que al fin como otro cualquiera
es prójimo un calavera
y mi condicion muy blanda.

Miguel. Ah! ¿Y tan dichoso soy yo
que, á pesar de que la injurio,
honra usted este turgurio....
y mi mesa....

Felisa. Por qué no?

Maur. [Aparte con D. Gines.]

¿Qué opinas tú....

Gines. Es singular....

Felisa. Debo suponer, y espero
que tan fino caballero
me dará bien de almorzar.

Miguel. Si hay aquí alguna asechanza,
alguna burla traidora,
confiésemle usted, señora,
que es muy cruel su venganza.

Felisa. No, que el cubierto de Ines
acepto con mucho gusto.

Ines. Y yo á servirla me ajusto
con noble desinterés.

Felisa. Haré más.

Benito. (Qué desenfadado!)

Felisa. Si no le incomoda á usted....

Miguel. ¡Jesus....

Felisa. Le presentaré
de mi parte un convidado.

Miguel. Traiga usted al orbe entero.
Todo lo pongo á esos piés,
hacienda, vida.... ¿Quién es,
señora....

Felisa. [Mostrando á D. Torcuato.]
Este caballero.

Miguel. Él!

Maur. Bien por Dios!

Miguel. Ese impío!
Me es muy duro, á la verdad,
contrariar la voluntad
de quien reina en mi albedrío;
pero ese hombre...

Felisa. Eh?

Miguel. No ha lugar.—
Perdone usted!....

Felisa. Qué galante!

Miguel. ¿Sabe usted que hace un instante
nos íbamos á matar?
¿Sabe usted— sangre! exterminio!—
que el retrato....

Felisa. Lo sé todo.
Ya es suyo, y en cierto modo
estoy bajo su dominio.

Miguel. Señora!.... Yo.... Suerte ingrata!

Maur. [Aparte con D. Gines.]
Bien dije que habia duende....

Felisa. Si perdono á quien me vende,
qué haré con quien me rescata?

Miguel. Perdon! piedad! En mal hora....

Benito. [Á Ines.]
Cómo saldrá de esta red?

Miguel. ¿Ha de responder usted
de mis locuras, señora?

Felisa. Yo....

Miguel. La posesion, casual,
de un retrato en miniatura
¿da derecho por ventura
á la del original?

Felisa. No siempre: hoy sí.

Miguel. ¡Es fuerte cosa...
Habla usted....

Ines. (Ahora le clava.)

Miguel. Como si fuese su esclava.

Felisa. Poco ménos. Soy su esposa.

Maur. Calle!

Miguel. Oh Dios!

Benito. Ahora comprendo...

Miguel. ¿Y así, con esa frescura
lo dice usted! Oh tortura!

[Á D. Torcuato.]

Es cierto?

Torc. Sí.

Miguel. Esto es horrendo!
¿Conque no sólo la imágen
me usurpa, oh Dios verdadero!
sino tambien.... No! Primero
consentiré que me sajen.

Felisa. Ba! ¿está usted dado al demonio,
don Miguel?

Miguel. Creo que sí.

Felisa. ¿Se rompe así como así
el yugo del matrimonio?

Miguel. Oh! pese al marido, al suegro,
al cura y al sacristan,
siempre con el mismo afán
la amaré á usted.

Felisa. Sí? Me alegro.

Miguel. [Con fatuidad.]
¿Cómo.... ¿Usted... Dios infinito!...
¿De véras....

Felisa. Sí.

Miguel. ¿Conque...

Felisa. Amén.

¿Cómo no, si yo tambien
le quiero á usted....

Miguel. Sí?

Felisa. Un poquito.

Miguel. [Receloso.]
Pero otro es dueño... Y yo... Cuando...

Felisa. Mi marido no se agravia....

Miguel. [Con irreflexion.]
No? Bravo!

Maur. [Aparte á D. Gines.]
Ó yo estoy en babia,
ó le están *mistificando*.

Miguel. Si lo sufre el.... agraciado,
por mí....

Torc. No soy egoista.

Yo....

Miguel. Aplaudo!

[Á D. Mauricio á media voz.]
Uno más en lista.

Magnífico!

Torc. [Con indignacion.]
Excomulgado!

Miguel. Qué oigo!

Torc. Ya te conducia
al puerto de salvacion
la voz de tu corazon,
sano quizá todavía;
y otra vez, culpable error!
vuelve á tus ojos la venda
que te aparta de la senda
de la virtud y el honor;
y con necio fanatismo
torpeza á torpeza añades,
é hipócrita de maldades
te calumnias á ti mismo.
¿Qué has visto en mí que confirme
tu audacia? Pesia Luzbel!,
¿cuadra á mi rostro el papel
que osabas atribuirme?
Y al ver, oh Dios! el encanto
de criatura tan bella,

- ¿qué puedes inferir de ella
que no sea noble y santo?
Con inocente misterio
á prueba puso, es verdad,
tu insolente vanidad
y tu menguado criterio;
pero ¿tanto perturbó
tu cerebro Belcebú,
ó tan reñido estás tú
con las gentes de honra y pro,
que ya aspirar no te es dado,
envilecido y abyecto,
á merecer un afecto
puro y desinteresado?
- Miguel.* Hombre á quien ya reverencio,
por más que á mi orgullo pese,
quién eres?
- Benito.* [Á *Ines* aparte.]
Si yo dijese
una palabra.....
- Ines.* Silencio!
- Torc.* Si la pretendida gloria
que te lleva al precipicio,
sobre trastornarte el juicio
te ha embargado la memoria,
de ti ya no espero nada,
ni diré que te extravía
vergonzosa hipocresía,
sino maldad declarada.
- Miguel.* ¡Qué luz... Oh Dios! Sólo un hombre
tiene para hablarme así
derecho.
- Benito.* [Sin poderse contener.]
Ánimo!
- Miguel.* Él es, sí!
- Torc.* Don Torcuato!
- Torc.* Ese es mi nombre,—
con licencia de Benito.
- Miguel.* [En ademan de querer arrodillarse.]
Ah, señor!
- Torc.* [Deteniéndole.] Quieto!
- Miguel.* Perdon!.....
- Miguel.* Pero ella..... Ah! mi corazón.....
- Felisa.* No te engaña. Oye su grito!
- Miguel.* Hermana!
- Felisa.* Miguel!
- Miguel.* Felisa!
- Felisa.* Ven á mis brazos!
- Torc.* [Interponiéndose.] No quiero!
- [Á *D. Miguel.*]
- Arrodíllate primero
y besa el polvo que pisa.
- Miguel.* [De rodillas.]
- Felisa.* Sí. Oh ceguedad! oh rubor!
Mas, bañada en dulce llanto,
yo á mis brazos te levanto.....
- [Lo hace.]
- quiera ó no quiera el tutor.
- Maur.* [Aparte con *D. Gines.*]
Su hermana!
- Gines.* Qué peripecia!
- Torc.* No me abraza á mí el rapaz?
- Miguel.* [Abrazando á *D. Torcuato.*]
Ah!
- Torc.* Luzca el iris de paz
tras de borrasca tan recia.
- Miguel.* Perdona, Felisa amada;
pero te dejé tan niña.....
Y la ausencia.....
- [Mirando á *D. Torcuato.*]
- Y nuestra riña.....
- Y ocultarme tu llegada.....
- Felisa.* Harto mi tormento fué
en reprimir todo un día
el gozo.....
- Miguel.* ¡Era hermana mía
la que mi dama juzgué!
- Torc.* De paciencia tan cristiana,
de fe tan ardiente y pura,
sólo es capaz la ternura
de una madre ó de una hermana.
- Felisa.* Yo cumplo al fin con Miguel
una obligacion sagrada;
pero, sin deberle nada,
¿qué no ha hecho usted por él!
- Gines.* Perseguirle sin cesar.....
- Maur.* Tratarle á lo somaten.....
- Ines.* Dice el adagio: el que bien
te quiera te hará llorar.
- Maur.* Bah! ¡dejarle en dos albuces
sin un cuarto.....
- Gines.* Buena es esa!
- Torc.* Qué dolor! ¡robar su presa
á tan amables tahures!
- Maur.* (Diablo!) Siendo la intencion
sana..., aunque el acto es cruel.....
- Torc.* Me basta á mí que Miguel
aproveche la leccion;
mas si lo desea alguno,
entrarémos en materia,
y todo saldrá á la feria.
- Maur.* No. ¿Á qué fin.....
- Gines.* No es oportuno...
- Maur.* Ha sido chanza.....
- Torc.* No obstante,
apunte usted en su archivo
lo que hago con el recibo,
[Lo saca y lo rompe.]
y lo que hice en el cuadrante.
- Maur.* (Zapel!)
- Miguel.* Ah señor!
- [Le besa afectuosamente la mano.]
- Gines.* [Mirando al cuadrante.]
(La una en punto!)
- [Aparte á *D. Mauricio.*]

Maur. Qué frío es este jardín!
Las apariencias..... En fin,
no se hable más del asunto;
y pues él se reconcilia
con usted.....

Miguel. Son de mal tono
en su prosaico abandono
las escenas de familia.
Yo os llamé para una fiesta
que se ha quedado en proyecto,
y así.....

Gines. Entiendo.

Maur. Con efecto,
nuestra atmósfera no es esta.

[*Saludando.*]

Gines. Señorita.....

Muy rendido
servidor.....

Maur. [*Á D. Miguel.*]

Te doy de baja.

Miguel. Mil gracias.

Gines. [*Aparte con D. Mauricio, yéndose los
dos por la puerta de la quinta.*]

Era una alhaja!

Maur. Sí; lástima!.... Le han perdido!

ESCENA ÚLTIMA.

FELISA. D. TORCUATO. D. MIGUEL. INES.
BENITO.

Miguel. Corrido estoy de vergüenza.

Torc. Bien; esa es prueba segura
de que cesa la locura
y el escarmiento comienza.

Felisa. Y la dicha de los tres.—
Pero dame de almorzar....,
si merezco reemplazar
á Adelaída la de Ucles.

Miguel. Calla, por Dios! No renueves....

Torc. Miguel!

[*Le toma cariñosamente la mano.*]

Felisa. Bendice esa mano.

Miguel. Ah! sí.

Felisa. Aun no sabes, hermano,
cuánto le debo y le debes.

Torc. Á mí? Nada. Yo no influyo.....

Felisa. Con desvelo paternal
aumentó nuestro caudal....,
tal vez á costa del suyo.

Torc. No se hable de eso, ó me enfado.
Viviendo juntos los tres
todo es de todos.

Felisa. Ines!

[*Le toma la mano.*]

Tu celo será premiado.

Miguel. De hoy más, vida nueva.

Torc. Oh! sí;
y apuesto á que no te quejas
del cambio, no, si te dejas
guiar por ella y por mí.

Felisa. Eh! ya no es un colegial.
Con sus propias alas vuela,
siempre que no se rebelé
contra su buen natural.

Miguel. ¿Á qué, oh Dios! correr en posta,
si el alma al bien me convida,
tras una gloria mentida....,
que se adquiere á tanta costa?
¡Afuera el traje postizo
que arrepentido condeno!

Torc. Y cada cual, malo ó bueno,
sea como Dios le hizo.

Felisa. Porque, al fin, acá *inter nos*,
siendo tanta su bondad,
¿no es una temeridad
enmendar la plana á Dios?

Benito. Pues; y al bajar al profundo
dirá el que pecó de véras:
consuéleme en las calderas
lo que he gozado en el mundo.....

Ines. Mas pudiendo ir á la gloria
á que Dios le llama en vano,
¡condenarse un ciudadano
porque pecó.... de memoria!....

Miguel. Es error.....

Felisa. Falta de juicio.....

Torc. Digámoslo bien y pronto:
Es un pecado muy tonto
La hipocresía del vicio.



LOS TRES RAMILLETES,

COMEDIA EN UN ACTO.

Estrenada en el Teatro Español el día 13 de Marzo de 1850 (*).

PERSONAS.

JUANA.

D. NARCISO.

D. RAMON.

EL CAPITAN.

EL BOTICARIO.

UN QUÍDAM.

PASCUAL.

La escena es en Madrid. Sala con dos puertas á la derecha del actor: la más inmediata al proscenio es la que da á la antesala. Á la izquierda un balcon. En el foro mesa con recado de escribir, libros, periódicos, etc. En medio del tablado un velador con el servicio necesario para un almuerzo.

ESCENA I.

D. RAMON. PASCUAL.

[*Pascual introduce á D. Ramon, y en seguida acaba de arreglar el velador.*]

Ramon. Tan temprano, y no está en casa!

Pascual. No, señor. Cierta negocio muy urgente.... Me ha encargado decir á usted que muy pronto volverá; que disimule....

Ramon. Así abusa de mi estómago? ¡Me cita para almorzar, y se larga!.... Oyes; supongo que ya está listo el almuerzo.

Pascual. Sí, señor.

Ramon. Pues juro y voto que si pasan diez minutos y no vuelve, almuerzo solo y le doy capote.—Apuesto á que es asunto amoroso el que le ocupa.

Pascual. No sé.

Le trajeron hace poco un billete perfumado....

Ramon. No lo digo? Es el demonio

el tal Narciso.

Pascual. La letra del sobre, ó yo me equivoco, ó era de mujer.

Ramon. Sin duda.

Pascual. Y estampada en lacre rojo vi tambien una corona sobre un escudo y un rótulo....

Ramon. Pues! (Será alguna marquesa que ya pasó del otoño.)

Pascual. Si usted me da su permiso voy.... Ahí tiene usted periódicos.

Ramon. Anda con Dios.

ESCENA II.

D. RAMON.

[*Acercándose á la mesa.*]

Es tan fatuo, que vendra dándose tono con su conquista.... Hola! versos....

[*Tomando de la mesa un papel.*]

(*) Ocupa este lugar porque se escribió ántes que la siguiente, aunque se representó despues.

Serán insulsos y flojos
como todos los que escribe.

[*Legendo.*]

«Madrigal.»—Lo leeré: es corto.

«Rosa, Jacinta y Violante —
¡delicioso cautiverio! —
se dividen el imperio
de mi corazon amante.

Sobran dos;
que en esfera tan sucinta
¿cómo han de caber, ay Dios!
Violante, Rosa y Jacinta?
Si á una quiero, dos me increpan.

Templa su llama amorosa,
ó dame, ciprina Diosa,
un corazon donde quepan
Jacinta, Violante y Rosa.»—

¡Pobre mozo si las tres
se abalanzan como lobos
á su corazon! El diantre
son los alumnos de Apolo.
Esto me hace recordar
aquellos versos famosos
que el bueno del padre *Isla*
puso en su Compendio histórico.
Trozos son de los padres, ó pedazos,
los hijos, cuando no son embarazos,
y á su reino Fernando con destrozos
por tres pedazos suyos le hizo trozos.

[*Suena dentro una campanilla.*]

Rosa, Jacinta y Violante.....
El madrigal es curioso.

ESCENA III.

D. NARCISO. D. RAMON.

Narciso. [*Antes de entrar.*]

Sírvenos pronto, Pascual.

Ramon. Ya está aquí.

[*Deja el madrigal sobre la mesa y
sale al encuentro de D. Narciso.*]

Narciso. Ramon!

Ramon. Narciso!

Narciso. Perdóname; un compromiso
inesperado, casual.....

Ramon. ¡Cruel, á almorzar me llamas
y solo entre Baco y Céres
me abandonas!

Narciso. Ah!....

Ramon. Como eres
el coquito de las damas.....

Narciso. Yo? No digas eso. Ba!....

Ramon. Niega que vienes de ver
á alguna linda mujer.

Narciso. Mujer...., pche!.... Linda...., quizá.

ESCENA IV.

D. NARCISO. D. RAMON. PASCUAL.

[*Pascual entra y principia á servir el almuerzo,
asistiendo unas veces á la mesa y otras entrando
y saliendo con platos, etc.*]

Ramon. Taimado!... (Simple!)

Narciso. Ay Ramon!....

Sentémonos.....

Ramon. Buena pieza!

Narciso. Ya que me haces la fineza
de aceptar mi colacion.

[*Se sientan y principian á servirse.*]

Ramon. No merecia un desprecio
la bella que hoy entra en turno.
Señora de alto coturno....

Narciso. [*Como sobresaltado.*]

Ah! Te lo ha dicho ese necio?

Ramon. No ha nombrado á la persona.

Narciso. Respiro!

Pascual. (No sé quién es.)

Ramon. Me habló de una carta...., pues,
y de un sello con corona.

Narciso. Hum!

Pascual. Lo dije sin malicia.....

Ramon. Ciertó: yo le he soñsacado....

Pascual es un fiel criado:
hagámosle esta justicia.

Narciso. [*Bajando la voz.*]

Pues bien, sí, cierta señora
de jerarquía muy alta....

[*Á Pascual y éste se retira.*]

Ahora no nos haces falta.—
Delira por mí; me adora.

Ramon. Bravo, amigo! Eres el hombre
de la dicha. Una marquesa
sin duda....

Narciso. Algo más: duquesa!

Ramon. Oh!.... Y no me dirás su nombre?

Narciso. Es casada, y fiel amante
no debo arriesgar su fama.

Ramon. Pues yo apuesto á que se llama
Rosa, Jacinta, ó Violante.

Narciso. ¿Leiste mi madrigal,
segun eso? Una bicoca....

Ramon. Lo leí para hacer boca.

Narciso. Qué te parece?

Ramon. Tal cual.....

He acertado? ¿Cuál es
la de la cita amorosa?
Violante, Jacinta, ó Rosa?

Narciso. No; ninguna de las tres.

Ramon. Pues por mi cuenta son ya
cuatro las damas que tienes.

Narciso. Bah!....

Ramon. Te doy mil parabienes.

No tiene más un bajá.

Narciso. No. Yo hago la corte á varias, mas con fortuna distinta. Violante, Rosa y Jacinta pueden ser imaginarias. La mente á veces engendra un ser ideal. Despues el vate lo llama Ines, Beatriz, ó Melisendra. Quién puede con tanto lastre? Ahora estoy de moda, sí, y basta vestirme á mí para hacer fortuna un sastre.

[*Acariciándose la cara.*]

Tengo un regular anverso, no me falta don de gentes y hago frases elocuentes así en prosa como en verso. Tal vez con mis ojos causo dulce y grata sensacion en más de una reunion que me acoge con aplauso. Más de una linda coqueta á mis rivales da celos flechándome los gemelos cuando asisto á la luneta. Por algo, sin que te asombres de triunfos que no me engríen, las mujeres me sonríen y me detestan los hombres. En fin, quizá, con espanto de maridos y tutores, soy venturoso en amores.... pero no tanto, oh!.... no tanto.

Ramon. (Hay mueble más indigesto?) Tú te rebajas....

Narciso. No, á fe, yo....

Ramon. El mérito siempre fué cuanto mayor más modesto.

[*Suena la campanilla.*]

¿Conque damas.... de capricho son las tres del madrigal?

Narciso. ¡Fuerte empeño de.... Sí tal.

Ramon. Sé franco.

Narciso. [*En tono de quien va á revelar un secreto y se reprime.*]

Em.... Lo dicho dicho.

Pascual. [*Entrando.*]

Ahí en la antesala espera una moza....

Ramon. Otra en la red?

Narciso. ¿Quién....

Pascual. Pregunta por usted: es una ramilleteira.

Ramon. ¿Tambien tú gastas amores con mozuelas de esa laya?

Narciso. Yo? Bah! Dile que se vaya. Yo no necesito flores.

Ramon. Es guapa?

Pascual. Sí, y con salero.

Ramon. Por qué despedirla así?

Narciso. ¿Qué tiene que hacer aquí....

Ramon. Verla no cuesta dinero.

Tampoco yo tengo afan por flores; mas me pudiera gustar la ramilleteira. Dile que éntre.

[*Pascual hace ademán de llamar desde la puerta.*]

Narciso. Oh! ¿qué dirán!

ESCENA V.

D. NARCISO. D. RAMON. JUANA.

Ramon. [*Viendo asomar á Juana.*]

Hola! no es de mal trapío.

Juana. Alabado sea Dios.

Ramon. Que cria tan buenas mozas. Acércate. Es como un sol.

Juana. Vaya!.... Aunque ustedes perdonen, señores, ¿quién de los dos es el señor don Narciso Amoros?

Ramon. Este.

Narciso. [*Con gravedad.*]

Yo soy.

Qué hay?

Juana. Vengo con un recado para usted; pero.... el señor.... No sé si debo....

Ramon. Oiga! estorbo?

Juana. Quizá....

Ramon. Sí? Pues no me voy.

Narciso. Te juro que no la he visto en mi vida.

Ramon. Auto en favor.

Puesto que ese predio rústico no es de tu jurisdiccion, y sólo te comunicas con las personas de pro, deja algo para los pobres.

Juana. Escuche usted: yo no estoy tan de sobra en este mundo....

Ramon. Sí, ya tendrás tu gachon.

Juana. Y muchito que lo tengo, pero como manda Dios; que aquí donde usted me ve tengo calía y honor.

Ramon. Quién lo duda? Pero es lástima....

Narciso. [*En voz baja.*]

No gastes conversacion con ella.

Ramon. Sí tal; es chusca.

Narciso. Te va á plantar una coz.

Ramon. Siéntate y almorzarás con nosotros.

Narciso. [*En voz baja.*]

Hum!.... qué horror!..

Juana. Gracias. Para mí ya es tarde. Ya hay tres horas de reló que hice yo esa deligencia.

Ramon. Será tu novio peon de albañil, picapedrero, ó sastre á lo sumo....

Juana. No, que es carpintero de oficio.

Ramon. Siempre es oficio ramplon....

Juana. No, señor, sino muy noble; que en Belen lo practicó el esposo de la madre del Divino Redentor.

Ramon. Qué donaire!—Sin embargo, no merece en mi opinion tal tesoro....

Juana. Usted ¿qué sabe?

Ramon. Será grosero y atrozo un marido acostumbrado al escoplo y al formón.

Juana. Será lo que usted quisiere, pero así le quiero yo.

Ramon. Bien se sacude!

Narciso. [*Con displicencia.*]

Oh!....

Ramon. No obstante, con un poco de ambicion tú podrias aspirar á alguna cosa mejor.

Juana. Bah, bah! todo eso es palique.

Ramon. Si quieres, corre desde hoy tu fortuna por mi cuenta.

Juana. Dice el refran español: cada oveja....

Ramon. Entre virutas ¿se ha de ajar tan linda flor?

Juana. Dale! Cuidados ajenos.... decetra.

Narciso. Tiene razon.

Juana. [*Á D. Narciso.*]

¿Recibe usted la embajada ó me marchó y no la doy?

Narciso. Sí, acaba.

Juana. Estando en mi puesto, que lo tengo en un rincon de lo que fué *Soledá* y ahora es la calle de Espoz, se llegó á mí una señora, blanca como un requeson, rubia como unas candelas y linda que es un primor; escogió este ramillete

[*Saca uno de rosas que ocultaba con el delantal.*]

y soltó un napoleon, y dándome bien las señas dijo con cierto rubor: llévaselo de mi parte á don Narciso Amoros.

[*Don Narciso toma el ramillete.*]

Ramon. Otra conquista!

Narciso. No atino....

Ramon. Ni Pizarro ni Colon....

Juana. Se iba ya sin decir más, pero yo, alzando la voz, de parte de quién? le dije, y entónces me respondió: sólo con ver ese ramo le dirá su discrecion el nombre de quien lo envía.

Ramon. Rosa!

Narciso. ¿Es posible!.... Yo estoy absorto.

Juana. Y pues queda ya cumplida mi comision, con su licencia de ustedes; buen provechito y adios.

ESCENA VI.

D. NARCISO. D. RAMON.

Narciso. Aventura más extraña....

Ramon. No reprimas tu placer!

Narciso. [*Llamando.*]

Pascual!

Ramon. Triunfa y goza.

Narciso. [*Á Pascual que entra.*] Á ver si nos sirves el champaña.

[*Pascual destapa una botella, llena las copas y se retira.*]

Ramon. ¿Luego ya no es ideal, sino cierta tu fortuna..., al ménos en cuanto á una de las tres del madrigal?

Narciso. Casualidad.... Yo....

Ramon. Mal bicho!....

Á qué viene esa pamema? Este ramo es un emblema: la portadora lo ha dicho. Rositas de Alejandría, y aquello de....

Narciso. Qué aprension!

Ramon. «Le dirá su discrecion el nombre de quien lo envía....»

Narciso. Aunque eso me compromete, yo....

Ramon. Vaya!....

Narciso. Es terrible cosa!....

Puede ser una mi Rosa
y otra la del ramillete.

Ramon. Narciso, ya tu modestia
afectada me fastidia.
¿Temas excitar mi envidia,
ó me tienes por un bestia?

Narciso. Modestia....

Ramon. Sí, vive Dios!

Narciso. Afectada.....

Ramon. Empalagosa,
pues negándome una Rosa
te regodeas con dos.

Narciso. Ramon, tu mordacidad
á todo aplica su salsa.
Si niego, modestia falsa;
si confieso, vanidad.
Tenga yo un amor ó varios,
ponga el rostro alegre ó serio,
en todo encuentras misterio,
de todo haces comentarios.
Veo tu intencion proterva
de sonsacar mis secretos,
pero es de amantes discretos
guardar prudente reserva.
Otros sus altos trofeos
de Lauras, Nises ó Julias
ostenten en las tertulias,
decanten en los paseos.
Yo no daré en esa gracia,
que me parece muy triste.
Mi amor siempre se reviste
de un poco de diplomacia.
Entre pues ó no esa bella
en mi amante repertorio,
basta de interrogatorio
y apuremos la botella.

[*Llena las copas.*]

Ramon. Y á quién brindaré esta copa?

¿Á tu preclara duquesa....

Narciso. Pche!....

Ramon. ¿Á la Rosita....

Narciso. Sí, á esa.

Ramon. (No le hay más tonto en Europa.)

[*Suena la campanilla.*]

Brindo pues con fe sincera
por tu Rosa.

Narciso. Y yo por ti.

[*Viendo entrar á Pascual.*]

Qué hay?

ESCENA VII.

D. NARCISO. D. RAMON. PASCUAL.

Pascual. Otra vez está aquí
Juana la ramilletera.

Ramon. Otro ramillete?

Narciso. Eh! no.

Ramon. Dile que éntre.

[*Vase Pascual.*]

Narciso. Oh! me molesta....

Ramon. ¿Si vendrá por la respuesta
del recado que te dió?

ESCENA VIII.

D. NARCISO. D. RAMON. JUANA.

Juana. Ya me tiene usted de vuelta,
caballerito galante.

Ramon. Hablas conmigo, alma mia?

Juana. No; con el otro. Es el diantre
este señor don Narciso.

Narciso. ¿Cómo!....

Juana. Hoy reza el almenaque
que sus queridas me tengan
todo el día haciendo viajes.

Ramon. ¿Qué escucho!....

Juana. Tanto mejor
si es causa de que yo gane
un peso por cada ramo,
que en ley de verdá no vale
cuatro cuartos.

Ramon. ¿Á ver....

Juana. Quieto!;

que es preciso decir ántes
mi relacion. Pues, señor,
no habia llegado casi
al puesto cuando una moza,
que se cubria el semblante
con el velo, pero guapa
si es la cara como el talle,
me dijo con una voz
que sonaba á cosa de ángel:
toma este duro, muchacha,
si con él te doy bastante
por un ramo de violetas,

[*Lo saca de debajo del delantal y lo
entrega á D. Narciso.*]

y llévalo de mi parte
á don Narciso Amoros;
entiendes? Vive en la calle....
Ya sé, ya sé, respondí,
y acordándome del lance
pasado no pregunté
el nombre de la comadre;
mas como comercio en flores
entiendo ya su lenguaje,
y dije para mi sayo:
violetas le envía? Zape!
Ó yo no entiendo el intríngulis,
ó ella se llama *Violante*.

ESCENA IX.

D. NARCISO. D. RAMON.

Ramon. Narciso!*Narciso.* Ay, Ramon!...*Ramon.* Narciso!...*Narciso.* Esto ya pica en historia.*Narciso.* Ay!....*Ramon.* [*Llenando las copas.*]

Brindemos á tu gloria;

eh?

Narciso. Vaya, será preciso.[*Beben.*]*Ramon.* ¿Dirás tambien que es casual esta otra aventura?*Narciso.* Oh Dios!....*Ramon.* Ya están en campaña dos de las tres del madrigal. Ó pruébame en dos palabras que, segundo Pigmalion, sabes dar animacion á las figuras que labras, ó confiérame....*Narciso.* [*Levantándose y tambien D. Ramon.*]

Sí, amigo;

en el garlito me coges y ya es fuerza.... No te enojés!... Voy á ser franco contigo.

Ramon. Vaya en gracia!*Narciso.* *In vino veritas,* dice el refran.—Sí, confieso que son de carne y de hueso mis tres ninfas beneméritas. Tan bellas amor las pinta, que no es mucho que me encuentre confuso y perplejo, ay! entre Violante, Rosa y Jacinta. Mi Rosa es rosa de véras; fresca, rubia, vivaracha.... Qué encantadora muchacha!... Y diez y ocho primaveras!*Ramon.* (Trasto!...) Bien, amigo! Albricias!*Narciso.* Mas, ay! un marido atroz, natural de Badajoz, me usurpa, oh Dios! sus caricias.*Ramon.* Lo manda así el catecismo....*Narciso.* Pero es cosa que horripila....*Ramon.* Pues.*Narciso.* Y eso ya no se estila.*Ramon.* Ya; en parte....*Narciso.* Es mucho egoismo.*Ramon.* Y cómo se llama ese hombre?*Narciso.* Don Leon Fuenterrabía, capitán de artillería, tan fiero como su nombre.—Méenos niña la Violante, pues ya cumplió veinte y cuatro, tiene un brio que idolatro

y una gracia exorbitante. Es morena, ojos de fuego.... muy gitana.... Es de Jaén.

Ramon. Tambien casada?*Narciso.* Ay! tambien.

Yo soy partícipe lego.

Ramon. Tambien será el propietario algun indomable potro....*Narciso.* Oh! es más temible que el otro.[*Suena la campanilla.*]*Ramon.* Más temible?*Narciso.* Es boticario!—

Jacinta, y lleno el guarismo....

ESCENA X.

D. NARCISO. D. RAMON. PASCUAL.

Pascual. El señor don Celedonio....*Narciso.* Ah!..*Ramon.* Qué hombre es ese?*Narciso.* El demonio!— mi casero, que es lo mismo.— Di que no estoy....*Pascual.* Es en balde.*Narciso.* Le oye á usted....*Ramon.* Hombre silvestre!*Narciso.* Le debes mucho?*Narciso.* Un semestre.

No se irá sin que lo salde.

Ramon. Quizá se avenga el casero á cobrar en madrigales.*Narciso.* Ba! él no daría seis reales por todo el Parnaso entero. Y si no aflojo el bolsillo me va á poner en un brete....[*Á Pascual, mostrando la puerta más próxima al foro.*]

Que éntre en aquel gabinete por la puerta del pasillo.

ESCENA XI.

D. NARCISO. D. RAMON.

Narciso. Ese venenoso escuerzo no se apiadará de mí si ve los restos allí de nuestro suntuoso almuerzo.— Yo siento dejarte solo....*Ramon.* Por mí....*Narciso.* Oh suerte cejijunta! Siempre á la cuarta pregunta los pobres hijos de Apolo![*Entra en el gabinete y cierra la puerta.*]

ESCENA XII.

D. RAMON.

Lleve por Dios su penuria
ya que es feliz en amores.
A bien que si está en efecto
en estrechas relaciones
con una duquesa, puede
que ella le saque de pobre.—
Mas las otras.... ¿Es posible
que tantos triunfos coronen
sus sienes.... Eh! por qué no?
Es bien parecido, jóven,
sabe bailar la *redova*,
se perfuma los bigotes,
sabe descifrar un *rébus*,
y en los versos que compone
con retruécanos deslumbra
á los talentos mediocres.
Mujeres superficiales
hay de sobra en esta corte
que se paguen.... Sin embargo,
esos dos ramos de flores
que han venido tan á tiempo
á ser estribillo ó mote
del madrigal; recibir
dos finezas tan acordes
de dos mujeres distintas,
y no ser Lauras ni Clóris,
sino Rosas y Violantes;
vaciar en el mismo molde
sus ideas amoratorias
todas las damas de ese hombre....
No es natural, no es posible.

[*Suena la campanilla.*]

¿Tiene acaso algun resorte
mágico para moverlas
del lado que se le antoje?

ESCENA XIII.

D. RAMON. JUANA.

Juana. [*Con un ramillete en la mano.*]

Deo gracias.

Ramon. Ah, estás aquí!
(Se confirman mis temores.)

Juana. Don Narciso....

Ramon. Está ocupado.

Juana. Le traigo....

Ramon. Sí. (Este es el golpe
de gracia.) El tercer ramito....
Bravo!Juana. Es de jacintos dobles.
Se lo envía una señora....Ramon. No hay que preguntar su nombre:
Jacinta.Juana. Es claro. Además,
al decirme á quién y adónde
debía llevar el ramo
me dijo la dama noble....

Ramon. Qué?

Juana. Le dirás que te envía
la tocaya de estas flores.

Ramon. Sí; ya Narciso esperaba....

Juana. ¿Cómo!.... Pues...

Ramon. No te sonrojes.
Somos íntimos amigos....
Ya lo has visto; y tan conformes
en ideas.... (¡Ah, magnífica
es la que me ocurre!) Oyes;
¿querrás hacerme un recado[*Dándole un doblon.*]

mediante....

Juana. [*Tomándolo.*] Con mil amores.

Ramon. Bien.

[*Va á la mesa que está junto al lienzo
del foro, se sienta y escribe.*]Juana. Todo lo que no sea
hacer á mi amado Jorge
alguna mala partida....Ramon. Pronto acabo estos renglones.
Espera. (Están á dos pasos
de aquí. Son emprendedores
y de chispa....)[*Sigue escribiendo.*]Juana. (¿Qué estará
maquinando allí...)Ramon. (Los nombres.—
Esto es esencial.[*Mirando á la puerta del gabinete.*]Dios quiera
que no salga y se malogre
mi designio.)[*Sigue escribiendo.*]Juana. [*Recreándose con la moneda.*]

Cuatro duros!

Hoy sí que saco el escote.

Ramon. Por si acaso....

[*llamando á Juana.*]

Chit!....

[*Juana se acerca.*]

Si sientes

mover aquel picaporte,
salte afuera de puntillas....

Juana. Bien está.

[*Se retira otra vez y D. Ramon con-
tinúa escribiendo.*]

(Son el demontre

los lechuguinos. Los dos andan, ó yo soy muy torpe, tras de engañarse uno á otro; pero á mí ¿qué?... *Ora por nós.*)

Ramon. [*Levantándose con la carta que acaba de cerrar.*]

Lleva esta carta volando. Las señas van en el sobre.

Juana. Toma! Si no sé de letras!

Ramon. Á don Casimiro Gomez.....

Juana. Bien.

Ramon. Vive á la vuelta: calle de la Cruz, número doce, cuarto bajo.

Juana. Y el ramito?

Ramon. Venga.

Juana. [*Yendo á dársele.*]

Ya han pagado el porte.....

Ramon. [*Como variando de pensamiento.*]

No. Vuelve luégo con él; pero hasta que yo me asome al balcon con un pañuelo en la mano, estéte inmóvil en la calle.

Juana. Así lo haré.

Y ¿qué más?...

Ramon. Nada.

Juana. Abur.

Ramon. Corre.

ESCENA XIV.

D. RAMON.

¡Hola, el supuesto, el presunto Lovelace de Castilla,

que forja damas por junto sin tener ni una en la villa!—

¡Y convidarme expreso para burlarse de mí!

Como al raton con el queso queria atraparme así.—

Y hubo un momento á fe mia en que me dejó confuso;

¡con tal perfeccion hacía el papel que se propuso!

¡Qué ufano estará el pobre hombre con su fina diplomacia!

Pues, por vida de mi nombre, no lo ha de contar por gracia.

Veremos cómo sostiene el imprevisto chubasco

que.... Siento pasos. Ya viene. Sonado va á ser el chasco.

ESCENA XV.

D. NARCISO. D. RAMON.

Narciso. Hombre inexorable, impío!

Ramon. En verdad que ha estado posma. Pero tú habrás empleado las galas de la oratoria para persuadirle....

Narciso. ¡Inútil empeño! Ni las lisonjas ni las súplicas le rinden.

Ramon. Conque no hay misericordia?

Narciso. Para hombres tan aritméticos no se inventó la retórica.

Ramon. Caseros!.... Es la invencion más absurda.... ¡Fuerte cosa....

Narciso. ¿Por qué no hemos de tener todos nuestra casa propia....

Ramon. Cierto. Y qué exige ese monstruo?

Narciso. Armado de un auto en forma para embargarme los muebles si no atrojaba la bolsa, fuerza ha sido transigir; y dicha ha sido y no poca para mí que haya aceptado á buena cuenta dos onzas. ¿Qué iba á ser de mí, Dios mio, si no desarmo su cólera?

Ramon. Comprendo. Un hombre abrumado de conquistas amatorias tendrá citas en su casa....

Narciso. Figúrate tú!.... Me agobian. Si aquel tigre me dejase sin butacas, sin alfombra, sin....

Ramon. Terrible compromiso!

Narciso. Y hoy que espero dos neófitas....

Ramon. De véras?

Narciso. Sí, las dos niñas de los ramilletes.

Ramon. Oiga!

Narciso. Me acaba de remitir un billete cada prójima.... La una vendrá á las cuatro y al anochecer la otra.

Ramon. Pues si aciertan á venir las dos á una misma hora....

Narciso. Fuerte conflicto sería! Solo entre Jacinta y Rosa....

Ramon. Eh? No. Entre Rosa y Violante dirás.

Narciso. ¿Quién no se equivoca con tantas como uno lleva al retortero....

Ramon. La hermosa Jacinta no ha dado aún señal de vida.

Narciso. No importa. Ya verás tú lo que tarda! Me lo anuncia una zozobra

interior.....

Ramon. Eh! no te apures.
Si dos, ó las tres, te acosan
á un tiempo, cuenta conmigo.....

[*Suena la campanilla.*]

Narciso. Qué te decia yo ahora?
La campanilla ha sonado.
Apuesto cualquiera cosa.....

ESCENA XVI.

D. NARCISO. D. RAMON. PASCUAL.

Pascual. Don Leon Fuenterrabía.....

Narciso. ¿Cómo!....

Ramon. El capitan? Zambomba!

Narciso. ¡ El capitan.....

ESCENA XVII.

D. NARCISO. D. RAMON. EL CAPITAN.

Capitan. Servidor.

Ramon. [*Á D. Narciso en voz baja.*]

Pues no gasta ceremonias.

Capitan. [*Á D. Narciso.*]

Se sorprende usted de verme;
eh? Por vida de mil bombas!....

Narciso. Caballero..... Yo..... (Qué es esto?)

Capitan. No siempre rueda la bola
á gusto del individuo.
Soñaba usted con la gloria,
y se halla con el infierno.
¡ Voto á.....

Narciso. (Pesada es la broma.)

Capitan. No era el esperado yo,
sino otra linda persona;
eh? Sangre! fuego! exterminio!
¿ No sabe usted que las rosas
tienen espinas?

Narciso. Yo ignoro.....

Capitan. Por el alma de Mahoma!....
Ahora se hace usted el sueco?
Se juega así con la honra?
Aleve! ¡ Haber seducido
á aquella casta paloma.....

Narciso. Si yo..... (Qué diré? qué haré?)

Capitan. Brum!....

Ramon. (La risa me retoza.)

Capitan. No la mato, porque es débil,
pero la tendré á la sombra
mucho tiempo.—En cuanto á usted,
señor mio, si blasona

de ser tan fuerte en la lid
como diestro en hacer coplas,
ya sabe usted de qué modo
terminan estas historias
entre caballeros.

Narciso. Yo.....

(¿ Por qué me armará camorra
este hombre?... Ó se está burlando
de mí, ó á tontas y á locas....)

Ramon. (Capaz será de llevar
adelante la tramoya
por vanidad.)

Narciso. (No! ántes mártir
que confesor.)

Capitan. Hola, hola!
Cavila usted? Hay..... medrana?

Narciso. No tal: á mí no me asombran
los fanfarrones.

Capitan. Pues bien,
hora, armas, sitio..... Ponzoña!....

Narciso. Dentro de veinte minutos;
Canal abajo; pistola.

Capitan. Padrino?

Ramon. Yo.

Capitan. Con el mio
iré á la puerta de Atochá.

Narciso. Convenido.

Capitan. Ira de Dios!....
He de beber gota á gota,
inicuo rival.....

Narciso. Veremos.....

Capitan. (Dos botellas de Borgoña.)

ESCENA XVIII.

D. NARCISO. D. RAMON.

Narciso. Qué fatalidad la mia!
La Rosa que me solaza,
ay! no viene, y la reemplaza.....

Ramon. Don Leon Fuenterrabía!

Narciso. Ya no dudarás, oh amigo.....

Ramon. ¿ Cómo dudar si te abona
todo un marido.....

Narciso. En persona!

Ramon. Quién desmiente á ese testigo?
Pero ¡ batirte!....

Narciso. Es tan bella!....

Si de un balazo le tumbo,
tanto mejor; si sucumbo,
qué dicha morir por ella!

Ramon. ¿ Dicha llamas tú.....

[*Suena la campanilla.*]

Narciso. Sin duda.

Ramon. (Es incorregible.) El paso
es tremendo.—En todo caso
mejor es dejarla viuda.

ESCENA XIX.

D. NARCISO. D. RAMON. EL BOTICARIO.

Pascual. [Dentro.]

Deje usted.....

Boticar. Quite el cernícalo!*[Entrando.]*

Salud..... Una mesa opípara!....

¿Celebra usted, hombre pérfido,
el oprobio de su víctima?*Narciso.* ¿Quién se cuela con tal ímpetu
en mi casa.....*Boticar.* Oh suerte mísera!No me conoces, adúltero,
porque en mi ausencia una pícara
consorte te hizo mi apéndice
con ciega pasión ilícita.¿Quién me hubiera dicho, oh númenes!
mientras por Yepes y Ontígola
andaba yo tan solícito
buscando yerbas febrífugas,
que seduciendo á mi cónyuge
con los cantos de tu cítara,
vería á la dulce tórtola
transformada en una víbora!*Ramon.* [Aparte con D. Narciso.]

Violante!

Narciso. Yo estoy atónito!*Boticar.* Qué más hiciera Calígula?*Narciso.* Se engaña usted. Otro cómplice.....*Boticar.* No. Oculto desde la víspera
en Madrid, hoy entro súbito
en casa, y prueba no equivoca
me han dado de vuestros crímenes
un madrigal y una epístola.
Oh Violante! Iluso y crédulo
te di confianza omnímoda....,
¡y de Madrid me haces fábula,
mujer pecadora y frívola!
Mas desfogaré mi cólera
en mi rival, en mi antípoda.....*Ramon.* [Á media voz.]

Otro duelo!...

Boticar. Á muerte!*Ramon.* Es lástima...*Narciso.* Pero, hombre, yo... (Santa Brígida,
¿quién es el duende maléfico
que....)*Boticar.* Mas el arma mortífera,
que á esta cuestión ponga límite
no será pistola horripilante
ni agudo estoque, no. Cáspita!
de eso no entiendo una sílaba,
y no he de exponerme estúpido
á que una mano sacrílega
ó me desbarate el tímpano
ó me atraviere las vísceras.*Ramon.* Pues ¿cómo...*Boticar.* [Sacando una cajita de carton.]Aquí traigo un *récipe*...
En esta caja hay dos píldoras
que, aunque al parecer idénticas,
la una es mortal, la otra... insípida.

[Á D. Ramon abriendo la caja.]

Usted dará á cada prójimo
una de estas dos partículas:
á quién le tocó el arsénico
pronto lo dirán los síntomas;
al que se libre del tósigo
válgame san Pedro Advíncula,
y al que muera de la pócima
que le recen una antífona.*Narciso.* ¡Voto á briós, hombre ridículo....*Boticar.* ¿Cómo! Yo.....*Ramon.* Reparto?*Narciso.* [Dando un manotón á la caja, que cae
al suelo.]

Tíralas

con doscientos.....

Boticar. ¡Voto al chápиро...

Para cuándo son las pistolas?

¿Para cuándo las cantáridas
si.....*Narciso.* Boticario de quíncia,
tome usted la puerta, rápido!,

[Amenazándole.]

ó le rompo una mandíbula.

Ramon. Narciso!*Boticar.* Hum!....*Narciso.* Estoy frenético.*Boticar.* ¿Hay leyes en la Península,
señor?... ¡Invade mi tálamo
y menosprecia mi química!...
Bien, cedo á la fuerza bárbara,
pero ¡ay de ti!; que es fatídica
la saña de un farmacéutico
destilada en una jícara.
Infeliz! prepara el túmulo,
porque, lo juro con íntima
convicción, te veré exánime
antes que entre la cánicula.

ESCENA XX.

D. NARCISO. D. RAMON.

Ramon. Es donoso el boticario.

[Riéndose.]

Ja, ja.... Es ente original.

No te ries?

Narciso. No, que estoy

para darme á Barrabas.
Uno tras otro..... ¡Por vida.....

Ramon. Sí, es mucha casualidad.

Narciso. *Ramon!* alguno me vende;
alguno me quiere mal.

Ramon. Bien puede ser que una intriga.....
Oyes! ¿si te venderán
ellas mismas.....

Narciso. No, ninguna
de ellas sería capaz
de semejante traicion.

Ramon. Con todo.....

Narciso. Dale! No hay tal.
Cuando yo lo digo!....

Ramon. Bueno.
(Si no existen, claro está.)

Narciso. Pero estoy desesperado,
porque esto no es natural.

[Óyese la campanilla.]

Ramon. En efecto, que ellas vengan
á casa de su galán,
pase; pero ¡ellos tambien
colarse sin más ni más!....

Narciso. Oh!....

Ramon. Es un horror! No se ha escrito
para ellos el madrigal.

ESCENA XXI.

D. NARCISO. D. RAMON. PASCUAL.

Pascual. Un señor.....

Narciso. Eh? Vamos, esto
ya no se puede aguantar.

Ramon. Otro marido?

Narciso. Otro diablo.

Ramon. El duque tal vez.....

Pascual. No; quiá!
su aspecto.....

Narciso. Sea quien fuere,
no recibo á nadie; estás?

Pascual. Ya le he dicho que está usted
ocupado.....

Narciso. Y no se va?

Pascual. No, señor. Me ha respondido
con la mayor humildad,
esperaré..... y se ha sentado.
Parece moro de paz.

Ramon. Es forzoso recibirle.....

Narciso. Otra escena!.... Basta ya.....

Ramon. Si no la tienes aquí
la tendrás en el portal,
y es peor.

Narciso. Bien, acabemos!

[Vase Pascual.]

(Estoy sudando alquitran.)

ESCENA XXII.

D. NARCISO. D. RAMON. UN QUÍDAM.

Quídam. [Haciendo muchas cortesías.]

Caballeros, beso á ustedes.....
Sentiria incomodar.

Ramon. Nada de eso.

Quídam. ¿El caballero
don Narciso Ámoro.....

Narciso. [Con sequedad.] Qué hay?

Quídam. Venia á pedir á usted.....

Narciso. Eh? Qué?

Quídam. Un favor especial.....

Narciso. Disimule usted; no estoy
para gracias.

Ramon. [En voz baja.]

Hombre!

Quídam. Bah!

No puedo creer que un jóven
de cuya amabilidad
se hace lenguas todo el mundo
sólo se quiera estrellar
conmigo.

Narciso. Usted se equivoca:
yo no soy amable.

Quídam. Ay!....
demasiado. Que lo diga,
si nó, mi cara mitad.

Ramon. No lo diga?

Narciso. Caballero!

Quídam. No se altere usted. Quizá
piensa que vengo á retarle
con desesperado afán.....
No, señor; yo soy filósofo.
Si nací en signo fatal,
paciencia; á muchos aflige
la misma calamidad.

Ramon. [Aparte con D. Narciso.]

Estoica resignacion!

Narciso. Pues mira, me irrita más
que el grotesco boticario
y el furioso capitán.

Quídam. Estas cosas tanto tienen
de dulce como de agraz
para el hombre que las mire
como se deben mirar.
Qué diablo!.... Si prescindimos
un poco del qué dirán,
como tantos ciudadanos
de esta heroica capital,
los tres seremos dichosos;
ella con su dulce imán,
usted con su prenda amada
y yo con mi libertad.
Para eso no es necesario
acudir á un tribunal,
adonde envíe taquígrafos
algun diario procáz

que á mi costa se provean
de sabroso material.
Nada! Que se instale aquí
mi mujer.....

Narciso. Quite usted allá!....

Ramon. Tiene razon.

Quídam. Pues es claro.
Ya ve usted, no es regular
que á usted le dé el corazon
y que á mí me coma el pan.
Lo dicho: desde mañana
usted me la mantendrá.

Narciso. Pues ¡me gusta la llaneza!....
Quién es este hombre inmoral?

Quídam. Ay! no lo sé todavía.—
Pero usted me lo dirá.

Narciso. ¿Cómo!.... Usted se está burlando...

Quídam. Le digo á usted la verdad.
Yo soy una de las víctimas
que usted con fiera crueldad,
hijo mimado de Vénus,
inmola en su sacro altar;
mas de todo punto ignoro
mi nombre y mi calidad.

Narciso. ¿Sabe usted que estoy ya frito.....

Ramon. [Con sonrisa maligna.]

No consta en el madrigal.

[Se acerca al balcon y hace señas con
el pañuelo.]

Narciso. Eh? (Tambien Ramon... Sospecho...)

Quídam. Sí, yo soy una entidad
incógnita, un acertijo
en figura corporal,
un..... *quídam*; y humanamente
no me puedo empadronar,
con riesgo de que me prenda
por vago la autoridad,
mientras usted no me diga
que soy..... fulano de tal.

Ramon. Por Dios, sácale de dudas.

Narciso. Lo que yo le he de sacar
es el alma.....

Quídam. Ah! ¿no te basta
la de aquella ingrata.....

Ramon. Cuál?
¿Ó tambien ignora usted
su nombre.....

ESCENA XXIII.

D. NARCISO. D. RAMON. EL QUÍDAM. JUANA.

Juana. Ya estoy acá
otra vez.

[Presentando á D. Narciso el último
ramillete.]

Estos jacintos.....

Quídam. Ah! sí, Jacinta; cabal.

[Don Ramon suelta la carcajada. El
Quídam y Juana no pueden menos de
seguir su ejemplo. Don Narciso cae
como desplomado sobre una butaca.]

Narciso. Ah! comprendo..... Maldicion!....
Pero esto es asesinar
á un hombre.....

Ramon. No; es una broma.

Narciso. Tú me has vendido, falaz
ramilleteira.....

Juana. Calunia!

Flores vendo y nada más.
No he dicho esta boca es mia,
pero el señor es sagaz
y lo que yo no le he dicho
lo ha sabido adivinar;
y me ha dado una cartita,
y yo que soy servicial
le he servido de estafeta
dejándome el viento atras.
Y por qué no? Usted me paga
un duro..., ménos un rial,
por cada viaje, y le traigo
lindas flores ainda más;
y el otro en vez de tomarlas
me las echa, y con qué sal!,
y por un solo recado
un doblon de oro me da.
¿Podia yo imaginarme
que usted lo tomase á mal?
Péguela usted con su amigo
que es el que le hace rabiarse;
verdá? Conmigo ¿por qué?—
Pero lo mejor será
aguantarse y sonsoniche
y pelillos á la mar.

ESCENA ÚLTIMA.

D. NARCISO. D. RAMON. EL QUÍDAM.

Narciso. [Levantándose.]

Tal burla á mí! tal afrenta!....
Me darás satisfaccion.

Ramon. Aún quieres otra leccion?

Narciso. Yo te la daré, y sangrienta.

Ramon. Tu voluntad es la mia:
vamos á batirnos y arda
Troya..... Pero, oyes, te aguarda
don Leon Fuenterrabia.

Narciso. Para todos tengo brios.

Ramon. Qué! ¿tampoco te intimidan
el boticario y el..... *quídam*?

Quídam. Gran Dios, cuatro desafíos!....

Ramon. Uno sólo que en la lid
sanguiñaria sobreviva

á tu furia vengativa,
te hará escarnio de Madrid.

Narciso. Sí; y con cruel regodeo
quizá alguno de los tres
cuenta ya por los cafés
el conflicto en que me veo.

Ramon. Y ¿quién sabe si mañana
se solazará la villa
con alguna gacetilla
en que te carden la lana?

Narciso. Ah! me estremezco....

[*En tono suplicante.*]

Ramon!....

Ramon. Quien ha burlado á un amigo
es digno de igual castigo.

Quidam. Sí; la pena del Talion.

Ramon. Mas tal vez no pagarás
tan caros tus ramilletes
si por tu honor me prometes....

Narciso. Ah! sí, sí, no lo haré más!....
Mira, comeremos juntos,
si por tus amigos sales,

los cinco....

Ramon. Tus tres rivales
callarán como difuntos.—

Pero el casero nefasto
dejó tu bolsa vacía,
y pues llena está la mia
corre de mi cuenta el gasto.

Narciso. No consiento....

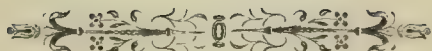
Ramon. Eh! por qué no?

Mi propuesta no es extraña.
Tambien tengo en la maraña
mi parte de culpa yo.
Si, halagando tus sentidos
con quiméricos placeres,
tú inventaste las mujeres,
yo he forjado los maridos.

Quidam. Eso me suena á epigrama.

Narciso. Lo merezco aunque me pica.

Ramon. Si es un necio el que publica
los favores de su dama,
¿qué será.... Mas tu talento
sacará, sin más sermon,
de esta severa leccion
un saludable escarmiento.



QUIÉN ES ELLA?

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

Representada por primera vez en el Teatro Español el día 7 de Diciembre de 1849 (*).

PERSONAS.

LA CONDESA.
ISABEL.
DOÑA MENCÍA.
EL REY.

QUEVEDO.
GONZALO.
MARTIN.
EL ALCAIDE.

DON ÁLVARO.

DAMAS, UJIERES, GUARDIA.

La accion se supone en Madrid, año de 1645.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de la Condesa. Puerta en el foro, que es la principal: otra lateral á la derecha: otra á la izquierda. Mesa de escritorio.

ESCENA I.

GONZALO.

[*Sentado á la mesa de escritorio.*]

Otra carta, y es la última,
al arrendador Ambrosio
García.—Cansan, aburren
tantas horas de escritorio.—
Hoy no he visto todavía
á la que es luz de mis ojos,
y ausente de su hermosura
no vivo, ó vivo en un potro.
La Condesa.....

ESCENA II.

GONZALO. QUEVEDO.

Quevedo. [*Entrando.*] Perdonad,
señor mio, si me tomo
la libertad.....

Gonzalo. [*Levantándose.*]

Caballero.....

Cielos, qué veo!.....

Quevedo. Este mozo.....

Sí, es Gonzalo.

Gonzalo. ¡Don Francisco
de Quevedo!.... Dios piadoso!....

(*) Mucho dió que hablar y discurrir, no sólo en los círculos literarios, sino entre los meros aficionados á los espectáculos dramáticos, y aún entre muchas personas que sólo tienen noticia de ellos por los anuncios de los diarios, el riguroso incógnito que el autor de esta comedia guardó hasta concluida la primera representacion. No lo hizo, sin embargo, por el pueril deseo de singularizarse, ni por dar más importancia á su obra cubriéndola con el velo del

Tanta dicha!.... Permitid
que á esos piés....

Queredo. No me conformo.
Mis brazos están más cerca.

[*Le abraza.*]

Gonzalo. Yo los recibo con gozo
y con orgullo.

Queredo. Á tu padre
retrata fiel ese rostro
juvenil; al tierno amigo
que vivo amé, y muerto lloro.

Gonzalo. Si vos le llorais, señor,
¿qué haré yo huérfano y solo.....

Queredo. Eso no, miétras yo viva.—
Mas, aunque me huelgo y honro
de verte, aquí no he venido
con semejante propósito.
Yo no te hacía en Madrid.....

Gonzalo. Empeñé el viaje más pronto
de lo que habia pensado.
No bien sacudido el polvo,
os busqué, pero sin fruto.
«Astro luciente del trono
de Felipe, apenas sale
de Palacio y sus contornos»,
me dijeron, y.....

Queredo. Es verdad.
Felipe, que es generoso,
justo, apacible, magnánimo
cuando obedece á sus propios
instintos, hoy que ya libre
se ve del yugo ominoso
del funesto Conde-Duque,

ruina y baldon de su solio,
desagraviarme pretende
del no merecido encono
con que en mis ancianos dias
me ha perseguido el sañoso
privado. Yo que, no ha mucho,
gemia en un calabozo,
calumniado, enfermo y pobre,
hoy nadaria en un golfo
de honras y bienes, si fuera
mi corazon ambicioso.
Mas quien jamás codició
grandezas que engendran odios
y sobresaltos y crímenes
y escarmientos, sandio y loco
sería si tal hiciera
cuando tiene un pié en el hoyo.
Y no obstante la seráfica
modestia de que blasono,
heme aquí hecho un palaciego.
El Rey, á mi ruego sordo,
de la libertad me priva
por que suspiro y sollozo.
No se halla sin mí, y abruma
mis harto frágiles hombros
con su real benevolencia.
No sé, Gonzalo, si logro
tanta distincion á título
de amigo; pero es notorio
que más barato que yo
no lo ha de hallar en el globo.
Ni pedigüeño le canso
ni le molesto oficioso.—
Ó acaso tanto favor

misterio. Parecía abusiva y perjudicial la costumbre contraria; esto es, la de apresurarse la prensa periódica á hacer constar quién ha escrito un drama cuando todavía está en borrador, y tal vez cuando apenas se ha bosquejado el plan. Pensaba — y qué hombre sensato no será de su opinion? — que si esto no es de aprobar cuando el interesado no lo autoriza, lo es mucho ménos el prevenir el juicio del público con alabanzas intempestivas que, por lo regular, comprometen más que favorecen, ó con censuras que no prueban mucho amor al prójimo de parte de quien tan oficiosamente las anticipa. El autor de *¿Quién es ella?* tenia además motivos particulares en aquellas circunstancias, y aun antes, para desear que siquiera una produccion suya se juzgase por lo poco ó mucho que intrínsecamente valiera y sin preocupacion alguna favorable ó adversa respecto del individuo, ni de su escuela ni de sus antecedentes. El drama no es en su totalidad del género en que más habitualmente se habia ejercitado, y esta era otra razon que le movia á presentarlo anónimo; y hasta el título *¿Quién es ella?* sugiriéndole naturalmente la idea de otra pregunta análoga, la de *¿Quién es él?* le confirmó en su inocente propósito.

En las varias lecturas, tanto oficiales como privadas, que de esta hija expósita de Talía se hicieron, mereció encomios á que su pobre sigiloso padre no estaba tiempo habia muy acostumbrado; encomios harto superiores al mérito de la criatura, y es que sin duda lo suplía para excitar un interes desusado su cualidad de huérfana abandonada y desvalida. Y en verdad que no se la tuvo por de baja extraccion. Ningun padre se le atribuyó que no fuese ilustre en el Parnaso español contemporáneo, salvo el verdadero, á quien alguno acertó á aplicarla por completo, y muchos — esto era forzoso — achacaron una parte de ella: lo cual, y el figurar en la accion como personaje muy principal *Don Francisco de Queredo*, hacia recordar aquel su famoso romance «Yo el menor padre de todos los que hicieron ese niño,» etc. «En esta letrilla, decian, en esas quintillas, en aquella escena se ve la mano de Breton; pero esta situacion interesante, estos endecaslabos filosóficamente tiernos..... no pueden ser de su cosecha; he aquí la pluma de H...; — este diálogo conceptual, incisivo, es evidentemente de R....; — y ¿á quién se oculta el estilo de V...., su buen gusto y su tacto dramático, en más de un rasgo, en más de una peripecia.....» El autor, á cuya noticia llegaban estos juicios, y que muchos de ellos hubo de presenciar, por no hacerse sospechoso con su ausencia, veia muy satisfactoriamente cumplida una parte, la más importante de su designio; pero sufría indecibles angustias y tormentos, y no comprende cómo no le denunció su semblante; cómo no le acusaron hasta las palabras mal estudiadas con que negaba toda participacion en la obra; porque seguramente si de algo peca, no es de falta de sinceridad y sobra de cautela y disimulo. No era por cierto la menor porcion ni la ménos celebrada de la tarea la que sin disputa y casi unánimemente se le adjudicaba; pero al ver que de otras se le negaba la paternidad, tuvo que hacerse suma violencia para no protestar contra semejante decision, y recordar que en su larga carrera creía haber mostrado que, si en general y á fuer de poeta cómico, habia propendido con preferencia á hacer reir, no le eran desconocidos otros resortes del humano corazon; que no sin fruto habia en ocasiones procurado hablar de otro modo que con chistes dialogados al alma y á la imaginacion de los espectadores; que no habia en algunas escenas de *¿Quién es ella?* su primer ensayo de discreto quien ya lo habia manejado con aceptacion en otras muchas, y aun en comedias enteras; que ni en lo sentimental, ni en lo pintoresco, ni en lo patético, ni aun en lo terrible, probaba por primera vez sus fuerzas; y últimamente, que bien podia ser *unico autor* de *¿Quién es ella?*, no obstante la diversidad de tonos á que su argumento

debo á ser hijo de Apolo;
que tambien Su Majestad
emplear suele sus ocios
en hacer versos, tal vez—
y esto quede entre nosotros—
no tan buenos como augustos.
Ni será extraño tampoco
que por su bufon me tenga.—
Dicen que soy tan gracioso!....
Mas volviendo á ti, querido
Gonzalo, no te perdono
no haber tomado hospedaje
en mi casa.

Gonzalo. Soy tan corto.....

Quevedo. La cortedad es bobada,
y en Palacio sobre todo.
Fray Modesto nunca asciende
á prior de San Jerónimo.
¡Ni haberme escrito dos letras
diciéndome cuándo y cómo
te habria de hallar! Al punto
hubiera hecho yo de modo
que me vieras en mi casa,
ó en la del Rey, sin estorbo,
á todas horas del dia.—
Pero, si no me equivoco,
tal está mi buen Gonzalo
que no ha menester patronos.
No te aconsejo que trueques
por el triste dormitorio
y parca mesa que puedo
yo ofrecerte, estos suntuosos
salones.—¿Eres—perdona
mi extraño interrogatorio—

pariente de la Condesa,
ó su agente de negocios?
Gonzalo. Soy su criado. La suerte
me deparó este acomodo.
Quevedo. Y no en oficios mecánicos
que puedan darte sonrojo
te ocupa, por lo que veo.
Bien! Es dama de alto bordo,
de esclarecido linaje
y de pingüe patrimonio,
y con favor en la corte!
Como que ejerce el honroso
cargo de aya de la Infanta.
Si le entraste por el ojo
derecho.....

Gonzalo. Preferiria,
ya que servir me es forzoso,
servir á Su Majestad.

Quevedo. Como cuestion de decoro,
lo apruebo; mas tan lucido
no estarás y tan orondo
como ahora, si dependes
de las arcas del Tesoro;
que, si algo dejan en ellas
asentistas codiciosos
y validos insolentes,
se gasta en cañas y toros.—
Pides algo al Rey?

Gonzalo. Mi padre
le ha servido con heroico
valor. Murió en Portugal
herido de aleve plomo;
y apoyándome en sus méritos,
ya que no puedo en los propios,

convida, el que, si habia producido comedias como *Un tercero en discordia*, *Un novio para la niña*, *El amigo mártir*, *El pro y el contra*, *Un día de campo*, *Dios los cria y ellos se juntan*, y otras muchas de esta clase, tambien habia úado á luz *Elena* y *Don Fernando el Emplazado*; *Ella es él* y *Finezas contra desvíos*; *Muérete y verás* y *El cuarto de hora*; *La independencia* y *La batelera de Pasajes*.

Y qué diremos de las tretas que se pusieron en juego para sorprenderle ó arrancarle su secreto? ¿Qué de las interpelaciones con que á cada paso se le acometia? Fatigado, aburrido, se hubiera cien veces espontaneado, á no temer que luego se le tildase de poco firme en su resolucion, y á no haberle animado con sus consejos y su ejemplo á perseverar en ella los señores *D. Ventura de la Vega* y *D. Juan Eugenio Hartzenbusch*, sus únicos confidentes; el primero en calidad de Comisario regio del Teatro Español, y el segundo en la de representante del autor para el repartimiento y ensayos de la comedia.

En obsequio de la brevedad, y por otros respetos, se suprimen muchos incidentes que no dejaron de ser curiosos, ni de contribuir á que el poeta se arrepintiese de tan improba tentativa, y diese á mil diablos el momento en que se le ocurrió. Pero no es para omitida la mayor de las penalidades que por consecuencia hubo de imponerse; la de asistir *coram populo*, en un palco (que pagó, por supuesto) á la primera representacion; ¡él, que cuando se estrena alguna composicion suya no encuentra rincon bastante tenebroso y oculto donde esconderse para esperar allí el fallo del auditorio!.... Suplicio fué aquel que no bastarian á resarcir todas las ovaciones del mundo; y si el autor afirma que cuando se le nombraba por fin en la escena, y benévolo los oyentes instaban por que se presentase en ella, él se encerraba en su casa calenturiento y convulso, no dirá más ni ménos que la pura verdad. ¡Y hubo todavía quien acriminase su reserva, que en último resultado á nadie sino á él mismo habia de perjudicar! ¡Hubo censuras, y sarcasmos y pullas contra un acto, ya que no de laudable modestia, al ménos de legitima prevision, cuando impunemente se suele con frecuencia pecar en el extremo contrario! Si con su incógnito podia esperar el poeta que algunos de sus encarnizados y sistemáticos enemigos dejasen de serlo por espacio de algunas horas, ¿no se privaba de la predisposicion favorable de los muchos que le honran con su amistad? La misma curiosidad tan vivamente excitada ¿no habia de causar alguna distraccion á espectadores no habituados á que en esta parte se tarde tanto en satisfacerse hasta la saciedad? Y, como fundadamente lo apunta *el Sr. Hartzenbusch* en su prólogo á la presente coleccion, esa curiosidad ¿no habia de redundar en detrimento del mayor interes con que sin ella se hubiera oido el drama? Al paso que la conducta del autor fué por algunos tan severamente calificada, otros, que no le quieren mal, sintieron que no siguiese callando *siguiera quince dias más*.—Pero él declara que está muy cordialmente pesados de haber osado introducir tan impertinente y subversiva novedad en la república de las letras, y jura que no volverá á gravar su conciencia con tan enorme delito.

La mayoría de los periódicos juzgó despues la comedia más ó ménos favorablemente; otros la trataron sin misericordia: todos estuvieron en su derecho; y el autor, que no gusta de entablar polémicas en defensa de sus escritos, nada nuevo podria añadir á los notables artículos que su buen amigo *el Sr. D. Manuel Cañete* publicó á la sazón en *El Herald*o, desvaneciendo todos los cargos aducidos contra *¿Quién es ella?*, y tanto y de tal modo, que, aun más que docta refutacion, fué la suya apasionada apologia.

pido la contaduría
de alcabalas de Logroño;
mas no espero.....

Queredo. Por qué no?

Para destino tan módico
presumo que bastará
el influjo de que gozo.
Mejor te lo ofrecería,
á fe de amigo y de prójimo;
pero yo no soy ministro
ni con ministros me rozo,
sino poeta, y poeta
que no, como suelen otros,
me alimento de ficciones
y de figuras y tropos,
sino que hago profesion
de decir sin circunloquios
por escrito y de palabra
verdades de tomo y lomo.
Así estoy yo de medrado!
Camino tan escabroso
no allana, Gonzalo amigo,
la cumbre del Capitolio.
Pero á tal corte has llegado
y en tiempo tan delicioso,
que para ti, apuesto jóven,
bien nacido y nada bobo,
pueden ser flores risueñas
de la vida los abrojos.
Si un dia Marte, hoy es Vénus
el astro que aquí..... Á propósito,
tienes ya empleo en Madrid?
Hablo de empleo amatorio.

Gonzalo. Tal vez.

Queredo. ¿Y qué corazon,
si no es de piedra ó de corcho,
no paga en Madrid tributo
á Mundo, Carne y Demonio?
Gonzalo, el mar de la corte
está erizado de escollos.
Las Circes y las sirenas
bogan armadas en corso
á caza....; ellas dicen de almas;
yo, del vellocino de oro;
y más que Ulises sagaz
y muy experto piloto
ha de ser el que no sea
de su despejo despojo.
Mas no todas son del gremio
de santo *Tomás* apóstol;
tambien *Dante* tiene alumnas....
que ya pasan del otoño.—
Te ries? No aludo á tu ama,
que no soy tan malicioso.
Ni de ella puede decirse
lo de «á un descosido un roto»,
que es dama de muchas prendas....
y está en el segundo tomo
de la hermosura; es decir,
si no en su Mayo, en su Agosto.

Gonzalo. Siempre maligno y zumbon!....

Queredo. El mundo es jaula de locos,
Gonzalo mio, y prefiero,

filósofo por filósofo,
á lagrimones de Heráclito
carcajadas de Demócrito.—
Pero háblame con lisura:
¿te mira con buenos ojos
la Condesa?

Gonzalo. Cada dia
me da nuevos testimonios
de su extremada bondad.
Soy su indigno mayordomo,
su secretario, tal vez
su amigo.....

Queredo. Ya: su *factórum*....
Di de una vez, soy su amante,
y *finis coronat opus*.

Gonzalo. No merezco tanto honor.

Queredo. Por qué no? Dios poderoso,
á los pobres y á los ricos
nos formó del mismo lodo.

Gonzalo. Ni, dado que yo inspirase
sentimientos amorosos
á tan ilustre señora,
correspondiera.....

Queredo. (Es neófito!...)

Déjate querer.

Gonzalo. Habría
de sacrificar.....

Queredo. Qué oigo!

Gonzalo. Á sus favores.....

Queredo. La hacienda?

Antes saldrías de ahogos
con la suya. La honra acaso?
No veo ningun desdoro
en ser conde. La conciencia?
No es pecado el matrimonio;
ántes será expiacion
si, como opinan los doctos,
se pasan con él en vida
las penas del purgatorio.

Gonzalo. No es eso.....

Queredo. Ah...., la libertad!
Bien, hijo! Apruebo y encomio
esa altiva independendencia
digna de un ánimo estoico.
No te esclavices jamás,
Gonzalo, á ese lindo monstruo
que llaman mujer. Sé libre.....

Gonzalo. Ese sería mi voto,
si ya un dulce cautiverio
no me hiciera venturoso.

Queredo. Qué dices, incauto jóven?
¿Amas.....

Gonzalo. Sí, señor, adoro
con firme y casta pasion
á una mujer.....

Queredo. Ya supongo.

Gonzalo. Bien nacida.....

Queredo. Pero ¿pobre
como tú?

Gonzalo. Sí, los dos somos
huérfanos.....

Queredo. Muy bien! Será
la gloria vuestro consorcio;

y si con mutuos requiebros
no dais calor al estómago,
al ménos nada tendreis
que echaros el uno al otro
en cara.

Gonzalo. Es un ángel!

Quevedo. Sí?

Gonzalo. Y á la hermosura del rostro
áun excede la pureza
del alma. El cándido copo
de la nieve, el aura suave
que halaga al tierno pimpollo,
no son.....

Quevedo. Ya entiendo. Suprime
el idilio obligatorio.

¿Quién al hablar de su amada
escasea los piropos?

Cuando una mujer nos flecha
tenemos la vista todos,
para sus gracias, de lince;
para sus faltas, de topo.

Pero si os quereis los dos,
y, ella modesta y tu sobrio,
tú por un palmo de cara
dejas todo el territorio
de un condado; y ella siendo
tan bella — raro fenómeno! —
se resigna á ser consorte
de un alcabalero, *Dóminus
vobiscum*. — Voy ahora mismo
á hacer que despachen pronto
tu memorial. Ve mañana
á Palacio.....

Gonzalo. Ah! yo me postro....

Quevedo. Quietos! — Á las once.

Gonzalo. Está bien.

Quevedo. Emplearé más gustoso
el tiempo en obsequio tuyo
que en los frívolos coloquios
de una visita de pura
etiqueta; que á esto solo
venía.

Gonzalo. Sois mi segundo
padre.

Quevedo. Oh! sí.

Gonzalo. Mi ángel custodio.

Quevedo. Basta. Adios!

[*Vuelve á abrazarle.*]

Gonzalo. Guárdeos el cielo.

Quevedo. [*Yéndose.*]

(Pobre mozo! pobre mozo!)

ESCENA III.

GONZALO.

Se burla de mis amores!
Achaque de años mayores.
Su corazon está yerto,

y es predicar en desierto
pedir al invierno flores.

Mas mudará de opinion
quizá, que al fin es discreto,
y aprobará mi pasion
cuando vea el dulce objeto
que me abrasa el corazon.

¿Qué es el ajado oropel,
qué es el orgulloso porte
y la envenenada miel
de las damas de la corte
al lado de mi Isabel?

¿Son por ilustres más bellas
algunas que en las estrellas
ponen las ejecutorias?

Pergaminos son sus glorias.....
y pergaminos son ellas.

Amor manda que me rienda
á la que en el sí y el nó
desnuda el alma me brinda,
y sólo sabe que es linda
porque se lo digo yo.

En dulce conformidad
para uno nos hizo Dios,
y á tanta felicidad
nos llama hasta la orfandad
en que gemimos los dos.

Así con igual ternura
nos dió la naturaleza
en la comun desventura
el crisol que nos depura
de toda humana flaqueza.

Así el amor que á tus piés
juro, y pagas tú, alma mia,
no es una vil mercancía
de que el sórdido interes
hace torpe granjería.

Sólo así viva la llama
se alimenta y sin perfidia;
porque desigual la dama,
cuando pide nos fastidia
y cuando da nos infama.

ESCENA IV.

GONZALO: LA CONDESA.

Condesa. Don Gonzalo!

Gonzalo. (Ah! la Condesa.)

Señora, yo.....

Condesa. Extrañaréis
mi tardanza.....

Gonzalo. Yo, señora!
Faltaría á mi deber
de humilde y leal criado
si osara.....

Condesa. (Qué sencillez!)
Sabeis que yo no os confundo
con la mercenaria grey
que me sirve.

Gonzalo. Agradecido,

al cielo ruego que os dé
largos días de ventura
y.....

Condesa. Mil gracias. Ahora bien,
la causa de mi tardanza
no ha sido ningun cruel
accidente.....

Gonzalo. Ah! Sea Dios
loado y bendito.....

Condesa. Amén!
(Cielos! ¿es esto cariño,
ó cristiandad...., ó sandez?)
Más de lo que yo esperaba
hoy me ha detenido el Rey.

Gonzalo. Yo tengo ya despachado
todo el correo de ayer.
Sólo falta.....

Condesa. Bien; no hay prisa.

Gonzalo. [*Acercándose al escritorio.*]
Podeis firmar, si quereis,
estas cartas.....

Condesa. Urgen mucho?

Gonzalo. No.

Condesa. Firmarémos despues.

Gonzalo. Pues si licencia me dais.....

Condesa. [*Despues de vacilar un momento.*]
Bien: id con Dios.
[*Se sienta.*]

Gonzalo. (Oh Isabel!)

Condesa. (Evitemos el peligro.....)

Gonzalo. La firma ¿á qué hora.....

Condesa. Á las tres.

Gonzalo. El cielo os guarde.

Condesa. (¡Ah, no puedo.....
El alma se va tras él.)
Oid.....
[*Gonzalo vuelve.*]
Quiero consultaros
un negocio de interes....,
si no os molesto.

Gonzalo. Señora,
nunca á mí..... (Cómo ha de ser!)

Condesa. (Sondearé su corazon.)

Gonzalo. Sobre el soto de Aranjuez?

Condesa. No. Más arduo es el asunto.—
Pero por qué estais de pié?

Gonzalo. El respeto.....

Condesa. [*Impaciente.*] Oh!.... Bien pudiera
el que en la corte es novel,
por sobrado respetuoso
culpase de descortes.

Gonzalo. Perdonad. No fué mi intento
desairar..... Me sentaré.
[*Se sienta.*]

Condesa. (Necia he sido en ofenderme
de su amable timidez.)
Estadme atento, Gonzalo.
Dos años ha que enviudé,

y no son tantos los mios
que me hayan de reprender
lenguas malignas si al yugo
otra vez doblo la sien.
Con mi nombre esclarecido
grandes bienes heredé,
y no quisiera dejarlos
á parientes que tal vez,
ó no me aman, ni yo á ellos,
ó no los han menester.—
Qué me aconsejais, Gonzalo?

Gonzalo. Señora, difícil es
aconsejar en tan grave
materia, y más para quien,
falto de años y de ciencia
como yo.....

Condesa. No os excuseis.
Sois adicto á mi persona:—
lo debo al ménos creer.

Gonzalo. Yo os juro.....

Condesa. En vuestra alma noble
no cabe infame doblez,
ni la embriaga y la fascina
el orgullo del saber.
¿Qué consejero mejor
pudiera elegir?

Gonzalo. Pues ¡qué!
¿no teneis otro, señora,
á cuya suprema ley
so pena de eterno llanto
habreis al fin de ceder?

Condesa. (Oh cielos!....) Cuál?

Gonzalo. Vuestro propio
corazon.

Condesa. Sí, mas tambien
tiene la razon sus fueros,
y es forzoso.....

Gonzalo. Ya lo sé;
y mejor que yo advertirlo
es que vos lo recordeis.
Si en combate tan terrible
os hallais, y ha de vencer
la razon, yo os aconsejo,
señora, que no os caseis.
Conservad vuestra dichosa
libertad; que á una mujer
como vos honran, no afrentan,
las tocas de la viudez.

Condesa. (¡Oh palabras de consuelo....,
si no son pérfida red
de quimérica esperanza!
Me exhorta con viva fe
á no dar mi mano..... Ay Dios!
¿mudará de parecer
si lee al fin en mis ojos
que la guardo para él?)

Gonzalo. (Calla! ¡Plegue á Dios que entienda
que no la quiero entender!)

Condesa. Muy cuerdo es vuestro dictámen;
que es triste consorcio aquel
que en la razon ó en el cálculo
halla su único sosten.
Pero si triunfa el amor,

como suele suceder,
de esa razon impotente
que le disputa el dosel,
qué me diréis, don Gonzalo?

Gonzalo. Señora..... que no os caseis.

Condesa. ¡Ni á la razon ni al amor
me es lícito obedecer!
Luego, si el único puerto
me vedais que en el tropel
de las humanas pasiones
me pudiera guarecer,
á mi opinion ó á mi dicha
por siempre renunciaré.

Gonzalo. Señora!....

Condesa. Mas no creais
que tan opuestos estén
en mí esos dos sentimientos
que á riguroso nivel
quereis sujetar. Supongo
que vos no confundireis
con la razon verdadera
el sofístico oropel
que llaman razon de estado.
Prendas pudiera tener
el objeto de mi amor
con que cien veces y cien
supliera el fastuoso título
de un marqués..... sólo marqués.
Amor, que no reconoce
límites á su poder,
igual a la humilde choza
con el alto chapitel.
El amor, hijo de Dios,
y Dios acaso tambien,
es la ambrosía celeste
que dulcifica la hiel
de nuestra mísera vida:
es el bello rosicler
que este valle de tinieblas
convierte en risueño Eden:
contra el rigor del destino
es el más fuerte broquel:
él sagaz descubre méritos
que el mundo olvida ó no ve:
él la apacible modestia
premia, y su pálida tez
desgarra la baja envidia
cuando de mirto y laurel
ve coronada la frente
que blanco á su saña fué.
¿Qué me importaria á mí
la desdenosa altivez
con que algun necio, prendado
de su gótico paves,
murmurase de mis bodas
porque no las hice, á fuer
de rica hembra de Castilla,
con algun primo del Rey?
Yo, ufana de mi eleccion,
le sabria responder:
Ved aquí el dueño adorado
que cautiva mi alma; ved
si más apuesto mancebo

y más digno de honra y prez
inventar puede el buril
ni imaginar el pincel.
Si no es grande de Castilla
ni infanzon aragones,
prendas y brios le sobran
con que lo pudiera ser;
y en fin, yo le quiero y basta;
y pues no hay razon ni ley
que acate el libre albedrío
para amar ó aborrecer,
de mi propio corazon
yo sola quiero ser juez.

Gonzalo. No os censuro yo; os admiro.

Pero vos que encareceis
tanto el poder del amor—
y quién lo resiste, quién?—
mirad, señora, que es ciego;
mirad no os lleve al traves
de su venda engañadora
donde naufrague el bajel
de vuestra dicha. Mirad
si el que os dignais de ascender
á vuestros amantes brazos
no recibe harta merced
en permitirle que sea
de vuestra planta escabel.
Mirad que un dia vos misma
quizá os arrepentireis.....

Condesa. No, jamás! Podrá mi frente
ceñir funesto cipres
en vez de nardos y rosas,
si con injusto desden
paga mi ternura inmensa
el hombre á quien solo amé;
mas ya en mi arbitrio no está
el dejarle de querer;
que amor le grabó en el alma
con inflamado cincel.

Gonzalo. (Oh tormento! oh desventura!)
Señora..... (Qué le diré?)

Condesa. Conmovido estais.

Gonzalo. Sí!

Condesa. Hablad.

Gonzalo. Excusadme.....

Condesa. Qué temeis?
Hablad: lo exijo.

Gonzalo. El respeto
pone á mi labio un cancel.

Condesa. Doleos de mi martirio,
y aunque apure hasta la hez
la copa de la amargura.....

Gonzalo. No la pruebo yo tambien?
¿No os dice hartos mi silencio
si lo quereis comprender?

Condesa. Mas ¿cuya será la culpa
si no lo interpreto bien?
Yo os abro mi corazon,
y del vuestro nada sé.

Gonzalo. Vos pedis una respuesta,
y yo podria á mi vez
haceros una pregunta
con que os pudiera ofender.

Condesa. Para salir de este empeño
sobrado ingenio teneis,
sin forzarme á que deponga
privilegios de mujer.

Gonzalo. No es de ingenio esta cuestion,
señora: bien lo sabeis.

Condesa. (Oh suplicio!)

Gonzalo. Sólo un hombre
la pudiera resolver,
y.... si ese hombre.... no soy yo...

Condesa. Seaislo ó nó, responded.

Gonzalo. Pues bien, si yo, por acaso,
fuese el oscuro doncel
que desde el polvo en que yace
os pluguiera enaltecer
hasta la elevada esfera
donde sol resplandeceis,
turbado, absorto, confuso
me postrara á vuestros piés....

[*Lo hace.*]

Condesa. (Alma, respira!)

Gonzalo. [*Besando enternecido la mano de la
Condesa.*]

Y bañando
la mano que me tendéis
bondadosa en tiernas lágrimas
de gratitud....

Condesa. (Oh placer!)

Gonzalo. Diria: Guardad, señora,
tan acrisolada fe
para quien con otra igual
la pueda corresponder.

Condesa. (Gran Dios!)

[*Se levanta.*]

Gonzalo. Sellad esta frente,
que alzar á vos no osaré,
con hierros de esclavitud;
y si por sincero y fiel
á mi despecho os agravio,
de mi vida disponed.
Dad un tósigo á mi pecho
ó á mi garganta un cordel;
mas....

Condesa. Basta! Oh rubor!..

Gonzalo. ¿Qué digo!
Despreciadme.

Condesa. [*Con imperio.*] Alzad!.... Sí haré.

[*Se levanta Gonzalo.*]

Gonzalo. Así! Triunfad de vos misma
y admitid mi parabien.

Condesa. Eh, callad! (Perdida soy!)
¿Cómo, villano soez,
osais.... Mas tanto no debe
mi cólera descender,
que honre con ella de un sandio
la extraña ridiculez.

Gonzalo. Señora!

Condesa. [*Con risa forzada.*]

¿Tan alta estima
de vuestra persona haceis,
que fundando sobre el aire
otra torre de Babel,
por mí os juzgais recuestado
de amores que no soñé,
y en conflicto tan terrible
vuestro pudor defendeis
con la rudeza de Hipólito
y la virtud de José?

Gonzalo. Yo erré, señora. Ya veo
que esto ha sido un entremes....

Condesa. En que habeis equivocado
(oh angustia!) vuestro papel;
mas de un modo tan donoso,
que siempre celebraré....

Gonzalo. Yo tambien celebro mucho
el error que escarneceis;
pero huiré la contingencia
de volverlo á cometer.
Calificadme de necio
en buen hora. Yo no sé
si merezco ó no ese apodo;
pero me basta saber
que si aceptándolo os sirvo,
debo ufanarme con él;
que á mí no ha de estarme mal
lo que á vos os está bien.

ESCENA V.

LA CONDESA.

[*Déjase caer en un sillón con el mayor abatimiento luego que Gonzalo desaparece.*]

No puedo más! Me desprecia!
Por qué el labio no fué mudo?
El silencio era mi escudo. —
Ay desventurada! ay necia!
Mas si á morir me sentencio,
¿qué importa en trance tan fuerte
que la voz me dé la muerte
ó que me mate el silencio?
Al menos esc cruel
por quien mi amor desvaria,
cuando vea mi agonía
sabrás que muero por él;
y acaso por gratitud,
si su alma ahora es tan yerta,
alguna lágrima vierta
sobre mi negro ataud.

[*Se levanta.*]

No! Mi desventura extrema
pide al que así me escarnece,
no que difunta me rece,

sino que airada me tema. —
Ay! ni este acerbo placer
dará alivio á mi pesar;
que mal se puede vengar
quien no sabe aborrecer. —
Ni es un crimen su desvío.
¿Con qué ley, con qué razon
mandara en su corazon
yo..... que no mando en el mio?
¿Por qué á su noble entereza
achacar mi desventura,
y no, ay Dios! á mi locura
y á mi humillante flaqueza?
¿Acaso su labio mismo,
que tan mal interpreté,
no era rémora á mi pié
cuando corria al abismo?—
Quizá algun dia se apiade
de mí; quizá la ambicion
seduzca su corazon
si mi amor no le persuade. —
Pero en tanto, ay Dios! se aleja
herido de mi despego.
Injusta seré si niego
satisfaccion á su queja.

[Toca una campanilla.]

¿Otra vez, alma cobarde,
te rinde vana ilusion?
¿Por qué al fin de la razon
no oyes el grito?... Ah! Ya es tarde.

ESCENA VI.

LA CONDESA. MARTIN.

Martin. Mande Ucencia.

Condesa. Ven acá.
(Así á un ingrato me humillo!)
Qué hace Gonzalo?

Martin. Su hatillo.

Condesa. (Oh Dios!)
Martin. Dice que se va.—
Y es cosa que me ha pasmado;
que en todos sus menesteres
aquí está á cuerpo qué quieres,
y es más señor que criado.—
Le habrá despedido Ucencia.

Condesa. Yo..... Creo que sí.

Martin. Lo dije! —

Pues creo que no se aflige
por perder la conveniencia.
Al contrario, muy en sí,
y con cara, no abatida,
sino de pascua florida.....

Condesa. Bien, bien. ¿Qué se me da á mí.....

Martin. Y con gozo estrafalario
le he visto sacar del pecho
una cosa..... que sospecho
si será algun relicario,

y mientras doy á su ajuar
colocacion oportuna,
besar la efigie con una
devocion particular.

Condesa. Una efigie!.... Tú la has visto?

Martin. Sí, señora, y en conciencia
puedo asegurar á Ucencia
que no es la de Jesucristo.
Por lo hermosa puede ser
un ángel del Paraíso,
si es creible, ó si es preciso
que un ángel sea..... mujer;
y si á los ángeles buenos
no pertenece la estampa,
Virgen es la que allí campa,
sobre poco más ó menos.

Condesa. (Ama á otra el inhumano!
Yo lo debí recelar.)

Martin. Mas su modo de rezar
tiene un si es no es de profano.
¿Qué sé yo!.... Aquel regocijo.....
Salvo el « bendita tú eres
entre todas las mujeres »,
que eso bien claro lo dijo,
juro á fe de esclavo vuestro
que en su boca no se oia
ni jota de ave María
ni pizca de padrenuestro.

Condesa. (¡ Me reservaba mi estrella
este horrible torcedor!
Otra me roba su amor!
Yo morir, y triunfar ella!)

Martin. Si Ucencia no manda nada.....

Condesa. Martin, yo quiero saber
el nombre de esa mujer,
su condicion, su morada.

Martin. Ah, es mujer!.... Ya saco el hilo....
No es el corte de la saya
de ángel ni.....

Condesa. Cuando se vaya
le seguirás..... con sigilo.
Yo te premiaré.

Martin. Se entiende.

Condesa. Toma bien las señas.....

Martin. Sí;
y aún sin moverme de aquí
doy ya con la dama duende.
Cartas que vienen y van.....
Sin saberlo he sido yo
correo.....

Condesa. Ah! La has visto?

Martin. No;
no he pasado del zaguan. —
Ucencia por compasion
querrá excusarle petardos
y que se ande á picos pardos.....

Condesa. [Impaciente y agitada.]

Bien está!....

Martin. Qué corazon!

Condesa. [Como poseida de una idea repentina.]

(Ah! El Rey... Mi influjo en Palacio...

Si!) No le pierdas de vista.
Martin. Yo le seguiré la pista....

[*Mirando adentro.*]

Aun está allí. Va despacio.
Condesa. (Un mismo dardo nos hiera.)
Martin. Ucencia sabrá muy pronto
 todo lo que hay. Soy yo tonto?
 (Y más de lo que quisiera.)
Condesa. (Infel, tu loca esperanza
 sabré yo frustrar tambien,

y pues lloro tu desden,
 tú llorarás mi venganza.)

ESCENA VII.

MARTIN.

He aquí un chisme..... venial,
 que, si el demonio lo enreda,
 va á mover más polvareda
 que una batalla campal.

ACTO SEGUNDO.

Cámara Real en el palacio de Madrid. La puerta de antecámara en el foro: la de las habitaciones privadas del Rey, á la derecha: la del cuarto de la Infanta, al mismo lado, más hácia el foro: otras dos puertas laterales á la izquierda.

ESCENA I.

EL REY. QUEVEDO.

[*Quevedo aparece; el Rey sale con un papel en la mano.*]

Quevedo. Señor!....

Rey. ¡Salud al insigne

Quevedo!

Quevedo. Á esos piés....

Rey. [*Deteniéndole.*] Alzad.

[*Dándole el papel.*]

Con mi concedido al márgen
 os devuelvo el memorial
 de vuestro cliente.

Quevedo. Doy
 á vuestra Real Majestad
 las gracias.... y el parabien
 por un acto en que á la par
 brillan su recta justicia
 y su ingénita bondad.
 En mozo honrado y discreto
 así el mérito premiais
 de su padre, que lidiando
 treinta años por tierra y mar,
 en defensa de su Rey
 vertió su sangre leal.

Rey. ¿Qué en efecto era valiente
 soldado?

Quevedo. Y tal que quizá,
 inmolado á la impericia,
 por no decir algo más,
 del maldito Conde-Duque,

Rey. á vos y al reino fatal,
 fué el último veterano
 que sin dar un paso atras
 moribundo os saludó
 monarca de Portugal.
 Sin ese triste recuerdo
 con que el alma me ulcerais,
 para tan corta merced
 sobraba á mi ánimo real
 la intercesion de un amigo,
 á quien yo deseo dar
 pruebas más calificadas
 de mi liberalidad.

Quevedo. Para quien nada ambiciona
 hartas son las que me dais.
 Basta á un hidalgo caduco
 la Torre de Juan Abad;
 á un filósofo sus libros;
 á un poeta un madrigal;
 y á un caballero cristiano

[*Mostrando la cruz de Santiago.*]

esta insignia militar,
 que es terror de los herejes
 y *exi fôras* de Satan.
 Así, sin que vuestra gracia
 coarte mi libertad,
 podré, exento de envidiosos,
 vivir y morir en paz.
Rey. Sea, pues vos lo quereis.—
 Y ahora ¿en qué os ocupais,
 príncipe de los satíricos
 castellanos?

Quevedo. Pche!

Rey. Mostrad.
 una de esas invectivas

en que sabeis asociar
á la elegancia de Horacio
el nervio de Juvenal.
Qué tenemos? Prosa, ó verso?
¿Qué jácara de rufán,
qué alguacil *alguacilado*,—
adjetivo singular
que sólo inventar pudieran
vuestro ingenio y vuestra sal—
ó qué doctor antropófago,
ó qué escribano rapaz
son blanco de vuestros tiros?

Quevedo. Acabo de emborronar
una letrilla incorrecta....

Rey. Contra quién, vate mordaz?

Quevedo. Quizá no es para leida
á un monarca tan galán.

Rey. No puede á mí disgustarme
cosa que vos escribais,
amigo mío.

Quevedo. ¿Aunque sea
contra las hijas de Adán?

Rey. Otra vez? Pobres mujeres!
Sois su enemigo mortal.

Quevedo. No, pero juez inflexible,
digo siempre la verdad.

Rey. Leedme pues la letrilla,
y luego que concluyais,
defendiendo yo á las damas
seré juez más imparcial.

Quevedo. [*Sacando un papel y leyéndolo.*]

Cuentan de un corregidor,
nada bobo,
que siempre que al buen señor
denunciaban muerte ó robo,
atajaba al escribano
que leía la querella,
diciéndole: Al grano, al grano!
Quién es ella?

Y como hombre procedía
de gran seso
quien tal actuación ponía
por cabeza del proceso;
que en vano más de una vez
se sigue al crimen la huella
por no preguntar el juez:
Quién es ella?

En todo humano litigio—
no hay remedio!—
á no obrar Dios un prodigio,
habrá faldas de por medio:
danza en todo una mujer,
casada, viuda ó doncella;
luego el hito está en saber
Quién es ella.

Si Adán perdió el Paraíso, (*)
fué por Eva,
que probar vedada quiso
no sé si manzana ó breva.
Desde entónces con profundo
pesar pudo conocella;
desde entónces sabe el mundo
Quién es ella.

Si ves hecho polvo el muro
que fué Troya,
merced al griego perjuro
y á su bélica tramoya,
suspende el fallo severo
entre esta nación y aquella
hasta que te diga Homero
Quién es ella.

Si á Blas, no el lazo, la albarda
de Himeneo
sólo de su hacienda guarda
lo arrepentido y lo feo,
no preguntes: ¿Cómo Blas
nació con tan mala estrella?
Pregunta, y acertarás:
Quién es ella?

Si en la calle siento ruido
de camorra,
y algún *quidam* mal herido
grita: No hay quién me socorra?
Requiescat digo al difunto,
doy paso al que le atropella,
y en la taberna pregunto:
Quién es ella?

Si ves postrado en el lecho
del dolor
á algún mozo de provecho,
no le preguntes, doctor,

(*) Hay en esta estrofa una incorrección, que consiste en estar asonantados entre sí todos los versos pares. Ha procurado el autor construirla de nuevo, y no lo ha sabido hacer sin detrimento del concepto ó de la expresión. La ha dejado pues como estaba; y si en efecto esta letrilla, unánimemente celebrada, no desdice mucho de las que escribió el personaje en cuya boca se pone, permítase al poeta moderno alegar en descargo del indicado defecto lo frecuente que era en los poetas castellanos de otros siglos y en el mismo *Quevedo*. Para probar este aserto se pudieran multiplicar citas; pero bastarán los siguientes versos de la letrilla que lleva por estribillo Y NO LO DIGO POR MAL, una de las mejores de tan eminente escritor.

Con más barbas que desvelos
el letrado caza puestos;
la caspa alega por testos;
por leyes cita los pelos.
A puras barbas y duelos, etc.

Aquí, no sólo están las rimas asonantadas, sino que no hay versos intermedios que atenúen el mal efecto de la asonancia. Pero ¿qué son este y otros leves lunares, en que por inadvertencia incurrian hombres de ingenio tan superior, comparados con las infinitas bellezas de pensamiento y de estilo que brillan en sus obras?

qué reuma ó qué tabardillo
en su salud hizo mella;
pregúntale—es más sencillo—
Quién es ella?

Es un sexo amable, lindo...,
sí, una plata;
yo lo confieso..., y prescindo
de la vieja y de la chata;
pero escamado y cobarde
digo ¡zape! á la más bella;
que temo saber ¡muy tarde!
Quién es ella.

Rey. Escrita está con veneno.

Quevedo. Señor, yo....

Rey. Qué pertinacia!

Quevedo. Si vos....

Rey. Aplaudo la gracia,
mas la doctrina condeno.
¡Tratar con fiero desde
á un sexo tan celestial!
Juzgais á las hembras mal.

Quevedo. Porque las conozco bien.

Rey. Á mozelas embaidoras
tal vez.

Quevedo. Yo....

Rey. Sed más sincero;

no midais por un rasero
á justas y á pecadoras.

Quevedo. Desgracia mia será....
Cada cual acá en Iberia
habla, Señor, de la feria
segun en ella le va.
No espere en noble conquista
las rosas de Citerea
un pobre hidalgo de aldea
corto de bolsa y de vista;
mas príncipe tan bizarro,
y emprendedor como Jove,
no es mucho que á Vénus robe
las palomas de su carro.
Quien caza con tales redes
no es mucho que al lauro aspire,
ni que virtudes inspire
el que derrama mercedes.

Rey. No es triunfo de buena ley
triunfo que estriba en un nombre;
que tal vez usurpa el hombre
los lauros que ciñe el Rey.

Quevedo. No el que merece *in utroque*
como vos....

Rey. Lisonja.

Quevedo. No.

Pero un pobre como yo,
que no soy ni Rey ni Roque....

Rey. ¿Por qué teneis tanto miedo,
por qué tan mala opinion
de la mujer?—Ah!.... Chiton!
Casado fuisteis, Quevedo.

Quevedo. Permitidme repeler
ese punzante epigrama;
que mi esposa fué muy dama

y muy honrada mujer.

Rey. Lo sé.

Quevedo. Á no serlo....

Rey. Advertid

que es chanza....

Quevedo. Muerto la hubiera,

como maté á la pantera
que fué terror de Madrid.
Mas si en su justa alabanza
mi fe nupcial se acrisola,
ella al fin era *una sola*...,
y se llamaba *Esperanza*!

Muerta la *Esperanza* mia,
¿dónde, plebeya ni hidalga,
dónde hallar otra que valga
lo que mi esposa valia?

Rey. Sí tal, si se buscan bien

y se juzgan sin pasion.

No ha de faltar ocasion,
si vivis y yo tambien,
en que confesar os haga....

Quevedo. Muy difícil me parece.

Rey. Pero....

Quevedo. Me quedo en mis trece.

La mujer es una plaga....

Vuelvo á mi corregidor

y á su constante refran.

Si malas nuevas me dan,
sintiendo al punto el olor
de alguna toca traidora,
de alguna pícara saya,
diré *¿quién es ella?*

Ujier. [Á la puerta del foro.]

El aya
de la Infanta mi Señora.

Quevedo. [En voz baja.]

Será agüero?... Ojo avizor!

Rey. [Al ujier y este se retira.]

Que éntre.

[Á Quevedo.]

¿Qué puedo temer
de ella?

Quevedo. ¿Qué sé yo!.... Es mujer.

Condesa. [Á la puerta.]

Dios guarde al Rey mi Señor.

ESCENA II.

EL REY. QUEVEDO. LA CONDESA.

Rey. Entrad, querida Condesa.

Bella venis y radiante
como nunca.

Condesa. No merece,
Señor, quien tan poco vale
ese halagüeño saludo.

Viuda....

Rey. Pero muy amable.

Yo apuesto á que don Francisco es de mi propio dictámen.

Condesa. Perdida soy si él me juzga.

Quevedo. Por qué? ¿Tan poco galante soy yo?

Condesa. Odiais á las mujeres.

Quevedo. Pero adoro á las deidades.

Rey. Si á pedir alguna gracia venis á quien nada sabe negaros, me holgara mucho de que en ello fuese parte, *Condesa,* el dulce propósito de contraer nuevo enlace.

Condesa. (Oh Dios mio!) No, Señor. Bien me estoy así.

Rey. No obstante....

Condesa. Permitid que os manifieste el objeto que me trae á vuestras plantas. La augusta Princesa, mi interesante alumna, doña María Teresa de Austria, á quien guarde Dios mil años.....

Rey. Qué sucede?

Hablad.

Condesa. No se sobresalte Vuestra Majestad. La tierna Infanta, robusta y ágil, á sus años se adelanta en ingenio y en donaire, y ya, aunque niña, da muestras de su preclaro linaje.

Rey. Decidme pues....

Condesa. Habeis dado licencia para casarse á Constanza su menina, y es fuerza que esta vacante se provea.

Rey. Sí, es verdad. No quiero que nada falte á mi hija.

Condesa. Si ya no habeis concedido honor tan grande á otra persona, una jóven os propondré que reemplace á Constanza dignamente.

Rey. No he dado palabra á nadie.....

Condesa. (Albricias!)

Rey. Y agravio haria, *Condesa,* á vuestro carácter de aya de mi hija, y al celo con que la servis de madre desde que perdió la suya, que en eterna paz descansa, si en cuanto cumpla á su gusto y á su servicio dejase de consultaros.

Condesa. Me honrais, Señor.....

Rey. Quién es la aspirante?

Condesa. Una pobre huerfanita honrada, de noble sangre, bien educada, modesta.....

Quevedo. Y hermosa?

Condesa. Oh! sí, como un ángel. (Por mi desgracia..... y la suya!) Mas no es esto lo que la hace recomendable á mis ojos.....

Rey. Por qué no? Un bello semblante siempre es buena credencial. Tierno y solícito padre, quiero que á mi niña amada acaricien y acompañen ángeles que la sonrian, y no cocos que la espanten.

Condesa. Es hija de un capitán que fué reformado en Flándes, y víctima del protervo conde-duque de Olivares, murió en la miseria.

Quevedo. Oís? Con él era un santo el Draque.— Mas no supo, por lo visto, que habia una bella al márgen; que á saberlo, ¡á buen seguro que se hubiera muerto de hambre el reformado!—Y ¿qué luz os condujo al miserable tugurio donde ignorado se escondia ese diamante? Sin duda la caridad cristiana....

Condesa. El acaso.... (El áspid de mis celos.) Me habló de ella un prelado respetable....

Rey. En fin, vos la proponeis, y para que á mí me agrade con eso basta.

Condesa. Sabiendo que nunca se acude en balde de vuestra régia piedad al tesoro inagotable, traigo conmigo á la huérfana.....

Rey. Oh, hacedla entrar al instante!

ESCENA III.

EL REY. QUEVEDO.

Quevedo. Hum!.... Aquí hay gato encerrado.

Rey. Eh?

Quevedo. Quiera Dios que me engañe.

Rey. No delireis. ¿Qué misterio cabe.....

Quevedo. Dios y ella lo saben.

ESCENA IV.

EL REY. QUEVEDO. LA CONDESA. ISABEL.

Condesa. Andad. No os turbeis.

Rey. (Qué hermosa!)

Llegad.

Isabel. Señor!, vuestros piés.....

Rey. Alzad. (Cielos!)

Quevedo. [Aparte con el Rey.]
Bella es!

Rey. Un querubin! una diosa!—
Mil y mil gracias os doy
y os las dará la Princesa
por tal presente, Condesa.

Condesa. (Me vengaré.)

Rey. (Loco estoy!)

Condesa. Nunca yo me interesara
por quien menos mereciera.

Rey. [Á Isabel.]
Seréis desde hoy camarera
de la Infanta. (Oh linda cara!)

Isabel. Beso por tan alto honor,
de que no me juzgo digna,
la augusta mano benigna.....
[El Rey tiende su mano.]

Condesa. [Á Isabel en voz baja.]
Besadla.
[Isabel se arrodilla y besa respetuosamente la mano al Rey.]

Rey. (Oh gentil pudor!)

Isabel. Mi gratitud.....

Rey. (Es divina!)

Quevedo. (Esto es hecho. Una de tantas!)

Rey. Mas no estás bien á mis plantas.
[Haciéndola levantarse.]
Alza á mis brazos, menina.
Á las hijas de mis buenos
servidores no es razon
humillar.

Quevedo. (Y cuando son
tan bonitas, mucho menos.)

Isabel. No en vano el timbre ha adquirido
Vuestra excelsa Majestad
de amparo de la humildad
y padre del desvalido.
Si sólo el mio en su muerte
honra y virtud me dejó,
no fué culpa vuestra, no,
sino de su mala suerte.
Sin ningun merecimiento
premiaís los suyos en mí
para cautivar así
mi eterno agradecimiento.
Nada valgo, nada sé;
niña me llama á la corte
vuestra bondad, sin más norte
que la lealtad de mi fe;
mas me infunde tal aliento
y tan pura os la consagro,
que quizás haga el milagro
de ilustrar mi entendimiento.

Rey. No es menester, que harto brilla
al traves de ese candor
dulce, inefable.....

Isabel. Señor!

Rey. Tu nombre?

Isabel. Isabel Marcilla.

Rey. [Á la Condesa.]
Presentadla (es un portento)
á mi hija (el pecho me abrasa),
y de hoy más tenga en mi casa
vivienda y acostamiento.

Isabel. (¡Al fin, bien del corazon,
Dios.....)

Condesa. Venid.

Rey. Guárdeos el cielo.
[Aparte á la Condesa.]
Yo premiaré vuestro celo.

Condesa. [Despues de una reverencia muda.]
(Celos!.... Desesperacion!)

[Entra con Isabel en el cuarto de la Infanta.]

ESCENA V.

EL REY. QUEVEDO.

Rey. ¿Visteis jamás, don Francisco,
tan peregrina belleza?

Quevedo. Alhaja digna de un rey!
Recibid mi enhorabuena.

Rey. Bien la quisiera aceptar;
que aquellos ojos me quemán;
pero que ha de ser recelo
virtuosa cuanto bella
la menina.

Quevedo. Ba! Es mujer.
Dádivas quebrantan peñas.

Rey. Con todo.....

Quevedo. Y no sin designio
la trajo aquí la Condesa.

Rey. Qué designio?

Quevedo. No lo sé,
pero, el refrán nos lo enseña,
«piensa mal y acertarás.»

Rey. Jóven de tan altas prendas,
si fuese el aya ambiciosa,
no á Palacio la trajera,
donde puede sin esfuerzo
disputarle la influencia.

Quevedo. De lo que el alma presiente
áun no puedo darme cuenta;
pero mujer que por otra
más hermosa se interesa,
preciso es que la ame mucho.....
ó que mucho la aborrezca.

Rey. Siempre siniestro y fatídico!
Sois Quevedo, ó sois corneja?

Quevedo. Soy, Señor, un pobre viejo.....

Rey. Que algunas veces chochea.

Quevedo. Puede ser.

Rey. Cuando á mis ojos

luce tan fúlgida estrella
¿qué puedo yo presentir
que dicha y placer no sea?

Quevedo. Lo que fuere sonará.

Cada loco con su tema;
vos con la de amar á todas;
yo con la de ¿quién es ella?
Rey. Basta ya de este certámen;
no porque duda me quepa
de que saldrá mi opinión
vencedora de la vuestra,
sino porque ahora me llama,
triste de mí! la tarea
prosaica de oír consultas
y sancionar providencias.
Qué peso el de una corona!....
Adios, inclito poeta.

[*Vase por la puerta de la izquierda
más inmediata al proscenio.*]

ESCENA VI.

QUEVEDO.

Sí, Rey Felipe, es verdad:
grave peso es la diadema;
mas ¿qué te importa? Otros hombros,
no los tuyos, la sustentan.
Y por cierto que no son
los de Atlante. Así—oh vergüenza!—
para equilibrar la carga
con su raquítica fuerza,
perdiendo cada año un reino
la monarquía aligeran.
Tú reinas, cuarto Felipe;
pero el diablo nos gobierna.
Oh patria!....

Ujier. [*Á la puerta del foro.*]

Por vos pregunta
don Gonzalo de Aguilera.

Quevedo. Que éntre.

Ujier. Pasad.

ESCENA VII.

QUEVEDO. GONZALO.

Quevedo. Bien venido,

Gonzalo.

Gonzalo. Á vuestra obediencia
siempre.

Quevedo. [*Mostrando el memorial.*]

Albricias. En la mano
te tengo. Desde esta fecha
eres todo un contador
de alcabalas. Sólo resta

extender la credencial,
y si me das tu licencia
voy.....

Gonzalo. Os deberé mi dicha.

Quevedo. Si tan poco te contenta....
Mas quien pretenda en Palacio
ande listo y viva alerta.
Vuela el tiempo y... Ya hablaremos
más despacio. Aquí me espera.

[*Vase por la puerta de la izquierda,
inmediata al foro.*]

ESCENA VIII.

GONZALO.

Oh amigo el más generoso!
En el alma tendré impresa,
mientras viva, la bondad.....

Isabel. [*Dentro.*]

Ya os sigo.

Gonzalo. ¿Qué voz resuena
en mis oídos?

[*Mirando hácia el cuarto de la In-
fanta.*]

Allí.....

[*Sale doña Mencía, y un momento
después Isabel.*]

(Ah! deliraba. Una dueña!)

ESCENA IX.

GONZALO. ISABEL. DOÑA MENCIA.

Mencia. Vereis qué lindo es el cuarto.

Gonzalo. (Con quién habla?.. Oh Dios! Es ella!
¿Cómo.....)

[*Se oculta tras de una mampara.*]

Mencia. Vais á estar en él
mejor que una archiduquesa.

Gonzalo. (¡Y esas galas.....)

Isabel. Mi nodriza.....

Digo mal; mi compañera,
mi única madre....

Mencia. Vendrá:
no os inquieteis por su ausencia.
Una amiga en mí entre tanto
tendréis..... (una centinela)
y os darán autoridad
estas tocas reverendas.

Gonzalo. (Será sueño? Dudo.... Tiemblo....)

Mencia. Allí irá luego, hechicera,
vuestra ilustre protectora.

Gonzalo. (Oh! si mil vidas me cuesta,
sabré.....)

Mencia. Venid.

Gonzalo. [*Saliendo de donde está oculto.*]

Isabel!

Isabel. [*Retrocediendo desde la puerta del foro.*]

Cielos!

Mencia. Quién llama? quién llega?

Isabel. Gonzalo!

Mencia. (Un galán?) Hidalgo,
advertid.....

Isabel. Dulce sorpresa!

Gonzalo. (¿Qué haré...)

Mencia. Pero aquí...

Gonzalo. Es mi hermana.

Isabel. (Por qué lo dirá?)

Mencia. [*A Isabel.*] Es de veras?

Isabel. Sí.

Gonzalo. Permitidme que la hable
dos palabras.

Mencia. (Cuando él entra
en la cámara real,
sin duda.....)

Isabel. Un momento!

Mencia. Sea.

[*Gonzalo é Isabel se separan de doña Mencia y hablan á media voz.*]

Gonzalo. ¿Cómo tú en la corte,
dulce prenda mía?

Isabel. Amor es el norte
que mis pasos guía.
Ya, oh mi fiel amigo!
ya, oh mi caro dueño!
el astro enemigo
depone su ceño.

Gonzalo. Ay! temo, y no en vano,
que ahora nos sea
más triste y tirano
que nunca.

Isabel. Qué idea!

Felipe.....

Gonzalo. Qué escucho!

Isabel. Mi orfandad ampara
piadoso.....

Gonzalo. ¿Qué mucho
si ha visto tu cara?

Isabel. No, que ántes de verla,
sensible á mi lloro.....

Gonzalo. ¡Faltaba esta perla
al regio tesoro!

Isabel. En mí desagravia
al padre ofendido,
que misero.....

Gonzalo. (Oh rabia!)

Isabel. Murió en el olvido.

Gonzalo. Mas libre y sin mengua.

Isabel. ¿Y acaso mi frente.....

Gonzalo. Oh corte! La lengua
del vulgo no miente.

Isabel. Ay Dios! No comprendo.....

¿Por qué.....

[*Gonzalo retira algo más á Isabel.*]

Mencia. (Conceptúo

que ya se va haciendo

muy largo ese duo.)

Gonzalo. Todo aquí es falacias;
son males los bienes;
afrentan las gracias
y honran los desdenes.
¡Hubiérasme dicho
que el Rey te llamaba!
Mas ¿por qué capricho
callármelo?

Mencia. [*Adelantándose.*] Acaba?

Gonzalo. [*En ademán de suplicarla que se retire; y ella lo hace, aunque á ménos distancia.*]

Sí.

Isabel. Dábanme prisa.....

Gonzalo. Oh!

Isabel. ¿Quién á Palacio
cuando el Rey le avisa
camina despacio?

Y, por otra parte,
mi alma no recata
que holgaba de darte
sorpresa tan grata.

Gonzalo. Grata no; siniestra!

Mencia. (Tanto cuchicheo!...)

Isabel. Por qué? El Rey me muestra
tanto amor.....

Gonzalo. Lo creo!

Isabel. No tuerzas la vista.

¿Acaso te espanta

una camarista

de la Real Infanta?

¿Será que te pese

quizá.....

Gonzalo. Oh Dios eterno!

Mencia. (Mucho amor es ese
para ser fraterno.)

Isabel. De mi nuevo estado
¿temes tu abandono?....

Si tal has pensado,
no te lo perdono!

Gonzalo. Oh lazos traidores!

Oh cándido seno!....

La sierpe entre flores

esconde el veneno. —

¿Quién así te aliña

que á reinas te igualas?

¿Quién te abruma, niña,

con joyas y galas?

Isabel. Cómo! Esto te aflige?

La que me las puso

dijo: Así lo exige

la etiqueta....., el uso.....

Gonzalo. Así, oh desventura!

para el sacrificio
su víctima pura
engalana el vicio.
¡Cuánto era á mis ojos
más lindo y apuesto
sin tales sonrojos
tu traje modesto!
¿Qué adornos previene
la rosa del valle?
¿Qué falta á quien tiene
tu rostro y tu talle?
(Daré el soplo; que eso
ya pica en historia.)

Mencia.

Gonzalo.

[*Á Isabel que está pensativa.*]

Callas!

Mencia.

(Lo confieso:
el chisme es mi gloria.)

[*Entra de puntillas en el cuarto
de la Infanta. No lo advierten
Gonzalo ni Isabel.*]

ESCENA X.

GONZALO. ISABEL.

Isabel.

Por qué tan sombrío?
Mi pecho ¿no te ama?
¿Qué arriesgo....

Gonzalo.

Ay bien mio!
Mi vida y tu fama.

Isabel.

Pero ¿qué....

Gonzalo.

Oh perfidia!

El Rey te pretende.
Te acecha la envidia,
la infamia te vende.

Isabel.

Justo el Rey....

Gonzalo.

Blasfemia!

Isabel.

Sin que yo lo exija,
á mi padre premia....
Burlando á la hija!

Gonzalo.

Oh Dios!....

Isabel.

Para afrenta
suya y del estado,
más amigas cuenta
que años de reinado.

Gonzalo.

Nadie á mí me ultraja:
mi fe me defiende:
nadie compra alhaja
que el dueño no vende.

Isabel.

Ay prenda querida!....

Gonzalo.

De indignos proyectos
yo....

Isabel.

En tierra embebida
de miasmas infectos,
con sólo el ambiente
la espiga se daña,
se enturbia la fuente
y el vidrio se empaña.

Gonzalo.

Basta á que te crea

perdida, ay de mí!
que Madrid te vea
tan linda...., y aquí!
No! Á mi pobre asilo,
á mi pobre lecho
tornaré, y tranquilo
latirá mi pecho.

Isabel.

Gonzalo.

¿Qué mano traidora
te trajo, oh mi bella....

Isabel.

No sé.... Una señora....

[*Aparece la Condesa saliendo del
cuarto de la Infanta.*]

Gonzalo.

¿Quién....

Isabel.

Mírala! Aquella.

ESCENA XI.

ISABEL. GONZALO. LA CONDESA.

Gonzalo. La Condesa! Horror!

Condesa.

Gonzalo!

Gonzalo. Sí. Al Rey procurais delicias!

¿Cuánto os valen las albricias
de vuestro inicuo regalo?

Isabel.

Oh Dios!....

Condesa.

Me insultais así!

[*Mirando á Isabel con encono.*]

Ya veo el móvil oculto....

Gonzalo. Yo á quien desprecio no insulto.

ESCENA XII.

ISABEL. GONZALO. LA CONDESA.

D. ÁLVARO.

[*Llega D. Álvaro por la puerta de la izquierda
frontera al cuarto de la Infanta.*]

Álvaro. Quién alza la voz aquí?

Gonzalo. Yo, que á nadie pago feudo,
y más si su nombre infama.

Condesa. Gonzalo!

Álvaro.

Mirad que es dama!

mirad que yo soy su deudo!

Gonzalo. Gracias!... Sangre ha menester
mi agravio, y la vuestra quiero;
que no ha de manchar mi acero
la sangre de una mujer.

[*Desenvaina la espada.*]

Defendeos!

Isabel.

Tente!

Condesa.

Espera!

Álvaro. [*Desenvaina la suya y lidian los dos.*]

No ha de sufrir mi valor....

Isabel. Gonzalo! mi bien! mi amor!

Condesa. [*Á Isabel.*]

Calla!

Gonzalo. [*Siguiendo á D. Álvaro, que peleando se retira hácia el foro.*]

Huyes!

Condesa. Suerte fiera!

[*Doña Mencía y algunas damas salen del cuarto de la Infanta.*]

Gonzalo. En vano....

[*Desviando á la Condesa que intenta detenerle, y desapareciendo por el foro en seguimiento de D. Álvaro.*]

Apartad!

Condesa. Cruel!

Álvaro. [*Dentro.*]

Muerto soy!

Condesa. Favor!.... Piedad!

[*Vase corriendo por el foro.*]

Isabel. Yo muero!

[*Se desmaya en brazos de dos damas que acuden á sostenerla. Aparece el Rey por la puerta izquierda del proscenio; le siguen ocho alabarderos. Otros y algunos gentiles-hombres, ujieres, etc. llegan por la otra puerta del mismo lado.*]

ESCENA XIII.

ISABEL. DOÑA MENCIA. DAMAS. EL REY.

GONZALO. QUEVEDO. ALABARDEROS.

GENTILES-HOMBRES. UJIERES, ETC.

Mencia. Su Majestad!

Rey. Qué es esto?—Oh cielo! Isabel!

Gonzalo. [*Volviendo, y todavía con la espada desnuda.*]

Vengué....

Mencia. [*Llamando la atención del Rey hácia Gonzalo.*]

Allí está el agresor!

Quevedo. [*Llegando con la credencial en la mano.*]

Armas! Gritos!—*Quién es ella?*

Rey. Socorred á esta doncella!

Quevedo. } Ah!

Gonzalo. }

Rey. Pended á ese traidor!

[*Los alabarderos se apoderan de Gonzalo. El Rey y todo el acompañamiento acuden al socorro de Isabel. Quevedo queda solo, contemplando con maligno gesto el cuadro que le rodea.*]

ACTO TERCERO.

Sala de tránsito en la torre del Real Alcázar. Á la derecha la puerta de la alcaidía: á la izquierda la del calabozo que ocupa Gonzalo. Pende del techo una lámpara encendida.

ESCENA I.

QUEVEDO. EL ALCAIDE.

Alcaide. Sois amigo mio y sois don Francisco de Quevedo: nada puedo yo negar á tan noble caballero.

[*Á un carcelero que le sigue.*]

Abrid aquel calabozo y salga á esta sala el preso.

[*El carcelero abre la puerta de la izquierda y entra en el calabozo.*]

Quevedo. Haceisme mucha merced y en el alma os lo agradezco.

Alcaide. Quien aquí os deja abrazarle bien quisiera á vuestro afecto

entregarle indemne y libre; pero convicto y confeso don Gonzalo de tan grave delito....

Quevedo. Lo sé.

Alcaide. No espero....

Quevedo. Ya sale. Dejadme á solas hablar con él un momento.

ESCENA II.

QUEVEDO. GONZALO.

[*Se abrazan.*]

Gonzalo. Oh mi protector! mi amigo!

Quevedo. Gonzalo!

Gonzalo. No es tan adverso

el astro que me persigue,
pues me concede el consuelo
de abrazaros.

Quevedo. (Pobre jóven!)
Quisiera ser mensajero
de nuevas más venturosas,
Gonzalo. El herido ha muerto,
y era de linaje ilustre,
y en Palacio es sacrilegio
el homicidio. No obstante,
quizá logren mis esfuerzos
salvar tu vida, si pruebas
que desnudaste el acero
por defenderla.

Gonzalo. Yo fui
quien el combate sangriento
provocó.

Quevedo. Cuál fué la causa?

Gonzalo. Una dama.

Quevedo. Ah! mi proverbio
es infalible. ¿Era acaso
aquel hermoso portento
que un desmayo.....

Gonzalo. Aquella era
mi Isabel, mi bien, mi cielo.

Quevedo. ¿Y don Álvaro el rival
sacrificado á tus celos?

Gonzalo. No. Agravios de otra mujer,
que en ella vengar no puedo,
satisface con su sangre.

Quevedo. (Son dos las que entran en juego!)
De otra mujer!

Gonzalo. La Condesa.....

Quevedo. El Aya?

Gonzalo. Sí.

Quevedo. Ahora recuerdo.....

Ella presentó á Isabel.....
Don Alvaro fué su deudo.....

Gonzalo. Rubor me cuesta decirlo;
pero ya ningun respeto
debo á esa aleve mujer,
de cuyo insano despecho
es blanco infeliz el ángel
que llevo en el alma impreso.
Su amor osó descubrirme,
y fiel á mis juramentos,
yo que á grandezas no aspiro.....

Quevedo. Basta: todo lo comprendo.
Sólo una mujer celosa
concebiría proyecto
tan horrible. Oh! y por desgracia
el tiro ha sido certero.

Gonzalo. Qué decis?

Quevedo. Eres perdido!

Gonzalo. Cómo!

Quevedo. Felipe está ciego,
loco de amor por tu bella
Isabel.

Gonzalo. Oh Dios!

Quevedo. Y temo.....

Gonzalo. Terrible competidor
es todo un Rey, lo confieso;
pero la fe de mi hermosa,

que es de virtudes modelo,
me tranquiliza.

Quevedo. Ay Gonzalo!

No fies en ese sexo
vano, frágil y voluble.--
Pero atendamos primero
á tu salvacion. En tanto
que tu amor sea un secreto
para el Rey, no es imposible
romper, Gonzalo, tus hierros.
Ya le he pedido tu gracia,
se la pediré de nuevo,
lucharé contra el influjo
de la Condesa; y no pierdo
la esperanza.....

Gonzalo. ¡Oh detestable

mujer que abortó el infierno
para amargar mi existencia!,
vierte en mí sólo el veneno
de tu implacable rencor;
lave mi sangre el desprecio
con que herí tu altivo orgullo;
pero ¿qué agravio te ha hecho
la rosa cándida y pura
que inficionas con tu aliento?—
Dejadme, amigo y señor,
agobiado bajo el peso
de mi cruel infortunio.
Si honra y amor me hacen reo,
antes que el verdugo impío
me matará mi tormento.
Qué es ya para mí la vida?
¿Qué es la libertad, si léjos
he de vivir de mi amada?

Quevedo. Vive, que aun eres mancebo,
y Dios es grande, y no está
reducido el universo
á una aya y una menina,
y tras del turbio aguacero
suele amanecer radiante
el sol: *post núbila Phœbus*.
Vive ocho dias siquiera:
no puedo pedirte ménos.
Ese plazo basta y sobra
para saber si el objeto
de tu acendrado cariño
merece el alto trofeo
de que apresures por ella
de la vida el breve término,
como si al mundo faltaran
doctores, suegras y pleitos.

ESCENA III.

QUEVEDO. GONZALO. EL ALCAIDE.

Alcaide. [Á Gonzalo.]

Con real salvoconducto
una dama quiere veros.

Quevedo. Buen presagio!.... *Quién es ella?*

Alcaide. No sé. Trae echado el velo.

Gonzalo. [*Aparte con Queredo.*]

Será.... Isabel?

Queredo. Quién lo duda?

Y aún te quejarás!

Gonzalo. Yo tiemblo.

Queredo. Para ti el primer favor.

Oh!

Gonzalo. Será si yo lo acepto.

Queredo. Por qué no? La libertad!—

No averigües á qué precio
te la compra.

Gonzalo. Ella en mi cárcel!

Alcaide. Qué respondeis?

Gonzalo. Que me niego

á recibirla.

Queredo. Estás loco?

Qué vas á perder por eso?

[*Al Alcaide.*]

Que éntre.

Gonzalo. No!—Pero ¿qué digo?

Quiero saber si son ciertos
mis temores; quiero ver
si con el rostro sereno

se atreve.... Que éntre esa dama.

[*Vase el Alcaide.*]

Queredo. Bien: dile mil impropiedades
si es preciso; pero acepta.

Gonzalo. Aceptar!....

Queredo. Del lobo un pelo.

Yo miéntras dura la plática
me ocultaré en tu aposento.

Gonzalo. Allí!....

Queredo. Ba! en un calabozo
estoy yo como en mi centro.

[*Entra por la puerta de la izquierda.*]

ESCENA IV.

GONZALO.

¿Tendrá el Rey tanta virtud
que sacrifique á los fueros
del honor y la justicia
la pasión....

[*Viendo á la Condesa, que al entrar
se alza el velo.*]

No es ella!—Cielos!

ESCENA V.

GONZALO. LA CONDESA.

Condesa. Mi visita os sorprende!

Gonzalo. Me sonroja.

Condesa. Yo....

Gonzalo. Accion digna de vos! rasgo eminente!

Venis á escarnecerme en mi congoja?

Faltaba esta corona á vuestra frente.

Condesa. Mal me juzgais, Gonzalo. Por desgracia

Dios no me ha dado corazon de fiera.

Gonzalo. Á mí me lo decis!.... ¡Oh infame audacia,
que ni de vos, señora, la creyera!

Condesa. Culpable fuí, mas vuestro bien anhelo
más que el mio: á Dios pongo por testigo.

Gonzalo. Bien que venga de vos será mi duelo;
tanto es lo que os detesto y os maldigo!

Condesa. En buen hora. Era flecha más aguda
al alma que por vos sólo respira
aquella indiferencia helada y muda
que vuestra maldicion y vuestra ira.—
Mas vuela el tiempo. El Rey lo sabe todo,
y es temible rival.

Gonzalo. Mujer malvada!

Vos....

Condesa. No: os lo juro.

Gonzalo. Oh Dios! Y ¿de qué modo....

Condesa. Aquel retrato....

Gonzalo. Ay prenda idolatrada!

Al conducirme aquí, bárbara mano
me lo arrancó del pecho.

Condesa. El Rey lo tiene.

Gonzalo. Oh desesperacion! oh Rey tirano!

Condesa. Callad!

Gonzalo. No hay fuerza que mi labio enfrene.

Condesa. [*Bajando la voz.*]

Ah, que os perdeis! Callad, por vuestra vida!

Yo os sacaré de aquí libre y seguro.

Esta noche á las doce..... Seducida
tengo á la guardia y allanado el muro.

Gonzalo. Qué oigo! Vos.....

Condesa. Un caballo más que el viento
veloz, y gente fiel que os guie y guarde,
os previene mi amor, y oro sin cuento.....

Gonzalo. Oh! muy vil me juzgais y muy cobarde.

Ya lo he dicho; de vos sólo la muerte
me fuera grata.

Condesa. Mas si al cielo plugo

que por mí te persiga adversa suerte,
haré mucho en librarte del verdugo?

No mi don te avergüence y te sorprenda;
que no es merced la que de mí recibes;
es de mi expiacion la justa ofrenda.

Oh, máteme mi angustia si tú vives!

Gonzalo. ¿Guardara yo esta vida que aborrezco,
á expensas de otra vida...., aún de la vuestra?

Condesa. No soy yo sola quien morir merezco?

No es mi suerte más dura y más siniestra?

Gonzalo. ¿O pretendéis que á fuer de agradecido,
conmigo os lleve prófugo y errante.....

Condesa. No. Sepulta por siempre en el olvido

á esta mujer funesta y delirante.

Bien que mi voz sin tregua al cielo sube
por ti implorando á Dios justo y piadoso,
yo soy la oscura procelosa nube

que eclipsó de tu dicha el sol hermoso.

Si supiera morir una y mil veces,
no turbaré tu paz, fantasma horrendo;
mas tal soy, aunque ingrato me aborreces,
que ni compro venturas ni las vendo.

En pago de este amor que, mal mi grado,
hasta el crimen me lleva en su delirio,
y á no verse por ti menospreciado

mi virtud elevara hasta el martirio,
no te pido, ni esa alma que no es mía,

ni una sonrisa, ni las yertas flores

que tributa cortés galantería,

ni aún que piadoso mi infortunio llores.

Sólo te pido que sin torvo ceño,

pues tú la causa de mis yerros eres,

no indigna juzgues de llamarte dueño

á la más infeliz de las mujeres.

Pues galardón no exijo ni lo espero,

por qué esta alma leal tanto te enoja?

¿Por qué la abnegación con que venero

la mano misma que de sí me arroja?

Consiente al ménos que invocando muera

tu nombre, y no tu lengua me maldiga

si tanto te amo como amar debiera

al Dios que por amarte me castiga.

Gonzalo. Más mereceis que mi piedad mi encono;

pero quiero morir como cristiano.

Idos!.... Yo os compadezco y os perdono.

Condesa. Gonzalo!

Gonzalo. No os canseis, señora, en vano.

- Condesa.* ¡Oh, mal haya la hora en que mi mente de un villano designio se hizo esclava!
 ¿Cómo no vi en mi cólera impotente que era inútil el crimen que intentaba?
 Aunque un mar de peligros la rodea merced á mi protervo desvarío,
 no temas, no, que infiel tu amada sea si un corazon abriga como el mio.
 Alma en que está tu imágen esculpida no puede codiciar mayor tesoro;
 y ¿qué no hará la que se ve querida si triste y desdefiada yo te adoro?
 Ah! Perdon! ¿Qué te importa mi amargura ni que mi rostro inflame la vergüenza?
 No más! Todo lo inmolo á tu ventura.
 Sálvate, y vive..., y mi enemiga venza!
 Vive, sí.... ¡para ella! Industria el cielo y poder me dará y ánimo fuerte
 con que á los dos, miéntas su oscuro velo tienda la noche lóbrega, os liberte.
 Sí, yo misma, yo misma, aunque á mi cuello sean dogal vuestros nupciales lazos,
 robaré de tu amor el ángel bello, y de mis brazos pasará á tus brazos.
- Gonzalo.* Jamás, jamás! Merece ese heroismo que otra vez os respete y os estime;
 mas fuera en mí vileza y egoismo aceptar sacrificio tan sublime.
- Condesa.* Fatal obstinacion! No sacrificio;
 deuda es sagrada que pagaros debo.
 El cielo un día premiará propicio.....
- Gonzalo.* Jamás! Idos! Huiré.....

[*Va á entrar en el calabozo, y saliendo Quevedo le detiene.*]

ESCENA VI.

LA CONDESA. GONZALO. QUEVEDO.

Quevedo. Tente, mancebo!

Condesa. [*En ademan de cubrirse el rostro.*]

Quevedo!

Quevedo. No te turbe mi presencia,
 generosa mujer. Muchas la historia recordará que imiten tu demencia,
 ninguna que así vuelva por su gloria.
 Yo tambien, lo confieso, te execraba,
 y ya sólo besar tu planta puedo.
 ¡Grande debes de ser cuando te alaba,
 te admira don Francisco de Quevedo!

[*Aparte con la Condesa, mostrando á Gonzalo que, sombrío y meditabundo, se ha dejado caer sobre un escaño.*]

Pero la noche avanza; el tiempo corre.
 Su vida, si por vos no la recobra,

Condesa. peligra.....
Quevedo. Ah! Sí.
 Sacadle de esta torre.
No dejéis incompleta vuestra obra.
Condesa. Qué haré? El rehusa.....
Quevedo. En mí de un tierno amigo,
de un padre oirá la voz sincera y blanda.
Volad.... Si persuadirle no consigo,
salvadle á su pesar. Dios os lo manda!

ESCENA VII.

GONZALO. QUEVEDO.

Quevedo. Cómo has sido tan cruel?
¿En qué humano corazón
cabe pasión.....

Gonzalo. Su pasión
me pierde y pierde á Isabel.

Quevedo. Su humilde arrepentimiento
salvar anhela á los dos.

Gonzalo. No hubiera ofendido á Dios,
y ahorrara el remordimiento.

Quevedo. Yerro de amor no desdora,
y pues con tanta hidalguía
lo repara.....

Gonzalo. ¿Es culpa mia
si á otra el corazon adora?
Harto es trocar mi desvío
en piedad de su dolor;
mas porque admire su amor,
he de renunciar al mio?

Queredo. ¿Quién pide tal, insensato!
¿No sacrifica á tu gusto....

Gonzalo. No recibirlo es más justo
que ser á un favor ingrato.
Sólo con mi amor podría
pagar el de esa mujer,
y á ella no quiero deber
lo que por ella no haria.

Queredo. Oh! ya te pasas de estoico.
Y ¿sabes tú, desdichado,
si tendrá tu dueño amado
un corazon tan heroico?

Gonzalo. Lo dudas?

Quevedo. Yo me holgaria
de tener tanta fortuna
que topase, á falta de una,
con dos fénix en un dia.
Mas, si la verdad te digo,
en tales manos cayó,
que no te respondo yo....:

Gonzalo. Tales dudas yo no abrigo;
mas si falta á la promesa
que me hizo con tanta fe,
en trance tál volveré
mis ojos á la Condesa....

Quevedo. Para amarla? Harías bien.

Gonzalo. No, para imitar su ejemplo
y alzar á mi dama un templo,
aunque llore su desden.

Quevedo. ¿Tú seguirías la huella
de la Condesa aunque....

Gonzalo. Sí.

¿Censurariais en mí
lo que celebráis en ella?

Quevedo. A todo el que así me arguya
llamaré loco de atar.

¡ Por cierto que es singular metafísica la tuya !

¿Por qué, como el Aya triste,
dar con tu razon al traste?

Qué palabra le empeñaste?
qué juramento le hiciste?

Ella se prendó de un hombre
que, si fué sordo á su arrullo,
humillar podrá su orgullo,
pero no afrenta su nombre.

Se dirá tál de tu bella?

Ámala fiel en buen hora;

pero si la amas traidora,
amas tu deshonor en ella.

Gonzalo. Su fe....

Queredo. Bien; no la denigro;
mas de amparo necesita:
no se lo niegues. Quien quita
la ocasion quita el peligro.
Á una jaula te sentencio
si no triunfa la razon
de esa extraña obcecacion,
de esa.....

[*Bajando la voz.*]

El Alcaide! Silencio.

ESCENA VIII.

GONZALO. QUEVEDO. EL ALCAIDE.

Alcaide. (Desgraciado!)

Queredo. La tristeza
se pinta en vuestro semblante.
¿Qué nueva.....

Alcaide. Cruel instante!

[*Á Gonzalo.*]

Armãos de fortaleza.

Gonzalo. Hablad. La enemiga suerte
no postrará mi valor.

Quevedo. ¿Desterrado.....

Alcaide. No. Ay dolor!
Está condenado á muerte.

Quevedo. Ah!

Gonzalo. Dios oyó mi plegaria.

Quevedo. Inicua condenacion!

Alcaide. Compete su ejecucion
á la justicia ordinaria.
Venid.

Gonzalo. Dónde?

Alcaide. Se os traslada
á la cárcel de la Villa.

Quevedo. (Salud al Rey de Castilla!
Su gloria sea colmada!)

[*Abrazando á Gonzalo.*]

No hay ya esperanza, hijo mio!
Alcaide. Si inexorable la ley
le condena, áun puede el Rey
revocar su fallo impío.
Si le habláis con interes.....

Quevedo. Lo dudais? Sí, sí: no en vano
quizá mi cabello cano
será alfombra de sus piés.

Gonzalo. Más recto juez, más tremendo
falla arriba entre los dos.

No os humilleis sino á Dios.
Dejadme triunfar muriendo.

Quevedo. No quiero yo tu baldon.
Corre á morir con denuedo;
mas no estorbes á Quevedo
cumplir con su obligacion.

Gonzalo. Oh adorada prenda fiel!
Suplicio, yo te bendigo
pues va á la tumba conmigo
el corazon de Isabel.—

[*Á Quevedo.*]

Amparad vos su virtud,
pues no puedo hacerlo yo!....

Quevedo. [*Enjugándose las lágrimas.*]

Basta!

Alcaide. Vamos.....
Quevedo. Guiad.

[*Siguiendo al Alcaide con el brazo so-
bre los hombros de Gonzalo.*]

¡Oh
malograda juventud!

ACTO CUARTO.

La decoracion del acto segundo. Sigue la noche.

ESCENA I.

EL REY. QUEVEDO.

Rey. Don Francisco, no os canseis;
holgárame de serviros;
mas la ley.....

Quevedo. Sus pocos años,
su inexperiencia.....

Rey. Repito
que en vano me importunais.

Quevedo. Recordad, Señor, que es hijo
de un valiente que perdió
la vida en vuestro servicio.

Rey. De otro servidor leal
me priva, muerto á los filos
de su espada.

Quevedo. Ya la parte
del difunto, á ruego mio,
le ha perdonado.

Rey. ¿Qué importa,
si reclama su suplicio.....

Quevedo. Quién?

Rey. La pública vindicta,

la inmunidad de este asilo,
mi ultrajada majestad.

Quevedo. Señor, no pierde su brillo
una testa coronada
por usar de su más digno,
su más grato privilegio,
el de perdonar. Si el grito
oís de ese corazon,
naturalmente benigno,
seguireis el alto ejemplo
de los Trajanos y Titos.....

Rey. Ya lo sigo perdonando,
por lo mucho que os estimo,
que á enojarme os arriesgueis
por defender á un amigo.
Débil más que generoso
seré, y fábula y ludibrio
de mi reino y de mi corte,
si tan aleve homicidio
queda impune.

Quevedo. No pretendo
la impunidad; sólo os pido
que le perdoneis la vida,
y allá en remotos dominios
lidiando por vos expíe

la culpa que ha cometido.

Rey. Su culpa!...

Quevedo. Fué involuntaria.

Rey. ¿Y no tiene más padrino que vos? Yo sé quién pudiera y vos también, don Francisco, lo sabeis, con una sola palabra romper sus grillos.

Quevedo. Lo que vos y yo sabemos pronto será conocido de todo Madrid, Señor, y ved aquí otro motivo para que useis de clemencia. Si Gonzalo va al patíbulo, no serán por esta vez pábulo vuestros ministros de la malicia del vulgo: dirá que, rey vengativo, castigais en ese jóven su dicha, no su delito; no al homicida alevoso, sino al rival preferido.

Rey. Preferido! ¿Sabeis vos si lo será?

Quevedo. Yo no afirmo nada: digo lo que el vulgo dirá.

Rey. ¿Dudais que mi brio, si la régia dignidad no mandase reprimirlo, ahorrara á la ley su fallo y al verdugo su ejercicio?

Quevedo. No dudo. Sois caballero, sois valiente, y por lo mismo, pues no podeis en el campo lidiar con vuestro enemigo, perdonando bondadoso á ese mísero hidalguillo obraís como caballero y como rey.

Rey. Cuando herido de amor late el corazon, no está para silogismos.

Quevedo. Tan enamorado estais?

Rey. [Sacando un retrato y mostrándolo.]

Ved este rostro divino.

Quevedo. El de Isabel. (Procuremos dar al negocio otro giro.) La semejanza es perfecta. Velazquez hace prodigios.

Rey. No es obra suya el retrato.

Quevedo. ¿Quién.....

Rey. Lo llevaba consigo don Gonzalo.

Quevedo. ¿Y qué os importa, si le habeis desposeido de copia y original?

Rey. Poco valdrá mi dominio sin el alma de la hermosa.....

Quevedo. Pues ¡qué! ¿tan poco camino habeis andado.....

Rey. Tres veces

desde aquel lance inaudito se ha desmayado Isabel.

Quevedo. Se desmayará otras cinco si es forzoso.

Rey. ¿Sospechais.....

Quevedo. Creo poco en parasismos de mujeres.

Rey. ¿Con qué objeto recurriera á ese artificio?

Quevedo. No sé. Ella se entenderá.

Rey. Yo no creo ni imagino que un ángel pueda fingir.

Quevedo. Aun siendo así, no es preciso que el accidente proceda de aquel amor primitivo. Si es de fibra delicada, basta á atribular su espíritu el susto..... Sin duda vos, que no sois galan novicio, al verla tan angustiada le habreis prodigado auxilios, consuelos.....

Rey. Con tal ternura, con tan fervoroso ahinco, que harto habré mostrado en ellos mi adoracion, mi delirio.

Quevedo. Y ¿sonreía su labio, ó acaso con ceño esquivo.....

Rey. Sólo á mi afan respondía con lágrimas y suspiros.

Quevedo. Mas ¿no intenta redimir á su adorado cautivo?

Rey. No le nombra.

Quevedo. Para vos puede ser ese un indicio muy favorable.

Rey. Ella ignora que su vida está en peligro; pero pronto lo sabrá, y en tan grave compromiso, pues es mujer y en su mano está de ese hombre el destino, veremos si saca airosa, fallando en nuestro litigio, vuestra opinion, ó la mia.

Quevedo. Ni pongo rey ni lo quito, pero ayudo á mi señor, dijo Beltran; y yo digo: Sávese mi pobre ahijado: de lo demas no me cuido.

Rey. Yo deseo vuestro triunfo, porque en él se cifra el mio.

Quevedo. Vos siempre habréis de triunfar, ó vencedor ó vencido. Si Minerva os es contraria, Amor de rosas y mirtos coronará vuestra sien; y si sucumbe Cupido, la gloria os consolará de apellidaros invicto campeón del bello sexo.— Mas no eclipsaréis el brillo de trofeo tan honroso,

ni agravaréis mi conflicto
negando á aquel infeliz.....

Condesa. [*Saliendo del cuarto de la Infanta.*]

Señor, si me dais permiso.....

Rey. Llegad.

Quevedo. (Pues á tiempo llega
el refuerzo, me retiro.)

[*Hace una reverencia al Rey en ademán de retirarse.*]

ESCENA II.

EL REY. QUEVEDO. LA CONDESA.

Condesa. [*Á Quevedo.*]

Quedáos.

[*Quevedo se detiene.*]

Rey. (Triste y sombría.....)

Condesa. Á quien el Rey mi Señor
da su confianza (ay dolor!....)
mal puedo negar la mia.

Rey. Suspirais!

Condesa. Señor!

Rey. ¿Cuál es
la causa de ese quebranto?

Condesa. Permitid que con mi llanto
riegue, Señor, vuestros piés.

[*Va á arrodillarse y el Rey se lo impide.*]

Rey. No hareis tal. Mas de cuidado
me sacad. Qué angustia es esa?
Qué quereis de mí, Condesa?

Condesa. La vida de un desgraciado.

Rey. Qué escucho! De quién, señora?
de ese Gonzalo tal vez?
Quien debiera ser su juez
más inflexible, le llora!

Condesa. Ah! sí.

Rey. Su insolente audacia,
sin respeto al Rey ni á Dios,
vertió sangre vuestra, ¡y vos
venis á pedir su gracia!

Condesa. Su frenesí le cegó.
Viendo en Palacio á su dama,
creyó perdida su fama.....

Rey. Y quién la deshonor? Yo?

Condesa. Señor!

Rey. Movisteis el cisma
con cuya maraña lucho,
y..... No os entiendo.

Condesa. ¡Qué mucho
si no me entiendo á mí misma?

Rey. Por vos he visto á Isabel;
por vos mi alma gime esclava.
Sabiais que ella le amaba?
Le conociais á él?

Condesa. Sí.

Quevedo. (Dios castiga sin palo!)

Rey. Si ahora obrais de ese modo,
¿cómo ántes.....

Condesa. Sabréislo todo
con saber que amo á Gonzalo.

Rey. Ahora os entiendo ménos.

Condesa. Ayer ciega en mi furor
me hizo culpable el temor
de verle en brazos ajenos:
hoy por salvarle la vida
vierto este llanto copioso,
¡y lloraré si es forzoso
á los piés de su querida!

Rey. Vos tambien? Dios de Israel!,
¿qué lindo don Diego es este,
qué paraninfo celeste,
que todas gimen por él?—
Qué decís de esto, Quevedo?

Quevedo. Que estoy confuso y absorto
y lelo...., y me quedo corto.

Rey. El diablo anda en este enredo.

Condesa. Mi iluso amor, mi flaqueza
y mi desesperacion
me inspiraron una accion
indigna de mi nobleza.
Yo fuí quien al fiero arrojo
de Gonzalo causa di,
yo armé su mano y por mí
fué blanco de vuestro enojo.
Yo soy la que lleva en pos
de sí la tea funesta
que tantos pesares cuesía
á él, á ella y á vos;
yo la que vendí sin ley
el honor de mi rival;
yo la que he sido fatal
á mi amante y á mi Rey.
Ved si lanza justos gritos
mi conciencia acusadora;
ved si en una alma traidora
pueden caber más delitos,
y en vuestra recta balanza
cuál es de los dos pesad
digno de vuestra piedad
y cuál de vuestra venganza.

Rey. No más!.... Hola!

Quevedo. (Dios la asista!)

[*Llega un oficial de alabarderos.*]

Rey. Esta mujer.....

Quevedo. (Desdichada!)

Rey. Quede en su cuarto arrestada
con centinela de vista.

Condesa. Señor!....

Rey. (Su valor me admira.)

Condesa. Perdonadle! Es inocente!

Rey. Basta!

Condesa. Embótese en mi frente
el rayo de vuestra ira,
y el golpe que me destruya
bendeciré agradecida,
si aceptais, Señor, mi vida
en rescate de la suya.

ESCENA III.

EL REY. QUEVEDO.

Rey. Eso es amar, don Francisco.
Quevedo. Admirable es su conducta.
Rey. Sublime es la expiacion
 si grave ha sido la culpa.
Quevedo. Si no es ella la mujer
 fuerte de que la Escritura
 nos habla, dudo, Señor,
 que pueda serlo ninguna.
 Ya me voy reconciliando
 con las faldas.

Rey. Ya veis: triunfa
 mi opinion.

Quevedo. Victoria insigne!

Rey. Plegue á Dios baste con una!

Quevedo. ¿Temeis que siga su ejemplo
 la menina?

Rey. Quién lo duda?

Quevedo. Fíad más en su flaqueza
 y en vuestra buena ventura.
 Es más vehemente el amor
 en las mujeres adultas
 que en las mozas. Las Virginias
 y las Arrias no son fruta
 de este siglo.—Mas si el Aya
 vuestra admiracion augusta
 ha excitado, ¿qué razon
 á castigarla os impulsa?

Rey. Yo debo algun desagravio
 á Isabel.....

Quevedo. [Sonriéndose.]
 Sí.

Rey. Y á la pública
 moral.

Quevedo. Cierto. (Oh mundo hipócrita!
 oh virtud, cómo te insultan!)

Rey. Mas limitaré el rigor
 á tres dias de clausura.....

Ujier. [Á la puerta del foro.]
 Doña Isabel de Marcilla.....

Rey. Ah!

Ujier. Pide audiencia...

Rey. [Aparte con Quevedo.] Oh fortuna!—
 Esperadme en la antecámara.—
 Yo no sé lo que me anuncia
 el alma..... A la par en ella
 temor y esperanza luchan.—

[Al ujier.]

Que éntre.

[Vase el ujier.]

Quevedo. No olvideis, Señor.....

Rey. El refran?

Quevedo. (Dios te confunda!)
 Al reo que está en capilla.

IV.

Rey. Vivirá si ella le indulta.
Quevedo. Sí hará. Sin llamarla viene.....
 No hay dudarlo: capitula.
Rey. Hoy se verá *quién es ella*.
Quevedo. Es..... ella, y todas son unas.

[Al retirarse por el foro saluda á
 Isabel, que entra al mismo tiempo.]

ESCENA IV.

EL REY. ISABEL.

Isabel. Dadme, Señor, vuestros piés.....

Rey. [Deteniéndola.]
 Alza.

Isabel. Permitidme.....

Rey. No!

Lloras?

Isabel. Soy desventurada.

Rey. (Todo lo sabe.) En la flor
 de la vida y la hermosura,
 cuando mi alta proteccion
 es tu egida, y cuando todo
 te sonríe en derredor,
 ¿qué pena puede, Isabel,
 lastimar tu corazon?

Isabel. De bronce fuera ó de mármol
 si resistiese al dolor
 que lo oprime. Un infeliz
 gime bajo el peso atroz
 de una sentencia cruel,
 y yo á mi despecho soy
 la causa de su desdicha.
 Concededme su perdon!

Rey. De quién me hablas?

Isabel. De Gonzalo.

Rey. ¿Ignoras que su furor
 osó verter sangre ilustre
 en esta sacra mansion,
 al pié de mi excelso trono;
 sangre que yo mismo, yo!
 vi correr?

Isabel. Locura fué;
 crimen quizá; pero en vos,
 que si sois monarca augusto
 tambien caballero sois,
 disculpa hallarán, lo espero,
 los delitos del honor.

Rey. Quién á su honor atentaba?

Isabel. Salvar el mio creyó.

Rey. El tuyo!

Isabel. Ah! no os irriteis.
 Tranquila y segura estoy
 bajo el paternal escudo
 del que es imágen de Dios
 sobre la tierra.

Rey. (¡Medrados
 estamos!)

Isabel. Pero él temió...;

12

no á un Rey magnánimo y justo,
sino la aleve intencion
de viles aduladores.....

Rey. Y quién es él? ¿Quién le dió
autoridad ni derecho
para tanto? Es tu tutor?
es tu hermano por ventura?

Isabel. Somos huérfanos los dos,
y desde niños el lazo
de la amistad.....

Rey. Del amor!

Tú le amas!

Isabel. Señor!

Rey. Tú le amas!
y á mí que tan dulce don
le envidio, á mí que te adoro.....

Isabel. Dios mio!....

Rey. ¿Me pides hoy
la vida de ese rival
aborrecido!

Isabel. Señor!

Rey. Tú le amas! ¡Oh venturoso
mortal! ¡oh grata prision;
muerte inefable! Por ella
diera yo el trono español.

Isabel. ¿Tánto podría humillarse
con mengua de su esplendor
esa coronada frente?
¿Así del regio blason,
que vuestro poder pregona
doquiera que alumbrá el sol,
la grandeza depondriais
por una indigna pasión?
Vencedla, Señor, vencedla,
que á vuestro inclito valor
no es ardua empresa. ¡Mis lágrimas
os muevan á compasión!
Oh!

Rey. Perdonadle!

Isabel. Ese llanto
hace su crimen mayor.
Me pides su vida en nombre
de la fe que te inspiró.....

Isabel. No; en nombre de la piedad,
á cuya mágica voz
nunca fué sordo Felipe.

Rey. Mas si la vida le doy,
deuda ya de la justicia,
¿piensas que en plácida union
sufriré.....

Isabel. No; ni lo pido
ni lo espero. Á todo estoy
resignada. Viva él,
sea libre.....

Rey. Y muera yo!

Isabel. Vos morir!

Rey. Para templar
de mi justicia el rigor
fuerza es conculcar los fueros
de la ley, de la razón,
y la majestad del trono
castellano, y el clamor
de una familia angustiada,

y mi justa indignacion.—
¿No merecen recompensa
tantos sacrificios?

Isabel. Oh!

yo á Dios rogaré.....

Rey. No preces
que lleva el viento veloz,
no votos he menester
cuando clavado un arpon
tengo en el alma, y bebiendo
tósigo de muerte voy
en cada mirada tuya,
y á tus plantas.....

[Se arrodilla.]

Isabel. (Oh rubor!)

Rey. Espiraré provocando
la eterna condenacion,
si tus labios no me otorgan
una palabra de amor.

Isabel. Alzad! Misera de mí!

Rey. Pronúnciala!....

Isabel. Santo Dios!....

*Rey.** Y salvarás á Gonzalo,
y mi dicha.....

Isabel. [Con dignidad.]

Alzad, Señor!
No deprimais vuestra gloria:
ved dónde estais y quién sois.

Rey. [Levantándose.]

Mi gloria es amarte.

Isabel. Sea;
pero si esa adoracion
que tanto me encareceis
es digna de mí y de vos,
no me envilezcais vos mismo
á vuestros ojos.

Rey. Ah! no.

Isabel. Si del crimen de Gonzalo
yo he de ser la expiacion,
mostrad que no me teneis
por mujer de poca pro,
y ántes de otorgar la gracia
no pidais el galardón.

Rey. Isabel!

El tiempo vuela
y se acrece mi terror.
Vuestro generoso indulto
desarme el brazo feroz
del verdugo.....

Rey. Sí haré. (Oh gozo!)

Isabel. Y por el Dios de Jacob
os juro..... no ser ingrata.

Rey. Basta. (Vencí!)

[Se acerca á una mesa y escribe rápidamente.]

Isabel. (Se salvó!—
Y yo..... ¡Oh Dios mio, Dios mio,

doléos de mi dolor!)

[*Se sienta llorosa y abatida.*]

Rey. [*Tomando el decreto que acaba de escribir y acercándose al foro.*]

Quevedo! (Oh ventura inmensa!)

ESCENA V.

EL REY. ISABEL. QUEVEDO.

Quevedo. Señor!

Rey. Tomad.

Quevedo. [*Tomando el papel.*]

El perdon?

Rey. Sí. Volad!

Quevedo. [*En voz baja.*]

Triunfais?

Rey. [*Lo mismo.*] Lo espero.

Quevedo. (¡He aquí puesta en el crisol la virtud de una mujer!
He aquí un triunfo precoz!....
Mas ¿qué importa? Él vivirá.
Ella..... Bien decia yo!....)

Rey. [*Acercándose á Isabel.*]

Isabel!

Quevedo. (Una ha podido desmentirme; pero ¡dos!....)

ESCENA VI.

ISABEL. EL REY.

Rey

¿Por qué de nuevo pálida tristeza
tus rosadas mejillas descolora?
por qué tu rostro en lágrimas se inunda?
por qué suspiras, niña, y te acongojas?
No de esos ojos la fulgente llama
esquives al esclavo que te adora.
¿Será que aún en tu pecho impresa vive
la imagen de otro dueño, y no la borra
la ciega idolatría con que postro
á tus plantas mi vida y mi corona?
¿Será que, complacida en mi tormento,
ya la esperanza efímera me robas
que necio concebí? ¿Será que acaso
el corazon no hablaba por tu boca
cuando con un acento me elevaste
al colmo de la dicha y de la gloria?

Isabel.

[*Levantándose.*]

Escuchadme, Señor. Mi desconsuelo
ni de pérfida y falsa me baldona,
ni es mengua de una huérfana infelice
que de la vida apenas en la aurora
ya con tedio la mira y con espanto.
Si á mis ojos las lágrimas se agolpan,
no es mi propia desdicha la que lloro;
que la mano de Dios no me abandona,
y al término cercano de mis males
sabré llegar con planta valerosa.
Lloro el siniestro influjo de mi estrella,
que adonde quiera que mi frente asoma
lleva consigo azares y amarguras
y muerte y maldicion. Yo soy, yo sola
quien merece ser blanco á vuestra saña;
yo, ay de mí miserable! que en mal hora
os inspiré un amor que Dios me veda
premiar, aciago amor que me sonroja.....
más por vos que por mí; yo á cuyo ruego

una vida acordais, que os fuera odiosa
 si á mí la consagrara el malhadado
 por quien pedí á mi Rey misericordia.
Rey. Qué oigo! Han sido una burla tus palabras?
Isabel. Señor!....

Rey. ¿Vana ilusion, fugaz lisonja
 fué el paraíso que soñé, y perjura....

Isabel. No ser ingrata os prometí, y la obra
 seguirá á la promesa: yo os lo juro.

Rey. ¿Cómo.... ¡Tú....

Isabel. De una vida os soy deudora:
 otra os daré; la mia.

Rey. Qué pronuncias?

Tú morir, ángel mio! ¡tú, la joya
 de más prez á mis ojos! ¡tú.... Primero
 muera yo una y mil veces, prenda hermosa.
Isabel. Valga lo que valiere esta existencia
 mísera cuyo peso al alma agobia,
 más no puedo ofrecer en vuestras aras,
 ni ménos....

Rey. Al galan por quien la inmolas!

Isabel. No; á mi honor sin mancilla, á mi decoro,
 al Dios que ha de juzgarme, á la memoria
 de mis honrados padres. Poco fuera
 á quien de entero corazon blasona
 dar por el dueño amado hacienda y vida.
 Hazaña más sublime, más heroica
 es la que inspira la razon austera
 que la que nace de la fiebre loca
 de una ciega pasion. Si el alma mia
 jamás de amor la llama abrasadora
 sentido hubiera, con igual denuedo
 mil muertes yo arrostrara sin zozobra
 ántes que al cebo de ambicion insana
 ó al oro vil prostituir mi honra;
 que á una mujer para ilustrar su nombre
 basta ser bien nacida y española.
Rey. (Cielos!.... Tal fortaleza en una niña!....)
 Yo.... Mi pecho....

Isabel. Su frente luminosa
 veo alzar á mi padre desde el cielo,
 su frente siempre erguida donde áun brota
 la noble sangre por su Rey vertida.
 Su voz habla en mi labio: él es mi norma,
 mi luz, mi ángel custodio; él si villana
 osara yo insultar su hidalga sombra,
 fulminaria sobre mí sañudo
 eterna maldicion. Cuando á la losa
 fria bajó, olvidado, pobre, oscuro,
 huérfana me dejó, huérfana y sola,
 sin otra hijuela que su nombre limpio
 y una hermosura.... que ignoré hasta ahora,
 y sólo creo en ella porque basta
 para ser desgraciada ser hermosa.
 Mas si otra dote me negó la suerte,
 no indefensa mi padre entre las olas
 de este mar me dejó que llaman corte.
 Conociendo sus artes insidiosas,
 «Oye, dijo, las últimas palabras
 que te dirige trémula mi boca.
 Obligacion como soldado tuve
 de preferir la muerte á la deshonra:
 jura aprender en el ejemplo mio,

y en paz descansaré.»—Juré animosa,
y el anciano espiró...., y en mí confía.....—
Lo que entónces juré.... lo cumplo ahora.

[*Saca del pecho un pomo, cuyo contenido va á beber.*]

Rey. Tente! Un veneno! Horror!

[*Quita el pomo á Isabel y lo arroja.*]

Isabel. Qué haceis? En vano,
Señor, en vano con violencia odiosa
me desarmais. El cielo sabrá darme
armas y esfuerzos con que el hilo rompa
de esta vida infeliz.

Rey. Vive! No temas.
Vive y triunfa, Isabel!; que á tanta costa
el que en algo se precia no conquista
goces que humillan, lauros que deshonran.
Vive; que si tus gracias me embelesan,
tu fe me admira y tu virtud me asombra.

Isabel. Oh prez de caballeros y de reyes!....

[*Arrodillándose.*]

Rey. Dejad que en vuestros piés mi labio ponga;
dejad que en ellos angustiada llore
mi injusto desamor....

[*Haciéndola levantarse.*] No más, señora!
no más! Huid de mí! Débil resuena
de mi razon el grito y de mi gloria:
para que no lo ahoguen mis sentidos
fuerza es que yo no os vea, que no os oiga.

Isabel. Señor!

Rey. Huid! Salváos y salvadme.
Huid! (Oh! nunca ha sido tan hermosa!)
Os lo ruego: os lo mando.

Isabel. Vuestra fama
perpetuará en sus páginas la historia.

ESCENA VII.

EL REY.

Murió la esperanza mia!
¡Huyó la dulce ilusion
que mi amante corazon
embriagaba de alegría!
¿Qué vale el alto poder
que en mí dos mundos adoran,
si en vano mis ojos lloran
á los piés de una mujer?
Su altivo desden me humilla,
y á mi pesar lo venero,
¡y á un oscuro aventurero
envidia el Rey de Castilla!
Quisiera que el hondo abismo
me hundiera... Mas no; á mi gloria
debo más noble victoria:

la de vencerme á mí mismo.
Sí, cumpliré los deberes
de caballero y de Rey,
y aunque es tirana la ley
sabré.... Ah mujeres, mujeres!....
Lucido y airoso quedo!
Y es fuerza que me resigne....
¿Qué he de hacer!.. Oh insigne, insigne
don Francisco de Quevedo!
Sois un vil calumniador,
un libelista soez.
Venid á hablarme otra vez
del sandio corregidor
y de su eterna salmodia
«*Quién es ella? quién es ella?*»
Mañana, pese á mi estrella!
cantaréis la palinodia.

[*Entra en su habitacion.*]

ACTO QUINTO.

Sigue la decoracion del acto cuarto. Es de dia.

ESCENA I.

EL REY. QUEVEDO.

Quevedo. Vuelvo á las damas su gloria
y mis sátiras abjuro.

El aya es una heroína;
Isabel es un conjunto
de gracias y de virtudes,
y yo he sido necio, estúpido
en admitir como axiomas
los dicharachos del vulgo.
¿Puedo cantar más de plano
mi derrota y vuestro triunfo?

Rey. Mi triunfo!

Quevedo. Sí, y muy glorioso;

que son placeres espurios
los que usurpa la violencia
ó compra á fuerza de escudos
la seducción. Á la fama
dió, Señor, más noble asunto
la castidad de Escipion
que todos sus lauros juntos.
Yo tambien, aunque murmure
mortificado mi orgullo,
á la virtud vencedora
prez y alabanza tributo;
que sano es mi corazon,
si tal vez con ceño adusto,
tal con festivo donaire,
palo de ciego sacudo
escarneciendo ó llorando
las miserias de este mundo.
Vos me hablais de palinodia.....
Cantémosla pues á duo,
Señor. Ah! si como soy
el menor de vuestros súbditos,
fuese yo por un instante
el Rey don Felipe, os juro.....

Rey. Qué hariais?

Quevedo. Ser por completo
pio, magnánimo y justo.
Gonzalo.....

Rey. Ya le libré
de las garras del verdugo.
Qué más quereis?

Quevedo. Que se extienda
vuestro generoso indulto.....

Rey. Á qué?

Quevedo. Á darle libertad.

Preso otra vez en los muros
de vuestro real Alcázar,
espera.....

Rey. ¿Saber el punto
de su destierro? Vos mismo
lo designaréis.

Quevedo. Qué escucho!
Yo mismo?.... ¿Os burlais de mí
por ventura?

Rey. No me burlo.

Quevedo. Será pues el universo
mundo su cárcel y.....

Rey. Mucho
me pedis.

Quevedo. Sois Rey.

Rey. Soy hombre.

Quevedo. Pero de heroicos impulsos;
de alma grande que no geza
en el ajeno infortunio;
antes.....

Rey. Austero Zenon,
que ayer erais Epicuro,
¿por qué no exigis tambien
que humilde como un cartujo
ponga yo mismo mi dama
en brazos de vuestro alumno?

Quevedo. Señor!....

Rey. Arracad primero
de mi pecho el dardo agudo
que le hiere.

Quevedo. Qué! ¿aun amais
á Isabel?

Rey. En vano lucho
con esta pasion tirana.

Quevedo. No os han de faltar recursos
para triunfar de un capricho
fugaz: la caza, el estudio.....
Amor vive en la esperanza,
y ya convertida en humo
la vuestra.....

Rey. Aun no la he perdido.

Quevedo. En qué lo fundais?

Rey. Lo fundo.....

No sé..... En la misma vehemencia
del fuego en que me consumo.

Quevedo. Sin mengra de vuestra gloria,
no esperéis, Señor.....

Rey. Soy viudo.

Quevedo. Ah! Cómo!... ¡Vos.....

Rey. Si el encanto
de su rostro me sedujo,

su virtud más que divina

[*Con la mano en el pecho.*]

lo graba aquí con profundos
rasgos que no borrará
la losa de mi sepulcro.
¿Quién más digna de mi mano
y de mi dosel augusto?

Quevedo. ¿Será posible, Señor!....
Me asombro....

Rey. Por qué? Si al último

de mis vasallos es lícito
unirse en pobre tugurio
al objeto de su amor,
¿por qué el señor absoluto
de todos no lo será
para casarse á su gusto?

Quevedo. Entre un monarca y sus pueblos,
vos no lo ignorais, hay mutuos
deberes que sin peligro
no es dado.....

Rey. Vanos escrúpulos!

Quevedo. Su dignidad pierde el trono
cuando impolítico nudo
alza desde humilde esfera
á una mujer.....

Rey. Otro absurdo.

Trono es tambien la hermosura,
trono es la virtud, á cuyos
fulgores son los del mío
agonizante crepúsculo.
Así pues, cuando Himeneo
nos una en plácido yugo,
ella ilustrará mi trono
elevándome hasta el suyo.

Quevedo. (Ay! está loco.) Señor,
ved que atropellais los usos,
las conveniencias sociales.
Si esa boda, que áun lo dudo,
se realiza, ¿qué dirán
el Austria, la Francia, el mundo?
Temed no se alce la Europa
contra vos desde el Danubio
hasta el Támesis.....

Rey. Poder
sobra á este brazo robusto
para lidiar contra todos.—
Mas con temerario insulto
nadie al leon castellano
osará.....

Quevedo. Triunfante el luso
lo diga, y osado el belga,
y el catalan en tumulto.
Considerad.....

Rey. No os canseis.

Quevedo. Suspended.....

Rey. Ni dos minutos.—

Vos sereis mi embajador.

Quevedo. Yo, Señor!

Rey. Volad. Ninguno
mejor que vos. Será digna
de vuestro ingenio fecundo

la empresa. Aun puede vencer
desde su postrer reducto
vuestra opinion; áun pudiera,
si alcanzo el bien que procuro,
ser inconcusa verdad
aquel proverbio vetusto.

Quevedo. Oh! será más que mujer
quien resista á ese conjuro.
Ahí es nada! Una corona!....
Pero, por Dios trino y uno,
mirad.....

Isabel. [*A la puerta del foro.*]

Señor!

Rey. Isabel!

Quevedo. [*Viéndola.*]

Ah! (Pobre Gonzalo!...)

Rey. (Oh júbilo!)

Ven.....

Quevedo. (¡Entona á tu esperanza
el oficio de difuntos!)

ESCENA II.

EL REY. QUEVEDO. ISABEL.

Isabel. [*Hincando la rodilla.*]

Permitidme que me atreva.....

Rey. (Oh belleza sin igual!)

Alza.....

Isabel. Á daros una prueba
de mi gratitud.

Quevedo. (Qué tal?)

Rey. Tú!...

Quevedo. (Tiemblo!)

Isabel. Á vuestra clemencia

debo la vida de un hombre.....

En vuestra augusta presencia
no pronunciaré su nombre.

Rey. No á mi clemencia, al amor
que me inspira.....

Isabel. Creo en él:
creed vos en el dolor
que me ha causado.

Rey. Isabel!

Isabel. Creedlo: no es más profunda
que la mia vuestra pena.
No es dicha la que se funda
en la desventura ajena.
Tan tierna solicitud
merece premio mayor;
mas no hay poder ni virtud
que den leyes al amor.
Confesad, si sois sincero,
que en damas de calidad
gala es el amor primero
y el segundo liviandad.
Mas no nos darán — á Dios

lo juro, Señor, y al mundo—
ni pena el primero á vos
ni vergüenza á mí el segundo.
Mi vida en expiacion
ofrecí.....

Rey. ¿Quién tan indigno
será.....

Isabel. Rehusais mi don?
Dios lo aceptará benigno.

Rey. ¿Así á mi amoroso afan
correspondes? ¿Qué misterio.....

Isabel. Viva me sepultarán
los muros de un monasterio.

Rey. Qué dices! ¿Tú.....

Isabel. No vacilo.
Allí en retiro piadoso
será una celda mi asilo
y el Rey de reyes mi esposo.
Jamás!

Queredo. (Triste criatura!)

Rey. Tú monja! Oh! no desatines.
No se hizo tanta hermosura
para tocas y maitines.
Yo que en espléndido plaustro
verte victoreada anhelo,
¿podré consentir que un claustro
sea noche de tu cielo?
¿Yo bajo aleve tijera
veré caer tus cabellos?
¡Yo que la corona ibera
quiero sublimar en ellos!
Sí, mi bien! He aquí mi mano.
Doblen todos su rodilla
como yo la doblo ufano
á la Reina de Castilla.

Isabel. [*Haciéndole levantar y hablando
como inspirada.*]
¡Robais, impío, al altar
su víctima expiatoria!
En vano! Á vuestro pesar
yo salvaré vuestra gloria.
Si una corona á mi sien
desea vuestro delirio,
corona es, Señor, tambien
la corona del martirio;
y, aunque os parezca cruel,
llevarla animosa espero
con el auxilio de aquel
inmaculado Cordero
que, siendo el Verbo divino,
proto-mártir sin segundo,
la ciñó de agudo espino
para redimir al mundo.
El me inspira. Mirad vos,
cuando él os habla en mi labio,
si osaréis pedir á Dios
satisfaccion del agravio.
Entre el amor y el deber,
mirad, Señor, si una hazaña
fácil para una mujer
no lo es para el Rey de España.
Cuando insensible me muestro

á tan alto beneficio,
ved entre el mio y el vuestro
cuál es mayor sacrificio.
Mirad qué os está mejor;
si oir la voz que me llama
á defender mi pudor
y á rescatar vuestra fama;
ó que seamos los dos,
sucumbiendo en esta lid,
ludibrio de Europa vos,
yo escándalo de Madrid.

Rey. Basta! Tú has vencido, ingrata!
Quieres la toca y el manto?
Bien está: tu Rey acata
ese propósito santo.

Queredo. (Pobre menina!)

Rey. Á un mancebo
pude disputar tu mano;
pero con Dios no me atrevo;
que soy yo muy buen cristiano.—
Mas los deberes monjiles
son austeros.....

Isabel. Ya lo sé.

Rey. Aún no cuentas veinte abriles.
Tendrás firmeza en tu fe?

Isabel. Lo espero.

Rey. Tambien allí
tienta el enemigo malo.
¡Ay de tu fe y ay de ti
si te recuerda á Gonzalo!

Isabel. Por qué le nombrais, Señor?
Por siempre me alejo de él.....
(Ay cielos!....)

Rey. De tu valor
quiero otra prueba, Isabel.

Queredo. Monja! (Es cargo de conciencia.)

Rey. ¿Tendrás corazon bastante
para arrostrar la presencia
del que ayer era tu amante?
Tambien yo te amaba tierno.
Qué mucho si á mí le igualo?
Me has dado un adios eterno!....
Óigalo tambien Gonzalo.

Isabel. Ah, Señor!....

Rey. Que me avergüence
no es razon ese mozuelo.
Sepa que no es él quien vence,
sino el Rey de tierra y cielo.
Sepa, para ahogar la llama
que nos quemó de consuno,
que no cedo yo mi dama
de Dios abajo á ninguno.—
Dudas? Mi demanda es justa.

Isabel. No, Señor. (Triste de mí!)

Queredo. (Necia vanidad augusta!)

Rey. Hola!

[*Al ujier que se presenta en la puerta
del foro.*]
El preso venga aquí.

Queredo. (Dios le tenga de su mano!)

[*Al Rey aparte.*]

¿Á qué esa prueba cruel
si.....

Rey. Callad!

Quevedo. (Dios soberano!....

Ya vuelvo á temblar por él.)

Rey. Aún nos falta otro testigo
para accion tan noble y santa.
Ujier!

Quevedo. (Desdichado amigo!)

Rey. [Á otro ujier que llega.]

Venga el aya de la Infanta.

Quevedo. ¿Y qué os proponeis, Señor,
con semejante careo?

Rey. Otra víctima de amor

[Mirando á Isabel.]

dé más pompa á su trofeo.

ESCENA III.

EL REY. ISABEL. QUEVEDO. LA CONDESA.

Condesa. ¿Me llamais....

Rey. Venid, Condesa.

Dios oyó vuestra plegaria.
Pesarosa, arrepentida
de vuestra inicua venganza,
cruelles remordimientos
os compungian el alma.
Alentad. Libre es Gonzalo.

Condesa. Vuestra bondad soberana....

Rey. Libre es tambien Isabel;
y exenta de toda mancha,
ella que pudo aspirar
al tálamo de un monarca,
modelo de alta virtud
á matronas castellanas,
para más digno consorte
su cándida mano guarda.

Condesa. Qué decis!... Gonzalo!... Oh Dios!..

Rey. [Á Gonzalo, que aparece por el foro
entre alabarderos.]

Entrad.—Despeje la guardia.

ESCENA IV.

EL REY. ISABEL. LA CONDESA. QUEVEDO.
GONZALO.

Gonzalo. (Aquí Isabel! Oh tormento!)

Quevedo. (Nos cayó á cuestras la casa.)

Gonzalo. [En ademan de arrodillarse.]

Señor!....

Rey. Alza. Ya eres libre.

Gonzalo. Permitid que á vuestras plantas....

Rey. No es á mí, sino á Isabel,
á quien debes dar las gracias.

Gonzalo. Á Isabel? ¡Cómo.... Es posible!....
(La Condesa! Horrible trama
tal vez....)

Rey. Póstrate á sus piés.

Gonzalo. [Receloso.]

Señor!

Quevedo. [En voz baja rápidamente.]

Hazlo. Es una santa.

Gonzalo. [Á los piés de Isabel y aparte con ella.]

Es cierto? Libre.... por ti!

Isabel. Sí.

Gonzalo. Á qué precio? ¿Al de mi infamia
y al de la tuya quizá?

Isabel. Vivo.... y lo preguntas!

Rey. Basta!

[Se levanta Gonzalo.]

Gonzalo. (¡Ah bien mio.... Pero.... el Rey...)

Rey. Sí, esa niña es quien te salva.
Bendice al cielo que de ella
hizo el ángel de tu guarda.

[Á la Condesa.]

Y vos, señora, tambien
benedicid arrodillada
la divina Providencia.
Quisisteis en hora infausta
perder á esa criatura,
y Dios para sí la gana!

Gonzalo. Qué oigo!

Condesa. Ah, Señor!....

Rey. Á los tres

ella el camino nos traza
del deber. Ella, inocente,
las culpas de todos paga;
y pues yo soy el primero
que su pia ofrenda acata,
¿quién podrá ser tan osado
que la arranque de las aras?

Gonzalo. ¡Ella.... Oh desesperacion!

Quevedo. [En voz baja á Gonzalo.]

Imprudente!....

Gonzalo. [Á Isabel.] Es verdad? Habla.

Isabel. [Con forzada serenidad.]

Sí, con ánimo resuelto
sigo.... (el aliento me falta)
la divina inspiracion
que á austero claustro me llama.

Gonzalo. [Con sumo dolor.]

Ah!.... (Me costará la vida.)

Rey. La oíste. No hay esperanza á tu amor; mas si endulzar deseas la copa amarga de un desengaño cruel, ejemplo te dé su casta, su ejemplar abnegación. Madre cariñosa y blanda, en su gremio te reciba la Iglesia.

Quevedo. (Esto nos faltaba!)

Rey. Y en premio de los servicios de tu padre que Dios haya, te nombraré, si te ordenas, canónigo de Granada.

Gonzalo. [*Sin poder dominarse.*]

Señor, si llamado he sido para que escarnio se haga de mí en la corte, volvedme á la torre del Alcázar, ó dad mi cuello al verdugo que me esperaba en la plaza.

Rey. Qué dice ese temerario? Presumes que hablo de chanza? ¿Ó es poco una canonjía....

[*Á Quevedo.*]

Digo, y metropolitana!

Quevedo. Señor!....

Gonzalo. Sincero mi labio ni disimula ni engaña ni miente; ¡y ménos al Rey, y ménos á Dios! Que flaca de condicion y de espíritu una mujer desdichada, rinda en el primer embate el muro de su constancia, no es mucho; ni que tal vez labre su propia desgracia dejando jurar al labio lo que dentro niega el alma. Mas yo que de hombre me precio y hombre á quien nada acobarda, ni sé disfrazar mi rostro, ni sé estudiar mis palabras, ni ahogar en mi corazón las pasiones que lo halagan. Mi amor es puro; ¿y quereis que de él me acuse á las plantas de un confesor? No he cursado teología en las aulas, ¿y pronunciaré sacrílego votos que Dios no me manda consagrarle?... Oh! si es forzoso que yo renuncie á mis gratas ilusiones; si por siempre mi desventura me arranca del amante corazón donde ayer feliz reinaba, hartos son los enemigos de mi Rey y de mi patria.

Mandadme á lidiar con ellos: dadme, Señor, una espada, y me sentará mejor que el manto y la sotana. Así tambien, sin agravio de la religion sagrada, lejos de vos viviré y de esa mujer ingrata. Y si aún esto no es bastante para aplacar vuestra saña, pronto alcanzaré el honor de morir por vuestra causa; que quien la vida aborrece sabrá en sangrienta batalla dar á las balas el rostro mejor que al riesgo la espalda.

Isabel. (Dios mío, dadme valor!)

Condesa. (Y no le he de amar!)

Quevedo. (¡Oh hidalga fortaleza!)

Rey. Si prefieres á una prebenda una bala, aunque no te alabo el gusto yo te concedo la gracia. Hoy partirás para Flándes.

Condesa. Piedad!....

Rey. Cómo es eso? ¿Lágrimas en vuestros ojos?

Condesa. [*En voz baja.*] Señor, no lloro sola.

[*Mostrando á Isabel.*]

Miradla.

Isabel. (Favor, cielos!)

Rey. [*Á Quevedo.*] Vos tambien?

Quevedo. Y lloraría una estatua al ver....

Rey. Silencio! Gonzalo, despídete de tu amada: yo lo permito.

Gonzalo. Excusad....

Rey. Yo lo mando.

Isabel. Ay!....

[*Cae casi sin sentido.*]

Condesa. [*Acudiendo á sostenerla.*]

Se desmaya!

Rey. (No puedo más.) Isabel!

[*Todos se acercan á Isabel.*]

Respira, Isabel!....

[*Mostrando á Gonzalo.*]

Abraza

á tu marido.

Isabel. [*Recibiendo en sus brazos á Gonzalo.*]

Oh gran Dios!

Gonzalo. Oh ventura!

Quevedo. Oh noble hazaña!

[*Todos se arrodillan ante el Rey.*]

Gonzalo. Señor!

Quevedo. El cielo os bendiga!

Condesa. Agradecida.....

Isabel. Postrada.....

Rey. Alzad!

[*Todos se levantan.*]

Probar he querido
el temple de vuestras almas.
Perdonadme el breve alarde
de una aparente venganza,
siquiera porque á mi voz
trocais vuestra pena amarga
en dicha tanto más grande
cuanto menos esperada.
Bendiga Dios vuestro lazo:
yo con mercedes sin tasa
os probaré mi amistad
pura, desinteresada.....
(Valor, Felipe!.... Eres Rey.)
Sonada será en España
vuestra boda. En mi capilla
os desposaréis mañana.
Os hará el epitalamio
Quevedo.....

Quevedo. Con vida y alma.

Rey. Y será vuestro padrino.....
don Felipe Cuarto de Austria.

Isabel. [*Queriendo arrodillarse y tambien
Gonzalo. La Condesa junta las ma-
nos y alza los ojos como en actitud de
orar.*]

Tanta bondad!

Rey. Detenéos.

Quevedo. [*Aparte con el Rey.*]

Sois un héroe!

Rey. [*Con cómico despecho.*]

Soy un mandria!

[*Reparando en la Condesa.*]

Qué haceis, Condesa?

Condesa. Pedir

á Dios su divina gracia.
Y no en vano. El sacro velo
á que otra se resignaba,
y con contento de todos
convierte en nupciales galas,
ceñir anhelo á mi frente
que surca el dolor y mancha
la vergüenza. Si una víctima
el ara de Dios reclama,
yo debo serlo; yo sola!

Rey. Mirad.....

Condesa. No me tengais lástima,
Señor. Sólo allí habrá paz
para esta alma atribulada;

sólo allí sanar podria
de mi corazon la llaga.....
No más! Adios! Sed felices.
(Ay!....) Adios!

ESCENA ÚLTIMA.

ISABEL. EL REY. QUEVEDO. GONZALO.

Isabel. Desventurada!

Quevedo. [*Aparte con el Rey.*]

Mejor suerte merecia.

Rey. Si es vocacion voluntaria
la suya, del mal el ménos.
Mas ¿qué ha de hacer la cuitada
si á mí no me falta mucho
para encerrarme en la Trapa?

[*En alta voz.*]

Ahora bien, poeta cáustico,
¿volvereis á escribir sátiras
contra las mujeres?

Quevedo. No.

Váyase muy noramala
con su injusta muletilla
el corregidor de márras.

Á la evidencia me rindo
y en la justicia me fundo.
La MUJER, lo juro al Pindo,
es lo más grato y más lindo
que Dios crió en este mundo.

Ni sólo estriba su palma
en este precioso don;
que, con muy rara excepcion,
hermosas son en el alma
como en el cuerpo lo son.

Cuando su flaqueza sacas
á relucir y sus macas,
considera, *Hombre* demente,
que persigues igualmente
á las gordas y á las flacas.

Cifra el hombre su esplendor
en el amor de la gloria;
mas con instinto mejor
la MUJER brilla en la historia
por la gloria del amor.

Ah! si por seguir tus huellas
se vicia tan noble instinto,
no culpes, *Hombre*, á las bellas,
sino á ti, con tercio y quinto
más débil que todas ellas.

Siervas en todo lugar,
porque lo has dispuesto así,
¿no ves, *Hombre* baladí,
que ellas no pueden pecar
sino contigo y por ti?

Sé indulgente, pues ya ves
que la equidad lo reclama
y lo pide tu interes.
¿Por qué les quitas la fama.....
si te arrastras á sus piés?

¿Por qué tu desprecio llora
la que con paciencia santa
cuando niño te amamanta,
y cuando jóven te adora,
y cuando viejo te aguanta?
Sin la MUJER no hay placer.
Es fiel? Bendice tu estrella.
Es maula? Cómo ha de ser!
Ó capitula con ella.....
ó suprime la MUJER.

Mas tan pobre es tu chirúmen,
que primero que tal hagas
consentirás que te emplumen,
porque en sus ojos te embriagas
de amor, de gozo..... En resúmen:

Desde la planta al cabello
la MUJER—insisto en ello
y lo pruebo y te confundo—
es lo más grato y más bello
que Dios crió en este mundo.



UNA ENSALADA DE POLLOS,

COMEDIA EN UN ACTO.

Se estrenó en Madrid, en el Teatro Español, el día 25 de Octubre de 1850.

PERSONAS.

ADELA.

DOÑA MARTA.

SABINA.

DOÑA RUPERTA.

D. LUIS.

D. GASPAR.

D. PÍO.

D. QUIRICO.

D. INOCENCIO.

D. LACTANCIO.

UNA SEÑORITA.

SEÑORITAS Y SEÑORAS.—GALANES Y GALANCETES (POLLOS.)—CRIADOS.

La escena es en Madrid, en casa de doña Marta. Sala adornada é iluminada para un baile, con puerta grande en el foro: otra á la derecha y otra á la izquierda en el proscenio. La entrada de los que vienen de la calle es á la derecha por el último bastidor. Por la izquierda, á la misma altura, se va á otra sala, que no se ve. Se supone que las dos puertas del proscenio son respectivamente de comunicacion interior. Las parejas de baile figuran proceder de una sala á otra haciendo martillo. Al alzarse el telon se está bailando una polca-mazurca.

ESCENA I.

ADELA. UNA SEÑORITA. D. LUIS. DON
INOCENCIO. D. QUIRICO. SEÑORITAS.
GALANCETES.

[Silencio durante dos ó tres compases de baile. Don Luis pasea de un lado de bastidores á otro. Don Quirico aparece en primer término bailando con tal entusiasmo que fatiga á su pareja y la obliga á dejarle.]

Quirico. Ya me suelta usted! (Aleve!)

Señorita. No puedo.....

[Se sienta.]

Quirico. (Maldita seas!)

Luis. Cómo es eso, don Quirico?

Ya deja usted su pareja?

Quirico. Al contrario: ella á mí, ay triste!

Luis. Qué escucho!

Quirico. Y ya es la tercera!

Luis. Baila usted con tal fervor,

que sin duda las molesta.....
Quirico. Echen la culpa á la moda
que tales danzas inventa,
y no á mí. Báilen el grave
minuet que bailó mi abuela,
ó el insulso y desdeñoso
rigodon; y no pretendan
que un hombre sea un autómeta
cuando columpia á una bella
en sus brazos, y palpitan
simultáneas las arterias,
y ella se encuaderna en él,
y él se compagina en ella,
y se identifican tanto
que parecen una etcétera.

[Cesa el baile. Unas parejas desaparecen por la izquierda del foro, y con ellas la Señorita que habló, provista ya de otro galan: otras se sientan en el proscenio, y de este número son Adela y D. Inocencio: otras se disuelven, etcétera.]

Luis. Amiguito, hará usted mal si toma al pie de la letra esos favores efímeros en que el corazón no entra á la parte, y que en el aire se pierden con las corcheas de la música. (Este pollo, si el cielo no lo remedia, morirá tísico.)

Quirico. ¿Acaso tengo yo horchata en las venas? Ni ellas se ofenden, mentira! de una mirada halagüeña, ni de un apretón erótico ni de un «te adoro» á la oreja.

Luis. Pero ha de ser de su gusto el galán.

Quirico. Cruel estrella! Según eso yo no agrado á ninguna.

Luis. Eh!....

Quirico. ¿Hay conciencia para esto? Y ¡vea usted! á mí rubias y morenas, altas, bajas, y lo mismo las delgadas que las gruesas; todas me gustan.

Luis. Tal vez por lo mismo le desdennan á usted. Si amase á una sola....

Quirico. Mas cuando una se rebela ¿no he de ir á otra....

Luis. Esperar....

Quirico. Yo amo siempre con urgencia.

Luis. (Trasto!) Peor para usted....

Quirico. Soy vapor, soy chispa eléctrica.... Pero ellas no me comprenden, que si ellas me comprendieran.... Macías y Marco Antonio serían niños de teta conmigo. ¡Ah, qué corazón se pierden!

Luis. Cierto. (Y qué plepa!)

Quirico. Ah! Dorotea tal vez.... Es romántica; es excéntrica.... No muy linda.... Pero acaso nuestras almas homogéneas....

Luis. Quizá....

Quirico. Hasta luego. Ya estoy ardiendo por Dorotea. ¡Qué combustibilidad la mía!.... ¡Ah, si me desprecia, ira, odio, execración á todas las hijas de Eva!

ESCENA II.

ADELA. D. LUIS. D. INOCENCIO. PAREJAS.

Luis. [Volviendo á pasearse.]

(¿Habrá mico...)

Adela. (Ó no me ha visto,

ó de intento no se acerca porque Inocencio está aquí.)

Inocenc. Sí, sí, dulcísima Adela, baila usted como una sílfide.

Adela. Lisonja....

[*Sigue hablando en voz baja.*]

Luis. (De qué se queja?

¿Á quién ha de enamorar con esa cara de acelga? Y en siglo tan positivo ¿qué muchacha se contenta con el corazón de un títere que no tiene una peseta?)

Adela. [Abanicándose.]

Jesús!....

Luis. (Adela está allí y al márgen otro babeiaca..., otro pollo!)

Adela. [En alta voz.]

Me sofoca el calor.

Luis. (Hay epidemia de ellos este año.)

Adela. (No viene!)

[*Tosiendo.*]

Ejem....

Luis. (Tose.... Ni por esas! Mientras no despida al mono que la acompaña....)

Adela. Quisiera, don Inocencio, un helado. Perdona usted la molestia....

Inocenc. [Levantándose.]

Al momento. De azofaifás de pistacho? de....

Adela. Cualquiera.

ESCENA III.

ADELA. D. LUIS. PAREJAS.

Luis. [Acercándose.]

Se ha puesto usted mala?

[*Se sienta al lado de Adela.*]

Adela. No.

Lo celebro.

Adela. ¿Le interesa á usted mi salud?

Luis. Sí, á fe.

Cumplida se la desea á usted mi....

Adela. Qué?

Luis. Mi amistad.

Adela. ¿Ya es sólo amistad lo que era amor pocas horas hace?
Luis. En verdad, parva materia es esa para una diosa de cuyo altar son ofrenda tantos corazones.
Adela. Sí?
 Yo.....
Luis. La del mio es superflua.
Adela. Cómo!
Luis. Al ménos por ahora.
 Luégo que acabe la fiesta, tal vez.....
 [Vuelve D. Inocencio con un helado que ofrece á Adela.]

ESCENA IV.

ADELA. D. LUIS. D. INOCENCIO. PAREJAS.

Adela. Eso es acusarme.....
Inocenc. Un quesito de frambuesa.
Adela. [Alejándole con un ademan.]
 Luégo..... Permítame usted.....
 [Sigue hablando en voz baja con don Luis.]
Inocenc. (Se aprovechó de mi ausencia ese ciudadano cócora, y apostaría una oreja á que la está requiriendo de amores. Oh! pero Adela..... Adela es mia! Si le oye, sólo es por condescendencia, por urbanidad.)
Adela. [Aparte con D. Luis.]
 Si usted no quiere que me divierta.....
Luis. Yo no pretendo tal cosa.
Adela. Ya he salido de tutela.
Luis. Pues yo lo creo! Una viuda.....
Inocenc. (Se pone fosca! Él se quema.....)
Adela. Viuda, pero aún no he cumplido veinticuatro primaveras.
Luis. Oh! sí, es usted deliciosa, adorable..... Algo coqueta.....
Adela. No por cierto. Y si lo soy, la culpa es de usted.
Luis. De véras?
Adela. Sí, que me quema la sangre con su aire de indiferencia.....
Luis. No, es resignacion.
 [Sigue hablando aparte.]
Inocenc. (Qué chinche!—
 Y la pobre no refresca!
 Vuelvo á ofrecerle el quesito, y esta será una indirecta

para que el otro.....)
 [Acercándose.]
 Adelita.....

Adela. No; ya no lo quiero.
Luis. [Apoderándose del platillo.]
 Venga.
 [Se toma el helado.]
Inocenc. (¡Alabo..... ¿Cuándo tuvo él criados de esta librea?

[Paseándose.]
 Estaba por..... Pero no; no quiero comprometerla, y dar una pesadumbre á la pobre de mi abuela.)
Luis. ¿Qué he de hacer entre la turba de muñecos que la asedian á usted? Me siento á su lado, y al momento se la llevan á bailar.....
Inocenc. (Me aspo! me pudro!)
Luis. Y como usted siempre acepta.....
Adela. ¿Y por qué no baila usted conmigo? ¿Quién se lo veda?
Luis. [Dando el platillo á uno de los criados que entran y salen sirviendo dulces y helados.]

Porque no sé; ni me gusta esa polca..... ó tarantela que se usa ahora; ni es lícito á quien ya frisa en los treinta y es coronel de lanceros hacer quiebros y piruetas; ni quiero sudar el quilo; ni fengo pulmon de piedra para resistir la atmósfera de un baile una noche entera; que si cien pollos la enfrían cien palomas la caldean.
Adela. Qué delicado es el niño!
Luis. Yo.....
Adela. Pues á mí me deleita el baile, y he de danzar hasta el alba.
Luis. Norabuena.
Adela. Y quien habla mal del baile me hace á mí una grave ofensa.
Luis. Si lo juzga usted así.....
Adela. Y esa sátira sangrienta le saldrá á usted á la cara.
Luis. [Mostrando á D. Inocencio.]
 ¿Y ha de ser aquel.... lamprea quien se encargue de vengar á usted?
Adela. Sí. Baila de perlas; y basta que á usted le inspire antipatía.....
Luis. Me apesta.

Adela. Bailaré toda la noche con él.
Luis. Terrible sentencia!
 (Eso quiero yo.)
Adela. [*Levantándose y también D. Luis.*]
 Á quien no quiere caldo, taza y media.
Luis. Bien, señora. Cada cual se arreglará como pueda.
Adela. Corriente.
Inocenc. (Se ha levantado la sesión.—Está muy seria.)
Adela. Abur.
Luis. Para siempre?
Adela. Sí.—
Luis. Inocentito!
Luis. Paciencia!
Inocenc. [*Acercándose.*]
Adela. Adelita!
Adela. El brazo.
 [*Se le toma.*]
Inocenc. Oh gloria!
Adela. (Rabiando de celos queda.)

ESCENA V.

D. LUIS. PAREJAS.

Luis. Pobrecita! En el pecado llevarás la penitencia. Dios no me dé otro rival que una sabandija acéfala con el talento en los pies y el corazón en la orquesta; de esos que en el baile bailan y sólo á bailar aciertan, que rebuznan si discurren y si enamoran degüellan.— Báilamela bien, polluelo; pónmela como una breva, y con la inútil fatiga del cuerpo donde se encierra, el alma en provecho mio dominará su soberbia.— ¿Y si mi cálculo falla y contra todas las reglas triunfa el pollo? Buen provecho! Yo seré libre, y él, ó ella, ó los dos..... en el pecado llevarán la penitencia.
 [*Al retirarse D. Luis, llegan varias parejas que se ponen en baile, y entre ellas Sabina y D. Lactancio.*]

ESCENA VI.

SABINA. D. LACTANCIO. PAREJAS.

Lact. Ven conmigo á este sofá, oh prenda que el alma adora; ven y hablemonos ahora que no nos ve tu mamá.
Sabina. Yo estoy temblando.....
 [*Se baila.*]
Lact. Por qué?
 Creerá que bailamos.—Vente. Y al traves de tanta gente ¿quién nos oye ni nos ve?
Sabina. Bien; no digas que soy sorda á tus ruegos; pero es grave la.....
 [*Se sientan.*]
Lact. No!
Sabina. (Mamá bien lo sabe, pero hace la vista gorda.)
Lact. Ahorrémonos el cansancio, y dime otra vez, Sabina, que me amas.
Sabina. Ah! Sí.
Lact. Divina!
Sabina. Sí, mi querido Lactancio. (Es rico; no se te escape, me ha dicho.....)
Lact. ¿Estás distraida, amor mio?
Sabina. No, mi vida. (Ántes que otra me lo atrape....) Pero yo soy pobre, ay Dios! y opulento tu papá.....
Lact. Qué importa? Yo.....
Sabina. No querrá que nos casemos los dos.
Lact. Le escribiré.....
Sabina. Será en vano. Dirá que es un sacrilegio el sacarte del colegio para darme á mí la mano.
Lact. Pero.....
Sabina. Dirá..... sin razon: bodas él? ¿quién lo diría!.... ¡Un pollo que todavía no ha soltado el cascarón!
Lact. Ay! Sí. Es duro de meollo y temo que me rechace....
Sabina. No lo dudes.
Lact. Por lo que hace á si soy ó no soy pollo.....
Sabina. Será un desaire cruel para mí y un compromiso.....
Lact. Si nos niega su permiso, nos casaremos sin él.
Sabina. No hará eso solo, ay dolor! Desde Valencia del Cid en posta vendrá á Madrid, y te robará á mi amor!
Lact. Bien puede ser; que él no es lerdo...

Sabina. Y tú no harás resistencia.....
Lact. Sí!
Sabina. Y una vez en Valencia,
 ay! si te vi no me acuerdo.
Lact. No, yo te juro que no.....
Sabina. Yo no me expongo á ese trance.
 Otra la ventura alcance
 de ser tuya, y muera yo!
Lact. Pero tú ¿qué me aconsejas?,
 tú que tienes más talento.
Sabina. Ay! Nada.
 [Levantándose.]
 Adios!
Lact. [Haciéndola sentarse otra vez.]
 Un momento!
Sabina. Pero.....
Lact. Tan pronto me dejas!
Sabina. Quizá dudes de mi fe;
 quizá, sabiendo mi estado,
 te parezca interesado
 el consejo que te dé.
 [Cesa el baile y se dispersan las pare-
 jas en varias direcciones.]
Lact. Nunca!
Sabina. Oh! por qué no eres pobre?
 Yo te seguiría al ara
 aunque prófuga surcara
 las ondas del mar salobre.
 Por ser rico no me quieres!
Lact. Sí; pero mi pundonor.....
Sabina. Es ese el jurado amor?
Lact. ¿Esa..... Ah, mujeres, mujeres!
 Pues bien, daré por mi dama
 la vida.....
Sabina. Ay Dios!
Lact. El acero
 ó el tósigo.....
Sabina. No! Primero
 es tu vida que mi fama.
 Venciste!
Lact. Qué haremos pues?
Sabina. Á fuer de tiernos amantes.....
Lact. Di, di.
Sabina. Casémonos ántes,
 si lo hemos de hacer despues.
Lact. Sí, sí. Despues de casados,
 papá dirá amén. Confía.....
Sabina. Cierto.
Lact. Pues! la teoría
 de los hechos consumados.

ESCENA VII.

SABINA. D. LACTANCIO. DOÑA RUPERTA.

Ruperta. Sabina!
Sabina. Ay! Mamá!
 [Se levantan.]
Ruperta. Qué es esto?

IV.

¡Mano á mano en el sofá
 los dos!
Lact. [Turbado.]
 Pero.... Yo.... Si.... Ella...
Ruperta. Quitese de aquí el rapaz!
 Hacer la corte á mi niña!
 ¡Querer.....
Sabina. [En voz baja.]
 Qué es esto, mamá?
Ruperta. Querérmela seducir!
Lact. No, señora. Yo..... es verdad
 que la quiero.....
Ruperta. ¿Qué se entiende
 querer! Sí, ¡para él está
 mi hija! Para un arrapiezo
 que estudia latinidad.....
Lact. No, que ya soy bachiller.....
Ruperta. Calle y déjenos en paz!
Lact. (Me aturdo..... Sabina calla.....)
 Si yo.....
Ruperta. No faltaba más.
Sabina. Lactancio.....
Ruperta. [En voz baja á Sabina.]
 No es oro todo
 lo que reluce.
Sabina. [Lo mismo.] Pues ¿qué hay?
Lact. Nos queremos con buen fin.....
Ruperta. [Como ántes.]
 No es tan crecido el caudal
 como pensábamos.
Lact. Ella.....
 (No me oyen!) Mi tierno afán.....
Sabina. [Á su madre en voz baja, y así segui-
 rán hablando cuando lo indiquen los
 versos.]
 Pero es su único heredero.....
Ruperta. Tonta! Se ha vuelto á casar
 el padre.
Sabina. Qué oigo!
Ruperta. Él lo ignora
 todavía.
Lact. (Qué dirán?)
Ruperta. He visto la papeleta.
Sabina. Cielos!
Ruperta. Y áun está en edad
 de dar.....
Lact. Señora!
Ruperta. Ocho ó nueve
 hermanos al colegial.
Lact. Sabinita!.....
Sabina. Ya era nuestro.
 ¿Y cómo me vuelvo atrás.....
 Ah! lo meteré á barato.
Lact. Prenda amada!.....
Sabina. [En alta voz.] Atrocidad!
Lact. Eh?
Sabina. ¡Aparte usted, y no vuelva
 á saludarme jamás!

13

Lact. Cómo!....
Sabina. ¡Pretender mi mano
 el hipócrita!....
Lact. Sí tal.
Sabina. ¡Y vivir en relaciones
 ilícitas!....
Lact. Yo!....
Ruperta. Maldad!
 (Sigamos la veta.) Sí,
 libertino, perillan!....
Lact. ¡Yo relaciones ilícitas,
 Virgen santa del Pilar!
 Yo! ¿Con quién!....
Sabina. Con la mujer!....
Lact. Oh! De quién?
Ruperta. De un mariscal!
Sabina. Pues! Y aún si fuera de campo!....
 Pero albéitar!
Lact. Pero ¿están
 ustedes locas?
Ruperta. No!
Sabina. Monstruo!....
 Huyamos!
Lact. [Dejándose caer en una silla abatido
 y desesperado.]
 No puedo más!
Ruperta. [Aparte á Sabina yéndose con ella
 hácia el foro.]
 Bien, alhaja! Te has portado! —
 (Las niñas de ahora dan
 en la intriga y la frescura
 quince y falta á las mamás.)

ESCENA VIII.

D. LACTANCIO. DOÑA MARTA. D. GASPAR.

[Doña Marta y D. Gaspar llegan disputando.]

Gaspar. Desde mañana no soy
 tu huésped. Me iré á la fonda.
 Esta es mucha trapisonda.
Marta. Gaspar!
Gaspar. Lo dicho: me voy.
Lact. (Qué haré? Yo me vuelvo loco!)
Marta. Pero!....
Gaspar. Tu casa es el caos.
Marta. Yo!....
Gaspar. No estoy para saraos.
Marta. Ya veo!....
Gaspar. Ni tú tampoco.
Marta. Yo soy más jóven que tú.
Gaspar. Más jóven!
Lact. (Así me deja!)
Gaspar. Querrás decir ménos vieja.
Lact. (Estoy dado á Belcebú!
 Creer semejante bola!....)
Gaspar. Sesenta años tengo.
Marta. Ba!

Gaspar. Diez te llevo; luego ya
 tienes cincuenta á la cola.
Marta. No!
Gaspar. Sí! (La necia!)
Marta. (El jamelgo!)
 Y aunque los tenga ¿qué importa?
 Soy libre, la vida es corta!....
Lact. (Si no la aplaco, me cuelgo!)

ESCENA IX.

DOÑA MARTA. D. GASPAR.

Gaspar. Pon á tu locura tasa.
 Cada domingo recibes!....
 Si por bailes te desvives
 búscalos fuera de casa.
Marta. Si no quiero! ¡Es mucho cuento!....
Gaspar. Ni hay caudal que á tanto baste;
 ni por mucho que se gaste
 se queda con lucimiento.
Marta. Oh! Es mi gusto, y aunque se hunda
 el orbe!....
Gaspar. Es mucho belen!....
Marta. Pues vete á la cama.
Gaspar. ¿Y quién
 duerme con tal baraunda?
 Y no hay sala ni pasillo
 libre de esa bacanal;
 y ni un solo hombre formal
 con quien jugar un tresillo.
 ¿Qué he de hacer yo entre una sarta
 de pollos con ictericia!....
Marta. Los pollos son mi delicia.
 Por algo me llamo Marta.
Gaspar. ¿Posible es que tal idea!....
Marta. Los quiero con fanatismo.
Gaspar. Tan vetusta!
Marta. Por lo mismo.
 Lo que falta se desea.
 ¡Son tan cándidos, tan bellos!....
Gaspar. Sí, pero el que da en ser tonto!....
Marta. Poco he de poder ó pronto
 me caso con uno de ellos.
Gaspar. Mira, Marta, que te expones!....
Marta. Más riesgo corro, de fijo,
 si para consorte elijo
 á un gallo con espolones.
 Quiero un marido bisoño
 que, dócil como la cera,
 con su verde primavera
 alegré mi árido otoño.
 Si el suyo la juventud,
 mi dote será la hacienda,
 y cuando amor no le encienda,
 me querrá por gratitud.
 No temas que yo zozobre
 siendo el pacto igual!....
Gaspar. Sin duda.
Marta. Que si él me saca de viuda

yo le sacaré de pobre.
Gaspar. El pollo, hermana querida,
 á la larga ó á la corta
 se emancipará y.....
Marta. Qué importa?
 Un año de vida es vida.
Gaspar. Bien, si ese es tu gusto, bien!
Marta. Ya hay uno que me hace cocos.
Gaspar. Tú le limpiarás los mocos;
 y á ti las lágrimas ¿quién!
Marta. Hum, qué hombre! No callarás?
Gaspar. Bien, callo. (Qué desatino!)
 Y hasta seré tu padrino
 si te casas: quieres más?
Marta. Gracias.
Gaspar. Y luego sin ruido
 nos separamos.....
Marta. Sí, sí.

[*Asoma D. Pío por la izquierda del
 foro y lentamente se dirige al pros-
 cenio.*]

Vete ahora, que por allí
 viene.....
Gaspar. Quién?
Marta. El consabido.
 [*Viendo que le mira con atencion don
 Gaspar.*]

Qué tal?
Gaspar. (Bien valdrá seis reales.)
 Guapo! (Qué tunda te pierdes!)
 Vaya, abur. (Las viejas verdes
 son furiosos animales.)

ESCENA X.

MARTA. D. PÍO.

[*Marta se sienta.*]

Pío. (Está sola. Qué espero?)
Marta. (Flechado viene á mí.
 Me haré la distraída.)
Pío. (Es vieja y yo gentil
 mancebo; mas sus rentas
 valen un Potosí;
 y la escasa pecunia
 con que vine á Madrid
 dió fondo; y pobre, y huérfano,
 sin un maravedí,
 y con mi inútil fárrago
 de griego y de latin,
 ¿he de volverme pédibus
 andaudo á mi país,
 y allí morirme de hambre
 por no morirme aquí?
 Por huir del hospicio
 ¿agarraré un fusil?)

¿He de vender mi fraque
 hecho por figurín
 para comprar mañana
 una chaqueta gris,
 y ser mozo de cuerda
 ó peon de albañil?)
Marta. (Parece que vacila.....)
Pío. (Más grato porvenir
 el cofre de la vieja
 me brinda. Iré á París.....
 Me abonaré en la ópera.....
 Echaré tilburí.....)
Marta. (Sin duda no me ha visto.)

Pío. [*Acercándose.*]
 (Qué bárbaro desliz!
 Pero..... ¡apechugo!)

[*Acercándose más.*]

Marta!

Marta. [*Fingiendo sorpresa.*]

Ah!
Pío. Tan solita ahí!
Marta. Me cansa ya el bullicio.
Pío. Sí, llegan á aburrir
 la polca y la mazurca,
 la flauta y el violin.
 Yo tambien allá dentro
 me fastidiaba.....

Marta. Sí?
 Tan jóven!.... Cuántos años?
Pío. Dieciocho por Abril.
Marta. ¡Y aburrirse.....

Pío. Ay, señora!
 No estaba usted allí!
Marta. Qué oigo!

Pío. (¡Ya hemos botado
 al agua el bergantín!)
Marta. Echarme á mí de menos
 estando allí Beatriz
 que es tan linda, y Dolores,
 y Juanita Solis,
 y otras veinte.....

Pío. Eh! mozuélas
 sin fundamento y sin.....
 Yo prefiero el talento,
 la experiencia....

Marta. (Ay Dios!)
Pío. Y.....

¿Permite usted.....
Marta. Sí.

Pío. [*Sentándose en el confidente que ocu-
 pa doña Marta.*]

Gracias.
 (Gran Dios, qué trasportin!)
Marta. Mucho me maravilla
 que en edad juvenil
 no guste usted de mozas.....
Pío. No, á fe de Pío Pi.
Marta. (Hasta el nombre es de pollo.)

Pío Pi!.... El lemosin
Pío. es lacónico.
Marta. Cierto.
Pío. Y como yo nací
catalan.....
Marta. Eh! ¿qué importa....
Pío. Soy hijo de Cambrils.—
Dejando digresiones
y volviendo al carril,
nunca de las muchachas
apasionado fui.
Son tan insustanciales!....
(Miente mi lengua vil.)
Tan coquetas, tan falsas....
(Hijas de mi alma!) En fin,
prefiero el celibato
á una consorte así;
que todos las codician....
Y suele ser tan ruin
su gusto, que á un buen mozo
miran con ceño hostil,
y luego se enamoran
de cualquier zarramplin.
Marta. Eso es pensar con juicio.
Ni ¿qué han de producir
las bodas entre niños,
sino disgustos mil?
Si ella es una muñeca
y él un chisgarabis,
¿qué se prometen ambos
de su ilusion febril,
rápida como el vuelo
de alondra ó codorniz?
La discordia doméstica,
peor que la civil.
Pío. Por eso yo, polluelo,
sólo me quiero unir
á una mujer adulta,
cuerda, sagaz, sutil,
prudente, aunque carezca
del prístino matiz....
Marta. Entiendo. Y yo, madura,
ó viuda he de morir,
ó á un Simeon barbado
prefiero un Benjamin.
Pío. Y harto dicen mis ojos
mirando ese perfil....
Marta. Y harto el pudor, teniendo
de color carmesí
mis mejillas, revela....
Pío. (¿Qué pudor...., si es barniz!)
Harto ¡ay! este suspiro
que no puede mentir
declara que la prenda
á quien mi alma rendí
es la que está conmigo,
miserable reptil,
hablando *tête à tête*
en este *vis-à-vis*.
Marta. Pues lo oigo y no me irrita....
Pío. (Eso faltaba!) Di.
Marta. Pollito de mis ojos,

bien puedes inferir
que vida y alma....
Pío. Oh dicha!
Marta. Y hacienda....
Pío. (Ahí está el quid.)
Marta. Marta ofrece amorosa
al dulce Pío Pi.
Pío. Delicia!.... Ambos hinojos
doblando en el tapiz....
[*Se arrodilla.*]
Marta. Tente!
Pío. Nadie nos mira—
te ruego ¡oh Marta!....
Marta. Chit!....
Pío. Que me des esa mano....
(Hum!....)
Marta. Toma, serafín.
Pío. [*La toma.*]
Prenda!.... (Es de pergamino!)
Marta. Y bésala.
Pío. [*La besa.*]
(Ay de mí!)
Marta. No más! Levanta....
[*Se levantan los dos.*]
Pío. ¿Y cuándo
el cura de San Luis
oírá de nuestras bocas
el recíproco sí?
Marta. Pronto. Mi fe lo anhela.
Pío. Marta! me haces feliz.
Marta. Me serás fiel?
Pío. Lo dudas?
Como un perro mastín.
Seré tu humilde siervo,
seré tu maniquí....
Marta. Oh gloria! No me cambio
por una emperatriz.
Pío. Oh Marta!....
Marta. Oh Pío, Pío!....
Pero demos ya fin
á este tierno coloquio,
á esta sabrosa lid;
que mi virtud peligra
si permanezco aquí.
Pío. (Horror!....) Sí, vete, vete.
La mia está en un tris.
Adios! Marta te adora.
Pío. Pío pía por ti.

ESCENA XI.

D. PÍO.

La tirana pobreza
me obliga á sucumbir;
mas ya verá esa crónica

que no es tan aprendiz
como ella lo imagina
el pollo de Cambrils.
Si hoy canto pío, pío,
mañana cantaré quiquiriquí.

ESCENA XII.

D. PÍO. D. QUIRICO.

Quirico. Uf! Yo quisiera bramar,
rugir.....

Pío. Qué tienes, Quirico?

Quirico. Tengo amor.

Pío. Á quién?

Quirico. Á todas.

Mi corazón expansivo
ama á todas las mujeres
de catorce á veinticinco.
Pero ¡ay! todas me desprecian.
¿Estoy yo acaso maldito
del cielo como Caín,
ó llevo en mi cara el tífus,
la peste.....

Pío. ¿Quieres que te hable
como amigo y condiscípulo?

Quirico. Sí.

Pío. Pues tu desgracia viene
de que eres un ente anfibio.....

Quirico. Cómo!

Pío. Con pasiones de hombre
y condiciones de niño.

Quirico. Somos de una edad.....

Pío. Convengo;

mas yo marchó con el siglo.
Yo soy un pollo sensato,
y no audaz é intempestivo
como tú. No esperes, no,
aunque presumas de lindo,
ser feliz con las hermosas
mientras seas tan lampiño
de bolsa como de cara.
Deja crecer tus colmillos....
y espera;—ó sigue mi ejemplo
si no quieres ser ludibrio
y tal vez víctima infausta
de ese sexo fementido.

Quirico. Tu ejemplo! ¿Piensas ser fraile
por ventura?

Pío. No, hijo mio.—

Me caso..... con una vieja.

Quirico. Mengua! baldon!

Pío. Eh!

Quirico. Cinismo!

Pío. Pero...

Quirico. Oprobio!

Pío. Es rica...

Quirico. Escándalo!

Pío. Tonto! Si yo....

Quirico. Aparta!

ESCENA XIII.

D. PÍO. D. QUIRICO. DOÑA MARTA.

Marta. [*Desde el foro.*] Pío!

Pío. [*Á D. Quirico, que no le oye y se sienta en un rincón.*]

Éccola!

Marta. Se va á bailar
el cotillon.

Quirico. (Me horripilo!)

Marta. Y yo para acreditarte
mi amor y mi regocijo
voy á echar mi cuarto á espadas.

[*Le toma del brazo. Las parejas se van colocando para bailar.*]

Ven, ven: bailarás conmigo.

Pío. Con mucho gusto.... (¡Maldita seas!) Vamos..... (Oh martirio!)

[*Se reunen á las otras parejas y principia el cotillon.*]

Quirico. (Qué infame prostitucion!

Preferiria el suicidio....

Oh qué luminosa idea!

Si yo me pegase un tiro

ó me colgase de un árbol,

daria un golpe magnífico.)

[*Continúa meditando en silencio. Doña Marta y D. Pío desaparecen bailando.*]

ESCENA XIV.

D. QUIRICO. D. LACTANCIO. PAREJAS.

Lact. (Nada! No hay apelacion.

[*Se sienta en otro ángulo.*]

Mè desahucia! Qué conflicto!

Se hace eso con un cristiano?

Ingrata! Inicua!.... Dios mio!....)

[*Rompe á llorar.*]

ESCENA XV.

D. QUIRICO. D. LACTANCIO. ADELA.

D. INOCENCIO. PAREJAS.

Adela. [*Sentándose.*]

No, no bailo más.

Inocenc. Adela!

Me siento pues.....

Adela. (Qué fastidio!)

No. Hágame usted el favor
de ir á buscarme el abrigo.
Inocenc. Voy, voy al instante, prenda
de mis ojos, dulce hechizo.....
Adela. Basta.....
Inocenc. [*Con petulancia.*]
Sí; no estamos solos.....

[*Yéndose.*]

La conquisté! Víctor, victor!

ESCENA XVI.

ADELA. D. LACTANCIO. D. QUIRICO.

Adela. (¡Qué fatuo, qué empalagoso,
qué charlatan y qué insípido!
¡Jesus, me ha dado una noche.....
Ya hasta el baile me da hastío.)
Quirico. (Sí, yo me suicidaría.....
si fuese yo otro individuo;
esto es, si yo pudiera
matarme á mí.... y quedar vivo.)
Lact. (Ay! Si no tomo un cordial
me va á dar un parasismo.)
Adela. (Y no parece don Luis!
Se marcharía aburrido.....)
Lact. Siento en los ojos un peso.....
[*Pocos momentos despues se queda
dormido.*]
Quirico. (Celebrarán mi heroismo....;
mas ¿qué vale un triunfo... póstumo
de que no he de ser testigo?)
[*Llega D. Luis con el gaban puesto.*]

ESCENA XVII.

ADELA. D. QUIRICO. D. LACTANCIO.
D. LUIS.

Adela. Ah! Ya viene.
Luis. Aquí tan sola!
Adela. Prescindo del cotillon.
[*Se levanta.*]
Luis. ¿Y qué se hizo el campeon.....
¿Se perdió en la batahola.....
Adela. Ha ido á buscarme el abrigo.
Luis. Cómo! Y usted le ha dejado?
Siento no verla á su lado.
Adela. De véras?
Luis. Soy buen amigo.

[*Siguen hablando en voz baja.*]

Quirico. (Escribiré gacetillas
cáusticas contra ese sexo,
que falso, aleve, complejo.....
me saca de mis casillas.—
Sí, sí, dándoles matraca
mejorará mi fortuna
tal vez..... Discurramos una
recostado en la butaca.)

[*Se recuesta en efecto, y poco despues
se duerme.*]

Luis. Mucho tarda ya el pimpanillo.
Adela. Eh!... Jesus!...
Luis. ¿Se siente usted
mala?

Adela. Ay! Sí, señor.
Luis. De qué?

Adela. De una indigestion de pollo!
Luis. Qué oigo!
Adela. Pequé!—Sí, señor;
lo confieso de buen grado;
mas si grande fué el pecado,
la pena ha sido mayor.
¡Toda una noche cosido
á mis faldas—ay, qué afan!—
con ínfulas de galan
un mono desaborido!
Qué visajes, hum, qué dengues!...
Y su lengua no halla frases
si no habla de los compases
de la polca, ó de merengues.
O si aventura un requiebro
hay que pedirle que calle.—
Muy adamado de talle,
y vacío de cerebro!
Analiza un canesú
con pericia portentosa,
y ya el prendido me glosa,
ya me comenta el fichú.....
Hombre que muestra en su plática
tan insulsa erudicion,
ó no tiene corazon
ó es en dosis homeopática.—
¡Y de los nervios se queja
compungido y turulato,
y hasta de reuma y de flato
como si fuese una vieja!
En fin, don Luis, es tan frio,
tan femenil, tan emplasto,
que dudo ya si ese trasto
es de su sexo, ó del mio.
Luis. No me asustó el Lovelace
por quien usted me dejó,
porque ya esperaba yo,
Adela! ese desenlace.

[*Cesa el cotillon, y todas las parejas
mudas se retiran. D. Inocencio vuelve
cargado con su ropa de abrigo y la
de Adela y se pára sorprendido vién-
dola hablar con D. Luis.*]

ESCENA XVIII.

ADELA. D. LUIS. D. QUIRICO. D. LACTANCIO.
D. INOCENCIO.

Inocenc. (Otra vez don Luis!)

Adela. [*Aparte con D. Luis.*]

Ya viene.

Luis. Un pollo así, aunque ridículo,
es necesario adminículo....

Adela. Eh?

Luis. Por razones de higiene.
Es saludable la danza
para una dama robusta
como usted....

Adela. Ya no me gusta.

¿Será posible!....

Adela. No es chanza.

Luis. ¿Por qué aborrecer tan pronto
ese agradable ejercicio?

Adela. Porque me expone al suplicio
de verme en brazos de un tonto.

Luis. Oh dicha! Ahora bendigo
la riña...., el baile....

Adela. Silencio!

¿Qué hace usted, don Inocencio,
que no me trae el abrigo?

Inocenc. Ay! Respiro.— Voy allá.

[*Dejando su gaban sobre una silla y
disponiéndose á servir á Adela.*]

Permita usted....

Luis. (Zascandil!)

Inocenc. Que en sus hombros de marfil....

Adela. No. Don Luis me lo pondrá.

Luis. Venga.

[*Toma el abrigo y se lo pone á Adela.*]

Inocenc. [*Entre dientes.*]

Es historia! El helado
ántes, ahora el abrigo....

Luis. Qué dice usted?

Inocenc. Nada.... Digo....
que llueve sobre mojado.

Adela. El brazo.

[*Toma el de D. Luis.*]

Inocenc. Y el mio, Adela?

Adela. Uno basta.

Inocenc. Ah! Yo creí....

Luis. ¿Hemos de salir de aquí
bailando la pastorela?

Inocenc. ¡Yo me quedo hecho un petate,
y otro, ay! el brazo te da!

Adela. La polca me apesta ya;
y.... ¿pollos? Ni con tomate!

ESCENA XIX.

D. QUIRICO. D. LACTANCIO. D. INOCENCIO.

Inocenc. Cruel, ingrata, proterva!
Me concede el monopolio
de bailar toda la noche
con ella, y luégo.... Oh bochorno!
Rendido estoy, sofocado....
Me duelen los hipocondrios....

[*Ocupa otra butaca en distinto rincon.*]

Ay!.... Allí duerme Quirico,
y Lactancio hace lo propio.—
Dichosos ellos! Á mí
me quita el sueño el enojo....,
y el hambre!

ESCENA XX.

D. QUIRICO. D. INOCENCIO. D. LACTANCIO.
DOÑA MARTA.

Marta. ¿Dónde estará....
Mas ¿qué hacen esos tres mozos....
Este soliloquio; aquellos
se han dormido como troncos....
Angelitos!.... Y los tres
son amigos de mi novio.
Los protegeré. Yo he sido
siempre amiga de retoños,
y ahora con más razon....

[*Llamando.*]

Pío! Pío!

[*Los dos pollos que dormían, y don
Inocencio que estaba como embelesado,
se levantan rápida y simultáneamente.
Al mismo tiempo llegan por distintos
lados D. Pío y D. Gaspar.*]

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA MARTA. D. PÍO. D. QUIRICO. DON
INOCENCIO. D. LACTANCIO. D. GASPAR.

Quirico. ¿Quién.... Socorro!

Inocenc. Qué es esto?...

Marta. No hay que asustarse.

Lact. ¿Quién...

Pío. Presente!

Inocenc. ¿Qué alboroto...

Marta. Qué instinto de criaturas!

Gaspar. Aun no ha acabado el jolgorio?

Marta. [*Á D. Pío.*]

¡Te llamo, y al Pío, Pío

me rodean cinco pollos!

Gaspar. ¡Protesto, que yo soy gallo.....
(es decir; ya ¡ni uno ni otro!)

Marta. Ah! Gaspar.....

Gaspar. ¡Voto á.....

Marta. Perdona.

Lact. Me he dormido como un tonto.

Quirico. Oh frágil humanidad!
Yo tambien.

Inocenc. Yo no. El estómago....

Marta. Qué os ha pasado, hijos míos?
Todos estais ojerosos,
cariacontecidos, mustios....
Amores tal vez...., sonrojos....,
desaires de esas monuelas
que os torea á su antojo.—
¡Voto á san.... Penas á un lado.
Valor! Quién cómo vosotros?
Yo que os hago más justicia,
tiernos y amables cogollos,
me declaro vuestra llueca
y bajo mi amparo os tomo,
y os cobijo con mis alas,
y si es preciso os adopto.—
¿Cómo no, si en vuestro gremio
he elegido ya un esposo?

Pío. [Mostrándose á sí mismo.]
Pío!

Quirico. Pío!

Lact. Pío!

Inocenc. Pío!

Marta. Sí.
(Todos pían en coro.)

Gaspar. Dadme albricias. Sed partícipes
de su gloria y de mi gozo.—
Dáos todos por convidados
á la boda.

Inocenc. Acepto.

Lact. Otorgo.

Quirico. Admito.

Marta. Y no esperareis
á que el santo matrimonio
nos una para cebarnos
en mi rico refectorio.

Lact. [Aparte con los otros pollos.]
Brava señora!

Inocenc. Es un ángel!

Pío. Favor que tú.....

Quirico. Yo la adoro!

Pío. (¡Ojalá.....)

Quirico. ¡Sólo las viejas
saben amar!

Marta. Por de pronto
todos cenaréis conmigo.

Inocenc. Bien!

Quirico. Sí!

Lact. *Bonus, bona, bonum!*

Gaspar. (¡Que ande suelta esta mujer
habiendo casas de locos!)

Marta. Habrá Champañ.

Inocenc. Oh delicia!

Marta. Manjares apetitosos....

Lact. Bien!

Marta. Y entre ellos os daré.....
Una ensalada de pollos.

Gaspar. (Qué horror! ¡Los quiere obligar
á comerse unos á otros!)

Marta. Dame el brazo, Pío mio.

Pío. [Ahogando un suspiro.]
Toma!

Marta. Seguidme, cachorros.

Quirico. Vamos.—Viva doña Marta!

Inocenc. Viva!

Lact. Viva!

Marta. Poco á poco!—
Pidamos ántes perdon
al respetable auditorio.



POR PODERES,

COMEDIA EN UN ACTO.

Representada por primera vez en Madrid (teatro del Drama) el día 24 de Diciembre de 1851.

PERSONAS.

LAURA.

D. SEVERO.

ELVIRA.

UNA CRIADA.

La escena en Fuencarral. Sala amueblada sin lujo, pero con gusto y aseo.

ESCENA I.

LAURA. ELVIRA.

Elvira. ¿Conque ha habido novedades en mi breve ausencia?

Laura. Oh!....

Ya sabes que, sometida por la pobreza en que estoy, á la última voluntad de mi tío don Melchor.....

Elvira. Sí, el que murió en Puerto-Rico.

Laura. Y viendo que ya veloz se acerca el plazo fatal en que debe nuestra union verificarse, ó la herencia perder el que diga no, á mi primo y coheredero residente en Badajoz escribí que estaba pronta á aceptar la bendicion nupcial.

Elvira. Sí, sí. ¡Testamento ridículo! El testador bien pudo entré ambos sobrinos partir la herencia en cuestion sin la impertinente cláusula de que os casarais los dos.

Laura. No nos hemos visto nunca, y casarnos sin amor ¡es triste! Pero el buen tío, en gracia téngale Dios, ya que fundar mayorazgo las leyes que rigen hoy le vedaban, quiso al ménos

con esa disposicion no sacar de la familia el caudal que acumuló. Yo, Elvira, de buena gana renunciaria un favor que lastima mi amor propio con tan dura condicion; mas, huérfana y atendida desde que papá murió.....

Elvira. Querida Laura!....

Laura. Á una corta

y mal cobrada pension, ¿qué he de hacer sino aceptar.....

Elvira. Sí, sí. Á tu cara de sol, á tus gracias, á tu talle tributan adoracion cuantos te ven y te tratan; mas de tanto adorador para pretender tu mano ninguno alzará la voz.

Laura. Sí, en el siglo de las luces...., fósforos diria yo, la virtud está en la bolsa, si ántes en el corazon; Cupido es un zurupeto que á Mercurio suplantó; la aritmética es su aljaba, su flecha el por cuanto vos...., y amor no es ya un sentimiento, sino una cotizacion.

Elvira. ¿Y el primo te ha respondido desde Extremadura....

Laura. Nò;

desde Madrid.

Elvira. Eso indica.....

Laura. Oye su contestacion.

[*Saca una carta y lee.*]

«Prima y señora: tan luego como á mis manos llegó la de usted, puse mi vida en manos de un postillon, y ya la villa del oso cuenta un nuevo morador. Sobre el negocio pendiente, que tiene más de un bemo, nada digo, porque todo lo dirá por mí el dador. Entiéndase usted con él; que es hombre de honra y de pro, y al efecto exhibirá los poderes que le doy. En tanto, queda de usted muy atento servidor y primo, que sus piés besa, Severo Crespo Moron.»

Elvira. Poco galante es la epístola.

Laura. Digna de quien la escribió.

Elvira. Ya veo que los informes que hemos adquirido son exactos. Si nuestro sexo le inspira tanto terror, no extraño.....

Laura. ¿Y á qué viajar con tal precipitacion? Y ¿por qué desde el Guadiana el heraldo no envió, si al fin por boca de ganso me ha de decir su opinion?

Elvira. Cierto.

Laura. ¡Y quedarse en Madrid cuando en Fuencarral estoy, donde con viento del Sur se puede oír el reloj del Buen-Suceso!....

Elvira. Tal vez venía con intencion de admitir tu blanca mano, y luego se arrepintió.

Laura. Confieso que para mí sería una humillacion sensible.....

Elvira. Laura, los duelos, dice un adagio español, con pan son ménos.

Laura. No obstante.....

Elvira. Y quién es el portador? Dónde está?

Laura. Mientras estábamos en misa, se presentó.

Elvira. Ah!.... Yo te dejé á la puerta.... Te esperaba el buen señor?

Laura. Dejó con la credencial su tarjeta de charol, y dijo á Ines que esperaba en el nuevo parador mis órdenes.—Yo, creyendo

que era de mi obligacion el ofrecerle esta casa, aunque su dueña no soy.....

Elvira. ¿Cómo se entiende! Y muy dueña.

Laura. Elvira!.... Sin detencion se lo he mandado á decir.....

Elvira. Muy bien; y el embajador ¿acepta.....

Laura. No; se ha excusado.....

Elvira. Será tal vez tan huron y tan crespo como el otro.

Laura. Es probable, porque Dios los cria, y ellos se juntan.

Elvira. ¿Tendremos pronto el honor de recibir su visita?

Laura. Si mi permiso le doy dice que vendrá á las doce.

Elvira. Pues ¿qué haces? Al tocador! Sólo faltan seis minutos.

Laura. Para recibir un nó bien estoy de cualquier modo.

Elvira. Creo que con más razon debes esperar un sí.

Laura. Y si el sí fuera peor?

Elvira. Quizá!—Pero nada pierdes con hacer grata impresion en el plenipotenciario.

Laura. Bien; por darte gusto.....

Elvira. [*Entre dientes.*] Y por.....

Laura. Qué dices?

Elvira. Nada. Aquí quedo para recibirle yo si viene ántes que te avies.

Laura. No; yo me visto al vapor.

ESCENA II.

ELVIRA.

¡Vaya un tio extravagante, sandio y necio! Sí por cierto. ¡Verse Laura por un muerto en conflicto semejante!— ¿Y el otro, que la sujeta, por capricho ó por desden, á tratar con.... no sé quién.... Ah! lo dirá esta tarjeta.

[*La toma de sobre un velador y la lee.*]

Dice: «El General Abdon Senen Velez de Guevara.»

¡Oh, el que está nombrado para la revista de inspeccion!

Sí, él es! Nos hemos lucido!

¡Y teniendo á su cuidado este canton, se ha ausentado sin licencia mi marido!

Aun tardará cuatro dias.....

Sabrás el general que soy su mujer.... Qué hago?.... Yo voy á pasar mil agonías.

Sí le digo que está enfermo,

y quiere verle..... No, no!
 Pero..... ¡Bien me estaba yo
 sin semejante estafermo!
 Con sus marciales instintos
 ¿cómo aplacarle..... Ya, ya!....
 ¿Así ceta, exclamará,
 el depósito de quintos?
 No valdrán ruegos, ni amañes.
 ¡Mandar una compañía,
 y..... Libra bien si le envía
 á un castillo por dos años.
 Si yo algun medio encontrara.....
 Ah, qué idea!.... No se han visto
 nunca.....

[*Suena una campanilla.*]

Lllaman..... Jesucristo!...
 Ah! Me taparé la cara.

ESCENA III.

ELVIRA. D. SEVERO.

[*Elvira se sienta y se aplica el pañuelo á la cara como si adoleciese de alguna fluxion.*]

Severo. Señora, á los piés de usted.

Elvira. Servidora.

Severo. Inoportuna
 es acaso mi visita.

Elvira. No. Siéntese usted.

Severo. [*Sentándose.*] (¿Qué pupas
 cubrirá....) ¿Es erisipela—
 perdone usted la pregunta—
 lo que.....

Elvira. No; un flemon.

Severo. Lo siento.

Elvira. Gracias.

Severo. (Será la futura?)
 ¿Es la señorita Laura
 con quien tengo la fortuna
 de hablar?

Elvira. No. Saldrá al momento.
 Yo soy Elvira de Acuña, *
 su amiga.

Severo. Ah! La capitana.

Elvira. Muy servidora y muy súbdita
 de usted.

Severo. Mi jurisdiccion
 sobre el bello sexo es nula.

Elvira. (Pienso que sí.)

Severo. Y si he de hablar
 con franqueza, no me gustan
 los oficiales casados.

Elvira. Cómo!....

Severo. Es difícil que cumplan
 con su deber.

Elvira. (Ay Dios mio!)

Severo. Los distraen, los ocupan
 demasiado las domésticas
 atenciones; dificultan

alojamientos y marchas
 por los trastos que acumulan
 y los bagajes que piden;
 la disciplina se turba
 y el ardor marcial se entibia
 con los chismes y disputas
 y embarazos y etiquetas
 que donde hay faldas pululan.
 Ya una mujer por sí sola
 es carga, y grave, y mayúscula.....
 Mi general!....

Elvira.

Severo.

¡Y ahí es nada
 si la mujer es fecunda!
 La lactancia, la papilla,
 la dentición, la vacuna,
 los pañales, la alhucema,
 la alfombrilla, la lechuga
 del ama y su canturía
 insoportable, y la cuna,
 tran, tran..... y el cachorro ¡llora
 que llora, chupa que chupa!....
 y otra vez mamá con síntomas
 de..... Santo cielo, qué angustia!

Elvira.

Aunque un poco exagerada
 es chistosa la pintura;
 pero dirigida á mí
 tiene sus visos de injuria.
 Nada de eso. Yo hablo en tésis
 general.....

Elvira.

Usted sin duda
 es soltero.

Severo.

Sí, señora,
 y si no se me trabuca
 el juicio, de estado honesto
 bajaré á la sepultura.

Elvira.

Severo.

Elvira.

Por qué?
 Porque un hombre que disfruta
 tan buen sueldo, dejaria
 bien pensionada á su viuda.

Severo.

Señora, ese cumplimiento
 tiene sus visos de pulla.

Elvira.

No. (Donde las dan las toman.)

Severo.

[*Para sí.*]
 Hum!.... Qué tal? Todas son unas.
 Ellas no aman, no, señor:
 fingen, mienten, especulan.....

Elvira.

No hay tal cosa. (Es un leopardo.)
 Podrán merecer algunas
 esa calificación;
 no lo niego; pero hay muchas.....
 Y ¡qué! ¿siempre sobrevive
 la mujer en la coyunda
 de Himeneo? Hombre hay capaz
 de pasar á cuartas nupcias.....

Severo.

Elvira.

Después de haber sido
 verdugo de tres difuntas.

Severo.

Elvira.

Severo.

Elvira.

Oiga! Yo no soy verdugo.

Supongo.....

Usted me calumnia.

Hablo en tésis general.

Severo. Ya. (La capitana es chusca.)
 Pero tanto como el título
 de verdugo me repugna
 el de víctima.

Elvira. Se entiende.
 (No hay justicia, ni en la curia,
 si no lo eres algun día.)

Severo. Mucho tarda la presunta
 heredera.

Elvira. Iré á llamarla.

Severo. No, no. Nadie nos apura.—
 Y el capitan?

Elvira. (Virgen madre!)
 Ahora está con los reclutas....
 Como ignora la venida
 de usted....

Severo. Sí; tenerla oculta
 me conviene por ahora.

Elvira. Á él también?

Severo. No.

Elvira. (Pese á Júdas!)

Severo. Mándele usted á llamar.

Elvira. Bien. (Tiemblo!)

Severo. Y luégo que cumpla
 la comision que á esta casa
 me ha traído, (es peliaguda!)
 daré al capitan mis órdenes.

Elvira. (Amor, protege mi industria.)
 [Levantándose y mirando adentro.
 D. Severo se levanta también.]

Laura viene. Déme usted
 su permiso; que me punza
 el flemon....

Severo. Eso no es nada.
 Se aplica usted á la nuca—
 una cantárida....

Elvira. Estimo....
 [Hace una salutacion muda y sale al
 encuentro de Laura, con quien habla
 aparte.]

Ay, Laura!

Laura. Qué?

Elvira. Es una furia....
 ¿Y sabes..... Pero nos mira.
 Adios.

Severo. [Mirando á Laura.]
 Linda criatura!

ESCENA IV.

LAURA. D. SEVERO.

Severo. Saludo á usted, señorita.

Laura. Bien venido, caballero.
 (No me parece tan fiero....)

[Se sienta, y obedeciendo á un ademán
 de Laura hace lo mismo D. Severo.]

Mucho me honra esta visita.

Severo. La honra es mia... (Hum, que si quieres!)

Laura. Mi primo ha sido discreto
 cuando á tan digno sujeto
 ha fiado sus poderes.

Severo. (Tanto agasajo me escama.)
 Yo, señorita....

Laura. Él me da
 á conocer á quien ya
 conocia por la fama.

Severo. La mia.... (Qué ojos me flecha!
 Temo que el alma me roben.)

Laura. Ya general, y tan jóven!

Severo. La gloria no tiene fecha.
 (Yo no sé lo que me digo.)
 No es decir que esté infatuado....
 Mas dejemos eso á un lado
 y tratemos de mi amigo.

Laura. Su amigo de usted....

Severo. Eh?

Laura. Pudo
 haber sido más galante.

Severo. Es un poco extravagante
 con puntas de testarudo.

Laura. Tal conducta no le abona.

Severo. Quizá sus razones tiene....

Laura. Flojas serán, pues no viene
 á dármelas en persona.
 ¿Piensa que no le está bien
 el visitarme?

Severo. Qué error!
 No.—Tal vez sea temor
 lo que usted juzga desden.

Laura. ¿Temor, y siendo parientes,
 y de una débil mujer?....
 Usted ya ha podido ver
 que no me cómo á las gentes.

Severo. No es eso. El dice: es muy linda....

Laura. Ya ve usted cómo se engaña.

Severo. Ah! no.—Y teme...

Laura. ¿Cosa extraña....

Severo. Que tanto hechizo le rinda.

Laura. Dado que yo fuese bella,
 uniéndose con la mia
 su mano, eso más tendria
 que agradecer á su estrella.

Severo. (Alerta, qué es muy astuta.)

Laura. Quisiérame fea?

Severo. Oh! no.—
 Sin embargo.... ¿Qué sé yo....
 Sobre gustos no hay disputa.

Laura. Sí; en eso no hay formulario....
 Vamos pues á la cuestion
 y exponga usted su mision,
 señor plenipotenciario.—
 Aunque veo por las trazas
 que será el punto final
 cierto insulso vegetal....

Severo. Sí, señora; calabazas.

Laura. Bueno; me resignaré....

Severo. Poco á poco!

Laura. No le obligo....

Severo. No quiere darlas mi amigo,

sino que usted se las dé.
Laura. Aunque quizá las merece mi humilde labio no piensa, hacerle tan grave ofensa.
Severo. No?
Laura. No; y me estoy en mis trece.
Severo. Es boda absurda, y barrunto que á los dos ha de pesar.
Laura. Mas debemos respetar la voluntad del difunto.
Severo. Oh! Digamos llana y lisa la verdad.
Laura. Yo hablo en conciencia.
Severo. Si no mediase la herencia, sería usted tan sumisa?
Laura. Y aunque á él y á mí nos dé tedio cosa de tan baja laya, ¿podemos excusar que haya una herencia de por medio?
Severo. No esquite usted la cuestion. No mediando ese dinero, ¿diria usted el sí quiero con tanta resolucion?
Laura. ¿Quién sabe.... Él es muy galan., dicen.
Severo. ¡Pche....
Laura. Tiene defectos, pero los hombres perfectos ¿tanto abundan? Dónde están?— Que tiene formada oi triste opinion....
Severo. Oh! no es bobo.
Laura. De las mujeres en globo, y en particular de mí.
Severo. ¡Y tragándose la bñlis acepta usted sin embargo....
Laura. Ahí verá usted!
Severo. Mundo amargo!....
Laura. La herencia! Ahí está el busilis.
Laura. Falso es el cargo y cruel, digno de Anás ó Caifas.
Severo. Si....
Laura. Yo pruebo que soy más desinteresada que él.
Severo. ¿Cómo....
Laura. Pues optar decido por el yugo de Himeneo, claro es que partir deseo la herencia con mi marido; y él, queriendo que á la boda renuncie yo exasperada, tira á dejarme sin nada para llevársela toda.
Severo. (Tiene razon, vive Dios!) No es sólo por el caudal....
Laura. El suyo hace desigual la contienda entre los dos.
Severo. ¡Cómo....
Laura. Es rico, si son ciertas mis noticias....
Severo. Eh!....
Laura. Y yo no.
 Él poco aventura, y yo

me voy á quedar por puertas.
Severo. (Dice bien.... Y qué preciosa!.... Pero es serio el matrimonio!....) Cierto, con buen patrimonio puede elegir una esposa.... Por lo mismo no quisiera que otro se la adjudicase. Bueno es que un hombre se case, pero no de esa manera.— Por otra parte, yo opino que plantarla á usted sería una insigne grosería y un garrafal desatino.
Laura. Me servirá de consuelo la buena opinion de usted.
Severo. Yo.... Él ve en todas una red....
Laura. Y qué ve usted?
Severo. Yo.... un anzuelo.
Laura. En mí tambien?
Severo. ¿Qué sé yo!
Laura. Ya no aboga usted por mí?
Severo. Mis ojos dicen que sí; mi razon dice que no.
Laura. De ese discurso galante ¿qué debo inferir?
Severo. Señora....
Laura. Mas aunque usted quiere ahora parecer recalcitrante, hay cierto lenguaje mudo que anuncia á nuestro pesar.... Pienso que hemos de acabar por entendernos.
Severo. Lo dudo.
Laura. Sí? ¿Tan mal casamentero es usted?
Severo. Que si lo soy?
 En lo hurao y brusco doy quince y falta á don Severo. ¡Yo mi frente sujetar, despues de tantas batallas.... Oh! ya ha de tener agallas la que me lleve al altar.
Laura. ¡Ay, que de un dardo certero ningun corazon se libra!
Severo. Ba!
Laura. Y los hombres de más fibra son los que caen primero. Hércules, con ser tan brava su condicion, rucua y huso tomó de Onfale y depuso á sus piés la ruda clava.
Severo. Fábulas!
Laura. Mas siendo tal mi juez, yo, víctima inerme, ¿cómo puedo prometerme que el fallo sea imparcial?
Severo. Oh! sí, sí.
Laura. Tal vez sería más indulgente mi primo, más dulce....
Severo. Como un racimo de agraz.
Laura. Soy yo alguna arpía?

Severo. No; bella, amable, discreta;
pero le han dicho—será
calumnia—que es usted..... Ah!

Laura. Qué?

Severo. Algo.....

Laura. Vaya!

Severo. Algo coqueta.

Laura. [*Riéndose.*]

Ja, ja, ja.....

Severo. [*Para sí.*] Y se rie! Bravo!

Laura. Algo hay de verdad en eso:
coqueta soy, lo confieso;
pero.....

Severo. La frescura alabo!

Laura. Pero vamos á razones,
general, y sea el diablo
sordo. Coqueta es vocablo
que tiene dos acepciones.
Hay coquetas que, por ciego
orgullo ó loca ambicion,
cautivan un corazon
para desgarrarle luégo;
que quieren fama de bellas
adquirir á todo trance
y arman cada dia un lance
sólo porque se hable de ellas;
que se envanecen, se halagan
con las almas que corrompen,
con los vínculos que rompen
y las fortunas que tragan;
coquetas, en fin, que el hombre
suele llamar de ese modo
porque es más culto el apodo
que su verdadero nombre.
Ni esa es, general, mi esfera,
ni envidia su infame culto,....
ni me hará usted el insulto
de imaginarlo siquiera.

Severo. Oh, jamás!

Laura. Pero tambien
coquetería se llama
el arte con que una dama
usa cierto ten con ten.....

Severo. Cómo?...

Laura. Ese tira y afloja
á que el hombre nos precisa;
que si cedemos, nos pisa;
si resistimos, se enoja.
Nuestra mision en la tierra
es agradar al tirano
que nos sojuzga inhumano:
quien piense otra cosa, yerra.
Hasta al misero mortal
que miramos con desden
queremos parecer bien,
cuando le tratamos mal.
Es don al sexo inherente,
y la que en este sentido
ose decir yo no he sido,
yo no soy coqueta, miente.
A falta de iniciativa,
porque el hombre la usurpó,

el cielo esta arma nos dió
ofensiva y defensiva.

Ya con siervos, ya con amos,
ya con lloros, ya con mimos,
callamos lo que sentimos,
decimos lo que callamos.—
Y aquí no hay contradiccion,
aunque al parecer la pinto:
es un hecho, es un instinto....,
y quizá una obligacion.

De amor que goza y no lidia,
cerca está la saciedad;

que no es goce en realidad
el que nadie nos envidia.—

Y ustedes ¿no son volubles?

¿Son para el hombre proteo
ni de amor ni de himeneo
los lazos indisolubles?

Miéntras la vara se tuerza
siempre contra la mujer,

¿no será justo oponer
la astucia contra la fuerza?

Si á nosotras nos sugiere
un poco de veleidad

la triste necesidad....,

ó el cálculo, si se quiere,

tal vez por vicio y por gala
nos seduce el hombre fuerte,

y despues que nos pervierte
nos envía noramala;

y pues, falso en sus lisonjas
cuanto severo en sus fallos,

allá inventó los serrallos

y aquí suprime las monjas,
no se queje de las tretas

con que amargamos sus gustos;
no sean ellos injustos,

y ellas no serán coquetas.

Severo. Oh, Laura, adorable Laura!

Ese acento me suspende,

ese sonreir me prende,
ese mirar me restaura.

¿Quién ya con tal defensora
hará al bello sexo agravio?

¿Á quién no persuade un labio
que tanta sal atesora?

Criaturas hechiceras!....

Desde hoy mi lema será
el de Inglaterra: *honni soit
qui mal y pense!*

Laura. Ah! De véras?

[*Llega una criada, entrega un billete
á Laura y se retira. Laura y don
Severo se levantan.*]

Severo. Sí! (Carta? Malo me he puesto!)

Laura. Con permiso.....

Severo. Usted lo tiene.

[*Laura abre la carta y la lee para sí.*]

(Billetito de algun nene,

¡y yo....)

Laura. (De Elvira! Qué es esto?)
Severo. (En una tabla me salvo.)
Laura. (Es idea singular!)
Severo. (No, no quiero emparentar con Lucio Cornelio Balbo.)
Laura. [Guardando la carta.]
 Prosiga usted: me deleito en verle menos huraño.
Severo. (Pérfida!)
Laura. Si no me engaño, tengo ya ganado el pleito.
Severo. Yo... hablaba por mí... (ah mujeres!) de mi mision olvidado: ahora como apoderado....
Laura. Válgate Dios por poderes! (Juzgo, al ver tales extremos, que dos suenan y uno son don Severo y don Abdon.) Hable usted pues y acabemos.
Severo. Á no obrar Dios un prodigio, segun discurro y discierno, sería, Laura, un infierno el matrimonio en litigio. Fulmine usted la sentencia, un nó confunda á mi amigo, y él dota á usted, yo testigo, con la mitad de la herencia.
Laura. Se falsea de ese modo la voluntad del difunto.
Severo. Ya se arreglará el asunto; que bulas hay para todo.
Laura. Yo no doblo mi cerviz.
Severo. ¡Si es él....
Laura. Nada; no transijo.
Severo. ¿Tendrá usted el regocijo de hacer á un hombre infeliz?
Laura. Si tiene tal vocacion, lo será sin mí y conmigo.
Severo. Bien, á que acepte me obligo; mas con una condicion.
Laura. Cuál?
Severo. Que sea para ustedes pro fórmula el casamiento, y no habiten ni un momento entre unas mismas paredes.
Laura. Obrando así, me excomulgo yo á mí misma. No. Qué horror!
Severo. Oh!....
Laura. ¿Quiere usted que mi honor sea fábula del vulgo?
Severo. Bien! Él no dirá que no; mas cogerá la mochila y se largará á Manila....
Laura. Sí?
Severo. Poco he dicho. Á Joló!
Laura. Lindo! Y yo al Norte y al Sur le seguiré esposa fiel.
Severo. Bien está. Yo.... Es decir, él.... Tú.... (No puedo más!) Abur.

ESCENA V.

LAURA.

Qué mosca lleva!.... No hay duda: el general es apócrifo y el primo Crespo Moron embajador de sí propio.— Y á fe que no me disgusta. Aunque suspicaz é indómito, es hombre de corazon, y una vez domado el potro.... Volverá?... Tascaba el freno, mas yo leia en sus ojos mi triunfo, y harto será que se aferre en el divorcio.

[Aparece en el umbral D. Severo.]

Pero Elvira.... Iré á decirla....

[Al salir ve á D. Severo y se detiene.]

Ah!....

ESCENA VI.

LAURA. D. SEVERO.

Severo. Verá usted con asombro mi vuelta....
Laura. [Sonriéndose.] No; la esperaba, aunque en verdad no tan pronto.— Sentémonos otra vez,
 [Se sientan los dos, y Laura revuelve un costurero que tendrá á su inmediacion.]
 y pues va largo el negocio, permita usted....
Severo. Oh! sí, sí.
Laura. Hable usted mientras yo bordo.
Severo. Usted dirá que soy débil....
Laura. Oh! no tal.
Severo. Pero ¡me tomo tanto interes por mi amigo don Severo....
Laura. Por él sólo?
Severo. Y tambien por usted, Laura.
Laura. Sí? Gracias.
Severo. (No me conozco!)
Laura. Yo tambien le voy cobrando á usted.... así.... cierta....
Severo. Cómo?
Laura. Cierta ley.
Severo. Mucho agradezco.... (Vamos, va á volverme loco.) De consejo muda el sabio, dice un proverbio.
Laura. Es notorio; y por mi bien y el de Crespo usted vendrá, lo supongo, á decirme en nombre de él

Severo. que ha lugar al matrimonio.
Laura. No, señora. (Haré otra prueba bajo el velo del seudónimo.)
Severo. Es posible!.... Pues lo siento. Pero, á falta de un consorcio que haria á los dos tal vez infelices, será todo de usted el medio millon del que está en el purgatorio.
Laura. Vuelvo á decir que lo siento.
Severo. Ya; padece el amor propio.....
Laura. Sí; que es muy cruel un nó, y de oírle me abochorno.
Severo. Pero él sale peor librado, que medio millon no es moco de pavo.
Laura. Un nó...., y por poderes!— Ya no es contra él mi enojo, sino contra usted.
Severo. Oh Laura!....
Laura. Pues ¿á quién debo este oprobio no merecido, esta afrenta, sino á usted? ¿Tan fiero monstruo soy yo, que deba su mano rescatar á fuerza de oro aquel á quien yo nó niego la mia?
Severo. Podrá haber otros que hagan justicia.... (me turbo) al mérito de ese rostro.... (Me pierdo!)
Laura. No aspiro yo á que hagan grandes encomios de mí; mas ¿qué fundamento tiene usted para ese voto atroz?
Severo. ¿Qué sé yo.... Usted misma, hará seis minutos ú ocho, dijo que era.... algo coqueta.
Laura. Mas lo expliqué de tal modo, que en vez de reconvenciones usted me llenó de elogios. Lógica, mi general!
Severo. (Ah! Cuando el amor fué lógico?)
Laura. Y áun aquella explicacion franca y sencilla fué el colmo de la bondad.
Severo. Señorita!
Laura. Con silencio desdeñoso debí sólo responder á tal interrogatorio.
Severo. Cierto....
Laura. ¿Será muy coqueta, aquí para entre nosotros, la que voluntariamente se eclipsa en este villorrio?
Severo. No obstante.... aquí hay estafeta...
Laura. Ah! la carta.... Á los celosos los dedos se les antojan huéspedes.
Severo. Eh, poco á poco!
Laura. Celoso....
Laura. Sí;.... por poderes.

(Ya da lástima este mozo.)
 No he mostrado ya la carta, porque guardar me propongo un secreto.... que no es mio.
Severo. Bien; la creo á usted é imploro su perdon....
Laura. Me falta seda....
 [Vuelve á registrar el costurero.]
 No se hable más.... Le perdono á usted.
 [Saca una madeja de seda, y la va preparando para devanarla.]
Severo. Oh divina boca!
Laura. ¿Me dice usté ese piropo de su cuenta,.... ó por poderes?
Severo. ¿Acaso soy yo algun tronco insensible?
Laura. Esta madeja....
 No podré.... ¿Dónde la pongo....
Severo. Mis brazos, si tanta dicha merecen, dulce pimpollo, sirvan de devanadera.
Laura. ¡Yo emplear brazos heroicos en labores femeniles!
Severo. No importa. Hércules famoso hiló en la rueca de Onfale.
Laura. Aplico, pues, el apólogo.
 [Coloca la madeja en las muñecas de D. Severo, y la va devanando.]
Severo. Pero ¡sea por completo!
Laura. No entiendo....
Severo. Aquel episodio en algo paró; por algo hilaba Hércules el copo.
Laura. Fábulas!
Severo. Duéclase usted de este pobre preso....
Laura. ¿Qué oigo!
Severo. Que ántes que en esta madeja ya lo estaba en esos ojos.
Laura. Juicio!, ó no devano más.
Severo. Ah! déjeme usted que absorto contemple tantos hechizos, tantas....
Laura. Ve usted? Ya se ha roto el hilo....
Severo. Y mi vida ¡oh Laura! tiene usted pendiente de otro.
Laura. ¡Chito.... ¡Buen uso hace usted de sus poderes!
Severo. Es que.... obro de mi cuenta.
Laura. ¿Y qué dirá don Severo?
Severo. Nada. Somos uña y carne.
 [Arrodillándose.]
 Acepte usted este corazon que postro

Laura. á sus piés.....
Laura. ¡Quieto.....
Severo. Diga usted otorgo,
 y mi alma!..
Laura. Eh! Qué he de otorgar?
Severo. Un sí, y mi mano de esposo.....
Laura. ¿Y si este fuera un ardíd
 para.....
Severo. No; te amo..., te adoro....
Laura. Qué! ¿soy yo letra de cambio
 que con un páguese al dorso
 pasa de una mano á otra?
Severo. No. Yo explicaré.....
Laura. ¿Qué embrollo
 es este?
Elvira. [Á la puerta en traje de capitán.]
 Mi general.....
Laura. [Levantándose.]
 Ah!
Severo. ¿Quién.....
Laura. [Haciéndole levantarse.]
 Alce usted, demonio!

ESCENA ÚLTIMA.

LAURA. D. SEVERO. ELVIRA.

Elvira. Si vucencia me permite.....
 (Tiemblo!)
Severo. Adelante.
Elvira. No sé
 si será algo intempestiva
 mi visita.....
Severo. (Hum!) No.
Elvira. Es deber
 mio.....
Severo. (Quitarte de en medio.)
 Gracias.
Laura. (No sé si podré
 tener la risa.....) Mi amigo
 el capitán don Miguel
 Ayala.....
Elvira. Que ofrece á ucencia
 sus respetos.....
Severo. Deje usted
 tratamientos.....
Elvira. Y pide órdenes.....
Severo. Por ahora no es menester.....
 Quiero guardar el incógnito.
Elvira. Respeto.....
Severo. Supongo que....
 Eh? ¿La tropa.....
Elvira. Buena gente.
Severo. Por lo que hace al pan y prest.....
Elvira. Puntual.
Severo. Y la disciplina.....

IV.

Elvira. Rigorosa.
Severo. (Algo novel
 me parece el capitán.)
Elvira. (Lo echamos todo á perder
 si entra en materia.)
Severo. (Jurara
 que se miran Laura y él
 con cierta.....) Bien, bien. Por hoy
 basta. Usted tendrá que hacer.....
Elvira. No, señor.
Severo. No obstante... (Es mosca!)
 Usted no sabrá tal vez
 que madama está indispueta.....
Elvira. Quién? Laura?—Ah! sí, mi mujer.
Severo. Se quejaba de un flemon.....
Elvira. Cierto.
Severo. (Otra mirada!) Pues.
Elvira. Va mejor. Se ha recogido.
Severo. Entónces.... (¿Cómo sabré.....)

[Á Laura.]

Si usted permite, quisiera
 escribir.....
Laura. Allí hay papel
 y tintero.
 [Le indica una mesa que habrá en la
 sala con recado de escribir. Encima
 habrá un espejo.]
Severo. Gracias. Cuatro
 renglones..... (Observaré.)
 [Se sienta á la mesa y figura escribir.]
Elvira. [Aparte con Laura.]
 Qué tal?
Laura. Vengo.
Elvira. ¿Y yo...
Laura. No temas.
Severo. (Secreticos!)
Laura. Ya ese tren
 es inútil.
Elvira. Cómo?....
Severo. (Me aspo!)
Laura. No es tan fiero.....
Severo. (Sudo pez!)
Laura. El leon como le pintan.
Elvira. [Abrazando á Laura.]
 Ah!....
Laura. Tente!...
Severo. [Levantándose.] Voto á Luzbel!....
Laura. [En voz baja con Elvira.]
 Nos miraba!
Elvira. Ay! El espejo!....
Severo. No me queda más qué ver!
Laura. Qué le ha dado á usted?
Severo. Traidora!
Laura. Traidora? Cómo? Con quién?

14

Severo. Con don Severo y conmigo
y con Dios y con el rey.
Laura. Está usted loco?
Severo. Lo fui
dando á tus palabras fe.
Laura. Mas ¿qué culpa.....
Severo. Las paredes
oyen, los espejos ven.
Laura. Ah!....
Severo. Guñaditas, secretos....
Laura. Usted ve visiones.
Severo. Eh?
Y el abrazo? Voto á briós!....
Laura. Bagatela!
Elvira. Un parabien
de mi sencilla amistad....
Severo. Este es todo el interes
que le inspira á usted la pobre
que está para dar la piel....
Elvira. Pero si....
Severo. ¡Con un flemon
tamaño como una nuez....
Oh siglo!
Laura. Las apariencias
nos condenan, bien lo sé;
pero ni somos culpables....
Severo. Oh!
Laura. Ni es usted nuestro juez.
Severo. No? Usted verá si lo soy.
Por de pronto, escribiré
á mi amigo don Severo....
Laura. Que decrete el nó cruel?
El mio irá por delante.
Severo. Cómo!....
Laura. Y con mucho placer;
que no quiero yo un marido
tan huron, tan somaten.
Severo. Veremos quién de los dos
pierde más.
Laura. Claro está: él.
No se halla así como quiera
ni merece su merced
una mujer como yo.
Severo. Señor!, ¿hay justicia, hay ley
para esto? (Y ya la amaba!)
¡Tender alevosa red
á un corazon que se rinde....
Laura. [Sonriéndose y *Elvira* tambien.]
Por poderes.
Severo. Y despues
burlar.... ¡Y áun se está riendo
la inicua!
[*Á Elvira.*]
Y usted tambien!
Elvira. ¡Mi general....
Severo. Insolente!
Elvira. Yo....
Severo. Vaya usted al cuartel
arrestado.
Laura. No irá.
Severo. ¡Cómo....

Laura. [*Á Elvira.*]
Insubordínese usted!
Severo. ¿Qué oigo!
Laura. Me agravia, me insulta.
Defiéndame usted á fuer
de caballero.
Elvira. Sí tal.
Este pecho es tu broquel,
ángel bello, y si no fuese
rémora á mis iras....
Severo. Qué?
Elvira. La disciplina....
Severo. Eh! ¿Quién piensa
en eso cuando la hiel
rebosa.... Ahora soy un hombre,
nada más. Si usted lo es....
Elvira. (Ay, Dios!....)
Severo. Pruébelo lidiando;
no importa dónde y con quién.
Elvira. Pues bien.... (qué va á ser de mí,
santo Dios!) Sí, lidiaré....
[*Laura*, á quien *Elvira* consulta con
la vista, la anima por señas.]
Severo. Armas?
Elvira. ¿Armas....
Severo. Sí.
Elvira. (Me anima
Laura.... Siga el entremes.)
Pistolas.
Laura. Valor!
Severo. Corriente.
Á veinte pasos?
Elvira. No; á seis.
Severo. Al campo!
Elvira. Al campo!...
[*Suena dentro una descarga.*]
Ay!.. Yo muero.
[*Cae desmayada en un sofá.*]
Laura. ¡Los quintos.... ¡Mal haya....
Severo. Bien!
Laura. Socorro!....
[*Acude á socorrer á Elvira.*]
Severo. Bravo caudillo!
Coronemos de laurel
su frente.
Laura. [*Á la criada que acude.*]
Agua!
[*Vase la criada y vuelve luego con
agua.*]
Severo. ¡Tantos fieros
para.... Héroes de café! —
Pero acudo á socorrerle;

que no quita lo cortés
á lo valiente.

[Acercándose.]

Respira?

Laura. No.

Severo. Le desabrocharé.....

[Va á hacerlo.]

Laura. Quieto! Usted no!

[Desprende á Elvira uno ó dos botones.]

Severo. Y usted sí!

Laura. Ya vuelve.

Severo. Oh desfachatez!

Oh infamia!....

Laura. ¿Aun no ha conocido
usted que es una mujer?

Severo. Cielos!

Elvira. [Recobrándose.]

Ah!

Laura. [Acercando á la boca de Elvira un
vaso con agua.]

Bebe.

Severo. En efecto,
esas formas, esa tez.....
(Necio de mí!)

Elvira. Laura mia!

Laura. Te pondremos en la sien.....

Elvira. Nada, nada. Ya pasó....

[La criada se retira.]

Severo. Hizo tan bien su papel!....

Laura. Mucho! Aun lleva en las orejas
sus pendientes de *doublé*.

Elvira. [Tentándose uno.]

Ay! Sí!

Severo. Y es verdad! Hoy tengo
los sentidos al revés.—

Pero su disfraz.....

Laura. Es hijo

de un afecto puro, fiel,
entrañable; y aquí hay otro
que muestra inicua doblez,

alevoso espionaje.....

Severo. Ah, no más! Caigo á tus pies,

[Se arrodilla.]

y arrepentido.....

Elvira. Qué es esto?

Laura. Que tan general es él
como tú eres capitán.

Severo. No culpes mi proceder,
oh prima!....

Elvira. Es Crespo Moron!

Severo. Pues piedra de toque fué
que sublimando tu mérito
domó mi ruda altivez.

Laura. Bien; alce usted.....

Severo. No es posible
sin que una mano me des
que me ayude.....

Laura. [Á Elvira.] Qué hago?

Elvira. Dásela.

Severo. Esperándola estaré
de rodillas hasta que eche
raíces como el ciprés.

Laura. [Dándole la mano.]

Vaya!

Severo. [Levantándose y besando la mano de
Laura.]

Oh delicia!.... Supongo
que es mano de esposa: eh?

Laura. Sea. El muerto lo dispuso....,
y bien la ha ganado usted.

Severo. De hoy más á capa y espada,
si las injuriaba ayer,
defenderé á las mujeres.

Laura. [Riéndose.]

Á las coquetas también?

Severo. Si son como tú, alma mia,
digo que son honra y prez
de su sexo.....

Laura. Oh, gracias!

Elvira. Gracias!...

Severo. Y un altar las pondré,
y se batirá conmigo
el que no dijere: amén!



LA ESCUELA DEL MATRIMONIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en Madrid (teatro del Drama) el día 14 de Enero de 1852.

PERSONAS.

LUISA.	D. EUSEBIO.
LA CONDESA.	EL CONDE.
MICAELA.	EL BARON.
CARLOTA.	D. LUCIANO.
EL GENERAL.	D. FEDERICO.

MARTIN.

DAMAS.—CABALLEROS.—CRIADOS.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Luisa. La puerta principal, á la derecha del actor: otra en el foro: un balcon en los bastidores de la izquierda.

ESCENA I.

LUISA. D. LUCIANO.

Luciano. Celebro con vida y alma,
bella, interesante Luisa,
que me proporcione usted
ocasiones de servirla....

Luisa. [*Sentándose.*]

Gracias, señor don Luciano.
Acérqueme una silla....

Luciano. [*Sentándose.*]

Aplando la confianza
y estimo la cortesía.

Luisa. No hay nada aquí que estimar.
Yo no acostumbro....

Luciano. Ay amiga!

Hoy....

Luisa. Á negar un asiento
á los que me hacen visita....

Luciano. Oh! pero....

Luisa. Y ménos á usted
que es mi banquero....

Luciano. Y sería
de buena gana....

Luisa. ¡Qué flujo
de interrumpirme!

Luciano. (Qué linda!)

Luisa. [*Con seriedad.*]
Vamos, qué sería usted?

Luciano. Nada, porque es tontería....
(Me corta cuando se pone
tan seria.) Mas ¿quién no envidia
la suerte de don Miguel....

Luisa. ¿Y por qué á la propia dicha
no aspira usted?

Luciano. Que no aspiro?

- ¿En qué pienso noche y día
sino en... Pero usted...
- Luisa.* [Séria.] Eh?
- Luciano.* Nada.
- Luisa.* (Lo tomaremos á risa.)
Ya; usted se propone entrar
en el gremio...
- Luciano.* Eh? (Dios me asista!)
- Luisa.* Y á fuer de amiga sincera
querrá usted que yo le elija
la novia.
- Luciano.* Perdone usted:
no quiero tal.
- Luisa.* Pues creia....
- Luciano.* No hay dos Luisas en el mundo.
- Luisa.* Jesus! Como la polilla
abundan. ¡Si tengo yo
más tocayas....
- Luciano.* Infinitas;
pero, aunque hayan recibido
el mismo nombre en la pila,
no tienen esos ojuelos....
- Luisa.* Claro está.
- Luciano.* Que el alma hechizan,
ni esa gracia....
- Luisa.* Hoy está usted
muy galante.
- Luciano.* Yo....
- Luisa.* Un bolsista!
- Luciano.* Es singular.
- Luciano.* Pues acaso
¿hay alguna antipatía ^{antipatía}
entre la bolsa y el alma?
- Luisa.* No; que ántes se identifican
tanto en algunas personas,
que son una cosa misma.
- Luciano.* (Será pulla?)
- Luisa.* Mas no el alma,
el labio es sólo quien dicta
tan cortesanas lisonjas.
- Luciano.* No son lisonjas las mias.
- Luisa.* Pues lo siento, don Luciano,
porque á llamarlas me obliga
usted....
- Luciano.* Agravios tal vez?
- Luisa.* [Sonriéndose.]
No. Impertinencias ridículas.
- Luciano.* Ah señora! Yo.... Mi.... Cuando...
- Luisa.* Basta ya de niñerías.
Necesito....
- Luciano.* Ah! Pida usted
cuanto quiera; mande, exija....
Sea yo para algo bueno
un Creso, un Fúcar, un Midas....
- Luisa.* Gracias. Hay dinero en casa.
Sólo quiero una letrita
de cien duros....
- Luciano.* Friolera!
Á diez veces esa cifra,
sube la cuenta corriente
de ustedes; pero vacías
dejaría yo mis arcas....
- Luisa.* Gracias. Ni eso pediría
á no tener precision
de remitir á Algeciras
la letra. Quiero enviar
ese socorro á una prima
de mi marido que se halla
necesitada.
- Luciano.* ¡Oh benigna,
generosa criatura....
- Luisa.* Eh! ¿qué vale eso? Él haría
otro tanto en mi lugar.—
Su nombre es doña Casilda
Suarez.—Apúntelo usted.
- Luciano.* [Sacando su cartera y escribiendo en
ella.]
Está muy bien.
- Luisa.* Á la vista.
- Luciano.* ¿Valor en cuenta....
- Luisa.* Valor
recibido de la misma.
- Luciano.* ¡Rasgo sublime....
- Luisa.* Eh! lo ahorro
de perfumes y de cintas.
- Luciano.* Y mi señor don Miguel
¿qué hace? ¿Tiene usted noticias....
- Luisa.* Sigue bueno.
- Luciano.* ¿Cuándo vuelve
de París?
- Luisa.* No hay cosa fija....
Luégo que haya concluido
la comision que le fia
el Gobierno.
- Luciano.* Es todo un hombre
mi amigo; gran estadista....
Estará impaciente ya
por regresar á esta villa
heroica.
- Luisa.* Así lo supongo.
- Luciano.* Es natural que le aflija
la ausencia de tan perfecta
consorte.
- Luisa.* Yo.... (Me fastidia.)
- Luciano.* Apuesto cualquiera cosa
á que ahora se cambiaria
por mí.
- Luisa.* (Ni ahora ni nunca.)
[Levantándose, y tambien D. Lu-
ciano.]
Ruego á usted que me permita....
Tengo huéspedes en casa....
- Luciano.* ¿Vino ya de Andalucía
el General....
- Luisa.* Sí, señor.
- Luciano.* Con su mujer?
- Luisa.* Sí.
- Luciano.* Una niña,
segun me han dicho.
- Luisa.* En efecto.
- Luciano.* ¡Y él machucho... Hum!.. Es bonita?
- Luisa.* Oh! mucho.
- Luciano.* Vendré á ofrecerles

mis respetos y mi fina
atencion..., basta que sea
amigo de la familia.....

Luisa. Ciertamente.—Pero ahora
la letra.....

Luciano. No se me olvida.
Daré el encargo ahora mismo
á un corredor.

Luisa. Bien.

Luciano. (Monísima!)

Adios. (Volveré á la carga.)

Luisa. Abur.

Luciano. [Yéndose.] (Todo se cotiza....
Soy el hombre de Madrid
si hago tan buena conquista.)

ESCENA II.

LUISA.

No hay duda: me hace la corte,
y si da en ser tan moscon
me pondrá en la precision
de expedirle un pasaporte.
Porque á la bolsa y al agio
debió lo que á tantos falta,
no hay para él virtud tan alta
que se libre del naufragio.
Su oro.....

Micaela. [Dentro.] Sin recado previo
entraremos.....

Luisa. ¿Quién.....

Micaela. [Dentro.] Me trata
sans façon.

Luisa. ¡La literata
con su mártir don Eusebio!

ESCENA III.

LUISA. MICAELA. D. EUSEBIO.

Micaela. [Besando á Luisa.]

Mi cara amiga!

Eusebio. Señora.....

Luisa. Micaela! Caballero.....

Siéntense ustedes.

Micaela. Reitero.

[Vuelve á besarla.]

Luisa. (Tanto besar me encocora.)

[Se sientan.]

Micaela. Esta noche, ya se entiende,
irá usted al baile....

Luisa. Sí.

Micaela. De la Condesa, y allí
nos hemos de ver. Por ende,
no es hoy á la amable Luisa

á quien con mi dulce amor....

Eusebio. (Ay!)

Micaela. Vengo á ver.—¿El señor
General.....

Luisa. No está. Fué á misa.

Micaela. Y su señora?

Luisa. Tambien.

Micaela. Es amigo antiguo.

Luisa. Sí?

Micaela. Teniente le conocí.....

Eusebio. (Gran Dios!)

Micaela. Estando en Jaen.—

Dicen que es verde renuevo
la que al yugo le sujeta.

Luisa. Bien podria ser su nieta.

Micaela. Sí; el General ya es longevo.
No obstante, si simultáneos
los genios se lisonjean,
poco importa que no sean
los cónyuges coetáneos.

Eusebio. (Ah!)

Micaela. Puede haber cualidades
en quien sus aras incienze
con que Himeneo compense
la diferencia de edades.

Eusebio. (Oh!)

Micaela. Dígalo este mancebo.

Me ama con idolatría,
y, aunque nadie lo diria,
una década le llevo.

Luisa. (Como dos!) Niña es Carlota,
mas gemia en la orfandad,
y hoy ensalza su humildad
el esposo que la dota.

Micaela. Cierto.

Luisa. Aunque hoy no tiene mando,
es teniente general.....

Micaela. Ya sé.....

Luisa. Y senador.....

Micaela. Sí tal.

Luisa. Y gran cruz de San Fernando.

Micaela. Bravo milite y antiguo,
no es, en verdad, un portento
que....; mas si falta el talento....

Luisa. Cómo!

Micaela. El suyo es harto exiguo.

Luisa. Sin quererle yo ensalzar,
de su fama se colige
que no le falta el que exige
la carrera militar.
Y nada debe al favor;
que todo se lo ha ganado
con su sangre y grado á grado
en el campo del honor.

Micaela. En las escuelas de Marte
no disputo su pericia;
mas la conyugal milicia
tiene su táctica aparte;
y en ella quizá es un necio
quien pudiera dar lecciones
á Aníbal y Escipiones
y á Polibio y á Vegecio.
No en todos el don abunda

de perpetuar los amores
 cubriendo de gayas flores
 de Himeneo la coyunda.
 ¡He aquí el esposo feliz
 que darme á los cielos plugo!

Eusebio. (Ay!)

Micaela. ¿Por ventura, mi yugo
 es molesto á su cerviz?—
 Que lo diga!

Eusebio. No.

Luisa. (Pobre hombre!)

Micaela. Dulce y tierna simpatía
 nos enlazó....

Eusebio. (Suerte impía.)

Micaela. Para que Madrid se asombre.
 Recíproco amor asiduo
 nos identifica.

Eusebio. (Ay Dios!)

Micaela. Diríase que los dos
 somos un solo individuo.
 Su llama es algo pasiva....

Luisa. Ya.

Micaela. Y su culto reverente.
 Por qué? Porque el ascendiente
 de mi genio le cautiva.

Luisa. Sin duda....

Micaela. Pero eso basta,
 pues para mí le secuestro.

Eusebio. (Oh!)

Micaela. Yo impulsada del estro,
 segunda Safo entusiasta,
 sobre la trípode monto
 y en su loor articulo
 versos dignos de Tibulo
 y del que gimíó en el Ponto.
 Ya un soneto le consagro
 donde firme como un muro
 mi fidelidad le juro....

Luisa. Sí? (Mire usted qué milagro!)

Micaela. Ó ya en voluptuoso idilio
 nuestro que no me rehusa
 su blando influjo la musa
 de Teócrito y Virgilio.
 No así el veterano yerto
 con mimos y poesías
 embellecerá los dias
 de Carlota.

Luisa. No por cierto.

Micaela. Es celoso y suspicaz.

Micaela. Compadezco su locura.
 ¿Y ella....

Luisa. Es la suma dulzura.

Micaela. Poco durará la paz.

[Á D. Eusebio.]

No temas, dulce embeleso,
 de mí pasión tan bastarda.—
 Pero, una vez que retarda
 el General su regreso,
 [Se levanta y saca un librito de me-
 morias.]
 voy á acabar el idilio

que esta mañana empecé,

[Á Luisa.]

si me lo permite usted
 y Apolo me da su auxilio.

Luisa. Dueña es usted....

Micaela. Gracias.— Sí,

te dejo á solas con ella
 siendo jóven y tan bella.

Tanto fio en ti!

Luisa. [Sonriéndose.] Y en mí.

[Vase Micaela por el foro.]

ESCENA IV.

LUISA. D. EUSEBIO.

Eusebio. (Respiro!)

Luisa. (Es extravagante
 si las hay.) ¡Dichoso usted,
 don Eusebio!

Eusebio. [Con amargura.]

Ah! sí, señora.

Luisa. Doy á usted mi parabien.

Eusebio. Muchas gracias.

Luisa. Micaela

es una Porcia, una....

Eusebio. Pues!

Luisa. Vivirá usted en la gloria
 con ella.

Eusebio. Sí; ya se ve.

Luisa. Tierna, apacible, erudita....

Eusebio. Oh! Sí, sí; ¡es mucha mujer
 la mía!

Luisa. Y de noble cuna.

Eusebio. Oh!

Luisa. Y muy rica.

Eusebio. Digo! Miel ^{con}
 sobre hojuelas. Tal me embriaga
 el exceso del placer,
 que el dia ménos pensado
 me echo al gañote un cordel.

Luisa. ¿Qué dice usted!

Eusebio. Ay señora!

Callo y sufro. Qué he de hacer?

Mas sería yo el modelo

de la humana estupidez

si á solas no maldijese

la hora en que me casé.

¿Qué me importan sus riquezas,

si no han de endulzar la hiel

de mi despecho? ¿Qué importan

los quilates de su fe,

si yo no puedo olvidar

la de su bautismo? ¿Y quién

de su amor empalagoso

resiste la pesadez,

y ese aire de celestial

benevolencia cruel

con que me humilla y me pudre,
y el pedantesco almacén
de los tropos y figuras
que ensarta de diez en diez,
y sus idilios, en fin,
que maldiga Dios, amén?

Luisa. Será posible?... Pues ella
me ha dicho más de una vez
que usted la solicitó.....

Eusebio. Cierto; pero aquello fué
un vértigo, una locura.....
Mal he dicho: una sandez.....
Sólo á usted confiaria,
Luisa amable, sólo á usted,
que es un ángel.....

Luisa. Nada de eso.
Amiga sincera y fiel.....
Siga usted.

Eusebio. Yo amaba á otra
casi desde la niñez;
á una jóven, cuyo mérito
no debo aquí encarecer;
baste decir que conformes
nuestras almas, y también
las circunstancias de entrambos,
lazo hubiera sido aquel
el más feliz..... Oh memorias!
Enemigo de mi bien,
con falaces apariencias
me fascinó Lucifer.—
Era en Sevilla. Una noche
yo vi.....—¿por qué no cegué
primero!—á un hombre embozado,
que apenas pone los pies
misterioso en los umbrales
de la hermosa que adoré,
la puerta, á mi amor cerrada,
franca se abrió para él;
y en sus brazos le recibe
con el más dulce interés;
y tras de él la puerta amiga
veo cerrarse otra vez.—
Vista su aparente infamia,
quédese para quien es,
dije, y sin verla ni oírla
me encaramo al cabriolé
de la primer diligencia
que hace rumbo á este belén
de Madrid, donde el consuelo
de que había menester
busco afanoso en teatros,
fondas, billares, cafés,
bailes..... En uno de máscaras
donde, por señas, gasté
mi último maravedí,
hube yo de parecer
aceptable á un dominó
de terciopelo de Utrech.—
Era Micaela.—Ay cielos!
Con su labia y su oropel,
y su erótica dulzura
dió con mi juicio al traves.
Yo le dije mil ternezas,

y tanto me aluciné,
que aunque desató á mis ruegos,
depuesto el tibio desden,
la careta, ay! todavía
me pareció una mujer.

Luisa. Vaya por Dios!

Eusebio. Sí, y hermosa!

El calor, la languidez
de su mirar voluptuoso
le daban un no sé qué.....
Mi amor propio por un lado,
por el otro algún pincel
con que de su rostro había
revocado la pared.....
En fin, pecador relapso,
en la culpa me obstiné.

Luisa. Pero.....

Eusebio. Es de advertir que yo
había cenado bien.....

Luisa. Ah! ya.....

Eusebio. Y llevaba en el cuerpo
cinco copas de Jerez.—
Y como yo era cesante
y ella rica; y ya solté
la palabra; y ella instaba....,
maldecida de cocer!,
y así creía triunfar,
ay necio! de aquella infiel,
cedí al influjo siniestro
de mi estrella, y me casé!

Luisa. Fatal boda!

Eusebio. Pues aún falta,
señora mía, el postrer
capítulo y el más triste
de mi historia.

Luisa. Si?

Eusebio. Á los tres
días de mi atroz suicidio
supe que inocente fué
mi amada, y que era un hermano
suyo el que halló en su dintel
tan amorosa acogida.—
No la escribí. Para qué?
Mi yerro..... Qué digo yerro?
Mi culpa....., mi crimen es
irreparable, ¡y lo estoy
purgando como usted ve!
Luisa. ¿Y qué se hizo aquella jóven.....
Eusebio. Nada he sabido despues.
Luisa. Tanto mejor! Es forzoso
olvidarla.

Eusebio. Ay! No podré.
¿Cómo no he de recordarla
al comparar el Argel
en que peno hace ya un año
con el inefable eden
de que en mal hora, ay de mí!
yo propio me desterré?

Luisa. Consuelos ménos mundanos
quisiera yo dar á usted;
pero Micaela es rica.....

Eusebio. ¡Mal haya.....

Luisa. Y ¡cómo ha de ser!

Eusebio. Pero....

Luisa. Aquí viene de molde,
don Eusebio, aquello de....

Eusebio. Los duelos con pan son ménos?
Ni aún tengo que agradecer
al astro que me persigue
esa dedada de miel.

Luisa. Cómo!

Eusebio. ¡ Si apénas salimos
de sota, caballo y rey!
Es avara y cicatera;—
frugal dice ella; y á fuer
de filósofa me cita
sin cesar aquella ley
de «Comer para vivir;
no vivir para comer.»

Luisa. Pero habrá testado ya
en favor de usted.....

Eusebio. No sé;
mas pienso que no; que si ella
me hubiera hecho esa merced,
ya á Madrid la anunciarían
en cada esquina un cartel.

Luisa. (Es cálculo. Así le tiene
á raya; pero tal vez.....)

Eusebio. Y teste ó no á mi favor,
qué importa? ¡Yo moriré
ántes que ella, aunque ya pisa
el umbral de la vejez!

Luisa. No es posible.....

Eusebio. Sí, señora;
soltaré pronto la piel
de vergüenza, de fastidio,
de.....

Luisa. Ya vuelve. Calle usted.

ESCENA V.

LUISA. D. EUSEBIO. MICAELA.

Micaela. [Con el librito de memorias en la
mano.]

Acabé el idilio.

Luisa. Bueno!

Eusebio. (Hará que me precipite.....)

Micaela. Lo leeré si usted permite.....

Luisa. Con mucho gusto.

Micaela. [Leyendo en el librito.]

«Á Mireno.»

Eusebio. (Sudo.....)

Micaela. Merino se llama;
pero las letras combino,
y del prosaico Merino
da Mireno el anagrama.

Luisa. Oiga!

Micaela. Y no su nombre solo
invierte mi docta escuela.
¿Quién se llama Micaela
en el idioma de Apolo?

Con sus mismas letras.....

Luisa. ¿Quién
pensará.....

Micaela. Para la rima
sale el nombre de Acelima.

Eusebio. (Y el de acémila tambien.)

Micaela. Leo.

Eusebio. (No te diera un cólico!...)

Micaela. [Leyendo.]

«Á Mireno.»

Luisa. (¡ Mala peste....)

Micaela. « Su fiel Acelima. »

[Interrumpiéndose.]

Este
es un poema bucólico.

[Leyendo.]

« Mireno, más gallardo
que mi pintado choto.... »

Eusebio. [Con disgusto mal reprimido.]

(Ah!)

Micaela. « En el umbrío soto
con el cuenco te aguardo
de blanco requeson. »

Eusebio. [Creciendo su angustia.]

(Oh!)

Micaela. « Y la castaña hirsuta,
de Amarilis un día
apetecida fruta,
que á Aléxis ofrecia
el triste Coridon.
Aquí la dulce avena,
que es tu mayor regalo.... »

Eusebio. [Dejando oír distintamente la exclamacion.]

Uf!

Micaela. Cielos! Te pones malo?

Eusebio. Sí. (Maldita cantilena!)

Micaela. [Á Luisa.]

¡ Le hace un efecto mi canto.....

Luisa. (Como el del tártaro emético.)

Micaela. Poder del estro poético!—
Mas si te conmueve tanto,
dejo la lectura.

Eusebio. [Como quien se descarga de un grave
peso.]

(Oh!)

Bien.

Micaela. Y vámonos á casa
si quieres.

Eusebio. Ya se me pasa.

Luisa. Tome usted algo.....

Eusebio. No, no.

Micaela. Retirémonos, galán.
Los huéspedes no han venido.....

Luisa. Quién los habrá detenido?

[*Mirando por el balcon.*]

Calle! En el jardin están.

Micaela. Sí? Veamos esa bella.

[*Se asoma.*]

Luisa. Paseando están los dos.

Micaela. Es muy linda!

Eusebio. (Á ver?)

[*Asomándose por detras de Luisa y Micaela.*]

Oh Dios!

[*Los tres se retiran del balcon.*]

Luisa. Qué es eso?

Micaela. Otra vez?

Eusebio. (Es ella!)

La cabeza.....

Micaela. Ay! Dios me asista...

Eusebio. Vámonos..... Nada! Un mareo.....

[*Tomando el sombrero.*]

Con el aire libre creo.....

(Cómo sostener su vista?)

Luisa. Quédese usted.....

Eusebio. No, no.....

Luisa. Aquí...

Eusebio. Ya estoy bueno.

Micaela. [*Tomando el brazo de D. Eusebio.*]

Traigo coche.—

Ven.....

Eusebio. Adios.

Micaela. Hasta la noche.

Luisa. Adios.

Eusebio. (Ay triste de mí!)

ESCENA VI.

LUISA.

Qué boda! Y achacarán
á su mal signo..... ¡Mentira!
Antes que te cases mira
lo que haces, dice el refran.
Si á estas horas el demonio,
aunque á Teócrito pese,
no ha dado al traste con ese
ridículo matrimonio,
á la excesiva prudencia
del pobre jóven se debe;
pero la medida en breve
llenará de su paciencia.
Lo vieja y lo literata,
para ella bien lo concilio:
más ¡para él!.... Otro idilio,
y la abandona, ó la mata.
El pedantesco lenguaje
¿cómo no ha de darle enfado

con que aquí nos ha guisado
tan nauseabundo potaje?
Síntomas de indigestion
yo tambien casi me noto
con las castañas y el choto,
la avena y el requeson.

Condesa. [*Dentro.*]

Está visible Luisita?

Luisa. Es la Condesa.

[*Saliéndola al encuentro.*]

Adelante.

ESCENA VII.

LUISA. LA CONDESA. D. FEDERICO.

Luisa. Para ti lo estoy yo siempre.

[*Se besan las dos damas.*]

Condesa. Buena?

Luisa. Sí. Y tú?

Federico. [*Presentando la mano.*]

Luisa amable.....

Condesa. Buena. Gracias.

Luisa. [*Admitiendo la mano de D. Federico.*]

Bien venido.—

No te sientas? (Siempre al márgen!)

[*Se sienta la Condesa.*]

Condesa. Ven á mi lado.....

Luisa. Ahora no.

Te dejo por un instante.
Vendrás á cumplimentar
á mis huéspedes.....

Condesa. Sí.

Luisa. Dame
tu licencia. Iré á llamarlos,
pues queda quien te acompañe.

ESCENA VIII.

LA CONDESA. D. FEDERICO.

Condesa. Si es cierto, don Federico,
lò que cuentan del carácter
del General.....

Federico. [*Sentándose cerca de la Condesa.*]

¿Qué me importa.....

Condesa. Su mujer vivirá mártir.

Federico. Algunas preferirian
ese martirio al desaire,
por no decir al desprecio

injusto que de ellas hacen
sus maridos.

Condesa. Verbigracia,
yo: no es verdad?

Federico. Tal ultraje
me asombra, me escandaliza.

Condesa. De véras? Dios se lo pague
á usted; pero no es la injuria,
amigo mio, tan grave
como usted la pinta. El Conde,
á fuer de alto personaje
y hombre de mundo, desdeña
los cariñosos afanes,
las tiernas contemplaciones
de los maridos vulgares;
pero no porque á la moda
quizá á su despecho pague
ese tributo, me deja
de amar.... como él puede amarme.

Federico. Sí, tal vez; y aun eso.... Pero
no como merece el ángel
cuya dulce posesion
le envidia....

Condesa. Quién? Disparate!

Federico. Oh!

Condesa. ¿Valgo yo tanto....

Federico. Usted
quizá ignora lo que vale;
que es modesta aun más que linda,
y hasta en eso es favorable
la estrella del Conde.

Condesa. Cómo!....

Federico. Mas no se oculta á quien arde
en la lumbre de esos ojos;
á quien admira ese talle,
esa gracia indefinible....

Condesa. Perdone usted que le ataje.
Tan fervoroso arrebató
ya de los límites sale
de la amistad.

Federico. Ay Emilia!
¿Es acaso invulnerable
mi corazón? ¿Es milagro
que en amor ciego se cambie
la amistad cuando es usted
el objeto....

Condesa. No más! Calle
usted, ó hasta mi amistad
me precisará á negarle.

Federico. Ah! ¿Será usted tan impía....

Condesa. ¡Miren por dónde nos sale
ahora! ¡Y yo tan incauta....

Federico. Si....

Condesa. Fiese usted de nadie!

Federico. Pero ¿es posible....

Condesa. ¡Y se vende
por amigo inseparable
del Conde!

Federico. El amor no sufre....

Condesa. Calle usted! Eso es infame.

Federico. No lo es; ni aunque lo fuera
debería acriminarme
la que es el único móvil

de mi perfidia, si cabe
perfidia en la adoracion
que tributo á sus altares.
Pude yo sacrificar
esta pasión entrañable
á los deberes de amigo,
y encerrarla con cien llaves
en mi pecho, mientras sólo
fueron pecados veniales
los del Conde; mas ¡sufrir
que, haciendo público alarde
de desdeñar á una esposa
de que no es digno, se arrastre
á los pies de vil ramera....

Condesa. Ah! ¿Podré creerlo....

Federico. Fácil
es la prueba.—Pero usted
rehusa mis homenajes....

Condesa. Puedo estimar los de amigo
sin admitir los de amante.

Federico. Pero mi alma....

Condesa. Oh qué porfía!....

La prueba....
Federico. Es inútil. Casi....
me pesa....

Condesa. Ciertas palabras
no se aventuran en balde.
Callar, ó decirlo todo.

Federico. Pues bien, yo juro....

Condesa. Chit!... Alguien
llega..

Federico. (Bien! Si no el amor,
el orgullo la hará frágil.)

[Se levantan.]

ESCENA IX.

LA CONDESA. D. FEDERICO. LUISA.
CARLOTA. EL GENERAL.

Luisa. [Á la Condesa.]

El General.—Su señora.

Condesa. Bien venidos!

Luisa. [Al General y á Carlota.]

La Condesa,

mi amiga....

General. Cuyos pies besa
mi atencion....

Condesa. Muy servidora....

Federico. Saludo á usted....

General. [Saludando.] Señor Conde.....

Condesa. No es él....

General. Ah! Creí....

Luisa. Un amigo:

el señor don....

General. Me desdigo.

Luisa. Federico Vaamonde.

Condesa. El Conde....

General. (Aquí hay gatuperio.)

Condesa. Vendrá luego.

General. Bien. (Se ha turbado.)

Luisa. Á fuer de hombre de estado
estará en el ministerio.

Condesa. Por pagar ese tributo
á la política.....

General. Sí.

Condesa. Hoy no me acompaña aquí.

General. Y lo hace por sustituto.

Condesa. General!....

General. Oh! no es mi idea.....

Condesa. El Conde tiene el honor
tambien de ser senador.....

General. Por muchos años lo sea,
y sus hijos y sus nietos.

Condesa. Mil gracias. Si á tiempo llega,
hoy mismo al nuevo colega
ofrecerá sus respetos.

General. Me honrará.... (Tanto cumplido!...)

Condesa. Justamente él llega ahora.

ESCENA X.

LA CONDESA. D. FEDERICO. LUISA.

EL GENERAL. CARLOTA. EL CONDE.

Conde. [*Dando la mano á Luisa.*]

Felicidades.

[*Á Carlota.*]

Señora.....

[*Carlota le devuelve el saludo con una
cortesia.*]

[*Á la Condesa.*]

Adios.

[*Al General.*]

Servidor.....

[*Á D. Federico apretándole la mano.*]

Querido!

Luisa. El General que hoy se inicia
en el Senado.

Conde. ¿Qué escucho!

Con tal miembro se honra mucho
la Cámara vitalicia.

General. Mil gracias.

Conde. [*Dándole la mano.*]

Téngame usted
por su amigo y compañero.

General. Gracias.

Luisa. Su señora.

[*Vuelven á saludarse Carlota y el
Conde.*]

Pero
no estén ustedes de pie.

[*Se sientan todos.*]

General. Bien me hallaba en Albaurin,
que es bello país aquel,
donde estaba de cuartel
cultivando mi jardin;
mas me sacan de mi burgo,
y no para una campaña,
sino para ver qué maña
me doy yo para Licurgo;
y pues mi Reina se digna
de acamparme en el Senado,
como obediente soldado
vengo á cumplir la consigna.
Pero nada se me alcanza
de fueros ni garantías,
sistemas ni teorías.....
Mi código es la ordenanza.—
Amo á mi patria.....

Conde. Lo sé.

General. La serviré hasta la muerte,
pero á mí..... En fin, no es mi fuerte
la política.

Condesa. (Doy fe.)

Conde. Aunque esforzado guerrero,
el que viene á legislar
delibera, si ha lugar.....

General. Yo lidio y no delibero.

Conde. Pues yo, que no ejerzo en vano
tan alta jurisdiccion,
suelo hacer la oposicion.....

General. Ya; pero usted es paisano.

Conde. No porque de mí disiente
el Gobierno que nos rige,
sino porque así lo exige
mi espíritu independiente.

General. Bien. Yo, que no hago misterio
de ser como Dios me hizo,
pienso votar como un suizo
lo que vote el Ministerio.

ESCENA XI.

LUISA. LA CONDESA. CARLOTA. EL CONDE.

EL GENERAL. D. FEDERICO. EL BARON.

[*El Baron trae una bolsa de las que se usan
para pedir en las iglesias.*]

Baron. Da usted permiso?

Luisa. Adelante,
señor baron del Manzano.

Baron. Tengo el honor.....

[*Viendo que se quieren levantar los
caballeros.*]

Quietos, quietos!

Nadie se mueva, ó me marchó.

Luisa. Pues siéntese usted.....

Baron. Lo haré.

[*Tomando la mano de Luisa.*]

Usted buena?
Luisa. Sí.
Baron. Lo aplaudo.—
 [Presentando la mano á Carlota.]
 Señorita.....
General. [De mal gesto y saliendo con la mano al encuentro de la del Baron.]
 Eh?
Baron. Caballero.....
 Estoy.....
Carlota. Beso á usted la mano.
Baron. Oh Condesa!
 [Toma tambien su mano, y luego la del Conde y la de D. Federico.]
Condesa. Buenos dias.
Baron. Á usted venía buscando.—
 Señor Conde!.... Federico!
General. (La marcialidad alabo!)
Baron. [Sentándose junto á la Condesa y dirigiendo la palabra á Luisa.]
 Usted disimulará,
 Luisa, que me haya tomado la libertad.....
Luisa. De esta casa,
 Baron, es usted el amo.
Baron. Gracias.—No estaba en la suya la Condesita, y le traigo la bolsa de la benéfica asociacion de que entrambos somos miembros.
Condesa. Sí; hoy me toca pedir en los Italianos.—
 [Tomando la bolsa.]
 Ya no me acordaba..... Gracias.
General. Oiga! ¿El señor es.....
Baron. Filántropo.
General. Sí?
Baron. Por moda y por carácter. Naturalmente soy blando de corazon, expansivo..... Los niños desamparados, el Colegio de la Paz, el Refugio y otros varios píos establecimientos disponen de mis..... sufragios. Escribo sobre reformas del sistema carcelario, y promuevo suscripciones para las viudas del barrio, para las pobres monjitas, para la escuela de párvulos; y ya una rifa de alhajas proyecto, ya un espectáculo circense.....; ya distribuyo socorros domiciliarios, hilas, vendas..... Soy, en fin, la misericordia andando.

General. Laudable ejercicio!
Baron. Eh! Yo.....
General. [Aparte con Luisa y Carlota, entre las cuales está sentado, mientras figuran otro coloquio entre sí los demas interlocutores.]
 Y me parecia un fatuo!
Luisa. Bien le parecia á usted.
Carlota. Sus virtudes, sin embargo, compensan.....
General. Dará en limosnas la mitad del mayorazgo.
Luisa. Ni un maravedí. Todo eso es farándula, aparato teatral. De él no diré que hace como algunos tráfico con la caridad cristiana.....
General. ¿Qué escucho!
Luisa. Sí; ya es un ramo de industria muy lucrativo para quien sabe explotarlo. En cuanto al Baron, como es en la sociedad un trasto inútil, hace esas farsas....., qué sé yo?... por hacer algo, y en todas partes se cuela á título de filántropo.
General. ¿Y es tambien filantropía el jovial desembarazo con que damas y galanes se aprietan aquí la mano?
Luisa. La moda.....
General. ¡Moda execrable, mengua del decoro, escarnio del pudor!
Luisa. Yo, General, ni la culpo ni la ensalzo. No pasa de ser un frívolo cumplimiento á que no damos ningun valor.
General. Pues yo niego á esa moda el *exsequatur*. La mano de mi mujer es sólo mia: el vicario me la dió, y se guardará muy bien.....
Carlota. Á quién se la he dado?
General. No es ella reina ni obispo para que todo cristiano se la sobe.
 [Siguen hablando aparte.]
Baron. [En voz baja á la Condesa mientras el Conde y D. Federico hablan aparte.]
 Sepa usted que aunque la bolsa que traigo viene al parecer vacía.....
Condesa. Eh?
Baron. (Con esto la preparo.)
 No lo está.
Condesa. Ya se supone,

siendo usted el mandatario....

[Moviendo la bolsa.]

Pero no suena.....

Baron. No obstante.....

Basta el sentido del tacto....

Condesa. Ya! Algun billete....

Baron. Eso mismo.

[Con el dedo en la boca.]

Pero.....

Condesa. Pierda usted cuidado.

El mérito de estas cosas

está en el sigilo.

Baron. (Bravo!)

Condesa. (Será la primera vez
que contribuya con algo....)

Baron. Mi corazon.....

Condesa. Oh! ¿Quién duda....

Baron. (No se ha ofendido... Al contrario...

Soy feliz! Esto se llama
llegar y besar el santò.)

Condesa. [Levantándose: todos hacen lo mismo.]

Aun no he visto el aderezo,
Luisita, que te ha enviado
tu marido de París.

Si quisieras enseñármelo....

[Se acerca á Luisa y á Carlota, y
mientras ellas hablan, hacen aparte lo
mismo el Conde con el General y el
Baron con D. Federico.]

Luisa. Con mucho gusto.—Por cierto
que un broche se ha despegado
y lo llevaré esta tarde
al diamantista....

[Siguen hablando en voz baja.]

Federico. Sí? Guapo!

Baron. En la bolsa está el intríngulis.

Federico. Cómo!....

Baron. Yo de todo saco

partido.

Federico. Oiga!

Baron. El pobre Conde....

Federico. (¿Habrá títere....)

Baron. Te encargo

la mayor reserva.

Federico. Pues.

Baron. Y tú, que eres su amigacho,
me ayudarás....

Federico. Se supone.

Baron. Me obligo á hacer otro tanto
por ti....

Federico. Ya.

Baron. Los camaradas....

Federico. Entiendo. (Pues ¡ha buscado
buen confidente!)

Luisa. Allá dentro

lo verás.

Condesa. Sí, vamos, vamos.

Luisa. [Á los caballeros.]

Hasta luégo.

Baron. Yo, si ustedes
me otorgan su beneplácito,
me despido desde ahora.

Luisa. Sí? Para ejercer otro acto
de beneficencia.

Baron. Ciertamente.

Yo volveré más despacio....

Luisa. Cuando usted guste.

Baron. Señoras....

Condesa. Hasta la noche.

Baron. Oh! no falto.—

Señores.... (Soy otro César,
soy otro Alejandro Magno.)

ESCENA XII.

LUISA. LA CONDESA. CARLOTA. EL GENERAL.

EL CONDE. D. FEDERICO.

Conde. Yo me despido tambien;
que si hemos de ir al Senado....

Federico. Y yo....

Luisa. Cuando ustedes gusten.

Condesa. [Dejando la bolsa sobre un mueble.]

Ah! Ya olvidaba....

[Á Carlota.]

Contamos

con usted y el General....

General. Cómo!..

Condesa. Hay baile en casa...

General. Cuándo?

Condesa. Esta noche.

Carlota. Por mi parte,
con mucho gusto.

General. Es que... acaso...
yo no podré.... Mis dolencias....

Condesa. No admito excusas.

General. (¡Qué diablo
de baile!....)

Condesa. Si el General
quiere acostarse temprano,
en buen hora. No por eso
nos prive de los encantos
de su linda esposa.

General. [Con prontitud.] Iré.

Condesa. Gracias.

General. Pero yo no bailo.

Condesa. Se entiende. Pero ella sí:
verdad?

General. Ella...

Carlota. Un poco...

General. (Me aspo!)

Condesa. Vamos, querida.... Ah! señores,
hoy pido en los Italianos;—
ya lo habrán oído ustedes,—
y espero de tan bizarros

caballeros, que irán todos,
sin exceptuar mi caro
esposo, á darme limosna
para los pobres inválidos.

General. Tendré el honor.....

Federico. Muy gustoso...

Condesa. Gracias, señores.—De cuatro
á seis. (Pérfido!, si es cierto,
no te perdono el agravio.)

ESCENA XIII.

EL GENERAL. EL CONDE. D. FEDERICO.

Conde. Qué diantre de petitorios!....

General. No veo nada de malo
en eso.... (Peor es el baile.)

Federico. No podemos excusarnos.
(Ah! ¡Qué idea.... Si es verdad
que en aquella bolsa hay gato
encerrado.....)

Conde. ¿Quién va luego
desde cerca de Palacio
hasta.....

General. Oh! sí, por una obra
de caridad.....

[*Siguen hablando aparte.*]

Federico. (Me descarto
de un rival..., poco temible;
pero, al fin, rival. Sí, y hago
del ladrón fiel con el Conde.)
Señores, no es necesario
hacer un viaje á la iglesia.
La Condesa se ha dejado
aquí la bolsa;

[*La toma.*]

y podemos
ahora sin molestarnos
echar nuestros donativos.....

General. Dice bien.

Conde. Abra usted.....

Federico. Abro.

[*Presentando la bolsa despues de des-
satar los cordones.*]

Señor Conde.....

Conde. [*Echando una moneda.*]

Ahí va esta onza.

Federico. Señor General.....

General. Yo vacío
el bolsillo. Es en favor
de mis pobres veteranos.
¿Quién sabe si alguno de ellos,
quizás en el mismo campo
donde yo gané una faja,
perdió una pierna ó un brazo?

[*Echa en la bolsa varias monedas.*]

Federico. Ahora me toca á mí;
pero no llevo metálico.—
Lo suplirá este billete.

[*Saca uno.*]

Entero, no; que en el garbo
no compito yo con próceres.
Doy ocho duros, y saco
el resto..... Así como así,
yo necesitaba cambio.....

[*Vácia la bolsa sobre un velador, y
entre las monedas aparece el billete á
que aludió el Baron.*]

Conde. Ah! ¿Qué veo!....

General. Otro billete!

Federico. Cierto.

General. Y este no es del Banco!

Conde. (Cielos!....) Venga.

[*Lo toma. D. Federico hace con el
suyo lo que ántes indicó, y guardando
en la bolsa el billete de Banco y el
dinero restante, la vuelve á cerrar.*]

Memorial
será de algun desgraciado.....

[*Se desvía un poco, y con disimulo
rompe el sobre y echa una ojeada sobre
el contenido del billete.*]

General. ¿Se gasta aquí en memoriales
papel vitela con cantos
de oro.....

Federico. [*Acercándose al Conde y en voz baja.*]

Yo siento en el alma.....

Un error involuntario.....

Conde. Qué! Nada..... (Disimulemos.)

[*Con risa forzada.*]

Ja, ja.... En efecto, ahora caigo...
Sí, algun billete amoroso
que aquí se dejó olvidado
la que ántes tuvo la bolsa.
El sobre está revelando
su nombre.

General. (El de tu mujer!
Si creará que soy un ganso?)

Conde. [*Á D. Federico en alta voz.*]

La intendenta.....

Federico. Sí?

Conde. Aturdida!

[*Con risa forzada.*]

¡Pues si acierta á dar en manos
de su marido la carta!
El que es tan atrabiliario.....

Federico. Oh!

Conde. Y ha dado en la flaqueza
de ser celoso..... (Me abraso!)
Ja, ja....

General. (Inaudita frescura!

Conde. ¿Será verdad....)
(Ella, es claro,
nada sabe, ni hará aprecio
de semejante espantajo;
pero es audacia....)

[Guardando el billete.]

Esta noche

se la daré....

General. Al.... agraciado?

Conde. No; á ella: y la advertiré
que no se descuide tanto
otra vez.

General. Mal hecho.

Conde. Cómo!....

General. Á ella no, que eso es dar pábulo
al vicio; eso es proteger
un infame contrabando:
á él se la daría yo;
al pobre marido cándido,
que en vez de tierna consorte
abre á una sierpe los brazos.

Conde. Al marido? Qué locura!
Yo promover un escándalo!
¡Yo.... Bah!

General. Su causa es la nuestra.

Maridos somos entrambos....

Conde. No nos cansemos.... El pobre
que nace predestinado....
Ja, ja.... ¿Cómo resistir
al influjo de los astros?

General. No obstante....

Conde. Ruede la bola....

No viene usted al Senado?

General. Luégo.... Tengo que ponerme
el uniforme.

Conde. Allí aguardo.

General. Iré pronto.

Conde. (El Baroncito!)

Vamos, Federico?

Federico. Vamos.

Conde. [Despidiéndose.]

Tengo el honor....

Federico. [Lo mismo.] *General.*....

General. [Acompañándolos hasta la puerta.]

Soy de ustedes.

[Luégo que vuelven la espalda.]

Insensato!

ESCENA XIV.

EL GENERAL.

[Después de una breve pausa.]

Y no hay tal intendenta.

Por más que disimule y lo eche á broma,
el tiro va á su honor; suya es la afrenta.

Pero si á lo filósofo lo toma,
con su pan se lo coma.—

Y son dos los galanes, por mi cuenta;
que el otro fantasmon.... Y mil cumplidos
le hará, mil agasajos....

Qué Madrid! qué costumbres! qué maridos!—

La predestinacion!.... Qué bobería!

Si eso dicen y se echan en el surco,
¿qué milagro.... No; alerta! Por ventura

¿es la honra cuestion de astronomía?

No! Mi filosofía es la del turco;

que la mujer es frágil criatura,

y si aun para la púdica y sencilla

la vigilancia de Árgos fuera poca,

¿quién confía, gran Dios! en una loca?—

Mas Carlota no vuelve....

¿Iré.... No. Haré sonar la campanilla.

[Tira de un llamador.]

No quiero yo que tanto se entretenga
con damas tan....

[Á un criado que llega.]

Á mi mujer que venga.—

La sesion será larga....

No, no la dejo aquí. Sería enorme
necedad....

ESCENA XV.

EL GENERAL. CARLOTA.

Carlota. Me llamabas?
General. Sí, hija mia.
 Tengo que ir al Senado, y ya es urgente que vengas á ponerme el uniforme.
Carlota. Bien.
General. (Ya que no á mi lado, al ménos á mi vista he de tenerla.)
 Tú me acompañarás.
Carlota. Dónde?
General. Al Senado.
Carlota. Yo al Senado!
General. Sí, perla.
Carlota. Qué haré allí? De política no entiendo.
General. Me dormiré.
Carlota. Es mi gusto.
General. Yo.....
General. ¿Prefieres tu libertad.....
Carlota. Yo de ella no pretendo abusar; ni aquí sola, entre mujeres.....
General. Mujeres peligrosas.
Carlota. No lo creas.
General. Lo creo, y no te asombres.
 Dan la mano á los hombres!
Carlota. Sin malicia.
General. Eso no entra en mis ideas.
Carlota. Ni yo.....
General. Al marido ausente hacen que supla el *cavalier servente*.—
 Á bien que pronto iremos á la nueva casa.
Carlota. (Ay Dios! En la calle de la Cueva!)
 Nuestra huéspeda Luisa es la suma virtud.
General. Sea; lo admito;
 aunque eso de poner cara de risa á todos.....
Carlota. Ser amable no es delito.
General. Pero la tal Condesa..... Hum! esa..., esa.....
Carlota. ¿Qué motivo.....
General. No trago á la Condesa.
 En aceptar su baile mal hiciste.
Carlota. Si por eso has de estar ceñudo y triste, no iré.
General. Ya es tarde; mi palabra he dado, y me pondrán, si faltas, de oro y azul.
Carlota. Pero ¿por qué te exaltas conmigo así?
General. Por nada.
Carlota. ¿En qué he pecado?
General. En nada; pero vamos al Senado.
Carlota. Es fuerte empeño!
General. Irás á la tribuna de las damas.
Carlota. (Fastidio!) ¡Si á ninguna conozco.....
General. Irá contigo, pues de paso

nos coge, doña Luz, la brigadiera.
Carlota. Aun es peor llevar tal compañera.
General. Cómo!....
Carlota. Septuagenaria,
 asmática, locuaz, extrafalaria.....
 Me voy á divertir!
General. Si así vacilas,
 sospecharé.....
Carlota. No, no!
General. Por qué cavilas?
Carlota. Tú eres el caviloso;
 yo no.
General. ¿Ni áun ese leve sacrificio
 harás por mí?
Carlota. Sí tal. Iré. (Oh suplicio!)
General. Ya; pero vas rabiando.
Carlota. No. Mi esposo
 lo manda, y mi deber es la obediencia.
 (Buen Dios, dadme paciencia!)
General. Lo mando..... porque te amo.
Carlota. Así lo creo.
 (Ah qué amor!)
General. [Acariciándola.] Sí, Carlota, sí, alma mia;
 y si cumplir pudiera mi deseo,
 no en la tribuna, no en la galería;
 en mi silla curul te sentaría.

[Al retirarse apoya el General su brazo derecho sobre
 los hombros de Carlota.]

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa del Conde con puerta grande en el foro y otra más pequeña á cada lado de bastidores. Forillo de tránsito, que por la derecha conduce á la puerta de la escalera, y por la izquierda á la sala donde se baila y á otras habitaciones. La puerta lateral de la derecha guía á las piezas de juego y á otras dependencias, que tambien por lo interior conducen al forillo: la de la izquierda sirve de comunicacion al gabinete de la Condesa y á la sala principal. El teatro estará alumbrado con profusion.

ESCENA I.

LA CONDESA. EL BARON.

Condesa. Bien, ya hemos quedado solos....
Baron. Mal haya tanto importuno!
Condesa. Hable usted; mas sea breve;
 que hago falta.....
Baron. Dos minutos.
Condesa. ¿Qué asunto.....
Baron. Lo ignora usted?
Condesa. Claro está, pues lo pregunto.
Baron. Ah Condesa!.... (Denguecillos
 que hacen más sabroso el triunfo.)
 Ya habrá usted visto... en la bolsa...

Condesa. Sí; hoy he recogido mucho.
Baron. El billete.....
Condesa. Era de usted?
Baron. Pues ¿de quién? De aquel conducto
 me valí.....
Condesa. Sí, ya recuerdo.....
 Gracias. Veinticinco duros!
Baron. Qué dice usted? No es del Banco
 el billete á que yo aludo.
Condesa. Oiga! Pues ¿de qué?
Baron. Tirana!
 ¿Se burla usted.....
Condesa. No me burlo.
 Diga usted.....
Baron. Nadie nos oye.
 Ya es ocioso el disimulo.

Condesa. Baron!....

Baron. Pero usted querrá que, excusando subterfugios, confirme de viva voz lo que escribí de mi puño. Sí, dulce Emilia, sí, amable Condesa; mi alma no pudo por más tiempo devorar en silencio el fuego oculto que la consumía. Ah! ¿Quién pone diques al Vesubio?

Condesa. [Riéndose.]

Ja, ja.... Donosa ocurrencia!

Baron. ¿Qué!....

Condesa. ¿Luego el papel intruso era un billete amoroso....

Baron. Oh! sí, el humilde tributo de un corazon.....

Condesa. ¡Filantrópica bobada!

Baron. Yo.....

Condesa. ¡Buen condumio daría yo á los inválidos y á los pobres del Refugio con el corazon de usted!

Baron. Señora, yo.... Si.... (Me aturdo.) Siento... El amor no es un crimen... Y si usted leyó el.... opúsculo.... (Ya no sé lo que me digo.)

Condesa. Yo? Ni lo he visto.

Baron. ¿Qué escucho!

Condesa. ¿Cómo.... En la bolsa no estaba....

Baron. Cielos!

Condesa. Lo sé de seguro, cuando yo conté el dinero.

Baron. Pues mi mano lo introdujo....

Condesa. ¡Y á saber ahora en cuáles habrá dado! Este es mi apuro.

Baron. Yo iré.... Yo preguntaré.... Á quién le tocaba en turno?... Á la marquesa.... Sí, sí, á la marquesa del Junco.

Condesa. Eh! peor es eso....

Baron. Yo.....

Condesa. Dejémoslo estar.

Baron. Me angustio....

Condesa. Qué podrán decir de mí? Que sin fundamento alguno me pretende un mentecato.

Baron. ¡Hija, ese adjetivo....

Condesa. Es justo.— Eso dirán; pero nadie creará que yo lo sufro.

Baron. Confieso mi error. Cref....

Condesa. Hay galanteos absurdos de que, aun viéndolos, no osara culpar la lengua del vulgo á mujeres como yo.

Baron. Bien, señora; fué un abuso levantar mi pensamiento hasta el Olimpo cerúleo

donde usted se glorifica; pero ese ceño iracundo sienta mal en una diosa.

Condesa. Eh! no más...

Baron. ¡Vaya unos humos....

Me arrepiento, me desdigo....

Condesa. Bien está.

Baron. Me echo en el surco.

Condesa. [Con impaciencia y sentándose.]

Basta!

Baron. Adios. (Me ha sofocado. Daré á mi proa otro rumbo, y si no hago una conquista esta noche, me estrangulo.)

[Al retirarse el Baron llega Luisa y se saludan.]

ESCENA II.

LA CONDESA. LUISA.

Luisa. Emilia!

[Viéndola y acercándose más.]

Ah! Cómo tan sola?

Estás mala?

Condesa. [Levantándose.]

No. Ese estúpido

de Baron....

Luisa. Te solicita?

Bravo! Es hombre de buen gusto el filántropo.

Condesa. Es que yo....

Luisa. No es tan estragado el tuyo: ya lo sé. Le has desahuciado, por lo visto. Iba tan mustio....

Condesa. ¡Requerirme á mí de amores un necio....

Luisa. Es crecido el número, y las mujeres bonitas como tú....

Condesa. Yo, Luisa!

Luisa. Y mucho:

no se libran de babosos. Yo, sin mérito ninguno, no puedo echar de mí oreja un molesto abejaruco....

ESCENA III.

LA CONDESA. LUISA. D. LUCIANO.

Luciano. Luisita....

Luisa. [En voz baja.]

Eh? Qué te decia?

Luciano. Perdona usted si interrumpo....

Me ha ofrecido usted bailar....
Luisa. Sí; cuando empiecen los músicos....
 Ahora permítame usted....
Luciano. Bien. Soy obediente súbdito....
 Volveré.... (No hay remision.
 Esta noche.... la seduzco.)

ESCENA IV.

LUISA. LA CONDESA.

Condesa. El bueno de don Luciano!
Luisa. Ya ves; ha dado en el flujo
 de seguirme á sol y sombra.
 Si no fuera tan obtuso, hubiera ya conocido
 que de mí no saca fruto;
 pero es el hombre más plomo....
Condesa. Presume de ser muy ducho
 en negocios, y no advierte
 que es inexpugnable muro
 tu virtud.
Luisa. Como la tuya,
 querida Emilia.
Condesa. Sí; cumplo
 lo que el honor y el deber
 me ordenan; mas te aseguro
 que todo el favor del cielo
 necesito.... Ay! no me cupo
 en suerte, Luisa de mi alma,
 un marido como el tuyo,
 dulce, fiel, tierno, indulgente.
Luisa. Cómo!
Condesa. Es tal y tan injusto
 el desvío, el abandono
 del Conde, que con estudio
 parece que él mismo quiere
 inspirarme horror al yugo
 que nos une.
Luisa. Oh! no lo creas.
 Tiene ese exterior adusto,
 pero en el fondo de su alma....
Condesa. En su alma reina el orgullo;
 mas yo tambien tengo el mío,
 y en mejor causa lo fundo;
 y si por decoro propio
 sus desdenes disimulo,
 ¡guárdese de que en agravios
 degeneren y en insultos!
Luisa. No es posible.... (Ah! si supiera....)
Condesa. Por mi bien y por el suyo,
 ruego á Dios que sean vanas
 mis sospechas.

[Dentro música.]

Luisa. No lo dudo.—
 Ni tú des crédito, Emilia,
 á lisonjeros astutos
 que bajo el mentido velo
 de la amistad sus impuros
 designios quizá disfrazan,

y para romper el nudo
 que tanto envidian, si es fuerza
 apelarán sin escrúpulo
 hasta á la calumnia....

ESCENA V.

LUISA. LA CONDESA. D. LUCIANO.

Luciano. Luisa....
Luisa. Voy....

[En voz baja con la Condesa.]

Prudencia!
Condesa. Yo te juro,
 que sin pruebas....
Luisa. Aún con ellas
 debemos á Dios y al mundo....
 Pero para otra ocasion
 dejemos tan grave asunto.
 Hablarémos.... Entre tanto,
 que sea siempre tu escudo
 la razon, y ten presente
 que sujetas al influjo
 del hombre, para nosotras
 hizo la ley del embudo.

[Vase dando el brazo á D. Luciano.]

ESCENA VI.

LA CONDESA. EL CONDE.

Condesa. Oh! la virtud poco cuesta
 á una mujer venturosa;
 mas si ella....
Conde. [Llegando por el foro.]
 Querida esposa!
Condesa. Ah!.... Qué novedad es esta?
Conde. Te buscaba....
Condesa. ¿Será tal
 mi dicha, Conde, y mi prez,
 que en un acceso tal vez
 de delirio conyugal
 tenga usted la dignacion
 de bailar conmigo ahora?
Conde. Bailar! No vengo, señora,
 con semejante intencion.
Condesa. Conozco mi error grosero.
 ¡Yo esperar tan alto bien
 de....
Conde. Yo puedo ser tan buen
 marido como el primero
 aunque á bailar me resista
 con mi señora, qué idea!....
 como un hidalgo de aldea
 ó como un oficinista.
Condesa. Ni yo tal dicha ambiciono;

que no es justo asimilar
con un marido vulgar
á un marido de gran tono.
Prócer de elevada cuna
no á su mujer tanto honor
concede.

Conde. Y si es senador,
ni á su mujer ni á ninguna.

Condesa. Oh! la salud del estado....

Conde. Si de este placer me privo,
que bailes no te prohibo
con quien sea de tu agrado.
Si áun te quejas.....

Condesa. No me quejo.

Conde. Si no es bastante completa
por ventura la discreta
libertad en que te dejo....

Condesa. Libertad! Justo es que arguya
de tanta galantería
que si toleras la mía
es por dar rienda á la tuya.

Conde. Qué! coartármela quieres?

Condesa. No, no. Vive satisfecho....

Conde. En los hombres es derecho
lo que gracia en las mujeres.

Condesa. Sí, sí, gracias.... por la gracia.
No abusaré de ella, no.

Conde. Perderías más que yo
si tanta fuese tu audacia.

Condesa. Conde!....

Conde. Al culto de Himenco
sobra tiempo y ocasion
sin hacer en un salon
alarde de su trofeo.

Condesa. ¿Es criminal....

Conde. No, hija mia;
vulgar.... Si ahora los dos
bailásemos, sabe Dios
cómo se interpretaría.
Como bailar no está en moda
la mujer con el marido,
y tu pareja no he sido
desde el día de la boda,
sospecharia la gente
que á tan tierno padedú
nos prestábamos yo ó tú....
por cubrir el expediente.

Condesa. Eh? ¿Qué misterio se encierra
en tus palabras?

Conde. Ninguno.

Un aviso....

Condesa. Inoportuno.

Conde. Sin mala intencion se yerra.
Diviértete, rie, danza;
no turbaré tu solaz,
porque te juzgo incapaz
de burlar mi confianza.
No respondas con desprecios
á lisonjas inocentes;
sé amable....; mas pára mientes
en guardarte de los necios;
que, si oído se les presta,
ciegos por la presuncion

dan muestras de lo que son

[*Presentando la carta del Baron.*]

con embajadas como esta.

Condesa. (Ah!)

Conde. Para darte el billete
no hubiera el Baron creído
que fuese el propio marido
correo de gabinete.

Condesa. Me harás la justicia....

Conde. Oh! sí.

Condesa. De no exigir que mi labio
se justifique....

Conde. El agravio
recayera sobre mí.

[*Dando el billete á la Condesa.*]

Mas justo es que la misiva
vaya á su destino....

Condesa. No.

Responsable no soy yo
de que un títere me escriba.

Conde. Yo no digo que haya pacto....

Condesa. Recibiría, no obstante,
ese billete galante
para devolverle intacto;
pero ya no, porque advierto
que está roto por la oblea,
y no me está bien que crea
que mis manos lo han abierto.

Conde. Por curiosidad lo abrí;
no por celos....

Condesa. Ya se entiende.

Vuecelencia no descende
á tener celos de mí.

Conde. Dejemos, señora, á un lado
dimes y diretes.

Condesa. Conde!....

Conde. Toma el billete, y responde
al galan almibarado.

Condesa. No haré yo tal desvarío.
Si contestar es forzoso,
hágalo mi ilustre esposo
en su nombre ó en el mio.

Conde. Á mí ¿qué me importa....

Condesa. En suma,

¿no es mi secretaria ucencia?

No abrió mi correspondencia?

Lléveme tambien la pluma.

Conde. Emilia!.... Yo....

Condesa. Y no se ofenda

vuecelencia si le advierto
que va siendo ya por cierto
ridícula esta contienda.

¿Qué dirá Madrid....

Conde. Señora!....

Condesa. Cuando se llegue á saber
que da ucencia á su mujer
audiencias de media hora?
Yo tambien mostrarme debo
grave, enfática, severa,
aristócrata...., siquiera
por el título que llevo.

Si vale, pues, mi opinion,
 guarde cada cual su puesto,
 y terminemos con esto
 tan enfadosa cuestion,
 porque sabe Dios adónde
 nos llevara.....

Conde. Oh! sí, es deber
 de ambos.....

[*Cesa la música.*]

Condesa. Pero ha de tener
 entendido el señor Conde,
 que porque en vano ceñudo
 humillar quiera mi frente,
 no añadirá ciertamente
 ningun cuartel á su escudo;
 que sin la alta cualidad
 que Su Excelencia heredó
 me basto á mí propia yo
 para tener dignidad,
 y para ser muy señora
 no esperé, mal que le pese,
 á que su mano me hiciese
 condesa ni senadora.

Conde. No te hablo yo con despego
 ni.....

Condesa. Bien, sí; tienes razon.—
 Yo hago falta en el salon
 y tú en la pieza de juego.

Conde. Tu imaginacion se exalta.
 No pretendo.....

Condesa. Basta ya;
 mas lo dicho, dicho está.

[*Á un caballero que se dirige desde la
 puerta lateral de la derecha hácia el
 foro.*]

Déme usté el brazo, Peralta.

ESCENA VII.

EL CONDE.

Miren si tiene entereza!
 Confieso, aunque es de familia
 mercantil, que puede Emilia
 alternar con la nobleza.—
 Y esta noche está galana!—
 No merece ella por cierto.....
 Pero ¡si me tiene muerto
 mi donosa americana!
 Hay tal gracia, hay tal encanto
 en mi divina criolla,
 que haria perder la cholla,
 no digo á mí, sino á un santo.
 ¡Y qué talento, qué porte,
 qué travesura, qué briol!...
 ¡Cómo vence en señorío
 á las damas de la corte!
 Es la hermosura de moda,
 y más de un adorador

de alto coturno, en su honor
 alzaría una pagoda.

¿Qué mucho si me arrebató
 de gozo y pierdo el sentido
 cuando soy el preferido
 entre todo el procerato?
 Mañana, tristes rivales.....
 Mas tiempo hay de hacer el loco.
 Cumplamos ahora un poco
 con los deberes sociales.

[*Vase por la puerta de la derecha, y
 al mismo tiempo llegan por el foro
 Luisa y D. Luciano.*]

ESCENA VIII.

LUISA. D. LUCIANO.

Luisa. [*Soltando el brazo de D. Luciano y
 sentándose en un sofá. D. Luciano se
 sienta á su lado.*]

Sentémonos.

Luciano. En buen hora.

Luisa. Aquí estaremos mejor.

Luciano. Oh dicha!...

Luisa. Aunque harto he mostrado,
 y, sin ir más lejos, hoy,
 que no me encuentro dispuesta
 á que usted me haga el amor.....

Luciano. Ah señora! Ese preámbulo.....

Luisa. Al fin, que quieras, que no,
 me ha favorecido usted
 con una declaracion.—
 De otro ménos estimable
 castigara mi rigor
 con la risa del desprecio
 la atrevida presuncion;
 mas con usted, que es mi amigo.....,

Luciano. Gracias por tanto favor.

Luisa. Aunque no me lo agradezca,
 quiero entrar en discusion.
 ¿Qué aliento le han dado á usted
 ni mis ojos ni mi voz
 para juzgarme capaz
 de deshonorar al que Dios
 me destinó por marido?

Luciano. ¿Qué quiere usted!... Uno.... Yo.....
 Como es usted tan amable.....

Luisa. Suponiendo que lo soy,
 porque una hable con dulzura
 á todos sin distincion,
 y á ciertas galanterías
 dando su justo valor,
 no muerda al que se las dice
 como una loba feroz,
 ¿se ha de entender que renuncia
 á su fama, á su pudor?

Luciano. No tal; pero ¿quién es dueño
 de dominar su pasion.....
 Usted bella, viva, alegre,

- donosa; yo emprendedor....
 Las costumbres;.... el ejemplo
 de otras;.... el clima español....
 Y si á todo esto se agrega
 el estar ausente don....
- Luisa.* ¡Nunca está el marido ausente
 para una mujer de honor!
- Luciano.* Confieso....
- Luisa.* Y yo adoro al mío,
 porque esta es mi obligacion;
 y con ella está de acuerdo
 mi gusto....
- Luciano.* Eso es lo peor!—
 Es decir....
- Luisa.* Y porque estriba
 la ventura de los dos
 en honrar y bendecir
 el lazo que nos unió.
- Luciano.* Si ha tenido usted la dicha,
 cuando tan escasos son
 los matrimonios felices,
 de hallar, por milagro, ó por....
- Luisa.* Eh?
- Luciano.* Quiero decir.... En fin,
 tiene usted mucha razon.
- Luisa.* Lo celebro. Así proceden
 los hombres sensatos.
- Luciano.* Oh!
 Mi sensacion....
- Luisa.* (Sensatez
 querrá decir.) Yo me doy
 el parabien de que así
 se termine la cuestion,
 porque conservo un amigo....
- Luciano.* Oh! Sí, señora, el mayor....
- Luisa.* Y, hablemos claro, ni usted,
 hombre de lastre y de pro,
 con tan humilde conquista
 cobrara mucho esplendor;
 ni los hombres de negocios
 conviene que al ciego Dios
 se esclavicen, porque es ya
 mucho negocio el amor.
- Luciano.* Con todo, en mi presupuesto
 bien cabría ese renglon.
 ¿Qué hago yo de un capital
 que crece como el arroz?
 ¡Talega sobre talega
 y millon sobre millon!....
 Yo necesito una válvula
 que desestaque veloz
 la plétora de dinero
 con que atosigado estoy.
- Luisa.* ¡Cosa rara.... Gaste usted....
- Luciano.* Ya vivo como un milord.
 Escandaliza á Madrid
 mi lujo deslumbrador,
 asiático.... ¡Y nunca hay déficit
 en mi caja! Es maldicion!
 Me sale á pedir de boca
 todo lo que emprendo.... Ay! no,
 que con usted he quebrado....
- Luisa.* Volvemos á la cancion?
- Luciano.* No, no. Esto es contar mis cuitas...
- Luisa.* Sea usted el bienhechor
 de los pobres.
- Luciano.* Sí, señora;
 ya doy un napoleon
 mensual á San Bernardino.
- Luisa.* Oiga!
- Luciano.* Y á la Inclusa, dos.
- Luisa.* Friolera!
- Luciano.* Pero nada;
 ni por esas!
- Luisa.* Pues, señor,
 como no se case usted....
 Mas tiene tal aversion
 al matrimonio....
- Luciano.* Invencible.
- Luisa.* (Qué idea! Si logro yo
 que la adopte, salvo á Emilia
 y humillo la presuncion
 del Conde.)
- Luciano.* En qué piensa usted?
- Luisa.* En que si es cierto el rumor
 que circula por Madrid
 y usted tiene comezon
 de ser dadivoso, espléndido....
- Luciano.* Oh! como un emperador.
- Luisa.* Yo sé de una escuela donde
 puede usted tomar leccion....
- Luciano.* Cuál?
- Luisa.* ¿No ha oido usted hablar
 de Lucinda, de esa flor
 de Occidente....
- Luciano.* Oh, la limeña!....
- Luisa.* Linda! hechicera!—¡Perdon....
- Luisa.* Eh! Yo no soy envidiosa.
- Luciano.* Anteayer me presentó
 en su tertulia mi amigo
 el marqués de Tamajon.
 Su casa es el *rendez vous*
 de los hombres *comme il faut*.—
 A propósito, me han dicho
 que el que priva, acá *inter nos*,
 es el Conde....
- Luisa.* [Bajando la voz.] Chito! Es cierto;
 mas si algun competidor
 más rico y más generoso
 se la disputase....
- Luciano.* Yo,
 por ejemplo.... Pero ¿quién
 se la disputa á un varon
 tan ilustre, que desciende
 quizá del rey que rabió?
 Y ella es tambien aristócrata!
- Luisa.* Calle!....
- Luciano.* Su progenitor
 fué, segun cuenta, Atahualpa.
- Luisa.* Sí? Pues se remonta al sol
 su origen.—Los tabardillos
 son de la misma extraccion.—
 Farsas!.... Mas ¿qué aristocracia
 es hoy día superior
 á la del dinero?
- Luciano.* Cierto.—

Y el Conde es un pobregon
si se compara conmigo.

Luisa. Con todo, si no hay postor
que puje.....

Luciano. Es claro.....

Luisa. Esta tarde
me ha enseñado don Eloy,
mi diamantista.....

Luciano. Y el mio.

Luisa. Una alhaja de primor
que ha mandado hacer el Conde
para mañana, que son
los dias de la criolla.

Luciano. Vajilla? ¿aderezo.....

Luisa. No.
Es un bonito alfiler
con perlas al rededor,
y de brillantes la cifra
del Conde.

Luciano. ¿Y valdrá.....

Luisa. Doblon
más ó ménos, diez mil reales,

Luciano. Miseria! Eso, yo lo doy
á.....

Luisa. Puede usted ver la alhaja.
Vela el artifice.....

Luciano. Oh!
Eso y mucho más merece
la inicial de un gran señor,

Luisa. Para ella, no en la cifra,
en la joya está el blason.

Luciano. Pues ya!

Luisa. Y don Eloy las tiene.....

Luciano. Preciosas!—Estaba por....,
eh? por hacer una hombrada.
Son las once en mi reloj.
Si ganase por la mano
al Conde.....

Luisa. Es fácil..... ¿No es hoy
antes que mañana?

Luciano. Sí.

Abajo está mi landó.
Vuelo..... Pues ¡poca importancia...
eh?—poca reputacion
me dará á mí esa conquista!

Luisa. Sin duda.....

Luciano. Sí, sí; voy, voy.....

Aun volveré á dar á usted
cuenta de mi comision.
¡Oh qué triunfo para el cuerpo
de negociantes! ¡Qué atroz
desaire para esos godos
que nos venden proteccion
y menosprecian altivos
las finanzas y el buró!

Luisa. Y usted no será tan lerdo
que no exija.....

Luciano. En eso estoy.

Ó yo he de mandar en jefe,
ó no hay mus.—Adios, adios.

[Vase corriendo por la puerta del
foro.]

ESCENA IX.

LUISA.

He aquí una intriga., una especie
de seduccion..... Lq conozco;
pero mi intencion es buena.
No es menor de edad, ni esposo,
ni padre; el oro le abruma;
y pues de cualquiera modo
lo ha de derrochar, veamos
si ese galante episodio
tiene al ménos la virtud
de salvar un matrimonio.
Emilia está exasperada;
don Federico no es bobo,
y pudiera envenenando
la herida de su amor propio.....

ESCENA X.

LUISA. LA CONDESA. CARLOTA.
EL GENERAL.

Condesa. Luisa, ya está aquí tu hermosa
huéspedeta.

Luisa. Oh querida!

[Se besan.]

¿Cómo,
señor General, tan tarde?

General. No ha podido ser más pronto.
Me ha detenido el ministro
hablándome de negocios.....

Condesa. Ahora el negocio es bailar.
Á un lado serios coloquios,
y á la sala.—Venga usted,
Carlotita.

General. Vamos.....

Condesa. ¿Qué oigo!
Va usted tambien á bailar?

General. Yo? Un veterano..... y gotoso!

Condesa. Oh! pues donde hay tanta gente
se expondria usted.....

General. Con todo,
no ha de faltar un rincon
donde.....

Condesa. No: allí caben sólo
los precisos operarios.

General. (Voto á bríos!..) Señora...

Condesa. En otros
apuestos tendrá usted
juego, si gusta, periódicos,
conversacion, chimenea.....
Porque Carlota supongo
que bailará.

General. [Con poca voluntad.]

Sí.....

Condesa. Es muy justo
que luzca su talle airoso.

General. Y para eso ¿es menester condenarme á mí al divorcio?

Condesa. No; mas pertenece ahora á mi sociedad. Por cortos momentos renuncie usted al conyugal monopolio.

General. Señora.....

Luisa. La acompañamos la Condesa y yo. ¿No somos de fiar?

General. Sin duda; pero.....

[*Llega por el foro D. Federico.*]

ESCENA XI.

LA CONDESA. LUISA. CARLOTA. EL GENERAL. D. FEDERICO.

Condesa. Viene usted muy á propósito, don Federico.

Federico. [*Saludando.*] Señoras.....

Condesa. El General no está cómodo aquí. Condúzcale usted allá dentro...

General. (Hum!..)

Federico. [*Ofreciéndole el brazo, que toma de mal talante el General.*]

Yo me honro....

General. Obedezco la consigna.
(Yo voy á estar en un potro, mas será por poco tiempo: lo juro á Santiago apóstol.)

ESCENA XII.

LA CONDESA. LUISA. CARLOTA.

Condesa. Oh qué hombre! Ni respirar la deja á usted. Tan celoso, tan.... Pasará usted con él las penas del Purgatorio.

Carlota. No. Santo lazo nos une, y á su genio me conformo.

Luisa. Es justo. (Póbre muchacha!)

Condesa. Pero hace agravio notorio á su mujer el que así la vigila sin asomo de razon.....

Carlota. De su flaqueza me aflijo; no me sonrojo; que si falta á mi ventura la confianza de un esposo, de mi conciencia, señora, me conforta el testimonio, y como nacen de amor sus celos,.... se los perdono.

Luisa. [*Acariciándola.*]

Bien, amiga mía, bien!

Condesa. De tanta virtud me asombro y de tanta discrecion.
Ay! Otros dan en el polo opuesto, y la desdichada mujer entre dos escollos....

[*Siguen hablando aparte.*]

ESCENA XIII.

LA CONDESA. LUISA. CARLOTA. EL BARON.

Baron. (Quien diga que son manjar ligero, insípido y flojo las calabazas, se engaña. Pesando están en mi estómago las que me dió la Condesa como si fueran de plomo. Si otra no me desagravia, y presto, será un oprobio para mí.... Pero ¿qué veo! Allí está el lindo pimpollo que vi esta mañana en casa de Luisa. Qué cuerpo! qué ojos!.... Oh! la invitaré á bailar..... Á su lado está ese monstruo de crueldad.... Mejor! A sí verá que yo no me postro fácilmente.)

[*Á Carlota acercándose.*]

Señorita,
si fuese tan venturoso que bailase usted conmigo....

Carlota. No hay inconveniente.

Baron. (Oh gozo!)

Gracias.

[*Música dentro.*]

Ya llegó el momento....

Carlota. [*Tomando el brazo del Baron.*]

Bien.—Ah! el ramo...

[*Uno de flores naturales que llevaba en la mano.*]

Aquí lo pongo.

[*Lo deja sobre un velador.*]

Luisa. [*Á la Condesa.*]

Vienes tú?

Condesa. Voy á bailar.....

[*Vuelve D. Federico.*]

Luisa. Ah! bien.

[*Al Baron.*]

Déme usted su apoyo.

[*Toma el otro brazo del Baron y los tres desaparecen por la izquierda del foro.*]

ESCENA XIV.

LA CONDESA. D. FEDERICO.

*[Hablan muy rápidamente.]**Federico.* Bailamos?*Condesa.* Sí.*Federico.* Tengo ya la prueba que ofrecí.*Condesa.* Cómo!...*Federico.* Su rival de usted....*Condesa.* Quién es?*Federico.* Lucinda; la....*Condesa.* Sí. Oh bochorno!*Federico.* La va á regalar mañana....*Condesa.* Cielo!....*Federico.* Un alfiler...., él propio me lo ha dicho,—con su cifra. Lo verá usted por sus ojos mañana.*Condesa.* Dónde?*Federico.* En la ópera.*Condesa.* No me toca el turno.*Federico.* En otro palco. Cuente usted con él.*Condesa.* Sí, sí.*Federico.* Allí como en su trono, creyéndola á usted ausente, estará muy oficioso el Conde....*Condesa.* Basta.*Federico.* Qué infamia!*Condesa.* Oh!*Federico.* Qué falta de decoro!*Condesa.* Sí.—Bailemos.—Nadie entienda que inflama mi sangre tósigo mortal.*Federico.* Emilia!*Condesa.* Qué digo?

No con amargos sollozos, sino con júbilo inmenso debo acoger tan dichoso desengaño, pues mi dulce libertad por él recobro.

[Con risa convulsiva.]

Ja, ja.... Bailemos!

Federico. Oh Emilia!

Dueño de tanto tesoro él no lo sabe estimar; ¡y mira usted con enojo mi fe....

Condesa. No.*Federico.* ¿Qué oigo! ¿Podré amar....*Condesa.* Yo no se lo estorbo á usted.*Federico.* Ah!....*Condesa.* Basta! No estamos entre ciegos ni entre sordos.*Federico.* Yo....*Condesa.* La música se pierde.

Vamos, ó bailo con otro?

Federico. Oh! no.*Condesa.* (Oh sociedad tirana!

Llevo en mil pedazos roto el corazon....)

Federico. (Será mia.)*Condesa.* (Y risa miente mi rostro!)*[Al retirarse la Condesa y D. Federico por el foro, llega por la puerta de la derecha D. Eusebio.]*

ESCENA XV.

D. EUSEBIO.

¡Gracias, inmenso Poder, que un breve instante me zafo de la perdurable Safo que me diste por mujer! Como ya en el baile es cero, aunque dama de alta prez, jugando está al ajedrez con un literato huero. Yo en tanto sigo la pista de mi amada. Entrar la vi; luego se detuvo aquí.... No la he perdido de vista. Fué á bailar, no sé con quién, y ántes sobre aquel bufete dejó un lindo ramillete.... Este es: no hay otro. Oh mi bien!

[Se acerca, lo toma, lo besa con precaucion, y lo vuelve á dejar donde estaba.]

Qué hermosa está! Oh maravilla!... Para mi mayor tormento, dos veces y tres y ciento más hermosa que en Sevilla. ¡Oh Cielo, que mi alma ves presa de eterno martirio, tú sabes con qué delirio me arrojaría á sus pies!—Perdí por loco de atar mi terreno Paraíso.... Pero alguna vez, preciso, nos habremos de encontrar.—Ay cuitado! ¿Y para qué, si de otro es ya dulce prenda?—Mas temo que se sorprenda si de improviso me ve. ¿Cómo haría.... Ah! La memoria que guardo de su ternura, y hoy me cubre de amargura, si ántes de gozo y de gloria.... Esta pulsera, que ufano

[La saca del pecho.]

recibí de mi ángel bello porque del propio cabello

la tejió su linda mano;
único bien que me resta
de tanta ilusion perdida
desde la amarga partida
á los dos quizá funesta,
la servirá de reclamo.....
Supondrá que estoy aquí
luego que la vea..... Sí.
La pongo en el mismo ramo.

[*Lo hace.*]

Perfectamente se ajusta.

[*Mostrando la puerta de la derecha.*]

Bien. Desde allí observaré
despues el efecto.....

[*Dejando el ramo sobre el velador y
volviendo de pronto la cabeza.*]

Eh?

Nadie. Mi sombra me asusta!

[*Cesa la música.*]

Cesó el baile.—Aquí otra vez
vendrá... Y la otra? Ay! si lo sabe...
Volvamos ántes que acabe
la partida de ajedrez.

[*Vase por la puerta de la derecha y al
mismo tiempo aparecen por el foro
Carlota y el Baron, de bracero.*]

ESCENA XVI.

CARLOTA. EL BARON.

Baron. Qué bien baila usted! Oh!... ¡Y ágil...
Pesa ménos una guinda.

Carlota. No tal.

Baron. Y elegante! y linda!

Carlota. Gracias.

Baron. (Me flechó! Soy frágil.)

[*Soltando el brazo del Baron y acer-
cándose al velador.*]

Carlota. Mi ramillete.....

Baron. (Hechicera!)

[*Lo toma y se lo da.*]

Tome usted; mas su fragancia
es en usted redundancia.

Flores á la primavera?

Carlota. Estimo.....

[*Viendo la pulsera.*]

Ah!

Baron. Qué es eso?

Carlota. Nada.

(La pulsera..... Él!.... Está aquí!)

Baron. (Suspiró..... Será por mí?)

Carlota. (Dios mio!)

Baron. (Está atribulada.)

Hermosa!

Carlota. [*Sin oír al Baron y contemplantolo el
ramo.*]

(Oh grato recuerdo!...)

Baron. (Calla, en el ramo se embebe
y ni á mirarme se atreve....
Me ama! Sí, sí! El juicio pierdo.)
Un mismo dardo á los dos.....

Carlota. [*Volviendo de su arroboamiento.*]

Ah! (Este importuno.... Quisiera
guardarla sin que él lo viera....)
Permítame usted.....

[*Da un paso en direccion del foro y al
mismo tiempo lo atraviesan de derecha
á izquierda Micaela y D. Eusebio.*]

Ay Dios!

[*Retrocede, vacila algunos instantes,
y se desmaya, sosteniéndola en sus
brazos el Baron. El ramo cae al suelo.*]

Baron. Señorita!

Carlota. Ay!.... Yo..... fallezco.

Baron. Se ha desmayado.... No hay más!
Y de amor! Cielo!, me das
más de lo que yo merezco.
En un buen cuartito de hora
tiene el vals tanto poder....
¡Aquí quisiera yo ver
á la altiva senadora!....
No vuelve de su desmayo.
Llamaré.....

ESCENA XVII.

CARLOTA. EL BARON. EL GENERAL.

General. (Basta de juego.

Buscaré á Carlota, y luego....

Pero ¿qué veo! Mal rayo....

En brazos de un hombre está!)

[*Acercándose apresurado.*]

Apártese el mequetrefe!

Baron. Mire usted, y no me befe.

Se privó.....

General. (Lo fingirá?)

[*Relevando al Baron.*]

Venga! Mio es este censo.—

La apoyaré en esta silla.

[*La sienta en una y la sostiene.*]

Toque usted.....

[*Con voz de trueno al Baron, que
aturdido se acercaba á Carlota.*]

La campanilla!

Baron. Ah! sí.

General. Á ella, ni por pienso!

[El Baron tira del cordón de la campanilla.]

ESCENA XVIII.

CARLOTA. EL GENERAL. EL BARON. LUISA.
LA CONDESA. D. FEDERICO.

Condesa. Quién da voces? General!

Luisa. Carlota!

Federico. Baron!

Condesa. Qué es esto?

Luisa. Accidentada!

[Luisa y la Condesa acuden á socorrer á Carlota: aquella la abanica; esta le da á oler su pañuelo.]

Baron. [Á una camarera, que acude por la puerta de la izquierda.]

Agua presto!

[Vase corriendo la camarera y pocos momentos despues vuelve con agua.]

Condesa. Y cuál fué la causa?

General. Cuál?
Que hable ese caballero;
ese raptor depravado....

Baron. [En su voz natural.]

Perdone usted: no he pensado....

General. [Con voz estentórea.]

Á mí no se me alza el grito!

[Acuden algunos de los convidados de ambos sexos.]

Luisa. ¡Por Dios....

Baron. Quien grita es usted:
yo....

Condesa. Parece que respira.

Luisa. Carlota!

Carlota. Ah!....

General. Bramo de ira.

Luisa. El agua!

[Toma uno de los vasos que la camarera ha traído en una bandeja.]

Carlota. [Incorporándose.]

No tengo sed.

Luisa. No importa.

[Bebe Carlota.]

Federico. [Aparte con el Baron.]

¿Qué novelesco

lance....

Baron. Hablarémos.... Me adora!

Luisa. [Á Carlota, ayudándola á levantarse, dándole el brazo y dirigiéndose con ella á la puerta de la izquierda.]

Alza.—Ven conmigo ahora
á aspirar aire más fresco.

Carlota. (Ah!) Sí.

General. ¿Adónde....

Luisa. [Con gravedad.] Va conmigo.

General. Bien.

[Al retirarse Luisa y Carlota por la puerta de la izquierda llega por la de la derecha el Conde.]

ESCENA XIX.

LA CONDESA. EL GENERAL. EL BARON.
D. FEDERICO. EL CONDE. MICAELA,
D. EUSEBIO. DAMAS. CABALLEROS.

Conde. [Á D. Federico que le sale al encuentro.]

Qué ha habido aquí?

Federico. No sé.

[Hablan aparte.]

General. En tanto, yo ajustaré
mis cuentas con este amigo.

Baron. Yo....

Condesa. [Al General.]

Cálmese usted, le ruego.

[Á los curiosos.]

Señores, no ha sido nada....

Micaela. [Llegando con D. Eusebio por la puerta del foro.]

Dónde está la desmayada?

Condesa. [Á D. Federico en voz baja.]

Que toquen redora; luego!

[Vase corriendo D. Federico por el foro. Una de las damas indiferentes figura informar de lo ocurrido á Micaela.]

¿Qué tiene de singular
un desmayo.... Ruego á ustedes....

[Los curiosos se van retirando por el foro.]

General. [Paseándose encolerizado.]

(Yo le diré al Ganimedes....)

[Suena la música.]

Condesa. Ea, á bailar, á bailar!

[Desaparecen del todo los curiosos y vuelve á la escena D. Federico.]

ESCENA XX.

LA CONDESA. MICAELA. EL GENERAL. EL
CONDE. EL BARON. D. EUSEBIO.
D. FEDERICO.

General. [Al Baron.]

Vamos, pues, á nuestro asunto.
Sepamos.....

Condesa. No es para ahora
ni aquí el tratar...

General. Sí, señora.
El llanto sobre el difunto.

Baron. Veníamos ella y yo
de valsar.....

General. Valsar!.... Bien, sí.
Y por qué venir aquí?
y por qué se desmayó?

Baron. Dejó aquí un ramo de flores.....

Condesa. Cierto.

Baron. Y á buscarlo vino.—
Por lo que hace al repentino
desmayo.....

General. (Me dan sudores.)

Baron. Nuevo Atlante de otro Cielo,
en mis brazos la cogí.....

General. ¡Voto á briós.....

Baron. Si no es por mí,
da de bruces en el suelo.
Lo que otro cualquiera haría
yo, filántropo, con fe
más viva.....

General. Yo le daré
á usted la filantropía.

Condesa. Señor General!.....

Baron. Protesto.....

General. Aquí está el ramo maldito.

[Le coge del suelo.]

Conde. (Parece que el Baroncito
ha mudado de bisiesto.)

General. ¿Qué veo!.... Aquí un brazalete!....

Eusebio. (Cielos!)

General. Ya está usted convicto.

Baron. Cómo!....

General. *Fragrante delicto!*

Federico. (Oiga!)

Baron. Yo..... si..... El ramillete.....

Micaela. [Aparte á su marido.]

Calle!....

Condesa. (Esto pica en historia.)

Baron. Quizá esa prenda de amor
me iba á dar cuando.....

General. Oh furor!

Condesa. Señor General!

Baron. (Oh gloria!)
[Medita en silencio.]

Conde. [Al General.]

La apariencia nos engaña

muchas veces.

Eusebio. (¡Quién creyera.....)

Condesa. (¿Será cierto.....)

Micaela. [Aparte á D. Eusebio.]

¡Una pulsera
en el ramo!.... Cosa extraña!

General. [Al Conde.]

Calla..... Cavila.....

Conde. No obstante.....

General. La conciencia le remuerde.

Baron. (Es tan linda!.... ¿Qué se pierde....
La Condesa está delante.....)

General. Habla usted? Oh! ya se apura
mi paciencia.....

Baron. El accidente
fué casual. Está inocente
esa amable criatura.
Lo primero es su decoro.

General. Eh!....

Conde. ¿Quién duda.....

Condesa. Se supone...

General. Eso no quita ni pone.....

Baron. [Con entusiasmo.]

Mi General...., yo la adoro!

General. ¡Ira de Dios.... ¡Y se atreve
á decírmelo en mi cara!

[El Conde y D. Federico contienen al
General.]

Baron. Por qué no?

Condesa. [Al Baron.] Usted no repara.....

[Cierra la puerta del foro.]

General. Beberé su sangre aleve.

Conde. Está loco.

Federico. Algun error.....

General. Oh! la bilis me rebosa.

Baron. Quizá no sea la hermosa
indiferente á mi amor.

General. ¡Por vida.....

Baron. Quizás á mí
la inclina su simpatía....;
pero ello es que todavía
no me ha dado el dulce sí.

Condesa. Mire usted.....

Baron. No miro nada.

Mi deber de caballero
sabré cumplir.

General. Eso quiero.

Federico. (Va á hacer alguna trastada.)

Baron. Por dicha.....

Conde. (Yo no concibo.....)

Baron. Tan sagrada obligacion
es grata á este corazon
tierno y comunicativo.—
Soy título de Castilla.....

General. Eh!....

Baron. Soy baron del Manzano;
y pues á todo me allano
y en mi nombre no hay mancilla,

vuelva á ese pecho la calma.....

General. Eh?

Baron. Y acabe esta contienda.....

General. Hum!

Baron. Dándome usted la prenda
que me ha cautivado el alma.

General. [*Fuera de sí y conteniéndole apenas
el Conde y D. Federico. Cesa la
música.*]

Insolente!

Micaela. ¡Petición
singular!

Baron. Pero ¿es delito.....

General. [*Á D. Federico pugnando por des-
sirse.*]

Déjeme usted! Necesito
tirarle por un balcon.

Baron. Puedo hacer más, Dios eterno?

[*De rodillas.*]

Déme usted la blanca mano
de su hija, padre tirano.
Tan malo soy para yerno?

[*Los circunstantes no pueden reprimir
la risa.*]

Micaela. ¿Padre!....

Conde. Alce usted, temerario!

[*Al General.*]

Su error se ha mostrado ya.

Baron. Es que si no me la da,
la saco por el vicario.

Condesa. Eh! basta.

[*Al General.*]

Es un aturdido.

[*Al Baron.*]

No es su padre.

Baron. Ah! ¿No es usted
padre.....

General. ¿Qué padre ni qué
demonio? Soy su marido!

Baron. [*Cortado.*]

Perdon!.... Con mucha salud
lo sea usted..... Me engañó
la..... (Soy fatal!) ¿Qué sé yo.....
La inverosimilitud.

[*Nuevo movimiento amenazador del
General contenido por el Conde.*]

No es decir que usted no sea
digno..... (estoy estupefacto)
del nudo..... En fin, me retracto
delante de esta asamblea.
Yo ignoraba..... Un *quid pro quo*....
Hay ilusiones que engañan.....
Lo ve usted? Todos se ríen.....

Ria usted tambien....; y yo!

[*Hace por reirse.*]

Abur. Aquí no se valsa.....

[*Al General.*].

Conque nada de anatema,
eh?—Soy de ustedes.

[*Mirando de reojo á la Condesa al
marcharse por el foro.*]

(Me quema
con esa risita falsa.)

ESCENA XXI.

LA CONDESA. MICAELA. EL GENERAL. EL
CONDE. D. EUSEBIO. D. FEDERICO.

General. Oiga usted!....

Conde. No más querella,
pues no obró de mala fe.

Condesa. (Gracias á Dios que se fué!
Ahora acudamos á ella.)

ESCENA XXII.

MICAELA. EL GENERAL. EL CONDE.
D. EUSEBIO. D. FEDERICO.

Conde. Es dar sobrada importancia
á esos muñecos de feria
el tomar por cosa seria
su risible petulancia.

General. Siempre es serio para mí,
que tengo el alma en su puesto,
lo que afecta á mi honra; y esto
no se ha de quedar así.

Micaela. Á una joven verecunda
creyó ofrecer alma y vida,
núbil sí, pero no uncida
á la marital coyunda.
Así pues.....

General. Vaya al infierno!
Mataria yo á una hija
antes que tal sabandija
consiguiera ser mi yerno.

Micaela. [*En voz baja á D. Eusebio, mientras
hablan aparte con el General el Conde
y D. Federico.*]

Mira lo que es un enlace
desigual. Pobre señor!
siempre en continuo terror.....

General. Pero mi mujer ¿qué hace?

Conde. Adentro..... (¡ Ahora me alborota
la casa otra vez!)

General. Entremos.....

Conde. Bien; pero ¡ nada de extremos!
Calma.....

ESCENA XXIII.

MICAELA. EL GENERAL. EL CONDE. DON
FEDERICO. D. EUSEBIO. LA CONDESA.

Conde. Dónde está Carlota?

Condesa. No hay cuidado.

General. (Horrible noche!)

Conde. (Sobre él va ahora el nublado.)

Condesa. Se repuso, y se ha marchado.

General. Con quién?

Condesa. Con Luisa en su coche.

Eusebio. (Ah!)

General. Qué desórden es este?

Pero, ya se ve, en la corte
estamos, y aquí el consorte
es un cero, un..... Mala peste!....

Condesa. Como estaba usted furioso....

Conde. Por precaucion.....

General. ¡Voto á san.....

¿Piensan ustedes que están
tratando con algun oso?
En mis afectos vehementemente,
ocultarlos tengo á mengua
y nunca dice mi lengua
lo que el corazon desmiente;
mas no es tal mi vandalismo
que ignore, aunque jure y riña,
lo que se debe á una niña,
lo que me debo á mí mismo.
No dudo de su honradez;
mas si otra fuese mi estrella,
no me vengaria de ella
como un villano soez;
que nunca mi frenesí
será tanto—lo sé bien—
que hiera alevoso á quien
no me pueda herir á mí,
y es ley de honor temeraria
lavar con mano homicida
la afrenta no merecida
con la ruindad voluntaria.

Conde. Esa máxima es la mia,
y sin pecar de celoso.....

General. Yo sí.

Condesa. (Qué alma! Á ser mi esposo
creo que le adoraria.)

General. No concibo amor sin celos,
como no sea el amor
que tendrán al Criador

los ángeles de los Cielos;
y con inmensa ternura
á mi mujer quiero yo;
que para algo nos echó
las bendiciones el cura;
ni yo soy, ni puedo ser,
ni hay fuerzas que á ello me venzan,
de aquellos que se avergüenzan
de adorar á su mujer.

Condesa. (Oh Dios mio!)

Eusebio. (Oh justo cielo!)

General. Libre ella, libre yo fui
cuando nos dimos el sí
y nos cubrió el santo velo;
y no adquirimos la gracia
de ser el uno del otro
para gemir en el potro
de la yerta diplomacia;
y es natural y evidente
que la mujer que elegí
la quiera yo para mí;
para mí exclusivamente.
No es mucho con tal belleza
que me la codicie alguno;—
ni que al galan importuno
le rompa yo la cabeza. —
Nada de esto es de buen tono;
mas yo no supe jamás
remedar á los demas;
que soy hombre; no soy mono.
Muchos se reirán de mí;
pero huyendo de Castilla
diré á la torpe cuadrilla
que suele afrentarla así:
si cede á embates tan recios
el hombre sencillo y probo;
si han de dominar el globo
tunos, coquetas y necios,
prefiero la soledad
del valle, el monte y la selva.
Adios! No espereis que vuelva.
Dios salve á la sociedad!

[Se retira apresurado: la Condesa y el
Conde hacen un movimiento para de-
tenerle, pero en vano; cada interlocu-
tor muestra en su rostro y ademanes,
segun su carácter respectivo, la viva
impresion que le han causado los últi-
mos versos; toca dentro la música y
cae el telon.]

ACTO TERCERO.

Jardin con arbolado en casa de Luisa. Á la derecha la fachada interior de la casa, con dos pisos, persianas en ambos y la puerta que da al jardin: al mismo lado una mesa rústica y á su inmediacion asientos de la misma clase: adornos de jardin á la izquierda ad libitum: arboleada en el foro, que se extiende de una línea de bastidores á la otra y en el último término una verja abierta.

ESCENA I.

LUISA. LA CONDESA.

[*Aparecen besándose. La Condesa acaba de entrar.*]

Condesa. No dirás que no te quiero cuando vengo de trapillo á tu casa.

Luisa. Aunque en el alma tu puntualidad estimo, por tu interes te he llamado, Emilia; no por el mio.

Condesa. Convidados nos tenías á almorzar á mi marido y á mí para hoy....

Luisa. Es cierto, y al señor don Federico, y á Micaela y su esposo y al bolsista consabido. Tengo huéspedes en casa. Con tan plausible motivo....

Condesa. Ya comprendo; pero si ántes de una hora era preciso el vernos, ¿por qué me llamas con urgencia.... Ah! ya adivino.... La escena de anoche.... Dime: qué es de Carlota? ¿qué ha dicho el General? se han hablado? ¿se disolverán los vínculos....

Luisa. No lo sé. No han vuelto á verse. Con lágrimas y suspiros que está inocente me jura Carlota; mas del sombrío silencio del General, de su genio tan arisco, tan suspicaz, tan indócil nada bueno pronostico.

Condesa. Silvestre es el veterano y áspero como un erizo, mas ¡qué corazón tan noble! Si tú le hubieras oído anoche....

Luisa. En fin, ya veremos. Trabajaré con ahinco ~~por restituir~~ por restituir la paz y la dicha que ha perdido

á ese infeliz matrimonio; y aún á otro.... Hoy me dedico á obras de beneficencia conyugal, aunque no aspiro á la gloria de filántropa, como el Baron....

Condesa. ¡Qué ridículo personaje!

Luisa. Mas por ti, amiga mia, principio, porque te amo, y porque acaso necesitas mis servicios más que otros....

Condesa. Soy desgraciada!

Luisa. Lo sé; y estás en peligro de serlo aún más.

Condesa. No es posible. Encenagado en el vicio, mi marido me abandona; me sacrifica el indigno á una infame aventurera....

Luisa. Es verdad.

Condesa. Seré el ludibrio de la corte.

Luisa. Lo serás si no oyes, Emilia, el grito de tu deber y la voz de tu amiga.

Condesa. No concibo....

Luisa. No me engañes ni te engañes á ti misma. Ya conmigo es ocioso el disimulo. Las culpas de un fementido ~~consorte~~ *consorte* podrán herir tu amor propio y ser suplicio de tu corazón; podrán sellar tu rostro marchito con la huella del dolor; pero alzar podrás altivos los ojos; que sólo humillan infortunios merecidos. Mas si oyes las sugerencias del orgullo, y en inicuo pacto venganza y lisonja rompen como frágil vidrio el escudo de tu honor, ay de ti! La suerte quiso que para nosotras fuese

en semejantes conflictos
 ménos triste y dolorosa
 la impunidad que el castigo.
Condesa. Buen Dios!
Luisa. Sosiégate, Emilia.
 Por dicha, los extravíos
 de un marido no son siempre
 irreparables. Yo insisto
 en que el Conde todavía
 guarda en su pecho vestigios
 del amor que le inspiraste.
 Vela por ti mi cariño
 desde ayer, y á Su Excelencia
 preparo un golpe imprevisto
 que á ti te venga, y acaso
 le corrija á él.
Condesa. Dios mio!
 ¿Será posible..... Ah! te engaña
 la amistad.....
Luisa. No. Pero exijo
 de ti.....
Condesa. Pídeme la vida.....
Luisa. No es tan grande el sacrificio.
 Hay un seductor protervo
 que con máscara de amigo
 proyecta tu perdicion.....
Condesa. No tal. ¿Quién.....
Luisa. Don Federico.
 No me lo niegues. Sagaz,
 perseverante y asiduo,
 de los excesos del Conde,
 que halaga quizás él mismo,
 de tu mujeril flaqueza....;
 de todo saca partido.
Condesa. No temas. Le oigo.... y no más.
 Yo evitaré un compromiso.....
 Me ama; es verdad; pero yo.....
Luisa. Tú amas sólo á tu marido;
 y de tus celos, no obstante,
 el desgarrador martirio,
 si mi consejo no tomas
 te arrastrará al precipicio.
Condesa. Luisa!
Luisa. Es forzoso, es urgente
 hacer levantar el sitio.
Condesa. ¿Cómo.....
Luisa. Con un pasaporte,
 pero en regla, al enemigo.
Condesa. ¿Y qué pretexto daré.....
Luisa. Pretexto! Estás en tu juicio?
 ¡Pretexto para alejar
 de tu lado á un libertino
 que fragua tu deshonor!
Condesa. Para él no lo necesito;
 mas querrá saber el Conde
 por qué causa le despido;
 y ni á callar la verdad
 ni á decirle me resigno;
 que con callarla me culpo
 y con decirle me humillo.
Luisa. Disculpo en tu situacion
 tan singular raciocinio,
 y mejor será que sola

me dejes mover los hilos
 de mi trama, por tu bien
 urdida. Sólo te pido
 que te dejes conducir
 al puerto cuando propicio
 sople el viento.—Pero el tiempo
 se pasa, y aunque muy lindo,
 tu modesto *negligé*
 no conviene á mis designios.
 Á la más alta hermosura
 no perjudica el auxilio
 del tocador.

Condesa. ¿Tocador
 para él? Tiempo perdido!
Luisa. No tal.
Condesa. Volveré á mi casa.....
Luisa. Es inútil. Yo he provisto
 á todo.—Sube á mi cuarto.—
 Al momento soy contigo.

ESCENA II.

LUISA.

¡Cuánto será mi placer,
 buen Dios, si hoy los reconcilio.....
 Sí, lo espero.—Mas ¡la pobre
 Carlota.....! El pobre Merino.....
 Difícil es..... Oh Himeneo!
 ¿Qué mucho si envilecido
 te ves, cuando tantos votos
 necios, fatales, sacrílegos
 se pronuncian en tus aras?
 Venturosa yo, bendigo
 tus lazos; mas contagiada
 no estoy del vil egoísmo
 que corrompe y gasta y pierde
 la sociedad en que vivo,
 y mi corazón.....

ESCENA III.

LUISA. MARTIN.

Martin. [Viniendo de la casa.]

Señora.....

Luisa. Qué hay?

Martin. Guillen pide permiso.....

Luisa. Ah! sí, el criado del Conde.....
 Voy.....

[*Martin vuelve á entrar en la casa.
 Déjanse ver hácia la izquierda del
 foro en direccion al proscenio el Ge-
 neral y Micaela.*]

Por entre aquellos tilos
 en animado coloquio
 á Micaela distingo

y al General; vendrá el Conde,
y arriba.... El Cielo benigno
nos alumbra á mí y á todos
en tan ciego laberinto.

ESCENA IV.

MICAELA. EL GENERAL.

General. Sí, señora, ella es honrada
y el Baron un zascandil;
mas se verá bloqueada
de otros ciento y otros mil.
En continuo sobresalto
viviré con tal jauría;
que á un asalto y otro asalto
Gibraltar se rendiria.

Micaela. Eh! destierre usted del alma
tan siniestro vaticinio; *predicción*
que si pierde así la calma
es seguro su exterminio.
risa Cierta es que en este Madrid
hay mil riesgos, mil escollos,
y es muy desigual la lid *combate*
con una legion de pollos;
pero obrando con cordura....
Lo malo es...., y no me riña
usted si hablo con lisura....

General. Qué?

Micaela. Que ella sea tan niña.

General. Niña! La que no lo fué
para el propio bienestar
¿lo será para la fe
que me juró en el altar?
Niña! Cuando esa hermosura
mi mano aceptó y mi lecho
¿le puse yo por ventura
algun puñal en el pecho?
¿Y esto saca á colacion
la que con tal regocijo
dió su albedrío á un garzon
que pudiera ser su hijo!

Micaela. Me lleva usted doce ó trece
Octubres, y no se asombre....

General. Eh! la mujer envejece
veinte años ántes que el hombre.

Micaela. Sí, la que sólo es bonita
pronto en el olvido yace;
mas la mujer erudita....

General. Es vieja desde que nace.

Micaela. Blasfemia! Á la poesía
la senectud nunca embiste.
Aun pintan moza á Talía,
y ha treinta siglos que existe.

General. Delirios! ¿Qué privilegio
da Apolo ni su academia....

Micaela. Mi....

General. Usted será del colegio.

Micaela. Yo....

General. Es general la epidemia.

Micaela. Bah! yo mi vida no abrevio

con tan funesto presagio.
Mi amante y leal Eusebio
se librará del contagio.

General. Cómo no está por aquí?

Micaela. Á cobrar fué una libranza....
Pero no vive sin mí....

General. Hum!

Micaela. Vendrá aquí sin tardanza.

General. Aflojele usted la rienda,
y algun dia llorará....

Micaela. Sujete usted á su prenda,
y el diablo la soltará.

General. Ay! el diablo nos azora *lenguaje*
en la puente y en el vado,
porque el mal está, señora....

Micaela. En qué?

General. En habernos casado.

Micaela. Yo....

General. Perdida, oh cielos! anda

por aldeas y ciudades
la institucion veneranda
de que ambos somos cofrades.
Ni vale á un triste consorte
que en nobleza y en caudal
exceda y en gala y porte
al preferido rival.
Y si en el florido Mayo
á tantos llega su vez,
¿cómo librarse del rayo
la desolada vejez?

Micaela. (Me hace temblar!)

General. No es mentira:

parece obra del demonio
segun el mundo conspira
contra el santo matrimonio.
Nunca falta un ciudadano
que audaz nos ronde la puerta,
¡y nunca hay un buen cristiano
que del riesgo nos advierta!
Qué mucho? ¿La propia fama
pende de ajeno deslíz,
y ridículo se llama
al que sólo es infeliz!—
El espíritu celebran
de asociacion muchas gentes....;
¡no los cuitados que quiebran
por crédulos é inocentes!
Mi razon no lo recusa,
aunque por acá no pruebe;
pero de todo se abusa
en el siglo diecinueve.
Por todas partes pululan
las empresas de seguros,
y unas á otras se estimulan....
para sacarnos de apuros.
Seguros contra granizos,
y en pro de vidas y haciendas,
y de méritos postizos
que husmean ricas prebendas:
seguros hay de valor
entre cuatro fanfarrones,
y aún de probidad y honor
entre esbirros y ladrones:

seguros para el talento,
que en la corte de Castilla
dan diploma de jumento
al que no es de su pandilla;
y en fin—¡tiempos corrompidos!—
la sociedad que se ve
más en auge, ay! es la de....
seguros contra maridos.

Micaela. Sí, por desgracia es muy cierto;
cunde demasiado el mal,
y aunque yo estoy á cubierto
de tan recio temporal,
si no obra Dios un portento
en favor del Catecismo,
al séptimo sacramento
amenaza un cataclismo.
La corrupcion inmoral
triunfa; la virtud emigra....
Al arma, mi General!
El matrimonio peligra!—
Mas me ocurre un pensamiento
luminoso, singular....

[Viendo aparecer á Luisa por la puerta de la derecha.]

Ah! Luisa! En mejor momento
no pudiera usted llegar.

ESCENA V.

MICAELA. EL GENERAL. LUISA.

Luisa. [Acercándose.]

De qué se trata?

Micaela. Se trata
de nuestra causa comun.
La inspiracion me arrebató!
Cuento con usted?

Luisa. Segun.

Micaela. Vista la guerra insolente
y el osado merodeo
de que es víctima inocente
la coyunda de Himeneo;
visto que gente baldía
contra nosotros se asocia
y como vil mercancía
con nuestra mengua negocia;
y, romano ó visogodo,
no hay fuero que la escarmiente,
porque siempre encuentra modo
de cubrir el expediente;
pues, rota al pudor la valla,
el que es sabedor del fraude
ó alza los hombros y calla,
ó tal vez rie y aplaude;
visto, en fin, que no hay poder
que sin apoyo se ejerza;
pues se sabe, y no de ayer,
que en la union está la fuerza;
ya que contra la hermandad

los libertinos impuros
han formado sociedad
de recíprocos seguros,
asociémonos tambien,
y no haya tregua ni canje.
¡Veremos quién vence á quién,
falange contra falange!

General. Esa es la feliz idea?

Micaela. Sí, unamos nuestros destinos
y á tan augusta asamblea....

General. No diga usted desatinos.

Micaela. ¡Desatino una pragmática
que salve á la gran familia
con la doctrina homeopática
de *similibus similia*!
¡Desatino un teorema
en que aplico al Himeneo
y al celibato el sistema
del equilibrio europeo!

General. No hay pragmática que importe
ni teoría nueva ó vieja
si ve ó recela un consorte
que le vende su pareja.
Fuente de males eternos
fuera ese vano equilibrio,
que acabaría de hacernos
mofa del mundo y ludibrio.
Seguros! Quién tal pensó?
Para el que caiga en la red
dos caminos veo yo,
y ninguno es el de usted.
Ó cortar con fuerte mano
el nudo del matrimonio,
como hizo con el gordiano
aquel bravo macedonio;
ó cerrar á la evidencia
los ojos y los oidos
y llevarlo con paciencia
como hacen tantos maridos.
Luisa. Oh! no diga usted locuras.
Carlota le guarda fe.
¿Á qué soñar desventuras
cuando....

General. Quizá soñaré;
mas Madrid me tiene en vilo,
señora.

Luisa. Es posible!

General. Sí,
y yo no estaré tranquilo
hasta que salga de aquí.

Luisa. No es tan perversa la corte
como....

General. Sí!—Voy ahora mismo
á pedir un pasaporte.
Me condeno al ostracismo.
Aquí no vive un casado;
aquí.... Me daré de baja....

Luisa. ¿Cómo....

General. Renuncio al Senado;
y si es preciso, á la faja.

Micaela. ¿Y deja usted á la bella
Carlota....

General. Dejarla? No!

Pues ¡eso quisiera ella!

Irá adonde fuere yo.

Luisa. ¿Y adónde irá usted....
General. No sé....

Muy léjos: á Filipinas....

No; allí hay poblacion. Me iré....
á las islas Chafarinas.

ESCENA VI.

LUISA. MICAELA.

Luisa. General!

Micaela. Pobre intelecto!
Ese hombre es una marmota.
Pues ¿no es mejor mi proyecto....
Eh?

Luisa. [Sin prestar atencion.]

Cierto. (Infeliz Carlota!)

Micaela. Voy, voy á extender las bases
arriba sin dilacion.
Con permiso....

[Para sí y entrando en la casa.]

Cuatro frases
por via de introduccion....

ESCENA VII.

LUISA.

Aquel se va furibundo,
esa á escribir disparates,
el otro.... Vamos, el mundo
es una casa de orates.

ESCENA VIII.

LUISA. D. LUCIANO.

Luciano. [Apareciendo por la puerta de la derecha.]

Luisa!

Oh don Luciano!

Luciano. Estoy

en grande. Recibirá
muy en breve Su Excelencia
su pasaporte formal,
si ya no lo ha recibido.

Luisa. De veras? Muy eficaz
ha sido usted. ¿Y se trata
de despedida verbal....

Luciano. No; por escrito. Yo propio
dicté la carta.

Luisa. Eso más!

Luciano. Sí; soy ya en aquella casa
un autócrata, un sultan.
Se ha lucido el señor Conde!
Con toda su vanidad

¡verse.... Á usted debo mi triunfo,
y gracias le vengo á dar....

Luisa. No á mí; al oro....
Luciano. No me hubiera

ocurrido á mí jamás
la idea.... Ah! tambien, Luisita,
aunque lo siento en verdad,
vengo á suplicar á usted
que no me espere á almorzar.
Me convida la limeña....

Luisa. Sí? (Caro te costará.)
Gran fineza!

Luciano. Es muy rumbosa.

Yo le voy á regalar,
á fuer de hombre agradecido,
el precioso *charaban*
que recibí de París
hace ocho dias, y un par
de yeguas anglo-sajonas
que valen un dineral.

Luisa. Bravo! Pero mire usted
que en breve se arruinará
si prosigue....

Luciano. No hay cuidado.

Gastaré la cantidad
para este fin presupuesta,
y fuera de ella ni un real.

Luisa. Siendo así.... Conque ¿hasta en eso
calcula usted....

Luciano. Claro está.

Ó soy hombre de negocios,
ó no lo soy.—Además,
necio fuera en arruinarme
por un capricho fugaz.
Ha podido la criolla
mis sentidos fascinar;
pero el corazon.... Ay! ése....

Luisa. [Interrumpiéndole.]

Almorzará usted allá
mejor que aquí, y estaremos
todos con más libertad.

Luciano. Con más libertad!

Luisa. Sí; el Conde
va á ser hoy mi comensal.

Luciano. Oiga!

Luisa. Y para ambos sería
desagradable manjar
la presencia....

Luciano. Yo no temo
ver cara á cara á un rival.

Luisa. Pero á mí no me está bien
que haya en mi casa lugar
á escenas.... Por otra parte,
tambien Emilia vendrá....

Luciano. Ah!

Luisa. Ya ve usted.... Y otros dos
matrimonios....

Luciano. Cuáles? Ah!

Micaela y don Eusebio,
Carlota y el General.

Luisa. Y yo tambien soy casada.

Luciano. Ah!.... Cierto. Es particular!

Un congreso de casados!
Luisa. Sí, una fiesta conyugal,
 en la cual sería usted
 profano.
Luciano. Sí?
Luisa. Tengo un plan....
Luciano. ¡Un plan....
Luisa. Ni á usted le conviene
 roce tan perjudicial....
Luciano. Sí, sí; evitemos el riesgo
 de que me tiene Satan
 á entrar en la cofradía
 y á ser.... Abur.
 [Se va por la casa.]

ESCENA IX.

LUIA.

Lo serás!
 Justamente entre los necios
 que yo conozco no le hay
 de un corte más á propósito
 para esa calamidad.

ESCENA X.

LUIA. EL BARON.

Baron. [Llegando por el foro.]
 Amable Luisa!
Luisa. Quién llega?
 (El Baron! Otro que tal.
 ¿Cómo se atreve....)
Baron. Señora,
 usted disimulará
 que á una hora intempestiva
 venga.... Pero es natural
 mi impaciencia....
Luisa. Temerario!
 (Si no le hago despejar
 pronto, va á comprometerme....)
Baron. ¿Qué escucho! ¿Es temeridad
 la tierna solicitud
 con que me vengo á informar
 de la salud....
Luisa. De quién? Pérfido!
Baron. De usted...
Luisa. No! de otra...
Baron. Yo... Cuál?
Luisa. Una víctima infeliz.
 ¿Se viene usted á gozar
 en su llanto?
Baron. Oh Dios! Carlota....
 ¿Llora por mí esa beldad
 sujeta al bárbaro yugo
 de un marido montaraz,
 de un....

[Bajando la voz.]

Está aquí el veterano?

Luisa. No, pero pronto vendrá.
Baron. No importa. Soy caballero:
 no la debo abandonar.
Luisa. ¡Y que haya aquí un lance trágico...
Baron. No. Desarmaré sagaz
 la cólera del marido.

[Sonriéndose.]

Con ellos hay que guardar
 miramientos.... Eh? Por eso
 no se deshonra un galán.
Luisa. (Botarate!) Pues con él
 no es fácil capitular.
Baron. Ba, ba!
Luisa. Ha jurado cortarle
 á usted las orejas.
Baron. Bah!
 (Zape!)
Luisa. Y aún si fuera él solo....
 ¡Huya usted de aquí, hombre audaz,
 hombre peligroso!
Baron. Calle!....
 ¡Peligroso....
Luisa. ¿Dónde está
 la filantropía?
Baron. Pero,
 si no es sólo el General,
 ¿quién es.... el otro....
Luisa. El marido
 de Emilia.
Baron. El Conde!
Luisa. Pues. Ay!
 todo lo sabe.
Baron. Sí? Y ella....
Luisa. Otra víctima fatal!
 Y hoy viene á almorzar aquí....
Baron. Él, ó ella?
Luisa. Ambos á la par....
 Libreme usted de un conflicto....
 dos conflictos...; tres quizá!
Baron. Tres? Pues ¿cuál es el tercero?
 (¡No es nada de ayer acá
 lo que he crecido!) ¿Cuál es....
Luisa. No sé; pero si mi paz
 le interesa á usted....
Baron. (¡Ay, ella
 también! Un terno cabal.)
Luisa. Váyase usted pronto, pronto.
Baron. Oh Luisa!....
Luisa. Siento parar
 un coche....
Baron. Adios!—Por la verja?
Luisa. No!
 [Mostrándole la puerta interior.]
 Por allí.
Baron. Adios!....
Luisa. No más!
Baron. (Soy peligroso!.... De gloria
 no quepo en la capital.)

ESCENA XI.

LUISA.

Gracias al Cielo! Un estorbo
ménos.—El Conde será.....

[*Aparecen por el foro el Conde y don
Federico.*]

Cierto, con su fiel Acátes.
No me dejan respirar!

ESCENA XII.

LUISA. EL CONDE. D. FEDERICO.

Luisa. Muy bien venidos, señores.

Conde. Luisa.....

Federico. Señora.....

Luisa. (Ahora es ella!)

Conde. En el jardín y tan bella!
Tendrán envidia las flores.

Luisa. Siempre galante!

Conde. ¿Qué tal
desde anoche?

Luisa. Bien.

Conde. ¿No ha habido
consecuencias..... No me olvido
del bueno del General.

Luisa. Por ahora hay paz.

Conde. ¿Y dónde.....

ESCENA XIII.

LUISA. EL CONDE. D. FEDERICO. MARTIN.

Martin. Señora.....

Luisa. ¿Qué hay?

Martin. Un criado
este billete me ha dado.....

Luisa. [*Tomándole y viendo el sobre.*]

Es para usted, señor Conde.

[*Le da el billete.*]

Martin. [*Al Conde.*]

Estuvo en casa de ucencia.....

Conde. Ya hace rato que salí.

Martin. Y le dijeron que aquí.....

Conde. Cierto. (Es de ella.) Con licencia....

ESCENA XIV.

LUISA. EL CONDE. D. FEDERICO.

Luisa. Voy....

Conde. Se va usted? No es razon...

Luisa. Tengo que hacer... Vuelvo al punto.
(Por si es lo que yo barrunto
estaré en observacion.)

ESCENA XV.

EL CONDE. D. FEDERICO.

Conde. [*Abriendo la carta.*]

Es de Lucinda; que ya
su letra me es conocida.
Se mostrará agradecida
al obsequio.....

[*Lee para sí.*]

Federico. Claro está.

Conde. [*Representando y leyendo alternativa-
mente.*]

¿Qué es esto?

Federico. No es de ella?

Conde. Sí.—

Me despide con rigor.—

Cierra su puerta á mi amor.....

Federico. Cómo!....

Conde. Estoy fuera de mí.

No soy el mismo de ayer?

Federico. (Luciano!....)

Conde. ¡Á tanto se atreve.....

Me vengaré.

Federico. Eso es aleve.

Conde. Mas ¿cómo.... Oh rabia! Es mujer!

Federico. Cierto. (No sería malo
que un nuevo escándalo diese.)

Conde. [*Estrujando la carta.*]

¡Si yo al rival conociese

á quien debo este regalo!....

Federico. Quizá..... (Perdone el bolsista.)

Conde. Eh?

Federico. De uno sospecho yo.....

Conde. ¿Quién?

Federico. No ha mucho se jactó
de haber hecho esa conquista.

Conde. [*Furioso.*]

¿Quién?

[*En voz baja viendo que vuelve Luisa.*]

Silencio!

[*Guarda la carta.*]

ESCENA XVI.

EL CONDE. D. FEDERICO. LUISA.

Luisa. Señor Conde,
hablarle á usted me es preciso
á solas, si da permiso
el señor de Vaamonde.

Conde. ¿Qué ocurre?

Federico. Con mucho gusto.

Conde. Soy con usted al instante.

Federico. Soliloquiaré ambulante
entre la flor y el arbusto.

ESCENA XVII.

LUISA. EL CONDE.

Luisa. La franqueza es mi divisa,
Conde. Oiga usted sin enojo
 lo que á decirle me arrojo.....
 con harto disgusto.

Conde. Luisa!
Luisa. Lo sé todo. Es vano intento
 negarme usted.....

Conde. ¿Qué razon.....
Luisa. Yo veo su corazon,
 yo leo su pensamiento.
 Desdeñoso hasta el insulto
 con Emilia.....

Conde. ¡Yo.....
Luisa. Sí tal.
 Á una hermosura venal
 daba usted indigno culto.

Conde. ¡Yo... ¿Quién... (Estoy en un potro.)
Luisa. Y ella por vil interes,
 obrando como quien es,
 le ha dejado á usted por otro.
Conde. (Pérfida!)
Luisa. Y á usted le espanta
 lo que ya esperar debía,
 y desafiar queria
 al necio que le suplanta.

Conde. Señora!....
Luisa. Torpe querella!
 Semejante mujercilla
 ¿merece que haya en la villa
 un lance serio por ella?
 ¿Hay ley que á los hombres mande,
 de una buscona al antojo,
 por vengarse de un sonrojo
 caer en otro más grande?
 Y sobre ese vituperio.....
 Yo siento no ser más suave,
Conde. mas la herida es grave
 y necesita cauterio.—
 Y sobre hacer tal niñada
 la hacía usted de tal modo,
 que iba á arrastrar por el lodo
 su fama nunca manchada.

Conde. Es posible!....
Luisa. Sí, señor.
 ¿No es triste fatalidad
 que sea la vanidad
 más celosa que el honor?

Conde. Cómo!....
Luisa. ¿Á quién para testigo
 de ese temerario duelo
 elegia usted! Oh cielo!....
 Á su mayor enemigo!

Conde. ¿Don Federico! Oh sorpresa!
Luisa. Sí, le engaña á usted, le vende.
Conde. Él!
Luisa. Ya ha dias que pretende
 seducir á la Condesa.

Conde. Traidor! En su sangre aleve.....
Luisa. ¡Sí; y ruende el honor de Emilia

y el de una ilustre familia
 por las lenguas de la plebe!
 ¡Y ella.....

Conde. Es inocente, sí;
Luisa. pierde el tiempo quien la hostiga.
 Yo respondo de mi amiga
 como pudiera de mí.—
 Y aquí para entro los dos,
 con un marido tan loco,
 en ser buena no hace poco
 para el mundo y para Dios.

Conde. Es verdad! No hice justicia
 á su mérito; falté.....
Luisa. ¡Y ahora se la hace usted
 porque otro se la codicia!
 He aquí lo que es el hombre!

Conde. Oh Luisa!.... Mas ¿sin castigo
 quedará el infiel amigo.....
Luisa. No, por vida de mi nombre!
 Lo tendrá, y muy ejemplar
 con ver, como no lo dudo,
 más estrecho y firme el nudo
 que esperaba desatar.

Conde. Oh! sí, sí; con fe sincera
 cifro ya en él mi ventura;
 mas lo que ahora me apura,
 me aflige y me desespera.....

Luisa. Lo sé.
Conde. Cómo!
Luisa. Eso se palpa.
 Es el tormento cruel
 de hacer tan triste papel
 con la nieta de Atahualpa.
 Eso es terrible! No obstante.....

Conde. He dado un paso.....
Luisa. Lo sé.
 Mientras le escribia á usted
 declarándole cesante,
 sin sospechar la tramoya,
 usted en su gabinete
 unia á un tierno billete
 los primores de una joya.

Conde. Cierto.—Pero era un arcano,
 y usted..... Esto me sorprende
 y me asombra. ¿Es usted duende,
 ó algun ángel sobrehumano.....

Luisa. Ángel, duende!.... Nada de eso.
 No, no es tanto mi poder.
 Soy una pobre mujer
 que tiene cabal el seso.—
 Y á usted le toca mejor
 que á mí, que de nada valgo,
 tener juicio; que por algo
 le han nombrado senador.—
 Ea pues, valor y calma;
 que el asunto lo merece.—
 Ni vendrá mal que usted rece
 con todo el fervor de su alma.....

Conde. Luisa!
Luisa. Á la Virgen María,
 y saldrá usted del apuro
 á puerto franco y seguro
 con su ayuda y con la mia.

Por de pronto.... he aquí el billete pecador.

[*Saca uno cerrado y se lo entrega.*]

Nadie lo ha abierto.

Conde. Gracias!—Mas ¿cómo... No acierto...

Luisa. Oiga usted y no se inquiete.

He seducido á Guillen.

Conde. Á mi criado!

Luisa. Sí tal.

Como otros para hacer mal,
yo intrigo para hacer bien.—
Concédale usted perdon
porque ha obrado sin malicia.
No he tentado su avaricia,
sino su buen corazon.

Conde. Oh! mi lengua no le acusa.

Premio merece....

Luisa. Es verdad.

Conde. ¡Dichosa infidelidad
que tal bochorno me excusa!—
Pero falta.... el alfiler....

Luisa. [*Tentándose.*]

Ay! lo habré perdido?

[*Fingiendo llamar.*]

Pepa!....

No sé....

[*Aparece la Condesa, sin verla el
Conde, por estar éste de espaldas.*]

Puede que lo sepa....

Conde. Quién?

Luisa. [*Sonriéndose y llamándole la atencion
hacia la puerta.*]

Emilia.

Conde. [*Perflándose.*] Mi mujer!

[*La Condesa se acerca, vestida ya con
más esmero. Lleva prendido el alfiler
en cuestion.*]

ESCENA XVIII.

LUISA. EL CONDE. LA CONDESA.

Condesa. Fernando!

Conde. Emilia! (Prendido
lo lleva. Qué diré ahora?)

Condesa. Las gracias te vengo á dar,
á fuer de rendida esposa,
por tu fineza.

Conde. No vale
nada.... (La vergüenza agolpa
mi sangre al rostro.)

Condesa. Has tenido
buen gusto; mas ni al aljófar,
ni al oro, ni á los brillantes
doy valor en tan preciosa
alhaja, sino á la cifra

con que de tu amor blasonas.

Conde. Si eso te dicta el cariño,
replicar al mio toca
que ahora es cuando á mis ojos
tiene mérito la joya,
pues con prendértela al pecho
á ella y á mí nos honras.

Condesa. Conde!....

Luisa. (Están en buen camino,
y don Federico asoma....)

[*Aparece en efecto por la izquierda
del foro y paseando hacia la derecha
del mismo. Luisa hace un movimiento
para salirle al encuentro.*]

Condesa. Te vas?

Luisa. [*En voz baja.*] Ya no te hago falta.
Vuelvo. (Acabemos la obra.)

ESCENA XIX.

LA CONDESA. EL CONDE. LUISA.

D. FEDERICO.

[*Los dos primeros, en el proscenio: los otros
dos en el foro hablando en voz baja y mostrando
en los ademanes que observan y comentan lo que
hace y dice la otra pareja. A medida que pro-
gresa la escena se van acercando, pero sin lle-
gar á salir de entre los árboles.*]

Condesa. Grande cuanto inesperado
es mi gozo, sin lisonja,
pues tan galante se muestra
el dueño que el alma adora.

Conde. Inesperado! Por qué?

Condesa. Ayer mismo desdeñosa
tu frente....

Conde. Emilia, borremos
para siempre la memoria
de quejas y disensiones
cuya culpa es mia toda;
lo confieso!

Condesa. Ah! no: tambien
he pecado yo por sobra
de orgullo.... Tú me has amado
siempre: verdad?

Conde. (Ella ignora
sin duda....) Sí, esposa mia.

Luisa. [*Á D. Federico.*]

Se convence usted?

Federico. Eh! fórmulas...

Conde. Se engañan el uno al otro.
¿Qué más placer, qué más gloria
para mí que poseer
tu suave mano....

[*Se la toma y la besa.*]

Luisa. [*Á D. Federico.*]

Y ahora?

Federico. Pche!.. (Me ahorcara!)

Luisa. Es de advertir
que creen estar á solas.

Condesa. Ah! tú me vuelves la vida.

Conde. Su paz el alma recobra.

Condesa. Será tu labio sincero?

Conde. Lo será tu linda boca?

Luisa. [Á *D. Federico.*]

Bien! Oiga usted. Esto marcha.

Condesa. Renacer veo la aurora
de mi dicha, que creí
condenada á eterna sombra.

Conde. Hoy,—lo juro por tus ojos
hechiceros, prenda hermosa....

Luisa. [Á *D. Federico.*]

Váyase usted!

Conde. Hoy te quiero
más que el día de la boda.

Condesa. Oh Fernando!....

Federico. [Á *Luisa.*] Otra le queda.

Condesa. Ven á mis brazos!

[*Se abrazan.*]

Luisa. Eh?

Federico. (Sopla!)

Conde. Mi paraíso está en ellos.

Luisa. Qué tal? Y eso ¿es ceremonia?

Conde. Mas, ah! no debo aceptar
la absolucion que me otorgas
sin que ántes en penitencia
mis graves pecados oigas.

Condesa. ¿Qué haces!

Conde. Postrarme á tus piés.

[*Lo hace.*]

Condesa. No!

Federico. (Cielos!.... Y la criolla?)

[*Yéndose.*]

Basta.

Luisa. [*Deteniéndole por el brazo.*]

Otro ratito.

Conde. Emilia!

Condesa. Alza!

Luisa. La escena es sabrosa.

Conde. [*Levantándose.*]

Serás un ángel del Cielo,
Emilia, si me perdonas.

Yo te he sido infiel.... ¿Qué digo!

He sido un necio, un idiota....

Federico. (Se espontánea!)

Conde. Pues dueño
de tal tesoro en la propia,
he buscado en casa ajena....

Condesa. No prosigas: sé la historia;
pero el arrepentimiento
mayores crímenes borra
si es sincero como el tuyo.
Yo, que al fin no soy de roca,

¿quién sabe si exacerbada
un día por la ponzoña
de los celos.... Basta! Sea
para los dos provechosa
esta leccion.

Luisa. [Á *D. Federico.*]

Para todos.

Federico. Sí, confieso mi derrota.

[*Sale de la casa Carlota; se dirige
triste y silenciosa hácia la derecha
del foro, y desaparece sin ser vista
por los otros interlocutores.*]

Conde. Sí, y no volvamos atras
la vista, y afuera locas
vanidades, y mujeres
cotizables en la bolsa....

Federico. [*Con risa forzada.*]

Calle!

Conde. Y pérfidos amigos....

Luisa. Verbigracia.

Federico. [*Amoscado.*]

Abur, señora.

[*Desaparece por el foro y Luisa se
incorpora á la Condesa y al Conde.*]

ESCENA XX.

LA CONDESA. EL CONDE. LUISA.

Luisa. Entro yo en la proscripcion?

Conde. No, mujer sublime, heroica....

Condesa. Mi ángel custodio!

Conde. ¡Mi númen
tutelar!

Luisa. Yo! Me sonrojan
ustedes.

Condesa. Luisa! tu frente
es digna de una corona.

Luisa. ¡Tal anda el mundo, que ya
virtud sublime se nombra
á la práctica sencilla
de la máxima piadosa
que nos dice: ama á tu prójimo
cómo á tu propia persona!
Harto premio á mis afanes
es el gozo en que rebosa
este corazon al ver
que al redil perdido tornan
dos ovejas descarriadas,
y el himno de la victoria
canta orgulloso una vez,
si tantas suspira y llora,
la perseguida hermandad
de que soy humilde socia,

Condesa. Luisa!

Luisa. Basta!—Un paseito.....
(Ahora á ti, pobre Carlota.)

[El Conde y la Condesa de bracero y muy complacidos, desaparecen por el arbolado de la izquierda, y Luisa entra en la casa: al mismo tiempo vuelve á aparecer por el foro Carlota, y se sienta triste y pensativa junto á la mesa rústica.]

ESCENA XXI.

CARLOTA.

Hay más infeliz mujer?—
Eusebio, Eusebio!.... Ay de mí!
¿Por qué te he vuelto yo á ver
si por siempre te perdí!

[Vuelve á su silencio contemplativo.
Aparece en el foro D. Eusebio.]

ESCENA XXII.

D. EUSEBIO. CARLOTA.

Eusebio. (Vuelvo á mi cautividad.....
¿Qué veo!)

[Acercándose apresurado.]

Carlota!

Carlota. [Levantándose sobresaltada.]

Oh Dios!

Huiré.....

Eusebio. Tente, por piedad!

Carlota. No!

Eusebio. Estamos solos los dos.

Carlota. Ah!

Eusebio. Un instante! No pretendo
turbar, mi bien, tu quietud,
ni lazo alevoso tiendo
á tu honor, á tu virtud.
Sólo á pedirte perdon
vengo del error funesto
que es causa de tu afliccion.

[El General que venia por el foro, se
detiene oyendo la conversacion.]

Carlota. Vete. Es inútil.

ESCENA XXIII.

CARLOTA. D. EUSEBIO. EL GENERAL.

General. (Qué es esto?)

[Queda oculto entre los árboles y observa con ansiedad.]

Eusebio. Si anoche en tu ramillete

pusieron mis manos.....

General. (Ah!)

Eusebio. El amado brazalet
que en mejores tiempos.....

General. (Ya!)

Eusebio. Á tu cariño debí,
no lo atribuyas á un necio
despique, no. Para mí
no hay joya de tanto precio.
Era mi intento con él
excusarte una sorpresa,
¡y quiso el hado cruel....

Carlota. No prosigas, vete; cesa.
Pues sabes que en el altar
otro mis votos oyó,
ni ya me debes hablar,
ni debo escucharte yo.

Eusebio. Ay! cuando á inmensa ventura
nos llamaba mutua fe
nos separó mi locura:
te casaste; me casé!....
Santo deber nos separa;
mas si otra no nos bendijo,
oh! no deseches el ara
que en mi corazon te erijo.

Luisa. [Á la puerta de la casa.]

(Al jardin..... Ah!)

[Retrocede.]

Eusebio. Si fué grave
mi error, y no hay quien le excuse,
¡harto es mayor, Dios lo sabe,
el castigo que me impuse!
Aciaga boda! Y quizás
no ménos tu alma detesta.....

General. (Cielos!)

Eusebio. La que tú.....

Carlota. No más!

General. (Oigamos lo que contesta.)

Carlota. Respetar es mi deber,
sea cual fuere mi suerte,
al que mi dueño ha de ser
hasta su muerte ó mi muerte.
Á mi fe un día empeñada
en quien tan mal la guardó,
ni por nadie ni por nada
hubiera faltado yo;
y la que nunca traidora
á un amante hubiera sido
más obligada está ahora
á ser fiel á su marido;
que ántes disculpa y remedio
hallara mi inconsecuencia,
y ahora están de por medio
Dios, mi honor y mi conciencia.

General. (Oh!)

Eusebio. Nada mi amor exige
contra esa virtud severa;
pero tu duelo me aflige
aun más que el mio, y quisiera.....

Carlota. Eso me sucede á mí;
duelo hay en el alma mia,

duelo que no merecí
y apresura mi agonía;
mas no porque me arrepienta
de un lazo que es mi blason;
no porque mi labio mienta;
que en él está el corazon;
ni aun por los injustos celos
de que me veo hostigada,
aunque bien saben los Cielos
que no se fundan en nada.

General. (Justo Dios!)

Carlota. Vierto este llanto
que enjugar no espero, no,
porque él, con serlo yo tanto,
es más infeliz que yo.

General. (¿Qué oigo!)

Carlota. El amor que le inspiro
causa su acerbo pesar,
y á verle dichoso aspiro,
y no lo puedo lograr!

Eusebio. ¿Le amas tú con la ternura
de que un dia objeto fui....
Lloras!

General. (Calla! Oh desventura!)

Carlota. Basta! Aléjate de mí.

Eusebio. Tanto despego me oprime.

[Ábrese una de las ventanas altas, y
por ella asoma Micaela.]

Micaela. (Este Eusebio tarda ya....)

Eusebio. [Postrándose á los piés de Carlota.]

Oh! dime siquiera, dime
que no me aborreces.

Micaela. [Con un grito de sorpresa viendo lo
que pasa en el jardín, y retirándose
de la ventana al momento.]

Ah!

[El General sale de entre los árboles,
da algunos pasos y se pára cruzado de
brazos. Luisa sale de la casa y se
acerca con inquietud á los otros interlo-
cutores, que al pronto nada advierten.]

ESCENA XXIV.

CARLOTA. D. EUSEBIO. EL GENERAL. LUISA.

Carlota. [Con imperio.]

Alce usted!

Eusebio. ¿Ni eso merezco
en el dolor que me abisma?
Carlota!

Carlota. Yo no aborrezco
á nadie, sino á mí misma!

General. Por qué?

Carlota. Oh Cielos!

Eusebio. [Levantándose.] Él!

General. [Á Carlota, que iba á retirarse.]

Espera.

Eusebio. No es culpable....

Luisa. (Qué va á hacer?)

Eusebio. La defenderé aunque muera.

General. De quién? No lo ha menester.

Luisa. General!....

General. Tranquilo estoy.

Luisa. Carlota.....

General. Todo lo oí.

[Llega corriendo y furiosa Micaela.]

ESCENA XXV.

EL GENERAL. CARLOTA. D. EUSEBIO. LUISA.
MICAELA.

Micaela. Monstruo! Mírame! Yo soy!

Luisa. (La otra!)

Micaela. Asesinarme así!

Eusebio. Yo soy el asesinado!

Micaela. Traidor!.... Traidores los dos!....

No hay quien prenda á ese malvado?

Eusebio. Oh!... Adios para siempre, adios!

Luisa. [Deteniéndole.]

Quieto!

Micaela. Iré detras....

Luisa. [Con tono imperioso.] Oh!... ¡Quietos
todos!

Micaela. La ira me abrasa.

Luisa. Yo reclamo los respetos

que se deben á mi casa.—

Cuatro los consortes son

que aquí enzarzados reuno,

y todos tienen razon....

y no la tiene ninguno.

Y aunque imposible parezca,

¡tal las pasiones se agitan!,
que la paz se restablezca

de que todos necesitan,

yo haré quizá este prodigio

si maridos y mujeres

para fallar su litigio

me confían sus poderes.—

Todos callan. Buen agüero.—

Recto será el tribunal.—

Vamos por partes.— Primero

oigamos al General.

[Micaela y D. Eusebio se sientan á
bastante distancia uno de otro, y am-
bos se muestran tristes y pensativos.]

General. Yo, ni de nadie me quejo
ni con nadie quiero riña.
Hice muy mal siendo viejo
en dar la mano á una niña.
Ciego, como la deidad
á quien di tardo tributo,
de aquella temeridad
ahora recojo el fruto;
¡y gracias que saco ileso
mi honor del torpe letargo!,
mucha pena

porque el fruto, lo confieso,
 aún pudo ser más amargo.
 Pero á Dios, que en la cohorte
 fatal contarme no quiso,
 plugo darme por consorte
 un ángel del Paraíso:
 mujer cuyo puro labio
 con nobleza sin ejemplo
 donde temia un agravio
 acaba de alzarme un templo:
 mujer ya sublime, oh Cielos!
 con sólo haber aguantado
 mis impertinentes celos
 y mi genio endemoniado;
 mujer que víctima ha sido
 del mal astro en que nació...,
 y en fin digna de un marido
 ménos agreste que yo.

Carlota. Ah! Dios sabe que mi pecho....

General. Perdona: pronto concluyo.
 No está el deshacer lo hecho
 ni en mi poder ni en el tuyo.
 Mas no quiero que oprimida
 por la vejez que me abruma
 esa juventud florida
 se marchite y se consuma.
 Hoy me separo de ti....

Luisa.

General.

¿Qué escucho!
 No por desvío
 ó temor.... Es porque así
 lo piden tu bien y el mio.
 Sí; pues digno yo no soy
 de poseer tal tesoro,
 la postrer prueba te doy
 de la fe con que te adoro.
 Goza en libertad honesta
 de tus juveniles años,
 sin esta carga molesta
 de achaques y desengaños;
 y vive—lo quiero así—
 holgada, si nó opulenta:
 sólo quede para mí
 el décimo de mi renta;
 y aún es mucho, que la gota
 á ser sobrio me ha enseñado,
 y á mí me basta, Carlota,
 con la ración de un soldado.

Carlota. Jamás!...

Micaela. (Qué ejemplo!...)

Carlota. No soy
 tan infame....

Luisa. General!...

Eusebio. (Qué hombre! Avergonzado estoy
 de haberle querido mal.)

Carlota. Á mí, que á labrar no acierto
 la dicha del que elegí,
 y sin él será un desierto
 este mundo para mí,
 á mí es á quien sólo toca
 en un convento encerrada
 poner término....

Luisa.

Estás loca?
 Ni á él ni á ti. Pues ¡ahí es nada!

Separarse! Y por qué? ¿Y cuándo
 les ocurre ese proyecto?
 Cuando pruebas se están dando
 de su recíproco afecto.
 ¡Separarse dos esposos
 que se estiman, se compensan,
 y que hasta en ser generosos
 acordes obran y piensan!...
 Quién alteró vuestra paz?—
 Cada cual su error confiese.—
 Él porque era suspicaz;
 tú por sentir que lo fuese.
 Un tercero entre los dos
 se atraviesa....; mas le trajo
 la providencia de Dios,
 que echando por el atajo,
 ilustrar quiso á la dama
 con la prueba del crisol
 que mostró pura su fama
 como los rayos del sol.
 Y él en hora tan propicia
 pudo ver sin telescopio
 que ni la hacía justicia
 ni se la hacía á sí propio.
 ¿Á qué pues esa partida
 ridícula, absurda, infanda,
 cuando todo les convida
 á vivir como Dios manda?
 Tú de sus blancos cabellos,
 cariñosa como sueles,
 te ufanas, porque á ellos
 ciñe gloriosos laureles:
 usted, que ya no es celoso....

General. No!

Luisa. Ya no querrá iracundo
 ni atentar á su reposo
 ni secuestrarla del mundo.

General. ¡Si ella me amase.... Yo oí
 que.... otro se lo preguntó....

Luisa. Bien.

General. Y no dijo que sí!

Carlota. Y acaso.... dije que no?

Luisa. Ya ve usted;... lengua y semblante
 distan de mostrar desden;
 mas ¿quién se confiesa amante
 de quien no le trata bien?

General. Yo juro....

Carlota. Yo....

Luisa. (Qué pelmazos!)

[Al General mirando á Carlota.]

Llanto de sus ojos brota....

[Á Carlota.]

Para cuándo son los brazos?

Carlota. [Echándose en los del General.]

Esposo mio!

General. Carlota!

Luisa. Así, así! Gracias á Dios!

Carlota. Luisa!

[La abraza.]

General. [Tomando afectuosamente su mano.]

Incomparable amiga!....

Luisa. [Mostrando el otro matrimonio.]

No más!—Falta....

General. [Comprendiendo.] Ya.

[Se retira con Carlota por la izquierda dándola el brazo y manifestando los dos sumo placer. D. Eusebio y Micaela se levantan.]

ESCENA XXVI.

LUISA. MICAELA. D. EUSEBIO.

Luisa. Y van dos.—

Ahora ustedes. (Qué fatiga!)
A entrambos—nadie se enoje!—
si hemos de hablar en razon,
de medio á medio les coge
la antecedente leccion;
y pues su mutuo interes
les aconseja....

Micaela. Inhumano!
Vil! ¡Yo le he visto á los piés
de otra mujer!

Luisa. Pero en vano.
Un recuerdo....

Micaela. Inoportuno.

Luisa. Justo, natural.

Micaela. Cruel.

Luisa. ¿No quiso usted á ninguno
antes de quererle á él?

Micaela. Oh funesto error!
Eusebio. Y el mio?

Luisa. Pero....

Eusebio. Ay necio!

Micaela. Ay desdichada!

Luisa. ¿Á qué ese pesar tardío
que ya no conduce á nada?
Que miren cómo y con quién
antes de casarse dos,
y si no les sale bien,
qué hacer? Llevarlo por Dios.—
Pero antes que otra locura
aun más grande los disperse,
con talento y con cordura
pueden llegar á entenderse;
que cuando enferma un consorcio
de achaques de desamor,
mal remedio es el divorcio,
y el escándalo ¡peor!
Aun los que de amor vehemente
cedieron á la influencia
necesitan un frecuente
toma y daca de indulgencia.
Que no se amen ni se mimen
si uno al otro no conviene;
mas siquiera ¡que se estimen

por la cuenta que les tiene!
y pues ya dobló sus cuellos
la coyunda, pese al diablo!....
tengan presente ellas y ellos
la epístola de San Pablo.
Esto vale contra el duende
más que todos los conjuros,
y sólo así se comprende
aquellos de los seguros.

Micaela. Su palabra es eficaz....

Eusebio. Porque en la razon se encierra.

Micaela. Y yo deseo la paz.

Eusebio. Y yo no quiero la guerra.

Luisa. Pero *grátis et amore*
no se logrará el nivel....

[Á Micaela.]

Qué exige usted?

Micaela. Que me adore
como yo le adoro á él.

Luisa. [En voz baja á Micaela.]

Por fuerza á nadie se adora;
y la fe no se cohecha;
y no hay que olvidar, señora,
lo que va de fecha á fecha.

Micaela. (Ah!)

Luisa. [Á D. Eusebio.]

¿Usted....

Eusebio. Que dé á Barrabas
la musa, el plectro y el canto,
y me considere más,
y no me requiebre tanto!

Luisa. [Aparte á D. Eusebio.]

La pobre no es maravilla
que de su triunfo haga alarde.

[Aparte á Micaela.]

La mujer que al hombre humilla
lo paga temprano ó tarde.

[Aparte á D. Eusebio.]

Un poco de tolerancia.

[Aparte á Micaela.]

La poesía es gran cosa....

[Aparte á D. Eusebio.]

La vejez es otra infancia.

[Aparte á Micaela.]

Pero el matrimonio es prosa.

[Aparte á D. Eusebio.]

Haga usted en su provecho
de necesidad virtud.

[Aparte á Micaela.]

Lo que por amor no ha hecho
hágalo por gratitud.

Micaela. Siempre pensó mi ternura

nombrarle único heredero,
y hoy mismo haré la escritura.....

Eusebio. No la admito, no la quiero.

Luisa. Por qué? Lo hace de buen grado....

Eusebio. En vez de esa condicion,
para vivir á su lado
pongo otra, *sine qua non*.

Micaela. Cuál? (Tengo el alma en un hilo.)

Luisa. Cuál?

Eusebio. Nada injusto reclamo.

Harto tiempo fuí pupilo:
de hoy más, quiero ser el amo.

Luisa. Oh! Sí; él debe ser cabeza....

Micaela. No hay miedo que yo lo impida.—
Además, así lo reza
la epístola consabida.

Luisa. Su decoro....

Micaela. En eso estoy.

Luisa. También lo exige.

Micaela. El de entrambos.—

Aún más: renuncio desde hoy
á idilios y ditirambos.

Luisa. Bravo!

Eusebio. (Ya no soy Mireno!)

Micaela. Dikte pues el tribunal
nuestra sentencia.

Luisa. Os condeno....
á un abrazo muy cordial.

[*Micaela corre á los brazos de don
Eusebio.*]

Micaela. Ah! Con vida y alma.

Eusebio. Y yo.

Micaela. Me amas?

Eusebio. Sí.

Micaela. Oh gozo imprevisto!

Eusebio. (Cómo ha de ser! Más pasó
por nosotros Jesucristo.)

[*Aparecen por entre los árboles los
otros dos matrimonios.*]

Luisa. (Y van tres! No lo creyera.

Me abruma tanto trofeo.)

El almuerzo nos espera.

Eusebio. Vamos.

Micaela. Gloria al Himeneo!

ESCENA XXVII.

LUISA. CARLOTA. D. EUSEBIO. EL GENERAL.
LA CONDESA. EL CONDE.

General. Gloria á Luisa!

Conde. Viva!

Todos. Viva!

Luisa. Esos vítores, no á mí,
queridos;

[*Mirando al cielo.*]

al que está arriba

se deben....

Condesa. Y á ti!

Carlota. Y á ti!

ESCENA ÚLTIMA.

LUISA. MICAELA. D. EUSEBIO. CARLOTA.
EL GENERAL. LA CONDESA. EL CONDE.
MARTIN.

Luisa. Qué hay?

Martin. El amo....

Luisa. Mi marido!....

Martin. Llega ahora mismo.

Luisa. Oh ventura!

Eusebio. No podia haber venido
en más feliz coyuntura.

Luisa. Y al triunfo de que me engrío
¿cupiera más dulce premio?—
Volemos.... Gracias, Dios mio!...;
que yo tambien soy del gremio.



EL VALOR DE LA MUJER,

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

Estrenada en Madrid (teatro de Variedades) el día 16 de Octubre de 1852.

PERSONAS.

JACINTA.

JACOBA.

DOÑA SALOMÉ.

CÁNDIDO.

EL MARQUÉS.

UN LABRADOR.

CRÍADOS.

La accion pasa en una quinta en las inmediaciones de Córdoba.

ACTO PRIMERO.

Jardin. Puerta y fachada interior de la quinta á la derecha del actor: á la izquierda, entre árboles, un pabellon con la puerta sobre tres ó cuatro gradas, y dos ventanas mirando á los bastidores de la derecha: tapia con verja en el foro: dos bancos de piedra en el proscenio: en medio un velador, tambien de piedra. La misma decoracion servirá para los dos actos siguientes.

ESCENA I.

DOÑA SALOMÉ. EL MARQUÉS.

[Doña Salomé vestida para paseo; el Marqués en traje de montar. Ambos aparecen sentados en un banco de piedra á la derecha.]

Salomé. ¡Válgame Dios, qué impaciencia tan.....

Marq. Es natural, señora; es la misma que sin duda tuvo usted cuando fué novia, hasta que al pie del altar ciñó á su sien la corona nupcial. Ó su hija de usted me ama ó no me ama.....

Salomé. Le adora á usted.

Marq. Esa persuasion

IV.

algunas veces me colma de satisfaccion y orgullo.....

Salomé. ¡Cuando yo digo.....
Marq. Pero otras.....

Salomé. Qué?

Marq. Dudo...., me desespero.....

Salomé. Es voluble, caprichosa....
Ella? Bah! Pobre muchacha!
Tiene las vivezas propias de su edad y esa gentil bizzarría que enamora, que encanta; pero en el fondo es una tierna paloma.

Marq. Pues ¿por qué retarda tanto el momento de mi gloria, de mi dicha?

Salomé. Acaso teme que la pasion amorosa de usted no sea tan firme, tan entrañable, tan sólida

17

como usted mismo presume.
Marq. No la pido para esposa?
 Si esto no es acreditar
 mi amor en debida forma,
 no sé.....
Salomé. Hará apenas un mes
 que nos tratamos, y.....
Marq. ¡Sobra
 para abrasar en amores
 con las gracias que atesora,
 no el mio, que es blanda cera,
 sino un corazon de roca.
 Mas para rendir el suyo
 habrá menester Jacoba
 sin duda aguantar un sitio
 tan largo como el de Troya.
Salomé. Eh, nada de eso!—En fin, hoy
 saldrá usted de esa congoja.
 La interpelaré, y no dudo
 que, á más tardar, en la próxima
 semana se firmarán
 los contratos de la boda.
Marq. Seré el más feliz..... Y qué hace?
 Dónde está?
Salomé. Pregunta ociosa.
 ¿No han de cabalgar ustedes
 dándome los dos escolta?
Marq. Sí, mas ya ha tenido tiempo
 sobrado.....
Salomé. Ni en media hora
 acaba. ¿Es grano de anís
 el vestirse de amazona?
Marq. Qué bien le sienta ese traje!
Salomé. Sí; como es tan buena moza,
 aunque á mí no me está bien
 el decirlo, y tan airosa,
 tan varonil.....
Marq. ¡Con qué brio
 sobre el overo galopa!
 Cuán firme y diestra le rige!
 Á llevar morrion y cota,
 ¿quién mirando su apostura
 no diria: esa es Belona?
Salomé. Es mucho despejo el suyo!
 Pues ¿y tirar con pistola
 ó con escopeta al blanco?
 Vamos, es otra Cenobia,
 otra..... ¿Cómo se llamaba
 la reina de Babilonia....,
 aquella.... Doscientas veces
 la oí cantar en la ópera,
 y no recuerdo.....
Marq. Semíramis.
Salomé. Pues.
Marq. Ni ese valor que asombra
 y esa gentileza ecuestre
 presumo yo que se opongan
 á los dulces sentimientos
 de que su sexo blasona.
Salomé. Es claro.
Marq. Será consorte
 fiel y madre cariñosa.....
 Yo me complazco en creerlo

así.....
Salomé. Y con razon. No obsta
 lo sensible á lo valiente.—
 No era tan emprendedora
 seis meses ha. Pobrecita!
Marq. Cómo!....
Salomé. ¿Ve usted esa rosa
 fresca, galana, arrogante?
 Pues, como lirio que agosta
 sol abrasador, la vi
 lánguida, abatida, pocha.....
Marq. ¿Enfermó.....
Salomé. Sí; cayó en cama
 con una afeccion nerviosa
 tan tenaz, que eran inútiles
 cuantos jaropes y drogas
 le recetaron. Por dicha
 estaba entónces en Córdoba
 mi buena hermana Dolores,
 que, establecida en Chipiona,
 vino á pasar una breve
 temporada con nosotras.—
 Yo curo, dijo, á esa niña
 sin más emplastos ni pocimas
 que llevármela conmigo
 donde respire la atmósfera
 apacible del Atlántico
 y la refresquen sus olas.—
 Lo aprobó el doctor, sin duda
 por temor de que Jacoba
 muriese en sus manos, viendo
 que ya se iba por la posta.
 Preparóse pues el viaje
 y partieron sin demora.—
 Yo no pude acompañarlas,
 porque aún duraba la historia
 de la testamentaria
 de mi marido, que goza
 de Dios.—Pues, señor, ni mano
 de santo. Apenas la góndola
 rodó por el arrecife,
 se sintió más animosa
 la enferma, y no bien aspira
 aquel ambiente, se esponja,
 se fortalece; los baños
 de mar completan la obra,
 y á los tres meses de ausencia
 vuelve á mis brazos tan otra,
 que no la hay más rozagante
 diez leguas á la redonda.
Marq. Yo celebro.....
Salomé. [Levantándose y tambien el Marqués.]
 Siento pasos.....
 [Mirando hácia la casa.]
 Ella será..... No; es la sosa
 de su prima.
Marq. Sosa? No:
 modesta, tímida.....
Salomé. Ñoña,
 pdestre.....

ESCENA II.

DOÑA SALOMÉ. EL MARQUÉS. JACINTA.

Jacinta. [Con un libro en la mano.]

Muy buenos días.

Marq. Felices, Jacinta hermosa.*Salomé.* Y Jacoba?*Jacinta.* Está acabando de vestirse.*Marq.* Hola, hola!, lectura..... Alguna novela?*Jacinta.* No.*Salomé.* Tiene humos de doctora mi sobrina.*Jacinta.* [Al Marqués, dándole el libro.]

Vea usted.....

Marq. [Leyendo el tejuelo,]

«La Santa Biblia.»

Salomé. (Gazmoña!)*Marq.* Bien. (Es un ángel!)

[Abriendo el libro por un registro y leyendo.]

«Mulierem

*fortem quis inveniet?»**Salomé.* Oiga!

Eso me suena á latin.

Quién te ha enseñado ese idioma?

Jacinta. No sé latin; pero al márgen del texto está en cada hoja la traduccion castellana por el obispo de Astorga.— No sabía que el Marqués estaba aquí, y á la sombra de aquellos árboles iba á leer.....*Salomé.* Quién te lo estorba?*Jacinta.* Como hoy es dia de fiesta.....*Salomé.* Bien; lee y no nos corrompas.*Marq.* (Pobre chica!)*Jacinta.* Con permiso de ustedes.

[Se sienta en el banco de la izquierda y lee para sí.]

Salomé. ¡Miren la hipócrita.....*Marq.* La juzga usted con sobrado rigor. Ocupar las horas de ocio en piadosas lecturas ú obras de misericordia es virtud.....*Salomé.* Hoy viene usted muy seráfico.*Marq.* Señora.....*Salomé.* Y aquel *forte* y aquel *quis* ¿qué son en lengua española?*Marq.* «Dónde está la mujer fuerte? Quién la hallará?»*Salomé.* Toma, toma!
En Vizcaya y en Asturias

y en Galicia lo son todas.

Marq. No habla Salomon de fuerza muscular.*Salomé.* Pues ni esa ni otra hay que buscar en mi insípida sobrina.*Marq.* (Vamos, ¡la odia de muerte!)*Salomé.* No es para nada.*Marq.* Pues ella es muy hacendosa.....*Salomé.* Eso sí.*Marq.* Y hace primores con sus manos.....*Salomé.* Pche! bicocas de mujer vulgar.*Marq.* No obstante.....*Salomé.* Jacobita es otra cosa.

¡Qué donaire..... y qué presencia de ánimo..... Nada la asombra. Si no parece mujer!

Marq. Eso.....*Salomé.* Es á prueba de bomba.*Marq.* ¡Ay, señora, en la desgracia las virtudes se acrisolan, y ella no le ha visto el rostro todavía!*Salomé.* Eso ¿qué importa?*Marq.* Si Dios pone á prueba un dia esa fortaleza heroica, ¿quién sabe.....*Salomé.* En la suerte adversa sería como en la próspera fuerte, incontrastable..... Pero eso es hablar de memoria. Rica, bella, bien nacida, y discreta, y en la aurora de la juventud, ¿qué males puede temer, qué zozobras..... Ay! sí, sí; fatal acaso será la nupcial antorcha para ella.*Marq.* Por qué?*Salomé.* Los hombres.....*Marq.* Mi amor.....*Salomé.* Sí, buenas y gordas!... Muy rendidos cuando novios, mucho arrullar á la tórtola; y despues.....*Marq.* Señora!..*Salomé.* Pérfidos!*Marq.* Óigame usted...*Salomé.* ¡Y aún hay tontas...*Marq.* Oh!....

ESCENA III.

DOÑA SALOMÉ. EL MARQUÉS. JACINTA.
JACOBA.

[Sale Jacoba en traje de montar y con látigo.]

Jacoba. Qué es eso?*Marq.* Nada ya,

pues en ese rostro asoma
el iris.....

Jacoba. Riñen ustedes?

Marq. No tal. Mi señora doña.....

Salomé. ¡Hum.....

Marq. Salomé ha interpretado mal.....

Salomé. Puede; pero es tan posma cuando da en filosofar.....

Marq. Yo no.....

Jacoba. Por supuesto, en contra del sexo.....

Marq. Yo? Ni soñarlo.
El que ama no filósofa;
y harto sabe usted, ingrata,
que mi alma.....

Jacinta. [*Dando un grito agudo, levantándose sobresaltada y dejando caer el libro.*]

Ay!

Salomé. Quién alborota?

Jacinta. [*Corriendo desatentada.*]

Jesus!

Jacoba. Jacinta!

Jacinta. Amparadme!

Jacoba. Qué tienes?

Salomé. Por qué te azoras?

Marq. Sosiéguese usted.....

Jacinta. [*Mirando aterrada hacia el banco donde estuvo sentada.*]

Allí.....

Allí estaba.....

Jacoba. Quién, miedosa?

Jacinta. Un bicho..... Una..... Ya se mueve otra vez..... Dios me socorra!

[*Se sube sobre el banco de la derecha.*]

Jacoba. [*Riéndose.*]

Ah! ya la veo..... Ja, ja.....

Una lagartija!

Salomé. Tonta!

Jacoba. Un chasquido de mi látigo basta para que se esconda en el centro de la tierra.

[*Hace chasquear el látigo.*]

Jacinta. [*Algo repuesta del susto.*]

Ah!

Marq. [*Dando la mano á Jacinta para que baje del banco.*]

Baje usted y deponga todo temor. No es maligno ni cria mortal ponzoña tan inocente reptil.

Salomé. ¿Por qué no se mete monja esa infeliz?

Jacinta. No soy dueña de mí, aunque luégo conozca

mi flaqueza y la confiese,
cuando á mi vista se enrosca
y se arrastra.....

[*Con estremecimiento.*]

herr!... un inmundo animal.....

Marq. ¿Quién no perdóna á su sexo delicado, tierno.....

Salomé. Vamos, ven; recobra tu espíritu. Quieres tila?

Jacinta. Ya estoy bien..... Agua..... Yo sola puedo.....

Salomé. No. Yo voy contigo.

[*Da el brazo á Jacinta.*]

Jacinta. Gracias.

Salomé. Te echaré unas gotas de azahar.

Jacoba. Sí, sí.

Salomé. Hasta luégo.

Jacoba. [*Sonriéndose.*]

Que te alivies.

[*Al Marqués.*]

Es de alcorza.

ESCENA IV.

JACOBA. EL MARQUÉS.

Marq. No hay por qué burlarse de ella; que no es cosa tan extraña asustarse una doncella viendo cualquier musaraña. Tal vez el hombre de fibra más fuerte y mayor denuedo á su pesar no se libra de pagar tributo al miedo. Tal, que muestra en la campaña la bravura de Viriato, en frio sudor se baña cuando se espereza un gato. No es justo, siendo su ser tan distinto desde Adán, que se pida á una mujer el valor de un capitán. Ni sólo al hombre atribuyo del valor el alto don: cada sexo tiene el suyo segun su organizacion. No es dado á toda belleza el belicoso ardimiento; mas tambien hay fortaleza, Jacoba, en el sufrimiento. Ellas en la adversidad, sin soñar lauros ni templos, de abnegacion, fe y piedad

nos dan insignes ejemplos.
Nuestras acciones más bellas
hijas del orgullo son;
pero el heroísmo de ellas
brota de su corazón.

Jacoba. Gran plática! Hoy me convierto.

Marq. *Jacoba!*....

Jacoba. Qué bien lo pinta!
Mucha lástima es por cierto
que no le oiga á usted Jacinta.
Marq. Por qué?

Jacoba. Ese arrebató lírico,
que acaso mal comprendí,
¿es para ella panegírico,
ó sátira para mí?

Marq. Ni uno ni otro.

Jacoba. Si usted la halla
tan perfecta, no hay remedio,
reverso de su medalla,
yo debo causarle tedio.
Ella á su esfera se ajusta,
dulce, humilde, santa y boba,
y yo manejo la fusta
con más gusto que la escoba;
luego yo estoy muy detrás....

Marq. No!

Jacoba. Sí! Hable usted sin empacho.
No le ha faltado á usted más
que llamarme marimacho.

Marq. No, por Dios! Quién piensa tal?
Te juro, *Jacoba* mía,

que yo hablaba en general
y á nadie me contraía.
Por cabalgar una dama,
si así lo quiere la moda,
no comprometo su fama
ni descompongo una boda.
Manejar mi dulce prenda
puede con la misma gala
en el paseo la rienda
y el abanico en la sala;
ni incurriré en mi entredicho,
mientras no lo haga costumbre,
cuando por gracia ó capricho
á una pistola dé lumbre.

Y este garbo excepcional,
que en cualquier dama tolero,
¿puede parecerme mal
en la hermosa por quien muero?

Jacoba. Gracias; pero es tarde ya,
que, aunque se bañe de almíbar,
amarga siempre será
una pildora de acíbar.

Marq. Es injusta esa querella,
y tú lo sabes muy bien,
pero necesitas de ella
para paliar tu desden.

Jacoba. Paliar! Aun eso me irrita;
que para querer ó no,
pretextos no necesita
una mujer como yo.—
Y cuando yo los buscara,
¿no es agravio por ventura

que usted ensalce en mi cara
á tan vulgar criatura?

Marq. Duélome del hado impío
á que humilde se resigna;
lamento el cruel desvío
de que no la creo digna.

Jacoba. Lindo! ¿Qué crueldad es esa
que le pone á usted tan triste?
No se le da cama y mesa?
No se la calza y la viste?
Con humillante servicio
hoy ganaría la sopa,
ó tal vez en un hospicio
estaría hilando estopa,
si, huérfana desvalida,
no hubiera hallado poco ha
tan generosa acogida
en los brazos de mamá.

Marq. Dar el pan es buena obra;
pierde su prez, sin embargo,
si con desprecios se cobra
y la altivez lo hace amargo.—
No te ofenda la franqueza
de quien te ama con pasión.
Tú, yo lo sé con certeza,
tienes muy buen corazón;
pero el demasiado mimo
quizá....

Jacoba. Basta! Me impaciento.

Marq. Mis consejos....

Jacoba. Los estimo,
pero no vienen á cuento.
Yo no sufro en quien me ame
un censor atrabiliario
que á su tribunal me llame
como al de un confesonario.
Marq. ¡Si yo....

Jacoba. De tal repasata
la causa no se me esconde.
Chismes de esa mojigata
que tan mal me corresponde.
Marq. No; lo juro por mi honor.
Al contrario....

Jacoba. Oh! basta ya.

Marq. Bien, basta; pero.... mi amor....

Jacoba. Jacinta lo premiará.

Marq. No es ella á quien los desvelos
de un cariño sin falacia
consagro yo, y esos celos....

Jacoba. Celos yo? Y de ella! Qué gracia!

Marq. De esa respuesta se infiere
que usted, ingrata....

Jacoba. Otra arenga?

Piense usted lo que quisiere:
yo haré lo que me convenga.

Marq. Pues bien, por siempre me aparto
de usted.

Jacoba. Sí?

Marq. El cielo es testigo;
que ya estoy harto y más que harto
de que juegue usted conmigo.

Jacoba. De veras?

Marq. Oh! sí, señora.

Jacoba. [Riéndose.]

Bah!

Marq. Qué?

Jacoba. Apostemos, Marqués,
á que ántes de un cuarto de hora
le veo á usted á mis piés.

Marq. No, nunca! Yo no hablo en chanza.
Sería un necio, un infame.....
Mas no pierdo la esperanza.....

Jacoba. De qué?

Marq. De que usted me llame.

Jacoba. Yo? Qué fatuidad!

Marq. Bien sé.....

Jacoba. ¿Tanto vale useñoría.....

Marq. No por amor.....

Jacoba. Pues ¿por qué?

Marq. Qué sé yo? Por tiranía.
Mas no vendré. Mi cabeza
sigue afilada segur
primero.....

Jacoba. Sí, sí; firmeza!

Marq. Adios para siempre!

Jacoba. Abur.

[Al volver la espalda el Marqués en
direccion de la verja, asoma por el
pabellon Cándido, y Jacoba le sale al
encuentro.]

ESCENA V.

JACOBA. EL MARQUÉS. CÁNDIDO.

Jacoba. Cándido! (Viene á propósito.)

Cándido. Jacoba amable!

Marq. [Deteniéndose.] (¿Qué escucho!)

Jacoba. Al fin te veo! ¡Horas y horas
encerrado como un buho
en el pabellon!

Cándido. ¿Qué quieres!....

Marq. (No miran. Aquí me oculto.)

[Se oculta entre unos árboles y ob-
serca.]

Cándido. Es preciso repasar.....

Jacoba. Cómo! ¡Entregarse al estudio
con tanto afán! Bien estabas
para eso en el instituto
de Córdoba; y si mamá
de su director obtuvo
quince dias de licencia,
fué para que el aire puro
de esta posesion campestre
te diese solaz, y el gusto
se nos cumpliese á nosotras
de que tan apuesto alumno
nos sirviese de escudero.

Marq. (Oiga!)

Jacoba. (No se ha ido.)

Cándido. Mucho
te agradezco, prima mia,

tanta fineza.....

Marq. (¡Hum..... Yo sudo.)

Cándido. Pero hay dia para todo.

Jacoba. (¡Cómo... ¿Habrá necio...)

Marq. (No es ducho

en el arte el escolar.)

Cándido. Sintiera perder el curso.....

Ni te hace falta mi brazo
inexperto cuando el suyo
te ofrece todo un marqués,
hombre de chapa y de mundo.

Jacoba. No es lo mismo. El no es de casa.

Cándido. Lo será, segun barrunto,
muy en breve.

Jacoba. No lo creas.

Cándido. Pues ¡qué! ¿no es ya tu futuro?

Jacoba. No congeniamos.

Marq. (Inicua!)

Cándido. Pero.....

Jacoba. Me irrita su orgullo.

Marq. (Falsa!)

Cándido. Orgullo! En merecer
tu mano, si tiene alguno,
sin duda lo fundará.

Jacoba. Lisonjas?

Marq. (Hum! No es tan zurdo
como creí.)

Cándido. No es lisonja
pagar sincero tributo
á la verdad. Tú eres bella,
graciosa, jovial.....

Marq. (Me pudro.)

Jacoba. (Bien!) El afecto de primo
quizá te engaña.

Cándido. Presumo
que no. Tambien tienen ojos
los primos.

Marq. (Hoy le sepulto.)

Jacoba. Gracias..... Con más entusiasmo
ya habrás fijado los tuyos
en otra jóven.....

Cándido. No, á fe.

Hasta ahora han sido mis únicos
amores.....

Jacoba. Cuáles?

Cándido. Los libros.

Áun no tengo cuatro lustros;
y, ya ves tú, sin carrera
ni empleo, sería absurdo.....

Jacoba. ¿Por qué.....

Cándido. Sí; yo me conozco.

Jacoba. Eso es llevar á lo sumo
la modestia y la.....

Marq. (Traidora!)

Cándido. Y no creas que es de estuco
mi corazon. Siento en él
cierto anhelo..., así..., un impulso...

Marq. (Se va haciendo interesante
el diálogo.)

Cándido. Mas ya abuso
de tu bondad.....

Jacoba. No por cierto.

[Tomándole el brazo.]

Demos una vuelta juntos.....
(Este es el golpe de gracia.)

Marq. (Oh!.....)

Cándido. [*Andando con Jacoba hacia la izquierda.*]

Sabes que soy tu súbdito...

Jacoba. Mi escudero, mi galan.....

Cándido. Oh Jacoba! Á tanto triunfo no me es dado.....

[*Desaparecen por el arbolado. El Marqués sale al proscenio.*]

ESCENA VI.

EL MARQUÉS.

¡Ira de Dios.....
¡Á él finezas, á mí insultos.....
No hay más; me deja por él!
¡Por un mocosuelo estúpido,
imbécil, que la posterga
á Virgilio y Quinto Curcio!
¡Y ella misma, infame Circe,
con lisonjas, con arrullos
le halaga, le abre los ojos.....
¡Quién me dijera, hado injusto,
que un rival me reservabas
en semejante..... Y lo sufro!—
Ya se han perdido de vista.....
¿Qué hago que no le desnucó,
y á ella.....

ESCENA VII.

EL MARQUÉS. JACINTA.

Jacinta. [*Dirigiéndose hacia el banco donde estuvo sentada.*]

El libro.....

Marq. ¡Oh mi buena

Jacinta!

Jacinta. Está usted convulso.....

Qué es eso? Qué tiene usted?

Marq. Esa pérfida..... ¡Al sepulcro me llevará!

Jacinta. Quién?

Marq. Jacoba.

Mintió su labio perjuro.

Jacinta. ¡Es posible.....

Marq. Me desprecia,
me vende.....

Jacinta. Ella!

Marq. Como el humo

se disipó mi esperanza.—

Ya me ha dado un sustituto.

Jacinta. ¿Qué oigo!....

Marq. Y sabe usted quién es?

El colegial boquirrubio.

Jacinta. Cándido? Aprension será
de usted.....

Marq. No; lo sé; lo juro;

lo he visto; le ama; los dos,
después de dulces preludios
de que yo he sido testigo,
se han ido hace ocho minutos
por ese jardín adentro.....

Jacinta. No hay fundamento ninguno
para esos celos. Son primos.....

Marq. Miren qué tacha les puso!
Ay! si Dios no hace un milagro,
el primo, ya no lo dudo,
seré yo..... en la otra acepción
que da á esa palabra el vulgo.

Jacinta. ¡Es posible que hable así
hombre de tan buen discurso!
Usted se ofusca, Marqués.....

Marq. No, señora; no me ofusco.

Jacinta. Sí tal. No es digna Jacoba
de esos recelos injustos.

Marq. Oh! de lo que ella no es digna
es del tierno amor que iluso
le juré.

Jacinta. (Triste de mí!)

Marq. Será inexpugnable muro
su honor; convengo. Mas sólo
en la castidad no fundo
la virtud de una mujer.
A ella.....; de rubor me cubro,
pero es fuerza confesarlo;
le faltan los atributos
más laudables de su sexo,
aunque modestos y oscuros;
la bondad, la mansedumbre,
la ternura, el don infuso
de hacerse querer, sin fausto,
sin hacer pesado el yugo
de su cariño..... Ay, Jacinta!
Si estuviese en manos de uno,
y no en las de su destino,
guiar con certero rumbo
sus pasiones, no es á ella
á quien tan ardiente culto
rindiera mi corazón.

Jacinta. (¡Santo Dios, sé tú el escudo
del mío!)

Marq. Pero sus gracias
me hechizan y en vano luchó
contra..... Perdóneme usted,
Jacinta; yo la importuno
con mis quejas, con mis cuitas.....

Jacinta. (Ay!) No, señor.

Marq. Yo perturbo
tal vez la calma inefable
de un ángel cándido, puro
cuyo pecho no destrozan
en borrascoso tumulto
las pasiones.....

Jacinta. (Oh suplicio!)

Marq. Pero mi postrer recurso,
Jacinta, mi único amparo
es usted.

Jacinta. ¡Triste refugio
es el de una pobre huérfana
á quien en suerte no cupo
otro don, y ese tal vez
présago de nuevo luto,
que el de una conciencia sana
y un corazon que no pudo
jamás ver indiferente
los ajenos infortunios!

Marq. Alma bella!

Jacinta. Mas si puedo,
tal como al Señor le plugo
que yo sea, hacer á usted
algun servicio, con sumo
placer....

Marq. Sí, sí. Por de pronto,
sáqueme usted de este apuro.
Vaya usted á interrumpir,
que ya es sobrado difuso,
aquel amante coloquio.

Jacinta. Iré.

Marq. Y si con disimulo
pudiese usted sondear....

Jacinta. Yo lo haré, aunque dificulto....
Sabe usted que con Jacoba
tengo yo muy poco influjo;
pero me distingue usted
con su estimacion, y es justo
que en cuanto de mí dependa
le muestre yo mi profundo
agradecimiento. Voy....

Marq. Sí, pronto, que me consumo.

Jacinta. [Yéndose por la izquierda.]
(¡Pobre corazon opreso,
perdónale el dardo agudo
con que te hiere! ¡El no sabe
que es tu ídolo.... y tu verdugo!)

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS.

Sí, quizá ha sido aprension....
No; el agravio es evidente.
¡Y aún doblo humilde la frente....
Vergüenza! oprobio! baldon!
No más! ¡Sea yo maldito
si vuelvo....

[Viendo á Cándido, que atraviesa el
soro de izquierda á derecha.]

Mas ¿no es aquel
el victorioso doncel....

[En alta voz.]

Oiga usted, caballero!

ESCENA IX.

EL MARQUÉS. CÁNDIDO.

Cándido. Quién llama con tanto imperio?

Marq. Quien puede.

Cándido. Usted...

Marq. Voto á briós!...

Tenemos que hablar los dos.

Cándido. De qué?

Marq. De un asunto serio.

Cándido. Sepamos....

Marq. Yo amo á Jacoba.

Cándido. Ya lo sé, y hace usted mal.

Marq. Por qué, insolente rival?

(Ya está visto: me la roba.)

Sabré quebrantar su red

sin que otro me lo aconseje,

pero ántes que yo la deje

quiero escarmentar á usted.

Cándido. Á mí? (Pues eso me falta!)

Cómo?

Marq. No hay que hacerse el tonto.

Armas, sitio y hora; ¡pronto,

que la bñlis se me exalta!

Cándido. La ocurrencia es singular....

Marq. Eh?

Cándido. Y merece que se imprima.

¡Tras de burlarme mi prima

usted me quiere matar!

Marq. ¿Qué oigo!

Cándido. Digo pura y neta

la verdad. Yo soy un hombre

cándido como mi nombre...

y ella una insigne coqueta.

Sin soñar Filis ni Clóris,

á ser aspiraba yo

peritus juris, y no

á ser *peritus amoris*;

mas Jacoba ¿á quién no emboba

cuando en ser amable da?...
Porque usted no negará

que es muy bonita Jacoba.

Marq. Bien....

Cándido. Por un raro capricho

hoy con boca de jarabe

y ojos... Qué ojos!...

Marq. Oh!

Cándido. ¿Quién sabe

los piropos que me ha dicho?

Marq. Sí. Adelante.

Cándido. Soy exacto.

Su brazo se apoya luégo

en el mio.... Oh Dios, qué fuego!

Su magnético contacto....

Marq. [Entre dientes.]

¡Hum....

Cándido. Bufo usted con razon.

Marq. [Incomodado.]

Oh!....

Cándido. En dos palabras, Marqués;

caigo extático á sus piés
y me rindo á discrecion.
Lo natural de aquel lance
era abrirme su terneza
los brazos; que así lo reza
más de un curioso romance;
pero, oh rigor inaudito!,
viéndome así la taimada,
disparó una risotada
que me dejó tamañito.

Marq.
Cándido.

Tronar intento
contra su perfidia atroz,
y se me atasca la voz,
y la risa va en aumento.
Por fin, la aleve coqueta
me dijo en tono muy seco:
¡Vaya á estudiar el muñeco
y déjeme el alma quieta!
(Albricias!)

Marq.
Cándido.

Si su desden
no es bastante, ahora de recio
zúrreme usted; que por necio
me estará bien y muy bien.

Marq. Zurrarle á usted! Al contrario.

[Dándole la mano.]

Soy su amigo verdadero.

Cándido. Gracias.—Qué ensayo! Oh! primero
que á mí me pesque el vicario....

Marq. ¡Triste error....

Cándido. Infame ardid!

Marq. Vamos, juicio!.... Ya pasó....

Usted no la amaba....

Cándido. Yo?

Ni soñarlo: ahí está el quid.

No la amaba, pero ahora....

Marq. [Con inquietud.]

¿Cómo....

Cándido. Ahora la detesto.—

Ya torcia usted el gesto?

[Asoman por la izquierda Jacinta y
Jacoba.]

Allí viene la traidora.

[Yéndose á la casa.]

Abur.

Marq. ¡Oiga usted....

Cándido. [Sin oírle.] (Muy bella;
eso sí....)

Marq. (Qué extravagancia!)

Cándido. (Mas no arriendo la ganancia
al que se case con ella.)

ESCENA X.

EL MARQUÉS. JACINTA. JACOBÁ.

Marq. (Huirla debo más que él,
pero aquí el amor me clava.)

Jacoba. Aquí estaba usted!....

Marq. Sí estaba,
fiera, fermentada, infiel.

Jacinta. Si mi ruego es eficaz
y amor perdona al que yerra
por amor, cese la guerra.

Marq. Cuánto más grata es la paz!
Yo escuché el acento blando
con que á Cándido la impía
halagaba....

Jacoba. Y yo sabía
que usted me estaba escuchando;
y si fué culpable intriga
la que yo fingí en despique,
no sea yo quien lo explique;
venga Cándido y lo diga.

Marq. Todo lo sé, mas, por Dios,
sé sincera: obrar así
¿fué desagraviarme á mí
ó agraviarnos á los dos?

[Jacinta toma el libro que quedó en el
banco.]

Jacoba. Fué castigar tu sospecha;
fué que, turbando mi calma,
celos me herian el alma
con envenenada flecha.
Mas ya mi engaño maldigo
viendo que con tanta fe
la que mi rival juzgué
me reconcilia contigo.

[Dando la mano á Jacinta.]

Perdon te pido.

Jacinta. No á mí,
á él.... Ya nada recuerdo.

Marq. No tiene hiel.

Jacinta. (Yo me pierdo
si no me alejo de aquí.)
Cese el violento desvío
y dáos la mano...., siquiera
por ser yo la medianera.

[Se dan la mano Jacoba y el Marqués.]

Bien! (Puedo hacer más, Dios mio?)

[Entra en la casa.]

ESCENA XI.

JACOBA. EL MARQUÉS.

Jacoba. Confieso á fe de quien soy
que he sido injusta con ella.

Marq. Digna es de mejor estrella.

Jacoba. Seré su hermana desde hoy.

Marq. No te pesará.—Y mi fe
¿cuándo...

Jacoba. (Oh Dios!)

Marq. En dulce lazo...

Jacoba. (Tiemblo....) Breve será el plazo.
Mañana te lo diré.

Marq. Mas ¿por qué difieres.....
Jacoba. Oh!....
Marq. No te enojés.
Jacoba. Qué porfía!
Marq. Mi amor.....
Jacoba. Tan largo es un día?
Marq. Bien, consiento.....
Jacoba. Es que si nó.....

ESCENA XII.

JACOBA. EL MARQUÉS. DOÑA SALOMÉ.
 CÁNDIDO.

[*Cándido da el brazo á su tia.*]
Salomé. Coche y corceles ya ha rato

que están listos.
Jacoba. Vamos.....
Salomé. Vivo!
Marq. Téngala usted el estribo.
 Sí haré.

[*Vase con Jacoba por la verja.*]

Cándido. (Pobre mentecato!)
Salomé. Los dos al coche.
Cándido. Muy bien.
 Contento y honrado voy.....
 (Con esta al ménos estoy
 seguro de incendios.)
Salomé. Ven.

[*Vanse tambien por la verja.*]

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

JACINTA. JACOBA.

[*Aparecen preparando tazas para tomar café
 sobre la mesa de piedra.*]

Jacinta. Llegó por fin el momento,
 si has de cumplir lo que ayer
 ofreciste.....

Jacoba. Ay prima mia!
 Cuanto más cerca lo ve
 mi corazón, más se aumenta
 esta zozobra cruel
 que me oprime.

Jacinta. ¿Y de qué nace
 tu zozobra?

Jacoba. No lo sé.

Jacinta. La libertad de soltera
 sientes acaso perder.

Jacoba. Libertad! Para nosotras
 ¿la hay, Jacinta, alguna vez?

Jacinta. Es cierto que á perdurable
 dependencia la mujer
 nace condenada; pero,
 si lo examinamos bien,
 no faltan compensaciones
 á esta necesaria ley
 que ni tú ni yo podemos
 abolir, Jacoba; y pues
 en depender no está el mal
 sino en el cómo y de quién,
 y tan bellas circunstancias
 concurren en el Marqués,
 no dudes que el casto yugo
 por que suspira ha de hacer
 tu felicidad.

Jacoba. ¿Quién sabe!....

Jacinta. Puedes dudar de su fe?

Jacoba. Ah! no.

Jacinta. Vacila la tuya?

Jacoba. No, Jacinta. Le amo y fiel
 le amaré toda mi vida.

Jacinta. (Cielo!) ¿Y cómo, si así es,
 con tristes presentimientos
 acibaras el placer
 de tan risueña esperanza?

Jacoba. Tú mi corazón no ves.
 Tú, que no has amado nunca....

Jacinta. (Ah!)

Jacoba. No puedes comprender
 sus misterios.... Ni yo misma
 oso penetrar en él.....

Jacinta. Jacoba!...

Jacoba. Porque sería,
 si tal hiciera, su juez
 más severo.... (Oh Dios, qué digo!)
Jacinta. Te turbas...., tiembles.... Por qué?
 ¿Qué pesar....

Jacoba. [*Sonriéndose.*] Nada... Aprensiones...
 No sabe una si despues....
 Temo por él; no por mí.
 Temo que no he de saber
 realizar sus ilusiones.
 Habituada á ser el rey,
 el ídolo de mi casa,
 en mí hay defectos tal vez
 que no podré corregir.....

Jacinta. Sí tal. Amor y deber
 te inspirarán, no lo dudes,
 y él por su propio interes
 será indulgente. Eh! destierra
 esa pueril timidez,
 y no á todos nos retardes
 y á ti misma el parabien

que esperamos.

Jacoba. Sí, sí, tienes
razon. (Valor!)

Jacinta. Ya el postrer
plazo se ha cumplido. Lucas
viene á servir el café.

[*Llega un criado con cafetera y le-
chera.*]

Los llamo?

Jacoba. Sí.

Jacinta. [*Dando un paso y deteniéndose.*]

Es excusado;
que ya están aquí los tres.

ESCENA II.

JACOBA. JACINTA. DOÑA SALOMÉ.
EL MARQUÉS. CÁNDIDO.

Jacinta. [*Aparte con el Marqués.*]

Ya es de usted.

Marq. Oh cara amiga!

Salomé. [*Aparte con Jacoba.*]

Qué tenemos? Paz, ó guerra?

Jacoba. Paz.

Cándido. (Mujer inicua!)

Jacoba. ¿Qué hacen
ustedes, que no se sientan?

[*Todos se sientan en sillas rústicas,
colocadas de antemano al rededor de
la mesa. Lucas llena las tazas, segun
las indicaciones del diálogo.*]

Jacinta. (¡Dios mio, hacedle dichoso,
ya que yo nunca lo sea!)

Salomé. Basta.

Jacoba. Á mí, sólo café.

Cándido. (Pues ya! Hasta en eso la echa
de impávida.)

Jacinta. Basta ya.

Marq. Café solo.

Cándido. (Pues, como ella!)

Á mí leche sin café.

Jacoba. Ya no te gusta?

Cándido. Me afecta
los nervios.

Salomé. [*Al criado.*] Ya puedes irte.

[*Se retira el criado con la cafetera, etc.*]

Y ahora saca tú de penas
al Marqués; que ya es razon.
Pendiente está mi existencia
de esos labios de coral.

Salomé. Mas su sonrisa halagüeña
harto anuncia que va á ser
favorable la sentencia.

Jacoba. Y si no dicto ninguna?

Salomé. ¿Ya volvemos á la tema.....

Marq. Jacoba!

Jacoba. No hay que inquietarse.

Salomé. Pero ¿lo dices de veras?

Jacoba. Sí, porque al reo no es dado
vestir la toga severa
del juez, y yo no he de serlo
de quien con tantas finezas
mi voluntad ha rendido
y ha postrado mi soberbia.

Marq. Oh ventura!

Jacoba. Y pues desde hoy
me complazco en ser su sierva.....

Jacinta. (Ay!)

Jacoba. Él señale á su arbitrio
el dia que tanto anhelan
nuestras almas.

Marq. Dueño hermoso!

Salomé. [*Besando á Jacoba.*]

Hija mia!.... Es hechicera.

Jacinta. (Qué martirio!)

Cándido. (Oh ceguedad!)

Marq. Pues si en mis manos lo dejas,
bien mio, el plazo más breve
será largo á mi impaciencia.
Mañana mismo.....

Salomé. Mañana!

Pues no tiene poca prisa!

Marq. Bien; el domingo que viene.

Salomé. Tampoco. Pues ¡qué! ¿se arregla
así como así la boda
de quien no es una cualquiera,
y á un tiempo ha de recibir
en la santa madre iglesia
con el carácter de esposa
el título de marquesa?

[*Se levanta y todos hacen lo mismo.*]

Yo fijaré el dia.

Marq. Cuándo?

Salomé. Estamos á veinte.... Sea
el dia de san Antonio.

Marq. Tan tarde! Me desespera
usted.....

Salomé. Eh! son tres semanas,
no más, y los dias vuelan.

Marq. Pero.....

Salomé. No hay que replicarme.
Yo lo mando.

Marq. Será fuerza
resignarme.

Salomé. Y aún así,
si ha de estar todo á la vela
para entónces....

Marq. Sí; matrículas....,
compras.....

Salomé. Pues ¡fuera pereza!

Marq. Ahora mismo voy á Córdoba,
si ustedes me dan licencia.....

Jacoba. No siendo la ausencia larga.....

Marq. No; esta noche estoy de vuelta

en mi granja.—Ahora me ocurre....
 Pues la verde primavera
 á ello nos convida, y todos
 estamos de enhorabuena,
 hónrenme ustedes mañana
 pasando el día en mi hacienda.
Jacoba. Con mucho gusto.
Salomé. Aprobado.
Cándido. Cuánto dista?
Marq. Media legua.
Salomé. Con todo, madrugaremos
 para aprovechar la fresca.
Marq. Á las cinco estaré aquí.
Salomé. Bien.
Marq. El gozo me enajena.
 [Á doña Salomé, besando su mano.]
 Adios, querida mamá.
Salomé. Adios. Te vas por la verja?
Marq. Sí. Ahí tengo mi cabriolé....
 Adios, Jacoba.
Salomé. ¿No estrechas
 también su mano....
Marq. No osaba....
 [Tomando también la mano de Jacoba
 y besándola.]
 Adios, adorada prenda.
 [Vuelve el criado y se lleva las ta-
 zas, etc.]

ESCENA III.

DOÑA SALOMÉ. JACOBA. JACINTA.
 CÁNDIDO.

Salomé. Qué cumplido caballero!
 Debes bendecir tu estrella,
 Jacoba....
Jacoba. Oh! sí. (¡Echada está
 la suerte!)
Salomé. Ea, no se pierda
 el tiempo. Vamos adentro
 á proyectar joyas, telas,
 festines.... Serás la envidia
 de las damas cordobesas.

ESCENA IV.

JACINTA. CÁNDIDO.

Cándido. Él se fué tan satisfecho,
 y ellas ¡con qué afán lo toman!....
 Eh! con su pan se lo coman
 y hágales muy buen provecho.
Jacinta. ¿No te pesa á ti....
Cándido. Á mi no.
 ¿Qué me importa que se casen....
 ¡Así todos lo tomasen
 con la frescura que yo!

Jacinta. No te entiendo. Á quién aludes?
Cándido. Á ti. Estás triste....
Jacinta. No tal.
Cándido. Sí. Mas para él es el mal,
 que no aprecia tus virtudes.
Jacinta. ¡Cómo....
Cándido. Tú le amas, Jacinta!
Jacinta. ¡Yo....
Cándido. Y á Jacoba le entregas!
Jacinta. Pero....
Cándido. En vano me lo niegas.
 Yo lo sé de buena tinta.
 Mal de su grado, la fe
 traspira que reconcentras
 en el alma.
Jacinta. (Oh cielo!)
Cándido. Mientras
 hemos tomado café,
 yo he visto á tus labios rojos
 reprimir más de un gemido.
Jacinta. Te engañas....
Cándido. Yo he sorprendido
 una lágrima en tus ojos;—
 y aún ahora....
Jacinta. Oh! basta de eso.
 Quién te ha hecho mi fiscal?
Cándido. Quién? El puro y fraternal
 cariño que te profeso:
 esta fe que enrojecer
 no hará de pudor tu cara,
 porque lo mismo te amara
 aunque no fueses mujer:
 esta fe que crece en mí
 cuanto más mis ojos ven,
 prima, el inicuo desden
 con que te tratan aquí.
Jacinta. Oh! no en vano me convidas
 con esa tierna amistad
 consuelo de mi orfandad.
Cándido. Perdiera por ti mil vidas.
Jacinta. Mas, siendo claro su origen,
 no al sentir las como tuyas
 á una quimera atribuyas
 las tristezas que me afligen.
Cándido. No, Jacinta, no es quimera.
 ¡Cuando te lo digo yo....
 Mira: el diablo me tentó
 á registrar tu cartera....
Jacinta. ¿Qué has hecho!....
Cándido. [Va á arrodillarse y Jacinta no se
 lo consiente.]
 Caigo á tus pies...
Jacinta. Alza!
Cándido. Perdon! No sabía....
 Qué dibujo! Es á fe mia
 fiel retrato del Marqués.
Jacinta. ¡Silencio...
Cándido. Oh! no creas que hable...
 Sólo ver tu habilidad
 quise....
Jacinta. La curiosidad
 es un vicio detestable.

Cándido. Es verdad ; mas te prometo
que, aunque inexperto escolar,
sabré, Jacinta, guardar
con cien llaves tu secreto.
Y tú, al ver tal sinrazon,
que no debiste jamás
temer....

Jacinta. Yo....

Cándido. ¿No triunfarás
de tu funesta pasión?

Jacinta. Sí, sí; un afecto naciente
pronto del pecho se lanza
cuando no hay una esperanza
que lo halague y alimente.
Ni el no tenerla es de ahora.
Pobre huérfana, ya ves,

Cándido. ¿cómo aspirar á un marqués....

Jacinta. Tú? mejor que esa traidora....

Cándido. Cándido!.... Eres rencoroso.
Por qué me sacó de quicio?
¿Por qué á un mozo de mi juicio
obligarle á hacer el oso?
Á no ser un aprendiz
y á no haberme seducido,
¿hubiera yo cometido
jamás tan torpe desliz?
Precisamente es mi flaco
la sensatez, la cordura,
¡y arrastrarme á una locura
que no la hace un monicaco!—
Mas dejemos á Jacoba.
La desprecio.

Jacinta. Oh, no! ¡Es tan bella...

Cándido. Me hace ya más gracia que ella
su perro de Terranova.
Haz tú lo mismo con él.

Jacinta. Por qué? Qué ofensa me ha hecho?
¿Sabe él que reina en mi pecho
cuando lo rasga cruel?....
¿Qué digo! No, no; tranquilo
late ya mi corazón.

¿Tal prueba de abnegacion
pude dar, y ahora vacilo?...
Mira, Cándido; el Marqués
por mí se casa, por mí!

Cándido. Y de eso te alabas?

Jacinta. Sí.

Cándido. Extraño desinterés!

Jacinta. Al contrario. Cuando influyo
en favor de mi rival,
á mi interés personal
quizá miro más que al suyo.
Mientras él libre se viese
soñárame yo su dama,
y ahora la ardiente llama
ahogaré, mal que me pese.
Contra mi propia flaqueza
arma así mi corazón
á la santa religion....;
quizá á la naturaleza.
A vista del nudo sacro,
si bien mi deber contemplo,
ó caerá en ruinas el templo

ó faltará el simulacro;
que si inocente hasta aquí,
fuera ya delito grave
mi idolatría, y no cabe
bastarda pasión en mí.

Cándido. Qué nobleza! ¡Oh cuán distinta
es tu índole dulce y blanda
de la pérfida y vitanda
que aquella aleve....

Salomé. [Dentro.] Jacinta!

Jacinta. Me llama la tia.... Adios.

Cándido. Adios. Yo me quedo aquí.

Jacinta. Nadie sepa....

Cándido. Fía en mí.
Son cosas para *inter nos*.

ESCENA V.

CÁNDIDO.

[*Se oscurece gradualmente el teatro.*]

¡Pobre prima mía, en quién
fuiste á poner tu cariño!....
Pero el Marqués, si no mienten
mis siniestros vaticinios,
pagará con las setenas
el torpe error inaudito
de desdeñar á una santa
y adorar á un basilisco.—
Aun estarán discutiendo
en congreso femenino
el programa de la boda:
con tan plausible motivo
se suprimirá el paseo.
Vuelvo pues á mi tranquilo
pabellon, del corbatin
congojoso me emancipo,
y mientras dura el crepúsculo
doy un vistazo á mis libros.

[*Entra en el pabellon. Al mismo tiempo
aparece por la verja un labrador tra-
yendo un cesto de juncos cubierto con
una gasa.*]

ESCENA VI.

EL LABRADOR.

[*Desde la verja observando.*]

No hay un alma en el jardín.

[*Avanzando.*]

Mejor: así sin ser visto
cumpliré mi comision.
Á este pabellon lo arrimo....

[*Pone el cesto junto á las gradas del
pabellon. Cándido abre por dentro la
ventana del mismo más próxima al
proscenio.*]

Abriendo están la ventana.....
 Tras de este árbol me cobijo.
[Se oculta entre los árboles. Cándido se asoma á la ventana.]

ESCENA VII.

CÁNDIDO. EL LABRADOR.

Cándido. (Que éntre la gracia de Dios!—
 Pero allí un bulto distingo,
 como cesto..... Qué será?
 Yo voy á ver.....)

[Se retira de la ventana.]

Labr. Ya lo ha visto
 y ahora va á salir..... Me largo
 sin esperar el recibo.

[Vase corriendo por la verja y un instante despues sale Cándido del pabellon.]

ESCENA VIII.

CÁNDIDO.

Qué habrá dentro? Será fruta
 que el jardinero ha cogido.....
 Bah! ¿La habia de tapar
 con ese cendal tan limpio.....
 Pero ¿quién me impide á mí
 que vea.....

[Levantando la gasa.]

Oh Dios! Un chiquillo!
 Qué haré? Me asombro., me aturdo...
 Dormido está el angelito.—

[Vuelve á tapar el cesto.]

Vaya un lance!..... *Cujum pécus?*...
 Y al pié de mi domicilio!
 Me le querrán endosar?
 Á un estudiante! Capricho
 sería..... No, no; protesto
 la libranza.—Daré gritos.....

[Asoman Jacoba y Jacinta.]

Ah! venid, corred.....

ESCENA IX.

CÁNDIDO. JACINTA. JACOBA.

Jacoba. Qué ocurre?

Cándido. Poca cosa. Un regalillo
 que nos envían.

Jacoba. Tan pronto!
 Mas no lo extraño. ¡Es tan fino
 el Marqués.....

Cándido. Si es del Marqués

el obsequio, te has lucido!

Jacoba. ¡Cómo.....

Cándido. Llega. En ese cesto
 está el cuerpo del delito.

Jacoba. *[Levantando la gasa.]*

Descubramos.—Virgen santa!

Cándido. Eh? Qué tal?

Jacinta. *[Acercándose.]* Cielos, un niño!
 ¿De dónde...? ¿Quién...

Cándido. Qué sé yo?
 Si del cielo no ha llovido,
 álguien me cogió las vueltas
 y le puso en este sitio.

Jacoba. Oh desventura!

Jacinta. Oh dolor!

Cándido. Por la verja, es claro, vino
 el portador; mas sin duda
 se introdujo aquí furtivo,
 y no sabiendo las señas
 ni el nombre del individuo,
 ¿quién busca.... Pero es forzoso
 salir de este compromiso.
 Preguntaré á los criados.....

Jacinta. Para qué? Lo hubieran dicho
 si algo supieran.

Cándido. *[Moviéndose hácia la casa.]*

La tia.....

Ella tomará un partido.....

Jacoba. No! Detente.

Jacinta. Es irascible.....

Cándido. Cierto; y sabe Dios los jaicios
 que formará.....

Jacinta. Y si rehusa,
 como temo, dar asilo
 á esa víctima infeliz.....

Jacoba. En efecto..... No es de risco
 su corazon, pero siendo
 tan severos sus principios,
 dudo.....

Jacinta. Entra en casa y observa
 mientras las dos discurremos.....

Jacoba. Iba á ponerse á escribir.....

Cándido. Ah! pues tiene para un siglo.—
 Entro, la observo, y si viene,
 tosiendo os daré el aviso.

ESCENA X.

JACINTA. JACOBA.

Jacinta. Válgale tu influjo, prima,
 tus generosos instintos.....

Jacoba. Le ampararé; pero ahora.....
 saquémosle con sigilo
 de aquí, y pronto, pronto.....

Jacinta. Si;
 pero ¿en medio del camino
 le hemos de dejar?

Jacoba. No! (Cielos!)

Jacinta. Fiarnos será preciso

de algun criado..... Cristóbal
acaso.....

Jacoba. Sí, sí; confío
en su lealtad y prudencia.
Ve á buscarle mientras cuido.....
(Echarla de aquí conviene.)
Jacinta. Quizá se halle algun indicio
dentro.....

[*Registra el cesto.*]

Jacoba. [*Queriendo detenerla.*]

Es inútil.....

Jacinta. Veamos.....
Ah! una carta.

[*La saca y vuelve á cubrir el cesto.*]

Jacoba. (Qué martirio!)

Carta.....

Jacinta. Sí.—Toma: tu nombre
se lee en el sobrescrito.

Jacoba. [*Abriendo la carta.*]

Mi nombre.....

Jacinta. (La abre temblando.)

Jacoba. ¿Quién..... á mí... (Cruel destino!)

[*Lee para sí.*]

Jacinta. (Qué sospecha!... Ella...) Tú pierdes
el color.....

Jacoba. Yo..... Este imprevisto
accidente.....

Jacinta. Quién te escribe?

Jacoba. (Vil mujer!... Ah! ¿cómo digo
la verdad?) Es una amiga.....
que se vale de mi auxilio.....

[*Medio acongojada.*]

Yo..... si.....

Jacinta. Jacoba! (No hay duda.)

Jacoba. Yo fallezco.....

Jacinta. [*Sosteniéndola.*] Sudor frio
baña tu frente. Jacoba!....
Habla, alienta. ¿No te inspiro
confianza? ¿Para cuándo
es el valor? Yo adivino
lo que en vano quieres ya
callarme. No los latidos
de tu corazón comprimas;
no ahogues el santo grito
que ya, mal tu grado, asoma
al labio decolorido.

Jacoba. Jacinta!

Jacinta. Habla! Tu conciencia
triunfe de un rubor tardío,
inútil.....

Jacoba. Oh prima mía!

[*Cae á sus piés.*]

Perdona! Yo me arrodillo
á tus piés....

Jacinta. [*Levantándola.*] No; alza á mi seno
y llora en él tu extravío.....

¿Qué digo! No: tu infortunio!

Jacoba. [*Llorando.*]

Dios me da el justo castigo
de mi culpa. La mujer
á quien confíe mi hijo
le abandona, pretextando
que está enfermo de peligro
y la llama con urgencia
á Chipiona su marido.

Jacinta. Á Chipiona!....

Jacoba.

Allí.....

Jacinta.

Verdad

será.....

Jacoba. Pero ¿no ha podido
dejarle en lugar seguro
y excusarme este conflicto.....

Jacinta. Tal vez le ha sido imposible.
Dónde estaba?

Jacoba. En un cortijo
á media legua de aquí.

Jacinta. Respetemos los designios
de la Providencia.

Jacoba. Ay prima!

¿Qué dirás.....

Jacinta. Todo lo olvido:
sólo veo á ese inocente.....
Mas no será tan inicuo
su padre.....

Jacoba. Ay de mí! No existe.

Jacinta. Ni tú le lloras!

Jacoba. No es digno
de mis lágrimas.

Jacinta. Oh cielo!
¡Y ya reina en tu albedrío
otro hombre!.....

Jacoba. Me alucinó,
me burló aquel fermentido;—
mas no impunemente.

Jacinta. ¿Cómo.....

Jacoba. Fué muerto en un desafío.
El cielo quiso vengarme.

Jacinta. El cielo, Jacoba, quiso
mostrarte así su terrible
justicia...., sí!, y el camino
que te mandaba seguir.....
Tú no le has obedecido!

Jacoba. Jacinta!....

Jacinta. Oh! basta. No sea
yo quien aguce el cuchillo
que te hiere.—Mas ¿qué haremos...
Ah! No nos queda otro arbitrio.

[*Tomando el cesto.*]

Este pabellon le albergue
hasta que el cielo.....

Jacoba.

Oigo ruido.....

Jacinta. Volveré..... Sal tú al encuentro
de quien sea.

[*Entra en el pabellon con el cesto y
vuelve luego. Jacoba se acerca á la
casa.*]

ESCENA XI.

JACOBA. CÁNDIDO. JACINTA.

Jacoba. ¡(¡ Dios benigno, salvadme!)

Cándido. Jacoba!

Jacoba. (Es Cándido.) Viene mamá?

Cándido. No.

Jacoba. (Respiro.)

Cándido. Pero te llama.

Jacoba. [Acercándose al pabellon y llamando.] Jacinta!

Cándido. Qué habeis hecho?

[Vuelve Jacinta.]

Qué es del niño?

Jacinta. Ahí.

Cándido. Cielos!

Jacoba. Mamá me llama.

Cándido. ¿Qué hago yo...*Jacinta.* [Indicando á Cándido el pabellon.]

Entra. Dios propicio nos ayudará.

[Á *Jacoba.*]

Anda tú.

Nada temas; yo vigilo....
Veré á Cristóbal....[Á *Cándido.*]

Qué esperas?

[Haciéndole entrar en el pabellon.]

Vuelvo.

[Vase corriendo por la derecha del foro.]

Jacoba. [Juntando las manos y mirando al cielo.]

Dios mio! Dios mio!

[Entra en la casa.]

ACTO TERCERO.

Principia á amanecer.

ESCENA I.

JACINTA.

¡No vuelve el jardinero,
y ha amanecido ya!

[Mirando por la verja, que está cerrada.]

En vano á un lado y otro
revuelvo sin cesar
mis ojos impacientes.
¡Silencio y soledad
por todas partes....

ESCENA II.

JACINTA. CÁNDIDO.

Cándido. [Saliendo del pabellon.]

Prima....

Jacinta. [Acercándose.]

Ah! Lloras?

Cándido. No.*Jacinta.* Pues ¿qué hay?*Cándido.* Nada. Serena el pecho.
Con sueño celestialdurmiendo está en los brazos
de su ángel tutelar.*Jacinta.* Velad por él, Dios mio!*Cándido.* Vaya si velará!

No es padre de los huérfanos?

¡Pues no faltaba más....

Tambien huérfanos somos

entrambos, y quizá

por eso nos le fia

el cielo: no es verdad?

Jacinta. Oh! sí, y debemos darnos

el parabien....

Cándido. Sí tal.

Yo celebro.... Ay Jacinta!

Triste es en tierna edad

robarnos para siempre

la losa sepulcral

el amor de una madre,

don de los cielos....

Jacinta. Ay!*Cándido.* ¡Amor que otro ninguno

podrá suplir jamás!

Mas si esto es doloroso,

¡cuánto más lo será

gemir, teniendo madre,

en mísera orfandad!....

Oh! al ménos á las nuestras

nos es dado invocar

con orgullo, y al cielo

nuestros votos irán;

mas cuando de la suya
comprenda la crueldad
ese infeliz, nacido
en hora tan fatal,
sólo por maldecirla
quisiérala nombrar.

Jacinta. Oh! no tan sin entrañas
cual juzgas tú será
la que á despecho suyo
le aparta de su hogar.
Tal vez tiranas leyes
la humana sociedad
impone á cuyo imperio
cede la natural.

Cándido. Sí, á lo que llaman honra,
y es sólo vanidad,
los fueros de la sangre
quieren sacrificar.
Al cometer la culpa
se olvida el qué dirán,
¡y con otra más grave
luégo se ha de soldar
por respeto á esa falsa
conveniencia social!....
Y esto es ley? es justicia?
No; infamia, iniquidad!

Jacinta. Cándido, te honra mucho
tan rígida moral;
mas no á juzgar ahora
la flaca humanidad
nos llama Dios.

Cándido. Es cierto;
ni compete á un rapaz,
que es bachiller apénas,
tanto filosofar;
mas cuando uno trasnocha
la cabeza se va....
Á propósito, aún puedes
un rato descansar.
Vete; yo estaré alerta.....

Jacinta. ¿Cómo, cuando aún está
pendiente nuestro hermoso
pupilo de un azar....

Cándido. Oh virtud! ¡oh modelo
de ardiente caridad!
¡Toda una noche en vela
y de aquí para allá....
Ya acallabas su lloro
con amor sin igual;
ya para alimentarle,
buscando con afán
cuanto halagar pudiese
al blando paladar,
suplias ingeniosa
el jugo maternal.
¡Y por él comprometes
salud, tranquilidad,
hasta el honor acaso....
Qué madre haria más?

Jacinta. Y á no tener el pecho
de duro pedernal,
di, ¿qué ménos haria,
estando en mi lugar,

IV.

quien como yo supiera
lo que es la adversidad?
No llames heroismo
á este celo eficaz
que á entrambos nos infunde
la cristiana piedad.

Cándido. Á entrambos? Á ti sola.
Yo, aturdido escolar,
de tanto sacrificio
me juzgara incapaz.
Hubiera dicho al párroco,
hay esta novedad,
y abur. Mas tú me inspiras,
y primo servicial,
soy tu eco, soy tu sombra....,
qué sé yo?... tu edecan.

Jacinta. Obremos como buenos
y Dios nos premiará.
Y á tan leve fatiga
¿no es ya premio y solaz
ver á ese tierno infante
con risa angelical
dar gozo á nuestras almas
y á nuestro rostro paz?
¡Oh cual sus manecitas
con ternura sin par
me acariciaban! ¡Cómo
en su donosa faz
y en la gracia inocente
de aquel suave mirar
nos mostraba un destello
de la divinidad!
¡Sí, yo en su pura frente,
Santo Dios de Abraam,
de tu increado espíritu
he visto la señal;
tú el mio flaco y débil
alientas; tú me das
para alivio á mis penas
y ofrenda de tu altar
el llanto en que bañados
mis párpados están!

Cándido. Pues! También de los míos
lo siento yo brotar.
¡Si digo.... Alguien se acerca....

Jacoba. [Saliendo de la casa.]
Soy yo: nada temais.

ESCENA III.

JACINTA. CÁNDIDO. JACOBA.

Jacinta. ¿Tu madre....
Jacoba. Duerme.
Jacinta. No obstante,
conviene que alguno vaya
á observar....
Jacoba. ¡Cándido....
Cándido. Entiendo.
Pues la luz de la mañana

entra ya por todas partes,
me situaré en la antesala
de arriba.....

Jacoba. Sí.

Cándido. Y con pretexto
de estudiar aquellos mapas.....
Mi fuerte es la geografía.....

Jacoba. Bien.....

Cándido. Atisbaré.....

Jacinta. Sí, anda.

ESCENA IV.

JACINTA. JACOBA.

Jacoba. ¿El niño.....

Jacinta. En el pabellon.

Jacoba. Todavía!

Jacinta. Antes que salga,
es fuerza buscar, Jacoba,
persona de confianza
que le albergue, que le crie.....

Jacoba. Sin duda; pero.....

Jacinta. Y no se halla
tan fácilmente y de noche.....

Jacoba. El oro todo lo allana.

Jacinta. No siempre!

Jacoba. ¿Cuándo salió
Cristóbal?

Jacinta. Tres horas largas
hace ya.

Jacoba. Oh Dios!, y no vuelve.....

Jacinta. Ya me inquieta su tardanza;
pero no desesperemos.....

Jacoba. Yo tiemblo..... Él no sabe nada.....,
ni Cándido.....

Jacinta. Qué! ¿no fias
de mí?

Jacoba. Sí, sí; pero en ascuas
estoy..... Si llora.....

Jacinta. No temas;
está en la postrer estancia
del pabellon.

Jacoba. Te habrá dado
mala noche.....

Jacinta. No; muy grata.
Fácil me ha sido acallarle,
nutrirle.....

Jacoba. Prenda adorada!—
¡Cuánto ha sido mi tormento
en no partir, como ansiaba
el corazon, tus afanes,
tus desvelos..... Mas mi cama
y la de mamá tan juntas.....

Jacinta. Por dicha está más cercana
al jardin mi habitacion,
y pude sin ser notada.....
Mas no perdamos un tiempo
precioso. Cristóbal tarda
quizá por disposicion
de Dios, que ofrece á tus ansias

un instante de consuelo.

Entra.....

Jacoba. Mas si por desgracia
me vieses..... Quedó el Marqués
en venir de madrugada.....

Jacinta. Á las cinco. Aun tienes tiempo
de sobra..... Sube: qué aguardas?

Jacoba. Sí; harto he reprimido ya
el impulso que me arrastra
á estrecharle entre mis brazos,
á besarle.....

Jacinta. No; sus gracias
contempla en silencio.

Jacoba. [*Subiendo las gradas.*] Oh pena!....
Dices bien; si despertara.....

Jacinta. ¡Por Dios, cuida....
Entra sin miedo.

ESCENA V.

JACINTA.

[*Con la vista fija en el pabellon.*]

Hay mujer más desgraciada?
¡Madre, y no tiene valor
para serlo! ¡Esta es la brava
amazona varonil.....
Miseria, miseria humana!

[*El jardinero, que ha aparecido por
la parte exterior de la verja, la abre
con llave que trae, y dejándola abierta
entra en el jardin. Un momento des-
pues sale de la casa Cándido.*]

ESCENA VI.

JACINTA. CÁNDIDO.

Jacinta. ¿Qué ruido... Oh! vuelve Cristóbal.

[*Saliéndole al encuentro.*]

Cándido. ¿Qué nuevas.....
Jacinta!

Jacinta. [*Al jardinero con inquietud y bajan-
do la voz.*]

Ah! Calla.

[*Señalando á lo interior de los basti-
dores de la derecha entre la verja y la
casa, y en la misma direccion se re-
tira el jardinero.*]

Espérame allí.

Cándido. La tia
está ya despierta y llama
á Jacoba.

Jacinta. [*Mostrando el pabellon.*]

Allí está. Corre.
Cándido. No es menester: ella baja.

ESCENA VII.

JACINTA. CÁNDIDO. JACOBA.

Jacoba. Despertó?*Cándido.* Sí. Te ha llamado.*Jacoba.* Ah! Vuelo.....*Jacinta.* [*Acompañándola hasta la puerta.*]

Enjuga esas lágrimas.

Jacoba. Voy sin mí!*Jacinta.* Serenidad!

ESCENA VIII.

JACINTA. CÁNDIDO.

Jacinta. Tú quédate aquí de guardia
mientras hablo con Cristóbal.....*Cándido.* Sí; ya vino..... ¿Hay esperanza.....*Jacinta.* Aun no sé..... Vuelvo al instante.[*Vase por donde se fué Cristóbal.*]

ESCENA IX.

CÁNDIDO.

Tengo..... como telarañas
en los ojos.....[*Bostezando.*]

Ah..... Qué noche!—

Pues, en efecto, lloraba.

Ya veo que no es tan fiera

Jacoba y tan casquivana

como yo lo imaginé.

Pero ¿á qué tigre de Hircania

no enterneciera una misera

criatura abandonada,

tan linda..... Y debe de ser

de distinguida prosapia;

que la ropa..... Pero ¿cómo

saldremos de esta maraña?

Chasco será que despues

de una noche toledana.....

ESCENA X.

CÁNDIDO. JACINTA.

Cándido. Qué ha dicho?*Jacinta.* Dios nos protege.Ya hay nodriza que se encarga
del niño.*Cándido.* ¿Segura.....*Jacinta.* Sí;

pero empresa temeraria

sería el sacarle ahora.

Cándido. Sí.*Jacinta.* Por dicha nos deparael cielo ocasion propicia
con la gira proyectada.*Cándido.* Entiendo. Se van los amos;
los criados, cosa es clara,
se ocupan en sus faenas
ó se tienden á la larga,
y para el piadoso fraude
Cristóbal queda á sus anchas.*Jacinta.* En breve van á cesar
nuestras angustias.*Cándido.* Dios lo haga.*Jacinta.* Yo voy adentro. Es forzoso.....*Cándido.* Sí; puedes caer en falta.....[*Se sienta en el banco de la izquierda.*]*Jacinta.* ¿Apagaste ya la luz
de tu dormitorio?*Cándido.* [*Soñoliento.*] Eh! que arda
por las ánimas benditas.*Jacinta.* No; mejor es apagarla,
que es ya de día, y si observan.....*Cándido.* [*Bostezando.*]Quiá!... Léjos... y con pantalla.....
y todo cerrado.....[*Da cabezadas.*]*Jacinta.* Sí;
pero conviene.....[*Cándido se duerme.*]*Salomé.* [*Dentro.*] Muchacha!
*Jacinta!**Jacinta.* Ah![*Alzando la voz.*]

Voy!

[*Mirando á Cándido.*]

Se ha dormido!

[*Tocándole en el hombro.*]

Cándido!

Cándido. [*Despertando.*]

¿Quién..... Ah!

Jacinta. Levanta!*Cándido.* [*Levantándose y esperezándose.*]

Qué hay?

Jacinta. Me llaman... Cuida...*Cándido.* Bien.
Yo quedo aquí de atalaya.

ESCENA XI.

CÁNDIDO.

[*Bostezando.*]

Ah..... ¡Tengo una flojedad.....

Y ahora, con gana ó sin gana,

día de campo y de broma

y de..... Pues ¡buena está mi alma

para andar de ceca en meca
saltando setos y zanjas....
No; apenas llegue, me tumbo
á la sombra de una parra,
y hasta la hora de comer
ni garruchas me levantan.

ESCENA XII.

CÁNDIDO. EL MARQUÉS.

Marq. [*Al entrar.*]

(Hola, ya abrieron la verja!)

Cándido. (Aun de pie, con su beleño
mis nervios afloja el sueño....
y temo que me sumerja....)

Marq. (El colegial está allí.)

[*Acercándose.*]

Oh amigo mio!

Cándido. [*Sorprendido.*] ¿Quién es....
Felices, señor Marqués.

Marq. Mucho madrugamos.

Cándido. Sí.

Marq. Bien!

Cándido. (Miento, que no madruga
quien no se acuesta.)

[*Bostezo.*]

Marq. Hay galbana?

Cándido. Pche!.... Un poco!

Marq. Está la mañana
fresca como una lechuga.

Cándido. Cierto.

Marq. Se vistió Jacoba?

Cándido. No sé. Como yo me encierro
ahí dentro y hay un destierro
de mi tugurio á su alcoba....

[*Mirando hacia la casa, y lo mismo
hará el Marqués.*]

Mas ya asoma por allí.

Marq. Bella como el rosicler....

Cándido. (Bah! Más guapa estaba ayer.)

ESCENA XIII.

CÁNDIDO. EL MARQUÉS. JACOBA.

Marq. [*Saliendo al encuentro de Jacoba.*]

Mi bien!

Jacoba. (Gran Dios, ya está aquí!)

Tan presto!

Marq. Me culpas?

Jacoba. No.

Marq. Mal en solitario lecho
duerme enamorado pecho.

Cándido. (Uno sobra aquí, y soy yo.)

Marq. En la verde primavera
siempre es apacible el aura
matutina que restaura

á la creacion entera.

Unas con gratos olores,
otras con dulce armonía,
la saludan á porfía
ya las aves, ya las flores;
y si ufana cual lo pinto
canta en la fresca alborada
una ave sólo guiada
por irracional instinto,
¿será mucho que impaciente
llame á la rosada aurora
quien en tus ojos la adora
y la bendice en tu frente?

Jacoba. Marqués!....

[*Siguen hablando en voz baja.*]

Cándido. (Están en sus glorias,
y yo.... Me largo de aquí,
que bien se dirán sin mí
boberías amoratorias.)

[*Se interna en el jardin, por la iz-
quierda, paseando.*]

ESCENA XIV.

JACOBA. EL MARQUÉS.

Marq. Cómo estás tan triste?

Jacoba. (Oh cielo!)

No....

Marq. Y pálida... No has dormido?

Jacoba. Poco.

Marq. ¡Feliz yo si he sido

la causa de tu desvelo!

Jacoba. Tal vez. (Dios mio, perdon!)

Marq. Permite que mi ternura....

[*Toma la mano á Jacoba y se la besa.*]

Jacoba. No!.... Aparte usted.... (Oh tortura!
Oh cobarde corazon!)

ESCENA XV.

JACOBA. EL MARQUÉS. DOÑA SALOMÉ.

Salomé. [*Á la puerta.*]

Niña!

Jacoba. [*Separándose.*]

Mamá!

Salomé. Hola, hola!

Los dos aquí!

Jacoba. No sabía....

Salomé. No?—Pero la culpa es mia,
que te dejo venir sola.

Marq. He llegado hace un instante.

Salomé. Y ántes que el sol. No me espanto.
No hay liebre que corra tanto
como el reloj de un amante.

Marq. Es segun....

Salomé. Pues; vence al viento

si cita de amor le llama,
pero al lado de su dama
cada hora es un momento.

Marq. Yo.....

Salomé. Basta: soy indulgente.—
Ahora bien, aunque es tan corta
la jornada, hacerla importa
antes que el sol nos caliente.—
Tomaremos chocolate....

Jacoba. Sí; vamos al comedor....

Salomé. No, no; en este velador.

Jacoba. (Oh Dios!....) Pero....

Salomé. Disparate!

Jacoba. ¡Si todo está allí dispuesto....

Salomé. Y qué? ¿Es obra de romanos,
cuando en casa sobran manos....

[Llamando.]

Jacinta! Verás qué presto....

Jacoba. Está bien. (Fortuna impía!)

ESCENA XVI.

DOÑA SALOMÉ. JACOBA. EL MARQUÉS.

JACINTA.

[Sale humo por lo alto del pabellon en el ángulo más próximo al proscenio y por entre las persianas de la ventana á que se asomó Cándido en el acto segundo.]

Jacinta. Llamaba usted?

Salomé. Ven acá....

Y el colegial? ¿Estará
en la cama todavía?

Marq. Aquí le vimos los dos.
Se internó por la arboleda....

Salomé. [Á Jacoba.]

Dale una voz....

Marq. Qué humareda!

Jacoba. Ah!

Salomé. Dónde?

Marq. Allí....

Jacinta. Santo Dios!

[El humo se condensa y salen llamas por lo alto.]

Marq. El pabellon está ardiendo!

Jacoba. Yo muero!

[Se desmaya y la sostiene en sus brazos el Marqués.]

Jacinta. [Dirigiéndose al pabellon apresurada.]

Á salvarle corro!

Marq. Jacoba!

Salomé. Fuego! socorro!

Jacinta. [Entrando resuelta en el pabellon, cuya puerta estaba entornada.]

Vírgen, á vos me encomiendo!

[Al caer el telon llegan corriendo, Cándido y el jardinero; aquél por la izquierda, éste por la derecha, y dos ó tres criados que salen de la casa.]

ACTO CUARTO.

En este acto y en el quinto la decoracion es una sala de la misma quinta de doña Salomé.
Puerta en el foro: dos laterales.

ESCENA I.

DOÑA SALOMÉ. EL MARQUÉS.

[Doña Salomé sale por la puerta de la derecha: el Marqués llega por el foro.]

Marq. Cómo está Jacoba?

Salomé. Bien.—

Marq. ¿El fuego.... Se apagó pronto.

Salomé. Todos hemos ayudado....

Salomé. Grande habrá sido el destrozo.

Marq. Bastante. El lienzo del Norte
es ya ceniza y escombros.

Salomé. Qué lástima!.... Pero, en fin,
eso importaría poco
si otro conflicto más grave....
Salió de casa el expósito?

Marq. Sí, señora.

Salomé. Por supuesto,
se le habrá enviado al torno
de la ciudad....

Marq. No, señora.

Salomé. Yo lo mandé....

Marq. Yo le acojo,
yo le amparo.

Salomé. Usted!

Marq. Sí, yo:

Ya he provisto á su socorro.

Está en mi hacienda.
Salomé. ¿Qué escucho!
Marq. Si usted le niega su apoyo, por razones que respeto, rico, independiente y solo, indigno sería yo del nombre con que me honro si le cerrase mi puerta. Su inocencia, su abandono, su orfandad, el trance horrible en que le hemos visto, todo aboga por él y le hace interesante á mis ojos.
Salomé. Y á los míos; mas no debo dar al vulgo malicioso pretextos.....
Marq. Ya... Mas... Jacoba...
Salomé. Con auxilio de aquel pomo volvió en sí.....
Marq. Ya sé.....
Salomé. La hicimos llevar á su dormitorio; pero apenas recobrada del desmayo, cayó en otro.....
Marq. Oh Dios!
Salomé. Por fin, desahogando con lágrimas y sollozos su oprimido corazón, volvió el color á su rostro, cesaron las convulsiones, y ahora en plácido reposo duerme.
Marq. Eso me tranquiliza.
Salomé. Ya se ve, el fuego, el trastorno, el sobresalto..... Y la otra..... ¡Penetrar con tan notorio peligro en el pabellon, y salir—no es un asombro?—sin lesion y tan ufana como quien halla un tesoro con el niño entre sus brazos!....
Marq. Maravillado y absorto me quedé al ver tal ejemplo de piedad y tan heroico valor. La tímida jóven que ayer, cual de horrible monstruo, huyó espantada á la vista de ruin sabandija; ¿cómo para tan sublime accion halló fuerzas en el fondo de su corazón? ¡Oh sexo tan sensible, tan hermoso y tan mal juzgado! No, no es único patrimonio del hombre la fortaleza, el ánimo generoso, la abnegacion. ¡Cuántos rasgos dignos de perpetuo encomio, bien que laureados no sean en el campo ni en el foro, os inspira esa inexhausta ternura en que tanto os somos inferiores! Si hay villanos

que os injurien, yo pregonó vuestras virtudes. ¿Qué estímulo te movió, Jacinta? Sólo tu amor á la humanidad. Ni premio pides, ni elogio siquiera á tal sacrificio, que hasta ignorado del globo tal vez será..... Qué te importa? Radiante de puro gozo al cielo se lo ofreciste, y más justo que nosotros, Dios te dará el galardón en las gradas de su solio.
Salomé. Marqués, en nombre del sexo femenino, de que formo parte integrante, mil gracias doy á usted por tan pomposo panegírico. No obstante, sospecho que en el arrojito de Jacinta hay ménos mérito del que usted presume.
Marq. ¿Qué oigo!
Salomé. ¿Cómo es creíble, Marqués, que con genio tan medroso arriesgara así la vida sólo por amor al prójimo, como usted pretende? No; más fuerte, más poderoso instinto hizo ese milagro.
Marq. ¿Cree usted.....
Salomé. Sí, con sonrojo lo digo; sólo una madre puede, arrojando el oprobio y la muerte, dar al mundo tan insigne testimonio de entrañable amor.
Marq. Oh! no; imposible! Yo conozco á Jacinta. En su alma bella ni el torpe vicio ni el dolo tienen lugar. ¿Quién la trata, huésped, amigo ó colono, que no respete y admire su modestia, su decoro, su talento.....
Salomé. Yo..... el talento no se lo niego, y tampoco podré jurar que en mi casa la haya tentado el demonio; mas sólo hace cuatro meses que vino, y yo no respondo de su conducta pasada.
Marq. ¡Por Dios, mire usted que un soplo basta á empañar el honor de una mujer!
Salomé. No supongo ningun absurdo. Jacinta, sea ajeno, sea propio, velaba por aquel niño.....
Marq. Cierto.
Salomé. Ahora bien, de qué modo vino á casa y quién le trajo, hasta ahora yo lo ignoro.

¿Cómo es para mí un secreto lo que, según veo y toco, no lo ha sido para ella? Esto es ya muy sospechoso; y si á esto se agrega el hecho que á todos nos tiene atónitos, ¿se dirá que es infundado mi juicio? No tengo encono contra esa desventurada; mas si callo, ¿no me expongo á que alguna lengua infame;— de pensarlo me acongojo;— ose mancillar el nombre de la hija á quien adoro?

Marq. (Oh! Su terror.... Su desmayo.... ¿Qué digo! No. Me abochorno de tan villana sospecha.) Tiene usted razón. Á todos nos interesa saber la verdad; pero el negocio es muy arduo.... y caminar debemos con piés de plomo.... Sagacidad y prudencia!; que, si Dios oye mis votos, sin desdoro de una ni otra se descifrá....

[Mirando por el foro.]

Á propósito viene Cándido. Con maña le haré un interrogatorio.

ESCENA II.

DOÑA SALOMÉ. EL MARQUÉS. CÁNDIDO.

Cándido. ¡Tía.... Estorbo?

Marq. Nada de eso.

Salomé. De ti hablábamos.

Cándido. Señora.... (Pongo algo bueno á que ahora me fulminan un proceso.)

Marq. Deploramos, como es justo....

Cándido. No es para echarlo en olvido. Del cuerpo no me ha salido á mí todavía el susto. Y en mi alcoba—suerte impía!— prendió el fuego; bien se ve. Mas mía la culpa fué, que no apagué la bujía. ¡Y adios mis libros de testo, mis apuntes.... Como estopa han ardido. Y adios ropa! Me he quedado con lo puesto.

Salomé. Eh! no te apures....

Cándido. Lo cito como un hecho solamente. Dios salvó al niño inocente! Lo demas no vale un pito. Y ardiera toda la quinta

si no acude el jardinero,

[Al Marqués.]

y usted, y yo, y todos.... Pero ¡qué valor el de Jacinta!

Marq. Muy laudable ha sido.

Cándido. ¡Oh, sí; sublime!

Salomé. Mas ¿por qué estrella feliz supo....

Cándido. (Ahora es ella!)

Salomé. Que el niño dormía allí?

Cándido. Porque se lo dije yo.

Marq. Claro es: estando pared por medio, ¿podía usted ignorar....

Cándido. Claro es que no.

Marq. Y si también, por ventura, sabe usted....

Cándido. (Qué residencia!)

Marq. Algo de la procedencia....

Cándido. De quién?

Marq. De la criatura....

Cándido. Eso es para mí un misterio.

Salomé. No lo ocultes si lo sabes.

Las circunstancias son graves....

Marq. En efecto, el caso es serio....

Salomé. Y como el mío tu honor en él está interesado; conque escrúpulos á un lado....

Marq. Yo disculpo su temor....

Cándido. Temor ¿de qué?

Marq. La bondad

de su alma....

Cándido. Eh! tantos proemios...

Yo no necesito apremios para decir la verdad.

Cerca ya de la oración,

algun mensajero oculto

hubo de dejar el bulto

al pié de mi pabellón.

Era una canasta.... Al punto

bajo al jardín, la destapo,

y al ver un niño tan guapo

me quedo como difunto.

Marq. ¿Y el portador....

Cándido. Pensé en él,

mas dije: ya, échale un galgo!

Salomé. ¿Viste si dentro había algo....

Cándido. El niño.

Salomé. No! Algun papel....

Cándido. No sé.... Sólo en contemplar el huerfanito me ocupó....

Salomé. Y Jacinta ¿cuándo supo....

Cándido. Al instante.

Salomé. Es singular!

Movido de ardiente celo

corriste en su busca....

Cándido. No.

Allí se me apareció....

Salomé. Como llovía del cielo.—

Bah! Ya sabría, y á fondo....

Cándido. Nada.

Salomé. Así te lo diría

tal vez, pero.....

Cándido. Y no mentia:
con mi cabeza respondo.

Marq. ¿Y de concierto los dos.....

Cándido. No; los tres. Éramos tres.....
sin el niño.

Salomé. Pues ¿quién es
el otro.....

Cándido. Jacoba.

Marq. (Oh Dios!)

Salomé. Jacoba!

Marq. Llegaron juntas?

Cándido. Juntas. Dios las envió.....

Salomé. Y no llamarme!....

Marq. ¿Ellas.....

Cándido. ¡Oh
qué tempestad de preguntas!
Ambas con igual dolor
lloraban la desventura
de la tierna criatura....,
y yo tambien; sí, señor.
Era forzoso, era urgente
al huérfano dar auxilio,
y así el piadoso concilio
lo acordó unánimemente.
Pero la noche cerraba.....

[Á doña Salomé.]

Temimos la condicion
de usted..... Aquel pabellon
aislado nos convidaba.....

Salomé. Mi condicion! La conciencia
mal de su grado arguyó
á quien me temia.

Cándido. Ah, no!
Dios sabe nuestra inocencia.—
Y á fe que harto fundamento
á nuestro temor habia.

Salomé. Cómo!....

Cándido. Usted me fuerza, tia,
á decirle lo que siento.
Es usted arrebatada.....

Salomé. Eh?

Cándido. Y si con motivo ó no
contra el niño ellas y yo
temimos una alcaldada,
probarlo no es menester
en vista de lo que pasa.
Quien hoy le ha echado de casa
¿no le hubiera echado ayer?

Salomé. Insolente!....

Cándido. Yo me ciño
á la.....

Salomé. Calle!

Cándido. Pero, tia.....

Marq. Cállese usted!

Salomé. ¡Todavía
querrá que prohije al niño!

Cándido. ¿Y es razon que usted declame
contra mí porque defiende.....

Marq. Bien dice...

Salomé. Oh! ¿No está usted viendo
que esta es una intriga infame?

Cándido. Qué se entiende? (Aquí habrá un cisma)

Marq. Prudencia! Usted se acalora.
Con decir eso, señora,
culpa usted á su hija misma.

Salomé. Á mi hija! Jamás!.... Y áun dudo
si en desdoro de su fama
la complican en la trama
para que sea su escudo.

Cándido. Ella, si no es fementida,
dirá.....

Salomé. Mas supongo yo
que algo supo y lo calló
por piedad mal entendida;
¿quién esta noche ha velado
por el sospechoso infante?
Ella no; que un solo instante
no se apartó de mi lado.

Cándido. Yo de ese crimen la excluyo
que tanto á mi tia asusta.
Ella no veló. Me gusta
dar á cada cuál lo suyo.
Á otros debe su existencia
el niño: á mí en algun modo....;
á Jacinta sobre todo,
que ha sido su providencia.

Salomé. ¿Le quiere usted más convicto
de su culpa manifiesta?—
Ya sólo un medio te resta
para salir del conflicto.

Cándido. Cuál?

Salomé. Declarar que en mal hora,
más que culpable infeliz,
fué víctima de un desliz.....

Cándido. Quién?

Salomé. Mi sobrina.

Cándido. Señora!
No hay....; iba á decir estrella,
pero es débil paralelo:
no hay un ángel en el cielo
que sea más puro que ella.

Salomé. Si eres tú tan indulgente.....

Cándido. No; honrado, justo y sincero.

Marq. [Dando á Cándido la mano.]
Bien! Así habla un caballero.

[Á doña Salomé.]

Con esa fe no se miente.

Salomé. En buen hora; mas colijo
de esa misma ardiente fe
con que la defiende.....

Cándido. Qué?

Salomé. Que puede ser tuyo el hijo.

Cándido. Mio! Por la Virgen madre
no desbarre usted.....

Salomé. Oh! pues.....

Cándido. Padre yo! —Señor Marqués,
tengo yo cara de padre?
Tan respetable dictado
halagaria á algun necio;
pero no á mí que me precio
de mozo morigerado.
Las letras son mis placeres,

temo á Dios, miro por mí,
y hasta que he venido aquí
no he tratado con mujeres.
Padre yo? Qué sacrilegio!
Y quién la madre sería?

¿La señora Estefanía,
lavandera del colegio,
sesentona, mazorra
y fea como un vestiglo?...
No se ha oído en este siglo
un despropósito igual.

Marq. Señora, no la pasión,
que es muy mala consejera,
conviene que se prefiera
á la luz de la razón.
¿Por qué en tierna juventud
suponer tanta falacia?
¿Por qué negar la eficacia
de la cristiana virtud?
Si parecido á otros varios
se explica naturalmente,
¿á qué sobre ese accidente
hacer juicios temerarios?
Acción más noble sería
al expósito acoger
sin tanto afán de saber
cuál es su genealogía;
mas, puesto que usted discrepa
de mi opinión....

Salomé. Así es.

Marq. ¿Quién tendrá más interés
en que la verdad se sepa?
Los mismos que son objeto
de sospecha tan indigna.

Cándido. Sí, señor; no es mi consigna
comerme ningún secreto.
Mi relato ha sido fiel,
y á Jacinta no abochorna
la acción que su frente adorna
de inmarcesible laurel.
Ahora yo seré el primero
que trabaje sin dar punto

[Señalándose á sí mismo.]

hasta que al padre presunto
sustituya el verdadero.

Salomé. Norabuena.

Cándido. Y ya propicio
Dios me ha mostrado la senda
que tal vez.... Traigo una prenda
que puede darnos indicio....

Salomé. Ah! ¿Por qué sin dilación
no decírmelo....

Cándido. Por qué?
Por estorbármelo usted
con tanta interpelación.

Salomé. Bien; qué traes?

Cándido. [Sacando un medallón.]

Esta joya
que sin duda el niño bello
llevaba pendiente al cuello

cuando el pabellón fué Troya,
y....

Salomé. [Tomando el medallón.]

Á ver? Es un medallón....

Cándido. Con la imagen sacrosanta
de la que holló con su planta
la cabeza del dragón.

Salomé. Y aquí una cifra se ve.

Marq. [Mirando la joya.]

Sí.

Cándido. No he reparado en eso.
Tiene uno perdido el seso....

Salomé. Una J y una C.

Marq. En efecto, bien se nota....

Cándido. [Volviendo á tomar el medallón.]

Veamos el monograma.—
Sí, en Castilla ésta se llama
ce, y ésta sin duda es jota.
Pero con dos iniciales
¿qué hacemos?

Salomé. Mucho.

Cándido. No entiendo..

Salomé. No? Á gritos están diciendo
quiénes son los criminales.

Cándido. Dígalo usted sin reparo,
pues ve lo que nadie ve.

Salomé. Cándido dice la C;
Jacinta la J: es claro.

Cándido. ¡Miren por donde el demonio
puso esas letras delante
para que usted nos levante
otro falso testimonio!
¿Qué lince, ó qué zahorí
de ese modo acierta ¡oh Dios!
dos nombres cuando en el *Flos*
Sanctorum los hay.... así?

[Junta y muere los dedos.]

Marq. La coincidencia es rara,
en verdad, mas ¿quién se atreve...

Salomé. Yo. Pues ¿no ve usted que llueve
sobre mojado?

Cándido. Hum! Me ahorcara!

Por la Virgen de la O,
sea usted justa, si puede.

El que es culpado ¿procede
con la franqueza que yo?

¿cómo yo acaso en gamella?
¿tan idiota soy, que á usted

diera yo mismo la red
para quedar preso en ella?

¿por qué aplicar esta C
á mi nombre de bautismo?

¿no puede decir lo mismo
Carlos, Cosme ó Cleofé?

¿Por qué, aunque clara y distinta
grabó esta J el buril,
pudiendo cuadrar á mil,
se ha de achacar á Jacinta,
y no á un.... don Juan Casanova,

que ocupe la cifra entera,
ó á una Joaquina...., Javiera....,
Julia.... Qué sé yo?..... Jacoba....
Marq. (Cielos!)
Salomé. ¿Osará tu lengua....
Cándido. No osa nada. Así, en tumulto,
he dicho nombres á bulto
y en ninguno pongo mengua;
mas sin malas intenciones,
y aun sin ser ese mi intento,
pruebo que hay que irse con tiento
en las interpretaciones.
Salomé. Bien; yo sé lo que he de hacer.
Dame la joya....
Cándido. Eso no.
Si el acusado soy yo,
mejor está en mi poder.
Salomé. Ese respeto me guardas?
Cándido. Aunque negarlo pudiera
á quien mi nombre vulnera
con sospechas tan bastardas,
venerar sabré á mi tia,
por más que airada me ofenda;
y aun le daría esta prenda,
única defensa mia,
si sólo á mí me injuriara;
mas guardarla he menester
por la honra de una mujer
que sólo de mí se ampara.
Oh! y con la ayuda del cielo
lograré, pese á quien pese,
que el mundo entero confiese
que es de virtudes modelo.
Si es preciso, correré
por ella plazas y calles,
y rios, montes y valles,
desnudo, hambriento y á pié;
y aunque de escolar imberbe
poco el apoyo le valga,
mostraré que es sangre hidalga
la que en este pecho hierve.
[Vase por la puerta de la izquierda.]

ESCENA III.

DOÑA SALOMÉ. EL MARQUÉS.

Salomé. ¡Espera....
Marq. Oh! déjele usted....
Salomé. ¡Atrevérseme un muñeco....
Marq. ¡Por Dios, señora.... Con gritos
y amenazas y denuestos
no adelantaremos nada.
Dejemos obrar al tiempo,
que aclara temprano ó tarde
los más profundos misterios.
Evitemos un escándalo
de que podríamos luego
arrepentirnos.
Salomé. Bien, sí;

yo seguiré los consejos
de usted. Me dejo arrastrar
del ímpetu de mi genio
muchas veces, me acaloro....
Pero con ojos serenos
¿quién mira tantos reveses
uno sobre otro....

Marq. En efecto;
pero....
Salomé. Mi hija.... Ah! ¿le habrá
repetido....
Marq. No lo creo.
Ya hubiera llamado Rita....
Salomé. Sí; quedó al pié de su lecho....
[Entreabriendo la puerta de la derecha.]
Miraré, no obstante....
[Entra.]
Marq. [Sólo.] ; Amargas
dudas, presagios siniestros,
no me atormentéis!
Salomé. [Saliendo.] Aun duerme.
[Retirándose.]
No interrumpamos su sueño.
Marq. (Á buena hora lo dice!)
Usted tambien, será bueno
que se recoja....
Salomé. No, no.
¿Cómo dormir con sosiego
cuando mi casa.... Aun no he visto
los estragos del incendio.
[Tomando el brazo del Marqués.]
Voy, voy.... Qué dia de prueba!....
Usted no se irá tan presto....
Marq. Es fuerza. Tengo que dar
órdenes....
Salomé. Bien; pero luego
volverá usted á comer
con nosotras....
Marq. Lo prometo.
[Vanse por el foro.]

ESCENA IV.

JACINTA.

[Entreabriendo la puerta de la izquierda.]
Ya no se oye hablar.... Saldré...
[Sale á la escena y observa desde el foro.]
Hacia el jardin van los dos.
[Vuelve al proscenio.]
Veré á Jacoba, aunque turbe
el sueño reparador

en que aún reposa tal vez.
 El tiempo corre veloz,
 fuerza es hablarla, y no debo
 desperdiciar la ocasion.—
 ¡Ella duerme, cielo santo,
 y en mí, que inocente soy,
 vierte su hiel la calumnia
 y su ponzoña el rencor!
 Qué importa? No por quien da
 tan indigno galardón
 á mis finezas; por mí
 lo hago, Dios mío, y por vos.
 Fácil me fuera cambiar
 el insensato furor
 de mi tía en llanto acerbo,
 luto y desesperacion;
 mas ni aún en defensa propia
 me consiente el pundonor
 denunciar á quien en mí
 su arcano depositó.
 Dios querrá, sin mengua mía,
 si nubes lo eclipsan hoy,
 que luzca de mí inocencia
 puro y espléndido el sol.—
 Abren la puerta..... Ella es.

ESCENA V.

JACINTA. JACOBA.

Jacoba. ¡Mamá..... Ah! Jacinta.....
Jacinta. Bajó
 al jardín. Solas estamos.
Jacoba. [Abrazándola.]
 Ah! ven. Los brazos te doy
 agradecida, admirada.
 ¡Cuál sería mi dolor
 si tú...
Jacinta. Bien, sí... Lo que importa...
Jacoba. Al recobrar la razón
 supe... Oh Jacinta!...
Jacinta. Abreviemos.
Jacoba. Un azar....
Jacoba. Temblando estoy.
 ¿El niño.....
Jacinta. Vive; no temas.
Jacoba. Mas ¿dónde.... Mamá ordenó....
Jacinta. ¡Venera, Jacoba, admira
 la providencia de Dios!
 ¿Quién dirás que acoge al huérfano...
Jacoba. No sé....
Jacinta. El Marqués!
Jacoba. (Oh rubor!)
Jacinta. Callas!
Jacoba. Con dardo mortal
 me has pasado el corazón.
Jacinta. ¿Y cómo ocultarte....
Jacoba. Acaba.
Jacinta. En el jardín se encontró

una prenda.....

Jacoba. Prenda!.... Cuál?
Jacinta. ¿Recuerdas un medallón....
Jacoba. Oh cielo!
Jacinta. Con una cifra....
Jacoba. El nombre del seductor
 y el mío. Mas ¿quién lo ha visto?
Jacinta. Cándido, tu madre, yo,
 el Marqués.
Jacoba. Ah! soy perdida.
Jacinta. Perdida? Por qué? Depon
 tu zozobra. En mí recaen
 las sospechas; en ti, no.
Jacoba. Ay de mí! Si ahora se engañan,
 poco durará su error;
 que no está en la cifra sola
 el riesgo.... Ah! perdida soy,
 te digo.
Jacinta. ¡Cómo....
Jacoba. Si miran
 la joya con atención,
 verán, moviendo un resorte,
 un papel acusador....
Jacinta. ¿Qué oigo!
Jacoba. En él;—ahora maldigo
 mi funesta prevision;—
 en él con mi propia mano
 consigné mi deshonor.
 Oh! no sobreviviré,
 lo juro, á tanto baldón.
Jacinta. ¡Oye....
Jacoba. Nada quiero oír.
Jacinta. Mi destino se cumplió!
 Nadie ha visto ese papel
 que es causa de tu terror;
 nadie lo verá.
Jacoba. ¿Qué dices!
Jacinta. Pues ¿quién... ¿Cómo....
 El medallón
 está en mi poder.
Jacoba. Ah!
Jacinta. Cándido,
 que á su tía lo negó,
 viéndome blanco indefenso
 de injuriosa acusación,
 me le ha dado.... sin abrirle.
Jacoba. Y cuando con él la atroz
 calumnia puedes triunfante
 desmentir, ¿tu abnegación
 será tal, que á ese testigo,
 el único en tu favor,
 renuncies? No. Dios no quiere
 en ese nuevo crisol
 probar tu virtud excelsa
 y mi eterna confusión.
 No; á ti el lauro, á mí el oprobio!—
 Pero á prevenirlo voy.
Jacinta. ¿Qué intentas?
Jacoba. Tiempo ha, por dicha,
 para este trance me armé
 mi presentimiento. Un tósigo
 antes que alumbre otro sol
 pondrá término á mi vida,

que miro ya con horror.
Jacinta. Jacoba!
Jacoba. Podré morir
 maldita; humillada, no.
Jacinta. ¡Por piedad....
Jacoba. Vano es tu ruego;
 me irrita tu compasion;....
 me fatiga tu virtud!
Jacinta. ¡Perdónala como yo,
 Dios mio!—¿Será posible....
Jacoba. Firme es mi resolucion,
 y no me conoces bien
 si dudas de mi valor.
Jacinta. Valor! Demencia, impiedad,
 cobardía. Oh justo Dios!
 Valor sería á tu orgullo
 preferir tu obligacion;
 valor sería ofrecer
 en holocausto al Señor
 las penas, las amarguras
 que forzoso efecto son
 de tu flaqueza; y al seno
 volver que le desechó
 el hijo desventurado;
 y oír la elocuente voz
 con que la sangre te pide,
 te manda la religion
 prodigar de hoy más á él solo
 los tesoros de tu amor.
Jacoba. Me insultas!
Jacinta. Ah no. Salvarte
 deseo....
Jacoba. No hay salvacion
 para mí; ni el triste huérfano
 que en hora infausta nació
 pierde nada con perder
 una madre sin honor,
 sin fe....
Jacinta. Oh, no delires!....
Jacoba. Tú,
 tú sola pudieras.... Oh!
 ¿Cómo exigirlo de ti
 cuando ni de tu perdon
 soy digna? Sí, sí, deliro....
 Sufra yo sola el rigor
 de merecido infortunio.
 Dios pide en expiacion
 de mi delito, no tu honra,
 mi vida. Yo te la doy
 en cambio de otra más pura
 que por ti no pereció.
 Así del secreto horrible
 que pesa sobre las dos
 nos descargamos. Así
 brillará con más fulgor
 tu frente, y caerá en la mia
 la infamia y la execracion
 despues que duerman mis ojos
 en eterna noche. Adios.
Jacinta. [Deteniéndola.]
 Espera, infeliz! Renuncia
 á ese designio feroz.

Te lo ruego.... Te lo mando.
Jacoba. Aparta!
Jacinta. Ah!
 [Ofreciendo á Jacoba el medallon.]
 Toma. Ya estoy
 desarmada. Ya me puede
 ultrajar á su sabor
 tu injusta madre...., y tú misma,
 y echarme de esta mansion
 si su dignidad lo exige
 á damas de tanta pro.
Jacoba. Jamás! Ni tal sacrificio
 debo admitir, superior
 mil veces al de mi vida.
 Guarda el fatal medallon,
 y muera yo!
Jacinta. No; tus manes
 viera siempre en derredor
 funestando mi existencia,
 y de tu condenacion
 culpable sería. Toma....
 [Haciendo tomar á Jacoba el medallon.]
 Sí, y cese ya tu temblor,
 y vuelva á tu alma la paz,
 y de mi tribulacion
 no te cuidas; que en el cielo
 será mi lauro mayor
 cuanto más pruebe en el mundo
 mi fe y mi resignacion.
Jacoba. Oh! ¿Qué soy yo en tu presencia,
 númen celeste, qué soy,
 pese á mi loca altivez?
 [En ademan de arrodillarse y Jacinta la detiene.]
 Postrada....
Jacinta. No! ¿Qué haces! No!
 Si nos ven.... Guarda esa joya
 y vuelve á tu habitacion.
Jacoba. [Guardando el medallon y yéndose
 hácia su cuarto.]
 Adios.
Jacinta. [Volviendo despues de dar algunos
 pasos.]
 Oh! Aguarda!
Jacoba. [Volviendo la cabeza.] ¿Qué quieres?
Jacinta. Decirte se me olvidó,
 Jacoba....
Jacoba. ¿Qué?
Jacinta. Que te impongo
 una sola condicion.
Jacoba. Cuál?
Jacinta. ¿No te la anuncian ya
 la conciencia y el pudor?
Jacoba. Ah!
 [Se cubre el rostro con las manos.]
Jacinta. Dia de sacrificios

Jacoba. es para entrambas el de hoy.
Oh! Méenos me espantaria
un rayo exterminador
que esas palabras crueles.

[*Queda pensativa y consternada.*]

Jacinta. Para mí tambien lo son,
y más de lo que imaginas;
pero al labio las dictó
austero deber. Si es débil
testimonio de adhesion
á los lazos que nos unen
y al techo que me abrigó,
sacrificar á la tuya
mi propia reputacion,
toma mi sangre tambien,
Jacoba, y muerte precoz
ponga fin á mi desdicha;
pero no es mio el blason
del ilustre caballero
que modelo de candor
te juzga, y de cuya afrenta
sería cómplice yo
si en tu lengua temeraria
no atajase el sí traidor.

Jacoba. [*Con sumo abatimiento.*]

Basta. Oh! duélete de mí.

Jacinta. ¿Renunciarás á esa union
que Dios reprueba?

Jacoba. [*Como maquinalmente.*]

Sí.

Jacinta. Júralo,

Jacoba, al sumo Hacedor
por la vida de tu hijo.

Jacoba. Sí, sí, lo juro.

Jacinta. ¡Sed vos
testigo de su promesa,
Dios mio, como lo sois
de mi martirio!—Oigo pasos.....
Separémonos.

Jacoba. [*Con la misma insensibilidad.*]

Sí.

Jacinta. Adios.

[*Vase por la puerta de la izquierda,
quedando en la escena Jacoba inmóvil
y como petrificada.*]

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

JACINTA. CÁNDIDO.

Cándido. Es cierto lo que me dices?
¿Conque esa tia cerril,
estúpida y descastada....

Jacinta. Cándido!.... No hables así.

Cándido. Para lo que ella merece
aun he dicho poco. En fin,
¿ha tenido corazon
para despedirte?

Jacinta. Sí.
Ni puedo ya con decoro,
bien lo conoces, vivir
á su lado.

Cándido. No te arrastres
con humillacion servil
á los piés de quien te ultraja;
pero, porque en el magin
se le ha puesto atribuirte,
sin otra razon que el *sic*
volo, sic jubeo, culpas
que otra cometió, ¿no es ruin
accion echar de su casa
á una huérfana infeliz?
¡Ella que encierra en sus cofres
las minas del Potosí!
Más agua voy á llorar
que lleva Guadalquivir.

Jacinta. ¿Qué quieres! Las apariencias
están todas contra mí.

Cándido. Que lo estén! Es tia tuya,
aunque indigna, no alguacil
ni agente de policia,

[*Con un dedo en la frente.*]

y si ella tuviera aquí
lo que le falta, no diera
tal escándalo.

Jacinta. Sufrir
debo y callar.

Cándido. ¡Y dar armas
contra ti misma á la vil
calumnia! No; pon el grito
en la bóveda turquí;
acude al juez, al vicario,
al gobernador civil,
á las Córtes, á la Reina.....

Jacinta. Vencida fuera en la lid;
que al cabo está en su derecho
mi tia.

Cándido. Alma baladí!
Ella es dueña de su casa;
mas culparte de un desliz.....

Jacinta. No lo hará en los tribunales,
ni me está bien recurrir
á ellos.

Cándido. Fatalidad!
Contra el ciego frenesí

de la tia yo esperaba
que nuestra prima gentil
fuese tu egida; ¡y un vértigo
la acomete en el jardin,
y vuelve de él impasible,
muda, insensata!

Jacinta. (¡Feliz
ella si nunca recobra
la razon!)

Cándido. Si he de decir
lo que siento, desmayarse,
ella que es tan varonil,
cuando de improviso vió
que ardía mi camarín,
y despues esa demencia
que no acierto á definir.....
Aquí hay misterio, *Jacinta.*

Jacinta. ¡Cómo.....

Cándido. No me falta un tris
para sospechar que el párvulo.....

Jacinta. No!....

Cándido. Le toca más que á ti.

Jacinta. No lo pienses! No lo digas!

Cándido. Por qué no lo he de decir?

Jacinta. Porque no puedes probarlo
y te expones á un mentis
vergonzoso, y á perder
la gracia que yo perdí.

Cándido. Por la gracia de mi tia
no doy seis maravedís.

Jacinta. Sé más generoso que ella,
Cándido, y más justo. Di:
si sólo por los indicios
hemos de juzgar, ¿no hay mil
que me acusan para uno
que pudieras tú aducir
contra Jacoba? Y no obstante
la alta opinion que de mí
has formado ¿no pudiera
ser aparente barniz
esta virtud.....

Cándido. No prosigas;
que con ese noble ardid
no me engañas. Callaré
si tú me lo mandas.....

Jacinta. Sí;
te lo ruego.

Cándido. Bien está,
mas ¡quererme persuadir
tú misma de que no eres
la gloria de tu país
y de tu sexo.....

Jacinta. Alguien sube.

Cándido. [En ademan de irse.]

No me podré reprimir
si es la tia.

Jacinta. [Mirando por el foro.]

No; el Marqués.

Cándido. Pues él.....

Jacinta. [Bajando la voz.]

Calla! Ya está ahí.

ESCENA II.

JACINTA. CÁNDIDO. EL MARQUÉS.

Marq. Oh *Jacinta!*—Amigo mio!....

Cándido. Señor Marqués!

Marq. ¿Qué me anuncia
esa agitacion?... *Jacinta!*
¿Ha habido en mi ausencia alguna
novedad?

Cándido. Ah! sí, señor.

Marq. Sáquenme ustedes de dudas.
Dejé dormida á Jacoba,
y aplacada ya la furia
de su madre.....

Cándido. ¡A aquella calma
sobrevino nube oscura,
tempestuosa...., y como el débil
es forzoso que sucumba
siempre...

Marq. Pues ¿qué...

Cándido. Pero al ménos
no es ya *Jacinta* la única
que apurará en esta casa
la copa de la amargura.

Marq. ¿Qué oigo!

Jacinta. *Cándido!*

Marq. Hable usted.

Cándido. No puedo: el dolor me anuda
la lengua, y la indignación.....
Mi tia sube. Ella supla
mi silencio.

ESCENA III.

JACINTA. CÁNDIDO. EL MARQUÉS.
DOÑA SALOMÉ.

Salomé. Ay Marqués! Ya
sabrás usted mi desventura.
Jacoba.....

Marq. ¿Qué! ¿su salud.....

Salomé. No es eso lo que me angustia.
Ya ha tiempo que despertó,
y sin dolencia ninguna
al parecer; mas no sé
qué extraña idea conturba
su mente. Me desconoce,
no responde á mis preguntas,
y si habla son sus palabras
incoherentes, confusas.....

Marq. Loca! Oh Dios!

Salomé. Tal vez! Mas luego
que respire el aura pura
del jardin, confio en Dios.....
Sumida queda en profunda
tristeza y tenaz silencio;
pero más tranquila. Lúcas
y Rita están á la mira.

Marq. (¿De qué nace esa locura,

justo Dios!..., y por qué hoy
y no ayer?....)

Salomé. Tristes resultas
del susto de esta mañana.

Ella padece sin culpa,
la infeliz, y cuando á otra
tantos indicios acusan....

Marq. Señora!

Cándido. Ah! yo juro....

Jacinta. [*En voz baja.*] Calla.

Salomé. No acrimino su conducta:
Dios la juzgue; mas las dos
no pueden ya vivir juntas.

[*Á Jacinta.*]

Lo reconoces tú misma.

Jacinta. Es verdad.

Salomé. Tú, que ni excusas
tu proceder con razones,
ni con lágrimas y súplicas
desarmas....

Cándido. Un alma grande,
tía, no se abate nunca;
fía en Dios y en su inocencia
y tarde ó temprano triunfa.

Salomé. Eh! calla tú, y reflexiona
que tu charla inoportuna
puede agravar su desdicha
y acaso labrar la tuya.

Cándido. Ni temores, ni amenazas
han de impedirme que cumpla
con la obligacion de deudo
y amigo; y si usted expulsa
indignamente á Jacinta,
yo reclamo la honra suma
de que me alcance el rigor
de esa proscripcion absurda.

Jacinta. Oh, no le oiga usted, señora!

Salomé. Por qué no? Si de eso gusta....
Abreviemos. Es medida
que á mi carácter repugna,
pero forzosa. Mi coche
á Córdoba te conduzca.—
No por eso te abandono
al rigor de la fortuna.
Proveeré á tu subsistencia....

[*Ofreciendo á Jacinta un bolsillo.*]

Toma....

Jacinta. No! jamás!

Salomé. ¿Rehusas....

Marq. Hace bien en rehusar
los dones de quien la insulta.

Salomé. Marqués!

Marq. Sí, y será preciso,
aunque ofenda á usted mi adusta
franqueza, que de mis labios
oiga la verdad desnuda.
Sea cual fuere, señora,
la causa en que usted la funda,
no ha merecido Jacinta
esa medida tan dura
y tan inicua. ¿Qué valen

cavilosas conjeturas
contra una jóven á quien
tan nobles dotes ilustran?

¿Y acaso porque esa víctima
sacrifique usted ilusa
al qué dirán, sólo en ella
se ensañará la calumnia?....
Veló piadosa y solícita
por la tierna criatura;
se arrojó al fuego por ella:
he aquí una prueba inconcusa
de su deslíz, dirá usted;
que así en el mundo se juzga!
He aquí, digo yo, una gloria
que hasta los cielos la encumbra,
sea madre, ó no lo sea
del huérfano á quien escuda.
Si lo es, ¿qué madre excedió
su fe, su amor, su ternura?
Si nó,.... ¿qué humana virtud
es comparable á la suya?

Cándido. [*Tomando afectuosamente la mano del
Marqués.*]

Bravo, bravo!

Jacinta. (Oh gozo inmenso!
Dios me paga con usura
mis sacrificios.)

Salomé. Absorta
me deja usted y confusa,
señor Marqués. Qué entusiasmo!
Ya veo que hay más ventura
en ser amiga de usted
que en ser su amante.

Cándido. (Ya punza
la envidia.)

Marq. El amor no excluye
á la amistad cuando es pura
y merecida.

Cándido. Oh Dios mio!
Merecida? Cual ninguna.
Aun no sabe usted su....

Jacinta. [*En voz baja.*] Cándido!

Marq. Demos fin á una disputa
odiosa, inútil. Yo espero
que en breve nos restituya
el cielo á todos la paz
y la confianza mutua.
Ahora en torno de Jacoba
la sangre, el amor reunan
nuestros esfuerzos....

Jacoba. [*Dentro.*] Mamá!

[*Todos corren hácia el foro.*]

Salomé. Llama!

Cándido. Ahí está.

Marq. Oh Dios!....

Salomé. Oh angustia!

[*Aparece Jacoba con el cabello suelto
y algun desaliño en sus vestidos, pero
con semblante apacible y risueño.
Trae en la mano una corona de flores.*]

ESCENA IV.

DOÑA SALOMÉ. JACINTA. CÁNDIDO.
EL MARQUÉS. JACOBA.

Jacoba. Mamá!... Bien! Todos aquí!...
Ved ya mi frente serena,
y dadme la enhorabuena,
y recibidla de mí.

Salomé. Hija!...

Marq. Jacoba!...

Jacoba. Ya el rayo
á que tanto miedo tuve
no me amaga en densa nube....
Sus galas recobra Mayo.
Vagaba por el jardín,
como leve mariposa,
de la azucena á la rosa
y del clavel al jazmin,
hasta que llena la falda
me he visto de lindas flores,
y—mirad!—con las mejores
he tejido esta guirnalda.—
Hoy me caso.

Jacinta. (Oh Dios!)

Jacoba. Sí tal.

[Presentando la guirnalda á Jacinta.
Esta se acerca; pero no la toma.]

Adórname tú con ella.

[Como para sí.]

¡Qué ufana estaré y qué bella
con mi corona nupcial!

Jacinta. [En voz baja.]

Oh, calla!...

Jacoba. [Sin oír á Jacinta.] Pónmela pues...
Pero mi dueño adorado
¿dónde está?

Salomé. (Oh cielo!) Á tu lado.

Marq. Jacoba!...

Jacoba. Oh, sí; él es, él es!

Marq. Me conoce!

Jacoba. [Con acento de melancolía.]

¡Otra diadema
temí mostrar á tus ojos!...

Salomé. Tú!...

Jacoba. De cipres y de abrojos!...

Salomé. Ah, no!...

Jacoba. ¡Aun oigo el anatema!...

[Riéndose.]

Pueril temor!... Soy su amada.
¿Quién romperá el nudo santo
que ha de unirnos?—Suenan el canto
religioso!...

[Breve pausa. Queda como en actitud
de orar.]

Jacinta. (Desdichada!)

Jacoba. Oís?... El alma se arroba!...

Cándido. (Ah!...)

Jacinta. (No puedo más!)

Jacoba. Sí.

[Otra pausa breve.]

Sí.—

Ahora la mano.

[Tomando la del Marqués y quedando
entre él y Jacinta.]

Así!

Oh dicha! oh placer!

Jacinta. [Con energía, aunque á media voz y
apretando fuertemente la mano de su
prima.]

Jacoba!

Jacoba. [Con grito agudo.]

Ah!

[Con suma agitacion.]

Mentí! No más amores.

Marq. ¿Qué oigo!

Salomé. Ah!...

Jacoba. No más parabienes!

Jacinta. Primal!...

Jacoba. ¡No es dado á mis sienes
ceñir guirnalda de flores!
¡No sus matices destruya
esta fiebre que me inflama!
Otra frente la reclama
más digna!...

Jacinta. [Con el dedo en la boca.]

Basta!

Jacoba. [Á Jacinta.] La tuya!

Marq. (Tiemblo...)

Jacoba. Yo misma...

Salomé. Ay dolor!

Jacoba. Yo te la pondré!...

Salomé. (Oh demencia!)

¿No miras...

Cándido. (Ah, la conciencia!...)

Jacoba. Si merezco tanto honor.

[Siguiendo á Jacinta que quiere re-
tirarse.]

Ven, no huyas. Qué te espanta?

Jacinta. Oh!...

Jacoba. Tú sola la mereces.

Salomé. Ella!

Jacoba. ¡Sí, una y mil veces;
ella, sí! Es mártir; es santa!

[Pone la guirnalda en la cabeza de
Jacinta, que al momento se la descíñe.]

Jacinta. No! Huiré!...

Salomé. Qué tormento!—Sí.

Jacoba. [Deteniendo con fuerza á Jacinta.]

Detente!

Salomé. Yo te lo mando.

Jacoba. [Abrazada á Jacinta.]
No se irá, no! ¿Desde cuándo
no soy yo quien reina aquí?
Infeliz si águien la toca!
Salomé. Vuelve en ti.... (Delirio horrendo!)
Jacoba. Quédate. Yo te defendiendo.

[Mostrando á su madre.]

Esa mujer está loca.

[Á doña Salomé con rápida transición.]

Sin esa con quien te ensañas
¿qué fuera de la honra mia?

Salomé. Tu honra!

Marq. Oh cielo!

Jacoba. ¿Qué sería
del hijo de mis entrañas?

Salomé. [Con grito de desesperacion y cubriéndose la cara.]

Ah!

Jacinta. Gran Dios!

Salomé. ¡Mi maldicion...

Cándido. } Piedad!
Jacinta. }

Jacoba. [Á su madre con estúpida confianza.]

¿No sabías.... Ven....

Marq. Señora!....

Salomé. (Oh vergüenza!)

Cándido. (Bien
me lo dijo el corazon.)

Jacoba. [Dirigiéndose á la habitacion de la derecha y bajando la voz.]

Verás... Ven, sígueme....

Salomé. Aparta!

Jacoba. Ya no hay miedo.... Él nada sabe.
Allí tengo bajo llave
el medallon y la carta....

Salomé. Dios piadoso!....

Jacoba. Ven en pos
de mí, callandito, y cierra....
Que no nos sienta la tierra!
Lo oyes?

[Con el índice en la boca y entrando
en su cuarto.]

Silencio, por Dios!

ESCENA V.

JACINTA. DOÑA SALOMÉ. EL MARQUÉS.
CÁNDIDO.

Salomé. Oh! Ya no eres hija mia.

Te abandono, te detesto....

Jacinta. ¡Ay, no; que su error funesto
harto la infeliz expía!

IV.

Piedad! ¿Quién no la perdona
viéndola en tal desvario?
¿Qué será de ella, Dios mio,
si su madre la abandona?
Hoy más que nunca el amor
y el halago ha menester
de aquella á quien debe el ser....
Llora usted? Tanto mejor!

Salomé. ¿Para qué quiero la vida....

Jacinta. [Empujándola hácia la puerta de la derecha.]

Para ella! Sus ojos vean
esas lágrimas y sean
el bálsamo de su herida.

Salomé. Sí!—Mas tú... Qué injusta he sido!
qué ciega!....

Jacinta. Basta....

Salomé. Confieso

con rubor....

Jacinta. No hablemos de eso.

Entre usted....

[Abrazando á doña Salomé.]

Todo lo olvido.

ESCENA VI.

JACINTA. CÁNDIDO. EL MARQUÉS.

Marq. [De rodillas.]

Mujer divina!

Jacinta. Marqués!

Cándido. Vitor!

Jacinta. ¡Por Dios...

Marq. ¡Demasiado,

ángel hermoso, he tardado
en arrojarme á tus pies!

Jacinta. Alce usted, ó á mi pesar
huiré....

Marq. [Levantándose.]

No! Ya te obedezco.

Jacinta. Confusa estoy.... No merezco....

Marq. Tú mereces un altar.

Jacinta. Dios mio!

Cándido. Tiene razon.—

Yo lloro de regocijo.

Marq. Y de hoy más yo te lo erijo

en mi amante corazon.—

¿Qué digo! Siempre te amé.

Cayeron en la herejía

mis ojos, pero vivía

dentro del pecho la fe;

y si á los ojos creí

más que á la fe que en secreto

te prefería al objeto

por quien fascinado fuí,

no es porque á tu dulce encanto

amor negase la palma;

es porque cobarde el alma
no osaba aspirar á tanto.

Jacinta. Por mí el llanto en que me inundo
responda; que vano empeño
fuera... Oh Dios! si esto es un sueño,
no despierte yo en el mundo!

Cándido. Sueño? No. Triunfo, y completo.

[*Con cierto despecho cómico.*]

Puedo ya hablar, pesia mí?

[*Jacinta se sonríe y le dice que sí con
la cabeza.*]

Le amaba á usted.

Marq. Cielos!
Cándido. Sí.

Marq. Yo sorprendí su secreto.
¡Y por su propia rival
intercedió, cuando pudo....

Jacinta. Y aún fuera mi labio mudo
si ese accidente fatal....

Marq. Para ensalzar tu inocencia
y hacerme dichoso á mí,
quiso decretarlo así
la divina Providencia;
y para mayor victoria
la misma que tu tormento
ha causado, es instrumento
de su castigo y tu gloria.
De ella estaré más ufano
que de todos mis blasones
si el sello á mi dicha pones
otorgándome tu mano.

Cándido. Sí otorga. Pues ¡bueno fuera....

[*Dando la mano al Marqués.*]

Ahí va la mia, si soy
digno....

Marq. Sí, primo; y desde hoy
me encargo de tu carrera.

Jacinta. Sí, casto lazo nos una.
Negar que él es gloria mia
fuera vana hipocresía
y modestia inoportuna.—
Pero cuando en torno veo

tanta desdicha, es forzoso
pedir al alma reposo
y dar treguas al deseo.
Boda, festines, placeres
serian en tanto horror
escarnio, insulto al dolor
de esas dos pobres mujeres.—
Ya pesarosa me siento
de dejarlas.... Entra allí,
buen Cándido.....

[*Viendo que Cándido muestra alguna
repugnancia.*]

Hazlo por mí!
Yo te seguiré al momento.

[*Entra Cándido en la habitación de la
derecha.*]

ESCENA ÚLTIMA.

JACINTA. EL MARQUÉS.

Jacinta. Dios completará su obra
dando fin con su clemencia
de la hija á la demencia,
de la madre á la zozobra.
Sí, tras de fatiga tanta
pronto vencerá, lo espero,
á un delirio pasajero
la naturaleza santa.
Porque la piedad lo aplice
no será ¡oh mi caro esposo!
ménos firme y venturoso
el nudo que nos enlace.
En tanto gozosa y tierna
doy á mi dueño esta mano,
prenda de amor sobrehumano
y fidelidad eterna.

[*El Marqués toma la mano de Jacinta
y la besa con pasión. Jacinta alza los
ojos al cielo con inefable gozo.*]



LA CABRA TIRA AL MONTE,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro de Variedades (Madrid) el día 2 de Abril de 1853.

PERSONAS.

EUGENIA.	EL MARQUÉS.
DOÑA CELEDONIA.	FERNANDO.
LA BARONESA.	D. PRÓSPERO.
CASILDA.	EL BARON.
DOÑA INES.	HILARIO.
PETRA.	ARTURO.

COSME.

DAMAS Y CABALLEROS.

ACTO PRIMERO.

La accion de este acto pasa extramuros de la ciudad de Ávila en el año de 1834. En el foro la fachada y pueria practicable de una casa de labrador: delante de la puerta habrá un cobertizo con emparrado. Arboleda á derecha é izquierda. La casa se comunica por la derecha del actor con la poblacion y con el camino de Madrid.

ESCENA I.

DOÑA INES. EUGENIA. FERNANDO. PETRA.

[Aparecen bajo el emparrado, sentados en sillas rústicas, doña Ines haciendo media, Eugenia ocupada en algun bordado manual, Petra hilando y Fernando con un libro en la mano. Las dos primeras vestirán á la moda de la época; pero con modestia y sencillez: Fernando y Petra, como los labradores del país.]

Fernando. Aquí acaba el capítulo. Á la noche, si á ustedes les parece, continuaremos la lectura.

Ines. Tan pronto la deja usted!

Fernando. Tengo que ir á una diligencia forzosa.

Ines. Lo siento. Lee usted con tanta expre-

sion, que cuando le oigo olvido mis dolencias.

Fernando. Mi mayor placer, señora, sería el ver á usted completamente restablecida.

Ines. Gracias, Fernando. Ya estoy más animada, más ágil y voy recobrando el apetito. Todo lo debo al esmero, á la afectuosa solicitud con que usted y su buen padre me cuidan y me agasajan.

Fernando. No me sonroje usted, señora. ¿Qué hacemos en eso sino cumplir un deber muy grato á nuestros corazones leales y agradecidos?

Ines. (Qué excelente muchacho!)

Fernando. Y sin duda, más que nuestros rústicos obsequios, aunque con tan buena voluntad ofrecidos, contribuyeron á la mejoría de usted la vida del campo y lo sano y fresco de este clima.

Ines. Con todo, me parece que á mi Euge-

nia no le prueba tan bien como á mí....

Eugenia. Sí tal.

Ines. No lo extraño. Todas las complexiones no son iguales.

Eugenia. Pero ¡si yo estoy buena!

Ines. No digo que estés enferma; pero algo desmejoradilla... Echas de ménos la corte?

Eugenia. Oh, no, mamá! Ni necesito jurarlo; bien sabe usted que para nosotras tiene pocos atractivos.

Ines. Ah, es verdad!

Fernando. ¿Y para quién los ha de tener mientras no desaparezca del todo la terrible epidemia que ha diezmado sus habitantes? Más dichosa es, siquiera bajo ese aspecto, esta pobre comarca, pues Dios ha querido preservarla de semejante calamidad.

Eugenia. Papá se obstinó en quedarse allí. Este es mi único recuerdo de Madrid, y bien triste por cierto. Si mis ojos le vieran como ven á mi querida madre,... en Ávila se encerraria para mí todo el universo.

Ines. (No me ha mirado á mí sola. ¡Pobre niña!) ¿Y podrá saber, Fernando, qué diligencia es esa?

Fernando. Cosas de la labranza.... Como mi padre está en la feria de El Barco, y no volverá hasta dentro de cuatro ó cinco días...

Petra. Sí, cosas de la labranza!.... No lo crea usted, señora.

Fernando. Petra!

Petra. Lo he de decir aunque me llame usted bachillera. Es que hoy se hace la quinta, y como entra en sorteo....

Eugenia. (Cielos!)

Petra. Tiene que asistir á él....

Fernando. [Con un suspiro mal reprimido.] (Ah!) En efecto....

Ines. Pero eso no nos debe inquietar mucho. La suerte le puede ser á usted favorable, y en todo caso, siendo hijo de un labrador acomodado y bienquisto, sin grande extorsion podrá usted comprar un sustituto.

Fernando. Es cierto; pero.... yo no tengo aversion á la honrosa carrera de las armas...

Eugenia. [Casi llorando.] (Oh Dios mío!)

Ines. Ya lleva usted muy adelantada la de leyes, y sería un dolor....

Fernando. ¿Quién sabe lo que el destino le reserva? Pudiera ser tal mi suerte, que enviara la de soldado.

Ines. No comprendo.... (Demasiado!) Con bienes de fortuna, en la flor de la vida, gozando de robusta salud, del amor de su padre y de la estimacion de todos, ¿qué pesares puede usted tener hoy ó presentir para mañana?

Fernando. Ah señora! Para juzgar de la felicidad ó la desgracia de cada uno, sería preciso sondear su corazon, y si yo osara descubrir el mio, ó usted penetrase en él,

le parecerian muy fundadas mis melancólicas reflexiones.

Ines. Cualquiera que sea su causa, no debe usted olvidar que es el único apoyo y el consuelo y el orgullo de un padre anciano.

Fernando. Gracias á Dios, no necesita que mis brazos le sustenten, y cuando él supiera que yo no podria sobrevivir al golpe que me amenaza, preferiria que fuese á buscar en el campo de batalla una muerte gloriosa.

Ines. Santo Dios!.... Qué golpe es ese? Ó es muy distinto del que presumo, ó cuanto siento y veo desmiente esos funestos presagios.—Habla tú, Eugenia.—Pero harto hablan esas lágrimas que ya no puedes contener.

Eugenia. [Levantándose para echarse en los brazos de doña Ines, que se levanta tambien y la recibe en ellos.] Madre mia!....

Fernando. Ah señora!... [Quiere arrodiarse, doña Ines se lo impide, y tomando de las manos á los dos jóvenes se adelanta con ellos hacia el proscenio.]

Ines. Quietos! ¿Va usted á acusarse de que ama á mi hija, como si fuera un delito? ¿Y por qué? Ó ella lo merece, ó mucho me ciega mi amor de madre.—¿Te avergüenzas tú acaso de corresponderle?

Eugenia. No, mamá!... Si me avergonzase, no le amaria. En este corazon que nunca hizo latir el remordimiento, en este corazon que usted ha formado no cabe ningun afecto de que no pueda gloriarme á los ojos de Dios y á los del mundo.

Ines. Lo oye usted?

Fernando. Sí, señora; pero aunque esos dulces acentos colmen de júbilo mi alma enamorada, ántes me acobardan que me envanecen; porque no es posible amar sin suspirar por la posesion del objeto amado, y ¿quién soy yo para aspirar á tanta dicha?

Ines. Y, dejando aparte las hipérboles del amor, á que las madres no son por cierto ménos propensas que los amantes, ¿quién es ella para que usted desespere de obtener su mano?

Fernando. Oh! es usted una santa, ¡y yo...

Ines. ¡Y usted me hacía el agravio de confundirme con el vulgo de las mujeres!

Fernando. Señora!....

Ines. Sí, Fernando; y no me admiro; que el vulgo es más numeroso de lo que creen algunos, y tambien tiene el suyo la aristocracia.—En suma, os amabais tiempo ha...

Eugenia. Desde que nos vimos.

Ines. ¡Y no os atrevais á decirme por temor de que yo contrariase vuestro cariño! Mirad: si me habeis ofendido atribuyéndome una vanidad tan opuesta á mi carácter y tan impropia de mi situacion, aun más con haber supuesto que pudieran haberse ocultado vuestros amores á mi vigilancia.—

Alentáos: yo los he visto nacer sin inquietud, y ya estaríais desposados si para cumplir vuestros deseos bastasen mi asentimiento y mi bendición.

Eugenia. Oh dicha!

Fernando. Oh bondad!

Ines. No hay aquí bondad, sino justicia y buen sentido. Soy hija de un título de Castilla y no desprecio los blasones de mi casa; no es ménos ilustre la familia de mi marido; pero por eso ¿he de desdenar para yerno al hijo de un hombre de bien?

Fernando. Que sirvió á su padre de usted, al señor conde.

Ines. No le sirvió: un arrendador no es un criado, y en punto á linajes, digo con el proverbio: *cada uno es hijo de sus obras*, porque creo que la verdadera nobleza no está en los escudos de armas, sino en el corazón. ¿Qué haría yo con inspirar á mi Eugenia una altivez que choca con las costumbres del siglo, y fieros aristocráticos que la condenasen tal vez á marchitarse en perdurable soledad?

Fernando. No es Eugenia de las que pueden temerla. Con tantas gracias, donde quiera tendria adoradores, y el más linajudo se honraria con tal esposa.

Ines. Sin dote!... Bien se ve que usted no conoce el mundo y que por su corazón juzga de los ajenos. Pero mi hija, amaestrada en el infortunio como yo, sabe ser tan sencilla en sus gustos y tan modesta en sus deseos como cumple á su estado. Ella prefiere, y hace bien, vivir oscura, pero tranquila; no opulenta, pero amada, con el esposo de su eleccion, á contraer, más por obediencia que por amor, vínculos, muy ajustados sin duda á las leyes de la heráldica, pero fecundos quizá en lágrimas y amarguras.

Eugenia. Madre de mi vida!

Ines. Ya ve usted, Fernando, que no soy tan generosa como usted pensaba. Ya ve usted que en este asunto se mezcla, como en todos, el interés.—¡Yo no quiero que mi hija sea tan desventurada como yo!

Fernando. Hacerla feliz será mi único conato.

Ines. Es que no lo será ella sola; porque ha de tener usted entendido que yo no pienso separarme de su lado.

Eugenia. Oh! Ni yo lo consentiría.

Ines. ¿Ve usted en qué ha venido á parar tanta bondad? En convencer á usted de que soy una egoísta.

Fernando. [Á Eugenia.] Su mamá de usted se ha empeñado en abochornarme.

Ines. Cuente usted con una suegra perene.

Fernando. Con una madre á quien amaré tanto como á la que oye mis votos desde el cielo.

Ines. [Mostrando á Eugenia.] ¡Dichosa yo

que tengo esta prenda con que desempeñarme de una deuda sagrada! Huyendo de Madrid, ménos por temor al cólera que por salvar de los horrores de la miseria y de la humillación á la hija de mis entrañas, y poniendo en salvo el resto de mi dote, ántes que mi marido acabase de derrocharlo, vine á pedir hospitalidad por unos días á su padre de usted, mientras hallaba una decente vivienda para Eugenia y para mí. Su acogida fué cordial, generosa sobre todo encarecimiento. Con motivo de las vacaciones, y también á causa de la epidemia, se cerraron las aulas de Alcalá, y volvió usted pocos días despues al hogar paterno, y á vestir ese honroso aunque humilde traje.

Fernando. Es el que usa mi padre, y en Ávila no llevaré otro mientras mi padre viva.

Ines. No seré yo quien lo repugne, ni Eugenia tampoco.

Eugenia. No por cierto. Con él ha sabido cautivar mi alma, y como á otros no presta ni gracia, ni talento, ni instruccion, ni nobles instintos el ropaje cortesano, no ha oscurecido, ántes ha realizado el vestido de labriego las cualidades que distinguen á mi digno huésped.

Fernando. Ángel mio!... Yo voy á enloquecer de alegría.

Ines. Mis achaques por un lado, y por otro la calculada incuria de padre é hijo para buscarnos casa, han dado ocasion para que vuestro recíproco afecto se haya hecho con el tiempo y con el trato cada dia más entrañable; y yo me he complacido en ello porque pareéis nacido el uno para el otro, y porque estoy persuadida de que no sin designio os ha juntado la Providencia. No basta, sin embargo, mi vénia para que os caseis; necesitais también la de mi marido; pero mi maternal prevision se ha anticipado á vuestros ruegos.

Eugenia. ¡Es posible!...

Fernando. ¡Y aun negará usted que es la más bondadosa de las mujeres!

Ines. Ya hace algunos días que le escribí manifestándole vuestro anhelo y el mio, las circunstancias del novio, su porvenir, y lo conveniente que es por todos conceptos la boda proyectada.

Eugenia. Ay! Yo temo que la desapruébe.

Ines. No lo creas. Me he esforzado á convencerle de que en ella estriba tu bienestar, y ya que él no ha sabido procurártelo, no tiene derecho ni tendrá valor para impedir que se lo debas á otro.

Fernando. Pero como yo no puedo, aunque bien nacido, ostentar una ejecutoria....

Ines. Yo espero que eso no será obstáculo para obtener su consentimiento. Habitado años ha á una vida agitada y desastrosa,

todo le es ya indiferente, ménos el fatal propósito de perseverar en ella, y todas sus pasiones, áun la del orgullo de la cuna, se han extinguido en él, á excepcion de una sola; la del juego!, odioso origen de su ruina, su descrédito y de esta negra melancolía que abreviará mi existencia.... No, no! Á vuestro lado viviré satisfecha, alegre. Ya me siento rejuvenecida.... No, no os sobresalteis. El que habeis oido será el postrer recuerdo de mi malograda juventud, y este llanto no es ya de dolor, sino de inefable alborozo.

Eugenia. Madre adorada! [*Se echa en sus brazos.*]

Fernando. [*Besando la mano á doña Ines.*] Madre mia!

Ines. [*Abrazándole.*] Así quiero yo que me llames.—Pero no demos lugar á que pase alguno y se burle de nosotros por incapaz de comprender la pureza de nuestras sensaciones.—Ve pues, hijo mio, á saber tu suerte.

Fernando. Sí, sí. Ahora que soy tan feliz sentiré más que ántes caer soldado; que aunque no tengo ya la menor vocacion de serlo, pronto voy á ser hombre de obligaciones; verdad?, y lo que habia de gastar pagando mi reemplazo, mejor empleado estará en el regalo de mi esposa.... y de mi madre. [*Aprieta la mano á las dos y luego que vuelve la espalda se enjuga las lágrimas.*]

ESCENA II.

DOÑA INES. EUGENIA. PETRA.

Ines. Qué honradez la de ese jóven! ¡qué buena índole! Yo te doy el parabien y me le doy á mí misma.... Pero ¿no es aquella doña Celedonia?

Eugenia. Sí, y á nosotras se dirige.

Ines. Mujer antipática si las hay!

ESCENA III.

DOÑA INES. EUGENIA. PETRA.

DOÑA CELEDONIA.

Celedonia. [*Vestida con más lujo que buen gusto y afectando un señorío que no le es natural.*] Señoras mías, tengo la dignacion... [*Da la mano á doña Ines y á Eugenia.*]

Eugenia. (El honor querrá decir.)

Ines. Sea usted muy bien venida.

Celedonia. Qué tal? ¿Está usted ya fuerte, doña Ines?

Ines. Mejor estoy, y usted?...

Celedonia. Yo, impermeable, gracias á Dios.

La chica, tan guapa!

Eugenia. Servidora de usted.

Celedonia. Muy señorita mia. [*Á doña Ines.*]

Y el pariente? ¿Ha tenido usted noticias....

Ines. Está bueno.—Pero sírvase usted de pasar adentro....

Celedonia. Bien estamos aquí. Esta visita no es de etiqueta, sino de confianza. Ya ve usted que vengo en *negliché*....

Ines. (Fatua!)

Eugenia. (Necia!)

Celedonia. Sin embargo, acepto, porque vengo á hablar á usted de un asunto importante.

Eugenia. (Qué será?)

[*Doña Ines se adelanta hácia la puerta: Petra se levanta.*]

Ines. Pase usted, pues.... (Qué querrá?)

Celedonia. No; usted primero.

Ines. Suplico....

Celedonia. Vaya.... *sanfachon*.

[*Entra delante, y la siguen doña Ines y Eugenia.*]

ESCENA IV.

PETRA.

¡Miren qué tono se da y qué peripuesta se nos viene la administradora! Pero aunque la mona se vista de seda.... Creerá que no sabemos por acá lo que fué en sus verdes años. Una triste oficiala de modista; y porque su marido ha hecho su agosto con la administracion, la echa de señorona... Pero ¿qué embajada será la suya? Eh! no me importa. Mejor quiero pensar en la boda que se prepara. Jesus! me alegro tanto como si fuese yo la novia. ¡Pobres señoritos! Estaban que se les podia ahogar con un cabello. Y qué buena pareja! Ni con un candil.... Pero recojamos estos chismes y entremos.... [*Recoge su rueca, las otras labores y el libro.*]

ESCENA V.

PETRA. HILARIO.

Hilario. [*Vestido como señorito de lugar.*] (¡El número uno, y sacado por mis propios dedos! Es cosa de chupármelos de gusto... Á bien que tanto se me da como se me da tanto. Padre es rico....) [*Á Petra cuando ya va á entrar en la casa.*] ¡Eh, muchacha!

Petra. [Volviendo la cabeza.] Quién llama?...
¡Ah, don Hilario!

Hilario. Ven acá.

Petra. [Sin acercarse mucho.] Qué se ofrece?

Hilario. Preguntarte si ha venido mi madre....

Petra. Sí, señor; adentro está.—Con permiso....

Hilario. [Acercándose.] Espera. Quería decirte también que me hacen mucho tilin tus ojuelos....

Petra. Bah!

Hilario. Que ese refajo me saca de mis casillas....

Petra. Para la tonta que lo crea!

Hilario. Y que me entusiasmo mirando ese justillo..... é islas adyacentes.

Petra. Vaya usted á otra con esos chico-leos; que yo....

Hilario. [Asiéndola del brazo.] No seas arisca.

Petra. [Haciendo por desasirse.] ¡Suelte usted!

Hilario. No te suelto hasta que me dés....

Petra. Con la rueca. [Le da con ella, se suelta y entra en la casa.]

ESCENA VI.

HILARIO.

Chica!.... ¡Vaya un argumento.... contundente y una virtud cerril! El día se presenta aciago. Con esto y con que la otra niña diga nones...., me redondeo. Entremos; que madre me estará esperando.... Ella sale.

ESCENA VII.

HILARIO. DOÑA CELEDONIA.

Celedonia. (Á mí tal bochorno! Uf! Volada estoy....)

Hilario. Mamá!

Celedonia. Ah! estabas aquí, Hilarito! Me alegro de que no hayas entrado.

Hilario. Según eso, el viaje de usted no ha sido muy feliz, que digamos.

Celedonia. Quijotas! Vanidaz y pobreza en una pieza.

Hilario. Eso es decir que me han dado calabazas.

Celedonia. Cabalito. Ello sí, la doña Ines, como es tan gazmoña y tan remilgada, ha hecho por dorar la píldora, pero no la digiero yo á dos tirones.

Hilario. ¿Pues sabe usted lo que yo digo, mamaita?

Celedonia. Qué?

Hilario. Que ese rúpice le está á usted muy bien empleado. Maldita la prisa ni la necesidad que tenía yo de casarme, y ménos con una damisela...., muy bonita, eso sí, pero tan dengosa y tan ensimismada....

Celedonia. Eh! no por su linda cara la buscábamos tu padre y yo para nuera.

Hilario. Ya estamos en que el busilis no es ese, sino que padre recibió ayer una carta donde le dicen que el marqués de Ribasaz, cuñado mayor de doña Ines, y por consiguiente, tío carnal de la moza por parte de padre, ha muerto del cólera en Sevilla, y también ha espichado su hijo único.

Celedonia. Y con la muerte de ambos, el padre de Eugenia, don Álvaro, está ahora muy en peligro de ser marqués, y si te casases tú con su hija heredarías el título tarde ó temprano.

Hilario. Bah! esas son cuentas galanas. En primer lugar, no sabemos si don Álvaro consentirá en la tal boda.

Celedonia. Toma! Á dos manos. Pues ¿no sabes que está entrampado hasta los ojos y no tiene ya sobre qué caerse muerto? Y de juro no sabe él la novedad, porque ya hace años que no se carteaba con el marqués; y así, de sopeton, era fácil cogerle la palabra.

Hilario. Es que hay todavía otro hermano de por medio, mayor que él, y en quien recae por de pronto el marquesado.

Celedonia. Pero es solteron.

Hilario. Pero se casará el día ménos pensado, porque probablemente no habrá hecho voto de castidad. Y además, ¿no ha podido la marquesa viuda quedar en estado interesante?

Celedonia. Oyes, pues todo pudiera ser!

Hilario. Ya veo que tengo yo más cacumen que ustedes. Ni ¿qué falta nos hace una prebenda tan problemática? Padre tiene ya el riñon bien cubierto, que es la verdadera ejecutoria, y novias me saldrán á porrillo cuando haya de entrar en el gremio; que por mi gusto no será tan pronto, porque así estoy más á mis anchas, y con barro á mano, ya ve usted,.... nunca falta un trapillo....

Celedonia. Calla, libertinazo! Pues á mí no me acomoda que andes así...., á picos pardos. El mejor día te atrapa una bribona....

Hilario. No hay cuidado: tengo yo, aunque mozuelo, muchos colmillos.—Y mire usted, entre las menestralas y labradoras, que son mi plato favorito....

Celedonia. Como! ¿Qué lenguaje es ese....

Hilario. Entre ese ganado hay tesoros de gracia, de hermosura...., y hasta de virtud, ¡mal que me pese! y si mi voto valiera....

Celedonia. Voto impertinente. Tú eres un caballero.

Hilario. Convengo; pero soy muy original en todas mis cosas y.... Vamos, no lo puedo remediar, me muero por un aparejo redondo.

Celedonia. Pues es preciso que tengas mejor paladar, que tú no te has criado en las malvas. Oiga!

Hilario. Estoy en eso.

Celedonia. Porque el decoro.... Estamos? Las leyes de la sociedad....

Hilario. Ya sé que hay que atemperarse á ellas, y cuando me da por lo exquisito, doy quince y falta al más estirado *dandy*.

Celedonia. Eso, eso quiero yo. No tardaremos en volver á la corte; que el cólera va ya de capa caída; y lo deseo porque allí perderás esos malos resabios.

Hilario. Es probable.

Celedonia. Y allí te buscaremos un buen partido, ya que esa señorita tiene tanta fantasía.

Hilario. Oh mal aconsejada princesa!.... Pero, ya se ve, como apenas me conoce y yo no estaba presente.... Si usted me hubiera exhibido, de seguro se prenda de mí. Bah! Ella se lo pierde, y no nos debe dar pena.... Peor es lo otro.

Celedonia. Qué?

Hilario. Toma! Que he caído soldado. ¿No se lo he dicho á usted?

Celedonia. No. Dios mío!....

Hilario. Pero no hay que apurarse. Se toma un sustituto....

Celedonia. Sí, sí, al momento, cueste lo que cueste.

Hilario. No hay que descuidarse, porque la partida de tropa que ha venido á llevarse los quintos, arreará con ellos dentro de media hora. Lo malo es que hay tanta escasez de mozos....

ESCENA VIII.

CELEDONIA. HILARIO. FERNANDO.

Fernando. (Libre! Oh dicha! ¡Cuánto se alegrarán....)

Celedonia. Á propósito, puede que ese muchacho... [*Deteniendo á Fernando.*] Mocito!

Fernando. Señora....

Celedonia. Viene usted del sorteo?

Fernando. De allí vengo.

Hilario. Habrá estado usted también encantado.

Fernando. Cierto.

Celedonia. Y, aunque sea curiosidad, ¿qué número ha sacado usted?

Fernando. Uno de los más altos.

Celedonia. Pues mi hijo....

Hilario. Servidor....

Celedonia. Ha sacado....

Hilario. El uno!

Celedonia. Y si quisiera usted ser su sobresustituto....

Fernando. Siento no poder servir á usted, señora.

Celedonia. Mire usted que pagaremos bien.

Fernando. No estoy en el caso de venderme á ningún precio.

Celedonia. Bien, hijo; por eso no hay nada perdido. Á otro le vendrá muy ancho.... Vamos, vamos, que no hay tiempo que perder.

ESCENA IX.

FERNANDO.

Ridículo personaje es la administradora, y su hijo no le va en zaga.... Entremos.... Ah!

ESCENA X.

FERNANDO. EUGENIA. DOÑA INES.

Ines. Ya de vuelta? ¿Y qué nuevas nos trae usted?

Fernando. Muy felices. Me ha tocado un número tan alto, que por muchas que sean las exenciones, no es de temer que sea yo llamado á las armas.

Ines. Sea en buen hora una y mil veces.

Eugenia. El cielo ha oído mis súplicas.

Fernando. Con tal intercesora no podía serme contraria la suerte. Ahora, si ustedes me lo permiten, voy á escribírselo á mi padre y le enviaré la carta con un propio.

Ines. Sí, sí; no le retarde usted tan buena noticia.

[*Entra Fernando en la casa.*]

ESCENA XI.

DOÑA INES. EUGENIA.

Ines. Ya lo ves, Eugenia; nuestra mala estrella ha perdido ya todo su influjo.

Eugenia. Dios lo haga, y que mientan mis tristes presentimientos.

Ines. Eh! no seas niña. En qué los fundas?

Eugenia. No sé....

Ines. Vuelvan á tu pecho como al mío la serenidad y la confianza. [*Sonriéndose.*] ¡Presagiar nada malo cuando ya tienes dos novios, á falta de uno!

Eugenia. [*Esforzándose también á sonreírse.*] Sí; buen dije es el tal Hilario, si la fama

no miente, y donosa la pretension de su madre.

Ines. Por lo ménos, tiene el mérito de la oportunidad, ¿eh? [*Ruido de un coche de colleras, que cesa á los pocos momentos.*]

Eugenia. ¿Oye usted.....

Ines. Un carruaje en el camino de Madrid. Veamos si entra ó sale. [*Se acercan á los bastidores de la derecha.*]

Eugenia. De Madrid viene.

Ines. Sí.

Eugenia. Y ya ha parado.

Ines. Sin entrar en la ciudad!

Eugenia. Un caballero se apea.....

Ines. Hacia aquí le veo encaminarse. [*Vuelve á oírse el ruido del carruaje y cesa poco despues.*]

Eugenia. Como el carruaje no puede arriar, porque se lo impide la arboleda.... Será para nosotras la visita?

Ines. No; irá á otra casa, que hay mucha poblacion extramuros.

Eugenia. Aún no se le distinguen bien las facciones.... Si fuese papá!

Ines. Bien pudiera ser que viniese á darnos en persona la respuesta.—Y juraria....

Eugenia. Sí, sí, él es!

Ines. Ya nos ha visto y corre á nuestro encuentro. Qué sorpresa!

Eugenia. Quisiera volar..... y no puedo.... ¡Me da un temblor....

Ines. Ya está aquí.... Álvaro!

ESCENA XII.

DOÑA INES. EUGENIA. EL MARQUÉS.

[*Se abrazan.*]

Marqués. Hija mia!

Eugenia. Papá!

Marqués. *Ines!*.... No me esperabais; ¿verdad?

Ines. No. Como no has escrito....

Marqués. Ha sido repentino mi viaje.—Pero más que mi venida os ha de sorprender el motivo de ella. Volved á abrazarme y pedidme albricias. Os traigo la felicidad!

Ines. ¿Qué dices! (Sin duda consiente....)

[*Sale de la casa Fernando, oyendo lo que va á decir Eugenia se detiene bajo el cobertizo, y observa sin ser visto.*]

ESCENA XIII.

DOÑA INES. EUGENIA. EL MARQUÉS.

FERNANDO.

Eugenia. Padre mio!

Fernando. (¿Qué oigo!)

Marqués. Sí, bendigamos al Todopoderoso.

Se acabaron los apuros, las zozobras, las privaciones. Ya soy marqués de Ribasaz!

Fernando. (Ah!)

Ines. Cómo!....

Eugenia. (Cielos!)

Marqués. ¡Tengo que rezar por dos hermanos y un sobrino!.... Pero nada ménos se necesitaba para que yo saliese de trampas y vosotras de ese miserable tugurio.

Fernando. (Santo Dios!....)

Marqués. Perdonadme, ilustres y queridos manes: yo no deseaba la muerte de nadie; yo os lloro con toda sinceridad; mas ¿cómo no han de serme agradables las consecuencias....? ¡Á mí, pobre segundón....: qué digo? terceron, que estaba atenido á unas mezquinas asistencias.... Pero ¿qué es eso? ¿No tomáis parte en mi satisfaccion?—Es decir, satisfaccion hasta cierto punto; que si yo pudiera resucitar á los muertos.... Oh plaga horrible!.... Mas respetemos los decretos del Altísimo.... Hablad! Parece que os habeis quedado petrificadas.

Ines. No lo extrañes. ¡Nos coge tan de nuevas lo que nos dices!....

Eugenia. ¡La desgracia nos habia enseñado á ser tan moderadas en nuestros deseos!....

Ines. Toda mi ambicion se limitaba á acabar mis dias en apacible retiro con mi Eugenia y....

Marqués. Eso es muy edificante. Yo no condeno la humildad cristiana con que habeis sobrellevado la adversidad. Yo tambien he procurado sortearla como Dios me ha dado á entender; pero sería una solemne simpleza el echar noramala á la fortuna cuando se nos entra por las puertas.

Fernando. (Infeliz de mí!)

Marqués. Por mi parte la saludo con júbilo, con entusiasmo, y no veo la hora de tomar posesion del marquesado para desquitarme de la penuria en que he vivido; para brillar con vosotras en la alta sociedad á que pertenezco y de que me tenía relegado la miseria. Oh! yo haré honor, os lo prometo, á mi esclarecida prosapia, á mi pingüe patrimonio. ¡Quince mil duros de renta! ¿No se dilata vuestro corazon al oirlo? Quince mil duros de renta!.... ¡Y dos títulos nobilísimos, marqués de Ribasaz, vizconde de Valendrino! Este es para el primogénito, y á falta de varon, á ti te corresponde, mi linda Eugenia. Desde hoy te declaro y nombro vizcondesa de Valendrino.

Fernando. (Soy perdido!)

Eugenia. Oh padre!, no me engríe....

Marqués. Ya lo supongo; pero el nuevo estado nos impone á todos ciertos deberes, de que no podemos prescindir sin mengua

nuestra y de los timbres que hemos heredado.—Me hablaste, Ines, en tu última carta de unos amores novelescos, pastoriles....

Fernando. (Oh!)

Marqués. De una boda extravagante....

Fernando. (Adios mis dulces ilusiones!...)

Ines. Una boda de que yo me honraba y me honraré todavía; una boda fundada en el amor más puro, en la recíproca conveniencia, en la gratitud....

Marqués. Precioso idilio!; pero si ayer pudo ser oportuno, hoy es un anacronismo. ¿Y quién te ha dicho que, aún sin la herencia inesperada, hubiera dado yo mi única hija al hijo de un patan?

Fernando. (Ah! ¿Qué espero ya....)

Ines. Álvaro! no merece ese apodo un labrador honrado, el más honrado de la provincia. Ah! si hoy abrazas á tu mujer y á tu hija, lo debes á la generosa hospitalidad que en ese hogar han recibido.

Marqués. Yo no seré ingrato á los servicios de esas buenas gentes: se los pagaré con munificencia.

Fernando. (Oh suplicio!)

Marqués. Pero no cometeré la bajeza de enlazar mi inclita familia con la de un destripaterrones.

Fernando. (No me podré contener si no me alejo.)

Ines. ¡Qué injusto eres y cómo te ciega la prosperidad! No hubieras sido quizá tan escrupuloso hace tres días.

Marqués. Marquesa!

Eugenia. De ese á quien trata usted con tan indigno desden podrian aprender, no sólo virtud y verdadera caballeridad muchos que se titulan caballeros, sino gala, cultura, bizarria, y él reina y reinará eternamente en mi corazon.

Fernando. (Oh prenda adorada!)

Marqués. Bah! Yo me rio de esas protestas.

Ines. [Abrazando á Eugenia.] ¡Hija del alma mia!

Marqués. Renunciarás á tan ruines pensamientos, so pena de incurrir en mi justa cólera y de que caiga sobre tu frente mi mal....

Ines. Oh, calla, por Dios!

Fernando. [Con resolucion.] (No más!) [Se aleja sin ser visto.]

ESCENA XIV.

DOÑA INES. EUGENIA. EL MARQUÉS.

Marqués. Basta; no quiero..., no puedo enojarme contigo. Yo perdono esos arranques de ridícula independencia á una niña sin mundo, influida por una pasión insen-

sata y alentada por la punible condescendencia de una madre irreflexiva. La sana razón, por poco que te esfuerces á consultarla, triunfará en breve, lo espero, de esas ideas descabelladas. Semejante desvarío puede ser excusable en una mujer vulgar; pero no en la que lleva un nombre preclaro, y está obligada á trasmitirlo en todo su esplendor á la posteridad. Tu mismo amante, si en efecto está dotado de los bellos sentimientos que tanto ponderas, conocerá que vuestra union es imposible, absurda.

Ines. (Ah! no me atrevo á contradecirle.)

Eugenia. Lo que puedo jurar á usted es que no valdré yo más á sus ojos por esa alta categoría, por esa imprevista opulencia, que me afligen más que me deslumbran. Pobre me amaba....

Marqués. Dejemos ya esa cuestion enfadosa. Tú lo pensarás mejor y oirás al fin los consejos de tu padre, que nunca podrán tener otro objeto que tu dicha y tu estimacion. No acibareis el gozo con que veo amanecer para nosotros la aurora del bien despues de tantos pesares; no me los deis mayores en vez de los parabienes que esperaba; ¡dejad que ria el triste, que respire el atribulado,... que coma el hambriento! Aquí radican algunas de las fincas que ya me pertenecen. En Ávila hay un palacio que es ya nuestro y nos excusa el sonrojo de un hospedaje que nos degrada. Mi ayuda de cámara ha ido á llamar á don Próspero Maquila, administrador general que ha sido de mi hermano, que Dios haya. Ya que por fortuna reside en Ávila.... [Mirando adentro hácia la derecha.] Justamente él llega.

Ines. Permite que nos retiremos.

Marqués. Como queráis.

Ines. [Á Eugenia en voz baja.] ¡Valor, hija mia! [Entran en la casa.]

ESCENA XV.

EL MARQUÉS. D. PRÓSPERO.

Próspero. Me apresuro á ofrecer mis respetos muy rendidos al señor marqués de Ribasaz.

Marqués. Gracias, don Próspero.

Próspero. Á mi ilustre amo, si tengo el honor de que se digne....

Marqués. Sí, sí. Pienso conservar todos los leales servidores de mi difunto hermano, y con más motivo tan celoso y entendido administrador. (Le he de pedir dinero y es indispensable este exordio.)

Próspero. Usía me honra....

Marqués. Nada de tratamiento.

Próspero. (Vamos, no se presenta mal; pero tengo clavado en el alma el desaire que ha sufrido mi mujer.)

Marqués. Usted no sabría las novedades....

Próspero. Sí, señor: ayer recibí la del fallecimiento del último señor marqués y de su hijo, y hoy cuando iba á escribir á usted el pésame, he recibido otra carta de Jaen en que me participan la muerte del otro hermano....

Marqués. Ayer llegaron á mí juntas las dos infaustas nuevas.

Próspero. Yo tomo la debida parte en el duelo de usted....

Marqués. Ah!

Próspero. Pero no ménos sincera en sus satisfacciones y aumentos.

Marqués. Oh!.... Lo estimo en el alma.—Ahora bien, es preciso honrar con suntuosos funerales la memoria de mis caros deudos.

Próspero. Se entiende. Se hará lo que usted disponga.

Marqués. Eso lo primero; pero es forzoso tambien que yo me habilite con toda urgencia para pagar mis deudas y vivir con el fausto que corresponde á mi nueva condicion.

Próspero. Ciertamente. Lo malo es que no hay fondos en arcas.... ¿Á cuánto ascenderán esas deudas....

Marqués. Á unos diez mil duros. Los usureiros me han comido ya adelantados cinco ó seis años de alimentos; esto sin otras cuentecillas....

Próspero. Ahí es nada diez mil duros!.... Sin embargo, eso no es apremiante. Veremos de obtener alguna moratoria....

Marqués. Bien: usted se compondrá con mis acreedores. Lo que yo quiero es principiar desde hoy á gozar de mis cuantiosas rentas. Necesito que me proporcione usted en Madrid una habitacion régia, soberbiamente alhajada; necesito servidumbre, caballos, carruajes, abono en la ópera, y etc., y diez etc. etc.

Próspero. Yo apruebo en usted ese rumbo, esa grandeza de alma digna de sus gloriosos progenitores. (Qué viña!) Pero con el dinero disponible no tenemos para empezar. Las cosechas han sido escasas; el cólera y la guerra civil entorpecen la recaudacion; muchos arrendadores son ó morosos ó insolventes....

Marqués. (La cancion de todos!) Se buscan arbitrios: á un hábil administrador nunca le faltan.

Próspero. En épocas normales, no digo que no; pero los tiempos son calamitosos; los capitales se retiran; la confianza desaparece; no hay quien preste un cuarto sino con hipotecas muy saneadas y á un interes exorbitante....

Marqués. Bien está: si usted se echa en el surco, yo buscaré quien me preste....

Próspero. No es esto decir....

Marqués. Y quien me administre.

Próspero. (Hola!) No hay necesidad. Yo haré un esfuerzo.... Lo decia por el bien de usted. Los empréstitos son ruinosos....

Marqués. Pero hay circunstancias en que es indispensable recurrir á ellos. Necesito presentarme en el gran mundo....

Próspero. Oh! sí.

Marqués. Y heredando un caudal inmenso, no me he de tratar yo como un cualquiera.

Próspero. Tiene usted razon. (Ya es mío.)

Marqués. Conque....

Próspero. Descuide usted, que nada le faltará.—Pero ¿cómo no viene usted á ocupar el palacio de sus mayores?

Marqués. Vamos, sí; no quiero ni poner los piés en esa casucha.

Próspero. Las señoras disimularán si aquello no está todavía en disposicion de recibir las. Como nos ha cogido usted tan prevenidos....

Marqués. No importa. Ellas vendrán despues, y entre tanto arreglarémos nosotros.... [*Acercándose á la casa.*] Ines!

Próspero. (Si le hablan del casorio frustrado, echaré la culpa á mi mujer.)

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS. D. PRÓSPERO. DOÑA INES.

Próspero. Estoy á los piés de mi señora la marquesa.

Ines. Gracias.

Marqués. Voy con el señor á nuestra casa solariega y allí descargarán mi equipaje. Preparáos tambien vosotras para trasladaros á más digno alojamiento. Dentro de media hora volveré á buscaros.

Ines. Bien está.

Marqués. Vamos.

[*D. Próspero hace una salutación muda.*]

ESCENA XVII.

DOÑA INES.

Más digno alojamiento! ¡Ay qué poco halagan á mi corazon esas malhadadas riquezas!.... Y mi pobre hija!.... Allí la dejo anegada en lágrimas y más muerta que viva. Oh! á haber yo previsto lo que sucede, no hubiera dado lugar á que tomase incremento su fatal pasion.—Y Fer-

nando ¿qué dirá cuando sepa..... No está en casa..... ¿Adónde habrá ido.....

[*Llega Hilario por distinto bastidor del que guió al Marqués y á D. Próspero al retirarse.*]

ESCENA XVIII.

DOÑA INES. HILARIO.

Hilario. Señora marquesa.....

Ines. ¿Quién es.....

Hilario. No sé si usía me conoce..... Soy Hilario.....

Ines. Y bien?

Hilario. Tranquílcese usía. No es ya el candidato á la mano de Eugenia quien tiene el gusto de saludar á usía.....

Ines. [*Impaciente.*] Oh!....

Hilario. Sino simplemente el hijo de un respetuoso criado de usía.....

Ines. Lo agradezco. Dispénsese usted.....

Hilario. Es que..... traigo un recado para usía.....

Ines. Bien; breve..... y sin tratamiento.

Hilario. Yo tambien estoy de enhorabuena. Ya no soy soldado; otro mozo me sustituye, y tan campechano, que no ha querido tomar un maravedí.....

Ines. Cómo!....

Hilario. Ha endosado á las casas de beneficencia el precio de la sustitucion. ¡Capricho singular!

Ines. (Ah!) ¿Quién es.....

Hilario. Su patron de usted, Fernandito....

Ines. (Cielos!) [*Retirando de la casa á Hilario.*] Hable usted más bajo.....

Hilario. Alguna corazonada..... Y es raro, porque él no es ningun perdido..... ¿Si le habrá desahuciado tambien su novia, y en un rapto de desesperacion.....

Ines. ¡Por Dios, baje usted la voz.....

Hilario. (Oiga! Tambien Eugenia, por lo visto..... Vaya, esto me consuela.) Me ha rogado que entregue á usted esta carta.....

Ines. Venga! [*La toma de manos de Hilario, la abre, y lee para sí.*]

Hilario. Ahí va; y pues ya he cumplido mi comision, queda de usted reverente súbdito y obsequioso servidor, que besa sus piés, Hilario Maquila.

ESCENA XIX.

DOÑA INES.

[*Leyendo con las interrupciones que marcarán los paréntesis.*]

«No tengo valor para despedirme de usted personalmente. He oido al Marqués.....

(Desventurado!) Tiene razon. Mi casamiento con su hija es ya imposible; mi ausencia, forzosa, y probablemente eterna; mi resolucion irrevocable. Persuada usted á Eugenia de que es preciso que obedezca á su padre y á lo que exige de ella su nueva condicion. Consuélela usted..... si para gloria y desdicha mia lo ha menester. (¡Oh, demasiado!) Consuele usted tambien á mi anciano padre. (Y quién me consolará á mí?) No es el despecho el que me aleja de cuanto amo en el mundo, sino el deber, la resignacion, la necesidad..... No me es grata ya la vida que no puedo consagrar á mi ángel adorado, y por lo mismo, poco mérito será para mí el aventurarla en los combates. (Oh Dios mio!) Pero lo haré sin temeridad; ¡soy cristiano!, y si la Providencia me la quiere conservar, no me rebelaré contra sus altos decretos. Usted, tan buena, tan indulgente, compadecerá la desgracia, pero no reprobará la conducta de..... Fernando.»—¡Oh mártir del amor, de la virtud!.... Oh dia aciago!

Eugenia. [*Desde la puerta.*] Mamá!

Ines. (Ella! Ocultemos esta carta.) [*La guarda.*]

ESCENA XX.

DOÑA INES. EUGENIA.

Eugenia. ¿Se ha ido ya mi padre.....

Ines. Sí, al palacio..... Volverá luego.

Eugenia. ¿Y cómo me deja usted sola, entregada á mi dolor.....

Ines. No, hija mia. Iba á entrar.....

Eugenia. Y qué es de Fernando? ¡Tambien me abandona!

Ines. Forzoso será!

Eugenia. Por qué? ¿Me hará la injusticia de pensar que no le amo hoy tanto como ayer? ¿Tendré en ménos estimacion sus prendas que esos vanos títulos que ni apetecia ni esperaba? Perdone mi padre si mis sentimientos están en pugna con sus máximas y mi lealtad con su orgullo. No ha de depender mi albedrío de un capricho de la instable fortuna. Que me desherede, que me maldiga, si tanta es su crueldad; pero mi corazon es de Fernando—ya se lo he dicho—¡y no puedo... ni quiero vivir sin él!

Ines. Hija mia, no mintieron, ay! tus siniestros vaticinios. En este dia, que para otras sería de triunfo, de regocijo, de gloria, principia para las dos una nueva serie de aflicciones..... y de sacrificios.

Eugenia. Cómo!... ¿Qué quiere usted darme á entender.....

Ines. Si otro, ménos avezado que tú y que

yo á los rigores de la suerte; si otro, á quien ha herido el mismo rayo que á ti te hiere,... te diese un heroico ejemplo de abnegacion, qué dirias?

Eugenia. Oh! Ese es Fernando; sí! Pero ¡qué! me deja?... Dónde está?

Ines. Lo sabe todo. Se sacrifica á la paz de dos familias, á consideraciones que no podian ocultarse á su pundonor, á su talento. Te ama como siempre; pero huye....

Eugenia. Oh justo cielo! ¿Y cómo.... ¡Y sin decirme adios!

Ines. *Eugenia!* Ármate de fortaleza: él tambien....; todos la necesitamos. [*Suenan cajas.*]

Eugenia. Ah! Soldados... Ahora recuerdo... ¿Será posible.... [*Se acerca á los bastidores de la derecha y mira hacia adentro.*]

Ines. Fatal encuentro! [*Pugnando por retirar á Eugenia.*] Ven.... No mires....

Eugenia. Déjeme usted!.... [*Dando un grito.*] Ah!

Ines. Desdichada!....

Eugenia. El! Allí! ¡Entre las filas.... ¡Yo muero!.... [*Se desmaya en los brazos de doña Ines.*]

Ines. Hija mia! Socorro!

[*Sale corriendo Petra y acude tambien á sostener á Eugenia.*]

ACTO SEGUNDO.

La escena es en las inmediaciones de Madrid, año de 1839. Sala modestamente amueblada, pero con aseo y buen gusto. La puerta principal en el foro: otras dos laterales.

ESCENA I.

CASILDA. PETRA.

[*Casilda trae un pañuelo grande asido por las cuatro puntas y dentro un traje de señora. Petra viste ya al estilo de Madrid.*]

Petra. La voy á llamar. Está en su gabinete.... Siéntese usted, Casilda.

Casilda. Que no se incomode por mí. Yo esperaré....

[*Entra Petra en la habitacion de la izquierda.*]

ESCENA II.

CASILDA.

[*Se sienta y deja sobre otra silla su recado.*]

¡Es tan buena señorita, tan amable, tan llana.... Y eso que es hija de título, aunque, por causas que no me costa el saberlas; han venido á ménos y....

ESCENA III.

CASILDA. EUGENIA.

Eugenia. Buenas tardes, Casilda.

Casilda. [*Levantándose.*] Ah, señorita Eugenia!....

Eugenia. No; quieta; siéntese usted....

Casilda. Bien estoy....

Eugenia. Yo se lo ruego á usted.... Aquí, á mi lado.

[*Se sientan las dos.*]

Vendrá usted cansada....

Casilda. Algo. Desde la calle de la Montera hay una buena tiradita.—Le traigo á usted unos cuartejos....

Eugenia. ¿Por qué se ha molestado usted para eso? No corria prisa, y Petra hubiera ido....

Casilda. No he hecho el viaje para eso solo; y aunque así fuera, lo daria yo por muy bien empleado. He ido tambien á probar, por cuarta vez, este traje [*Muestra el pañuelo que ha traído.*] á una parroquiana nueva, que tiene una mainifica casa de campo ahí á la vuelta.... Usted la conocerá: la baronesa de la Verbena.

Eugenia. Poco. No nos tratamos.

Casilda. No pierde usted nada, porque es una indigesta con más vanidad que don Rodrigo en la horca.—¡Para que ella me ofreciera una silla en su casa, la muy.... Dios me perdone. Y si ella es lo que es, no lo es de nacimiento; quí! Yo la conocí ántes que su marido fuese Baron. ¡La tal doña Celedonia!....

Eugenia. Bien; pero á mí no me importa...

Casilda. Se supone; pero vamos al decir... Pues si viviera mi madre, que Dios haya perdonado.... Aquella sí que sabía al dedillo toda su genialogía de la Baronesa de nuevo cuño.

Eugenia. Oh!.... Hablemos de otra cosa.

Casilda. Sí, sí; tiene usted razon; pero á fe que si esa titula del diluvio tuviese más memoria y fuese ménos descastada, me trataría á mí con otros miramientos.

Eugenia. Qué! son ustedes parientes?

Casilda. Ni de cien leguas; á ménos lo tendría yo; pero dice el adagio: de sastre á sastre no se pagan hechuras; y quien dice de sastre á sastre dice de modista á modista; porque ha de saber usted que ella tambien lo fué en sus verdes abriles. Yo me aguanto por no avergonzarla, y por aquello de manos besa el hombre..., escetra.—Conque, aquí tiene usted veinte dures en oro.... [*Se los da envueltos en un papel que guarda Eugenia.*]

Eugenia. (Ah!) Gracias....

Casilda. Á mí no; á la maestra.—Y harto poco es para haberse usted desojado ¿qué sé yo cuántas semanas? haciendo unos bordados que ni la Reina los gasta mejores. Pues ¿sabe usted cuánto le saca ella de ganancia á cada pañuelito? Lo ménos cincuenta reales, y á cada pechera, por el mismo consiguiente.

Eugenia. No será tanto; y sobre todo, yo me doy por bien pagada....

Casilda. Ya se ve, cuando uno trabaja por cuenta de otro.... Á fe que si usted abriese una bonita tienda de modas, bien situada....

Eugenia. Yo....

Casilda. Otro gallo le cantaría.

Eugenia. No pienso en semejante cosa.

Casilda. Con esas manitas tan primorosas, y con ese agrado natural, y con esa cara de cielo, á mayor abundamiento, haría usted en poco tiempo una parroquia, que ¡ya, ya!

Eugenia. Ya he dicho que....

Casilda. Pero el diantre es que para eso se necesita lo que ni usted ni yo tenemos; un capital, porque ahora todo está montado con un lujo.... ¡Ahí es un grano de anís el coste de la anaquelaría, los espejos, las... Pues no es moco de pavo lo que se dejan pedir por un traspaso; y amén de eso la contribucion del suicidio.

Eugenia. Son distintas las razones que yo tengo....

Casilda. Ah! sí, sí; perdóneme usted mi... incompetencia. Una señorita como usted de alta.... prosodia no ha nacido para ponerse delante de un mostrador; y ya es bastante desidencia el haber de trabajar aunque de ocúltis, para ayuda de la puchera.

Eugenia. No, Casilda. (Hoy viene insoponible.) No es tan apremiante mi necesidad.... Lo hago por no estar ociosa.

Casilda. Santo y bueno, pero eso no quita... En fin, si he dicho alguna simpleza, ha

sido de buena fe, porque mi deseo es que usted peleche.... Y es cosa que me da murria cuando ocervo los altos y bajos y las visualidades de la fortuna. Vea usted la otra, que sin saber leer ni escribir, como quien dice, asciende desde costurera á señora tutelar; ¡y usted, hija de marqués por liña reta, dale que le das á la abuja para ganar un miserable estupendio!

Eugenia. Se le hará á usted tarde, Casilda.

Casilda. [*Levantándose y volviendo á tomar el pañuelo.*] Ah! Sí, me voy, no me eche madama Fichú una de las andanadas que acostumbra.—¡Ay, señorita Eugenia! Todas tenemos nuestro hueso que roer en este pícaro mundo. Al cabo, usted tiene padre y no se ve en la crisis de mirar la cara á nadie; pero yo huérfana y atendida á un jornal.... Y eso que, vamos, como soy de las oficiales más hábiles, aunque no me está bien el decirlo, gano un diario de cuatro pesetas al día, y siempre cae alguna propineja....

Eugenia. Sí? Me alegro....

Casilda. Sí, señora, y tengo mis ahorrillos.... Si mañana ú otro día necesita usted una onza, no canse á nadie: aquí estoy yo.

Eugenia. Gracias, amiga mia.

Casilda. Ay! ya creía yo tocar el suspirado día de mi mancipacion y mi dicha; pero he nacido con mal sino, y mi mayor desgracia es el haberme dado Dios un corazon bestialmente tierno y digno de mejor suerte.

Eugenia. Pues ¿qué desventura....

Casilda. Oh fatal noviciado de amores! ¡Oh amargo escarmiento!.... Guardaba yo mi hucha para la reválida de aquel traidor, que Dios confunda....

Eugenia. ¿Cómo....

Casilda. Sí, señora; un traidor de farmacéutico....; es decir, aspirante, porque le faltaba lo principal; el título y la botica. Vino á Madrid... Á usted sola se lo cuento en confianza, porque es mi amiga íntima, y porque, vamos, me ha entrado usted por el ojo derecho. Pues, señor, vino á Madrid á los desámenes, ya hace más de un año; acertó á verme, que ántes cegara!; me siguió, me rondó, me festejó, y de palabra y por escrito, que guardo sus cartas fementidas, me juró y perjuró cien veces que me quería y requeria y bebía los vientos por mí. Yo, blanda de corazon, y no esprimentada de lo que son los hombres, le creí, le amé.... ¡Y no es eso lo peor, sino que, falso y todo, creo que le amo todavía! [*Llora.*]

Eugenia. Vamos, no se aflija usted....

Casilda. Había usted de ver los aspamientos que hacía, y lo que él rogaba y porfiaba y se compungia; pero yo tuve á raya su entusiasmo hasta que me hizo solegne pro-

ESCENA IV.

EUGENIA. PETRA.

mesa de ser mi esposo como manda Dios. Ay! los responsables se iban retardando, primero por los desámenes, luego porque no venían los papeles.... Oh Dios mío!... Y tan y mientras, como no me dejaba á sol ni á sombra, y yo fiaba en sus juramentos, y la ocasion hace el ladron, y....

[Sollozando.] ¡Ay, señorita de mi alma!, compadézgame usted ¡y Dios la libre y la defiende de semejantes... temporalidades!

Eugenia. Pobre Casilda! ¿Y él....

Casilda. El no me abandonó por entonces; ántes viéndome..., cómo lo diré?... delicada de salud, redobló sus mimos y sus osequios, y socolor de que él lo arreglaria todo mejor y más pronto, tomó un asiento de rotunda, se despidió llorando.... ¡Cocodrilo!... Y se fué.... ¡sabe Dios adónde!, aunque él dijo que á su lugar.

Eugenia. ¿A qué lugar?

Casilda. Á un lugar, de cuyo nombre, como dijo el otro, no quisiera acordarme; á Miguelturna.

Eugenia. Y despues....

Casilda. No he vuelto á saber de aquel desalmado, aunque bien le habré escrito veinte cartas; y han pasado seis meses mortales; y nada! Ojos que te vieron ir... Y cáteme usted—ay Virgen de la O!—engañada como una china, sin esperanza..., esposa y madre á los ojos de Dios, y sin poder hacer costar en el padron ninguna de estas dos prerrogativas.

Eugenia. No hay motivo todavía para que usted desespere.... Alguna ausencia forzosa, algun accidente imprevisto podrán ser causa de tan largo silencio.

Casilda. Ah! no; su mala alma....

Eugenia. Aun puede arrepentirse y volver...

Casilda. No lo creo; pero ¿qué he de hacer, pobre de mí! ¿Mandar requisitorias contra mi prófugo? Tendría que poner primero mi cara en vergüenza delante de la justicia. Y estará ó no estará en Miguelturna, y puede que haya nacido á cien leguas de allí; y no he de ir yo á buscarle á ciegas por esos caminos, arrastrando como la culebra y gastando en inútiles pesquisas lo que necesito para mi pobre chiquitín, [Con gozo.] que es tan mono!... Si viera usted.... [Llorando.] No hay remedio: coser y llorar y maldecir mi flaqueza y mi poco chirúmen; ¡esta es mi mision en el mundo!—Pero ya he molestado á usted más de lo regular. Adios, mi buena amiga.... Usted me trata como tal y creo que no abuso....

Eugenia. Nada de eso!

Casilda. Ah qué ángel!... Pues no me voy sin darle á usted un par de besos.

Eugenia. Con mucho gusto. [Se besan.]

Casilda. Así! así!... Hasta más ver.—Bendita!

Eugenia. [Enjugándose las lágrimas.] Me ha enternecido esa pobre muchacha.

Petra. [Saliendo de la habitacion de la izquierda.] Ya lo dejo todo aviado y hecha la cama.... Ay! ya se ha ido Casilda....

Eugenia. En este momento.

Petra. Larga ha sido la sesion. Verdad es que cuando ella suelta la taravilla....

Eugenia. Sí, suele charlar demasiado; pero tiene buenas cualidades, y yo le agradezco mucho el cariño que me muestra...; como el tuyo, mi buena Petra.

Petra. Oh! en eso no cedo la palma á nadie. ¿Y cómo no la he de querer á usted al cabo de cinco años de servirla y admirarla?

Eugenia. Eres un modelo de lealtad. Otra, viéndome en la desgracia, hubiera buscado mejor conveniencia....

Petra. Eso no se entiende conmigo, que tengo ley al pan que cómo. Pues ¡bueno fuera que yo la abandonase á usted ahora habiendo participado de su buena fortuna!

Eugenia. Buena fortuna!....

Petra. Quiero decir, de las comodidades y regalos.... Y á fe que cuando en Ávila entré al servicio de usted y de aquella santa que Dios se llevó para sí....

Eugenia. Oh madre mía!

Petra. No estaban ustedes más aventajadas que ahora en punto á intereses, y si las seguí desde la choza al palacio, no fué por codicia ni por vanidad, bien lo sabe Dios, sino porque ya no me hallaba sin ustedes.

Eugenia. ¡Ay, en hora infausta me sacó el adverso destino de mi grata oscuridad! Aquel repentino cambio acabó para siempre con mi alegría. ¡Por él huyó de mí para nunca volver el amado de mi corazón! ¡Por él acaso perdí á mi madre adorada, cuya salud, ya muy débil, poco resistió á la pena de no poder aliviar las mias!

Petra. Y de todo tiene la culpa la ceguedad, la sinrazon del señor Marqués, por no decir otra cosa. ¡Ah, no le pida Dios cuenta de tantas desgracias como ha causado!

Eugenia. Yo no le acuso, Petra, ni me agrada que tú le censures, aunque la buena intencion te excusa. Su corazón es bueno, mas por su mal y el nuestro no ha sabido ser superior á ciertas preocupaciones.... ni desprenderse de hábitos perniciosos... En fin, es mi padre, título siempre sagrado para mí, y tanto más cuanto más abatido y pesados le veo.

Petra. Á mí me da tambien no poca lástima de verle reducido casi á la indigencia; pero ¿quién le mandaba ser tan derrochador, tan despilfarrado....; y eso que ya habia visto, como dicen, las orejas al lobo.

¿En qué han venido á parar, santo Dios!, los soberbios trenes, los suntuosos banquetes, los viajes á Londres, á París, á Roma.... Vamos, yo no le puedo perdonar que con tanta indiferencia haya mirado el porvenir de su hija, tras de haberla contrariado injustamente en sus amores.—Pues ¿y qué diré de Fernando? ¡Ni una mala carta en tan larga ausencia!

Eugenia. No debo quejarme de su silencio. Al alejarse de mí, dijo que lo hacía para siempre, y ha cumplido su propósito. ¿Cómo culparle de haber cortado todo género de relaciones con una familia que le juzgó indigno de ser admitido en su seno?

Petra. Con su padre de usted, en buen hora; pero ¡con usted, que muy lejos de rechazarle, se hubiera sacrificado por él!

Eugenia. Fernando lo quiso evitar con su fuga. Olvidas la nobleza de su carácter? Fernando prefirió su desdicha á la mía..., y labró la de entrambos!

Petra. Lo cree usted así? ¿Cree usted que por un exceso de delicadeza ha dejado de escribirla? ¡Á saber si ya se acuerda siquiera del nombre de usted!

Eugenia. Digas lo que quieras, el corazón me asegura que aun está mi imagen esculpida en el suyo, y que ese mismo silencio que se te hace sospechoso es una prueba de su acendrado amor.—¿Qué digo, infeliz! Acaso no me escribe por otra causa más poderosa y más natural.... ¡Acaso es muerto mientras tú le acusas de ingrato!

Petra. Deseche usted ese pensamiento....

Eugenia. ¿Y cómo, ay triste! siendo él tan bizarro y yo tan desventurada? [*Suena una campanilla.*]

Petra. Lllaman.... Será el señor Marqués que vuelve de su paseo.... Voy.... Enjague usted esas lágrimas.

[*Vase por la derecha del foro.*]

ESCENA V.

EUGENIA. EL MARQUÉS.

Eugenia. Sí, fuerza será, aunque mi alma se despedace: el amor filial lo exige.

Marqués. [*Entrando.*] Eugenia....

Eugenia. [*Tomándole el sombrero y el bastón, que dejará donde no estorben.*] Déme usted... Parece que hoy ha sido más largo el paseo.

Marqués. Sí; he dado dos vueltas por el de la Fuente Castellana.

Eugenia. Se habrá usted cansado....

Marqués. No. Nunca he sido muy andarín; pero á todo se acostumbra uno..., de grado ó por fuerza. No es el paseo el que á mí me cansa, sino....

Eugenia. Qué?

Marqués. La vida!

Eugenia. ¿Qué oigo! Ah! no ofenda usted á Dios, que si ahora le priva de vivir con la vana ostentación de otro tiempo, no le niega la salud, que es el mayor de los bienes, ni lo necesario para nuestra subsistencia.

Marqués. Harto frugal!..., y aún para eso ha sido preciso confinarnos en este mísero arrabal, que han dado en llamar Chamberí.... y para mí siempre será.... los Tejares.

Eugenia. Fué determinación muy cuerda. Consumidos los bienes libres, que constituían la mayor parte del patrimonio de usted....

Marqués. No digas consumidos, sino neciamente dilapidados. Oh! he sido un loco, un foragido, que no merece perdón de Dios.

Eugenia. Usted se juzga con demasiada severidad; que al fin ha gastado lo suyo.

Marqués. Ah!

Eugenia. Y como se redujo á la mitad lo vinculado con el restablecimiento de la ley de mayorazgos, de que en otra época se aprovechó el abuelo, usted, sin prever este contratiempo, había contraído empeños....

Marqués. Que me han hundido para siempre; que han sido causa de que los restos de mi cuantiosa herencia estén intervenidos por un tribunal hasta que don Próspero cobre los enormes créditos que tiene contra mí, y yo atendido otra vez á que me tasan el pan y el agua.... Horror! ¡Ignominia!

Eugenia. No tanto. Ya ve usted que vivimos con desahogo, y hasta con cierto regalo....

Marqués. Milagros de tu modestia, de tu talento, de tu virtud heroica....

Eugenia. Nada de eso; pero soy una regular administradora: verdad?

Marqués. ¡Algo mejor que ese infame don Próspero..., que lo ha sido tan á costa mía!

Eugenia. Y sin embargo, no es ninguna maravilla lo que estoy haciendo. Con vivir aquí, sobre excusarnos el disgusto de no poder alternar con ciertas gentes que no ha mucho mendigaban nuestra amistad, nos ahorramos no pocos gastos, cuya superfluidad sabemos ya por experiencia. Aquí no hay ópera italiana, ni sociedades de gran tono, ni bazares tentadores, ni necesidad de una lujosa carretela....

Marqués. (Ay!....)

Eugenia. Descargando así el presupuesto, no sólo estamos á cubierto de una bancarrota, sino que aún podemos aspirar á algun sobrante para tardar ménos en desempeñarnos.

Marqués. Pobre hija mía! Tú me estás dando lecciones de economía, de sobriedad, de cordura, que yo admiro y te debo agradecer; pero más que de consuelo me sirven

de sonrojo y desesperacion. Cuanto ménos apegada te veo á los goces de que yo, padre inicuo, te he defraudado, más merecedora te juzgo de ellos. Yo no los quiero ya para mí: todo me sobra! Pero ¡que se agoste ántes de tiempo tu juventud en este lugarejo destartalado; que yo haya de dejarte—y pronto será—no ya sin la espléndida grandeza para que fuiste nacida, sino en el abandono, en el olvido, acaso en la miseria!... Oh! esto es lo que me martiriza y me acaba.

Eugenia. No veo yo con tan negros colores mi porvenir. En ese sombrío cuadro sólo una cosa me aflige y me aterra: ser posible que yo le sobreviva á usted; pero la bondad de Dios alejará de mí tan infausto día. No le pido ya otra gracia, y aunque con escasos merecimientos, espero que la obtendrán mis lágrimas ardientes.

Marqués. [Abrazándola.] Hija mía!

Eugenia. Harto es ya ser huérfana de madre..., ¡y de qué madre, santo cielo!

Marqués. Pobre Ines! ¡Qué poco gozó en este mundo!... Y cuando considero que tal vez causé yo su prematura muerte....

Eugenia. Oh, no, señor!

Marqués. ¡Llevó tan á mal que yo me opusiera á tu casamiento con aquel Fernando...

Eugenia. Oh! echemos ya un velo sobre lo pasado.

Marqués. De buena fe creí entónces que lo debía resistir, y aunque no es lícito invocar deberes á quien todos los ha violado...

Eugenia. Por Dios, papá! Usted no necesita sincerarse conmigo.

Marqués. Luégo me ha pesado más de una vez, créelo. Tu suerte sería ménos adversa con un esposo adorado....

Eugenia. Dios lo dispuso de otro modo y debemos someternos á su suprema voluntad.

Marqués. Ahora ¿quién solicitará tu mano que sea digno de ella? ¿Cómo apreciar tus encantos, cómo las prendas de tu alma angélica, si nadie te trata....

Eugenia. Qué importa? Amé una vez y ya no podré amar á nadie..., sino á mi padre.

Marqués. Si á lo ménos ese hombre—¡nunca podré llamarle Baron!—me duplicase las asistencias, siquiera en consideracion á que su fortuna es una escandalosa usurpacion de la mia, volveríamos á Madrid....

Eugenia. Para qué? Nunca sería bastante lo que nos diese para vivir en la corte como corresponde á nuestra clase, y aquí nos sobra....

Marqués. ¡Nos sobra.... la soledad, la melancolía.... y la paciencia! Oh! yo no puedo vivir así. Me fastidio, me consumo.... Ni á ti, por más que digas, te puede ser grato el estar aquí en perpetua clausura, aislada del mundo entero y, lo que es peor, atareada, afanada de día y de noche....

Eugenia. No tanto. Tomo la labor por distraerme....

Marqués. Y con ella en las manos te sorprende muchas veces la luz del alba. ¿Pienzas que todavía lo ignoro? Y para qué? Para que yo tenga un plato más en mi mesa, y lleve un par de onzas en mi bolsillo si se me ocurre ir á Madrid.... Pues has de saber que yo no quiero aceptar tan costosos cuidados; ni puedo consentir que una hija mia sea costurera vergonzante...; ni para nada necesito yo el dinero—¿lo entiendes?—cuando es tan escaso. Dame miles de pesos, y nadie me ganará á gastarlos con rumbo; pero....

Eugenia. (Oh Dios!)

Marqués. Eh?... Pero no sé qué hacer de una cantidad pequeña; me achico yo más que ella y se me figura que no me ha de alcanzar para nada. La prueba es que aun tengo aquí [Tocándose en un bolsillo del chaleco.] intactos los ocho ó diez doblones que me diste hace dos meses.

Eugenia. Padre mio!

Marqués. Creerías tú que me los habia jugado.... No, hija mia; aborrezco ya de todas véras el juego: me tiene muy escarmentado.

Eugenia. Ah! yo bendigo á Dios....

Marqués. Pero este destierro me aburre ya hasta más no poder; esta atmósfera me ahoga.... Oh! es preciso tomar un partido.—Ese hebreo quizá no se humana conmigo porque le he hecho mil desaires y le muestro un teson.... harto impertinente, á la verdad, en mi actual estado. No; aunque padezca mi amor propio, voy á escribirle...

Eugenia. No, padre mio; no lo haga usted. Es un paso muy aventurado, y aunque dijera vergonzoso....

Marqués. No lo creas. Yo le escribiré con dignidad y como si áun fuese mi administrador. Arruinado y todo puedo hacerle proposiciones que tienten su codicia. [Suenan la campanilla.]

Eugenia. ¿Y qué haremos con que las admita? Acumular deudas sobre deudas y hacer más lastimosa nuestra situacion.

ESCENA VI.

EUGENIA, EL MARQUÉS, PETRA.

Petra. [Anunciando.] El señor baron de la Verbena.

Eugenia. ¿Qué oigo!....

Marqués. Ves? Viene á verme sin haberle yo visitado. Esto es de buen agüero.

Eugenia. ¿Quién sabe!....

Marqués. Sí, sí, quiere darse á partido, no lo dudes, y sería yo muy necio... Que pase adelante.

ESCENA VII.

EL MARQUÉS. EUGENIA.

Marqués. Tal vez le haya tocado Dios en el corazon..... Sin embargo, yo no tomaré la iniciativa..... Tú te puedes retirar.....
Eugenia. Oh! de muy buena gana.

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS. EL BARON.

Baron. Beso la mano al señor Marqués.....
Marqués. [*Con gravedad.*] Saludo á don Próspero..... Tome usted asiento.
Baron. Gracias. [*Se sientan.*] Usted extrañará esta visita.....
Marqués. Sí tal. Yo no tenía derecho á esperarla.
Baron. Sin duda porque usted no se dignó de hacérmela á mí en mi quinta, aunque le pasé tarjeta poniéndola á su disposicion.
Marqués. Pudiera haberme parecido poco cordial el ofrecimiento.
Baron. Y pudiera usted haberse equivocado. Pero sea cual fuere la causa de no haberme usted favorecido en tanto tiempo, yo no soy quisquilloso, señor Marqués, y mucho ménos lo sería con persona tan calificada, y bajo cuya dependencia he tenido la honra de vivir algunos años.
Marqués. Y sin embargo, viene usted acaso á gozarse en su obra.
Baron. Cómo en mi obra?
Marqués. Sí, en el espectáculo de la miseria á que usted me ha arrastrado.
Baron. Señor Marqués!.... Está usted exasperado, y hasta cierto punto con razon; por eso no me admiro de que me hable con sobrada acritud; pero es muy otro el objeto de mi visita.
Marqués. Pues ¿quién si no usted ha sido el autor de mi ruina?
Baron. Bien por cierto! ¿Era usted menor de edad cuando me confié la administracion de sus bienes? Si hoy llora usted los efectos de su desarreglada conducta ¿soy yo, por ventura, responsable de ella? ¿Le he inspirado yo su pasion desordenada por el lujo, los placeres, el juego, la disipacion?
Marqués. No; pero viendo que era tan manirroto, debió usted contenerme con buenos consejos.....
Baron. Consejos? Bah! Ni usted me los pedia, ni yo era su pedagogo. Usted no se comunicaba conmigo sino para pedirme dinero.
Marqués. Pero dándomelo usted sin tasa siempre que lo pedia, pecó de sobrado condescendiente..... y aún digo poco.
Baron. Otro lo hubiera dado en mi lugar;

que á quien tiene arraigo nunca le faltan prestamistas.
Marqués. Usureros querrá usted decir.
Baron. Nadie presta sin interes.....
Marqués. Usted me prestaba mi propio dinero.
Baron. Oh! en eso está usted equivocado.
Marqués. Y se cobraba por su mano.
Baron. Eso sí: muy tonto hubiera sido yo en no hacerlo.
Marqués. Usted se ha hecho rico empobreciéndome á mí.
Baron. Perdone usted. Ya lo era ántes de ser administrador de usted.
Marqués. Porque hizo usted lo mismo con mi antecesor.
Baron. Un poco de flema, señor Marqués, y no nos irritemos; que eso á nada bueno conduce. Yo no le robé nada, ni á usted tampoco. Mis cuentas están en regla.
Marqués. Ya lo creo!....
Baron. Acrecí mi caudal porque supe ser tan sobrio y trabajador como ustedes indolentes y pródigos.
Marqués. (Es verdad!)
Baron. Además, yo he hecho la mayor parte de mi fortuna con negocios completamente ajenos á las rentas de usted, y despues de haberse interrumpido nuestras relaciones.
Marqués. ¡Infeliz y maldito yo, que no las interrumpí mucho ántes!
Baron. [*Levantándose y tambien se levanta el Marqués.*] Basta! Creyendo que le hallaría á usted más razonable, venía á proponerle lo que á los dos nos estaria bien; no á sostener con usted una escaramuza de ociosos dimes y diretes. Siento haberme engañado....., y me retiro.
Marqués. [*Con ira.*] ¡Vaya usted..... [*Reprimiéndose.*] Vaya usted con Dios.
Baron. Abur.
Marqués. (Se va, y yo..... Este endiablado genio....) Oiga usted, don Próspero.
Baron. [*Volviendo desde la puerta del foro.*] Qué ocurre?
Marqués. Sepamos qué proposiciones son esas, ya que el demonio quiere.....
Baron. Propositiones de amigo; no de especulador.
Marqués. Bien; explíquese usted. Me tiene sitiado por hambre y es forzoso capitular.
Baron. Mé duelo muy sinceramente de verle á usted apurado, oscurecido; deseo y me propongo que vuelva á figurar en el mundo, si no con toda su opulencia antigua, de un modo siquiera que no desdiga mucho de su distinguido nacimiento; y esto ha de ser sin empréstitos usurarios, sin contratos leoninos. Se trata de una transaccion amistosa, que usted no rechazará, á ménos de rebelarse inútilmente contra el espíritu del siglo.

Marqués. Veamos..... No soy yo tan del antiguo régimen, que me obstine.....

Baron. Cuando un edificio se viene abajo, ya nadie se desdena de ponerle puntales, aunque algo se disfigure con ellos su fachada secular.

Marqués. Cierto.

Baron. La vida está llena de vicisitudes.

Marqués. Sí. (Adónde vendrá á parar?)

Baron. Unos bajan mientras suben otros; pero la prudencia sabe hallar compensaciones, la filosofía acorta distancias y el interés recíproco triunfa del más declarado antagonismo. ¿No es verdad, señor Marqués?

Marqués. No lo niego.

Baron. Otra de las conquistas de la era en que vivimos es el haberse puesto tan en boga la teoría..... de los hechos consumados.

Marqués. Y en efecto es superior á todas, porque en sí misma lleva la demostración.

Baron. Así pues, porque su casa de usted sea más antigua que la mía, no dejaremos de ser usted y yo títulos del reino.

Marqués. Ya; pero, aún prescindiendo de las ejecutorias, va mucho de baron á marqués...

Baron. Mañana seré yo marqués si se me antoja, y hoy puedo obtener con una banda la excelencia, quedándose usted plantado en la señoría. Pero de poco sirven una y otra sin ciertos auxiliares..... eh?, de más precio para la presente generación que los trofeos de mármol y los diplomas de pergamino.

Marqués. Otra verdad inconcusa!

Baron. ¿Ve usted cómo nos vamos entendiendo? Ahora bien, volviendo á lo de las compensaciones, supuesto que á mí me sobra en oro lo que á usted en blasones, podemos muy bien, y creo que á entrambos nos conviene, ponernos en equilibrio; y el medio más sencillo sería amalgamar, casar mi déficit con el *superavit* de usted y viceversa; ó, lo que es lo mismo, la hija del gótico marqués con el hijo del opulento baron.

Marqués. ¡Eso se atreve usted á proponerme á mí! Sería una afrenta.....

Baron. Disparate! Matrimonios más heterogéneos estamos viendo cada lunes y cada martes, y á nadie escandalizan.

Marqués. (Dice bien.)

Baron. Pero si no le acomoda á usted, no hay nada de lo dicho. [*Hace ademán de retirarse.*]

Marqués. Oiga usted. Aunque confieso que es de agradecer la transacción que usted me indica espontáneamente y que yo no estoy para echar plantas, por lo que hace á mí no la admitiría; pero ¡soy padre!, y ya que he dejado por puertas á mi hija, no es razón que sacrifique á mis escrúpulos el bienestar que Dios le depara.

Baron. Privarla de tan buen acomodo sería un cargo de conciencia.

Marqués. Positivamente; pero no basta mi consentimiento. Hágase usted cargo, Baron.....

Baron. (Ah! ya me llama Baron. Bueno!) No se me oculta que habrá que vencer alguna dificultad.....

Marqués. Los muchachos se han tratado apenas, y presumo que no han de simpatizar mucho. Hay poca analogía entre sus caracteres, sus gustos, su educación.....

Baron. Nada de eso! Mi Arturo.....

Marqués. Oiga! ¿Hora se llama Arturo.....

Baron. Es nombre más bonito..... y más aristocrático.

Marqués. En buen hora: mejor me suena que Hilario.

Baron. Por la misma razón ha tomado mi mujer el nombre de Celia, abreviando el de Celedonia. Ya ve usted que vamos entrando en los trotes del.....

Marqués. Ya. (Lo que es ella, nunca dejará de ser una tarasca.)

Baron. Iba á decir que mi Arturo ya mostró afición á Eugenia cuando la conoció en Ávila.

Marqués. Pero tengo entendido que Eugenia le dió.....

Baron. Calabazas? Cierto. (Que me supieron muy mal, y por lo mismo.....)

Marqués. Ya ve usted que los antecedentes no son muy favorables.

Baron. Hay que tener presente que mi hijo era entonces algo cerril, por haberle mimado su madre en demasía; pero después se ha instruido, se ha formado, y ahora que acaba de tomar un bañito de París, es un mozo muy presentable, si el amor de padre no me ciega.

Marqués. Con todo, es muy difícil que Eugenia haga justicia á su mérito, señor Baron.

Baron. [*Satisfecho.*] (Señor Baron!) ¿Por qué?

Marqués. En Ávila se encaprichó por otro...

Baron. Por Fernando..... Ya lo sé.

Marqués. Y aunque no ha vuelto á saber de él desde que entró á servir en sustitución de Hilario..., de Arturo, tengo para mí que aún no se ha curado de aquella loca pasión.

Baron. (Buen cuidado tuve yo de interceptar sus cartas hasta que se cansó de escribirlas inútilmente.)

Marqués. Calla usted! Le hace fuerza sin duda mi objeción.

Baron. Ninguna. Ya la había yo previsto, y si no hay otra que combatir, llámeme usted desde ahora su consuegro.

Marqués. Cómo! ¿Habrá muerto aquel pobre diablo?

Baron. Aún mejor para mi designio.

Marqués. No comprendo....

Baron. Hace tres meses que se ha casado con otra.

Marqués. De verás!

Baron. Como usted lo oye. Así que llegó á capitán.... Justamente su mujer es algo parienta mía, y aquí traigo la tarjeta que me remitió desde Vitoria dándome parte de su casamiento. [*La saca y se la da al Marqués.*]

Marqués. [*Leyendo.*] «El capitán don Fernando Sigüenza y doña Isabel Mondragon participan á usted su efectuado enlace, etcétera.»—Ah! muy bien; esto nos puede allanar el camino.... Me dejará usted la tarjeta, porque espero sacar mucho partido de tan precioso documento.

Baron. Con mucho gusto. [*El Marqués guarda la tarjeta.*] Conque quedamos en que por parte de usted no hay inconveniente....

Marqués. No. Yo veré de persuadir á Eugenia; porque sin su beneplácito no hay nada.

Baron. Se entiende; mas le prevengo á usted que mi mujer se inclina á otra nuera..., no tan ilustre, pero con doscientos mil duros de dote.

Marqués. (Diablo!)

Baron. Adhiere, sin embargo, á mi dictámen, pero á la menor tibieza que observe en ustedes insistirá en el suyo y yo tendré que complacerla.

Marqués. Hombre de Dios!.... (¡Sufrir yo que me apremien así....) Tratarémos de...

Baron. Es que tiene usted que darme hoy mismo una respuesta categórica.

Marqués. Oh!.... Yo necesito tiempo....

Baron. Yo no puedo perderlo.—Además, no pretendo que los novios se casen con tres luégos, ni hay necesidad de esa premura. Me basta la palabra formal, y luégo se hará la boda cuando convenga.—Entre tanto haré que le tripliquen á usted los alimentos....

Marqués. (Ah! respiro....)

Baron. Sin perjuicio de desembargarle por de pronto una parte de sus tierras....

Marqués. (Albricias!)

Baron. Y el resto más adelante....

Marqués. (Vítor!)

Baron. Y de que disponga usted francamente de cuanto yo poseo.

Marqués. [*Dándole la mano.*] Gracias, amigo mío, gracias.

Baron. (Ya somos uña y carne!)

Marqués. No abusaré.... Crea usted que sólo por Eugenia....

Baron. Y Eugenia se dejará querer, si le habla usted al alma. Tan seguro estoy de ello, que mi hijo vendrá luégo á ofrecer á ustedes sus respetos....

Marqués. Estimo....

Baron. Y una fincita á la novia.

Marqués. No, no; yo me abochorno....

Baron. Por qué, si todos vamos á ser unos?

Marqués. (Todos unos!) Ciertamente....; pero.... (¡Volveré á brillar, á vivir á lo príncipe....)

Baron. (Ya no sabe este pobre señor lo que le pasa.) Me despido pues.... Ah! No lo exijo de ninguna manera, pero la Baronesa recibe esta noche...., de confianza; media docena de amigos.... Si nos honrasen ustedes con su asistencia....

Marqués. Gracias.... Veremos....

Baron. Convenido. Mi hijo vendrá en la carretela y se la dejará á ustedes para que dispongan de ella. [*Dándole la mano con marcialidad.*] Hasta luégo, Marqués.

Marqués. [*Acompañándole.*] Adios, Baron. Esta casa....

Baron. [*Con afectada benevolencia.*] Gracias.... Quieto, quieto!... (¡Al fin me salgo con la mía!)

[*Principia á oscurecerse gradualmente el escenario.*]

ESCENA IX.

EL MARQUÉS.

Él mismo—quién lo hubiera dicho?—me rehabilita, me regenera. ¿Cómo salir yo del abismo en que habia caído, á no ofrecirme ese hombre una mano piadosa? Ya lo haga por gratitud ó por generosidad, ya por acallar los gritos de su conciencia; en uno ú otro caso sería locura el no asirme en mi naufragio á esa tabla de salvación. [*Llamando.*] Eugenia! Trabajo me va á costar convencerla, pero confío en su docilidad, su buen juicio....

ESCENA X.

EL MARQUÉS. EUGENIA.

Marqués. Ven, hija mía! [*La abraza.*] Llegó el día de nuestra redención, de nuestro triunfo.

Eugenia. ¿Qué dice usted!

Marqués. Se acabaron las privaciones, las economías.... Ya no velarás tú bordando ni yo vegetaré maldiciendo. El Baron me ruega con la paz.

Eugenia. Con la paz! Á qué precio?

Marqués. (Cómo lo diré?) Ya es otro hombre; ya no piensa explotar en su provecho mi desidia, mis pasiones; no ha venido á devorar, insaciable cetáceo, los cuatro terrones que nos quedan: al contrario, pone á mis piés, ó por mejor decir á los tuyos, su fortuna.

Eugenia. Á los míos? (Yo tiemblo.)

Marqués. Sí, hija mia, tú vas á ser la dulce prenda de nuestra alianza.

Eugenia. La prenda..., ó la víctima? ¡Oh padre, padre!

Marqués. Yo no extraño que repugnes la boda que nos proponen; yo la repugnaría tambien.... en mejores circunstancias.

Eugenia. Ay! con ménos razon se opuso usted á otra....

Marqués. Es verdad; pero los tiempos son distintos y no tanta la desigualdad como entónces. Don Próspero, bien ó mal adquirido, tiene ya un título como yo.

Eugenia. Ninguno para la estimacion de usted; muchos para que usted le aborrezca y le desprecie.

Marqués. Antes, sí; pero cuando él mismo transige y se humilla.... Y sobre todo, no tenemos otro remedio para salir de ahogos.

Eugenia. Cuando realmente los sufriéramos, que yo no lo creo así, ¿no vale más morir en un rincon que recibir favores de tales gentes?

Marqués. No digas favores. Se trata de recobrar lo que fué mio, y si admito sus riquezas, no es como una dádiva, sino como una restitution.

Eugenia. Y usted ¿qué les va á restituir ofreciéndoles mi mano? ¿Debo yo algo por ventura al padre avaro y malversador, á la madre grosera ó al hijo extravagante?

Marqués. Les deberás la felicidad de tu padre.

Eugenia. Á costa de la mia! Ah! ¿no sabe usted que yo no puedo querer á ese hombre.... ni á ninguno? ¿No sabe usted que otro recibió mis juramentos y que yo soy incapaz de quebrantarlos?

Marqués. Pobre Eugenia! ¿Sabes tú si él guarda los suyos? ¿Sabes si ha merecido esa tu cándida fidelidad?

Eugenia. Cómo!.... Pues ¡qué!.... ¿acaso...

Marqués. [Dando á Eugenia la tarjeta.] ¡Alma inocente y sin doblez! Toma; sal de tu error. [Eugenia lee para sí la tarjeta, muy conmovida.] (Pierde el color.... La indignacion se pinta en su rostro.... Ya es segura mi victoria.)

Eugenia. Casado con otra! ¡Pérfido, infame!.... ¿Y quién sabe si, ántes de ahora, otros amores, otros devaneos....

Marqués. Quién lo duda?

Eugenia. Así se explica su tenaz, su indigno silencio. Oh ingratitude! ¡oh amarga decepcion!.... ¡Y yo sacrificándome, aniquilándome por él! ¡y yo, necia de mí, cegando de llorar por un perjurio que habrá escarnecido tal vez mi memoria!.... Oh! yo lo merezco bien. ¿Qué podía esperar de un villano, sino una villanía? ¿Y seré tan estúpida que aún le consagre el resto de una vida de tormentos y amarguras? No, no! Alguna vez he de gozar yo de mi juventud. No más lá-

grimas, no más austera soledad. ¿Quién me paga ni me agradece este ridículo despegó á los halagos, á los placeres por que todas suspiran? Sí, sí, disponga usted de mi mano. Quiero galas, festines, triunfos... Quiero vengarme de aquel traidor!

Marqués. Vengarte! Eso es hacerle demasiado honor: sólo merece tu indiferencia. No pienses más en él; piensa sólo en los homenajes que te esperan cuando radiante de hermosura y de alegría.....

Eugenia. Pero, oh Dios mio! ¿qué razon tengo yo para injuriar á Fernando? ¿Qué derecho para maldecirle!

Marqués. Qué! ¿ya te arrepientes....

Eugenia. El se impuso una separacion eterna; yo no le exigí que renunciase á aquella resolucion desesperada, y debió creerse absuelto de sus promesas; él no puede ser mi marido.... ¿Por qué no casarse con otra mujer, que le amará.... Ay! no tanto como yo: eso es imposible!

Marqués. Eugenia! (Medrados estamos!)

Eugenia. ¿Quién sabe si con su mano ha pagado una deuda de noble agradecimiento? Tal vez ha debido á aquella mujer beneficios con que ha sabido mejor que yo cautivar su albedrío. Tal vez, oh Fernando! ha arrostrado por ti soles y nieves y fatigas y peligros; tal vez sus venturosas manos han restañado la sangre de tus heridas.

Marqués. Oh! me desespero.... Pero ello es que se ha casado, y así se cuida él de tus elegías como de las nubes de antaño. No le detestes; pero no le llores: no te cases por venganza, por despique; pero hazlo por tu conveniencia y por la mia, como él evidentemente lo ha hecho por la suya.

Eugenia. Ah! no hay valor en mí para tanto. No fué sólo Fernando quien oyó mis votos; Dios los oyó tambien y no me ha relevado de ellos. No hay ya cabida en mi pecho ulcerado para otro cariño, y casarme con quien nunca podrá inspirármelo sería una temeridad...., un sacrilegio.

Marqués. Y por un necio capricho, que otro nombre no merece tu resistencia, ¿faltaré yo á mi palabra...., mal empeñada si quieres, pero al fin palabra de caballero? Y la memoria de un desleal, indigno de ti, ¿tendrá más imperio sobre tu alma que la presencia del padre que te implora? Y en mi desolada vejez, cuando pudieras hacérmela más llevadera, ¿me alejas, hija ingrata, del único puerto que puede darme abrigo despues de tantas tormentas? Bien está. Obra á tu antojo, no te humilles á mí ni á nadie, y desafía al infortunio, ufana con el galardón que há dado á tu ternura el único sér que ha merecido inspirártela.

Eugenia. Oh padre mio!

Marqués. Aparta! Ya no lo soy.

Eugenia. ¡Por piedad....

Marqués. Piedad! Esa palabra es en tu boca un horrible sarcasmo.

Eugenia. ¡Señor....

Marqués. Aparta he dicho! No me supliques; no me gimas, no tiembles.... ¿Por qué? ¿No es aquí tu voluntad más poderosa que la mía? ¿no te gozas en mi nulidad, en mi humillación? Pues bien, yo quiero complacerte. Me verás muy pronto en San Bernardino..., si ántes no me he arrojado al Canal.

Eugenia. Santo Dios!....

Marqués. Si el término de mi ya cansada existencia ha de ser de todas maneras desastroso, al ménos en mi arbitrio está el abreviarlo.... y áun embellecerlo.

Eugenia. Oh! no prosiga usted....

Marqués. Magnífico plan! No sé cómo no me ha ocurrido ántes.—No te lo impondré á ti; no te asustes. ¡Independencia completa! Sigamos cada cuál libremente nuestros instintos: tú ¡á la aguja, á la plancha, al sentimentalismo insulso y á la evangélica conformidad; yo al juego, á la crápula, al desórden, á esa vida de incesante agitación que no da tiempo para contar las horas! Áun no he apurado todos mis recursos; áun puedo gastar en una noche mi asignación de un año; áun puedo vender esos trastos y llevar las sábanas de mi cama al Monte de Piedad.

Eugenia. No más, padre, no más! (¡Desdichada de mí! Va á perder el juicio..., ¡si no lo ha perdido ya!)

Marqués. Si al fin he de dar el trueno gordo, cuánto ántes mejor.

Eugenia. Basta, por Dios! Obedezco, me resigno....

Marqués. No, no; yo no quiero que te vientes....

Eugenia. No, señor, no.... Me ha convenido usted.... (Oh martirio!) Me casaré con ese.... jóven. Si áun me queda alguna repugnancia á un enlace, que usted mismo acepta mal de su grado, mi amor de hija me ayudará á vencerla. Nada puedo negar á quien me ha dado el sér, y aunque mi sacrificio fuese mayor, lo haria por ver á usted contento y tranquilo; porque no volviere usted á mirarme con ese torvo ceño, que tan mal sienta en su frente venerable; por no oír, en fin, acerbas recriminaciones, en vez de la bendición paternal que le pido de rodillas. [*Se arrodilla. El Marqués pone la mano derecha sobre la cabeza de Eugenia y luego la hace levantarse y la estrecha en sus brazos. Suena la campanilla.*]

Marqués. Oh! Sí; yo te la doy, celestial criatura.... Pero alza, te ruego, y excúsame, que hartos tengo sobre mí, el baldon de verte á mis piés...., cuando yo debiera postrarme á los tuyos!

Petra. [*A la puerta del foro.*] Don Arturo..., el hijo del Barón....

Eugenia. Ah! ¡Tan pronto....

Marqués. Que pase á mi despacho, y llevad luces.... [*Petra se retira.*] Tú no estás ahora para recibirle.—Serénate.... Le entretendré con cualquier pretexto.... Despues.... Ea, valor! No llores... Volveré.... Adios.... [*Parándose á la puerta y dirigiendo á Eugenia una mirada melancólica.*] (¡La infeliz.... Soy un miserable!)

Eugenia. [*Dejándose caer en una silla con sumo abatimiento y alzando los ojos y juntando las manos.*] Madre mia! Madre mia!

ACTO TERCERO.

Sala interior en la quinta del Barón. Puerta en el foro, que deja ver una antesala, suponiéndose que guía á la sala principal por la izquierda del actor. Dos puertas laterales á la derecha y otras dos á la izquierda. Muebles de lujo. Luces.

ESCENA I.

LA BARONESA. EL BARÓN. ARTURO.

[*La Baronesa aparece con un rico prendido cargado de flores y brillantes, pero en bata todavía.*]

Arturo. ¡Si le digo á usted que es cosa hecha!

Baronesa. Pero quiero saber todos los pormenores.... Cuenta, cuenta.

Arturo. El Marqués me recibió con particular benevolencia.

Barón. [*A la Baronesa.*] No te lo dije?

Arturo. Observé, no obstante, en su cara un tinte de..., así..., como de no tenerlas todas consigo.

Baronesa. Como de quien tasca el freno todavía; es natural; pero eso no importa un bledo: no es el Marqués quien se ha de casar contigo. Háblame de Eugenia.

Arturo. Eugenia.... es linda muchacha; es

preciso hacerle esta justicia; pero más sería que el concilio de Trento.

Baronesa. ¿Te recibió....

Arturo. Con la más urbana y amable frialdad.

Baron. Como cumple á una señorita modesta y bien educada. ¿Te habia de echar los brazos al cuello?

Arturo. No; ya conozco que eso hubiera sido extemporáneo. Pero no se ganó Zamora en una hora: verdad, mamá?

Baronesa. Ciertó; y hay más dias que longanizas.

Baron. [*Disgustado.*] ¡Qué refranes de....

Baronesa. ¿La ofreciste el aderezo de brillantes....

Arturo. Con suma galantería; pero ella me lo devolvió con la gracia del mundo. [*Saca un estuche y lo toma la Baronesa.*] Aquí está: guárdelo usted para mejor ocasion.

Baronesa. Conque te ha desairado!

Arturo. Á mí, no; al aderezo, que no ha perdido por eso un quilate de su valor.

Baron. Ha hecho bien en no admitirlo; pero nosotros se lo hemos debido ofrecer.

Arturo. En fin, mientras me admita á mí, que es lo esencial, no hay por qué ofenderse....

Baronesa. Ciertó; y ántes hay que agradecerla que te azmita de grátis.

Arturo. Acto continuo, mi suegro presunto nos dejó solos, *tête á tête*; entramos en materia, y con una franqueza que no carece de mérito, me declaró de buenas á primeras que si estaba pronta á darme el sí, era sólo por obedecer á su papá; lo cual, traducido al castellano, quiere decir que me aborrece con la mayor cordialidad.

Baronesa. Bah! otra le queda; sino que se hace la mojigata por el qué dirán.

Baron. Y aunque eso sea, ella se irá encariñando....

Arturo. Es posible.

Baron. Y tú sabrás conquistar su corazon á fuerza de finezas y rendimientos.

Arturo. En eso estoy, aunque....

Baronesa. Y sobre todo, si la señorita, tras de sacarla de miseria, se nos hace de penca todavía, otra al puesto; que no estamos en el caso de llamar á la puerta de nadie, y más de cuatro doncellas de alto saturno....

Arturo. Coturno, *s'il vous plaît*, mamá.

Baronesa. Y más guapas que esa mocosa, se darian con un canto en el pecho....

Baron. Celia!

Arturo. Eso mismo se me ocurrió á mí mismo desde luego, *d'abord*, y ya tuve en la punta de la lengua mi dimision; pero recordé que yo tambien tenía más de obediente que de enamorado, y dije para mí: tal para cuál; no nos debemos nada el uno al otro; y esto, que para gentes de poco

más ó ménos sería de mal agüero, para un hombre *comme il faut* es una cucaña, porque así se nos hará más ligero á ella y á mí el yugo del matrimonio. Viviremos como dos amigos, como dos condiscípulos, sin altercados, sin celos.... y probablemente sin pasiegas, que es la peor de todas las plagas conyugales.

Baronesa. [*Riendo.*] Qué gracia! ¡qué talento!

Baron. Sí; buena cabeza para chichones!

Arturo. Digo pues, volviendo á tomar el hilo, que, sin embargo de ser tan poco aficionado á los vínculos nupciales, á fuer de hijo sumiso impuse silencio á mi amor propio, arrostré con filosófica entereza los denegues de la futura, que, al cabo, bien pueden ser aparentes, y no desistí de mi pretension.—Y ¿qué quiere usted que le diga?... Como Dios me ha hecho tan original, tal vez me prendó más la niña con su glacial indiferencia que con su hermosura, porque, *foi de gentilhomme*, me han empalagado siempre las bellezas aristocráticas.

Baronesa. [*Riendo.*] ¡Qué delicia de muchacho!

Baron. Acaba, charlatan!

Arturo. Yo me propuse á mí mismo este dilema: ó me quiere, ó no me quiere esa desterrada hija de Eva; si me quiere, tanto mejor para mí; y si no me quiere, tanto peor para ella.

Baronesa. Sí, sí, por aquello de al que no quiere caldo, la taza llena.

Baron. ¡Mujer....

Arturo. Concluyo mi relato diciendo que la vuelta del Marqués interrumpió nuestro tierno diálogo; que interrogada por él, Eugenia confirmó más ó ménos voluntariamente su promesa; que me despedí de ellos con expansiva jovialidad, dejándoles la carretela, y que aquí tendrán ustedes sin mucho tardar al padre y á la hija.

Baronesa. Ah! y yo sin vestirme.... ¡Mal haya....

Baron. (¡Quiera Dios....)

ESCENA II.

EL BARON. LA BARONESA. ARTURO.

COSME.

Cosme. [*Á la puerta del foro.*] Señor....

Baron. Qué hay?

Cosme. Acaba de venir un alojado....

Baronesa. Un alojado? Fastidio!....

Baron. Por qué? Sea muy bien venido.

Baronesa. Es un engorro y una.... Esos concejales no saben distinguir de colores. ¿No están libres de semejantes pejugueras los barones?

Baron. No; ni hay razon para que lo estén.

¿Quién es.....

Cosme. El que manda la tropa que ha llegado hace poco y se ha acantonado en Chamberí.

Baron. Qué graduacion tiene?

Cosme. Coronel.

Baronesa. ¡Ah, coronel.....

Cosme. Le he franqueado las habitaciones del piso bajo que tiene usía destinadas para ese fin.....

Baron. Has hecho muy bien, Cosme. Iré á cumplimentarle.....

Cosme. Ahora me parece excusado. Ha pedido á sus asistentes agua para lavarse, ropa limpia..... y ha dicho que él subirá luego á ofrecer á usías sus respetos.

Baron. En hora buena.

[*Cosme se retira á una seña del Baron.*]

Baronesa. Coronel, ya es otra cosa. Le convidaremos á nuestra suaré.—Pero esta modista de mis pecados.....

Arturo. Yo tambien voy á modificar algun tanto mi *toilette*..... *Sans adieu*, queridos papás. [*Entra en la habitacion de la derecha más inmediata al proscenio.*]

ESCENA III.

EL BARON. LA BARONESA.

Baron. Ay Celia! Esa boda puede ser muy desgraciada.

Baronesa. No lo creas. La chica, aunque más pobre que las ratas hoy dia, es buena cristiana y no será capaz de una mala partida, y Arturo, que la sabrá camelar en frances y en español.....

Baron. Camelar! ¡Qué verbo tan..... No digas camelar.

Baronesa. Bien; engatusar..... Lo mismo es.

Baron. Sí, lo mismo!

Baronesa. Y en todo caso, yo me atengo al diploma de Arturo.

Baron. Al dilema querrás decir.

Baronesa. Eso; al..... dilema.

Baron. Que es harto inmoral por cierto, Celedonia.

Baronesa. Celia querrás decir.

Baron. Aquella interesante jóven merecia un esposo mejor inclinado y ménos aturdido y superficial que Arturo.

Baronesa. Pues de ti salió el quererlos casar de sospresa en Ávila, ahora cinco años, y desde entónces se te puso entre ceja y ceja qué tijeretas habian de ser, y no has parado hasta conseguir tu ojepto. ¿Á qué me vienes ahora con esa pampringada?

Baron. Tienes razon, pero si el orgullo principió la obra, otros sentimientos son los que ahora me animan.....

Baronesa. Y cabalmente por orgullo llevaba yo la contraria; porque harto es aguantar una nuera, sin que amén de eso sea rogada; pero desde que hemos titulado van por otro carril mis imaginaciones. Envidiosas de mis riquezas, me miran como por cima del hombro esas archipámpanas que diz que descenden de los reyes magos, y sólo por darles un tapabocas celebraré que me llame mamá una de ellas.

Baron. No serian tan esquivas si fueses tú ménos jactanciosa, si no tuvieses la loca pretension de eclipsarlas con un lujo estrepitoso.....

Baronesa. Hago bien: el que puede lo gasta.

Baron. Hoy mismo parece que de propósito quieres humillar á tus amigas, pues habiendo dicho que la recepcion de esta noche es de confianza, te has cargado de brillantes.....

Baronesa. Á nadie le deben nada mis brillantes, y justo es que yo los luzga.

Baron. Á nadie! ¿Olvidas lo que éramos hace quince años, cinco, dos?... ¿Cuál ha sido la base de nuestra fortuna? La casa de Ribasaz. Ah! yo deberia en conciencia levantarla de su ruina, sin exigir que Eugenia diese la mano á nuestro hijo; sin abusar ahora de la penuria del Marqués como ántes abusé de su confianza y de su irreflexion; pero, no teniendo valor para tanto, me valgo de ese medio.....

Baronesa. Ni de ese ni de ninguno tenías maldita la necesidaz. Es cierto que nos han hecho el caldo gordo, como se suele decir, la improvisacion.....

Baron. Oh!.....

Baronesa. De esos señores y su poco cauterio.

Baron. Criterio, mujer. ¿Cuándo aprende-rás.....

Baronesa. Criterio?... Criterio; Bien; otra vez lo diré así.—Es cierto que á sus des-pensas principiámos á ponernos en zancos; mas para ello no hemos quebrantado, que yo sepa, ninguno de los diez mandamien-tos.

Baron. Ah Celedonia!

Baronesa. Dale con Celedonia! ¿Olvidas que ya me firmo Celia?

Baron. No extrañes que algunas veces te dé sin advertirlo el nombre con que te co-nocí y te amé.....

Baronesa. Qué! ¿ya no me amas?

Baron. Sí, y aún te amaria más si no afec-tases tanta prosopopeya.

Baronesa. ¿Qué quieres! Es preciso hacer honor á mi título de baronesa de la Ver-bena, título que me halaga porque me re-cuerda que en una de San Juan tuvieron comienzo nuestros amores.

Baron. Como haces memoria de eso, pudie-

ras hacerla de que entonces ni tú ni yo nos las prometíamos tan felices. Yo último oficial de la contaduría del padre del Marqués; tú oficiala de modista....

Baronesa. Bah! Entonces como entonces y ahora como ahora.—A propósito, ¿cuándo acabará de venir la mía? Me tiene desesperada, porque quería estrenar esta noche.... Ah! ya asoma por allí.

ESCENA IV.

EL BARON. LA BARONESA. CASILDA.

[*Llega Casilda por el foro con el mismo bulto del acto segundo.*]

Baronesa. Gracias á Dios! Gastan ustedes una flema, que no hay aguante....

Casilda. Pues no hemos levantado mano, porque había mucho que enmendar....

Baronesa. Eh! No saben ustedes dónde tienen la mano derecha.

Casilda. Perdone la señora Baronesa. Nuestro taller sabe su obligacion, pero cuando se quiere que se haga en un dia lo que tiene trabajo para seis, y sobre dar tormento al talle, no se tolera la más pequeña arruga....

Baronesa. Calle la parlanchina!

Casilda. (¡Hum....) Señora....

Baronesa. Viene todo?

Casilda. Sí, señora; el vestido y la mantelita.

Baronesa. ¿Y porqué no ha venido á traerlo Madama Fichú?

Casilda. Usted ha de disimular....

Baronesa. Eh? Qué es eso de ustez? Yo tengo señoría.

Casilda. (¡Si me valiera....) Bien; no se atufe usía por eso. Digo que usía disimule, y si el usía es poco, la llamaré reverendísima.

Baron. [*En voz baja á la Baronesa.*] Eh! ¿qué importa....

Casilda. La maestra no ha venido, porque está con disipela, pero vengo yo, que soy la oficiala mayor interina, y es lo mismo.

Baronesa. ¡Vaya, que se dan hoy un tono las modistas.... No era así en mi tiempo...

[*Reprimiéndose.*] Quiero decir....

Casilda. [*Con malicia.*] Sí; en tiempo de usía....

Baron. [*Vivamente.*] Vamos, hija, entra á vestirse; que es tarde y pronto vendrán visitas....

Baronesa. [*Á Casilda con imperio.*] Sígame ustez....

Casilda. (¡La cruzaría la cara de mejor gana....)

[*Entran por la puerta de la izquierda más cercana al proscenio.*]

ESCENA V.

EL BARON.

¡Qué mujer, Dios eterno, qué mujer! Aceptad en descuento de mis pecados lo que me hace sufrir. Me tiene frito con su genio díscolo y con sus pujos de gran señora...., que nunca lo sabrá ser, y con sus despendas y sus cauterios.

Cosme. [*A la puerta del foro y retirándose en seguida.*] El señor marqués de Ribasaz y la señorita su hija.

Baron. Ah! que no se detengan....

ESCENA VI.

EL BARON. EL MARQUÉS. EUGENIA.

Baron. [*Saliéndoles al encuentro.*] Señorita, beso á usted los pies. Señor Marqués, sea usted muy bien venido á esta su casa.

Marqués. [*Dándole la mano.*] Saludo al señor Baron.

Eugenia. Caballero....

Baron. No conduzco á ustedes á la sala de recibo, porque la Baronesa se reserva el honor de hacer á su tertulia la presentacion de esta señorita, y son ustedes entre las personas invitadas las primeras que nos favorecen, fineza que les agradezco en el alma.

Marqués. Arturo nos rogó que viniésemos temprano....

Baron. Sí; yo se lo encargué para poder á primera hora enterar á usted del plan que he formado y pasos que he dado ya á fin de que nuestros asuntos se terminen amigablemente.

Marqués. En buen hora.

Baron. Pues si gusta usted de pasar á mi despacho, le explicaré.... Pero mi mujer está acabando de vestirse, y esta señorita.... [*A Eugenia.*] Si gusta usted de pasar á su tocador....

Marqués. No; aquí nos esperará....

Baron. Pronto saldrá la Baronesa. Entretanto, si quiere distraerse...., allí hay piano.... [*Acercándose á la puerta del tocador y entreabriéndola.*] Celia! La señorita de Ribasaz. Date prisa. [*Al Marqués.*] Vamos.... Hasta luego, hija mia.

[*Entran el Marqués y el Baron en la habitacion de la derecha más inmediata al foro.*]

ESCENA VII.

EUGENIA. LA BARONESA.

Eugenia. Dadme fortaleza, Dios mio....

Baronesa. [*Asomando la cabeza.*] ¡Próspero....

Ah! Mil perdones, Eugenita, y muy felices noches.

Eugenia. Beso á usted la mano....

Baronesa. Por culpa de la condenada de la modista no estoy toda yo visible; pero en breve....

Eugenia. Oh! no se apresure usted por mí....

Baronesa. Con tanta confabulación de tren-cillas y corchetes y.... no puede una.... Pero ustez es ya como de casa y dispensará.... Soy con ustez al momento. [*Se retira y cierra la puerta.*]

ESCENA VIII.

EUGENIA.

¡Y yo he de profanar el dulce nombre de madre dándosele á esa mujer!.... ¡Faltaba este tormento á mi corazón, tantas veces y tan dolorosamente lacerado! Pero, ¡ay triste! ya di mi palabra, palabra de que aún hubiera podido desempeñarme el hombre á quien me sacrifican, si tuviese siquiera un mediano discurso, ya que no le es dado ni por su cuna ni por su índole blasonar de caballero.

[*Queda melancólicamente pensativa.*]

ESCENA IX.

EUGENIA. FERNANDO.

Fernando. [*Entrando por el foro.*] (No puedo excusar este cumplido....) [*Acercándose.*] Señora....

Eugenia. [*Volviendo la cabeza.*] Ah!... Caballero....

Fernando. ¿Es la señora Baronesa á quien tengo el honor.... Cielos!

Eugenia. Oh Dios! ¿Será sueño.... ¡Fernando! [*Le abraza.*]

Fernando. Eugenia mía!

Eugenia. [*Separándose de los brazos de Fernando.*] Ah! qué he hecho yo? Aléjese usted de mí. Dios mío! Ha sido un movimiento involuntario...., una sorpresa que nunca perdonaré á mi corazón.

Fernando. ¿Qué oigo! ¿Te pesa de haber dado los brazos, si no al amante fiel; al amigo cariñoso y sincero? ¿En qué te he ofendido yo para rechazarme así?

Eugenia. Y usted me lo pregunta! ¡Usted, que me juró amor eterno!

Fernando. Y Dios sabe que mi fe....

Eugenia. ¡Usted, que en tal angustia me dejó, y al cabo de tantos años no se ha

cuidado siquiera de saber si soy muerta ó viva!

Fernando. Oh Dios! Según eso, no recibió usted mis cartas....

Eugenia. Ninguna!

Fernando. Alguna mano enemiga impidió sin duda que llegasen á las de usted. Yo, desdichado! atribuía el silencio de usted, unas veces á desamor, otras á un esfuerzo de virtud, al penoso deber de no alimentar esperanzas que no podía usted cumplir. ¡Y me resignaba con mi infortunio, y hasta me consolaba de él la idea de que usted sería acaso menos desgraciada que yo! Al fin puse término—qué había de hacer?—á la inútil tarea de escribir á quien no quería.... ó no debía contestarme.

Eugenia. Ah Fernando, Fernando! ¿Por qué nos conocimos? por qué nos amamos?—Sí, yo le creo á usted; ese es el mismo acento de honradez y de veracidad que en mejores días persuadía y dominaba el alma de la infeliz Eugenia. Usted me fué constante por más tiempo quizá del que yo podía justamente exigir. Si después se ha unido usted á otra con vínculos sagrados....

Fernando. Cómo! ¿Yo....

Eugenia. Los debo respetar; y acaso he sido ya sobrado imprudente....

Fernando. Cielos! ¿Qué error es este, ó qué impostura.... Yo vínculos con otra? Quien se lo haya dicho á usted miente como un villano.

Eugenia. Gran Dios! Por don Próspero lo he sabido, el antiguo administrador de mi padre, hoy opulento magnate y dueño de la quinta en que está usted alojado.

Fernando. La ha engañado á usted. Oh! yo le haré desmentirse, ó juro por esta cruz... [*Pone la mano sobre la de San Fernando que lleva en el frac.*]

Eugenia. No le considero incapaz de una felonía; pero ¿cómo no creerle.... Él presentó á mi padre una papeleta, que yo leí y conservo, en que el capitán don Fernando Sigüenza....

Fernando. [*Recordando.*] Ah!

Eugenia. Le daba parte de haberse casado con una doña Isabel.... en Vitoria....

Fernando. No digas más! Hay en el ejército efectivamente un oficial que lleva mi nombre y mi apellido, aunque ningún parentesco tengo con él. Puede haber sido engañado el mismo don Próspero.... ¡Fatalidad!.... Yo casarme con otra? Jamás! Tú fuiste y tú serás mi único amor mientras yo viva.

Eugenia. Dios poderoso! Y yo.... ¡Oh aciaga estrella mía! ¿no te cansarás de perseguirme?

Fernando. Ni era posible que yo me uniese á otra mujer, ni que siendo cierto lo negase. Además, mi graduación es otra; soy

ya coronel, gracias á mi espada y á la munificencia de la Reina por cuyos derechos imprescriptibles he combatido.

Eugenia. Ay! cada palabra tuya es un puñal que traspasa mi pecho; ¡este pecho donde ni un instante has dejado de reinar!

Fernando. Eugenia adorada!

Eugenia. Y sin embargo.... ¡Oh flaqueza mía! oh rubor!

Fernando. ¿Qué dices!

Eugenia. ¡Cuán ufana estoy de verte, siempre bueno, siempre leal y generoso...., y ya coronel, aunque en la flor de tu juventud! Ah! ningún asombro me causa tu rápida carrera. Segura estoy de que no debiste al favor tu honroso empleo.

Fernando. No, bien mío; en el campo de batalla lo gané como todos los grados anteriores; y no los codiciaba!, yo te lo juro. ¿Para qué, si no podía gloriarme de ellos á los ojos de mi dama?

Eugenia. Tu dama no merecía tan acrisolada ternura, tan ejemplar abnegación. Esta mujer débil y vulgar no ha sabido hacer por ti otra cosa que orar y gemir; osó acusarte de una culpa imaginaria, y ella es la culpable; pero ¡cuánto lo es, Dios mío!.... El alma abogaba por ti, y el labio obedecía á extrañas sugerencias.... ¡Oh Fernando!... Maldíceme, aborreceme. ¡Tú no puedes imaginar cuán grave ha sido mi ofensa, cuán vilmente te he vendido!

Fernando. Tú! No puede ser. Desdicha tuya y mía será lo que tú juzgas vileza.

Eugenia. No; mi cobarde lengua ha pronunciado un sí falaz, sacrilego.

Fernando. En los altares?

Eugenia. Todavía no; pero harto criminal es ya, por ser yo quien le ha dado y por ser quien es el que le ha recibido.

Fernando. ¿Será posible....

Eugenia. ¿No te admiras, Fernando, de verme aquí? ¿No adivinas quién puede ser el dueño que me destinan?

Fernando. Hilario! ¡Aquel menguado....

Eugenia. Sí; y es ahora mil veces más detestable para mí que entónces; pero su padre es rico, inmensamente rico; ¿y qué título más respetable para esta generación degradada? Vergüenza! Maldición!.... Y mi padre se halla sumido otra vez en la miseria...., y mi madre.... ¡en el cielo!

Fernando. Ya supe.... Desventurada!

Eugenia. Ya puedes suponer que el engrandecimiento del uno y la ruina del otro reconocen el mismo origen.

Fernando. Oh! Sí.

Eugenia. Pobre mi padre y sin valor para arrostrar las consecuencias de su prodigalidad, rogado por el mismo don Próspero, fascinado por sus brillantes promesas....

Fernando. Comprendo! No le llares padre, sino padrastro cruel.

Eugenia. Ay! yo hubiera resistido á sus especiosas razones, á sus imperiosos mandatos; pero no he podido hacerme superior á sus lágrimas, á su desesperación; y sola, sin respiro, sin defensa, perdida para siempre la esperanza de ser tuya.... Pero—por el alma de mi madre te lo juro—si aún así es imperdonable mi flaqueza, mi juez más severo soy yo misma, y no es posible concebir más horrible suplicio que el que estoy sufriendo.

Fernando. Suplicio! No es eso lo que el cielo te debe reservar, sino lauros y adoraciones.

Eugenia. Qué! ¿tú me perdonas....

Fernando. Qué es perdonarte? Te venero como á una mártir, te ensalzo como á un ángel, te idolatro como siempre, ¡más que nunca!

Eugenia. Oh júbilo inefable! Con tal consuelo, con tal escudo ya nada temo ni á nadie. Dios quiere que cesen mis afanes, mis congojas; Dios, que te vuelve á mis ojos tan digno de que yo me mire y me embelese en los tuyos. Retracto mi ignominiosa y forzada promesa y recobro mi energía. Dame ese brazo valeroso, mi fiel amante, mi noble campeón, [Tomando el brazo de Fernando.] y el necio que osaba ser tu rival oiga de mi boca la merecida repulsa, y prefírale á ti mi padre, si á tanto se atreve.

Fernando. Eugenia, esa amorosa exaltación me embriaga de placer; pero conviene obrar con cautela, porque estamos en país enemigo, y evitar mientras sea posible, una escena ruidosa. [Eugenia suelta el brazo de Fernando.] Puesto que el cielo ha vuelto á reunirnos, y para no más separarnos, porque harto hemos penado uno y otro para volverlo á consentir, ya veremos de dar á la contienda en que estamos empeñados un sesgo decoroso, pacífico. Yo hablaré al Marqués.... al mismo Hilario si es preciso.... [Viendo que se abre la puerta del tocador.] Ah! Separémonos.

ESCENA X.

EUGENIA. FERNANDO. LA BARONESA.

Baronesa. Ya estoy aquí, queridita. Por no hacerle á usted esperar más tiempo, salgo sin la manteleta nueva. La modista queda haciéndole unos frunces porque no armaba bien. ¡Son tan torpes nuestras menestras!.... Ah! caballero.... Beso á usted.... Usted será el alojado.

Fernando. Muy servidor de usted, señora. Vengo á ponerme á sus pies.

Baronesa. Gracias, y repito.... Á propósito,

hoy tenemos un poco de reunion, y si gusta usted de acompañarnos á tomar el té.....

Fernando. Con mucho gusto, señora.

Baronesa. Habrá usted de perdonar la pequeñez..... (Yo he visto en alguna parte esa cara..... ó cosa equivalente.)

Fernando. ¡Tan fantasma y tan caricata como siempre!

Baronesa. Tengo el honor de presentar á usted mi proyectada hija política.....

Fernando. (Antes ciegues que tal veas!)

Baronesa. La vizcondesita de Valendrino.

Eugenia. Yo no.....

Fernando. [Interrumpiéndola.] Será muy dichoso el dueño de tantas perfecciones.

Cosme. [Anunciando.] Las señoras de Galarza; el caballero.....

Baronesa. Que pasen á la sala. Voy al momento..... [Acercándose al foro.] Soy con ustedes; pasen ustedes; no se detengan ustedes y perdonen ustedes. [Cosme se retira, atraviesan el forillo de derecha á izquierda varias señoras y algunos caballeros, y más adelante otros convidados de ambos sexos.] Vamos, hijita.

Eugenia. (Me hace mal ese halago postizo.)

Baronesa. Tengo que recibir á mi tertulia y presentarte.....

Eugenia. (Me tutea! oh!....)

Baronesa. Usted tambien nos hará la.... filantropía de acompañarnos.

ESCENA XI.

EUGENIA. FERNANDO. LA BARONESA.
ARTURO.

Baronesa. Ah! ya está aquí mi hijo. Él se encargará de ser el portador de usted.

Fernando. Oh!....

Arturo. Con mil amores, [Dudando.] señor...

Baronesa. Es el alojado.

Arturo. Señor mio.... Eugenia....

[Eugenia contesta con una leve inclinacion de cabeza.]

Fernando. Muy servidor.... (Qué apunte!)

Arturo. Esta casa se honra mucho....

Baronesa. Mientras ellos se escopetean á cumplidos, vamos nosotras á la sala, pimpollo. Hasta luégo, mi coronel.

ESCENA XII.

FERNANDO. ARTURO.

Arturo. Repito que nos cabe mucha satisfaccion.... Pero.... juraria que no es esta la primera vez que nos vemos.

Fernando. Juraria usted bien.

Arturo. Sí, me parece que..... en Ávila.....

Fernando. Justamente.

Arturo. No doy con el nombre..... Pero sí, el mismo. Y no se ha desfigurado usted mucho. Sólo el bigote..... Usted es Fernando...., don Fernando Sigüenza.

Fernando. Para servir á usted.

Arturo. Cosa como ella!... ¡Y alojarse usted precisamente en mi quinta.....

Fernando. Ahí verá usted! Pero no sabía yo que usted la habitase: lo puede usted creer.

Arturo. Pues aún me sorprende más el salto que ha dado usted..... Cáscaras! Ni el de Alvarado. Ó la papeleta está equivocada, ó no comprendo cómo ha ascendido usted en tres meses de capitán á coronel; aunque, á decir verdad, mayores fenómenos hemos visto en esta era fenomenal.

Fernando. [Mirando fijamente á Arturo.] ¡Yo lo creo! Ahora mismo estoy yo viendo uno...

Arturo. Eh?

Fernando. Yo soy el Fernando de Ávila.....

Arturo. Sí, sí.

Fernando. Pero no soy el de la papeleta. Si se me ha confundido con él, ha sido efecto de un lastimoso error...., ó de una infame superchería.

Arturo. No sé.... Yo me lavo las manos.....

Fernando. Sepa usted que soy soltero.....

Arturo. Por muchos años.....

Fernando. Eh?

Arturo. Quiero decir.... En fin, soltero ó casado, celebro infinito que la casualidad me haya hecho patron de mi sustituto.

Fernando. Gracias.

Arturo. Y ya coronel! ¡No es nada.... Á mí me debe usted su brillante carrera.

Fernando. Oiga! ¿Es usted el ministro de la Guerra?

Arturo. No, pero á no haberme usted sustituido, me hubieran dado á mí los ascensos.....

Fernando. Sí?

Arturo. Es claro. Qué lástima! Ahora luciria yo los tres galones.... Debe usted estarme muy agradecido.

Fernando. De véras? Pues á mí me parece que la perspectiva de usted, puesto en mi lugar, hubiera sido muy diferente: mucho cepo de campaña, mucho palo, y hoy en la garrapata y mañana en el hospital.

Arturo. [Cortado.] Ya.... Si la suerte.... Yo.... Eso depende....

Fernando. De todo eso, y quizá tambien de ser pasto de cuervos, aunque con ménos probabilidad, le libré yo á usted sustituyéndole; luego no soy yo quien debe estar agradecido á usted, sino al contrario.

Arturo. Ya; sentando usted á son gré, á su gusto, las premisas.... No obstante, el hecho es que á mí me hacía muy poca gracia el chopo y que usted lo tomó por mí. En este concepto confieso que soy

á usted deudor de una merced señalada.
Fernando. Que usted quiere pagarme con otra sustitucion....

Arturo. Cómo!

Fernando. Aspirando á casarse con la prenda de mi corazon....

Arturo. ¡Pche.....

Fernando. Pero así ha nacido usted para ella como para mandar un regimiento.

Arturo. *C'est trop fort.* Á mí no me falta ningun requisito para....

Fernando. Sí, señor; el principal.

Arturo. Yo.....

Fernando. Agradar á la novia.

Arturo. ¡Pche..... Algo hay de eso. La falta de buen gusto es el único defecto que he notado en esa amable criatura.

Fernando. ¡Vive el cielo.... ¿Sabe usted que yo soy el objeto, el único objeto de su amor?

Arturo. Bien está; pero yo no me referia á...., eh? Yo lo decia por.... (Me corta el revesino.)

Fernando. Eh! si ha de ser usted mi adversario, séalo con dignidad, ó déjeme libre el campo.

Arturo. (Habrémos de transigir.) Yo le diré á usted.... (¡Vaya un hombre intempestivo!) Si hemos de hablar francamente, tampoco estoy yo ciego de amor, *éperdu* por esa señorita; que si lo estuviera, ¡hum....

Fernando. Eh?

Arturo. [Riéndose.] Pero yo soy así...., ¡tan original....

Fernando. En efecto.

Arturo. Y como eso de casarse por amor es, en mi dictámen, una vulgaridad, y mis padres se empeñan en darme estado, porque no se extinga la estirpe de los Maquilas....

Fernando. Oh! sería una calamidad.

Arturo. He condescendido, bien á mi pesar, se lo aseguro á usted, porque no quisiera renunciar tan pronto á la libertad de soltero. Además, yo soy un atolondrado, un calavera, lo que se llama un *mauvais sujet*; pero, aquí donde usted me ve, no tengo mal fondo, y si ustedes se aman todavía, sentiré en el alma servir de obstáculo á su felicidad, sin lograr por eso la mia.

Fernando. Pues siendo así....

Arturo. Lo malo es que el Marqués y Eugenia han dicho que están conformes....

Fernando. Puede que ya no lo estén.

Arturo. Calle! ¿Conque estoy amenazado de dimisorias....

Fernando. Solemnes....—Pero usted las puede evitar.

Arturo. Cómo?

Fernando. Dándoselas á la novia. Ese sería un golpe maestro...., original. Ni ella, ni yo, ni su padre, nos daríamos por ofendidos.

Arturo. Oiga! pues.... Sí por cierto; esa sería una excentricidad que me haria célebre.... Convenidos. Vamos al salon, le presentaré á usted, y combinaremos.... Esto va á ser sonado. Todos dirán: ¡cosas como las que le ocurren á ese Arturo!....

Fernando. Pues ¡qué! ¿ya no es usted Hilario?

Arturo. Otra originalidad de las mias. Á mamá se le antojó que tomase el nombre de Arturo, y yo lo adopté.... por inspiracion.—Conque vamos?

Fernando. Bien.

Arturo. [Ofreciéndole el brazo.] Sírvase usted....

Fernando. [Tomándolo.] Sí. (Es tonto de capirote.)

[Dirigiéndose á la sala principal por la izquierda del forillo encuentran en él á la Baronesa, y Fernando la saluda.]

ESCENA XIII.

LA BARONESA. EL MARQUÉS. EL BARON.

Baronesa. [Dirigiéndose á su tocador.] ¡Á ver si con mil de á caballo ha concluido ya esa zafia de arreglar la manteleta! [Entreabriendo la puerta.] Vamos! Está eso?

Casilda. [Dentro.] Al momentito: estoy dando las últimas puntadas.

Baronesa. Aquí espero.

[Se compone el tocado mirándose á un espejo situado entre las dos puertas laterales de la izquierda. Salen del despacho del Baron éste y el Marqués.]

Baron. No hay más qué hablar: desde mañana cobra usted á razon de cincuenta mil reales al año, y le doy médio adelantado, sin descuento.

Marqués. Bien; gracias. (Pero ¡mi pobre hija!....)

Baronesa. ¿Quién habla.... [Volviendo la cabeza.] Ah! señor Marqués....

Marqués. Señora....

Baronesa. Bien venido....

Marqués. Gracias.—Eugenia....

Baronesa. Está en la sala. [Al Baron.] ¿Qué haces, que no llevas al Marqués....

Marqués. Sí, vamos.... (¡Oh remordimientos!....)

Baronesa. Allá voy yo incontinente.

[El Marqués y el Baron desaparecen hablando en voz baja y tomando la direccion indicada.]

ESCENA XIV.

LA BARONESA. CASILDA.

Casilda. [*Trayendo la manteleta.*] Ya he acabado. ¡Á ver si ahora está á gusto de usía!

Baronesa. Bien; póngamela usted; que ya es hora de que yo la estrene, esté bien ó mal.

[*Estando de cara al espejo la Baronesa, le pone la manteleta Casilda.*]

Casilda. Veamos, aunque por mi voto no había necesidad de tocarla.

ESCENA XV.

LA BARONESA. CASILDA. ARTURO.

Arturo. (Ya dejó instalado á mi amable rival, y resuelto yo á dar una campanada, voy á meditar á solas un breve discurso que dé color á la peripecia.)

Baronesa. Algo mejor está ahora.

Arturo. (Mamá! La tiemblo.)

Baronesa. Qué tal me sienta por detras?

Casilda. Perfectamente.

Arturo. (Hola! Buen talle tiene la costurera.)

Casilda. Prenderemos, si á usía le parece, unos alfileritos....

Baronesa. Bien, sí.

[*Sujeta Casilda la manteleta con alfileres sobre los hombros de la Baronesa.*]

Arturo. (Buen reverso! Hay brio en esa cintura y toda la topografía parece bien contorneada. Si el frontispicio corresponde....)

Casilda. ¿Está así bien, ó la bajaremos un poquito....

Baronesa. [*Componiéndose las cocas.*] No; ya no hay que tocarla.

Arturo. (Ese es el buen género! Sabroso como ninguno, y no tan sujeto á aduanas y resguardos como....)

Casilda. Pues con permiso de usía....

Baronesa. [*Dando la cara al público.*] Vaya usted bendita de Dios.

Casilda. [*Volviéndose para retirarse y encarándose con Arturo.*] ¿Qué veo, Dios de los ejércitos!

Arturo. Casilda! (La hemos hecho buena!)

Casilda. Sí, traidor!

Baronesa. Qué es esto?

Casilda. Casilda soy, tu víctima....

Arturo. (Mejor será largarme....)

Casilda. [*Asiéndole los faldones á Arturo.*] ¡No te irás; no te suelto!

Baronesa. Pero ¿qué arrechucho....

Arturo. [*Bajando la voz.*] Ya nos veremos.... Suelta.... Me vas á romper el frac.

Casilda. [*En alta voz.*] Pues te agarraré del brazo. [*Lo hace.*]

Baronesa. ¡Cómo.... ¿Qué significa esa familiaridad....

Casilda. No hay que escandalizarse. Este mueble es mío.

Arturo. (¿Quién creyera.... Es apuro!)

Baronesa. ¡Mueble mi hijo....

Casilda. ¿Qué oigo!

Baronesa. Y mueble de usted! Desacato!....

Casilda. Hijo ha dicho usía? ¿Está usía segura de que es hijo suyo ese mostro?

Baronesa. Otra que bien baila! ¿Quién pregunta eso á una madre?

Casilda. Ah Emeterio, Emeterio!

Baronesa. ¿Qué Emeterio ni qué.... Arturo se llama. Usted le toma por otro.

Casilda. Sí, facilito es eso! Le conozco demasiado para que se me pueda despintar.

Baronesa. [*A Arturo.*] Y callas tú!

Arturo. ¡Mamá.... (¿Cómo saldré de este berengenal?)

Baronesa. Desmiente á esa mujer.

Casilda. Oh! que me desmienta, si se atreve, y ahora mismo le cito á juicio de consideración.

Arturo. (Cáspita!)

Casilda. Tengo pruebas, tengo testigos....

Arturo. (Zape!)

Baronesa. Yo me aspo!

Casilda. ¿Conque hasta en el nombre me has engañado? Y la farmacopea sera tambien otra farándula.

Baronesa. Farma.... Qué?

Casilda. Triste de mí! ¡Ya podia yo escribir á Miguelturra....

Arturo. (Mientras yo estaba en París.)

Baronesa. Miguel Turra! ¿Quién es ese ciudadano?

Casilda. Conque eres hijo de baron? ¡Quién lo hubiera dicho!

Arturo. Sosiégate, Casilda. Ya veremos de subsanar....

Baronesa. ¿Conque es cierto, hijo indigno....

Arturo. Aberraciones.... ¡Cuartos de hora climatéricos.... Pero todo se compondrá si Casilda procede como muchacha de razon. Á falta de mi mano, que no le puedo dar, aunque quisiera, sin faltar á ciertas conveniencias sociales y sin descompaginar el escalafon civil....

Casilda. ¿Eso me dices ahora, hombre sin fe y sin palabra?

Baronesa. Pues ¿qué! ¿se habia de casar con usted mi hijo? ¿Con una mujercilla de poco más ó menos?

Casilda. Señora!.... No me busque usted la lengua....

Arturo. ¡Paz, silencio, por Dios....

Baronesa. Pues no faltaba otra cosa! ¡Primero ha de haber aquí una sarracina!

¡Primero me gastaré hasta la cerilla de los oídos que emparentar con gentuza!

Casilda. Doña Celedonia!....

Arturo. No la ultraje usted, mamá. No es Casilda una jóven adocenada....

Casilda. [*Llorando.*] Ay Dios!....

Arturo. (Y á fe que nunca me ha parecido tan.... confortable como ahora.) Casilda es toda una artista.... en costura, y á fuer de artista tiene un alma demasiado elevada para aceptar un marido.... poco espontáneo, y una suegra á regaña dientes; pero somos ricos y el dinero soldará....

Casilda. Dinero!....

Baronesa. Eso es otra cosa. Yo me pongo en la razón. Que pida lo que quiera; su boca será medida.

Casilda. [*Con resolución y alzando gradualmente la voz.*] No quiero dinero: eso sería ser tan infame como él. Mi honra no se rescata con todo el oro del mundo: ¿lo oye usted?

Arturo. Casilda!....

Baronesa. Silencio!....

[*Casilda pateo y solloza.*]

ESCENA XVI.

LA BARONESA. ARTURO. CASILDA.

EL MARQUÉS. FERNANDO. EUGENIA.

EL BARON. DAMAS. CABALLEROS.

Baron. Quién alborota así mi casa?

Arturo. Basta! Modera tu irascibilidad....

(Es que me voy enterneciendo!)

Baron. Qué ha ocurrido? ¿Por qué llora esa mujer?

Casilda. Porque su hijo de usted es un descastado y un sin conciencia, que me ha burlado,.... ¡que me ha perdido!

Baron. ¿Qué oigo! Arturo!

[*Murmillos de la tertulia. Comentan también en voz baja lo que pasa el Marqués, Eugenia y Fernando.*]

Arturo. Papá!....

Baronesa. Eso se verá. No la hemos de creer á usted por su palabra.

Casilda. Mi palabra vale tanto como la de usted...., y me quedo corta; y si pido que ese falso me cumpla la suya, es porque no puedo pasar por otro punto, no porque me tienten sus riquezas ni por la fachenda de ser señorona de título, no; ¡bien lo sabe Dios! Yo estoy hecha á vivir con poco, y lo sé ganar; y á haber sabido quién era y lo que pretendía, le hubiera echado con cajas destempladas en vez de.... [*Dejándose caer desconsolada en una silla.*] ¡Oh Dios mío, Dios mío!

Baron. (Oh sonrojo!....)

Arturo. (Todos aquí! Este va á ser un trueno de grande espectáculo.)

Baronesa. Estoy sofocada.

Baron. [*Asiendo con ira un brazo de Arturo.*] Qué es esto, Arturo? ¿Cuál es la causa de este escándalo?

Arturo. Señor....

Baron. Di la verdad: te lo mando.

Baronesa. La verdad es que, por lo visto, esa individua ha estado en relaciones con Arturo; que no sabemos quién ha pecado más, si él de travieso ó ella de...., de poco avisada; que si hay daños y perjuicios, estoy pronta á dar en metálico la indignación correspondiente; pero ¿casaca? ¡No en mis días! Es ella poca persona para nuera mía.

Casilda. [*Levantándose.*] Esto ya pasa de la raya, señora mía, y ya que usted me provoca con ilusiones personales, ha de saber todo el mundo que usted fué lo que yo soy.

Baronesa. ¡Cómo, insolente....

Baron. [*Con imperio á media voz.*] Calla!

Casilda. Y que usted mismita es una prueba palpitante de que una modista puede llegar á ser baronesa.

[*Vuelven los murmullos, sazonados con risas maliciosas.*]

Baronesa. Mentira! Uf! ¡Falso testimonio...

Baron. [*Como antes.*] Calla, te digo! Te está bien empleado por imprudente y por vana.

[*Siguen los cuchicheos. Arturo medita.*]

Fernando. [*Aparte con el Marqués y Eugenia.*] Qué dirá ahora el insigne Arturo?

Eugenia. ¡Ay padre....

Marqués. Estoy corrido de vergüenza.

[*Siguen los tres hablando aparte.*]

Baron. (Si yo pudiese con buenas palabras persuadirla á que desistiese... [*A Casilda.*]

Óigame usted.... [*Habla con ella aparte.*]

Baronesa. [*Al acompañamiento.*] No la crean ustedes. Es una deslenguada, embustera...

[*Sigue hablando en voz baja con los tertulios.*]

Arturo. (Qué hago?... Ah! ¿no andaba yo á caza de una idea verdaderamente original? Pues ¿cuál mejor....) [*Con gravedad y alzando la voz.*] Pido la palabra.

[*Movimiento general de curiosidad y cesan las conversaciones parciales.*]

Baron. (Qué irá á decir?)

Arturo. Señoras y señores: considerando que vivimos en una época de libertad, igualdad y fraternidad; considerando que Dios nos ha hecho á todos de la nada; considerando que la peticionaria tiene razon que le sobra; considerando que interceden por ella sus gracias personales, sus lágrimas ardientes, mis naturales instintos, y sobre todo, el grito santo de la naturaleza;..... he aquí mi mano!

Casilda. [*Corriendo á tomarla.*] Ah!

Arturo. Me declaro su marido y conjunta persona.

[*Risas y murmullos de aprobacion.*]

Marqués. [*Á Eugenia en voz baja.*] ¡La cabra tira al monte!

Baronesa. [*Intentando separar á Arturo y Casilda.*] Eso no! Afuera! Yo no sufriré...

Baron. [*Con entereza.*] Yo sí, y á lo hecho, pecho, señora Baronesa; que si ayer pudo ser más cuerdo, hoy obra como hombre de honor. Dios os haga bien casados, hijos mios.

[*Nuevos murmullos de aprobacion. Palmoteo.*]

Casilda. [*Queriendo arrodillarse, y lo mismo Arturo.*] Ah señor!....

Arturo. Padre!....

Baron. Quietos! Abrazadme.

Baronesa. Tú los perdonas! tú los abrazas! qué bochorno!.... Pues yo me mantengo en mis trece, y pondré el grito en el cielo, y haré y aconteceré.... [*Á Arturo y á Casilda, que se acercan en ademán de súplica.*] ¡Apartad, ó mi furia!.... [*Al Baron que va también á hablarla.*] Y tú también! Ya no quiero ser madre, ni suegra...., ni mujer. Haré rancho aparte, y por no veros me pronunciaré, me divorciaré, emigraré.... Ah qué horrosidaz!

[*Entra en su tocador y cierra de golpe la puerta.*]

ESCENA XVII.

CASILDA. ARTURO. EL MARQUÉS. EUGENIA.
FERNANDO. EL BARON. LOS CONVIDADOS.

Arturo. (Oh cruda madre!)

Baron. (Sea todo por Dios!) [*Acercándose á los convidados.*] Señoras, caballeros, ya que no he podido excusar que sean ustedes testigos de una escena...., más ó ménos divertida para espectadores curiosos é indiferentes, pero doméstica, no extrañarán ustedes que, pidiéndoles mil perdones, les

ruegue nos permitan concluir la en sesión secreta.

[*Los convidados se retiran saludando, y aún en este acto mostrarán con diferentes gestos el vario efecto que ha debido causarles lo que han presenciado. El Marqués, su hija y Fernando hacen ademán de estar también glosando la ocurrencia, y al volcer la cabeza el Baron, cerrando ántes la puerta del foro, sorprende á Casilda y Arturo, que asidos de las manos saborean al parecer un tierno coloquio.*]

ESCENA XVIII.

CASILDA. ARTURO. EL MARQUÉS. EUGENIA.
FERNANDO. EL BARON.

Arturo. Aquella merienda en el soto de Migascalientes.... ¿Te acuerdas....

Casilda. Sí. Oh regodeo!....

Baron. [*Con risa irónica y separando las manos de Arturo y Casilda.*] ¡Bien, hijos mios! Me alegro de veros tan amartelados.... (Maldicion!....) Pero ahora me hariais un obsequio en quitaros de delante. [*Á Arturo.*] Anda tú á ver si puedes aplacar á tu madre. [*Á Casilda.*] Espéranos tú en aquella habitacion. [*Señalza á la de la izquierda cerca del foro.*]

Arturo. (He puesto una pica en Flándes!) [*Saluda y entra en el tocador.*]

Casilda. [*Afectando señorio.*] Beso á ustedes las manos.... [*Fijando la vista en Eugenia.*] Ah! no habia reparado.... ¡Usted por aquí!

Baron. [*Impaciente.*] Oh! basta....

Eugenia. Sí, Casilda. Que sea en hora buena.

Casilda. Gracias; para lo que usted guste....

Baron. ¡Vamos!....

Casilda. Abur. (Seré baronesa!) [*Entra con aire majestuoso en la habitacion designada.*]

ESCENA XIX.

EUGENIA. EL MARQUÉS. FERNANDO.
EL BARON.

Baron. Señor Marqués, el lance que me ha privado de cumplir á usted mi palabra y de realizar el más grato y vehemente de mis deseos, es de tal naturaleza, que casi me dispensa de implorar el perdon de usted y el de su adorable hija. Sólo diré que de todo punto ignoraba los necios compromisos de Arturo, y que mi involuntario error ha sido bien cruelmente castigado.

Marqués. Baron, yo le compadezco á usted de todas véras y ni rastro queda en mi

alma del antiguo resentimiento. Acatemos todos y bendigamos la mano de la Providencia; y yo más que todos, porque ménos que nadie merecia sus beneficios. Usted ignoraba los desórdenes de su hijo; yo tambien, cuando iluso iba á consumir el sacrificio de mi Eugenia, ignoraba que tan cerca de nosotros estuviese el más generoso de los amantes y el más honrado de los hombres.

Fernando. Señor Marqués!....

Eugenia. Padre adorado!....

Baron. Ah!.... Fernando.... No sabía....

No me habia fijado.... [*Dándole la mano.*]

Mil parabienes, señor don Fernando! Oh! sí, todo ha sido aquí providencial. Dios da á cada uno su merecido.—Me permitirá usted, sin embargo, que no le agradezca ahora el haber sustituido á mi hijo. Él, de seguro, no hubiera sido un héroe como usted, pero los cabos de escuadra me le hubieran domado mejor que las modistas de aquí y las grisetas de allá.—¡Eh, cómo ha de ser.... Más tarde ó más temprano llega para todos el dia de la expiacion, y yo.... No más! [*Mostrando la puerta del tocador.*] Vuelvo á mi cruz.... Ay! ya no es una sola.—Se quedan ustedes en su casa.... Ah! Porque la boda se haya frustrado, señor Marqués, no he variado en mi firme propósito de reconciliarme con usted á todo trance: al contrario. [*Sacando papeles del bolsillo.*] Aquí están los créditos que tenía contra usted. Renuncio á ellos.

Marqués. Oh! no permitiré....

Baron. Será en vano. [*Los rompe.*]

Eugenia. ¿Qué hace usted!

Marqués. Baron!....

Baron. Estamos solventes. Adios!

[*Entra en el tocador.*]

ESCENA ÚLTIMA.

EL MARQUÉS. EUGENIA. FERNANDO.

Marqués. Infeliz! Yo leo en su corazon despedazado por el remordimiento, y veo que todos los placeres y todas las riquezas del mundo no pueden consolarle de los sinsabores que está sufriendo. Poco me ha faltado á mí para llorar en mis últimos dias una suerte semejante á la suya, pero mil veces más infausta.

Eugenia. Todos, padre mio, hemos corrido igual riesgo, y por lo mismo debe ser mayor nuestro gozo y más profunda nuestra gratitud á las bondades de Dios.

Marqués. Infinitas han sido para conmigo, y sobrada mi mengua cuando para hacerme digno de ellas no me ha bastado el ejemplo de vuestras virtudes, y he necesitado recibir lecciones de quien nunca creí que me las pudiese dar. Oh! no serán perdidas. Yo acaso, pudiera sin escrúpulo de conciencia aceptar los dones de don Próspero; pero tambien debo á Dios y á los hombres una solemne reparacion. Emplearé en obras de caridad todo el importe de esos créditos.

Fernando. Ah señor! yo felicito á usted con toda la efusion de mi alma por tan noble resolucion.

Eugenia. Cobrará usted en bendiciones los réditos del capital, y con recibir nosotros la de usted veremos tambien remunerados con usura nuestros pesares.

Marqués. Sí, hijos míos! Abrazadme! [*Los abraza.*] Ambos seréis el apoyo y el orgullo de mi vejez.



EL DURO Y EL MILLON,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro del Principe (Madrid) el dia 19 de Noviembre de 1853.

PERSONAS.

LUISA.	D. MAURICIO.
CRÍSPULA.	BERNABÉ.
D. PRUDENCIO.	ELOY.
D. CÉSAR.	JUAN.
MARTIN.	

La accion pasa en Madrid, en casa de D. Prudencio.

ACTO PRIMERO.

Sala con puerta en el foro, que por la derecha conduce á la escalera, y por la izquierda á las piezas interiores: forillo que guia á otros aposentos: dos puertas á la derecha del actor: otras dos á la izquierda: entre otros muebles habrá un velador y sobre él algunos libros, periódicos y folletos.

ESCENA I.

CRÍSPULA. D. PRUDENCIO.

[Crispula, vestida de medio luto y con sombrero, viene por el forillo: D. Prudencio, en bata y gorro, sale por la puerta de la izquierda más inmediata al proscenio.]

Prud. Oh Crispulita! (¡Qué mal suena en una vieja el ita!)

Crisp. Amigo mio!

Prud. ¿Ya estamos de sombrero? (Pronto alivia el luto.)

Crisp. Sí; voy á ver si está ya del todo lista mi nueva vivienda; que hoy la quiero estrenar.

Prud. No hay prisa.....

(Sí tal.)

Crisp. Bastantes molestias le he dado á usted. ¡Veinte dias de hospedaje!

Prud. Calle usted por Dios; que me ruboriza.....

Crisp. Pero en la casa mortuoria mi corazon se oprimia.....

Prud. Ya.

Crisp. Y aunque acaso abusé de nuestra amistad antigua.....

Prud. Oh!.....

Crisp. Con un testamentario como usted, no era precisa mi asistencia.....

Prud. Pues! Se hizo ántes el inventario..... Ahora iba al cuarto de usted.....

Crisp. Sí? Gracias.

Le excuso á usted la visita.

Prud. Sentémonos.

[*Se sientan.*]

Crisp. Qué hay del Banco?

Prud. [*Dándole un papel.*]

Ahí tiene usted trasferida en forma la propiedad de las cien acciones, limpias de polvo y paja, que el bueno de don Adrian poseia y hereda usted.

Crisp. Tantas gracias....

Prud. A mí no; al muerto.—¡Bonita herencia!

Crisp. Sí. Las acciones bien reeditarán por cima de seiscientos duros.

Prud. Eso por lo ménos.

Crisp. Y las fincas de que tomé posesion ayer....

Prud. Tres casas magníficas!

Crisp. Me darán una con otra cada año de renta líquida sus dos mil duritos.

Prud. Largos.

Crisp. Y en numerario y vajilla, *et cátera*....

Prud. Otro caudal.

Crisp. Todo lo hizo en Filipinas mi excelente tío.

Prud. Sí.

Crisp. Dios le dé gloria infinita.

Prud. Amén. Para quien le hereda vale más, aunque corrija la frase vulgar, un tío en gloria que un tío en Indias.

Crisp. Nunca le habia tratado.

Ya ve usted, ¿quién va á Manila....

Prud. Ya se entiende....

Crisp. Le ocurrió venir á acabar sus dias en Madrid....

Prud. Sí. Por Enero entró en esta heroica villa.

Crisp. Cayó enfermo el pobrecito....

Prud. Acostumbrado á otro clima....

Crisp. Al momento que lo supe, me vine de Andalucía, para asistirle....

Prud. Ya, el deudo, la caridad.... (La codicia!)

Crisp. Pero ya estaba *muy grave* cuando abrazó á su sobrina.

Prud. ¡Grave...¿Por qué...Ah! ya comprendo. Lo dirá usted por los síntomas....

Crisp. Pues claro está. Así se dice....

Prud. (Pobre lengua de Castilla!)

Crisp. Ay Dios! En cuatro semanas le mató la homeopatía.

Prud. [*Como escandalizado.*]

Señora! qué ha dicho usted?

Crisp. Yo? Acaso algun *lasuslingua*....

[*Con las manos en las caderas.*]

El mal lo tenía aquí.

Prud. Pues se llama hipocondría.

Crisp. Justo. Como una no entiende esas palabras *latinas*, se trabuca.... El pobre tío, sabedor de mi desdicha, se acordó de mí en su última voluntad.

Prud. (Segun noticias, chocheaba ya el pobre hombre.)

Crisp. Así pagó mis vigiliat.

Mucho le he cuidado!

Prud. Oh!

Crisp. ¡Mucho

le he llorado!

Prud. Ah!

Crisp. ¡Y qué lucidas

exequias!

Prud. Sí; mas con tal herencia, no es maravilla....

Crisp. No me lo llevo yo todo.

Para limosnas y misas ha dejado seis mil reales, y á Lupercio y Celestina, que son otros dos sobrinos suyos, media taleguita á cada uno.

Prud. Poco es estando en la misma línea de parentesco.

Crisp. No tal, que era yo la más propincua....

Prud. (Á la cabecera.)

Crisp. Pues; porque yo soy masculina.—Es decir....

Prud. Entiendo. En fin, Dios le dé á usted larga vida para gozar de la herencia. Yo he cumplido con justicia y celo mi comision, y la doy por fenecida.

Crisp. Gracias; mas doble fineza será si usted me administra....

Prud. No puedo. El tiempo me falta....

Los negocios me fatigan....

Crisp. Me buscará usted al ménos, porque sin él soy perdida, un buen administrador.

Prud. Bien.

Crisp. Hay cosas que una misma no puede....

Prud. Cierito.

Crisp. Mi estado....

Prud. Es claro. Una señorita....

Crisp. Y delicada.

Prud. De qué?

Crisp. De salud.
Prud. Qué! ¿todavía
hay..... nervios?
Crisp. Las convulsiones
no son, tiempo ha, tan continuas.
Prud. Celebro.
Crisp. Mas como soy
tan sensible, se me crispan.....
Prud. (*¡Verbum caro.....*)
Crisp. Si oigo ó veo
algo que afecte las fibras
del corazon.
Prud. Sí? Cuidarse!
Crisp. Lo haré.
Prud. Viva usted tranquila,
y pues los duelos con pan
son ménos.....
Crisp. Sí, eso me anima.
Prud. Un buen marido tal vez.....
Crisp. Pche!.....
Prud. Lástima es que no viva.....
Crisp. Quién?
Prud. Mi pobre amigo César.....
Crisp. [*Levantándose y tambien D. Prudencio.*]
Él? Calle usted! Me horroriza
su nombre.
Prud. Usted le adoraba.
Crisp. Años ha que su perfidia
me hizo detestarle tanto
como le quise algun dia.....
¡por mi desgracia!
Prud. Hartas fueron
las suyas, y merecian.....
Crisp. [*Con tono declamatorio y exaltándose
cada vez más.*]
Perjuro! No por cariño,
sino por miras políticas,
me hizo la corte. ¡Oh falacia
sin ejemplo!
Prud. Así decian;
pero.....
Crisp. Sí, señor; mi padre,
que Dios perdona, tenía
mucho influjo y en su mano
los votos de tres provincias.—
¡Necia de mí, que di crédito
á sus palabras de almíbar!
¿Por qué me la dió de esposo
si no habia de cumplirla?
Vil seductor!... Ya se ve,
yo era inocente y sencilla.....
Prud. El daba allá sus razones.....
Crisp. De pie de banco.
Prud. Que habia
moros en la costa.....
Crisp. Falso!
Prud. Que él fué el seducido.....
Crisp. Víbora!
Prud. Los ataques epilépticos,
que son, segun los juristas,

causa dirimente.....
Crisp. Júdas!....
Prud. Que dió usted en la manía
de hacer comedias....; mal digo;
tragedias caseras.....
Crisp. ¡Ira
de Dios.....
Prud. Y haciendo el papel
de Medea, ó Mesalina....,
no sé cuál, fué tanto el miedo
que usted le causó.....
Crisp. Mentira!
Prud. Y al cabo, si fué perjuro,
cara pagó su falsía.
Usted por la vez primera
le hizo probar vengativa
el pan de la emigracion.
Si ese manjar sabe á acíbar,
¿es, gran Dios! plato de gusto
el verse una escarnecida,
burlada, como otra Dido,
como otra Ariadna en la isla
de Náxos..... Sí, don Prudencio,
soy su mártir, soy su víctima,
y al recordarlo, mis músculos
tiemblan...., mis ojos se eclipsan...
Ay!.... Yo fallezco.
[*Se desmaya en brazos de D. Prudencio.*]
Prud. Señora!....
No alcanzo á la campanilla.....
¿Qué haré..... Un pellizco tal vez...
Probarémos.
[*Pellizca en un brazo á Crispula.*]
Crisp. Ah!
Prud. Suspira?
Crisp. [*Incorporándose.*]
Dónde estoy?
Prud. [*Ayudándola á sentarse.*]
Aquí. (Pues hizo
su efecto la medicina.)
¿Qué ha sido eso?
Crisp. Nada. Un vértigo...
Prud. Agua.....
Crisp. No se necesita.
[*Oliendo un pomito que lleva pendiente de un cordón ó cadena.*]
Siempre llevo éter conmigo.....
Prud. (Peste!) Bien.
Crisp. Y esto me alivia.—
¿Conque, en efecto, murió
aquel ingrato.....
Prud. Sí, en Suiza.
Ya ha tres meses que se supo
de oficio.—Pero sería
mejor no hablar de él.....
Crisp. Sí. Ya
se apagó la última chispa

de aquel amoroso fuego.
 La Providencia divina
 vela por mí. Él ya es difunto.....
Prud. (Caro amigo!...) Y yo soy rica.
Crisp. Si él existiera, quizá
 por compasión de sus cuitas.....
 No; mejor es que la inmensa
 eternidad nos divida.
Prud. Así como así, en los genios
 eran ustedes antípodas.
Crisp. Cierto; y ahora tendré novios
 cuantos quiera; y no estantiguas,
 como él lo sería ya,
 sino pollos de la cria
 nueva.
Prud. Eso, eso! (Está loca.)
Crisp. [Mirando su reloj y levantándose.]
 Pero es tarde y tengo prisa.....
 Guardaré en el escritorio
 la inscripción nominativa
 y saldré por la otra puerta.
 Adios.
Prud. Abur, Crispulita.

[Vase Crispula por donde vino.]

ESCENA II.

DON PRUDENCIO.

Confesemos que la tal
 Crispulita es personaje
 trágico de todas véras,
 y que en no serla constante
 tuvo sobrada razón
 mi amigo que en paz descanse.
 Lo que no comprendería,
 si todo no lo explicase
 esa desapoderada
 ambición que ha sido el cáncer
 de su vida, es cómo pudo
 ser sólo un día su amante,
 porque.....

ESCENA III.

D. PRUDENCIO. LUISA.

Luisa. [Saliendo de la habitación de la derecha más próxima al foro.]
Prud. ¡Papá... Luisa mía!
 Ven.....
 [La abraza y Luisa le besa la mano.]
 Hoy acabas muy tarde

tu lección de arpa.

Luisa. No; pero
 hasta que usted acabase
 el coloquio.....
Prud. Pues me hubieras
 ahorrado con entrar ántes
 un lance de melodrama.
Luisa. Ya deseo que se marche;
 que es tan grotesca...
Prud. Esta noche
 dormiré ya, Dios mediante,
 en su nueva habitación
 de la plazuela del Ángel.
 [Sentándose. Luisa se sienta también.]
 Siéntate. Tenemos mucho
 que hablar, y de cosas graves.
Luisa. Graves? ¡Santo cielo.....
Prud. Sí;
 pero no te sobresaltes;
 que no te voy á anunciar
 ninguna horrible catástrofe:
 al contrario.—Ahora bien, quiero
 que, ante todo, me declares
 si es libre tu corazón.—
 No te sonrojes. ¡Qué diantre.....
Luisa. No es libre..., porque es de usted.
Prud. Todo, todo mío? ¿Nadie
 me disputa su dominio?
Luisa. Nadie; ni sería fácil.
 Educada en un colegio
 con el rigor que usted sabe,
 no ha seis meses que gozosa
 vivo al lado de mi padre
 querido. Dentro de casa
 tengo una aya que me guarde,
 y sin usted ó sin ella
 no salgo nunca á la calle.
Prud. Es forzosa sujeción;
 bien lo conoces. No obstante,
 amor travieso se cuela
 por el ojo de una llave.—
 Ni te culparia yo
 porque á algun jóven amases
 digno de ti; pero ya
 que tu corazón no late
 por ninguno, lo celebro,
 porque eso cuadra á mis planes.
Luisa. ¿Planes.....
Prud. Sí. Ya supondrás
 que se trata de casarte.
 El yerno que tengo *in pectore*,
 después de un maduro exámen,
 es..... Pero ántes que te diga
 su nombre y sus cualidades,
 es forzoso detenerme
 en ciertos preliminares.—
 Paisanos y condiscípulos
 y de una edad casi, casi,
 don César Garces y yo,
 éramos inseparables
 amigos desde la infancia;
 lo que se llama uña y carne.

Sin embargo, diferíamos en ideas y en carácter; que tambien, como el amor, suele gustar de contrastes la amistad. Yo era mañoso, cauto, sobrio; él arrogante, ambicioso, emprendedor; yo, sin salir de mi cauce, siempre estuve por lo sólido, lo positivo y estable; él por lo heroico y sublime; yo en la tierra; él en el aire.... Sólo en ser á cuál más pobre éramos los dos iguales. Así en nuestra juventud, yo un domingo y él un mártes, dijimos muy huecos: cata á Periquito hecho fraile; yo, porque en mí pecador se proveyó una vacante de meritorio en valores con tristes cuatro mil reales; él, porque obtuvo la mano de una dama interesante, y con un millon de dote; que fué chiripa notable. Otro lo hubiera empleado en casas, en olivares, ó lo hubiera puesto á rédito....; pero él desdeñó—alma grande!—esas ideas mezquinas y esos cálculos vulgares. Sin mirar á que fué pronto padre de un robusto infante, gastó sin temor de Dios, y á los cinco años, en bailes, juego, convites...., ¡adios millon!; *requiescat in pace*. Millon que hiciera feliz á otro hombre ménos orate, y á él le trajo larga serie de zozobras y pesares. Arruinado ya, aceptó una comision en Cádiz, con la cual sólo ganaba para no morir de hambre. Pasados otros cuatro años murió del cólera Cármen su mujer.—Pobre señora!—Vuelve César á instalarse en Madrid; no se resigna á una pobreza humillante, y para cumplir su afán de hacer ruido á todo trance y reparar su derrota, ve una ocasion favorable en el restablecimiento de las patrias libertades. Con sus buenas relaciones, su talento;—porque era hábil para todo;—su osadía.... y un pulmon de piedra jaspe, pronto brilló en la tribuna,

en la prensa, en todas partes; fué diputado seis veces y no sé cuántas alcalde, empresario, senador, gran cruz aquí y en extránjis, ministro de la corona.....

Luisa. ¿Y son esos los desastres....
Prud. Ay! bajo el lauro frondoso

hervia, bramaba el cráter, y aquella aparente gloria era el infierno de Dante.

Luisa. ¡Cómo....

Prud.

Hoy triunfaban los suyos, y mañana sus rivales; siempre en vela, siempre en lucha, ya se le veia en auge por ensalmo, ya pasaba de la poltrona á la cárcel;—*del Capitolio á la roca Tarpeya*, hablando en lenguaje técnico; y la oposicion le achicharraba la sangre, y envejecia á galope, y se aniquilaba á escape, y en cierta ocasion faltó poco para fusilarle, y emigró dos ó tres veces; y por fin, lleno de achaques y disgustos y pasiones, léjos de los patrios lares á este mundo de miserias ha dado el último vale. Pobre señor!

Luisa.

Prud.

Yo entre tanto, sin soñar triunfos ni altares, y buen ciudadano siempre; pero huyendo de afiliarme en las huestes de ningun partido beligerante, en el nuevo órden de cosas fuí descubriendo *paulátim* cien medios de desplegar mis instintos industriales. En poco tiempo, sin agios ni trapisondas ni fraudes, reuní un capitalito que hubiera sido bastante á mis modestos deseos; mas como luégo contraí matrimonio con la santa de quien eres fiel imágen, y aunque pobre á la sazón, era de ilustre linaje, por ella multipliqué mis tareas, mis afanes;—por ella y por ti, hija mia, dulce fruto de un enlace que era mi orgullo.... Ay! en breve lo deshizo inexorable la muerte.

Luisa.

Prud.

Ah!

¡No quiso Dios tomar mi vida en rescate

de la suya!

Luisa. Oh madre mia!

Prud. Desde aquel amargo trance entera te consagré la ternura inagotable que ántes feliz repartía entre la hija y la madre; y á tu porvenir mirando, por más que el oro á raudales llovía Dios en mis arcas, nunca tenía bastante.

Luisa. Padre amado!.... Pero yo no quiero que usted trabaje tanto.....

Prud. Tú crearás que áun vivo remando..... No. Todo lo hace mi crédito. Los negocios más saneados me salen al encuentro, y á docenas se los cedo á mis cofrades. No obstante, ya he liquidado con muchos corresponsales, y en lo que resta de mes dejo de ser negociante para vivir de mis rentas como un príncipe de Gáles.— Pero ¿en qué vendrá á parar ese prolijo romance? dirás tú. Vas á saberlo. Rico, bienquisto, boyante, no hay quien su puerta me cierre ni quien mi mano rechace. En las tres aristocracias del oro, el genio y la sangre pudiera elegir un yerno; mas la amistad invariable que profesé al desgraciado don César, las relevantes prendas de su hijo Mauricio.....

Luisa. ¿Qué oigo! ¿Quiere usted casarme con él.....

Prud. Sí. Qué guapo mozo! En nada ha salido al padre. Le confié á mis desvelos, y á fe que no lo hizo en balde. Qué talento! qué cordura! qué carrera tan brillante! tan jóven, y ya es togado!— Ni yo he querido fiarme de sus cartas y de informes que pudieran ser parciales. Poco ántes de que salieses tú del colegio hice un viaje.....

Luisa. Sí, ya recuerdo.....

Prud. Pues fuí, como un espía, á observarle de incógnito..... Es una alhaja! Bien puedes felicitarte.....

Luisa. Mas sin tratarle no puedo.....

Prud. Quién dice que no le trates? No exijo que ciegamente suscribas á mi dictámen; que eres mi hija, no mi esclava.

Luisa. Oh bondad!

Prud. Soy yo algun cafre? Os veréis, os trataréis, y si las dos voluntades no se conforman..... Hoy llega á Madrid.

Luisa. Ah! ¿Luego el catre nuevo.....

Prud. Es para él.—Ya tarda.

Luisa. Cómo!... Ay Dios mio! Este traje.... Permítame usted.....

Prud. ¿Qué importa.... Tú siempre estás elegante y bonita.

Luisa. No; es preciso.....

Prud. [Riéndose.] Bien.

Luisa. No ajusta bien al talle esta bata.

Prud. Bien. Celebro que desees agradecerle.

Luisa. Voy pues.....

[Yéndose á su cuarto.]

(Y si no me gusta?)

Me están temblando las carnes.)

ESCENA IV.

DON PRUDENCIO.

[Tirando del cordon de la campanilla.]

Yo tambien me vestiré; que he de salir.....

[Llega Martin por donde salió don Prudencio.]

ESCENA V.

D. PRUDENCIO. MARTIN.

Martin. Señor.....

Prud. Dame el frac azul.....

Martin. Bien está, señor.

Prud. Un pañuelo, guantes.

[Entra Martin en la habitacion de D. Prudencio.]

Sí, se amarán, y aunque póstumo, tributaré este homenaje á mi amigo..... Ah! Si él viviera, sería un gozo inefable para mí.....

[Vuelve Martin con lo que pidió don Prudencio y le ayuda á vestirse.]

Martin. La bata.....

Prud. Tira.....

(Ya hace dos horas mortales
que debió llegar el huésped;
pero como hay tantos baches
en el camino, las lluvias
lo habrán puesto intransitable.

[Tomando de Martín los guantes y el
pañuelo.]

Mas si voy al parador
y él viene por otra calle.....)

[Á Martín, que le presenta el som-
brero.]

Ahora no. Déjalo ahí.

[Deja Martín el sombrero sobre un
mueble.]

Juan. [En la puerta del foro.]

Señor.....

Prud. [Á Martín, y éste se retira por donde
vino, recogiendo la bata.]

Nada más.

ESCENA VI.

D. PRUDENCIO. JUAN.

Prud. Qué traes?

Juan. Por usted pregunta un jóven.....

Prud. Ah!....

Juan. Que acaba de apearse
de la diligencia.

Prud. Él es!

Y le detienes, alarbe?

Juan. Como soy nuevo en la casa.....

Prud. Dile que pase adelante.

Qué alegría!

Juan. [Yéndose.] Bien está.

Prud. Corre, y á Ramon, que enganche.

ESCENA VII.

D. PRUDENCIO. BERNABÉ.

Prud. [Saliendo al encuentro de Bernabé y
abrazándole.]

Ven á mis brazos!....

[Reconociéndole y desviándose.]

Qué es esto?

Tú en Madrid—

Bernabé. Tio querido!

Prud. Qué sucede? Á qué has venido?

Responde!

Bernabé. Yo.... (¡Vaya un gesto....)

Sólo mi cariño fiel

me conduce....

Prud. Hum!....

Bernabé. (Es bravo!)

Á los brazos de mi tio,
porque no me hallo sin él.

Prud. Pues yo me hallo bien sin ti.

Bernabé. Es posible!....

Prud. Y ni es sincero
tu cariño.....

Bernabé. Oh Dios!....

Prud. Ni quiero
que me lo pruebes así.

Bernabé. Yo juro.....

Prud. ¡Dar ese pago.....

Bernabé. Oiga usted!....

Prud. Á mis oficios
de padre, á mis beneficios.....

Bernabé. Yo.....

Prud. Siempre serás un vago.

Bernabé. Eso.....

Prud. Calla y no me enfades.

Saliste de colegial
con una superficial
tintura de humanidades,
y luego, jurando á Dios
que lo hacías muy de véras,
emprendiste dos carreras.....
y abandonaste las dos.

Bernabé. Se oprime el genio en las aulas....

Prud. Genio tú!.... Y así lo siente!

Gran Dios, ¿esto se consiente
habiendo en Toledo jaulas?

• Por fin, aunque sólo un biello

merecia tal sobrino,
te proporcioné un destino
con diez mil reales de sueldo;—
que fué cargo de conciencia
habiendo tantos cesantes;—
y á los cuatro meses...., ántes,
vuelta á Madrid con licencia.

Bernabé. Es Burgos clima tan frio!....

Prud. Te negocié una permuta.....

Bernabé. Para Córdoba! En Calcuta
no es más ardiente el estío.

Prud. Callé, sufrí...., y á mi costa
luego fuiste á Santander.

Bernabé. Buen pueblo!, pero ¡un llover....!

No me prueba aquella costa.

Prud. Voto á briós!.... Pues ¿á qué lado
girarás ya.... No hay paciencia!....

Y ahora ¿quién te dió licencia.....

Bernabé. Nadie: yo me la he tomado.

Prud. ¡Maldecido.... ¡Oh juventud
loca!—Pues ¿no ves....

Bernabé. Ya veo.....

Prud. Que perderás el empleo?

Bernabé. Eh! para poca salud.....

Prud. ¡Poca salud.....

Bernabé. Sí señor.

Mi espíritu se anonada,
mi talento se degrada
en puesto tan inferior.

Prud. Se ha visto igual petulancia?

Bernabé. Pagando un *hotel garní*,
no un triste *zaquizamí*,
vistiendo con elegancia,
y para teatro, baño,
café, tabaco exquisito....,
por lo ménos necesito
treinta mil reales al año.

Prud. Pues!—He aquí la cantinela
que hoy entonan á porfía
mocosos que todavía
iban ayer á la escuela.—
Pero, siendo un perdulario....

Bernabé. Yo....

Prud. ¿De dónde sacas hoy....

Bernabé. Pero ¿olvida usted que soy
sobrino de un millonario?

Prud. ¿Y te deben algo á ti
mis millones, botarate?

Bernabé. No, pero justo es que trate
de honrar á mi tío.

Prud. Sí?

Esa traza llevas tú!

Bernabé. Me niega usted su asistencia?

Prud. Sí.

Bernabé. Pues bien; la independencia
es mi norte y mi Perú.

Prud. Ba!

Bernabé. Esa crueldad no me arredra.
Con dramas y gacettillas
mi pluma hará maravillas
desde Calpe á Pontevedra.

Prud. Bravo!

Bernabé. En Córdoba, en Cantabria,
por mis doctos manuscritos
saben ya los eruditos
quién es Bernabé Sanabria.—
Yo esperaba más agrado
del pariente á quien me postro,
siquiera porque mi rostro
está ya litografiado.

Prud. Cómo!...

Bernabé. Sí, señor; ya campa
seudónimo en un folleto;
que aún no he dado—soy discreto—
mi propio nombre á la estampa.
Así excito el interes
dando mi cara por muestra,
que es una obra maestra:
cuya, se sabrá despues.—
Pero usted ha visto ya....

Prud. Qué?

Bernabé. El folleto....

Prud. [Entre dientes.] Será alhaja!

Bernabé. Lo envié con una faja....

Prud. No sé.... Por ahí estará....

Bernabé. Qué oigo! ¡Tál desprecio ha hecho
usted....

Prud. Con tantos negocios....

Y si algo leo en mis ocios,
son cosas de más provecho.

Bernabé. Obras tengo de más fuste
que esa bagatela; pero
no hallo impresor ni librero

que éntre conmigo en ajuste.

[Dándose una palmada en la frente.]

Ah! Soberbia idea!

Prud. Cuál?

Bernabé. Hágase usted mi editor....

Prud. Yo!

Bernabé. Y en poco tiempo....

Prud. Horror!

Bernabé. Duplica su capital.

Prud. Bah!.... ¡Miren por qué registro
me sale!....

Bernabé. Es negocio....

Prud. Aparta!

Bernabé. (Oh tío atroz!)

Juan. [Llega con una carta, que entrega á
don Prudencio, retirándose en se-
guida.]

Esta carta
de Su Excelencia el Ministro.

[Don Prudencio abre la carta y la lee
para sí.]

Bernabé. (Un tío apacible y pródigo,
vaya, pase; pero un tío
tan hurao como el mio
debe estar fuera del código.)

Prud. (Me llama.... Me espera.... Iré.

[Guardando la carta y tomando el
sombrero.]

El ferro-carril del Norte....)

Bernabé. ¿Conque me da pasaporte
mi tío....

Prud. Oye, Bernabé.

Pobre como tú nací;
más, porque el hado inclemente
no me deparó un pariente
que hiciese nada por mí.
No he heredado ningún predio,
dije, luego aquello de:
«Con el sudor de tu....», eh?
me coge de medio á medio.
Y me soñé en el emporio
de la fortuna aquel día
en que tras larga porfía
me nombraron meritorio.
Aspirando, sin embargo,
á vivir independiente,
no me ceñí solamente
á desempeñar mi cargo.
Oliendo lo que venia,
en vez de echarme en el surco,
iba á la calle del Turco
á aprender taquigrafía.
Sin faltar á la liturgia
de empleado hombre de bien,
tomé lecciones tambien
de química y metalurgia.

Pero sin ayuda externa
mal podia yo hacer casa
con la dotacion escasa
de plaza tan subalterna.
Por fin, pelear consigo
con un negocio seguro
prestándome un peso duro
don César mi buen amigo.

Bernabé. ¡Es hazaña.....

Prud. No comun;
pero ello es que de tal suerte
me ingenié, que el peso fuerte
no se me ha acabado aún.

Bernabé. ¡Hacer esa maravilla
un duro!

Prud. Sí, Bernabé.—
¿Lo creyeras!.... Yo inventé
los fósforos de cerilla.
Así y con tan corta suma
fui mi fortuna labrando;
murió luego el rey Fernando,
y creció como la espuma;
porque hubo ya mil resortes
que tocar, y me valia
mucho la taquigrafía
en el jurado, en las Cortes;
y ya bien relacionado
entré en más pingües negocios;
puse giro, tuve socios,
compré papel del Estado,
fincas..... En resolucion,
ya el meritorio es un creso,
y cada real de aquel peso
me ha producido un millon.

Bernabé. Gran Dios!

Prud. Y á nadie defraudo....

Bernabé. (Hay fortunas insolentes.)

Prud. Qué estás diciendo entre dientes?

Bernabé. Nada; que admiro y aplaudo....

Prud. Ahora di: quien su caudal
ha adquirido de tal forma
y siempre tuvo por norma
ser probo, cauto y formal;
quien remó así dia y noche
¿quieres que dé barro á mano
á un sobrino casquivano
para que triunfe y derroche?
No te pase por las mientes
semejante idea. Vive
á tus anchas, viaja, escribe....;
pero conmigo no cuentes.
Lo único que haré por ti
es alcanzarte el perdon
de tu loca desercion.

Bernabé. Yo.....

Prud. Por hoy, quédate aquí.

Bernabé. Ah!

Prud. Y mañana á Santander.....,
ó á California si nó,
á la Icaria.....; adonde yo
no te vuelva más á ver.

ESCENA VIII.

BERNABÉ.

Me echa! me cierra su bolsa!
¡tu sagrada voz desoye,
próvida Naturaleza,
porque él es rico y yo pobre!
¿Qué sobrino, santo cielo,
desde Cornelio Nepote
hasta la fecha, fué víctima
de iniquidad tan enorme?
Esto clama á Dios venganza;
esto.....

ESCENA IX.

BERNABÉ. LUISA.

Luisa. ¡Papá.....
Bernabé. (Linda jóven!—
Ah! Mi prima.....)

Luisa. [Cortada.] Yo...
Bernabé. Ha salido...

Luisa. (Es Mauricio!)
Bernabé. (¡Son dos soles
sus ojos!)

Luisa. (Sí, el traje.....) Usted
llega ahora.....

Bernabé. Sí; del coche
diligencia me apeé
habrá unos trece ó catorce
minutos.....

Luisa. Muy bien venido
sea usted.....

Bernabé. Gracias. (Me acoge
mejor que el papá.) Mil gracias.

Luisa. Mas ¿qué veo! Esas facciones.....

Bernabé. Pues ¡qué!.... (Me tendrá por otro?)

Luisa. Qué sorpresa!

Bernabé. ¿Cuándo ó dónde.....
Hasta ahora nos conocíamos
entrambos sólo de nombre.....

Luisa. Tal creí, pero.....

Bernabé. (Me mira.....,
se sonríe.....; Qué buen golpe
sería que ella.....)

Luisa. [Tomando de encima del velador el
folleto á que ántes se aludió y mos-
trando la litografía á Bernabé.]

Esta estampa
por mí responda.

Bernabé. (Mi cróquis!....)

¿Tánta habrá sido mi gloria
que en ese bosquejo informe
se hayan fijado indulgentes
tus ojos encantadores?

Luisa. Yo ignoraba..... ¿Quién dijera.....

Bernabé. Prosigue; no te sonrojes.....

- (Oh fortuna!) Almo pudor
hace salir los colores
á tu lindo rostro. Oh Luisa!
¿Será un delirio, una torpe
decepcion lo que me anuncia
gozosa el alma? Responde.
Al ver en mí original
y con todos los resortes
de la vida ese facsimile
de mis modestas facciones,
qué siente tu corazon?
- Luisa.* Mi corazon..... no es indócil.....
- Bernabé.* Ah!....
- Luisa.* Y cree ya sin violencia
en las predestinaciones.
- Bernabé.* (Esto es hecho.) Hermosa mia!....
- Luisa.* Y pues estamos acordes....
- Bernabé.* Sí, sí.
- Luisa.* Y pronto en santo lazo
nos unirá el sacerdote....
- Bernabé.* (¿Qué escucho!)
- Luisa.* Sin liviandad
puedo decir al consorte
que me destina mi padre....
- Bernabé.* (Oh!)
- Luisa.* Que cumpliré sus órdenes
con sumo placer.
- Bernabé.* (Qué es esto?
Si para yerno me escoge,
¿cómo tan airado.... Tienen
estos señores mayores
caprichos....)
- Luisa.* Ese silencio....
- Bernabé.* No en tu disfavor lo gloses;
es que el gozo me embelesa,
y me extasia y me absorbe....
Oh cara Luisa!
- Luisa.* Oh Mauricio!
- Bernabé.* Eh? (¡Cayó en ruinas la torre
de mi soñada ventura!)
- Luisa.* ¿Qué veo! Otra vez inmóvil,
mudo....
- Bernabé.* (Á otro ha destinado
su mano el tío y su dote;
no hay duda.)
- Luisa.* ¿Cuál es la causa
de tantas cavilaciones?
- Bernabé.* (Y ella me ama, sí; hácia mí
correr he visto á galope
su corazon. La conquisto
en ménos de un paternóster,
¿y he de resignarme, oh Dios!
á que un quídame la robe?)
Luisa, Luisa!
- Luisa.* No comprendo....
- Juzgaré, si usted no rompe
el silencio, que otro amor....
- Bernabé.* [Con la mano en el pecho.]
No; por el Dios que nos oye
te juro que aquí perene
más que en lámina de bronce
tengo grabada tu imágen;
- pero el hado.... (El tiempo corre...
Se descubrirá el enredo....)
- Luisa.* Soy leal, soy noble!
(Hagamos del ladrón fiel.)
- Luisa.* No lo dudo....
- Bernabé.* Y aunque lllore
mi franqueza, yo.... soy yo,
y no puedo ser otro hombre.
- Luisa.* Pero....
- Bernabé.* Yo no soy Mauricio.
- Luisa.* Santo cielo!....
- Bernabé.* Y sólo un dropé
para prender á su dama
falsifica el pasaporte.
- Luisa.* (Fatal error!) ¿No es usted
Mauricio!
- Bernabé.* Ni Gil, ni Cosme,
ni.... Soy Bernabé.
- Luisa.* Mi primo!
- Bernabé.* Tu primo, sí; mas no es óbice
el ser primo para amarte
más que amó Céfalo á Prócris.
Y si no mintió tu labio
cuando entre perlas y flores
premió con dulces acentos
mis amorosos transportes,
yo reino en tu corazon,
Luisa; no ese monigote
intruso, por más que un padre
temerario te lo endose.
- Luisa.* Yo.... (No sé qué responderle.)
- Bernabé.* Aquí no hace nada el nombre.
Yo soy el propio individuo
litografiado por Lopez
que miraste con agrado
aun ántes de ver el molde;
soy el que has favorecido
con miradas que los dioses
envidiarían y halagos
que enternecieran á un roble;
luego entre Mauricio y yo
uno es forzoso que sobre,
y el que sobra es mi rival,
y yo debo ser tu cónyuge;
que no es de sesudas hembras
amar por partida doble.
- Luisa.* Pero es Mauricio, no usted,
el novio que me propone
papá.
- Bernabé.* ¡Y sin haberos visto....
- Luisa.* Nunca.
- Bernabé.* Ya; será algún prócer....
- Luisa.* No.
- Bernabé.* Algun millonario....
- Luisa.* Méenos.
- Bernabé.* Pues siendo así, ¿qué razones
le obligan á decidirse
por un yerno tan mediocre?
- Luisa.* Ser hijo de un tal don César
con quien tuvo relaciones
de amistad.
- Bernabé.* Yo soy su deudo,
que es más; y á mí me conoces;

á él no.

Luisa. De vista.

Bernabé. Los ojos siempre fueron los mejores intérpretes del amor; y pues los tuyos son cómplices de los míos.....

Luisa. No hay cariño sólido sin que se apoye en el trato, y.....

Bernabé. ¿Ya te olvidas de las predestinaciones, ingrata? ¿Ya no recuerdas que unánimes y conformes desde la infancia latian nuestros tiernos corazones? Dos años tendrías tú, que aún ibas con andadores, y yo siete, que son quince para los genios precoces, cuando partía contigo mis juguetes y mis postres, y ya en pueril jerigonza te requería de amores.

Luisa. No hago memoria.....

Bernabé. (Ni yo.) No habrá quien de ello se asombre. Tan párvula!.... Yo, bien mío, aunque en diverso horizonte crecimos, siempre te amé; siempre fuiste único norte de mis pensamientos, Luisa. Yo en mi mente desde entonces vi progresar por instantes tus gracias, tus perfecciones, y á ser pintor, te pudiera retratar en cuatro toques como fuiste á los nueve años y como fuiste á los doce.

Luisa. Será verdad?

Bernabé. Sí, ángel bello!

Luisa. Mas si mi padre se opone.....

Bernabé. Tal vez; y acaso de mí te dará malos informes; te dirá que sin sosiego, como si tuviese azogue, de pueblo en pueblo vagando cruzo valles, salvo montes..... Y te dirá la verdad; mas no te dirá que el móvil de tal movilizacion es que no encuentro en el orbe fuera del que Luisa habite un lugar que me acomode. Así herido el jabalí huyendo á través del bosque, más y más se clava el dardo que en sus entrañas esconde; así.....

Luisa. Basta!

Bernabé. Luisa mía!

Luisa. Te juro..... Oh! no me atolondres.

Bernabé. Tú me amas..... Sí; no lo niegues, y mi alma te corresponde.

Una insinuacion paterna no es la espada de Damócles. Resiste, impugna, emancípate; que contra padres feroces hay vicarios complacientes y códigos protectores.

Luisa. No; jamás!

Bernabé. Pero, á lo ménos, insta, llora, gime, arrójate á sus piés, dile que me amas; sí?

Luisa. Pero.....

Bernabé. Y al fin y al postre cederá. Es padre.....

Luisa. Dios mío!

Bernabé. Y tú eres su única prole.

[Asiendo una mano de Luisa y en ademán de arrodillarse.]

Ten piedad!

Luisa. Bien, sí; veremos.....

Bernabé. Mira que ya estoy al borde de la desesperacion.....

Luisa. Cielos!....

Bernabé. Y no bien otorgues el sí perjuro, daré un escándalo á la Corte.

Luisa. Bernabé!....

Bernabé. Sí; fiero tósigo, ó áspero cordel, ó estoque punzante me borrarán de la lista de los hombres.

Luisa. Ah! no.....

Juan. [En la puerta del foro.]

Don Mauricio...

Luisa. Que éntre. (Oh Dios!)

[Se retira Juan.]

Qué hago?...

Bernabé. Valor! Ponle mal gesto, y á las primeras de cambio, un nó, y buenas noches.

ESCENA X.

LUISA. BERNABÉ. D. MAURICIO.

Maur. [Saludando.]

Señorita.....

Luisa. [Con frialdad.] Bien venido.

Maur. [Saludando á Bernabé.]

Caballero.....

Bernabé. [Con seriedad.] Servidor.

Maur. ¿No está en casa mi señor don Prudencio?

Luisa. No.

Bernabé. Ha salido.

Luisa. Y pues vendrá usted muy harto del viaje....
Bernabé. Oh! sí. Necesita descansar.....
Maur. Yo.... Señorita....
Luisa. [Mostrándole la puerta de la izquierda más próxima al foro.]
 Allí tiene usted su cuarto.

ESCENA XI.

BERNABÉ. D. MAURICIO.

Maur. (Cómo me recibe así?
 Esquiva es la niña hermosa!)
Bernabé. (Luisa ha estado deliciosa.
 Ahora me toca á mí.)
Maur. No grato es el prelude....
Bernabé. Eh?
Bernabé. Y como usted nada sabe....
 Mas para dar con la clave
 no es menester grande estudio.
Maur. No obstante, agradeceré
 que usted me la explique.
Bernabé. Sí?
 Pues es que me quiere á mí
 Luisa y no le quiere á usted.
Maur. Ella es libre y yo soy justo.
 No me opongo á que le adore
 á usted....
Bernabé. Cierto?
Maur. Aunque deploro
 que no tenga mejor gusto.
Bernabé. Yo....
Maur. No hay que tomarlo á mal...
Bernabé. Yo le haré á usted ver que valgo...
 Pero perdonemos algo
 al despecho de un rival.
Maur. Yo rival! despecho yo!
 No. Don Prudencio me llama,
 pero su hija no es mi dama

y ménos mi novia.
Bernabé. No?
 Cómo!....
Maur. Pues si yo la amase,
 ¿me anunciara usted mi mengua
 sin yo arrancarle la lengua
 ántes de acabar la frase?
Bernabé. ¡Poco á poco; que eso pasa
 de la....
Maur. Acabemos.
Bernabé. (Qué brusco!)
Maur. No es usted á quien yo busco,
 sino al dueño de la casa.
 Para hablarme de un proyecto
 me ha llamado.... No sé cuál;
 pero es honrado y formal,
 tengo pruebas de su afecto,
 y no me traerá mi amigo
 á que su hija me befe
 y á que venga un mequetrefe....
Bernabé. Cómo!....
Maur. Á hombrearse conmigo.
Bernabé. Es que yo....
Maur. Abur.
 [Entra en la habitacion designada y
 cierra de golpe.]

ESCENA XII.

BERNABÉ.

¡Vaya un ente...
 Pero ¿á qué armar una riña,
 si ya en mi favor la niña
 ha resuelto el expediente?
 Pues, digo, ¡ha echado buen viaje
 el Mauricio!—Loco estoy
 de orgullo, de gozo.... Voy
 á recoger mi equipaje.—
 Mia la novia será;
 mia, oh gloria! y el impío
 que no quiere ser mi tio....
 tendrá que ser mi papá.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del acto primero.

ESCENA I.

D. PRUDENCIO. D. MAURICIO.

Prud. ¿Es posible!....
Maur. Sí, señor;
 y viéndome de tal suerte
 desairado, tuve impulsos

de marcharme....
Prud. ¿Qué se entiende...
 Yo soy el que manda aquí;
 eres mi amigo, mi huésped,
 y nadie se atreveria....
 Pero mucho me sorprende
 que así te haya recibido
 Luisa, sabiendo quién eres.

Maur. Sí; yo me anuncié.....
Prud. Y el trasto
 de mi sobrino ; meterse
 en camisa de once varas.....
Maur. Sin embargo, si él la quiere
 y Luisa le corresponde.....
Prud. ¿Cómo, si han estado siempre
 separados desde niños
 y hasta hoy no se han visto... Miente
 si tal dice. Él habrá osado
 tal vez, que á todo se atreve
 un loco, al verla tan linda
 decirle cuatro sandeces
 aprovechando mi ausencia;
 pero ¿ella corresponderle!
 Imposible!, y más sabiendo
 que á ser su marido vienes.
Maur. ¿Será cierto.....
Prud. Sí, Mauricio;
 mi plan, ya hace años, es ese,
 para que con dulces lazos,
 ya que otros rompió la muerte,
 el cariño de los padres
 en los hijos se renueve.
Maur. Tanta bondad me confunde
 y tal honra me envanece;
 pero usted no exigirá,
 supongo, que yo la acepte,
 si ántes amor no confirma
 lo que la amistad promete.
 El sólo nos ha de unir,
 él sólo ha de darnos leyes;
 que es mengua y dolor y crimen
 pronunciar un sí solemne
 cuando del labio sumiso
 murmura el alma rebelde.
Prud. No, no; su ventura anhelo
 más que la mía, y no puede
 ser tirano suyo un padre
 que la ama tan tiernamente.
 Mas no porque haya mostrado
 cierta frialdad al verte,
 efecto de su modestia
 y poco trato de gentes,
 ó quizá de algun enredo
 de Bernabé, desesperes
 de hallar en su corazon
 la acogida que mereces. —
 Ni tampoco es mi designio
 que tu voluntad violentes.
 Si no te agrada.....
Maur. Oh! sí, mucho;
 pero si ella.....
Prud. Finalmente,
 ni te ruego con su mano
 ni en renunciarla me ofendes.
 Podemos ser muy amigos
 sin la intervencion de un preste.
Maur. Oh! más que amigo, en usted
 me ha deparado la suerte
 un padre.....
Prud. Eh! no todavía;
 pero espero serlo en breve.

Maur. Mi gratitud.....
Prud. Es sincera;
 no lo dudo.—Ahora conviene
 inquirir lo que ha pasado
 y conjurar á ese duende....,
 si le hay.
*[Hace sonar la campanilla y un mo-
 mento despues aparece Juan en la
 puerta del foro.]*
 Vuelve á tu aposento
 y deja á mi cargo.....
[Á Juan.]
 Que éntre
 mi sobrino, si está.....
*[Aparece Bernabé saliendo de la ha-
 bitacion de la derecha que cae enfrente
 de la de D. Prudencio.]*
Lupus
in fábula.
[Á Mauricio.]
 Adentro.
[Á Juan.]
 Vete.

ESCENA II.

D. PRUDENCIO. BERNABÉ.

Bernabé. (Ya que me he quitado el polvo
 y me he mudado de ropa,
 voy..... Ardua será la lucha,
 pero alcanzaré victoria
 si ella.....)
Prud. Bernabé!
Bernabé. (Mi tio!)
 Caro tio!.... La zozobra
 con que.....
Prud. Al grano. Su Excelencia
 á mis ruegos te perdona
 tu locura.
Bernabé. ¡Oh venerable
 tio insigne! Usted me colma
 de bondades.....
Prud. ¡Que me pagas
 bien!
Bernabé. Oh! Con mi sangre toda
 quisiera.....
Prud. Mientras por ti
 me desvelo con heroica
 paciencia, ¡tú, procurando
 seducir á una paloma
 cándida, quieres alzarte
 con el santo y la limosna!
Bernabé. Seducir? No!—Mas primero
 que á esa acusacion responda,
 permita usted que postrado
 á sus piés sirva de alfombra.....

Prud. Quieto!

Bernabé. Este humilde sobrino.....

Prud. Alza, ó me voy. El hipócrita!

Bernabé. Alzo pues; pero los astros del Olimpo.....

Prud. Háblame en prosa.—
¿Qué títulos tienes tú para aspirar á esa boda?

Bernabé. Del tres por ciento, ningunos; no es conocida en la Bolsa mi firma; pero dejando aparte los que se apoyan en la consanguinidad, y sin lo que esta persona pueda valer en lo físico y en lo moral.....

Prud. Poca cosa.

Bernabé. Así es en la opinion de usted.... y en la mia propia; pero ella, más indulgente que usted y yo.....

Prud. Cómo!

Bernabé. Me honra con su amor.....

Prud. Ella!

Bernabé. Y pues Luisa, que es la interesada, vota en mi favor.....

Prud. Ba!

Bernabé. Es inútil que vote su padre en contra.

Prud. Inútil? Ya se verá..... Pero ese amor de tramoya ¿cómo nació? en qué se funda?

Bernabé. Mi pecho.....

Prud. En ti no me asombra: Luisa es mi única heredera, y soy rico.

Bernabé. Me sonroja usted. Ah! yo la idolatro desde la primera aurora de la vida.
[Con la mano en el pecho.]
Aquí guardaba indelebles las memorias de nuestra infancia; y despues, la intuicion, la prodigiosa virtud magnética.....

Prud. Basta!

Bernabé. Así.....

Prud. Oh!

Bernabé. Así.....

Prud. Punto en boca!

Bernabé. Ama y fecunda—oh prodigio!—
á su pareja remota la palma de Tremecen, no sé si al soplo del Bóreas ó del Noto.....

Prud. ¡Calla, calla, calla!

Bernabé. Pero.....

Prud. No me rompas

el cerebro con tu eterna cháchara.

Bernabé. Usted me interroga.....

Prud. No más! Á ti, es excusado. De Luisa sabré la historia.....

Bernabé. Bien: en su lealtad confio; pero si ella corrobora mi aserto, ¿promete usted mitigar su injusta cólera y no poner entredicho á dos almas que se adoran?

Prud. Su voluntad será libre; mas dudo mucho.....

Bernabé. No importa.

Prud. Yo te haré la guerra.

Bernabé. Bien; pero necesito prórroga.....

Prud. Sí.

Bernabé. Mal podré defenderme si tengo que irme á una fonda.

Prud. No; te quedarás en casa unos dias..... Vete ahora.....

Bernabé. Y me ha de ser permitido hablar con mi prima á solas.

Prud. Bien.
[Acercándose al cuarto de su hija.]
Luisa!

Bernabé. (Tremenda crisis!)

ESCENA III.

D. PRUDENCIO. BERNABÉ. LUISA.

Luisa. Papá.....

Prud. [Á Bernabé en voz baja.]
Vete.

Bernabé. Prima hermosa.....

Luisa. Bernabé.....
[Bernabé mira con ansiedad á Luisa y se pone la mano en el corazon.]

Prud. [En voz baja y conduciendo á Bernabé hasta la otra puerta de la derecha.]
Nada de guiños!

Bernabé. [Con gestos expresivos.]
Ah!....

Prud. [Haciéndole entrar y cerrando la puerta.]
Ya estás aquí de sobra.

ESCENA IV.

D. PRUDENCIO. LUISA.

Prud. ¿Puedo, hija mia, dar fe con mengua de tu buen juicio, á lo que teme Mauricio

y asegura Bernabé?

Luisa. Papá!...

Prud. Bernabé se jacta de que le amas.

Luisa. Yo.... (Ay de mí!)

Prud. Y quiero saber de ti si es su relacion exacta.

Luisa. Lo que es amarle,.... de fijo no lo sé aún:

Prud. Cómo es eso?

Luisa. Pero al verle, lo confieso, sentí cierto regocijo....

Prud. (Malo!) ¿Tanto es el influjo de su....

Luisa. Es de advertir, papá, que le habia visto ya....

Prud. Tú! Dónde?

Luisa. [Mostrando la estampa litografiada.]

En este dibujo.

Prud. (Mal haya!....) ¿Sabías tú que semejaba á la suya la cara de esa.... aleluya que trajo aquí Belcebú?

Luisa. No.

Prud. ¿Y rendiste tu albedrío á ese anónimo bosquejo, que pudiera ser reflejo de un ladron ó de un judío?

Luisa. Oh! No soy tan simple yo; mas cuando el rostro pintado, que yo vi sin desagrado, vivo se me apareció, no sé qué extraño prestigio cautivó mi voluntad; y si he de decir verdad no llevé á mal el prodigio.

Prud. ¿Así de otro hombre se prenda una doncella—qué oprobio!—cuando está esperando al novio que un padre le recomienda?

Luisa. Al contrario; tan propicio fué mi fallo á Bernabé porque yo me figuré que Bernabé era Mauricio.

Prud. Ah! ya entiendo: un *quid pro quo*... Y el engaño ¿duró mucho?

Luisa. Ay! demasiado.

Prud. ¿Qué escucho!

Luisa. Prendas mi labio soltó....

Prud. Que no te obligan á nada, pues yerro notorio fué....

Luisa. Es que despues confirmé....

Prud. Seducida, fascinada....

Luisa. Tal vez; pero aquel retrato providencial....

Prud. Disparate!

Luisa. Mi primo....

Prud. Es un botarate, un perdido, un mentecato.

Luisa. Pues la cara....

Prud. Linda pieza!

Luisa. No anuncia malas costumbres.

Prud. Me ha dado más pesadumbres que hay pelos en su cabeza.

Luisa. Tal me pintó su pasion....

Prud. Á tu dote!

Luisa. ¿Quién pensára....

Prud. ¡Luisa, no siempre es la cara espejo del corazon!

Luisa. Pero usted quizá es severo con mi primo en demasía.

Prud. No, no; que es mi antipatía justa, y probártelo espero.

Pues ¿qué puedo yo anhelar sino tu bien, criatura?

¡Tan linda, oh cielos, tan pura, y dársela á ese pelgar!—

Desecha, niña inocente, tan románticas ideas....

Ni yo pretendo que creas á tu padre ciegamente.—

Ah!.... Me ha ocurrido una traza con que, á poco que me ayudes, espero que ya no dudes del riesgo que te amenaza.

Luisa. Cuál?

Prud. Que á Bernabé respondas, si lisonjas importunas vuelve á decirte, con unas calabazas muy redondas.

Luisa. ¡Yo, santo Dios, y hace poco que tan risueña le oí!

Si se ve tratado así,

de fijo se vuelve loco.

Prud. Loco? Ya lo es.

Luisa. Yo temo, si mi labio le despide....

Prud. Qué temes?

Luisa. Que se suicide.

Prud. Bah! No llegará á ese extremo.

Luisa. Sólo al saber que venía

Mauricio, habló de cordel

y de tósigo cruel

y estoque... Virgen María!

Prud. Oh! el suicidio... Antes que Ovidio

instruyese á los galanes

era ya el plan de los planes

un amago de suicidio.

Y á ese tema volverá

cuando en vano gima y ruegue;

pero no temas que llegue

al rio la sangre; quíá!

Luisa. Y si de véras me amase?

Prud. Si aún así te guarda fe

seis dias, consentiré

en que contigo se case;

mas Dios.... y tu mismo primo

me librarán del dogal

de que se emplee tan mal

la prenda que más estimo.

Luisa. Pero, papá, es dura cosa

que cuando es tanta su fe

yo misma el trago le dé....

Prud. Es circunstancia forzosa.

Temerá alguna asechanza

si otro el mensaje le lleva.—
Mas sea eficaz la prueba:
quítale toda esperanza.
Tu ventura, tu sosiego
en esta experiencia fio,
y acaso tu honor y el mio.

Luisa. Ah!

Prud. Llorando te lo ruego.

Luisa. No más! Decidida estoy
á hacer lo que usted me ordena.

Prud. Ah!... Te doy la enhorabuena
y á mí mismo me la doy.

Luisa. (Oh!...)

Prud. Le hablarás sin testigos...
Allí está. Voy á llamarle.

Luisa. Tan pronto!

Prud. Y por más que charle
echando por esos trigos,
no te aturda, no te asuste....

Luisa. No.

Prud. Serenidad y calma;
pocas palabras, y al alma.

Luisa. Sí, sí.

Prud. [Abrazándola.]
Adios!

[Abriendo la puerta de la habitacion
donde se halla Bernabé, y retirándose
por el forillo.]
Cuando usted guste.

ESCENA V.

LUISA. BERNABÉ.

Bernabé. [Mirando á D. Prudencio.]

(Se sonrie.... Mal presagio!)
Temblando vengo ¡oh mi dulce
prima! á saber mi sentencia;
pero ántes que la pronuncies,
no echés en olvido, Luisa,
que la mujer no es un yunque,
sino un ser inteligente
y libre, que obra y discurre
y odia y ama *motu proprio*;
y no porque un padre abuse
de su autoridad, es justo
que en el siglo de las luces
te sacrifiques....

Luisa. Suspende
tu peroracion inútil,
Bernabé. Siento decírtelo,
pero es fuerza que renuncies
á mi mano.

Bernabé. Por qué, ingrata?
así tu palabra cumples?

Luisa. ¿así....
Si ilusa la di,
disipada ya la nube

que me ofuscó, me retracto.

Bernabé. ¡Oh mujer falsa, voluble....

Luisa. (Pobrecillo! Me da lástima....)

Bernabé. Tú, que me alzaste á la cumbre
de la gloria, ay! ¿es posible
que tan pronto me derrumbes....
Mas no; tú obras instigada
por los que fuerzan impunes
tu voluntad. Tú me adoras,
por más que lo disimules.

Luisa. No hay tal. (Estoy en tortura.)

Bernabé. Desde ántes que fueras núbil
tu padre te destinaba,
por razones harto fútiles,
á Mauricio; y como me odia,
aunque no sé en qué lo funde,
de mí te ha dicho sin duda
mil horrores, mil embustes.

Luisa. No. (Si no abrevio y me escapo,
soy perdida.) Á él no le acuses,
sino á mí, á mí sola.

Bernabé. Impía!
¡Tú....

Luisa. Deja ese tono lúgubre.

Bernabé. Oh decepcion! Yo en mi mente
te igualaba á los querubés,
¡y no sales de la esfera
de las mujeres comunes!
Ya te habrán dicho que soy
pobre, y por eso, en resúmen,
me dejas.

Luisa. Lo mismo hiciera
aunque fueses archiduque.

Bernabé. Oh! no excedas en perfidia
á los corsarios de Túnez.
Vuelve á ser mi prenda....

Luisa. Basta!

Bernabé. Y mi delicia y mi númen....

Luisa. Ya has oído mi *ultimátum*
y ocioso es que me importunes.

Bernabé. ¿Se juega así con las almas,
perjura? ¡No me repulses,
ó aumentarás el catálogo
de los suicidas ilustres!

Luisa. (Ay.... ya ha parecido aquello!)

Bernabé. Te ríes? Oh! no me insultes....

Luisa. Bernabé, esa arma está ya
muy gastada...., y no da lumbre.

[Yéndose por el foro, encuentra, ya
fuera de la escena, á D. Prudencio,
que viene por el forillo; allí figura
hablar con él durante el breve monólogo
de Bernabé, y en seguida se retira
por la izquierda del mismo foro.]

ESCENA VI.

BERNABÉ.

Me desáhucia, me disloca.
Oh dolor! Rica y tan guapa....

¡Qué bocado se me escapa desde la mano á la boca!
Y á quién debo este tropiezo?
Á ese padre Barrabas que la seduce.... No hay más!
Si papá no mete el cuezo, me la llevo á la parroquia á pesar del otro hidalgo, me embolso la dote y salgo de pobre. Ah!

ESCENA VII.

BERNABÉ. D. PRUDENCIO.

Prud. Se soliloquia?
Bernabé. Oh! ¿Viehe usted, padre inicuo, á deleitarse en mi luto y á saborear el fruto de su proceder oblicuo?
Prud. Oblicuo! ¿Será más recto el tuyo?
Bernabé. Oh sencilla oveja!
Prud. ¡Tú....
Óyeme con calma y deja tu gongorino dialecto. Ni blasfemias ni amenazas, que á mí no han de hacerme mella, te harán dueño de la bella que te ha dado calabazas. Pero, ya que has hecho *fiasco* con Luisa....
Bernabé. Tirana suerte!
Prud. Algo puedo yo ofrecerte que te indemnice del chasco.
Bernabé. Ah! no. Este dardo punzante que el corazon me atraviesa, hasta en la profunda huesa me desgarrará.... No obstante; como es preciso comer aún para vivir rabiando, y bueno es caer en blando, ya que uno caiga.... Ay!.... Á ver? ¿Qué cosa....
Prud. Tengo ocasion de mejorar tu fortuna.
Bernabé. Con un ascenso?
Prud. Con una bonita administracion.
Bernabé. Pche!.... Cuya?
Prud. De una señora dueña de cuantiosos bienes.
Bernabé. Ah!....
Prud. Cerca de ti la tienes.
Bernabé. ¿Quién....
Prud. La vas á ver ahora.— Esto es, si acomoda el trato.
Bernabé. Sepamos....
Prud. Cincuenta duros al mes saneados, seguros, casa, ropa limpia, el plato....

Bernabé. Miseria!
Prud. ¿Aun ponés mal gesto?
Pues no hay nada de lo dicho.
Voy....
Bernabé. No... Y... ¿qué especie de bicho... Viuda?
Prud. No; de estado honesto.
Bernabé. Sí?
Prud. Y no depende de padre ni tutor, tío ni hermano. De su dinero y su mano puede hacer lo que le cuadre.
Bernabé. Será esa mujer horrenda; que si nó, ¿cómo se explica....
Prud. Pocos dias ha que es rica.
Bernabé. Ya. Y.... ¿jóven, ó... reverenda....
Prud. Pchel.... Ya no es una chiquilla....
Bernabé. Treintaicuatros....
Prud. Por mi cuenta ya no ha de cumplir cuarenta; pero aún es pasaderilla; y si os convenis los dos....
Bernabé. Oh, calle usted!
Prud. Todo cabe....
Bernabé. Horror! ¡Absurdo....
Prud. ¿Quién sabe... De ménos nos hizo Dios.
Bernabé. No, no hablemos de eso.—Acoto la administracion.
Prud. Bien hecho.
Bernabé. Pero, ¡su mano, su lecho! (No lo echaré en saco roto.)
Prud. Oh! nadie te obligaria....
Bernabé. Bien; decidido estoy ya. Vamos, pues tan cerca está....
Prud. Como que es huésped mia.
Bernabé. ¡Ah....
Prud. Hoy se muda, y como tiene su cuarto todo revuelto....
Bernabé. Es natural.
Prud. Ha resuelto recibirte aquí....
[Mirando al forillo, por el cual aparece Crispula.]
Ya viene.
Á solas os dejaré....
Bernabé. Bien.
Prud. (Se cumple mi deseo.)

ESCENA VIII.

BERNABÉ. D. PRUDENCIO. CRÍSPULA.

Prud. [Á Bernabé, presentando á Crispula, y viceversa.]
Crispulita....
Crisp. (Oh Dios!)
Bernabé. (¿Qué veo!)
Prud. Mi sobrino Bernabé.
[Entra en el cuarto de D. Mauricio.]

ESCENA IX.

BERNABÉ. CRÍSPULA.

Crisp. Es posible?... Usted!....
Bernabé. (Conviene disimular mi sorpresa.)
 Sí, soy el mismo que en Córdoba, cuando hacía usted tragedias en el teatro casero del marqués de la Luciérnaga, alborotaba con bravos y palmadas la platea, y en una hoja volante que hice circular impresa dije que era usted, oh Crispula! gloria y prez de nuestra escena.
Crisp. Sí, sí. Aun conservó ejemplares.... Por cierto que malas lenguas dijeron que quiso usted burlarse de mí....
Bernabé. Blasfemia!
Crisp. Que habia doble sentido en ciertas frases, y que era, en fin, el supuesto elogio una sátira sangrienta.
Bernabé. Rivalidades, envidias que persiguen donde quiera al genio. ¡Sátiras yo, santo cielo, contra aquella que con su mágico acento subyugaba mis potencias y sentidos! ¡Cuántas veces cuando era usted Clitemnestra tuve yo envidia de Egisto y horror á Oréste y á Electra!
Crisp. ¿Qué oigo!
Bernabé. (Pecho al agua!) Sí; conducido por Minerva se entró Cupido en mi pecho; y para que usted lo sepa de una vez, yo amaba á Crispula creyendo amar á la reina de Argos, y mi corazon no advirtió aquel... viceversa hasta que de parte á parte le hirió la acerada flecha.
Crisp. ¿Será posible.... ¿Y por qué no decirme con franqueza....
Bernabé. Porque el prestigio del arte me ofuscaba tan de véras, que siempre en usted veía el coturno y la diadema, y triste mortal no osaba sublimarme hasta la esfera donde brillaba la hija de Júpiter y de Leda.
Crisp. (Qué lindas cosas me dice!) Pues no fui yo tan severa que negase á las lisonjas de usted alguna halagüeña sonrisa....
Bernabé. Que á mí—ay cuitado!—

me parecia siniestra, sardónica.

Crisp. No. Qué error!
Bernabé. (Miento más que la Gaceta.) Viendo que en mí se cebaba la garra de la tristeza, puse tierra de por medio esperando que la ausencia me curase....
Crisp. ¿Quién diria....
Bernabé. La honda llaga.... Ni por esas!
Crisp. Pasion acendrada!
Bernabé. ¡Atroz...., trágica!
Crisp. Y yo ¡tan ajena.... Ya se ve, sin despedirse tomó usted la diligencia....
Bernabé. Tal fué mi despecho!
Crisp. Y luego
 ¡no escribirme cuatro letras....
Bernabé. Por desaliento. Tenía fija en mi mente la idea de que usted me detestaba.
Crisp. Yo? Virgen de la Almudena!... Al contrario....
Bernabé. Al fin, sabiendo que residias en esta villa heroica, me abandono al influjo de mi estrella: te sigo; amor me sugiere la inocente estratagema de pedirte ese destino de mayordomo, albacea.... ó ¿qué sé yo?... Lo que sé, y tú ya no ignoras, bella Crispula mia, es que te amo con la misma vehemencia que en Córdoba....
Crisp. Bernabé!....
Bernabé. Mas con fe pura y honesta que se somete á los fueros de la santa madre Iglesia.
Crisp. (¿Soy yo quien le ha enamorado tan ciegamente,... ó mi hacienda? Todo puede ser.—No, Crispula; es imposible que mienta quien habla con tal fervor, con tanta.... Ni soy tan vieja, que....)
Bernabé. (Calla.... Cavila... Tiemblo.)
Crisp. (Tal vez, como la belleza, hace el talento conquistas....)
Bernabé. (Si esta tambien me desprecia, hago un pan como unas hostias.) ¿No merezco una respuesta, Crispula?
Crisp. Ay!
Bernabé. Ese silencio me aflige, me desespera. Ah! bien lo temia yo; tu corazon me desdena!
Crisp. [Conmovida.] No, Bernabé! Pero temo

ser, ay! demasiado crédula.
El cielo me ha dado una alma
sensible, expansiva, tierna.....
y una complexion, que..... Todo
me conmueve..., ay Dios! me altera,
me.....

Bernabé. Qué tienes?

Crisp. [*Desmayándose en los brazos de Bernabé.*]

Yo... sucumbo!

Bernabé. Mi amor!... (Tambien epiléptica?)
Señora!... (Nada! No vuelve.....
Ah! este pomo que le cuelga....;
quizá.....

[*Lo aplica á la nariz de Crispula.*]

Pesa diez arrobas.)

Crispula!... (¡Vaya, que es plepa...)

Crisp. Ay!

Bernabé. Respira.

Crisp. Bernabé!...

Bernabé. Se siente usted indispuesta?

Llamaré.....

Crisp. No. Un pasajero
deliquio..... Ya estoy serena.

[*Desviándose.*]

Pero ¡ah!.. Yo en brazos de un hombre!

Bernabé. De tu amante. (Qué pamemas!)

Crisp. Mi amante!... Recelo..... Dudo.....

Bernabé. Oh! Lo juraré, si es fuerza,
postrado á tus pies.

Crisp. Consiento
en que me des esa prueba
de ternura.

Bernabé. [*Hincando una rodilla en el suelo.*]

(Hum!) Quieres más?

(¡Mal haya, amén, la pobreza,
que así humilla á un elegante!)

Crisp. Oh! el júbilo me enajena.

ESCENA X.

BERNABÉ. CRISPULA. LUISA. D. PRUDENCIO.
D. MAURICIO.

[*Luisa aparece por el foro, y poco despues don Prudencio y D. Mauricio por la puerta del cuarto de este último.*]

Luisa. (Vuelvo...)

[*Con grito de sorpresa.*]

Ah!

Bernabé. [*Levantándose rápidamente.*]

(Luisa!)

Crisp. [*Sin haber visto á Luisa, y abrazando á Bernabé.*]

Alza á mis brazos.

Bernabé. (Que no me trague la tierra!)

Prud. Ya es hora..... Bravo!

Maur. Sublime!

Bernabé. [*Cortado.*]

Es un paso de tragedia.....

Nos conocimos en Córdoba,

y la aficion..... Una escena.....

Crisp. La verdad es que él me adora
ya hace un año...

(Ah! ¿Quién creyera...)

Luisa.

Crisp. Y que yo le correspondo.

Prud. Sea muy en hora buena.

Crisp. Y que pronto con la mia
se unirá amante su diestra

bajo la casta coyunda

que nuestras almas anhelan.

No es verdad, caro consorte?

Bernabé. Sí, querida esposa. (¡Horrenda
situacion!)

Prud. Celebro.....

Crisp. Gracias.

[*Tomándole el brazo.*]

Sígueme ahora.....

Bernabé. (Paciencia!)

Crisp. Que, pues mi dueño has de ser
pronto, quiero que intervengas
desde ahora en mis negocios.

Bernabé. Bien.

Crisp. Denme ustedes licencia.....

Prud. ¿Se va usted.....

Crisp. No todavía.

Nos veremos en la mesa.

Hasta luego.—Ah! sin perjuicio

de pasar la papeleta

de costumbre, están ustedes

convidados á la fiesta.

[*Vase con Bernabé por el forillo.*]

ESCENA XI.

LUISA. D. PRUDENCIO. D. MAURICIO.

Luisa. [*Echándose en los brazos de D. Prudencio.*]

Ay papá!

Prud. Lo ves? Tu primo
es un farsante.

Luisa. Un bribon.

Maur. Un desdichado.

Luisa. ¡Jurarme

que muere por mí de amor,

y verle luego en los brazos

de una vieja!.... Esto es atroz.

Maur. Si le pesa á usted.....

Luisa. Me pesa

en el alma, sí, señor;

no por perder tal alhaja,

sino sólo porque soy tan simple que necesito recibir esta lección.

Maur. Yo me felicito de ella, Luisa, y aún más del candor con que usted confiesa y siente su falta de prevision; pues eso, y las circunstancias singulares de que estoy bien informado, disculpan á mis ojos un error que nació de la cabeza, pero no del corazón.

Luisa. [*Con ingenuidad cómica.*] Y es verdad!—Mas aunque, á fuer de caballero español, tan generoso y galante me da usted la absolución, no debo aceptarla cuando yo misma no me la doy.

Prud. Oyes? Es un ángel!

Maur. Sí; y cuando sus gracias nó, bastaría á cautivarme ese excesivo rigor con que se juzga á sí misma.

Luisa. ¡Si no merece perdon mi locura! Sin embargo, de usted puedo sin rubor aceptarlo, padre mio, porque sabe usted que yo si no me lo concediese moriría de dolor.

Prud. Oh! tú no lo necesitas, mi amada Luisa; que aún hoy me has dado una prueba insigne de cariño y sumision; pues cuando, padre amoroso y no tirano feroz, para salvarte del lazo que ese alevé te tendió consejos te di, no leyes, fuiste dócil á mi voz.

Luisa. Sí; y aunque pese á mi orgullo, que de la prueba salió lastimado, ahora confieso que un padre es siempre el mejor consejero.

Prud. Yo esperaba que me diesen la razón el tiempo y tu buen sentido; pero no que tan precoz fuese el fruto.—Ya, supongo, no te angustiará el temor de que Bernabé, arrastrado por la desesperación, se suicide.

Luisa. Ya lo ha hecho.

Prud. ¡Cómo....

Luisa. Sí. Pues ¿qué mayor suicidio que ser marido de tan rancio cronicon?

Maur. En efecto.

Prud. Qué donosa! Yo aplaudo ese buen humor, presagio de gozo y dicha para todos. Sí, los dos seréis mis hijos....

Luisa. ¡Papá, por Dios.... Qué dirá el señor?

Maur. Que la amo á usted y mi gloria cifro en tan feliz union.

Luisa. Gracias por tanta bondad; mas yo, ¿con qué cara voy á aceptar.... Confiese usted que es crítica situación la mía.

Prud. No tal.

Maur. Me encanta!

Luisa. Sin poder hablar en pro ni en contra... Jesus!... Arréglenlo ustedes allá los dos; porque, lo que es yo, ni digo que sí ni digo que nó.

ESCENA XII.

LUISA. D. PRUDENCIO. D. MAURICIO. JUAN.

Juan. Un caballero desea hablar con usted...

Prud. ¿Quién... ¿Cómo se llama?

Juan. Se nombrará cuando estén ustedes solos, me ha respondido.

Prud. En buen hora. Mientras recibo á ese.... anónimo, [*Mostrando el cuarto de Luisa.*] entrad allí....

[*Á Luisa.*]

Dale el brazo; que es tu huésped.... y tu novio.

Luisa. [*Entre risueña y avergonzada.*] Vaya!

Maur. Oh Luisa!....

Prud. Así me gusta. Pronto seré con vosotros.

[*Á Juan.*]

Que éntre.

ESCENA XIII.

D. PRUDENCIO. D. CÉSAR.

Prud. ¿Quién será ese quídam y qué querrá.... Algun socorro

tal vez.....

[*Entra D. César y antes de hablar se cerciora de que está á solas con don Prudencio.*]

César. Prudencio!

Prud. [*Para sí.*] Esa voz.....

Será ilusion?... Ese rostro.....

César. Dame los brazos..... Soy César!

[*Se abrazan.*]

Prud. Ah!.. Sí; mas... ¡Tú...

César. No me asombro de que aún mi mejor amigo me desconozca: ¡tan otro soy del que fui!... Y además, este traje, los anteojos, la barba gris.....

Prud. Pobre César!

Te suponía.....

César. En el hoyo!

Prud. ¿Qué mucho, si atestiguaron tu muerte cartas, periódicos..... y hasta la fe de difunto, que yo vi con estos ojos?

César. Ardides de un desgraciado; pero aunque ya no blasono de aquella salud robusta que tuve cuando era mozo, aún estoy en pie, á pesar de enemigos rencorosos.

Prud. Enemigos!

César. Sí, y no dudes que algunos con sumo gozo á trueque de ver mi entierro pagarian los responsos.

Prud. No creo.....

César. Tomando el nombre de otro español más dichoso que yo, pues ya se acabaron las miserias de este globo para él, vuelvo á mi patria.....

Prud. Pero ese ardid era ocioso.

César. La amnistía te comprende.....

Prud. No la acepto: es un oprobio.
¡Por qué si nadie te obliga á renegar de tus votos, de tus principios..... Si fuera un indulto.....

César. Yo no doblo la frente á mis enemigos: ó sucumbo, ó los derroco.

Prud. Es posible!

César. Guerra á muerte!

Prud. Pero ¿cuál es tu propósito.....

César. Guerra á muerte! ya lo he dicho.

Prud. Á quién? cuándo? de qué modo?

César. Á quién? Claro está: al poder y á cuantos le den apoyo.—

Es decir, á los ministros: para mí es sagrado el trono. Cuándo? Hoy, y mañana, y siempre, y sin tregua ni reposo,

hasta que suelten la carga y la sustenten mis hombros.

De qué modo? Á todo trance:

en la prensa, y en el foro, y en el club, y en la tribuna, y en la plaza de los toros, y en teatros y en cafés, tabernas y calabozos, combatiendo como un héroe.....

ó minando como un topo.

Prud. Oh! tú te ciegas....., te pierdes!

¿Qué recursos.....

César. No estoy solo.

Tengo amigos..... Traigo planes....

Prud. Y si fuesen ilusorios?

César. No. De acuerdo con mis cálculos están los hombres más doctos de la Europa. Es inminente la revolucion, y sordo ya á lo léjos ruge el Austro precursor del terremoto.

Prud. Dios nos libre! Siempre he sido enemigo de trastornos.

César. Pues ya! Para un millonario el *statu quo* es muy cómodo.

Prud. Lo mismo era, ya lo sabes, cuando elaboraba fósforos.

César. Bien; pero la complexion, la costumbre, el genio..... Somos, aunque amigos entrañables, antítesis uno de otro.

Prud. Oh ambicion!

César. Sí, la ambicion

es para mí, no lo ignoro, el buitre de Prometeo; pero, ya lanzado al golfo de la política, lucho con tempestades y escollos, y si una vez tomo puerto, dos, tres, cuatro se va á fondo mi frágil nave. No importa mientras respire el piloto.

Prud. Pero á lo ménos consulta la marea, el viento, el polo ántes de embarcarte, y mira qué gente llevas al corso, y de qué porte es el buque, y si hay víveres á bordo.

César. Eh! yo no hilo tan delgado. Si hemos de preverlo todo.....

Prud. Oh! No se halla todavía en sus últimos sollozos la patria. Descansa, huelga algunos dias..... Supongo que te hospedarás aquí.

César. No, eso no, ni por asomo.

No quiero comprometerte.

Prud. No lo harás, César, si logro persuadirte.....

César. No te canses.

Prud. ¡Óyeme por Dios.....

César. No te oigo. Ó mandar ó conspirar.

Prud. Santo cielo!
César. Este es mi horóscopo.—
 Mas ya me están esperando....
 No me detengas.
Prud. Tan pronto!
César. [Yéndose.]
 Sí. Adios!
 [Deteniéndose.]
 Ah! ¿Puedes prestarme
 dos mil reales?
Prud. Me abochorno
 de oírte. Cuanto yo tengo
 ¿no es tuyo?
César. ¡Sí, generoso
 amigo!
Prud. Pero tan corta
 cantidad....
César. Yo me socorro
 para tres meses con ella:
 el destierro me hizo sobrio.
Prud. [Dándole una cartera y luego un
 bolsillo.]
 Aquí hay seis mil en billetes,
 y aquí algunas onzas de oro.
César. No. ¡Si digo....
Prud. Toma y calla,
 ó me enfado y alboroto....
César. Bien, dame....
 [Guarda la cartera y el bolsillo.]
 Día vendrá,
 y acaso está ya muy próximo,
 en que pueda....
Prud. ¡Voto á sanes....
 Ya he dicho que me sonrojo....
César. Bien, basta!
Prud. Ingrato! Con días
 más serenos y más prósperos
 te iba á brindar mi cariño....
César. [Impaciente.]
 Gracias....
Prud. Mas tu orgullo indómito...
César. No; mi estrella! Adios.—Silencio!
Prud. No temas.
César. Para ti solo
 vive César: para el mundo
 ha muerto; pero glorioso
 en breve desde la tumba
 ascenderá al Capitolio.
 Esa tarjeta, entre tanto,
 [Saca una y la deja sobre el velador.]
 te dirá mi nombre apócrifo
 y dónde vivo.—Escasas
 las visitas..., sobre todo,
 de noche, porque allí... Entiendes?
 No sea que den un soplo,

y sin culpa pagues tú
 lo que pequemos nosotros.—
 Ah! cuenta con la cartera
 de Hacienda, si un día formo
 y presido el Gabinete.
Prud. Yo ministro? Antes me ahorco.
César. Bobada!... Admite siquiera
 la dirección del Tesoro.
Prud. Pero, infeliz!, no eres más
 que un desesperado, un prófugo,
 ¿y repartes ya el botín....
César. Cuento con mi fe, mi arrojo,
 mi estrategia.... No lo dudes;
 dentro de un mes, ó tremolo
 victoriosa mi bandera...,
 ó me llevan los demonios.

ESCENA XIV.

D. PRUDENCIO.

Qué delirar! Está visto
 que no hay para él más prójimo
 ni más ley que su insensata
 ambición. Dios poderoso!...
 ¿Me ha preguntado siquiera
 por su hijo? Sí, sí; está loco.—
 Y tal vez esa locura
 va á ser invencible estorbo
 á la esperanza halagüeña
 que ya con tanto alborozo
 veía realizada....
 ¿Quién piensa ya en desposorios....
 Mas si yo le hubiera dicho:
 tu hijo está aquí, y en consorcio
 feliz con mi Luisa.... No!
 Haría de él un neófito,
 un Seide, y envolvería
 en su ruina al pobre mozo....,
 ¿y quién sabe si también
 á mi pobre niña, á todos....
 No, señor! Ya que él se pierda,
 no es razón.... Oh! ni él tampoco.
 Le libraré á su pesar;
 conspiraré si es forzoso,
 imitándole.... Qué digo?
 Imitándome á mí propio.
 Pues ¿no he conspirado ya
 como un *Fieschi* contra el mono
 de mi sobrino?—Sin duda
 es este un mal contagioso
 como la fiebre amarilla
 ó como el cólera morbo.
 Lo cierto es que yo he mirado
 siempre con terror, con odio
 las conspiraciones; y hoy—
 ¡el siglo de los fenómenos
 es este!—me he convertido
 en conspirador de á folio.

[Se dirige al cuarto de Luisa.]

ACTO TERCERO.

Sala con dos puertas laterales; una á la derecha del actor, que es la que conduce á la escalera y comunica con otras habitaciones; otra á la izquierda, que da paso á un gabinete: muebles de lujo y entre ellos una cómoda. Es de noche. Luces.

ESCENA I.

D. CÉSAR. ELOY.

César. ¿Conque, en resumidas cuentas, estoy preso aquí?
Eloy. Cabal.
César. Y es usted mi alcaide?
Eloy. Tengo ese honor.
César. Mil gracias.
Eloy. No hay de qué.
César. Y qué cárcel es esta? de estado, ó correccional? eclesiástica, ó civil? política, ó militar? ¿y á qué acto gubernativo ó sentencia judicial, bando ó pragmática debo esta obra de caridad? ¿y quién me da testimonio del atropello brutal que sufro? ¿y con qué derecho se atenta á mi libertad?
Eloy. No sé nada. Mi consigna es ojo alerta y callar.
César. Pero, señor, y las leyes?
Eloy. ¿Yo qué entiendo.... Eso, al fiscal. Mas ya ve usted que le alojan con toda comodidad.
César. Lo estimo.
Eloy. Por esta sala se puede usted pasear.
César. Oiga!
Eloy. Y usar á su arbitrio de aquella puerta, que da á un bonito gabinete con alcoba muy capaz....
César. Celebro....
Eloy. Mas por la otra será inútil que usted....
César. Ya.
Eloy. Pretenda salir....
César. Entiendo.
Eloy. Porque le dirán: atrás!
César. (Destino cruel!)
Eloy. [Iba á salir y se detiene.]
 Ah! De orden

de la superioridad, será usted tratado aquí lo mismo que un senescal.—Cena usted?

César. No.
Eloy. Chocolate siquiera, ó té....
César. (Rejalgar!)
 Nada.
Eloy. Yo siento infinito....
César. Quiere usted dejarme en paz?

ESCENA II.

D. CÉSAR.

¡Adios planes, adios sueños dorados!.... Fatalidad!
 Apenas llego á Madrid ¡preso! Pues, digo! si van ocho ó diez minutos ántes atrapan á los demas; pero ya, por dicha suya, se habian ido. Del mal el ménos.—Si no me engaño, los que me han traído acá son de la ronda de capa.—Pero ¡qué arbitrariedad! Primero entra un fariseo, y otros cinco ó seis detras; me sorprenden, me amenazan.... Venga el pasaporte!—Ahí va.—Dése usted preso.—Yo! ¿Quién lo manda?—La Autoridad.—Y sin más explicaciones me hacen ponerme el gaban, me llevan á la escalera, de la escalera al portal, entran conmigo en un coche dos de ellos y el capataz, me dan el brazo—qué amables!—con la misma urbanidad ahora para subir que entónces para bajar, y aquí entre cuatro paredes me dejan sin más ni más. Oh despotismo! oh venganza! oh rencor!—Ello es verdad

que algo de esto sucedió cuando yo mandaba.—Ya!; pero entónces lo exigian las circunstancias y las.... Pues! Pero ahora, que ha vuelto todo al estado normal.... Oh! Y quién me habrá denunciado? Prudencio.... No, no. Él? Jamás! Los pasos me habrá seguido algun agente sagaz...., ó se ha ingerido en el club algun espía venal.... Nada postra mi valor, probado en la adversidad, pero mil muertes prefiero á este congojoso afán, á esta amarga incertidumbre. No hay para mí un tribunal? nadie viene á interrogarme?— Si me pudiera escapar!.... Qué haré?... Escribiré á Prudencio... No me lo permitirán.

[*Tirando de un cordon de campanilla.*]

Probemos, no obstante. Nada se pierde por preguntar.

ESCENA III.

D. CÉSAR. ELOY.

Eloy. Qué me manda usted?
César. Deseo escribir.
Eloy. Es natural. Á la familia?
César. Á un amigo....
Eloy. Á quien usted quiera. No hay inconveniente... hasta ahora.
César. Gracias. (Tanta lenidad!....)
Eloy. En el gabinete hay luz, papel, plumas de metal, tinta.... La oblea es inútil....
César. Por qué?... Entiendo. (¡Oh suspicaz tiranía!) Bien; no importa.
Eloy. Mi consigna....
César. Bien está.

[*Entra en el gabinete.*]

ESCENA IV.

ELOY. CRÍSPULA. BERNABÉ.

Eloy. Pobre señor! Me da lástima; pero obediente y puntual debo....
 [*Llegan por la puerta de la derecha Crispula y Bernabé.*]
Crisp. Entra.
Eloy. (Calle! La huésped

y el sobrino.... Á qué vendrán?)
 Salió el amo....

Crisp. Ya lo sé, pero me permitirás....
 Me he marchado sin dinero, y lo tengo que sacar de esa cómoda.

Eloy. Está bien.

[*Fiéndose.*]

(Mi consigna es muy formal. Siempre que el preso no salga, puerta franca á los demas.)

ESCENA V.

CRÍSPULA. BERNABÉ.

Crisp. [*Sacando una llave y abriendo la cómoda.*]

¡Guardar al irme la llave, sin sacar ántes.... Qué enfado! Tal olvido sólo cabe en un pecho enamorado.

Bernabé. Eh! qué importan los dineros?

[*Crispula saca una cartera, un bolsillo, luego la inscripcion del Banco, y lo guarda todo.*]

(Billetes!) Amor es franco....
 (Oro!) Le pintan en cueros....

Crisp. Las cien acciones del Banco.

Bernabé. (Hola!)

Crisp. Tu desinterés te honra mucho, y me conmueve; pero ese amor ya no es el del siglo diez y nueve.

Bernabé. Se ha hecho ya muy sibarita el niño, muy regalon, cierto; pero eso no quita que mi amante corazon....

Crisp. Lo creo, y no seré ingrata á tanta fe.

Bernabé. Dulce prenda!

Crisp. Los diamantes y la plata ya están en la otra vivienda.

Bernabé. (Cáspita! Es un Midas; sí,.... con enaguas y corsé.)

Crisp. [*Cerrando la cómoda y guardando la llave.*]

Lo demas quédese aquí: mañana lo llevaré.—
 Y ahora volvamos al coche, si te parece, bien mio.

Bernabé. Sí, sí; que es ya muy de noche....
 (y por no ver á mi tio....)

ESCENA VI.

CRÍSPULA. BERNABÉ. D. CÉSAR.

César. [Saliendo del gabinete con una carta en la mano.]

(La carta....)

Crisp. Oigo pasos...

[Volviendo la cabeza.]

¿Quién...

Ah!

Bernabé. (¡Un hombre aquí... Ella se pasma..)

César. ¿Qué es lo que mis ojos ven?

Crisp. De dónde sales, fantasma?

César. ¡Es posible....

Bernabé. [A Crispula.] ¿Qué te asombra?

Crisp. [Para sí.]

¿Será.... Esa cara....

César. Ese gesto....

Crisp. Aparta, pálida sombra!

César. Crispula!

Crisp. César!

Bernabé. ¿Qué es esto?

Crisp. De parte de Dios te mando que, si eres muerto, lo digas.

Bernabé. ¡El.... ¡Cómo...

Crisp. Y si estás penando,

rezaré.... No me persigas!

César. Sí, espectro soy para ti....

Crisp. Cielo!

César. Y tú la rencorosa furia que se ceba en mí aún bajo la fría losa.

Crisp. Yo!

César. Por ti caigo en poder de mis contrarios.

Crisp. No creo....

César. Por ti, implacable mujer, me veo como me veo.

Crisp. No entiendo....

César. Eres mi ángel malo.

Crisp. Tú me has delatado, impía!

César. Yo?

Crisp. Y me llevarás al palo!

César. Luego vives todavía?

Crisp. Vivo, mas no para ti:

ya lo he dicho.

Crisp. Ah! Lo celebro.

César. Antes que yo te dé el sí

correrá hacia atrás el Ebro.

Crisp. Quién piensa en tales quimeras?

Bernabé. (Algo ha habido entre los dos.)

Crisp. El sí! De mí lo quisieras.

Ya soy otra. Dios es Dios.

César. Otra? Fácil es!

Crisp. No sé qué has dicho de delación; mas tal cosa no sueño, ni quiero tu perdición. Quiero, sí, traidor, que sepas

que la suerte, siempre varia, ya á la dama á quien increpas hizo rica...., millonaria!

César. ¿Qué importa? Aunque Dios te dé los tesoros del Perú....

Crisp. Y mi mano es de otro, que....

[Mirando á Bernabé con ternura.]

la merece más que tú.

César. Oiga!

Crisp. Y con el mismo gozo sin el oro me amaría.

[Á Bernabé.]

Sí?

Bernabé. Sí.

César. Lástima de mozo!

Crisp. Cómo!

Bernabé. (Estoy en la agonía.)

Crisp. Es envidia, ó caridad?

César. ¡Yo envidia, y lleva contigo mi mayor calamidad!— Venga esa mano de amigo.

[Bernabé se la deja tomar aturdido y confuso.]

Crisp. Insolente!

César. Él á su turno mártir será...., y más que yo!

Crisp. [Con actitudes y tono de teatro.]

Monstruo!

César. Ya calza el coturno.

Bernabé. Caballero!....

César. ¿Qué actriz! Oh!

Tiene arrebatos soberbios.

Crisp. ¡Vil....

César. Y otra gracia....

Crisp. Jesús!....

César. Son sus ataques de nervios....

[Viéndola tambalear.]

Eh, ya le da el patatus!

Bernabé. [Sosteniéndola y volviendo á usar del pomo.]

No, no por Dios!—Huele! sorbe!

Crisp. Ay Dios!....

César. ¡Se pierde una jaula....

Crisp. Aire!

Bernabé. [Abanicándola con el sombrero.]

(¿Á qué rincón del orbe me irá yo con esta maula?)

Crisp. [Incorporándose.]

Basta...., y vámonos de aquí; que de verle me horripilo.

[Á D. César, tomando el brazo de Bernabé.]

Dios te confunda!
Bernabé. (Ay de mí!)
Crisp. [Yéndose.]
 Tigre!
César. Infeliz!
Crisp. Cocodrilo!

ESCENA VII.

D. CÉSAR.

Anda, y no vuelva yo á verte,
 y otro te saque de penas;
 que yo por tan triste suerte
 no trocara mis cadenas.
 Jóven, que tu cuello puedes
 doblar á tal himeneo,
 tú la fortaleza excedes
 de Hércules y de Teseo.—
 Pero ya he dado en el hito:
 por ser rica es tu deidad.
 ¡Oh vil interés maldito,
 peste de la sociedad!
 Ah! si tuvieras meollo,
 desatentado garzon,
 perdonarias el bollo
 por ahorrarte el coscorron.—
 ¿Mas seguia, ó no, mi huella
 esa mujer? á qué vino?
 ¿cómo me encuentro con ella
 cuando ménos lo imagino?
 Si humillarme era su objeto
 mostrando su adónis pulcro,
 ¿por qué me juzgó esqueleto
 desertor de mi sepulcro?
 ¿cómo.... Pero el tiempo vuela
 y en cavilar lo prodigo.

[Haciendo sonar la campanilla.]

Lo que importa es que esta esquila
 llegue á manos de mi amigo.

ESCENA VIII.

D. CÉSAR. ELOY.

Eloy. ¿Qué....
César. ¿Sabe usted dónde vive
 don Prudencio Colmenar?
Eloy. Mucho. ¿Es él á quien escribe
 usted?
César. [Dándole la carta.]
 Sí.
Eloy. Iré sin tardar.

Espero respuesta?
César. Bien.
 Gratificaré el mensaje.....
Eloy. Eh! no....
 [Mirando á la puerta de la derecha.]
 Calle! Ahí está.....
César. Quién?
Eloy. [Volviendo la carta á D. César.]
 Tome usted. Me excuso el viaje.

ESCENA IX.

D. CÉSAR. D. PRUDENCIO.

César. Prudencio!
 [Se echa en sus brazos.]
 Ya no me quejo
 de mi fortuna cruel,
 pues tal consuelo me envia.
Prud. César!
César. Preso estoy....
Prud. Lo sé.
César. Pensé al instante en mi amigo
 predilecto....
Prud. Hiciste bien.
César. Te iba á enviar esta carta....
Prud. Sin ella te vengo á ver.
César. [Dejando la carta sobre la mesa.]
 ¿Cómo has sabido tan pronto
 mi desventura? ¿Ó ya es
 tan pública....
Prud. Tengo yo
 mi policía tambien.
César. Tú!.... Y te sonries.... Qué es esto?
Prud. ¿Y cómo no he de saber
 que te han preso, si lo estás
 en mi propia casa?
César. Qué!
 ¿tú.... acaso...
Prud. Tiene dos puertas...,
 y con la cochera, tres.
César. Ah!....
Prud. Mira á dos calles....
César. Ya.
 Pero ¿es tu casa cuartel
 ó cárcel.... Acaba; explícate,
Prud. Prudencio, ó sospecharé....
 En una palabra, estás
 preso de orden mia.
César. ¡Infel,
 traidor....
Prud. Nada de eso.
César. ¡Infame
 espía!....
Prud. Jesus!
César. ¿Cuál pues

es tu oficio? ¿Con qué nombre,
dilo tú, designaré
al falso amigo que vende
mi secreto? ¿Eres mi juez
por ventura?

Prud. Sí, algo hay de eso;
mas no es ese mi papel
principal.

César. El de verdugo
quizá.... Dilo de una vez.

Prud. El de un amigo leal
que desde niño lo fué,
y más que nunca lo es hoy
aunque con amarga hiel
le insultas.

César. ¿Qué he de decir,
si veo.....

Prud. [Con dulzura, sentándose en un sofá.]

Siéntate...., ven.....

[Se sienta D. César.]

y oye con calma.

César. Ya te oigo.

Prud. Yo te he mandado prender....
por salvarte.

César. Cómo!

Prud. Ha sido

una farsa, un entremes.
Aquellos fieros sayones
eran mozos de almacen;
su jefe, mi mayordomo;
tu alcaide, un criado fiel.

Pero.....

César. Á no prenderte yo,
te hubiera preso despues
la justicia, y ya estarias
entre la turba soez
de ladrones y asesinos
con un grillo en cada pié.

Prud. ¿Qué oigo!

Al nombre que has tomado
tendrias que agradecer
esa ignominia.

César. ¿Qué dices!

Prud. Sí.

César. En qué lo fundas?

Prud. En que es

el de un salteador, fugado
de la cárcel de Bailén.....

César. Qué horror!

Prud. Convicto y confeso
de cinco muertes ó seis.

César. ¡Cielos, y en Suiza pasaba
por honrado mercader.....
¡He aquí uno de los males
de la emigracion!

Prud. Ya ves!

César. ¡Con la máscara falaz
de patriotas, más de diez
pícaros alzan la frente
entre los hombres de bien!

Prud. Ya es forzoso que renuncies,

si no te quieres perder,
á ese nombre infame.

César. Oh! sí,

sí; pero ¿cuál tomaré?

Prud. Cuál! El tuyo.

César. Con el mio
caeré más pronto en la red.

Prud. No..... Ya eres libre.

César. Yo libre!

Prud. La magnánima Isabel
te vuelve á su gracia.

César. Acato
su augusto nombre, y á fuer
de buen español, por ella
diera cien veces y cien
la vida; mas si es preciso
que se humille mi altivez.....
Prud. Á nadie.—Pero se exige
de ti.....

César. Se exige!

Prud. Que des.....

César. Ya; garantías, fianzas.....

Prud. Palabra de honor.....

César. De qué?

¿De echar un sello á mis labios
ó decir á todo amén?

Prud. Sólo de no conspirar.....

César. [Levantándose.]

Pues ya me pueden prender.

Prud. [Levantándose tambien.]

Por qué?

César. Porque—no lo puedo
remediar—conspiraré,
y lo que no he de cumplir
no lo quiero prometer.

Prud. Qué temeridad, Dios mio!

Tú quieres que ántes de un mes
te deporten á Ultramar,
ó te fusilen tal vez.—
Mas no lograrás tan bárbaro
deseo. Yo estorbaré.....

César. ¡Cómo.....

Prud. Todo está previsto.

Cerca de aquí, en Leganes,
se ha fundado un excelente
hospital de locos.....

César. Eh?

Prud. Y no he de ser yo quien soy,
ó te hago encerrar en él.

César. Prudencio!

Prud. Pues ¡qué! ¿habrá muchos

que con más motivo estén
sujetos allí? En mal hora
te tentó el alma Luzbel
con ese orgullo insensato,
con esa hidrópica sed
de mal entendida gloria.
Ah! todo viene de aquel
millon que te trajo en dote
tu malograda mujer.

César. Vuelta á la cancion de siempre!

Tu alma, toda sencillez
y dulzura y mansedumbre,
nunca podrá comprender
los arranques de la mia.
Tú con el mismo nivel
mides la grama y el cedro,
el tomillo y el cipres;
tú.....

Prud.

Pero atiende á razones.
¿De nada te han de valer
ejemplos propios y ajenos?
¿Nunca harás alto—oh sandez!—
en esa vida azarosa
que te trae á mal traer?
Débil, demacrado, trémulo,
seca y rugosa la piel.....
¿Quién dirá, César, que yo
te llevo dos años, quién?
¿Y á qué puedes ya aspirar,
como no quieras ser rey?
Te has sentado en las dos cámaras,
y puedes volverlo á hacer,
eres tres ó cuatro veces
excelentísimo.....

César.

Pche!
Cualquiera lo es ya.

Prud.

Ex-ministro.....

César.

Ahí está el quid, en el *ex*!
Ahí está mi pesadilla,
mi tósigo, mi cordel.

Prud.

Deja la carga á otros hombros
que tengan más robustez.
Descansa. Ya has trabajado
por la patria mucho y bien.
No codicies aquel lecho
de espinas.

César.

Tal lo llamé
algun día, mas del labio
no pasaba mi desden.
Oh! tú no sabes, Prudencio,
lo que es gustar una vez
aún con mil y mil zozobras
las delicias del poder.
Aquel dorado sillón,
potro y todo, que lo es,
tiene mágicos resortes
que le hacen aparecer
al que en su mullido asiento
arrellanado se ve,
cuando no altar sacrosanto
al ménos regio dosel,
y aquella letal atmósfera,
que te haría perecer
á ti, embarga mis sentidos
con tan celeste embriaguez,
que creo aspirar en ella
los aromas del Eden.

Prud.

¡Luego á conspirar te obligan
el despecho, no la fe;
el hábito, no el sistema
que quieres establecer;
no la salud de la patria,
sino tu propio interés!

César.

¡Te atreves.....

Prud.

Sí; tú lo has dicho.

Por la boca muere el pez.

[*Cogiéndole afectuosamente ambas manos.*]

César!, perdona esta ruda
sinceridad á tu buen
amigo, á tu tierno hermano.
Oh! bien me puedes creer;
no sondeo yo impasible
tu llaga, no. Yo también
padezco, y mucho, al cumplir
con tan penoso deber.
Cede á mis ardientes ruegos,
y no más bogue á merced
de los vientos y las olas
tu ya cascado bajel.
Yo venero el amor patrio
y le doy todo su prez,
y hasta excuso los errores
de los que yerran por él;
mas nunca fué de los héroes
muy numerosa la grey;
ni hay carteras para todos;
ni creo que es menester
para estar bienquisto un hombre
cegarse con su oropel;
ni es razón que el ciudadano
que una vez ministro fué
conspire y blasfeme y rabie
hasta que lo vuelva á ser.
Todos nó.....

César.

Prud.

Pero ¡tú sí!
Y para que á ti te den
la poltrona ¿bastará
desearla? Más diré:
bastará que la merezcas?
César!, tú estás en belén.
Trabajas....; bien: das el golpe....;
bravo: te sigue en tropel
la plebe, te victorea
y te alza sobre el paves;
magnífico! Pero el fruto,
como suele suceder,
te arrebató un intrigante,
que detras de la pared
esperó á que en su provecho
armases el somaten.

César.

En eso tienes razón
como soy César Garcés.
Ah! sí; en las revoluciones
¡cuántos zánganos se ven
que sin haberla labrado
se abalanzan á la miel!
Dolor sería lidiar
hasta morir ó vencer,
para que un advenedizo,
usurpándolo á mi sien,
en la suya—mal pecado!—
ciñese el verde laurel.

Prud.

Oh, albricias! Ya la razón

triunfa. Abrazame....

[*Le abraza, pero áun se muestra don César recalcitrante.*]

César. Deten....

Prud. Bah! ; Si ya estás convencido....

César. [*Con cómico despecho.*]

No me quiero convencer.

Prud. [*Sin soltarle de los brazos.*]

Mira, César; yo no quiero que te anules, que te estés quieto en un rincón jugando al rentoy ó al ajedrez; no; áun puedes ser á la patria muy útil con tu saber y tu experiencia. Discute, perora, escribe, sosten tus opiniones políticas en el campo de la ley.... En fin, no te pido más que un poco de sensatez. Honores, ya tienes hartos; oro, yo te lo daré; que á mí me sobra.

César. Jamás!

Prud. Qué hombre, qué hombre! No es merced; es.... restitucion. ¿Te acuerdas del duro que te tomé prestado....

César. [*Algo conmovido.*]

Prudencio!

Prud. ¿En mil ochocientos treinta y tres? Á él debo toda mi suerte.

César. No; al trabajo, á tu honradez....

Prud. Y al duro; y he de partir contigo lo que gané; que no ha de obrar un cristiano como un hijo de Israel.

César. Tanta generosidad me confunde; pero....

Prud. Qué?

César. Mas si tu noble sofisma me ha podido enternecer, tengo demasiado orgullo para aprovecharme de él.

Prud. [*Saltándosele las lágrimas.*]

Gran Dios!... ¿Tángo me aborreces, que nada quieres deber á mi amistad? Bien está. Por fuerza yo no te haré feliz; pero, á falta de otro, ¡tendrás, César, el placer de hacerme á mí desdichado!

César. Yo? Á ti!.... Nunca!

Prud. Sí, cruel.

Tenía un plan que sería la gloria de mi vejez....

y de la tuya....

César. Ah! Cuál? Dime....

Prud. Ya me daba el parabien....

Vana esperanza! ilusion!....

¿Quién me hubiera dicho ayer....

César. ¿Qué plan.... Explicáate; acaba....

Prud. Casar á mi hija....

César. [*Como adivinando.*] Ah! Con quién?

Prud. Con tu Mauricio.

César. Oh Dios mio!

El hijo que abandoné....

Prud. No tenía en mí otro padre?

Es un apuesto doncel

que nos honra. Es magistrado!

César. Ah! ¿Cuándo te pagaré,

Prudencio amado....

Prud. Y mi Luisa

es ya toda una mujer.

[*Llamando.*]

Luisa!

ESCENA X.

D. PRUDENCIO. D. CÉSAR. LUISA.

D. MAURICIO.

Prud. [*Abrazándola.*]

Mírala en mis brazos!

César. Ah! ¿Y él....

[*Mauricio, que ha seguido á Luisa, se arrodilla ante D. César.*]

Prud. Mírale á tus piés!

Maur. Padre!

César. Hijo del alma mia!

Levanta; ven á mis brazos!

[*Se abrazan.*]

Maur. Oh grata sorpresa!

Prud. Abraza también á Luisa, al encanto de mi vida.

César. [*Abrazando á Luisa.*]

Oh! sí. Qué linda!

Luisa. Bien venido sea á honrarnos el amigo á quien mi padre siempre amó como á un hermano.

César. Gracias, adorable niña.— ¡Ya ves qué mustio y qué flaco vuelvo á tus ojos, Mauricio!

Maur. Ah! sí.

César. Tal vida he pasado!

[*Frotándose las manos y como halagado por sus habituales ilusiones.*]

Pero Dios mejorará sus horas.

Prud. [*Con inquietud.*]

¿Qué dices!

Maur. Harto

las mejora para mí,
pues da término á mi llanto
volviéndome vivo el padre
que muerto creí.

César. ¡Siete años
sin verte! Mal padre he sido;
pero.... Oh recuerdos amargos!

Prud. Eh! Por qué no los destierras?

Luisa. Dice bien papá: en su mano
de usted está el ser dichoso....
y que todos lo seamos.

César. Yo!.... Mi estrella....

Prud. Dale, bola!
(¡Aun me hará dar á los diablos
su resurreccion!)

César. Mis émulos....

Prud. En vez de estar muy ufano
con la boda....

César. Y por ventura
¿me opongo á tan dulce lazo?
Yo les doy mi bendicion.
Quieres más?

Maur. Y yo declaro
que renuncio á tanta dicha,
aunque me acuse de ingrato
el generoso padrino
á quien debo cuanto valgo,
mientras usted no desista
de proyectos temerarios.

César. Mauricio!

Prud. Esto nos faltaba!

Luisa. (Pues!, ahora que ya le amo
tan de véras....)

Maur. Padre mio!,
perdóneme usted. Postrado
á sus piés....

César. [Deteniéndole.]

Eh! no. Levanta.

Maur. Es error, es desacato
que á su padre dé lecciones
un hijo, y de pocos años;
mas cuando corre al abismo
¿le he de dejar, por un vano
respeto, precipitarse,
perderse? No! Si no alcanzo
á persuadirle, otra vez
vestiré de luto amargo
el cuerpo y el corazon;
mas mi orgullo de hombre honrado,
mi deber de caballero,
y aún la fe con que idolatro
á la hija de mi constante
bienhechor, dictan al labio
tan dolorosa repulsa.
Sí; renuncio al nudo santo
en que cifraba mi gozo,
si otras arras no preparo
á mi dulce compañera
que angustias y sobresaltos,
y tal vez horrible duelo....
No, no; con tales presagios
mi boda fuera una infamia;

que á quien es tan desgraciado
no es lícito ser esposo
ni padre. No, no me caso!
Basta! No resisto más.
Se acabó el hombre de estado,
el tribuno.... Me retiro
al cuartel de los inválidos;
quiero ser amigo y padre;
quiero ser feliz!

Prud. ¡Loado
sea Dios!

César. [Á *Luisa* y á *D. Mauricio*, abrazán-
•dolos uno despues de otro.]
Ven, hija mia.
Ven tú. Abrazadme! abrazáos!
[Se abrazan los dos jóvenes, y luego
D. Prudencio y *D. César*.]
Prudencio!—Venciste al fin!
Trabajillo me ha costado!
Luisa!
Mauricio!
Oh ventura!
De hoy más, todo me consagro
á vosotros....

Bernabé. [Dentro.] Tío!

Prud. Calle!
¡Bernabé,.... Pues ¿cómo....

ESCENA XI.

D. CÉSAR. D. PRUDENCIO. LUISA.
D. MAURICIO. BERNABÉ.

Bernabé. Bravo!
Los dos padres....; los dos hijos....
Buen grupo! Bello espectáculo!

Prud. Cierto; y tú vendrás tal vez
á desentonar el cuadro.

Bernabé. Yo? No, señor, ni por pienso;
y en prueba de lo contrario,
deme usted su bendicion,
porque esta noche me marchó.

Prud. Con Crispula?

Bernabé. Dios me libre!

Prud. ¿Qué escucho!....

Bernabé. Vengo escapado.

César. Cómo!....

Bernabé. Me frien sus dengues,
y me encocoran sus raptos
histrionicos, y me abruman,
me aniquilan sus desmayos.
Qué pécora?... Y ¿creerá usted—
me estremezzo de pensarlo—
creerá usted, tío de mi alma,
que ántes de darme su mano
aquella esfinge, me impone
seis meses de noviciado?
Y que he de ser su galán
hasta que fenezca el plazo;

y me ha de lucir....—lo ha dicho!—
 en la ópera, en el Prado,
 en la Fuente Castellana.....—
 santo Dios!—; y hacerme blanco
 de gacetillas y apodos
 y pullas.... Horror! escándalo!

Prud. Pobre Bernabé! Celebro
 que te hayas emancipado;
 y más siendo culpa mia,
 que preciso es confesarlo,
 el riesgo de que te acabas
 de librar por un milagro.

Bernabé. *Vade retro!* Á tanta costa
 no quiero ser millonario.

Prud. Ya se ve, yo no esperaba
 que tan de golpe y porrazo.....

Bernabé. Oh! no crea usted que estoy
 resentido.... Antes aplaudo
 la aventura, pues me ha abierto
 los ojos.... Sí; yo era un trasto,
 lo confieso, presumido,
 petulante, con los cascos
 á la jineta..... Ya soy
 otro hombre, y sabré probarlo.

Prud. ¡Es posible....

Bernabé. Adios! Me vuelvo
 á Santander. Ya he tomado
 un billete de cupé.

Prud. Estás en tu juicio? ¿Y cuándo....

Bernabé. Esta misma noche; dentro
 de media hora.

Prud. Muchacho!
 ¿No te quedarás siquiera
 á la boda....

Bernabé. Guarda, Pablo!
 Las galas, los parabienes,
 los festines, los regalos
 me harían reincidir
 en mis antiguos resabios.

[*Conmovido.*]

Y no porque no celebre
 muy de corazon el casto
 nudo....

[*Á Mauricio, y le aprieta la mano.*]

Maur. Toque usted esos huesos!

César. Con mucho gusto.
 (¡Qué guapo
 mozo!....)

Bernabé. [*Pidiendo á Luisa la mano.*]

Prima.... si soy digno....

Luisa. [*Enternecida, y dándole la mano.*]
 No lo has de ser?...

Prud. [*Enjugándose las lágrimas.*]
 (¡Voto al chapíro...

Me enternece...., y me embelesa!)

Bernabé. [*Abrazando á su tío, y dispuesto á partir.*]

Adios!

Prud. Pero, atolondrado,
 ¿te vas sin dinero....

[*Sacando un bolsillo.*]

Toma....

Bernabé. No, señor. Para los gastos
 del camino, aún tengo aquí
 siete duros y unos cuartos,
 y me sobra la mitad.

Prud. [*Insistiendo en darle el bolsillo.*]

Pero....

Bernabé. Nada; ni un ochavo!

Prud. ¡Hombre....

Bernabé. Ah! sí; présteme usted
 un duro.

Prud. Un duro!.... Ah! ya caigo.

[*Dándole un duro.*]

Tómalo, hijo mio.—Pero
 si te has propuesto emplearlo
 en fósforos, mal harás;
 que ya se ha vulgarizado
 mucho esa industria.

Bernabé. No, tío.
 Como un talisman lo guardo,
 como una reliquia santa
 del bienhechor, del oráculo
 de mi familia.

César. [*Conmovido.*] De todos!

Bernabé. Como emblema, en fin, y lauro
 de la más noble riqueza,
 porque es hija del trabajo
 y de la virtud. Adios!

ESCENA ÚLTIMA.

D. PRUDENCIO. D. CÉSAR. LUISA.
 D. MAURICIO.

Prud. Pobre chico! ¡Qué entusiasmo
 y qué fe! Yo le prometo
 digna recompensa.... Vamos,
 venid.... Quiero improvisar
 esta noche un gaudeamus
 en albricias de mi triunfo,
 de mi gloria! Hoy no me cambio
 ni por César....

[*Mirando á D. César y sonriéndose.*]

el de Roma,
 ni por Alejandro Magno.

LA NIÑA DEL MOSTRADOR,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro del Principe el dia 15 de Marzo de 1854.

PERSONAS.

NARCISA.	GREGORIO.
LA CONDESA.	LÚCAS.
BASILIO.	D. PANCRACIO.
CATALINA.	D. POLICARPO.
JENARO.	D. MARCIAL.
D. FAUSTINO.	D. ALBERTO.
BERNARDO.	D. REMIGIO.
GABRIEL.	D. MARTIN.
RUPERTO.	D. BENIGNO.
D. JOAQUIN.	ISIDRO.

UN FOSFORERO.

CONCURRENTES Á UN CAFÉ.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Gabinete en casa de la Condesa. La puerta principal en el foro; otra á la derecha y otra á la izquierda. Bufete de señora con recado de escribir.

ESCENA I.

D. JOAQUIN. GREGORIO.

[Gregorio está acabando de pasar el plumero á los muebles; D. Joaquín llega por el foro.]

Joaquín. Gregorio.

Gregorio. Oh señor don Joaquín!

Joaquín. ¿La Condesa.....

Gregorio. No recibe. Ya se lo habrá dicho á usted Martín.

Joaquín. Creo que sí; pero yo he prescindido.....

Gregorio. Nos ha dado á todos la orden de...

Joaquín. Lo supongo; pero tales órdenes no hablan conmigo: soy de casa.

Gregorio. Perdone usted. Ha dicho que, hasta nuevo aviso, no recibe hoy á nadie absolutamente.

Joaquín. (Aún dura el enojo. Ya lo habia yo previsto; pero en breve....) *[Metiendo la mano en el bolsillo del frac.]* Hazme pues el favor.....

Gregorio. Tarjeta?

Joaquín. No; esta cartita..... Sino es que también haya prohibido.....

Gregorio. No, señor: las cartas no entran

en la consigna. Espera usted la respuesta?
Joaquín. Se entiende.
Gregorio. Voy al momento. Ya sabe usted
 que simpatizamos....
Joaquín. Anda.
 [*Gregorio entra por la puerta de la derecha.*]

ESCENA II.

D. JOAQUÍN.

Bien mirado, no le falta razón para estar
 conmigo de mal talante. Tal vez fué algo
 intempestiva mi declaración.... Ella me
 ama: no lo puedo dudar; pero no estaba
 ayer, por lo visto, en su buen cuarto de
 hora. Con todo, no fué mi arrebato lo que
 más la hubo de irritar; que á ninguna mu-
 jer nacida le pesa de ser.... ó de creerse
 adorada. Sin duda la picaron mis....
 [*Viendo á Gregorio que vuelve con la carta.*]
 Qué hay?

ESCENA III.

D. JOAQUÍN. GREGORIO.

Joaquín. Pronto ha escrito la respuesta.
Gregorio. Es que la respuesta.... viene es-
 crita en efecto; pero no de su mano.
Joaquín. [*Tomando la carta.*] Dame.... ¡Mi
 propia carta! ¡Y sin haberse dignado de
 abrirla!....
Gregorio. Qué lástima! Dirá usted en ella
 tantas lindezas....
Joaquín. Demasiadas quizá. (¡Me desespera
 esa mujer!)
Gregorio. Oh! eso.... No porque sea arisca
 con usted....
Joaquín. Arisca!.... Orgullosa.
Gregorio. Bien; pero guapa.... No porque
 yo lo diga, ni porque sea mi ama y señora;
 pero ¡caspitina si es guapa! De lo más su-
 perfino que hay en Madrid.
Joaquín. Pero su hermosura no le da dere-
 cho para hacerme tan crudo desaire.
Gregorio. Ya, pero una hermosura de con-
 desa...., hágase usted cargo...., no es ahí
 como la de cualquiera hija de familia.
Joaquín. Oh! puede que lllore un día la
 pérdida....
Gregorio. Eh! no tome usted pesadumbre
 por eso. Mujeres hay de sobra.
Joaquín. Cierto.
Gregorio. Esa es la cuenta que yo me hice
 el otro día cuando Casilda, la camarera de
 la señora, me hizo una por el estilo.
Joaquín. Sí? (Tengo una mosca!....)

Gregorio. ¡Cuando le digo á usted que sim-
 patizamos!
Joaquín. Oiga!.... ¿Te devolvió también
 alguna carta sin abrir?
Gregorio. Quiá! Yo carta? Algun tonto!...
 Las cartas comprometen....
Joaquín. Dices bien.
Gregorio. Y dan tiempo para pensar la res-
 puesta.
Joaquín. Ya....
Gregorio. Á ménos que se respondan con
 ellas mismas, como verbigracia.
Joaquín. (Ah!)
Gregorio. Yo enamoro siempre por palabras
 de presente, sazónadas con tal cual guiño
 y una que otra pantomima.
Joaquín. Ese es también mi sistema....
 cuando ha lugar; pero.... Ayer mismo—y
 de ahí tuvo principio sin duda el resentim-
 iento de la Condesa—al concederme la
 mano cuando me despedía, osé estampar
 en ella mis labios....
Gregorio. Bien! Y qué hizo?
Joaquín. Ofenderse, ruborizarse....
Gregorio. Bagatela!
Joaquín. No volveré á dar á usted la mano,
 me dijo, si ha de interpretar como favor
 un simple acto de cortesanía. Pronto advertí
 que había dado un paso en falso; pero,
 dado ya, no vi otro medio de sincerarme
 que caer de hinojos y jurar á la esquivada
 dama la más íntima, la más ciega y la más
 conyugal idolatría.
Gregorio. Lindo! Y entonces? Se pondría
 hecha una furia....
Joaquín. Nada de eso: con frío desden y con
 risita burlona me respondió que ni creía en
 mis teatrales protestas de amor, ni....
Gregorio. Pues; ni ella se peinaba para us-
 ted. (Ya lo creo!)
Joaquín. Me exasperó tan altiva repulsa; la
 atribuí á que pudieran ser ciertos los ru-
 mores de que trata de casarse con su apo-
 derado....
Gregorio. Con don Faustino? Eso dicen,
 pero....
Joaquín. Eh?
Gregorio. Nada. Prosiga usted.
Joaquín. Abrasado de celos.... Sí, Grego-
 rio, caí en la debilidad de tenerlos de un
 vejete avariento, y en la flaqueza de con-
 fesarlos. Perdidos ya los estribos, solté una
 andanada de pullas contra él, y lo que es
 peor, contra ella: que le prefería á mí
 porque es millonario; que me sacrificaba
 al vil interés.... ¿Qué sé yo!.... Y el fruto
 que saqué de mi temeridad fué....
Gregorio. Que le echó á usted con cajas
 destempladas: es consiguiente. Pues eso
 propio me vino á suceder á mí con Casil-
 da.... Miento; que le llevo á usted de
 ventaja la bofetada más sacrilega....
Joaquín. Cómo!

Gregorio. Sí, señor; pero debo confesar que fué más alta que la de usted la puntería de mi beso: yo no me ando por las ramas.

Joaquín. Diablos de mujeres! ¡Son tan enigmáticas, tan caprichosas.... Yo esperaba que esta tierna y malaventurada epístola me reconciliase con la ingrata; pero se está en sus trece.

Gregorio. Pues ¿y Casilda? ¡Vaya un zuño... Pero ¿qué importa? Otra me consolará. Ya he echado el ojo á la cocinera, que es moza de chispa y no será tan melindrosa.

Joaquín. No me faltará á mí tampoco mi trapillo...., y aún ando cerca de tenerlo; pero eso no me ha de indemnizar de lo que pierdo. Ahí es nada! ¡una viuda, jóven, ilustre, rica.... Qué boda, Gregorio! ¡Y verme suplantado por un estantigua!

Gregorio. ¡Ca! No lo crea usted.

Joaquín. Oh! lo creo á pié juntillas. Pues á no ser cierto ¿se hubiera enfurecido tanto la Condesa al oír mis invectivas? ¿Le hubiera defendido con tanto calor?

Gregorio. Y si fuera verdad, ¿tenía más que haber dicho: este es mi gusto, y santas pascuas?

Joaquín. ¿Así confiesa una mujer amores que la ridiculizan ó cálculos que la sonrojan? Pero es gastadora, espléndida, y no bastándole ya sus rentas para tanta ostentación, aspira á los tesoros de ese cuitado, aunque la boda extravagante sirva de pasto sabroso á los gacetilleros.

Gregorio. Pues, mire usted, bien puede ser que....

Joaquín. No lo dudes; se casa con él; pero el orgullo.... Antes será mártir que confesora.

Gregorio. Mártir dice usted? Más fácil es que él lo sea, porque....

Joaquín. Ya es de suponer.... Pero entre tanto él me roba mi más lisonjera esperanza. Oh! le desafiare, le mataré....

Gregorio. Bobada! No aceptaría.... Ni aunque le matase usted adelantaría gran cosa con la viuda, porque ha de saber usted.... Pero, por Dios, silencio....

Joaquín. Qué quieres decirme? Habla; no temas.

Gregorio. Por usted voy á ser chismoso, cosa que aborrezco de muerte; pero la simpatía....

Joaquín. Vamos, acaba!

Gregorio. Tiene usted otro rival, ¡y algo más temible que el viejo!

Joaquín. ¿Qué escucho!

Gregorio. Un galán misterioso, que entra todos los días por una puerta secreta; no así como quiera, en el gabinete, sino en el mismo tocador de la señora.

Joaquín. Cierto? Oh rabia!

Gregorio. Como soy Gregorio. Yo lo he bruñuleado....

Joaquín. Falsa mujer!....

Gregorio. Si el Matusalen se la lleva, ese... suplemento se encargará de vengar á usted.

Joaquín. [Yéndose.] No; yo me vengaré de los dos....; de los tres. Lo juro!

ESCENA IV.

GREGORIO.

[Á la puerta.]

Pero ¡oiga usted.... Se va echando centellas. [Volviendo á la escena.] Es capaz de hacer una de púpulo, y descubrirme.... Ya siento haber charlado tanto.

ESCENA V.

GREGORIO. LA CONDESA.

Condesa. [Saliendo por la puerta de la derecha.] ¿Se ha detenido mucho don Joaquín?

Gregorio. Algo. No se traga así como así una píldora tan amarga.

Condesa. Estómago tiene él para eso y para mucho más.

Gregorio. Iba tan compungido....

Condesa. Bien, no me importa. (Petulante! necio! Espero que no volverá, pero si á tanto se atreve....) Gregorio, para ese caballero no estoy nunca en casa.

Gregorio. Bien, señora. [Yéndose.] (¡Y para el otro.... Qué parcialidad!)

Condesa. Oyes!

Gregorio. [Volviendo.] Señora?

Condesa. Ve á casa de mi apoderado, el señor don Faustino, y dile que me haga el favor de pasar á verme ántes de las doce.

Gregorio. (La otra víctima!....) Voy al instante.

ESCENA VI.

LA CONDESA.

Dirán que es una locura; pero mi gusto ha de cumplirse, cueste lo que cueste. [Tocan por dentro á la puerta de la derecha.] Ah! será mi pintor.... [Cierra la puerta del foro y en seguida abre la de la derecha.] Ahora no hay nadie: éntre usted.

ESCENA VII.

LA CONDESA. GABRIEL.

Gabriel. Señora Condesa....
Condesa. Bien venido. Algo ha tardado usted hoy....
Gabriel. Disimule usted.... Otra obrilla....
Condesa. Hola! Va cayendo trabajo?
Gabriel. Poca cosa. Como aún no tengo renombre....
Condesa. Yo se le he de dar á usted, ó poco he de poder.
Gabriel. Oh mi amable protectora!
Condesa. (Qué interesante joven!) Vamos, ¿que está usted haciendo, además de mi retrato?
Gabriel. Otro... que no me sacará de pobre.
Condesa. Eh! Dios proveerá.... ¿Quién se lo ha encargado á usted?, si puedo saberlo.
Gabriel. Nadie, señora.
Condesa. ¿Cómo pues....
Gabriel. Ni yo le vendería por todo el oro del mundo.
Condesa. Calle!.... Ah! ya comprendo: será el de alguna querida....
Gabriel. Querida? Ah! Sí.
Condesa. Suspira usted para decirlo! ¿Es sólo querida.... porque usted la quiere? No es usted correspondido?
Gabriel. No sé; aspiro á serlo....
Condesa. Es natural. Hermosa?
Gabriel. No diré yo tal en presencia de quien las eclipsa á todas.
Condesa. Gracias por la galantería.
Gabriel. Pero basta que me lo parezca á mí....
Condesa. Oh! y sin duda lo será. Yo le tengo á usted por hombre de gusto. Un artista!..
Gabriel. Pero á usted ¿qué le importa.... Quizá soy demasiado impertinente....
Condesa. (Y yo curiosa en demasía.) No tal. Pero no será esa deidad muy esquivada, cuando se deja retratar.
Gabriel. Se deja, y no se deja
Condesa. Qué enigma es ese?
Gabriel. Retratándola, cometo una especie de robo....
Condesa. Cómo!...
Gabriel. Porque lo hago sin su explícito consentimiento.
Condesa. Mal hecho! Las facciones del prójimo son una propiedad sagrada.
Gabriel. ¿No me ha de ser lícito el copiarlas en un papel, y para mí sólo, si ya las tengo grabadas en el corazón?
Condesa. (La respuesta es concluyente, y yo la he merecido.) Pero ¿cómo no ha procurado usted obtener su beneplácito.... ¿Será por ventura alguna alta notabilidad, como ahora se dice?
Gabriel. Lo es en cierto modo, mas no porque la haya mimado la fortuna.

Condesa. Como es ciega, reparte sin discernimiento bienes y males, satisfacciones y penas.
Gabriel. La dibujo á hurtadillas....
Condesa. Á la fortuna?
Gabriel. Á Narcisa.
Condesa. Bonito nombre!
Gabriel. Y luégo á solas hago en mi casa el retrato al olio, que ya está muy adelantado.
Condesa. Más que el mio, sin duda.... (Ah! Qué estoy diciendo?)
Gabriel. Señora....
Condesa. Oh! no crea usted que yo me ofendo.... Tendría curiosidad de conocer, aunque no fuese más que en pintura, á esa maravilla.
Gabriel. Conmigo llevo el dibujo; pero es un trasunto muy imperfecto del original, y no conociéndola usted....
Condesa. No obstante, veamos....
Gabriel. [Sacando un dibujo y mostrándoselo á la Condesa.] Mire usted....
Condesa. Linda cara! ¡linda y graciosa en extremo!
Gabriel. Pues si eso dice usted de tan informe bosquejo, ¿qué diría....
Condesa. Eh?
Gabriel. [Cortado.] Nada; es favor que usted me....; que usted le....
Condesa. No se turbe usted. No hay motivo...
Gabriel. Á mí me puede engañar la pasión...
Condesa. (Ya lo va enmendando!) [Tomando el retrato y poniendo más atención en él.] Pero este rostro no me es desconocido. ¿Dónde he visto yo.... Ah! sí, sí; esta es la hermosura que tanta celebridad va adquiriendo en Madrid.... ¡La niña del mostrador!
Gabriel. Sí, señora.
Condesa. ¡Y en semejante criatura ha puesto usted sus ojos!

[Le vuelve el dibujo y él lo guarda.]

Gabriel. Por qué no?
Condesa. ¡Una mujer que vive de darse en espectáculo á todo el mundo, en un café!
Gabriel. Pero su modestia, seguro indicio de la pureza de su alma, su habitual melancolía, alguna lágrima que he sorprendido en sus párpados....; todo me dice que está allí contra su voluntad.
Condesa. Bien puede ser, sí; aunque mucha virtud se necesita para.... Basta; no soy inclinada á pensar mal de nadie. Pero de todos modos mire usted bien lo que hace.... Ya volveremos á hablar de ella otro día, sí?; y yo creo que no le serán á usted inútiles los consejos de una amiga desinteresada.
Gabriel. ¿Cómo dudarle cuando tanto debo á la generosidad de usted?

Condesa. No se hable de eso. ¿Vamos á continuar mi retrato?

Gabriel. Con mucho gusto.

Condesa. Pero ¡cuidado! No vaya usted á confundirme con la otra.

Gabriel. Señora.....

Condesa. Mucho ganaria yo, en verdad, con que usted me prestase, por distraccion, alguno de sus atractivos.

Gabriel. Oh! usted no necesita.....

Condesa. Pero, tal como Dios me ha hecho, quiero..... lo que pocas; que me retrate usted fielmente: quiero ser yo.—Ah! con nuestro largo coloquio, olvidaba..... He mandado venir á mi apoderado, y le espero de un momento á otro.

Gabriel. Bien; vendré á otra hora, ó mañana.....

Condesa. No; haré por despacharle pronto. Entre tanto, si tiene usted algo que retocar en el ropaje, en el fondo.....

Gabriel. En efecto..... Voy, con permiso de usted.....

Condesa. Hasta luégo.

[*Se va Gabriel por donde vino. La Condesa abre la puerta del foro.*]

ESCENA VIII.

LA CONDESA.

Aunque la cara de la moza es para prender á cualquiera, pareceme que el pobre Gabriel obra con poca cordura en dejarse dominar así por una ciega pasion, y sería lástima por cierto..... Pero ¡alto aquí, pensamiento mio! y vamos á cuentas. Pudiera muy bien mezclarse á mi caridad cristiana algun tanto de..... ¿De qué diré? De preocupacion?... de egoismo?... de amor acaso? No. Qué locura!.... Pero ello es que de buena gana le hubiera yo excusado la confianza que me ha hecho. Ah! no, no; ántes se la debo agradecer, si en efecto peligraba la libertad de mi razon. Por dicha, es tiempo aún de defenderla y dar á este naciente cariño la direccion que cumple á mi sosiego y á mi decoro.

Gregorio. [*Á la puerta del foro.*] El señor don Faustino. [*Se retira.*]

ESCENA IX.

LA CONDESA. D. FAUSTINO.

Condesa. Adelante, amigo mio.

Faustino. Á los piés de usted.

Condesa. Sentémonos. [*Se sientan.*] Siento haber incomodado á usted.....

Faustino. Á mí? De ninguna manera. Mi deber es apresurarme á cumplir las órdenes de mi ilustre poderdante.

Condesa. Gracias. Le llamo á usted para decirle que estoy resuelta á comprar esa casita medianera.

Faustino. En un precio tan exorbitante!

Condesa. Tiene ventanas á mi jardin..... No quiero registros.

Faustino. Pero, señora, poseyendo un palacio, ¡ha de codiciar usted ese tugurio!

Condesa. Por lo mismo que habito un palacio, deseo que tenga todas las condiciones de tal. Ya que no sea todo él de mármol, que harto lo siento, quiero vivir con holgura. Necesito una manzana para mí sola.

Faustino. Es mucho.....

Condesa. Orgullo iba usted á decir, eh? Pues no lo es; que ni en mi casa ni fuera de ella desdeño el trato de ninguna persona honrada, por humilde que sea; pero gusto de vivir con toda comodidad, y mientras pueda hacerlo sin daño de tercero y sin entramparme.....

Faustino. Con todo, debe usted reflexionar...

Condesa. ¿He de imitar yo á esos ricachos de antuvion que, contando las fincas á docenas, no se atreven á reservarse una para su vivienda?

Faustino. Pido la palabra para una alusion personalísima.

Condesa. No lo digo por usted, señor don Faustino. Usted á lo ménos, no la echa de personaje.....

Faustino. Ni quiero, ni lo soy. Buenagana!..

Condesa. Usted es un bendito..., una especie de filósofo.....

Faustino. Sí, á mi manera.

Condesa. En fin, hoy compro la casa.

Faustino. Para demolerla mañana!

Condesa. Eso mismo.

Faustino. Pero ¿está usted en su juicio? ¡Cinco mil duros por una casuca que apenas tendrá de terreno mil piés superficiales!

Condesa. No se canse usted: es cosa decidida.

Faustino. Pero, siquiera, véala usted primero. Yo tambien la administro....

Condesa. La veré, sólo por complacer á usted; pero es excusado..... ¡Sobre que la he de echar abajo!

Faustino. Quizá no sea necesario; ¿y quién sabe si viéndola mudará usted de parecer?

Condesa. No lo creo.

Faustino. ¡Qué lástima de dineral tan mal empleado!

Condesa. Oh! ¿Y lo estará mejor el que usted atesora y guarda con cien llaves?

Faustino. Qué! ¿serán reprehensibles á los ojos de usted la prudencia y la sobriedad?... ¿De cuando acá no ha sido la economía una virtud y el lujo una calamidad?

Condesa. ¿También usted es de los que declaman contra el lujo, y tiene por réprobos á todos los que gastan con garbo y esplendor lo que es suyo?

Faustino. ¿Y quién duda que el lujo estraga las costumbres....

Condesa. ¿Cómo....

Faustino. No sé dé usted por aludida: todas las reglas tienen excepciones....

Condesa. Qué vulgaridad! Por todos los caminos sabe el demonio salirnos al encuentro. Ni yo sostendré que el lujo sea una virtud; pero puede ser muy disculpable para con Dios, y muy meritorio para la humanidad. Con él se fomentan las artes, circula el numerario y se da de comer á muchas familias, que perecerían si todos los ricos diesen en ser tan cautos y tan económicos como quiere usted que lo sean.

Faustino. Todo extremo es vicioso, señora *Condesa.* No crea usted que yo lo guardo todo.... Hago algunas limosnas....

Condesa. Yo también, y es cosa muy santa; pero en general las tengo por ineficaces..., y hasta nocivas más de una vez. Si cuantiosas, halagan la ociosidad; si mezquinas, á nadie remedian, y ántes suele obtenerlas el vicioso importuno, que el verdadero necesitado.

Faustino. Pero basta la buena intencion....

Condesa. Usted dirá lo que quiera, y si es menester traerá en apoyo de su opinion cien textos venerables, pero digo y sostengo que el lujo, como yo le entiendo, está muy léjos de ser una abominacion, que es inevitable en la culta sociedad, y que despues de la de Dios, es la providencia de los pobres.

Faustino. Por lo ménos, es un caballero muy atildado, muy brillante, muy rumbo; y la avaricia de que usted me reprende, una dueña astrosa, huraña, insociable y puerca.

Condesa. Oh! yo no he dicho....

Faustino. Así nos la pintan, y así es por lo regular; pero la mía....

Condesa. Usted no necesita justificarse....

Faustino. Y lo pretendo por ventura? Sí, señora, soy avaro: ¿por qué he de negarlo? Pero mi amor al dinero no es un vicio sórdido y despreciable, sino una pasión íntima, vehemente..., sublime. Yo no he acumulado mi oro con usuras, ni bajezas, ni delitos. Lo he adquirido con el sudor de mi frente, un duro tras de otro, y á expensas de mi regalo, de mi sueño y de mi salud. Como bien de tan subido precio—¿y para quién no lo tiene?—como ganado á tanta costa, le trato con religioso respeto, con pudoroso cariño; en fin, como el más pulcro y rendido galán á la más honesta dama.

Condesa. Qué dice usted? ¿Cómo á una dama!....

Faustino. Sí, señora; ¿y hay objeto más digno de ser amado que ese precioso metal? ¿No es la metáfora más general y más apropiada de que nos servimos cuando queremos ponderar la bondad de una cosa ó el mérito de una persona? ¿No oímos decir á cada momento: limpia como el oro, pura como el oro, eso es oro molido, vale más oro que pesa, no lo daría por todo el oro del mundo, oros son triunfos, *domus aurea*.... Sí, sí; soy avaro, y con entusiasmo, con delirio.—Pero tengo conciencia, y nunca me ha tentado esa vil y detestable codicia que á otros atosiga; por ejemplo, al dueño de la finca en cuestion. Si yo fuese tan ruin como él, hubiera admitido el diez por ciento que usted me ofreció por administrarle su patrimonio; y bien ve usted que me contento con el tres, porque las rentas son pingües, saneadas, y no vale más mi trabajo.

Condesa. Se ha visto hombre más original?

Faustino. Más digo; de balde lo haría por lo buena y lo amable que es usted. ¡Así no fuera tan despilfarrada!

Condesa. Gracias, mi buen amigo.

Faustino. Pero mi oro de mi alma se me quejaria si le privase de un legítimo incremento, y á mí me gusta verle crecer, crecer.... Porque sólo de una manera puede aumentarse la belleza del oro.

Condesa. Cómo?

Faustino. Siendo mucho.—Y sin embargo, y aunque le parezca á usted increíble, hay tal vez en mi corazón un fondo inagotable de ternura.

Condesa. ¿Será posible....

Faustino. Pero á falta de una mujer que lo cautive, ó de un amigo digno de este nombre..., ¿algo he de amar!

Condesa. Pero ni parientes siquiera....

Faustino. Tengo pocos, y no los he tratado; y como he viajado tanto, no sé donde paran, ni me importa mucho; porque huérfano y desvalido desde mi adolescencia, á ninguno de ellos he tenido que agradecer una sed de agua. Sin embargo, cuando establecí casa de giro en Santander, acogí en ella á un sobrino, huérfano también; pero no quise seguir como yo la carrera del comercio; se lo reprendí; se atufó; tomó el portante, y no he vuelto á saber de él desde entónces.

Condesa. Es extraño haber llegado usted á la edad madura sin que le haya agradado ninguna mujer.

Faustino. Sí tal; amores tuve en mi juventud, pero.... ¡no fui dichoso en ellos!..., y por lo mismo.... [*Levantándose.*] Diré pues al dueño de la casa....

Condesa. [*Levantándose.*] Que me quedo con ella.

Faustino. No por cierto: no nos precipitemos.

Bastará decirle que no están ustedes muy distantes de entenderse; que espere un par de días la resolución de usted; que verá usted la finca y la reconocerá un arquitecto.....

Condesa. Bien, como usted quiera.

Faustino. El caso es que aquel miserable vive lejos, y mi casa no está muy cerca. Si me permitiera usted escribirle aquí.....

Condesa. Por qué no? Ahí tiene usted lo necesario..... Yo voy á mi tocador..... Esta tarde iré á ver la casa.

Faustino. Muy bien: así lo prevendré á los inquilinos. Á qué hora?

Condesa. Á eso de las cinco.

Faustino. Yo haré por estar allí.....

Condesa. Tanto mejor. Hasta luego. Ya ve usted que le trato con confianza.

[*La Condesa entra en la misma pieza de donde salió: D. Faustino la saluda con una reverencia y se sienta á escribir.*]

ESCENA X.

D. FAUSTINO.

«Señor don Nicomedes Corpa. Muy señor mio.»—Capricho más extravagante! [*Sigue escribiendo en silencio.*] En vez de alquilar, como debía hacerlo, las cuatro quintas partes de este inmenso caserón..... [*Vuelve á escribir.*] Vanidad! locura!.. [*Escribiendo y hablando.*] Su seguro servidor que sus manos besa, Faustino Sanz.»—Cerramos la carta. [*Lo hace.*] Y el otro bribon, que se aprovecha..... El sobre.... [*Lo escribe.*]

ESCENA XI.

D. FAUSTINO. GREGORIO.

Gregorio. Señor don Faustino.....

Faustino. [*Levantándose.*] Qué hay?

Gregorio. Su criado de usted trae esta carta... [*Muestra una.*]

Faustino. ¿Y habia tanta prisa de.....

Gregorio. Como el sobre dice, urgente.....

Faustino. (Urgente! ¿De quién será...) Venga pues, y que lleve esta otra á su destino.

[*Toma la carta que trae Gregorio y le da la que acaba de escribir.*]

ESCENA XII.

D. FAUSTINO.

Veamos. [*Abre la carta y lee.*] «Señor don Faustino Sanz. Muy señor mio: Una per-

sona que se interesa mucho por la honra y la tranquilidad de usted, aunque no tiene el gusto de tratarle.....» Qué es esto? «Viéndole al borde del abismo, ha resuelto por caridad arrancar de sus ojos la venda que le ciega. Si no quiere usted ser víctima de la intriga más execrable, renuncie á la mano de la Condesa....»—¿Cómo á su mano?—«Y guárdela Su Excelencia, si aún tiene un resto de pudor, para el galán con quien en dulce y secreta intimidad...» Gran Dios! «Se burla de la credulidad de usted, y se prepara á derrochar alegremente en pocos meses lo que ha ahorrado usted en tantos años.»—Será posible?... Nadie firma.... ¡La Condesa amores ocultos!... ¡la Condesa proyectos tan vergonzosos!... Por lo que hace á mí ha errado el golpe el piadoso anónimo. ¿Y no pudiera engañarse, ó mentir lo mismo en lo demás? Sí, sí. Calumnia! infamia!... Es preciso que ella lo sepa, y al momento, para que averigüe quién es el villano detractor y lleve su merecido.—[*A la puerta del tocador.*] Condesa! Señora Condesa!

ESCENA XIII.

D. FAUSTINO. LA CONDESA.

Condesa. ¿Quién llama... Ah! ¿qué ocurre...
Faustino. Una iniquidad horrible. Vea usted lo que han tenido la avilantez de escribirme.

Condesa. Pero yo.....

Faustino. Lea usted, lea usted!

[*Toma la carta la Condesa y lee para sí.*]

(¡Que ha de haber manos para eso, Dios mio!)

Condesa. Cielos!...

Faustino. Excuso decir á usted que yo no creo tan negras imposturas.

Condesa. Alma baja! índole perversa! ¡ruin venganza!

Faustino. Es muy justa la indignación de usted.....

Condesa. Mi indignación? Honraria con ella á tan cobarde adversario. No; sólo me inspira desprecio y repugnancia.

Faustino. Con todo, examine usted la letra, y quizá descubra.....

Condesa. Es inútil. El traidor se habrá valido de otra mano, ó habrá disfrazado la escritura. Mejor es hacer pedazos este inundo libelo. [*Rompe la carta y tira los pedazos.*]

Faustino. Mal hecho! Yo conservaría el cuerpo del delito....

Condesa. Para qué? Confío en que no quedará impune sin que yo persiga al reo, aunque sospecho quién puede ser. No se elude y escarnece la justicia de Dios como la de los hombres.

Faustino. En verdad es incomprensible un placer tan solitariamente necio como el de injuriar así al prójimo.

Condesa. Para darle tal vez un triunfo cuando se le quería dar una pesadumbre. Dígalo yo, que veo con singular satisfaccion el calor con qué usted defiende mi reputacion contra los tiros del resentimiento y la envidia.

Faustino. Hago lo que debo....

Condesa. Y sin embargo, ha de saber usted, amigo mio, que si el origen de la aleva carta ha sido algun chisme doméstico, fundamento ha habido para él.

Faustino. Cómo!....

Condesa. Sí, señor, y á fe que me está bien empleado lo que me pasa por mi ligereza y mi irreflexion.

Faustino. ¡Señora!....

Condesa. Como usted lo oye. Yo recibo secretamente á un joven...., y por cierto de muy gentil presencia.

Faustino. Oiga! ¿Conque....

Condesa. Pero no es un amante.

Faustino. Ah! ya comprendo. Algun hermano....

Condesa. Tampoco.

Faustino. Algun proscrito....

Condesa. Nada de eso. Un pintor de mucho talento, á quien he mandado hacer mi retrato.

Faustino. En sesion secreta!

Condesa. Pues; para regalárselo á mi mamá, sorprendiéndola con él pasado mañana, que son sus dias.

Faustino. La causa de ese misterio es plausible; pero....

Condesa. En la última exposicion vi un cuadro, á mi parecer de mucho mérito, y tambien á juicio de personas más inteligentes que yo, aunque colocado, como de artista sin nombre, en lugar subalterno y á mala luz. Un amigo me hizo conocer al autor, le compré el cuadro en lo que quiso pedirme por él....

Faustino. Siempre manirotá!

Condesa. Como me propuse desde luego protegerle, le encargué, como he dicho, mi retrato, y lo hace reservadamente, no sólo porque mamá no sepa nada hasta que lo vea concluido, sino porque me prometo que todos mis amigos y relacionados han de admirar la obra, y atribuirle quizá á alguno de nuestros primeros pintores, contribuyendo así á la celebridad del verdadero artista.

Faustino. Ah Condesa! Tiene usted un corazon.... ¡de oro!

Condesa. Ahora confieso que he errado, aunque con la mejor intencion, y quiero enmendarme. No más misterios. Tarde ó temprano mi protegido se hará lugar, lo espero, entre los conocedores, sin dárlo yo á que me desuellen viva los necios y los malvados.

Faustino. Bien, señora! Apruebo....

Condesa. Va usted á conocer á mi ahijado. [Abriendo la puerta del tocador.] Venga usted....

ESCENA XIV.

D. FAUSTINO. LA CONDESA. GABRIEL.

Gabriel. Señora.... ¿Qué veo!

Faustino. Gabriel!

Gabriel. Tío!

Condesa. Cómo! ¿Es este....

Faustino. Sí, el sobrino de que hablaba á usted hace poco.

Condesa. Y no le recibe usted en sus brazos?

Faustino. Ya ve usted que él tampoco se da mucha prisa á abrirme los suyos.

Condesa. Eh! abrácese ustedes, y no más rencores.

Gabriel. Porque usted lo manda....

Faustino. Porque usted no diga.... [Se abrazan con tibieza.] Si nos separamos, fué por culpa suya.

Gabriel. Así será, pero no tengo motivo para arrepentirme....

Faustino. Yo no le eché de mi casa.

Gabriel. Cierto, pero me fuí, porque en ella hubiera muerto tísico.

Faustino. No quiso seguir la carrera del comercio....

Gabriel. ¡Sí, desde hortera, sujetándome á barrer la tienda y á otras mecánicas....

Faustino. Así lo hice yo, y soy tan bueno como tú. Oiga!....

Gabriel. No era esa mi vocacion, sino la de artista. Mis pensamientos eran más elevados.

Faustino. Pues ya!, y más románticos.

Gabriel. Para usted mismo, hombre acaudalado y sin hijos, era indecoroso el noviciado á que quiso sujetarme.

Faustino. Oh! sí; mejor hubiera hecho en mimarte y regalarte como al hijo de un personaje....

Gabriel. Quién dice tal?

Faustino. Estos jóvenes del dia quieren que todo se lo den cocido y amasado.

Gabriel. Yo no....

Faustino. Todo ménos trabajar.

Gabriel. ¿Y de qué aspiro yo á vivir, sino de mi trabajo? ¿Le he pedido á usted nada en siete años de ausencia?

Faustino. En verdad que no, y te lo agradezco mucho.

Condesa. Don Faustino!....

Faustino. Pero ¡ni una mala carta!

Gabriel. Ni creí que las echase de menos mi caro tío, ni me sobraba el dinero para franquearlas como hubiera sido forzoso para que usted las quisiese recibir.

Condesa. Gabriel!.... ¡Por Dios..... Nadie diría que son ustedes tío y sobrino.

Faustino. No congeniamos.

Condesa. Pero pongan ustedes término á las pullas y á las reconvenciones, siquiera porque yo se lo ruego.

Gabriel. Ah! sí; perdone usted.....

Faustino. ¿Y cómo te has gobernado para llegar á ser en tan pocos años un pintor sobresaliente, segun me dice esta señora? Verdad es que ya eras buen dibujante.....

Gabriel. Cómo? Frecuentando, á costa de mil privaciones, las mejores escuelas de España y del extranjero; viajando á pié por montes y valles y arrojando soles y nieves para estudiar la naturaleza; ganando á veces el pan como cavador ó como peon de albañil, mientras no pude ganarlo con mis lápices y mis pinceles; dándome, en fin, aliento y perseverancia mi ardiente fe, mi inflexible voluntad, y mi confianza en la Providencia divina.

Condesa. [*Dándole la mano.*] ¡Bien, amigo, bien! Eso es ser hombre, eso es ser artista.

Faustino. [*Apretando también la mano á Gabriel.*] Bravo! Tienes un corazón entusiasta como el de tú tío; aunque habiendo seguido otro rumbo te luciría más el pelo. Tanto mejor si ya puedes bandearte por ti sólo; pero, basta que esta señora te estime y proteja, para que yo, olvidando rencillas, te ayude con mucho gusto en lo que pueda. Cuenta desde hoy con la puchera y ropa limpia.

Gabriel. Gracias. Usted seguirá las horas canónicas del antiguo régimen, y los artistas aborrecemos todo lo que sea campana, sujeción, disciplina.

Faustino. Mi casa es reducida, un entresuelo....; lo que basta para mí; pero veré de acomodarte.....

Gabriel. Lo estimo en el alma; pero es excusado que usted se moleste. Yo necesito luz, espacio, aire..... Un entresuelo! Eso es vivir entre renglones, en cucullas..... Prefiero mi sotabanco sobre ciento diez y siete escalones.

Faustino. Pues ya! la elevación de tus pensamientos..... Lo ve usted, Condesa? No se puede hacer bien; no se puede querer á nadie en este mundo.—Pues, hijo mío, vive á tus anchas; ó por mejor decir, á tus altas, y buen provecho. Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

ESCENA XV.

LA CONDESA. GABRIEL.

Gabriel. Le pido á usted mil perdones, señora Condesa, por la parte que me ha cabido en escena tan desagradable; pero ¿qué le hemos de hacer? Cuando nacemos no nos dan á elegir los padres, y por consiguiente, tampoco los tíos.

Condesa. Es único en su especie el bueno de don Faustino; pero á bien que no ha de llevarse á la tumba sus tesoros.

Gabriel. Eh! qué me importa? El único tesoro á que yo aspiro.....

Condesa. Es la niña del mostrador.

Gabriel. Ah! Sí.... Y hoy no la he visto todavía, y aún tengo que ir á asearme..... Si usted me permitiera.....

Condesa. (Oh!) Sí, ya es tarde, y yo también tengo que hacer. [*Tira del cordón de la campanilla.*]

Gabriel. Corta ha sido hoy nuestra sesión.

Condesa. Mañana desquitaremos el tiempo perdido.

ESCENA XVI.

LA CONDESA. GABRIEL. GREGORIO.

Condesa. El sombrero del señor.

Gregorio. (Ah!)

Condesa. En mi tocador.

ESCENA XVII.

LA CONDESA. GABRIEL.

Gabriel. Pues ¿cómo.....

Condesa. Se descubrió nuestro inocente secreto.

Gabriel. [*Besando la mano á la Condesa.*] Adios, mi bella madrina.

ESCENA XVIII.

LA CONDESA. GABRIEL. GREGORIO.

Gregorio. [*Volviendo con el sombrero.*] (Ah!)

[*Gabriel toma el sombrero, saluda y se va por el foro.*]

Condesa. [*Á Gregorio.*] Vete.

Gregorio. [*Yéndose.*] (Oh!....)

ESCENA XIX.

LA CONDESA.

La niña del mostrador!.... [*Breve pausa.*]
Y podrá ser feliz con ella?... ¡Una lágrima....! [*Enjugándose los ojos.*] ¡Oh Dios mío!.... ¿Será de compasión...., ó de despe-

cho? No, no; yo deseo cordialmente su ventura. [*Alzando los ojos.*] Acordádsela, Señor, tan cumplida como merece; pero no á costa de la mía. Sacad triunfante mi razón de esta lucha. Apagad, que vos todo lo podeis, esta naciente llama, ó templadla de suerte, que pueda yo querer á ese jóven sin sonrojarme, y verle en brazos de otra sin aborrecerle. [*Vuelve á su tocador.*]

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un café. Puerta en el foro, que es la que da á la calle: otra á la izquierda, cerca de un mostrador donde habrá botellas, vajilla, etc.: en el mismo lado, cerca del foro, otra puerta, que guía á la cocina y á la repostería, y por donde entran y salen los mozos cuando tienen que servir bebidas heladas ó calientes. En el mostrador se sirven los licores, bizcochos y azucarillos. Á la derecha otra puerta, que conduce á la pieza de billar y otras. Á la parte de adentro del mostrador, habrá un elegante sillón destinado á Narcisa, y cerca de él una modesta butaca, que D. Pancraccio ocupará cuando no tenga que levantarse para cumplir algun pedido de los mozos.

ESCENA I.

D. PANCRACIO. RUPERTO. LÚCAS. ISIDRO.

D. MARTIN. UN MOZO. CONCURRENTES.

[*Al levantarse el telón aparece D. Pancraccio sentado en su butaca; Ruperto, Lucas é Isidro de pie, en el proscenio, con paños de lienzo al hombro: otro mozo está sirviendo helados á dos concurrentes, que tambien aparecen sentados á una mesa: en otra juegan al dominó dos pacíficos y taciturnos ciudadanos: D. Martin se entretiene más allá leyendo un periódico. Durante la primera escena entran algunos concurrentes más, de los cuales, unos pasarán á las piezas de la derecha, y otros se situarán en la que figura el escenario. Tambien se dejará ver y recorrerá las mesas un chicuelo vendiendo fósforos, jabones de olor y otras baratijas, desapareciendo luego por lo interior y volviendo á la escena ad libitum. Por último, otros personajes mudos entrarán y saldrán durante el acto, como lo disponga el director de escena.*]

Lúcas. Pocos parroquianos tenemos hoy todavía.

Isidro. Aún es temprano. Hasta cosa de las dos no empieza esto á animarse.

Ruperto. No hace muchos días que ni á esa hora ni á ninguna entraba aquí apenas alma viviente; como que yo sólo bastaba y sobraba para dar avío á todo; pero desde que tuvo don Pancraccio el feliz pensamien-

to de traer aquí á la bella Narcisa, para ponerla de prespetiva.... y así, como si dijéramos de protagonista del mostrador, los cuatro mozos de aquí y los tres de adentro somos pocos aún para servir á tanta gente.

Isidro. Lo que vale un buen palmito!

Ruperto. Á todos nos ha tenido cuenta. El amo, ¡mirad qué orondo está y qué satisfecho en su poltrona!, y nosotros vamos haciendo nuestro agostillo con las propinejas, amén de otras aldealas.... Ayer domingo vendí yo solo dos cajones de cigarros.

Lúcas. Sólo ella, la protagonista, como tú dices, parece que mira.... así, con indiferencia, por no decir con repugnancia, su mucho mérito y su alta posición.

Isidro. En efecto, me parece que no es para el paso. Muy bonita, eso sí; pero tan seria, tan parada.... Cobra, baja los ojos, se pone hecha un ascua cuando le dicen algun requiebro....; y pare usted de contar. Así, bien podrá hacer la fortuna de don Pancraccio; pero la suya propia, hartó será!

Lúcas. Es que la infeliz, se conoce que viene de muy mala gana.

Ruperto. Qué sabes tú?

Lúcas. Á la legua se conoce que su padre la trajo aquí, quieras que no, por la chupamelona de los cincuenta reales diarios que se embolsa, el muy judío, sin contar los almuerzos de grátis, y café y sorbetes y ponche á discrecion.

Ruperto. Y qué mal hay en eso? Ella le gana sin trabajo ese dineral, y además se ve ausequiada y adorada por la nata y flor de los elegantes. Verás cómo el día ménos pensado saca novio.....

Isidro. Sí, novio!

Lúcas. Pero ¿es posible que un padre especulice así con su hija? Eso es cosa que estremece.

Ruperto. Ca!

[*Han entrado y sentándose otros varios sujetos, y uno de ellos da un golpe sobre la mesa.*]

Isidro. Allá voy.

[*Escena mimica entre Isidro y el que ha llamado, figurando que éste pide algo. El mozo va en seguida al mostrador, tiene otra escena semejante con D. Pancracio, le paga anticipadamente lo que recibe, y vuelve con ello á servir á dicho parroquiano. Juegos mudos por este estilo se ofrecerán de cuándo en cuándo hasta las últimas escenas del acto.*]

Lúcas. Cómo! Pues.....

Ruperto. Pasa por padre, pero no lo es de nativitate. Quiero decir.....

Lúcas. Sí! Ya me figuraba yo..... ¿Si la habrá alquilado el señor Bernardo para luego subarrendarla al amo? No lo extrañaria, porque se ven tales industrias en Madrid...

Ruperto. Nada de eso. Él y su difunta mujer de él la recogieron y aprohijaron cuando estaba en mantillás.

Lúcas. Calla, hombre! ¿Conque.....

Ruperto. Es toda una historia. El mismo Bernardo me la contó un día.....

Lúcas. Dime, dime.....

Ruperto. Entre dos luces.....

Lúcas. Al anochece, sí.

Ruperto. No; no era el día, sino Bernardo, el que estaba entre dos luces.

Lúcas. Ya.

Ruperto. Pues me contó..... Pero no lo digas á nadie.

Lúcas. Pierde cuidado: no saldrá de este pecho.

Ruperto. Es el caso que él y su mujer, mercaderes ambulantes, viniendo á Madrid con sus lienzos, y atravesando al rayar el alba un pueblo de esta comarca, acertaron á ver en la puerta de la iglesia una criatura abandonada; ó por mejor decir, la oyeron llorar, y acudieron, y les dió lástima, y la recogieron, y continuaron con ella su camino.

Fosforero. Cerillas finas. Pastillas de olor.

Lúcas. Bien hecho: aquello fué una obra de caridad, pero esto.....

Ruperto. Es de advertir que la mujer habia perdido el día ántes su cria de ella, que fué buena casualidad.....

Lúcas. No; di que así lo dispuso la Providencia.

Ruperto. Pues, como iba diciendo, se la trajeron consigo á Madrid, y á causa de no haber vuelto á tener hijo ninguno aquella buena mujer, la tomó cariño; y como nadie hasta la presente les ha reclamado la niña, la criaron y adoptaron como hija; y por cierto que mientras vivió la honrada lencera se sacrificó y se desvivió por educarla como á una señorita; y con fruto, porque la chica ha sacado un talento.....

Lúcas. Qué excelente mujer!

Ruperto. Pero Dios se la llevó, hará unos dos años, cuando la huérfana era ya mocita.

Lúcas. Eso me aflige, como soy Lúcas.

Ruperto. Bernardo, que la respetaba, porque era mujer de mucho gobierno y de más chirúmen que él, tenía un poco á raya sus vicios mientras aquella vivió; pero despues se dió á la holgazanería, al juego....; disipó en poco tiempo todo lo ahorrado; vendió hasta los muebles.....

Lúcas. Sí, ya sé que era un perdido.

Ruperto. Llegó pues al extremo de no tener ausolutamente con que mantener á Narcissa; y á mí me costa el saberlo, porque en el billar de trueno donde serví ántes de venir á este café, le vi perder el último ochavo. Ahora bien, ¿la habia de plantar en la calle?

Lúcas. Eso no!

Ruperto. La habia de poner á servir?

Lúcas. ¿Qué sé yo! Ménos malo hubiera sido eso.

Ruperto. Pues! condenar á la escoba y al estropajo aquellas manos delicadas; servir la que puede ser señora; ganar un miserable salario, pudiendo nadar en oro si ella quisiera..... Quita allá! Tú no eres de este siglo.

Lúcas. Sí soy; pero.....

Ruperto. Y, vamos, ¿á ti qué te va ni te viene..... Tú no la has sacado de pila.

Lúcas. Con todo.....

Ruperto. Y en fin, cada uno hace de su capa un sayo; y para algo ha criado Dios las muchachas bonitas; y cuando pasan rábanos.....

Martín. Mozo!

Ruperto. Allá voy.

[*Golpean en otra mesa.*]

Lúcas. Voy al instante.

[*Acuden Ruperto y Lúcas adonde los llaman.*]

Martín. Candela.

Ruperto. Bien está.

Lúcas. Al momento.

[*Vuelve luego á servir cerveza y agua de limon en la mesa adonde ha acudido.*]

ESCENA II.

NARCISA. D. PANCRACIO. RUPERTO. LÚCAS.
ISIDRO. D. MARTIN. UN MOZO.
CONCURRENTES.

[*Narcisa llega por la puerta de la izquierda más próxima al proscenio, vestida con lujo extremado, de manga corta y flores en la cabeza. Todos los concurrentes, menos D. Martin y los que juegan al dominó, fijan su atencion en ella y cuchichean entre sí. D. Pancracio y Narcisa hablan á media voz.*]

Pancracio. Hola! Es usted, señorita!

Narcisa. Buenos dias.

Pancracio. Tardes dirá usted.

Narcisa. Bien; buenas tardes.

Pancracio. Mucho nos escatima usted esa linda cara.

Narcisa. No he podido venir ántes.

Pancracio. Hum! Parece que la niña se nos va haciendo un poco remolona.

Narcisa. (Dios mio!....) No ha sido voluntaria mi detencion.

Pancracio. Habrá sido quizá causa de ella el señor don Bernardo.

Narcisa. No, señor.

Pancracio. Pues á fe que bien listo anda para cobrar el *cum quibus*.

Narcisa. Don Pancracio!....

Pancracio. Ya le diré yo que eso no es lo tratado.

Narcisa. (Oh rubor!) No hay que achacar ni á mí ni á él mi tardanza, sino á usted mismo.

Pancracio. Cómo!

Narcisa. Ha querido usted que hoy estrenase otro vestido....

Pancracio. ¡Ahí verá usted si soy espléndido y generoso!

Narcisa. Y he estado esperando á la modista....

Pancracio. Tambien le diré yo á esa madama cuántas son cinco.

Narcisa. Ah! si de mí dependiera, crea usted que no le haria yo esperar.

Pancracio. Gracias, perla. Vas siendo amable.... Así me gusta.

Narcisa. (Me tutea el villano!)

Pancracio. ¿Conque si por ti fuera, no te esperaria....

Narcisa. No; porque no vendria ni temprano ni tarde.

Pancracio. Oiga! Esas tenemos? Apénas se da importancia el arrapiezo.... Pues no hay que engreirse tanto; que si ella no está satisfecha, no ha de faltar quien la reemplace.

Narcisa. Oh! si Dios oyera mis súplicas....

Pancracio. Pero ántes nos veríamos las caras su padre y yo.

Narcisa. Ay! no; por la Virgen santa....

Pancracio. Y usted y él serian citados ante un juez.

Narcisa. Basta!....

Pancracio. Y veríamos si se elude así como quiera un contrato formal.

Narcisa. No más, don Pancracio! ¡Por Dios, no diga usted nada á mi padre! Se enfureceria contra mí, y tiemblo de imaginar.... No; perdone usted si le he dicho algo que pueda ofenderle. Dígale usted que soy obediente y sumisa; mas séame permitido exigir de quien no es mi padre, que utilice en buen hora mi resignacion; pero que no me humille; que harto humillada estoy ya!; que respete mi infortunio, ay! no mereciendo; que no lo haga mayor, en fin, arras-trándome á la desesperacion.

Pancracio. (¡Diablo, qué fervor y qué energia!) Bien, Narcisita, no hay que atufarse. (Y parecia una mosquita muerta!) En parte, tiene usted razon: yo no la he tenido para reprenderla.... Vaya, ¿no ocupa usted su sillón?

Narcisa. [*Llorosa y despues de un suspiro.*] Sí.

Pancracio. Pero esas lágrimas.... Ea, valor! ¿Qué van á decir las gentes....

[*Narcisa se sienta en el sillón, y poco despues se encarga de la recaudacion, quedando al cuidado de D. Pancracio el servicio mecánico. Entran D. Policarpo y D. Marcial, y se sientan.*]

ESCENA III.

NARCISA. D. PANCRACIO. RUPERTO. LÚCAS.
D. POLICARPO. D. MARCIAL. ISIDRO. DON
MARTIN. UN MOZO. CONCURRENTES.

Pancracio. (No conviene exasperarla, porque en un Madrid bien la podria suplir con otra tan bonita como ella; pero tan simpática, dificilmente.)

Policarpo. [*Dando un golpe en la mesa.*] ¡Muchacho! [*A D. Marcial.*] Elegantísima está hoy la niña del mostrador.

Isidro. [*Acercándose.*] Presente.

Marcial. Pero triste, como de costumbre, ojerosa....

Policarpo. Un ponche á la romana. — Tú?

Marcial. Yo, una copa de ron.

Narcisa. (No ha venido todavía! ¿Qué le habrá ocurrido?)

Fosforero. Fósforos finos.

Marcial. Lo de triste es en ella condicional.

Que venga el pintorcillo, y verás cómo se animan aquellos ojos modestamente velados por sus largas y negras pestañas; ve-

rás cómo sus labios, grave y pudorosamente fruncidos, abren paso á alguna blanda sonrisa, y tal vez á alguna seña furtiva. Ella afecta esa compostura inverosímil, *deplacée*; pero me atengo al refrán: ¡no es oro todo lo que reluce!

Policarpo. Sin embargo, su mal disimulada predilección por el oscuro artista, prueba á lo ménos que es desinteresada.

Marcial. Podrá serlo para con él; pero eso no obsta....

Policarpo. También nuestro amigo Joaquín ha dado en hacer cocos á la niña.

Marcial. Pero me parece que gasta la pólvora en salvas.

Policarpo. Lo malo es no tener otra cosa que gastar.

Marcial. Ya tarda.

Policarpo. Estará galanteando á la Condesa cuya mano solicita.

Marcial. Oh! él no pierde ripio....

Policarpo. Chit.... Ya le tenemos en campaña.

[*Entra D. Joaquín y en seguida algunos otros concurrentes.*]

ESCENA IV.

NARCISA. D. JOAQUÍN. D. PANCRACIO.

RUPERTO. LÚCAS. D. POLICARPO. DON

MARCIAL. ISIDRO. D. MARTÍN. UN MOZO. CONCURRENTES.

Joaquín. [*Encaminándose directamente al mostrador.*] (Hoy ó nunca.)

Marcial. [*Levantándose y saliéndole al encuentro.*] Eh!.... Aquí estamos. ¿Cómo es que te pasas de largo?

Joaquín. [*Bajando la voz.*] Déjame. Estoy en vena y voy flechado á acabar de flechar á esa pobrecilla. [*D. Marcial vuelve á sentarse.*] (Condesa inicua! El anónimo hará su efecto; pero eso no basta á mi venganza: es preciso ajar su amor propio con mi nueva conquista.... Manos á la obra.) [*Se acerca al mostrador.*] Bella Narcisa!

Narcisa. ¿Quiere usted que le sirvan algo, caballero?

Joaquín. Yo soy quien se honraria mucho siendo rendido siervo de tan perfecta hermosura.

Narcisa. Mil gracias por la lisonja.

Joaquín. No, alma mía, no es lisonja. Es usted el númen de este templo; todos la admiran; y yo, más sensible que todos...

Narcisa. Caballero.... (¡Que sufra yo esto, buen Dios!)

Joaquín. Desde el día en que usted se apa-

reció como astro luminoso, mi corazón enamorado....

Narcisa. Dispense usted que le interrumpa. Yo no le he dado ocasión ni pretexto para producirse conmigo en esos términos; ni un mostrador es un templo; ni una cobradora asalariada puede ser un númen; ni por oír esas adulaciones dejaré yo de ser tan humilde como soy, y tan honrada como debo.

Joaquín. (Miren cómo se sacude! ¡y con cierta elegancia que me sorprende!) Usted no se hace justicia, prenda adorada....

Narcisa. [*Dando á uno de los mozos la vuelta de una moneda.*] Sobran diez cuartos: tome usted.

Joaquín. ¿Por qué no han de inspirar esos divinos ojos una pasión sincera y vehementemente?

Narcisa. Perdóneme usted: los mozos me esperan, y si usted me distrae, faltaré á mi obligación. [*Despacha á otro mozo.*]

Joaquín. Ah! (Entiendo.) [*Bajando la voz.*] Ya veo que ciertas cosas no son para tratadas ante testigos....

Narcisa. Cómo!

Joaquín. Pero es usted demasiado amable para negarme una cita....

Narcisa. [*Con una mirada de indignación.*] ¡Cita.... (Insolente!) Don Pancracio!

Pancracio. Qué hay?

Joaquín. (Ahora me acusa y alborota el cotarro.)

Narcisa. Este caballero es tan bondadoso, que pudiendo mandarnos desde una mesa, viene al mostrador á honrarnos con sus órdenes; pero yo no puedo servirle, porque tengo que atender á los mozos....

Pancracio. Dice bien: lo primero es la cuenta y razón.

Narcisa. Y porque.... me habla en un lenguaje, que no sé si es griego ó alemán: ello es que yo no lo puedo comprender.

Pancracio. En alemán, señor don Joaquín? Pues ¿no es usted de Carmona?

Joaquín. Yo le diré á usted.... (Disimula: no pierdo la esperanza.) [*Pasa á colocarse enfrente de D. Pancracio.*]

Pancracio. (Algun chicoleo....) Á ver qué cosa....

Joaquín. Como ella, por lo visto, no ha oído nunca decir *kirchwasser*.... La he pedido una copa de *kirchwasser*.

Pancracio. Si no es más que eso, al momento va usted á ser servido.

[*Toma una botella, la destapa y de su contenido llena una copa, que Isidro sirve después á D. Joaquín.*]

Joaquín. (Sólo falta que me desahucie también esa desventurada.) [*Va á sentarse con sus amigos.*]

ESCENA V.

NARCISA. D. JOAQUIN. D. PANCRACIO.
 RUPERTO. LÚCAS. D. BENIGNO.
 D. ALBERTO. D. REMIGIO. D. POLICARPO.
 D. MARCIAL. ISIDRO. D. MARTIN. UN MOZO.
 CONCURRENTES.

Benigno. [*Deteniéndose un poco para contemplar á Narcisa, y lo mismo harán D. Alberto y D. Remigio.*] (Deliciosa! fresca! naïve!.... Es un idilio.)

Remigio. (Qué prima dona si cantara!)

Alberto. (Qué tipo para un drama!)

[*Se sientan juntos.*]

Isidro. [*Acercándose.*] ¿Se ofrece algo, caballeros?

Alberto. Café con leche y tostadas de manteca.

Remigio. Yo, lo mismo.

Benigno. Yo, chocolate con ídem.

Isidro. Tardecito almorzamos hoy. (Ya se ve, poetas y músicos....)

Alberto. Qué quieres decir con eso, gandul?

Isidro. Yo, nada.... Una observacion....

Alberto. Necia.

Remigio. Disonante.

Benigno. Absurda.

Alberto. Cada uno almuerza cuando tiene gana.

Isidro. (Ó cuando tiene qué.) Yo no lo decia con malicia, sino que.... como no es la regla....

Alberto. Los genios estamos reñidos con todas las reglas, principiando por las de Horacio y acabando por las de la higiene.

[*Vase Isidro y volverá luego á servir lo que le han pedido.*]

Martin. (Bravo! Omer-bajá es todo un hombre; y si Schamil derrota, como suele, á los moscovitas entre los riscos y las breñas del Cáucaso....)

Fosforero. [*A D. Martin.*] Jabon fino. Petacas de piel de Rusia.

Martin. Aparta, blasfemo, ó te denuncio por traficante de géneros ilícitos y contumaces. ¡Si fueran de piel de ruso....

ESCENA VI.

NARCISA. D. FAUSTINO. D. JOAQUIN.
 D. PANCRACIO. RUPERTO. LÚCAS.
 D. BENIGNO. D. ALBERTO. D. REMIGIO.
 D. POLICARPO. D. MARCIAL. ISIDRO.
 D. MARTIN. UN MOZO. CONCURRENTES.

Faustino. (Detesto los cafés porque en ellos no se hace más que perder lastimo-

samente el tiempo y gastar el dinero en pócimas abominables; pero la sed me abraza.... Cuánto ocioso!.... ¿Qué va á que no encuentro donde sentarme? Allí veo una mesa.... No calentaré mucho el puesto.) [*Se sienta frente al mostrador, cerca de él, y acude al instante Ruperto.*] Qué hay?

Ruperto. Fiambres, licores, vinos generosos, quesitos, sorbetes, salchichon....

Faustino. Hum! Basta! ¡Qué cháchara infernal!

Ruperto. Como pregunta usted qué hay....

Faustino. Como se me planta usted delante, sin haberle llamado, le he dicho: qué hay? Esto es, nó ¿qué hay en el café? sino ¿qué hay de comun entre usted y yo? ¿qué se le ofrece á usted?

Ruperto. Á mí nada.

Faustino. Pues á mí sí. Tráigame usted.... Pero ¡calle! yo conozco á este zanguango.

Ruperto. ¿Qué veo! Mi amo de márras.... (Sí, el tacaño de don Faustino.)

Faustino. Tú eres....; sí, tú eres aquel criado que despedí por sison....

Ruperto. Calumnias....

Faustino. Romualdo.... Ro.... Ruperto.

Ruperto. Servidor. (Sison! Ya hemos convenido en que sisar no es pecado; peor es ser tan cicatero como él, teniendo más oro qué hay en las Californias.)

Faustino. ¿Qué haces ahí hecho un pasmarote? Trae lo que te he dicho.

Ruperto. Si no me ha dicho usted nada!

Faustino. Un vaso de agua.

Ruperto. Con azucarillos?

Faustino. No es menester.... (Pero puede que el agua sea de pozo, y bueno será....) Sí; trae un azucarillo.

Ruperto. (No digo? ¡Miren si se despilfarra!) [*Va al mostrador, toma el agua y azucarillo y sirve á D. Faustino.*]

Joaquin. [*A sus amigos.*] Cierito, no eran de esperar en ella tantos melindres, y sin temeridad podemos suponer que son calculados; pero así me gustan á mí las bellezas; un tanto esquivas y recalitrantes. Donde no hay lucha, no hay triunfo verdadero.

Faustino. Cobra. [*Da una peseta á Ruperto, y éste pone sobre la mesa la vuelta y se retira.*] (Ocho cuartos por un azucarillo! Hay conciencia para esto?)

Remigio. Vamos, es preciso que uno de los dos me escriba una ópera para ponerla en música.

Benigno. Mi musa no pica tan alto: otros retocen con la máscara de Talía, ó vibren el puñal de Melpómene; bastan á mis sencillas y campestres inspiraciones el crótalo de Terpsícore ó el caramillo de Erato.

Alberto. La independendencia de mi estro no puede someterse á la tiranía del pentagrama y al despotismo de la batuta.

Remigio. Yo no exijo....

Alberto. Y es difícil armonizar el enredo con el contrapunto, la rima con la fuga, la sinalefa con el calderon, y en una palabra, el músico con el poeta. [*Siguen hablando en voz baja.*]

Faustino. (Qué hermosa criatura! No habia reparado hasta ahora.... Qué ojos! ¡qué boca! qué talle!... Hermosa es de véras!) [*Se queda como embelesado mirando fijamente á Narcisa.*]

Remigio. Argumento? Yo os propondré uno y de mucha novedad; fresquito, flamante.

Benigno. Cuál?

Remigio. La niña del mostrador.

Joaquín. (¡Diablo de *kirchnasser*, cuando está uno abrasado.... Yo hubiera preferido un sorbete; pero por no desmentir á Narcisa....)

Narcisa. (Me inquieta ya su tardanza.)

Faustino. (No acierto á separar mis ojos de aquel agraciado rostro. ¿Qué sensacion desconocida cautiva mi alma y embarga mis sentidos?... El amor acaso.... ¿Qué digo, insensato! ¡Enamorarme yo, á mis años, y de una mujer que no he tratado!.. No; debe de ser lo que siento una fascinacion pasajera, un vértigo producido por la densa atmósfera que me rodea y á que no estoy acostumbrado. ¿Ni qué caso haria de mí tan rara beldad, en la primavera de su vida.... Será casada; ó por lo ménos, reinará ya en su corazon otro amante.... Otro amante! ¿Luego confieso que yo tambien.... Locura! necedad! Huiré de ti, sirena encantadora, ántes que esa bulliciosa juventud me observe y se ria de mi flaqueza. [*Se levanta.*] Al aire libre recobraré la calma, la serenidad.... Oh! no puedo..., no puedo... [*Se vuelve á sentar.*] No hay valor, no hay virtud capaz de resistir á tan poderoso hechizo.

ESCENA VII.

NARCISA. BASILIO. JENARO. D. FAUSTINO.
D. JOAQUÍN. D. PANCRACIO. RUPERTO.
LÚCAS. D. BENIGNO. D. ALBERTO. DON
REMIGIO. D. POLICARPO. D. MARCIAL.
ISIDRO. D. MARTÍN. UN MOZO.
CONCURRENTES.

[*Los mancebos extranjeros Basilio y Jenaro llegan, el primero con un violín y el segundo con una arpa; se sitúan en el foro y tocan, piano, alguna pieza de música italiana de las más conocidas y populares. Entre tanto, siguen en voz baja las conversaciones particulares y el movimiento anterior de entradas y sa-*

lidas, etc., siendo muy contados los concurrentes que prestan alguna atencion á la sonata.]

Joaquín. Eh! ya nos favorecen esos menaguados con su cotidiano cencerreo de arpa y violin.

Marcial. No haria mal don Pancracio en excusar ese martirio á nuestras orejas....

Faustino. (Pero jóven de tal mérito no parece nacida para ese vulgar ministerio, ni la pública exhibicion de tantos atractivos prueba mucha cordura de parte del padre ó del marido.... Yo he de averiguar....) [*Ruperto pasa por cerca de la mesa que ocupa D. Faustino.*] (Ah! preguntaré á Ruperto...) Muchacho!

Ruperto. Quién llama?

Faustino. Ven acá.—¿Quién es aquella señorita? cómo se llama? ¿qué procedencia....

Ruperto. ¡Vaya una pesquisa.... ¿Por qué no me pregunta usted tambien cuántos años tiene?

Faustino. Ya anuncia su cara que no llegan á veinte. Dime....

Ruperto. (Roñoso y pregunton! Pues se ha de quedar con la curiosidad.) [*Yéndose.*] No sé.... No tengo tiempo....

Faustino. Oye, hombre! No seas cerril. Te llamaba tambien para darte la propina.

Ruperto. [*Volviendo.*] Ah! Eso es diferente.
Faustino. Guárdate esa morralla. [*La vuelta que ántes le dió Ruperto.*]

Ruperto. [*Tomando las monedas.*] Gracias.

Faustino. Y si eres más complaciente, yo te lo sabré agradecer.

Ruperto. Estimando. Pues, señor, la chica... (De cuándo acá tan rumboso? ¿Le habrá entrado Narcisa por el ojo derecho?... Sí, eso es; el amor ha hecho ese prodigio.)

Faustino. Vamos, habla, hombre; acaba.

Ruperto. La chica es guapa, verdad?

Faustino. Oh! sí; pero....

Ruperto. De rechupete; pero ahí donde usted la ve, no es nuestra.

Faustino. Cómo!

Ruperto. Quiero decir que es arquilada....

Faustino. Alquilada? Horror! Cómo? ¿para qué?

Ruperto. Toma! Para nada que peque contra el catálogo: para que dé tono y fama al establecimiento, y nos traiga parroquianos.

Faustino. (Adios mis doradas ilusiones! Será alguna perdida....)

Ruperto. (Es millonario, y si picase en el anzuelo, Bernardo se armaria....)

Faustino. (¡Tan bella, Dios mío, tan niña, y ya sumida en el oprobio!....)

Ruperto. (Mediando yo en el asunto, comería á dos carrillos....) La pobrecita....

Faustino. (¿Quién no diria al mirarla que es un dechado de pureza y candor? ¡Si parece increíble!....) Qué decias?

Ruperto. Le diré á usted *sotto voce*.... Pero no mire usted tanto al mostrador; que si lo ocserva, sospechará....

Faustino. Bien.... (Qué angustia!) Dímelo todo.

[*Siguen hablando aparte. Los dos jóvenes extranjeros han concluido su duo; el del arpa toca solo otra pieza, mientras el del violín, presentando una caja de hoja de lata, recorre las mesas pidiendo limosna; pero sólo tres ó cuatro personas, incluso D. Remigio, le dan algunas monedas de cobre.*]

Alberto. No es hasta ahora la presunta heroína personaje bastante dramático; pero es de esperar que algun lance imprevisto, estrepitoso dé relieve á su figura. Entónces....

Benigno. [*A Basilio que se acerca.*] Á ese, que es músico.

Remigio. Ah! sí; toma para resina, camaradita. [*Le echa unos cuartos en la caja.*]

Faustino. Basta! No quiero saber más. ¡Infamia! depravacion!... infeliz criatura!

Ruperto. Sí, es un dolor.... Pero, ya se ve.... El desamparo...., la miseria.... Si ella tuviese un....

Faustino. (Por qué habré yo venido aquí?)

Ruperto. Un amigo generoso.... Vamos al decir....

Faustino. Calla, demonio tentador!

Ruperto. Yo trato á su padre.... ¡Bello su-jeto!... Si quiere usted que le presente....

Faustino. No! No quiero conocer á semejante pícaro.

Ruperto. Corriente. Yo.... Como le veo á usted tan apasionado....

Faustino. Mientes! Curiosidad, nada más...

Ruperto. Y por hacer una buena obra....

Faustino. ¡Vete de aquí, vete, y no te vuelva yo á ver! [*Queda sumido en profunda meditación.*]

Ruperto. [*Separándose.*] (Aun se hace de pencas, quizá por avaricia; pero hartó será que él no caiga en la red.)

Joaquín. [*A Basilio, que llega á su mesa.*] Eh! quítese de delante. No gusto de música ratonera.

Faustino. (Y aún me estoy clavado aquí! Mala vergüenza!... ¿Por qué no me alejo de ella, miserable!... ¡Haber mirado con indiferencia á tantas mujeres honradas, y cegarme así una muchachuela venal.... Venal?... Y es culpa mía que lo sea?... ¿Tan galán soy yo que pueda aspirar á otras conquistas.... Venal.... Tanto mejor: la compraré.)

[*En este momento, Basilio, concluyendo su estéril colecta, presenta la caja á D. Faustino.*]

Aparta! Yo no socorro á holgazanes, va-

gamundos.... Á trabajar, ó al hospicio!

[*Vuelve á sus contemplaciones. Basilio, enjugándose una lágrima, se dirige al mostrador y presenta la caja á Narcisa.*]

Narcisa. Perdona, hijo mio. ¡Yo nada puedo darte!

Basilio. Oh signorina! ¡*Pietà di noi, poveri orfanelli!*.... [*Mostrando lo que tiene en la caja.*] *Vedete!*.... Ah! E la madre ammalata.... Che far da si piccola raccolta?

Narcisa. [*Llorando.*] (Me parte el corazón!) Don Pancracio!...

Pancracio. Qué hay?

Narcisa. Socorra usted á esos infelices. Apénas han recogido para un pan. [*Abriendo el cajón.*] ¿Les doy....

Pancracio. No. Madrid es grande, y si en cada café sacan otro tanto....

Narcisa. Hágalo usted por mí!

Pancracio. No puede ser. Harto hago en permitir que importunen á mis parroquianos.

Narcisa. Pues bien.... (¡Oh Virgen pura, oh madre de los desamparados, tú me inspiras!) Yo voy á hacer una colecta para ellos.

Pancracio. Muchacha!...

Narcisa. No me detenga usted, ó diré que es un caribe. [*Sale al escenario.*] Dame esa caja.

[*La toma de manos de Basilio, y se coloca en medio del tablado. Este movimiento produce otro casi general de curiosidad en los concurrentes.*]

Señores!

[*Entre el murmullo general se dejan oír las frases siguientes.*]

Joaquín. Narcisa!

Faustino. ¿Qué veo!

Alberto. La niña del mostrador!

Policarpo. Silencio!

Narcisa. Prestadme un momento de atención.

Voces. Silencio!

[*El tañido del arpa ha cesado, y los dos jóvenes italianos, llamados por señas de Narcisa, se juntan á ella.*]

Narcisa. Perdonad, señores, que me atreva á dirigiros la palabra, deponiendo la timidez propia de mi sexo. Si tanta resolución os sorprende, considerad que yo misma obedezco á un impulso irresistible; al que más imperio ejerce sobre almas cristianas: la caridad! Dios me la infunde en favor de estos desgraciados; y si huérfana yo tambien, como ellos, y oscura, y desvalida, falta elocuencia á mi voz y autoridad á mi

persona para ser su intercesora, me anima la seguridad de que no en vano imploro indulgencia para mí á vuestra galantería; misericordia para ellos á vuestra generosidad.

[*Muestras de general aprobacion y viva simpatia que irán en aumento durante el discurso de Narcisa.*]

Distraídos, ó preocupados con otras ideas, no habeis fijado en ellos vuestros ojos.... quizá porque no han acertado á lisonjear vuestros oídos. Si las cuerdas de esos instrumentos han hecho vibrar las de mi corazón, no es ciertamente por la magia de sus acentos. Qué importa? Siempre es meritorio el ejercer mal ó bien un arte tan noble como halagüeña; siempre es de apreciar que no sigan el ejemplo de tanto haragan mendigo, y que remuneren del único modo que pueden la limosna que les dan. Oh! ¿Y sabeis quiénes son estas interesantes criaturas? No los han traído, no, á tan lastimoso estado la desaplicación, la vagancia, el vicio. Son honrados; yo lo sé; son bien nacidos; son víctimas inocentes de trastornos y revoluciones en que no han tomado parte. Mártir de sus creencias políticas, han visto morir á su padre en tierra extranjera; su madre yace enferma sobre inmunda paja en desabrigado y oscuro desvan, y su hermano mayor murió peleando como bueno por la independencia de su patria.

[*Murmullo de aprobacion más pronunciado que el primero. Parte de los circunstantes se habian ido levantando de sus asientos para ver mejor á Narcisa, ó en señal de adhesión. Ahora se levantan los demás, incluso don Martín y los del dominó, que embebidos en el juego y la lectura, se habian mostrado impasibles, y en todos los semblantes se lee ya el triunfo de la heroína. Al mismo tiempo se dejan percibir, casi simultáneamente, las exclamaciones que siguen.*]

Faustino. Qué mujer!

Policarpo. Divina!

Faustino. Me arrebató!

Benigno. Á quién no conmueve?

Joaquín. Qué hermosa está!

Alberto. Á quién no persuade?

Marcial. Peregrina!

Martín. Heroína!

Remigio. Brava!

Faustino. Yo estoy fuera de mí!

Narcisa. Os conmueven mis clamores?

No me admiro. Me los arranca el infortunio ajeno; ¡já mí, que sólo á Dios pido consuelo en el mío! ¿Os enternecen mis lágrimas? Qué mucho? Sois caballeros, sois españoles. ¿Y quién de vosotros, en

este siglo de revueltas y guerras y calamidades, no se ha visto alguna vez encarcelado, proscrito.... ¿Á quién, al menos, no habrán arrebatado de los brazos el padre, el hermano, el camarada ó el amigo, condenados á larga y dolorosa emigración? ¿Quién sabe si alguno de los que me oyen se verá también mañana, como mis pobres pupilos, [*Cogiéndolos de las manos, y ellos besan las de Narcisa.*] como mis queridos hermanos, sin padre, sin pan, sin hogar, sin patria?

[*Nuevo y más fuerte murmullo de asentimiento.*]

Voces. No más!

Otras. Ven!

Otras. Basta!

Otras. Toma!

Narcisa. [*Anegada en lágrimas y presentando á Basilio la caja petitoria.*] Tomad, pobres niños. Ya no necesitáis que yo os haga la colecta....

Grito general. Sí! sí!

Narcisa. Estoy tan conmovida.... Vosotros mismos....

Voces. No! no!

Otras. Ella! ella!

Otras. La niña del mostrador!

Todos. Viva la niña del mostrador!

Narcisa. [*Enjugándose las lágrimas.*] En buen hora, señores. Es lo menos que yo puedo hacer en muestra de agradecimiento á tantas bondades. [*Va recorriendo las mesas con la caja, y todos echan en ella monedas, de plata. Los mancebos ejecutan una pieza patética.*] Gracias.—Dios se lo premie á ustedes.—Gracias.—Gracias.—[*Viendo á D. Joaquín con sus amigos, esquivo su encuentro, y pasa á otra mesa.*]

Joaquín. [*Á D. Policarpo.*] Nada nos pide á nosotros. Es distracción..., ó desaire?

Alberto. Dios te dé tanta dicha como mereces, limosneta del cielo.

Narcisa. Estimo....

Benigno. Para tus clientes, este medio duro; no tengo más!; para ti, un poema.

Narcisa. Tantas gracias....

Remigio. Toma, hechicera. Jamás haré yo un acorde tan perfecto como el de tu lindo rostro con tu alma angelical.

Narcisa. ¡Por Dios, señores.... Me confunden ustedes.... [*Sigue cuestando por otras mesas: algunos individuos, sin esperarla en las suyas, acuden á depositar en la caja su ofrenda.*]

Faustino. (No podré contener mi agitación cuando llegue á mí.)

Martín. ¡Bendita.... Dios te libre de cosacos.

Faustino. [*Haciendo su donativo.*] Toma. [*Á media voz.*] ¡Me has hecho verter lágrimas de fuego!

Narcisa. ¡Señor....

Faustino. Pero ¿cómo oírte con ojos enjutos? ¿Qué bolsa—¡ni aún la mía!—se cierra á tus ruegos?

Narcisa. Usted me lisonjea más de lo que yo..... Pero ¡es oro lo que usted ha echado! Tres onzas!.... Sin duda ha sido equivocación.....

Faustino. No; á sabiéndas las he dado, y si supieras..... (Ayer me hubieran arrancado primero una ala del corazón, y hoy..... ¡Oh miserable humanidad!)

Narcisa. Quedo muy reconocida.....

Faustino. Espera! No es mi dádiva tan desinteresada como presumes. Merezca yo besar en recompensa esa mano di..., esa mano caritativa.

Narcisa. (Qué conmovido está! Y hay en su frente un no sé qué..... que inspira veneración.) [*Volviéndose á los circunstantes.*] Señores, este buen caballero acaba de hacerme para mis protegidos un donativo considerable.

[*Breve rumor de sorpresa.*]

Joaquín. [*Acercándose.*] Oiga!.... (Cielos! Es don Faustino, mi acaudalado rival..... Pues ¿cómo..... No comprendo.....)

Narcisa. Me suplica que en galardón le dé la mano á besar..... Es un anciano respetable, y mi condescendencia no se calificaría de liviandad; mas podría parecer inspirada por el orgullo..... Yo besaré la suya en muestra de gratitud á su beneficio y de respeto á sus canas. [*Lo hace.*]

Faustino. Ah! Narcisa!.... (¡Yo voy á volverme loco!)

[*Breves murmullos en diferente tono, dando unos á entender que se mofan del viejo, y otros que admiran el talento y la gracia de Narcisa.*]

Joaquín. (Miren el carcamal!....)

Faustino. (No puedo más!....) Adios! [*Da algunos pasos para retirarse y encontrándose cara á cara con Ruperto, exclama:*] Ah! [*A Ruperto aparte, sin detenerse.*] Sal detrás de mí.

[*Sigue Ruperto á D. Faustino. Cesa la música.*]

ESCENA VIII.

NARCISA. BASILIO. JENARO.

D. JOAQUÍN. D. PANCRACIO. LÚCAS. DON BENIGNO. D. ALBERTO. D. REMIGIO. D. POLICARPO. D. MARCIAL. ISIDRO. D. MARTÍN. UN MOZO. CONCURRENTES.

Narcisa. Permitidme ahora, señores, que en nombre de mis protegidos, os dé á todos

las más expresivas gracias por vuestro desprendimiento; y si mi intercesión ha podido serles de alguna utilidad, yo también por mi parte os agradezco muy de veras que hayais tan noblemente cumplido, y aún superado mis esperanzas.

Voces. Bien!

[*Llega Gabriel, y á pocos pasos se detiene sorprendido al ver á Narcisa en medio del tablado y al oír las aclamaciones de que es objeto.*]

ESCENA IX.

NARCISA. BASILIO. JENARO. GABRIEL. D. JOAQUÍN. D. PANCRACIO. LÚCAS. DON BENIGNO. D. ALBERTO. D. REMIGIO. D. POLICARPO. D. MARCIAL. ISIDRO. D. MARTÍN. UN MOZO. CONCURRENTES.

Voces. Viva!

Gabriel. (Qué es esto?)

Voces. Viva la niña del mostrador!

Narcisa. [*Dando la caja á Basilio.*] Tomad, queridos. La suma con que, por mi mano venturosa y vencida de mis humildes ruegos, ha contribuido esta reunión á vuestro socorro, no os dará todo el bienestar que yo os deseo; pero os arrancará por de pronto á las garras de la miseria. Corred á llevar ese consuelo á vuestra madre, y bendecid á vuestros bienhechores.

Basilio. Oh! sì; *a tutti, a tutti*.....

[*Basilio y Jenaro saludan á la reunión con las gorras en la mano.*]

Ma prima a te, bel ángelo.....

Narcisa. Basta! Idos.....

[*Los va llevando hácia la puerta del foro: ellos no aciertan á soltar las manos de Narcisa, que cubren de besos y lágrimas.*]

Jenaro. *Mia sorella*!....

ESCENA X.

NARCISA. GABRIEL. D. JOAQUÍN. D. PANCRACIO. LÚCAS. D. BENIGNO. DON ALBERTO. D. REMIGIO. D. POLICARPO. D. MARCIAL. ISIDRO. D. MARTÍN. UN MOZO. CONCURRENTES.

Gabriel. (Qué grata sorpresa!)

Narcisa. (Ah! El está allí y ha visto mi triunfo..... Gracias, Dios mío!)

Joaquín. [*Acercándose.*] No se ha dignado usted, hermosa Narcisa, de comprenderme en su benéfica cuestación.....

Narcisa. No sé.... Donde hay tantas personas, he podido sin designio.....

Joaquín. Admito la excusa; pero ¿qué se diría si dejase yo de contribuir á tan buena obra, siendo usted quien la ha promovido, y yo el que más admira sus virtudes..... y sus gracias?

Narcisa. (Me repugna este hombre.)

Gabriel. (Se me ha indigestado ese individuo.)

Joaquín. [*Ofreciendo á Narcisa una moneda de cien reales.*] Reciba usted el óbolo modesto de un apasionado.....

Narcisa. Antes, lo hubiera recibido; pero.... ahora.... Ya no están aquí los pobres extranjeros.

Joaquín. Por no interrumpir á usted en su inspirada alocución....; por contemplar atónito tan dulces encantos.....

Narcisa. Puede usted guardar su donativo para cuando vuelvan....

Joaquín. No, reina mía; quiero que lo reciban de esa linda mano. [*Intenta tomársela.*]

Narcisa. [*Retirándola.*] Caballero!....

Joaquín. Eh! no sea usted desdenosa, sólo conmigo, prenda de mis ojos....

Gabriel. [*Acercándose más.*] (Vive Dios....!)

Joaquín. [*Insistiendo.*] Mano que no ha rehusado las rudas y callosas de unos perdularios, no es razon que esquivé el contacto de la mia.

[*Murmillos de desaprobación.*]

Narcisa. No quiero avergonzar á usted dándole la respuesta que merece. El público sabrá apreciar mi silencio, ya que usted no lo sepa agradecer.

Gabriel. La respuesta, sin embargo, es muy sencilla. Esta señorita es dueña de dar ó negar su mano á quien bien le parezca. Ha podido darla con inocente orgullo á un necesitado, y negarla con altivo desprecio á un insolente.

Joaquín. ¿Qué oigo! ¿Se atreve usted....

Gabriel. Tal vez honra una mano curtida por el trabajo y por la intemperie, y tal vez otra muy pulcra y adamada sonrojaria á quien la tocara.

Narcisa. Oh Dios! Por piedad.... (Yo tiemblo.)

Joaquín. Muy bien hablado; pero bueno sería saber á título de qué se mete usted donde no le llaman.

Gabriel. Á título de hombre honrado: yo no necesito de otro para defender á una mujer insultada contra el infame que no la respeta.

Joaquín. Oh! esto es ya demasiado. Yo le

haré á usted ver que con manos muy pulcras se puede corregir á un temerario.

Narcisa. Basta! (Oh desventurada!)

Pancracio. Qué es esto?

[*Sale del mostrador D. Pancracio. Agitación entre los que presencian la disputa: algunos se acercan y tratan de poner paz: otros, más prudentes, se retiran.*]

Gabriel. [*Dando á D. Joaquín una tarjeta y llevándole hacia el proscenio.*] 'Supongo que no me hará usted esperar mucho la lección que me promete.

Joaquín. [*Dando á Gabriel otra tarjeta.*] En la plaza de Oriente nos podremos ver dentro de media hora; y desde allí....

Gabriel. Convenido.

[*Algunos curiosos han seguido á los dos rivales, entre ellos los amigos de D. Joaquín, y D. Alberto con los suyos.*]

Joaquín. Estos dos caballeros serán mis testigos. [*Señala á D. Marcial y D. Policarpo.*]

Policarpo. Estamos prontos.

Joaquín. Nombre usted los suyos.

Gabriel. Cualquiera lo será; que es demasiado justa y honrosa la causa que defiende.

Voces. Todos!—Sí!

Gabriel. Pero, ya que es fuerza elegir...., ustedes dos. [*Señala á D. Alberto y D. Remigio.*]

Alberto. Con mucho gusto.—Armas?

Gabriel. Dejo la elección á mi adversario.

Narcisa. (Se van á batir.... Oh tormento!)

Marcial. Vámonos pues de aquí, que ya está el café alborotado, y si el lance ha de ser formal, como supongo....

Gabriel. Por mi parte, no admito transacción alguna.

Joaquín. Ni yo. (Hay días de maldición, y este es uno de ellos.) [*Se retira y le siguen los cuatro padrinos.*]

ESCENA XI.

NARCISA. GABRIEL. D. PANCRACIO. ISIDRO.

LÚCAS. D. BENIGNO. D. MARTIN.

CONCURRENTES.

Gabriel. [*Á Narcisa muy conmovido. El diálogo entre los dos será rápido y á media voz.*]

Adios, interesante y virtuosa jóven!

Narcisa. Adios, mi bizarro defensor!

Gabriel. Esta es, Narcisa, la primera vez que me atrevo á dirigir á usted la palabra.

Narcisa. Ay, y acaso la última!

Gabriel. No lo temo, si no me he engañado al leer en esos ojos, como usted habrá leído en los míos, la simpatía de nuestras almas.

Narcisa. Ni mi lengua ni mis ojos han aprendido á mentir.

Gabriel. Narcisa adorada!

Narcisa. ¡Por Dios, no exponga usted su vida..., si algo le interesa la mía.

Gabriel. El honor me lo manda; pero confíe usted.... Esos divinos acentos acaban de hacerme invencible.

Narcisa. Ay no, que soy muy desgraciada!

Gabriel. Narcisa!... Esas lágrimas ahogadas.... Ese semblante descolorido....

Narcisa. Las fuerzas me faltan.... Tantas y tan fuertes sensaciones.... Un momento de placer tan cruelmente amargado.... Un

rayo de felicidad.... que ya no volverá á alumbrarme.... Mi corazón se rompe en mil pedazos.... ¡Dios piadoso, amparadme!.... Yo muero.

[*Cae desmayada en brazos de Gabriel. Acuden también á socorrerla los que están más cercanos. Movimiento general.*]

Gabriel. Narcisa!

Voces. Agua!

Otras. Socorro!

Gabriel. ¡Ángeles del Empíreo, velad por ella: es vuestra hermana!

ACTO TERCERO.

Sala pobremente amueblada. La puerta principal en el foro, y otras dos laterales, una enfrente de otra. Dos butacas.

ESCENA I.

D. FAUSTINO. BERNARDO.

[*Aparecen sentados.*]

Bernardo. Vaya, vaya!, del cielo nos ha venido esta visita.

Faustino. Tal vez.

Bernardo. ¡Cuánto agradezco al buen Rupertto que me haya proporcionado tan alto honor....

Faustino. Bien, vamos al asunto, y dejemos....

Bernardo. Sí, señor; pero hallar un bienhechor en quien menos podía yo esperarlo; ¡en mi casero!.... Usted no conocía de antes á Narcisa, eh?

Faustino. Oh!.... No, señor.

Bernardo. Al aparecerse en mis umbrales esa cara, he creído, como hay Dios, que venía usted á apremiarme....

Faustino. Al contrario; repito que el bienestar de usted y el de Narcisa corren á mi cargo desde hoy.

Bernardo. Alma sublime!

Faustino. Nada de lisonjas! No conviene que aquella criatura continúe dándose en vergonzoso espectáculo, expuesta á los malignos comentarios de los ociosos y á la procacidad de los libertinos.

Bernardo. Harto siento yo haber recurrido á este arbitrio, que no deja de repugnarme; pero la indigencia, la falta de proteccion.... Dios ha oído al fin mis oraciones, y nos ha deparado un padrino generoso.... Oh! y bien lo necesitamos, porque nuestra penu-

ria viene muy de atras. Los acreedores me acosan....

Faustino. No pase usted cuidado por eso: ya he dicho....

Bernardo. Y ha de considerar usted que perdemos una buena conveniencia.

Faustino. (Infame!) No la echarán ustedes de menos á mi lado.

Bernardo. Se entiende.—Pero mi hija no ha de reducirse á la humilde esfera de criada.

Faustino. Nada de eso.

Bernardo. Dos tiene ahora para servirla, y no está en el caso....

Faustino. Dale!....

Bernardo. Para ama de gobierno es demasiado jóven.

Faustino. Ella será la señora de mi casa.

Bernardo. Oh! eso de señora....

Faustino. Eh?

Bernardo. Ya ve usted, el honor....

Faustino. (Malvado!)

Bernardo. Sólo de una manera podría serlo decorosamente.

Faustino. Sí; pero.... Apénas la he tratado....

Bernardo. Ni yo pretendo hombrearme de buenas á primeras con persona tan calificada. El tiempo y el trato allanarán todas las dificultades.

Faustino. Sí; yo espero....

Bernardo. Pero las hablillas del vulgo....

Faustino. No daré yo ocasion para ellas. Deseo sinceramente la felicidad, la completa felicidad de esa niña; y nada perdonaré para asegurársela, si ella se hace digna de mi proteccion.

Bernardo. Protección honesta y desinteresada; no lo dudo; pero la malicia de las gentes podrá creer otra cosa....

Faustino. Es verdad!

Bernardo. Y á ella misma le parecerían sospechosos los favores de un extraño.... Ah! me ocurre una excelente idea. Diremos que es usted tío de Narcisa....; y por consiguiente primo mío.

Faustino. Poco me gusta ese parentesco; pero ¡vaya!

Bernardo. Qué honra para mí!....

Faustino. (Que haya padres tan viles!... Pero Narcisa es tan cándida como bella; y si librándola de la ignominia y colmándola de bienes llego á granjearme su cariño...)

Bernardo. (Parece que cavila.... No las tengo todas conmigo.) Ya comprenderá usted que yo no puedo separarme de mi hija. Qué diría el mundo? Pero no soy hombre de estar á la sopa boba. Trabajaré.... Entiendo de cuentas y tengo una letra regular.

Faustino. Bien....

Bernardo. Me encargaré del manejo de la casa.

Faustino. Eh?

Bernardo. Por hacer algo, y por ahorrar á usted un mayordomo.

Faustino. Veremos.... (¡Lástima de presidio!)

[*Se levanta y tambien Bernardo.*]

Haga usted que venga al momento la muchacha.

Bernardo. No será fácil. Está comprometida por el resto del año....

Faustino. No importa.

Bernardo. Don Pancracio reclamará daños y perjuicios....

Faustino. Oh! Yo los abono. Tome usted. [*Le da un bolsillo.*] Se vendrán ustedes hoy mismo á mi casa; voy á dar las órdenes convenientes.

Bernardo. Mi eterna gratitud.... (¡Qué cucaña!)

Faustino. De todos modos tendrían ustedes que desocupar esta muy pronto. Va á ser de otro dueño, y piensa derribarla.

Bernardo. Sí, algo he oído de eso.... Parece que la Condesa quiere comprarla, porque lleva á mal que nos éntre por una triste reja la luz de su jardín.

Faustino. Á propósito, va á venir á verla....

Bernardo. Cuando guste.

Faustino. Pronto volveré.... Prevenga usted á Narcisa favorablemente....

Bernardo. Claro está.

Faustino. Adios.

Bernardo. Adios, querido primo.

Faustino. Oh!....

[*Se reprime, echa una mirada de indignacion á Bernardo y se retira cubriéndose el rostro con las manos.*]

ESCENA II.

BERNARDO.

¡Extraño fenómeno es el tal don Faustino! Le han enamorado perdidamente las gracias de Narcisa; y como si esto mismo no fuese ya bien raro en un hombre que hasta hoy no ha conocido más Dios, ni más prójimo que el dinero, parece como avergonzado de su debilidad....; como si le remordiese la conciencia.... Bah! no hay tal vergüenza ni tales remordimientos. Aun si yo los sintiese...., harto justos serían, en verdad; pero ¿él?... No; la causa de su agitacion es la lucha interior entre dos pasiones; la avaricia arraigada, y el amor naciente, pero impetuoso, como suele serlo cuando se apodera de una alma que siente por primera vez, y á tal edad, su punzante dardo. Lo que importa es no dar lugar á que la reflexion abra la puerta al arrepentimiento; [*Hace sonar una campanilla.*] y ya que tan propicia se me muestra la fortuna...

ESCENA III.

BERNARDO. CATALINA.

Catalina. Llamaba usted?

Bernardo. Sí. Voy á salir. Si miéntas vuelvo, que no tardaré mucho, viene la Condesa nuestra vecina.... [*Toma el sombrero.*]

Catalina. Aquí la Condesa?

Bernardo. Sí; quiere comprar esta casita, y ántes desea verla, segun me ha dicho don Faustino. Franquea pues la habitacion á esa señora.

Catalina. Bien está.

Bernardo. Y si vuelve tambien ántes que yo el señor don Faustino, recíbele....

Catalina. Lo haré.

Bernardo. Pero con buen modo, con agasajo...

Catalina. Pues ¡qué! ¿no es ya nuestro casero?

Bernardo. Algo mejor que eso: es nuestro protector, nuestro paño de lágrimas.

Catalina. Calle!

Bernardo. Hemos salido parientes....

Catalina. Oiga!....

Bernardo. Pero tú no te des por entendida.... Adios....

Catalina. Bueno. Á mí ¿qué me va ni....

Bernardo. En boca cerrada no entran moscas.

ESCENA IV.

CATALINA.

San Antonio!, ¿qué parentesco es ese llovido del cielo.... y con un hombre tan adinerado? Hüm!.... Aquí hay misterio.

Harto será que no debamos este milagro á la aña-gaza del mostrador. Pues es claro! Yo no valgo gran cosa comparada con Narcisa; pero que me pongan como á ella en escena, ó por mejor decir, en berlina, bien empernejilada y peripuesta, y malo ha de ser que no le pete á alguno este palmito.—No, no; Dios me libre! Pobre, pero honrada. Ello, se necesita una virtud á machamartillo para que una hija de Eva, puesta así en el disparadero, no peque tarde ó temprano.... Bien sé que mi pobre señorita, digna de mejor padre, ha resistido cuanto le era posible tan bochornosa especulación, y lo que para otras sería trofeo es suplicio para ella; pero el despecho, cuando no la codicia, pudiera al fin cegarla, pervertirla.... Me aflige esta idea, porque le he tomado tanto cariño.... Pues si por eso no fuera, estaria yo aquí todavía? Y con todo, será forzoso.....

ESCENA V.

NARCISA. CATALINA.

[*Llega Narcisa llorosa, azorada, y se precipita en los brazos de Catalina.*]

Narcisa. Catalina!

Catalina. Qué es esto, señorita? ¿qué tiene usted? cómo viene así?....

Narcisa. Es largo de contar.... Necesito ántes cobrar aliento...., [*Catalina la hace sentarse en una butaca.*] recapacitar.... Sufrimientos crueles.... Consuelos inesperados.... Se agolpan y se confunden en mi mente tantas especies, que yo misma no acertaré.... ¡Ah Catalina, qué día de prueba!

Catalina. Hable usted: yo soy digna de su confianza.

Narcisa. Sí, amiga mia.

Catalina. El amo no está.... Mucho es no haberle usted encontrado.

Narcisa. Me han traído en coche. Ni hubiera podido venir de otro modo.

Catalina. Pues ¡qué! ¿alguna desgracia.... Por Dios, sáqueme usted de inquietud.

Narcisa. Desgracia.... Hasta ahora no; ni el cielo permitirá que yo llore la mayor de todas despues de haber halagado y fortalecido mi corazon tan dulce esperanza.

Catalina. Esperanza! ¿Cómo.... ¿de dónde... Su padre de usted....

Narcisa. Si mis ardientes votos son oídos allá arriba, pronto dejará de oprimirme su tirano yugo.

Catalina. ¿Qué oigo! (¿Aludirá....)

Narcisa. Lo creyeras, Catalina? Yo, la más infeliz y desvalida de las mujeres; yo, criatura abyecta, vil mercancía á los ojos del

mundo, aunque inocente y pura á los de Dios; ¡yo soy amada!

Catalina. Pero....

Narcisa. Y lo soy de quien únicamente quisiera yo serlo; del mismo por quien palpitaba en secreto mi corazon; y lo puedo declarar á la tierra y al cielo sin que mi labio tiemble ni el rubor asome á mis mejillas.

Catalina. ¿Será posible....

Narcisa. Pero breve ha sido mi alegría; por pocos momentos ha desarrugado su ceño mi adversa fortuna.

Catalina. ¿Cómo....

Narcisa. Mi dueño amado, mi noble campeon aventura en este instante su vida por defender mi honra.

Catalina. Cielos!....

Narcisa. Ay! abrazada á sus rodillas yo le hubiera quizá detenido con mis lágrimas, con mis sollozos, si una congoja....

Bernardo. [*Dentro.*] Narcisa!

Catalina. Don Bernardo!

Narcisa. ¡Mi padre! [*Se levanta.*]

ESCENA VI.

NARCISA. BERNARDO.

Bernardo. [*Á Catalina.*] Déjanos. [*Se retira Catalina por el foro.*]

Narcisa. No extrañe usted verme de vuelta tan pronto....

Bernardo. Lo sé todo: vengo del café. Iba á traerte con ánimo de que nunca lo volvieras á pisar.

Narcisa. ¿Qué escucho!

Bernardo. Sí, hija amada. Habia ya conocido, aunque tarde, mi lastimoso error. Confiado en tu cordura, en tu talento, y destituido de todo recurso, accedí á las instancias de don Pancracio, sin reflexionar que te exponia á la maledicencia del vulgo.

Narcisa. Ah señor!....

Bernardo. Y ántes hubiera tomado esa determinacion á haber previsto las escenas de hoy. Pobre Narcisa!.... Pero has estado sublime, segun me han dicho, y á estas horas todo Madrid se hará lenguas celebrando tu presencia de espíritu, tu caridad, tu patriotismo. ¿Qué no darian algunos hombres de estado por el aura popular que tú has sabido granjearte?

Narcisa. Yo no la buscaba; yo no la quiero; pero obedecí á un impulso sobrenatural....

Bernardo. Siempre es útil cobrar buena fama....

Narcisa. Lo mejor que puede desear una mujer humilde y honrada es que no se hable de ella.

Bernardo. Bien, bien.... (¡Cuidado si es bachillera y mojigata!) Pues prefieres la

paz doméstica y los goces tranquilos y sedentarios á una vana popularidad, desde hoy mismo verás cumplidos tus deseos.

Narcisa. Oh padre mio! Esas palabras son dulce bálsamo que cura mis heridas. Tanta bondad me anima á descubrir á usted un secreto.... Mas ¿qué digo? Ya no lo será para usted el tierno cariño, la hidalga resolución con que, sin conocerme, me ha protegido, me ha ensalzado un jóven....

Bernardo. Ya me han dicho.... Sí, es de agradecer.... (Esto nos faltaba!)

Narcisa. Mi alma, no lo niego, ... presentia..., anhelaba....

Bernardo. Narcisa!....

Narcisa. Y despues.... la gratitud....

Bernardo. No hay gratitud que valga. Un mero acto de galantería....

Narcisa. De amor entrañable, que ahora estará acaso sellando con su sangre.

Bernardo. Bah! No llegará al rio. Á esta fecha el ofensor y el defensor estarán probablemente trincando juntos y mofándose de ti.

Narcisa. Oh! no lo creo.—Si triunfa, como lo espero, vendrá á pedir á usted mi mano...

Bernardo. Y yo se la negaré. ¡Buen negocio, por Dios! Un amante de novela, un novio de café.... Quién es ese quídam?

Narcisa. Un artista....

Bernardo. Todos se llaman hoy artistas!

Narcisa. Pobre sin duda....

Bernardo. Brava recomendacion! ¿Le habremos de mantener nosotros?

Narcisa. Él sabrá....

Bernardo. Vamos, niña, déjate de locuras. Te sobra mérito para aspirar á más.... ¿Y cuándo me vienes con esa sopa de ensalada? Cuando la fortuna nos sonrie; cuando el cielo te depara un valedor....

Narcisa. Cómo!...

Bernardo. Un tio opulento!...

Narcisa. ¿Es posible! ¿Dé dónde.... (Yo tiemblo.)

Bernardo. Va á venir.... Recíbele con dulzura, con gozo, con amor.... De él depende nuestra felicidad.

Narcisa. Pero.... Oh Dios mio! Yo....

Bernardo. Guárdate de confiarle esos necios amores, ó mi furor.... Hele aquí! [*Asoma D. Faustino por el foro.*] Recóbrate.... Enjuga esos ojos... [*Saliendo á recibir y apretando la mano á D. Faustino.*] ¡Oh mi primo y señor!

ESCENA VII.

NARCISA. BERNARDO. D. FAUSTINO.

Narcisa. ¿Qué veo!

Faustino. [*Aparte con Bernardo.*] ¿Está prevenida?

Bernardo. Sí; pero.... la sorpresa.... Será conveniente proceder con un poco de cautela....

Faustino. Bien; déjeme usted solo con ella.

Bernardo. Sí. (¿Cómo saldremos de esta crisis?) Pero no precipitemos.... Por ahora, sea usted tio, nada más....

Faustino. Se va usted, ó me voy yo?

Bernardo. [*Retirándose por la puerta lateral de la izquierda, que deja entornada.*] (Estaré á la mira.)

ESCENA VIII.

NARCISA. D. FAUSTINO.

Faustino. ¿Por qué tan sobresaltada, niña hermosa? Serénate. No es esta la primera vez que nos vemos.

Narcisa. Despues de tantos combates como hoy ha sufrido este pecho atribulado, no extrañe usted mi agitacion,.... mi sorpresa....

Faustino. No estoy yo ménos conmovido, hija mia.

Narcisa. [*Ofreciéndole una silla.*] Suplico á usted....

Faustino. Sí; pero tú á mi lado.

Narcisa. Bien estoy....

Faustino. Me obligarás á estar de pié....

Narcisa. Ah! no.

[*Se sientan.*]

Faustino. La impresion que hiciste en mi alma cuando ha pocas horas te vi por primera vez, es de aquellas que jamás se borran; y si grata fuiste entonces á mis ojos, ahora.... (No acierto á hablar.) Ahora que los vínculos de la sangre.... (¡vil y cobarde mentira!) me permiten labrar tu ventura, inseparable ya de la mia....

Narcisa. Si usted ignoraba, como yo, que tengo la honra de ser sobrina suya, no es de admirar que á uno y otro nos falte aquella libertad, aquella expansion propia de parientes que.... que se han tratado. No obstante, usted me inspiró desde luego—¿por qué no he de confesarlo?—un afecto... que sentiria desterrar de mi corazon; y ahora comprendo que en aquel rasgo de generosidad cedió usted, sin saberlo, á la voz de la naturaleza.

Faustino. (¡Ay, no soy yo ni merezco ser tan dichoso!) ¡Narcisa....

Narcisa. Usted se presenta pues á mis ojos con los más favorables auspicios.

Faustino. Sí? Mi mayor dicha....

Narcisa. Pero yo ¡triste de mí! ¿con qué títulos aspiraré á la confianza, á la benevolencia de usted?

Faustino. ¿Con qué títulos, preguntas, y

Dios te ha dado ese rostro hechicero, esa gracia seductora.....

Narcisa. Ah!.... Señor.....

[*Se levanta y tambien D. Faustino.*]

Faustino. Oh adorable Narcisa!....

Narcisa. Ese lenguaje.....

Faustino. ¿Qué pecho de bronce no se rendiría.....

Narcisa. [*Haciendo un movimiento para retirarse.*] Permítame usted.....

Faustino. [*Asiéndola de una mano, que suelta luego.*] No; detente! Tu voluntad será libre, enteramente libre: la violencia es impropia de mis años, indigna de mi carácter. Te respetaré, pero es forzoso que me oigas. Si aún esto es exigir demasiado; si tal vez soy culpable dejándome llevar de engañosas apariencias; si alucinados mis sentidos sofocan el grito de la razón, que me acusa y me atormenta, considera que nunca ni por nadie he sentido una pasión como esta que me avasalla y me enloquece; considera que tu misma situación excusa tal vez mi temeridad; [*Bajando la voz.*] considera, en fin, que es mi cómplice—oh infamia!—quien debiera ser tu escudo.—No, no soy tu tío. Afuera mal forjadas imposturas y ridículos disfraces.....

Narcisa. ¡Cómo.....

ESCENA IX.

NARCISA. LA CONDESA. D. FAUSTINO.

Condesa. [*Apareciendo por el foro y deteniéndose en la puerta sin ser vista.*] (¿Qué veo! La niña del mostrador!....)

Faustino. Soy un hombre que te idolatra.....

Condesa. (Don Faustino!)

[*Retrocede y se quita de la vista.*]

ESCENA X.

NARCISA. D. FAUSTINO.

Faustino. Un hombre, en cuyo arbitrio no está el darte otro pasado ni otro presente...; pero que puede ofrecerte un porvenir brillante; que premiará con ríos de oro la menor de tus caricias.

Narcisa. [*Con indignacion.*] ¿Se atreve usted..... Oh vileza!... [*Con amargura.*] Pero usted no tiene la culpa de que mi estrella infausta, y las fatales circunstancias que me rodean, le hagan creer que me favorece cuando me aflige y que me honra cuando me insulta. Ay! otro juicio había yo

formado de usted! Ay! no esas riquezas, que desprecio; otro apoyo más honroso, más digno osó esperar mi pobre corazón creyendo ver en usted un deudo cariñoso, un amigo indulgente, desinteresado..... [*Sollozando.*] Ah! faltaba á mi infortunio esta decepcion amarga.....

Faustino. Oh cielo!.... Oyeme....

Narcisa. [*Fuera de sí dirigiéndose hacia el foro.*] Aparte usted! Huiré del mundo..., de la vida.....

[*Salen al encuentro de Narcisa Bernardo y la Condesa.*]

ESCENA XI.

NARCISA. LA CONDESA. BERNARDO.
D. FAUSTINO.

Bernardo. Detente!

Condesa. Narcisa!

Bernardo. (La Condesa!)

Faustino. [*A la Condesa.*] Ah señora!....

Condesa. La he oído..... Es una santa!

Faustino. ¡Y yo el hombre más abominable...

Bernardo. (Esto se va poniendo de mal cariz.)

Condesa. Quería usted huir del mundo!....

Por qué? Muy corrompido está; pero aún hay almas capaces de comprender la de usted y admirarla, y si algo vale mi amistad.....

Narcisa. Amistad! Puedo yo tener amigos?

Ah! ¿puedo yo creer en ellos?

Condesa. ¿Y cómo no, si eres un tesoro de gracias y de virtudes? Oh! permite que te abraze, niña celestial. [*La abraza.*]

Narcisa. Señora..... Me abochorno.....

Faustino. Jóven incomparable! ¡honra de tu sexo!.... ¿Podré esperar que perdones mi acerba injuria, mi funesta ceguedad?.... Funesta? No; yo la bendigo, porque con ella se ha acrisolado tu excelsa virtud. Yo bendigo esa noble repulsa, porque ella purifica mi amor y me infunde un nuevo ser. Ah! sé bastante generosa para olvidar mi involuntario desvarío, y para admitir la mano de esposo que te ofrezco con entusiasmo, con orgullo.

Bernardo. (Oh! esto es mejor.) ¡Ah señor don Faustino! Tanta bondad.....

Narcisa. Me confunde tanta generosidad, y ni memoria queda ya en mi alma del pasado resentimiento: al contrario, ha ganado usted mucho en mi estimación y en mi respetuoso cariño; pero son harto limitados mis deseos para que pueda deslumbrarme el oro, y soy demasiado sincera para dar en los altares un sí que desmentiría mi corazón.

Faustino. Narcisa!

Narcisa. Aun no sabe usted todas mis desdichas. Yo amo á otro.....

Faustino. Oh Dios!

Condesa. (Á Gabriel!)

Narcisa. Pero basta que le ame yo para que le alcance el aciago influjo de mi destino.

Condesa. ¡Cómo..... Pues ¿qué.....

Bernardo. ¿Te atreves, pérfida.....

Faustino. ¿Quién es el feliz mortal que me roba.....

[*Se presenta en el foro Gabriel.*]

Narcisa. [*Con un grito de alegría.*] Ah!.. Ese.

ESCENA XII.

NARCISA. LA CONDESA. D. FAUSTINO.

GABRIEL. BERNARDO.

Faustino. Gabriel!

Gabriel. Narcisa amada! [*Toma y besa con efusion su mano.*]

Narcisa. Oh Providencia! Perdóname: he blasfemado.

Bernardo. [*Con ira, interponiéndose.*] ¡Aparte usted! ¿Quién le ha dado derecho.....

Narcisa. Mi amor!

Gabriel. [*A Bernardo.*] Ya lo oye usted. ¿Hay otro más legítimo, más sagrado?—Pero ¡mi tío aquí!.... La Condesa!....

Condesa. En quien usted y Narcisa tendrán siempre una amiga, una hermana.

Gabriel. ¿Y usted, caro tío.....

Faustino. Aparta, maldicion de mi vial! Tú habias de ser, para mayor tormento mio, el odioso rival.....

Gabriel. ¿Qué oigo!

Bernardo. No lo será: no lo consentiré.

Narcisa. Señor!

Faustino. Si tu audacia se funda en presumir que un día ha de ser tuyo mi caudal, destierra tan ilusa esperanza: yo te desheredo y te mal.....

Condesa. Por Dios, don Faustino!.. Resignacion y fortaleza.

[*D. Faustino se deja caer abatido en una butaca.*]

Gabriel. Yo no codicio ese malhadado caudal. Sin auxilio de nadie he podido, bien lo sabe usted, vivir independiente: ¿y qué no haré alentado, inspirado por el ídolo á quien de hoy más consagro el alma y la vida?

Bernardo. (Oh rabia!)

Faustino. (Oh desesperacion!)

Bernardo. Pero ese ídolo no es libre; es una niña sin reflexion; tiene un padre.....

Narcisa. [*Exaltada.*] No, no le tengo!, ó á lo ménos, no es digno de ese nombre santo el que tan inicualemente abusa de él.—Per-

donad, Dios mio, si á tanto se atreve mi labio..... y no me lo reprende el corazon; pero hartos sacrificios me ha impuesto ya la obediencia filial; y vos, Señor, [*Alzando los ojos, como dirigiéndose al cielo.*] me habeis dado un albedrío..... de que sólo á vos he de dar cuenta; y sólo á vuestra divina proteccion he debido instintos que de nadie se aprenden; una honra que..... que yo sola he defendido, y la perspectiva de una felicidad comprada con tantas amarguras. Y niña como soy, y pobre, y calumniada, no me dejaré arrebatarse este don del cielo, este galardón de mis martirios. No; mi mano no será de otro que del que ha sabido merecerla respetando mi desgracia, creyendo en mi pureza, y ofreciendo por mí al hierro homicida su sangre generosa.

Bernardo. (Soy perdido!.. Pero me vengaré.)

[*Entra en la habitacion lateral de la izquierda.*]

ESCENA XIII.

NARCISA. LA CONDESA. D. FAUSTINO.

GABRIEL.

Condesa. Oh Dios! ¿Se ha batido usted.....

Gabriel. Sí; he cumplido con un deber forzoso.....; pero Dios ha mirado por la causa de la inocencia. Yo vuelvo ileso á los pies de mi amada, y el cobarde mofador queda castigado.

Narcisa. Ah! Muerto tal vez!....

Gabriel. No; poca cosa..... Un brazo atravesado: lo que basta para su escarmiento.

Condesa. Pero, ah! ¿quién es? (Yo tiemblo...) Si tiene valimiento.....

Gabriel. No sé..... Cambiamos de tarjetas... Aquí he de tener la suya. [*Metiendo la mano en el bolsillo.*] Pero él se guardará muy bien.....

Condesa. [*Toma la tarjeta y la lee para sí.*] Justo Dios!... (El infame libelista! Bien dije yo que no quedaria impune su atentado.)

Gabriel. Qué! ¿le conoce usted.....

Condesa. Sí; pero es de esperar que esa leccion le corrija..... (No sabrá Gabriel mi agravio, ni lo ufana que estoy de que él haya sido mi vengador.)

ESCENA ÚLTIMA.

NARCISA. LA CONDESA. D. FAUSTINO.

GABRIEL. BERNARDO.

Bernardo. Ya que mi casa se ha visto hoy tan favorecida....., (maldita suerte!) pido á ustedes un momento de atencion. Acaban

ustedes de presenciar lances sorprendentes, pero aún les falta saber el más peregrino de todos. Esa ingrata, por quien me he sacrificado, me juzga indigno de ser su padre....; y, valga la verdad, porque yo no quiero santificarme, no le ha faltado razón para subírseme á las barbas; pero ella no sabe, la infeliz, que puede lamentar otra desgracia mayor que la de tener un padre más ó ménos reprehensible.

Narcisa. Ah!....

Gabriel. Cuál?

Bernardo. No tener ninguno.

Narcisa. Cielos!....

Condesa. Oh!....

Gabriel. ¿Qué oigo!....

Faustino. [*Volviendo de su anonadamiento.*]
(¿Qué dice!....)

Bernardo. ¡Magnífica ocasion para que ese caballerito haga nuevo alarde de su filantropía! *Narcisa* es una miserable expósita...

Faustino. (Una expósita!....)

Bernardo. Que hubiera perecido de hambre, de frío, ó acaso en las garras de una fiera, si yo no la hubiese salvado: ¡y bien me lo paga, como hay Dios!

Faustino. (Expósita!....)

Gabriel. Esa triste historia, que por cierto no justifica, ántes agrava la indigna conducta de usted, léjos de amenguar, acrece el interés que me inspira el dulce objeto de mi cariño, la esposa de mi elección.

Narcisa. Oh *Gabriel*, Dios te bendiga!

Condesa. ¡Oh cómo ciega la ira á los perversos! No, no es mayor desdicha carecer de padre, que haber de dar tan caro nombre á semejante monstruo.

Bernardo. Señora!....

Condesa. Yo la adopto por hija desde este momento, y mi título más glorioso será el de madre suya.

Narcisa. [*Queriendo arrodillarse é impidiéndoselo la Condesa.*] Bondad inmensa! Á esos pies....

Condesa. No, hija mía; en mis brazos! [*La abraza.*]

Bernardo. (Todo se vuelve contra mí. ¡Maldición!....) Yo admiro tanta magnanimidad; pero aún pudiera aparecerse quien con más derecho recibiera en sus brazos á mi pupila.

Narcisa. Quién?

Bernardo. He dicho que no tenía padre, porque hasta ahora nadie la ha reclamado desde que mi mujer y yo la encontramos abandonada á la puerta de una iglesia.

Faustino. [*Levantándose muy agitado.*] ¡Cielo santo!

Bernardo. Pero si los indicios no mienten, no debe de ser muy católico el padre que la engendró. Tengo un documento....

Faustino. [*Con ansiedad.*] ¿Dónde, cuándo la recogiste?

Gabriel. [*Con tono amenazador.*] Muéstralo! Pronto!

Bernardo. Poco á poco! No me acosen ustedes... Un papelote, que yo no entiendo...

Faustino. Acaba!

[*Lo saca del bolsillo Bernardo y se lo arrebató Gabriel.*]

Bernardo. Pero un sabio, con quien no ha mucho lo consulté, me dijo que está en arábigo....

Faustino. El pueblo, la época!.... Habla, ó mi furia....

Bernardo. Hace diez y ocho años....

Faustino. Ah!

Gabriel. Son signos de taquigrafía....

Faustino. No más!

Bernardo. En San Agustín....

Faustino. [*Precipitándose en los brazos de Narcisa.*] Hija de mi alma!

Condesa. ¡Es posible....

Narcisa. ¿Será sueño....

Gabriel. Su padre!

Faustino. [*Tomando el papel y reconociéndolo.*]
Sí, sí.

Bernardo. (¡Ahora sí que hemos hecho un pan como unas hostias!)

Faustino. Extravíos, locuras de mi juventud, que casi había borrado enteramente de la memoria.... Por el honor de tu desgraciada madre, conducida á aquel pueblo con pretexto de tomar aires...., te expuse; no para siempre; no soy tan desnaturalizado, sino con ánimo de reclamarte luégo... Oh terrible noche!.... Tu madre necesitaba también mis auxilios.... ¡La infeliz espiró en mis brazos!

Narcisa. Oh santo Dios!

Faustino. Volví á saber de ti con las precauciones á que las circunstancias me obligaban. Nadie supo dar razón de tu paradero ni entonces ni después.... Perdida, en fin, toda esperanza, hastiado del mundo y de mí mismo, me embarqué para Canarias; y el tiempo, los negocios mercantiles, mi creciente prosperidad, y más que todo una pasión bastarda, cicatrizaron mis heridas. Oh divina Providencia!, ¿quién dudará ya de ti? ¿quién no te bendecirá? ¿Cuándo, cuándo he merecido yo el torrente de felicidades que hoy derramas sobre mí?

Narcisa. Olvidemos, oh padre amado, los días de duelo y de pesar. Harto los compensa este momento de júbilo inefable.

Faustino. Oh! sí, no cabe mayor dicha, mayor gloria en el mundo.—Ven, *Gabriel*.... ¿Qué injusto y qué descastado he sido para contigo!

Gabriel. Por Dios!.... ¿Quién recuerda ya...

Faustino. [*A Narcisa.*] Dale tu mano.

Narcisa. [*Dándosela.*] *Gabriel* mio!

Gabriel. Prenda querida!

Faustino. Abrazadme. [*Los abraza.*]

Condesa. [*Enternecida.*] Recibid mi parabien.... La boda en mi casa, y yo la madrina. (Tendré valor para serlo y con placer.)

Bernardo. [*Volviendo el rostro para que no adviertan que está conmovido. Entre tanto, se felicitan recíprocamente en voz baja los demás interlocutores.*] ¡Cuánto va á que yo me enternezco también, ¡pese á mi.... [*Enjugándose una lágrima.*] Sí tal! Y es que no debo de ser tan malo como yo mismo creía; sino que.... la pobreza...., la holganza... Pero no he de dar mi brazo á torcer.) Señores, reciban ustedes mi enhorabuena, y para que sea más cumplida tomo la puerta....

Faustino. Sí, Lucifer en carne humana, huye para siempre....

Narcisa. Señor!

Faustino. Y lleva contigo nuestra....

Narcisa. Nuestra bendición. El me alzó de la fría losa donde yacía desamparada; su esposa, que sin duda goza en el cielo el premio de su caridad, acalló en su seno mis gemidos, me crió, me educó con la ternura y solicitud de verdadera madre; y si hoy, ¡oh padre mio! le doy á usted tan grato nombre, á ella y á él se lo debemos.

Faustino. Sí, sí....

Bernardo. [*Queriendo arrojarle á los pies de*

Narcisa, que le detiene.] ¡Perdóname, criatura sobrehumana....

Narcisa. Qué hace usted? No permitiré....

Faustino. Narcisa!.... ¡Todavía he necesitado que me des esta lección!.... Soy un niño con canas...., un idiota.... ¡No es mucho! Tantos años cerrado mi pecho á todo sentimiento tierno y generoso; casi divorciado de la sociedad humana; huésped ingrato, esquivo, insensible de un mundo que nadie menos que yo debió juzgar con severidad; devorado, en fin, por el vicio más ruin y más estéril, la sórdida avaricia... Ah! qué digo? En hora bendita subyugó mis potencias y sentidos. En ella veo ahora también la mano de la Providencia. Una voz secreta me mandaba acumular tesoros para resarcir un día con ellos las miserias á que yo mismo, padre sin entrañas, te condené al nacer. Esa misma voz me decía: ¡No goces tú mientras ella padece; no te hartes tú mientras ella ayuna!

Narcisa. No más! Me aflige usted....

Faustino. [*Enjugándose los ojos.*] Basta, sí; gocemos, vivamos.... Celebremos todos tan fausto día.... [*Apretando la mano á Bernardo.*] Todos! Mis arcas están abiertas para ti; para vosotros mi corazón; para Dios una alma, [*Abrazando á Narcisa.*] que tú, ángel mio, has regenerado.



POR UNA HIJA!...

COMEDIA EN UN ACTO.

Estrenada en el teatro del Principe el día 15 de Octubre de 1856. (*)

PERSONAS.

LEONOR.—LUISA.—D. CÁRLOS.

La accion pasa en Marbella.

Sala bien amueblada. Puerta en el foro, que es la principal: otra á la derecha del actor: á la izquierda una ventana. Entre los muebles habrá un piano y un espejo.

ESCENA I.

LUISA.

[Aparece vestida con negligencia: bata oscura, pañuelo grande, oscuro tambien y muy sencillo, de crespon de la India, cogida con papillotes la parte anterior del cabello. Lee una boleta de alojamiento.]

«De órden del ayuntamiento,
doña Leonor Almazan
alojará á un capitán.»

[Dejando la boleta sobre el piano.]

Mal haya el alojamiento!....

Desde que tantos pesares
me dió, Cárlos, tu falsía,
tengo horrible antipatía
á todos los militares.

¿Quién dijera, hombre falaz,
que aquel tu amor dulce y tierno,
tan ponderado de eterno,
era un capricho fugaz?

Y yo, ay simple! le creí
como el mío fiel, vehemente;
¡y á los dos meses de ausente
ni te acordabas de mí!

¡Y objeto quizá de risa
fueron en algun café
las cartas en que su fe

te juró la pobre Luisa!
¡Que así los hombres ultrajen
los más santos juramentos!....
Y tras de tantos tormentos,

[Con la mano en el pecho.]

todavía aquí su imágen!....

ESCENA II.

LUISA. D. CÁRLOS.

[Llega D. Cárlos por la puerta del foro, en traje de capitán de infantería, tostado y lleno de polvo, como quien acaba de caminar.]

Cárlos. ¿Permite usted....

Luisa. Sí, señor.

[Se acerca D. Cárlos.]

(Ya está aquí. Suerte cruel!)

Cárlos. Celebro....

Luisa. (¿Qué miro!.... Es él!)

Cárlos. Que el fiat de un regidor
á dama de tales dotes
me permita....

Luisa. (Él es, sí! Hoy muero!)

Cárlos. Besar los pies....

Luisa. Caballero....

(*) Publicada el año 1854 en el tomo XII del periódico literario titulado *Museo de las Familias*.

Cárlos. (Qué diantre de papillotes!)
Luisa. [Turbada.]
 Aquel es el cuarto.... Pase usted.....
Cárlos. Luégo.....
Luisa. (Dios me asista!)
Cárlos. (Vuelve á otro lado la vista y no concluye una frase.)
 Habrá en casa otra patrona, porque usted.....
Luisa. Soy hija.....
Cárlos. Ya.
Luisa. Ha salido mi mamá.
 (Si me engañaré?)
Cárlos. (Qué hurona!)
 Supuesto que usted me impulsa á entrar.....
Luisa. Yo... no...
Cárlos. Y que es preciso asearme...., con permiso.....
 [Entrando en la habitación de la derecha.]
 (No es fea, mas ¡tan insulsa!)

ESCENA III.

LUISA.

Qué soy á sus ojos yo?
 ¿Cabe más profundo olvido
 que no haber reconocido
 á la misma á quien amó?
 No: mentida fué tu llama,
 hombre falso y sin conciencia.
 ¿Qué son cuatro años de ausencia
 para quien de véras ama?
 Yo, que era una niña entónces,
 te reconozco al instante,
 y en lo firme y lo constante
 venzo á mármoles y bronces;
 y cuando yo no delinco,
 tú, que me llevas, oh afrenta!
 ocho años, pues por mi cuenta
 ya has cumplido veinticinco,
 ¿sientes el sopor del opio
 cuando á tus ojos parezco?
 Pues más que entónces merezco,
 ó me engaña el amor propio.
 Y este es el único amor
 que á abdicar no me resigno:
 del otro.... ya no eres digno.
 Yo lo emplearé mejor.
 Aleve! ¡Con qué alborozo
 mis brazos le hubiera abierto
 si fiel.... Porque ello es lo cierto
 que vuelve arrogante mozo;
 y aunque por siempre le obstruyo
 la senda del corazón,
 está muy puesto en razon
 dar al César lo que es suyo.—
 Pero ¿y si es vano fantasma

que me representa á Cárlos?
 No es maravilla encontrarlos
 de un parecido, que pasma.

[Tomando otra vez la boleta y leyéndola.]

La boleta dice sólo:
 «Alojará á un capitán,»
 sin llamarle Pedro ó Juan,
 Hermenegildo ó Manolo.—
 Averiguarlo es urgente,
 porque miéntras no lo sepa....
 Y cómo?... Ah!... Sí; haré que Pepa
 lo pregunte al asistente.
 Si no es Cárlos por ventura,
 no tengo motivo.... Pero....
 Siento pasos.... Ah! no quiero
 que eche de ver mi amargura.

[Al desaparecer Luisa por la puerta del foro, vuelve D. Cárlos por donde se fué.]

ESCENA IV.

D. CÁRLOS.

Limpio ya del polvo vil
 mi uniforme itinerario,
 presentarme es necesario
 á la autoridad civil,
 pues mi buena ó mala estrella,
 que eso se verá despues,
 me destaca por un mes
 á la ciudad de Marbella;
 y luégo me haré presente
 en el cuartel de la tropa,
 miéntras dispone la sopa
 el tuno de mi asistente.—
 Á la francesa me iré,
 pues ya despejó esta sala
 la pudibunda zagala
 con quien ántes me encaré.
 Polla de la nueva cria,
 pero en lo sosa y lo pava
 más parece escandinava
 que fruta de Andalucía.

[Yéndose.]

No le diré tus ni mus....

[Viendo á Leonor, que llega, en traje de visita, por la puerta del foro.]

Ah!

ESCENA V.

D. CÁRLOS. LEONOR.

Leonor. Caballero.....
Cárlos. Á los piés
 de.... (Qué ojos! ¡Esta sí que es

de la tierra de Jesus!)

Leonor. Usted será, señor mio,
el capitán alojado....

Cárlos. Y muy humilde criado....

Leonor. Gracias.

Cárlos. (Qué garbo! qué brio!)
Sea mil veces bendita
la suerte que me depara
una patrona (qué cara!)
tan amable y tan bonita.

Leonor. Mil gracias....

Cárlos. (Es singular.)

Leonor. No haré yo dengues de monja
por esa trivial lisonja,
tan propia de un militar.

Cárlos. No hay lisonja en el tributo
que con vida y alma doy
á una deidad.... (Yo me voy
á enamorar como un bruto.)

Leonor. No presumo tanto yo
de donosa ni de linda,
que á mí sin luchar se rinda
un corazón....

Cárlos. Por qué no?
¿Tanto necesita el rayo,
desprendido de alta cumbre,
para abrasar con su lumbré
la miés que doraba Mayo?
Y rayos son esos ojos
á cuyo dulce fulgor
arden las almas de amor.

Leonor. Qué haré con tantos despojos?
Cosa es que me da desmayos
pensar que todo el que pase,
para que yo no le abraze
necesite un pararrayos.

Cárlos. Eh! no hay que tomarlo á broma.
Otra vez, y tres, y cuatro
digo á usted que la idolatro
sin quitar punto ni coma.

Leonor. No creo en pasión tan rápida.

Cárlos. Así son las verdaderas.
Si no la amo á usted de veras,
cubra mi cuerpo una lápida.

Leonor. Hombre de Dios!....

Cárlos. Soy formal,
y mi fin es puro, honesto;
lo oye usted?—Pero, á todo esto,
es usted libre?

Leonor. Sí tal.

Cárlos. Soltera, supongo.

Leonor. Viuda!

Cárlos. No reñiremos por eso.
Se entabla el nupcial proceso,
y sale usted de la duda.

Leonor. Pero, señor, ¿qué dirán
si....

Cárlos. Mire usted, dueño mio,
que hay derecho á montepío.

Leonor. Jesus!.... Yo....

Cárlos. Soy capitán.

Y llevaré al matrimonio,
amén de mis charreteras (*),
mi hacienda de Pedroñeras,
que es decente patrimonio.
Vea usted....

Leonor. (No está en su juicio.)

Cárlos. Si el partido es de su agrado
ó nó, mientras yo doy vado
á un asunto del servicio,
y ejemplos propios y ajenos
quizá le den testimonio
de que el mejor matrimonio
es el que se piensa menos.

ESCENA VI.

LEONOR.

¿Es broma de carnaval,
ó se reproduce en mí
lo de *llegué, vi y vencí*
que cuentan de un general?
Todavía no me anula
el hielo de la vejez.

[*Mirándose al espejo.*]

Áun está fresca mi tez,
si el espejo no me adula.
Áun merezco yo que afile
en mi talle amor su flecha.
Treinta y tres años no es fecha
para que una se jubile.
Más edad tenía aquella
gitana, hija del demonio,
cuando todo un Marco Antonio
hizo locuras por ella.—
Siempre el corazón se ensancha
cuando una.... Y el capitán
no hay duda que es muy galán....,
y con hacienda en la Mancha.
No es culpa mía que roben
mis ojos su alma rendida,
ni es mucho que reincida
mujer que enviudó tan jóven;
y si mi ventura labra
con la boda que ha insinuado,
¿será tan grave pecado
cogerle yo la palabra?
¿Por qué.... Pero es desatino.
Qué bien de ese lazo espero?
¿Podrá ser muy duradero
un amor tan repentino?
Y aunque á mi egoísmo cuadre
ver que un esposo me escuda,
al recordar que soy viuda
¿cómo olvido que soy madre?
Mi corazón, de ese modo,
partiera con otro yo....
No, hija de mi vida, no!
Tú le necesitas todo.

(*) Posteriormente se han variado las insignias de los jefes y oficiales del ejército.

ESCENA VII.

LEONOR. LUISA.

Luisa. Mamá! (Él es: no me engañé.)

Leonor. [Quitándose la mantilla.]

Ven, me ayudarás....

Luisa. (Malvado!)

[Ayuda á Leonor á desprenderse la mantilla y luego la dobla.]

Leonor. Tenemos un alojado.

Luisa. Sí, un capitan; ya lo sé.

Saliste apenas de aquí
á visitar á la tia
cuando (por desgracia mia)
llegó, y yo le recibí.

Leonor. Y si tú supieras, Luisa....

Luisa. Y si supieras, mamá....

Leonor. Cómo? (Á ella tambien quizá....)

Esa turbacion me avisa....
Te ha dicho algun chicoleo?

Luisa. No. Es tan adusto!...

Leonor. No tal;
al contrario; muy jovial,
muy galante...., y nada feo.

Luisa. Pues.... ¿cómo....

Leonor. Á fe de Leonor.

Despues de un breve prelude,
sin ambages, sin estudio,
me ha declarado su amor.

Luisa. ¿Qué escucho! Su amor!

Leonor. Te pesa?

Luisa. No por cierto; ántes bendigo....
(Se finge huraño conmigo,
y á mamá.... Dulce sorpresa!)

Leonor. Y no es pasion mal nacida
la suya. En vínculo honesto....
¿Lo apruebas tú....

Luisa. Por supuesto,
con el alma y con la vida.

Leonor. (Ah! sin envidia, sin duelo
me veria en nuevos lazos....)
Ven, ángel mio, á mis brazos!

[La abraza.]

(He aquí una hija modelo!)
Sólo amo á mi Luisa.

Luisa. Oh, sí!

Leonor. Mi bien sólo en ella fundo.

Luisa. Mamá!....

Leonor. Por nadie en el mundo
me separaré de ti.

Luisa. Si á alcázares de alabastro
me llevasen, yo tampoco....

Leonor. Cálmate. Ese hombre está loco.

No te dará yo un padrastro!

Luisa. Padrastro has dicho? Ay mamá!

¿Luego.... (Me ahoga la ira.)
¿Luego la mano á que aspira
es.... la tuya?

Leonor. Claro está.

¿Creiste acaso....

Luisa. Entendí....

Leonor. ¿Que eras tú la....

Luisa. Sí.

Leonor. ¿Qué escucho!

¿No me dijiste, no ha mucho,
que era tan esquivo?

Luisa. Ay, sí!

Leonor. Pues ¿cómo....

Luisa. No soy tan necia
como tú presumes, no.

Algun día me adoró
ese hombre que hoy me desprecia.

Leonor. Cuándo?

Luisa. Ha cuatro años...

Leonor. Santa Ana!

Luisa. Cuando desde Cádiz fui
con mi tia Angustias....

Leonor. Sí,

á los baños de Chiclana.

Yo te dejé á mi pesar;
pero de todo se pica....

Lo exigió, te quiere, es rica,
y la puedes heredar.

Luisa. Yo me reunia allí,
casa de doña Belen,
con otras muchachas....

Leonor. Bien.

Luisa. Dolores, Amparo....

Leonor. Sí.

Suprime esa letanía.

Luisa. Jugábamos al bisbis.

Leonor. Pche!...

Luisa. Bailábamos *schotis*....

Leonor. (Ay!)

Luisa. Polca....

Leonor. (Virgen María!)

Luisa. Allí fué mi pretendiente....

Leonor. Acaba.

Luisa. Suerte cruel!

Cárlos Heredia; ese infiel....
que era entonces subteniente.

Leonor. Y le diste oídos?

Luisa. Sí.

Leonor. Hase visto el arrapiezo!....

¡Tan pronto meter el cuezco....

Luisa. Ah, tú no estabas allí!

Leonor. Cierto. Mal hayan los baños,

y las necias pretensiones....

¡Quite usted los pantalones

á las niñas de trece años!

Y en fin, el tierno Macías....

Luisa. Me juró eterna constancia....

Leonor. Cuatro frases sin sustancia....

Luisa. Y á los ocho ó nueve dias....

Leonor. Te plantó por otra: es claro.

Luisa. Se fué muy lejos. ¡Un mes
de marcha!

Leonor. Bien; y despues

¿te escribiste?

Luisa. Sí, desde Alfaro.

Leonor. Por supuesto, respondiste.....

Luisa. Sí.

Leonor. Y á correo seguido otra vez.....

Luisa. Del fementido no vi ya más carta. Ay triste! Yo, novicia en la carrera, otra escribí, madre mia.....

Leonor. Mal hecho.

Luisa. Por si se habia extraviado la primera.

Leonor. Merecias una tunda....

Luisa. Y otra despues.....

Leonor. Mal pecado!....

Luisa. Por si no habian llegado la primera y la segunda. Perdí en fin toda esperanza.....

Leonor. Nunca debiste tenerla. ¿Qué es llamarte rosa y perla bailando una contradanza? ¿Qué es ponderar el exceso de su pasion mozo imberbe cuando la sangre le hierve y tiene en fáfara el seso?

Luisa. Quizá esa disculpa dé; mas convencida no estoy. Yo era una niña, aún lo soy, mamá, y le he guardado fe!

Leonor. (Pronto la pobre comienza á sufrir.....) Mas ¿por qué así callar tu pena.....

Luisa. Ay!

Leonor. Á mí!

Luisa. Porque me daba vergüenza.

Leonor. Ahora el motivo comprendo de tu esquivez, tu apatía....

Luisa. Seré otra desde este dia. Tú verás cómo me enmiendo.

Leonor. Plegue á Dios!

Luisa. Con mano fuerte echaré de mí al falsario.... Ya no le amo, no: al contrario, le tengo un odio de muerte.— Qué digo? Simple de mí! Perdona, el labio mintió. ¿Puedo aborrecerle yo cuando él delira por ti?

Leonor. Eh! calla, no digas tal.

Luisa. Otra me daria rabia, mas tú...

Leonor. Amar yo á quien te agravia! Yo, hija mia, tu rival!

Luisa. Por qué no? El te hará dichosa....

Leonor. Cómo, si tú no lo eres?

Luisa. No turbaré tus placeres si te place ser su esposa, y llamaré, sin pesar, padre al que tantos sonrojos....

Leonor. ¡Sin pesar, y están tus ojos reventando por llorar!

Luisa. Y si mejor consideras

para la paz de las dos que un claustro.....

Leonor. ¡Calla, por Dios, calla, que me desesperas! ¡Cierto que fuera oportuno, cuando su traicion maldigo, casarme con él!... Qué digo? Ni con él ni con ninguno.— Pero aún dudo... Él te ha mirado? Sí, y no me ha reconocido.

Luisa. No importa....

Luisa. Cómo!....

Leonor. El olvido le perdono de buen grado; pero ¡desdeñarte así, aún sin recordar tu nombre! ¿Cómo tiene ojos ese hombre para preferirme á ti?

Luisa. ¿Qué valgo...

Leonor. No, él no te ha visto.— Pero.... con ese pergeño, no es mucho que zahareño.... Y ese pelo.... Jesucristo!... Corre al tocador: no te halle otra vez el oficial.... ¡Afuera ese eterno chal que eclipsa tu lindo talle!

Luisa. Es inútil....

Leonor. No tal. Ponte la mejor gala que tengas. Y mira alto cuando vengas. Tuyo es todo el horizonte.— Para mí siempre estás bien. Mamá!....

Luisa. Pero el hombre exige....

Leonor. ¿Y venceré con un dije más ó ménos su desden?

Luisa. ¿Quién sabe... Y siempre conviene que te vea en ademan de inspirar á otro galan el buen gusto que él no tiene.

Leonor. Pero....

Luisa. Compláceme en eso.

Leonor. Si...

Luisa. Va á volver... Qué haces? Anda!

Leonor. Si mamita me lo manda....

Luisa. Sí, por señas de este beso.

[Se besan y Luisa se retira por el foro.]

ESCENA VIII.

LEONOR.

Su tia, que no es un lince,

[Se sienta.]

en los trece años fió,
sin considerar que yo
entré en el yugo á los quince;

y pues al ciego Cupido
no plugo que esa rapaza
degenere de su raza.....
Ah! Ya está aquí el consabido.

ESCENA IX.

LEONOR. D. CÁRLOS.

Cárlos. Ya me tiene usted de vuelta.

Leonor. Muy bien.

Cárlos. Acercó una silla?

Leonor. No me opongo.....

Cárlos. (Sin mantilla
está mejor, más esbelta.)

[Sentándose.]

Sepa usted que en el camino
he reflexionado.....

Leonor. Bueno;
y ha visto usted, más sereno,
que iba á hacer un desatino.

Cárlos. Desatino?.... En media hora
no mudo yo.....

Leonor. (Pobrecito!)

Cárlos. Cuanto más recapacito,
más me gusta usted, señora.

Leonor. Bah!

Cárlos. Si al tierno amor que siento
llama usted calaverada,
á bien que no es puñalada
de pícaro el casamiento.
Yo he menester real permiso,
y mientras viene ó no viene,
aquí me estaré perene
esperando el Paraíso.

Leonor. Antes que la real licencia
necesita usted la mía,
y..... no puedo.....

Cárlos. Por qué, impía?

Leonor. Porque es cargo de conciencia.

Cárlos. ¿Cómo cargo.....

Leonor. Sí, señor.

Soy mayor que usted.

Cárlos. ¿Qué importa
una diferencia corta.....

Leonor. Soy madre.

Cárlos. Tanto mejor.

Esa es una garantía
que promete.....

Leonor. No me allano
á dar tal vez un tirano
á la hija del alma mía.

Cárlos. Esos presagios siniestros
me ofenden. No hay egoísmo
en mí: la amaré lo mismo
que á los míos...; á los nuestros.—
Será parvulita.

Leonor. No,

que ya es casadera.

Cárlos. Ya?

¿Cómo..... Ahora caigo..... Será
la que ántes me recibió.

Leonor. Eso, lo dudo.

Cárlos. Por qué?

Leonor. Porque viéndola tan bella.....

Cárlos. (Bella!)

Leonor. No á mí, sino á ella
consagrara usted su fe.

Cárlos. No haré yo, ni por asomo,
una oposicion formal
á ese orgullo maternal.....

Pero..... ¡casadera!.... ¿Cómo.....

Ello, sí, me pareció
un tanto desarrollada....;
pero eso ¿qué prueba? Nada.

Leonor. No prueba nada?

Cárlos. Aquí no.

Feraz aquí, como en Lima,
es la tierra de tal modo.....
Flor, miés, árbol, mujer....; todo
es precoz en este clima.

Mas puede físicamente
ser núbil...., no lo disputo,
y estar en agraz el fruto
del corazón y la mente;
porque, en años juveniles
viendo á su madre, presumo
que esa muchacha, á lo sumo,
podrá tener doce abriles.

Leonor. Diecisiete!

Cárlos. Dios inmenso!—

Entónces está atrasada.

Leonor. No lo creo yo.

Cárlos. Ó taimada
me engaña usted.

Leonor. Ni por pienso.

Cárlos. Diecisiete!, y sin embargo,
usted, que le ha dado el ser,
sólo representa.....

Leonor. Á ver?

Cárlos. Veintiseis, y echo por largo.

Leonor. Ojalá!

Cárlos. Ahora bien, descuento
la diferencia, que es leve,
y saco que fué á los nueve
el feliz alumbramiento.
Ya ve usted que esto es absurdo.

Leonor. No hay de tal precocidad
ejemplo.....

Cárlos. En suma, ¿á qué edad
se casó usted? Yo me aturdo.

Leonor. Si la memoria me es fiel,
á los dieciocho.

Cárlos. Señora!

¿Luego tiene usted ahora.....

Leonor. Treinta y seis.

Cárlos. (Dios de Israel!)

[Se queda pensativo.]

Leonor. (Tres añado á mi balija,
y otra sisara quizás
diez....; pero eso y mucho más
sé yo hacer por una hija.)

Cárlos. Leonor!
Leonor. ¡Le estremece á usted mi partida de bautismo, y al oír ese guarismo terrible, rompe la red....
Cárlos. No!
Leonor. ¿Qué importa... No me enfado... En lance como el presente, otra no tan fácilmente se hubiera espontaneado; pero yo....
Cárlos. Es usted completa.
Leonor. Oh!....
Cárlos. La única para esposa: tan sencilla como hermosa, tan noble como discreta. ¿Qué monta, con tal virtud y cara tan hechicera, de esa edad que usted pondera la inverosimilitud?
Leonor. La de usted, para marido es muy temprana.
Cárlos. Oh! no creo.... Por san Cárlos Borromeo cinco lustros he cumplido.
Leonor. ¡Doce años ántes nací que mi tierno pretendiente!
Cárlos. Pero....
Leonor. Los que él justamente debiera llevarme á mí.
Cárlos. Si fuera usted de la pasta de otras....; pero ¡un serafín!....
Leonor. No; ¡flaca mujer!
Cárlos. En fin, la adoro á usted, y esto basta.
Leonor. ¡Ay, que la vejez madruga más de lo que es menester! Si aún no la tenía ayer, quizá mañana.... una arruga....
Cárlos. [*Inquieto por un momento y acercándose para mirar con más atención á Leonor.*]
 (Arruga?) No; en ningún lado. Jamás del tiempo la furia hará semejante injuria á ese cútis nacarado.
Leonor. Pero....
Cárlos. Ea, un sí, prenda amada!
 [*Se levanta Leonor, y en seguida don Cárlos.*]
Leonor. (Jesus!.... Y Luisa no viene!....)
Cárlos. Usted es la que me conviene; usted es mi predestinada.
Leonor. Pero ¿y si usted no es el mío?
Cárlos. Si ese pecho es tan ingrato, moriré en el celibato.
Leonor. (Ah! Y mi Luisa?) Desvarío!
Cárlos. Nada, no me casaré!
Leonor. Aún es usted muy mancebo, y otras, ya que yo no debo

mudar de estado....
Cárlos. Por qué?
 ¿Qué viuda así se encanija cuando es jóven y tan bella y le depara su estrella....
Leonor. Mi hija!....
Cárlos. Dale con la hija! Si eso le da sentimiento, que se case ella tambien, y si no tiene con quién, que se meta en un convento.
Leonor. ¿Qué....
Cárlos. Perdon!.... Mi necesidad es consecuencia precisa de....
Leonor. Luisa!
 [*Á la puerta del foro.*]
Cárlos. Se llama Luisa?
Leonor. Bonito nombre!: verdad?
Cárlos. En efecto....
 [*Algo preocupado.*]
Leonor. ¿Algun amor le recuerda á usted...
Cárlos. No...
Leonor. (Qué hombre!)
Cárlos. Sí, bonito es ese nombre, mas prefiero el de Leonor.
Leonor. Sí?
Cárlos. No le hay más de mi agrado, á fe de Cárlos Heredia.
Leonor. Para dama de comedia famosa, pintiparado.

ESCENA X.

LEONOR. D. CÁRLOS. LUISA.

[*Viene Luisa muy elegante y en cuerpo.*]

Luisa. Mamá....
Leonor. [*En voz baja.*]
 No estés como en misa.
Cárlos. (¿Qué veo!)
Luisa. [*Con desembarazo.*]
 Muy servidora de usted.
Leonor. (Está encantadora.) Le presento á usted mi Luisa.
Cárlos. Cuyos piés beso. (Qué mona!... Mejor que la de Logroño!)
Leonor. Qué tal?
Luisa. [*En voz baja.*]
 Ah!....
Cárlos. Digno retoño

de mi adorable patrona.
Luisa. (Oh!)
Leonor. [*En voz baja.*]
 Niña, que te delatas!
Cárlos. (Ó es otra....)
Luisa. [*Aparte con Leonor, rápidamente.*]
 Me mira?
Leonor. Sí.
Cárlos. (Ó cuando al entrar la vi tenía yo cataratas.)
Leonor. Aunque pimpollo temprano, de mil primores se adorna.
Luisa. No crea usted.... Me abochorna....
Leonor. Maestra es ya en el piano.
Luisa. Maestra!
Cárlos. (Eso más!)
Luisa. Qué error!
 Yo sé lo poco que valgo,
 y no me engrío....
Leonor. Toca algo para que te oiga el señor.
Cárlos. Ruego á usted...
Luisa. Yo...
Leonor. ¿No obedeces!
Cárlos. Sí, ya voy. (Es celestial.)
Luisa. Por no hacerlo tarde y mal, que es hacerlo mal dos veces.
 [*Se sienta al piano y hace algun preludio. D. Cárlos se acerca á ella.*]
Leonor. (Ya la niña le embelesa.)
Cárlos. (Las dos....)
Leonor. Este caballero me hará la honra, lo espero, de aceptar mi pobre mesa.
Cárlos. Señora....
Leonor. No admito excusas.
Luisa. Á dar mis órdenes voy....
Leonor. ¡Mamá....
 Y prescindo por hoy de corcheas y de fusas.

ESCENA XI.

LUISA. D. CÁRLOS.

[*Breve silencio mientras Luisa toca los primeros compases de una romanza.*]

Cárlos. Bien! Lo hace usted á las mil maravillas.
 [*Luisa sigue tocando. Otra breve pausa.*]
 (Cosa extraña!....
 Ó vana ilusion me engaña,

ó yo he visto ese perfil....)
 Brava!
Luisa. [*Sin dejar de tocar.*]
 Gracias.
Cárlos. (Pero no hago memoria de quién será....
Luisa..... Sí, su nombre va unido á un recuerdo vago....)
 [*Cesa la música y Luisa se levanta.*]
 Muy bien! Bella es la romanza, pero usted le da tal vida....
Luisa. Aunque poco merecida, agradezco la alabanza.
Cárlos. Dígame usted.... (Es pregunta que no la haría un salvaje; mas tal la ha mudado el traje....)
Luisa. (Parece que algo barrunta....)
Cárlos. ¿Es usted la que al entrar me recibió....
Luisa. Sí, la misma. (Ya me ve por otro prisma.)
Cárlos. Perdone usted si.... El ajuar.... (Ya he soltado otra sandez.)
 Y.... ¿siempre, hermosa doncella, ha estado usted en Marbella?
 No ha viajado alguna vez?
Luisa. Cádiz fué nuestra vivienda muchos años....
Cárlos. (Cádiz.... No.)
Luisa. Y luego aquí se fijó mamá por cuidar la hacienda.
Cárlos. [*Con el dedo índice en la frente.*]
 No doy....
Luisa. ¿Qué misterio esconde tanta....
Cárlos. Memoria maldita!.... Yo he visto á usted, señorita; mas no sé cuándo ni dónde.
Luisa. ¿Conque si una no se allana á ayudar.... Cuatro años ha estuve en los baños....
Cárlos. Ah!
 Sí, en los baños de Chiclana.
Luisa. [*Resentida.*]
 Al fin!....
Cárlos. (Con razon se irrita.)
 Ah! qué dirá usted de mí?
Luisa. ¿Qué he de decir!
Cárlos. Cierto; allí nos conocimos, Luisita.
 ¿Recuerda usted....
Luisa. Es notorio; y para ello, aunque mujer, no he necesitado hacer un largo interrogatorio.
Cárlos. Luego.... la fatalidad...., la disciplina...., la gloria.... En fin, pecó mi memoria, pero no mi voluntad.

Luisa. ¿Y cómo—esto no es querella; que ningún pesar me encona—¿cómo quiere á una persona el que no se acuerda de ella?
Cárlos. Yo dije.... (Está interesante.) Es muy tierna todavía.... Mañana ó esotro día proveerá la vacante.
Luisa. Tierna, sí.... (Más de lo justo!) Usted me juzgó muy mal....; pero dueño es cada cual....
Cárlos. Yo....
Luisa. De mejorar su gusto.

[*Con ironía.*]

Si, porque otro amor le apremia, usted desdena *lo tierno*....
 (Ah! qué digo! ¡Dios eterno, perdóname esta blasfemia!)
Cárlos. ¡Pésame.... Yo no sabía....
Luisa. Oh!.... Todo lo olvido ya. Ame usted á mi mamá. Bien merece....
Cárlos. (Qué agonía!) No; yo prefiero.... (¿Sé yo acaso lo que prefiero?)
Luisa. Á ella, sí.
Cárlos. (Me desespero! Ambas son damas de pro....)
Luisa. (Si una calla, mal, y si habla....)
Cárlos. Oh Luisa!
Luisa. Cárlos!....
Cárlos. No soy digno de....
Leonor. [*Dentro.*] Luisa!
Luisa. Allá voy!

[*Corriendo hácia el foro.*]

(Me he salvado en una tabla.)

ESCENA XII.

D. CÁRLOS.

¡Heme aquí reo confeso de conato de bigamia!—Dejar á Luisa es infamia; mas Leonor.... Yo pierdo el seso. Si para una boda somos tres, ¿cómo, negra fortuna, refundo á las dos en una ó me parto yo en dos tomos? ¿Por qué—merecia azotes!—en Luisa no me fijé cuando.... Pero el *negligé*...., los malditos papillotes.... Y luego el donaire, el alma, la finura de Leonor....

Sí, sí, es cosa.... superior! Para ella será la palma.

[*Llega Leonor, vestida de trapillo, ceñido un delantal de cocina, y con pañuelo atado á la cabeza como las vascongadas. D. Cárlos, entregado á sus meditaciones, no la ve.*]

ESCENA XIII.

D. CÁRLOS. LEONOR.

Leonor. (Aunque me imponga un suplicio que á mi vanidad aflija, hagamos por una hija el último sacrificio.) Don Cárlos....
Cárlos. ¡Ah....
Leonor. Vengo á ver si algo se ofrece....
Cárlos. (Qué ropa!....)
Leonor. Mientras se cuece la sopa.
Cárlos. (Es nodriza de alquiler?) Gracias....
Leonor. (De verme se asombra. Bien!)
Cárlos. Ese prendido.... (Horror!) Ese.... Viene usted, Leonor,.... que no parece su sombra.
Leonor. ¿Es posible!.... Vengo así porque.... (Ya se pone triste.) Es raro....
Cárlos. Si usted persiste en su pensamiento....
Cárlos. [*Violentándose.*] Sí....
Leonor. Debemos ya principiar á tratarnos con llaneza.
Cárlos. Sin embargo, esa cabeza.... Por la Virgen del Pilar!....
Leonor. La toca á la vizcaina ¿le horripila á usted?
Cárlos. No digo tanto....; pero....
Leonor. Por abrigo....
Cárlos. Siquiera una papalina!
Leonor. Con los vestidos de fiesta no despachan las mujeres de gobierno los quehaceres de casa.... (Ya me detesta.)
Cárlos. Pero....
Leonor. Es fuerza que se soben, se ajen....
Cárlos. [*Señalando al delantal.*]
 Y eso?....
Leonor. Limpio está... todavía: es lúnes.
Cárlos. (Ya no me parece tan joven.)
Leonor. No todo ha de ser palique....

Cárlos. (Hum!) Cierto...
Leonor. (Apénas me escucha.)
 Cuando la hacienda no es mucha,
 preciso es que una se aplique....
Cárlos. Sí.... (Me iría á la Jamaica
 primero....)
Leonor. Para una hermosa
 no es mengua el ser hacendosa.
Cárlos. [Entre dientes.]
 Es decir, vulgar, prosaica....
Leonor. Mujer frívola, que acopia
 moños, melindres y amantes
 y nunca suelta los guantes,
 no es la mejor para propia.
Cárlos. [Casi convencido.]
 Es verdad, sí!
Leonor. (Ya cerdea?)
Cárlos. Mujer divina, por más
 que estudies con Satanas
 para parecerme fea....
Leonor. Don Cárlos!... (Quién lo diría!
 Le doy armas contra mí!)
Cárlos. Tu bella mano....
Leonor. [Retirándola.] Alto ahí!
Cárlos. Es desden?
Leonor. [Sonriéndose.] No: es.... policía.
Cárlos. Eh?
Leonor. No soy de esas sardescas
 que.... Mas vengo del hogar....
Cárlos. Oh!
Leonor. Acabo de aderezar
 anchoas.... Pero ¡qué frescas!—
 Le gustan á usted?
Cárlos. [De mal humor.] Sí...., algo....
Leonor. Es cosa rica.
Cárlos. (Yo sudo.)
Leonor. Para eso, y para un menudo,
 el oro que peso valgo.
Cárlos. (Yo fallezco!)
Leonor. En salpicon....
Cárlos. Señora!
Leonor. Son mi deleite,
 con su vinagre, su aceite....
Cárlos. Oh!
Leonor. Y cebolla y pimenton.
Cárlos. Bien.... Mas para esos adobos
 ¿no hay criada?
Leonor. Claro está.
 (Venceré.)
Cárlos. (Sí, bien tendrá
 los treinta y seis... Sí, sí; bobos!)
Leonor. Pero ¡son tan zafias!..., Yo ando
 en todo....
Cárlos. Ah!
Leonor. Siempre una guisa
 con más...
Cárlos. ¿Y... (yo tiemblo!) Y Luisa?
 Está también cocineando?
Leonor. Ella no. Pobre muchacha!
 No quiero yo que se pringue....
 Todavía no distingue

del apio la remolacha.
 Un día, si es menester,
 aprendiendo lo que ignora,
 sin dejar de ser señora,
 será toda una mujer.
 Ahora todo el tiempo es corto
 para el piano....
Cárlos. Qué bien toca!
 Yo la oí con tanta boca....
Leonor. De véras?
Cárlos. Estoy absorto.
Leonor. Y bordar en todas telas?
Cárlos. Ah!
Leonor. Y si coge los pinceles....
Cárlos. ¡También el arte de Apéles....
Leonor. Ya verá usted ¡qué acuarelas....
Cárlos. Sí? (Qué alhaja! Y mis rigores....
 He sido un mal hombre, un pillo!)
 Y.... ¿qué hace....
Leonor. En el jardinillo
 está....
Cárlos. [Impaciente.]
 Sí?
Leonor. Cogiendo flores.
Cárlos. (Para mí tal vez! Ay! harto
 hace la cuitada....)
Leonor. Son
 para adornar el jarron
 que habrá usted visto en su cuarto.
 Se lo he mandado....
Cárlos. Ah! Yo estoy
 confuso....
Leonor. Por qué?—Y ufana
 Luisa.... Desde esa ventana
 puede usted verla....
Cárlos. Sí? Voy....
 [Corre á mirar por la ventana. Le
 sigue Leonor.]
 Allí está!
Leonor. Ahora coge un nardo.
Cárlos. Más blanca es su mano.
Leonor. Sí?
 Ahora coge un alelí.
Cárlos. Qué talle! Le hay más gallardo?—
 Ay Dios! La esconde un arbusto.
Leonor. No brilla más pura el alba.
 Y qué índole! Es una malva.
 Nunca me ha dado un disgusto.
Cárlos. Ya vuelve—¡Qué ágil, qué diestra
 va de una flor á otra flor!—
 Se ha lucido usted, Leonor.
Leonor. Yo!....
Cárlos. Es una obra maestra!
Leonor. Cuál me alegra el que la alaba!—
 Pero aparte usted, por Dios;
 no nos vea así á los dos
 cayéndonos la baba.
 [Le hace retirarse de la ventana, y
 disimuladamente hace en ella una
 seña con el pañuelo.]

Cárlos. Qué importa? El alma la adora!
Leonor. Sí?
Cárlos. Es mi gloria y mi delicia.
Leonor. Al fin, le hace usted justicia!
 gracias á Dios! ya era hora!
Cárlos. Ah, perdon! Soy un badea.....
Leonor. Perdon! De qué? Soy yo loca?
 Pues lo que dice esa boca
 ¿no es lo que mi alma desea?
Cárlos. Oh! mereces que te erija
 un templo, mujer sin copia.
 ¡Tan bella, y contra sí propia
 conspirar.....
Leonor. *Por una hija!*
Cárlos. ¿Qué es ya la virtud estoica
 que tanto, oh Roma! decantas?
 Déjame besar tus plantas,
 matrona sublime, heroica.
Leonor. [Deteniéndole.]

No permito, ni es razon.....
 Soy feliz y no me ofendo.....

[Viendo entrar á Luisa con un ramo
 de flores en la mano.]

Esa es la que está pidiendo
 un acto de contrición.

ESCENA ÚLTIMA.

LEONOR. D. CÁRLOS. LUISA.

Cárlos. Perdon, Luisa!

[Cae á sus piés.]

Leonor. (Pobre mozo!)

Luisa. Se le doy, ó se le niego?

Leonor. Sí, Luisa: yo te lo ruego.

Luisa. Alza, pues.....

[Se levanta D. Cárlos.]

Y toma.

[Le da el ramo: D. Cárlos besa con
 entusiasmo la mano de Luisa.]

Cárlos. Oh gozo!

Leonor. Vencí!

[Abrazando á Luisa y Cárlos.]

Hijos míos!

Cárlos. [Á Luisa.] Qué escuela!

Luisa. Ah! ¿qué madre haría más!

Leonor. Y el pago que me darás
 será.....

Luisa. Cuál?

Leonor. [Con resignacion cómica.]

Hacerme abuela!



AL PIÉ DE LA LETRA,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Representada por primera vez en el teatro del Principe el dia 13 de Diciembre de 1855.

PERSONAS.

LA DUQUESA.	D. MODESTO.
ISABEL.	EL GENERAL.
LA POSADERA.	D. AQUILINO.
UN LACAYO.	

La accion pasa progresivamente en los baños de Alhama de Aragon, en un parador y en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en el establecimiento de baños. Á la derecha del actor una puerta, que es la que conduce á la escalera; á la izquierda otra, la del cuarto de D. Modesto. Por el foro se entra en las habitaciones que ocupa la Duquesa.

ESCENA I.

ISABEL. D. MODESTO.

Modesto. ¿Recibe ya mi señora la Duquesa?

Isabel. No: más tarde.

Á las tres salió del baño; comió; sesteó en el catre una hora; tardó media en resolver con qué traje saldrá á paseo; y si bien yo acabé ya por mi parte de su tocador prolijo las tareas importantes, aún pasará largo rato ántes que reciba á nadie.

Modesto. Miéntas me es dado ofrecer á sus piés el homenaje de mis respetos, con páginas de Calderon ó Cervántes veré de matar el tiempo, yo que no traigo otro achaque

á Alhama que el tierno amor que me inspiró esa adorable mujer, y el estéril gozo de fabricar, en el aire que ella respira, castillos, que pronto darán al traste, si el labio muestra la llama que oculta en mis venas arde.

Isabel. No es fundado ese temor. ¿Qué desdenes, qué desaires le desalientan á usted? Al contrario, se complace la Duquesa en distinguirle; y eso que, aunque usted lo calle, bien sabe por quién suspira ese corazon amante.

Modesto. Á ti, mi buena Isabel, debo el placer inefable de haber viajado con ella.

Isabel. ¿Y no debí yo á su madre de usted — que en el cielo está sin duda, porque fué un ángel — pan, asilo, educacion

cuando lloró en sus umbrales
mi desvalida orfandad?
Razon es que al hijo pague
una parte de mi deuda.

Modesto. Fuera estaba de mis lares,
y aún vestia triste luto
por la muerte de mi padre,
cuando Dios quiso tambien
llevarse la.

Isabel. En tal catástrofe,
me recomendó un amigo
á la Duquesa, que afable
me recibió de primer
doncella suya.

Modesto. Tú vales
mucho más, y me afligí
cuando á mi vuelta de Cádiz
lo supe.

Isabel. Si un mismo techo
á los dos nos albergase,
hubiéramos sido blanco
de las habillitas vulgares.

Modesto. No rehusarás, al ménos,
un dote cuando te cases
con ese jóven.....

Isabel. Va largo
todavía. Está cesante.....

Modesto. No lo estará mucho tiempo.
Cierta persona de grande
influjo me prometió
trabajar por colocarle.
Cuando, avisado por ti,
intercepté en vuestro viaje
un asiento de berlina,
ocupasteis los restantes
la Duquesa y tú, y el pobre
se resignó á confinarse
en la rotonda. Es razon
reparar ese vejámen.

Isabel. Ventura fué tener mi ama
tanta prisa de marcharse,
y no haber ya en todo el mes
un solo asiento vacante.

Modesto. Muy hostigada estaria
de los nervios.....

Isabel. Disparate!
Los nervios hoy dia son
el editor responsable
de los mimos de las niñas,
las intrigas de las madres,
y el despecho de las viudas
que rabian por otro enlace,
aunque ántes que confesoras
las haga el orgullo mártires.

Modesto. Sin embargo, ella ha venido
á los baños por dictámen
de su médico.

Isabel. Es verdad.
Cuando un médico no sabe
qué mal aqueja al paciente,
cuando no acierta á curarle,
ó en el alma, no en el cuerpo,
residen los alifafes,

el remedio de rigor
son los baños, y es constante
que son el cúralo-todo,
ya en Cestona, ya en Ardáles,
ya en la playa de Valencia,
ya en los riscos de Biárritz.
La moda, que lleva á todo
su jurisdiccion versátil,
da la preferencia ahora
á los de Alhama en la márgen
del Jalon, y así que el médico
los nombró, sin más exámen
dijo la Duquesa: «Á Alhama!»
Y hela convertida en náyade
de agua caliente, y tan viuda
y tan nerviosa como ántes.

Modesto. Mas si pesarosa está
de ser viuda—y no lo extrañes
en dama jóven y bella—
¿cómo entre tantos galanes
no ha preferido á ninguno?

Isabel. Preferir ella? No es fácil.
Querer que todos la adoren,
eso sí; pero en combate
continuo su vanidad

de gran señora y lo frágil
de su sexo—porque, al fin,
tambien son hembras las grandes—
y rica de ejecutorias,
pero pobre de heredades,
fluctúa su corazon
como en el golfo la nave.

Modesto. Á propósito, parece
que la mira con notable
aficion el General.

Isabel. Algo hay de eso, y las señales
son de no pesarle á ella;
pero está usted más en auge
que ese inválido. El viajar
dentro del mismo carruaje
con una prójima, estrecha
distancias y abrevia trámites.
Tiene ocasion de prestar
un caballero galante
servicios, que se agradecen
siquiera, aunque no se paguen.
Usted la visita; él no;
puede usted oirla casi
desde su cuarto, y el viejo
tiene el suyo muy distante;—
y aunque pudiera añadir
lo que va de talle á talle,
lo omito, porque no quiero
que usted se engría y se ensanche.

Modesto. Pero él es un General
de alta fama y noble sangre,
y yo de la clase media.....

Isabel. Pues á pesar de la clase,
si usted se declara.....

Modesto. Ah!... No.

Isabel. Anímese usted. Qué diantre!....

Modesto. Temo.... Dudo.... Esperaré
coyuntura favorable.....

Pero ya nuestro coloquio
se ha prolongado bastante.

[Tomando una mano á Isabel.]

Adios, fiel amiga mía!
Si yo no fuese un orate,
á ti te amara, no á ella.....

[Besando la mano á Isabel, y viéndolo
D. Aquilino, que llega al mismo
tiempo por la puerta de la derecha.]

Adios!

Aquil. (Ah!)

[Á Isabel cuando ya ha desaparecido
D. Modesto.]

Bravo! Me place!

ESCENA II.

ISABEL. D. AQUILINO.

Isabel. Ah!

Aquil. Traidora!

Isabel. Otra disputa?

Aquil. Yo he visto á ese ciudadano.....

Isabel. Qué?

Aquil. Besarle á usted la mano.

Isabel. Eso es pecata minuta.

Aquil. Me he criado yo entre céspedes?

¿Conque no vale dos bledos

besar un hombre.....

Isabel. Los dedos
se le antojan á usted huéspedes.

Aquil. Yo.....

Isabel. Celoso!

Aquil. Es que.....

Isabel. Gruñon!

Aquil. ¿Quién tolera.....

Isabel. Visionario!

Aquil. Usted no es padre vicario,
y ese beso.....

Isabel. Moscardon!
Besar la mano á una dama
es ya el pan de cada día.

Aquil. Hum!....

Isabel. Trivial galantería

que á nadie quita la fama.

Aquil. Fué el beso más que de amigo,
y llueve sobre mojado.

Isabel. Date! Yo.....

Aquil. Al fin ha viajado
veinticuatro horas contigo.

Isabel. Éramos tres.

Aquil. Bien por Dios!

Mayor es el roce....., pues!....

cuando se embalijan tres

donde apenas caben dos.

Isabel. Bah!....

Aquil. No era suyo aquel puesto.
Para suplantarme en él,

por un soplo tuyo, infiel,
se apareció don Modesto.
(Tiene razon, y la broma
fué pesada; mas no digo
el porqué, y así castigo
su incorregible carcoma.)
Callas!

Isabel.

(De quicio me saca.)

Aquil.

Isabel. La conciencia te remuerde!

Aquil.

Tú amas á ese pisaverde!

Isabel.

No hay tal amor. Qué machaca!

La amistad.....

Aquil.

Siempre es ambigua

entre el hombre y la mujer.—

Y la vuestra no es de ayer,

sino mucho más antigua.

Isabel.

Eso es verdad.

Aquil.

Soy yo lerdo?

Isabel.

Tiempo ha que le quiero bien

por sus buenas prendas.....

Aquil.

¡Ten

la lengua..... ¡Calla, ó me pierdo!

Isabel.

Te juro que no es mi amante.

Aquil.

¡Y hacer esa felonía

á un hombre, Virgen María,

cuando un hombre está cesante!

Isabel.

Si no hay tal.....

Aquil.

Pierdo el sentido.

¡Bien el refran nos enseña

que todo el mundo hace leña

del árbol que ve caido!

Isabel.

Yo.....

Aquil.

Tú estás para ofenderme

de acuerdo con el Gobierno.

¡Tanto rencor, Dios eterno,

contra un empleado inerme!

Doce años hace—es notorio—

que en oficinas escribe

mi mano fiel, inclusive

los cuatro de meritorio;

y en invierno y en estío

un yunque, siempre en mi puesto;

y en letra me las apuesto

con Alverá y con Torío;

y soy fuerte en la estadística;

y nunca he sido garduña

ni...., pues!; y tengo en la uña

la legislacion rentística;

¡y me apean, sin embargo;

y cuando en ti, justo cielo!

cifro el único consuelo

de infortunio tan amargo,

te amalgamas muy oronda

con el hombre á quien albergas,

y á mí, falsa, me postergas,

me baldas en la rotonda!

Isabel.

Cesa en tu injusta querella,

no seas chinche, Aquilino,

ó juro al poder divino

que has de arrepentirte de ella.

Si yo tuviera otro amante,

¿quién coarta mi albedrío

para decir: «Señor mio,

le declaro á usted cesante?»
 No un rival vea tu error
 en ese buen caballero,
 sino un amigo sincero....,
 y tal vez un protector.
Aquil. Protector! Comprendo... y ¡bramo!
Isabel. Ten presente que por mí
 estás colocado aquí,
 y no en el último tramo.
 Por mí la ilustre Duquesa,
 cuando quedaste excedente,
 te asignó un sueldo decente,
 cuarto, ropa limpia y mesa;
 por mí en calidad de paje,
 con puntas de secretario
 y mayordomo honorario,
 la acompañas en el viaje.
Aquil. Y grabada está aquí dentro
 acción tan noble y tan bella;
 mas ¡mi oficina!.... Ah!.... Sin ella
 estoy fuera de mi centro.
Isabel. Pero perderás su gracia
 si te retiro la mia;
 y á fe, bien lo merecía
 tu importuna suspicacia.
 No me hagas perder el tino
 viendo una y otra vision,
 ten calma...., y en conclusion,
 no seas chinche, Aquilino!

ESCENA III.

ISABEL. D. AQUILINO. LA DUQUESA.

Duquesa. [Saliendo de su habitacion.]
 Tengo carta de Madrid?
Aquil. Aún no ha venido el cartero.
Duquesa. Y cómo es que no ha venido?
Aquil. (Y yo ¿cómo he de saberlo?)
 La estafeta.... No sé.... Acaso....
Duquesa. Sálgale usted al encuentro,
 tome mi correspondencia
 y tráigamela al momento.

ESCENA IV.

LA DUQUESA. ISABEL.

Duquesa. [Sentándose.]
 Hoy hace un calor horrible.
Isabel. Mucho.
Duquesa. Me abraso allí dentro.
 En esta sala de tránsito
 es el ambiente más fresco.
Isabel. ¿Cómo ha sentido á vucencia
 el baño de hoy?
Duquesa. Mal.
Isabel. Lo siento
 en el alma.
Duquesa. Cada día

estoy peor de los nervios;
 y además, aquí me aburro,
 me consumo, echo de ménos
 el trato y comodidades
 de la corte....
Isabel. Bien lo creo.
Duquesa. El diablo—Dios me perdone!—
 me trajo á Alhama.
Isabel. No; el médico.
Duquesa. El servicio es execrable,
 mezquino el alojamiento.
Isabel. (No tal.)
Duquesa. El Jalon exhausto....
Isabel. Pche!....
Duquesa. Misero y sucio el pueblo...
Isabel. Algo.... (Muchos hay peores.)
 Cada cual, dice el proverbio,
 habla de la feria....
Duquesa. Ay triste!
Isabel. Segun le va en ella.
Duquesa. Oh cielos!
Isabel. Muchos recobran aquí
 la salud....
Duquesa. Dichosos ellos!
Isabel. Y dirán que es paraíso
 lo que ucencia llama infierno.
Duquesa. Y qué sociedad...., gran Dios!
 Mancos, tullidos y entecos.
Isabel. No todos. El General....
Duquesa. Don Santiago?
Isabel. Aunque provecto,
 va ya mejor de la gota....
Duquesa. Pobre hombre!
Isabel. Y aún está fresco....
Duquesa. Sí....
Isabel. Y hay jóvenes tambien....
 Verbigracia, don Modesto.
Duquesa. Sí; es muy fino y muy simpático.
Isabel. (Bien! Buena ocasion.)
Duquesa. Le debo
 muchos obsequios.
Isabel. Ó mucho
 me engaño, ó algo más que eso
 le debe vucencia.
Duquesa. Cómo!....
Isabel. Por los síntomas que observo,
 juzgo que está enamorado
 de vucencia hasta los huesos.
Duquesa. [Con interes.]
 De véras?
 [Afectando indiferencia.]
 Eh! no lo creas.
 Nada me ha dicho....
Isabel. El respeto...
 Por no contar una larga
 serie de ilustres abuelos
 como vucencia, sin duda
 teme un desaire....
Duquesa. En efecto,
 no puedo sin rebajarme
 admitir su galanteo....

No porque él no sea un jóven
de educacion, de talento....

Isabel. Y muy rico!

Duquesa. Ba!

Isabel. Hijo único
de un prohombre del comercio;
de un banquero.

Duquesa. Eh! calla. ¿Yo
casarme con un banquero?

Isabel. Nunca sería deshonra,
y en el día mucho ménos.
Los hay que son, ó que han sido,
grandes-cruces, consejeros,
senadores, y hasta príncipes.

Duquesa. Con todo....

Isabel. Y no están los tiempos
para desdeñar....

Duquesa. No importa.

Isabel. En el último quinquenio
la renta anual de vucencia
no pasó de diez mil pesos,
y él....

Duquesa. Sabré honrar, aunque pobre,
el alto nombre que heredo.
No se ha de decir de mí
que al vil interes me vendo.—
Pero todo esto es hablar
al aire. Ese caballero
no piensa en mí, ni lo sueña.
No ha traído más objeto
á los baños, que curarse
de sus dolencias.... Por cierto
que aún no sé yo cuáles son.

Isabel. Tengo para mí, y no yerro,
que son.... las de vucelencia.

Duquesa. Se resiente de los nervios?

Isabel. Sí, señora.

Duquesa. Pobrecito!

Isabel. (Bien va!)

Duquesa. Ahora me intereso
más por él.... Quiero decir,
como amiga.

Isabel. Por supuesto.

[Sale de su cuarto D. Modesto.]

ESCENA V.

LA DUQUESA. ISABEL. D. MODESTO.

Isabel. Ah! él viene....

Modesto. [Saludando.] Señora...

Duquesa. Bien
venido....

[Á Isabel.]

Acerca un asiento.

Modesto. Gracias. Yo iré....

[Va á tomar una silla para excusar
á Isabel el trabajo de traerla, y ella
le dice en voz baja rápidamente:]

Isabel. La ocasión

es propicia.... Ánimo!

[Entra en la habitacion del foro.]

Modesto. (Tiemblo!)

[Se sienta cerca de la Duquesa.]

ESCENA VI.

LA DUQUESA. D. MODESTO.

Modesto. ¿Qué tal le ha sentado á usted
el baño de hoy?

Duquesa. Oh! muy mal.

Modesto. Me pesa....

Duquesa. Pero es el último.

Modesto. Sí?

Duquesa. Ya no me baño más.—

¿Conque mañana tenemos
caravana borrical....

Modesto. En efecto.

Duquesa. ¿Y comilona
en la pradera?

Modesto. Sí. No hay

otra diversion aquí.

Duquesa. Oh qué grotesca será!
¡Yo cabalgando, Dios mio,
en un ignoble animal!....

Modesto. Yo puedo ofrecer á usted
un buen caballo alazan,
si prefiere....

Duquesa. Dios me libre!

¿Qué dirían las demas?—

¿Quién manda la expedicion?

Modesto. Habiendo aquí un General,
¿quién disputa á Su Excelencia
tan alto honor?

Duquesa. Y él quizás
preferiría quedarse.

Modesto. Quedarse.... cuando usted va?

Duquesa. Por qué no? Yo no conspiro
contra su comodidad.

Modesto. Nadie ignora que es usted
el hechizo, el dulce iman
de su alma.

Duquesa. Nadie lo ignora?

Yo sí, y usted convendrá

en que soy.... álguien.

Modesto. Oh!

Duquesa. ¡Vaya,
que es pasion muy singular
la suya!

Modesto. No es más sincero
tal vez por ser más audaz
el amor.

Duquesa. En hora buena;
pero la voz popular,
aunque muy santa, no puede
suplir á la del galan.

Modesto. Cierto.

Duquesa. [Riéndose.]

Eso es amar.... por boca

de ganso.
Modesto. (Bien!) Es verdad;
 mas quien teme una repulsa....
Duquesa. Súfrala si se la dan;
 que eso no deshonra á un hombre.
Modesto. Pero le puede matar.
Duquesa. No matan ya esos achaques
 desde Macías acá,
 y si el don de iniciativa
 alguna vez es fatal,
 ¡peor estamos sin él
 las pobres hijas de Adán!
Modesto. (Ella me alienta. Qué espero?)
Duquesa. Por cierto, no sé como hay
 hombre que, amando de veras,
 guarda en su pecho el afán
 que le atormenta.
Modesto. Ah señora!
 Yo.....
Duquesa. Sea usted imparcial.
 Si otro, que no fuera mudo,
 se encontrase en el lugar
 del veterano, qué haría?
Modesto. No esperar dicha ni paz
 sino de usted, y á las plantas
 de tan divina beldad
 rendir el alma y la vida.
 [Se arrodilla. La Duquesa se levanta.]
Duquesa. ¡Cómo.... Audacia sin igual!
Modesto. [Cortado.]
 Si... Yo...
Duquesa. Alce usted. (¡Rompió al fin
 su silencio contumaz!)
Modesto. [Levantándose.]
 (Soy perdido!) Usted queria
 saber....
Duquesa. No tanto.
Modesto. (Oh crueldad!)
 Señora.... Usted me animó....
Duquesa. Yo hablaba del General.
Modesto. Yo tambien. (Saquemos fuerzas
 de flaqueza.)
Duquesa. Eh?
Modesto. Claro está.
 Mi declaracion ha sido
 hipotética.
Duquesa. No tal.
Modesto. He suplido mentalmente
 al anciano militar;
 y ¿cómo, á no revestirme
 de esa personalidad
 respetable, osara yo
 mis pensamientos alzar
 á tanta altura?
Duquesa. Esa falsa
 modestia me irrita más
 que el pasado atrevimiento.
 Para ser tan eficaz
 intercesor ¿qué poderes
 le dió á usted, qué facultad,

don Santiago? En fin, ¿qué amante
 aboga por su rival?
Modesto. Pues bien, sí, la adoro á usted;
 pero á mi temeridad
 es disculpa la obediencia.
Duquesa. Qué?....
Modesto. Usted quiso sondear
 mi corazon....
Duquesa. Cómo! ¿Usted
 me suponía capaz
 de desear su cariño?....
Modesto. Por qué no? Sin voluntad
 de premiarlo, pudo usted,
 por un capricho fugaz,
 exigir ese tributo
 á una alma tierna y leal,
 ¡y despreciarlo despues
 como indigno de su altar!
Duquesa. No, no es tanta mi perfidia....
 Oh Dios! ¿qué necesidad
 tenía yo de que usted
 me pusiera, á mi pesar,
 en semejante conflicto?
Modesto. Conflicto, señora! Cuál?
Duquesa. El de aborrecer.... Ah! no.
 Sería una iniquidad.
 El de perder un amigo....
Modesto. Cielos!....
Duquesa. Pero usted sabrá
 serlo todavía.
Modesto. Ah! Cómo?
Duquesa. Mirando á su bienestar....
 y al mio, considerando
 que hay en el trato social
 deberes...., preocupaciones
 que es forzoso respetar....
Modesto. Basta. Adios!
Duquesa. Tan pronto!..
Modesto. Tengo
 que hacer....
Duquesa. (Lástima me da.)
 Adios.
 [Dándole la mano.]
 Sin rencor!
Modesto. (Ah!) No....
 (Mal haya mi necedad!)

[Entra en su cuarto.]

ESCENA VII.

LA DUQUESA. D. AQUILINO.

Duquesa. Me remuerde la conciencia
 casi....

[Á D. Aquilino que llega.]

Ha venido el cartero?

Aquil. Sí, señora.

Duquesa. ¡Gracias....

Aquil. Pero

sin cartas para vucencia.

Duquesa. ¿Es posible!.... (Gran baliya no esperé; que la cohorte ilustre deja la corte en estacion tan prolija; pero es extraño que el Conde, con quien el último día reñí.... Pues él bien sabía que iba yo á partir, y adónde.— Yo me mantengo en mis trece, y si siento que no escriba, es sólo porque me priva de contestar cual merece.— Mal digo: lo que hoy me enfada, como me enfadaba ayer, es que me quite el placer.... de no contestarle nada.)
Si no hay cartas, ¿qué hace usted....
Aquil. Traigo una, franca de porte....
Duquesa. Pues ¿cómo....

Aquil. [Sacando una carta.]

No es de la corte.

Duquesa. Venga.

[La toma.]

(Es como esa pared.)

Aquil. Es epístola termal....
Esto es, escrita aquí.

Duquesa. [Abriendo la carta y viendo la firma.]

Quién puede escribirme á mí?....
Veamos.... El General!

Aquil. Sí.

Duquesa. Y es usted su correo!
No tiene criados?

Aquil. Sí;
mas se ha valido de mí,
y yo servirle deseo.

Duquesa. Á qué título?

Aquil. Me aprecia....

Duquesa. Oiga!

Aquil. Tiene influjo, y de él en mi fortuna cruel espero una peripecia.
Me ha ofrecido muy formal escribir á un su pariente para que éste me presente al Capitan General; el cual me dará una esquila eficaz...., dos si conviene, para un sobrino que tiene oficial de covachuela: éste me pondrá en contacto con cierta dama muy lista prima de un capitalista, y él logrará que en el acto....

Duquesa. Basta!

Aquil. Excusando registros,
se resuelva mi expediente....

Duquesa. Jesus!

Aquil. Por el Presidente del Consejo de Ministros

Duquesa. Santo Dios, tanta estafeta!....

Aquil. Muchas son, mas tengo fe....

Duquesa. (Ménos intrincado fué el laberinto de Creta.)

Aquil. Yo espero....

Duquesa. Ah! Me ocurre ahora....

Aquil. Qué?

Duquesa. Vaya usted diligente....

Usted será inteligente en ganado asnal.

Aquil. Señora!

Duquesa. Eh, que no es pulla! Mañana tenemos funcion campestre....

Aquil. Ah! sí, y borrical, no ecuestre, ha de ser la caravana.

Duquesa. Necesito....

Aquil. (Voto á san!....)

Duquesa. Una burra mansa....

Aquil. Entiendo.

Voy.... Tiene una el tio Melendo que.... ¡ya! Ni la de Balán.

ESCENA VIII.

LA DUQUESA.

Veamos lo que me dice el veterano.

[Leyendo.]

«Señora:

»Conceda usted á mi pluma,
»tal vez demasiado tosca,
»la libertad de decirle
»lo que no ha osado la boca.
»La amo á usted. Noble es mi cuna,
»poseo de renta propia,
»sin mi sueldo, lo que basta
»al decoro de una novia
»tan ilustre. ¿Quiere usted
»darme la mano de esposa?
»Ni yo presumo de adónis,
»ni es mi fuerte la lisonja,
»ni el mérito que me falta
»suplirán flores retóricas.
»Expongo pues con franqueza
»marcial y en humilde prosa
»mi pensamiento, y aguardo
»con resignacion estoica
»el sí ó el no. Soy de usted
»entre tanto, prenda hermosa,
»muy rendido servidor,
»que en besar sus piés se honra,
»el Teniente General
»Santiago de Baraona.»—

Bien por Dios! ¿Se escribe así á una dama de mi estofa?
Me intima la rendicion cual si yo fuese Pamplona ó Figueras.... Y si al ménos

me hubiese sitiado en forma,
y me viese en la agonía
sin municiones ni tropa....
Pero, sin más estrategia,
pum! dispararme esta bomba....
Yo castigaré su audacia....

ESCENA IX.

LA DUQUESA. D. MODESTO.

Modesto. (Ah!) Duquesa....
Duquesa. Á buena hora llega usted.
Modesto. Yo!
Duquesa. Sí, por cierto. Celebre usted mi victoria. Se ha explicado el General.
Modesto. Él! (Oh cielo!)
Duquesa. Sí; me adora.
Modesto. Qué mucho?...
Duquesa. Pide mi mano....
Modesto. No es maravilla....
Duquesa. [Mostrando la carta.] Aquí consta. Qué opina usted?... Me parece que no haría mala boda.
Modesto. Por piedad, Duquesa!....
Duquesa. Pero deseché usted la zozobra. — No ha lugar.
Modesto. Ah!
Duquesa. Y usted mismo, pues de mi amigo blasona, se encargará de llevarle mi respuesta perentoria.
Modesto. Cómo!....
Duquesa. Devuélvale usted de mi parte esta amorosa epístola.
Modesto. Yo!.... ¿Sin más contestacion?...
Duquesa. Basta y sobra.— Mas puede usted añadirle que mi mano no se compra, y para escribirme así es él muy poca persona.
Modesto. Sin duda.... Pero ese encargo....
Duquesa. Lo rehusa usted?
Modesto. Señora!....
Duquesa. Si no me agradece usted una prueba tan notoria de confianza....
Modesto. Ah! sí; pero....
Duquesa. Está bien.
Modesto. (Oh Dios, se enoja!) Iré: déme usted la carta.
[La toma.]
Mi dicha fundo y mi gloria en obedecer á usted

como esclavo, como ilota.

Duquesa. Como amigo.—Adios. (Me agrada; pero el comercio...., la bolsa!....)

[Entra en su habitación.]

ESCENA X.

D. MODESTO.

¡Vaya, que es capricho raro confiarme tan donosa comision, cuando.... De fijo vamos á tener camorra.— Tengámosla: es mi rival, la Duquesa no lo ignora, y con darme esta embajada mis esperanzas conforta. Puedo ya, oh gozo! lidiar, no digo con esa momia, sino con los doce pares y con los héroes de Troya.— No obstante, haré lo posible por dulcificar la pócima que le llevo....

ESCENA XI.

D. MODESTO. D. AQUILINO.

Aquil. [Saludando.] Servidor....
Modesto. [Sin reparar en D. Aquilino.] (Puede darle una congoja....)
Aquil. ¿La Duquesa....
Modesto. (Al fin es prójimo.... Tengamos misericordia.)

ESCENA XII.

D. AQUILINO.

No me ha mirado siquiera! Ó es distraccion, ó se mofa de mí, porque es mi rival y pertenezco á la nómina de las clases, ay! pasivas.

ESCENA XIII.

D. AQUILINO. ISABEL.

Isabel. Ya de vuelta!
Aquil. Sí, preciosa. (Disimulemos.)
Isabel. Me alegro

Aquil. mucho.
Aquil. Gracias. (Es muy mona; eso sí.) Di á Su Excelencia que cuente para la broma de mañana.....
Isabel. Es excusado.....
Aquil. Con una pollina torda, ligera como una sílide.
Isabel. Ya no hay funcion.
Aquil. Esa es otra!
Isabel. Mañana temprano ¡vuelta á Madrid!
Aquil. Cómo!....
Isabel. Te asombras?
 Otro capricho..... Los nervios.....
 Ve de parte suya y toma tres asientos de berlina.....
Aquil. Es raro.....
Isabel. Para la góndola que saldrá á las seis en punto.
Aquil. Pero.....
Isabel. Anda; no seas posma.
Aquil. Tres billetes?
Isabel. Sí.
Aquil. Es decir que se repite la historia.....
Isabel. ¿Cómo.....
Aquil. Claro está: los dos de rincon para vosotras, y el tercero.....
Isabel. Para quién?
Aquil. Para el galan que te ronda.
Isabel. No; el tercero es para ti.
Aquil. [Tomando la mano á Isabel.]
 Oh dicha!
Isabel. Vete. Qué sorna!
Aquil. Voy volando.

ESCENA XIV.

ISABEL. LA DUQUESA.

Isabel. Cuando sepa don Modesto nuestra pronta marcha, qué dirá?....
Duquesa. [Saliendo de su cuarto.] Hay billetes?
Isabel. A tomarlos baja ahora don.....
Duquesa. Bien está.
Isabel. Pero un viaje tan repentino.....
Duquesa. Me importa no demorarlo. Me inspiran resolucion tan heroica mi virtud, mi independencia, y la más leve demora me puede comprometer.
Isabel. Por qué?
Duquesa. Estoy ya pesarosa de haber dado al General

tan crueles dimisorias; y aún lo estoy más de que sea quien le anuncie su derrota don Modesto. Creerá el uno que le ciño la corona á que aspira; el otro.....

[Aparece el General.]

(Cielos!)

ESCENA XV.

LA DUQUESA. ISABEL. EL GENERAL.

Isabel. (Ah!)
General. Buenas tardes, señora.
Duquesa. Felices.....

[Indicándole que pase á su habitacion.]

Sírvase usted.....
General. Muchas gracias. Será corta mi visita.
Duquesa. (Estoy temblando.)
General. Pero.....

[Obedeciendo á una seña de la Duquesa, se retira Isabel.]

Sí; hablemos á solas.

ESCENA XVI.

LA DUQUESA. EL GENERAL.

Duquesa. Usted vendrá resentido.....
General. Y mucho.
Duquesa. Yo..... á mi despecho.....
General. La injuria que usted me ha hecho no es para echarla en olvido.
Duquesa. Siento mucho.....
General. ¿Tanto cuesta poner dos renglones?
Duquesa. Oh!....
General. Cartas de hombres como yo no se dejan sin respuesta. Pudo usted negarme el sí, si no es á mi amor propicia; pero ¿hay razon ni justicia para escarnecerme así?
Duquesa. Mal interpreté sin duda.....
General. Qué! me ha excomulgado el Papa? ¿No puede un hombre de chapa casarse con una viuda?
Duquesa. Sí.....
General. Prefiriera una sarta de dictérios al bochorro de enviarme de retorno, y abierta, que es más! mi carta.

Duquesa. La abrí.... porque no creía
que de buenas á primeras,
como quien ajusta peras....

General. No falté á la cortesía....
Cada cual tiene su estilo.

Duquesa. Pero....

General. En un hombre provector
mal'sonaria el dialecto
de Nemoroso y Batilo.
Al verme ostentar allí
galas de la primavera
y perlas y...., bah! se hubiera
usted reído de mí.
Aunque harto de desengaños,
puede amar con tanto ahinco
como uno de veinticinco
un hombre de cincuenta años;
mas si se abstiene de tropos,
risibles en la vejez,
suple en virtudes tal vez
lo que escasea en piropos.
No soy de juicio tan parvo,
que ni por sueño pretenda
conquistar tan alta prenda
con mi hermosura y mi garbo.
Sin inferirle un ultraje
creí, no obstante, poder
aspirar á una mujer
á quien igualo en linaje,
á quien excedo en fortuna,
y á cuyos pies ofrecía
blasones de más valía
que los que adquirí en la cuna;
que, sin esas antiguallas,
bastan para darme honor
los que con sangre y sudor
he ganado en cien batallas;
y otro á escudos y tapices
el precio que quiera dé,
mas yo.... de nadie heredé
mis gloriosas cicatrices.

Duquesa. No más! (¿Qué hice yo, Dios mio!)
Me desdigo, me arrepiento.
¡Perdon de mi aturdimiento,
perdon de mi desvarío!

General. Valga la verdad. Bien pudo
ser más galante el billete;
pero.... yo estaba en un brete....
El lance era peliagudo.
Ningun peligro me inmuta,
ningun reves me hace mella;
mas delante de una bella
soy un donado, un recluta.
Cuarenta veces, oh mengua!
al ver tanta perfeccion,
tuve la declaracion
en la punta de la lengua.
Escribo al fin....; rasgo....; copio....;
corrijo....; discurre.... En suma,
temo que incauta la pluma
comprometa mi amor propio;
y, huyendo del perejil....

Duquesa. No hablemos de lo pasado,

pues confieso de buen grado
mi imprudencia femenil.

General. Al galante epistolario
faltan, señora, capítulos
á que se adapten los títulos
que me han hecho temerario.
No era cosa de copiar
con sus puntos y sus comas
mis despachos, mis diplomas....
Dónde cabe tanto ajuar?

Duquesa. Oh!

General. Ni de que hagan los ciegos
asunto de sus canticos....

Duquesa. Pero....

General. Mi hoja de servicios,
que tiene catorce pliegos.

Duquesa. Por Dios, señor don Santiago!
Ya he dicho.... No más querella!

General. ¡Y aún si de esa mano bella
recibido hubiera el trago!....
Mas dármelo, pesia tal!
un emisario indigesto....

Duquesa. Yo.... Cuando....

General. Ese don Modesto...,
que sin duda es mi rival.

Duquesa. No! Le trato solamente
como amigo, y sentiré
que, obrando de mala fe....

General. En fin, si usted se arrepiente....

Duquesa. Oh, sí!

General. Basta. Yo quizás
me habré tambien excedido.

Duquesa. Nada de eso. (Ah, qué hombre!)

General. Y pido
perdon.... No puedo hacer más!

Duquesa. Yo.... (Es noble como ninguno!)

General. Sí tal; puedo desde ahora....

Duquesa. Qué?

General. Librar á usted, señora,
de un pretendiente importuno.

Duquesa. ¿Qué oigo!...

General. Me vuelvo á la corte...

Duquesa. Cómo!...

General. Ya me han dado el alta;
y pues aquí no hago falta,

mañana, si hallo trasporte....
Duquesa. General!... (De mi insensato
orgullo fatal reniego.)

No me prive usted, le ruego,
de su amistad; de su trato.
No hay ya placer para mí,
lo juro, si usted me veda
reparar, en cuanto pueda,
el error que cometí.

General. Ah, señora!...

Duquesa. Yo tambien
á Madrid vuelvo mañana....

General. Cómo!...

Duquesa. Y si ántes casquivana
mostré tan fiero desden,
ahora es mi mayor contento
hacer con usted el viaje.

General. Cielo! En el mismo carruaje!....

Duquesa. Y el mismo departamento.

General. Voy,.... Qué dicha!...

Duquesa. Es excusado.

Mia es la berlina toda,
y si á usted no le incomoda
tomar asiento á mi lado....

General. Ah! no. Gracias..... (Me remozo,
me.....)

Duquesa. Á las seis.

General. Seré puntual.

Adios....

Duquesa. [Dándole la mano y él la besa.]

Adios, General.

General. (Juntitos los dos!.... Qué gozo!)

ESCENA XVII.

LA DUQUESA.

Sí, es justo desagraviarle.
Tenía razon y mucha
para irritarse conmigo;
que fué sangrienta la injuria.
Lo ménos que puedo hacer
con persona á quien ilustran
tales prendas, tantos méritos,
es ser muy amiga suya.

ESCENA XVIII.

LA DUQUESA. D. AQUILINO.

Aquil. Aquí traigo los billetes.

Duquesa. Bien.

Aquil. (Esta vez no me usurpa
el otro....)

Duquesa. Lleve usted uno
de los tres....

Aquil. Á quién? (Oh angustia!)

Duquesa. Al General.

Aquil. Cómo! Pues....

y yo?

Duquesa. Por poco se apura
usted. Otro asiento habrá....

Aquil. Cierto.... Sí.... (Negra fortuna!—
Pero al ménos no es ahora
don Modesto quien ocupa
mi lugar. El veterano
tiene un pié en la sepultura....)

Duquesa. ¿Qué hace usted....

Aquil. Voy al instante,
señora, voy.... Ah! la burra....

Duquesa. Ya no me hace falta.

Aquil. Es claro,
ni tampoco las jamugas.
Deshago el trato?

Duquesa. Sí tal.

Excusada es la pregunta.

[Aparece D. Modesto.]

Ah!

Aquil. (Otra vez ese fantasma!
Más quisiera ver á Júdas.)

ESCENA XIX.

LA DUQUESA. D. MODESTO.

[Durante esta escena se va oscureciendo el tea-
tro gradualmente.]

Modesto. Cumplí la órden de usted.

Duquesa. Órden inicua!

Modesto. Qué!....

Duquesa. Absurda!

Modesto. ¿Cómo....

Duquesa. He visto al General....

Me han sonrojado sus justas,
aunque amargas quejas.

Modesto. Pero....

Duquesa. Es un héroe!

Modesto. Y ¿por qué?....

Duquesa. Nunca
me perdonaré á mí misma
tal ultraje...., aunque él me indulta
generoso.

Modesto. Lo celebro.

Duquesa. Nos hemos jurado mutua
amistad.

Modesto. Sea en buen hora;
mas tan extraña conducta
me sorprende.

Duquesa. No lo dudo.

Yo obré con poca cordura....

Modesto. Tal fué mi opinion.

Duquesa. Es cierto.

Modesto. Previendo malas resultas
repugné la comision....

Duquesa. Sí; mia es toda la culpa.

Modesto. Pero ¡yo pago la pena!

Duquesa. No hay tal pena: usted se ofusca.
Yo puedo ser buena amiga
de los dos.

Modesto. Usted se burla
de entrambos... De mí, á lo ménos!

Duquesa. No tal, y si usted me acusa
de coqueta....

Modesto. Yo...., señora....

Duquesa. Me levanta una calumnia.
¿Qué prenda tiene usted mia
que le autorice....

Modesto. Ah! ninguna;
mas sabe usted que la adoro
y que otro hombre me disputa
su corazon.

Duquesa. Yo no soy
responsable de esa lucha,—

y para que de una vez
se acabe, apelo á la fuga.

Modesto. ¿Es posible!

Duquesa. El General
viene conmigo.....

Modesto. Oh!... (Perjura!)

Duquesa. Sí, pero no haga usted juicios
temerarios. Ha sido una
coincidencia..... casual.

Modesto. ¿Así, oh colmo de amargura!
premia usted mi idolatría,
mi ciega obediencia estúpida....,
mi sangre!

Duquesa. Oh Dios!

Modesto. [Alzándose la manga izquierda del
gaban de verano que lleva y mostran-
do el brazo vendado.]
Sí, señora.

Duquesa. Un duelo!

Modesto. Sí.

Duquesa. Oh desventura!

Y por mí!

Modesto. Entre hombres, y más
cuando tienen malas pulgas,
no hay otra contestacion
á una embajada tan chusca.

Duquesa. Dios mio! Es grave la herida?

Modesto. No ¡por desgracia! La punta
dió de refilon, y en breve
será completa la cura.

Duquesa. Quíralo Dios!

Modesto. [Con la mano en el pecho.]
Pero aquí
tengo otra herida profunda,
y de esta.....

Duquesa. (Pobre muchacho!)

Modesto. Sólo sanaré en la tumba.

Duquesa. No. Por qué desesperar?...
Dios es grande, y con su ayuda.....
(¡Yo no sé lo que me digo.)
Cuidese usted: mi ternura.....
Es decir, mi compasion.....

Modesto. Si tuviera usted alguna,
no me dejaria así....

Duquesa. (¿Cómo doy ya una repulsa
al otro....) Si ahora suspendo
el viaje, harán conjeturas
malignas..... No, no es posible.

Modesto. ¡Cuánto envidia la fortuna
del General! ¿Quién dijera.....

Duquesa. En qué esa envidia se funda?
Si no aspira usted á más,
poca ambicion es la suya.

Modesto. Ah! ¿Podré esperar.....

Duquesa. No sé:
en contingencias futuras
todo cabe..... Pero exijo
que, si usted me ama...

Modesto. Qué?

Duquesa. Cumpla

mis órdenes.....

Modesto. Pero.....

Duquesa. Al pié
de la letra.

Modesto. ¡Ah!, cómo abusa
usted.....

Duquesa. De qué?

Modesto. Del imperio
que ejerce en mí su hermosura.

Duquesa. Ahora no; pero declaro
que le hablo á usted por la última
vez.....

Modesto. Ay Dios!

Duquesa. Si no obedece.

Modesto. Obedezco.

Duquesa. Así me gusta.
Yo parto, y usted se queda.

Modesto. Ah!

Duquesa. Sería una locura
ponerse usted en camino.
Su salud.....

Modesto. Es muy robusta.

Duquesa. La herida.....

Modesto. Un leve rasguño.....

Duquesa. Tengo buena encarnadura.

Duquesa. No importa. Júreme usted
por el Dios que nos escucha
no acompañarme.....

Modesto. Oh tormento!

Duquesa. Ni tomar luégo la ruta
para seguirme.

Modesto. ¿Hasta cuándo
me impone usted esa dura
condicion?

Duquesa. Hasta el domingo.

Modesto. Cuatro dias!

Duquesa. No hay excusa.
Luégo que usted convalezca
y á Madrid se restituya,
podrá visitarme.....

Modesto. Ah! Sí.

Duquesa. Será usted de mi tertulia?

Modesto. Sí.

Duquesa. Conque ¿jura usted.....

Modesto. Juro,
aunque á mi dolor sucumba;
pero.....

Duquesa. Sin peros! La fe
verdadera es ciega y muda.

Modesto. Bien está.

Duquesa. [Dándole la mano.]

Adios!

Modesto. Adios!....

[Entra la Duquesa en su habitacion.]

¡Tiene
tres bemoles esta viuda!

[Entra en su cuarto.]

ACTO SEGUNDO.

Parador en un despoblado entre Alhama y Madrid. Sala baja con la puerta principal y vista de un pasillo en el foro; otras dos á la izquierda del actor, una con el número 1 y otra con el 2; una ventana á la derecha; muebles como de meson, y entre ellos un canapé viejo sin almohadones. D. Modesto está tomando un refrigerio. Va á anochecer.

ESCENA I.

D. MODESTO. LA POSADERA.

Posadera. [Trayendo una gallina asada, que pone sobre la mesa.]

Hay gana?

Modesto. Pche!

Posadera. ¿La sopa.....

Modesto. (Bodrio inmundito!)

Posadera. Eh?

Modesto. Pche!

Posadera. Sin vanidad, no hay en el mundo
manos como las mías.

Pues si probara usted...., oh qué deleite!....

Modesto. Basta ya.....

Posadera. Mi potaje de judías.....

Modesto. Gracias.

Posadera. Ya ha visto usted que en el aceite
no hago yo economías.

Modesto. Cierto. (Sabe á zurrón de peregrino.)

Posadera. Ni falta pimentón, ajo y comino.

Modesto. (Uf!)

Posadera. Las puede comer una princesa.

Los huevos, ya se sabe,
fresquitos: hoy se han puesto.

Modesto. Sí. (En la mesa.)

Posadera. Qué! no repite usted?

Modesto. No. Venga el ave.

[Aparta la Posadera la cazuela de sopa y el plato en que se la ha servido D. Modesto, y acerca la gallina.]

Posadera. Ya verá usted qué tierna y qué manida.....

Modesto. [Disponiéndose á trincharla.]

Veremos.....

Posadera. Y á comérsela convida
el prebe desleído en la manteca.

Modesto. Pues correosa se defiende y seca
del acerado filo.

Posadera. (Ya lo creo! Era llueca.)

Culpa es de la herramienta.

Modesto. Sudo el quilo.

Posadera. Venga: yo trincharé.....

Modesto. No! (Me horripilo.)

Posadera. Cuando digo que es tierna.....
Se troncha.....
Modesto. Al fin descoyunté una pierna!
Posadera. Quiere usted algo más?
Modesto. No.
Posadera. Para postre
ahí tiene usted rosquillas, que me atrevo
á jurar que son dignas de un *pebostre*.
Modesto. Sí?
Posadera. Yo las hago.
Modesto. Sí? (Ya no las pruebo.)

[*Vase por el foro la Posadera, llevándose lo que ya no hace falta.*]

ESCENA II.

D. MODESTO.

¡Tan cerca de mi bella todo el día,
y sin verla ni hablarla! ¿Quién haría
tan duro sacrificio?—Se resiste
la presa á mi porfía.—
Con esto y con que luégo, ay de mí triste!
me quede yo á la luna de Valencia.....—
No puedo hincar el diente, por más que hago,
al rudo zancarrón. Tendré paciencia
y fin daré al banquete con un trago,
aunque el vino es aciago
y torcido y traidor como don Ópas....,
y digno compañero de las sopas.

[*Bebe, hace una ingrata gesticulación y prosigue:*]

Aún debe de tardar la diligencia
que ocupa la Duquesa mi señora
lo ménos media hora.

[*Levántase.*]

Evitemos, no obstante, que ese plazo
se cumpla; y pues vendé de nuevo el brazo
y ya muy poco ó nada me molesta,
y aunque parca no ménos que indigesta,
hice ya colación, vuelvo á la silla
de postas que en Alhama
me ha prestado el barón de la Abubilla,
merced á su amistad y al reuma agudo
que le ha postrado en cama.—
Ah! no es de hombre sesudo
lo que hago yo. Mi caprichosa dama
no es digna de un amor tan temerario.
¡Tras de herirme un rival por culpa de ella,
soy yo su explorador itinerario
mientras él se solaza con la bella!....
Pero ¿cuándo el amor ha sido cuerdo,
y ménos si lo inspira
tan celestial mujer? ¿Quién no delira.....
Y si creo á sus ojos.... Aún no pierdo
la esperanza..... No; el ánimo se ensancha;
la fe.....

ESCENA III.

D. MODESTO. LA POSADERA.

Posadera. [*Trayendo un velon encendido, que deja sobre la mesa.*]

Pregunta el mayoral si engancha.

Modesto. Cómo! Pues ¿qué hora es ya?[*Mira su reloj.*]

Sí, sí; al instante.

Ya podia estar hecho.

Posadera. La cuentecita.....*Modesto.* [*Tomándola y mirando la suma.*]

Á ver?—Exorbitante!

Posadera. No. Todo cuesta.....*Modesto.* [*Dando dinero á la Posadera.*]

Toma. (Qué mesones!)

Posadera. Un ojo.....*Modesto.* Bien, me doy por satisfecho.*Posadera.* De tres napoleones
sobran.....*Modesto.* Para alfileres.*Posadera.* Buen provecho.

ESCENA IV.

D. MODESTO.

Más de lo que pensé me he detenido,
pero no perderé la delantera;
que la silla es ligera.....—
No se oye todavía ningun ruido:
áun vendrá lejos.....

[*Se asoma á la ventana.*]

Mas, si no me engaña
la luz crepuscular, gran polvareda
se alza. Sí, ya ha traspuesto la montaña.

[*Separándose un momento para llamar y volviendo en seguida á la ventana.*]

Mayorál!—Cuán veloz el coche rueda!—

Y aquí no cambia el tiro!

¡Por vida.....—Mayorál!—Cielos, qué miro!

Jurara que el ganado

viene...., oh, sí! desbocado.

[*Corriendo como desatentado de la ventana á la puerta y viceversa.*]

Patrona! Mayorál! favor!.... Yo corro.....

Va á volcar.... Descarrila.... Ya ha volcado!

Posadera. [*Llega acelerada.*]

Qué ocurre?

Modesto. Un vuelco.....*Posadera.* Santo Dios!*Modesto.* [*Ya fuera de la puerta.*] Socorro!

ESCENA V.

LA POSADERA.

[*Asomándose á la ventana.*]

Veamos.... Sí, apartado del camino,
 distingo bien, aunque con luz escasa,
 tendido allí un carruaje.—Oh qué buen sino!
 Justamente á cien pasos de mi casa!
 Aquí se hospedarán los pasajeros....
 Qué cucaña! Señoras, caballeros....
 Y todos harán gasto....
 Y que no sabré yo darles abasto!

[*Separándose de la ventana.*]

Esos no irán al parador de Eustoquia,
 que á empresas y viandantes engatusa
 y me quita hace un año la parroquia.
 Una perdida que mamó en la inclusa!....
 No es cargo de conciencia?—
 Si viene lleno el coche,
 de laceria salimos esta noche.
 ¡Bendita la Divina Providencia
 que á mis puertas tumbó la diligencia!—
 No porque yo me alegre del suceso,
 y ménos si del golpe algun cristiano
 en pié, cabeza ó mano
 se lastima, ay Jesus! no, nada de eso;
 pero si estaba escrito que el carruaje
 habia de volcar en este viaje,
 celebrar no es pecado
 que en mi jurisdiccion haya volcado.

[*Volviendo á la ventana.*]

Bultos y luces veo,
 y no hiere mi oído,
 gracias á Dios, ni llanto ni gemido.
 Tanto mejor si cumplo mi deseo
 sin que un brazo lo pague ni una pierna.
 Allí sin duda está toda mi gente....
 Sí, ya diviso á Juan con la linterna....
 Y aquí se acerca un grupo....
 Sí. A recibirle corro diligente....
 Mas primero esta mesa desocupo

[*Lo hace.*]

y me llevo el recado á la cocina;
 que aún está casi entera la gallina,
 y con su ajilimójili—qué gloria!—
 la volveré á servir en pepitoria.

ESCENA VI.

LA POSADERA. D. MODESTO. LA DUQUESA.
 EL MAYORAL.

[*Don Modesto y el Mayoral conducen desmayada á la Duquesa.*]

Posad. Ah! Qué es esto?

Modesto.

Agua! vinagre!...

Pronto!

[*La Posadera, que habia recogido con el mantel lo que habia en la mesa, ménos las botellas y vasos, pone agua en uno y se la da á D. Modesto.*]

En este canapé
 la reclinaremos.

[*Lo hacen.*]

Posad.

Agua.—

Hermosa es como un clavel.

Modesto. [Al Mayoral, mientras rocía un poco con agua el rostro de la Duquesa.]

Usted vuélvase al carruaje por si otros han menester su auxilio.

[Vase el Mayoral.]

El vinagre! Presto!

Posad. Vuelvo al instante con él.

[Vase llevándose todo lo que habia recogido de la mesa.]

ESCENA VII.

LA DUQUESA. D. MODESTO.

Modesto. No alienta! ¿Se habrá nublado para siempre el rosicler de su rostro?—¡Contratiempo fatal!.... Así no está bien: ese canapé es un potro.

[Se sienta en el sofá y sostiene á la Duquesa.]

Fuerza será sostener en mi pecho su cabeza. Señora!.... Suerte cruel! No es así como mis brazos anhelaban poseer tanto hechizo.—¿No halla ahora esa tarasca soez vinagre? Pues hartó habia en el vino que probé.—El pulso.....

[Se le toma.]

Ah, vive!.... Y jurara que vuelve á su hermosa tez el color.....

Duquesa. [Sin abrir aún los ojos.]

Ah!

Modesto. Ya respira.....

Sí!

ESCENA VIII.

LA DUQUESA. D. MODESTO. LA POSADERA.

Posad. Como hay tanto belén en casa..... Aquí está el vinagre.....

Modesto. (Maldita sea tu piel!)

Duquesa. Santo Dios!....

Modesto. Ya no hace falta.

Posad. Mejor. Por lo visto, fué un vahido nada más.

Duquesa. ¿Dónde estoy.....

Posad. Por si otra vez hace falta, aquí lo dejo.

[Pone el vinagre sobre la mesa.]

Modesto. ¡Señora.....

Posad. [Yéndose.] (El corsé, el corsé!....)

ESCENA IX.

LA DUQUESA. D. MODESTO.

Modesto. ¿Agua.....

Duquesa. [Incorporándose.]

No.—¿Quién me ha traído aquí?

[Don Modesto se levanta.]

Dónde está Isabel?—

¿Qué veo! ¡Usted.....

[Se levanta.]

Modesto. Sí, señora!

Duquesa. Qué sorpresa! ¿Cómo pues.....

Modesto. No es milagro, aunque mayores los hace el amor.

Duquesa. Volqué.....

Perdí el sentido.....

Modesto. Y al cielo plugo que este siervo fiel recibiese en sus indignos brazos.....

Duquesa. ¿Es posible! ¿Usted.....

Modesto. Á quien le honraria mucho dándole á besar sus pies.

Duquesa. Ah! no soy yo tan esquivá ni en mi pecho hay tanta hiel, que un servicio generoso pague con frío desden.

Modesto. Gracias. Oh!....

Duquesa. Tal es, que puedo perdonar en gracia de él la desobediencia.....

Modesto. Cuál?

Duquesa. Usted me ha jurado.....

Modesto. Qué?

Duquesa. No seguirmé.

Modesto. Y lo he cumplido.

Duquesa. ¿Cómo lo puedo creer viéndole á usted á mi lado? Ó es sueño.....

Modesto. Quizá lo es, por ser dicha mía; pero fácilmente probaré que el seguido he sido yo.

Duquesa. Usted? ¿Qué oigo!

Modesto. Una sandez; pero las verdades sándias.....

Duquesa. Qué?

Modesto. Son verdades también.

Duquesa. Explique usted ese enigma.

Modesto. No hay enigma. Yo llegué hace una hora al meson; usted, hará nueve ó diez minutos; luego si alguno siguió al otro, quién á quién? ¿El que ha venido primero, ó el que ha venido despues?

Duquesa. Á argumento tan donoso no hay sino decir amén, y aunque el más lerdo conoce su falta de solidez, poco esfuerzo necesita en verdad para obtener favorable la sentencia..... quien tiene ganado al juez.

Modesto. ¿Qué oigo! ¿Seré tan dichoso.....

Duquesa. Debo confesarlo á fuer de agradecida. En el alma para siempre grabaré tanta abnegacion.

Modesto. Oh hermosa!...

Duquesa. Y tendré sumo placer en que usted me mande.....

Modesto. [*Picado.*] Gracias.

Se pasa usted de cortés conmigo; pero algo más creia yo merecer que ese frio cumplimento.

Duquesa. Frio?... (*Pese á mi altivez!...*)

Pues añado que me doy el más cordial parabien de que usted sea, y no otro, á quien de tanta merced soy deudora.

Modesto. Eso ya es algo.

Duquesa. Digo!

Modesto. Mas reconocer una deuda no es pagarla.

Duquesa. No es pagarla? Pues no sé cómo.....

Modesto. Ah Duquesa!

Duquesa. El favor que se hace por interes pierde.....

Modesto. No se trata aquí de favores. Si volé al socorro de una dama, cumplí tan sólo el deber de caballero....: Qué digo? Cualquier mozo de cordel hubiera hecho otro tanto. Mi deuda es otra; es de prez más subido; es la de una alma que en las aras consagré de la divina beldad cuya tirana esquivez me hace blanco de martirios que no ha conocido Argel.

Duquesa. Oh! sí, sí; yo reconozco todo el valor de esa fe sublime; pero, gran Dios! ponerme entre la pared y la espada..... Yo no debo,

ni sé, ni quiero querer con tanta urgencia. Usted mismo ha necesitado un mes para declararse; y yo, dama....; qué dama?; mujer de vergüenza, y eso basta, ¿diré—qué airoso papel!— «he aquí mi mano, soy tuya, te adoro» al mismo que ayer no osaba llamarme amiga? Querer que mis labios den tan pronto un liviano sí, es obligarme á romper ese pudor no aprendido que es el único broquel de mi sexo.—Ah, no, por Dios! Si en efecto me ama usted, sirva, sufra y no me apremie: se lo digo por su bien...., y por el mio quizá.

Cuando se ciñe el laurel sin sudores ni fatigas, no es digno de noble sien;— y en fin, no es mi corazon tan flaco ni tan novel, que al primer tiro se rinda: sépalo usted de una vez.

Modesto. Perdon, adorable Julia! Yo me resigno á la ley que usted me imponga. Harta gloria es ya para mí el saber que sabe usted que la adoro y.....

Duquesa. Alguien viene..... Es Isabel.

ESCENA X.

LA DUQUESA. D. MODESTO. ISABEL.

[*Llega Isabel por el foro con una cestilla de viaje.*]

Isabel. Señora!

Duquesa. [*Abrazándola.*]

Isabel!

Isabel. Mil veces bendigo á la Virgen, que oye mis votos.... Ah!... Don Modesto! ¿Cómo.....

Modesto. Yo soy; no te asombres.

Duquesa. Él acudió á mi socorro.

Isabel. [*Á la Duquesa en voz baja.*]

Si digo que es todo un hombre!

[*En voz alta.*]

Y cómo se halla vucencia?

Duquesa. Bien.....

Isabel. ¿Ha habido herida ó golpe...

Duquesa. No; un desmayo..... Pero pronto me he recobrado.

Isabel. Yo, ¡pobre

de mí!.... Remo, lloro, grito,
pero nadie me socorre.
Al mayoral y al zagal
les pareció más conforme
cuidar del ganado. Al fin
acudieron á mis voces
otros pasajeros, y uno
me ha traído aquí á remolque.

Duquesa. Ah! y el General?

Isabel. Tambien
salió ya del armatoste,
no sin trabajo.

Duquesa. Está herido?

Isabel. No; cayó—Dios le perdone!—
sobre mí, y le soy deudora
de dos ó tres contusiones.
Sin embargo, resentido
de su gota por un choque
tan rudo, se ha desfogado
echando ternos atroces
contra el mayoral, las mulas,
y la carretera, el coche,
el delantero, el ministro....;
en fin, contra todo el orbe.

Duquesa. Pobre señor!

Modesto. ¿Y el insigne
don Aquilino Quiñones?

Isabel. Ese cayó de más alto.
Iba en la imperial!

Modesto. Demontre!

Isabel. Su agilidad le salvó
de alguna lesion enorme,
porque revueltos con él
cayeron sacos y cofres.
Sin embargo, le confirman,
si no mienten sus informes,
de señor eminentísimo
diez cardenales ó doce.

Modesto. Y qué es de él?

Isabel. Viene detras.
Quiso ponerse á mis órdenes;
pero el General lo estorba,
que marcialmente se acoge
á su brazo. Y amén de eso,
le hace cargar (el Heródes!)
con el botiquin portátil
en que guarda sus jaropes.
Aun tardarán un buen rato,
porque el viejo está tan torpe....
(Chúpate esa!) En fin, no ha habido
muertes ni mutilaciones;
mas queda inútil la góndola
que nos llevaba á la corte,
y segun el mayoral,
ni en diez dias la componen.

Duquesa. Y en tanto aquí.... Santo Dios!....

Isabel. Peor fuera en medio del monte.
¿Pediremos cuarto....

Duquesa. Sí.

Isabel. Voy. (Ahora dirá este jóven:
«No hay mal que por bien no venga.»
El vuelco vino de molde.)

ESCENA XI.

LA DUQUESA. D. MODESTO.

Duquesa. Fatal ha sido mi viaje!

Modesto. Por qué?

Duquesa. ¡En tan mal hospedaje
haber de estar esperando,
y sabe Dios hasta cuándo,
que compongan el carruaje!

Modesto. Remediar el desavío
puede usted á su albedrío,
sin pasar aquí la noche,
disponiendo de otro coche.

Duquesa. De cuál?

Modesto. Claro está: del mio.

Duquesa. ¡Oh cómo en tales momentos
agradezco á usted su fina
atencion!

Modesto. Atras los vientos
se dejará la berlina.

Duquesa. Berlina.... Cuántos asientos?

Modesto. Tres.

Duquesa. Ah!

Modesto. Con dos hay bastante
para ama y doncella....

Duquesa. Sí.

Modesto. Y el tercero para mí.
El General y el cesante
habrán de quedarse aquí.

Duquesa. El cesante, bien, me allano;
pero ¡qué! ¿tan inhumano
será usted, que en este yermo
deje solo, triste, enfermo
á mi pobre veterano?

Yo, que conmigo le traje,
¿tan egoista seré,
que, aceptando otro carruaje,
prosiga ufana mi viaje
mientras él se queda á pié?

Modesto. Señora, yo no he volcado!
¿No es más digno—mal pecado!—
de lástima y de reproche
que sea yo el apeado
y él se arrellane en mi coche?

Duquesa. Aunque, visto así, convengo
en que tiene usted razon,
yo, que á la mia me atengo,
digo *con quien vengo vengo*,
como dijo Calderon.

Modesto. Dar el coche á mi rival!
Mal mi despecho reprimo.

Duquesa. Usted no.

Modesto. Sí tal.

Duquesa. No tal.

Modesto. Aunque usted lo lleve á mal,
no me gusta hacer el primo.

Duquesa. ¿Qué primo.... Usted desatina.
Dádiva es ruin y mezquina
la que lleva condiciones.
Ó guarde usted su berlina,
ó es mia sin restricciones.

Modesto. Bien está; mas la porfía
con que le prefiere usted
siempre á mí.....

Duquesa. Qué bobería!
Esto no es amor.

Modesto. Pues ¿qué?

Duquesa. Compasion y cortesía.

Modesto. Sí, achacoso y ya maduro.....
¿Luego podré estar seguro
de que ese hombre..... Me propaso?

Duquesa. [*Sonriéndose.*]

No. Si con álguien me caso,
no será con él: lo juro.
Mas ya que la suerte quiso
ponerme en tal compromiso,
por mucho que usted regañe
y yo lo sienta, es preciso
que él sea quien me acompañe.

Modesto. Ah! yo.....

Duquesa. Usted hará por mí,
sobre tantos sacrificios,
uno más, quedarse aquí.

Modesto. Largos son ya mis servicios!
¿Recordará usted.....

Duquesa. Sí, sí;
pero huya usted.... Viene en pos
el irascible adalid,
y juntos aquí los dos.....

[*Dándole la mano, que él besa.*]

Adios.

Modesto. Ah!

Duquesa. No más!

Modesto. Adios!....

Duquesa. Nos veremos en Madrid.

ESCENA XII.

LA DUQUESA.

Qué hidalguía! qué ternura!
Mal hago en tratarle así.—
Pero vacila, flaquea
mi vanidad mujeril,
y si ya mi corazón
no ha sucumbido en la lid,
temo.....

[*Llega Isabel con luz y una llave.*]

ESCENA XIII.

LA DUQUESA. ISABEL.

Isabel. [*Abriendo la puerta número 1.*]

Nuestro cuarto es este.

Duquesa. Entra y espérame ahí.

Isabel. Toma algo vucencia?

Duquesa. Nada.

ESCENA XIV.

LA DUQUESA.

Bien puede ser muy gentil
y muy caballero un hombre
sin descender de Laín
Calvo ó de Nuño Rasura;
que la sangre.....

ESCENA XV.

LA DUQUESA. EL GENERAL. D. AQUILINO.
LA POSADERA.

Posad. [*Con luz y llave y precediendo á los
huéspedes.*]

Por aquí.

El cuarto es aquel.

[*Abre el del núm. 2 y entra en él
con la luz.*]

General. Duquesa!

Duquesa. General!

Aquil. Señora!

General. Al fin

volvemos á vernos sanos
y salvos....; quiero decir,
vivos.....

Posad. [*Volviendo al escenario, sin la luz,
y retirándose.*]

Cuando ustedes gusten.

ESCENA XVI.

LA DUQUESA. EL GENERAL. D. AQUILINO.

General. Que no es un grano de anís
volcar.... Mi pierna lo diga.

Duquesa. Se siente usted de ella?

General. Sí,
algo.... Celebro que usted
haya sido más feliz.

Aquil. Y yo.....

Duquesa. Mil gracias.

[*Don Aquilino, que traía el botiquín
consabido, lo deja sobre un mueble.*]

General. ¡Que siempre
lleve la vida en un tris
el que viaja por España!....
Pues el coche se hizo mil
pedazos, y es imposible
que nos conduzca á Madrid.
Duquesa. Por dicha nuestra ha llegado
á este meson baladí

un carruaje de retorno,
y ese nos podrá servir....

General. Sí? Le ajustaré.....

Duquesa. Ya es mio.

General. Mas yo no seré tan ruin
que consienta que usted pague....

Duquesa. ¿Por qué....

General. Ni un maravedí.

Duquesa. Qué importa? No hablemos de eso.

General. No puedo yo permitir
que me porteen de balde.

Duquesa. Ni yo jamás descendí
á la humillacion.....

General. Pues bien,
viajaremos á partir
gastos.

Duquesa. Eso...., vaya!

General. [*Bajando la voz.*] Á ménos
que ya, bello serafín,
comun sea nuestra hacienda,
anticipando el civil
contrato....

Duquesa. [*En voz baja.*]

Otra vez? Ya he dicho....

General. Perdone usted mi desliz,
pero yo.... El alma....

Duquesa. Á mi lado
asiento al amigo di;
no al amante.

General. [*Con enojo mal reprimido.*]

Bien, señora;
ya callo. (Oh flaqueza vill!)

Aquil. Y, aunque sea indiscrecion,
hay asiento para mí?

Duquesa. No, señor; y aunque lo hubiera,
no pudiendo conducir
ahora el equipaje, alguno
lo ha de custodiar aquí.

General. Ya he dejado yo dispuesto
que mi criado Fermin
lo traslade, con el mio,
á este tugurio infeliz.

Duquesa. Con la primer proporcion
que haya....

Aquil. Pues, sigo el carril,
(es maldicion!) aunque sea
en un carro de violin.

Duquesa. Voy á quitarme este polvo,
si usted lo permite....

General. Oh! sí.

Duquesa. Miéntas enganchan el tiro.
Poco tardaré en salir.

ESCENA XVII.

EL GENERAL. D. AQUILINO.

General. Yo en tanto, si usted me ayuda,
en el otro cochitril

calafatearé mi pierna.

Aquil. (Vamos, soy su comodín!)

Con mil amores. El brazo....

General. No; yo iré solo hasta allí.

[*Andando con algun trabajo apoyado
en su baston.*]

¡Hum... ¡Voto al diablo...

Aquil. Qué?

General. Nada.

Traiga usted el botiquin.

[*Entra en el cuarto núm. 2.*]

ESCENA XVIII.

D. AQUILINO.

De todos los del zodiaco
digo que es el más hostil
y el más tacaño y siniestro
el signo en que yo nací.
Tras de salir magullado
del terrestre bergantin,
al dar el brazo á Isabel
me la birla un zascandil;
y acto continuo me embarga
ese decrepito Cid;
y como si fuese yo
alumno de Anton Martin,
me....

General. [*Dentro.*] Quiñones!

Aquil. [*Tomando el botiquin.*] Voy allá!
Lástima de berbiquí!....

[*Entra en la habitacion núm. 2, y al
mismo tiempo aparece por el foro don
Modesto.*]

ESCENA XIX.

D. MODESTO.

[*Observa desde la puerta, y se adelanta luego
algunos pasos con precaucion.*]

No están aquí ni ella ni él,
y es hora ya.... Si pudiera
hablar con la camarera....

[*Asoma Isabel.*]

Ah! es ella. Escucha, Isabel.

ESCENA XX.

D. MODESTO. ISABEL.

Isabel. [*Acercándose á D. Modesto, que se
mantiene cerca de la puerta del foro.*]

¡Usted....

Modesto. Qué hace tu ama? Di.

Isabel. Se arregla la papalina.—
Conque es de usted la berlina?
Modesto. Sí.
Isabel. ¡Y usted la cede....
Modesto. Sí.
Isabel. Ahora acaba de decirme
que mande enganchar....
Modesto. Descuida.
Su Excelencia está servida.
Isabel. No es del siglo amor tan firme.
Si tomara mis consejos
el ama.... Pero ¡es tan terca....
Y al fin el otro irá cerca,
y usted....
Modesto. No iré yo muy léjos.
Isabel. ¿Cómo....
Modesto. Yo me ingeniaré.
Te ha hablado de mí la hermosa?
Isabel. Oh! no me habla de otra cosa.
Modesto. ¿Bien, ó....
Isabel. Si sale y nos ve....
[*Mira por el ojo de la llave.*]
No se mueve.
Modesto. Bien, ó mal?
Isabel. Con encomio y con placer;
pero al fin, como mujer
y mujer muy principal,
hace por mostrar sereno
el rostro, y alarga el plazo,
y no da á torcer su brazo,
y tasca que tasca el freno.
Modesto. Y del General ¿qué piensa?
Isabel. Que es respetable sujeto;
pero del gusto al respeto
hay una distancia inmensa.
Modesto. ¿Conque...
Isabel. Ella no está en su centro...
Poco he dicho: está en un potro;
pero, como dijo el otro,
la procesion va por dentro.
Bien mi perspicacia ve,
aunque su cautela es mucha,
que entre dos pasiones lucha.
Cuál vencerá? No lo sé;
que á diferentes caminos
la llevan, mal de su grado,
sus instintos por un lado,
por otro sus pergaminos,
y no cejan en la empresa
de disputarse el poder
la Duquesa á la mujer,
la mujer á la Duquesa.
En fin, nuestro triunfo es cierto
si de amor cede al arrullo;
pero si vence el orgullo,
puede usted darse por muerto.
Modesto. Aún no pierdo la esperanza
de que la razon domine
y por último se incline
á mi lado la balanza.
Tú aboga por mí....
Isabel. Se entiende.

Eso hago desde el principio,
y á fe que no pierdo ripio.

Modesto. Yo....
Isabel. No más! Si nos sorprende....
Modesto. No te des por entendida....
Isabel. Claro está. Mas si nos ven
juntos....

[*Dándole la mano.*]

Adios.

[*Aparece D. Aquilino con el botiquin,
sin ser visto de Isabel ni de D. Mo-
desto.*]

Modesto. Dices bien.

[*Besando la mano á Isabel, y retirán-
dose en seguida.*]

Adios, Isabel querida.

ESCENA XXI.

ISABEL. D. AQUILINO.

Aquil. Otra vez! ¡Voto á....
Isabel. [*Volviendo la cabeza con sobresalto.*]
Qué es esto?
Aquil. Es que el demonio me lleva.
Niégame ahora, hija de Eva,
que tratas con don Modesto.
Isabel. Sólo soy amiga suya,
repito. Todo te asombra,
y el diantre...
Aquil. Ese hombre es mi sombra;
ó, mejor dicho, la tuya.
Isabel. Habré de decirte al fin....
Aquil. Calla! Estoy desesperado.—
¿Por qué no le habré tirado
á la cara el botiquín?
Mientras al viejo socorro
me la estás pegando tú....
Pero, pesia Belcebú!
qué hago aquí con este engorro?
[*Llamando.*]
Patrona!
[*Á Isabel.*]
Tú harás que estalle....
Isabel. Por Dios, no grites!
Aquil. No grites!
¡Buena libra de confites
me has dado para que calle!
Posad. [*Presentándose en la puerta del foro.*]
Quién me llamaba?
Aquil. Yo.
[*Á Isabel en voz baja.*]
Infel!
[*Á la Posadera dándole el botiquin.*]
Á usted, que es ménos endeble

que yo, le endoso este mueble.
A la berlina con él.

[*Vase la Posadera.*]

Isabel. No viene aquí sin misterio
don Modesto.

Aquil. Claro está.
Miren si ella lo sabrá!
Claro está que hay gatuperio.....

Isabel. No, sino amor tierno y puro,
y no soy yo quien lo inspira;
que á mayor trofeo aspira.

Aquil. ¿Qué oigo! ¡Es posible.....
Isabel. Lo juro.

Aquil. ¡Hum..... Y á qué dama pretende?
[*Indicando la habitación de la Duquesa.*]

Isabel. ¿Á la.....
Aquil. Silencio! Sí.

Aquil. Ba!
Tú me engañas.

Isabel. No.
Aquil. Ó quizá

juega á dos palos el duende.
Isabel. Deja esa quimera vana.

Me intereso en sus asuntos
porque hemos crecido juntos.

Aquil. Digo!....
Isabel. Soy casi su hermana.

Aquil. ¿Cómo.....
Isabel. Es largo de contar:

otra vez..... Pero, por Cristo,
nadie sepa que le has visto.

Aquil. ¡Hum.....
Isabel. Pelillos á la mar.....

Aquil. ¡Hum.....
Isabel. Ó llorarás de véras

lo que ahora soñando estás.....
Aquil. Crúel!....

Isabel. Y nunca saldrás
de azotes y de galeras.

ESCENA XXII.

ISABEL. D. AQUILINO. LA DUQUESA.

Duquesa. Está el coche?

Aquil. (¡Día aciago.....)

Isabel. Sí, ya está.

Aquil. (Y noche fatal!)

Duquesa. Llame usted al General.

Aquil. Sí haré.

[*Á la puerta núm. 2.*]

Señor don Santiago!

General. [*Dentro.*]

Voy.

Duquesa. (Triste viaje!)

IV.

ESCENA XXIII.

LA DUQUESA. ISABEL. D. AQUILINO.
EL GENERAL.

General. Presente.—

Ah! Señora.....

Isabel. (Lindo paso!)

General. Me esperaba usted acaso?

Duquesa. No por cierto.

Isabel. (¡Vaya un ente.....)

Duquesa. De mi cuarto salgo ahora.

Y la pierna?

General. Mejor va.

Duquesa. Partimos? Es tarde ya.

General. Cuando usted guste, señora.

Duquesa. Oiga usted, don Aquilino.

[*Se separa un poco y le habla aparte.*]

Isabel. [*Recapacitando.*]

Señor, qué me falta á mí?

Duquesa. Pague usted el gasto.....

Isabel. (Ah! sí,
la cestilla de camino.)

[*Entra en el cuarto núm. 1, y vuelve
á salir con la cestilla.*]

Aquil. Muy bien.

Duquesa. Y haga usted de modo
que nós siga pronto.

Aquil. Espero.....

Duquesa. Le hace á usted falta dinero?

Aquil. No: áun tengo aquí para todo.

(Siempre hay quien me quite el puesto!

Ya un Modesto, ya un Santiago...)

Duquesa. (Es una crueldad lo que hago
con el pobre don Modesto.)

General. (Observo en su lindo busto
un no sé qué de mal signo.....

¡Hum, quiera Dios.....)

[*Ofreciendo el brazo á la Duquesa.*]

Si soy digno,

señora.....

Duquesa. [*Tomándolo.*] Con mucho gusto.

General. Gracias.

Duquesa. (Ilustre es su nombre;
pero.....)

General. Vamos?

Duquesa. Sí, señor.

(Desde Alhama á aquí ¡es horror
lo que ha envejecido este hombre!)

[*Vanse por el foro.*]

ESCENA XXIV.

ISABEL. D. AQUILINO.

Aquil. ¿Me será lícito á mí,
que por ti penando vivo,

conducirte hasta el estribo.....
Isabel. Sí, bobito mío, sí.
Aquil. ¿Premiarás al fin mis tiernos
 amores.....
Isabel. Sí.
Aquil. El brazo..... Ay Dios!

Isabel. [Dándole el brazo.]
 Un brazo ahora, y los dos
 cuando volvamos á vernos.
 [Vanse por el foro.]

ACTO TERCERO.

Madrid. Gabinete en casa de la Duquesa. La puerta principal, en el foro; la del tocador de la Duquesa, á la izquierda; otra á la derecha.

ESCENA I.

LA DUQUESA.

[Aparece sentada cerca de un velador, leyendo.]

Todo me cansa.
 [Deja el libro sobre el velador.]
 ¡Qué largo
 se me va á hacer este día!
 Creí dormir un par de horas,
 pero la misma fatiga
 del viaje me ha desvelado.
 ¿Ni cómo dormir tranquila
 cuando tan vagas ideas
 perturban mi fantasía
 y encontrados sentimientos
 en mi corazón se agitan?

[Se levanta.]

Lucía apenas el sol
 cuando dejé la berlina,
 ¿y qué hacer á tales horas
 y tras de larga vigilia,
 sino acostarme.....

[Mira un reloj de sobremesa.]

¡Buen Dios,
 tan temprano todavía!—
 ¿Qué haré yo, qué mandaré.....
 Toquemos la campanilla
 mientras lo pienso.

[Lo hace.]

Labor?

No. Escribir á alguna amiga?....
 No tengo humor para nada.

ESCENA II.

LA DUQUESA. ISABEL.

Isabel. ¡Tan temprano, y ya vestida,
 señora!

Duquesa. Sí; no he podido
 pegar los ojos.

Isabel. (Albricias!

Amor la desvela.)

Duquesa. ¿Ha vuelto
 á recibir la propina
 el mayoral?

Isabel. No, señora.
 Rehusaba recibirla;
 rogué, insté....; nada! Por último,
 dijo: «Luégo que despida
 al General en su casa
 y en el parador la silla,
 vendré á ver si Su Excelencia
 me manda algo en que la sirva.»

Duquesa. Cuando no ha venido ya,
 ó por rara maravilla
 afecta un desprendimiento
 que en tal gente no se estila,
 ó el que le puso á mis órdenes
 quizá se las dió precisas
 para proceder así;
 y lo siento por mi vida;
 que ha estado muy servicial.....

Isabel. Sí por cierto. (Si averigua.....)

Duquesa. Y durante la jornada—
 cosa también inaudita—
 ni ha fulminado blasfemias
 ni ha graznado seguidillas.

ESCENA III.

LA DUQUESA. ISABEL. UN LACAYO.

Lacayo. [Anunciando.]

El señor de Mayoral.

Duquesa. Qué explicaderas! No digas
 el señor de.....

Lacayo. Vuecelencia
 perdone; pero creía.....

Duquesa. Basta. Que éntre; y otra vez
 es preciso que distingas.....
 El señor de Mayoral!

Lacayo. Bien está; pero.....

[Desde la puerta del foro y retirándose
 en seguida.]

Éntre usía.

ESCENA IV.

LA DUQUESA. ISABEL. D. MODESTO.

Duquesa. ¡Otra.... La enmienda me gusta.*[Viendo entrar á D. Modesto en traje de caballero y sin indicio de llevar vendado el brazo.]*

Ah!

Modesto. Señora.... Esta visita....*Duquesa.* ¡Es posible....*Isabel.* (Ahora es ella!)*Modesto.* Parecerá intempestiva;
pero un mayoral....*Duquesa.* ¿Qué escucho!*Modesto.* No es extraño que prescinda
del ritual....*Duquesa.* Déjanos solos.*Isabel.* *[Yéndose por el foro.]*

(Hoy parece ó la conquista.)

ESCENA V.

LA DUQUESA. D. MODESTO.

Duquesa. Muy bien, señor don Modesto!*Modesto.* *[En ademan de arrodillarse.]*

Perdon!

Duquesa. Alce usted! ¡Tan manso
y tan.... Usted se ha propuesto
perseguirme sin descanso.*Modesto.* Con paciencia y sumision
hago cuanto usted desea.
Si es esto persecucion,
que venga Dios y lo vea.*Duquesa.* Oh! sí, sí. En primer lugar,
siendo mi sombra perene....*Modesto.* Yo....*Duquesa.* Me hace usted desear
lo que á mí no me conviene.
Léjos le creo, y adjunto
le hallo en mi vuelco de anoche....*Modesto.* Julia!....*Duquesa.* ¡Y tener tan á punto
á mi servicio otro coche!*Modesto.* Y es sin duda otro pecado
que remuerde mi conciencia
el desbocarse el ganado
y volcar la diligencia.*Duquesa.* No; mas cuando herido el brazo
pedia quietud y cama,
quiso usted tenderme un lazo
en vez de estarse en Alhama.*Modesto.* Ya desvanecí ese cargo,
y mereció el delincuente
ser absuelto.*Duquesa.* Sin embargo,
fuí demasiado indulgente;que, con capa de virtud,
fué un acto de rebellion
comprometer su salud
por moverme á compasion.*Modesto.* ¿Y quién á tan poca costa
no comprara esa piedad?*Duquesa.* Tomé la silla de posta
sin condicion....*Modesto.* Es verdad.Cedí al ángel que venero
el interior, es constante;
pero yo....*Duquesa.* Otra argucia?*Modesto.* Pero
nada se habló del pescante.*Duquesa.* Los que lo sepan dirán
que llevé, por ambicion,
de compañero á un galan
y al otro de postillon.*Modesto.* Si de un amante lo fuí
más dichoso, no más fiel,
el oprobio es para mí
y la gloria para él.*Duquesa.* No hay tal novio ni tal gloria,
y basta que yo lo diga.¡Vaya, que pica en historia
lo que esta gente me hostiga!*Modesto.* Si usted le niega su mano,
no me pesará; y á fe,
poco suda el veterano
para merecerla.*Duquesa.* Eh?*Modesto.* Antes parece marido
que galan, á lo que entiendo.*Duquesa.* Por qué?*Modesto.* Claro está. Ha venido
toda la noche durmiendo.*Duquesa.* Eso prueba el poco fruto
con que mi desden arrostra,
ó que pagó ese tributo
á la vejez que le postra.*Modesto.* Yo doy mil gracias al cielo
porque ya con él no lidio;
pero al fin tiene el consuelo
de dormir. Cuánto le envidio!*Duquesa.* (Ah!)*Modesto.* ¿Cuándo un enamorado
tuvo sueño, hambre ni sed?*Duquesa.* ¡Bueno fuera que á mi lado
se hubiera dormido usted!*Modesto.* Pues ménos en el pescante,
que ya doy á Barrabas,
con seis caballos delante
y el enemigo detras.*Duquesa.* Cochero y dormir!.... Pardiez
¡buena la hubiéramos hecho
volcando segunda vez
al bajar otro repecho!
Mas quiero que usted me diga
por qué virtud sobrehumana
se ha convertido en auriga
de la noche á la mañana.*Modesto.* No hago ahora mis estrenos

en caballos, tengo bríos,
y á manejar los ajnos
me han enseñado los mios.
Y si ya no fuese diestro
en el arte que los doma,
el amor, que es gran maestro,
me hubiera dado el diploma.

Duquesa. ¡Y exponerse..... (soy perdida
si no hago el último esfuerzo)
á que se encone la herida
con los rigores del cierzo!

Modesto. No he tenido ese placer.

Duquesa. [*Impaciente.*]
Oh!

Modesto. Curado estoy, Duquesa.
Ni á qué importaba perder
vida que á nadie interesa?

Duquesa. ¿A nadie? No es cierto, no,
ni el que lo dice lo piensa.

Modesto. Ah Julia!

Duquesa. ¿Merezco yo
que me haga usted tal ofensa?

Modesto. Señora!....

Duquesa. ¿Tan mal nacida
soy yo, ó tan de cal y canto,
que menosprecie la vida
del hombre á quien debo tanto?

Modesto. Pero si usted la hace amarga
negándome un dulce sí,
¿qué es sino insufrible carga
esta vida para mí?

Duquesa. ¿Y qué es sino tiranía
no permitir que rehuya
el sacrificar la mia
porque usted salve la suya?
¿No he de poder, pesia tal!
quejarme al Dios que bendigo
de la coaccion moral
que usted ejerce conmigo?
Me ama usted con frenesí,
con delirio, hartó lo sé!,
y es un cargo para mí
cada prueba de su fe.
Mas verme libre deseo
de acreedor tan importuno;
que no quiero ser trofeo
ni de usted ni de ninguno.—
Ni ya, si el alma se niega
á recibirle en su gracia,
es porque el humo me ciega
de altanera aristocracia:
es sin duda porque advierto
que es ménos grato al amor
aconsejado el acierto
que voluntario el error;
y ya que en amar reincida,
quizá á mi orgullo no agrada
que me declare rendida
primero que enamorada.
En fin, aunque usted me venza
y blando sea su imperio,
¡es una mala vergüenza

confesar mi cautiverio!

Modesto. Si soy yo quien gracia implora,
¿á qué ese vano sofisma.....
No la entiendo á usted, señora.

Duquesa. Ni yo me entiendo á mí misma.

Modesto. Yo amé por inspiracion.

Duquesa. Yo no tengo esa virtud.

Modesto. Pero ¿ama contra razon
el que ama por gratitud?

Duquesa. No; pero.....

Modesto. No es que yo mida
mis cortos servicios, no,
con la.....

Duquesa. Si usted los olvida,
no podré olvidarlos yo;
mas ¡no permitan los hados
de mujeres y maridos
que sean tan mal pagados
como poco merecidos!

Modesto. Julia!

Duquesa. Usted tan generoso;
yo vana, esquivia, glacial.....
No puede usted ser mi esposo,
no; el partido no es igual.

Modesto. No es igual, hartó lo sé!,
y si usted me ensalza así,
es...., bien lo veo!

Duquesa. Por qué?

Modesto. Por no bajar hasta mí!

Duquesa. No; verdad dice mi labio;
que no soy ya la de ayer,
y me hace usted un agravio
que no creo merecer.
No me es dado, en fin; pagar
tan sublimes sacrificios,
ni postrarme ante el altar
bajo tan tristes auspicios.

Modesto. ¡Cómo.....

Duquesa. Dos amantes ciegos
me están á la vez sitiando,
y yo me hallo entre dos fuegos
sin saber cómo ni cuándo.

Modesto. Y usted, que niega á los dos
justicia y misericordia,
ya estará pidiendo á Dios.....

Duquesa. Qué?

Modesto. Algun tercero en discordia.

Duquesa. No lo pediria en vano;
mas guardo viudo mi lecho.
No doy por amor mi mano,
y la daré por despecho?

Modesto. Julia, usted quiere mi muerte!

Duquesa. No; al contrario: le deseo
á usted venturosa suerte;—
y la obtendrá: lo preveo.

Modesto. Cómo?

Duquesa. Con otra consorte
que merezca más.....

Modesto. De véras?

Duquesa. No escasean en la corte
las jóvenes casaderas;
¿y cuál para ser esposa
de tan digno pretendiente

no se tendrá por dichosa
doblando al yugo la frente?

Modesto. ¿Habla usted de buena fe,
ó se burla.....

Duquesa. Hablo formal.

Modesto. ¿Y cree usted que podré
amar á otra.....

Duquesa. Sí tal.

Modesto. Oh!

Duquesa. No es obra de un momento
rescatar el corazon....;
pero usted tiene talento,
y al fin la sana razon....
(¿Por qué desoigo su grito!)
Tenga usted valor!

Modesto. [*Caviloso.*] (Si el viejo.....)

Duquesa. Yo tambien lo necesito
para darle este consejo.

Modesto. Gracias.

Duquesa. Los cielos querrán
cumplir mis votos....

Modesto. Sí.... Alabo....

Duquesa. No en vano dice el refran:

«Un clavo saca otro clavo.»

Modesto. Bien.... Ya sabe usted, señora,
que de obediente me precio....
(Y si no lo soy ahora,
deben silbarme por necio.)
Usted me aconseja.....

Duquesa.Sí....
Sí, señor. (Me estoy ahogando.)
Y si es forzoso,.... (ay de mí!)
por bien de usted se lo mando.

Modesto. Basta.

Duquesa. (El alma me penetra;
pero.... aunque pierda la vida.....)

Modesto. Adios. Al pié de la letra
será usted obedecida.

[*Luégo que desaparece D. Modesto, la
Duquesa, conmovida en extremo, se
deja caer en una butaca.*]

ESCENA VI.

LA DUQUESA.

Ah! Las fuerzas me abandonan.
Si dura más el coloquio
en sus brazos me desmayo;
¡y de mi lado le arrojo
sin piedad, y de esta suerte
sus finezas galardono!
¿Cómo he tenido valor
para tanto? El pobre mozo
lleva lacerado el pecho,
por más que afecte su rostro
varonil serenidad.—
Mas ¿cumplirá su propósito?
Sí; querrá desagraviarse
de tan injusto sonrojo;
y yo, que esa dura ley
á pesar mio le impongo,

¿osaré culparle luégo
porque consagre sus votos
á otra..... Jamás! Necio orgullo,
á ti culparé, á ti sólo,
que me inspiraste, enemigo
de mi dicha y mi reposo,
el frio desden que ahora
están llorando mis ojos.

ESCENA VII.

LA DUQUESA. EL LACAYO.

Lacayo. El General Baraona.

Duquesa. Que éntre. (Pues! faltaba el otro
para.....)

Lacayo. Pase vuecelencia.

ESCENA VIII.

LA DUQUESA. EL GENERAL.

General. Perdone usted si me tomo
la licencia.....

Duquesa. Usted la tiene
á todas horas.

General. Conozco
que esta no es de reglamento;
pero si vengo tan pronto,
es sólo....

Duquesa. Siéntese usted,
le suplico....

[*Se sienta el General.*]

Ya supongo
que el cuidado de informarse
de mi salud.....

General. No me apropio
ese mérito, señora.
Otro es el objeto.....

Duquesa. Cómo!
¿Le es á usted indiferente
mi salud?

General. No: yo amo al prójimo....
Pero á lo que vengo ahora,
y excusemos circunloquios,
es á que usted se convenza.....

Duquesa. De qué?

General. De que no soy tonto.

Duquesa. Quién lo ha dicho ni pensado?

General. Si tentada del demonio
ayer me hizo usted sufrir
aquel inicuo bochorno,
¿por qué con dulces palabras
aplacar mi justo enojo
para arrastrarme despues
por el fango del oprobio?

Duquesa. Tan infundada es la queja
de usted como extraño el tono
con que la expresa. ¡Decir
que le arrastro por el lodo,

cuando, al contrario, me debe mil atenciones.....

General. ¡Oh colmo de perfidia! Usted me dió esperanzas.....

Duquesa. Poco á poco. Di á usted las satisfacciones que exigian su decoro y el mio; pero ¿esperanzas? No, señor; de ningun modo.

General. Sabiendo usted mis designios, se brindó con sumo gozo á viajar en compañía.....

Duquesa. Del amigo; no del novio.

General. Pero ello es que usted dió pábulo al delirio.....

Duquesa. No respondo de los delirios ajenos: harto tengo con los propios.

General. Fué pues mera cortesía lo que juzgué..... Me conformo; pero luégo.....

Duquesa. Pero luégo se mostró usted más filósofo que amante.

General. Yo! Por qué?

Duquesa. Es claro. Aunque el carruaje no es cómodo, vino usted toda la noche durmiendo como un cachorro.

General. ¡Ah cómo se engaña usted, Duquesa! No dormí!

Duquesa. ¿Qué oigo!

General. ¡No así brinda con su paz el sueño á un viejo achacoso de cuerpo y alma!.... No obstante, obra fué de Dios mi insomnio de anoche, porque sin él aún fuera blanco del dolo y el escarnio.....

Duquesa. [Levantándose, y el General hace lo mismo.]

General!

General. Calma!

Duquesa. Explique usted.....

General. Absorto recordaba vagamente los diversos episodios del viaje, y mi mente al fin se detuvo en el fenómeno singular de aparecerse aquel coche de retorno con tanta oportunidad. Finjo dormir como un tronco, observo, aplico el oído..... Gracias á Dios, no soy sordo.—Niegue usted que la doncella le hablaba con mucho encomio de otro hombre...

Duquesa. ¡Y bien...

General. Y que el ama no lo echaba en saco roto.

Duquesa. Dios le ha castigado á usted por haber sido curioso; mas yo.....

General. Siguiendo la ruta, eché de ver que era apócrifo el mayoral, y el mismito cuyo temerario arrojo castigué en Alhama.

Duquesa. Pero.....

General. Ahora bien, ¿no es un desdoro para usted y para mí usar de tales embrollos.....

Duquesa. Basta!

General. Y jugar con dos hombres como si fueran dos monos?

Duquesa. Basta digo! Yo no fui cómplice, ni por asomo, de don Modesto. Muy léjos de alentarle con mi apoyo á hacer locuras...., qué digo? servicios muy meritorios, que al mismo que viene ahora á mover tal alboroto fueron útiles, me opuse á que hiciera con nosotros el viaje.—Pero no pude cerrarle en un calabozo.—Cuando el carruaje volcó, él fué quien me dió socorro, y al volver de mi desmayo, acaso con más asombro que justo agradecimiento vi en él á mi ángel custodio.

Al aceptar la berlina que me ofreció generoso, le negué ingrata el asiento que ocupó usted muy orondo; y si viajó á la intemperie sirviéndonos de piloto, mientras usted á cubierto de lluvia, granizo y polvo, yo no lo supe—lo juro á Dios todo poderoso—hasta que hoy como un delito lo ha confesado de hinojos. ¿Y sabe usted de qué suerte, hombre injusto y caviloso, ha premiado mi altivez sacrificios tan heroicos? Quitándole la esperanza del suspirado consorcio y abrumando con desaires á quien merecia elogios.

General. Y le ama usted, sin embargo: eso lo conoce un topo.

Duquesa. Qué sabe usted?

General. Y él merece mejor que yo ser esposo de usted.....

Duquesa. ¿Cómo.....

General. Sí, señora; no me ciega el amor propio; y aunque parezca el epílogo

tan diverso del exordio,
despues que usted ha explicado
de un modo satisfactorio
su conducta con los dos;
alzado el espeso toldo
que á mis ojos hizo turbio
lo que ya es claro y notorio,
declaro que mi ex-rival,
á quien miro ya sin odio,
ha dado pruebas de amor
que envidiara Marco Antonio,
y el héroe de Hartzenbusch,
y todo el martirologio
de los amantes, y en fin,
digo que usted será un monstruo
de ingratitud si no adora
á ese lozano pimpollo
que ha pasado por usted
las penas del purgatorio.

Duquesa. (Ay! es cierto; pero ya....)

General. Y lo peor del negocio
es que ya ese corazon
no necesita mi exhorto....

Duquesa. General!....

General. Y por orgullo
traga usted el fiero tósigo,
y la boca dice «niego»
cuando grita el alma «otorgo.»

Duquesa. Jesus! yo no.... ¡Fuerte afán
de penetrar.... Yo tengo otros
motivos.... Temo perder
la libertad de que gozo....

General. Eh! ya es vano el disimulo.
¡Voto al chápиро.... ¿No.somos
amigos?

Duquesa. Oh! sí, señor.

General. Con ese titulo me honro,
ya que otro....

Duquesa. Bien sabe el cielo
que me pesa.....

General. No lo ignoro;
que aunque parece usted frívola,
es un ángel en el fondo.
Mas no hay que llorar por mí;
pues del agitado golfo
donde me embarqué en mal hora,
al puerto me lleva pródigo
el viento del desengaño
y mi libertad recobro.

Duquesa. Será cierto?

General. Oh! sí, señora.

Duquesa. Dios lo haga!.... Pero si doblo
á sus decretos la frente,
no es porque no reconozco
las altas prendas de usted....

General. Basta: lo creo....

Duquesa. Y si logro
con puro y filial cariño
compensar en cierto modo....

General. Sí; pero cásese usted
con don Modesto: es buen mozo....
Él está en la primavera,
yo he pasado del otoño:

la eleccion no era dudosa.

Ni es para débiles hombros
una carga tan pesada.

Con medio siglo y gotoso,
sólo el diablo pudo darme
conatos de matrimonio.

[*Apretando afectuosamente la mano
de la Duquesa.*]

Adios!....

[*Se le saltan las lágrimas.*]

Sea usted feliz....

(Voto á bríos!.... Creo que lloro....)

Adios!.... No atribuya usted
á flaqueza estos sollozos,

[*La Duquesa llora tambien.*]

sino... Usted tambien?.. Pues digo
que somos un par de bobos....

Nada! Á vivir, á gozar!

[*Con risa forzada.*]

Ja, ja!.... Usted con su casorio;
yo contando mis campañas,
ó haciendo fiestas á un dogo....
Ja, ja!.... Ria usted tambien.
¡Qué diantre....

Duquesa. (Oh Dios mio!)

General. Todo

lo olvido...., ménos los dulces.

Duquesa. Dulces? Ah!

General. No los perdono.

ESCENA IX.

LA DUQUESA.

Otra víctima!.... De quién?

Mia no; de mi destino
cruel. Sus reconvenciones
me irritaron al principio;
mas luégo su noble y ruda
franqueza me ha conmovido.
Si le engaña el corazon
y no ha roto ya los grillos
de su pasion insensata,
lástima será; que es digno
de mejor suerte.—Y ¿quién, ay!
se duele de mi martirio?

Que he debido preferir
á don Modesto me ha dicho....

¡Bien me lo sabía yo
sin que él viniese á decirlo!—
Siento...., no sé...., un malestar....,
una.... Y como no he dormido....
Quizá si saliese un rato....
Sí.

[*Tira del cordón de la campanilla.*]

Á tienda.... Yo necesito
distraccion....

ESCENA X.

LA DUQUESA. ISABEL.

Isabel. Señora.....
Duquesa. El coche.
Isabel. Bien está.
Duquesa. Espera.—Ha venido el General.
Isabel. Tan temprano!
Duquesa. Sí. Desiste.....
Isabel. Ah! Felicito á vuecelencia; que un novio tan hurao y tan antiguo.....
Duquesa. Habla de él con más respeto.
Isabel. Yo no.....
Duquesa. Hemos quedado amigos.
Isabel. Tanto mejor.
Duquesa. Y merece mi aprecio por más de un título.
Isabel. No lo dudo.
Duquesa. Como tú abogas con tanto ahinco por el otro, no es extraño.....
Isabel. Y; qué! no es mejor partido?
Duquesa. No sé. Tu parcialidad me ha puesto en un compromiso.
Isabel. ¡Cómo.....
Duquesa. Sí, tú has sido cómplice de todos sus artificios.
Isabel. ¡Yo, señora.....
Duquesa. No lo niegues.
Isabel. Pongo al cielo por testigo.....
Duquesa. Basta!—Mas no cogerás el fruto de tus servicios.
Isabel. Protesto.....
Duquesa. Le he desahuciado para siempre.
Isabel. (Pobrecito!)
 Sí? (Descubramos terreno.)
 Pues ya se acabó el conflicto.....
Duquesa. Sí, gracias á Dios.
Isabel. El Conde recobrará su dominio.....
Duquesa. ¿Aquel fatuo..... No le vuelvas á nombrar: te lo prohibo.
Isabel. Pensé.....
Duquesa. Ni á él ni á ninguno: para siempre me emancipo de los hombres: los detesto.
Isabel. No merecen.....
Duquesa. Los maldigo.
Isabel. Los hay que.....
Duquesa. No me repliques!
Isabel. Callo.
Duquesa. Vete!
Isabel. Me retiro.—
 Ah! el coche.....
Duquesa. Ya no le quiero.
Isabel. [Yéndose.]
 Está bien.
Duquesa. Estos malditos

nervios..... Isabel!
Isabel. [Volviendo.] Señora.....
Duquesa. Dame algo á ver si me alivio.
Isabel. La antistérica?
Duquesa. No. Peste!....
 Mejor sería.....
Isabel. (Un marido.)
 Tila?
Duquesa. Sí. En el tocador la espero.
Isabel. (No está en su juicio.)

ESCENA XI.

LA DUQUESA.

No volverá!—Y qué remedio?
 No es decoroso ni lícito que le ruegue yo..... Y tal vez el acendrado cariño de que hizo alarde fué sólo un pasajero capricho.
 Oh! sí; un verdadero amante no hubiera condescendido con tanta facilidad.
 ¿Y se ha de abatir mi espíritu porque herido al fin su orgullo se rebele contra el mio?....
 ¡Valor, y cure mi herida el bálsamo del olvido!

[Entra en la habitación de la izquierda, y apenas vuelve la espalda aparecen D. Modesto y el Lacayo por el foro.]

ESCENA XII.

D. MODESTO. EL LACAYO.

Lacayo. ¿Pasaré recado.....
Modesto. No;
 ni diga usted que me ha visto.
 Yo esperaré.....
Lacayo. No comprendo.....
Modesto. No?
Lacayo. Ea.....
Modesto. [Dándole una moneda de oro.]
 Y ahora? Me explico?
Lacayo. [Tomando y guardando la moneda.]
 Oh! sí. Gracias.....
Modesto. Punto en boca.
Lacayo. Descuide usted, señorito.

ESCENA XIII.

D. MODESTO.

Ya estás de vuelta, Modesto.
Bravo! qué teson! magnífico!
Y á qué vienes tan ufano?
Á ser otra vez ludibrio
de esa pérfida mujer....
Pero, si bien lo examino,
quizá en secreto reprueba
sus aparentes desvíos.
Acaso al aconsejarme
que ame á otra, su designio
ha sido poner á prueba
mi constancia, y no he debido
prometerlo —; sobre todo,
no atreviéndome á cumplirlo.
Pero ¿cómo, sin ver ántes
á Isabel, me determino....
Y ese era el plan que traía;
pero estoy tan aturdido....

ESCENA XIV.

D. MODESTO. ISABEL.

[Llega Isabel con una taza de tila.]

Modesto. Ah! Celebro....
Isabel. Usted aquí!
Modesto. Sí; vengo... Qué hace? qué ha dicho?
Isabel. Está fatal de los nervios.
Modesto. Oh Dios!
Isabel. Hecha un basilisco.
Modesto. Contra quién?
Isabel. En general,
contra todo hombre nacido.
Modesto. ¿Y en....
Isabel. No puedo detenerme.
Modesto. Y en particular conmigo!
Isabel. Así parece.
Modesto. Y por qué?
Isabel. Ella sabrá los motivos.—
Le anuncio á usted?
Modesto. [Con viveza.] No! (¿Quién sabe....)
Isabel. Adios. Ah! el otro individuo....
Modesto. ¿El General....
Isabel. Vino....
Modesto. Y ¿qué....
Isabel. Cuéntele usted en el Limbo.

ESCENA XV.

D. MODESTO.

Tan furiosa contra mí!
Qué se infiere de este indicio?
Que me tiene odio mortal,

ó iba yo por buen camino
mostrándome independiente
con máscara de sumiso.
Sigamos, pues, su consejo;
que me pierdo si me rindo.
Un clavo saca otro clavo....
Probemos.... Ella lo dijo.
Sólo así puedo alcanzar
ó mi triunfo ó su castigo.

ESCENA XVI.

D. MODESTO. ISABEL.

Modesto. Sigue la furia?
Isabel. Ya no:
al contrario, con festivo
donaire se congratula
de verse libre. ¡Perdido
es usted!
Modesto. Por qué? (Esta chica....)
Yo tambien me regocijo....
Isabel. De qué?
Modesto. De romper mi yugo.
(Sí. Cuál mejor?)
Isabel. No concibo....
Modesto. (Y aquí, en su casa, á sus ojos!....)
Oh Isabel! ¡Hay tanto hechizo
en esa cara....
Isabel. ¿Qué escucho!
Con quién habla usted?
Modesto. Contigo.
Isabel. ¿Y á qué viene....
Modesto. En esos ojos
estoy penando cautivo.
Isabel. Ba! Usted se chancea.
Modesto. No.
Isabel. Y en buena ocasion!....
Modesto. Repito
que te adoro.
Isabel. Eh! no lo creo.
¿No sé yo que es otro el ídolo
de ese corazon?
Modesto. Lo fué;
mas ya estoy arrepentido.
Isabel. ¿Es posible! Y la Duquesa
¿qué dirá?
Modesto. Me importa un níspero
lo que ella diga. Además,
hasta en quererte la sirvo.
Isabel. Cómo!
Modesto. Ella me ha aconsejado
que ame á otra.
Isabel. Desatino!
Modesto. No; tú mereces....
Isabel. Muy poco;
mas, tal como soy, no admito
desechos de otra.
Modesto. ¡Tambien
me desairas tú!
Isabel. El puntillo....

Ni debo olvidar que he dado palabra.....

Modesto. A don Aquilino!
Es un mentecato; pero
de buena pasta, sencillo.....
Yo no dudo que te haria
feliz.....

Isabel. Me ama con delirio....,
como usted á la Duquesa,
aunque ahora finja.....

Modesto. No finjo.
La aborrezco, y á ti sola
mi alma...

Isabel. ¡Por Dios... Puede oirnos...

Modesto. [*Alzando la voz.*]
Eso es lo que yo deseo.

Isabel. No más! Huiré.....

Modesto. [*Asiéndola de una mano.*]
No, bien mio!

Isabel. Si está en acecho... Ah! Se mueve
la cortina.....

Modesto. Bravo! vítor!
Ahora un abrazo.

Isabel. [*Bajando la voz.*] No!

Modesto. [*Lo mismo.*]
Pronto! El momento es propicio.....
Ah!
[*Sacando unos papeles, que da á Isabel.*]
Toma.

Isabel. Qué es esto?

Modesto. Luégo
lo verás: un regalillo.....

Isabel. Pero.....

Modesto. Un abrazo, y me salvas.—
Yo salgo á todo. Es preciso,
urgente.....

Isabel. Vaya!...

Modesto. [*Abrazándola.*] Alma mia!

Isabel. Jesus!....

[*Se aparece de repente D. Aquilino en la puerta del foro y la Duquesa en la de su tocador.*]

Duquesa. ¿Qué veo!

Aquil. ¿Qué miro!

ESCENA ÚLTIMA.

ISABEL. D. MODESTO. LA DUQUESA.
D. AQUILINO.

Isabel. [*Desprendiéndose de los brazos de don Modesto.*]
Ah!

Modesto. [*En voz baja.*]
Tente!

Duquesa. ¿Así se respeta

mi casa? Infamia!

Aquil. Traicion!

Duquesa. ¿Para esto te di yo abrigo
en ella?

Isabel. Bien sabe Dios
que.....

Modesto. Señora.....

Aquil. ¿Para esto
llegó oportuno el veloz
correo de Zaragoza
á sacarme del meson?

Isabel. Ruego á vucencia.....

Modesto. No es ella
la culpable; yo lo soy....,
si es culpa el obedecer.....

Duquesa. Obedecer!

Aquil. Ambos son
igualmente criminales.
Créame ucencia. Yo estoy
en autos..... Y pues él y ella
nos agravian á los dos,
los dos.....

Duquesa. Ea, aparte! ¿Qué hay
de comun entre él y yo?

Aquil. Me parece.....

Duquesa. Basta!—Y tú.....

Isabel. Despedida?

Aquil. Esto es atroz!

Duquesa. Se entiende.

Isabel. Muy bien.

Duquesa. Pero ántes
exijo una explicacion.....

Aquil. Sí; que explique.....

[*Una mirada severa de la Duquesa le impone silencio.*]

Modesto. Ella no puede
darla; que embarga su voz
el respeto. Á mí, que he sido
el verdadero agresor,
pues ella se vió en mis brazos
cuando menos lo pensó.....

Duquesa. En sus brazos! ¿Es mi casa
algun.....

Modesto. Fué desatencion
punible; pero si usted
reflexiona.....

Aquil. [*Entre dientes.*] ¡Voto á briós.....

Modesto. En primer lugar, no corre
ningun peligro el honor
de esta jóven. Me intereso
por ella, y la bendicion
nupcial muy pronto...

Duquesa. (Oh suplicio!)
Pero es falta de pudor
consentir ella, á mis ojos,
y osar usted.....

Modesto. Á eso voy.
Humilde como un cordero
y paciente como Job,
mi ley es obedecer
los mandatos de usted.....

Duquesa. Oh!....

Me tiene usted sofocada
con su eterna sumision.

Modesto. No pudiendo usted, señora,
corresponder á mi amor,
me ha mandado.....

Duquesa. Usted no está
bajo mi jurisdiccion.
Yo he podido aconsejarle
lo que he creido mejor;
pero.....

Modesto. Para mí son órdenes
los consejos de usted.

Duquesa. No!
Y un consejo puede ser,
aunque lo dé Salomon,
insensato, absurdo.

Modesto. (¿Qué oigo!)

Duquesa. Y hombre que ya no es menor
de edad, en tales materias
de nadie bajo del sol
recibe leyes.

Modesto. Señora!....

Duquesa. Y á haber sido mi intencion
que me obedeciera usted
como el pupilo al tutor,
debía esperar al ménos
que con más digna eleccion
ofreciera usted su mano
á alguna dama de pro.

Modesto. (Oh dicha!)

Isabel. Perdone ucencia.
Cada cual.....

Duquesa. Mas de rubor
se enciende mi rostro viendo
que tanto descienden hoy
ojos que osaron ayer
alzarse hasta mí.

Modesto. El baldon
será mio; no del númen
que mi culto desdeñó;
y esas quejas.....

Duquesa. No me quejo
de celos.

Modesto. Oh!....

Duquesa. No, señor;
me quejo porque es mentira
indigna de un español
ese amor con que usted quiere
humillarme, ó porque soy
víctima...., y ella tambien
quizá, del ciego rencor
con que, á trueque de vengar
los desdenes que sufrió,
ántes que implorar mi gracia
busca usted su perdicion.

Modesto. Rencor! Ah! bien sabe usted
que no es alma tan feroz
la mia.....

Aquil. (Me aspo!)

Modesto. Y en prueba
de lo dispuesto que estoy
siempre á complacer á usted,
hago formal dimision

de la mano de esa jóven.

[*Á D. Aquilino.*]

Venga usted por ella.

Aquil. Horror!
¡ Despues... Digo á usted, compadre,
que tiene más de un bemol
la... ¡ Es que yo...

Duquesa. Isabel!.. ¿Qué farsa
es esta?

Modesto. Ella protestó.....

Isabel. Como el señor no lo explique,
yo misma.....

Duquesa. (¡ Buena leccion
me ha dado!) ¿Y esos papeles....

Aquil. [*Arrebatándolos.*]

Vengan! Rujo de furor.

Duquesa. (No la ama. ¡ Salvo siquiera
la honra del pabellon!)

Aquil. [*Hablando y leyendo alternativa-
mente.*]

Cielos!... Sí; una credencial.
Calmó el insano rigor
de mi estrella.—Sí, oh fortuna!
me sacan del panteon,
y con ascenso!—En reemplazo
de don Ruperto Campoy
me confieren,—ahí es nada!—
la aduana de Castellon.

Modesto. Sea en buen hora.

Isabel. Á él le debes.....

Aquil. Gracias por tanto favor.

Modesto. No tal. Lea usted ese otro
documento.....

Aquil. [*Recorriéndolo con la vista.*]

Es un talon.....
contra el Banco.....

Modesto. Justamente.

Aquil. Cien mil reales!

Modesto. Salvo error.

[*Tomando el talon y dándoselo á Isa-
bel.*]

Es mi regalo de boda.

Duquesa. (Qué noble es su corazon!)

Isabel. Tanta generosidad!....

[*Queriendo arrodillarse y tambien don
Aquilino; pero D. Modesto no lo per-
mite.*]

Ah! permita usted.....

Aquil. Los dos!

Modesto. Quietos! No vale la pena.....

(Y calla! Qué obstinacion!)

Duquesa. (Y no se arroja á mis plantas!)

Modesto. (Pues ¡ firme!)

Duquesa. (Pues no me doy
por vencida.)

Isabel. ¿ Será usted

padrino.....
Modesto. Acepto ese honor;
 mas no lo seré en persona.
Isabel. Ah! Por qué?
Modesto. Porque me voy
 de Madrid.
Duquesa. [*Muy conmovida.*]
 Oh!
Isabel. Cuándo?
Modesto. Hoy mismo.
Isabel. Y adónde?
Modesto. No sé.... Al Mogol,
 á la Australia.... Al fin del mundo.
Duquesa. ¡Heroica resolucion....
Modesto. Julia!...
Duquesa. Si fuese sincera.
Modesto. Dios....
Duquesa. No ofenda usted á Dios.
 ¡Echármela de espartano
 cuando yo sé.... Pues, señor,
 no se va usted.
Modesto. (Ah!) Por qué?
Duquesa. Porque así lo quiero yo.
Modesto. Julia divina! Á tus pies....
 [*Se arrodilla.*]
Duquesa. He aquí el fuerte varon!
Modesto. Me rindo....
Duquesa. Sin condicion?
Modesto. Sí, hermosa.
Duquesa. ¿Recobro pues
 todo mi imperio?
Modesto. Así es;
 mas....
Duquesa. Cuenta con lo que digo!
 ¿Será usted siempre mi amigo
 aunque...
Modesto. Siempre! (Estoy temblando.)
Duquesa. Ahora bien, ordeno y mando....

Modesto. Qué?
Duquesa. Que te cases conmigo.
 [*Le da la mano para levantarse, y él
 la besa con entusiasmo.*]
Modesto. Hay gloria, hay dicha mayor?
Duquesa. [*Sonriéndose.*]
 ¿Y hay cosa más singular,
 dirás tal vez, que mandar
 el vencido al vencedor?
 Mas no extrañes que al amor
 así dispute la palma
 la altivez; que en dulce calma
 vivia, y á mi despecho
 me has arrancado del pecho
 pedazo á pedazo el alma.
Modesto. Ángel!...
Duquesa. ¡Bien haya un pecado
 que tu triunfo, caro esposo,
 hace tanto más glorioso
 cuanto fué más disputado!
 Sí, luché, mal de mi grado
 hasta rendir mi albedrío;
 mas no mi tenaz desvío
 culparás, si consideras
 que no aman, ó aman de véras
 corazones como el mio.
 Depuesto de hoy más el ceño
 y amándote sin reserva,
 yo seré la humilde sierva;
 tú mi señor y mi dueño.
Modesto. ¡No....
Duquesa. Lazo tan halagüeño
 hasta á las fieras ablanda;
 y aunque el mundo anda como anda
 sumisa y leal seré;
 que así lo pide mi fe....
 y así la iglesia lo manda.



LA HERMANA DE LECHE,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estranada en el teatro de Variedades el día 15 de Marzo de 1862.

PERSONAS.

INES.

CÁRMEN.

VENANCIA.

CÁNDIDO.

EL CONDE.

D. CLAUDIO.

La escena en Aranjuez.—Sala con puerta en el foro, que es la que conduce á la escalera por la izquierda del actor; dos laterales á la derecha, ambas con montantes, y una á la izquierda.

Entre las dos puertas de la derecha habrá una consola, y sobre ella un espejo.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

INES. VENANCIA.

Venanc. De véras habeis reñido?

Ines. De véras.

Venanc. Y para siempre?

Ines. Creo que sí, porque yo no pienso satisfacerle, ni él tampoco querrá dar su brazo á torcer.

Venanc. Ni debe, si tiene amor propio. ¡Á un conde niegas en tu casa albergue!

Ines. Por lo mismo....

Venanc. Es lo más raro....

Ines. Yo me entiendo y Dios me entiende.

Venanc. Obra es de misericordia, que aquí de oficio se ejerce, dar posada al peregrino; ¿y es posible que la niegues á un jóven de tanto mérito y tanto caudal, que bebe los vientos por tí, que aspira á tu blanca mano, y viene cada día á visitarte, y algunos días dos veces?

Ines. Posible es, doña Venancia.

Venanc. Bien, niña. Tú te lo pierdes!

Ines. ¿Qué pierdo yo....

Venanc. Por de pronto, un huésped de alto copete, que haría un gasto de príncipe.

Ines. Calle usted; no me avergüence.

Venanc. ¿Qué vergüenza ni....

Ines. Sin él

vivimos holgadamente, y primero es mi opinion que todos los intereses del mundo.

Venanc. Pero ni al mundo ni á Dios creo yo que ofende quien á su oficio ó su industria le saca el jugo que puede.

Ines. Me ama el Conde....

Venanc. Auto en favor.

Ines. Ó lo dice al ménos.

Venanc. ¿Miente por ventura?

Ines. Ay! no lo sé.

Venanc. Te ama, sí...., y tú lo mereces....

Ines. Yo....

Venanc. Sí tal. Y á sus lisonjas no es tu corazon rebelde.

Me lo negarás?
Ines. Confieso
 que no me es indiferente.
Venanc. Si amante no le desdeñas,
 por qué le rechazas huésped?
Ines. Porque traerle á mi casa
 ya no sería decente
 cuando nadie en Aranjuez
 ignora que me pretende.
 Y aún sin eso, sabe Dios
 lo que el vulgo maldiciente
 dirá.....
Venanc. Diga lo que guste.
 Á quién la envidia no muerde?
 Desprecia, Ines, y no temas
 á esa venenosa sierpe.
 De mí, que suplo á tu padre
 desde que lloras su muerte,
 como yo la de mi esposo
 el cirujano de Tiélnes;
 de mí misma, que te escudo
 con la autoridad solemne
 de mi viudez y mis años,—
 aunque todavía verdes,
 porque serán treintaicinco
 los que cumpliré en Setiembre.....
Ines. (Quince más!)

Venanc. De mí, que, amén
 de todo el tejemaneje
 de la casa, soy en ella
 un centinela perene
 de tu virtud, la malicia
 dirá, es seguro, mil pestes.
 Mas qué importa? Somos libres,
 y ni cánones ni leyes
 se oponen..... Pero, ay dolor!
 voló el pájaro, y no esperes
 que vuelva á la red. Ay simple!

Ines. Oh!

Venanc. Tú has perdido el caletre.
 Por escrúpulos de monja
 ¡perder un novio como ese.....

Ines. Ya basta.....

Venanc. Boba! y mañana
 te prenderás de un pelele.

Ines. No más!

ESCENA II.

INES. VENANCIA. EL CONDE.

Conde. [Á la puerta del foro.]
 ¿Da usted su permiso.....
Ines. Ah!
Venanc. [Aparte á Ines.]
 El Conde! Albricias, que vuelve!
 No lo creí,
Ines. Pase usted.
Venanc. Permiso! Siempre le tiene

en esta su casa el conde
 de Valonga.

[Aparte á Ines.]

No le sueltes

ya que.....

[Al Conde.]

No se sienta usted?

Conde. Sí.

Venanc. Yo voy á mis quehaceres.....

Conde. Bien, sí.

Venanc. [Aparte á Ines.]

Cuando pasan rábanos.....

Ines. ¡Señora.....

Venanc. Dios guarde á ustedes!

[Vase por el foro.]

ESCENA III.

INES. EL CONDE.

Conde. Dirá usted al verme aquí:
 «Este hombre es un botarate.....»
Ines. No tal.
Conde. «Un necio, un orate.»
Ines. Yo no.....
Conde. Sí, señora, sí.
 Vuelvo como el niño al aula
 del maestro que le azota,
 como el tahur á la sota,
 como el pájaro á la jaula;
 vuelvo á los piés de mi bella;
 que esta es, señora, mi cruz,
 como la mosca á la luz
 hasta que se abrasa en ella;
 vengo—¡oh baldon sin ejemplo
 y digno de que me emplumen!—
 á que me escarnezca el númen
 que me arrojó de su templo.

Ines. Ni á ser númen me sublimo
 siendo una pobre mujer,
 ni puedo yo escarnecer
 á quien de véras estimo;
 á un amigo.....

Conde. De quien es—
 yo concluiré, señora—
 muy atenta servidora,
 que sus manos besa, Ines.—
 Se ríe usted! ¡Cuando digo.....
Ines. ¿No he de celebrar la gracia.....
Conde. Mi hambre de amor no se sacia
 con una ración de amigo.
Ines. Con la razón me aconsejo
 cuando cauta desconfío.
Conde. La razón de usted, bien mio,
 va hácia atrás como el cangrejo.
 No hace una semana aún
 que me amaba usted.....

Ines. Confieso...

Conde. Y ahora no! Hay razon en eso?

Ines. Yo.....

Conde. Ni sentido comun?

Ines. No hable usted de esa manera, si quiere que le responda.— Se alojó usted en la fonda de enfrente.....

Conde. Nunca lo hiciera!

Procedente de Motril, donde radica mi hacienda, tomé en Aranjuez vivienda, el día treinta de Abril, miéntras don Miguel Mansilla, mi digno administrador, me habilita otra mejor en la coronada villa.

Ines. Nos vimos y nos miramos.....

Conde. Y hasta llegar á la cumbre siguió amor, como es costumbre, sus trámites....., ó sus tramos.

Los de usted entre sonrojos, los míos con fruición, de un balcon á otro balcon se cartearon nuestros ojos. Vino, tras de estos..... arpegios, cuyo recuerdo da grima, la amorosa pantomima que no se aprende en colegios.

Ines. Hasta que dulce protesta me hizo usted de amor eterno en un billete muy tierno..... que no quedó sin respuesta.

Conde. Y por fin mi amada Ines su puerta—quién lo pensara! me abrió.....

Ines. Sí.

Conde. Pero en la cara me dió con ella despues.

Ines. Cierto, mas sea usted franco. Si á mi pesar lo hice así, razones para ellò di.

Conde. Razones de pié de banco.

Ines. La cerré al huésped severa, si al amigo se la abrió.

Conde. ¿No hay posada para mí donde la hay para cualquiera?

Ines. Á eso mi humildad responde con lo pobre de mi estancia. Hay una inmensa distancia entre un cualquiera y un Conde. Ay! cuando mi fe sencilla con usted comprometí no supe—triste de mí!—que es título de Castilla.

Conde. Lo oculté yo por ventura?

Ines. Puso usted su nombre solo en la carta.....

Conde. No por dolo, sino en señal de ternura. Y ¿en qué ley, en qué capítulo del fuero de los amantes á un conde se excluye si ántes no tira al rio su título?

Ines. Sería cosa cruel; pero á usted no puedo yo dar posada.....

Conde. Por qué no?

Ines. Con título ni sin él.

Conde. Pero por qué? Soy yo el coco? Por qué, Ines, tanto desvío? Me aborreces?

Ines. No. Dios mio!

Conde. Dudas de mi fe?

Ines. Tampoco.

Conde. Pues mi rudeza confieso.

Por qué el castigo será?—

Es porque me amas quizá?

Ines. Pues por qué, sino por eso?

Conde. Quién de tal manera quiso?

Tú me amas, y me destierras!

¡Me amas...

Ines. Sí, ingrato!

Conde. ¡Y me cierras

las puertas del Paraíso!—

Ah! ya entiendo..... Á ser tan dura te obliga.....

Ines. ¡Gracias al cielo.....

Conde. La negra honrilla. ¡Oh modelo de virtud y de cordura!

Pero amarnos y no vernos

es, hija mia, un suplicio

que no va en zaga al de Ticio

y Tántalo en los infiernos.

Fuerza es que vivamos juntos;

que es necio el amor platónico,

y si mi mal se hace crónico

cuéntame entre los difuntos.

Ines. Ah! no. Esa idea me aflige.....

Conde. Y pues confeso y convicto

estoy de que este conflicto

un fuerte remedio exige,

apelemos.....

Ines. Sí; á la ausencia.

Conde. Eso es decretar mi muerte,

léjos de.....

Ines. Pues de otra suerte.....

Conde. Sí tal. (Tiene honra y conciencia;

y es tanta su perfeccion.....;

y mi pecho es una fragua.....)

Ines. Calla usted!

Conde. No. (Pecho al agua!

Pasemos el Rubicon.)

Para que á Francia ó Silesia

yo desolado no emigre

y tu fama no peligre,

Ines!, tomemos iglesia.

Ines. ¿Qué dirán.....

Conde. Es el partido

mejor, y otro no nos queda.

Lo que al amante se veda

no se vedará al marido.

Ines. Pero ¿usted no considera

que á mí no me corresponde

tanto honor? ¡Marido un Conde

de una humilde posadera!

Conde. Tambien renitente ahora?

- Pues si nó, ¿quién nos remedia.....
Esto no es una comedia.
- Ines.* [Entre dientes.]
¿Quién sabe.....
- Conde.* Con voz sonora
dirá usted: «Soy»..., ya lo escucho,
«Soy».....
- Ines.* Señor Conde! (Está loco.)
- Conde.* «Para esposa vuestra poco;
para dama vuestra mucho.»
- Ines.* Ni á hacer comedias me inclino,
Conde, ni mi estilo es ese;
pero aunque así lo dijese,
diría algun desatino?
Siendo entre dama y galan
cuna y prez tan diferentes,
qué dirán, señor, las gentes?
- Conde.* Dale con el qué dirán!
Si fuera usted un vestiglo,
pase, pero ¡tan bonita.....
- Ines.* Eso.....
- Conde.* Dirán, Inesita,
que yo marchó con el siglo.
- Ines.* Dirá la maledicencia:
«Á una plebeya dió el sí
porque sólo pudo así
triunfar de su resistencia.»
Dirán, si á mi frente ciño
la corona de condesa:
«Se ha casado, y ya le pesa,
por tema; no por cariño.»
- Conde.* Oh! no.... (Si así lo comentan.....)
- Ines.* «Y boda tan desigual
á los dos será fatal.....»
- Conde.* Nunca! (Y puede que no mientan.)—
Tu modesta condicion
¿qué me puede á mí importar,
si es tu conducta ejemplar
y noble tu corazón?
¿Ni quién, viendo lo que vales,
y tu finura y tu agrado,
dirá que no te has criado,
Ines, en buenos pañales?
Aunque hoy te falte el boato
que yo á tus gracias prevengo,
¿qué dama de alto abolengo
puede desdeñar tu trato?
Días—oh! sí—más serenos
te alumbraron en la cuna,
aunque por mala fortuna
hayas tú venido á ménos.
- Ines.* No hay de verdad un adarme,
aunque el decirlo me duela,
en la curiosa novela
con que usted quiere ilustrarme.
- Conde.* Pero.....
- Ines.* Óigame usted, le ruego,
y deseche esa ilusion.—
Pues, señor, nací en Griñon
hija de un tosco labriego.
Mi madre me destetó—
que esto la pobreza exija!—
para criar á la hija
de una dama de alta pro.
De la próspera lactancia
pagada con profusion,
de Madrid volvió á Griñon
para cuidar de mi infancia.
Cinco años despues murió,
cuando yo tenía nueve,
la ilustre dama, y en breve
la mia. Ay Dios!....
- Conde.* Pero yo.....
- Ines.* Era el padre de la niña
que fué mi ángel tutelar,
propietario en mi lugar
y en toda aquella campiña.
Allí de su amargo duelo
vino á consolarse: allí
tanto se prendó de mí,—
téngale Dios en el cielo!—
y la niña á quien bendigo
tal cariño me cobró,
que cuando á Madrid volvió
quiso llevarme consigo.
Conde. Por supuesto, de niñera.....
- Ines.* No tal. Desde entónces fuí—
no sé si lo merecí—
su amiga y su compañera.
«No de lo que yo deseche
te vestirás, dijo, no:
cuantas galas tenga yo
tendrá mi hermana de leche.»
Juntas fuimos al colegio.....
- Conde.* Pero usted la eclipsaría.....
- Ines.* Oh! eso no.—Y áun gozaria
de tan dulce privilegio
si mi noble protector
conservase su existencia;
mas quiso la Providencia
llamarle á vida mejor.
Partió mi afligida hermana
á vivir con una tia,
miéntras el luto cumplía,
en Castellon de la Plana;
y entónces,—que rara vez
viene un mal sin otro en pos,—
mi querido padre, oh Dios!
cayó enfermo en Aranjuez,
donde á su cargo tenía
esta casa.....
- Conde.* Ya preveo.....
- Ines.* Que un dia fué de recreo
y ahora es hospedería.—
Mi hermana, en fin, nos la dió
y con ella algun dinero.....
- Conde.* Bien: lo demas ya lo infiero.
- Ines.* Mi padre al año murió.
Ay!....
- Conde.* Dios le tenga en su gloria.
Más te honra y más me consuela
que mi soñada novela
esa interesante historia.
Á mayor bien me convida
casta niña humilde y fresca

que *traviata* romancesca tarde y más arrepentida. Más quiero, en fin, ser pariente de un labriego hombre de bien, que no, como yo sé quién, serlo de todo viviente.

Ines. Yo.....

Conde. Un astro mismo nos guía, y será una sinrazón negarme el sí.....

Ines. Con perdón

de la sabia astrología, dudo.... Pienselo usted bien.

Conde. Cuanto más lo reflexiono más veo en tu amor mi trono y entre tus brazos mi Eden. No me amas?

Ines. Sí, á mi pesar.....

Conde. Pues á salir del barranco. Herrar ó quitar el banco.

Ines. Es que yo temo.....

Conde. Qué?

Ines. Errar.

Conde. No digas tal desvarío.— La mano.....

[*Ines baja los ojos y deja que el Conde se apodere de su mano.*]

Oh dicha!... ¡oh laurel...

Ines. Mi corazón.....

Conde. Cree en él.

Como yo creo en el mío.—

Ahora responde.....

Ines. Respondo.

Conde. Serás mía?

Ines. Jesus! Yo.....

Cuando no digo que nó.....

Conde. Necesito un sí redondo.

Ines. Pues bien, sí.

Conde. Ines!...

Ines. (Oh vergüenza!)

Conde. Mañana.....

Ines. No es tan urgente.....

Conde. Entablaré el expediente

conyugal. Don Pedro Atienza.....

Ines. Conde!.....

Conde. Será mi padrino.—

No más huéspedes desde hoy.

Ines. En buen hora.

Conde. Loco estoy.

[*Anda como desatentado de una parte á otra.*]

Lo sabrá todo el Casino.

Ines. No! Ay Dios mío!... Mi rubor.....

Conde. Adios. (Que rabie Carmela!)

Voy.....

[*Va á salir, y se detiene de pronto.*]

Ah! esta noche hay zarzuela y sale Caltañazor.

IV.

Traeré un palco, Ines preciosa, y los dos.....

Ines. No!

Conde. Me retracto.

Las dos..... Pero en un entreacto subiré.....

Ines. Eso es otra cosa.

Conde. Adios..... Ah! quiero, alma mia, pues cesaron tus desdenes, tu retrato, si le tienes.

Ines. Sí.

Conde. Cómo?

Ines. En fotografía.

No hay ya quien no participe de arte que tan poco cuesta; no hay cara, aún la más funesta, que no se daguerreotipe.

Conde. Dámele pues.

Ines. Al momento.

[*Entra en su habitación, que es la de la derecha cerca del foro.*]

ESCENA IV.

EL CONDE.

Oh qué linda y qué discreta!

Es una mujer completa, un ángel. No me arrepiento.

De aquella antigua pasión ni reliquias quedan ya.....

Ines sola reinará en mi amante corazón.

ESCENA V.

INES. EL CONDE.

Ines. [*Dándole el retrato.*]

Toma.

Conde. Á ver?

[*Mirando el retrato.*]

Áun para Edipo fuera indescifrable enigma tu gracia bajo el estigma del fatal daguerreotipo.

Ines. Son mis facciones.....

Conde. Tal vez....;

mas falta el color aquí

á tu labio de rubí,

frescura y vida á la tez.....

Á bien que otro en breve plazo

te hará, sin este siniestro

empaque, el pincel maestro

de Federico Madrazo.

Guárdole.

Ines. Supongo que.....

Conde. Que yo te he de dar el mio?
Claro está.
Ines. No desconfío.....
Conde. Con el palco le traeré.—
Adios! Daremos los dos
envidia al género humano.
Ines. Adios!
Conde. Otra vez la mano.
Ines. Vaya.
[*Se la da y él no se harta de besarla.*]
Conde. Adios!
Ines. No más!
Conde. Adios!

ESCENA VI.

INES.

Me ama, sí: cómo dudarlo?
Me ama con el alma toda.
¿Qué prueba pudiera darme
más eficaz, más notoria
de su entrañable cariño
que elegirme para esposa—
oh Dios, y con qué deleite!—
cuando mérito le sobra,
aun prescindiendo del título
que sin engreirle le honra,
para aspirar á la mano
de alguna ilustre infanzona?
Y no por rico ó por noble,
sábelo Dios, me enamora;
antes eso hace que mi alma
sienta,.... no sé..., una zozobra.....
Por qué? ¿No se ven ejemplos
todos los días de bodas
más desiguales? ¿Me han visto
codiciar su ejecutoria?
¿No he combatido yo misma,
mintiendo desden mi boca,
su ciego amor? ¿Le he callado
que nací en humilde choza?
¿No han disputado tenaces
palmo á palmo la victoria
mi razon á mis sentidos,
mi modestia á sus lisonjas?
Afuera vanos temores
y bendiga el alma absorta
de mi inefable ventura
la pura y radiante aurora.

ESCENA VII.

INES. VENANCIA.

Venanc. Ines!

Ines. Ay doña Venancia!

[*La abraza.*]

Venanc. Me abrazas! Qué ha habido? Lloras!

Malo! Habeis tronado?
Ines. No.
Estas lágrimas que brotan
de mis ojos son de pura
alegría.
Venanc. ¡Bien, pichona,
bien!—Qué cucaña! Es decir
que el Conde.....
Ines. Seré su esposa.
Venanc. Bien! (¡Casada con un título
la hija de la tia Jeroma!)
Reciba mil parabienes
la Condesa mi señora
de esta su criada humilde.
Ines. Criada! Usted me sonroja.
Siempre mi amiga!
Venanc. Mil gracias,
Ines. (¡Miren si la hipócrita
ha sabido engatusarle!)
¿Y cuándo la ceremonia.....
Ines. No sé..... Esta noche...
Venanc. Esta noche?
Ines. Vamos.....
Venanc. Calle! Á la parroquia?
Ines. No: á la Zarzuela.
Venanc. Sí? Bueno!
Ines. Me ha ofrecido un palco.....
Venanc. Oiga!
Pues á vestirme de tiros
largos; que con esa ropa.....
Ines. Sí: usted tambien.....
Venanc. Yo despacho
pronto: mi hábito y mi cofia.
Vamos, vamos..... Me desvivo
por zarzuelas y por óperas.
Qué hacen? *El planeta Venus?*
Jugar con fuego? Tramoya?
Ines. No sé. Entremos.....
[*Entra en su habitacion.*]
Venanc. ¡Ah fortuna,
fortuna borracha y loca!
[*Al entrar Venancia aparece por el
foro Cándido.*]

ESCENA VIII.

CÁNDIDO.

[*Principia á anochecer.*]

No la veo..... Más adentro
tal vez... Me tiemblan las corvas.—
Aquí vive, y está en casa,
según me ha dicho la moza
que abajo me ha recibido;
mas por ningún lado asoma.....
Á qué puerta llamo? Á aquella?
á la de enfrente? á esa otra?—
Á ninguna. Esperaré.—
Ansia de verla me acosa,

y al mismo tiempo el temor
no infundado me acongoja
de ser otra vez el blanco
de su desprecio y su mofa.—
Y sin embargo es preciso
tener corazon de roca
para pagar de ese modo
la firmeza más heroica,
el amor más acendrado
que registran las historias.—
Mas dime, alma de mi cuerpo,
ahora que estamos á solas,
alma de cántaro, dime,
¿por qué, indigna de tal joya,
te obstinas en codiciarla?
¿Por qué mi pasión decoras
con dictados tan sublimes,
si se te viene á la boca
el único que le cuadra,
el de ridícula y tonta?
¿Por qué, mal escarmentado
de la primera derrota,
vuelvo, Ines, tras larga ausencia
á que repitas la solfa?—
Pero si Dios me hizo así,
puedo ser yo de otra forma?
Pero ¿cómo emanciparme
del astro que me remolca?—
Y, la verdad sea dicha,
cuando á mis ayes fué sorda
esa linda criatura,
no tuvo razon de sobra?
¿Qué era yo, quién era yo
para esperar otra cosa?
Nada! nadie! ¡Un escribiente
adocenado..., un autómatas!—
Mas ya no soy el de márras.
La fortuna caprichosa
me ha sacado de la esfera
humilde, triste y ramplona
en que un día vegetaba;
traigo repleta la bolsa;
y aunque no hay oro bastante
en Australia y California
para merecer á quien
tantas gracias atesora,
puede ya Ines sin afrenta
dignarse de ser mi novia.
Ea pues, Cándido insigne!,
ó vuelve á Cuba la proa,
ó si aquel refran de *audaces*....
et cætera es un axioma,
saca fuerzas de flaqueza
y los pies de las alforjas.
Quién dijo miedo?

[Llamando con timidez.]

Ah de casa!—
Tiemblo otra vez? Eh!....

[Esforzando la voz.]

Patrona!

ESCENA IX.

CÁNDIDO. VENANCIA.

Venanc. [Vestida ya como dijo.]

Quién es?

Cándido. Señora.... (No es ella!)

Venanc. (Yo conozco esa figura.)

Cándido. Me han dicho que vive aquí

Ines..., doña Ines Laguna....

Venanc. Sí. Usted querrá habitación....

Cándido. Cierito. (Yo he visto á esa bruja....
no sé donde.)

Venanc. Puede usted
acomodarse, si gusta,
en aquella....

[Muestra la de la derecha más dis-
tante del foro.]

(no recuerdo....)

ó en aquella....

[Señala la puerta lateral de la iz-
quierda.]

Son las únicas
que hay vacantes en el piso
principal. Abajo hay una,
pero....

Cándido. En cualquiera: es igual.

Venanc. [Para sí.]

Ah! ya caigo.... Él es sin duda.

Cándido. ¿Cómo....

Venanc. Es usted de Griñon?

Cándido. Sí; allí me crieron mi cuna;
pero usted....

Venanc. ¡Ven á mis brazos,
Cándido mio! Oh ventura!

[Le abraza.]

Cándido. ¿Quién....

Venanc. Soy tu prima Venancia.

Cándido. Sí? (Maldigo mi fortuna.)

Venanc. [Acariciándole.]

¿No haces memoria....

Cándido. Sí tal,

una memoria confusa....

Prima..., sí..., tercera ó cuarta...

Venanc. No, bobo! Prima segunda.

Cándido. Pero no me sobes tanto,
que no soy piel de gamuza.

Venanc. Siempre te he querido mucho,
y hoy sería esposa tuya....

Cándido. Mi esposa! Qué estás diciendo?
(Si tal he pensado nunca,
que me aspen.)

Venanc. De otro lo fuí,
y tú tuviste la culpa.

Cándido. No diré yo lo contrario.

Venanc. Como hiciste la tontuna

de irte á Madrid.....

Cándido. Es verdad!—
Tú castigaste mi fuga
casándote—ya me acuerdo—
con el bueno del tío Lucas.....

Venanc. Ay! sí.

Cándido. El barbero de Tiélnes.....

Venanc. Barbero? Tú le calumnias.
Cirujano sangrador.—
Consuélate: ya soy viuda.

Cándido. Que me consuele? Eso..., tú....

Venanc. Si paso á segundas nupcias,
no me faltará un buen dote,
porque, amén de la pecunia
que tengo ahorrada, Inesilla
va á dejar pronto su industria
para casarse.....

Cándido. (Ah!) Con quién?

Venanc. Con un señor de alta alcurnia.

Cándido. (Santo cielo!)

Venanc. Con un Conde,
nada ménos.—Qué! te turbas?

Cándido. Yo! No tal. (Disimulemos.)
Pero me asombro... (Qué angustia!)

Venanc. Yo tambien; que aunque ella es guapa
y tiene cierta finura,
al cabo, como tú y yo,
es hija de una palurda.

Cándido. (Infeliz de mí!)

Venanc. Chiripas
del mundo... En fin, que lo luzca!
Á mí maldita la pena
que me da..., ni á ti....

Cándido. Ninguna.
(Habré de ahogarla en mi pecho.)

Venanc. Veamos si algo se chupa,
que es lo esencial.... Pero el Conde
va á venir...

Cándido. (Qué haré?..)

Venanc. Y á oscuras...
Vuelvo: voy á traer luces....
Siéntate....

Cándido. [Sin moverse.]

Sí. (Suerte injusta!)

ESCENA X.

CÁNDIDO.

Cayó de un soplo la torre
que mi fantasía ilusa
levantó. Se casa! Oh Dios!....
¡Y entre cajones de azúcar
he venido expresamente
desde la isla de Cuba
á apurar con tal noticia
el cáliz de la amargura!—
Yo siempre he tenido, siempre,
ocurrencias oportunas.

¡Mal haya..... Pero ¿es milagro,
siendo tanta su hermosura,
que un conde la solicite?
¿Y cómo cupo en mi obtusa
mollera el necio delirio,
la temeraria locura
de esperar que á mi regalo
guardase amor esa fruta?
¡Ah, que no se hizo la miel
para.... ¿Y por qué, pese á Júdas!
me estoy aquí? qué hago aquí?
Exponerme á ser la burla
de Aranjuez. Huyamos!—No!
Aunque aumente mi tortura,
¿cómo, tras viaje tan largo,
no verla otra vez..., la última!

[Talarea el Conde dentro.]

¿Quién canta.... El Conde será.—
No vea en mi cara estúpida
el pesar, la.... Aquí me cuelo.

[Entra en el cuarto de Ines.]

ESCENA XI.

EL CONDE. VENANCIA.

Conde. Venancia! Ines! Quién alumbra?

Venanc. [Dentro todavía.]

Allá voy.

[Llega con una luz en cada mano.]

Bendito sea
y alabado.... Ah! Se saluda
al señor Conde....

Conde. ¿Inesita....

Venanc. Se está poniendo muy pulcra
para....

[Suena una campanilla.]

Allá voy!

[Deja una luz en el escenario y entra
con la otra en la habitacion consabida.]

Conde. En casándome...,
doy de baja á esa lechuza.

Ines. [Dentro.]

Socorro!

Conde. Qué oigo!

Venanc. [Dentro.] Ladrones!

[Salen despavoridas las dos, y poco
después Cándido.]

ESCENA XII.

EL CONDE. INES. VENANCIA. CÁNDIDO.

Conde. Volemos.....

Ines. Favor!

Venanc. Favor!

Conde. Qué es esto?

Venanc. Un hombre!

Ines. En mi cuarto!

Cándido. No hay que asustarse. Soy yo.

Conde. Quién es *yo*? quién es usted?

Venanc. (Ah! Cándido!....)

Cándido. [Muy turbado.] Soy..... Yo soy...

Conde. Eh?

Cándido. Nadie. (Qué hermosa!) Un huésped..

Conde. Tiembla usted!

Cándido. ¿Quién... No es temblor...

Conde. ¿A qué ha entrado usted ahí?

Ines. No conozco á ese hombre.

Cándido. (¡Atroz desengaño!)

Venanc. Yo.....

Cándido. Pensé.....

Conde. Como no habia farol.....

Soy forastero.....

Conde. Este *quidam*

es sospechoso.

Venanc. El señor.....

Cándido. Yo ¿por qué? Esto me faltaba!

Conde. Colarse así de rondón!

Sorprender á una señora.....

Cándido. No hay tal sorpresa. Yo no.....

Conde. [Á Ines.]

Cada vez se turba más.

Cándido. Me turbo porque..... (Ay dolor!)

Conde. O es usted un libertino.....

Cándido. No tal. Jesus!....

Conde. Ó un ladron.

Cándido. Ladron? Miente quien lo diga.

Conde. Cómo! Me alza usted la voz?

Venanc. Yo diré.....

Cándido. ¿Qué hombre de bien oye con resignacion fulminar sobre su frente una injuria tan feroz?

Ines. Él parece un infeliz.....

Venanc. (Ah qué idea!....)

Cándido. Voto á briós!....

Perdone usted, señorita:

fué un *lapsus*..... Se me escapó.—

¿Quién ve claro, si no es buho,

cuando ya se ha puesto el sol?

Pido un cuarto, me lo indican,

y á otro distinto me voy;

á nadie veo al entrar;

me sofocaba el calor;

guiado por el crepúsculo

y viendo abierto el balcon,

me ásono á él; siento pasos

detras; veo el resplandor

de una luz; me vuelvo; al verme

se espanta y huye veloz
una mujer, otra luego,

gritando á cuál más las dos;

yo las sigo; y sin oir

mi sencilla explicacion,

llueven sobre mí anatemas,

soy un tuno, un malhechor,

un Tarquino..... Dios lo quiere!

Tengámelo en cuenta Dios.

Conde. Voy viendo que era infundado,

querida Ines, tu terror.

Ines. Sin duda.

Venanc. (Si le pudiera

comprometer.....)

Conde. Bien; me doy

por satisfecho.

Cándido. [Con amargura.] Mil gracias.

[Muestra con continuos gestos y ademanes su interno pesar y su indecision.]

Venanc. (Él es un bobalicon.....)

Ines. Yo tambien.

Cándido. Sí? Y yo. (¿Por qué

no se fué á pique el vapor

que me trajo á Europa? Ay necio!)

Con permiso..... Con perdon.....

Conde. No hay de qué.....

[Á Ines.]

Está turulato.

Ines. (Esas facciones..... No es hoy, creo, la primera vez.....)

Cándido. No daré nueva ocasion, lo juro.....

[Con resolucion.]

Adios para siempre!

Venanc. Detente! ¡Huyes, salteador, dejando comprometida con tu audacia mi opinion!

Ines. ¿Cómo.....

Cándido. Esta es otra!

Venanc. Si Ines, si el Conde, á cuyo valor apelo ahora, se dan por satisfechos, yo no.

Conde. ¿Qué oigo!

Cándido. Qué intenta esa momia?

Ines. Señora!....

Venanc. En la habitacion donde ese hombre fementido clandestinamente entró las dos dormimos.

Cándido. ¿Y qué.....

Venanc. Tambien — consta en el padron — soy yo bello sexo.

Conde. Calle!

(Bello sexo!) Sí, en rigor.....

Cándido. Mujer, pase, pero.....

Conde. [Á Ines.] Cómica va siendo la situacion.

Cándido. Pero ¡bello sexo!

Venanc. Infame!
Cuando yo estaba en la flor
de mis años, ese alevé
mis favores pretendió.

Cándido. Yo? Mentira!

Venanc. Y ya ve usted
que entrar hoy de hoz y de coz
en mi cuarto....

Conde. Oiga! Pues esto
tiene ya más de un bemol.

[*Aparte con Ines.*]

Riámonos á su costa.

Ines. Eh! no. Me da compasion.

Cándido. (Reniego de mí y del padre
que en mal hora me engendró.)

Conde. Los indicios son vehementes;
el lance es de Calderon.

Cándido. Del demonio!

Conde. Y todavía
para los hombres de pro
aquella jurisprudencia
dramática está en vigor.
No hay más remedio que hacer
de las tripas corazon
y casarse con Venancia.

Cándido. Oh! ántes....

Conde. Lo exige su honor....

Venanc. Sí.

Ines. [*Aparte al Conde.*]

Pobre hombre!....

Cándido. Señor mio....

Ines. Basta ya....

Conde. Y lo exijo yo.

Cándido. Caballero, yo soy hombre
de apacible condicion;
mas ya me ha apurado usted
la paciencia, y la de Job
claudicaria al oír
tan bárbara sinrazon.
Cuando yo quiera casarme
buscaré mujer *ad hoc*,
y para dármela, usted
no tiene jurisdiccion.
Y diga lo que dijere
el poeta que escribió
El mayor monstruo los celos—

[*Mirando á Venancia.*]

yo conozco otro mayor—....

Venanc. Eh?

Cándido. Y Lope, y Tirso, y, en fin,
todo el Parnaso español,
y el Areópago de Átenas,
y Radamanto, y Pluton,
no estoy tan desesperado—
aunque bastante lo estoy—
que consienta en ser marido
de semejante vision.

Venanc. Vision? ¡Oiga el muy....

Conde. [*A Ines.*] Es donoso.

Cándido. [*Con suma exaltacion.*]

¿Qué he hecho yo, Dios de Jacob,
para castigarme así?

[*Mirando á Ines.*]

(Esta.... ay triste!—

[*Mirando á Venancia.*]

Esa... Oh furor!)

[*Encarándose con el Conde.*]

Todo lo que quiera usted
seré: bandido, ladron....;
todo, ménos....

Ines. Ay! me espanta.

Loco!....

Venanc. Ay! sí.

Cándido. Sí, loco soy.

Venanc. Siento....

Cándido. Atras!

Conde. Yo...

Cándido. Paso al loco!

Venanc. Pero....

Cándido. Atras!

[*Echando á Ines una mirada de des-
consuelo.*]

(Ingrata!) Adios!

ESCENA XIII.

EL CONDE. INES. VENANCIA.

Ines. Loco! ¡Lástima....

Conde. No; un ente
original, un huron....

Venanc. (Estoy volada.)

Conde. Mi broma
le ha puesto de mal humor,
y no lo extraño, que ha sido
mayúscula.

Venanc. [*Con risa forzada.*]

Sí tal. Oh!....

Yo tambien me chanceaba....

Conde. De véras? Tanto mejor.

Venanc. (Ah!)

Conde. Ya es tarde. Toma el palco
y el retrato.

[*Los toma Ines.*]

Yo me voy;
que he de escribir esta noche
á Motril, á Castropol....

Ines. Nos veremos luégo?

Conde. [*Besando la mano á Ines.*]

Sí,
prenda de mii corazon.

ESCENA XIV.

INES. VENANCIA.

Ines. Vamos?
Venanc. Sí. (Á ver si me alegra un poco Caltañazor.)
Ines. Ah! los guantes..., el abrigo....
 Voy.....
Venanc. Yo iré. (Qué sofocon!)

ESCENA XV.

INES.

[Abriendo la caja que contiene el retrato.]

Veamos la grata imagen
 del que mi alma cautivó.

[Mira el retrato.]

Ah! no es el suyo: es.... Dios mio!
 de una mujer. Oh rubor!

[Acercándose á la luz y mirando con atencion el retrato.]

Quién será? Oh! es Cármen! es Cármen!
 ¿Cómo.... Amarga decepcion!
 ¡Mi protectora, mi amiga,
 mi hermana! Hombre sin pudor,
 así me vendes? ¿así
 vendes, perjuro, á las dos?

ESCENA XVI.

INES. VENANCIA.

Venanc. [Dando á *Ines* los guantes y chal y poniéndose los suyos.]

Toma.....

Ines. Yo castigaré
 al inicuo burlador.

Venanc. Qué dice?

Ines. Por el telégrafo
 la llamaré...

Venanc. Á quién?*Ines.* Gran Dios!*Venanc.* Qué ocurre?*Ines.* [Guardando el retrato.]

Sígame usted.

Venanc. Á la Zarzuela?*Ines.* No.

[Tirando al suelo el billete.]

No!

Venanc. (Tambien loca! Es epidemia?)
 Sepamos por qué razon....
 Ah! ¿El Conde....

Ines. No vuelva usted
 á nombrar á ese traidor,
 sino para maldecirle
 como le maldigo yo.

[Vase por la puerta del foro y Venancia la sigue santiguándose.]

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

INES.

Siento dar una molestia,
 y un pesar tal vez á Cármen;
 mas faltándome su auxilio,
 recio sería el-combate
 quizá, y yo no lograria
 confundir á aquel infame.—
 Que no cambié los retratos
 con designio de injuriarme,
 es evidente. Si su alma
 los abrigaba culpables
 contra mi honra, necedad
 que no se le ocurre á nadie
 fuera el querer merecerme
 haciendo gratuito alarde
 de inconstancia y de perfidia.
 No, no: su yerro, aunque grave
 fué casual, fué involuntario,

y para que yo me salve
 Dios lo permitió. Bendigo
 su providencia inefable.—
 Él—oh sorpresa! oh falacia!—
 él poseía tu imagen,
 hermana mia, y sin duda
 en prenda se la entregaste
 de cándido amor, que el pérfido
 paga con tan vil ultraje.
 No en vano una voz secreta,
 acusándome de frágil,
 en vez de gratos placeres
 me presagiaba desastres.—
 Pero, sin mediar amores,
 bien pudo;—que esto es muy fácil.
 hoy que la fotografía
 vulgariza los semblantes,—
 adquirir su efigie á título
 de amigo ó de tertuliente.
 Y ella en carta muy reciente
 me habló de próximo enlace

con otro..... Bien podrá ser imaginario el desaire y que, reo solamente de distraccion excusable, el Conde se justifique.....— No, corazon, no me engañes. Lo cierto y lo justo fué lo que anoche me inspiraste. No me aconsejes ahora sutil, artero y cobarde que haga á la amistad traicion y mi noble orgullo empañe.

ESCENA II.

INES. VENANCIA.

Venanc. [Saliendo de la habitacion lateral de la izquierda.]

Ya está la sala. ¿En qué alcoba se hace la cama?

Ines. En la grande. Yo tambien dormiré en ella.

Venanc. ¿Juntas las dos.....

Ines. Sí, como ántes de nuestra separacion. Caben allí los dos catres.

Venanc. Sí.

Ines. En el otro dormitorio, que tiene puerta de escape, el tocador.

Venanc. Está bien.

Ines. Haga usted que se trasladen los muebles.....

Venanc. Pierde cuidado.

Ines. Que ayuden Casilda y Jaime.

Venanc. Bien, bien. El juego de cama con guarniciones de encaje.....

Ines. Para mi hermana.—Prontito, que luego que usted despache hemos de ir á recibirla en la estacion.

Venanc. No te afanes.

Vendrá en el segundo tren.

Ines. Tal creo.

Venanc. Y quizá más tarde; que no madrugan las damas de Madrid.—¡Vaya que el diantre del retrato..... ¡Y justamente ser de quien es! Pues ¿y el lance de.....

Ines. ¡Por Dios, doña Venancia.....

Venanc. Voy, voy... (Bien dicen que el martes...) Ayer fué martes, Ines!

Ines. Bien, y hoy miércoles.

Venanc. (El cafe de mi primo.... Ay!)

Ines. ¡Vamos....

Venanc. Voy.

[Entra en la habitacion de la izquierda.]

ESCENA III.

INES.

Con esa mujer soy mártir. Pues si ahora las dos empiezan á charlar, Dios nos ampare.

Iré yo.....

Cármen. [Dentro.] Ines!

Ines.

Ah! mi hermana!

¡Tan pronto... Vuelo...

[Corre hácia el foro y recibe en sus brazos á Cármen, que llega, tambien corriendo.]

ESCENA IV.

INES. CÁRMEN.

Cármen.

Ines!

Ines.

Cármen!

Cada dia más hermosa.

Cármen. Y tú?

[Se dan repetidos besos.]

Hermana mía!

Ines.

Mi ángel!

[Llegan por el foro el aya de Cármen, señora mayor, y un mozo con uno de esos baúles de viaje que llaman mundos.]

Cármen. Me has llamado, y obediente.....

Ines. Gracias.

[Indicando la puerta lateral de la izquierda.]

Allí el equipaje.—

Esta señora.....

Cármen.

Mi aya.

Sígale usted, doña Práxedes.

[El aya hace una salutación muda y entra con el mozo en dicha habitacion.]

Aquel es mi cuarto?

Ines.

El nuestro

querrás decir.

Cármen.

Ah! bien, bien.

Ines.

Las dos dueñas venerables se alojarán en aquel.

[El que era de Ines y Venancia en el acto primero.]

Cármen. Mejor.

Ines.

Mas no han acabado de aviar.... Ven aquí, ven.... Hablarémos....

[Se sientan.]

No esperaba

tener tan pronto el placer de abrazarte.

Cármen. Cómo no? Recibo anoche el papel en que dices á tu hermana: «Ven: te necesita Ines»; las horas se me hacen siglos, y pudiendo, amiga fiel, volar á ti en el primero, ¿cómo hasta el segundo tren diferirlo?

Ines. ¿Cuando digo que eres un ángel....

Cármen. ¿Y qué.... Dime.....

Ines. Te habrás levantado, querida, al amanecer....

Cármen. Qué importa?

Ines. Haré que te sirvan algo....

Cármen. Ahora nada. Despues.... Tomé en Madrid chocolate.

[*Vuelve el mozo de vacío y se retira por el foro.*]

Ines. Supongo que te tendré una temporada aquí.

Cármen. Veremos....

Ines. Siquiera un mes.

Cármen. No tanto.—Pero habla: estoy en ascuas hasta saber para qué con tanta urgencia me haces venir á Aranjuez. Alguna desgracia?

Ines. (Ay!) No; al contrario....

Cármen. Dime pues....

Ines. Un lance imprevisto, raro, inaudito.

Cármen. ¿Cuándo....

Ines. Ayer.

Cármen. Funesto?

Ines. De todo tiene, de tragedia y de entremes.

Cármen. ¿El héroe...

Ines. Un traidor.

Cármen. ¿La víctima...

Ines. Todavía no lo sé.

Cármen. ¿Qué misterio....

Ines. Y bien pudieran ser dos....

Cármen. Dos!

Ines. Acaso tres.

Cármen. ¿Cómo....

Ines. Antes de referirte mi aventura, es menester que hagas conmigo un exámen de conciencia.

Cármen. [*Sonriéndose.*] Sí? Le haré.

Ines. Es libre tu corazón?

Cármen. Libre? Lo es y no lo es.— Ya que eres tú misteriosa,

Ines. quiero serlo yo también. Tú me escribiste que te ibas á casar....

Cármen. No te engañé. El novio me importunaba, y hube de decirle amén.

Ines. (Ah!) El nombre?

Cármen. Don Claudio Robles, natural de Santander; un capitalista....

Ines. Y.... ¿le amas?

Cármen. Creo que no; mas, ya ves, sin padres y sin marido, qué hace una pobre mujer?— Su persona.... no repugna, aunque no es mozo novel.... Mas ni áun para requebrarme acierta el buen montañés á poetizar un poco su jerga de mercader. Oh! me tiene ya abrumada de giros y pagarés y pólizas y talones.... Mas no romperá la fe jurada como....

Ines. En tu pecho ¿quedaron chispas tal vez de otro amor....

Cármen. Reminiscencias que no me impiden comer y dormir tranquilamente. ¿Yo amor á un falso, á un infiel.... Odio más bien.... No, ni áun eso; desvío....

Ines. Cármen!

Cármen. Desden.

Ines. (Dios lo haga!) En fin, pues te casas con otro, debo creer....

Cármen. Me caso por conveniencia, y acaso por altivez. Creerá aquel necio que áun tiene sobre mi alma algun poder si permanezco soltera.

Ines. Para otro será el laurel más que para ti. Á don Claudio puedo dar el parabien; á ti.... yo no sé....

Cármen. Á los dos.

Ines. Y dime, ¿has vuelto á saber del otro....

Cármen. Nada. Reñimos— un año hará en san Andrés— y á decirte la verdad, pueril el motivo fué. Por celos...., ó por orgullo, que uno y otro pudo ser, le habia exigido yo la sumision de un lebre. Si blanda y dulce al principio, parecióle al fin mi ley degradante.... Tascó el freno, yo resistí y porfié.... En fin, querida, tronamos;

se fué rebotando hiel;
y ni yo quise llamarle
ni él ha vuelto á parecer.
Ines. No lo debes extrañar.
Cármen. Don Claudio es todo al revés.
No me deja á sol ni á sombra.
No se agarra á la pared
tan tenazmente la hiedra
como.... Oh, Dios, qué pesadez!
Gracias al ferro-carril,
hoy me veo libre de él,
y aún me parece mentira.—
Pero acaba: ¿no sabré
con qué objeto.....
Ines. Antes—perdona—
quiero que me digas quién.....
Cármen. Quién fué el primer aspirante?
Ines. (Tiemblo!)
Cármen. Don Carlos Rangel.....
Ines. (Ah!)
Cármen. Tu semblante se altera!—
Conde de Valonga.
Ines. Él es!

[Se levanta y Cármen tambien.]

Ay Cármen!

[La abraza.]

Cármen. Qué! le conoces?
Ines. Sí.
Cármen. Cómo!
Ines. Está en Aranjuez.
Cármen. Ah! Es tu huésped?
Ines. Más!
Cármen. Tu amante?
Ines. Aún más!
Cármen. Dilo de una vez.
Ines. Es mi prometido esposo.
Cármen. Tu esposo! (Dios de Israel!)
Recibe mi enhorabuena.
Ines. Permito que me la des,
mas sólo por verme libre
de las garras de Luzbel.
Cármen. ¿Cómo.....
Ines. Tras larga porfía,
y no por conde ó marqués;
que yo nunca he deseado
salirme de mi nivel,
sino.... porque me agradaba,
que no te lo negaré,
ayer fué tal su elocuencia,
ó tanta mi candidez,
que, por mal de mis pecados,
el fatal sí pronuncié.—
Pero no estaba de Dios
que yo cayese en la red.
Me propuso que cambiásemos
los retratos; le entregué
el mio; él me prometió
traerme al anocheecer
el suyo; me dió esta caja;
tenía prisa; se fué;

abro la caja, y en ella
veo.....

[Abre la caja.]
Cármen. Qué?

[Mira el retrato.]
Ines. Lo que tú ves.
Cármen. Mi retrato! Oh bastardía!
Nunca le reconvendré
por su inconstancia, no; que ántes
se la debo agradecer;
pero despreciarme así!
¡Blasonar el descortes
de caballero, y portarse
como un villano soez!—
Ah! perdóname. Él te adora,
va á ser tuyo, y mi deber....,
mi cariño.....
Ines. No prosigas.
Postiza fuera en mi sien
la corona de condesa.
Cármen. No; y aún es poco: un dosel
mereces.....
Ines. Yo!
Cármen. No á mi orgullo
sacrifiques tu interes.
Ines. Mi interes! Por Dios, no me hagas
una injuria tan cruel.
Cármen. Tu amor queria decir,
tu ventura.....
Ines. Si le amé
mientras no supe que un dia
besó cautivo tus piés,
ya le odio.....
Cármen. [Abrazándola.] Hermana de mi alma!
Ines. Por ti, por mí, y por mujer.
Yo, la última de mi sexo,
su dignidad sostendré.
Eso que llamas amor
fué...., qué sé yo?, una sandez,
un vértigo..... Yo no puedo,
Cármen, ni debo querer
á nadie, á nadie en el mundo
sino á ti.
Cármen. Mi buena Ines!
Ines. Y ¿qué sabemos.... Acaso.....
Cármen. Qué?
Ines. Acaso os reconcilieis.....
Cármen. Jamás!
Ines. Por qué no? Él vendrá
á decir: «Señor, pequé!»
luégo que su error advierta.
Yo no le daré cuartel.
Cármen. Confundámosle las dos.....
Ines. No, no: á ti no te está bien.....
Cármen. Cierto. Pensaría el fatuo
que, vencida mi esquivéz,
vengo á implorar.....
Ines. Un carruaje!
Sin duda es su cabriolé.—
Vete; no nos vea juntas.
Yo sola seré su juez;

pero juez inexorable.

[*Acercándose al foro.*]

Ya sube!

Cármén. (¡Y yo en negligé de viaje!) Adios!

[*Entra precipitadamente en la habitación designada.*]

Conde. [Á la puerta.] (Aquí está.)
Con permiso.....

Ines. Pase usted.

ESCENA V.

INES. EL CONDE.

Conde. (Qué grave!) Ines!.. Prenda amada!.. No sé cómo dar principio..... Furiosa estarás sin duda.....

Ines. Yo.....

Conde. Pero suspende el juicio hasta oirme.—Pensé anoche verte en el palco, bien mio; pero no me fué posible. El correo fué prolijo, y despues el Presidente del Consejo de Ministros me llamó para un asunto..... Yo no sé si ya te he dicho que aspiro á ser diputado.....
Ines. Eh!

Conde. Pues me ofreció un distrito.....
Ines. Qué me importa? Al grano, Conde.

Conde. En fin, á las doce y pico me retiré.—¿Pensarás que fué mi sueño tranquilo? No, que si el pesar desvela, tambien el gozo excesivo. Me levanté con la aurora, siempre el pensamiento fijo en la gloria que me espera con poseer tus hechizos. No sabiendo en qué ocuparme para hacer tiempo, registro la papelera, y advierto que anoche—atroz desatino!—en lugar de mi retrato, te entregué—ya lo habrás visto—otro..... Ah! ten piedad de mí.

[*Queriendo arrodillarse é impidiéndose
selo Ines.*]

Mírame á tus piés rendido.

Quieto! Yo.....

Ines. «Volemos!, dije;
Conde. quiero expiar mi delito..... Pero aún estará en la cama, y á tal hora, no me es lícito visitarla. ¿Qué dirían si tal vieses los vecinos?»

Tras de este breve monólogo, hago que enganche Fabricio; me siento en el cabriolé, trota mi caballo *ad libitum* dos horas, y al cabo de ellas á implorar vengo sumiso tu perdon.

Ines. Si no es más que eso, perdonado y autos.

Conde. ¡Ídolo de mi corazon!

Ines. Despacio! Perdonó, mas no transijo.

Todo acabó entre nosotros.
Conde. Pero, alma mia, un descuido trivial, una distraccion sin malicia, sin designio, ¿me ha de privar para siempre de tu gracia? El regocijo de verme amante dichoso y en vísperas de marido me atolondró, y el correo...., y el palco...., y el laberinto de proyectos, de esperanzas, de anticipados deliquios que en circunstancias tan críticas sacan á un hombre de tino; todo esto y la escasa luz, y estar yo fuera de quicio, oh Ines! cuando no me alumbra la de tus ojos divinos, disculpan la leve falta cuyo indulto solicito.

Ines. Leve? No. Bien se me alcanza que esa trocatinta ha sido casual. Ni á usted convenia hacer de mi fe ludibrio infame.....

Conde. De ningun modo.

Ines. Ni yo en tan poco me estimo, que expuesta me crea nunca á un ultraje tan indigno. Pero el retrato en cuestion es de una hermosa. ¿Á qué título podia usted poseerlo sino al de amante?

Conde. (Preciso será mentir.) ¿Por qué no á fuer de deudo propincuo.....
Ines. De hermano tal vez.....

Conde. Cabal: su hermano soy.

Ines. (Hombre inicuo!) Es usted un impostor. Yo conozco.....

Conde. (Soy perdido!) ¿La conoce usted.....

Ines. De vista.

Conde. Yo..... (Me corto como un niño.)

[*Con resolucion despues de una breve pausa.*]

He mentido, sí: á tal mengua

me arrastró, Ines, el peligro de perderte. Aquel retrato, que ya detesto y maldigo, es de una jóven á quien, no por amor, por capricho, obsequié. Va á hacer ya un año que la condené al olvido por vana y superficial; mas dado que mi cariño hubiera sido sincero, ¿por qué más tierno y más fino no has podido tú inspirármelo cuando tanto en atractivos la aventajas?

Ines. Nada de eso.

(Valor!)

Conde. ¿Es algun prodigio galantear una en pos de otra, siendo diversos sus tipos, á dos mujeres un hombre?

¿Quién no prefiere á los tibios rayos de la instable luna del sol el radiante disco?

¿Quién, ántes de cautivar para siempre su albedrío, en escarceos galantes no se ejercita novicio?

¿Quién, en fin, cuando alma y cuerpo conservan todo su brio, tras de la primer campaña se retira del servicio?

Ines. Basta. (Si le dejo hablar va á dar al traste conmigo.)

Conde. Ahora bien, huya la nube que eclipsó mi astro benigno, y dame el retrato intruso.

Ines. Muy bien. Trae usted el mio?

Conde. ¿Qué escucho! No es ese el cambio que yo.....

Ines. Pues otro no admito.

Conde. Crueldad!....

Ines. No es sino cordura.

Conde. No hay arbitrio?

Ines. No hay arbitrio.

Conde. ¡Privarme yo de tu dulce imagen! Tal sacrificio es superior á mis fuerzas;—pero ¡nada de egoísmo!

[Saca un retrato.]

Aquí te traigo la mía. Tómala: yo te suplico.....

Ines. Para qué la quiero yo?

Conde. Ingrata!.... Mira: no exijo que me vuelvas el retrato con que anoche inadvertido te sorprendí. En hora buena guárdale—yo lo permito—como trofeo.....

Ines. Mil gracias.

Ni yo á trofeos aspiro, ni el busto que usted desecha es el que yo necesito,

sino el mio.

Conde. Pues perdona, qué no le suelto ni á tiros.

Ines. Conde, esa accion no es de conde, sino.....

Conde. De qué?

Ines. De bandido.

(¡Ay, que el alma la agradece aunque la condena impío el labio!)

Conde. Si no te amase ¿pondria yo tanto ahinco en conservar.....

Ines. Bien: por eso no tendremos un litigio. Mas ¿qué vale poseer el trasunto mudo y frío, si nunca el original será de usted?

Conde. Es de risco tu corazon. Nunca!

Ines. Nunca: pongo al cielo por testigo.

Conde. Adios!

[Da algunos pasos hacia el foro.]

Ines. Abur!—Oiga usted!

Conde. [Volviendo.] Ah! ¿Cedes al fin.....

Ines. Delirio!—

Conde. Venga ese retrato. Oh! toma, y el alma.....

Ines. Tenga entendido el señor Conde que sólo en rehenes le recibo del que guarda á mi pesar.

Conde. Pero.....

Ines. Así me garantizo de ser mañana trofeo de otra beldad.—Mas qué digo? Por breves horas le guardo, porque de usted no me fio.

Conde. ¡Nunca...

Ines. Hoy se ha de hacer el canje.

Conde. Pero, hija, ¿es posible...

Ines. Hoy mismo.

Conde. Oye.....

Ines. Antes que el sol se ponga vuelve á mis manos el mio, ó clavo este en un balcon para escarmiento de pícaros.

[Entra en la habitacion de la izquierda.]

ESCENA VI.

EL CONDE.

¡Qué energía de mujer tan impropia de este siglo!—

Pero ¡que haya sido yo tan loco, tan torbellino!... Guardaba el busto de Cármen, porque en efecto es bonito, y por necia vanidad que hoy lleva justo castigo. Reniego de mi torpeza!— Pues me luzco, vive Cristo!, si cumple Ines su amenaza. ¡Condenado yo al suplicio que sufre el pobre murciélago cuando muchachos malignos le prenden! No habrá en Europa personaje tan ridículo como yo.—No, no hará tal. Se picó, tiene puntillo, y es natural que me trate con enojo y con desvío; pero pasará el chubasco y en su corazon sencillo volveré á reinar: no hay duda. Lo cierto y lo positivo es que tomé mi retrato, y este es vehemente indicio de que me ama todavía. De otro modo, no concibo que le recibiera Ines ni aun para darle martirio.

[*Medita en silencio.*]

ESCENA VII.

EL CONDE. CÁNDIDO.

Cándido. (Otra vez aquí me trae la ojeriza de mi signo.)

Conde. (Venceré, sí: será mía.)

Cándido. (¿Qué veo! El Conde maldito!)

Conde. (Volveré....)

[*Viendo á Cándido.*]

Calle! ¡Otra vez ese burlesco individuo!

[*Riéndose.*]

Ya me perezco de risa sólo de verle.) Hola, amigo! ¿Vuelve usted á laquerencia de Venancia? Es buen partido.

Cándido. Vuelvo á lo que vuelvo. Á usted ¿qué le importa?

Conde. ¡Siempre esquivo y gruñon!—Yo, si merezco tanta honra, seré el padrino....

Cándido. Hum!...

Conde. Y dotaré á la novia.

Cándido. (No sé cómo me reprimo.)

[*Con ira.*]

Señor Conde!...

[*Risotada del Conde.*]

Conde. «Paso al loco!»

[*Se va, riendo á carcajadas.*]

Cándido. [*Siguiendo al Conde.*]

Oiga usted, caballerito!....

ESCENA VIII.

CÁNDIDO.

[*Volviendo.*]

No! Si ahora doy otro escándalo dirá Ines que soy un discolo, no querrá verme ni oirme.... Dejemos á ese aturdidio.... Pero si da en hostigarme, aunque soy manso y pacífico hartosé que algun día no le rompa yo el bautismo.

ESCENA IX.

CÁNDIDO. INES.

Ines. [*Saliendo.*]

(Ya el sacrificio está hecho, y no me pesa.) ¿Qué miro! Huyamos....

Cándido. [*Cayendo de rodillas.*]

¡Óigame usted,

Ines. Ines!.... Por Dios se lo pido! Bien. (Tratarle con dulzura es mejor.) Hable usted, sí, pero no en esa postura.

Cándido. [*Levantándose.*]

Se ha espantado usted de mí?

Ines.No.....

Cándido. Qué mucho? Tanta fué anoche mi extravagancia, y tanto me exasperé con el Conde y con Venancia.... Mas si con él y con ella fuí tan hosco y tan huron; para usted, linda doncella, no hay hiel en mi corazon.

Ines. [*Recapacitando.*]

(Sí...., esa cara.....)

Cándido. Aquel endriago

- me reconoció al momento;
y usted, Ines,—signo aciago!—
usted no!
- Ines.* Perdon..... Yo siento.....
Algo al ver á usted, sí, algo
recordó la mente mia.....
- Cándido.* Es tan poco lo que valgo,
que aún ese *algo* es gollería.
- Ines.* Otra vez pido perdon
si mi memoria es premiosa,
mas no era mi situacion,
ni aún lo es hoy, para otra cosa.
Cuidados muy graves.....
- Cándido.* Pues—
perdone usted mi osadía—
preciso será que Ines
oiga mi biografía.
- Ines.* Bien, sí, bien.
- Cándido.* Nací en Griñon.....
- Ines.* Yo tambien.
- Cándido.* En dia opaco,
bajo la constelacion
más pícara del Zodiaco.
Poco pude yo estudiar
criándome entre barbechos;
no obstante, fuí en mi lugar—
ahí es nada!—fiel de fechos.
Me dió, mientras lo ejercí,
cargo de tal entidad
una racion de hambre.....
- Ines.* [Sonriéndose.] Sí.
- Cándido.* Y otra de necesidad.—
Una niña sin fortuna
crecía hermosa á mi lado,
hija de Pedro Laguna
mi amigo.....
- Ines.* Oh padre adorado!
[Entre dientes.]
- ¿Será.....
- Cándido.* Qué?
- Ines.* Siga usted.
- Cándido.* Sigo.
¡Cuántas veces—no me riña
usted si ahora se lo digo—
cuánto besé á aquella niña!—
Mas sin gravar mi conciencia.
- Ines.* [Sonriéndose.]
Ya.
- Cándido.* Ella párvula, yo adulto,
creo que.....
- Ines.* Sin penitencia
concedo á usted el indulto.
- Cándido.* Despues (ay!) la recibió
de los brazos de su padre
otra niña que mamó.....
- Ines.* De los pechos de mi madre.
- Cándido.* Criada Ines en la corte,
de la cuál fué gala y prez,
quedé yo con su transporte
como sin el agua el pez.
Andando el tiempo, el papá
- de la otra, don Juan Peralta.....
- Ines.* Todo lo recuerdo ya.
- Cándido.* Sí?
- Ines.* (El nombre sólo me falta.)
- Cándido.* Por influjo del buen Pedro
me recibió de amanuense.
Á él debí tan alto medro.
- Ines.* Medro!....
- Cándido.* Dios le recompense.—
La que con gracia infantil
vi triscar por las praderas,
ya era una moza gentil
de dieciseis primaveras.
- Ines.* Cándido!....
- Cándido.* Cándido, sí.—
Y atribulado mi pecho
desde que á ella y á mí
nos cobijó el mismo techo.....
- Ines.* Sí. (Pobre Cándido!)
- Cándido.* El que era
cariño angélico un día,
llegó á ser voraz hoguera,
delirante idolatría.
- Ines.* Basta!
- Cándido.* [Con despecho.]
Por qué ha de bastar?
Cuando nada más exijo,
y eso bien á mi pesar,
por qué no oirme?
- Ines.* (Le aflijo.....)
Hable usted.
- Cándido.* Temí—era claro—
incurrir en su desprecio;
que aunque raro, no tan raro;
y aunque necio, no tan necio.
Sufria pues y callaba,
y en un año, aunque sentía
viendo á usted caer mi baba,
no dije esta boca es mia.
Y en vano callé mi afan,
porque le hacian patente,
ya un congojoso ademan,
ya un suspiro impertinente,
y al mirar—aciaga estrella!—
mis gestos de pitonisa,
más de una vez á mi bella
le retozaba la risa.
- Ines.* No á una pasion, á un resabio
los achacué, á un accidente.....,
y si alguna vez mi labio
rió involuntariamente.....
- Cándido.* Lo excuso. Hizo usted muy bien
en sacar, Ines, su escote.
¿Á quién no dan risa, á quién
las muecas de un pasmarote?—
Pero yo no me arredré;
que en mi supina ignorancia
todo, ay Dios! con ciega fe
lo convertía en sustancia,
y aunque con tales premisas
debía darme por muerto,
en una de aquellas risas

creí ver el cielo abierto.
«Tanto callar, dije yo,
es bobada, que no en vano
Dios una lengua me dió
como á todo fiel cristiano.»
Y el diablo me hizo orador,
y al adorado tormento
declaro al fin—pecador!—
mi atrevido pensamiento;—
y á mi discurso elocuente
la hermosa—hay horas menguadas!—
respondió con un torrente
de sonoras carcajadas.

Ines. Ligera fui, lo confieso.

Cándido. No; ligera, no; jovial....

Ines. Pero aquel cómico acceso....

Cándido. Fué una pifia garrafal.

Ines. No crea usted que altanera
olvidé yo mi humildad;
pero.... si usted considera....

Cándido. Qué?

Ines. Que me dobla la edad....

Cándido. Oh! sí, ese argumento es serio,
y excusar debí el bochorno....
Pero ¿quién tiene criterio
cuando está el alma en un horno?
En fin, tras la horrible escena,
huí como un malhechor!....

Ines. Dando á todos mucha pena.

Cándido. Á usted también!

Ines. Sí, señor.

Cándido. Ah!....

Ines. Indagamos con prolijo
cuidado, pero infecundo....

Cándido. Gracias.

Ines. Como usted no dijo
adónde iba....

Cándido. Al otro mundo.

Ines. Santo Dios!

Cándido. Al mundo nuevo
quiero decir, y es notorio.
No soy, aunque aquí le llevo,

[Con la mano en el pecho.]

ánima del purgatorio.—
Aprendiz de mercader,
mi buen amigo Emeterio
á la vela se iba á hacer
con rumbo á aquel hemisferio.
Esperando hacer negocio
con un modesto caudal,
me propuso ser su socio
aunque me vió sin un real.
Firmar sólo, y de mal modo,
sabía el capitalista,
y aunque inepto para todo
soy yo muy buen pendolista.
Nos embarcamos en Vigo
con pacotilla y libranzas,
y arribando yo y mi amigo
á la ciudad de Matanzas,
le dije harto de la vida:

«El nombre es de buen presagio.
Prepara la despedida
y una misa en mi sufragio.»
Ines. Qué ideas!

Cándido. Y aunque es allí
de tantas vidas cuchillo,
nunca visitado fui
por el tífus amarillo.
Vino el cólera despues
navegando á todo trapo,
y dije entónces, *Ines*:
«De esta sí que no me escapo.»
Ya ha habido un caso, y funesto,
nos dijo el facultativo,
y yo exclamé: «Un caso? Apuesto
á que soy yo el genitivo.

Ines.

Cándido. ¡Por Dios, Cándido.... No obstante,
mi juicio fué temerario.

Ni el cólera fulminante
me mató ni la.... Al contrario:
para que usted se convenza
de que en todo soy grotesco,
tuve la poca vergüenza
de engordar como un tudesco.

Ines. ¡Vaya una ocurrencia.... ¿Cómo
quiere usted que no me ria....

Cándido. Ría usted: ya no lo tomo
tan á mal como solia.
Aunque es tanta mi sandez,
sé ya, á fuer de escarmentado,

[Con amargura.]

que puede un hombre á la vez
ser gracioso y desgraciado.

Ines. Cándido!

Cándido. Voy á dar cima
á mi molesto relato.

Ines. Molesto, no.

Cándido. Sí: da grima
la historia de un mentecato.
En los seis años y un tercio
que duró la sociedad,
nunca vió nuestro comercio
la cara á la adversidad.
Al fin, de la fiebre insana
murió mi pobre Emeterio;
¡él, que maldita la gana
tuvo de ir al cementerio!
Y heredero universal
me nombró—era solteron,—
y así junté un capital
que asciende á medio millon.

Ines. Doy á usted mil parabienes....

Cándido. La imágen de mi adorada,
que á pesar de sus desdenes

[Con la mano en el corazon.]

siempre estubo aquí grabada,
más que nunca hermosa y pura
me puso el cielo delante;
y no por eso—locura!....
me soñé feliz amante;

que, aunque es tanto mi embeleso,
sé respetar su decoro.
y con todos los de Creso
no se compra ese tesoro.
Mas dije: mientras me oprime
mi estéril prosperidad,
quizá la que adoro gime
en desvalida orfandad;
quizá ofrecerle mi amparo
pueda en su suerte cruel,
si no como esposo caro
como amigo honrado y fiel.
Y me embarco, y me desvivo
por llegar..... Ay triste! á qué?
Á ser tan intempestivo
como lo fui..... cuando hablé.

Ines. No, no: usted me juzga mal.
Soy su amiga verdadera.

Cándido. Amiga? Vamos....., tal cual.....
Creí que ni eso siquiera.....—
Pues si lo es usted, ahora
va á darme una prueba de ello.
Va usted á ser gran señora.....
Bien: lo aplaudo y no resuello.
Mas temo que el Conde un día,
si hoy en eso no repara,
vano con su jerarquía
eche á usted la suya en cara.
Para que si tal hiciere
no sufra usted un sonrojo,
un arbitrio me sugiere
mi afecto.....

Ines. ¡Cómo.....
Cándido. Y no flojo.

Ya no hay nobles ni plebeyos:
todo el dinero lo iguala,
los tunos y los Pompeyos,
la duquesa y la oficiala.
Ahora bien, querida Ines,
á falta de ejecutoria
y de un gótico paves
de venerable memoria,
sea usted, que lo seguro
es esto, mujer de arraigo.

Ines. Yo!.....

Cándido. Lleve en dote el futuro
el medio millon que traigo.

Ines. Cándido!.... (Qué corazón!)

¡Cómo he de admitir.....

Cándido. Sí tal.

Yo ganaré mi racion
escribiendo en un portal.

Ines. No olvidará el alma mia
un rasgo tan generoso;
mas ni aceptarle podría.....
ni el Conde será mi esposo.

Cándido. ¿Qué escucho!

Ines. Rebelde fui
yo tambien en mi pasión
á lo que exigen de mí
la prudencia y la razón.

Cándido. ¿Quién creyera..... ¿Acaso infiel.....

Ines. Sí; un desengaño oportuno.....

Cándido. No se casa usted con él!

Ines. Ni con él, ni con ninguno.

Cándido. ¡Ay! quien así me responde.....

Ines. Debe responder así.
Ni yo nací para el Conde.....

[Con sentimiento.]

ni usted nació para mí.

Cándido. Bien veo.....

Ines. Y pues Dios no quiso
que nos casemos los dos,
resignarnos es preciso
con la voluntad de Dios.

Cándido. Hágase—¿cómo ha de ser!
hágase su voluntad.

Ines. Cuanto yo puedo ofrecer
es la más tierna amistad.....

Cándido. Eso mi dolor mitiga.....

ya que otra cosa no cuadre.....

Ines. ¿Cómo no he de ser yo amiga
del amigo de mi padre?
Y aún es poco para un hombre
de alma tan bella que ufana
amiga suya me nombre.

Cándido. [Enternecido.]

Poco!.....

Ines. [Enternecida tambien.]

Quiero ser su hermana.

Cándido. Y maldecia mi suerte!

Ya no.—Perdona..... si el llanto.....

Ines. No es sólo usted quien le vierte.

Cándido. Ángel!.... Merezco yo tanto?

Ines. No me hará usted el ultraje,
supongo, de irse á otra casa.

Cándido. [Embelesado.]

No.

Ines. Que venga el equipaje.

Cándido. Bien..... (No sé lo que me pasa.)
Voy.....

Ines. Vuelva usted pronto, sí?
Le preparo una sorpresa.....

Cándido. Qué?.....

Ines. Hay otra persona aquí
que por usted se interesa.

Cándido. ¿Quién...

Ines. [Con dulzura.]

Luégo.—Venga esa mano.

Cándido. [Dándose la.]

La mano!.. ¡Oh cuánto me engrío...

Ines. Adios, mi querido hermano!

Cándido. [Besando la mano de Ines.]

Ines!... Dios mío!....

[Soltándola y alzando los ojos.]

(Dios mío!)

ESCENA X.

INES.

Pobre Cándido!... ¡Ah!, qué ciegas son las humanas pasiones!
¿Por qué, ay Dios! yo que en mal hora di abrigo á necios amores,
no premio con todo el mio aquel corazon tan noble?
¿Por qué.....

ESCENA XI.

INES. CÁRMEN.

Cármén. [*Vestida con esmero.*]

Ines!—Ah! estás aquí.
Por qué á mis ojos te escondes?

Ines. Un encuentro inesperado.....

Cármén. Un encuentro! Ha vuelto el prócer?

Ines. No.—Qué linda y qué elegante!

Cármén. Te gusto?

Ines. Sí. Por mi nombre
te juro que le darías,
si ahora apareciese, el golpe
de gracia.

Cármén. Ni tal pretendo,
ni espero.....

ESCENA XII.

INES. CÁRMEN. VENANCIA. D. CLAUDIO.

Venanc. [*Adelantándose.*]

Don Claudio Robles.

Cármén. Eh? Ya me asombraba yo.....
Dígale usted que perdone....,
que no estoy.....

Claudio. ¿Por qué gravar
con mentira tan enorme
el *debe* de esa infeliz?

Cármén. ¿Por qué viene usted adonde
no es llamado?

Claudio. Amor me guia.....

Cármén. Su amor de usted me corrompe.

Ines. [*En voz baja.*]

Cármén!

Cármén. ¿Adónde iré yo
que no me persiga ese hombre?
Venanc. (Otra historia!....)

Claudio. Mi querella
es más justa y más acorde
con el Código. ¿Por qué,
cual niño que huye del dómene,
se me ha escabullido usted.....

Cármén. Yo no doy satisfacciones.

IV.

Claudio. Las pido con humildad
á fuer de socio y consorte.

Cármén. No lo es usted todavía.

Claudio. No, pero estando conformes.....

Cármén. Y cómo ha venido usted?

¿Por quién ha sabido ó dónde.....

Claudio. Vivimos pared por medio.....

Cármén. Así que vuelva á la corte,
me mudo.

Claudio. Vaya por Dios!—

Apénas el alba rompe,
oigo en el cuarto de usted
abrir puertas, rodar cofres.....
Si estará mala mi novia?,
dije. En esto pára un coche.
Gran Dios! quién será?, exclamé:
el médico? el sacerdote?

Ines. Eh!....

Cármén. Bah!....

Claudio. Salto de la cama,
me pongo los pantalones.....

Cármén. Hum! Suprima usted.....

Claudio. En fin,
me visto, salgo á galope,
llamo á la puerta de usted
sobresaltado, responden.....
¡Ya se habia consumado
el fatal *déficit*!

Cármén. [*Á Ines riéndose.*] Oyes?

Claudio. Con la fuga clandestina
quedé por el pronto inmóvil.
Pido en vano á los criados
algun dato, algun informe.....
Por dicha, sobre la mesa
encuentro esta carta-órden.....

[*Enseña un papel.*]

Ines. Ah! mi parte telegráfico.

Claudio. En un simon sucio y pobre
me dirijo á la estacion.....
Tarde! El tren llegaba entónces
á Pinto. Pero otra máquina
facilita mi transporte
en un tren de mercancías.....

Cármén. Que es el que á usted corresponde.

Claudio. Cruel!

Cármén. Le aconsejo á usted
que vuelva la proa al Norte
y me deje en paz.

Claudio. ¿Así
se amortiza—qué desórden!—
un crédito.....

Cármén. Yo no gusto.....

Claudio. Ah!

Cármén. De un novio *polizonte*
que invade mi tocador,
que intercepta—acción ignoble!
mis papeles, y me sigue,
y me muele dia y noche.

Claudio. Ines!...., si es usted la Ines
que.....

Ines. Sí.

Claudio. No sea usted cómplice

Ines. de una insolvente. Interceda....
 Sí.
[Aparte con Cármen. Entre tanto habla en voz baja D. Claudio con Venancia, dando á entender con sus ademanes que solicita tambien su apoyo.]

No le des pasaporte;
 que aunque sin duda á tus piés
 volverá el prófugo Conde,
 todavía.....

Cármen. Qué me importa?

Ines. Pero este viene de molde
 para dar celos al otro.

Cármen. Oh! sí: tienes mil razones.
 Sí: sepa aquel fermentido
 que no falta quien me adore.—

[Á D. Claudio.]

Quédese usted; mas le juro.....

Claudio. (Bien dije que al fin y al postre.....)
 Cármen divina, á tus plantas.....

Cármen. Nada de genuflexiones,
 ó revoco.....

Claudio. Bien, querida.

[Á Ines.]

Ruego á usted que me acomode
 cerquita.....

Cármen. No. Léjos, léjos!

Ines. *[Á Venancia.]*

Haga usted que se coloque
 en la pieza del jardín.

Claudio. Bien; pero pido á mi cónyuge
 presunta que á solas.....

Cármen. No!

No hay audiencia.

[Entra en su cuarto, la sigue Ines, y cierran la puerta.]

ESCENA XIII.

VENANCIA. D. CLAUDIO.

Claudio. Alma de bronce!

Venanc. Sígame usted. (Esta casa
 es ya — Jesus! — otra torre
 de Babel.)

ESCENA XIV.

D. CLAUDIO.

¡Tratar así
 á un *financiero*, á un prohombre
 del bolsin y de la alhóndiga!
 Pues aunque fuese yo un drope.....
 Y me he de dar por fallido?
 No! Bonita, ilustre, jóven,
 y sobre dotes tan bellas
 millon y medio de dote.....
 Por hacer tan buen negocio
 consentiré que me azoten.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

CÁNDIDO.

[Entra por el foro con un ramo de flores en la mano.]

Con este hermoso ramo — no sin miedo
 á mi habitual torpeza y mi mal signo —
 vuelvo.... Quizá me excedo,
 que á ser cobarde su rigor me obliga;
 pero bien puede á título de amiga,
 ya que con él, ay triste! me resigno,
 recibir de mis manos estas flores.—
 Símbolo suelen ser de los amores;
 pero si el mío en ellas adivinas
 merezca, oh dulce Ines, tu tolerancia
 quien su primor te ofrece y su fragancia....;
 y para sí reserva las espinas!

Conde. *[Dentro.]*

No importa. Esperaré.....

Cándido.

La voz del Conde.

Pues ¿cómo.... si.... ¡Mal haya....
Esperaré en mi cuarto á que se vaya.

[*Entra en la habitación lateral de la derecha más cercana al proscenio, dejando la puerta entornada.*]

ESCENA II.

EL CONDE. VENANCIA.

Venancia. Bien está, pero ahora...., dificulto....
Conde. Qué es esto? Á mí antesalas!
Venancia. No hay que tomarlo á insulto.
Está en el tocador.
Conde. Ah! bien. Respeto....
(Cuando ella piensa en galas,
sin duda....)
Venancia. (Pobre Conde!)
Conde. (Habrá buleto....)
Venancia. Siéntese usted y pasaré recado....
Conde. Eh! no es su cuarto aquel....
Venancia. Sí: se ha mudado.
Conde. ¿Qué oigo! ¿Por qué motivo....
Venancia. Lo callo aunque lo sé.
Conde. Pero....
Venancia. El secreto

[*Con la mano en el pecho.*]

no saldrá (harto lo siento!) de este archivo.
Conde. Cómo! Hable usted....
Venancia. Bien dice aquella copla:
«Aprended, flores....»
Conde. ¿Qué....
Venancia. Mal viento sopla
para mí y para usted.—Ya sale. Excuso....
(Dos ella, y yo ninguno!) Abur! (Qué abuso!)
[*Llega Ines por la puerta de la izquierda, dejándola entornada.*]

ESCENA III.

EL CONDE. INES.

Conde. (¿Qué me querria decir esa mujer?... Por si acaso, estaré en guardia....)
Ines. (Muy serio viene. Si le habrán dicho algo?)
Conde. Estoy á los piés de usted,
Ines.
Ines. Beso á usted la mano.
Conde. Aunque con harta justicia pudiera apelar del fallo que contra mí pronunció pocas horas ha ese labio; ya que usted no puede verme, señorita, ni pintado,

y ya que con poseerla en muda copia la ultrajo, vengo á que en debida forma se canjeen los retratos.
Ines. Está muy bien, caballero.
(Qué tono tan diplomático!)
Conde. (Lo acepta, y sin conmoverse! Misterio hay, sí; mas no alcanzo....)
No por el martirio horrendo de que estoy amenazado, y tal vez le he merecido por crédulo y por incauto, sino porque en todo quiero complacer á usted....
Ines. Lo aplaudo.
Conde. Para redimir el mio devuelvo á usted su traslado.
[*Lo saca y lo toma Ines.*]

Ines. Muchas gracias, señor Conde; pero conmigo no traigo el de usted ni el de mi ilustre antecesora. Volando.....

Conde. [*Deteniéndola.*]

Cruel!, ¿cómo puede usted, cómo, sin pesar, sin llanto, si es verdad que me ha querido, consentir tan duro cambio? ¿Cómo la misma que ayer con tal gracia y tanto halago me dió en este propio sitio el sí que anhelaba tanto, por capricho ó por orgullo hoy rompe tan dulce pacto?

Ines. Es inútil repetir nuestro enojoso altercado, porque mi resolución fué justa, y no la retracto.

Conde. Podrá ser irrevocable; justa, no. Si grave cargo es haber amado á otra el que no ha sido ermitaño, ántes que su corazón cautivasen tus encantos, para ella, no para ti, para ella ha sido el agravio. ¿Eres su procuradora por ventura?

Ines. (Ay Dios! sí.)

Conde. ¿Cuándo se ha visto á nadie en el mundo, y ménos en los estrados del amor, con tanto empeño abogar por su contrario? ¿Qué mujer....

Ines. Oh! basta. (Soy perdida si no le atajo.) Tengo razon que me sobra, aunque sin ella combato al parecer, y usted mismo cuando sepa lo que callo me la dará.

Conde. Ines! Ines!, no razon, pretexto vano será, y cuál, hartó lo infiero de ese circunloquio extraño. Tú amas á otro!

Ines. No!

Conde. Sí! Sólo así se explica el raro fenómeno de tomar por injuria y desacato lo que para otra mujer un blason sería, un lauro. Tú amas á otro!

Ines. (Oh suplicio!)

Conde. Conde..... Es inútil negarlo.

Conde. En esa zozobra veo tu culpa y mi desengaño.

Ines. Yo..... (No acierto á responderle.)

Conde. Es un resto.... Una.... Presagios.... Sólo me falta saber qué rival me ha suplantado.

Ines. Ninguno. (¿Qué haré, Dios mio!)

Conde. Ah! tal vez..... Sí, atando cabos.... El hombre de anoche...., aquel personaje extrafalario....

Ines. (Ah! él me abre camino...)

Conde. Ha vuelto...

Ines. Le he visto....

Ines. Sí, señor: Cándido es mi huésped y mi amigo.

Conde. Digno amigo! Un pelagatos, un....

Ines. No le deprima usted. (Salgamos ahora del paso, que luégo.....)

Conde. ¿Y será posible....

Ines. Nos conocemos hace años.

Conde. Y ya es antigua sin duda la afición....

Ines. Quizá no tanto como debiera.

Conde. En efecto, aquel donaire, aquel garbo, su elegancia....

Ines. No hace alarde de primores cortesanos; pero la áspera corteza no impide dar fruto al árbol: diamante que vale un reino se engendró en rudo peñasco....

Conde. Y bajo una mala capa.... Mas dejémonos de adagios y sepa yo en suma....

Ines. En suma,

Cándido es un héroe, un santo.

Conde. Pero hay gustos que merecen....

Ines. Otro refran excusado.

Conde. Acabemos! Le ama usted?

Ines. (No hay ya otro arbitrio...) Sí, le amo.

[*Sale Cándido precipitadamente y se arrodilla á los piés de Ines. Trae consigo el ramo.*]

ESCENA IV.

INES. EL CONDE. CÁNDIDO.

Cándido. Bien mio!

Ines. Jesus!

Conde. Qué es esto?

Cándido. Á tus piés....

Ines. Alce usted!

Conde. Bravo!

Ines. (Qué apuro!)

Cándido. Mi gratitud te ofrece, hermosa, este ramo....

Ines. Bien,.. gracias...; pero... (Gran Dios!)
[Toma el ramo y le deja sobre un mueble.]

Conde. Bello golpe de teatro!

Cándido. Yo.....

Ines. [Á *Cándido* con enojo.]

Levante usted, le digo!

Cándido. [Levantándose.]

Pero.....

Ines. (Me estaba escuchando!)

Cándido. [Á *Ines* en voz baja.]

¿No has dicho... Ay de mí! ¿Tambien soy ahora extemporáneo?

Conde. Una emboscada!.... ¿Se hace esto, señorita, con un blanco?

Ines. Conde!....

Conde. Aleve!

Ines. Yo ignoraba....

Cándido. Señor Conde!....

Conde. Poco valgo,

pero el decoro de usted, por no decir el de entrambos, condena esta humillacion que ni merezco, ni aguanto.

¡He aquí el digno rival, he aquí el galan bizarro que tu corazon me usurpa! ¡Un cualquiera, un perdurario....

Cándido. Señor mio!....

Ines. [Á *Cándido* en voz baja.]

Oh! Calle usted....

Conde. Que esquivas, á modo de pájaro nocturno, la luz del sol, y acecha, y se esconde....

Cándido. Es falso.

Ni niego á nadie mi cara ni la de usted me da espanto.

Por un yerro, usted lo sabe, entré anoche en aquel cuarto, y no soy huésped intruso en ese de donde salgo.

Desde él, porque no soy sordo, no á fuer de espía villano, he tragado harta saliva durante el prolijo diálogo de que he tenido pendiente la vida—ay! sí—hasta que blando llevó el eco á mis oidos aquel benéfico *le amo*.

Ines. (Cómo revocarle ahora?)

Conde. Bien, pero el lance es pesado....

Cándido. [Con tono sarcástico.]

De Calderon, como el otro.

Conde. Eh?

Cándido. Sí tal, y es necesario, dirá usted, procurador de aquel insigne dramático,

que, en obsequio de la dama y en su justo desagravio, le dé yo mano de esposo á estilo calderoniano.—Hela aquí y mi corazon con ella.

Ines.

Yo.... Si yo....

Conde.

(Me aspo.)

Ines. (Oh Dios mio!)

Conde.

Tambien pullas?

Ahora veo, y lo declaro con gozo, que no es usted tan pobre y ruin adversario como creí; mas recuerdo que aquel poeta afamado gustaba de cuchilladas aún más que de epitalamios.

Ines.

Cándido.

En hora buena:

para uno y otro soy apto.

Ines.

Cándido.

No soy ya el bobo de que hacía usted escarnio.

Conde.

Ines.

Cándido.

(No! Yo estoy asombrada.)

Ines ha hecho este milagro.

Dios, á falta de otros bienes, me dió un corazon hidalgo y ardiente; pero por falta de entendimiento, ó de tacto, ó de mundo....—qué se yo?—

porque me faltaba acaso, como á la flor el rocío, la simpatía, el contacto de otro corazon amante, he sido adusto, misántropo, ridículo.... Una palabra, la que anhelé tantos años, luz del alma mia ha sido y de mis heridas bálsamo.

Un *le amo* en la pura boca de la mujer que idolatro ha sido—qué diré?—el *flat* que me saca, al fin, del caos.

Conde. (Qué hombre! Aunque debo matarle, casi me va interesando.)

Cándido. Miétras á mi ruego humilde rehusó tan dulce vocablo, todo á su gloria, á su dicha lo hubiera sacrificado.

Ines.

Cándido.

Sí! Mas su boca celeste dijo—usted lo oyó—*le amo*!, y ufano de mi conquista me siento crecer á palmos. Oh! y la sabré defender combatiendo brazo á brazo, no con usted, con el Cid y con Bernardo del Carpio.

Conde.

Cándido.

Ines.

Sígame usted....

Vamos!....

[Interponiéndose.]

En mi casa tal escándalo!

No!

Conde. Cúlpele usted á sí misma....
 Ines. Déjele usted con mil santos....
 Conde. ¿Cómo sufrir....
 Ines. [Á Cándido empujándole hacia su habitación.]

Entre usted....

Cándido. No! Protesto....

Ines. Yo lo mando.

[Le hace entrar, echa la llave y la guarda.]

ESCENA V.

INES. EL CONDE.

Conde. Muy bien! sabía providencia!
 Mas no le valdrá el amparo
 de usted, ya inspire el amor,
 ya la caridad un rasgo
 tan ingenioso....
 Ines. Uno y otro,
 que, lo digo sin reparo,
 hoy es cuando he conocido
 cuánto vale ese hombre y cuánto
 debo agradecer al cielo
 su regreso inesperado.
 Tal vez aquella palabra
 solté sin otro conato
 que el de desahuciar á usted
 si aún le quedaba algun rastro
 de esperanza; mas ahora
 con gozo, con entusiasmo
 la confirmo.
 Conde. Y eso aumenta
 la cólera en que me abraso.
 ¡Yo postergado á un cobarde....
 Ines. ¡No! El jamás ha manejado
 otras armas que la pluma;
 no rehusa sin embargo
 el duelo.—Oh! perdone usted
 si del triunfo le defraudo....
 Conde. Señora!....
 Ines. Pero ese triunfo
 sería un asesinato.
 Conde. Siendo así.... Mas si, en efecto,
 usted le ha regenerado....—
 Oh Ines!, ya que tanta magia
 tienes, ya que por ensalmo
 haces de un idiota un hombre,
 para tan acerbo trago
 dame fortaleza. Ines!,
 dame un corazon de mármol
 como el tuyo... Ah!

[Se deja caer con abatimiento en una butaca y se cubre el rostro con las manos.]

Ines. (Dios me inspira.

Un clavo saca otro clavo.)

[Á la puerta de la izquierda en voz baja.]

Oiste?

Cármen. [Á la puerta, también en voz baja.]

Sí.

Ines. Ahora, ó nunca.

Sal....

Cármen. Pero....

Ines. Valor!

Cármen. Yo....

Ines. [Haciéndola salir.] Vamos!

[Cármen da algunos pasos: el Conde se levanta.]

ESCENA VI.

INES. EL CONDE. CÁRMEN.

Conde. (Eh! por qué abatirme así?
 ¿Tan grande calamidad
 es renunciar al amor
 de una coqueta vulgar
 á quien honré demasiado....
 Bien empleado me está
 mi desengaño, y por él
 las gracias le debo dar.—
 Otra más digna de mí
 pronto me consolará,
 ya que con ella en mal hora
 quise á Cármen reemplazar.—
 Me voy sin decirle á Dios,
 y para siempre jamás....)
 [Al tomar su sombrero, que dejó sobre la consola, ve la figura de Cármen, reflejada por el espejo, y exclama en alta voz:]

Cielos! ¿qué miran mis ojos!
 ¿Es figura corporal
 lo que esa luna refleja,
 ó fantástica beldad?—
 No. Sonríe.... ¡Oh qué divina
 aparición! qué ojos!.... Ah!
 es Cármen..., no sueño, es Cármen!
 tan hermosa.... mucho más
 que cuando....

[Sueltan la risa Cármen é Ines. El Conde vuelve la cara.]

(Una risotada
 me responde: es natural.)
 Cármen querida! Oh sorpresa!....

Cármen. [Con seriedad.]

Yo soy.

Conde. ¿Qué casualidad
 ó qué prodigio te trae

á ser el iris de paz
que me consuela despues
de tan recia tempestad?
Ines. Mi varita de virtudes.
¿No encomiaba usted poco ha
mi magia...
Conde. Ines!.. ¿Quién se ha visto
en complicacion igual?

ESCENA VII.

INES. EL CONDE. CÁRMEN. CÁNDIDO.

[*Vuelven á reir á carcajadas las dos jóvenes:
el Conde se cruza de brazos y las contempla en
silencio: Cándido se asoma al montante de la
puerta de su cuarto.*]

Cándido. (Desde este montante.... ¡Vaya
un terceto....)
Cármén. Ja, ja, ja!...
Conde. Reid, sí. No es para ménos
la escena.
Cándido. (¿Esa otra deidad....
Ah! la señorita Cármén!....)
Conde. Reo soy. ¿Cómo negar
la evidencia? Pero reo
contrito, no contumaz....,
y cuando ríen mis jueces,
sin duda me absolverán.
Cármén. No siempre es la risa indicio
de indulgencia y lenidad.
Cuando es ridículo el reo,
¿no ha de reir el tribunal?
Conde. ¡Cármén...
Cándido. (¡Tambien ella...) Ines!..
Conde. Ines!..
Cándido. (Qué apuro para un galan!)
Conde. Qué conspiracion es esta?

[*Á Cármén.*]

Si voluble y desleal
me llamas—y de otro tanto
te pudiera yo acusar....

Ines. [*Á Cármén en voz baja.*]
Demasiado!

Conde. Ines te venga
de una culpa harto venial.
Cármén. Venial?

Conde. Contra mí las dos
habeis concebido un plan
diabólico....

Ines. Nada de eso.
Usted no debe culpar
á nadie sino á sí mismo.

Conde. Es verdad, sí, sí, es verdad;
pero burlarme la una
y apretar la otra el dogal....
¿Quién ha visto en dos rivales
tan negra complicidad?

Y ¿qué talisman, estando
la una aquí, la otra allá....
Ines. Yo lo explicaré. Si usted
no fuese un loco de atar,
no ocurriera en los retratos
el viceversa fatal....

Cándido. (De buena escapé!)
Ines. Á que yo
debo mi felicidad.

Cándido. (Oh!....)*Cármén.* Ines mia!*Ines.* La oye usted?

Conde. Mas ¿quién pudo imaginar
que las dos confabuladas....
Lazos de antigua amistad
sin duda....

Ines. Más fuerte vínculo
nos une, amor fraternal.

Cándido. (Son dos ángeles! Yo lloro....)

Cármén. No la quisiera yo más
sí, como hermana de leche,
fuese mi hermana carnal.

[*La abraza.*]

Ines. Bendita!.... Y en Aranjuez
hay telégrafo....

Conde. Ya, ya....

Ines. Y veo en lance tan crítico
á mi númen tutelar,
á Cándido....

Cándido. (Oh gloria! oh júbilo!)*Conde.* Muy bien....*Ines.* He aquí el talisman.

Conde. ¡Y he aquí un cuadro sublime
y patético, en el cual
hago yo entre tantos ángeles
el papel de Satanas!

Ines. No: yo interpongo mi ruego,
y no será ineficaz,
para que Cármén otorgue
la absolucion....

Cármén. No, no la hay
para....

Ines. Fué tu amor primero:
no hay diferencia esencial
entre su cuna y la tuya,
entre tu edad y su edad.
Si de tu Eden en mal hora
fué desterrado ese Adán,
no hay justicia en fulminarle
un proceso criminal
porque, creyéndose libre,
no se pudo conformar
con ser segunda edicion
del alma de Garibay.

Conde. Ciertó. ¿Qué crimen nefando
ó de lesa majestad
es el mio? Ser sensible,
vivir sólo para amar....

Cándido. (Como yo!)

Conde. Justo sería
acusarme de falaz
si como una tras la otra

os amase yo á la par ;
pero si las dos sois bellas
y mi pecho es un volcan ,
y á ser cesante en amores
no me puedo resignar ,

[*Á Cármen.*]

¿qué mucho si de tus gracias
cedí primero al iman.....

Cándido. (Bien hizo, que es linda, pero.....)

Conde. Y arrojado de tu umbral
luégo...

Cármen. No es cierto: al contrario....

Conde. ¿Qué mucho si, á mi pesar,
llenó más tarde el vacío
de mi alma otra celestial
eriatura.....

Cándido. (Eh! poco á poco!....)

Conde. Es decir, no en realidad,
sino..... Perdóname, Cármen !

Cándido. (Sí, un amor provisional.....)

Conde. ¿Y si otra vez á mis ojos
lució la estrella polar
que yo creia apagada.....

[*Á Ines.*]

No te ofendas....

Cándido. (Hum!....)

Ines. [*Sonriéndose.*] No tal.

Conde. ¿Qué mucho si á la cadena
que nunca debí quebrar
volví....

[*Á Ines.*]

Perdóname, Ines !

Cándido. [*En alta voz.*]

Dale! Perdonado estás.

Ines. ¿Quién habla..... Ah, mi prisionero!
Voy á darle libertad.

[*Abre la puerta que cerró, y saca de la mano á Cándido: entre tanto habla aparte el Conde con Cármen.*]

Cándido!

Cándido. Ines!—Frito estaba,
y ya me iba á descolgar....

Cármen. [*Saliéndole al encuentro y dándole la mano.*]

Oh amigo mio!

Cándido. ¡Mi amable
señorita! Qué bondad!

Cármen. Sea usted muy bien venido.

Ines. Nadie lo ha sido jamás
tanto como él.

Cándido. Prenda amada !

Aunque la oportunidad
en mí es rara, hoy me parece
que algo de providencial....
¡Bendito Dios que me trajo

sano y salvo de Ultramar !

Conde. [*Dándole la mano.*]

Yo le bendigo también
si....

Cándido. Oh generoso rival!

Oh ventura sobrehumana!....

Mas completa no será

si á todos no alcanza. Cármen!....
Amnistía general!

Cármen. Temo....

Ines. Hermana mia!....

Cármen. Dudo....

Cándido. (No tendré tranquilidad
mientras.....)

Ines. Perdónale!

Conde. Tiene

entrañas de pedernal.

Cándido. Perdónele usted!: lo pido
con mucha necesidad.

Cármen. Bien está.....

Cándido. Vitor!

Ines. Albricias!

Cármen. Pero ántes que en el altar
le dé mi mano, le impongo
una penitencia.

Conde. Cuál?

Cármen. Rigorosa cuarentena
hasta el día de san Juan.

Conde. Ah cruel!

Cármen. El escarmiento
me hace cauta y suspicaz.

Ines. [*Al Conde en voz baja.*]

Sea usted sumiso y dócil,
que todo se compondrá.

Conde. Bien: me resigno..... ¡Otra vez
meritorio!....

Cármen. Eso es: cabal.

ESCENA VIII.

INES. EL CONDE. CÁRMEN. CÁNDIDO.
VENANCIA.

Venanc. Don Claudio pide permiso.....

Cármen. Ah!....

Venanc. Qué interesante escena!

(Hum!) Que sea en hora buena.....

Ines. Que éntre.

Cármen. No! (Qué compromiso!)

Conde. (Qué don Claudio será ese?)

Venanc. Conque todo se arregló?

Ines. Sí; el Conde con Cármen; yo.....

Cándido. Conmigo, pese á quien pese.

Venanc. Si lo dices por Venancia,
lo erraste de medio á medio.
Qué novio para un remedio!

[*Á Ines.*]

No te arriendo la ganancia.

(Maldicion!...)

Conde. Pero, ¿quién es ese que pide permiso....

Ines. Otro galan: ya es preciso decirlo.

Conde. [A *Cármen.*] Tuyo, ó de *Ines*?

Cármen. Mio, sí.

Conde. Oh virtud preclara!

Cármen. Mi novio era: lo confieso.

Conde. No tenemos segun eso nada que echarnos en cara.

Cármen. Yo no amaba á ese hombre, no, mas de mi puntillo esclava por vengarme me casaba.

Conde. Sí?

Ines. Lo certifico yo.

Cármen. Y todavía lo haré si usted....

Ines. No!

Conde. No, vida mia! Dos derrotas en un dia!... Me entrego á tu buena fe.

Venanc. Qué hago?

ESCENA IX.

INES. CÁRMEN. EL CONDE. CÁNDIDO.
VENANCIA. D. CLAUDIO.

Claudio. [Á la puerta.]

(Media hora esperando.)

[Entra.]

Venanc. Aquí está.

Conde. [A *Cármen.*] ¿Es ese....

Claudio. Aquí estoy.

Señorita, yo no soy género de contrabando. Todo el comercio me aplaude....

Cármen. Don Claudio....

Claudio. Pero ya infiero que otro ha sido el matutero. No en mí; en la aduana está el fraude.

Cármen. Siento....

Claudio. Ya basta de lios y tramoyas y cohechos. No vengo á pagar derechos, sino á reclamar los míos.

Conde. Qué original!

Cándido. [Aparte á *Ines.*] ¡Vaya un ente....

Claudio. ¿Cuál es de esos dos galanes quien te roba á mis afanes y complica el expediente?

Conde. Yo soy quien ciego de amor aspira á llamarla esposa.

Claudio. Una novia no se endosa ni es título al portador.

Cármen. Ruego á usted que no se ofenda. Yo explicaré....

Claudio. No transijo. Tu mano es mia, y la exijo

aunque un virey la pretenda.

Conde. Ba!

Claudio. Y de mi haber seré pródigo hasta que obtenga justicia de esta quiebra subrepticia que está penada en el Código. Será inútil....

Ines.

Conde. Pero ¿en qué se funda usted?

Claudio. Pesia tal!... En su promesa formal.

[Sacando un papel.]

Aquí traigo el pagaré....

Conde. ¿Cómo...

Claudio. Una carta, y no ambigua, en que jura ser mi esposa.

Conde. Bah! Creí que era otra cosa. Yo tengo otra más antigua.

Claudio. [Á *Cándido.*]

Cuál á cuál hará mal tercio, su credencial ó la mia, lo decidirá en su dia el tribunal de Comercio.

Cándido. Las dos son papel mojado mientras ella no confirme....

Claudio. Oh! yo pleitearé, y de firme. Veré hoy mismo á mi abogado....

Conde. Qué bobada! Esa sentencia á otro fuero corresponde, y yo sabré....

Cándido. El señor Conde es fuerte en jurisprudencia.

Claudio. Yo.... (Zape! Conde y duelista...) Ciertamente. Una carta....

Cándido. [Aparte al Conde.] Ya amaina. Vuelva el acero á la vaina.

Claudio. No es una letra á la vista; pero, ya ve usted.... ¿quién deja que *grátis* pase á un extraño negocio de tal tamaño? Justo es....

Ines. [Aparte con *Cármen.*]

Ya asoma la oreja.

Claudio. Que la contienda dirima una transaccion....

Cármen. [Aparte á *Ines.*] Ah *Ines*! No creí.... Ruin interes!

Conde. Qué transaccion?

Claudio. Una prima....

Conde. Oh qué vergüenza! qué injuria! ¡Hacer—la ira me inflama— tráfico vil de una dama.... ¡Lárguese usted, ó mi furia....

Cándido. Si por contento se da con una prima,—oh fortuna! yo le puedo ofrecer una....

Claudio. Eh?

Ines. ¿Qué....

Cármen. ¿Cómo....

Cándido. [Mostrando á *Venancia.*] Éccola quá.

Claudio. Ella!... Horror!

Venanc. Infame!

Ines. Es chanza...

Claudio. Protesto..... Abur!

Venanc. [*Dirigiéndose á la puerta derecha lateral cercana al foro.*]

Asesino!

Claudio. [*Xéndose por el foro.*]

(Reniego de mi destino!)

Venanc. Venganza, cielos, venganza!

[*Entra y cierra de golpe la puerta.*]

ESCENA ÚLTIMA.

INES. CÁNDIDO. CÁRMEN. EL CONDE.

Ines. ¡La pobre..... La has sofocado.

Cándido. Eh!

Ines. Permite que interceda.....

Cándido. Por ella haré cuanto pueda,
mas no la quiero á mi lado.

Conde. Buen sustituto me diste!

Cármén. Tuya es al fin la victoria.

Conde. Pero escatimar mi gloria
con tan largo plazo..... Ay triste!

Ines. No: sea igual el cuarteto.

Si al cabo ha de ser tu esposo,
no le hagas.....

Cándido. Sí; ya es forzoso
sacarle del lazareto.

Cármén. Sí, que no soy tan tirana.

[*Dando la mano al Conde.*]

Toma.

Conde. Oh gozo!

Ines. [*Dando la mano á Cándido.*]

Y tú la mía.

Cármén. Las dos bodas en un día.

Cándido. Sí, sí; y mejor si es mañana.—

[*Á Ines.*]

Cuán otro soy del de ayer!

Y á ti lo debo!

Cármén. Y yo!

Conde. Y yo!

Ines. No; á un dichoso *quid pro quo*.....

Cármén. No; á tu hidalgo proceder!

Ines. Eh! no me hables de hidalguía.

Todo ha sido obra de Dios,
que quiso dar á las dos
lo que más nos convenia.



ENTRE SANTA Y SANTO.....

PIEZA CÓMICA AMBULATIVA. (*)

PERSONAS.

ENGRACIA.

D. MODESTO.

MANUELA.

EL MAYORAL.

La escena pasa en el camino de Tudela á Jadraque; la mayor parte del tiempo, dentro de la berlina de una diligencia; apeándose alguna vez cuando se muda el tiro, y á pié sobre la carretera al terminar la accion.

ESCENA I.

ENGRACIA. MANUELA.

[*Dentro de la berlina: es de noche.*]

Manuela. Confiese usted, señorita, que los baños de Fitero le han sentado perfectamente.

Engracia. Sí, mejor estoy de los nervios; pero, ah! no hay baños, no hay medicina para las heridas del alma.

Manuela. Sí tal; yo creo que sí; pero es preciso que el enfermo ponga algo de su parte para curarlas.

Engracia. Tales pueden ser, que sea delito el intentarlo.

Manuela. Las penas matan cuando no se procura su alivio, y Dios, que nos ha dado la vida, nos ordena conservarla.

Engracia. Acaso atento yo á la mia? Por cristiana, por sumisa á la voluntad divina me resigno á vivir, y quizá porque el mismo dolor de haber perdido á mi Julian me aligera el peso de la vida. Con llorarle sin tregua le tengo siempre en mi memoria, y aún pudiera decir que ante mis ojos. Él lo sabe, él lo ve desde el cielo y agradecerá mi fe incontrastable.

Manuela. Él, si, como piadosamente creo, es ya espíritu glorioso, no puede ser tan inconsiderado que exija de su tierna esposa, viuda á los veinte años, perdurable lloro y sempiterna soledad. Ya ha hecho usted por el difunto cuanto Dios y el mundo podian exigir; suntuosas exequias, centenares de misas, crecidas limosnas, privacion de todo espectáculo, de todo placer, aún el más inocente, riguroso luto, que dura ya once meses... Lo merecia mi seño-

(*) Confieso que es muy parecido el argumento de este juguete al de mi zarzuela *Los solitarios*. Varian, sin embargo, esencialmente en que aquí, tanto á *Engracia* como á *D. Modesto*, aquejaba una verdadera y más ó menos fundada misantropía, al paso que en la zarzuela toman este falso colorido el capricho y el aburrimiento de *Mariana*, siendo de todo punto fingida la de *D. Antonio*. Además, obra éste de acuerdo con la criada, y aunque la dama, más blanda de condicion de lo que ella misma presumia, capitula de buen grado, no tanto al propio mérito como á su hábil estrategia debe su triunfo el galán. En la presente pieza, que un elocuente proverbio me sugirió, todos obran de buena fe: ni *Engracia* ni *D. Modesto* siguen un plan preconcebido, y si la exagerada austeridad de ambos es combatida por *Manuela*, procede así espontánea y gratuitamente. Nada de intrigas, nada de pérfidos lazos. Sin designio, y aún contra su propósito se hallan los tres, de noche, ocupando en un viaje los asientos nada holgados de la berlina en una diligencia. Mal recibido *D. Modesto* al ocupar el suyo, no trata de congraciarse con sus desconocidas compañeras, porque gusta no ménos que ellas de su propia comodidad. Nacen de esta aversion, al parecer instintiva, agrias contestaciones; pero aunque se juran odio eterno, el inevitable roce continuo; el sueño ahora; el insomnio despues, sin otras molestias corporales, y la necesidad que al fin los tres reconocen de ser más tolerantes y comunicativos, dan ocasion á interesantes diálogos y tambien á actos de deferencia y cortesia. Amanece, y, con verse, propenden ya á ser más indulgentes. Sobrevienen, por último, lances con que no contaban, si bien barto frecuentes en un camino, y la humana fragilidad, auxiliada por ellos, llega á convertir en entrañable amor aquel injusto recíproco desvío. Creo pues haber sacado, sin inverosimilitud, algun partido de las circunstancias, y aun del estrecho recinto en que coloco á mis interlocutores, y presumo que tal humorada no dejará de divertir á los que la lean, ya que su estructura no permite exhibirla en el teatro.

Esta pieza fué impresa por primera vez en 1862.

rito, eso sí, y yo le lloro tambien de todo corazon, porque á él y á usted debió mi triste orfandad asilo generoso, y un trato más de hermanos que de señores.

Engracia. No todavía el que tú mereces. Criada en buenos pañales, educada con esmero y no nacida para la humilde condicion de sirvienta....

Manuela. Sirvienta, pero relevada de la escoba, del estropajo y de todo lo puerco y degradante del oficio; primer doncella de una damita modelo de pulcritud, de amabilidad, de hermosura....

Engracia. Jesus! no digas....

Manuela. Destino es éste muy superior á lo que yo podía pretender en mi desamparo, y el único que me era dado admitir de personas que no eran mis deudos, sin excitar la envidia y tal vez el odio de los suyos.— Pero ¿á qué tanto hablar de un arrapiezo como yo? Volvamos á usted. Yo queria mucho á don Julian; pero él ya no necesita mis cuidados; usted sí, y el cariño que la tengo raya en fanatismo. No puedo pues llevar á bien que, en la flor de la juventud y dueña de un caudal considerable, quiera usted renunciar á un mundo donde tanto puede brillar.

Engracia. Aunque ese fuera un sacrificio; que para mí no lo es, el amor de esposa me lo impondria.

Manuela. Mucho hay que decir sobre eso, y pocas son las jóvenes que en igualdad de circunstancias se crean sujetas, ni aún por el que dirán, á semejante mortificacion. La naturaleza tiene tambien sus prescripciones y suelen ser harto ejecutivas.

Engracia. Manuela!

Manuela. Bien, callo sobre ese punto, porque no se halla usted en estado de discutirle; pero ¿no puede usted ser fiel á la memoria del finado, y aún proponerse no contraer con otro alguno el lazo que llora roto....

Engracia. Oh, jamás!

Manuela. ¿No puede usted condenarse, aunque es muy duro, á perpetua viudez sin encerrarse en un monasterio?

Engracia. Sólo allí puede haber paz para mi corazon acongojado.

Manuela. Tal vez sí. (Probablemente no.) Con todo, debería usted tomarse más tiempo para asegurarse de que es verdadera su vocacion.

Engracia. Bastará para eso el año de noviciado. Además, en las Salesas Reales, que es el monasterio elegido, es monja profesa y de mucha autoridad mi tia Gertrúdis, que es una santa. Ella me ilustrará; ella me aconsejará lo que vea que más me conviene, y si tú me sigues al claustro.... Pero no me atrevo á proponértelo.

Manuela. Yo, aunque nada tengo de misán-

tropa, me siento muy capaz de eso y de mucho más por complacer á usted.— Sin embargo, como en el siglo se puede tambien servir á Dios, y usted no tiene talle de monja....

Engracia. ¿Qué tiene que ver el talle con la....

Manuela. Con tocas y todo será usted siempre linda; convengo en ello.

Engracia. Oh! no gusto de lisonjas....

Manuela. Pero, aparte de eso, ¿quién sabe si el temperamento....

Engracia. Eh? qué quieres decir?

Manuela. Nada: que la falta de regalo, los ayunos, las penitencias, los maitines, las austeridades de la vida claustral, pueden perjudicar mucho á la salud de usted, ya algo intercadente. Por lo ménos debería usted prorogar....

Engracia. No te causes: lo he meditado bien y mi resolucion es irrevocable.

Manuela. No replico. [Para sí.] ¡Qué lástima, qué lástima, Dios mio! Todo Madrid lo va á deplorar, y especialmente los jóvenes elegantes.

Engracia. Qué estás diciendo?

Manuela. No hablo con usted: es un soliloquio.... Reflexiones.... Quién dirá que es una locura; quién lo achacará al despecho...

Engracia. De ningun modo.

Manuela. Otro se atreverá á calificarlo de gazmoñería; otro....

Engracia. ¿Qué me importan á mí las habillitas de los necios? ¿Habrás ya alguno que para mí no le sea, ó lo parezca; alguno á quien yo me digne de mirar siquiera, cuando yace bajo una losa el único que nació para que yo le amara? ¿No te he dicho una y cien veces que aborrezco á los hombres?

Manuela. Válgame Cristo! ¿Qué le han hecho á usted para proscribirlos en masa.... Pues, valga la verdad, no se acredita usted con eso de buena cristiana.

Engracia. Una cosa es amarlos místicamente...., como prójimos, y otra....

Manuela. Entiendo. (Llevémosle la corriente.) Segun eso, tendrá usted á mucha fortuna el haber estado á nuestra disposicion toda la berlina al tomar la diligencia en Tudela.

Engracia. Sí por cierto; y dicha ha sido tambien no haberse presentado en el camino quien ocupe el asiento vacante.

Manuela. Pues, digo! si nos hubiera tocado de compañero algun vejestorio impertinente y achacoso.... Eh?

Engracia. Manuela!...

Manuela. Siquiera tenemos la ventaja de ir holgadas.... Y mire usted, peor que un hombre;—yo no los aborrezco; confieso mi flaqueza;—hubiera sido alguna mayorazga alcarreña, dengosa, epiléptica... Horror!

Engracia. Ya no es de temer que nadie nos incomode de aquí á Jadraque, donde, Dios mediante, tomaremos el ferro-carril....

[Para la diligencia para mudar tiro, y aparece D. Modesto con un frasco pendiente, por medio de un cordón, desde el hombro derecho á la cadera izquierda, la capa sobre el hombro izquierdo, una cesta de viaje colgando de la muñeca derecha y un puro en la boca: le acompaña un mozo cargado con un baúl-maleta.]

ESCENA II.

D. MODESTO. EL MAYORAL.

Modesto. Hay asiento?

Mayoral. Sí, señor: el número 3 de la berlina.

Modesto. Le tomo.

Mayoral. Hasta dónde?

Modesto. Hasta Jadraque. Cuánto cuesta? Estamos en Ágreda....

Mayoral. En Jadraque pagará usted.—Á la baca el baúl y monte usted.

[El mozo que le traía le coloca en la baca ayudado por el zagal.]

Modesto. Allá voy. *[Abriendo la portezuela y entrando en la berlina.]* Deo gracias!

ESCENA III.

ENGRACIA. MANUELA. D. MODESTO.

Engracia. Qué es esto?

Manuela. Quién es?

Modesto. No hay que asustarse; que no soy ningún salteador, sino un viajero inofensivo.

Engracia. Todo sea por Dios!

Modesto. Amén.

Engracia. Irá usted.... á Soria.

Modesto. No: á Jadraque, y de allí á Madrid.

Engracia. Fatalidad!....

Modesto. Eh?

Manuela. ¿Y con todo ese atalaje....

Modesto. Lo preciso, nada más, y lo acomodaré de modo que no estorbe. La capa sobre mi asiento....

Engracia. Capa en el mes de Agosto!

Modesto. Las noches son ya muy frías por este tiempo: Agosto, frío en rostro, dice el proverbio; y no hay que olvidar que estamos cerca del Moncayo.—Esta cesta con

comestibles, á mis piés, y el frasco en la bolsa.

Manuela. Con vino, eh?

Engracia. Gran Dios!....

Modesto. Sí, señora, pero selecto.

Manuela. *[Aparte con Engracia.]* Algun hidalguillo de lugar....

Engracia. Un idiota!

Manuela. *[En alta voz.]* Parece que este señor es amigo de sus comodidades.

Modesto. Hombre prevenido vale por dos. ¿Quién sabe lo que le puede suceder en un camino?

Engracia. Pero acabe usted de sentarse.

Modesto. Sí haré. Tengo el número 3....

Debo, pues, sentarme en medio de las dos.

¿Cómo ha de ser! *[Se sienta sobre su capa y entre Engracia y Manuela.]*

Manuela. Calle! Lo tiene usted á ménos? ¡Pues no es poco desdenoso....

Engracia. Déjale estar y calla.

Modesto. Parecerá grosería, pero....

Engracia. (Peor sería lo contrario, ya que Dios ha querido....) Que usted vaya ó no á su gusto, no me importa gran cosa; pero ese cigarro.... Peste!

Modesto. No digo? Sosiéguese usted: no fumaré. *[Tira el cigarro por la ventanilla.]* (Sexo impertinente y despótico!)

Mayoral. *[En su pescante.]* Al avío!—Beata! Beata!....

[Rueda de nuevo el carruaje con el obligado acompañamiento de campanillas, latigazos, gritos, cantares y blasfemias. Téngase por repetida esta acotación para el resto del viaje, con los cortos intervalos de costumbre.]

Manuela. (Vamos, es dócil.)

Modesto. Vean ustedes naturalmente explicado, y bien pronto, mi *¿Cómo ha de ser!* Yo hubiera preferido uno de los dos rincones..

Manuela. Ya lo creo! Pero no es razón que mi señorita ceda el suyo, ni yo, con su licencia, quiero renunciar al mío.

Modesto. En hora buena. Yo lo decía....

Engracia. ¡Necia de mí, que no tomé toda la berlina en Tudela!

Modesto. Así lo hubiera hecho yo en lugar de usted, y no soy más que un individuo; pero ya ¿qué remedio?...

Manuela. Dice bien. Á lo hecho, pecho.

Modesto. Deseando yo mudar de asiento, no consultaba sólo mi comodidad, sino también la de ustedes. Así no les molestaria la interposicion de un extraño, y yo podria fumar y dormir.

Engracia. ¿Quién le impide á usted que duerma?

Modesto. Nadie ni nada en el mundo. Son ustedes mujeres.... Por la voz lo saco.

Manuela. (Nada más!)

Modesto. Son ustedes jóvenes tal vez....

Manuela. Jóvenes, sí, señor. Vaya!

Modesto. Acaso bonitas....

Manuela. (Hum!....)

Modesto. Pero yo estoy asegurado de incendios.

Manuela. Oiga!....

Engracia. (Este hombre es un oso.)

Modesto. Iria yo, no obstante, más á mis anchas si fuesen ustedes hombres, pues no tendria que estar contraido, espetado....

Manuela. (Es original!)

Modesto. El sexo que llaman bello....

Engracia. Que llaman! No lo es para usted, segun eso.

Modesto. Sí será, sí. No riñamos por un adjetivo; que no somos académicos de la Lengua; pero cualquiera que sea mi opinion particular sobre este punto, no niego que hay que guardar á dicho sexo ciertas consideraciones, por delicado, por débil....

Manuela. Cómo débil? Fuerte y muy fuerte.

Modesto. Sí?

Manuela. Precisamente tiene usted á su lado el más insigne modelo de fortaleza y de virtud.

Engracia. Hazme el favor de callar, Manuela.

Manuela. Por qué? Bueno es que sepa este... ciudadano, que no somos aquí mujeres vulgares y aventureras. Ha de tener usted entendido que mi señorita, en la primavera de sus años y hermosa como el lucero del alba, odia de muerte á todos los hombres.

Engracia. Ya te he dicho que calles. ¿Qué le importa á él....

Modesto. No ha de importarme? Á mí no puede serme grato que nadie, ni aún una mujer, me aborrezca.

Engracia. Ni aún una mujer! ¿Tan ruin concepto merecen á usted las mujeres?

Modesto. No en todo.

Manuela. Por lo visto las detesta aún más que usted á los hombres.

Modesto. Yo no detesto á nadie: Dios y la religion me lo prohiben; pero si mirase con aversion á las mujeres, quizá no me faltaria motivo para ello.

Manuela. Puede; pero, segun los indicios, dudo mucho que la severidad con que usted nos juzga nazca de.... ¿Me entiende usted?

Modesto. Sí; de haberlas tratado íntimamente, querrá usted decir. Pues se equivoca de medio á medio. Aquí donde ustedes me ven.... Rectifico: no me ven ustedes, porque la noche está como boca de lobo.—Digo que este hombre, que habrá parecido á ustedes tan tosco y tan esquivo, ha amado á una mujer....

Engracia. ¿Es posible!

Manuela. ¿Quién dijera....

Modesto. Sí por cierto, y con entusiasmo, con locura.

Manuela. Como mi señorita á su difunto? Lo dudo.

Engracia. Válgate Dios, Manuela!....

Modesto. Tal vez más. ¿Soy yo de estuco por ventura?

Manuela. Habrá fallecido tambien....

Modesto. Ella no. Mi amor es el que ha muerto.

Manuela. *Requiescat in pace.*

Modesto. Amén!

Manuela. Pues queda demostrado que el corazon de usted no vale para descalzar al de mi ama; porque....

Engracia. Basta. ¡Qué necio coloquio....

Manuela. No tal; ántes se va haciendo por momentos interesante. Este caballero, aunque ya no muy afecto á las faldas, y él se sabrá por qué, tiene al parecer un genio apacible, dulce, y no terciá mal en la conversacion. Continuándola podemos viajar ménos aburridos que si callásemos los tres como cartujos; y pues él y usted son ya inexpugnables, y á falta de otro nudo, que ninguno de los dos apetece, los une el de haber pensado ambos algun dia muy de distinto modo, no veo yo el menor inconveniente en que averigüemos quién de los dos tiene más razon; usted para sepultarse en un claustro....

Modesto. ¿Qué oigo!

Manuela. Y él para.... Qué sé yo para qué?

Modesto. Bien pudiera ser que hubiese tambien alguna analogía entre su propósito y el mio.

Manuela. Lo oye usted? ¡Vaya, que es lance.... Y, mire usted, lo hubiera yo jurado. Hombre tan cómodo, tan precavido, tan regalón, está cortado para canónigo...., si no lo es ya.

Engracia. Manuela!.... Dispénsela usted. Es una bachillera.

Modesto. Con sus puntas de burloncilla.... No me agravia; déjela usted.... Ántes me divierte.

Manuela. Lo celebro; y ya que es usted hombre de correa....

Modesto. No: todavía....

Manuela. Quiero decir, hombre que no se pica por chanzas inocentes, le diré que he adivinado ya la causa de su antipatía á las mujeres.

Modesto. Si acierta usted, lo confesaré: soy franco.

Manuela. Á usted le ha escarmentado alguna.

Modesto. Dice usted la pura verdad.

Manuela. Oh! La que á mí se me escape.... Ahora bien, no ha tenido esa malaventura la bella Engracia.

Modesto. Engracia se llama usted?

Engracia. Servidora de usted.

Modesto. Muy señora mía, y permítame una réplica esa mocita. No hay por qué llamar

malaventura, sino todo lo contrario, á un saludable escarmiento, y yo estoy firmemente resuelto á aprovecharme del mio.

Engracia. No seré yo quien lo repruebe.

Modesto. ¿Podré yo tambien decir llanamente lo que siento, señorita?

Engracia. Por qué no?

Modesto. Usted llora la muerte del hombre á quien amó y de quien, segun lo que he oido decir á esta niña, fué leal y entrañablemente correspondida.

Engracia. [*Con lágrimas y sollozos.*] Oh sí! entrañablemente. Mi pobre Julian!.. oh!.. ah!....

Modesto. Tranquílese usted.—Mi pasión, por el contrario, fué indignamente pagada. Puse los ojos en una coqueta á quien, fascinado por sus gracias y sus zalamerías, reputé la más cándida, la más pura de las doncellas. Me vendió!—Me afligí mucho al principio, y á punto estuve de desesperarme; pero, por dicha, la religion primero, la razon despues, volvieron la quietud á mi alma y á mi cabeza la cordura. Desengaño tan acerbo no produjo en mí, sin embargo, como en usted la pérdida que lamenta, la extremada y poco lógica consecuencia—perdone usted que se lo diga—de aborrecer á las mujeres como usted dice que aborrece á los hombres. No: yo me limito á mirarlas con filosófica y tranquila, pero urbana y benévola indiferencia.

Manuela. Peor es eso que lo otro.

Engracia. Ni peor ni mejor. ¿Qué me importa á mí....

Manuela. Nada, ni á mí tampoco; pero....

Modesto. Eso depende, es verdad, del carácter de cada uno, de su complexion.... Pero tengo para mí que yo estoy más radicalmente curado que usted....

Engracia. De qué?

Modesto. Del amor.

Engracia. En hora buena; pero á eso respondo que, como yo no quiero curarme del mio....

Modesto. Muy bien, señorita. Eso va en gustos.

Engracia. Del único que he tenido: entiéndalo usted bien. Esta misma invencible perseverancia en él me preserva de incurrir en otro.

Modesto. Perfectamente; pero siempre llevo yo á usted la ventaja, para mi reposo al ménos, de haber desterrado el que pasó sobre cerrarme herméticamente al futuro.

Engracia. (Me fastidia este hombre con su tono de autoridad y su....) Bien; no disputemos: es inútil. [*Vuelve la cara al rincon.*]

Modesto. (Corta la conversacion porque ya no sabe qué responder, y la verdad amarga.... aún á los santos. Pues todavía he podido añadir otra reflexion, y muy con-

cluyente: no debe de ser muy sincera su vocacion religiosa, cuando ántes de consagrarse al altar no se hace superior á toda pasión humana; y es muy de temer y de lamentar que, aún dentro de la celda y despues del irrevocable voto, vea siempre delante de sí la imagen del dueño querido.)

Manuela. Y, perdone usted la curiosidad, ¿de dónde....

Modesto. [*Bajando la voz.*] Chit!.... Su señorita de usted ha apoyado la cabeza en el rincon.... Querrá dormir, si es que no duerme ya.

Manuela. Es lo mejor que puede hacer. Yo tambien, al arrullo de tan seráfica y edificante polémica, [*Bostezando.*] aaah!.... me voy eclipsando.... [*Se perfila tambien hácia su rincon y apoya en él la cabeza.*]

Modesto. Sí, procure usted descabezar el sueño; que la jornada es larga. [*Sacando un devocionario.*] Yo rezaré....

Manuela. (Es un bendito.) Eso es más sano todavía. Encomiéndeme usted á Dios.

Modesto. Lo haré.

Manuela. Buenas noches.

Modesto. Ya ha amanecido.

Manuela. [*Mirando á la ventanilla sin mudar de postura.*] Sí? No habia reparado... Pues buenos dias. [*A pocos instantes se queda dormida.*]

[*Otro intervalo, ó llámese entreacto. Al diálogo anterior ha seguido un largo silencio; D. Modesto ha concluido su rezo y se ha dormido tambien profundamente: Engracia ha dado tal cual cabezada; pero la mayor parte del tiempo la ha pasado, ó meditando ó suspirando ó llorando, y ya ha probado á dormirse reclinándose en el rincon, ya ha mirado al camino por la ventanilla; todo esto sin dirigir la vista al compañero de viaje. La diligencia ha parado otra vez, ha cambiado el tiro y lleva corrida más de la mitad de la posta siguiente.*]

ESCENA IV.

LAS TRES PERSONAS CONSABIDAS.

Engracia. (Por más esfuerzos que hago, no puedo conciliar el sueño. Qué mucho? La pena que me ahoga me lo impide.—No así á Manuela. ¡Dichosa ella, y mil veces más dichosa que yo!—Tambien este hombre... Lo supongo, porque no hace el menor movimiento.—Yo no le he mirado todavía...., ni lo pienso.—Si, en efecto, un sueño profundo es evidente señal de una conciencia pura y de una alma tranquila, bien le pudiera yo envidiar.—Duerma en buen hora: no pudiera haberme hecho mayor obsequio,

y más siendo su dormir tan sosegado, pues ni se espereza, ni se tambalea, ni ronca. Si tal hiciera, ¡qué suplicio, santo Dios!— Probemos otra vez.... [*Breve pausa.*] Es excusado. Imposible!—¡Quién se viera ya en Madrid! Ningun viaje me ha cansado tanto como este.—Llamaré á Manuela?—No. Pobrecilla! Sería una crueldad....; y crueldad ociosa, porque despertaría el filosofastro, y en presencia de testigo semejante ¿cómo hablar con la libertad, con la expansion que he menester?—Y á fe que él no dormiría así si tuviera un átomo de la sensibilidad que es mi tormento.—¡Y pretende superarme en energía, en fortaleza! ¡Y esa estatua presume haber amado!.... Eh! sí, puede que sí; á su manera; guiado sólo por el grosero instinto.... Y quizá el desengaño de que nos habló fué harto merecido y harto fundada su religiosa conformidad. Tal vez ha visto en más de una ocasion humillado su amor propio, y es hijo del despecho más que de otra cosa ese frio desden que afecta.... Oh! sí, debe de ser feo, muy feo, repugnante....—Voy á mirarle..., por curiosidad, sólo por curiosidad.... [*Le mira.*] Ah! no. Yo me engañaba: nada tiene de feo; al contrario.... Sí, sí, es bella figura; bella y noble....—Y qué me importa? No es la de mi Julian. [*Con la mano en el pecho.*] No es la que tengo aquí esculpida con rasgos indelebiles.—No obstante, yo me hubiera holgado de ver en su rostro la estampa de la herejía. Así, mofándome de él, en desquite del sistemático desvío con que mira á todas las mujeres, daría yo algun alivio, alguna tregua al pesar que me consume.—¿Por qué le habré yo mirado, Dios mio? ¿Por qué me mostrais tan simpática fisonomía donde yo queria ver una caricatura?—Ya no osaré fijar en él mis ojos....—Eh! por qué no? ¿He de tener tan poca confianza en mí misma, tan poca consecuencia... No, no: arrostraré con denuedo el peligro.—Peligro?... Cuando no mi constancia, le conjuraria mi orgullo; y tambien esa misma indiferencia de que él hace alarde.—Ni, bien examinado, será este jóven tan hermoso como á mí me ha parecido. Si he estado un momento dominada por una ofuscacion inexplicable, por un vértigo, efecto del mareo, del cansancio, del insomnio, basta el sentimiento de mi propio decoro para no dignarme de mirarle otra vez....; ó para mirarle meramente como un objeto artístico....; como un busto sin alma....—Y esto es, y nada más, segun las máximas que ha vertido; y demasiado lo prueba durmiendo el sueño del Limbo en medio de dos mujeres jóvenes y agraciadas.—Bien puedo sin temor alguno.... [*Vuelve á mirarle.*] No, ah! no

es ilusion de la fantasía. Qué gallardo! ¡qué gentil!....—¿Cómo ha habido mujer capaz de serle traidora? Yo en lugar de ella....—¿Qué digo, miserable! Oh flaqueza! oh rubor! ¡Ven á mi auxilio, sombra idolatrada!....)

[*Vuelve á parar la diligencia y á mudar el tiro. Despiertan D. Modesto y Manuela.*]

Manuela. Ah!.... ¿Estaremos ya en Jadraque?

Modesto. No es posible. [*Echándose un poco adelante para mirar el camino.*] Á ver? No: van á cambiar el tiro.

Manuela. [*Mirando á D. Modesto.*] (¡Hola, hola! No es saco de nueces el bienaventurado. ¿Quién diría....)

Modesto. Bajaré á fumar, si esta señorita me permite....

Engracia. [*Procurando no ser vista.*] Es usted muy dueño....

[*D. Modesto descende de la berlina sin reparar en Engracia ni en Manuela.*]

ESCENA V.

ENGRACIA. MANUELA.

Manuela. Vaya bendito de Dios! Ya era tiempo de que nos viésemos libres de él, aunque por pocos minutos. Ensanchémonos y respiremos.

Engracia. Sí. [*Abanicándose.*] Se siente ya un calor sofocante.

Manuela. Es ente singular.... Digo bien?

Engracia. [*Meditabunda.*] Sí, algo....

Manuela. Hablo de su carácter, porque la figura...., eh? Me parece bastante pasadera.

Engracia. No sé; no me he fijado....

Manuela. Y jóven. Representa á lo sumo de veintiocho á treinta años.

Engracia. ¿Qué nos importa....

Manuela. Nada; es claro. Lo digo solamente porque, al oir sus reflexiones morales y el poco aprecio que hace de las hembras, y al saber que es tan concienzudo, se me figuraba á mí que era un sesenton.

Engracia. [*Suspirando.*] Ah!....

Manuela. Calla usted, suspira.... ¿Qué tiene usted?

Engracia. Nada....

Manuela. Los nervios tal vez.... ¿Saco el frasquito de azahar? Pediremos agua....

Engracia. No: nada quiero, nada necesito.

Manuela. Pero la veo á usted triste, y como quien medita, ó reza....

Engracia. Estoy pensando que será mejor ceder uno de los rincones á ese caballero. Así estaremos juntas....

Manuela. No me parece mal; pero....

Engracia. Yo en el otro y tú en medio.
(Evitaré.....)

Manuela. Como usted guste; pero ¡ocurrirle á usted ahora esa evolucion que no tuvo á bien aprobar cuando él la propuso.....

Engracia. Por eso mismo la desaprobé. Luégo he reflexionado.....

Manuela. Ya comprendo: tendrá mal dormir.....

Engracia. Nada de eso.

Manuela. La verdad: ¿se ha propasado.....

Engracia. No, ni en lo más mínimo.

Manuela. Ya he dado en el hito. Como me ha oido usted decir que es jóven y buen mozo, teme.....

Engracia. Qué es temer? Yo no le temo á él ni á ninguno.

Manuela. Perdone usted si.....

Engracia. No claudica á dos tirones mi fe acrisolada.

Manuela. Estoy en eso.

Engracia. Aunque fuese el mismo Adónis...

Manuela. Bien; no hay que alterarse.....

Engracia. Pero, al fin, no es decente que yo vaya rozándome con un hombre, aun siendo tan timorato como ese sujeto.

Manuela. Tan cerril dirá usted.—Ah! me ocurre una idea.....

Engracia. Cuál?

Manuela. Propóngale usted que nos haga la fineza de irse á otro departamento, si hay algun lugar vacío, ó al pescante con el Mayoral.

Engracia. No me atrevo. Él pagó su asiento de berlina.....

Manuela. Cierto, y dijo que hubiera pagado los tres por venir más holgado.

Engracia. Ya ves tú! Y no ha dado motivo...

Manuela. Es verdad; y de fijo nos espetaría un nó redondo si le hiciéramos semejante proposicion.—Eh! ya le tenemos de vuelta. Pasaré su capa al rincon.

Modesto. Algo hay de eso. Como, gracias á Dios, no tengo cuidados ni remordimientos.....

Manuela. Así no estará expuesta mi señorita á servir á usted de almohada.

Modesto. Cómo! ¿Habré sido tan desgraciado.....

Manuela. Desgraciado!

Engracia. (Desgraciado dice! ¿Qué hombre es este, cielos?)

Manuela. Me gusta la frescura! ¡Desgraciado!

Modesto. No hay que picarse. Yo no daba á esa expresion el significado que usted supone. No la articuló el desprecio, sino la delicadeza y la cortesía.

Engracia. (Eso ya es diferente.)

Modesto. Una cosa es no preciar-me de entusiasta para con las mujeres, no perecerme por ellas, y otra faltar á los miramientos que les son debidos. En este concepto, no en otro, sería para mí una desgracia el haber atentado ni levemente, ni aún dormido, y por consiguiente muy contra mi voluntad, al pudor de ninguna.

Manuela. Muy bien, señor don.....

Modesto. Modesto Bonifaz para.....

Manuela. Para servir á Dios y á ustedes. (Cuando digo que es un infeliz..... Hasta en el nombre lleva la beatitud.)

Modesto. Mi sueño es ordinariamente dulce y bien criado; pero es posible que las oscilaciones de la góndola me hayan hecho perder maquinalmente el equilibrio é incurrir, bien á pesar mio, en algun desacato.

Engracia. [Vivamente y con enfado.] ¡No, señor, no, señor!

Manuela. (¡Vaya, que pica ya en historia la mojigatería de este prójimo!)

Engracia. Si se hubiera usted desmandado en lo más mínimo, yo le hubiera llamado al orden.

[Otro intervalo de silencio, durante el cuál se han dormido Manuela y D. Modesto.—
Vuelve á hacer alto la diligencia para el necesario cambio de caballerías.]

ESCENA VI.

ENGRACIA. MANUELA. D. MODESTO.

Modesto. Con licencia de ustedes. Un la-dito.....

Engracia. [Perflada y con la cabeza apoyada en el rincon.] Puede usted quedarse ahí.

Modesto. En el rincon! Muchísimas gracias.
Manuela. Y sobre su capa bendita: no es razon que una pecadora la profane.

Modesto. Pecadora? No creo.....

Manuela. Para usted lo somos todas, por lo visto.

Modesto. Quién ha dicho tal cosa?

Manuela. Así pegará usted mejor las pestañas, ya que es tan dormilon.

IV.

ESCENA VII.

ENGRACIA. MANUELA. D. MODESTO.
EL MAYORAL.

Mayoral. [Abriendo la portezuela.] Aquí pueden ustedes tomar un bocado, si gustan.

Manuela. Bajamos?

Engracia. Sí.

Manuela. [A D. Modesto.] Usted delante.

Modesto. No. Tengo poca gana, y prefiero mis víveres á los comistrajos de ventas y

30

paradores.—Pasen ustedes. Me encogeré todo lo que pueda....

[*Se incorpora y se contrae para dejar pasar á Manuela y Engracia.*]

Manuela. Allá voy....

Mayoral. Traiga usted la mano; que el estribo está un poco revésado....

Manuela. No le hace: yo me ingeniaré.

[*Baja al camino.*]

Modesto. [*Mirando con atencion á Engracia, que ya está de pie para seguir á Manuela.*]
(Oh!.... ah!.... Es un cielo su cara.)

Manuela. [*Desde abajo.*] Deme usted la mano, señorita.—Aquí el pie:—ahora aquí el otro. Bien. Vamos andando. Ya tenía gana de estirar un poco las piernas.

Engracia. [*Abajo y volviendo un instante la vista á la berlina.*—*Sus ojos se encuentran por primera vez con los de D. Modesto.*] (¡Se queda ahí!.... Se lo agradezco.)

[*Se dirigen á la posada las dos.*]

Mayoral. Cierro?

Modesto. No. Bueno es ventilarse un poco.

ESCENA VIII.

D. MODESTO.

Oh qué lindopié! primoroso!—qué talle!—¡qué brio y qué gracia en todos sus movimientos!—Ya no la veo!.... y juraría que me contrista su desaparicion.—Oh! pese á mi orgullo, fuerza es confesar que no hay filosofía capaz de resistir á un sexo en que hay ejemplares tan seductores.—Pero es que tampoco había yo visto hasta ahora tan bella criatura. Comparada con ella ¿qué es Emilia?—Ay! incomparable me pareció también aquella ingrata. Sí; pero es porque yo buscaba en la tierra el punto de comparacion. El tipo de Engracia sólo en el firmamento puede tener parangon.—¿Y quién sabe si será vision ideal, mito fantástico que ha engendrado mi imaginacion extraviada, febricitante.... Bien puede ser que el traqueteo del carruaje, el poco y mal dormir, ó acaso la falta de alimento, alteren mi salud, trastornen mi cerebro..., y una especie de, qué sé yo?, de paroxismo, puramente corporal, revista en mí la forma de arrebató amoroso.—Quizá cuando esa que al pronto me pareció no sé si hada ó sílfida se ofrezca de nuevo á mis ojos nublados por el sueño, se haya desvanecido el encanto.—Dios lo quiera: yo me hallaba muy bien sin los deliquios, sin las zozobras del amor.—Vamos á cuentas, señor don Modesto. Supongamos que mi compa-

ñera de viaje es en efecto un milagro de hermosura: ¿se sigue de esto que haya de ser tan bella de alma como de rostro? Así como aventaja sin duda á Emilia en atractivos, ¿no la puede exceder en perfidia y liviandad? Guarda, Pablo!.... Pero ¿cómo, si está dando tan inaudita muestra de constancia amorosa, de fidelidad conyugal? ¿Cómo, si lleva su tesón hasta el extremo de sepultar sus hechizos en austera clausura?—¿Haria esa;—ya iba á decir locura, pecador de mí!;—haria tal cosa si fuese lo que son todas..., ó casi todas, una coqueta?—Y usted, señor Bonifaz, que tenía ya conatos de presbítero, ó por lo ménos de célibe morigerado y temeroso de Dios, ¿solaria usted poner asechanzas á aquella virtud acendrada? No, no: aquí de mí entereza, aquí de mi filosofía!—Ya sale. No la mirarémos.... Por qué no, menguado? Mirémosla; pero á sangre fría, con la calma de un estoico. Desafiemos al amor..., ó al diablo en figura de hurf.... Oh! poco he dicho todavía; es un serafín! Limpia ya del polvo del camino; reparado, aunque á la ligera, el consiguiente desórden del tocado, viene tal, que da gozo el mirarla.—Y á propósito, yo también necesitaria un poco de *toilette*. Sacudamos este polvo; que parezca un molinero. La cabellera pide también una mano de cepillo, y pues le llevo conmigo.... Ah! se ha ido?—Pasea con la fórmula, y al parecer hablan con acaloramiento, disputan.... Se tratará de mí?.... Necio! Ni se acordarán.... ¡Pues miran al coche!—Ah! se ha aflojado el lazo de la corbata. [*Se la compone.*] Sigue el coloquio.... Observemos.

[*Queda en silencio contemplativo y mirando sin pestañear á la carretera, donde, simultáneo de la última parte de su monólogo, han entablado Engracia y Manuela el diálogo siguiente.*]

ESCENA IX.

ENGRACIA. MANUELA.

Manuela. Es posible? ¿Conque identificada con él, digámoslo así....

Engracia. Sí, hechos un ovillo los dos.

Manuela. Si ambos nos hemos dormido, ¿qué tiene de particular.... Tales contingencias son inevitables en un carruaje público.

Engracia. Pero en contacto con un extraño, procuran al ménos no dormirse las mujeres honestas.

Manuela. Señorita!....

Engracia. No lo digo por injuriarte; pero....

Manuela. Como usted no tenía gana de conversacion, y quizá se rindió tambien al sueño....

Engracia. No: no he pegado los ojos en todo el camino.

Manuela. Válgame Dios!... Pero si yo, á pesar mio, pagué ese tributo á la humana debilidad, ¿por qué no despertarme....; y más si el sueño, de suyo nada melindroso, me hizo tomar alguna postura incongruente?

Engracia. Oh! muy cómoda, eso sí: la cabeza muellemente reclinada en el hombro de don Modesto.

Manuela. Sí? ¡Diablura.... Pero de nada me arguye la conciencia; ni creo que la de ese santo varon tenga por qué remorderle. Segura estoy de que él tambien en brazos de Morfeo....

Engracia. Tal me ha parecido; pero ¿qué sabemos....

Manuela. Si no dormia, quiere decir que, como buen cristiano, habrá llevado con paciencia el involuntario despotismo de mi cabeza, y á fuer de filósofo, si el peso de ella le ha hecho alguna sensacion, sin duda ha sido de disgusto. No presumo tanto de mí, que otra cosa me pueda pasar por la tela del juicio.

Engracia. Ciertamente, el sueño....

Manuela. Es á veces indisciplinado; pero irresponsable.—Y supongamos de parte de ese *quidam* todo lo que usted quiera suponer; que de mí nada reprehensible puede usted pensar: tanto peor para él si ha hecho, que no lo creo, calendarios de que yo no he sido ni pienso ser partícipe. Lo que puedo....

Engracia. Basta!

Manuela. Lo que puedo asegurar á usted es que mi sueño, aunque fácil, no es pesado; que no hubiera podido tomarse la menor libertad don Modesto sin que yo lo hubiera advertido, y que en tal caso, yo tambien le hubiera llamado al órden, como usted decia; pero no así como quiera, sino con un alfilerazo.

Engracia. Bien: no hablemos más del asunto.

Mayoral. Al coche!

Manuela. Es que yo....

Engracia. Vamos.

ESCENA X.

D. MODESTO. ENGRACIA. MANUELA.

Modesto. Ya vuelve. Prueba terrible! [*Ofreciendo su mano á Engracia, que va á entrar en la berlina.*] ¿Me será permitido, señorita...

Engracia. [*Aceptando la mano de D. Modesto.*] Mil gracias.

Modesto. (Oh!....)

Engracia. (Ah!....)

Modesto. [*Encogiéndose.*] Pase usted....

Engracia. No: puede usted correrse al otro ángulo.... Qué más da?

Modesto. Muy bien. [*Pasa al otro rincon.*]

Manuela. Allá voy yo.... Ah! ¿Dónde....

Engracia. Quédate en ese rincon por si todavía no has dormido bastante.

Manuela. Y usted en medio? Entónces....

Engracia. [*Con retintín.*] Yo no duermo.

[*Rueda otra vez la diligencia.*]

Manuela: (Hum! Apostaria yo algo bueno á que la viudita no mira ya con tanto desagrado á ese.... neófito.—Y si, atando cabos, achacase yo esta nueva evolucion á algo de.... celotipia, puede que no me engañara.)

Modesto. Las han tratado á ustedes bien?

Manuela. Pícaramente. Yo no he comido más que cuatro cucharadas de sopa, y aún eso con repugnancia.

Engracia. Yo una taza de té y dos bizcochos.

Modesto. Es lastimoso, y cada día más, el trato que se da á los viajeros en nuestros caminos. Á mí me ha hecho cauto el escarmiento y siempre llevo provisiones conmigo.

Manuela. Hace usted muy bien. Eso mismo propuse yo á mi señorita en los baños de Fitero; mas....

Modesto. Ah! ¿Vienen ustedes de tomar aquellas aguas?

Manuela. Yo, gracias á Dios, no las necesitaba: mi señorita....

Modesto. Qué! ha estado usted enferma?

Engracia. Levemente.

Modesto. Dolores reumáticos? Para el reuma son muy eficaces aquellos baños, segun cuentan.

Engracia. No, reuma, no; dolores, no; pero un malestar, una desazon continua....

Manuela. Á los nervios lo achacaron los médicos.

Engracia. Más tienen de espiritual que de físico mis dolencias.

Manuela. (De uno y otro me parece á mí.)

Modesto. Siento en el alma, señorita....

Engracia. Tenian quiero decir. De Fitero salí bastante aliviada, y aunque al principio no dejó de molestarme el carruaje, despues...., no sé...., creo que el movimiento no me ha perjudicado, y por el momento me hallo bastante bien.

Manuela. (Qué decia yo? No hay con que pagar ese candor.)

Modesto. Felicito á usted de todas véras, Engracia....

Engracia. Lo estimo.

Manuela. (Engracia! Ya no esquivamos los nombres propios. Esto marcha.)

Engracia. Con todo, siento en el estómago algo de...., como desfallecimiento....

Modesto. Ah! necesidad sin duda.—Afortunadamente yo puedo....

Engracia. No, no creo que sea eso; más bien desgana.... Si algun apetito hubiera yo tenido, bastaban para quitármele de todo punto los grasientos y mal acondicionados manjares que presentaron en aquella mesa fementida.—Pero no; la falta de descanso es lo que me da guerra. Si yo pudiese dormir un rato.... Probaré.

Manuela. Será inútil. Con hambre y con penas no se duerme.

Engracia. Penas, ah! sí.

Modesto. Engracia!

Manuela. (¿Cuánto va á que ya no son las de ayer?)

Engracia. Pero ¡hambre! No digas eso por Dios, Manuela.

Manuela. No un hambre villana, ya se entiende; pero sí la discreta y de buen tono que es permitida á una dama.—Pues quiera usted ó no quiera, voy á darle unas rosquillas....

Engracia. Bien, una ó dos....

Manuela. [A D. Modesto.] Á esta parva materia y á un frasco de agua de azahar se reduce nuestro repuesto.

Modesto. Si tuviese yo la buena fortuna de que aceptase usted algo del mio, que es más confortable....

Engracia. No; dispénsese usted, señor don Modesto....

Manuela. (Señor don Modesto! Bravo!)

Engracia. Me haria daño.

Modesto. No lo crea usted. Todo sienta bien caminando: el aire del campo abre el apetito y el bamboleo de un coche es el mejor digestivo. Yo, salvo el respeto debido, tengo ya.... no diré hambre; pero algo muy parecido á ella.

Engracia. Ha parado el coche.

Manuela. [Mirando al camino.] Sí, y no debe de ser para mudar tiro, porque no desenganchan.

Modesto. No. Al parecer estamos en despolado. Alguna avería....

Manuela. Sin duda. El Mayoral se ha apeado.

Modesto. El zagal echa ternos.

Engracia. Oigo martillazos.

Manuela. Estamos seguros, Mayoral?

Mayoral. No hay cuidado. ¡Maldecida gón-dola!....

Modesto. Bajaremos....

Engracia. [Gritando.] Ay madre de Dios!..

Mayoral. No hay necesidad ¡voto al diablo!.. ni de bajarse, ni de chillar.

Manuela. Es cosa que encanta la amabilidad de un mayoral.

Modesto. [Mirando al camino.] No es de im-

portancia el siniestro, á lo que veo; y á fe que este alto nos viene de molde para tomar una refacción. [Tomando la cesta y sacando de ella lo que va diciendo.] Veamos.... No ha padecido detrimento la despensa: está muy bien arreglada la cesta. Saquemos primero esta servilleta, que servirá para Engracita....

Engracia. No....

Manuela. (Ya hemos avanzado al diminutivo.)

Modesto. Si me hace usted el obsequio de aceptar....

Engracia. No; ¡si yo....

Modesto. No tenga usted escrúpulo: está sin hacer del agua.

Engracia. Lo creo, pero es excusado... Sírvasse usted de ella.

Modesto. Para mí la otra, la que contiene las vituallas, que tampoco está sucia, porque cada artículo lleva su doble envoltorio de papel blanco.

Manuela. ¡Vaya si es aseadito y primoroso el señor don Modesto!

Modesto. Jamon cocido en vino generoso. ¿Quiere usted probarlo? Está diciendo ¡comedme!

Engracia. Lo agradezco infinito; pero no me atrevo....

Modesto. Yo respondo de que le ha de sentar á usted de perlas. Viene ya partido en lonjas delgadas. Ea! honre usted una con sus dientes de aljófár.

Engracia. Jesus! Yo....

Manuela. (Requiebros ya! Las diligencias hacen prodigios.)

Modesto. Anímela usted, Manuela.

Manuela. (Tambien ha aprendido mi nombre; pero no hay ita para mí.)

Modesto. Vaya!.... Ah! partiré pan.

Manuela. La animaré con el ejemplo; que en verdad conforta el olorcillo. [Toma y come.]

Engracia. (Creo que apetezco.... Pero ¡merendar con un hombre, áun siendo tan fino y tan.... Ay Dios!)

Modesto. No quiere usted complacerme?

Engracia. Sentiré que lo tome usted á desaire....

Modesto. No tal; pero ya que usted no sigue el ejemplo de su doncella, yo seguiré el de usted. No probaré bocado.

Manuela. Puedo hablar con franqueza?

Modesto. Sí.

Engracia. Sí. (Ya deseo que me inste.)

Manuela. Pues en primer lugar, declaro que el jamon es sabroso, exquisito, y que pienso repetir con permiso de este señor: en segundo lugar, creo que, absteniéndose de él mi señora por.... por cortedad, y el camarada por quijotismo, le hacen una inmerecida ofensa, y ni Dios ni el diablo se lo agradecerán.

Engracia. Por cierto que....

Modesto. Que sí, verdad? Y esa grata son-
risa me dice que....

Engracia. Que si ayuna usted, yo tendré la
culpa, y no debo cargar mi conciencia....
Tomo pues....

Modesto. ¡Cuánto agradezco....

Manuela. Vitor! Verá usted qué bien le
sabe. Á ver otra para mí?

Modesto. Ajá! Tomo yo tambien mi pitan-
za.... Qué tal?

Engracia. Está muy rico. ¿Quién le ha ade-
rezado?

Modesto. El ama de mi tío el prebendado de
Tarazona, de donde vengo ahora.

Engracia. Digo á usted, señor don Modesto,
que debe de ser mujer de provecho.

Modesto. Oh! tiene unas manos... Y limpia
como el oro.

Engracia. Conque viene usted de Tarazona?

Modesto. Sí, señora. Tengo allí una parte
de mis haciendas....—Otra lonjita!

Engracia. [A Manuela.] La tomo?

Manuela. Claro está; y yo la tercera.

Modesto. Y además, como mi tío es un
santo....

Manuela. (Ya volvemos á la santidad?)

Modesto. Fui á pedirle consuelos en mi tri-
bulacion....

Manuela. Tribulacion?—Ya: por la mala
pasada de la....

Modesto. Ciertamente; y consejos....

Engracia. De él habrá usted tomado el de
ordenarse....

Modesto. Por de pronto le tomé poniendo
orden en mi conducta y freno á mis pa-
siones.

Manuela. Con todo, las hay legítimas....

Engracia. Déjale hablar.

Manuela. Ó legítimables.

Modesto. Confieso que mi vivo resentimien-
to por una parte, y por otra la animadver-
sion del arcediano al sexo femenino....

Manuela. Al llamado bello sexo, como decia
usted anoche.

Modesto. Ya no puedo ménos de certificar
que lo es.

Manuela. (Y la mira! ¡y ella baja los ojos
y se pone como una grana! ¡Lucido va á
quedar el arcediano!)

Engracia. Ah!

Modesto. No es nada. Vuelve á rodar la di-
ligencia; pero podemos seguir merendan-
do.—Otra rebanadita?

Engracia. No, no, basta!

Modesto. Bien está; pero un traguito es aho-
ra indispensable.—Va usted á probar de
este vino, [El de su frasco.] que es un bál-
samo.

Engracia. Vino!.... Ah!....

Manuela. De la bodega del tío, por supuesto.

Modesto. Sí; de su cuba predilecta.—Aquí
traigo un vasito de plata... [Lo saca y echa
vino en él.]

Engracia. Por Dios!.... Vino!....

Modesto. No le ha bebido usted nunca?

Engracia. Sí, poquito...; ántes de enviudar.

Manuela. (Oh paloma sin hiel!) Pero no
pide de rigor el estado de viuda que se
haga novedad en las reglas de la higiene.
Ó tenemos sed ó no la tenemos.

Engracia. Sí, alguna tengo....

Modesto. Es consiguiente....

Manuela. Y ya ve usted, agua, no lleva-
mos.... Ah! sí, la de azahar; pero tras del
jamón, no me parece muy á propósito.

Modesto. Bébalo usted sin recelo: es suave
y sin mezcla de ningun ingrediente nocivo.

Engracia. Bien, una gota... [Bebe.] En efec-
to, el paladar le recibe bien....

Modesto. Y el estómago, mejor. Otro sor-
bito....

Engracia. Por complacer á usted.... [Toma
otro sorbo.] Basta. Apúralo tú, Manuela.

Manuela. [Tomando el vaso.] Con mil amo-
res. (Holá! ¡pues no le ha dado mal tiento
sor Engracia!) [A D. Modesto dándole el
vaso.] Bien decia usted: esto es capaz de
resucitar á un muerto.

Modesto. [Llenando el vaso y apurándole en se-
guida.] Mi tío es hombre que lo entiende.

Engracia. [Sonriéndose.] Ya veo que el dar-
se buen trato no es incompatible con la
santidad.

Modesto. Nada de eso. Los neo-católicos de
punta, ó que pasan por tales, son, á cuál
más, bravos gastrónomos.—Á propósito,
traigo tambien una gallina asada, que por
lo tierna y mantecosa es digna de un car-
denal. Va usted á dar su voto....

Engracia. No, señor, no: ya basta, y sobra.

Manuela. ¿Tan tragonas nos supone usted,
ó tan hambrientas que.... Vaya!

Modesto. Bien: la guardaremos para más
adelante....

Engracia. Ahora....;—vergüenza me da,
pero no hay otra cosa que ofrecer á usted;—
si gusta de un par de rosquillas....

Manuela. [Sacando de una cestita de viaje un
cucurucho con rosquillas y dándosele á En-
gracia.] Sí, sí. Son gustosas.

Engracia. [Presentando á D. Modesto el cucu-
rucho abierto.] Tome usted....

Modesto. [Tomando algunas.] Sea cual fuere
su mérito intrínseco, de mano de usted,
hermosa Engracia, me sabrán á mí....

Manuela. [Riéndose, y con énfasis.] A ros-
quillas: eso, por sabido se calla.

Engracia. [Sonriéndose.] No haga usted caso...

Modesto. Bocado especial! Esto es ambrosía.

Manuela. No digo?

Engracia. Toma tú tambien, loca. [Se queda
con un par de ellas, pasa el cucurucho á Ma-
nuela, y esta lo guarda despues de tomar
tambien dos ó tres rosquillas.] Y volviendo
á la plática comenzada, decia usted, amigo
mio....

Manuela. [*Entre dientes.*] Otro pinito. ¡Bueno! Pronto soltará el niño los andadores.

Engracia. ¿Qué murmuras tú....

Manuela. Nada: estoy.... rezando.

Engracia. Decía usted que los consejos de su reverendo tío....

Modesto. Me inspiraron las dos ideas que me dominaban cuando tuve la honra...., qué digo?, la dicha de unirme á ustedes.

Engracia. La dicha? Pronto lo dice usted!

Modesto. No, sino tarde, porque debí decirlo desde el momento en que entré en la berlina.

Engracia. Don Modesto!.... (Ah! yo no sé lo que pasa por mí....)

Manuela. Ya se ve, como era de noche, y de noche todos los gatos son pardos, y luego se durmió como una marmota.... Ya era tiempo de que nos hiciera usted justicia.

Engracia. Callarás, aturdida? Prosiga usted.

Modesto. Venía preocupado contra las mujeres en general; y he aquí una de las dos consabidas ideas dominantes. La otra, aunque todavía poco desarrollada en mi mente, era acabar mis días en el celibato, y aún abrazar el estado eclesiástico luego que estuviese seguro de que Dios me llamaba por ese camino.

Manuela. Como usted, señorita; pero tampoco usted había madurado todavía su resolución.

Engracia. Oh! Mira, Manuela, que estás insufrible. Te prohibo que hables.

Modesto. Ah! no la regañe usted. Su lealtad y su cariño la excusan.—Pocas horas, y circunstancias tan plausibles para mí como imprevistas, han bastado para convencerme de que era absurda y temeraria la primera idea; y de esta convicción, que tanto me va ya lisonjeando....

Engracia. Ah!....

Modesto. Qué?

Engracia. [*Vivamente.*] Nada; no he dicho nada.

Modesto. De esta convicción ha nacido naturalmente otra, la de que tampoco estoy organizado yo para realizar la otra idea, aunque de suyo recomendable en extremo.

Manuela. (Si me dejara hablar....)

Modesto. Practicable también, pues de ellos dan frecuentes ejemplos las almas privilegiadas.—La de usted es sin duda una de ellas.

Engracia. La mía?... Yo.... (No acierto á responder. Ahora me pesa de haber impuesto silencio á Manuela.)

Modesto. No obstante, si, como yo desearia, aunque no me atrevo á esperarlo, también se han modificado algun tanto las ideas de usted....

Engracia. Quizá.... Yo nunca he sido pertinaz en mis opiniones ni en mis... Y aun-

que mi situación era mucho más penosa que la de usted...., también las circunstancias.... En fin....

Modesto. Esa agitación..., esas reticencias... ¡Oh cuán feliz sería yo si me fuese lícito interpretar....

Manuela. [*Sin poder contenerse.*] ¡Nada de interpretaciones! Disimule usted, mi amada señorita; pero no he podido menos....

Engracia. Sí, sí; habla; di lo que quieras.

Manuela. Pues digo,—y usted, señor don Modesto, guárdese de hacer comentarios, que pudieran ser erróneos, ó por lo menos, prematuros;—digo que no hay regla sin excepcion: que el dolor aislado ó el despecho solitario raciocinan de ordinario muy mal; que en los juicios absolutos suele no haber pizca de buen sentido; que tratadas las personas se aprecian mejor en lo que valen y que hablando se entienden. Digo que si nuestro buen compañero de viaje no ha tenido reparo en confesar que era tan poco razonable como grotesco el desden con que miraba á las hijas de Eva, menos debe usted sonrojarse, señorita, de condenar su aborrecimiento, imaginado ó cierto, á los hijos de Adán. Digo que para él hay ya por lo menos una mujer aceptable....

Modesto. Adorable!

Manuela. Silencio!—Tal vez dos, porque me parece que á mí tampoco me confundirá con el vulgo de las mujeres.

Modesto. No por cierto; que eres una alhaja.

Manuela. Gracias. (Ya me tutea!) Digo que también mi señorita excluye de su anatema á un hombre.

Engracia. Dice la verdad.

Modesto. Oh Engracia!

Manuela. Poco á poco! Digo que uno y otro deben ustedes felicitarse de haber contraído esa recíproca estimación debida á una venturosa casualidad.

Modesto. Yo bendigo....

Engracia. Yo también.... celebro....

Manuela. Bien. Por de pronto eso alivia, y dos personas que ya se estiman, bien pudieran....

Engracia. Basta, basta! Ya vas hablando demasiado.

Manuela. ¿Qué digo yo que no sea muy natural? Estamos en el siglo del vapor y la electricidad; no somos caducos ni anacoretas....

Engracia. Basta, digo! (Me sofoca.)

Manuela. Bien, no se altere usted. Será lo que Dios quiera; pero ¿qué pierde usted en oírme charlar para distraerla un poco? Tómelo usted como una broma, hija de la familiaridad en que ya estamos.... [*Suelta una carcajada, y no son dueños de dejar de imitarla D. Modesto y Engracia.*] Así! alegrémonos, riámonos, y llévase el diablo lo

que sea suyo. Confesemos que fué un grande hombre el inventor de las diligencias. Es el descubrimiento más sociable y más... Ja, ja, ja!.... ¿Quién de nosotros es ya lo que era anoche? ¿Quién piensa como pensaba hace algunas horas?

Modesto. Cierzo. Yo me desconozco á mí mismo.

Engracia. Y yo.... voy conociéndome algo mejor.

Manuela. Ja, ja!.... Magnifico! Anoche no nos podíamos aguantar unos á otros, y ahora estamos á partir un piñon.

Engracia. Para el coche.

Modesto. Van á enganchar otro tiro. Bajaré: no he fumado.... [*Abre la portezuela.*]

Manuela. No se incomode usted por eso: mi señorita permitirá....

Engracia. [*Al oído.*] Déjale que baje. [*Á D. Modesto.*] Sí, baje usted....

ESCENA XI.

ENGRACIA. MANUELA.

Manuela. Pobre mozo! Es tiranía.... Don Julian fumaba.

Engracia. Ay Manuela! [*Se echa en sus brazos y rompe á llorar.*]

Manuela. ¿Qué es esto, señorita!

Engracia. En hora fatal entró aquí don Modesto. Ah!....

Manuela. Al contrario: yo creo.... ¡Llora usted! solloza!

Engracia. Lloro mi fragilidad...., mi crimen....

Manuela. Crimen! Dónde está el crimen?

Engracia. Manuela!.... Yo sospecho que.... ay! que le amo.

Manuela. Y yo lo sé de fijo. Pero ¿qué mal hay en eso? Él tambien está que delira por usted.

Engracia. ¡Pero él no habia jurado eterna fidelidad á otra mujer!

Manuela. Pero nada hay eterno en este mundo; y el que pudre no ha de venir á residenciar á usted porque, sin buscarlo, sin desearlo y como llovido del cielo, se le ha aparecido un jóven digno, el único digno sin duda de reemplazarle.

Engracia. Reemplazarle! ¿Puedo yo consentirlo sin ser perjura?

Manuela. Sí, señora. Usted juró de buena fe; pero hizo la cuenta sin la huésped. — Aquí la huésped es la pródiga naturaleza, cuyo imperio no es fácil resistir, ya se lo tengo dicho á usted, y ménos en el verdor de la juventud.

Engracia. Pues yo le resistiré...., aunque me cueste la vida.

Manuela. Oh! no lo diga usted; que mayor perjurio sería ese.

Engracia. Mayor perjurio!

Manuela. Peor todavía: conato de suicidio, que yo combatiré con todas mis fuerzas.

Engracia. Funesto viaje!

Manuela. No blasfeme usted....—Ya vuelve don Modesto. Buen ánimo! Serenidad!.... Enjugue usted esos ojos....

Engracia. Ah! Sí.

[*Se enjuga las lágrimas y se corre al rincón.*]

ESCENA XII.

LOS TRES VIAJEROS.

Modesto. ¿Puedo pasar....

Engracia. Quédese usted en ese rincón: yo en este.

Modesto. Otro cambio? Sentiria en el alma.... [*Rueda otra vez el coche.*]

Engracia. No lo tome usted á mal: es que necesito...., quisiera dormir....

Manuela. [*Bajando la voz.*] Sí, tiene sueño. Como no ha descansado en tantas horas...

Modesto. Dice usted muy bien.—Y el refrigerio que hemos tomado convida tambien al sueño.... Pero callemos....

Engracia. No; hablen ustedes. Así y todo me dormiré si Dios lo quiere.... (y me haria un gran beneficio.)

Manuela. (Se dormirá. Ya ha desahogado su corazón llorando en mis brazos, y al fin, como, viuda y todo, no pasa de ser una niña....)

Modesto. [*Á media voz con Manuela.*] Dígame usted la verdad: está enojada? ¿ha habido reaccion?....

Manuela. No, señor: el calor excesivo...., la atmósfera cargada...., la lucha interior que tal vez suscitan en su pecho sensaciones á que no venía preparada; todo esto...

Modesto. Ah Manuela! ¿Seré yo tan dichoso que....

Manuela. Chit!.... Á ver?—Pues, en efecto, se van entornando sus ojos....

Modesto. Mujer hechicera!

Manuela. Se duerme.... Callemos.... [*Momentos de silencio. Se duerme Engracia.*] Sí, ya duerme, y con un sueño angélico que me parece de muy buen presagio.

Modesto. Para quién?

Manuela. Para ella y para usted.

Modesto. ¿Qué gloria para mí...., si no es que yo duermo tambien, y lo estoy soñando!

Manuela. Ese sueño reparador será el término de la crisis....

Modesto. Crisis.... ¿Crees tú que hay crisis.... Pero si cuando despierte, triunfa del incipiente el amor antiguo....

Manuela. No es de esperar. Usted presente, el otro... Ganar batallas despues de muerto, sólo fué concedido al Cid Campeador.

Modesto. ¡Con qué delicia te estoy oyendo, muchacha!

Manuela. Y aquí para entre nosotros, la fe hasta hoy guardada, sobre ser muy natural en una jóven sensible y honesta, no estribaba tanto en el mérito del difunto, aunque no carecia de él, como en la buena correspondencia;—porque él la idolatraba, eso sí;—en la compasion acaso.....

Modesto. Compasion!

Manuela. Sí, señor. Gozaba el pobre de muy poca salud, como que murió tísico.

Modesto. Sí? Dios le tenga en su gloria. Yo, gracias á su divina majestad y en buena hora lo diga, soy un roble. ¡Cuando no me mató aquella traidora!....

Manuela. ¿Quién sabe si Dios le ha guardado á usted para.....

Modesto. Para Engracia? Ah! con ella me daría el Paraíso.

Manuela. Es posible..... Yo..... en lo que esté de mi parte contribuiré..... Pero..... me voy contagiando.....

Modesto. De qué?

Manuela. Del sueño.

Modesto. Pues duerme, hija mia. Yo no sé si podré..... Me desvelará el temor.... Eh?....—Se ha dormido tambien.—No me vendría mal á mí..... [*Con la mano en el pecho.*] Tambien ha habido aquí pelea, aunque no tan reñida..... [*Reclinando la cabeza en el rincón.*] Si descansara, aunque no fuese más que un cuarto de hora.....—El sol se está poniendo, y ya entra por aquí un remusgo..... Echemos el cristal..... [*Silencio de algunos momentos: luego prosigue interrumpiéndose y dormitando.*] Aquella mala pécora..... El arcediano..... Viciitudes.... Engracia!....

[*Se duerme tambien, y al cabo de media hora despiertan los tres á los gritos de: Pára! so!—Abajo, abajo!, interpolados con juramentos y palabrotas soeces.*]

ESCENA XIII.

ENGRACIA. MANUELA. D. MODESTO.
EL MAYORAL.

Mayoral. [*Abriendo la portezuela.*] ¡Abajo, señoras!

Engracia. Ah!

Modesto. Qué es esto?

Mayoral. Pronto!

Manuela. Ladrones?

Mayoral. No, no es eso; es que..... ¡Maldita sea el alma de los caminos y los carruajes, y la..... Es que el coche se ha

inutilizado, y á dos rodadas más nos lleva á todos el demonio.

Engracia. Ay! bajemos.....

Modesto. Sí.....

Manuela. Volando..... Los mantones!

Modesto. La capa!

[*Bajan, ellas con sus pañuelos de abrigo y él con su capa.—Huracan, frio, que por grados se aumenta; aguacero mezclado de granizo y nieve; noche cerrada. Se supone que los demas viajeros bajan tambien de sus respectivos asientos, gimiendo y gritando las mujeres; jurando ó maldiciendo los hombres.*]

Modesto. Esperaremos?

Mayoral. No se lo aconsejo á ustedes, porque la góndola está inservible, y gracias si, despues de tardar una hora en mal pergeñarla, la podemos arrastrar sola hasta Jadraque. Lo mejor que pueden ustedes hacer es irse un pasito tras de otro camino adelante.

Engracia. Dios mio! ¡y en noche tan horrible!

Manuela. Lloviendo!.... granizando!

[*Gritos y reclamaciones de los otros viajeros.*]

Mayoral. Por fortuna, el pueblo está cerquita, á poco más de dos calo...., quilo.... Cómo se dice eso?

Modesto. Kilómetros.—Del mal el ménos.

Manuela. Apretarémos el paso.... Abríguese usted bien.

Mayoral. [*Al zagal.*] Á ver si avanzamos un poquito; que aquí estamos mal.—Ayuda tú por el otro lado; yo por este; y tú, delantero, al paso..... Cuidadito!

[*La diligencia, así llevada, desaparece pocos momentos despues, y tambien todos los pasajeros, ménos D. Modesto, Engracia y Manuela; Engracia atribulada con lo que acaba de ocurrir y sin acertar á moverse; Manuela poco ménos.*]

ESCENA ÚLTIMA.

ENGRACIA. MANUELA. D. MODESTO.

Engracia. Qué haremos? Si hubiera aquí donde guarecerse..... Pero ¡ni una choza, ni un árbol!....

Manuela. Lo ménos expuesto es caminar, y todo lo de prisa que podamos. El frio arrecia.....

Engracia. Yo estoy pasmada: no tengo aliento ni para dar un paso.

Modesto. Válgame Dios!.... Y sin más abrigo que un pañuelo de entretiempo.....

Engracia. Que se calará muy pronto, porque llueve....

Modesto. Ah!.... bien haya mi prevision! Abríguese usted con mi capa.

Engracia. No, no! Y usted?

Modesto. Yo soy hombre, y de constitucion robusta. No se cuide usted de mí.

Engracia. Que no me cuide de usted! Ah!.... Y he de ser tan egoista?

Manuela. No hay necesidad de que lo sean ustedes ni el uno ni el otro: una capa puede abrigar á dos.

Engracia. ¡Yo.... ¿Qué te atreves á proponerme?

Manuela. Una cosa muy natural en circunstancias tan críticas.

Engracia. Pero el pudor.... Manuela!....

Manuela. ¿Qué peligro puede correr el pudor cuando estamos dando diente con diente? (La procesion va por dentro.)

Modesto. Engracia!....

Manuela. Ea, vamos! Con esa obstinada resistencia se tira usted á matar, señorita.

Modesto. Y á mí me hace usted una injuria sangrienta; porque cierto es que la amó á usted con todo mi corazon; pero soy hombre de honor, soy caballero.

Engracia. Ah! no lo dudo, pero.... Dios mio!

Manuela. Y aún aceptando en participacion la capa de un hombre, puede ser casta la que quiere serlo.

Engracia. [Aparte con Manuela.] Pero ese hombre ¿es acaso.... indiferente para mí?

Manuela. Si no lo es, tanto mejor para aceptar de él un beneficio necesario, urgente.... Y en todo caso, acuérdesse usted solamente de que se está helando.... Ah! copos de nieve.... Dios nos asista!

Modesto. Por Dios, Engracia!.... Figurémonos que somos otro Pablo y otra Virginia... y cuando esto no sea, ¡prójimos, nada más!

Engracia. No es desprecio: es que.... no me puedo resolver....

Modesto. Pues bien, apelemos á otro arbitrio. Imitador de san Martin, aunque indigno, partiré la capa en dos pedazos....

Engracia. No, no! qué locura!

Modesto. Aquí traigo una navajita....

[La saca y se dispone á dividir la capa.]

Manuela. [Interponiéndose.] No lo permito. Una capa nuevecita!

Engracia. Ni yo debo consentirlo.

Manuela. Y sería un sacrificio inútil. Bajo una capa se cobijan bien dos individuos; pero media capa no socorre á nadie.—Vamos, decídase usted.—No digo? Ya está hecha una sopa. Siquiera mi manton es un poco más fuerte, y yo tambien.—Ea, acabemos!

Engracia. Jesus!....

Modesto. Prefiere sin duda una pulmonía á deberme algo á mí.—Bien está. Mal que á usted le pese, una misma será la suerte de los dos. Quédese la capa sobre este ribazo, y admire el orbe, cuando lo sepa, nuestro necio martirio y nuestra ridícula heroicidad.

Engracia. ¿Cree usted, ingrato! que su salud no me interesa tanto por lo ménos como á usted la mia? (Ah! qué he dicho?)

Modesto. Prenda amada!

Manuela. Qué diantre!.... ¿No hemos juntado ya comiditas? ¿no hemos dormido bajo un mismo techo?

Engracia. Confieso que la situacion apremia y me disculpa....; pero bien conocerá usted que sólo de un padre ó de un hermano podria yo...., deberia yo aceptar ese servicio.

Manuela. [Con prontitud.] Ó de un esposo.

Engracia. Ah! qué dices?

Modesto. Lo primero no está en mi mano; lo segundo sí, y en mi mente, y en mi corazon; pero Engracia no me juzga digno de tanta gloria.

Engracia. Digno.... sí; gloria.... quizá.... ¡Por la Virgen, no abuse usted del conflicto en que me veo!

Manuela. Vamos! ¡Si no hay remedio.... Si es cuestion de vida ó muerte! [A don Modesto.] ¡Pronto, póngase usted esa capa! [Lo hace D. Modesto.] Ampárese usted en ella, señorita de mi alma: es capa conyugal.... y en cierto modo, *pluvial* tambien, pues defenderá á usted del agua.

Engracia. Sea, pues no hay otro recurso. [Se arroja tímidamente con una punta de la capa.] Pero.... ¡contraer segundas nupcias!....

Manuela. Al año casi de haber enviudado!.... y en tal apuro!.... ¿Quién no la absolveria á usted?

Engracia. ¡Yo prometida esposa de un hombre á quien hace pocas horas no conocia!

Manuela. El amor, harto *diligente* ya de por sí, ¿no ha de serlo embutido en una *diligencia*?

Engracia. Qué esponsales, gran Dios! ¡En un despoblado, entre tinieblas y en medio de un deshecho temporal!

Manuela. Esponsales románticos, es decir, interesantes hasta lo sumo, que darán á ustedes, y á mí tambien, gran celebridad.

Modesto. No es menor mi asombro, bellísima Engracia, al verme tan radicalmente cambiado; pero la Providencia, que sin duda nos crió al uno para el otro, ha querido disponerlo así. Si recuerda usted todos los accidentes del viaje, y en particular el último, habrá de confesar que no sin designio nos ha juntado; que leyendo en nuestros corazones mejor que nosotros mismos, ha preferido unir en tierno y feliz consorcio á los que ayer hacian vano alar-

de de sublime virtud, y mañana quizá habrían de gemir bajo el peso de tardío, y desgarrador, y criminal arrepentimiento.

Engracia. Ah! tiene usted razon: justo es acatar los decretos del Altísimo.....

Manuela. Y más cuando está tan de acuerdo con ellos nuestro corazon.—Pero abríguese usted bien.

Engracia. Basta.....

Manuela. ¿Qué ha de bastar, si apenas cubre usted la espalda..... Con ese pueril regateo, ni usted ni él se guardan de la intemperie. Más juntitos! ¿Cómo ha de ser!....

Engracia. Bien..... pero que me jure.....

Manuela. Sí jurará.

Modesto. Engracia mía!

Manuela. Eh, todavía no! Primero voy yo á casar á ustedes.

Engracia. Muchacha!

Manuela. No con la autoridad de párroco: ¡Dios me libre de semejante sacrilegio! sino así..... provisionalmente, como testigo de excepcion, único..... providencial; como instrumento lego, pero abonado, de la voluntad celeste.

Engracia. Yo invoco tambien la ley de la inexorable necesidad.....

Modesto. Qué! ¿sin ella.....

Engracia. Sin ella sería usted siempre muy merecedor de mi cariño y de mi mano; pero daríamos tiempo al tiempo.....

Manuela. Aún está ó quieré parecer un poco recalcitrante.—Excúsela usted: su puntillo lo exige.....—Ahora bien: señora doña Engracia Manrique, ¿acepta usted por esposo al señor don Modesto..... Cómo?

Modesto. Bonifaz.

Manuela. Bonifaz?

Engracia. Sí acepto.

Manuela. Señor don Modesto Bonifaz, ¿otorga usted su mano á la señora doña Engracia Manrique?

Modesto. Sí otorgo.

Manuela. Amén! La Iglesia sancionará luego esas promesas, de que yo, fiel de fechos con faldas, certifico como más haya lugar en derecho. Entre tanto, yo os doy mi enhorabuena y mi bendicion.

Modesto. Oh admirable Manuela! Tienes en ella un tesoro, esposa mia.

Manuela. Ya se apean el tratamiento. ¡Albricias!

Engracia. Oh! sí, mi querido Modesto; es mi mejor..... mi única amiga.

Manuela. Sí tal; pero ¡á Jadraque! ¡á Jadraque! Qué esperamos ya?

Modesto. Parece que el cielo se va despejando.....

Engracia. Indicio tal vez de que Dios acoge nuestros votos.

Manuela. Quién lo duda? Y el cierzo amaina, y..... Oh! la luna aparece tambien, limpia, esplendente y en toda su magnitud.

Modesto. Precursora de otra más grata; de la luna de miel.

Manuela. Saludemos con efusion al astro de la noche. [*Cantando.*] *Casta Diva..... Casta Diva.....*

Engracia. Eh! calla, atolondrada. Marchemos.....

Manuela. Y alabemos á Dios, que todo lo ha ordenado para vuestra felicidad, y para que, unidos en casto vínculo, le sirvais y adoreis.—Mas no porque esta aventura haya tenido tan honesto y dichoso término, deja de ser uno de los más sentenciosos y verdaderos el refran que dice: *Entre santa y santo, pared de cal y canto.*



MARÍA Y LEONOR,

ó

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro del Principe el dia 16 de Enero de 1863.

PERSONAS.

LA CONDESA.

LEONOR.

FULGENCIO.

D. ALFONSO.

LUPERCIO.

D. BERNARDO.

La accion pasa en el Cabañal de Valencia.

ACTO PRIMERO.

Fachada de la alquería de D. Alfonso, en el foro, con puerta practicable, que deja ver á corta distancia un jardin y en lontananza el mar. Á cada lado de la puerta habrá una reja con persianas corridas, y un espeso emparrado dará sombra á la entrada de la alquería.

ESCENA I.

LA CONDESA. LUPERCIO.

[*Llegan por la derecha.*]

Condesa. No pasemos adelante:
esa es la finca rural
que busco.

Luperc. Es fácil aquí
una por otra tomar
cuando en calles y viviendas
hay tanta uniformidad.

Condesa. Esa es: tiene un emparrado
que no tienen las demas.
Llame usted.

Luperc. [*Acercándose á la alquería.*]
Voy..... Es inútil;

que asoma por el zaguan
quien puede darnos razon.....

[*Aparece Leonor saliendo de la alquería y dirigiéndose á la izquierda del foro.*]

ESCENA II.

LA CONDESA. LUPERCIO. LEONOR.

Luperc. (Bocado de cardenal!)

Condesa. Pregunte usted.....

Luperc. Señorita.....
Usted me ha de perdonar.....

Leonor. No hay de qué.

Luperc. Es usted de casa?—
No es pregunta de fiscal
la mía.

Leonor. Ya lo supongo.

Luperc. Ni mera curiosidad
la que....

Leonor. Bien está. Aquí vivo.
Qué tiene usted que mandar?

Luperc. Mi señora la condesa
de Fonsalubre dirá....

[Recíproca salutación muda de las
dos damas.]

Condesa. El asunto, señorita,
que, trayéndome á este umbral,
me proporciona el honor
de conocer y tratar
á tan bella criatura....

Leonor. Señora! Yo no....

Condesa. Sí tal.—
Pero iba usted á salir,
y es falta de urbanidad....

Leonor. Iba á hacer una visita
cuatro casas más allá;
mas, como es de confianza,
la haré despues: es igual.

Condesa. Siendo así...

[Aparte con Lupercio.]

Qué amable!

Luperc. Oh! mucho.

Leonor. Dígnese usted pues de honrar
el modesto albergue....

Condesa. Gracias.

Si usted no lo toma á mal,
debajo de este emparrado,
que oreando la brisa está,
departiremos un rato,
ya que este lindo lugar,
suprimiendo vanas fórmulas,
da al trato más libertad.

Leonor. No replicaré. (Es simpática.)

[Desde la puerta.]

Trae aquí sillas, Pilar.

[Una criada sale poco despues con
sillas, las deja bajo el emparrado, y
en seguida se retira. Las señoras y
Lupercio se sientan.]

Condesa. Va usted á decir sin duda
que es capricho original
el mio. Yo, que en Valencia
resido tres meses ha,
he venido aquí, hostigada
por el calor estival,
á bañarme,—por placer,
que no por enfermedad,—
en esa risueña playa.
Con lujo casi oriental
me hospeda una hermosa quinta
que he conseguido alquilar,

y de la cual puede usted
disponer.

Leonor. Gracias.

Condesa. Pero hay
entre mi quinta y la playa
un fatigoso arenal;
y aunque á mis yeguas, no á mí,
hace el tránsito sudar,
me mortifico en extremo
con esa contrariedad.
Ni alquería ni cabaña
queda disponible ya
de las de esta calle nueva,
que es la más próxima al mar.
No falta quien, presumiendo
que hay ménos dificultad
en hacerme propietaria
que huésped temporal,
me lo propuso, y ya cuento,
por algo se ha de empezar,
con una cabaña

Leonor. Sí?

Condesa. Mas tan reducida y tan....

Leonor. ¿Dónde....

Condesa. [Señalando á la derecha.]

Ahí, pared por medio
de esta alquería.

Luperc. Cabal.

Condesa. Y en el terreno que ocupan
las dos, puedo edificar
una habitacion que llene
todos mis deseos.

Leonor. [Con frialdad.] Ya.

Condesa. Es excusado añadir
que con placer singular
compraria yo esta finca.

Leonor. Dudo yo que esté venal;
y, en todo caso, conmigo
no habria usted de tratar,
sino con el dueño.

Condesa. Es claro.

Leonor. Y ha salido, y no vendrá
tan pronto....

Condesa. [Levantándose y se levantan tambien
Leonor y Lupercio.]

Yo volveré.—

Por quién he de preguntar?;
que aún no sé cómo se llama....

Leonor. Don Alfonso Mercadal.

Condesa. Á un jóven de ese apellido
trato con intimididad.

Leonor. ¿Quién...

Condesa. Don Fulgencio...

Leonor. ¿Qué escucho!

Condesa. Pariente suyo quizá....

Leonor. Es su hijo.

Condesa. De véras?

Luperc. (Su hijo!)

Condesa. Qué feliz casualidad!

[Á Lupercio.]

No sabía yo que fuese
vecino del Cabañal
nuestro amigo.

Luperc. Y propietario
justamente del hogar
que usted desea adquirir.

Condesa. Ahora bien, mio será;
que es Fulgencio muy galante
y tal su amabilidad,
que no negará á mis ruegos
su intercesion eficaz.

Leonor. (Ah!)

Luperc. Nadie, y ménos que nadie
Fulgencio, rehusará
servicio tan subalterno
á dama tan principal.

Leonor. (Cielos!)

Condesa. [Aparte con *Lupercio.*]

Creo que se turba.

Luperc. Sí, algo.....

Leonor. (Será su galan?)

Condesa. Y espero que usted tambien,
hermosa.....

[Aparte con *Lupercio.*]

Lo es en verdad.

Luperc. No tanto... (Ah!)

Condesa. Me hará el obsequio
de influir con su papá.....

Leonor. No es mi padre don Alfonso.

Condesa. [Aparte con *Lupercio.*]

No son hermanos! ¿Serán.....
amantes.....

Luperc. ¿Quién sabe....

Leonor. Huérfana

desde la más tierna edad,
soy pupila suya; pero
no le amaria yo más
si fuera mi padre.

Condesa. Aplaudo

ese tierno amor filial
y envidio..... (Oh tristes memorias!)
Pero volvamos á hablar
de la finca. Lo confieso,
es mi empeño tan tenaz,
que á cualquier precio.....

Leonor. Si usted,

dama de alta calidad,
cuando, lo debo inferir,
tiene sobrado caudal
para levantar palacios
y puede con dignidad
morar en ellos, codicia,
por un capricho fugaz
sin duda, la posesion
de este rústico solar;
considere usted, señora,
cuánto atractivo tendrá
para quien bajo ese techo,
que yo aprendí á venerar
desde niña, tantos años

gozó de dicha y de paz.

No, no querrá don Alfonso
su alquería abandonar;
que si fastuosa no ostenta
timbres de alcázar feudal,
en ella—ay Dios! fallecieron
sus padres que en gloria están.
Y cuando mi buen tutor,
fiel y bravo militar,
con más heridas que medros
volvió á su suelo natal,
la salud y la alegría
logró en ella recobrar;
y unida á su corto sueldo
la herencia patrimonial,
puede, si con lujo nó,
con decoro y sin afán,
prometerse á nuestro lado
dulce vida patriarcal,
¡que más allá de la mia
quiera el cielo prolongar!

Condesa. No hay goces que se comparen
en la humana sociedad
con los goces de familia;
pero la época actual
propende á ensanchar su esfera,
y es sobrada austeridad
cuando la buena fortuna,
merecida aunque casual,
llama, niña, á nuestra puerta,
no abrirla de par en par.
¿Qué perderá don Alfonso
en venderme este local
cuando yo vengo resuelta
á doblar, á triplicar
su precio?

Leonor. [Enternecida.] Es de agradecer
tanta generosidad,
señora, y no seré yo,
aunque con harto pesar
dejaria esas paredes
asilo de mi orfandad,
no seré yo quien se oponga
hoy ni nunca al bienestar
del que cuidó de mi infancia
con ternura paternal.....
y de.... su hijo. Á la de ambos
someter mi voluntad,
es dulce deber de mi alma
agradecida y leal.

Condesa. (Lágrimas!....) Si llora usted
dará al traste con mi plan;
que no tengo, yo, hija mia,
entrañas de pedernal.
No turbe, no, mi egoismo
ese apacible solaz
de una vida sin zozobras,
campestre, pura, frugal
en que funda usted su dicha.

Leonor. ¿Y por qué se ha de privar
usted..... Mi tutor acaso
y Fulgencio aceptarán.....

Luperc. Y algun feliz expediente

podrá acaso conciliar
los deseos de ambas partes.
Puede haber un tribunal,
desconocido en la curia,
que dicte, sin apelar
á la ley de expropiacion,
una sentencia arbitral,
ex æquo et bono....

Condesa. [*En voz baja.*] Lupercio!

Luperc. He dicho.

Condesa. Adios. Tiempo habrá
de ventilar ese asunto,
que, por cierto, no es vital
para mí. Perdónese usted
que le haya hecho demorar
su visita....

Leonor. Oh! no era urgente....

Condesa. Y permita que, en señal
del afecto que me inspira,
bese....

Leonor. Honra usted mi humildad.

[*Se besan.*]

Condesa. Qué linda!—¿El nombre....

Leonor. Leonor. *Leonor.*

Condesa. Bonito, y nada vulgar.

Luperc. Reinas se honraron con él
en España y Portugal;
Calderon le hizo famoso;
pero ya--fatalidad!--
no queremos ser castizos
ni en la pila bautismal.

Condesa. [*Retirándose de la alquería con Lupercio.*]

Adios, Leonorcita.

Leonor. Adios.
(Me encanta... y me hace temblar!)

[*Desaparece por la izquierda del foro.*]

ESCENA III.

LA CONDESA. LUPERCIO.

Condesa. ¡Qué cuadro tan halagüeño
y cómo me ha conmovido!
Qué candor!.... Daré al olvido
mi vano y frívolo empeño.

Luperc. Si en su pobre domicilio
con honores de tugurio—
perdóneme si le injurio—
su vida es perene idilio,
dejémosla con su idea
y en buen hora, para asombro
del mundo, cuelgue de su hombro
el zurrón de Galatea;
aunque ni *in diebus illis*
cuando cantaba Maron
desdenes de Coridon
y flaquezas de Amarfilis;

ni cuando sus cantilenas,
sin alterar la cartilla,
imitaron en Castilla
Garcilasos y Valbuenas,
pudo en obras y palabras
ser tan culto y tan bizarro
el ignorante zamarro
que cuida ovejas ó cabras.

Condesa. Mal mi pena se concilia
con ese lenguaje.

Luperc. Eh! yo....

Condesa. No es cosa de burlas, nó,
la dicha de una familia.

Luperc. ¿Qué oigo! ¡La dicha...

Condesa. Ay Lupercio!

Luperc. ¿Por qué lógica se infiere
que atenta á ella quien quiere
mejorarla en quinto y tercio?
Sin graduarle yo, por mofa,
de cerril pastor intonso,
¿tan mal vendrá á don Alfonso
una nuera de esa estofa?

Condesa. Pero Leonor ama á su hijo:
eso lo conoce un ciego.

Luperc. Ni lo afirmo ni lo niego.

Condesa. Su turbacion me lo dijo.

Luperc. Criada con él, no es mucho
que como á hermano le quiera.

Condesa. Por qué nó de otra manera?
Su llanto....

Luperc. Ba! Un arrechucho...

Perder temia el eden
donde hoy reina soberana;
y, al cabo, el amor de hermana
tiene sus celos tambien.

¿Y qué importa que esa bella
ame á Fulgencio en silencio,
si el consabido Fulgencio
no ama á la dicha doncella?

Condesa. ¿Será mucho que él se rinda
á su gracia angelical,
si á mí, mujer y rival,
me ha parecido tan linda?

Luperc. Cavilacion!.... ¿Cómo pues,
mientras lloraba su ausencia
Leonor, usted en Valencia
gemir le ha visto á sus piés?

Condesa. ¡Oh! tanto como eso, no.
Ciertamente que me hace la corte....

Luperc. Y usted será su consorte
ó quemó mis libros yo.

Condesa. Apenas hace ocho días
que usted le trajo á mi casa....

Luperc. Toma! En ménos tiempo abrasa
una deidad á un Macías.

Condesa. Aún no me ha pedido el sí....

Luperc. Mas con los ojos le implora.

Condesa. Aún no ha dicho que me adora.

Luperc. Sí tal: me lo ha dicho á mí.
Hágase usted más justicia
y no tema el parangon.
¡Con dama de tal blason
competir una novicia!

Condesa. Es amable....

Luperc. Pero ruda.

Condesa. Cándida....

Luperc. Pero pedestre.

Condesa. Tierna flor....

Luperc. Pero silvestre.

Condesa. Yo viuda....

Luperc. Pero ; qué viuda!

¿Quién niega su simpatía
á esa gracia singular
que en vano intenta nublar
sinistra melancolía?

Condesa. (Ay cielo!)

Luperc. Y, acá *inter nos*,
si á mí me toca esta vez
ser, bella Condesa, el juez
que sentencie entre las dos,
¿cómo dudar de mi fallo
cuando sabe usted—ay triste!
que, aunque me ha dejado alpiste,
toda el alma mía....

Condesa. [Con autoridad, pero sonriendo.]

Luperc. Eh!.... Callo.

Cuando caí en el garlito
harto necio fuí, señora,
y más lo sería ahora
reincidiendo en el delito.
Mal pudo salir indemne
de tan loca pretension
un estudiante gorrón,
sólo en lo pobre solemne.
Ciego obedecí al vehículo....

Condesa. No por pobre, nada de eso,
perdió usted aquel proceso,
sino....

Luperc. Ya sé: por ridículo.
Siempre ha sido y será cierto
que hombre á quien amor inflama
y hace reír á su dama,
ya se puede dar por muerto.
Otro que yo en un arranque
de orgullo desesperado
se hubiera quizá arrojado
de cabeza en un estanque;
mas, dúctil y servicial,
troqué en aquella ocasion
la tierna declaracion
en humilde memorial;
y usted, con la risa blanda
que sólo á mí no escasea,
tuvo la feliz idea
de acceder á mi demanda;
y yo el buen astro bendigo
que á la hora me elevó
de humilde criado....

Condesa. No:
mi confidente, mi amigo.

Luperc. Y aunque parezca sofística
mi evolucion y algo exótica,
aquella pasión erótica
tomó el carácter de mística.

¿Cómo, si no fuera así,
con abnegacion tan rara
para otro solicitara
lo que yo no merecí?

Condesa. Buen Lupercio!

[Le da la mano.]

Lo confieso,
que á usted no le oculto nada,
de Fulgencio estoy prendada,
con mirarle me embeleso.
Fijando en mí con placer
ojos dulces y expresivos,
él tambien ve en mí atractivos
que yo no creo tener;
y al mostrarme su adhesion,
de tal modo me la prueba,
que me parece que lleva
en la boca el corazon.—
Pero el mio se contrista
dudando si á mi riqueza
debo, más que á la belleza,
tan halagüeña conquista.

Luperc. No; esa duda es temeraria.

La amaria á usted lo mismo....,
quizá con más fanatismo,
si fuera usted proletaria.
Él es de masa distinta
que esa pollada sin fe....

Condesa. Pronto de dudas saldré,
porque hoy le espero en mi quinta.

Luperc. Oiga! eso tenemos?

Condesa. Sí.

Luperc. ¿Conque una cita....

Condesa. Oh, no es cita.

Me prometió una visita
cuando de él me despedí,
y en un parte telegráfico
me dice que hoy....

Luperc. Caro amigo!

Condesa. Pasará el día conmigo.

Luperc. Cuando digo que es seráfico!
Tras de usted viene el doncel,
y de Leonor no se acuerda!
Ya ve usted.... Mas no se pierda
la ocasion....

Condesa. ¿Qué....

Luperc. Firme en él!

Condesa. Cómo! ¿Ardides de coqueta
me aconseja usted?

Luperc. No tal,
sino.... una guerra leal....
Usted todo lo interpreta....
No quiero que usted claudique
para prenderle en la red,
sino que le exija usted
que opte....

Condesa. Basta.

Luperc. Que se explique...

Condesa. Ah! si alguno en el andén
no le espera, ¿quién le guía
á mí....

Luperc. Yo, señora mía.

Condesa. Vendrá en el próximo tren.

Luperc. Voy pues.....

Condesa. (Si vano delirio es mi encendida pasión,
Dios me dé resignación
para este nuevo martirio.)

ESCENA IV.

LUPERCIO.

En la volante y dogmática filosofía del vulgo, suele ser cada proverbio una verdad como un puño, y entre ellos, sin excluir los del mismo Pero-Grullo, no hay otro tan verdadero como aquel de *oros son triunfos*. Una viuda rica y joven ¿por qué pues duda del suyo?— Pero indicios vehementes de cariño más profundo que el de una hermana adoptiva han mostrado los singultos y el llanto de aquella moza; es hechicero su busto, y si, ántes del episodio de Valencia, ha habido arrullos de tórtola entre los dos;— que ni él ni ella son de estuco y es circunstancia agravante haberse criado juntos,— bien puede al verla de nuevo ser Fulgencio tan estúpido, que otra vez caiga en el lazo, y renuncie por escrúpulos livianos á la brillante señora de alto coturno con sobrados alicientes para el gasto y para el gusto. Sería este un contratiempo muy fatal á mi peculio; que Fulgencio y la Condesa, uncidos al casto yugo, de generosas albricias me colmarían á duo. No. La gratitud, y acaso del astro mio el influjo, de parte de la Condesa me ponen, y siervo suyo, ya que nada he prosperado cultivando otros estudios, fama ganaré y provecho en las aulas de Mercurio.— ¿Qué haría.... Oh feliz idea! Si aparentando un impulso de cristiana caridad á esa zagala descubro, haciendo del ladrón fiel, los amorosos preludios

de Fulgencio y la Condesa, es de inferir, que *ex-abrupto* rompa con él, suponiendo que como á esposo futuro le ame. Tiene al parecer su buena dosis de orgullo, y tocando yo con maña ese resorte, no dudo....

[Mirando hacia la izquierda.]

Ah! ya vuelve. Aún tardará el tren algunos minutos, y conviene anticiparme.... Sí; el llanto sobre el difunto.

ESCENA V.

LUPERCIO. LEONOR.

Luperc. Permita usted, señorita, si no le soy importuno....

Leonor. Qué quiere usted?

Luperc. Un momento de audiencia: pronto concluyo.

Leonor. De parte de la Condesa?

Luperc. No; de la mia.

Leonor. ¿Qué asunto....

Luperc. Uno que interesa á usted personalmente.

Leonor. Á mí!

Luperc. Mucho.

Desde el momento en que tuve la dicha y el gozo sumo de ver á usted....

Leonor. Caballero!....

Luperc. No me mire usted con zuño. No es una declaración de amor romántico y brusco la que á sus pies me conduce, aunque tan bello dibujo puede hacer prevaricar, no digo á mí, á un taumaturgo.

Leonor. Oh! acabemos.

Luperc. Yo, que siempre rendí fervoroso culto á la virtud y á las gracias, á dar á usted me apresuro un aviso saludable.

Leonor. [Impaciente.]

En fin, sepamos....

Luperc. Barrunto, y en la interesante escena que he presenciado lo fundo, que ese tierno corazón es ya amoroso tributo....

Leonor. ¿Cómo.... De quién?

Luperc. Claro está: de don Fulgencio.

Leonor. Y, pregunto,

es usted mi confesor?

Luperc. No tal.

Leonor. Ó mi juez?

Luperc. No usurpo
ni á la toga ni al altar
sus sagrados atributos;
pero.....

Leonor. Qué! ¿no soy yo libre
para amar.....

Luperc. Es inconcuso
derecho el de amar que yo
ni á usted ni á nadie disputo;
pero, aunque fe no merezca
un embajador intruso,
y aunque contra mi señora
en la fea nota incurro
de chismoso, sepa usted—
si no lo digo, me pudro—
que es su rival la Condesa.

Leonor. (Ah! Bien temia.....)

Luperc. Y que el pulcro
mancebo la corresponde.

Leonor. ¡Qué me importa...

Luperc. Esto ya es público
en Valencia.

Leonor. (Santo Dios!)

Luperc. Hoy le espera aquí...

Leonor. (¿Qué escucho!)
Aquí!

Luperc. Es decir, en su quinta.—
Me aflijo, me apesadumbro,
créalo usted! al pensar
en tan inicuo perjurio.

Leonor. Oh! No hay tal perjurio. Es rara
porfía.....

Luperc. Si no es perjurio,
tanto mejor, señorita:
se libra usted de un insulto
que no merece, y Fulgencio
será un prócer, casi augusto,
cuando Himeneo le enlace,
por lo cual le congratulo,
y á usted tambien...

Leonor. (Qué suplicio!)

Luperc. Con una dama de rumbo,
no sin mérito en verdad,—

[Contemplando á Leonor.]

aunque como ese ninguno!

Leonor. Basta!

Luperc. Y aun está en la flor
de la edad, y hace en el mundo
gran papel, y lleva un título
sonoro, si nó vetusto,
y un dote que, por mi cuenta,
pasa de un millon de duros.

Leonor. Sin esa heráldica pompa,
sin ese ostentoso lujo
(Dios mio, dadme valor!)
prender á Fulgencio pudo
la gracia de la Condesa,
que á mí propia me sedujo.

Luperc. Su alma de usted, tan extraña

IV.

al vil interes inhumano,
desdeña esas vanidades,
esas glorias, que son humo,
polvo, nada!.... Ay Leonor!
De corazones tan puros
menguada es ya la cosecha.
Feliz quien merezca el tuyo!
¡Feliz yo si.....

Leonor. [Con enojo.] Señor mio!....

Luperc. (Ya he dado, como acostumbro,
una pifia garrafal.)
Perdon! Tenga usted por nulo
lo que..... Ay! no se hizo la miel
para la boca del burro.

[Mirando á los bastidores de la iz-
quierda.]

(¿Qué veo!)

Leonor. (Está loco ese hombre?)

Luperc. (Allí á Fulgencio columbro....)
Un *lúpsus*.... Perdone usted....
(Se pára.... Vacila....) Un flujo
de palabras.... (Ah! flechado
viene hácia aquí. Yo me escurro....)

[Leonor medita y no le oye.]

Abur. (Estaré en acecho.
Si ahora aprietan más el nudo
que romper ha pretendido
mi oficiosidad, me luzco!)

[Vase por la derecha.]

ESCENA VI.

LEONOR.

Adios, mi dorado sueño!
De hoy más, amargura, luto!....
Mas con lágrimas y quejas
turbar la dicha no es justo
de Fulgencio. Dios me inspira....
Apíádele mi infortunio!

[Se dirige á la alquería, y sale á su
encuentro Fulgencio, que llega por la
izquierda.]

ESCENA VII.

LEONOR. FULGENCIO.

Fulg. Leonor!

Leonor. (Ah!) ¿Qué veo! ¡Tú!....

Fulg. Abrázame, prenda mia.

Leonor. [Recibiendo con frialdad el abrazo.]

Fulgencio!.... No te esperaba
tan pronto....

Fulg. (Apénas me mira!)

Ni yo de ti tal tibieza.

31

Leonor. Tu llegada repentina....
 ¿Por qué no avisar.... (Dios mío!)
Fulg. ¿A qué anunciar mi venida
 cuando el tránsito es tan corto?
Leonor. Bien dices.
Fulg. (¿Tendrá noticia....)
Leonor. ¿Recibiste el grado....
Fulg. Sí;
 tres días ha. Dame albricias.
 Ya soy licenciado en leyes.
 Supongo que, aunque tan tibia
 me recibes, no te pesa....
Leonor. Dudarlo es una injusticia.
 ¿Cómo han de pesarme á mí
 las glorias, las alegrías
 de usted....
Fulg. Usted! ¿No soy ya
 tu hermano? ¿Qué significa....
 Tienes de mí alguna queja?
Leonor. [Con viveza.]
 No, no! En qué la fundaría?
Fulg. Pues ¿por qué tan.... diplomática
 conmigo?
Leonor. Ya no soy niña,
 y el qué dirán....
Fulg. Qué simpleza!
 Harto lo eres todavía
 pues tan pueriles escrúpulos
 te asaltan. Lenguas malignas
 no pueden menoscabar
 nuestra honra siempre limpia.
 Ó hálame con más llaneza,
 ó confiesa que te dicta
 algun oculto motivo
 ceremonia tan ridícula.
Leonor. Yo....
Fulg. Pero mi padre.... Entremos....
Leonor. No está. Don Pedro Zaldívar
 le ha convidado á almorzar.
Fulg. Sí? Bien. La ocasion se brinda
 para que hablemos á solas.
Leonor. De qué? (Ay! harto lo adivina
 mi corazon.)
Fulg. Vas á oír,
 no sé si adversa ó propicia....
Leonor. Habla.
Fulg. Una revelacion....
Leonor. (Pudiera excusarla.) Oh! dila.
Fulg. [Contemplando á Leonor.]
 (Sí, mi amor primero es ella....;
 el único! Mi delicia,
 mi bien está en esos ojos....
 cuando otros no me fascinan.)
Leonor. Habla pues. Qué te suspende?
Fulg. Profunda pasion me agita,
 y bien puedes comprender,
 sin que mi labio lo diga,
 que es amor.
Leonor. Sensible y jóven,
 no extraño....
Fulg. Amor sin mancilla....

Leonor. No lo dudo....
Fulg. Como el alma
 de la hermosa que lo inspira.
Leonor. (Triste evidencia!) Su nombre....
 para que yo le bendiga.
Fulg. Su nombre, y tú bendecirle!
 Pues ¡qué! mutua simpatía
 ¿no te ha dicho ya quién es?
Leonor. (¿Será posible....)
Fulg. ¿Qué dicha
 puede haber para Fulgencio
 que contigo no divida?
 Que yo te nombre á mi amada!
 Acaso lo necesitas?
 Ó la cándida modestia
 te hace juzgar de ti misma
 con extremado rigor,
 ó más que creí maligna
 y melindrosilla, quieres,
 prolongando mi fatiga,
 dar así más alto precio
 á mi anhelada conquista.—
 Mi formal declaracion
 oiga usted, pues, señorita.
 Acogió mi digno padre
 en su hogar á una pupila
 á quien me unió desde niño,
 entre inocentes caricias
 tierno afecto, cuya índole
 yo propio no conocia.
 Qué más? Durante la ausencia
 que felizmente hoy termina,
 la paz del alma perdí,
 sin saber que te ofendia,
 entre las mil seducciones
 que á la juventud insidían
 en esa alegre ciudad
 que es de España maravilla.
Leonor. (No me han engañado!)
Fulg. Iluso
 gozaba ya en perspectiva
 grandezas, lauros, placeres....
 Tal vez ya mi alma novicia
 al canto de una sirena
 iba á rendirse cautiva....
Leonor. (La ama, sí!)
Fulg. Mas por fortuna
 la razon, aunque tardía....
Leonor. (La razon!....)
Fulg. Vino en mi auxilio
 cuando ya estaba á la orilla
 del precipicio; y tu imagen,
 dulce como nunca y linda,
 se me apareció; y entonces,
 entonces, prenda querida,
 pasado el extraño vértigo
 que extravió mi fantasía,
 vi que por ti, por ti sola
 de amor esta alma delira;
 que de bastardas pasiones
 debe triunfar la legítima,
 que tú, tan grata á mis ojos
 desde el alba de la vida,

eres la adorable esposa
que el cielo á mi fe destina.
Leonor. (¡La ama, y por delicadeza
su gloria me sacrifica,
su bienestar!....)

Fulg. No respondes!

Leonor. (Valor!) Mucho me honraria,
sobre tantos como ya
debo á esta noble familia,
el favor inesperado
con que mi humildad sublimas.

Fulg. Qué! ¿te sorprende....

Leonor. Favor
que otras verán con envidia
y yo en el alma agradezco;
pero.....

Fulg. ¿Qué oigo! ¿No te dignas....

Leonor. Ni merezco yo tu mano.....
ni quiere Dios que la admita.

Fulg. Por qué? No alcanzo.... Ah! tal vez
con tu desvío castigas,
no ya mi culpa, si es culpa
la intentada y no cumplida,
sino mi sinceridad.

Leonor. No te acuso de perfidia,
Fulgencio. Si tal hiciera,
con qué derecho lo haria?

¿Qué sagrado juramento

ó qué promesa nos liga....
Fulg. Cref....—necio error el mio!
que en silencio se entendian
nuestras almas....

Leonor. (Ay!)

Fulg. Ya veo
que no me amas....

Leonor. Como amiga,
como tierna hermana, sí;
pero....

Fulg. Acaba! (¿Quién diria....)

Leonor. Pero de otra suerte, no.

Fulg. (¡Y con el alma contrita
venia yo....)

Leonor. (¡Virgen santa,
perdona mi atroz mentira!)

Fulg. *Leonor.*.... Á tu libertad
no atentará mi porfia.
Me resignaré.... Sin duda
ya tu corazon domina
otro amor....

Leonor. Yo.... (Consumemos
el sacrificio.)

Fulg. Suspiras!

Leonor. Sí, otro amor.... (Tambien ahora
miente mi lengua sacrilega.)

Fulg. Más merecedor será
que yo de tan alta dicha,
pues le has preferido á mí.

Leonor. ¿No entras....

Fulg. Ahora no. Precisas
diligencias me lo impiden.

Leonor. (Ay de mí!)

Fulg. Despues....

Leonor. (La cita!)

Fulg. Adios!

Leonor. (Casi le agradezco
que tan pronto se despida.)
Adios! (¡Mátame el dolor
y él no vea mi agonía!)

[Entra en la alquería, y entorna la
puerta.]

ESCENA VIII.

FULGENCIO. LUPERCIO.

Fulg. ¡Un nó me cierra el camino
cuando vuelvo á su querencia!
Mentia pues mi conciencia
en pugna con mi destino.

Luperc. [Llegando.]

(Él medita aquí en silencio;
ella en la casa se encierra.
Declarada está la guerra:
no hay duda.)

Fulg. (Vamos!...)

Luperc. Fulgencio!

Fulg. Ah! Lupercio!...

Luperc. Al grato anuncio
de tu venida, mi fe
me trae.... (En guardia estaré;
no me coja en un renuncio.)
Te busco, fiel mayordomo,
para llevarte á la quinta....
Pero ó me engaña la pinta,
ó vienes.... qué sé yo cómo?

Fulg. Ah!

Luperc. Suspiras! ¿Quién así
turba el venturoso dia
que amor....

Fulg. En esa alquería
vive mi familia.

Luperc. Sí?

Fulg. Por mi bien, ó por mi mal,
que aún no lo sé, me condujo
á ella....

Luperc. Comprendo: el influjo
de la sangre: es natural.

Fulg. Otro, aunque amo y reverencio
á mi padre, otro más fuerte
me arrastraba...., oh ciega suerte!,
ó yo lo cref....

Luperc. Fulgencio!

Fulg. Creció una niña á mi lado....

Luperc. Ya; angelical, pudibunda....

Fulg. Á cuya dulce coyunda
me cref predestinado.

Luperc. Mas de la sándia pastora
y de su techo pajizo
triunfó con mágico hechizo
la Condesa mi señora.

Fulg. Yo temí que, aunque rendidos
á irresistible atracción,
no estuviese el corazón
acorde con los sentidos.

Luperc. Vaya si eres metafísico!
Si tanta es tu sutileza,
pronto pierdes la cabeza.....

Fulg. Ay Lupercio!

Luperc. Ó mueres tísico.

Fulg. Más de dos y más de tres
creerán, dije para mí,
que á Leonor ingrato fui
por el sórdido interes.—
En fin, así cavilando
vuelo aquí como á mi centro,
y ante sus ojos me encuentro
sin saber cómo ni cuándo.
¡Y la puerta del eden
suspirado se me cierra!

Luperc. Cómo!....

Fulg. Sí; de él me destierra
con el más frio desden.

Luperc. (Bravo!) Tu necio capricho
tal merece, hablando en plata,
porque.....

Fulg. No me ama la ingrata!

Luperc. Ella misma me lo ha dicho.
(Bien haya mi diplomacia!)
El chasco será más grave
si la Condesa lo sabe
y pierdes tambien su gracia.—
No! Toda es tuya, lo sé,
aquella alma ardiente y noble,
y no es de partida doble,
como la tuya su fe.

Fulg. No ha sido doblez la mia,
sino.....

Luperc. Una duplicacion:

qué mas da?
Fulg. Yo.....

Luperc. En conclusion,
ha sido una tontería.
Pese á las lindas patrañas
de bucólicos poetas,
sí en el gran mundo hay coquetas,
no faltan en las cabañas.

Fulg. Sí; necio y acaso aleve
he sido y mi platonismo
ridículo anacronismo
en el siglo diecinueve.
Vana razon no me arguya
contra la excelsa mujer
que anega el alma en placer
con cada mirada suya.
Y es razon que me desdora
la que falaz me convida
á adorar á quien me olvida
y olvidar á quien me adora.

Luperc. Vamos á la quinta pues
donde, siendo yo tu heraldo,
cautivo otra vez Reinaldo
vuelva de Armida á los piés;
y aunque pese á la cohorte
de empalagosos rivales
que la hartan de memoriales
en Valencia y en la Corte,
ríete, feliz galan,
de patriarcales costumbres
y de rústicas techumbres;
que tú no eres un gañan;
apaga aquí el incensario,
ó hago contra ti un romance,
y resignate al percance
de ser—ay Dios!.... millonario.

[Vanse de bracero por la derecha.]

ACTO SEGUNDO.

Jardin con arbolado en la quinta que habita la Condesa. La puerta de comunicacion con la casa estará á la derecha del actor. Sillas y un banco en el proscenio.

ESCENA I.

FULGENCIO. LUPERCIO.

[Aparecen sentados y fumando.]

Fulgencio. Adorable mujer! Qué gentileza!
qué amenidad en su apacible trato!

Lupercio. Qué muebles! qué riqueza! qué aparato!

Fulgencio. Pero, sin ostentar necia arrogancia,
une la dignidad á la franqueza,
la grata sencillez á la elegancia.

Lupercio. ¡Y qué opíparo almuerzo,
á cuya simple vista

recibió ya mi estómago un refuerzo!
 ¡Qué talento y qué tacto
 de verdadero artista;—
 el término es exacto;
 que si tal nombre usurpa un zapatero,
 ¿por qué negarle á un hábil cocinero?—
 ¡qué talento, repito,
 ha mostrado el que paga la Condesa
 para excitar, no ya nuestro apetito;
 que nunca están sin él los estudiantes,
 sino el del más austero cenobita
 ó el del más estragado sibarita!
 ¡Cómo hermanando atmósferas distantes,
 en amigable pacto
 ha sabido despótico
 unir el fruto indígena al exótico,
 ya en sabrosos manjares peregrinos,
 ya en variedad de regalados vinos!
 Así, no cual Melendez ni Villegas
 y otros no ménos cándidos colegas,
 así, aunque Baco me propine un cólico,
 yo admito y amo al género bucólico.

Fulgencio. Más que todo ese lujo,
 que ponderas gastrónomo entusiasta,
 el dulce agrado que con él contrasta
 en mi alma ejerce poderoso influjo.
 No, no es fascinación como creía
 lo que me rinde así y así me halaga;
 es que su alma y la mía
 Dios ha formado en plácida armonía.
 No al conjuro obedezco de una maga
 cuando su vista de placer me embriaga;
 ni amo en ella á la espléndida señora,
 sino las altas prendas que atesora.

Lupercio. Mas tu amor póco medra
 con que á mí me lo cuentes. Qué te arredra?
 ¿Por qué esa lengua, para mí tan franca,
 en presencia del ídolo se atranca?

Fulgencio. Porque temo, Lupercio.....

Lupercio. Sí, temes que al pedir su mano blanca
 crea que ves en ella un buen comercio
 y que pagas tributo,
 no al flechador Cupido, sino á Pluto:

Fulgencio. ¿Quién sabe.....

Lupercio. Á un lado escrúpulos de monja!

Ni ella por combatirlos incurriera
 en la tonta y ridícula lisonja
 de descender de su elevada esfera,
 ni puede en su virtud acreditada
 hacer mella el demonio.
 No esperes de ella nada
 sin la prévia sancion del matrimonio.

Fulgencio. Tal creo, y á ser otro mi concepto,
 ni tan perdido soy ni tan inepto,
 que quisiera yo aquí, galán ó novio,
 solicitar mi oprobio.
 Mas, aunque anhelo en venturoso lazo
 unirme á la Condesa,
 siento..... No sé..... Un rubor...., un embarazo....,
 un.....

Lupercio. Acaba. Un atroz remordimiento.....

¿Vuelve acaso á encenderse la pavesa
 de aquel pueril amor tan mal pagado?

Fulgencio. Creo que no; pero tomar estado.....
sin que mi padre.....

Lupercio. Horrible atrevimiento!

Fulgencio. Me dé su vénia.....

Lupercio. Tenla por segura.

Si fortunon tan sólido
rechaza el buen señor, será un estólido.
¿Y eres tú, por ventura,
menor de edad, ó pudorosa niña
que sale de un convento?

Fulgencio. Si yo.....

Lupercio. Me hace reir tu encogimiento.

Huye si temes que papá te riña.

Fulgencio. ¿Huir—ay Dios! del inefable encanto
que roba mi albedrío?

Huir!.... No tengo fuerzas para tanto.

Lupercio. Pues habla, pese al alma de un judío!

Cuando al más taciturno y timorato
hace atrevido y gárrulo el Champaña,
¿cómo, no siendo tú ningún novato,
á ti te pone mudo y turulato?
Nuevo es este fenómeno en España.

Fulgencio. Yo me declararé.....

Lupercio. Bien!

Fulgencio. Por escrito.

Lupercio. ¿Qué escucho!

Fulgencio. Con la pluma
tendré más libertad.

Lupercio. Pero, bendito,
cuando en su casa estás, cuando te abruma
con regalos y mimos y finezas,
y ahora el almuerzo á digerir empiezas
que excita mis encomios,
¿en vez de deshacerte en reconcomios,
te limitas—idea extrafalaria!
á una declaracion epistolaria?
¿No consideras que, si tal estudio
te ve poner, Fulgencio, en el prelude
de tu nupcial campaña, ha de achacarte
el mezquino interes de que hace poco
querias sincerarte?

Fulgencio. Tienes razon.

Lupercio. Pues ¡ánimo!

Fulgencio. Estoy loco.

Lupercio. Pues no eres niño tú ni ella es..... el coco,
deja esa timidez que me da grima.—
El crítico momento se aproxima.
¿Qué falta, cuando ya de vuestros ojos
el mutuo regodeo
ha dado en incesante escopeteo
á las aras de amor tantos despojos,
sino breves palabras, que sin duda
ménos dirán que su elocuencia muda?
Mientras aquí aspiramos negligentes
de sendos puros el cubano aroma,
delicia que, con ser omnipotentes,
fué negada á los Césares de Roma,
ella en el tocador con nuevo brillo
á la magna entrevista se prepara,
aunque á quien tanto iman tiene en su cara
bastaba ya su negligé sencillo.

[Se levanta.]

No tardará en venir: solo te dejo.

Fulgencio. [*Levantándose.*]

No; quédate. Perplejo....

Lupercio. Adios. No hay ya perplejidad que valga.

Fulgencio. Yo.....

Lupercio. Rompe á hablar, y salga lo que salga.

Ni á presenciar un triunfo me resigno

de que yo no soy digno;

ni, si bien lo graduó,

hacen falta tres voces para un duo.

[*Entra en la casa.*]

ESCENA II.

FULGENCIO.

Con sobrada razon le mueve á risa
mi extraña turbacion. Soy yo un novicio?
Balbuciente ó remisa
¿por qué ha de ser mi lengua ante la dama
á cuyo hechizo el corazon se inflama?
¿Qué crimen ó qué vicio
es la blanda atraccion que me embelesa?
Por ventura, el dictado de Condesa,
aunque no como á tal la solicito,
¿es un padron de infamia, un sambenito?
¿Tan abyecta es mi raza, por ventura,
tan vil mi condicion, que ser ingrato
prefiera á cometer el desacato
de elevar mi ambicion á tanta altura?
Cuando así la sublimo
y la venero así, ¿cómo, insensato,
no veo que á mí propio me deprimó?
Qué! por faltarme el oro que le sobra,
¿seré..... Ah! ya viene..... y vuelvo á mi zozobra.

ESCENA III.

FULGENCIO. LA CONDESA.

Condesa. Tira usted el puro al verme!
Trátame con más franqueza.
No es tal mi delicadeza,
que un poco de humo me enferme.

Fulg. Bondad de usted.....

Condesa. Sin embargo,
no tan bondadosa soy
como usted piensa, pues voy
á hacerle un severo cargo.

Fulg. Por qué?

Condesa. Pronto verá usted
que no sin razon le riño.

Fulg. ¡Cargo á mí.....

Condesa. Sí; de cariño.—

Pero no estemos de pié.

[*Se sienta en una silla y Fulgencio
en otra.*]

Cuando yo me despedí
para los baños de mar,
¿por qué á una amiga callar
que tiene usted casa aquí?

Fulg. Estaba en la inteligencia
de que usted ya lo sabía,
y no fué descortesía,
señora, ni inadvertencia
de tan pobre ofrecimiento
abstenerme; que una choza
á quien tales timbres goza
no es decente alojamiento.

Condesa. Le tengo á usted por veraz,
y aunque de altiva me acusa,
me satisface la excusa
y alzo bandera de paz.—
Pero, si bien lo examino,
no es incidente casual,
sino ley providencial
de nuestro mutuo destino
lo que á albergue tan risueño

hoy me ha llevado.
Fulg. Oh placer!
 ¿Ha honrado usted.....
Condesa. Sin saber
 quién de la finca era dueño,
 yo la quería comprar
 y en ella hacer mi morada
 sólo porque está situada
 casi á la orilla del mar.
 Pero no sonó muy bien
 mi designio caprichoso.....
Fulg. ¿A quién?
Condesa. Al ángel hermoso
 que guardaba aquel eden.
Fulg. (Leonor!)
Condesa. Hizo bien... (Se inmuta.)
Fulg. Ella.....
Condesa. No hay quien se desprenda
 sin pesar de su vivienda,
 siquiera sea una gruta.
 Yo no insistí en la demanda
 porque lloró la doncella,
 y cuando llora una bella
 aun en las mujeres manda.
 Mas ¡cuánta fué mi sorpresa
 al saber que la alquería
 al padre pertenecía
 del caro amigo.....
Fulg. Condesa!....
Condesa. Al momento presumí,
 y era cosa natural,
 que entre ella y usted.....
Fulg. No tal.
 Ella.....
Condesa. Dije para mí:
 Esta niña tan preciosa,
 que así el corazón me gana,
 ¿será de Fulgencio hermana....,
 ó su prometida esposa?
Fulg. Es pupila.....
Condesa. Ya lo sé.
Fulg. De mi padre.....
Condesa. Auto en favor.
Fulg. Huérfana.....
Condesa. Tanto mejor
 para interesar á usted.
Fulg. Como hermana, es justo, y cierto,
 pero no de otra manera,
 y si su mano pidiera
 predicaría en desierto.
Condesa. ¿Es posible.....
Fulg. Entre ella y yo
 nada el cariño difiere:
 como á un hermano me quiere;
 mas para marido, no.
Condesa. Creí, al ver que un mismo techo
 albergue fué de los dos,
 que criarlos plugo á Dios
 para nudo más estrecho,
 y cuando en ambos refleja
 de juventud al albor,
 ¿cómo pudiera el amor
 formar más digna pareja?

Fulg. ¿Quién, señora, á su dominio
 lindes poner osaría?
 No es el mundo una alquería,
 ni amor es un raciocinio.
 Tal vez diez años de trato
 al alma no dicen nada,
 y tal vez una mirada
 se la lleva de rebato.
Condesa. Fulgencio!
Fulg. Pero ¿qué fruto
 de rendirse un alma espera
 si otra no la remunera
 con recíproco tributo?
 ¿Y cómo á tan grato don
 he de aspirar si reparo
 que vino á mi alma el disparo
 desde tan alta region?
 ¿Cómo á tan preciosa alhaja
 aspirar cuando en la cuna
 y el mérito y la fortuna
 tanto y tanto me aventaja!
Condesa. ¿Por qué con esa humildad
 se juzga usted á sí mismo?
 ¿qué cuna ni qué bautismo
 hace á una mujer deidad?
 La que usted tanto releva
 en su amoroso desbarro,
 ¿qué puede ser, sino barro,
 como cualquier hija de Eva?
 Lujo, riquezas, blasones,
 ¿qué valen? Si otros les faltan,
 necias son las que se exaltan
 con tan efímeros dones.
 ¿No lo son de más virtud
 sobre honrado nacimiento
 unidos gracia y talento,
 discrecion y juventud?
 ¿Puede Himeneo á su altar
 pedir más dignas ofrendas?
 Mancebo de tales prendas,
 ¿á qué no puede aspirar?
 ¿Cuándo á la censura previa
 no echó el amor noramala?
 ¿Qué jerarquías no iguala
 y qué distancias no abrevia?
 No ha conocido el amor
 ni sabe sus rudimentos
 quien admira los portentos
 de telégrafo y vapor.
 Si nuevos en nuestra edad,
 para él no; que ha siglos mil
 inventó el ferro-carril,
 creó la electricidad.
Fulg. (Divina!) Creerá la gente
 maliciosa que á sus piés
 me arrastra el vil interes,
 no amor sincero y vehemente.
Condesa. Cuando hace amor con su encanto
 de dos almas una sola,
 y su mutua fe acrisola
 nudo indisoluble y santo,
 ¿qué importa que el negro diente
 rompa en ellos ilusoria

la envidia, como en la historia
de la lima y la serpiente?
La que el lauro mereció
de que usted tanto se asombra.....

Fulg. Yo.....

Condesa. Y ya que usted no la nombra...

Fulg. Oh!....

Condesa. Habré de nombrarla yo....

Fulg. Vida mia!

Condesa. Eso ya es algo.—
No le hace á usted la injusticia
de sospechar vil codicia
en corazon tan hidalgo.

Fulg. Oh! Dios lo sabe: jamás.....

Condesa. Si así juzgo yo, ¿por qué
ha de dar usted más fe
al juicio de los demas?

Fulg. Porque no tanto me engrío,
que merecedor me crea.....

Condesa. Quizá esa la prenda sea
que cautiva mi albedrío.

¿No es de las más relevantes
la modestia sin ficcion
en medio de esa legion
de mozuelos petulantes?

Y cuando á tantos apremia
del oro la ardiente sed,
¿no es ya un mérito en usted
librarse de esa epidemia?—

Ni yo mi orgullo limito
á los timbres y al dinero:—

perdone usted, caballero,
si su modestia no imito.

Perdon si á pensar me atrevo,
aunque incurra en un sofisma,
que algo soy yo por mí misma
sin el título que llevo.

Fulg. ¿Algo, y es usted emporio
de las gracias y.....

Condesa. No tal.

Fulg. Ese algo es lo principal
y lo demas, accesorio.

Condesa. ¿Me amaria usted quizás
sin la heráldica bambolla....

Fulg. Sí!

Condesa. Viuda de misa y olla....,
es decir.....

Fulg. Sí, mucho más!

Condesa. Pues bien, á un truque un retruque.

Yo amo á usted con fanatismo,
y le amaria lo mismo

aunque fuera un archiduque.
Mas ya que la Providencia

quiso darme á mí un condado
y hacerle á usted abogado,

llevémoslo con paciencia,
y sin más cuándo ni cómo,

fieles á porfía y tiernos,
querámonos..... por querernos,

y seamos..... lo que somos.

Fulg. ¿Á quién— oh amor! no persuades
cuando un ángel te interpreta
en cuya boca discreta

las argucias son verdades?

Ah Condesa!....

Condesa. No consiento
ser nombrada así.

Fulg. Señora.....

Condesa. Ni así tampoco! Ya es hora
de apearme el tratamiento.

Fulg. Pues merezco tal favor,

[Tomando la mano de la Condesa.]

permítteme...

Condesa. Así!

Fulg. Que bese
tu blanca mano.

[Lo hace.]

Condesa. ¡Ese es, ese
el pronombre del amor!

Fulg. Ah!....

Condesa. Mi frente no se cubre
de vergüenza, no, á fe mia,
porque me llame la *Guia*
condesa de Fonsalubre.
No es hereditario el título,—
ni vitalicio siquiera
si en mi conyugal carrera
llego al segundo capítulo.
Sábelo para consuelo
de tu esquivada democracia:
viuda, conservo la gracia;
casándome, viene al suelo.
Mas confieso que me agrada
porque fué don de mi esposo;
¡de aquel hombre generoso
que me sacó de la nada!—
No obstante, amor se horripila
con la jerga cortesana,
y yo, como fiel cristiana,
tengo mi nombre de pila.

Fulg. Le ignoraba y aún le ignoro.
Faltando la intimidad,
sólo tu alta calidad
conocia, y..... el decoro.....

Condesa. Sí, Condesa, Condesita.....
General costumbre es esa.

La que acierta á ser Condesa
no es otra cosa..... en visita;

y á la gente linajuda

agrada ese formulario;

mas no reza el calendario

á santa Condesa viuda.

Fulg. También yo con más placer
querré llamarte.....

Condesa. María.

Fulg. Dulce Mariquita mia!

[Se levanta la Condesa y tambien *Fulgencio*.]

Condesa. Ya lo has echado á perder.

Fulg. ¡Qué.....

Condesa. La menor variacion
al nombre santo y sonoro
de la alma Virgen que imploro

es una profanacion.
Mariquita! Á cualquier bruja
 se llama así.

Fulg. Pero.... yo....

Condesa. María he de ser, y nó
 Mariquita ni Maruja.

Fulg. Se ha visto donaire igual?

Condesa. Si hay algun donaire en mí,
 á ti te lo debo, á ti:
 la dicha me hace jovial.
 Tú en apacible expansion
 conviertes mi honda amargura:
 bálsamo es tu amor que cura
 mi ulcerado corazon.

Ay Fulgencio! Á esta mujer,
 en quien hoy ciega fortuna
 tantas mercedes aduna,
 vedado estaba el placer.

En vano de su tristeza
 buscó en el fausto el remedio.

La vida miró con tedio
 en su envidiada grandeza.

¿Qué mucho si mi alma ahora
 desusado gozo embarga
 viendo tras noche tan larga
 brillar tan risueña aurora?

Fulg. ¿Será menor mi alegría
 en momentos tan felices?
 Ah! si tu suerte bendices,
 qué diré yo de la mía?

Condesa. La mía es mayor sin duda.

Fulg. Si eso juzgas, yo lo alabo;
 pero no es posible....

Condesa. Al cabo,
 tú eres soltero, y yo viuda.

Fulg. Qué importa....

Condesa. Y aunque el escote
 debo yo pagar....

Fulg. ¿Quién piensa....

Condesa. Pingüe dote no compensa....

Fulg. Por Dios, no me hables de dote.

Condesa. Te enfadas? Lo digo....

Fulg. Quitá!

Más legítimo es mi enfado
 que el tuyo porque te he dado
 el nombre de Mariquita.

Condesa. Bien; no tengamos reyerta....

Fulg. Aunque me mate el pesar,
 si me vuelves á nombrar
 el dote, tomo la puerta.

Condesa. [*Enternecida y sobresaltada.*]

No, que serán embarazos
 de tu fuga, si á mi fe
 tan mal correspondes....

Fulg. Qué?

Condesa. Mis lágrimas y mis brazos!

[*Llora.*]

Fulg. María!

Condesa. Al ver que consigo
 lo que nunca merecí,
 estoy tan fuera de mí,

que no sé lo que me digo.
 Cuando en esta alma vacía
 sólo tu prestigio impera;
 y otro que ménos valiera
 tampoco la rendiria;
 y aunque aspire al galardón
 de ser tu feliz esposa,
 creo que á hacerme dichosa
 bastara tu estimacion,
 perdona á mi devaneo
 si en algun necio desman
 me hace incurrir el afán
 de asegurar mi trofeo.

Fulg. Basta! Quien mi dicha labra
 no puede intentar mi agravio.

Condesa. Sin querer manché mi labio
 con tan indigna palabra.
 Ni te diera yo más boga
 con mi nombre y con mi ajuar
 que la que puedes ganar
 vistiendo la noble toga;
 ni el oro que ya maldigo,
 si te enoja, guardaré.
 Inútil sin ti me fué;
 mira qué será contigo!

Fulg. No; guárdale. ¿Quién más digna....
 No se hable más del asunto.

Condesa. [*Enjugándose las lágrimas.*]

Fulgencio!

Fulg. Para dar punto
 repitamos la consigna.

[*Toma y estrecha la mano de la Condesa.*]

«Sin más cuándoos ni más cómoos....»

Condesa. [*Con amorosa jovialidad.*]

Fieles á porfía y tiernos....

Fulg. Querámonos.... por querernos....

Condesa. Y seamos.... lo que somos.»

ESCENA IV.

LA CONDESA. FULGENCIO. LUPERCIO.

Luperc. Vitor!

Condesa. Lupercio!

Luperc. ¿Por qué
 soltais al verme las manos
 que amor enlaza, cumpliendo
 mi venturoso presagio?

Fulg. [*Dándole la mano.*]

Lupercio, pídemle albricias.
 Soy el más afortunado
 de los hombres.

Condesa. [*Dándole tambien la mano.*]

Buen Lupercio,

felicíteme usted.

Luperc. Bravo!—
Pronto dará usted, supongo,
ocupacion al vicario
y á la juventud dorada
que la persigue un mal trago.
Ya que no puedo aspirar
á ser padrino de entrambos,
porque nõ tengo sindéresis
ni *ropa* yo para tanto;
pluma en ristre, á celebrar
el consorcio me preparo
escribiendo—

[*Á la Condesa aparte.*]

admire el mundo
este generoso rasgo
de abnegacion—

escribiendo,
si da usted su beneplácito,
una cáfila ramplona
de renglones mal rimados,
que osaré—¿cuándo no han sido
audaces los poetastros?—
llamar versos, y al conjunto,
poético epitalamio.

Condesa. Tendré mucho gusto en ello.

Fulg. No los haces tú tan malos....

Luperc. Que no los haya peores
en el moderno Parnaso.—
Pero el entrañable gozo
con que union tan bella aplaudo
me hacía olvidar..... Oh mundo!
Mientras dos seres humanos
su bienandanza recíproca
aquí están paladeando,

[*Señala á la casa.*]

allí gime un infeliz
de desdichas agobiado
y persecuciones.

Condesa. ¿Quién?

Fulg. Quién es?

Luperc. No sé. Un pelagatos
desconocido y anónimo,
que así puede ser un vago
como un grande hombre proscrito
por virtuoso ó por sabio.
Que es pobre, lo certifica
su astroso equipo. Yo, blando
de corazon, le iba á dar
seis reales y siete cuartos;
mas mi modesto subsidio
rehusa fosco y huraño.—
«Quiero ver á la Condesa,»
me dice con voz de mando;—
«no sé si estará visible»;—
«vaya usted á averiguarlo».
La compasion que me inspira
le liberta de un sopapo.—
Bien; espere usted, respondo,
y así pongo fin al diálogo,
dudando si el individuo

que me honra con tal mandato
es un pobre vergonzante
ó un pobre desvergonzado.

Fulg. ¿Quién será....

Luperc. Sea quien fuere
personaje tan aciago,
es ahora intempestiva
su presencia.

Condesa. No, al contrario.
Propensa siempre á hacer bien,
¿cómo no serlo en tan fausto
momento? Si á ese infeliz
demorase yo mi amparo,
indigna me confesara
de la ventura que alcanzo.
Que éntre.

Fulg. Nos retiraremos
nosotros.....

Condesa. No es necesario.....

Luperc. Ni prudente, que si abriga
algun designio bastardo.....

Condesa. No es de temer. Yo no tengo
enemigos..... Sí, apartaos;
mejor será. Ante testigos
tendria quizá reparo.....

Fulg. Sí.

Condesa. Breve será la audiencia.

Fulg. Pasearemos entre tanto
por el jardin.....

Luperc. [*En voz baja á Fulgencio.*]

Y estaremos
á la mira por si acaso.

Fulg. [*Andando hácia el foro.*]

Ven.

Luperc. Te sigo.

[*Acercándose á la puerta.*]

Pase usted
adelante, ciudadano.

[*Se va, siguiendo á Fulgencio. Un mo-
mento despues aparece D. Bernardo.*]

ESCENA V.

LA CONDESA. D. BERNARDO.

[*Don Bernardo, pobremente vestido, aunque con
limpieza y sin andrajos, se ha dejado crecer
la barba, y en su rostro descolorido y dema-
crado muestra siniestros indicios de deprava-
cion inveterada. Al principio de esta escena se
mantiene á cierta distancia de la Condesa, la
cual siente al verle instintiva repugnancia y
apénas le mira.*]

Bern. Larga ha sido la antesala,
señora.....

Condesa. [*Algo turbada.*] Yo...

Bern. No me pasmo...

Condesa. (Repulsivo es su semblante.)

Bern. Soy forastero, y no traigo cartas que me recomienden ni blasones nobiliarios que hagan para mí accesibles las puertas de los palacios.

Condesa. Harta recomendacion para mí es ser desdichado.

Bern. Así la voz popular me lo ha dicho. Sin embargo, como usted no me conoce, y hay quien vive de petardos y estafas.... (Qué estoy diciendo? Por poco no me delato yo propio.)

Condesa. [*Impaciente.*] En fin....

Bern. No he venido á tan miserable estado por acciones de que deba avergonzarme. Soy náufrago.....

Condesa. Náufrago!

Bern. Me explicaré. No en el mar Mediterráneo; en otro aún más proceloso hizo este buque naufragio; en el mar de la política.— Afiliada en otro bando, tal vez no se duela usted, señora, de mi quebranto.

Condesa. Y por qué no? La política está para mí en arábigo. Ni eso es propio de mujeres, ni cuando un necesitado acude á mí le pregunto jamás si es tirio ó troyano.

Bern. Pues bien, ya que usted abriga tan dulces y humanitarios sentimientos, va á saber mis cuitas.....

Condesa. No: es excusado.....

Bern. (Yo me guardaré muy mucho de espontanearme.) El tiránico gobierno que nos subyuga me persigue sin descanso y sin piedad, porque soy..... (qué diré?) republicano.

Condesa. Vaya por Dios!

Bern. Contra mí fulminó sañudo un auto de prision (esto es verdad.) No bien lo averiguo, salgo fugitivo de Madrid; por trochas y por atajos caminando dia y noche y dia y noche temblando, llevo á esa playa, y me alberga en su techo hospitalario un camarada tan pobre como yo. ¡Triste y precario refugio! Si algun esbirro olfatea el contrabando, perdidos somos los dos!— Pero, por dicha, en el Grao,

pronto ya á darse á la vela, hay un buque americano á cuyo bordo podrá ponerme, señora, en salvo.

Condesa. Y bien!....

Bern. (No he urdido mal el cuento.) Pero es el caso que no tengo una peseta, y cuesta el flete muy caro.

Condesa. Bien. Qué necesita usted?

Bern. Siento molestar.....

Condesa. Oh! Cuánto?

Diga usted.

Bern. [*Acercándose un poco.*]

Doscientos duros.

Condesa. Bien está. Mi secretario se los dará á usted ahora.

Bern. Tanta bondad.... (Mentecato! por qué no he pedido más?) Gracias. Firmaré un resguardo.....

Condesa. Es inútil.

Bern. [*Acercándose más.*]

Ah!.... Esa cara.....

La voz.....

Condesa. Qué?....

Bern. Vivo traslado es usted.....

Condesa. De quién?

[*Mirándole con más atencion.*]

(Oh Dios!

Juraria.....)

Bern. No me engaño.

María!

Condesa. (Él es!)

Bern. Prenda amada!

Condesa. [*Turbada y pesarosa.*]

(Oh rubor!) Yo.... ¿Desde cuándo... Yo ignoro.....

Bern. No me conoces?

No conoces ya á Bernardo? Tal te veo y tal me ves, María, que no lo extraño. Yo, sumido en la miseria, yo, triste y continuo blanco de infortunios y pesares, vuelvo á ti marchito, pálido...., repugnante quizá: tú, á quien riquezas y lauros próspera suerte prodiga, no has perdido—qué milagro?, ántes con creces ostentas tus peregrinos encantos.

Condesa. No más! En vano á mis ojos otra vez el ángel malo se aparece que de oprobio cubrió y duelo y lloro amargo mi adolescencia. Aquel dia en que, haciendo usted escarnio de falaces juramentos,

se rompió el odioso lazo
que á un monstruo me esclavizaba,
fué más feliz que nefasto
para mí. Dios inspiró
á mi corazon llagado
la resignacion cristiana
que le ofrecí en holocausto,
y de mi apagada fe
revivió el luciente faro
que por siempre me apartó
de la senda del pecado.
Bern. Culpable fui, lo confieso,
pero ¡cuán terrible el pago
de mi perfidia! (Apelemos
al alto estilo romántico.)
Desde entónces—ay! gemí
bajo el influjo de un astro
maligno. Penas sin cuento,
privaciones, sobresaltos,
remordimientos atroces
mi existencia funestaron.
Ausente de ti, ignoraba
tu paradero, y en vano,
cual otro judío errante,
vagaba un año y otro año
ansiando el feliz momento
de estrecharte entre mis brazos.

*[Lo intenta y al oír la exclamacion
imperiosa y despreciativa de la Con-
desa se detiene.]*

Condesa. Atras!

Bern. Cuando no el amor
en que de nuevo me inflamo,
el honor me mandaria
pagar la deuda....

Condesa. Malvado!
Págasela á Dios, no á mí,
que nada de ti reclamo
ni he menester.

*[Aparecen Fulgencio y Lupercio por
entre los árboles.]*

ESCENA VI.

LA CONDESA. D. BERNARDO. FULGENCIO.
LUPERCIO.

Bern. Qué! ¿rehusas
el único arbitrio humano
con que puedes recobrar
la honra....

Fulg. *[En voz baja.]* Qué es esto?

Luperc. Oigamos.

Condesa. ¡De honra me habla el burlador
de la mia! ¡el desalmado
que nunca la ha conocido!
Si ya vínculo más santo

mi nombre, que tú infamaste,
no hubiera rehabilitado,
sabria expiar mi culpa
en la soledad de un claustro,
ó arrostrar todo linaje
de angustias y de trabajos;
todo ménos el suplicio
de unir mi mano á tu mano.
(Oh cielo!)

Fulg.

Bern.

Condesa. Un dia el amor....

Oh! no profane tu labio
tan dulce nombre. ¡Maldita
fui de Dios cuando el incauto
corazon no defendí
de tus pérfidos halagos!

Bern.

Pues bien, señora, si ya
no me es lícito invocarlo,
sin duda porque tan alta
se ve usted y yo tan bajo,
capitulemos.

Condesa.

¿Qué escucho!

Fulg.

[En voz baja.]

Lupercio!

Luperc.

Bern.

Espera!

Para algo
me ha traído aquí el destino,
María. Depositario
de un secreto que esconder
bajo una losa de mármol
quisieras, fuerza será
que tu oro ponga un candado
á mi boca, ó sabrá el mundo....

Condesa.

Cesa! Tan inmundo tráfico
desprecio como al protervo
que con cínico descaro
me lo propone. ¡Comprar
yo tu silencio! Oh! Si un rastro
de vergüenza conservaras,
tú deberias llorando
implorar el mío. ¿Quién,
si osaras dar tal escándalo,
perdiera más? ¿Yo, que nunca
me he cubierto con el manto
de la torpe hipocresía,
ó tú, sumido en el fango
de los vicios..., de los crímenes?
¡Tú, cuyo solo contacto
empañaria el honor
más puro y acrisolado!
Habla! Yo hablaré tambien,
si provocas temerario
mi saña. Ya el Juez Supremo
me ha absuelto y te ha condenado,
y de la humana justicia
no esperes, vil, otro fallo.

Bern.

Lo sé, mas ya que me veo
perdido y desesperado,
yo apelaré á un tribunal
que no suele ser tan manso;
á la pública opinion.
Si ahora no temes sus dardos
porque te engrien y ofuscan

los humos aristocráticos;
si todavía deslumbras
al mundo con tu boato,
sin duda es porque hasta hoy
no ha sido sabroso pasto
de las lenguas maldicientes
tu historia.

Condesa. (Ah!)

Bern. Yo, yo me encargo
de darla á luz; y lo haré
con notas y comentarios;
y caerás del pedestal
que usurpas.....

Condesa. (Gran Dios!....)

Fulg. [*Saliendo de improviso. Lupercio le sigue.*]

Villano!

Condesa. Fulgencio! (Triste de mí!)

Bern. ¿Quién.....

Fulg. Yo ese infame conato
sabré impedir.

Bern. Usted! Cómo!

Fulg. La aleve diestra cortando
capaz de tanta vileza.

Condesa. Ese hombre..... Dios soberano!—
Yo.....

Bern. ¿Quién es el insolente
que se atreve...

Fulg. Un hombre honrado,
que de cruzar se avergüenza
su palabra.....

Luperc. (Esto va malo!)

Fulg. Con ente tan despreciable.

Condesa. [*Sumamente conmovida.*]

Ah!....

Fulg. Bien sé que me degrado
en castigar por mí mismo
tan grosero desacato;
que para quien es usted
basta el último lacayo
de esta señora.....

Condesa. Fulgencio!

Fulg. Pero lo tomo á mi cargo
porque no presuma usted
que en cobardía le iguale.

Bern. Cobarde yo!

Condesa. [*Á punto de desmayarse. Lupercio que lo observa, se acerca á ella.*]

¡Por piedad!....

Bern. Sígame usted, y en el campo
lé probaré.....

Condesa. Ah!.... Yo fallezco.

[*Se desmaya en brazos de Lupercio que acude á socorrerla.*]

Luperc. Condesa! Oh! Dios mio!—Bárbaro!—
Mátale!

Fulg. Sí haré.

Luperc. [*Gritando.*] Socorro!

Bern. Vamos! De ira me abraso.

Fulg. [*En voz baja.*]

No quedará sin venganza,
yo te lo juro, su agravio;
mas despues de tal escena
¿cómo mi amor y mi tálamo
ofrecerla?

Luperc. [*Á un lacayo y á una doncella que llegan apresurados.*]

Aquí! Ayudadme!

[*Ayudan los criados á sostener á la Condesa.*]

Fulg. [*En voz baja.*]

Cuando vuelva del desmayo,
veámonos.....

Luperc. Sí.

Bern. Acabemos!

Luperc. ¿Dónde.....

Fulg. En el muelle te aguardo.

Bern. (Si muero, viaje redondo!)

Fulg. [*Contemplando á la Condesa.*]

(Desdichada!...)

Bern. Vamos!

Fulg. Vamos!

ESCENA VII.

LUPERCIO. LA CONDESA. LOS CRIADOS.

Luperc. (Pobre señora!)—No vuelve.....
Sentémosla en este banco.

[*Lo hacen.*]

(Qué fatalidad!)

[*Á la doncella.*]

Dale aire.....

[*La doncella abanica á la Condesa.*]

[*Al criado.*]

Corre tú á traer volando
esencias..., agua..... ¡Que llamen
al médico, al cirujano.....

[*Entra corriendo el lacayo en la casa.*]

Condesa!... Oh Dios!.. No respira...
Hombre funesto! Algun trago
enemigo de Fulgencio,
de ella y de mí nos le trajo.
¡Maldígale Dios, amén,
y cargue con su alma el diablo!

ACTO TERCERO.

Interior de la alquería de D. Alfonso. Sala con puerta que da al zaguan, á la derecha del actor; otra á la izquierda; otra en el foro.

ESCENA I.

FULGENCIO. D. ALFONSO.

[Fulgencio aparece sentado en una butaca: le cubre una bata ligera y apoya el brazo derecho en un pañuelo negro pendiente del cuello. Don Alfonso ocupa una silla al lado de su hijo.]

Alfonso. Ya convaleciente? Oh dicha!
Es cirujano muy hábil
don Vicente.

Fulg. Sí; muy pronto
podré quitarme el vendaje.

Alfonso. Así me lo ha asegurado.
Salía de visitarte
cuando entraba yo.

Fulg. La herida,
por fortuna, no era grave.

Alfonso. Es cierto; pero la fiebre...,
la pérdida de la sangre.....
Cuánta ha sido mi zozobra!

Fulg. Era natural en padre
tan bondadoso.

Alfonso. En diez días
aún no cumplidos ¡curarte.....

Fulg. Tanto, que, según me ha dicho,
podré salir á la calle
muy en breve.

Alfonso. Y sin temor
de que te moleste nadie.
Tranquilo puedes estar.
De aquel malhadado lance
no hay otra prueba, otro indicio—
así lo afirma el alcalde—
que haberse hallado en la playa
el insepulto cadáver
de un hombre desconocido.
Ni nadie se muestra parte,
ni de nadie se sospecha.

Fulg. Qué mucho? El fatal combate,
en el cual fué mi adversario
tan valiente, como infame
cuando dió lugar á él,
se verificó, ya casi
de noche, en una hondonada
muy solitaria y distante
de la población. Lupercio,
que proporcionó los sables,
fué nuestro único testigo,
y ni puede denunciarme

sin riesgo propio, ni en él
tanta villanía cabe.

Alfonso. Ya muy cerrada la noche
á la alquería llegasteis.....

Fulg. Y, guiado por Lupercio,
que, previendo algun desastre,
en todo obró con cautela,
nos trajo el mismo carruaje
que nos llevó en hora aciaga
al lugar de la catástrofe.

Alfonso. No te pida cuenta Dios
de las angustias mortales
que en aquella horrible noche
á mí y á Leonor causaste.
¿Y por qué, oh Dios! No hay ejemplo
de trastada semejante.
Por un amor insensato,
por un quijotesco alarde
de hidalguía.....

Fulg. Del amor,
si tal nombre puede darse
á un vértigo, combatido
por mi razón ahora y ántes,
harto curado estoy ya;
mas, sin los fueros de amante,
bastaba ser bien nacido
para vengar el ultraje
inferido á una señora
de prendas tan relevantes
por un bandido procaz.—
Ya en eterno sueño yace;
respetemos su memoria
y Dios de su alma se apiade;
mas si en presencia de usted,
que blasona de linaje
noble, limpio, y nuevo lustre
le dió en la escuela de Marte,
se hubiera visto insultada,
no ya una dama adorable
por su bondad, su hermosura,
su excelsa virtud; que en balde
osó denigrarla el mismo
de cuyas pérfidas artes
fué víctima; no la propia
á quien amor y hospedaje
hubiera usted merecido,
sino la más miserable
y más plebeya mujer,
¿qué hubiera usted hecho, padre?

Alfonso. Lo que tú.—Pero olvidemos
suceso tan lamentable,

y bendigamos á Dios
que por tal senda te trae,
pobre oveja descarriada,
al redil que abandonaste.
No hay mal que por bien no venga.
De escarmiento saludable
te servirá lo pasado,
y mis lisonjeros planes,
que iba á burlar tu demencia,
se realizarán.

Fulg. ¿Qué..... Cuáles?

Alfonso. ¿Cómo no los adivina
tu corazon?

Fulg. Yo.....

Alfonso. Casarte

con Leonor.

Fulg. Ay padre mio!
Sería tan grato enlace
mi mayor felicidad;
mas ¿cómo el que ciego y frágil
á otra ménos digna que ella
osó rendir homenaje
ha de aspirar.....

Alfonso. Por qué no?

Si un momento claudicaste,
porque te hechizó esa Circe
con sus halagos falaces,
no es de tal aberracion
tu corazon responsable.....

Fulg. Tal vez.....

Alfonso. Y ya me parece
que la has purgado bastante.

Fulg. Bien arrepentido estoy
de mi desliz, Dios lo sabe;
mas se opone á mi deseo
otro obstáculo más grande.

Alfonso. Cuál? ¿Quién....

Fulg. No me ama Leonor.

Alfonso. Ahora con eso me sales?
Quizá esté algo resentida
de haber sufrido un desaire
que no merecía; pero.....

Fulg. Yo pasé por ese trance
primero que ella.

Alfonso. ¿Qué dices!

Fulg. Como si ya presagiase
que mi locura tendria
tan infausto desenlace,
venía yo de Valencia
caviloso, vacilante.....
Por la Condesa invitado,
ántes que á su puerta llame,
secreto impulso me mueve
á saludar mis hogares.
Viendo, al penetrar en ellos,
de Leonor la pura imagen,
«esta es la dulce consorte,
dijo mi razon triunfante,
que Dios me guarda. Ya unidos
con vínculos fraternales,
¡qué dicha para los dos
cuando el altar los consagre!
Quizá á mi padre, á ella propia

tan grata idea complace,
y en mí el frustrarla sería
una culpa imperdonable.»—
Así inspirado.....

Alfonso. ¿Pediste
su blanca mano.....

Fulg. Al instante;

pero ella me la negó.

Alfonso. Comprendo..... Y sin más exámen,
te fuiste á la quinta en busca
de consuelos..... y contrastes.

Fulg. Qué habia de hacer? Aquí
desdenes, allí bondades.....

Alfonso. Desdenes bien merecidos.
Si no fueses un orate,
bien se te hubiera alcanzado
que ya no estaba ignorante
Leonor de tu desvarío,
y que su decoro, el áspid
de los celos.....

Fulg. No. Sin ira,
sin alterar su semblante
rechazó mi humilde ruego,
y cuando me oyó quejarme
de que para otro tal vez
no era tan inexorable,
no me desmintió.

Alfonso. [*Se levanta, y tambien Fulgencio.*]

¿Qué escuchol
No, no es creible. Si de álguien
que no fueses tú se hubiera
prendado, ella, que es un ángel,
no me lo hubiera ocultado.
Hija de tan buena madre,
hija de mi digno amigo,
que en paz eterna descanse,
pupila mia..... Imposible!
Ni ojos para otros galanes
puede tener la que sólo
funda su orgullo en mirarte.

[*Llamando.*]

Leonor!—No, no puede ser.

¡Señor.....

Fulg. Quiero que se aclare
todo, quiero convencerte
de que eres un botarate.

[*Llega Leonor por la puerta de la derecha.*]

ESCENA II.

D. ALFONSO. FULGENCIO. LEONOR.

Alfonso. Ven. Tu candor me es notorio,
como á ti mi autoridad.
Jura á Dios decir verdad

y oye mi interrogatorio.

¿Es cierto que te pidió
Fulgencio mano de esposa?

Leonor. Sí.

Alfonso. ¿Es cierto que desdeñosa
respondiste con un nó?

Leonor. Distingo.

Alfonso. Oiga! ¿Tú tambien....
dialéctica..... Explicame eso.

Leonor. Cierto fué el nó, lo confieso,
pero no lo fué el desden.

Alfonso. ¿Podré saber el motivo
de esa negativa extraña?

Leonor. Saber que habia en campaña
dama de más atractivo.

Alfonso. Has oído?—¿Y su perfidia
castigar quisiste así?

Leonor. Sí, mas no en él, sino en mí.

Alfonso. ¿Tuviste celos....

Leonor. No; envidia.

Fulg. Oh! á quién puedes tú envidiar?
¿Á quién....

Leonor. Yo me explicaré.

No entibió mi ardiente fe
envidia baja y vulgar.
Riquezas que yo no acopio,
ni su título condal,
no envidié yo en mi rival,
sino su mérito propio.
Vi que á su pródiga estrella,
para embellecer tus horas,
tantas dotes seductoras
plugo acumular en ella.
Vi que yerto pundonor
te trajo sólo á mi puerta,
teniendo la suya abierta
por la mano del amor;
y como siempre anhelé
tu dicha más que la mia,
y ella el lauro se ceñía
que á mí negado me fué,
he aquí por qué, en mi humildad,
pude, admirando su gracia,
bendecirla sin falacia
y envidiarla sin ruindad.

Alfonso. Oh celestial criatura!

Fulg. Maldigo mi error funesto!
Fué tu desvío....

Leonor. Supuesto.

Fulg. Tu amor á otro....

Leonor. Impostura.

Alfonso. ¡Contra ella propia conspira
cuando desamada gime!

Fulg. Quién vió virtud más sublime?

Alfonso. Ni más heroica mentira?

Leonor. Ay! ¿Cómo mi turbacion
no le dijo que mentia
y en mil pedazos sentia
partírseme el corazon!

Alfonso. Goza ahora el digno premio....

Fulg. ¡Me habia dejado Dios
de su mano!

Alfonso. Ahora á los dos

acoge en su santo gremio.

[*Á Leonor.*]

La pasada tempestad
ya en favor tuyo resuelve
el arduo problema y vuelve
sus fueros á la verdad.
Ya su amor no te disputa
rival plebeya ni hidalga.
Ya no hay condesa que valga
y aquí eres reina absoluta.—
Pero ántes que dulce lazo
dé paz y gloria á los tres;

[*Á Fulgencio.*]

póstrate humilde á sus pies.

[*Va á hacerlo Fulgencio, y Leonor le
detiene abrazándole.*]

Leonor. No! Yo le absuelvo y le abrazo.

Alfonso. Bien! Justo es que le consueles....

[*Poniéndose en medio.*]

Ahora á mí los dos.

[*Le abrazan Leonor y Fulgencio.*]

Qué grupo!

Fulg. Oh padre!

Leonor. Señor!

Alfonso. No supo
pintarle mejor Apéles.—
Ahora yo mando y exijo
que, á fuer de novios en cierne,
abrevieis cuanto concierne
al conyugal regocijo.
Con los brios de un muchacho
me siento ya, y si pudiera,
segunda edicion hiciera
de las bodas de Camacho.

Fulg. No ha menester tanto apresto
un amor tan acendrado.

Alfonso. Bien. Los dos á vuestro grado
arreglad el presupuesto.
Ya entrado en convalecencia,
puedes con tu serafin
dar una vuelta al jardin
mientras yo escribo á Valencia..

Leonor. Sí. Bendito sea Dios!

[*Leonor y Fulgencio dan un paso
hácia el foro.*]

Alfonso. Niño! El brazo á tu señora!

[*Le ofrece Fulgencio á Leonor para
que se apoye en él, y Leonor invierte
la colocacion.*]

Leonor. No! yo soy tu apoyo ahora.

Alfonso. Y el de mi vejez los dos.

[*Desaparecen Leonor y Fulgencio por
la puerta del foro.*]

ESCENA III.

D. ALFONSO.

Por fin mis votos se cumplen.
Mas ¿cómo, cuando tan cerca
tenía de sí Fulgencio
esa inestimable perla,
pudo caer en la red
de una astuta aventurera;
que tal concepto me debe
por mucho que él encarezca
sus hidalgos sentimientos
y sus distinguidas prendas?
Tal vez, aunque gravemente
la acusan las apariencias,
más digna de compasion
que de vituperio sea;
mas lo que vale mi niña
me dice larga experiencia,
y de la Condesa insigne
¿qué sé? Una ruidosa escena
que costó la vida á un hombre
y en peligro de perderla
puso á mi hijo. ¡Ah! es nada
lo que va de nuera á nuera!

ESCENA IV.

D. ALFONSO. LUPERCIO.

Luperc. [Á la puerta de la derecha.]

Da usted permiso?

Alfonso. Adelante.

[Entra *Lupercio*.]

No hay en mi casa etiquetas
para don *Lupercio*.

Luperc. Gracias;
pero no pido yo venía
para mí solo.

Alfonso. Pues ¿quién....

Luperc. Mi señora la condesa
de Fonsalubre....

Alfonso. Ella! Extraño
que á visitarnos se atreva....

Luperc. Chist! Por Dios, que lo está oyendo!

Alfonso. Es demasiada imprudencia,
por no decir otra cosa....

ESCENA V.

D. ALFONSO. LUPERCIO. LA CONDESA.

Condesa. Por no decir desvergüenza:
no es verdad?

Alfonso. Señora.... Yo....

Condesa. ¿Qué delito ó qué vileza
he cometido que me hagan
merecer tan dura afrenta?

Alfonso. No soy juez ni acusador
de usted. Mas si su conciencia
de nada la arguye, al ménos
aquí de la mala estrella
en que sin duda nació
se ha llorado la influencia.
¿Cómo he de ver á mi lado,
sin que el rostro se me encienda,
á quien infausta ocasion
fué de la horrible tragedia
que de una familia honrada
vino á amargar la existencia?

Luperc. Ella no la provocó,
sino la indole aviesa
del hombre desatentado
de cuya atroz insolencia
fué ley de honor en Fulgencio
tomar venganza sangrienta.

Alfonso. Con sangre en fin está escrita
aventura tan funesta,
y la de aquel infeliz
no tiñó sólo la arena,
sino la mia también.

Condesa. Ay! porque no se vertiera
una gota de esa sangre
generosa en mi defensa,
hubiera yo derramado
toda la que hay en mis venas.
¿Y debía yo mirar
con glacial indiferencia
tan deplorable suceso?
¿Y para quién que no tenga
helado su corazón
no es, señor, sagrada deuda
la gratitud? Aunque pese
no merecido anatema
sobre mi frente, debía
pedir á Dios con acerbos
lágrimas y ardientes ruegos
que una vida por mí expuesta
conservase; y cuando tanto
su curacion me consuela,
tengo derecho, señor,
como cristiana siquiera!,
para darle el parabien
que á un extraño no se niega.

Alfonso. Señora...., (me ha conmovido)
ni tan sentidas querellas
debo yo extrañar, ni en mi alma
villano rencor se alberga.
Tal vez el amor de padre,
que está sujeto á flaquezas
como todos, me ha ofuscado;
pero despues de una prueba
tan cruel, no es decoroso
ni permite la prudencia
que haya íntimas relaciones
entre usted y yo, Condesa.
Si con obtener mi aprecio
no queda usted satisfecha,

y de dulces esperanzas
todavía se alimenta
que Dios no quiere cumplir,
lo sentiré muy de véras.
De los ojos de Fulgencio
cayó por siempre la venda
que los ha cegado, y pronto
la bendición de la iglesia
le unirá.....

Condesa. Con su pupila
de usted.

Luperc. (Adios mi estrategia!)

Alfonso. Sí, Leonor.....

Condesa. Sea mil veces
y otras mil en hora buena.

Alfonso. Cómo!....

Condesa. Señor don Alfonso,
sin pesar y sin sorpresa
lo digo; que el alma ya
me presagiaba esa nueva.
Alfonso. ¿Será posible, señora,
que usted con frente serena
vea en la de otra mujer
brillar la nupcial diadema
que anhelaba.....

Condesa. ¿Por qué no,
si Dios y el amor lo ordenan,
y el bien parecer lo exige,
y la razón lo aconseja?
¿Quién más que yo hace justicia
á la virginal modestia
y á la gracia singular
de esa jóven hechicera?
Sin que oyese yo en los labios
de Fulgencio la protesta
de que ni él ni ella pensaban
en los lazos que hoy estrechan,
no hubiera arrostrado yo
tan temible competencia.

Alfonso. [Aparte con *Lupercio.*]

Tanta abnegación me asombra.

Luperc. Oh! en su alma está la nobleza
más que en su título.

Condesa. Acaso
pensará usted que me fuerza
la triste necesidad
á hablarle de esta manera,
mintiendo humildad estoica
mi reprimida soberbia.
No! Desde que vi á Fulgencio,
toda mi alma sin reserva
fué suya.....

[Sollozando.]

¡Y lo es todavía
aunque á mis pies no le vea!—
Mas de mi tierno cariño
no ha empañado la pureza
sensual delirio. Amaestrada
desde muy niña en la escuela
del dolor y el infortunio,

en más elevada esfera
más alto timbre anhelaba,
y aunque á mí no me la deba,
bendeciré la ventura
que en brazos de otra le espera.

Alfonso. Mujer admirable! ¿á quién
no persuade esa elocuencia
nacida del corazón?
¿Quién le tendrá tan de piedra
que, viendo á tus bellos ojos
llorar así, no te absuelva?—
Qué digo absolverte? No:
donde no hay culpa no hay pena.

Condesa. Ay! sí; que si puedo ahora
protestar de mi inocencia,
no siempre de la virtud
seguí yo la áspera senda,
y no me es dado aceptar
tan generosa indulgencia
sin que juzgue usted primero
si puedo ó no merecerla.

Alfonso. No; á mí me basta.....

Condesa. Á mí no.

Aunque por villana lengua
proferido, es harto grave,
señor, el cargo que pesa
sobre mí, para que yo
pueda excusar la sincera
confesión que ruego á usted
oiga con benevolencia.

Alfonso. Señora.....

Condesa. [Á *Lupercio*, que se retiraba.]

¿Por qué alejarse,
Lupercio? Cuando resuelta
quiero que á la absolución
preceda la penitencia,
qué importa un testigo más?
Antes serlo usted me alienta,
¡usted mi probado amigo....
y el único que me resta!

Luperc. Ah! sí, yo juro.....

Condesa. Quince años,

señor, tenía yo apenas
cuando con blandas lisonjas
y con mentidas promesas,
un hombre en hora menguada
cautivó mi alma inexperta.
Entre su padre y el mío
había habido reyertas,
pleitos..... Sea esta la causa
ó que mayor conveniencia
viese el mío en otra boda
que de mi gusto no era,
al que prefería yo
cerró con ira la puerta.
Así, en lugar de entibiarse,
cobró—ay de mí! más violencia
mi mal nacida pasión,
y tanto, que ilusa, ciega,
me dejé robar.....

Alfonso. Oh cielos!

¿Tu nombre, tu residencia.....

Condesa. María Monfort.

Alfonso. Ah! sí,
ella es!

Condesa. Nací en Orihuela....

Alfonso. Ella, sí!

Condesa. Qué! ¿usted sabía....

Alfonso. Sí. Prosigue. (Oh Providencia!)

Condesa. Ay Dios! Como una de tantas heroínas de novela, con una carta ridícula creí subsanar mi mengua. Siguiendo al vil seductor viajé á Alicante, á Valencia, á París.... ¡Y nunca el día llegaba de que cumpliera su palabra! ¡Y fruto amargo fué de mi locura extrema el desprecio del amante tras la maldición paterna!

Alfonso. Pobre María!

Condesa. Los vicios á que se entregó sin rienda, pronto en odio convirtieron aquella culpable y necia pasión; ¡mas yo no podía romper la infame cadena que á mi pesar arrastraba! — Abrumado, en fin, de deudas...., quizá de remordimientos, «libre soy, libre te quedas, me dijo. Mientras yo busco mejor fortuna en Brusélas, jóven y hermosa, tú aquí, si te espanta la miseria, puedes reírte del mundo y dar envidia á las reinas.»

Luperc. Malvado!

Condesa. Á tal abandono y á tan bárbara blasfemia creí no sobrevivir; mas Dios me dió fortaleza para sufrir resignada la merecida sentencia de mi negra culpa.—Aun pudo admitir ricas ofrendas este ídolo derrocado; mas, vistiendo tosca jerga, de San Vicente de Paul ser preferí humilde sierva. Dios probó mi noviciado con una horrible epidemia. De hospital en hospital mil riesgos arrostré en ella, y por la gracia divina salí de todos ilesa.

Luperc. Noble amiga!

Alfonso. Dios es grande.

Condesa. Aun de su bondad inmensa me dió otra prueba mayor. Mi activa beneficencia tal fama llegó á cobrar, que no hubo enfermo ni enferma en París que no quisiese

tenerme á su cabecera.

Llegó el turno, cuando ya iba el mal en decadencia, á un comerciante italiano. Creía su hora postrera llegada ya, y cuando libre se vió de la fiebre horrenda, se obstinó en que sólo á mí, no al médico y sus recetas, no á su buena complexión, debió la convalecencia; y á mi mano atribuyendo virtudes de panacea, me la pidió enamorado. Rehusé con todas mis fuerzas tanta honra, y le referí mi historia; y con esta ingenua confesión mía, muy léjos de desistir de su idea, por piedad ó por amor más y más se aferró en ella. Viendo yo comprometida con mi tenaz resistencia su salud mal recobrada, aunque con la edad provecta frisaba, y yo de la mía estaba en la primavera, vencida, al fin, de sus ruegos, acepté la noble oferta que al seno me devolvía, en premio de mi paciencia, de la humana sociedad, ¡tan justamente severa con la mujer desdichada que sus fueros atropella!

Alfonso. Severa, sí, y aún cruel con la que en llanto y pobreza yace abismada; indulgente por demas y placentera con la que en trenes lujosos laureado su vicio ostenta. Si de tus gracias, como otras, hubieras hecho almoneda; y la mercancia vil con su pabellon cubriera algun arrogante creso; y con vistosas libreas cien lacayos te sirviesen; y á la insaciable caterva de parásitos serviles, hoy con opípara mesa brindáras, con un gran baile mañana en salas espléndidas, modelo te llamarían del donaire, archiprincesa de la moda; y no esquiváran los que á la fortuna inciensan á tu tocador visitas ó á tu antesala tarjetas; y cien lentes á la par devoráran tu platea; y á porfía cien ginetes rodeáran tu carretela;

y nadie se cuidaría
de saber tu procedencia.

Condesa. Ay, señor!

[*Se echa en los brazos de D. Alfonso.*]

Luperc. Soy un idiota,
ó la mujer fuerte es esta
de quien dice la Escritura
que se busca y no se encuentra.

Condesa. Justo era obtener primero
el perdón y la licencia
de mis padres, y esperando
que en mi favor interceda,
al cura de mi parroquia
me dirijo.... Ay! su respuesta
fué lacónica y amarga.
La carta me fué devuelta,
y con mi fe de bautismo,
bajo la misma cubierta,
dos de defunción.... Ay triste!

Alfonso. Quizá la propia dolencia
que arrostraste tú con tanto
denuedo á orilla del Sena,
á tu padre y á tu madre
abrió en un día la huesa.
Mas sírvate de consuelo,
si tan dolorosa pérdida
lo consiente, que tu padre
pronunció en la hora suprema
tu perdón.

Condesa. Oh Dios piadoso!—
¿Y.... mi madre....

Alfonso. Oh! no la ofendas
con dudarle: era una santa,
y cuando santa no fuera,
las madres siempre perdonan!

Condesa. Madre mia!....

Alfonso. En fin—abrevia—
te casaste con el Conde....

Condesa. Todavía no lo era.
Orillados sus negocios,
me llevó consigo á Génova,
patria suya, y venturoso
en todas cuantas empresas
acomete, su caudal
con rapidez se acrecienta;
y su bondad era tanta,
que á mi virtud, no á su ciencia,
creyó deber su pasmosa
prosperidad.— Mi tristeza
profunda logró calmar
consagrándose sin tregua
á prevenir mis deseos,
colmándome de finezas
y adoraciones.— Duró
sólo diez años aquella
dulce y venturosa union,
cuyo recuerdo venera
y bendice mi alma.

Alfonso. Es justo.

Condesa. En melancólica inercia
sumida despues, la vida
me era ya carga molesta,

cuando á nueva y más cruel
expiación me condena
un vano sueño.... Ah! ¿qué son
los blasones, las riquezas
que tantas me envidiarán?
¡Yo en la última indigencia
preferiría vivir,
si al ménos la suerte adversa
todas tus fuentes de amor,
próvida Naturaleza,
no me hubiese ya cegado!
Pobre de mí! ¿qué me queda,
rotos ya todos los vínculos
que me unían á la tierra?

Alfonso. No, María; todos no.

La inagotable clemencia
de Dios goces no esperados
á tu fe, á tu amor reserva.

Condesa. ¡Cómo....

Luperc. (¿Qué será....)

Alfonso. [*Llamando desde el foro.*]

Leonor!

Fulgencio!—Venid apresia.

ESCENA ÚLTIMA.

LA CONDESA. D. ALFONSO. LUPERCIO.
LEONOR. FULGENCIO.

Leonor. Ella!

Fulg. Ah!

Alfonso. Y con suma alegría
la recibió: no te admires.

Fulg. ¡Cómo....

Alfonso. Oídme.

[*Á Leonor.*]

No la mires

de reajo tú, hija mia.

Leonor. Yo....

Alfonso. [*Á Fulgencio.*]

El que ejerció sobre ti
no era prestigio siniestro,
no. Para su bien y el nuestro
Dios la ha conducido aquí.

[*Á la Condesa.*]

Dios, que en dura adversidad
tu virtud acrisoló,
no te ha condenado, no,
á perpetua soledad.
No para ti el cielo santo
ha cegado vengador
todas las fuentes de amor,
sino todas las de llanto.—
Cuando léjos de tu padre
te llevó fatal deslíz,
no sabías tú, infeliz....,

que estaba encinta tu madre!

Condesa. [*Grito indefinible.*]

Ah!

Leonor. Gran Dios!....

Luperc. Qué oigo!

Fulg. María!

Alfonso. Y el fruto de bendición
que consoló su aflicción
fué.....

Condesa. Leonor!

[*Corren las dos, una en brazos de otra*]

Leonor. Sí!

Condesa. Hermana mía!

Alfonso. [*Á Leonor.*]

Sí, esta es tu llorada hermana,
que al fin viene á honrar mi techo,
y en cuya busca hemos hecho
tanta diligencia vana.

Condesa. [*Queriendo arrodillarse.*]

¿Cómo á tus pies no me humillo,
en vez de.....

Leonor. [*Apretándola en sus brazos.*]

No; aquí en mi seno,
que al verte en él ¡me enajeno!

Luperc. Yo lloro como un chiquillo.

Fulg. [*Á la Condesa.*]

Yo soy, yo, quien tu perdón
implorar debo postrado.....

Condesa. [*Deteniéndole.*]

¿Qué no hay todavía un lado
para mí en tu corazón?
Nuestra mutua simpatía
misterio ha sido de Dios,
y amar puedes á las dos
sin mengua tuya ni mía:
á ella porque no hay mujer
más digna de amor; á mí
porque su hermana nació.....
y su madre puedo ser.

Leonor. Mi madre! Oh! no digas tal.
Á tu gala y discreción
yo rendí mi pabellón
aun creyéndote rival.

Condesa. Y yo, porque obraba en mi alma
oculto presentimiento,
tenía remordimiento
de disputarte la palma.

Alfonso. Y vuestra rivalidad,
que el cielo premia y sublima,
ha sido incesante esgrima
de nobleza y lealtad.

Condesa. [*Abrazando y besando á Leonor.*]

Deja que otra vez te bese,
espejo de la pureza,
y en tu celeste belleza
extática me embelese.

[*Á Fulgencio, dándole la mano.*]

Tú mi fe pura y sincera
recibe.....

Alfonso. En tus brazos!

Fulg. [*Abrazándola.*] Sí!

Condesa. No hay ya levadura en mí;
que ese ángel me regenera.

Luperc. [*Á D. Alfonso.*]

La oye usted?

Alfonso. Es peregrina!

Condesa. Mientras yo ensalzo y bendigo,
porque tanto bien consigo,
la Providencia Divina,
gozad dichosos, gozad
el terreno paraíso
de que desterraros quiso
mi halagüeña ceguedad.

Fulg. Ah! no.....

Luperc. [*Con cómica compunción.*]

Yo la sierpe fui
que.....

Condesa. Dios, más padre que juez,
le ha abierto segunda vez
para ellos y para mí.



CUANDO DE CINCUENTA PASES....,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro del Principe en 24 de Diciembre de 1864.

PERSONAS.

MANUELA.

LUISA.

DOÑA CRISPINA.

EL MARQUÉS.

D. GAUDENCIO.

D. EDUARDO.

La accion pasa en una quinta del Marqués próxima al ferro-carril del Norte.—Sala baja con puerta en el foro, que deja ver un jardín; otras dos á la derecha del actor, de las cuales la primera, esto es, la más cercana al proscenio, guia al zaguan, y tambien á otras piezas interiores; otras dos á la izquierda. Muebles adecuados, entre ellos un velador.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO.

[Llegan por la puerta primera de la derecha, y deja cada cual su sombrero en cualquier mueble.]

Marq. Vuelve á abrazarme, Gaudencio.
¡Cuánto te agradezco, cuánto esta visita!

Gauden. No bien
llega tu carta á mis manos,
única que de tu puño
he recibido en tres años
de ausencia, arreglo el baúl,
corro á la estacion, me embarco
en el tren nocturno, y llego,
querido Juan, á tus brazos.

Marq. Bien venido una y mil veces.

[Se sientan.]

Gauden. ¿Conque marqués de Valgayo.....

Marq. Sí, por la gracia de Dios
y la muerte de mi hermano
que esté en gloria. Desde Burgos,
donde me hallaba mandando
un regimiento, preciso
fué hacer un viaje á Betáncos;
que allí en gran parte radican
los bienes del mayorazgo.
Un mes tras de otro, hasta siete,
ocupé en el *maremágnum*
de reconocer las fincas,
de examinar los legajos,
de legitimar la herencia,
cumplir mandas y sufragios....
Por último, emancipándome
de curas y de notarios,
vuelvo la proa á Castilla
y en esta granja me instalo,
que tambien me reconoce
por su nuevo propietario.

Gauden. Sea en buen hora. ¿Es cuantiosa
la renta del marquesado?

Marq. Decentita y nada más:
de diez á once mil ducados.—
Oída esta explicacion,

caro amigo, y confesando
que soy algo perezoso
para escribir....

Gauden. Y más que algo.

Marq. Ya no debe parecerte
mi silencio tan extraño.

Gauden. Cierto; y amigos leales
desde que éramos muchachos....,
ya es larga la fecha, Juan!,
y en balde los escolapios
nos explicaban bellezas
de Ciceron y de Horacio,
nos queremos y servimos
aunque no nos escribamos.
Ya ves que no hago melindres
para acudir al reclamo.
¿Y dónde mejor que en esta
bella quinta y á tu lado
pasara yo los calores
del estío?

Marq. El clima es sano
y fresco, la caza abunda,
cuidaré de tu regalo;
pero léjos de Madrid
te aburrirás...

Gauden. No.

Marq. En un páramo...

Gauden. No tal: yo á todo me avengo.—
Pero, qué! ¿tan solitario
vives....

Marq. Por ahora, sí;
que es insociable el verano;
mas no pienso resignarme
á la vida de ermitaño.—
Ni absoluta soledad
es la mia. Los encantos
de una interesante jóven....

Gauden. Hola!

Marq. No hagas comentarios.
Es una sobrina mia.

Gauden. Y que lo sea! Eso....

Marq. La amo....

Gauden. Pues ya!

Marq. Como un padre. Soy
su tutor, su único amparo.
Huérfana desde muy niña
y yo soltero y soldado,
su educacion y crianza
tomar no pude á mi cargo.
Con una lejana tia
vivió,—yo pagaba el gasto,—
primero en Madrid, despues,
porque los aires del campo
mejorasen su salud,
que sufrió algun menoscabo,
en Arévalo, y de allí
la traje á fines de Mayo,
pudiendo ya mejor que ántes
cumplir un deber tan grato,
ya que, en vez de concederme
el merecido entorchado,
plugo al ministro dejarme
en situacion de reemplazo.—

Pero tú no habrás dormido....

Gauden. Poco.

Marq. Pues lo que es descanso
aquí no te ha de faltar.

[*Levantándose y mostrando la puerta
de la izquierda inmediata al foro.*]

Allí te he dispuesto un cuarto
con vista al jardin....

Gauden. [*Levantándose.*] No hay prisa.

Marq. Querrás tomar un bocado
primero.

Gauden. Para almorzar,
todavía es muy temprano.
Ahora chocolate....

Marq. Aquí
lo tomaremos entrambos.

[*Llamando.*]

Manuela!

Gauden. ¿Conque soltero
todavía?

Marq.Sí.....

Gauden. Lo aplaudo.
Yo tambien....

ESCENA II.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. MANUELA.

Manuela. Qué manda usted?

Gauden. (Vaya una moza de garbo!)

Marq. Tráenos aquí el chocolate,
y si ya se ha levantado
la niña....

Manuela. Se está vistiendo.
(Quién será ese ente tan raro?)

Marq. Dile que venga.

Manuela. Está bien.

ESCENA III.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO.

Gauden. Diantre! no es moco de pavo
esa hembra. ¿Eres su.... tutor
tambien?

Marq. Malicioso! Su amo,
nada más. Ella y su madre,
que está baldada de un brazo,
cuidaban ya de esta hacienda
ántes de morir Bernardo;
me dieron buenos informes
de las dos, y sin reparo
á la madre y á la hija

comprendí en el inventario.
Era justo, y no me pesa;
que Manuela es un dechado
de lealtad y discrecion
y talento. Hay más de cuatro
señoritas linajudas
que no valen otro tanto.
Yo la estimo y la respeto.

Gauden. Mucho te has morigerado.

ESCENA IV.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. MANUELA.

[Manuela trae y coloca sobre el velador el servicio del chocolate.]

Manuela. Ya están ustedes servidos.

[Se sientan y toman el chocolate.]

Marq. Vamos.

Gauden. Es muy de mi gusto....

Marq. El chocolate?

Gauden. (La moza.)

[Tomando una sopa y mirando á hurtadillas á Manuela.]

Cosa rica!

Marq. Es soconusco.—

Y mi sobrina?

Manuela. En su cuarto

le serviré el desayuno,
y luego que esté peinada
vendrá...

Marq. ¿Qué importa...

Gauden. No es justo
exhibirla en negligé,
y aunque yo me la figuro
donosa y linda....

Marq. En efecto.

Gauden. Al más perfecto dibujo
no perjudica....

Marq. *[A Manuela.]* Está bien;
pero que no tarde mucho.

ESCENA V.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO.

Gauden. Y ahora que tu buena estrella,—
salvo rezar al difunto,—

con herencia tan bonita
ha aumentado tu peculio,
y al don de la libertad
juntas...

Marq. Ah!

Gauden. El de estar robusto...

Marq. Pche!..

Gauden. Aunque, como yo, te acercas
al duodécimo lustro,
¿en dónde piensas plantar
tus reales?

Marq. Aun no sé el rumbo
que tomaré. Eso depende....

Gauden. ¿Cómo tan serio,... tan mustio....
Qué te pasa? qué meditas?
has tenido algun disgusto?

Marq. No, pero mis circunstancias
han cambiado, y Dios y el mundo
me imponen el sacrificio
de...

Gauden. Ay Juan, Juan de mi alma! Escrupulos?
te ha convertido algun neo?
piensas hacerte cartujo?

Marq. Nada de eso.

Gauden. Desdichado!,
¿aspiras al férreo yugo
matrimonial?

Marq. Por qué no?

Gauden. Casarte, ya tan machucho!

[Se levantan.]

Marq. Es tan triste el celibato!

Gauden. Harto más triste es un nudo,
mejor diria un dogal,
que sólo rompe el sepulcro.

Marq. Heredo un solar ilustre
y no quiero ser el último
de mi alcurnia.

Gauden. Ba!

Marq. Y bien puedo
sin ser un santo ni un buho
recogerme á buen vivir.

Gauden. Pero, infeliz catecúmeno,
¿cómo tantos escarmientos
no te horripilan? ¿El único
has de ser tú que se libre....

Marq. Tú exageras. Hay algunos
que son felices. ¿Por qué
no he de entrar yo en este número?

Gauden. Hable un poeta por mí:
en su autoridad me fundo.

Marq. Autoridad un poeta!

Gauden. Oye, y tiembla.

Marq. Ya te escucho.

Gauden. «Que es el mejor estado (*)
dice cierto doctor
el casto matrimonio
si le bendice Dios;

(*) El autor publicó por primera vez esta letrilla y la que luego recita el Marqués, el año 1835 en el periódico titulado *La Abeja*.

pero ¿y si el diablo al mio
le echa una maldicion?
Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.

¡Ay, que de todo tiene
la viña del Señor!
Y ello es que el susodicho
doctor no se casó.
Por si acaso me sale
calabaza el melon,
que se case quien quiera:
yo no me caso, no.

Si es la mujer celosa,
qué mortificacion!
Respirar no te deja
ni á la sombra ni al sol.
Si infiel.... Ah! los cabellos
se erizan de terror.
Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.

Mas doy que humilde sea,
que sea casta doy;
¿y si me encuentro luego
con que come por dos?
Y si me sale puerca?
Cielos! esto es peor.
Que se case un demonio:
yo no me caso, no.

Si en casa te la dejas,
la hostiga un seductor;
si al Prado la conduces,
te llaman maricon;
si al baile, te la soban;
si á las máscaras.... Oh!!!
Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.

Y todo esto no es nada,
que aún falta lo mejor:
falta el primito alférez
que con ella creció;
falta la suegra adusta;
falta el cuñado hambron....
Ah! cátese quien quiera:
yo no me caso, no.

Luégo el preñado viene,—
ay Virgen de la O!,
y el parto, y con el parto
el zafio comadron,
y la voraz nodriza....
Basta! no más! qué horror!
Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.»

Marq. Lindo! Pues para que veas
qué fe merece un alumno
de Apolo, el mismo escritor
esta letrilla compuso:

«Harto estoy, viven los cielos,
de andar á salto de mata.
Aunque dé con una ingrata,
y más que rabie de celos
y haga en Madrid el payaso,
esto es hecho. *Yo me caso.*

Se me atreve la fregona;
me calumnia la tendera;
me roba la lavandera;
me cuida mal la patrona;
y eso, que nada le taso.
Está visto. *Yo me caso.*

No hay gozo para un soltero
sin afan, sin inquietud.
Hoy naufraga su salud
y mañana su dinero;
y pues ya de niño paso,
decidido estoy: *me caso.*

No me la echará de monja,
al ménos, mujer ya mia,
ni estudiaré noche y día
frases de necia lisonja,
suspiros de Garcilaso.
Qué bobería! *Me caso.*

¿No es mejor con mi consorte
dormir como Dios me manda
entre sábanas de Holanda
sin temer al sur y al norte,
que pasar la noche al raso
por una.... Zape! *Me caso.*

Si soy despues de las bodas
lo que otros...., cómo ha de ser!
Me engañará una mujer;
mas ahora me engañan todas.
Oh! quiero apurar el vaso
de una vez. Ea! *Me caso.»*

Gauden. Dios conceda á tu himeneo
larga prole y dicha y paz:
yo, solteron contumaz,
viviré del merodeo.

Marq. ¡Sí, entre mozuelas de tres
al cuarto! Ruin apetito!

Gauden. Son mi plato favorito.

Marq. ¡Quita....

Gauden. Yo no soy marqués.
No tu austeridad me tilde
si, *traviata* por *traviata*,
me atengo á la más barata,
prefiero la más humilde.
No hay en goces y placeres
pragmática que nos mande.
Rica y pobre, chica y grande,
todas al fin son mujeres.

Marq. Sin embargo....

Gauden. Por ventura
¿tan sólo en la aristocracia
vinculó Vénus la gracia

y derramó la hermosura?
Ha habido en Madrid, de véras!,
unas caras como soles
y cuerpos de tres bemoles
en el ramo de niñeras.—
Ay! pero ya entre esas.... damas
la belleza es contrabando,
porque se van escamando....

Marq. Ellas?
Gauden. No, ellas no; sus amas.

ESCENA VI.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. LUISA.

Marq. Ya está aquí mi Luisa.
Luisa. [Haciendo una cortesta.] Pido
mil perdones....
Gauden. Á los pies
de usted....
Luisa. (Qué veo!)
Gauden. (Ella es!)
Luisa. Sea usted muy bien venido.
Marq. [Presentándole.]
Don Gaudencio Almonacid....
Luisa. Ya tenía yo el honor
de conocer al señor....
Marq. Sí?
Gauden. La he tratado en Madrid.
Luisa. Poco.
Gauden. En efecto. (Ay Ruperta!)
Luisa. Vivía en la vecindad....
Gauden. Cierto.
Luisa. Y por urbanidad
mi tia doña Mamerta....
Marq. Entiendo.
Gauden. Ignorante yo
de que fuese tu sobrina
criatura tan divina....
Luisa. No tal; yo....
Marq. Cómo que no?
Gauden. Tan galante y tan asiduo
como era razon no fuí.
Luisa. No importa.... (¿Á qué vendrá aquí
este grotesco individuo?)
Marq. Sé ahora su caballero
pues los dos vivis conmigo.

[Í Luisa.]

Este es mi mejor amigo.
Luisa. (Qué amigo tan chapucero!)
Desde hoy lo es mio tambien.
Gauden. Con tal ángel, camarada,
no falta á tu quinta nada
para ser segundo Eden.
Luisa. Gracias.
Gauden. Ahora, aunque me arguya
Luisita de poco atento....
Luisa. No....
Gauden. Descansaré un momento,

con tu licencia y la suya.
Luisa. Si otra cosa no me manda
mi tio, á regar las flores
iré yo....

Marq. Son sus amores.

Gauden. (Fatal recuerdo!)

Marq. Sí; anda.

Luisa. Hasta despues, don Gaudencio.

Gauden. [Siguiéndola.]

El brazo....

Luisa. [Sonriéndose.] No estoy enferma.
Muchas gracias. Usted duerma....

Gauden. [En voz baja.]

¿Sabe algo....

Luisa. [Lo mismo.] Nada. Silencio!

[Vase.]

Gauden. Es este mi camarín?

Marq. [Abriendo la puerta segunda de la iz-
quierda.]

Sí. Que duermas bien.

Gauden. [Entrando.] Amén.

Marq. Hasta luégo.

[Dirigiéndose al foro.]

Yo tambien
daré un vistazo al jardín.

ESCENA VII.

EL MARQUÉS. MANUELA.

Manuela. Señor!....

Marq. Qué ocurre, Manuela?

Manuela. Una dama y un galán
á nuestra puerta han llegado
pidiendo hospitalidad.

Marq. Pero á título ¿de qué?
Los conoces tú?

Manuela. Jamás
los he visto. Ella se aflige....

Marq. Algun imprevisto azar....

Manuela. Sí: el tren ha descarrilado....
Esperan en el portal....

Marq. ¡Es gaita....

Manuela. Les digo que entren?

Marq. Sí, mujer.

Manuela. Voy.... Aquí están.

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS. MANUELA. DOÑA CRISPINA.
D. EDUARDO.

Crisp. Ay Jesus!....

Eduar. Aunque no tengo

el honor.....
Crisp. Este sofá.....
 [Se deja caer en él.]
 Permita usted.....
Marq. Sí, señora.
 [Manuela recoge despacio el servicio de chocolate.]
Crisp. [Abanicándose.]
 Uf!
Marq. Viene herida?
Eduar. No tal.
 Leve ha sido la avería,
 á Dios gracias, y no hay,
 á excepcion de un fogonero
 contuso, que lamentar
 desgracia alguna.
Crisp. No obstante,
 la trepidacion y la.....
 [Con imperio.]
 Un vaso de agua, muchacha!
Manuela. (Qué tono de autoridad!)
Crisp. Y luego cruzar á pié
 con un calor infernal
 media legua de camino.....
Eduar. [En voz baja.]
 Un kilómetro, lo más.
Manuela. [Dando el agua á doña Crispina.]
 Agua.
Crisp. Venga.
 [La bebe, y Manuela se retira, llevándose lo que había en el velador.]

ESCENA IX.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA. D. EDUARDO.

Eduar. La estacion
 cercana es provisional
 y no ofrece á los viajeros
 ninguna comodidad.
 Yo, ingeniero de la empresa,
 me hallaba trazando el plan
 de una mejor. La señora,
 que allí se encontraba mal,
 acertó á ver esta quinta,
 quiso en ella descansar,
 y vencido de sus ruegos
 me atreví.....
Crisp. Viaje fatal!
Marq. Á uno y otro hospedaré
 con la mejor voluntad.
Crisp. Muchas gracias. (Esa voz.....)

Eduar. En media hora, ántes quizá,
 se habilitará la via
 y el tren volverá á rodar.
 Voy á activar los trabajos.....
Marq. (Esa cara.....)
Eduar. Si me dan
 ustedes permiso.
Crisp. Ah! sí.
 Y avise usted.
Eduar. Claro está.
 [Saluda y vase.]

ESCENA X.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA.

Marq. Qué tal se halla usted?
Crisp. [Levantándose.] Muy bien.
 Ya ha pasado la zozobra
 que me causó el zarandeo.
Marq. Era natural.
Crisp. Y ahora
 que he descansado... Á Dios gracias,
 tengo una salud marmórea.
Marq. Sí? Lo celebro infinito.
Crisp. (No caigo.....)
Marq. (No hago memoria...)
 Va usted á la corte?
Crisp. No;
 vuelvo. He tomado en Santoña
 baños de mar.
Marq. Si me es lícito
 saber quién es la que me honra.....
Crisp. La honrada soy yo. Mi nombre?
 Lo diré sin ceremonia:
 Crispina Ruiz.
Marq. Ella es!
Crisp. Cómo!.... ¿Y usted...
Marq. Juan Mendoza.
Crisp. Sí, Juan! Juanito! Ya el alma
 me lo decia afanosa.
 Venga esa mano.
Marq. [Dándosela.] Crispina!
Crisp. Nos vimos en Zaragoza
 por primera vez.....
Marq. Sí, el año
 de.....
Crisp. La fecha es ya remota.
Marq. De cuarenta y uno.
Crisp. Y fuimos
 muy amigos.
Marq. Y á otra cosa
 mejor aspiré.
Crisp. En efecto,
 tuve el lauro de ser novia
 de usted.....
Marq. Pero la inconstancia
 de usted deshizo la boda.
Crisp. No, no fué inconstancia; fué

que áun llevaba usted capona en el hombro izquierdo.

Marq. Sí.

Crisp. Y mamá, que de Dios goza, me dijo: «No, que si enviadas te excluirán de la nómina del montepío.»

Marq. Y despues,—
cuenta usted toda la historia,—
un *quidam* me suplantó....

Crisp. No negaré....

Marq. El de la lonja
de ultramarinos.

Crisp. Ay! sí.

Qué quiere usted! Yo era moza inexperta, él rico....

Marq. Ya!

Crisp. Y mi madre codiciosa....
En fin, aunque desmentia
mi corazon á mi boca,
di el sí funesto....

Marq. Funesto?

No tanto, porque la crónica
refiere que mi rival
hizo una fortuna loca.

Crisp. Ay, sí señor! Le llamaban
el tiburón de la Bolsa.

Marq. Le llamaban.... Qué! murió?

Crisp. Ay! yace bajo una losa
tres años ha.

Marq. Y.... dejó prole?

Crisp. No. Ay Dios!

Marq. (Aunque algo jamona,
áun conserva.... Oh! sí.) ¿Y á quién
dejó la herencia?

Crisp. Á mí sola.

Marq. (Cáspita!) ¿Y qué capital....

Crisp. Ay! doce millones.

Marq. (Sopla!)

Crisp. Y usted.... se ha casado?

Marq. Ay! no.

Mirar no he podido á otra
desde que usted....

Crisp. Es posible!

Oh fidelidad heroica!—

Y... ha hecho usted carrera?

Marq. Pche!..

Soy coronel.

Crisp. Hola, hola!

Coronel.... Bonito empleo!

Marq. De reemplazo.

Crisp. Eso qué importa?

Marq. Tambien (bueno es que lo sepa)
he heredado....

Crisp. Tambien? Oiga!

Millones?

Marq. No; un marquesado.

La renta es una bicoca....

Crisp. Oh! pero no lo es un título

de Castilla. (¡Poco oronda

iria yo en un landó

con escudo y con corona!)

Celebro.... Marqués.... de qué?

Marq. De Valgayo y Ribalonga.

Crisp. (Título! Tras de eso andaba.)

Marq. (Millonaria! Me acomoda.)

Crisp. Ahora bien, señor Marqués,

hablando en plata y en prosa;

que me dan ese derecho

los millones que me sobran;

ya que la casualidad,

ó más bien la mano pródiga

de Dios, vuelve á reunirnos,

y en nuestras almas retoña

la antigua pasión, y yo

me reconozco deudora

de esta mano á quien primero

la solicitó; estoy pronta

á dársela á usted, Juanito,

y aquí paz y despues gloria.

Marq. La acepto, hermosa Crispina.

Crisp. Cómo! áun te parezco hermosa?

Ya paso de los cuarenta.

Marq. Te lo digo sin lisonja.

Crisp. Tanto mejor. (Cuando pasan

rábanos....)

Marq. (Áun no es tan momia,

que no pueda darme un vástago...)

Pero la locomotora

va á separarnos....

Crisp. No tal.

Mandaré traer mi ropa....

Marq. Oh dicha!

Crisp.

Seré tu huésped

primero, y despues tu esposa.

Marq. Sí, sí. Toma posesion

como de la tuya propia

de esta casa.

Crisp. Con tu vénia

iré á atusarme las cocas,

lavarme y....

Marq. Sí, prenda mia.

[Llamando.]

Manuela!

Crisp. Tras la congoja

del imprevisto columpio

caminar por una trocha

endiablada....

ESCENA XI.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA. MANUELA.

Manuela. Mande usted.

Crisp. Ya ves, esto deteriora....

Marq. No, á ti no; pero....

[Á Manuela.]

Obedece

como á mi misma persona

á esta dama.

Manuela. Está muy bien.

(¡Yo servir á una pandorga....)

Marq. Condúcela al tocador,
y si es preciso, á la alcoba,
al....

Crisp. Guíe usted.—Pronto vuelvo.
[*Después que Manuela se retira por la
puerta segunda de la derecha.*]
Adios, pichon!
[*Sigue á Manuela.*]

Marq. Adios, tórtola!

ESCENA XII.

EL MARQUÉS.

¡Oh venturoso percance
que con alianza tan congrua,
tan conforme á mi deseo,
me enriquece y me conforta!
Dice un antiguo refran,
que ya es para mí un axioma,
«no hay mal que por bien no venga.»
Hoy la misma galeota
que en mis años juveniles
me huyó virando de popa,
cambia el rumbo y á mis brazos
voluntariamente aborda.
No hay duda: una misma estrella
nos influye y nos asocia.—
El tiempo no pasa en balde;
no puede ser tan fogosa
como antaño una pasión
trasnochada ya y retrógrada;
mas todavía conserva
Crispina, aunque no es bisoña,
cierto atractivo..., y por último,
sus millones la remozan.

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS. MANUELA.

Manuela. Señor Marqués!....

Marq. Vuelves ya!

Manuela. Quisiera saber, señor....

Marq. Y Crispina? Dónde está?

Manuela. La dejo en el tocador.

Marq. ¿Cómo de ti no se ayuda
para arreglarse el cabello?

Manuela. No quiere; y tiene sin duda
sus razones para ello.

Marq. Manuela, ten caridad.
(¡Cielos, si será postizo?)
Sólo por bondad....

Manuela. Bondad!
Áspera es como un erizo.—
Pero al fin, si va de paso...,
y eso venía á saber.

Marq. No. Se queda aquí. Me caso.

Manuela. Gran Dios! Con esa mujer?

Marq. Mujer! Qué lenguaje es ese?
Trátala con más respeto.

Manuela. Quiera Dios que no le pese
á usted....

Marq. No. Yo te prometo....
Pero ¿la conoces tú?

Manuela. No, ni á nadie de su casta,
pero para hacerle el bu
con verla una vez me basta.

Marq. ¿Cómo.... ¿Qué jurisdicción
tienes tú aquí....

Manuela. Yo no digo....

Marq. ¿Necesita tu sanción
la que se case conmigo?

Manuela. No, pero yo, en el pellejo
de usted, no llevara á mal
que me diese un buen consejo
una criada leal.

Marq. ¿Y qué me aconsejarías
si te consultase?

Manuela. Yo?

Que un señor entrado en días
no debe casarse.

Marq. No?—
Mas ya la causa penetra
de hablarme así. No eres boba,
y temes perder el cetro....

Manuela. Bravo cetro es una escoba!
Sólo usted es aquí el rey,
y si le voy á la mano
es porque le tengo ley;
no por interés villano.

Marq. Así lo creo; perdona;
pero casarme proyecto
porque mi casa infanzona
tenga sucesor directo.

Manuela. Pero es cosa que horroriza
dar la mano, habiendo mil,
á quién? Á una advenediza
que aborta el ferro-carril.
Jesus! Jesus!

Marq. (Se santigua!)
No amo yo tan de repente.
Es mi amiga y dama antigua....

Manuela. Lo de antigua es evidente.

Marq. Hum!.... Cállate, bachillera.

Manuela. Habla usted de sucesión....

Marq. Sí tal.

Manuela. Y no considera
lo que va de hembra á varón.
¡Miren qué tierna doncella
para echar cuentas galanas....

Marq. Tengo diez años más que ella.

Manuela. Pero usted ya peina canas.

Marq. Oh! la viudez no me aflige
tanto, que....

Manuela. Cuántos? sesenta?

Marq. Méenos tres.

Manuela. Luego á ese dije
faltan tres para cincuenta.

Marq. Cómo! Ella cuarenta y siete?

Manuela. Claro; usted le lleva diez....

Marq. Ó más. (Me pone en un brete.)

Manuela. Por la boca muere el pez.
Es soltera la madama?

Marq. No; viuda.

Manuela. Tiene algun hijo?

Marq. No; pero cuenta la fama
que el difunto era canijo.
Dios querrá, y mi fe lo espera,
bendecir nuestra coyunda,
y si estéril la primera,
no lo será la segunda.
Siendo sana una mujer,
como ella, no es cosa rara....

Manuela. Yo me obligo á mantener

todos los hijos que pára.

Marq. Por qué aborrecerla así?
Es manía singular!

Manuela. [Con la mano en la garganta.]

Se me ha atravesado aquí
y no la puedo tragar.

Marq. Pues, hija, aunque tú te enfades....

¿Qué dirías de mi cholla
si con tantas navidades
aspirase yo á una polla!

Manuela. Que es disculpable locura
prenderse de un lindo busto,
y ya que no su cordura
probara usted su buen gusto,

Marq. ¡Ay, que no hacen equilibrio
adolescencia y vejez!
Ay! yo sería ludibrio
de ella y del mundo.

Manuela. Tal vez.
Quien las tema....

Marq. Guarda, Pablo!

Manuela. Viejas y niñas reproche.

Marq. En verdad....

Manuela. Mas ya que el diablo
nos lleve, que sea en coche;
y aunque son con las novicias
más de temer los.... perjuicios,
mejor es cobrar primicias
que rebuscar desperdicios.

Marq. Mirándolo de ese modo,
tienes razon, pesia tal!

Manuela. Yo....

Marq. Y en eso como en todo
un talento y una sal....

Manuela. Favor que usted me dispensa.

Marq. Mas mi futura, hija mía,
tiene una fortuna inmensa,
y esto hace su apología.

Manuela. La de usted no es tan escasa....
(Duro es como una bigornia.)

Marq. Con tal refuerzo, mi casa
va á ser otra California.

Manuela. ¡Y al oro se sacrifica
quien tiene tantos blasones!

Marq. Son doce millones, chica!

Manuela. Vergüenza!....

Marq. Doce millones!—
Ni sólo el ciego interes
me guia: aún está lozana.

Manuela. Bah! Pero usted es marqués
y ella una.... doña Fulana.

Marq. Mi título satisface
á la novia; su opulencia
á mí; luego nuestro enlace
es de mutua conveniencia.

Manuela. Para ella no ofrece duda;
para usted sí.

Marq. Cómo pues?

Manuela. No diria amén la viuda
si usted no fuese marqués.

Marq. Sí; que si bien se examina,
aunque el título le agrada,
entre los dos es Crispina
la más desinteresada.

Manuela. Sí?

Marq. Es rica, y á mi pesar
dando mi nombre al olvido,
puede el título comprar
sin el censo de un marido.

Manuela. ¿Y por qué, á decir me atrevo,
con las Indias en la mano,
no darla á un gentil mancebo
y otorgarla á un veterano?

Marq. Porque tambien con novicios
casquivanos, petulantes,
temerá.... aquellos perjuicios
de que tú me hablabas ántes.

Manuela. Mas siendo asunto tan serio,
¡casarse de sopeton....
Ay, señor! aquí hay misterio:
me lo dice el corazon.

Marq. Qué misterio puede haber?

Manuela. Su empaque....

Marq. No la môtejes.

Manuela. ¿Quién sabe.... ¿Y si esa mujer
viene de casta de herejes?

Marq. No; me consta que no.

Manuela. Pero....

Marq. Y te pondrá una querella
si sabe....

Manuela. En fin, yo no quiero
que se case usted con ella.

Marq. No quiero! ¿Á tal desvarío
tu insolencia se propasa?
Qué! no es libre mi albedrío?
No soy dueño de mi casa?

Manuela. Sí, señor.

Marq. Oiga! esto es grave.

Manuela. Pero manda Dios....

Marq. Eh? qué?

Manuela. Enseñar al que no sabe
y alumbrar al que no ve.

Marq. Tú enseñarme á mí! Voto á....

Manuela. Señor!

Marq. Soy yo acaso un niño?

¿Quién esas alas te da,
arrapiezo?

Manuela. Mi cariño.

Marq. [Con halago.]

Sí?

Manuela. Y aunque usted lo desprecie....

Marq. No tal. Bien pueden los amos inspirar....
[Con malicia.]
 ¿Y de qué especie es tu cariño? Sepamos.
Manuela. *[Con dignidad y saltándosele las lágrimas.]*
 Como le puede tener, sin que nadie á mal lo tome, pobre y humilde mujer que agradece el pan que come; cariño que sin rubor puede confesar mi lengua, y mi noble amo y señor oir sin mofa y sin mengua.
Marq. Bien, hija; no soy tan loco que....
Manuela. Sin que usted...
Marq. Bien; no llores.
Manuela. Sin que usted me tenga en poco ni yo me suba á mayores.— Mas doña Crispina....
Marq. Dale!
Manuela. Con sus arranques soberbios....
Marq. Dale!
Manuela. Me crispa....
Marq. Oh! ya sale....
 Vete!
Manuela. Me crispa los nervios.
[El Marqués sale al encuentro de doña Crispina, que llega por la puerta segunda de la derecha, y Manuela se retira por la primera.]

ESCENA XIV.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA.

Crisp. Juan!
Marq. Prenda!
Crisp. Aunque á la ligera, ya he reparado el ultraje de mi negra cabellera y mi tualeta de viaje.
Marq. (Negra es....) Crispina! (Pero teñida quizá....)
Crisp. Marqués!....
Marq. (Si le ha costado el dinero, claro está que suya es.)
Crisp. En ti premiaré un prodigio de constancia sin igual, si aún conservo aquel prestigio que cuando niña....
Marq. Sí tal.
Crisp. ¿Recuerdas cuando de hinojos caer á mis piés te vi?
 ¿Me ves con los mismos ojos

que ántes?
Marq. (No tengo otros.) Sí.
Crisp. (Qué viejo está!) Pues me pruebas que aún adoras mis encantos, yo también, aunque me llevas quince años....
Marq. (Miente!) No tantos.
Crisp. Bien; más ó ménos adulto, para mí eres siempre el mismo. Tus altas prendas consulto y no tu fe de bautismo.
Marq. El tiempo ¿en quién no hace mélla? Pero el alma no se muda. Con el brio de doncella y con la sazón de viuda, ahora como ántes agradas, Crispina, á tu fiel vasallo. Juan mio!
Crisp. (Muy prónunciadas tiene las patas de gallo.)
Marq. (Cáseme yo, y poco importa....)
Crisp. (Pero aunque pese á Manuela....)
Marq. (El título me conforta.)
Crisp. (Millonario! Esto consuela.)
Marq. (Si le dejo tomar pipa, con quién vuelvo al santo yugo?)
Crisp. (No es de perder la chiripa.)
Marq. (Ánimo pues!)
Crisp. (Apechugo.)
Marq. (El Marqués hace un monólogo.)
Crisp. (Mi futura soliloquia.)
Marq. En qué piensas?
Crisp. Yo?... en el prólogo de la.... Y tú?
Marq. Yo, en la parroquia. Un porvenir tan risueño me arroba.
Crisp. También á mí.

ESCENA XV.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA. D. GAUDENCIO.

Gauden. Ya he descabezado el sueño....
Marq. Oh Gaudencio! Ven aquí. Te presento....
Crisp. (Ay Dios!)
Marq. Á doña...
Gauden. Calle! ¡Usted....
Marq. Crispina Ruiz, que ha venido de Santoña....
Gauden. Saludo....
Marq. Á hacerme feliz.
Gauden. Qué oigo!
Crisp. Beso á usted la mano.
Gauden. Cómo va?
Marq. La conocias?
Gauden. He sido su tertuliano.
Crisp. Sí, don Gaudencio....
Gauden. Decias....

Crisp. (¡Mal haya.....)
Marq. Que un accidente
 del ferro-carril del Norte
 me la envía expresamente
 para ser.....

Gauden. Qué?
Marq. Mi consorte.
Gauden. De véras? ¡Tú.....
Crisp. (Soy perdida
 si descubre mi secreto.)
Marq. No le das la bienvenida?
Gauden. Sí; aplaudo... (Horror!) Me someto..
Marq. Es ya antiguo nuestro trato.
Gauden. Sí será.
Marq. Este amigo mio
 está por el celibato.
 No extrañes verle tan frio.

Gauden. [Mirando al Marqués.]
 (Malograda senectud!)

Crisp. [Aparte al Marqués.]
 Amigo tuyo ese mueble?
Gauden. Recobró usted la salud?
Crisp. Nunca la he tenido endeble.

Gauden. [En voz baja.]
 Juan, Juan! ¿Qué haces!
Marq. Eh?
Crisp. No obstante,
 tuve... (ay Dios! si ahora me da...)
 un reuma insignificante;
 pero se ha curado ya.
Gauden. Reuma!....

Crisp. [Poniendo un dedo en el antebrazo de-
 recho.]
 Sí, aquí, junto al codo;
 mas con los baños de mar
 desapareció del todo.
 [En voz baja á D. Gaudencio.]
 Por la Virgen del Pilar!....
 [Moviendo el brazo en todas direc-
 ciones.]

Sin dolor, ya ves.....
Marq. Ya veo.....
Crisp. Muevo el brazo á mi albedrío.
 (Gran Dios! Ya empieza el jaleo!)
 [Sigue agitándose convulsivamente el
 brazo; la convulsion se comunica en
 seguida al otro, y luego á todos los
 miembros de la paciente, acompañada
 de gestos, contorsiones, suspiros y so-
 llozos.]

Marq. Basta! Ah! qué es esto?
Crisp. (Dios mio!
 Ahora el otro.... Maldicion!....)
Marq. ¿Qué especie de tarantela
 es esa.....
Gauden. Una convulsion.....

Crisp. Nada; un.....
Marq. Socorro! Manuela!
Crisp. No. Llevo éter en un frasco,
 y aplicado á la nariz.....
 [Quiere sacarlo de la faltriguera, y
 no puede: lo hace D. Gaudencio y se
 lo aplica á la nariz.]
 Ay san Pascual!
Marq. (Vaya un chasco!)

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA. D. GAUDENCIO.
 MANUELA.

Manuela. Señor!... Qué miro!
Gauden. (Infeliz!)
Crisp. No más.—Esto es transitorio.....

Marq. [Á Manuela.]
 Ay! no ha mentido tu oráculo.
Gauden. El baile ántes del casorio!
Manuela. Pero de grande espectáculo!
Marq. Baile atroz!
Gauden. Es lo que el vulgo
 llama.....
Crisp. Calle usted, maldito!
 Calle usted, ó le excomulgo!
 [La convulsion se disminuye gradual-
 mente.]

Marq. Cómo?
Gauden. El baile de San Vito!
Crisp. Miente! El influjo atmosférico.....

Manuela. [Aparte al Marqués.]
 No es mal propio de su edad.
 Lo que tiene es un histérico
 de á folio.
Crisp. Casualidad.....
Marq. Señora.....
Crisp. Esto es..... robustez;
 [Mirando á D. Gaudencio.]
 (si te llevara el demonio!....)
 achaques de la viudez,
 que curará el matrimonio.
 [Ya en su estado normal.]
 Ya se me ha pasado.

Marq. Si?
 Yo celebro..... (Horrible mal!)
 Pues, hija, también á mí.....
Crisp. Qué?
Marq. El conato conyugal.
Manuela. Bien! ¡Vitor.....
Crisp. Hombre sin fe!
Marq. (¡Pegarme á mí una tostada
 tan.....) La compadezco á usted;
 mas de lo dicho no hay nada.

Crisp. Traidor! Palabra formal diste.....

Marq. Ignoraba un artículo tan esencial como.....

Crisp. Cuál?

Marq. El de ese achaque ridículo. ¿Dónde me iba yo á meter!

Crisp. Perjuro!

Gauden. (Se agüó la boda.)

Marq. ¿Yo esposo de una mujer que se descuaderna toda?

Crisp. [*Furiosa.*]

Y tú? y tú? ¿Quién de los dos va á perder más, estantigua?

Marq. [Á *D. Gaudencio.*]

Apacíguala, por Dios!

Crisp. Á mí nadie me apacigua.

Gauden. ¡Señora.....

Crisp. Aparte el soplon!

Insultos á mí! ¡sonrojos á mí!

Manuela. [*Conteniéndola.*]

Señora!....

Crisp. [*Al Marqués.*] Bribon!....

Te voy á sacar los ojos.

[*Va á abalanzarse al Marqués, y la contienen D. Gaudencio y Manuela.*]

Marq. [*Tomando el sombrero.*]

Me voy. Echadla de aquí!

Me voy; que me comprometo si.....

Crisp. Infame!

Manuela. (Es un jabalí!)

Gauden. Pero ¿adónde.....

Marq. Á un lazareto.

[*Vase corriendo por la primera puerta de la derecha.*]

ESCENA XVII.

D. GAUDENCIO. MANUELA. DOÑA CRISPINA.

Crisp. Huyes de mí, hombre soez! Yo te seguiré.... Ay Jesus! Yo muero.....

Manuela. El baile otra vez?

Gauden. No. Amagos de un patatus.

Crisp. Ay! Toda me tambaleo.....

Gauden. Trae agua: corre!

Manuela. (Maldita!....)

[*Se dirige á la puerta segunda de la derecha, y al mismo tiempo aparece por la primera D. Eduardo.*]

ESCENA XVIII.

MANUELA. D. GAUDENCIO. DOÑA CRISPINA. D. EDUARDO. LUISA.

Eduar. Ya el ferro-carril.... Qué veo!

Crisp. Ay!

[*Cae desmayada en brazos de don Eduardo: al mismo tiempo aparece por la puerta del foro Luisa, con direccion á la segunda de la derecha.*]

Luisa. (Eduardo!) ¡Ay.....

Manuela. Señorita!

[*Casi sin sentido, huye Luisa por dicha segunda puerta ayudándola Manuela. Ocupados con doña Crispina, no echan de ver este incidente don Gaudencio y D. Eduardo.*]

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO.

Marq. Sí; no paré hasta el molino huyendo de aquella furia.

Gauden. Ya estás libre de ella.

Marq. El mozo que has enviado en mi busca

me lo ha dicho. Ahora me falta saber qué hizo la energúmena despues que, por no ser presa de sus dientes y sus uñas, corrí como un forajido en precipitada fuga.

Gauden. Siguió al atroz frenesí tal postracion, tal angustia, que perdió el sentido. Llega en tan ardua coyuntura

el ingeniero diciendo:
«ya se habilitó la ruta,»
y ve caer en sus brazos
aquella inerte balumba.
Al cabo de ocho minutos
conseguimos, con la ayuda
del éter, que abra los ojos;
solloza, en llanto se inunda,
y su ira otra vez desfoga
con un diluvio de injurias.
El ingeniero, que es mozo
de chispa y bella figura,
emplea para calmarla
razones tan oportunas
como galantes. Con tal
apoyo, se engríe y triunfa
Crispina; su ciego enojo
convierte en sangrienta burla
con que á ti y á mí nos pone,
querido Juan, como chupa
de dómine; se apodera
del galán, que por fortuna
había vuelto á buscarla
caballero en una mula,
y al tren los lleva el cuadrúpedo,
él delante, ella á la grupa.

Marq. Yo la amé un día, y objeto
de compasión, no de culpa,
es para mí su dolencia;
y aunque ocultándola astuta
me expuso á ser desgraciado,
aun su desleal conducta
perdono. Vaya con Dios,
y si su mal tiene cura,
me holgaré de que sus días
prolongue sana y robusta
y con más digno consorte
vuelva á la nupcial coyunda.

Gauden. De buena te has escapado!
Supongo que ya renuncias
á casarte.

Marq. Nada de eso.
La cosa en sí es buena, justa,
moral, higiénica. Si hoy
una boda se me frustra,
otra cuajará mañana:
deseando están los curas
que les den ocupación,
y por falta de reclutas
no se ha de extinguir el gremio
que es objeto de tus pullas.
En la elección está el *quid*.

Gauden. Ya!

Marq. Y la trágica aventura
de doña Crispina prueba
que fué necedad mayúscula
la mía....

Gauden. Seguramente.

Marq. Y codicia sin disculpa,
cuando niñas casaderas
en todas partes abundan,
dar la mano á una mujer
necia, irascible y vetusta.

Gauden. Juanito!, quieres creermelo?
No se la des á ninguna.

Marq. Y cerrando los oídos
á la razón que me alumbra
y á la voz de mi conciencia
que condena tus argucias,
planta dañina y estéril
para Dios y la república,
¿pretendes que de mis días
la triste carrera cumpla
en torpe libertinaje,
sin que humana criatura
cierre con dolor mis ojos
y rece sobre mi tumba?

Gauden. Entusiasta misionero,
¿te mando yo por ventura
que peques? En hora buena,
si contra ti se conjuran
los enemigos del alma,
disciplínate y ayuna;
pero, infeliz!, ¿qué precepto
del Decálogo ó qué bula
te obliga á casarte? Ay! ¿cómo,
ya casco viejo, y sin brújula,
surcar un golfo no temes
que al mejor piloto asusta?

Marq. Decidido estoy, Gaudencio.
No te canses; no me pudras.—
Ni sólo en razones místicas
mi resolución se funda.
El Gobierno menosprecia
los servicios que me ilustran.

Gauden. ¿Y qué relación tiene eso
con el matrimonio?

Marq. Mucha.
Ofendido, postergado
á gente bisoña y nula,
porque ni adulo ni intrigo
ni me he pronunciado nunca,
algo he de hacer por vengarme
de las manos que me zurren.

Gauden. Y con casarte te vengas?

Marq. Me vengo en la hacienda pública,
porque tendrá que pagar
una pensión á mi viuda.

Gauden. Bien! Tan sólido argumento
no admite réplica alguna.
Cásate, sí, y tiemble el fisco
y el ministerio sucumba.

Marq. Esto no es decir que á ciegas....

Gauden. Sí tal. El que más estudia
sobre eso, más suele errar.
Cuando yo tomo una purga,
cierro los ojos, y adentro!

Marq. Que siempre has de estar de chunga!

Gauden. Adios. Recréate á solas,
libre ya de mi censura,
con el golpe que meditas.
Admirando yo tu industria,
daré entre tanto un paseo
por entre rosas y murtas.

[Vase por la puerta del foro.]

ESCENA II.

EL MARQUÉS.

¡Vaya que es temeraria la manía
 con que ese mentecato,
 cuando por buena senda Dios me guía,
 en encomiar se obstina el celibato!
 Si su inmoral doctrina
 sólo grata á la tribu libertina;
 todo varón siguiese, en breve plazo
 la humana sociedad se disolviera.
 Faltando el apacible honesto lazo,
 que es su base primera
 y que el placer con la virtud concilia;
 faltando la familia,
 no hay nacionalidad, no hay patria: el mundo
 rápido vuelve al primitivo caos.—
 Confieso que, más que otros, es fecundo
 en Elenas mi siglo y Meneláos;
 pero, aunque yo no deba hacer mi elogio,
 cortado no nací como Gaudencio
 para el matrimonial martirologio.
 Cuando es sagaz y vigilante un hombre
 y cursó largos años en la escuela
 de.....

ESCENA III.

EL MARQUÉS. MANUELA.

Manuela. Ah! ya de vuelta? Albricias!
Marqués. Sí, Manuela.
Manuela. Al fin nos dejó en paz, Dios la confunda!,
 la huésped iracunda.
 Bien dije yo.....
Marqués. Sí, sí. Tu buen instinto.....
Manuela. La vi, la oí, me pareció una arpía
 y en su fisonomía
 pronto advertí—para esto yo me pinto
 sola—que había intríngulis sin duda
 en la boda. Á pesar de sus millones,
 mostrar tal ansia por salir de viuda?,
 dije yo para mí. No le ama, nones!
 algo oculta; quizá una bancarrota.....
 Zape! No juega limpio esa marmota.
Marqués. Mucho agradezco tu lealtad sincera,
 mucho admiro tu fina perspicacia
 y desde hoy tú serás mi consejera.
Manuela. (Ay!....) Me sonroja usted con esa gracia.
 No merezco.....
Marqués. Si tal. Pero ¿qué ha sido
 de mi pupila? ¿Cómo en tal olvido
 tiene.....
Manuela. Mal recobrada todavía.....
Marqués. De qué?
Manuela. De aquel desmayo.....
Marqués. ¿Qué desmayo?
Manuela. Cómo! ¿usted no sabía.....
 Volviendo del jardín vió aquella escena,

y como si la hubiese herido un rayo
pierde el sentido.....

Marqués.

Oh cielos!

Manuela.

No sin pena

la llevo aletargada á su aposento
y de la dueña cócora me ausento.

Marqués.

Pobre Luisita! Mas Gaudencio ¿cómo
no me ha dicho.....

Manuela.

Aun no sabe,

por lo visto, que aquella historia grave
tuvo segundo tomo,

Marqués.

y toda su atencion llamó el primero.
No es mucho que asustada mi sobrina,
como si hubiera visto al Cancerbero,
perdiese la razon. Fatal Crispina!
Nunca en mi casa yo la recibiera!
Á ella debo tambien este agasajo.

Manuela.

No sé..... Quizás.....

Marqués.

El diablo nos la trajo.—

Pero tal vez aún dura la congoja.

[*Dirigiéndose á la segunda puerta de la derecha.*]

Luisita!

Manuela.

No, señor: fué pasajera;
y si usted no se enoja,
me atreveré á decir que su pupila.....

ESCENA IV.

EL MARQUÉS. MANUELA. LUISA.

Luisa.

Tio!

Manuela.

(No me oye.)

Marqués.

[*Tomando de la mano á Luisa.*]

Ven, prenda del alma.

Manuela.

(Prenda!....)

Marqués.

Estás ya mejor?

Luisa.

Sí, caro tio.

[*Á Manuela.*]

Marqués.

Una taza de tila.....

Manuela.

Prepárasela pronto.

Voy. (Dios mio!

Si ahora esta polluela
me disputa la palma.....)

Voy. (¿Qué va á ser de ti, pobre Manuela!)

[*Vase por la primera puerta de la derecha.*]

ESCENA V.

EL MARQUÉS. LUISA.

Marq.

Serénate, Luisa mia.
Aquella infausta mujer
cuya aparicion siniestra
dió con tu juicio al traves.....

Luisa.

(Ay Dios!) Sí.

Marq.

No volverá

á armar otro somaten
en mi casa.

Luisa.

No sabía

quién era.... Me acongojé.....

Marq.

No lo extraño. De resultas
de descarrilar el tren,
nos la trajo aquí en mal hora
un jóven.....

Luisa.

(Vino con él!)

Marq.

Que dijo ser ingeniero

de la empresa, y la hospedé porque..... Pero ya es inútil hablar de ella.

Luisa. Cierto. (Infel!)

Marq. Ya que tu indisposicion ligero vértigo fué.....

Luisa. Sí; ya estoy buena.

Marq. Y recobran su color de rosicler tus mejillas.....—Y en verdad.....— Siéntate á mi lado; ven.—

[Se sienta con Luisa en el sofá.]

En verdad que hoy estás, Luisa, mucho más linda que ayer.

Luisa. Yo, señor, nunca lo he sido. Bondad de usted.....

Marq. No. Bien sé, pupila amada, (es preciosa!) que en boca de algun doncel gallardo tal homenaje oirias con más placer.

Luisa. Por qué? Á nadie de este mundo puedo yo dar tanta fe como á mi tio y tutor.

Marq. Gracias, Luisita. Ahora bien, tú, que amas tanto las flores, ¿no has notado alguna vez que nunca el fragante aroma de que bañan el verjel es tanto y de sus colores el brillo como despues que, disipando las nubes, el sol les da nuevo ser? Así tú.....

Luisa. Válgame Dios! Qué cosas me dice usted! (Nunca le vi tan jovial.) Cualquiera diria.....

Marq. Qué?

Luisa. Que es usted poeta.

Marq. Nunca

ciñó mi frente el laurel de Apolo; mas de poeta y músico y loco ¿quién no tiene algo?

Luisa. Sí?

Marq. Hay dos númenes que harán poeta á cualquier ciudadano, hambre y amor.

Luisa. ¿Cuándo tuvo hambre ni sed un título de Castilla?

Marq. Yo conozco á más de seis con ese achaque, y del otro, desde el pastor hasta el rey, nadie está exento. (Es divina!)

Luisa. (Si se declara, qué haré?)

Marq. (Manuela tiene razon: si nos lleva Lucifer, que sea en coche.)

Luisa. (Éste al ménos me daria honra, y aquél.....)

Marq. Eh?....

Luisa. Decia usted.....

Marq. Decias.....

Luisa. Meditaba.....

Marq. Yo tambien. (¿Quién más digna... ¿Cuál más bella... Pero ántes la sondearé.) Querida, tú ya has pasado de la edad de la niñez, y desde el dia en que viste transformado en guardapiés el infantil tonelete debo, Luisa, suponer que de la naturaleza obedeciendo la ley, se abrió á nuevas sensaciones ese corazon. Al ver de tu busto primoroso y tu nacarada tez reflejada en el espejo, Luisita, la imagen fiel, ¿no has hecho los calendarios que todas suelen hacer?

Luisa. Jesus, tio! Esa pregunta.....

Marq. No como severo juez la hago ni como tutor suspicaz, no, sino á fuer de tierno amigo que anhela, aun más que el suyo, tu bien.

Luisa. Ah! mi gratitud sin límites.....

Marq. (Me ama, sí. Me vengaré.) Para algo, habrás dicho tú, vine yo á la humana grey.

Luisa. Cierto.....

Marq. Para algo... y para álguien me crió el Dios de Israel.

Luisa. ¿Qué sé yo..... Sí..... Pero el sueño no me quita el ansia de.....

Marq. No te sonrojes. Y ese álguien ya se ha dado á conocer sin duda.

Luisa. [Con prontitud.] No, señor, no!

Marq. ¿Ningun hijo de Noé te ha requerido de amores? Di la verdad.

Luisa. No, no!

Marq. Amén!

Luisa. (Pluguiera á Dios!)

Marq. Pues, Luisita, yo te voy á proponer uno que..... (y si me repulsa?) si le miras sin desden se tendrá por muy dichoso.

Luisa. Mientras no sepa quién es.....

Marq. El que pretende tu mano caballero es de honra y prez; mas su mejor adjetivo ya lleva delante un *ex*.

*Luisa.*Cuál?

Marq. El de jóven!

Luisa. Qué importa?

Prefiero la sensatez, la experiencia á la infatuada

gallardía, al oropel
de exteriores atractivos
con que suelen más de tres
de su corazon viciado
cubrir la negra doblez.
Marq. ¡Bien haya esa boca..... Sí;
tertulias, bailes, cafés,
circos, teatros, casinos
han corrompido el plantel
de la juventud lozana;
su Dios es el interes,
su templo la bolsa; todo
es agio y fraude doquier.
¿Qué virtud hay, qué inocencia
libre de su infame red?
(Pobres mozos! Perdonad
si os calumnia mi pincel.)
Luisa. Ni á mí, desvalida huérfana,
me es permitido tener
la ambicion que á otras devora.
Marq. Me basta un hombre de bien.....
Lo creo de tu modestia,
Luisita; mas yo, que sé
lo que vales y quisiera
brindarte con un dosel,
aun creo ofrecerte poco
con ofrecerte..... un marqués.
Luisa. Señor!....
Marq. Y si no has leído
ya en mis ojos el poder
de los tuyos, y no obstante
mi baston de coronel,
es forzoso que te diga
de viva voz «yo peque!»,
postrado.....
Luisa. [Deteniéndole.]
Ah! no: yo, que obtengo
tan señalada merced,
soy quien debe agradecida
besar humilde esos piés.
Marq. Oh gozo! Esto vale más
que el ascenso á brigadier.
Me otorgas tu blanca mano?
Luisa. (Ay!....) Sí, señor.
Marq. Ea pues!,
guardemos para el altar
las genuflexiones..... eh?,
y ahora en mutuo abrazo, prenda,
démonos el parabien.
Luisa. Con mil amores.

[Se abrazan.]

ESCENA VI.

EL MARQUÉS. LUISA. MANUELA.

Manuela. La tila.....
(Jesus, María y Josef!)

Luisa. [Desprendiéndose de los brazos del
Marqués.]

Ah!

Marq. Es Manuela.—Tráela aquí.

Luisa. No. (Qué bochorno!) Yo iré.....
(Ya, pese al vil que me ultraja,
laureada veo mi sien.)

[Vase por la segunda puerta de la
derecha.]

ESCENA VII.

EL MARQUÉS. MANUELA.

Manuela. Muy bien! bravo! Vocacion
más decidida y más firme
no se ha visto en este siglo.

Marq. Yo.....

Manuela. Es usted incorregible.

Apénas hace una hora
que doña Crispina insigne
huyó de aquí convirtiendo
en bufidos los melindres,
¿y ya otro ídolo cautiva
ese corazon sensible,
y otro expediente de boda
tenemos sobre el pupitre?

Marq. Qué! ¿barruntas.....

Manuela. Para eso
no es menester ser un lince.
El abrazo que yo he visto
no está dentro de los límites
que á tutores y pupilas
el reglamento prescribe.
Marq. Bien; y por ser yo tutor,
tio y curador *ad litem*
de esa niña, ¿á sus hechizos
he de ser incombustible?
Si me ha enamorado Luisa,
y ella mi mano recibe,
y obtener para casarnos
la dispensa del Pontífice
es cuestion de dos semanas
y algunos maravedises,
¿qué tienes tú que objetar
á una boda tan plausible?

Manuela. Mucho.

Marq. Eh? ¿tú.....

Manuela. La señorita
aun no tiene veinte Abriles,
y usted.....

Marq. Dale con los años!
Bodas más inverosímiles
se han visto. ¿Y olvidas ya
lo que no ha mucho dijiste?
«Más vale cobrar primicias
que rebuscar.....»

Manuela. Yo lo dije
en términos generales;
mas, segun como se aplique

mi sentencia, puede ser
admisible ó no admisible,
y un proverbio de Castilla
«ántes que te cases,» dice,
«mira lo que haces.»

Marq. Manuela! Manuela!

Manuela. Y otro proverbio.....

Marq. Me fries!

Manuela. Dice tambien: «lo mejor
de los dados.....»

Marq. Oh qué chinche!

Manuela. «Es no jugarlos.»

Marq. Espíritu
de contradiccion terrible
es el tuyo. Antes negaste
con autoridad de príncipe
tu aprobacion á la viuda.....

Manuela. Sí, señor.

Marq. Ahora á la vírgen.

¿Qué herencia voy yo á quitarte,
qué dote voy yo á pedirte
si me caso? ¿Qué te importa
que yo en el gremio me afilie
de los casados, ó á eterna
soltería me resigne?
¿Qué te va á ti ni te viene
en que, fluctuando mi esquite,
ora se estrelle en Escila,
ora zozobre en Caribdis?

Manuela. ¿Y qué culpa tengo yo,
señor, de que, ya en el linde
de la senectud, un hombre
de andadores necesite?
Y aunque es cierto que, nacida
en esfera tan humilde,
contrariar no debo á mi amo,
sino acatarle y servirle,
¿cómo, ingrata á sus bondades,
ya que mis ojos no ciñe
la venda que á él le ha cegado,
cómo, señor, no advertirle
que expone á grave peligro
su.....

Marq. Peligro! Cuál? Explicate.

Manuela. No todo lo que reluce
es oro. Tal vez al tigre
cubre la piel del cordero,
y la víbora.....

Marq. Oh! prescinde
ya de refranes, y al grano.

Manuela. No es tan cándida ó tan simple
como usted se lo imagina
la bella novia que elige.

Marq. Mira cómo hablas, Manuela!
Luisita es la viva efígie
de la inocencia, y dudarle
es temeridad, es crimen.

Manuela. Señor Marqués!

Marq. Ella jura
que su corazon es libre.

Manuela. Hoy,.... tal vez.

Marq. Y ayer, y siempre.

Manuela. Pues ó lo sueña ó lo finge.

Marq. La prueba.

Manuela. No olvide usted,
señor, el siglo en que vive.
¿Qué mujer hoy á veinte años—
he dicho poco—á los quince,
puede decir que su pecho
siempre ha sido inaccesible
al amor, cuando cualquiera,
como no sea una esfinge,
bloqueada está de continuo
por un enjambre de títeres?

Marq. La prueba!

Manuela. Cayó en mis brazos
acometida de un síncope
cuando vió á aquel forastero.....

Marq. No produjo aquella crisis
un jóven inofensivo,
sino la dueña irascible.

Manuela. Amén de esa prueba, tengo
otra que duda no admite.
Despues de emplear en vano
los sahumeros y potingues,
aflojo el corsé á la niña
para hacer ménos difícil
la respiracion, y cae
una carta.....

[Muestra la carta.]

Marq. La leiste?

Manuela. Qué pregunta! Soy mujer.

Marq. (Malo!) Y la carta—prosigue—
será de algun.... (se me pega
la saliva á la laringe)
de algun galan.

Manuela. Por supuesto.

Marq. (Válgame Dios uno y triple!)
Alguna declaracion
llena de dulces perfiles...,
de sandeces.....

Manuela. Al contrario:
una despedida triste,
amarga, ruda, insultante,
firmada «Eduardo Ramirez.»—
Se llama así el ingeniero?

Marq. No sé, ni importa un ardite
el nombre.

[Asoma Luisa, y se detiene á la puer-
ta de su cuarto.]

Manuela. En ella la acusa
de más traidora que Circe.....

Luisa. Ah!

[Se adelanta de puntillas.]

Manuela. Y de infiel y de liviana.—
Lea usted.....

[Luisa se abalanza á Manuela, y le
quita la carta.]

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS. MANUELA. LUISA.

Luisa. Mintió el caribe,
el fementido, el villano.....

Marq. Luisa!

Luisa. Y audacia increíble
ha sido en esa mujer
robarme.....

Manuela. Yo.....

Marq. [Á *Luisa.*] No te irrites.

Luisa. La carta y ponerme mal
con usted.

Marq. Ella me sirve
con lealtad, y no es extraño.....

Luisa. Nunca fué leal un chisme,
una baja delacion.

Manuela. No hay tal baja.

Marq. Retírate,
Manuela.

Luisa. No. Me ha acusado
su lengua procaz, y exige
mi honor que ante ella aparezca,
y ante usted mismo, sin tilde,
sin mancha. Por dicha mía
tengo quien me justifique.

[*Asoma por el foro D. Gaudencio.*]

ESCENA IX.

EL MARQUÉS. MANUELA. LUISA.
D. GAUDENCIO.

Marq. Quién?

Luisa. Justamente, el señor.

Gauden. Ofrezco, si lo permites,
á Luisa este ramillete
de rosas y de jazmines.

Luisa. [Lo toma y lo pone sobre el velador.]

Gracias; pero algo mejor
que con flores y con dijes
puede usted servirme ahora
si declara á quien me aflige,
suponiendo que he podido
infamar mi noble estirpe,
cuanto sepa usted de mí.

Gauden. De usted? Virtudes sublimes,
y miente quien ponga en duda.....

Luisa. Cuente usted desde su origen
la desagradable escena.....

Gauden. ¿Aquella en que yo intervine
por mis pecados..... No tengo
motivo para aplaudirme
de ella, ay! no; pero obediente
la contaré *ad pedem litteræ*.

[*Al Marqués.*]

Aunque de familia ecuestre,

en mis arranques eróticos
siempre he sido yo pedestre;
y no ha mucho en esta sala
debatí larga polémica
si es mi opinión buena ó mala.
Marq. Abrevia, abrevia. No estoy
para oír necios preámbulos.
Qué fué el lance? Di.

Gauden. Allá voy.

Me cautivó el albedrío
una tal Ruperta Gárgoles,
muchacha de rejo y brio. -
Por mi negra desventura,
era mi trapillo fámula
de esa linda criatura.

Marq. Qué oigo!

Gauden. Confúndame Dios
si hasta hoy he sabido el vínculo
que os une, Juan, á los dos.—
En vano días y días
á piropos y retruécanos
limité mis baterías.
Con mozas tan zahareñas,
dije, no valen retóricas:
dádivas quebrantan peñas.
Y varío el plan de ataque,
y hoy comprando un chal á mi ídolo
y mañana un miriñaque.....

Marq. Acaba.

Gauden. Aquel Gibraltar
inexpugnable, por último,
hubo de capitular.
Y de este punible abuso
nació otro mayor.... Perdóname!
Huésped clandestino, intruso.....

Marq. Insolente!....

Gauden. Oye hasta el fin.

Una y otra noche lóbrega
me abrigó en su camarín.

Marq. ¡Así una casa de honor
se respeta!

Gauden. Somos frágiles!....

Oye: aún falta lo peor.
Una noche cierto amigo
me vió salir y á mi víctima
cerrar el falso postigo.
«Hola, segundo Tenorio!
¿Quién es, me dijo, la cómplice
de ese nocturno jolgorio?
La tia será, sin duda.»—
Yo—petulancia sacrilega!—
haciendo ascos á la viuda,
cuando á Luisita nombró
fuí tan menguado, que—mátame!—
no osé decirle que nó.

Marq. [En actitud de acometer á D. Gau-
dencio.]

Infame! ¡vil!....

Luisa. Tío amado,
perdone usted á ese prójimo
como yo le he perdonado.

Gauden. Nombrándola, es cosa cierta

que comprometia el crédito
de mi adorada Ruperta,
y desenlacé mi drama
parodiando aquel tan célebre
de «*Antes que todo es mi dama.*»
Marq. ¡Dama una... ¡Voto á...
Gauden. ¿Qué quieres,
Juanito! Según mi código,
lo son todas las mujeres.—
Tuvo el malhadado lance
consecuencias, ay! gravísimas
que no estaban á mi alcance.
Cuando á ser tan charlatan
me arrastró insensato vértigo
tenía Luisa un galán;
pero aunque el nombre del hombre
supe, es todavía incógnito
para mí el hombre del nombre.
Entónces el pretendiente
á quien propiné tal píldora
de Madrid estaba ausente;
mas mi amigo don Macario,
suyo tambien, y más crédulo
de lo que era necesario,
dió fin trágico á la fiesta
dando fe á mi inicua fábula
en una carta indigesta;
y aquella carta cruel
ya supondrás que fué un tósigo
para el ausente doncel,
y que en un fatal acceso
condenó á Luisa su cólera
sin más forma de proceso.
La infeliz, que sin delito
se vió acusada de réproba,
ponia en el cielo el grito.
Cuando su amargo tormento
supe por Ruperta, lágrimas
vertí de arrepentimiento;
y yo con virtud cristiana,
y ella, que es de buena índole,
con fortaleza espartana,
hicimos sin dilacion
ante la ultrajada huérfana
un acto de contricion,
del cual con su nombre y signo
sacó testimonio auténtico
un notario fidedigno.
Así expié mi fanfarria;
Ruperta, ay Dios! en un ómnibus
volvió llorando á la Alcarria,
y poco despues Luisita
con su tia benemérita,
dejó la corte maldita.
Tu amigo de todas véras
da fin con esto á la crónica.
Ahora haz de él lo que quieras.
Marq. ¿Qué he de hacer yo con un loco
de atar, cuando mi gentil
sobrina es tan generosa
que perdona su deslíz?
Si de álguien puedo quejarme,
es de ella más que de ti.

Luisa. Por qué?

Marq. Porque la verdad
con astucia femenil
me ocultaste cuando iluso
mano y alma te ofrecí.
Cuando, si no enamorada,
que yo no osara pedir
tanto, sumisa y afable
me otorgaste el dulce sí,
¿por qué negaste que á otro hombre,
quizá á algun chisgarabis,
quisiste ántes que á tus gracias
doblaste yo mi cerviz?

Luisa. Porque no fué amor el mio,
sino delirio febril,
y confesar no podia,
sin cubrirse de carmin
mis mejillas, haber sido
tan necia y tan infeliz,
que oí mentidas ternezas
de un hombre indigno de mí.

Marq. Mas ¿por qué, si le aborreces,
guardar su carta incivil?

Luisa. Por tener siempre á mi vista
su conducta infame y ruin,
y armada con este escudo
sacar triunfante en la lid
mi orgullo sí, recayendo
en su ciego frenesí,
el corazon abogaba
en favor de hombre tan vil.

Marq. ¿No hubiera sido más cuerdo
olvidar al malandrin
y su epístola injuriosa
romper en pedazos mil?

Luisa. Dice usted el Evangelio,
y yo le respondo así.

[Rompe la carta y arroja los peda-
zos.]

Marq. Bravo! Pero sentiria
que por despecho pueril,
y no por convencimiento....

Luisa. Tío, yo no sé mentir.

Manuela. (Que no?)

Luisa. Ni puedo acusarme
de ningun villano ardid;
pero sí el triste suceso
que ha oido usted referir
y en el cual, sin culpa mia,
yo sola víctima fuí,
me roba la confianza
de usted, pongamos ya fin
á esta contienda. Retiro
la palabra que le di.

[Se retira á su cuarto.]

Marq. [Siguiéndola.]

No, Luisa! Luisa adorada!
Óyeme!

[Á D. Gaudencio y Manuela.]

Es un serafín.

ESCENA X.

D. GAUDENCIO. MANUELA.

Gauden. Qué opinas de esto, Manuela?

Manuela. Que no debe estar aquí mi amo, sino en Leganes.

Gauden. ¡Casarse en edad senil con ese tierno retoño!

Manuela. Ahí es un grano de anís!

Gauden. Temo que aún no haya olvidado la niña á aquel paladín, por más que altiva y severa nos quiera dar un mentis; y si ahora se apareciese vestido por figurin, adios boda!, ó con la boda su honra pondria en un tris.

Manuela. Bien le he predicado yo, mas no me ha querido oír.

Gauden. Pobre Juan! ¿Por qué no adopta mi doctrina, y más feliz viviria? Yo casarme? Arre allá!—Esto no es decir que mi alma sea insensible al dardo de amor sutil, y al ver dos ojos.... como esos no sienta mi sangre hervir.

Manuela. Oiga!....

Gauden. Te lo juro, á fe de Gaudencio Almonacid, y con cuanto tengo y valgo sabria retribuir el menor de tus favores, prenda del alma.

[Intenta abrazarla.]

Manuela. Alto ahí.

Gauden. Deja que....

Manuela. (Esto me faltaba!)

[Dándole un bofetón.]

Apártese el zarramplín.

[Vase por la primera puerta de la derecha, y cae D. Gaudencio como atorolado sobre un asiento.]

Gauden. Zape! Ay Ruperta, Ruperta! No me tratabas tú así.

ESCENA XI.

D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.

Eduar. [Entrando.]
Deo gracias!

Gauden. [Levantándose.] Eh? (¿Quién se goza en mi afrenta... Ah! el ingeniero...)

Saludo á usted, caballero.

Eduar. ¿El Marqués....

Gauden. (Aleve moza!)

Eduar. De nuevo vengo á ofrecer mis respetos, como es justo....

Gauden. Él y yo con mucho gusto.... Se largó aquella mujer?

Eduar. Sí.

Gauden. El Marqués está ocupado en cierto asunto.... casero.

Eduar. Bien, no hay prisa. Aquí le espero.

Gauden. Iré á pasarle recado....

Eduar. Quédesse usted: no es urgente....

Gauden. Bien. (Parece hombre de pro.)

Eduar. También entre usted y yo hay cierto asunto pendiente.

Gauden. Eh? Ninguno que yo sepa....

Eduar. Doña Crispina....

Gauden. ¿Otro acceso como aquel....

Eduar. Eh! nada de eso.

Gauden. Otro soponcio? Qué plepa!

Eduar. No. Aquella buena señora me ha aclarado cierto punto esencial para el asunto de que hablaremos ahora. Por ella tengo el honor de saber que usted se llama Gaudencio...

Gauden. ¡Y bien...

Eduar. (Ya se escama.)

Almonacid.

Gauden. Servidor.

Eduar. Ahora bien, un aguinaldo le traigo á usted, camarada....

Gauden. Cómo!....

Eduar. Una cuenta atrasada de que ha de abonarme el saldo.

Gauden. Saldos yo!.... ¡Cuentas añejas....

Eduar. No se trata de dinero.

Gauden. Pues.... qué quiere usted?

Eduar. Yo? Quiero cortarle á usted las orejas.

Gauden. ¡Hombre, qué está usted diciendo?

Vaya, usted me habla de chungá, y aunque alabo su sandunga, no alcanzo yo...., no comprendo....

Eduar. No hay tal chungá. Muy formal le reto á usted....

Gauden. (Santo fuerte!....)

Eduar. Y el duelo ha de ser á muerte.

Gauden. Mas por qué el duelo mortal?

De qué nace esta discordia?

Aún no sé, joven gallardo, quién es usted.

Eduar. [Con voz de trueno.] Soy Eduardo Ramirez.

Gauden. [Cayendo de rodillas.]

Misericordia!

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.

Eduar. Sí, sí; ántes de hacerme usted declaracion tan explícita ya estaba yo convencido de la inocencia de Luisa.

Gauden. Por don Macario, sin duda.

Eduar. Ciertó.

Gauden. Mi torpe mentira le confesé y de qué modo la reparó mi hidalguía; pero él también procedió con ligereza inaudita....

Eduar. No se hable más del asunto; mas de aquella accion indigna sangrienta reparacion mi justa saña obtendria, á no haberme dado usted la inesperada noticia que es iris de mi tormenta y bálsamo de mi herida. ¡Oh providencia inefable de Dios! ¡Aquí, en esta quinta está la prenda adorada que mi alma creyó perdida para siempre!

Gauden. Sí, señor.

Eduar. Oh dicha! oh gozo!

Gauden. Es sobrina del Marqués.

Eduar. ¿Cómo pudiera negar á usted mi amnistía, cuando me da tal consuelo tras de tan amargos dias?—Venga esa mano.

[*La toma.*]

Aún es poco.

Los brazos!

[*Le abraza.*]

Gauden. Alma benigna! Pero.... (Cómo se lo digo?) No me atrevo todavía á felicitar á usted y recibir sus albricias....

Eduar. Cómo!

Gauden. Luisa está agraviada.

Eduar. Ah! sí; pero de rodillas

imploraré su perdon, y espero....

Gauden. Es jóven, es linda....

Eduar. Qué? Qué quiere decir eso?

Gauden. Que si otro la solicita, no debe usted admirarse de que ella le oiga propicia.

Eduar. Un rival!

Gauden. Sí.

Eduar. Yo sabré disputarle mi conquista. Quién?

Gauden. En otras circunstancias fácil el triunfo sería; pero la venganza es dulce, tentadora la codicia....

Eduar. Oh! quién es?

Gauden. Silencio!

Eduar. Basta de misterios y de enigmas.

Gauden. Por Dios, no hable usted tan alto! La boda....

Eduar. Boda!

Gauden. Es inicua, absurda. Yo la repruebo porque tengo antipatía al yugo del matrimonio, y como pueda impedirla, no dude usted que lo haré; pero, si usted no apacigua el ímpetu de los celos y arma aquí una sarracina, todo se pierde. Yo haré que obtenga usted de la niña una audiencia reservada....

Eduar. Bien; sí.

Gauden. Algo hay de bastardía, por no decir otra cosa, en prestarme á tal intriga; pero creo que mi buena intencion lo justifica, y debo este desagravio á quien, despues que su dicha por mí ha perdido, es tan noble, que me perdona la vida.

Eduar. Me conformo....

Gauden. [*Observando desde cerca de la puerta segunda de la derecha.*]

Va á venir,

mas no sola.

Eduar. Con el quídam

quizá....

Gauden. Retírese usted

al jardin,

[*Le indica la puerta.*]

y esté á la vista.

Yo avisaré.....

Pero.....

Pronto!

[*Vase D. Eduardo.*]

No me llega la camisa
al cuerpo.

ESCENA II.

D. GAUDENCIO. LUISA. EL MARQUÉS.

Marq. Oh Gaudencio! Abrázame.

[*Se abrazan.*]

Gauden. (Malo!)

Marq. Mi bella pupila
ya el grato sí ha confirmado
que anega mi alma en delicias.

Gauden. Mi enhorabuena te doy,
y á usted tambien, señorita.

Luisa. Gracias.

Gauden. (Perdió la chabeta!)

Marq. Voy á escribir cuatro líneas
á mi antiguo compañero
don Juan Crisóstomo Díaz,
para que nos busque casa
en la coronada villa.
Allí hemos de celebrar
la boda. Oh! y será magnífica.
Tambien de mi fausto enlace
daré parte á la familia.
Tú entre tanto, Luisa amada,
ve poniendo en una lista
cuantas galas, cuantas joyas
te dicte la fantasía.

Luisa. Yo, señor, no he menester....

Marq. Ya sé que no necesitas
para enamorarme á mí
más que esa cara divina;
pero no estaré contento
si con tu lujo no eclipsas
á toda la aristocracia
femenil.

Luisa. Mal pagaria
la honra que me hace usted
si labrase yo su ruina.

Marq. [*Á D. Gaudencio.*]

Es un ángel.—Sin embargo....
Ah! en pena de tu ridícula
aversión al matrimonio,
te condeno á que me sirvas
de padrino.

Gauden. (Santo cielo!
Mi vida otra vez peligra.)

Juanito, no tengo yo
suficientes campanillas
para.....

Marq. Chit! No admito réplica.

Quédate aquí con Luisita
mientras despacho el correo.
(Qué hermosa! Dios la bendiga.)

[*Vase por la puerta primera de la izquierda.*]

ESCENA III.

LUISA. D. GAUDENCIO.

Gauden. Ay Luisa!

Luisa. ¿Qué.....

Gauden. Boda aciaga!

[*Llevándola hácia el foro.*]

Apartémonos un poco.

Luisa. ¿Cómo.....

Gauden. El Marqués está loco.

Luisa. ¿Pues.....

Gauden. Y usted no le va en zaga.

Luisa. Qué oigo!

Gauden. El sí que la sandez

halaga de un viejo niño

no le ha dictado el cariño.

Luisa. Pues qué?

Gauden. El despecho tal vez.

Luisa. No, señor; por gratitud.....

Gauden. Bien, sí, y será usted mujer
honrada; oh! sí; pero hacer
de necesidad virtud.....
¿No merecia en conciencia
quien entrega el corazon
entero otro galardón
que el de una fría obediencia?

[*D. Eduardo se deja ver en el jardin,
junto á la puerta del foro, y observa.*]

Luisa. No; él será dueño del mio.

Gauden. Nunca! Las damas de prez,
Luisita, sólo una vez
enajenan su albedrío.—
Soy acaso impertinente,
pero á los impulsos cedo
de la razon..... (No; del miedo,
que al más rudo hace elocuente.)

Luisa. Cómo! ¿al perjurio que fué
indigno de mi ternura
pretende usted por ventura
que guarde yo eterna fe?

Gauden. Yo sé que está arrepentido
de su ligereza.

Luisa. Ah! no.

Gauden. El más culpado fuí yo,
y lo da usted al olvido.

Luisa. Fingiéndose amante ciego,
no hizo usted la felonía
de rendir el alma mía
para desgarrarla luego.
Gauden. (No perdamos la ocasión.)

[Hace señas á D. Eduardo, y este
se adelanta cubriéndole con su cuerpo
D. Gaudencio.]

Amor hace maravillas,
y si ahora de rodillas
clamara.....
Eduar. [A los pies de Luisa.] Luisa, perdon!

ESCENA IV.

LUISA. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.

Luisa. Eduardo!—Qué trama es esta?—
Alce usted.
Eduar. [Levantándose.] Amada Luisa!
Gauden. Trama inocente y precisa
contra una boda funesta.
Luisa. No. En ella cifro mi orgullo.
Gauden. Bajo! Él dará sus descargos
mientras yo aquí soy el árgos
que.....

[Se acerca á la puerta del cuarto del
Marqués.]

(¡ Se va á armar un barullo...)
Eduar. Oye á un desdichado amante
que implora, Luisa, tu gracia.
Luisa. ¿Cómo tiene usted la audacia
de ponerse delante?
Eduar. No niego mi iniquidad,
mas cuando la cometí
yo estaba fuera de mí.
Maldigo mi ceguedad.
Gauden. Víctimas hizo á los dos
mi lengua embustera y zafia,
que pidió despues alafia
á ella, á usted, al mundo, á Dios.
Luisa. Pero ¿qué mujer decente
pudo, aún no habiendo mentira,
leer sin odio y sin ira
aquella carta insolente?
Eduar. Al diablo dictarla plugo,
y confieso, prenda amada,
que debiera estar quemada
por la mano del verdugo.
Luisa. Mas cesó el vil entremes,
la verdad se supo en breve;
¿y cómo esa mano aleve
no se retractó despues?
Eduar. Á eso mi humildad responde
que de la corte saliste
sin decir á nadie, ay triste!

por qué motivo, ni adónde.
Luisa. Al enfadoso embarazo
de indagar mi paradero
prefirió usted, caballero.....
Eduar. Qué?
Luisa. Claro está: mi reemplazo.
Eduar. Reemplazo! Qué estás diciendo?
Luisa. Aún lo negará el traidor!
Gauden. Bajo, no lo oiga el tutor!
(Temblando estoy.)
Eduar. No te entiendo.
Luisa. Saldada está ya la cuenta.
Si con otro voy al templo,
usted me ha dado el ejemplo....,
y le sigo muy contenta.
Eduar. Yo me doy á Satanas!

[A D. Gaudencio.]

Explique usted este lio.
Gauden. Lio? Cuál? Si le hay, no es mio,
no, señor. Una y no más!
Eduar. La verdad se ha de saber.

[A Luisa.]

Yo he dado el ejemplo?
Luisa. Sí.
¿No le he visto á usted yo, aquí,
en brazos de otra mujer?
Eduar. ¿Cuándo..... Es falso testimonio.....
Gauden. Ah! ya caigo; la fatal
doña Crispina.....
Eduar. Ah! sí tal.
Gauden. ¡Miren por dónde el demonio.....
Eduar. Ja, ja!.... Risa me da y grima.
¿Tuve yo culpa ni gusto
en que aquel tronco vetusto
se me desmayase encima?
Luisa. Usted la trajo.....
Eduar. Sí, yo,
sin saber á quién traía,
la traje desde la via
cuando el tren descarriló.
Luisa. Yo ignoraba..... (Error amargo!)
Eduar. No viste su catadura?
Luisa. Ah! no. Un rapto de ternura
creí ver...., y era un letargo!
Eduar. Ahora que con tal afrenta
calumnias amor tan firme,
ahora sí puedes decirme
que está saldada la cuenta.
Luisa. No; tu culpa fué mayor;
que si yo, mal de mi grado,
tu amor propio he lastimado,
tú vulneraste mi honor.
Gauden. (Ya le tutea: bien va.)
Pronuncio yo el veredicto?
Luisa, confeso y convicto
de su delito está ya;
mas si á ningun penitente
rehusa Cristo su gracia,
¿por qué es usted tan rehacia

Luisa. que la niega á mi cliente?
Porque ya con fe sincera
mi palabra está empeñada
con otro, (ay desventurada!)
y la cumpliré.... (aunque muera.)
Eduar. ¿Y tu corazon ingrato
me verá morir de afan
por un necio qué dirán,
por un despique insensato?
No, Luisa, no será sordo
á los clamores del mio.

[De rodillas.]

Luisa!

Gauden. ¡Chis.....

Luisa. No más!

[Aparecen el Marqués por la izquierda y Manuela por la derecha.]

Gauden. El tio!

Manuela. Ah!...

Marq. Qué es esto?

Gauden. (El trueno gordo.)

ESCENA V.

LUISA. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.

MANUELA. EL MARQUÉS.

Luisa. Señor!...

Marq. Qué hace este hombre aquí?

Gauden. Alce usted.

[Se levanta D. Eduardo.]

Luisa. (Perdida soy!)

Gauden. Es don Eduardo Ramirez.

Manuela. Bien lo maliciaba yo.

Marq. Sí, el que mancilló su nombre
con el más torpe borron
atreviéndose á injuriar
otro más limpio que el sol.
Sin duda, reconociendo,
aunque algo tarde, su error,
á tus piés le confesaba
y te pedia perdon.

Bien pudiera yo, no obstante,
juzgarle con más rigor;
mas si tú no se la niegas,
le otorgo mi absolucion.

Eduar. Yo debo implorarla, sí;
mas sólo de ella y de Dios.

Marq. Ignora usted con quién habla?
Soy su tio y su tutor.

Luisa. (Ay Dios!)

Eduar. Títulos son esos
muy respetables los dos;
pero no son más sagrados
que mi conciencia y mi honor
para dar yo al de Luisita
la justa reparacion.

Marq. Oro es que no ha menester
probarse en ese crisol.

Eduar. A mi ternura amorosa
un dia correspondió....

Marq. Y galardón de la suya
fue el ultraje más atroz.

Gauden. Del cuál sólo es responsable
esta lengua de escorpion.

Marq. Calla!

Eduar. Mediaron promesas....

Marq. Promesas que usted rompió.
Yo las he oido tambien
de sus puros labios hoy.
Se atreverá á desmentirlas?

Manuela. [Aparte con D. Gaudencio.]

Crítica es la situacion.

Gauden. Qué partido tomará?

Manuela. Probablemente el peor.

Marq. Ella es el juez de este pleito,
y juez sin apelacion.
Yo me someto á su fallo.

Eduar. Yo tambien.

Marq. (Temblando estoy.)

Y aunque de mi parte están
los fueros de la razon....

Eduar. Yo la he perdido por ella,
y este título es mejor.
Nunca un corazon ardiente
tal código consultó.

De fe, no de racioncinio
y cálculo, es la cuestion.

Marq. Así habla el ciego instinto
que Grecia divinizó;
pero si, aún rota la venda,
puede dar un tropezon,
¿cómo con ella en los ojos
no claudicará el amor?

Eduar. Sólo puedo yo apelar
á la mutua inclinacion
que unió un dia nuestras almas....,
y aún acaso en mi favor
aboga; mas si los bienes
de fortuna, si el blason
de un título nobiliario,
y el orgullo y el rencor
pesan más en la balanza
que mi entrañable pasion,
no hay defensa para mí:
por condenado me doy.

Marq. No sólo bienes y honores
puedo yo alegar en pro,
ni para que esa hermosura
me declare vencedor
he recurrido á la intriga,
al fraude, á la coaccion.—
Pero callas tú! ¿Qué es esto,
niña? Has perdido la voz?

Luisa. No; hablaré, aunque harto me pesa
de que mi resolucion
á todos no sea grata
como quisiera. (Valor!)
Entre el hombre generoso

que mi orfandad amparó,
y el que, tenga ó no disculpa
su increíble aberracion,
me hizo un agravio cruel
que aún me cubre de rubor,
no es dudoso á quién yo debo
dar el sí, y á quién el no.

[*Da la mano al Marqués.*]

Marq. [*Besando la mano de Luisa.*]

Luisa!

Eduar. (Ah!...)

Luisa. Basta!

[*Retirándose á su cuarto.*]

(En mil pedazos
se me rompe el corazon.)

ESCENA VI.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.
MANUELA.

Marq. El tribunal ha fallado
y nuestro pacto....

Eduar. Eh! le rompo.

El fallo es violento, es nulo
y con él no me conformo.

Marq. ¡Cómo....

Eduar. El miedo le ha dictado
á su labio tembloroso,
pero con muda elocuencia
le desmentian sus ojos.

Marq. Triste recurso! Ese idioma,
que cada cuál á su antojo
puede interpretar, no tiene
autoridad en el foro.

Eduar. Podrá dar á usted su mano
Luisa, si yo no lo estorbo....

Marq. Eh?

Eduar. Mas no su corazon,
porque en él reino yo solo.

Marq. Sí? Ya lo hemos visto. ¡Cuánto
ciega al hombre el amor propio!

Eduar. Bien pudiera ser en mí
más disculpable que.... en otros.

Marq. Por ejemplo, en mí, que ya
tengo arrugas en el rostro;
mas no siempre la fortuna
sonríe á los buenos mozos.

Manuela. [*Aparte con D. Gaudencio.*]

Tiemblo....

Gauden. Triste desenlace
va á tener ese coloquio.

Eduar. Gira sin cesar su rueda
y blasona usted muy pronto
del lauro.

Marq. ¿Será preciso
para sancionar el voto

de un ángel solicitar
el *exsequatur* de un loco?
No cabe en mí la bajeza
de resignarme á ese oprobio.

Eduar. Y de nadie sufro yo
que me usurpe el bien que adoro.

Marq. Comprendo....

Manuela. [*En tono de súplica.*]

Señor!....

Marq. Aparta!
No te incumbe este negocio.

Manuela. Pero....

Marq. Vete y no repliques.

Manuela. Bien. (Dios sea con nosotros!)

[*Entra en el cuarto de Luisa.*]

ESCENA VII.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.

Marq. Ya que no le basta á usted
el merecido bochorno
que ha sufrido, y con sus fieros
vuelve á provocar mi enojo,
no temblará el veterano
frente á frente del bisono:
brazo y corazon me sobran
para defender....

Eduar. Ocioso
es ya cuanto hablemos.

Marq. Sí.

Eduar. Dónde? qué armas? cuándo? cómo?

Marq. Los padrinos lo dirán.

Eduar. El de usted?

Marq. [*Á D. Gaudencio.*]

Á ti te nombro.

Eduar. Yo al jefe de la estacion.

Gauden. ¿No habrá un medio decoroso....

Eduar. Ninguno.

Gauden. Es terrible cosa....

Marq. Ninguno.

Gauden. Bien; no me opongo;
pero ¿es compatible ser
padrino de un matrimonio
y de un duelo?

Marq. Por qué no?

Eduar. [*En voz baja.*]

Si á mis manos muere el novio....

Gauden. Ya! (Jesus!) Pche! bien mirado,
duelo y boda son sinónimos.

Marq. Sígueme y ponte de acuerdo
con....

Gauden. Sí, con el otro prójimo....
(Gran Dios!)

Eduar. Daremos la vuelta
presto.

Marq. Caballeros somos,

y no quita lo cortés
á lo valiente.

Eduar. Es notorio.

Marq. Venga esa mano.....
Eduar. En buen hora.

[*Se dan las manos.*]

Marq. Y demos tregua al encono.

Eduar. (No tiembla.)

Gauden. Adios.

[*Yéndose con D. Eduardo por la primera puerta de la derecha.*]

(Qué ejemplito!
No le echaré en saco roto.)

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS.

¿Se ha visto una fatuidad
semejante? Yo me asombro.
Si con sobrada razon,
recordando su sonrojo,
en el corazon de Luisa
sucede al amor el odio;
si entre él y yo libremente
pudiendo elegir esposo,
tan solemnes calabazas
le ha dado sin circunloquios;
¿por qué se empeña ese trasto
en pedir peras al olmo?

ESCENA IX.

EL MARQUÉS. MANUELA.

Manuela. Señor!

Marq. Otra vez aquí!

Manuela. Sí, señor. Yo no abandono
á mi amo cuando le veo,
por un error lastimoso,
resuelto á precipitarse
en un abismo sin fondo.

Marq. Qué abismo?

Manuela. Usted va á batirse!

Marq. Sí; mi preciado tesoro
me disputa un mequetrefe,
y escarmentarle es forzoso.
Temes que en la lid sucumba?

Manuela. Temo, sí.

Marq. Y lloras!

Manuela. Y lloro!

¿Es acaso algun delito
el interes que me tomo
por.....

Marq. No; laudable es tu celo

IV.

aunque peca de oficioso;
pero la razon me asiste
y de mi valor respondo.

Manuela. No dudo yo del valor;
de la razon, sí.

Marq. Qué oigo!

Manuela. Y con razon ó sin ella
puede al valor más heroico
no favorecer la suerte
de las armas.

Marq. No lo ignoro;
pero el retador es él,
no yo, y vistiendo el honroso
uniforme militar,
le cubriria de lodo
si rehusara el combate.

Manuela. Pues yo, que no me abochorno
temblando por una vida
que de la mia es apoyo,
digo que es un desatino
ese duelo á que me opongo.

Marq. Oponerte.... tú!

Manuela. Sí tal.

Marq. Vaya, que el veto es donoso!

Manuela. Sí, porque ha de ser funesto,
venza usted, ó venza el otro;
porque está usted ofuscado,
por no decir que está chocho;
porque en vano espera usted
su dicha de ese pimpollo.

Marq. ¡Vive Dios, que ya estoy harto
de tu dominio despótico!

Manuela. ¡Y vive Dios, que sin duda
tiene lisiado el meollo
quien se atreve á acometer
en un dia dos casorios!

Marq. Tres si es menester; que yo
fácilmente no me doblo,
y en balde me predicaís
á porfía tú y el tonto
de Gaudencio. Ya soy grande
para ayas y pedagogos.—
Tú oiste en boca de Luisa
aquel sí dulce y sonoro.....

Manuela. [*Entre dientes.*]

El sí de las niñas!

Marq. Eh?

¿La puse yo en algun potro
para otorgarme su mano
y negársela á aquel mono?

Manuela. Aquel mono fué el primero
por quien su pecho amoroso
palpitó, y de aquella hoguera
no se ha apagado el rescoldo.

Marq. Qué dices!

Manuela. Yo, que observaba
á la niña y la conozco,
vi que su calma aparente
presagiaba un terremoto.
De aquí se alejó llevando
en el corazon un tósigo,
y ahora en su cuarto la dejo

34

mustia, llorosa, en el colmo de la desesperacion.

Marq. [Llamando.]

Luisa!—Me aterra tu horóscopo si es verdad.....

Manuela. Yo nunca miento.

Marq. Luisa!—Nos oirán los sordos.

Manuela. Prudencia!

ESCENA X.

MANUELA. EL MARQUÉS. LUISA.

Luisa. [Abatida y llorosa.]

Señor!....

Marq. ¿Por qué con mengua tuya, y desdoro de mis canas, pronunciar un sí pérfido, irrisorio.....

Luisa. [Llorando y sollozando sin cesar.]

Señor!.... Señor!....

Marq. Si en tu pecho áun reina un rival odioso, ¿por qué á él, y á mí, y á Dios engañarnos de este modo?

Luisa. Yo..... cumpliré..... mi palabra....., yo.....

Marq. ¿Por qué ese amargo lloro despues que falaz tu lengua inundó mi alma de gozo?

Luisa. Yo..... (Ay triste!) Perdone usted....

Marq. ¿Serán lindos desposorios los nuestros por vida mia! En vez de halagos, sollozos!

Luisa. [Algo ménos agitada.]

Yo amo y respeto á mi tio.....

Marq. ¡Oh.....

Luisa. Pero.....

Marq. Acaba!

Luisa. (Me ahogo.)

En la angustia que me mata he pedido á Dios socorro, y él me inspira.....

[Arrodillándose.]

Si el buen tio á cuyas plantas me postro lo consiente....., yo prefiero el estado religioso.

Marq. (Medrados estamos!) Alza!

Luisa. Señor!

Marq. [Haciéndola levantarse.]

No está bien de hinojos ante un triste pecador una santa.

Manuela. [En voz baja.] Es despropósito.....

Marq. Cállate tú!—Sí, hija mia; mejor te alzarás al trono de Dios cantando en austero claustro láudes y responsos que uniendo tu blanca mano á la de un viejo achacoso.

Luisa. Perdon, señor!

Marq. (Sacrilegio!....)

No perdones, sino encomios, mereces.

Luisa. (Oh pena!)

Marq. Enciende

las velas del oratorio, y á tu divino consorte ruega con fervor devoto que tu fe no entibien.....

Luisa. (Ay!)

Marq. Tentaciones del demonio.

ESCENA XI.

EL MARQUÉS. MANUELA.

[Breve pausa.]

Marq. Manuela!....

Manuela. Cero, y van dos.

Marq. ¿Á qué viejo de sainete se trata así? ¡Yo juguete de una.....

Manuela. Señor!

Marq. Voto á briós!....

Si de esta hecha no enfermo.....

Manuela. No hay razon.

Marq. Falaz lisonja!....

Y así quiere ella ser monja como yo padre del yermo.

Ay! no es ella la pupila, sino yo, que la cref.

Manuela. Por no hacer caso de mí.

Marq. Cierto. Eres una sibila.

Este segundo episodio lo prueba áun más que el primero.

Manuela. Soy fiel.....

Marq. Y yo un majadero.

Manuela. Soy....

Marq. Eres mi ángel custodio.

Manuela. No tal, yo.....

Marq. La Providencia á mi lado te coloca.

Manuela. Ah, señor!....

Marq. No abres la boca sin decir una sentencia.

Manuela. ¡Tanta bondad!....

Marq. Digo bien.—

Me casaré, sin embargo.

Manuela. Oh!

Marq. Y te doy á ti el encargo de que me busques con quién.

Manuela. No es mejor ser libre?

Marq. [Sobreeexcitado.] No!

Buscármela es menester.
Cualquier drope halla mujer,
y yo..... Soy un monstruo yo?

Manuela. Ah, no, no!

Marq. Muchas calendas
cuento ya, pero.....

Manuela. ¿Á qué esposa
no haria, señor, dichosa
un hombre de tales prendas?

Marq. Lo crees tú así, hija mia?

Manuela. Culpa fué solo de usted
tender en vano la red
por dos veces en un dia.

Marq. Sí; mas salgo con ganancia
no inmolando mi quietud
á una vieja sin salud
ó á una niña sin sustancia.

Manuela. Sólo cuando la conciencia
rompe el yugo del demonio,
puede ser el matrimonio
negocio de tanta urgencia.

Marq. Sí.

Manuela. Hombre maduro..

Marq. (Es muy guapa.)

Manuela. No tiene, señor, excusa
si una polla le engatusa
ó una jam ona le atrapa.

Marq. Bien dices, sí; á no estar chocho.....
Una de tu edad sería.....

Manuela. [Ruborizada.]

Yo.....

Marq. Eres jóven todavía.....
Veinticinco años.....

Manuela. Veintiocho.

Marq. Diez más que esa coquetuela;
y de un talento que pasma
y un gracejo que entusiasma.

Manuela. ¿Qué... Yo... (Dios mio!)

Marq. Ay, Manuela!..

Yo te amo!

Manuela. Á mí!....

Marq. No es tramoya.

Tú eres la que me convienes.
¡Y de otra sufrí desdenes
teniendo en casa tal joya!

Manuela. Joya! Ah! no. Yo no soy digna,
señor, de tanta fortuna.

Marq. Sí, mi bien, más que otra alguna,
y si te muestras benigna.....

Manuela. [Yéndose.]

Con licencia...

Marq. Huyes de mí!

Manuela. Señor!

Marq. Quizá otra pasion
subyuga tu corazon.

Manuela. Ah! No; pero.....

[Va otra vez á retirarse, y el Marqués
la detiene.]

Marq. Quieta aquí!

Acepta el mio en tributo
y venturoso me harás.
He aquí mi mano. De hoy más
tú eres mi rey absoluto.

Manuela. No. Es locura.

Marq. [Picado.] Sí, notoria
locura. Hombre tan cascado
no puede ser de tu agrado.

Manuela. Por qué no?

Marq. Qué escucho! Oh gloria!

Manuela. Si amo á quien me da el sustento,
sin mirar si es viejo ó mozo,
¿no lo está diciendo el gozo
de que embriagada me siento?
La fe, tal vez temeraria,
de que tantas pruebas doy,
de que tan ufana estoy,
es de mujer mercenaria?
Mas si de altiva me acusa
esta confesion sincera,
mi humildad vuelve á su esfera
y tan alto bien rehusa.

Marq. Y en esa propia humildad,
con la cuál yo no transijo,
veo yo mi regocijo,
veo mi felicidad.

ESCENA XII.

EL MARQUÉS. MANUELA. D. GAUDENCIO.

Gauden. Ya la singular batalla.....

Marq. ¿Quién habla... Ah! mi buen amigo.
Me alegro. Serás testigo.....

Gauden. Sí, del duelo.....

Marq. No. Oye y calla.

Miéntras deslumbrado y loco
novia tras de novia busco,
y con la una me ofusco
y con la otra me equivoco,
dentro estaba de mi granja,
Gaudencio, ¿quién lo creyera!
mi más digna compañera.
He aquí mi media naranja.

Gauden. Qué oigo!

Marq. Aquí donde la ves,
si por bella le alzo un templo,
áun más por ser vivo ejemplo
de noble desinterés.

Gauden. Sí?

Marq. Su corazon sencillo,
cuando yo tierno y ufano
pido que me dé esa mano.....

Gauden. (Que me ha deshecho un carrillo!..)

Marq. Me la niega.

Gauden. En mi opinion,
no debe.....

Marq. Y me ama no obstante!
Me lo ha dicho hace un instante.

Manuela. Sí, con todo el corazon.

Marq. Ya lo oyes; ¡y por modestia me niega el plácido sí!

Gauden. (Ó hay gato encerrado aquí, ó esa chica es una bestia.)

Marq. ¿Á ver si tú la persuades....

Gauden. Persuadirla? Quitá allá! Nunca de mí se dirá que á san Márcos doy cofrades; ántes....

Marq. Vete noramala!

Gauden. Siendo ella de pobre cuna es de alabar que....

Marq. Tontuna! El amor todo lo iguala.

Manuela. Yo del vulgo las hablillas sabría arrostrar serena; pero.... Ay dolorosa pena!.... Señor!....

[Se arrodilla.]

Marq. Por qué te arrodillas?

Manuela. Señor!... Soy muy desgraciada. Le amo á usted, sí, pero en vano....

Marq. Qué?

Manuela. Me honra usted con su mano.

Marq. Por qué?

Manuela. Porque.... soy casada!

Marq. Ahora salimos con eso?

Manuela. ¡Levanta con mil y más....

Manuela. Yo.... sí....

[Se levanta.]

Marq. ¿Ese trago me das despues de sorberme el seso?

Gauden. Vaya un lance!....

Marq. ¿Y por qué, di, ocultar tu casamiento?

Manuela. Ay señor!, porque me afrento de mi marido y de mí. Cedió á su ruego importuno— maldígale Dios, amén!— creyéndole hombre de bien....

Marq. Y resultó que era un tuno?

Manuela. Yo, sin mundo y sin malicia....

Marq. Ya!

Manuela. Nos separamos....

Marq. Pues!

Manuela. Y fué á América despues huyendo de la justicia.

Marq. Basta.

Manuela. Perdon!...

Marq. Sí, hija mia; pero ni quiero tu infamia ni toleran la bigamia nuestras leyes todavía.

Manuela. (Ah!)

Gauden. (Me da pena el pobrete, que el chasco es de alto calibre.)

Manuela. Créa usted que, á ser yo libre....

Marq. Lo creo, y perdono...., y vete.

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO.

Marq. Fatal don de errar el mio! Fundo en el casto himeneo mi dicha, y para lograrla hasta á una sierva descendiendo; y de las tres hijas de Eva que me han dado pan de perro, la que más me convenia era por todos conceptos esa excelente muchacha; y me ama, lo sé, lo veo; ¡y miren por donde el diablo da al traste con mi proyecto!

Gauden. No digas el diablo, que él siempre fué casamentero; di que ha venido á salvarte de sus garras tu buen genio.

Marq. ¡Puede que tengas razon, oh amigo!

Gauden. Que si la tengo?

Marq. Sin duda quiere mi estrella que viva y muera soltero.

Gauden. Vine á decirte que ya está concertado el duelo, á pistola, á veinte pasos.... Pero ya no tiene objeto....

Marq. No.

Gauden. Pues durante mi ausencia has mudado de bisiesto.

Marq. Ay! Sí.

Gauden. Dentro de un instante estará aquí el ingeniero.

Marq. Bien.

Gauden. Por qué tan abatido?

Marq. [Con risa forzada.] Yo? No. (Hagamos un esfuerzo.)

ESCENA XIV.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.

Eduar. ¿Dan ustedes su licencia....

Marq. Adelante, caballero.

Eduar. Vengo á ponerme á las órdenes de usted....

Marq. Gracias. Un suceso imprevisto....

Eduar. Qué?

Marq. Dirime nuestra contienda, y me alegro.

Eduar. Cómo! ¿Qué suceso....? ¿Quién....?

Marq. Ahora va usted á saberlo.

[Llamando.]

Luisa!

Eduar. (Alguna trama.... Alerta!)

ESCENA XV.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.
LUISA.

Luisa. Tio.....
Marq. Ven.
Luisa. Eduardo! Cielos!
Marq. Tiene usted otro rival.
Eduar. Otro rival? No lo creo.
Marq. Sí, y tal, que ni usted ni yo podemos contra su imperio rebelarnos.
Luisa. (Ah!)
Eduar. [Á D. Gaudencio.] ¿Qué enigma es este?
Gauden. Yo no comprendo....

[Al Marqués.]

Eduar. Explícanos.....
Eduar. Eh! ¿quién es ese rival? Acabemos.
Marq. Nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero.
Gauden. Ave María purísima!
Eduar. Qué oigo!
Luisa. Señor!
Eduar. Será cierto?
Marq. Luisa ha hecho voto solemne de encerrarse en un convento.
Eduar. Compelida por usted sin duda.
Luisa. No: yo lo niego.
No es de eso capaz un tio tan generoso, tan bueno, tan indulgente. Mi voto ha sido espontáneo; pero....
Gauden. (Vale ese pero un Perú.)
Luisa. Quise evitar un sangriento combate. En mi corazon luchaban tambien afectos que... Yo... (Ay de mí!)
Gauden. (Pobre nena!)
Luisa. Pero... áun no he tomado el velo..
Marq. Le tomarás.
Eduar. No en mis dias!
Marq. Sí, y usted será el primero que lo aplauda.
Eduar. Yo!
Marq. Sí tal.
Tambien velan en el templo á las novias.
Luisa. [Arrodillándose.] Ah señor!
Marq. [Alzándola del suelo.]
Eh! qué haces?
Eduar. [Va á arrodillarse tambien, y se lo impide el Marqués.]
Ah señor!
Marq. Quieto!

Dale esa mano.

Eduar. Oh ventura!

[Se dan las manos D. Eduardo y Luisa.]

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. LUISA.
D. EDUARDO. MANUELA.

Manuela. [Llega corriendo con una carta en la mano.]

Ay amo mio!
Marq. Qué es esto?
Manuela. Una dicha inesperada....
Quiero decir, dicha y duelo....
Marq. Habla. Qué locura es esa?
Lloras y ries á un tiempo.
Manuela. Acabo de recibir esta carta....
Marq. ¿Y qué...
Manuela. Es de Méjico.—
Por ella rio de gozo y lloro de sentimiento.
Soy libre! (Dios le perdone!)
Marq. Libre?
Manuela. Mi marido ha muerto.
Marq. [Regocijado.]
Ha muerto! Eres libre!
[Con los brazos abiertos.]
Pues....
[Reprimiéndose y mudando de tono.]
Pues rézale un padrenuestro.
Manuela. Bien está. (Pobre de mí!)
Marq. [En voz baja, mientras hablan entre sí Luisa, D. Eduardo y D. Gaudencio.]
Yo tambien, triste y risueño á la par, te felicito porque lazo tan funesto se rompió al fin, y te exhorto, aunque era tan mal sujeto, á rezar por el difunto.
Cuenta siempre con mi aprecio....
Manuela. Ah mi señor!....
Marq. Y un buen dote si algun gallardo mancebo más digno de ti....
Manuela. Ah! no, no.
Viuda moriré....
Marq. Veremos....
Ahora á solas en tu cuarto....
Manuela. Sí, sí. (Ay dolor!...) Obedezco.

ESCENA ÚLTIMA.

EL MARQUÉS. LUISA. D. EDUARDO.
D. GAUDENCIO.

Gauden. Juan, querido Juan!
Marq. Qué día!
Gauden. ¿Impugnarás todavía
el saludable sistema....
Marq. No. Desisto de mi tema.
Sabios son tus argumentos,
y si á tantos escarmientos
yo no me rindiese aún,
de mi sentido comun
daria una pobre idea.

Ya ni á bonita ni á fea
ofreceré mis sufragios.
¿Quién despues de tres naufragios
se vuelve á embarcar? Y pues
Dios me ha enviado en los tres
una tabla salvadora,
yo te juro desde ahora
no buscar tres piés al gato.
Aténgome al celibato
y, en mi propósito firme,
á todo el que quiera oirme
repetiré sin cesar
este proverbio ejemplar:
*Cuando de cincuenta pases,
no te cases, no te cases!*



EL ABOGADO DE POBRES,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro del Circo en 26 de Enero de 1866.

PERSONAS.

CAROLINA.		D. GABRIEL.
CATUJA.		EL MARQUÉS.
D. RAMIRO.		D. FULGENCIO.
CRIADO.		

Madrid: en casa de D. Gabriel. Sala con tres puertas: en el centro la más cercana á la escalera; á la derecha la que guia á las habitaciones de D. Gabriel y Carolina; á la izquierda la que conduce á las que ocupa D. Ramiro. Se supone que ambos departamentos tienen comunicacion interior con otras habitaciones.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. GABRIEL. D. RAMIRO.

[D. Gabriel sale de las habitaciones de la derecha dirigiéndose á la puerta del foro, y al mismo tiempo viene de la calle D. Ramiro.]

Ramiro. Ah! va usted á salir.....
Gabriel. Sí. Quieres algo?
Ramiro. Recomendar á usted..... Mas no hay urgencia.
Cuando usted vuelva le diré.....
Gabriel. Al momento.

[Dejando el sombrero en una silla.]

De cuanto soy, Ramiro, y cuanto valgo
eres dueño: lo sabes.

[Sentándose en una butaca.]

Toma asiento.

[Se sienta en otra butaca D. Ramiro, dejando tambien sobre un mueble el sombrero.]

- Para ti todas son horas de audiencia;
ó por mejor decir, no lo es ninguna.
Cuando tanta es la cáfila importuna
que sin cesar me hostiga
pidiéndome destinos—qué fatiga!,
tú, siendo mi sobrino, y tan amado,
nada exiges, á nadie recomiendas,
y hasta parece que huyes de mi lado.
¿Posible es que tan caro te me vendas!
- Ramiro.* Venero como á un padre á mi buen tío;
pero á usted en su puesto, á mí en el mio;
á usted en su dorado gabinete....
- Gabriel.* Donde no hay tregua á mi mortal zozobra....
- Ramiro.* Y á mí en la oscuridad de mi bufete,
el tiempo, caro tío, no nos sobra.
Ahora bien, ya que usted me oye benigno,
yo, no invocando la amistad y el deudo;
que sólo á la justicia pago feudo,
por un hombre intercedo, que es muy digno....
- Gabriel.* Sin duda lo será, pues tú le apoyas.
- Ramiro.* Ajeno á las pandillas y tramoyas
que hacen de España un campo de Agramante,
fiel empleado, inteligente, asiduo,
pero no lisonjero ni intrigante,
sobre su frente dió palo de ciego
un jefe improvisado,
gran repúblico, oh! sí, y hombre de estado,
aunque en el ramo que administra es lego.
- Gabriel.* Quizá por ser moderno quedó fuera....
- Ramiro.* No, que cuenta veinte años de carrera;
mas la patria exigía una vacante,
á fin de dar lugar en la plantilla
á cierto redactor de gacetilla,
y el director flamante
de una plumada le dejó cesante.
- Gabriel.* Todos quieren vivir del presupuesto!
Cáncer es este universal, funesto,
que al fin....
- Ramiro.* Es padre de seis hijos....
- Gabriel.* Quién?
- El agraciado?
- Ramiro.* No; el cesante.
- Gabriel.* Ah! bien.
- Ramiro.* [Dando un papel á D. Gabriel.]
- He aquí.... Perdone usted si le molesto....
- Gabriel.* No.
- Ramiro.* La nota....
- Gabriel.* No más. Será repuesto.
- Ramiro.* Gracias....
- Gabriel.* Ahora soy yo quien pide audiencia.
- Ramiro.* ¿Cómo....
- Gabriel.* En los dias de tu breve ausencia....
- Ramiro.* Tantos procesos como tengo encima
mi salud quebrantaban, y forzoso
me fué en más dulce clima
dar al cuerpo y al alma algun reposo.
- Gabriel.* ¡Y con el propio ahinco
has vuelto á trabajar!
- Ramiro.* El dia cinco
ha de fallar la Audiencia
la causa de una pobre á quien amparo.

Gabriel. Gratuitamente!

Ramiro. Es claro.

Se trata de una herencia
usurpada á una viuda.....

Gabriel. Yo aplaudo.....

Ramiro. Su derecho es inconcuso,
y el tribunal, sin duda,
condenará al ladrón á quien acuso.

Gabriel. Bien está; pero tú.....

Ramiro. Descomedido
á mi tío y señor he interrumpido.

Gabriel. ¿Qué importa.....

Ramiro. En lo del pleito hagamos punto,
y diga usted qué asunto.....

Gabriel. Es el asunto
que en el poder por otros codiciado
mi vida es cada día más amarga,
que miro la cartera con enfado
y ánsio el momento de soltar la carga.

Ramiro. No lo debo extrañar si, como temo,
la situación es crítica.

Gabriel. En extremo.

¿Y cómo no ha de serlo cuando Europa,
donde se hacina tanto combustible,
arderá el mejor día como estopa?
Pues ¿qué diré de la infeliz España?
¿Qué gobierno es posible
donde luchan sin tregua los partidos,
y tantos son, y á todos la cizaña
los tiene en cien fracciones divididos?

Ramiro. Triste verdad es esa y dura plaga
que á las siete de Egipto no va en zaga.
Sin contar el partido socialista,
polo opuesto del bando absolutista,
ambos en la discordia casi iguales;
sin contar los secuaces del progreso,
todos, quién más, quién menos radicales;
sólo en los que presumen de gran seso,
sólo entre esos señores
que son ó afectan ser conservadores,
la gestión del político teatro
disputan tres partidos.....

Gabriel. No; son cuatro.

Ramiro. Cuatro, dice usted bien, son ya en el día,
cuatro; y hay todavía
quien para el quinto busca clientela.
Éramos pocos y parió mi abuela!

Gabriel. Exigentes ó flojos los amigos,
ciegos en su rencor los enemigos,
¿cómo al puerto arribar cuando la prensa
ó sin razón injuria
ó sin pudor incienso,
y del erario crece la penuria,
y un parlamento ambiguo,
donde suda el Gobierno,
que nunca duerme ó sobre espinas duerme
para que el hartó exiguo
número de los suyos no se merme,
le tiene en un suplicio sempiterno?
¿Quién, cuando uno le dice: empuja! avanza!
y otro le recomienda la templanza,
no pierde el equilibrio
entre la tiranía y el ludibrio?

- Ramiro.* Y tal vez en el mismo gabinete,
que es para usted un brete,
y adonde pensamientos tan hidalgos
aportó su acendrado patriotismo,
la interna disension, el dualismo.....
- Gabriel.* Sí: algo hay de eso, y aún algos;
¡y cuando en azarosas circunstancias,
tras de muchas instancias
á la pública hacienda
sacrifiqué el cuidado de la mia,
no falta quien me envíe la prebenda
suponiendo que el público tesoro
á mis arcas afluye rios de oro!
No más, no más! Hoy mismo, si el Consejo
sin restriccion no adopta y sin enmienda
las medidas, los planes,
fruto de mi experiencia y mis afanes,
á otro más hábil la cartera dejo
y para siempre del poder me alejo.
Hará usted bien.
- Ramiro.* Tendré sólo un disgusto
Gabriel. al salir de aquel lecho de Proculo.
- Ramiro.*Cuál?
- Gabriel.* Que no hayas cumplido mi deseo
aceptando un empleo.....
- Ramiro.* No! afuera tentaciones del demonio!
Á Dios gracias, vivir independiente
puedo con mi modesto patrimonio.
Empleo! Sin doblar mi altiva frente
y sin gravar los fondos del estado,
tengo uno.....
- Gabriel.* ¡El de abogado
de pobres!
- Ramiro.* Sí, señor. No es muy brillante,
mas sin temor le ejerzo
de que un advenedizo me suplante.
- Gabriel.* Lo creará así cualquiera sin esfuerzo.
Abogado de pobres! Ese cargo,
carga más bien, se impone á un principiante,
pero tú.....
- Ramiro.* Si de oficio
prestan otros, señor, ese servicio,
yo á los pobres consagro mis vigili-
as por compasion, y á falta de otros dones,
más de cuatro familias
mi nombre colman ya de bendiciones.
¿Qué ocupacion más noble y meritoria
puedo yo ambicionar? Qué mayor gloria?
- Gabriel.* Guárdeme el cielo de impugnar, Ramiro,
esa tu santa vocacion, que admiro;
mas sin abandonar al indigente,
¿por qué adusto y severo
cierras á los pudientes tu despacho?
Por ventura ¿los miras con empacho?
¿Acaso todo pobre es inocente
y no hay justicia ya donde hay dinero?
- Ramiro.* No soy tan temerario;
¿y cómo lo he de ser cuando contemplo
en usted, caro tío, un vivo ejemplo
que prueba lo contrario?
- Gabriel.* No digas.....
- Ramiro.* Usted, siendo millonario,
teme á Dios, y del prójimo se apiada,

- y dar puede á cualquiera,
de alta ó de baja esfera,
lecciones de honradez acrisolada.
- Gabriel.* Grato me es en tu labio ese concepto;
pero cuando podrias con decoro,
ya célebre en el foro,
labrarte una fortuna.....
- Ramiro.* Si á los ricos
mis Bártulos y Baldos intercepto,
no me impone el orgullo ese precepto;
es que al pobre prefiero en mis fatigas,
y como es la hermandad tan numerosa,
en mi estudio pululan como hormigas
y tiempo no me dan para otra cosa.
Sin padres además y sin hermanos;
extraño al lujo y sus caprichos vanos
que dan para un placer cien pesadumbres,
y aunque parezca mal que yo lo diga,
sencillo y sobrio en gustos y en costumbres,
á acumular riquezas ¿quién me obliga?
Para qué ó para quién las necesito?
Gabriel. Si hoy no, quizá mañana.....
- Ramiro.* Nunca!
- Gabriel.* ¿Sordo
siempre será tu corazon al grito
de la naturaleza? Alguna hermosa.....
- Ramiro.* (Oh Dios mio!)
- Gabriel.* Perdóname si abordo
cuestion tan espinosa, —
te hará un día caer en el garlito.....
- Ramiro.* No caeré.
- Gabriel.* ¿No eres tú de carne y hueso
como todos?
- Ramiro.* Por Dios, no hablemos de eso!
- Gabriel.* ¿Te inclina tu glacial filosofía
al triste celibato?
- Ramiro.* Yo..... (Qué tormento!)
- Gabriel.* Lástima sería.....
- Ramiro.* [Con algun desabrimiento.]
- Sí, señor! Sí, señor!
- Gabriel.* Bien, bien; no trato
de hacerte flaquear.....
- Ramiro.* Ya lo supongo.
- Gabriel.* Si de la humana sociedad excludo
quieres vivir en ella como un hongo,
sea muy norabuena. Yo, obediente
á lo que Dios nos manda y está en uso,
trato de dar estado á Carolina.
- Ramiro.* (Ay mísero de mí!)
- Gabriel.* Su peregrina
hermosura, su índole excelente
y su dote cuantiosa
cebo son para más de un pretendiente;
mas de uno solo puede ser esposa,
y para resolver este expediente
quisiera que me diceses tu dictámen,
previo maduro exámen.....
- Ramiro.* No, señor. Yo me inhibo.....

ESCENA II.

D. GABRIEL. D. RAMIRO. CAROLINA.

Carolina. [*Llega por la puerta del foro.*]

Papá.....

Gabriel. Qué hay?*Carolina.* Con recado ejecutivo

cita á usted á consejo el Presidente....

Buenos dias, Ramiro.

Ramiro. Dios te guarde.*Gabriel.* [*Se levanta y toma el sombrero: D. Ramiro se levanta tambien.*]

Voy, voy.....

[*Á D. Ramiro.*]

Continuaremos esta tarde.

ESCENA III.

D. RAMIRO. CAROLINA.

Carol. ¿Sabes que estoy muy quejosa de ti?*Ramiro.* Por qué?*Carol.* Claro está; porque eres un descastado.*Ramiro.* No!*Carol.* De los baños de mar, perdona que te lo diga, has vuelto muy montaraz. ¿Por qué, siendo prima tuya, conmigo esa gravedad diplomática! Comprendo que trates así á papá, que es ministro; pero á mí? ¿Qué se ha hecho de la jovial confianza que á nuestro trato inspiraban la amistad y el parentesco?*Ramiro.* No es hoy mi afecto ménos cordial; mas (qué diré?) mis tareas....*Carol.* Venero la caridad con que á ellas te dedicas; mas ¿no puedes amparar al pobre sin ser adusto y esquivo con los demas? ¿Quién dirá que eres mi primo, mi huésped, mi comensal.... Comensal? Miento, que no siempre te dignas de honrar nuestra mesa.*Ramiro.* Carolina!....*Carol.* ¿Es que te tratamos mal, ó tan severo en la higiene como en la moralidad, quieres de un modo indirecto enseñarme á ser frugal?*Ramiro.* Eh! no. Por Dios, prima mia, no seas tan suspicaz.*Carol.* Hoy mismo nos has plantado á la hora de almorzar.*Ramiro.* Se ha desalquilado, cerca de aquí, un cuarto principal, y he ido á verle.....*Carol.* ¿Qué escucho!

Pues, qué! te quieres mudar?

Ramiro. Es preciso: va creciendo mi clientela....*Carol.* Pues ya!*Ramiro.* Y un abogado, y de pobres, es molesta vecindad.*Carol.* Eh! calla. Gracias á Dios, es la casa harto capaz para que tío y sobrino, en su estudio cada cual, den audiencia á sus clientes.— Y hay cierta conformidad entre ellos, pues todos piden, unos turrón y otros pan.*Ramiro.* Pero....*Carol.* No hay pero que valga.*Ramiro.* Considera....*Carol.* No ha lugar.*Ramiro.* Que si yo....*Carol.* No hablemos de eso, ó los sordos nos oirán.*Ramiro.* Bien.... No te irrites.*Carol.* Y ahora, aunque faltes al ritual, pues sin ser pobre reclamo tu proteccion tutelar, oye una consulta,... gratis, por supuesto.*Ramiro.* Así será.*Carol.* Yo me veo en un conflicto terrible,... piramidal.*Ramiro.* Cómo!....*Carol.* Mi querido padre,

- ay Dios!..., me quiere casar.
¿Te ha dicho algo...
- Ramiro.* De eso hablábamos cuando llegaste.
- Carol.* Pues, ay! cierto es, demasiado cierto.
- Ramiro.* Y eso te hace suspirar?
- Carol.* Ay! Sí. Anciano y achacoso, ántes que él descansa en paz quiere que un marido sea escudo de mi orfandad.
- Ramiro.* Miren qué grave conflicto! Un novio! ¿De cuándo acá se ha atribulado por eso una doncella?
- Carol.* Ahí verás!
- Ramiro.* Qué!...
- Carol.* Y aún si fuera uno solo, le podría capear; pero dos!
- Ramiro.* No es maravilla. Tu mérito sin igual....
- Carol.* Crees tú que tengo alguno?
- Ramiro.* Cómo no?
- Carol.* Gracias, galan. Así quiero yo que me hables, y no con la seriedad imponente de un letrado delante del tribunal.— Ahora quiero que me digas con toda sinceridad cuál de mis dos postulantes debe llevarme al altar.
- Ramiro.* De uno ya tengo noticia.
- Carol.* ¿Hablas del señor feudal....
- Ramiro.* Sí, del gárrulo Marqués que vino aquí de Canfranc.... ó no sé donde....
- Carol.* Es burlesco personaje, si los hay; pero tanto, aunque plebeya, le enamora mi beldad, que se digna de elevarme hasta su ilustre solar, que cuenta, él lo dice, siglos y siglos de antigüedad.
- Ramiro.* Oiga! ¿Desciende ese.... príncipe por ventura de Guzman el Bueno....
- Carol.* Pica más alto.
- Ramiro.* Del Cid? De Ataulfo?
- Carol.* Bah! Su alcurnia es contemporánea del diluvio universal.
- Ramiro.* Pues si tan largo abolorio acredita, no cabrá el archivo de su casa dentro de una catedral.
- Carol.* Un docto genealogista prueba....
- Ramiro.* ¿Qué no probarán ellos!
- Carol.* Que el Marqués descende del mismísimo Tubal.
- Ramiro.* Pues eso, tú y yo como él lo podríamos probar, y si nuestro noble origen remontamos hasta Adán, ¿qué rey de armas, Carolina, no lo certificará?
- Pero, en resúmen, ¿qué vale por sí solo en nuestra edad un título nobiliario?
- Si el de ese pelafustan al santo Noé recuerda y su arca descomunal, otros diluvios despues se han encargado de dar á la guía aristocrática el volumen de un misal.
- Carol.* Periodista es el segundo de superior calidad, y estadista y publicista....
- Ramiro.* No tiene algun *ista* más?
- Carol.* Sí, bolsista.
- Ramiro.* Ah! Don Fulgencio....
- Carol.* Tú le acabas de nombrar. Qué opinas de él?
- Ramiro.* Qué es un fatuo, un pedante, un charlatan.
- Carol.* Ese no ostenta blasones....
- Ramiro.* Pero con más vanidad que don Rodrigo en la horca, el ansia de figurar le atosiga, y no hay empleo, incluso el de senescal, que inferior no le parezca á su alta capacidad.
- Carol.* Bravo!
- Ramiro.* Demasiado rígido es á tus ojos quizá este juicio....
- Carol.* Nada de eso.
- Ramiro.* Yo á fuer de primo leal....
- Carol.* No me puedo yo ofender de que digas la verdad. ¿Crees tú, pues....
- Ramiro.* Que infestados tus dos amantes están de la enfermedad reinante.
- Carol.* Virgen santa del Pilar! Del cólera?
- Ramiro.* No. Tremenda es esa calamidad, pero pasajera al fin. Hay otra peste social que, si Dios no lo remedia, con España acabará, y de esa te hablaba yo: de ese contagioso afán de goces y devaneos que á todos sacando va de su quicio, desde el prócer altivo hasta el menestral. Ínfulas de hombre de pro muestra cualquier perillan;

el que ayer vistió zamarra
 hoy gasta levita y frac;
 y con botas de charol
 Maritórnes va á comprar.
 Es ya rancio anacronismo
 la modesta sobriedad
 con que ántes se limitaban,
 los que no tenían más,
 á su honrada medianía
 y limpio aunque pobre ajuar.
 Guerra de muerte declaran
 al decoro y la moral,
 ya la comezon del lujo,
 ya el prurito de medrar;
 á unos ciega vil codicia,
 á otros orgullo infernal,
 y llaman, en el dialecto
 de su uso particular,
 donaire á la desvergüenza,
 al perjurio habilidad;
 y para ellos todo es lícito,
 todo...., ménos trabajar.

Carol. Ese discurso merece
 una mitra episcopal,
 y de él saco en consecuencia
 que en mis novios—¡lindo par
 de maulas!—al interes
 sirve el amor de disfraz;
 que ínclito infanzon el uno,
 pero de pobre caudal,
 quiere con mi pingüe dote
 su penuria remediar,
 y que el otro, diputado
 y escritor ministerial,
 si mi mano solicita
 es tambien porque querrá
 que le dé el presunto suegro,
 como regalo nupcial,
 alguna plenipotencia,
 aunque sea en el Catay.

Ramiro. Si ninguno de los dos
 te agrada....

Carol. Cómo agradar?
 Me apestan.

Ramiro. Pues ¡calabazas!
 es mi conclusion fiscal.

Carol. Y.... dime: ¿es el abogado
 quien receta ese manjar,
 ó el primo...., ó tal vez....

Ramiro. (Ay triste!)
 Ahora sospechará....)
 No me mueve otro deseo
 que el de tu felicidad.

Carol. Mil gracias.

Ramiro. No creas....

Carol. (Oh!....)

Ramiro. Mi consejo es imparcial.

Carol. Bien, pero si no lo fuese,
 nadie podria extrañar
 que....

Ramiro. No soy tan necio...

Carol. Dale!
 No es tuya la necedad,

sino mia.

Ramiro. Oh!....

Carol. Tu consejo
 es saludable, eficaz;
 pero tardío.

Ramiro. Ah! por qué?
 ¿Media acaso algun formal
 compromiso....

Carol. Median dos,
 el mio y el de papá.
 Tiene el Marqués en su apoyo
 la paterna autoridad....

Ramiro. Ah!....

Carol. No tanto por su título
 como porque, servicial
 y condescendiente, sabe
 captarse la voluntad
 de mi iluso padre, á quien—
 beatitud patriarcal!—
 suele con sus bufonadas
 servir de grato solaz.
 Tal vez cuando me propuso
 tan descabellado plan
 le hubiera yo resistido,
 si no alegara además
 otra razon muy plausible
 á que no osé replicar.
 Perseguido en una lucha
 civil—¿cuándo acabarán!—
 hubiera muerto mi padre
 sin la generosidad
 con que el difunto Marqués,
 no obstante ser su rival,
 le dió en tan amargo trance
 favor y hospitalidad.

Ramiro. Laudable es su gratitud,
 mas no el empeño tenaz
 de que tú te sacrifiques
 á la obediencia filial.

Carol. Tal pensaba y pienso yo;
 pero mi agudo pesar
 facilitó á don Fulgencio
 la triste oportunidad
 de declararme su amor,
 y recordando el refran
 de un clavo saca otro clavo,
 yo me dejé alucinar
 por la estudiada pasion
 y hueca verbosidad
 con que postrado á mis piés
 me pidió el sí conyugal.

Ramiro. Y le diste!

Carol. Sí, Ramiro;
 tanta fué mi ceguedad!
 Mas pronto me arrepentí
 de aquel pecado mortal,
 porque, petulante y sandio,
 á la ménos perspicaz
 hubiera hecho conocer
 con su cháchara vulgar
 que todo es cálculo en él
 y aparato teatral.

Ramiro. Retírale tu promesa

y plántale en el zaguan,
ya que te ofuscó en mal hora
su música celestial.

Carol. Ay, tú no estabas aquí!

Ramiro. [*Turbado.*]

Cómo!.. ¡Tú... ¡Yo...

Carol. [*Reprimiéndose.*] (Paso atrás!)
Lo digo porque, como eres....
neutro.....

Ramiro. [*Con prontitud.*]

Neutral.

Carol. Bien, neutral.

Si me hubieras dado entonces
el consejo que hoy me das,
no me vería yo ahora
en este berengenal.

Ramiro. Á cualquier hora se puede,
Carolina, retractar
un sí imprudente, y tu padre,
ni en el suyo insistirá,
ni si revocas el tuyo,
será tan irracional,
que á su hija amada y única
niegue un *bill de indemnidad*.

Carol. Mas yo á vencer no me atrevo
mi temor al qué dirán.

Ramiro. Pues, hija.....

Carol. Sólo lo haría,
cuando pudiera excusar
con otro amante más digno
mi aparente veleidad.
Tú, querido primo.....

Ramiro. Ah!

Carol. Qué?

Ramiro. (Me ama! Tendré que emigrar!)
Oh! sí, un tercero en discordia
sería..... Tú le tendrás
cuando quieras. ¿Cómo no,
siendo tan hermosa y tan.....

Carol. Lisonjero!

Ramiro. No: lo digo
con.....

Carol. [*Irónicamente.*] Con imparcialidad.—
Le tendré ó no, porque yo
no le he de solicitar.

Ramiro. Cierto.

Carol. Una mujer no puede
sin nota de liviandad
decir á un hombre: «yo te amo;
tú eres el bello ideal
que anhelaba el alma mía;
tú mi gloria, tú el imán
de mis sentidos....» toda esa
algarabía manual
que prodiga el sexo fuerte
con franqueza militar.

Ramiro. También hay hombres que tienen
pudor.....

Carol. Orgullo dirás.

Ramiro. Llámale orgullo en buen hora;
mas su propia dignidad

rechaza ese privilegio
para otros tan natural.
Si eres tú uno de ellos.....

Carol. Yo.....

Ramiro. Respeto esa austeridad
de filósofo impasible
y ese pudor virginal.

Ramiro. Ni el dictado de filósofo
corresponde á mi humildad,
ni los filósofos tienen
el alma de pedernal.

Carol. (¡Me ama, y por no confesarlo
se dejaría matar!)

Ahora bien, primo doctor,
¿podré sin temeridad
rogar á usted que me saque
de este pantano?

Ramiro. [*Con calor.*] Sí tal.

Yo convenceré á mi tío
de que es una atrocidad
su proyecto, y á tus novios
arrojaré de ese umbral
si es fuerza. Tan bella causa
no he defendido jamás,
y abogado ó campeón,
en ella sabré mostrar
la elocuencia de un Demóstenes
y el esfuerzo de un titán.

Carol. Bien! Magnífico!

Ramiro. ¿Te ries!

Carol. Perdona mi hilaridad;—
yo no soy jurisprudencia.
Casi lloraba poco ha,
¿y no quieres que me ria
viendo, rara novedad!
tan expansivo á Catón
y á Licurgo tan marcial?

Ramiro. Tienes razón á fe mía.

Carol. Pues riamos á la par,
que el lance no es para ménos.

Ramiro. [*Con risa forzada.*]

Riamos, sí..... (Es celestial!)

Criado. [*Á la puerta del foro.*]

El Marqués.....

Carol. Que éntre.

[*Vase el criado.*]

Ramiro. Me iré.....

Carol. No. Para alegrarnos más,
como llovido del cielo
viene ese ente singular.

ESCENA IV.

CAROLINA. D. RAMIRO. EL MARQUÉS.

Marq. Con más gozo que la alondra
á la estrella matutina,
saluda á usted, Carolina,

el amor que me atolondra.
Carol. Discreta salutacion!
Ramiro. (Mentecato!)
Marq. Es un proemio
 con que explico, sin apremio,
 mi rendida adoracion.
 Ni es de admirar mi lisura
 cuando—dichoso proyecto!—
 soy futuro, aunque imperfecto,
 de tan linda criatura.
Carol. Yo estimo.....
Marq. Oh dulce sonrisa!
 ¿Y cuándo termina el plazo
 en que indisoluble lazo
 ha de unir.....
Carol. No corre prisa.
Marq. Cómo no? Sí tal.
Carol. No tal.
Marq. Pero ¿á qué viene ese enfado.....
 Ah! no habia reparado
 que nos oye mi rival.
Carol. (Rival!)
Ramiro. [Aparte á Carolina.]
 Qué dice ese necio?
Marq. ¿Conque estaba usted aquí,
 señor don Fulgencio.....
Ramiro. Eh?
Marq. Muy
 señor mio y de mi aprecio.
 Yo.....
Carol. [Á D. Ramiro.]
 Es divertida la escena!
Marq. Sí; ¡juntarse en un estrado
 el amante desahuciado
 y el que está de enhorabuena!
 Mas ¿cómo ha de ser, amigo!
 Yo he triunfado; usted no es lego,
 y debe.....
Ramiro. [Con Carolina en voz baja.]
 Está ese hombre ciego?
Carol. No; tonto.
Marq. Eh?... Pues, como digo,
 no porque en nuestra contienda,
 como ocurre en más de trece,
 á quien ménos la merece
 se adjudique la prebenda.....
Carol. Poco á poco! Todavía.....
Marq. Me mire usted de reojo.
 Si me viese en tal sonrojo,
 sabe usted lo que yo haria?
 Soltar á la risa el trapo.....
Carol. [Riendo.]
 Eso, eso!
Marq. Y echarlo á broma.
Ramiro. Sí, señor.
 [Rompe á reir.]
Marq. [Á Carolina.] Oiga! Pues toma

mi consejo..... Guapo, guapo!
Carol. [Sin dejar de reir.]
 Vitor!
Marq. [En voz baja.]
 No abuses..... Silencio!....
 [Acercándose á D. Ramiro.]
 Ya ve usted..... (De gozo brinco!)
 Ea, vengan esos cinco.....
Ramiro. [Con enfado.]
 Eh!
Marq. Calle! No es don Fulgencio!
 [Riendo.]
 Bueno ha estado el *quid pro quo*!
Ramiro. Soy.....
Carol. Es mi primo Ramiro.
Marq. Ya veo, ahora que le miro
 de cerca.....
 [Soltando una carcajada.]
 Ja! ja! jo, jo!....
 ¡Y yo creia..... Salud
 y gracia al docto letrado,
 al benéfico abogado
 de pobres..... Rara virtud!
 Noble abnegacion!.... No obstante,
 creo—el diablo sea sordo!—
 que no hará usted caldo gordo
 con parroquia semejante.
Ramiro. Qué le importa á usted?
Marq. Á mí?
 Nada; pero lo decia
 por.....
Ramiro. Pudiera ser que un día
 la aumentase usted.
Marq. Yo!
Ramiro. Sí.
Marq. No soy un creso, en verdad,
 porque tengo un mayordomo
 que me..... Pero tanto como
 pobre de solemnidad.....
Ramiro. ¿Cómo—sólo en un etíope
 cabe tal inocentada—
 sin parecernos en nada
 me tomó usted por.....
Marq. Soy míope.
 Y hoy.....—tal vez será un mareo,
 ó que están los nervios flojos—
 no sé qué siento en los ojos,
 que apenas los bultos veo.
Ramiro. [Con malicia.]
 Ha almorzado usted?
Marq. Ó escasa
 es la luz, ó no estarán

los lentes muy....

[*Saca el pañuelo y hace ademán de quitarse los anteojos para limpiarlos.*]

Voto á san!....

Me los he dejado en casa.

Ramiro. Pche!....

Marq. Distraccion.

Carol. (Badulaque!)

Marq. Las suelo tener mayores.
Todos los grandes señores
padecemos este achaque.
Esto no es decir que yo
me desvanezca y me engría
con la alta categoría
á que pertenezco, no;
al contrario, singular
en todo....

Carol. Oh! sí.

Ramiro. (Monigote!)

Marq. Nada tengo de quijote
y mucho de popular.
No gusto yo, verbigracia,
de briosos palafrenes
y el lujo, el fausto, los trenes
que ostenta la aristocracia.
Desdeño de buena fe
todo ese inútil boato,
y, como aquel caricato....,
me ne vado sempre á pié.

Ramiro. [*Aparte con Carolina.*]

Si no tiene el pobreton
sobre qué caerse muerto,
¿qué milagro....

Carol. Eh! me divierto

con su gentil *sans-façon*.

Marq. Hablo con exactitud.
Juro al apóstol Santiago
que, aunque ustedes digan que hago
de necesidad virtud....

Carol. No tal....

Marq. Aunque mi caudal
han mermado las estafas....
Pero el diantre de las gafas....
Sin ellas estoy muy mal.—
Haré que vaya un sirviente....

Carol. Qué veo!

Marq. Aunque sude el hopo....

Carol. No!

[*Santiguándose.*]

Jesus!....

Marq. ¿Qué...

Carol. ¡Alma de chopo,
las lleva usted en la frente!

Marq. [*Tentándosela y poniendo luego en su
lugar los anteojos.*]

Cierto, sí. Humana miseria!
Me las alcé—vaya un lance!—
para leer el alcance

IV.

que ha publicado *La Iberia*.

Al entrar en el portal
me lo ha prestado Samper,
y me alegro de saber....

Carol. Qué hay?

Marq. Crisis ministerial.—

Salió papá?

Carol. Sí.

Marq. Dijo algo?

Carol. No.

Marq. Habrá ido al ministerio....

Carol. Sin duda.

Marq. El asunto es serio.

Voy corriendo como un galgo....

Pronto seré sabedor

de quién cesa y quién no cesa....

Adios, próxima marquesa!

Primo en cierne.... servidor!

ESCENA V.

CAROLINA. D. RAMIRO.

Ramiro. Oh! ¿y con ese botarate
te has de casar, Carolina?

Carol. Qué he de hacer? Papá se obstina...

Ramiro. No. Qué oprobio! qué dislate!

Carol. No quiero á ese mamarracho
y odio á su competidor;
pero si....

Criado. [*Á la puerta del foro.*]

El procurador....

Ramiro. Bien; voy... Que éntre en mi despacho.

[*Vase el Criado.*]

Antes que uno ú otro apunte
venzan, prima, tu desden,
debes dar tu mano....

Carol. Á quién?

Á cualquiera transeunte?

Ramiro. No; pero me llega al alma
que no haya, siendo quien eres,
otro más digno....

Carol. ¡Y prefieres....

Ramiro. Qué?

Carol. Que me entierren con palma!

Ramiro. No; mi egoísmo no es tal....

Es decir....

Carol. (Ni á hablar acierta.)

Ramiro. Ánimo! Si sale cierta
la crisis ministerial,
uno de tus dos amantes
no sostendrá la campaña,
y al otro, con tiempo y maña....

Carol. Sí. Acude á tus litigantes.

Ramiro. De tu aversion participo....

Carol. Bien, sí.

Ramiro. Y juro al Ser Supremo
que, temprano ó tarde, quemo
mis libros, ó te emancipo.

35

ESCENA VI.

CAROLINA.

Si no me ama, no se alarme tanto por mí; que es capricho muy singular... ¿Quién le ha dicho que yo quiero emanciparme?— Con frecuencia los diarios de una y otra cofradía combaten la teoría de los hombres necesarios. Yo, siguiendo otro sistema, de uno solo mi remedio aguardo..., y de medio á medio me ha cogido el anatema. Pero ese único mortal que miro con simpatía, ese único á quien yo haría mi ministro universal, no advierte que así discurro, aunque hartó lo manifiesto,

por demasiado modesto.... ó demasiado cazurro. Dudo.... espero.... Qué agonía! Si hablo, mal; peor si callo; y con dos crisis batallo, la de mi padre y la mia. Papá el timon de la nave deja.... quizá sin dolor; yo me abraso en ciego amor.... Cuál es la crisis más grave? La mia, dirá cualquiera, la mia, si echa de ver lo que va de hombre á mujer y de un alma á una cartera.— Mas si á don Fulgencio espanto y del Marqués me redimo con ayuda de mi primo, del mal el menos!— En tanto, diré, parodiando aquí un dicho, célebre ya: ¡Salve Dios á mi papá.... y no se olvide de mí!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

CAROLINA. D. GABRIEL. D. FULGENCIO.

[*Aparecen sentados: á la derecha D. Gabriel y D. Fulgencio, y á la izquierda Carolina bordanando.*]

Fulg. Conque es verdad?

Gabriel. Sí, señor.

He sometido al Consejo de ministros las medidas sin las cuales no podremos conjurar la bancarrota y galvanizar el crédito; pero de ocho votos cinco desaprueban mi proyecto. Siendo tal el resultado, ya ve usted que....

Fulg. Sí; ya infiero...

Gabriel. Que no puedo con decoro seguir en el Ministerio.

Fulg. Sí, en cierto modo, es verdad; mas puede darse otro sesgo al asunto. No es prudente sostener á sangre y fuego esa firmeza espartana, sublime, que yo venero; pero estéril y tal vez peligrosa en estos tiempos. Combatido el Gabinete por contrarios elementos,

sólo puede conservarse con cierto equilibrio, cierto....

Gabriel. No entiendo yo, señor mio, de equilibrios y escaorceos. Cuando la dolencia es grave, la lanceta y el cauterio, no emplastos madurativos, han de curar al enfermo.

Fulg. Ya; pero peor que el mal pudiera ser el remedio. Qué diantre! ¡Ahora una crisis, cuando bogaba con viento en popa la situación, y yo esperaba....

Carol. (Un empleo!)

Gabriel. Ah, cómo se engaña usted! Aunque al parecer sereno nuestro Olimpo artificial, el nublado no está lejos.

Fulg. Cuando leí la funesta noticia en un suplemento, paparrucha! dije yo para mí. Soñaba el ciego....

Gabriel. No es sólo á la oposicion aplicable ese proverbio.

Fulg. Como cada dia cunden esos rumores siniestros, y salen falsos....

Gabriel. Pues siempre tienen algun fundamento. Lo normal en este siglo es no vivir con sosiego, y aunque otra cosa sostenga

la comedia de don Pedro Calderon, acá en España «siempre lo peor es cierto.»

Carol.

(Tiene razon!)

Gabriel.

No lo digo por mí, que sin pena dejo el mando.....

Fulg.

(Eso dicen todos!)

Gabriel.

Y más gano yo que pierdo con retirarme á la vida privada.

Carol.

(Es verdad!)

Fulg.

Lo creo.

No obstante, el hombre de estado no puede obrar de ligero.....

Gabriel.

Cómo! yo.....

Fulg.

Quiero decir

que hay vínculos y respetos de que no puede en conciencia prescindir.

Gabriel.

Vamos con tiento.

Para juzgar de la mia sólo Dios tiene derecho.

Fulg.

Moralmente hablando, otorgo; políticamente, niego.

Carol.

(Calle! ¿conque hay dos conciencias, la moral y..... No lo entiendo.)

Gabriel.

Con argucias escolásticas no probará usted.....

Fulg.

Sí pruebo.

Usted no se pertenece á sí mismo.

Gabriel.

¿Soy yo siervo de alguien?

Fulg.

Sí, de la opinion pública; del Parlamento.

Gabriel.

Bah, bah! Sobre esa materia mucho hay que hablar, don Fulgencio.

Fulg.

El Ministerio tenía mayoría en el Congreso.

Gabriel.

Poco segura; y mis planes no son para ella un misterio.

Fulg.

Antes de dar ese paso, que puede comprometerlos, usted debió consultar á los prohombres del gremio.

Gabriel.

Basta. Á los piés de la Reina ya mi dimision he puesto.

Fulg.

Tan pronto!

Gabriel.

Y esta disputa es ociosa: á lo hecho, pecho. Á la Reina y al país, no á los disidentes, debo responder de mi conducta, y si usted es uno de ellos.....

Fulg.

(Transijamos.) No, señor. Siempre he sido fiel adepto de usted, y á capa y espada le he defendido y defiende. Si por mi amor al bien público he sido un tanto severo, perdone usted, don Gabriel: me desdigo y me arrepiento.

Carol.

(Oh!....)

Fulg.

Es tanta la autoridad de usted, y de tanto peso sus observaciones.....

Gabriel.

Pche!

Fulg.

Que con ellas me convenzo. Pero aun podrá conjurarse la tormenta.....

Gabriel.

No lo espero.

Fulg.

Acaso usted, como á mí, persuada á sus compañeros.

Gabriel.

Yo he dicho ya mi *ultimatum*.

Fulg.

Ellos quizá no.

Criado.

[Desde la puerta.] Este pliego.

Gabriel.

[Toma el pliego, lo abre y lo lee para sí.]

Dame.

Carol.

(Qué será?)

Fulg.

Es sin duda del Presidente..... Apostemos á que.....

Gabriel.

No. Su Majestad me llama.—El coche al momento.

[Se levanta y toma el sombrero: Don Fulgencio se levanta tambien: el Criado se retira.]

Fulg.

Ah! para encargar á usted sin duda que forme nuevo Gabinete. En ese caso yo me brindo.....

Carol.

(Ay Dios eterno!)

Gabriel.

No sé.....

Carol.

(Es capaz de pedirle la cartera de Fomento.)

Gabriel.

Lo más probable es que admita mi dimision.

Fulg.

(Ah! lo temo.)

Aun siendo así, que lo dudo, largo será el interregno, y podrá usted hacer algo por sus amigos y deudos.

Gabriel.

Qué he de hacer? ¿Cómo...

Fulg.

Yo aspiro...

Carol.

(Pues! Ya ha parecido aquello.)

Gabriel.

¿A qué?

Fulg.

Ya lo sabe usted:

á la honra de ser su yerno.

Gabriel.

Es que yo.....

Fulg.

Esa circunstancia

plausible, unida á mis méritos.....

Gabriel.

(Cuáles?)

Fulg.

Me alienta á pedir.....

No es mucho lo que pretendo.

Gabriel.

Qué?

Fulg.

Una plaza de ministro.....

No en España: en otro reino.

Gabriel.

No hay vacante.

Fulg.

Eso, ¿qué importa?

se hace una.....

Carol.

(Pues!)

Fulg.

Y laus Deo.

Gabriel. Ni es ese mi ramo, ni....
Fulg. Si el óbice está en el sueldo,
 con que me hagan senador
 me daré por satisfecho.
Gabriel. Eh?
Carol. (Seráfica modestia!)
Fulg. A ese honorífico premio
 puedo optar....
Gabriel. Pero....
Fulg. Y con él
 no gravaré el presupuesto.
Gabriel. Son tantos los senadores,
 aunque todos beneméritos,
 que para uno más tal vez
 no hay ya en la cámara asiento.
 Y en suma, ¿qué facultad
 tengo yo, que ya soy cero,
 para conferir destinos?
Fulg. Qué, no hará usted testamento?
Gabriel. No, señor.
Fulg. Ejemplós hay....
Gabriel. No sigo tales ejemplos.
 No tengo la gracia yo
 de testar despues de muerto.
Fulg. Si es usted tan nímio....
Criado. [A la puerta.] El coche.
 [Se retira.]
Gabriel. Cada cual tiene su genio....
 Pero consuéllese usted.
 Puede que los cinco miembros
 que han votado contra mí
 formen otro ministerio,
 y entónces usted, que invoca
 y ensalza los privilegios
 de la mayoría, acaso,
 sin que á mí me zumbe el pueblo,
 logre que refrende un vivo
 el suspirado decreto.
 [Hace una salutacion muda y vase.]

ESCENA II.

CAROLINA. D. FULGENCIO.

Fulg. [Acercándose á Carolina.]
 Pasmado estoy.... ¿Es quizá
 cómplice mi dulce bien
 del impensado desden
 con que me trata el papá?
Carol. No me incumbe esa cuestion.
 ¿Qué entiendo yo de política,
 y si es crítica ó no es crítica
 la presente situacion?
Fulg. Yo conté con el apoyo
 de la que es su hija y mi dama.
 Carolina, usted no me ama!
 usted quiere echarme al hoyo!
Carol. Eso, no.
Fulg. Nunca creí,
 ciego en mi pasion ardiente,

que á usted fuera indiferente
 lo que me interesa á mí.
Carol. Yo.... (No sé cómo dorarle
 la píldora.) Yo....
Fulg. Cruel!
Carol. (Monosílabos en él
 y dejémosle que charle.)
 Yo.... Si....
Fulg. Ingrata! ¿Para qué
 pedia yo con urgencia
 la....
Carol. Sí.
Fulg. La plenipotencia
 de Prusia ó de Lóndres....
Carol. Pche!....
Fulg. Para que tú te lucieras
 con tan alta investidura
 y admirasen tu hermosura
 en las córtes extranjeras.
Carol. Ah!.... Oh!....
Fulg. Al firmamento azul
 lo juro; sólo por ti
 al exministro pedí
 la noble silla curul.
Carol. Sí?
Fulg. Sí, mi gloria, mi sol.
Carol. ¿No habria mal alboroto
 si me dieran voz y voto
 en el Senado español!
Fulg. No es eso: es que los deberes
 de los cargos distinguidos
 atañen á los maridos
 y su brillo á las mujeres.
 Es que (recobrar anhelo
 con mi labia el ascendiente)
 ver quisiera yo en tu frente
 todos los astros del cielo.
Carol. (Jesus!....)
Fulg. Y que maravilla
 fueras de esta villa y corte
 al mostrar yo tal consorte
 en la corte y en la villa.
Carol. [Bostezando.]
 Ah....
Fulg. Mi dichoso himeneo....
Carol. (Ya que es inútil mi ardid,
 con permiso de Madrid
 pediré auxilio á Morfeo.)
 [Finge dormirse.]
Fulg. (No me atiende! ¿Es que medita
 alguna frívola excusa,
 ó su conciencia la acusa....
 [Acercándose más.]
 Se ha dormido!)
 [Alzando la voz.]
 Señorita!
Carol. [Fingiendo despertar.]
 Ah!
Fulg. Soy yo algun estafermo?

Carol. Nada de eso.
Fulg. Un maniquí?
Carol. No.
Fulg. Usted se burla de mí.
Carol. No me burlo; es que.... me duermo.
 (Gozo en abatir su orgullo.)
 Es tanto lo que me embarga,
 me subyuga y me aletarga
 de esa elocuencia el arrullo,
 que he dado una cabezada.....
Fulg. Qué escucho! (Mujer traidora!)
Carol. Perdon! Yo.....
Fulg. ¡Salirme ahora
 con semejante embajada!
Carol. Algo pesada es la broma,
 porque.....
Fulg. Es una felonía.
Carol. Porque usted preferiría
 la de París...., la de Roma.
Fulg. Oh!.....
Carol. Pero no están vacantes.
Fulg. Hum!.....
Carol. Y ni yo ni papá
 podríamos darlas ya.
Fulg. ¡Voto á.....
Carol. Ya ve usted, cesantes!...
Fulg. ¿Por qué esa boca perjura
 pronunció el plácido sí
 que ahora.....
Carol. [Levantándose.]
 Es verdad, le di
 en un rapto de locura;
 pero no le he confirmado,
 y ántes mi fisonomía
 ha dado á usted cada día
 más muestras de desagrado.—
 Y el sí fué condicional.
Fulg. Condicional! (Pierdo el juicio.)
Carol. Quiero decir, sin perjuicio
 de la obediencia filial.
 Ahora bien, de la reyerta
 que ha tenido usted aquí
 con mi papá infiero.....
Fulg. Sí;
 que debo tomar la puerta.
Carol. No tanto; pero el más lardo
 dirá que no le está bien
 otorgar mi mano á quien
 con él está en desacuerdo.
 Ya ve usted que—Dios lo quiso
 por el bien de ambos quizá—
 el disenso de papá
 me absuelve del compromiso.
Fulg. No espere usted.... (¡todas son
 lo mismo!) que yo me aflija
 por.....
Carol. En suma, padre é hija
 hemos hecho dimision.
Fulg. Bien está: yo lo celebro.
 No tema usted que mi labio,
 del cual sin pena (yo rabio)
 ha oído más de un requiebro,

en injurias se desate
 contra la bella voltaria
 que hoy me trata como á un pária,
 y ayer.....

Carol. Yo no.....
Fulg. Disparate!

Tal proceder es anexo
 á un enemigo con faldas,
 y no es mengua hacer espaldas
 á la inmunidad del sexo.—
 Pero el señor don Gabriel.....

Carol. ¿Qué.....
Fulg. Llorará su desvío;
 yo se lo juro.

Carol. Ay, Dios mio!
 Se batirá usted con él?

Fulg. No. Pasa de los sesenta.....
Carol. Los cumplió por Navidad.....
Fulg. Y esa es otra inmunidad
 que debo tener en cuenta.
 Pero, pues la imprenta es libre,
 pronto verá el insolente
 que no se aja impunemente
 á un hombre de mi calibre.
 Ya su bandera no sigo,
 y él verá.....

Carol. Qué? Me consterno.
Fulg. Que si malo para yerno
 soy peor para enemigo.

Carol. Qué hará usted?
Fulg. Mi saña inmensa

le perseguirá importuna
 con la voz en la tribuna
 y con la pluma en la prensa.
Carol. Ay! no. Embote usted los filos
 á esa arma terrible, aciaga.
 (Si otro riesgo no le amaga,
 podemos dormir tranquilos.)
Fulg. Y no dirá Su Excelencia,
 aunque de estoico presuma,
 que le divierte mi pluma
 y le arrulla mi elocuencia.

ESCENA III.

CAROLINA.

Hable y haga lo que quiera.
 Méenos su impotente cólera
 temo yo, que me enfadaban
 sus galantes paradojas,
 y no hará en el limpio nombre
 de papá mella ni sombra
 un hombre cuyo descrédito
 y nulidad nadie ignora.
 Mi primo, que le aborrece,
 celebrará su derrota
 tanto como yo.

[Á la puerta de la izquierda.]

Ramiro!
 Á ver si se anima ahora....

ESCENA IV.

CAROLINA. D. RAMIRO.

Ramiro. Me llamabas?*Carol.* Dame albricias.
Ya don Fulgencio abandona el campo.*Ramiro.* Bien! bien!*Carol.* La crisis me ha librado de ese posma.*Ramiro.* Lo esperaba.*Carol.* No pudiendo su impertinente retórica recabar de mi buen padre que conserve la poltrona, le pidió una credencial extemporánea.....*Ramiro.* Sí; póstuma.*Carol.* Y papá se la negó.*Ramiro.* Bravo! Ya contra ese cócora le habia yo hablado al alma.*Carol.* Sí? De su soñada novia espera mejor despacho; suspira, ruega, perora; mas tan feliz coyuntura yo aprovecho, y entre bromas y véras al alto honor renuncio de ser su esposa. Despedido de hija y padre, en fin, con toda la pompa de la ignominia, convierte en denuestos las lisonjas, y sin poder reprimir el pesar que le devora, se larga con viento fresco cantando la palinodia.*Ramiro.* Carolina, yo te doy mi enhorabuena con toda el alma.*Carol.* Gracias, Ramiro.*Ramiro.* Hombres de tanta bambolla no pueden tener amor sino á su misma persona.*Carol.* Cierto.*Ramiro.* Más mereces tú.*Carol.* De véras?*Ramiro.* Ah! sí. Esa boda habria de ser infausta para ti.*Carol.*Para mí sola?*Ramiro.* Tambien... (¿Qué iba yo á decir!) Tambien.....*Carol.* Dilo. (No habrá forma de hacerle espontanearse.)*Ramiro.* Para el tio. Eres su joya de más precio.....*Carol.* (¡Qué salida de pavana!)*Ramiro.* Y sin zozobra no veria á su hija única

víctima de un.....

Carol. (Me sofoca.)

En fin, libre de tal riesgo ya estoy, y eso es lo que importa. Ahora falta que tambien me deje en paz el carcoma del Marqués.

Ramiro. Harto será, si obtenemos una próroga, que él mismo no dé ocasion para.....

ESCENA V.

CAROLINA. D. RAMIRO. EL MARQUÉS.

Marq. *Éccomi qua*, paloma! ¿Conque en efecto papá pertenece ya á la nómina de los excedentes?*Carol.* Sí.*Marq.* Y siguen la misma norma, segun cuentan, otros dos cómplices.*Carol.* Eh?*Marq.* Digo, *cólegas*.*Ramiro.* Hum! *colégas*.*Marq.* Qué más da? Lo esencial no es la prosodia, sino el hecho. Don Gabriel, que á mi amistad oficiosa nada oculta, me dirá si es parcial ó no en la órbita ministerial el eclipse que de cien maneras glosan los noticieros.*Carol.* Papa ha salido.*Marq.* ¡Es fuerte cosa no poder hoy darle caza..... Pues, querida, ya se nota en las veletas políticas la mudanza de la atmósfera. El famoso don Fulgencio—lo sé de su misma boca—con armas y con bagajes se va á pasar—qué deshonra!—á la oposicion.*Carol.* Bien hecho.*Marq.* Y ya á los suyos convoca.*Ramiro.* Son muchos?*Marq.* Cuatro amigotes que con él comen y votan.*Ramiro.* Terrible falange!*Marq.* Ya pide la palabra en contra, y aun no se ha abierto la cámara. Como no ignoro qué mosca le ha picado y le conozco, su conducta no me asombra.

Yo, á fuer de amigo constante
y yerno á prueba de bomba,
en defender al caído
fundo mi gozo y mi gloria.
Oh energía! ¡oh.....

Carol.
Marq.

Voy volando,
aunque sude cada gota
como el puño, á trabajar,
á inquirir.... Adios, hermosa!
Buen viaje!

Carol.
Ramiro.
Marq.

(Títer?)
¡Guerra
de exterminio á los apóstatas!

ESCENA VI.

CAROLINA. D. RAMIRO.

Ramiro. Él lo sería también,
aunque su lealtad encomia,
si tu padre, como á ser
ministro de la corona,
á las fincas renunciase
y á las rentas de que goza.
¡Ay, todo es en este mundo
mentira, farsa, tramoya!
Carol. Oh! sí, y tus declamaciones
me van ya haciendo filósofa.

Ramiro. Te burlas?

Carol. Poco me falta
para renunciar á modas
y tertulias y teatros
y retirarme á una choza....

Ramiro. ¿Qué oigo! ¡Tú....

Carol. Mas sabe Dios
las hablillas maliciosas
á que daría lugar
resolución tan heroica.
No; el claustro más bien... Qué opinas?
Haría yo buena monja?
Ramiro. ¡Por Dios, Carolina.... Yo....
Esa pregunta es capciosa,
y yo ni puedo....

Criado. [Llega con una carta, la entrega á
Carolina y vase.]

Esta carta....

Ramiro. Ni debo....

Carol. Es de Barcelona.
Será de mi buena amiga....
Sí, sí, la letra es de Antonia....
Voy con tu permiso.... Quiero
contestarla sin demora.

[Yéndose.]

(Llega á buen tiempo; que crece
por momentos mi congoja,
y aunque el alma lo desea,
tiemblo ya de hablarle á solas.)

ESCENA VII.

D. RAMIRO.

No sé qué va á ser de mí
si un día más se prolonga
el insufrible tormento
que el corazón me destroza.
Ya me halaga una esperanza
tan dulce como ilusoria;
ya en perspectiva el temor
de un desaire me sonroja;
y si el desaire me aterra
me avergüenza la victoria.
¿Por qué he vuelto yo á Madrid,
Carolina, si esta loca
pasión no acierto á vencer;
y nunca avenirse logran
con la razón que me arredra
el instinto que te adora?—
Fuerza será....

Catuja. [A la puerta del foro.] ¿Es el señor
don Ramiro Sanz de Morla
á quien....

Ramiro. Servidor de usted.

Catuja. Gracias....

Ramiro. Pase usted, señora.

ESCENA VIII.

D. RAMIRO. CATUJA.

Catuja. Vengo á implorar el favor
de usted.... Pero tengo miedo
de incomodar....

Ramiro. No... ¿En qué puedo
servir á usted?

Catuja. Mi rubor....

Ramiro. (Qué querrá?)

Catuja. Tengo hambre y sed
de justicia.

Ramiro. Eso no es raro.

Catuja. Y solicito el amparo
de usted....

Ramiro. Bien. Siéntese usted....

Catuja. Gracias.

[Se sienta.]

Ramiro. Y diga el asunto....

Catuja. Ay, Dios! Yo, señor de Morla,
soy natural de Cazorla....

Ramiro. Bien; eso....

Catuja. Hija del difunto....

Ramiro. Hable usted con laconismo,
le ruego, y si la cuestión
no es saber su filiación
y su pila de bautismo....

Catuja. Es verdad: á mi derecho
nada concede ni niega
ser yo andaluza ó gallega;
pero....

Ramiro. Bien; vamos al hecho.

Catuja. Ayer llegó á mis oídos
que funda usted su delicia
en administrar justicia
á los pobres desvalidos.

Ramiro. No soy juez, sino abogado,
y no siempre me deleito.....
Vaya, sobre qué es el pleito?

Catuja. Ay! sobre un desaguinado.....

Ramiro. Cómo!

Catuja. Yo..... Infeliz mujer!....
Fuí..... Me da tanta vergüenza.....

Ramiro. Preciso es que usted la venza
si nos hemos de entender.

Catuja. Ay! sí. Pues, señor, yo fui
doncella.....

Ramiro. (Fuí!)

Catuja. De labor
en una casa de honor.....
Miento; que en ella perdí.....
Ah!.....

[Se cubre la cara con las manos.]

Ramiro. Entiendo.

Catuja. Enorme delito!

Ramiro. Cruel traicion!

Ramiro. Vamos, hija,
no llore usted, no se aflija.
Quién fué el reo?

Catuja. El señorito.

Ramiro. Lo de siempre. Es mucho cuento!...
Pero ese llanto.....

Catuja. Ay, señor!
Lloro su infamia y mi error,
su perjurio y mi escarmiento.
Mi resistencia fué larga,
pero aun más su obstinacion.
La ocasion hace el ladron.....

Ramiro. Sí.

Catuja. Pues, y el diablo las carga.

Ramiro. Ya.

Catuja. Pero ántes, y Nemesia
la nodriza fué testigo,
juró casarse conmigo,
por delante de la iglesia.—
¡Y apenas pasó un trimestre,
dejándome un corto auxilio
huyó de su domicilio!
Qué conducta tan silvestre!

Ramiro. Y no dijo adónde fué?

Catuja. No! Y para mayor quebranto—
otra vez me aboga el llanto—
blanco de su mala fe
que todas las leyes huella,
ay, misera! tal me vi,
que de la casa me fuí.....
ántes que me echasen de ella.

Ramiro. (Infeliz!...) ¡Hubo pues... vástago...

Catuja. Ay! Sí, señor. Nueva cruz
que Dios quiso..... Le di á luz
en otro lugar....., en Sástago.

Ramiro. Siendo madre...

Catuja. Ay!

Ramiro. Ese mérito

se hará en los autos valer.....

Catuja. Lo fuí!

Ramiro. (Diantre de mujer!
Todo es en ella pretérito.)

Catuja. Bello era como un Narciso;
pero, ay! al octavo día
Dios le dió una alferecía
que le llevó al Paraíso.—
Viendo yo cercano el fin
de mis menguados ahorros
y sin recibir socorros
de aquel hombre aleve y ruin,
con mi luto y mi mancilla
me dirigí—suerte fiera!—
en asiento de tercera
á esta coronada villa,
donde sin soltar—qué afán!—
ya la plancha, ya la aguja,
la aperreada Catuja
gana un pedazo de pan.

Ramiro. Bien; se entablará el litigio.....

Catuja. Eso, eso! ¡y guerra perene.....

Ramiro. Y espero..... Mi nombre tiene
en el foro algun prestigio,
y si hay alguna probanza
escrita, es casi seguro.....

Catuja. Firmar no quiso el perjurio
la cédula de ordenanza;
mas si el tribunal da fe
á la nodriza de márras,
que ahora está en las Alpujarras...

Ramiro. (Échale un galgo!) No sé.....

Catuja. Pero amén de eso, el traidor,
durante una breve ausencia,
cartas me escribió en Valencia
jurándome eterno amor.

Ramiro. Eso no valdrá gran cosa
si sólo contienen bellas
frases.....

Catuja. Sí; que en una de ellas
me llama adorada esposa.

Ramiro. Ah!

Catuja. Tres cartas y un testigo.....

Ramiro. Bien; las leeré sin demora.
Démelas usted, señora.

Catuja. Ay! no las traigo conmigo.
Como no puedo, ay de mí!
pagar los emolumentos.....

Ramiro. Eh!—Qué hago sin documentos?

Catuja. Dudé.....

Ramiro. Quién se viene así?

Catuja. Como un pobre siempre piensa
lo peor.....

Ramiro. Sólo por eso
merece usted.....

Catuja. Yo confieso.....

Ramiro. Que le niegue mi defensa.

Catuja. Ay Dios!

Ramiro. La acepto, no obstante...

Catuja. Bendigo al Supremo Ser
que me.....

Ramiro. Y poco he de poder
ó la saco á usted triunfante.

Catuja. Tanta dicha... Ah! yo me atonto...
yo me.....

Ramiro. Bien: quiero ver hoy
las cartas: vaya usted.....

Catuja. Voy.....

Ramiro. Y vuelva con ellas pronto.

Catuja. Pero ántes, esta mezquina
merezca besar los piés.....

[*Se arrodivilla y Ramiro la obliga á
levantarse.*]

Ramiro. Eh! no: ni ántes ni despues.....
Alce usted!....

ESCENA IX.

CATUJA. D. RAMIRO. CAROLINA.

Carol. Ah!

Ramiro. [*Para sí.*] Carolina!

Carol. ¿Quién es.....

Catuja. Beso á usted la mano,
señorita.

Carol. Servidora.

No conozco á usted, señora.

Catuja. Tampoco yo á usted: es llano.

Nunca hasta ahora mi pié
tuvo el honor.....

Carol. Soy discreta.....

Ramiro. Ha venido.....

Carol. Y si es secreta
la sesion.....

Ramiro. [*Sonriéndose.*] Oh! sí.....

Carol. Me iré.....

Ramiro. No te vayas, ó me ofendo.
La jóven que está delante
es.....

Carol. Ya; alguna litigante.....

Catuja. Claro está.

Ramiro. Y yo la defiendo.

Carol. Como la vi de rodillas.....

Ramiro. Si ella tomó esa actitud,
no fué.....

Catuja. Fué por gratitud.

(Los celos la hacen cosquillas.)

Ramiro. Constante en mi vocacion.....

Carol. Sí.

Ramiro. Bien puedo sin pecar
á una cuitada amparar
que me pide proteccion.

Catuja. No ha habido en mi accion sincera
estudiada escaramuza.

Porque una sea andaluza

¿ha de ser carantoñera?

Carol. Quién dice tal cosa? oh! ¿quién.....

De Cádiz ó de Granada?

Catuja. No; nacida y bautizada
en el reino de Jaen.

Carol. Basta. (Ya mi error advierto.)

[*Á D. Ramiro.*]

Chanza ha sido: no te enfades.

Catuja. Ay! tras de mil tempestades
su caridad es mi puerto,
y si con ella me exalta,
¿es justo que se me tilde
porque suplo con lo humilde
lo que de rica me falta?

Carol. Bien!

[*Á Ramiro.*]

Lindamente se explica.

Catuja. ¿Yo... ay Dios!..

Carol. Por qué ese suspiro?

Catuja. Lindezas!....

Carol. ¿Sabes, Ramiro,
que es muy graciosa esta chica?

Catuja. Quizá algun día lo fui,
mas ya aquel viento no sopla.

Ay! bien dice aquella copla:

«Aprended, flores de mí.....»

Carol. No más. Ya, como él, ampara
á usted.....

Catuja. Quién?

Carol. Mi corazon.

¿Qué más recomendacion
que ese llanto y esa cara?

Catuja. Madre de Dios!.... Tanto agrado

me confunde y me avergüenza;

mas ya á respirar comienza
mi corazon angustiado.

Dios me cerró otros caminos

y me abre el que me conviene;

el de esta casa, que tiene

ángeles por inquilinos.

Carol. Qué opinas de ese vocablo?

Ramiro. Que es de molde para ti.....

Catuja. Muchito!

Ramiro. Mas para mí,
no.....

Catuja. Sí tal: con los dos hablo.

¿Quién será el que no se rinda,

aun siendo de mármol frio,

á dama de tanto brio

y tan amable y tan linda?

Carol. { (Ah!....)

Ramiro. {

Catuja. Pues el señor de Morla,

mi buen amigo, no es barro.

¡Vaya si estará bizarro

con la muceta y la borla!

Ramiro. Eh! basta ya..... (Me atormenta.)

Catuja. No se haga usted el candongo.....

[*Á Carolina.*]

Lo digo porque supongo.....

Carol. Qué?

Catuja. Que es usted su parienta.

Carol. Su parienta!

Ramiro. (Se me acaba

la paciencia.)

Catuja. Pues; su esposa.

Ramiro. [*Con enfado.*]

Perdone usted; no hay tal cosa.

Carol. (Se irrita!)
Ramiro. (Esto me faltaba!)
Catuja. No? Bien; es cuestion de nombre.
 Si hoy lo impide algun obstáculo,
 mañana quizá.....
Carol. (Otro oráculo
 que echa en saco roto. Qué hombre!)
Catuja. [Á *Carolina.*]
 Eh? Corta será la tregua,
 porque novios, claro está
 que lo son ustedes.
Carol. (Ah!)
Catuja. Eso se conoce á legua.
Ramiro. Perdona su indiscrecion.
Carol. (Mayor es tu impertinencia.)
Ramiro. ¿Quién le ha dado á usted licencia
 para esa pesquisicion?
 Primos somos, nada más.
Catuja. Toma! ¡Como de esos primos
 se quieren, y se hacen mimos,
 y.....
Ramiro. (Está dada á Barrabas!)
Carol. No; somos primos..... á secas.
 Mi novio él? Ni por asomo.
Catuja. Cref que..... Tan cerca.....
Carol. Como
 si estuviese en las Batuecas.
Ramiro. [Á *Carolina con ternura.*]
 Carolina!.... (Ansias crueles
 me hace pasar.)
 [Á *Catuja bruscamente.*]
 Basta ya!
Catuja. Si.....
Ramiro. ¿Qué hace usted que no va
 á traerme esos papeles?
Catuja. Yo.....
Ramiro. Vaya sin dilacion
 á lo que le tiene cuenta
 y no se meta en la renta
 del excusado.
Catuja. Perdon!
 [Á *Carolina.*]
 ¿Le he llamado yo tahir,
 ó judío, ó cosa así
 para.....
Ramiro. Aun está usted aquí?
Catuja. Jesus!.... Vaya,.... abur.
Carol. [Con bondad.] }
Ramiro. [Con despego.] } Abur.

ESCENA X.

CAROLINA. D. RAMIRO.

Ramiro. Al fin.....
Carol. Señor don Ramiro,
 muy primo mio y señor,

hoy está usted insufrible.
Ramiro. Pues ¿en qué he faltado yo?....
Carol. Su austera filosofía
 tiene ya más de un bemol,
 y de indulgente me paso
 cuando tal nombre le doy.
Ramiro. Carolina!....
Carol. Con licencia
 de usted, creo que un doctor.....
Ramiro. Oye.....
Carol. No está dispensado
 de tener educacion.
Ramiro. No; pero..... por qué lo dices?
Carol. Porque fastidiada estoy
 de tus melindres.
Ramiro. Melindres!
Carol. ¿Es algun crimen feroz
 suponer que casto yugo
 nos haya unido á los dos?
Ramiro. No, pero es mucha osadía.....
Carol. ¿Por qué con tanto rigor
 tratar á la desdichada
 que hizo tal suposicion?
Ramiro. Muy brusco he sido con ella,
 mas ¿qué quieres! Me irritó
 con tantas bachillerías;—
 y mi acerba reprension
 te prueba que no la miro
 con amor.....
Carol. Usted amor!
 No es capaz una alma grande
 de tanta degradacion.
Ramiro. ¡Por Dios, no aumentes mi angustia
 con tus sarcasmos! ¡Por Dios.....
Carol. Ni puede á tal arrapiezo
 arriar su pabellon
 quien tan alto le mantiene
 ante las damas de honor.
Ramiro. Con cada acento disparas
 un dardo á mi corazon.
Carol. No abogo por la infeliz
 que tu saña provocó,
 sino por mí propia; mia,
 que no de ella, es la cuestion.
 ¿Por qué, siendo caballero
 y caballero español,
 la sandez, que en mis oidos
 sin escándalo sonó,
 en los de usted fué blasfemia
 que merece excomunion?
 ¿Hay en mí tan poco mérito
 ó tanta arrogancia en vos,
 que calificais de absurda
 nuestra imaginada union?
Ramiro. No eres justa ni conmigo
 ni contigo misma, no,
 dando, prima, á mi conducta
 tan falsa interpretacion.
 Ni hay tal arrogancia en mí
 ni bajo el disco del sol
 mujer más digna que tú
 de lauro y admiracion;
 mas yo no puedo olvidarme

de quien eres y quién soy.
Carol. Yo, una mujer: claro está;
 y tú.....
Ramiro. Yo.....
Carol. Un santo varon.....
 por no decir otra cosa.
Ramiro. Un ente...—habla sin temor—
 raro, insociable.....
Carol. [Muy irritada.] Oh! sí, sí.
Ramiro. (Prefiero su indignacion
 á su desprecio.) Aborrécame,
 pues tanto enojo te doy.
Carol. (Fuerza será.)
Ramiro. Pero.....
Carol. Basta!
 Qué enfadosa discusion!
Ramiro. Me iré.....
Carol. Nadie te echa; pero.....

ESCENA XI.

CAROLINA. D. RAMIRO. EL MARQUÉS.

[Siguen disputando Carolina y D. Ramiro sin cuidarse del nuevo interlocutor.]

Ramiro. Sí, eso será lo mejor.
Carol. (Tal vez!)
Marq. Bella Carolina....
 (Disputan!...) Corre la voz.....
Carol. Mas si tal es tu deseo.....
Ramiro. Deseo no; obligacion.
Marq. Vengo.....
Carol. [Al Marqués con despego.]
 Eh!
Marq. Caballero.....
Ramiro. [Como Carolina.] Bah!
Carol. [Á Ramiro.]
 Vete bendito de Dios.

Marq. (Por qué riñen?) Con permiso.....
Carol. Eh!
Ramiro. Bah!
Marq. Vengo del salon.....
Carol. No queremos saber nada.
Marq. (Qué desdeñosa está hoy!)
 [Á D. Ramiro.]
 Mi rival.....
Ramiro. Cállese el necio!
 [Vase por la puerta de la izquierda.]
Marq. [Á Carolina.]
 Prenda!....
Carol. Váyase el moscon!
 [Vase por la puerta de la derecha.]

ESCENA XII.

EL MARQUÉS.

Ó hay aquí gato encerrado
 ó locos están los dos.
 Que calle y me vaya! ¿Así
 se trata á un hombre de pro?
 [Haciendo sonar la campanilla y pa-
 séándose muy agitado.]
 Yo les juro por mi vida.....
 Yo sabré.....
Criado. [Á la puerta del foro.]
 Llama el señor?
Marq. Sí, para decir á usted
 que.....
Criado. Qué?
Marq. [Breve pausa.] Que callo y me voy.
 [Vase por el foro y detras el Criado.]

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. GABRIEL. CAROLINA.

Gabriel. Dame la enhorabuena.
 Magnánima Isabel cuanto benigna,
 ya de admitir se digna
 mi dimision, y rota la cadena
 que muy mal de mi grado
 al timon me amarraba del estado,
 en gozo convertida la amargura,

al lado de una prenda tan querida
en quien mi gloria estriba y mi ventura,
vuelvo á la paz del alma y de la vida.

Carolina. Ah! sea mi respuesta un tierno abrazo;

[*Se abrazan.*]

que yo tambien rechazo,
oh padre mio! con desden profundo
las vanas ilusiones del gran mundo.
Gabriel. Supo apénas la crisis, tú lo has visto,
don Fulgencio, tu insigne pretendiente,
cuando, aunque de sagaz presume y listo,
se quitó de la frente
la máscara falaz que la cubria,
y cuando otra ventaja no obtuviera
de mi tan anhelada cesantía,
el feliz pensamiento aplaudiria
de haber abandonado la cartera.

Carolina. Cuando admití propicia su homenaje,
sincero en la apariencia,
me dejé fascinar, yo lo confieso,
por el falso oropel de su lenguaje;
pero á mi inexperiencia
se unió tal vez para turbarme el seso
otra razon no leve
que á declarar mi labio no se atreve.
Erré, mas dias ha que harta, y muy harta,
me tenfa ese histrion; ya no coarta
mi libertad; pues, como dice el vulgo,
mostró la oreja y entregó la carta,
y si le acusa usted, yo le excomulgo.
Mas, ay! en este mundo transitorio
¿quién, oh padre! al error no está sujeto?
La experiencia es gran cosa, y sin embargo,
para nadie, señor, es un secreto
que ella tambien claudica.
Si es de los tunos largo el repertorio,
tambien el de los crédulos es largo,
y usted quizá..... Pero el filial respeto
no me permite.....

Gabriel.

Eh?

Carolina.

Yo.....

Gabriel.

¿Qué significa.....

Carolina.

Señor!....

Gabriel.

Hay de por medio otro farsante?

Carolina.

Sí.....

Marqués. [*Á la puerta del foro.*]

¿ Permiten ustedes.....

Gabriel.

Adelante.

ESCENA II.

D. GABRIEL. CAROLINA. EL MARQUÉS.

Marq. Beso los piés á la hermosa
Carolina, á quien tributo
tierno amor. *Idem* las manos
á su digno padre augusto.

Gabriel. Hombre! augusto....

Marq. Es una hipérbole
con que pondero mi sumo

respeto y..... ¡Gracias á Dios
que al fin se me cumple el gusto
de ver á usted! Cuatro viajes
me ha costado; este es el último;
pero si mi diligencia
no ha dado hasta ahora fruto,
no á usted, que es tan bueno, sino
á la crisis lo atribuyo.
Yo que ahora más que nunca,
cuando otros huyen el bulto,
en ser amigo de usted

mi dicha cifra y mi orgullo,
sincera adhesión le ofrezco,
aunque no es grande mi influjo;
porque yo con la política
militante no especulo
ni soy de aquellos proteos
que dicen: oros son triunfos.

Gabriel. Le creo á usted, Marquesito,
y se lo agradezco mucho.
Carol. (Qué ceguedad!)

Marq. Don Fulgencio

muda ya á su nave el rumbo.

Gabriel. Ya lo sé, y nada me importa.

Marq. Sin embargo, porque juzgo
que no ha de pesar á ustedes
saber el chasco mayúsculo
que hoy se ha llevado, les voy
á contar en dos minutos
lo ocurrido en el Congreso.
Era gráfico preludio
el salón de conferencias
de un borrascoso tumulto.
Qué hervidero, santo Dios!....
Entre los diversos grupos
que habia, el más agitado
era el que ese hombre perjuro
pretendía dominar.

Rostrituerto y cejijunto,
manoteaba como loco,
gritaba como energúmeno,
y sacando del bolsillo
notas, diarios, opúsculos,
el tema nos anunciaba
del ataque furibundo
con que se iba á pronunciar
contra usted y sus adjuntos;
y ostentando ya fogoso
el exuberante lujo
de ominosas invectivas
de que se hace tanto abuso,
execraba el nepotismo
y los manejos ocultos;
y allí nos hizo un potaje
indigesto y nauseabundo
de turrón y sanguijuelas
y víctimas y verdugos.—

Oyese la campanilla,
se abren las puertas al público,
y se atestan las tribunas,
y se engallan los tribunales.

Á la lectura del acta
siguió un rápido murmullo,
que interrumpió don Fulgencio
pidiendo con ceño adusto
y bronca voz la palabra;
pero—cosas de este mundo!—
se la atajó el Presidente
dando á las sesiones punto—
nunca fué su señoría
tan sabio y tan oportuno—
á solicitud del *idem*
del Ministerio difunto,
hasta que Su Majestad,

usando de su inconcuso
real privilegio, forme
el Gabinete futuro.

Gabriel. Ya tenía yo noticia
de eso.

Marq. Así lo conceptúo;
mas, mensajero oficioso,
yo al deleite no renuncio
de referir el efecto
que en el tráfuga produjo
su inesperado percance.
Pálido le vi, convulso,
atortolado.... Ahí es nada!
¡Disiparse como el humo
su sueño de oro y quedársele
dentro del cuerpo el discurso!—
Y no es esto lo peor,
sino que, según barrunto,
le va á salir la criada
respondona.

Gabriel. Sí?

Marq. Lo fundo
en que corre por Madrid
el agradable susurro
de que el digno Presidente
del Ministerio presunto
es usted.

Gabriel. No sin razón
se ha propalado ese anuncio.
He podido serlo, sí;
la Reina me lo propuso
porque aprueba mi programa;
mas de tanto honor me excluyo
porque ya el poder no tiene
para mí atractivo alguno,
y porque, siendo obra mía
la crisis, creerían muchos
que desmedida ambición
á dar tal paso me indujo,
y me llamarían Júdas
Iscariote.... No! abrenuncio!
Su Majestad—Dios la guarde—
siempre de nobles impulsos
movida, ya ha confiado
á otros hombros más robustos
la carga que de los míos
cuerdamente yo sacudo.

Marq. Vitor! bravo! Eso es obrar
con la madurez y el pulso
de un gran filósofo, y no
de la secta de Epicuro,
sino....

Carol. Adulación!

Marq. Justicia,
nada más: yo á nadie adulo.

Carol. Lo mismo diría usted
si en vez de echarse en el surco,
papá se aferrase al mando
como á la concha el molusco.

Marq. No tal....

[Á D. Gabriel.]

¡Vaya una ocurrencia....

Gabriel. Tiene fe en mí y no le culpo; mas sólo al comun sentido en esta ocasion consulto sin pretender parecerme á Sócrates ni á Confucio.

Marq. Quiénes son los agraciados? ¿Está ya completo el número....

Gabriel. [Dándole un papel.]

Sí. Aquí tiene usted la lista. Hoy jurarán...

Marq. [Leyendo.] «Don Raimundo...»— Oiga! Ya le designaban.....— «El baron de Montecurvo.....»— Pariente mio.—«Don Próspero...»— Célebre jurisconsulto!— «Don Jaime...» Ya! «Don Cipriano...»— Bien! «Don Luis...» Me congratulo...— «Don Eulogio... Don Fermin...»— Estos dos siempre van juntos.

[Volviendo el papel á D. Gabriel.]

Buen aréopago! Le apruebo.— Y todos sin faltar uno son del partido contrario al que ha abrazado el obtuso don Fulgencio. Se ha lucido!

Gabriel. Sí por cierto, y yo presumo que disolverán las Córtes.

Marq. Pues si se cumple ese augurio, no vuelve á ser diputado á dos tirones el chusco.

Carol. Cómo no? Él se ingeniará.....

Marq. Es cunero, y dificulto.....

Carol. Se resellará otra vez.

Gabriel. Eso tenlo por seguro. Hay ya sobre esa medalla tantos lemas y dibujos, que el más hábil numismático, tras largos dias de estudio, no podrá decirnos cuál fué su primitivo cuño. — Pero dónde está Ramiro?

Carol. Siempre ocupado en asuntos litigiosos.....

Marq. Con los cuales no ganará cien escudos al año. Bello sujeto!; mas como ha dado en el flujo que usted sabe, es su despacho una especie de *refugium peccatorum*, un.....

Gabriel. [Con severidad.] Marqués!

Marq. No es decir que yo censuro su cristiana vocacion....

Gabriel. Sería usted muy injusto si tal hiciera.

Marq. En efecto.

Carol. Algo peca de cartujo....

Marq. (Ah!)

Gabriel. Pero.....

No hay corazon

más benéfico que el suyo.

Marq. Sí.

Gabriel. Ni carácter más digno de....

Marq. Sí; lo afirmo....; lo juro. Lo que he dicho es porque creo que no sería un absurdo, sin olvidar á los pobres, procurar tambien, no un lucro odioso, sino el que baste á redondear su peculio. ¿Cómo he de ser yo enemigo de tan guapo mozo, y cuyo pariente seré tan luego como el sacrosanto yugo me una para siempre.....

Carol. (Ay Dios!)

Marq. ¿Á ese adorable trasunto de todas las perfecciones?

[Asoma D. Ramiro por la puerta de la izquierda, sin ser visto, y observa.]

Gabriel. Grato me será ese nudo, lo sabe usted, si consiente mi hija...

Ramiro. (Ah!)

Carol. Señor!..

Ramiro. (¿Qué escucho!)

ESCENA III.

D. GABRIEL. CAROLINA. EL MARQUÉS.
D. RAMIRO.

Carol. No urge tanto el casamiento....

Ramiro. [Adelantándose.]

Permítame usted.....

Gabriel. ¿Qué miro!

Ramiro. Yo vengo....

Gabriel. Á qué?

Marq. Don Ramiro!

Ramiro. Á poner impedimento.

Carol. (Gracias á Dios!.... Ya respiro.)

Gabriel. Hablas con formalidad?

Ramiro. Sí, señor.

Marq. No me someto á tal arbitrariedad. ¿Quién le da á usted facultad para tan extraño veto?

Carol. (Amor!)

Marq. Qué ley nos enjuicia?

Gabriel. ¿Qué...?

¿Es litigio lo que entablas..., ó una chanza sin malicia.....

Marq. Sí.

Ramiro. No!

Carol. En nombre de quién hablas?

Ramiro. En nombre de la justicia.

Marq. Quién falta á ella? Yo ignoro....

Gabriel. De la justicia!

Ramiro. Sí tal.

Carol. (Qué dice?...)

Ramiro. Su nombre imploro
y el de la sana moral.

Marq. ¿Á quién aquí se atropella,
al novio ó á la doncella?

¿Á quién, ¡voto á....

[*Á D. Gabriel.*]

usted perdone,

el entredicho se pone?

Es mia la tacha, ó de ella?

Ramiro. De ella! ¿Quién, siendo dechado
de virtud, fuera tan ciego,
tan soez y deslenguado
que osara injuriarla?

Marq. Luego
¿sobre mí viene el nublado?

Ramiro. Sí, señor.

Marq. Cómo!....

Gabriel. Qué es esto?

Marq. ¿Qué ley, ni aquí ni en Sicilia,
se opone.... (malo me he puesto!)
á que....

Ramiro. Ese enlace funesto
deshonrará á mi familia.

Marq. (Algo sabrá....)

[*Á D. Gabriel.*]

Es solecismo!

Gabriel. Él dirá....

Marq. Calumnia infanda!
(Reniego de su bautismo.)

Ramiro. Digo la verdad.

Marq. Hoy mismo

entablaré la demanda....

Ramiro. Se guardará usted muy bien
de hacerlo.

Marq. (Me descalabra.)

¡Hum.... (Dios le confunda, amén!)

Gabriel. Por qué?

Ramiro. Á otra dió palabra....

Marq. ¡Palabra... Yo... ¿Cuándo... ¿Á quién...

Ramiro. No vale hacerse de nuevas,
que no soy yo un aprendiz.
A la mujer infeliz
que sedujo usted.

Marq. ¿Qué pruebas
tiene usted de ese desliz?

Gabriel. No desliz, sino delito
es ese y delito enorme.

Marq. Bien; pero á nadie (maldito!)
por error ó falso informe
se le cuelga un sambenito.

Carol. (La andaluza.... Es evidente.)

Ramiro. El informe es fehaciente
y explicito.

Gabriel. (¿Quién diría....)

Ramiro. Y si le desmiente usía,
á sí propio se desmiente.

Marq. (Temblando estoy.)

Ramiro. Carta canta.

Marq. (Tiró el diablo de la manta!)

Ramiro. [*Sacando las cartas y mostrándoselas
al Marqués.*]

Tres tengo aquí....

Marq. (Me acogota.)

Ramiro. Que usted firmó.

Marq. (Virgen santa,
por qué fui yo tan idiota?)

Carol. Ay papá!....

Ramiro. Vea usted, vea
si son....

Marq. (Aciaga mujer!)

Ramiro. Quiere usted que yo las lea?

Marq. No, señor: no es menester.
(Mi martirio le recrea.)

Ramiro. Aquí da usted testimonio
de amor tropical....

Carol. (Demonio!)

Ramiro. Y habla usted—esto es más grave—
del pactado matrimonio....

[*Aparte al Marqués.*]

Y de aquello que usted sabe.

[*Guardando las cartas.*]

Se unirán al expediente,
y si usted no reconoce
la firma, el juez competente....

Marq. (Salgamos por la tangente
y echémoslo todo á doce.)

Blasón de solariego,
y ábrase el juicio ó no se abra,
yo nunca mi firma niego.

Ramiro. Bien: ahora la firma, y luego
la palabra....

Marq. Eh! la palabra....

Algunas se dan por gresca....

No creo que cause estado
una carta novelesca.

Cuando uno está enamorado
no sabe lo que se pesca.

Gabriel. Yo esa doctrina repruebo.

Carol. Es de alabar su frescura.

Marq. ¿Tan horrible es ó tan nuevo
gustar.... ¿Qué incauto mancebo
no hace alguna travesura?

Ni los hombres de mi alzada
buscan en rudos barbechos
su esposa predestinada,
ni hará bien esa cuitada
en tomarlo tan á pechos.

Gabriel. Eh! calle usted, que me irrita.

Ramiro. Qué descaró! ¿Usted se mofa....

Marq. Sí tal, que no vale un pito....
Pecadillos de esa estofa
se absuelven con pan bendito.

Gabriel. (¡Bribon.... Por dicha no es tarde.)

Carol. Quien de tener hace alarde

costumbres tan relajadas,
sólo desprecios aguarde
de las mujeres honradas,
y ni en rústico barbecho
ni bajo dorado techo
es dado poner la planta,
ni alegar ningun derecho
á quien todos los quebranta.
¿Tan poco es lo que yo valgo,
que así usted me ha escarnecido
queriendo ser mi marido?
¿Qué vale llamarse hidalgo
quien su estirpe echa en olvido?
Privilegios de nobleza
no excusan una vileza;
que en las obras, no en la cuna
ni en los bienes de fortuna,
la honra está ó la bajeza.—
Ah! ya el corazon leal
me hacía ver duelo ó mengua
en consorcio tan fatal;
pero el respeto filial
puso un candado á mi lengua.

Gabriel. De su padre amigo fiel,
creí—; decepcion cruel
de mi fe y mi gratitud!—
que la paterna virtud
se perpetuaria en él.

Marq. Juro al concilio de Trento
que de mi conducta aleve
me sonrojo y me arrepiento;
mas si la culpa no es leve,
mayor es el escarmiento.
Sin que judicial edicto
venga á aumentar mi conflicto,
la pretension desamparo—
ay dolor!—y me declaro
reo confeso y convicto.
Pero respecto de ustedes
no es mi culpa tan atroz.
Amor me cogió en sus redes....

Ramiro. Á usted!

Carol. Bah!

Marq. Estéril mi voz
se embota en esas paredes.
No es ménos verdad por eso
que yo—conste en el proceso—
amo, adoro á Carolina,
aunque indigno me confieso
de dama tan superfina.—
Sí, señores! Sí, señora!
Sépanlo ustedes y el globo:
sólo por ella me arrobo,
y no por la pecadora
que ese hombre guarda en adobo.
Capricho fué aquel, sí tal,
pasajero, y por el cual
más la lástima que el odio
merezco; fué.... un episodio,
y esta es la accion principal.
Accion cuyo desenlace....
Carol. Ya; es echarme, *sin enlace*,
Marq. por la puerta de los carros

y castigar mis desbarros
con un *requiescat in pace*.

Gabriel. [*Riéndose y lo mismo Carolina y don Ramiro.*]

No.... Pasma su desenfado.

Ramiro. Sí, es donoso.

Carol. En sumo grado.

¿Cómo no ser indulgente,
papá, con un delincuente
que hace reir al juzgado?

Marq. Ah! sí; de almas tan humanas
no en vano mi gracia impetre.
Con intenciones muy sanas
yo acá para mi caletre
hacía cuentas galanas.
Fiaba en que la aventura
tarde ó nunca se sabría,
fiaba en mi jerarquía
y en que al fin amar me haría
con prodigios de ternura;
y como aquella trastada,
excusable en un marqués,
ántes se hizo, no despues,
decia yo: agua pasada
no muele, *et cetera*.

Carol. Pues!

Marq. Me engañó mi presuncion,
y de ella me reconvento
yo propio, y en conclusion,
digo á ustedes que no tengo
todo lo de Salomon.

Ramiro. Si le falta á usted su ciencia,
en cambio tiene una ganga,
quizá de más conveniencia....

Marq. Cuál?

Ramiro. Ser tan ancho de manga
para su propia conciencia.

Marq. Pche!....

Ramiro. Pero aunque yo propendo
á la indulgencia tambien,
sepa usted que no la extendo
á abandonar con desden
á los pobres que defiendo.

Marq. (Ya vuelve á buscarme el bulto
el tenaz jurisconsulto.)

Ramiro. Tambien yo, en lo que usted llama
accion principal del drama,
le compadezco y le indulto;
pero si la broma sigo,
porque sería cruel
dar á usted otro castigo,
lo del episodio aquel
no es cosa de risa, amigo.

Marq. Dale! Á todo trance quiere
cargarme.... Esa sí que es ganga!

Ramiro. La pobre mujer....

Marq. Que espere!

¿Sé yo si vive ó si muere
y si está aquí, ó en Berlanga?

Ramiro. Vive, y llora....

Marq. Llore ó ruja,
no guardo mi blanca mano

para semejante bruja.
Ramiro. Yo.....
Marq. [Iéndose.] Abur!
Catuja. [Saliendo de pronto por la puerta de la izquierda y asiéndole de un brazo.]
 Alto aquí, villano!
Carol. Bien decia yo.....
Marq. Catuja!....

ESCENA IV.

CAROLINA. D. GABRIEL. D. RAMIRO.
 EL MARQUÉS. CATUJA.

Catuja. Infel! traidor!....
Marq. Allí estabas!
Catuja. Y harta ha sido mi paciencia en oírte hablar de mí con tan brutal desvergüenza, y no salir ántes, pícaro! á arrancarte las orejas.
Marq. Es muy amable; eso sí!
Catuja. ¿Cómo quieres que lo sea cuando.....
Marq. [Á D. Ramiro.]
 Agradezco á usted mucho esta agradable sorpresa.
Ramiro. No la he preparado yo, sino.....
Marq. Quién?
Ramiro. La Providencia.
Marq. Suelta! sin la voluntad, es inútil que me prendas el brazo.
Catuja. No te irás, no, sin cumplirme tu promesa.
Ramiro. Suéltele usted en buen hora, pues sin usar de violencia ni de coaccion, sin duda se vendrá el señor á buenas.
 [Suelta Catuja al Marqués.]
Marq. Me vendré ó no me vendré; que á mí no se me maneja como á un niño.
Gabriel. Con la honra de una mujer no se juega, y habiendo usted seducido á esa.....
Marq. Dónde está la prueba? Mis descargos se oirán donde se oiga su querella. Quién ha seducido á quién? Dificil es el problema.
Carol. [Aparte á D. Ramiro.]
 Puede que tenga razon.
 ¿Por qué no pudo ser ella la que.....
Catuja. [Llorando.] Seducirte yo!

IV.

¿Cómo..... Ay! demasiado crédula...
Marq. Cómo dices? Con tu cara..., que era entónces pasadera; con tus ojos; con los dengues en que todas sois maestras....; ¿qué sé yo!.... Con esa misma credulidad zalamera, velo de loca ambicion y de pretensiones necias.
 ¿Por dónde podías tú esperar, soñar siquiera, ser esposa de un marqués que descende en línea recta....
Catuja. Bah! ¿Y por dónde creyó usía que sus ruegos me vencieran á no haberme prometido la bendicion de la iglesia? Aún esto, yo lo confieso, no disculpa mi flaqueza; pero ¿por qué en este siglo de luces, no de tinieblas; de igualdad y de progreso, no de señores y siervas; por qué no pudo, sin nota de impertinente y soberbia, el deseo de ser titula trastornarme la chabeta? Vaya! Siendo, como soy, bien nacida y nada lerda, no es cosa del otro juéves que aspire yo á ser marquesa cuando peores bodorrios se están haciendo á docenas.
Ramiro. [Aparte á Carolina.]
 Otro caso fulminante de la enfermedad que reina.
Marq. Que se hagan! Yo no soy voto de reata, y harta pena es perder una deidad sin cargar con una pécora.
Catuja. ¿Yo pécora, santo Dios!
Marq. Una cosa es que uno tenga, por distraccion, amorcillos con mozas de baja esfera, y otra.....
Catuja. Perro! ¿Distraccion llama usted...
Marq. Y otra...
Catuja. Alma negra!
Marq. Pagarla tan cara. No! Primero iria á galeras.
Ramiro. La promesa, escrita está; probado hasta la evidencia el perjurio, y esta pobre de grado obtendrá ó por fuerza la justa reparacion que exige.
Marq. Bien; si pleitea, pleitearé y veremos....
Ramiro. Bien!
Marq. Y se morirá de vieja, se lo juro, ántes que yo.....

36

Gabriel. Demos fin á esta contienda.
El pleito puede excusarse
si obra el Marqués con nobleza.....

Carol. Sí hará.

Gabriel. Y transige...

Marq. Casándome?

Apelo de la sentencia.

Ramiro. O por lo ménos dotándola
con lo que el código reza.

Marq. Bien..... (Cruel alternativa!)
Yo consultaré—no hay priesa—
con la almohada.....

Catuja. ¿Por qué
no dices con la conciencia?

Marq. [*Escasperado.*]
Mujer!....

Catuja. Porque no la tienes.

Marq. Catuja!

Catuja. [*Llorando.*] Si la tuvieras,
no con oro, con tu mano
pagarias una deuda
tan sagrada; pero, oh Dios!
ni mis lágrimas acerbadas,
ni la voz, ay! ya difunta,
con que la naturaleza
te grita.....

Marq. ¡Voto á.... Suspende
tu sentimental arenga.

Catuja. Hombre sin fe! Yo.....

Marq. [*A D. Ramiro.*] Haga usted
de mí todo lo que quiera....;
se entiende, ménos...., con tal
de que yo no oiga ni vea
en los días de mi vida
á esa fatal hija de Eva.

Catuja. Tente!....

Marq. [*Con cómico despecho.*]
Adios!

ESCENA V.

CAROLINA. D. RAMIRO. D. GABRIEL.
CATUJA.

Catuja. Se va! Se ha ido!
[*Como amagada de un desmayo.*]
Ay!.... las rodillas me tiemblan....
Los ojos..... Téngame usted.....

Ramiro. (Ahora una pataleta?)
Voto á brios! No se desmaye
usted: la ley se lo veda.

Catuja. [*Con candor.*]
Obedezco.

Gabriel. [*Aparte con D. Ramiro á Carolina.*]
Es maula.

Ramiro. Harian

ella y él linda pareja.

Carol. [*Á D. Ramiro, parodiando á Catuja.*]
«Porque una sea andaluza,
ha de ser carantoñera?»

Gabriel. Ánimo y conformidad,
Catuja. Si se desdena
de contraer matrimonio
con usted un calavera,
por ello más que de pésame
está usted de enhorabuena.
Mal lo pasaria usted
si contra viento y marea
de semejante marido
se proveyese, y más cuenta
le ha de tener resignarse
á soltería perpetua.

Catuja. Ay, sí señor!; que no en vano
dice el refran: cada oveja.....

Gabriel. Sí.

Catuja. Y como, al cabo y al fin,
siempre se rompe la cuerda
por lo más delgado.....

Carol. Pues.

Catuja. Y otro adagio nos enseña
que quien nació para ochavo
nunca llegará á peseta,
¿qué he de hacer sino...

Gabriel. Hay tambien
otro refran que consuela.....

Catuja. Cuál?

Gabriel. Los duelos.....

Catuja. Sí, con pan
son ménos.—Pues bien, si suelta
aquel forajido el dote
á que la ley le condena,
entónces.....

Gabriel. Le cobrará
usted.....

Catuja. Sí?

Gabriel. Sí, á toca teja:
palabra de honor.

Catuja. Si usted
responde de la solvencia.....

Gabriel. Algo más que eso: el dinero
no saldrá de su gaveta,
sino de la mia.

Carol. [*Tomando afectuosamente la mano de
su padre.*]
Ah! Bien!

Ramiro. [*Haciendo lo mismo.*]
Bravo!

Gabriel. Así me lo aconsejan
mi caridad por un lado
y por otro su pobreza;
así la grata memoria
honraré de don Estéban
su ilustre padre, á quien Dios
haya dado gloria eterna;
así en fin excusará

poner su cara en vergüenza
esta infeliz.

Catuja. ¡Oh infinita
bondad!

[*Queriendo arrodillarse é impidién-
doselo D. Gabriel.*]

Besaré la tierra
que pisa mi bienhechor....

Gabriel. No!

Catuja. Sí.

Gabriel. Nada de pamemas!

Catuja. [*Á Carolina.*]

Vuelvo á afirmar, señorita,
que es esta casa vivienda
de ángeles. Ah! yo bendigo
agradecida la estrella
que aquí me trajo. Oh ventura!
Sin humillar mi cabeza
á un mal caballero, indigno
de mí, saldré de miseria.

[*Á D. Gabriel.*]

Bien dice usted, ciudadano:
pundonor, delicadeza
sobre todo: este es mi norte;
esta....

Gabriel. No más....

Catuja. Con licencia
de ustedes.... Ah! ofrece á ustedes
Catuja la costurera
su fina amistad....

Carol. Bien.

Gabriel. Basta....

Ramiro. Abur....

Catuja. Y una pobre celda,
calle del Humilladero....

[*Sacando una tarjeta y dejándola so-
bre un velador.*]

Aquí dejo la tarjeta.—

Número....

Carol. No es necesario....

Catuja. Sotabanco de la izquierda.

ESCENA VI.

CAROLINA. D. RAMIRO. D. GABRIEL.

Carol. Gracias á Dios que se fué!

Gabriel. Sí, y sin ella, y sin el plepa
del Marqués, y sin el otro
fantasmon, y sin cartera
sobre todo, ¡qué tranquila
será de hoy más, qué halagüeña
la vida que....

Criado. [*Á la puerta del foro.*]

Un oficial

del ministerio de Hacienda....

Carol. ¡Otra vez....

Gabriel. No! Dios me libre.—

Á mi despacho.

[*Vase el Criado.*]

No temas.

Le mandé que me trajera
á firmar....; cosas resueltas
días ha y de puro trámite.
Amo y venero á mi Reina,
pero ¿mando? Una y no más!
Compadezco á quien le hereda.

ESCENA VII.

CAROLINA. D. RAMIRO.

Ramiro. Tronaron tus pretendientes.
Yo te felicito, prima.

Carol. Sí?

Ramiro. Sí. Verte daba grima
sitiada por tales entes.

Carol. Sí, ya puedo á mi albedrío
mejorarme, y de esta gracia
soy deudora á la eficacia
de tu celo, primo mio.

Ramiro. No me des á mí la palma:
Dios....

Carol. Bien; Dios todo lo hace;—
mas tan feliz desenlace
¿no es grato también á tu alma?

Ramiro. Sí, que tu felicidad
prefiero á la mía. (Ay Dios!)

Carol. Bien; pero.... ¿hay entre las dos
incompatibilidad?

Ramiro. Sí.—No!—Perdona, divina
mujer, si mal de mi grado....
¿Cómo ser yo desgraciado
siendo feliz Carolina?

Carol. Yo feliz!.... Mayor zozobra
es la que ahora me asalta.
Yo feliz! Mucho me falta
para eso.

Ramiro. Ó mucho te sobra.

Carol. Qué?

Ramiro. Nada.

Carol. Esa reticencia
me hace reir.... y llorar.
Qué me puede á mí sobrar?
Dilo: acaba.

Ramiro. Mi presencia.

Carol. Jesús!.... ¿Otra vez (me quemó!)
esa manía te acosa?

Ramiro. Dios lo quiere.

Carol. Eh! no hay tal cosa.

Ramiro. Y es justo....

Carol. Eres un blasfemo.

Ramiro. No, prima....

Carol. Sí una y mil veces.

Á ménos que de este asilo
el odio te aleje.... Dilo
sin reparo: me aborreces?
Ramiro. Yo aborrecerte! Al contrario:
te amo con idolatría.
Carol. (Ah! por fin....) Ya lo sabía.
Ramiro. Perdon! Soy un temerario.
Carol. [Riéndose.]
Tú!
Ramiro. Te ries!
Carol. No....
Ramiro. Te escamas!....
Ya mi imprudencia maldigo.
Carol. Pues yo no.
Ramiro. Enterrar conmigo
debí mi secreto.
Carol. Me amas!
Y amándome huyes de mí!
Ramiro. Sí.
Carol. Pero ¿acaso es ruindad
quererme?
Ramiro. Es temeridad;
ya lo he dicho.
Carol. Por qué?
Ramiro. Sí,
porque, á no perder la cholla,
no sube tanto de punto
la ambicion del que es, por junto,
letrado de misa y olla.
Ah! no: á morir me sentencio
antes que á vil interes
se achaque mi odio al Marqués
y al ínclito don Fulgencio.
Carol. Hombre de Dios! ¿Ahora sales
con eso? ¿Tanto exageras
tu humildad? ¿No consideras
lo que ellos son y tú vales?
Ah Ramiro! Di más bien,
y perdonártelo puedo,
que te enmudecía el miedo
de provocar mi desden.—
Pero.... si te amase yo....
(Salgamos ya de este potro!)

Ramiro. [Sobresaltado.]
Peor es esto que lo otro.
¡Adios....
Carol. [Para sí.] Virgen de la O!,
qué hombre es este?

[Cerrando la puerta del foro, á la cual
se dirigia D. Ramiro.]

Eh! no se vaya
el taimado, el.... No se irá.
No faltaba más!—Papá!....
Ramiro. Yo....
Carol. Esto pasa de la raya.—
Yo te juro por mi nombre....
Papá!—Esto es ya ser grosero....

ESCENA ÚLTIMA.

CAROLINA. D. RAMIRO. D. GABRIEL.

Gabriel. Llamas?
Carol. Sí.
Gabriel. Qué quieres?
Carol. Quiero....
que me prenda usted á ese hombre.
Gabriel. Por qué? Por alguna riña
pueril.
Carol. Por una maldad.
Gabriel. Pero ¿con qué autoridad?
Carol. Con la de ministro.
Gabriel. Niña!
Carol. Sí, sí.
Gabriel. ¡Un ministro prender
como alguacil!.... Cosa extraña!
Carol. Un ministro hace en España
todo lo que quiere hacer.
Gabriel. No, hija mia.—Mas si ya
no lo soy, ¿cómo pretende
tu antojo....
Carol. Bah! se le prende
con fecha de ayer, papá.
Gabriel. [Á D. Ramiro.]
Hable usted, caballerito.
¿Qué ha habido aquí...
Ramiro. [Muy turbado.] Yo... señor...
Sí....
Gabriel. Tiemblas!
Carol. Ese temblor
denuncia su atroz delito.
Gabriel. ¡Delito un hombre tan probo,
tan....
Carol. No hay que fiarse de él;
que también suele con piel
de oveja vestirse el lobo.
Gabriel. Lobo tú!
Carol. Y leopardo y grifo.
Gabriel. De qué eres reo?
Carol. De amor.
Gabriel. Á ti?
Carol. Sí, se.... No, señor!
Gabriel. No entiendo ese logogrifo.
Carol. Ni yo.
Gabriel. Sí y no.... Me confundo.
Carol. Me ama, y huye de mi casa!
Gabriel. Sí?
Carol. Sí. Lo que á mí me pasa
no tiene ejemplo en el mundo.
Gabriel. Qué dices tú á eso?
Ramiro. Nada.
Carol. Yo hablaré, pues fuerza es.
Va á verse aquí entre los tres
un pleito á puerta cerrada.—
Usted, juez.
Gabriel. No soy togado.
Carol. No le hace.
Gabriel. La acusadora
serás tú.
Carol. Es claro.
Gabriel. En buen hora;

y Ramiro tu abogado.
Carol. Qué absurdo! ¿Cómo.....
Gabriel. Ya veo.....
Carol. Él sólo á pobres defiende;
yo no soy pobre, y por ende.....
Gabriel. Sí; olvidaba..... Él es el reo.
Carol. Aunque es de ciencia un abismo,
no la he menester, papá.
Gabriel. Tanto mejor.
Carol. Y harto hará
en defenderse á sí mismo.
Y nadie de esto se asombre;
que su instinto seguirá,
porque *hombre pobre*, quizá
no lo es; pero es un *pobre hombre*.
Gabriel. Comienza ya tu alegato.
Carol. Lo haré pues sin ceremonia,
ya que es tal la.... parsimonia
de ese doctor timorato.
Gabriel. Bien.
Carol. Óigame usted, señor....
Gabriel. Sí.
Carol. Con la benevolencia
de un padre y con la indulgencia
piadosa de un confesor.
Gabriel. Sí, Carolina, sí; pero
esta segunda alcaldada.....
¿Ahora quieres que invada
la jurisdicción del clero!
Carol. En suma, estamos los dos
uno del otro prendados,
ciegamente enamorados.....
Gabriel. Sí? Loado sea Dios!
Carol. Pero él es tan recoleto,
que no se daba á partido,
y con pinzas he tenido
que arrancarle su secreto;
y despues que logra ufano
á dos rivales vencer,
me desahucia á mí! Esto es ser
el perro del hortelano.
Ramiro. Rectificaré.
Carol. Al fin hablas!
Ramiro. Con placer, con regodeo
á sus dos galanes veo
retirados de las tablas;
no por mi propio interes,
aunque es verdad que la adoro,
sino porque á su decoro
cumple olvidar á los tres.
Yo que culpé con justicia,
mas sin segunda intencion,
de uno la ciega ambicion,
de otro la torpe codicia,
¿cómo pudiera, hombre oscuro,
sin sospecha de egoismo,
dar por bueno en mí lo mismo
que en ellos odio y censura?
Gabriel. ¿Temes—tu temor denigro—
que de ti se rian.....
Carol. Sí.
Gabriel. No eres tú tan baladí
que corras ese peligro.

Carol. Ser ridículo, á fe mia,
es un estigma cruel;
mas tambien se incurre en él
por temerle en demasía.
El hombre pundonoroso
nunca caerá en menosprecio
por satirizarle un necio
ó morderle un envidioso.
Yo tales juicios condeno,
y aunque no soy leguleya,
ni fuí con prosopopeya
doctorada á claustro pleno,
probaré de varios modos,
en un luminoso artículo,
que es tal vez el más ridículo
quien pone mazas á todos,
y aunque la frivolidad
tanto abusa de ese nombre,
siempre está en manos de un hombre
tener honra y dignidad.
Ramiro. Tienes razon.....
Carol. Pero á ti
no hay ninguna que te cuadre.—
Desherédeme usted, padre;
á ver si me quiere así.
Ramiro. Eso no!....
Gabriel. Silencio!
Ramiro. Callo.
Gabriel. Visto lo que cada cuál
ha alegado, bien ó mal,
resumo el debate, y fallo.—
Visto que el título infama
de caballero el amante
que, esquivo y recalitrante,
vota en contra de su dama;
y que, pues un rico dote
nunca fué tacha legal,
si álguien le escupe, ese tal
es tonto de capirote:
considerando que no es
de ahora mostrar Ramiro
en su modesto retiro
ejemplar desinteres;
y por fin, considerando
que debe ser tu marido,
pues él para ti ha nacido,
para él tú; ordeno y mando
que acabemos de una vez
y santo vínculo os ate;—
y por si hago un disparate,
condeno en costas.... al juez.
Ramiro. Tío amado! Ya prescindo
de mi necia cobardía
y de una filosoffa
que no es de moda. Me rindo.
¿Y cómo no, si esos ojos
harian pecar á un santo?
Sí, mi vida; sí, mi encanto.
[Alargando su mano en demanda de
la de Carolina.]
Dame.....
Carol. Pfdela de hinojos.

Ramiro. Sí, á tus piés me precipito.

[*Lo hace.*]

Carol. Aunque el triunfo es lisonjero,
¡harto le he sudado.....

Ramiro. Ah!

Carol. Pero

á buen bocado buen grito.

Ramiro. Buen bocado yo, alma mia?

¡Tú sí.....

Carol. Levanta!

[*Le alza con sus dos manos.*]

Me quieres?

Ramiro. Con delirio.—¡Tú sí que eres
néctar, maná y ambrosía!

Carol. Nada perderán á fe,

tus pobres, porque de hoy más.....

Ramiro. Qué?

Carol. Tú los defenderás

y yo los socorreré.

Gabriel. No os congratulais conmigo?

Carol. } Sí!

Ramiro. }

[*Corren á los brazos de D. Gabriel.*]

Gabriel. Precursor de otro lazo
más dulce sea este abrazo.

Carol. Papá!

Ramiro. Señor!

Gabriel. Yo os bendigo.

Carol. Y tras de esa bendicion,
nos dará su visto-bueno
todo aquel en cuyo seno
lata un noble corazon.

FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE.

	Página.
Un enemigo oculto.....	7
Memorias de Juan García.....	43
El intendente y el comediante.....	81
La hipocresía del vicio.....	95
Los tres ramilletes.....	137
Quién es ella?.....	151
Una ensalada de pollos.....	189
Por poderes.....	201
La escuela del matrimonio.....	213
El valor de la mujer.....	257
La cabra tira al monte.....	291
El duro y el millon.....	323
La niña del mostrador.....	355
Por una hija!.....	383
Al pié de la letra.....	395
La hermana de leche.....	429
Entre santa y santo.....	459
María y Leonor, ó la hermana de la caridad.....	475
Cuando de cincuenta pases.....	503
El abogado de pobres.....	535

ERRATAS.

Página.	Columna.	Línea.	Dice.	Léase.
181	Única.	10	esfuerzos	esfuerzo
192	1. ^a	16	Inocentito!	Inocencito!
264	1. ^a	8	nuevo	negro
304	2. ^a	55	Descargando	Descargado

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 24 17 01 001 8